LIBRARY
Brigham Young University
RARE BOOK COLLECTION
Rare
q355.0946
B23m
188-?
V.1

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/museomilitarhist01bara

MUSEO MILITAR

HISTORIA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

MANUEL SOLER
EDITOR
BARCELONA

MANUEL SOLER
EDITOR
BARCELONA

MUSEO MILITAR

HISTORIA

DEL

EJÉRCITO ESPAÑOL

ARMAS, UNIFORMES, SISTEMAS DE COMBATE, INSTITUCIONES
ORGANIZACIÓN DEL MISMO

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DÍAS

POR

FRANCISCO BARADO

Capitán de Infantería

Obra premiada con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona
é informada con brillante dictamen en la JUNTA SUPERIOR CONSULTIVA DE GUERRA

La ilustran numerosos grabados intercalados en el texto y láminas sueltas representando Monumentos, Retratos, Relieves, Medallas y [illegible] dibujados por distinguidos artistas españoles, y reproducciones directas de grabados de época de [illegible] a los más célebres maestros Alemanes, Franceses, Españoles é Italianos

Tomo I

BARCELONA
Manuel Soler — Editor
PASEO DE SAN JUAN, 152

Quedan reservados
los derechos artísticos y literarios

INTRODUCCIÓN.

UNTO por todo extremo difícil era dar apropiado nombre á empresa como la nuestra. Tratábamos por una parte de presentar trazada á grandes cuadros la historia militar de nuestra patria en sus relaciones con su historia social; y proyectábamos además ofrecer como á su complemento todo cuanto referente á nuestras glorias militares se encierra en nuestro país: doble cometido que, ni cabía bajo el nombre genérico de *Historia militar*, ni podía ser calificado de enciclopedia ó álbum histórico-artístico; y en tales incertidumbres elegimos el de Museo, más propio, á nuestro entender, al objeto y al fin de esta publicación.

Para los lectores que más circunstanciadamente quieran seguir los progresos de nuestro ejército, existen obras parciales como las de Dávila, Rojas, Abarca, Vargas, Herrera, Ocampo, Moncada, Avila, Palacios Rubios, Salazar, Coloma, Hurtado y Bernardino de Mendoza y Melo, etc., etc., y las más modernas de Capmany, Calonje, Marín Toreno, Salas, Ximenes de Sandoval, San Miguel, Ferrer, Conde de Clonard y Gomez de Arteche, que podrán serles de verdadera utilidad ya por lo que respecta á la doctrina, ya por lo que atañe á su selecta forma y castiza manera de decir. Pero si se exceptúa el excelente trabajo de Clonard, la *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caba-*

Ilerda, publicada por el año 1851, es difícil que el lector, á ménos de no verse obligado á ello por especiales circunstancias ó la índole de los estudios que se proponga hacer, se engolfe en un trabajo de este genero, dando por supuesto el que tenga á mano los elementos necesarios para ello.

Además; de algunos años á esta parte hanse publicado buen número de importantes estudios parciales, así histórico-militares como exclusivamente históricos, que poniendo á contribución documentos y datos desconocidos hasta hoy, han venido á arrojar nueva luz sobre períodos importantes de la historia patria. Y de estos trabajos algunos hállanse diseminados en Revistas ó bien han aparecido en forma de Memorias, circunstancias no las más á propósito para que fueran á las manos de la generalidad.

Por otra parte ¿cabe negar que en la manera de narrar la historia, que en su exposición y crítica, se echa hoy día de ver notable cambio? Por lo que respecta á la primera, es decir, no tanto ya al estilo, sinó al modo de ver, á la forma en su conjunto, un gusto, un arte nuevo se han dado á conocer en los estudios históricos, arte al que, como decimos en nuestro prospecto, han impreso su sello hombres como Macalauy, Tierry, Stern, Zeller y otros escritores ilustres. Y por lo que atañe á su fondo, ó por mejor decir, por lo que se refiere á la crítica de los hechos, un juício algo más exento de preocupaciones político-religiosas, más inclinado al libre examen en las materias de difícil fallo, prevalece con raras excepciones en este género de trabajos, en especial si en ellos se tratan épocas y figuras separadas por algunas generaciones de la nuestra.

No cabe negar por eso, que en España no siempre hemos pagado tributo á esas condiciones de imparcialidad y desapasionamiento que exige la severidad de la historia. Si por un lado las preocupaciones religioso-políticas han influido en ciertos historiadores, por otros échase de ver en muchos la tendencia á enaltecer venga ó no á sazón todo cuanto hemos emprendido y realizado los españoles, con más aquel vulgar empeño de traer á cuento nuestras glorias para consagrarlas sentidas elegías, evocando para lo porvenir el fantasma de un pasado que no por ser glorioso deja de ser tal.

Si de la historia hemos de sacar lección provechosa para lo porvenir, será forzosamente no considerándonos agenos al desarrollo total de la sociedad europea, que á la vuelta de algunos siglos ha reemplazado los antiguos caballerescos ideales, por objetivos más prácticos, aunque no por eso ménos nobles y gloriosos. Y precisamente esta observación aplicable á los tiempos actuales, dá su verdadero valor al estudio comparado que se intente de otras épocas.

Y lo que aquí se dice de ciertos achaques, hágase extensivo para que la prueba resulte más visible al carácter especial de nuestro pueblo. En primer lugar y fijándonos en sus cualidades, hemos de reconocer que nuestra raza, dotada de imaginación lozana, gran dosis de sensibilidad y despejado entendimiento, es pobre en facultades reflexivas; su facilidad en comprender contrasta con su ineptitud para los cálculos y las experiencias laboriosas; su sensibilidad y su creadora imaginación la alejan de las meditaciones y los análisis; y su vigor incansable y su espíritu altanero la impulsan con desusada fuerza á toda suerte de aventuras hazañosas. De aquí sus grandes empresas guerreras; de aquí sus grandes concepciones artísticas; de aquí sus obras maestras literarias. Grandes poetas y pintores, grandes oradores y guerreros hemos sido los españoles; pero en cambio ¡qué contado número de hombres de Estado y de hombres de ciencia! Y es que, como con razón ha dicho un ilustre escritor español, «somos un pueblo soñador é idealista, que ha llevado á cabo las más gloriosas empresas, pero que jamás ha sabido enriquecerse, gobernarse ni ser feliz.»

Preciso convenir también en que no es posible concretar el carácter que en su conjunto presenta nuestro pueblo, cuando tan opuestas cualidades ofrecen entre sí sus diversas regiones, unidas al calor de las luchas y por efecto de los contratos; ricas cada una en

tradiciones, glorias y conquistas propias; y cada una de las cuales ha aportado de por sí al rico caudal de nuestra historia los frutos de su perseverancia y de su esfuerzo. Así lo proclaman las páginas de este gran libro durante esa epopeya de ocho siglos iniciada en Covadonga y felizmente terminada en la hermosa ciudad de Boabdil. Aún antes de que allá en las montañas de Asturias levantaran algunos héroes sobre el pavés al noble Pelayo, figura verdaderamente épica de nuestra patria historia, ya Cantabria se hizo famosa conteniendo el ímpetu avasallador de los romanos, como más tarde Galicia el de los normandos y Navarra el de los francos; y nuestros cantos populares narran con sobriedad encantadora el heróico denuedo de los que vencieron en Roncesvalles. En el continuo batallar de la Reconquista, esa lucha titánica en la que se gana palmo á palmo el terreno, el valor castellano opone sólida barrera á las repetidas invasiones de los hijos del desierto, y mientras, Aragón y Cataluña aprestan sus naves para trasportar á Italia y al Oriente sus soldados. ¡De las costas lusitanas salían aquellas naves portuguesas que condujeron á Gama junto al Cabo de las Tormentas y á Camoens á la sombra de las selvas indianas, y de las costas andaluzas, aquellas carabelas guiadas por el genio perseverante de Colón que abrían á la mirada atónita de la vieja Europa desconocidos horizontes! Y allá en la apartada Oceanía se encontraban los ínclitos marinos de dos pueblos hermanos, Serrano y Abreu, los descubridores de Nueva Guinea, el inmortal Magallanes y el ilustre y esforzado Meneses.

La historia de nuestras empresas marítimas, no es por cierto el timbre ménos glorioso que España puede ostentar á la faz del mundo civilizado; pero al hablar de tales empresas, preciso es recordar también cuánta parte cupo á los marinos catalanes y valencianos, andaluces y cántabros así en gloriosos descubrimientos, cuanto en esas terribles luchas que sometieron el Mediterráneo á nuestro poderío.

Ved, pues, cuántos y cuántos títulos no tiene cada provincia en esa obra magnífica de la constitución de nuestra patria unidad y exterior engrandecimiento. Las luchas de Viriato, Numancia y Sagunto, la resistencia de los cántabros, la rota de Roncesvalles, Covadonga, Calatañazor, las Navas, El Salado, Córdoba, Sevilla y Granada, el Monte Táuro, Túnez, Trípoli, Orán, La Goleta, Lepanto, son otros tantos timbres de nuestro esfuerzo, sin contar nuestras campañas en Italia, en Alemania, en Francia y en Portugal y nuestras proezas en América.

Tales empresas han contribuído á que nuestro pueblo ya por temperamento predispuesto al ejercicio de las armas, revelara su vocación decidida en repetidas guerras, y á su fragor llegara á la meta de su poderío. Y en verdad, que si bien se considera, no hay nación que mejor campo ofrezca para la historia militar que la española. «Guerrera ya desde el tiempo de los fenicios, dice uno de nuestros historiadores militares, luchando sin cesar por su independencia, creando un genero de guerra extraño, con el cual inquietaba á sus enemigos cien, doscientos, quinientos años consecutivos, convirtiendo la esteva en arma bélica, y yendo á batirse á lejanas tierras, sólo en ella se encuentra reunido todo lo que puede constituir la marcha del arte desde la lucha individual hasta la movilidad mecánica de las masas. Guerra de guerrillas, guerra campal, guerra con cartagineses, con romanos, con vándalos; guerra goda, guerra sarracena, guerras civiles, todo esto ha habido en la península ibérica. Honda, lanza, espada, armaduras, engaños, artillería, mosquetería, todo esto ha nacido en nuestro suelo antes que en otros países. Formación compacta, disposición en cuña, ordenanza en batalla, orden legionario romano, hombres de armas, escuadronamiento de las masas en la Edad media, de todo han visto las generaciones españolas. Y después de esto, el Renacimiento europeo señalado con el hallazgo de un Nuevo Mundo, con campañas estratégicas en Italia, con la aplicación de la pólvora á las minas, con la aparición de los arcabuces, es decir, de aquellas armas que vinieron á dar toda su importancia á la infantería, y hacer triunfar el calculo

sobre la fuerza bruta, y en fin, la creación de los tercios españoles, aquellos famosos tercios morados y colorados que en Italia y en Flandes se llenaron de gloria á las órdenes de un Carlos, un Juan de Austria, un duque de Alba y un Alejandro Farnesio!»

En este último período, llegó España al apogeo de su grandeza, impuso sus usos, su habla, sus trajes á los primeros pueblos de Europa, y bien puede decirse que les dió la pauta de su cultura. Y famosa por el genio de sus capitanes y el esfuerzo de sus soldados, no lo fué ménos por sus excelentes hablistas, sus dramaturgos insignes, sus inspirados pintores, sus famosos teólogos, y aquellas sus celebradas escuelas á las que concurría cuanto de más notable y distinguido encerraba nuestra patria. Su dominación llegó á punto tan extremo, que el austero Felipe rigió á España y Portugal, Nápoles, Sicilia y Milán, la Cerdeña, el Rosellón, los Países Bajos, el Franco-Condado, las Canarias, las Baleares, Filipinas, parte de las Molucas, Cuba, La Española y otras islas, México, Chile, el Perú, siendo su autoridad reconocida en Cabo Verde, Orán, Túnez, Bujía y en todas las posesiones portuguesas. ¡Monstruoso poder el que cupo en las manos de ese hombre!

Tal poderío político-militar insostenible por su índole, hubo de menguar y desvanecerse con desusada rapidez por efecto de una serie de concausas, en las que desde luego influyó el absolutismo austriaco, la intolerancia religiosa y la desdichada gestión gubernativa de ineptos monarcas y más ineptos favoritos. Luchando por ideales imposibles y contra pueblos animados del noble espíritu de su independencia político-religiosa, diseminando su sangre y sus tesoros estérilmente en dos mundos, agobiados por una centralización absurda y embrutecidos por un fanatismo más absurdo aún, después de haber asombrado á Europa con nuestras proezas, nos quedamos con las manos vacías, el cerebro enfermo y la hacienda malbaratada. ¡Tristes y lamentables contrastes de la Historia! Y sin embargo aún demostró España en la guerra de Sucesión lo que valía, aún apareció en los campos de Almansa, Villaviciosa, Velletri y Bitonto, como el antiguo veterano remozado al eco vibrante del clarín; y lo que es todavía más admirable, más providencial si así se quiere, á la vuelta de dos siglos sus escasos batallones y sus valientes guerrilleros contenían á la vista de Europa asombrada la marcha del capitán del Siglo. España, fiel á su tradición guerrera, era la que cortaba el vuelo de las águilas francesas y contribuía á renovar la faz del viejo continente.

Fijándonos ahora más detenidamente en estas grandes fases de su desarrollo, hay que convenir que nuestra historia más que otra alguna se presta á una división metódica por épocas y en grandes cuadros.

Esta esencial condición facilita desde luego nuestro trabajo; y lo facilita por un doble concepto la favorable circunstancia de constituir la guerra, por decirlo así, la trama de nuestra historia.

Temperamento, ideas, tradiciones, contribuyen á este fin que confirma un detenido estudio de cuanto á España concierne. Y por una coincidencia feliz la época de nuestra supremacía intelectual, está también estrechamente relacionada con nuestro apogeo político militar. Militares fueron nuestros más insignes hablistas y poetas; el dulce Garcilaso, el grave Calderón, el insigne y donoso Cervantes; por manera que armas y letras anduvieron en feliz maridaje, como patentizando que Minerva Atenea, á la vez que protectora de las artes, es en ocasiones aquella *Promacos* que inmortalizó el cincel de Fidias.

Este admirable consorcio hace más fácil y agradable nuestro cometido para el estudio comparado que intentamos.

En tales ideas se inspira nuestra publicación.

ESTUDIO PRIMERO.

EDAD ANTIGUA.

I. Aborígenes.—Inmigraciones de griegos y fenicios.—Los cartagineses.—Guerras púnicas.—II. Consideraciones militares acerca de las guerras púnicas.—Sistema seguido por los beligerantes.—Su organización.—Su poderío militar y marítimo.—III. Los romanos.—Rebelión lusitana.—Guerra civil.—Sumisión de los cantabros y astures.—El imperio.—IV. Idea que preside á la antigua civilización.—Carácter de sus guerras.—Especial cometido de España en las mismas.—Consideraciones filosófico-históricas acerca de esta Edad.—Ilustraciones.

I

Si la casualidad condujo alguna vez los pasos del lector cabe esas piedras sagradas que á la manera de atalayas deformes ó de colosales mesas de sacrificio se levantan en determinados puntos de nuestra patria; si ha contemplado esos mudos testimonios de antiguos tiempos en cuya superficie calcinada dejó el rayo impresa su huella, bien puede asegurar que saludó en ellos los primeros monumentos levantados por los más remotos pobladores de España, monumentos junto á los que despertó el genio de la guerra evocado por los viejos sacerdotes coronados de roble, y por el clamoreo de pueblos jóvenes y vigorosos para quienes la lucha era ya condición indispensable de existencia.

En ese período en que la prehistoria se enlaza con la historia propiamente dicha, un misterioso velo envuelve los orígenes de las naciones; y la imaginación se complace en revestir con las más poéticas formas las primeras manifestaciones del genio de las razas.

Sabemos, aunque no á ciencia cierta, que unos 2,000 años antes de J. C. los iberos poblaron la parte meridional de Europa, siendo éstos los que ocuparon nuestro país hasta tanto que otros moradores del Norte y Occidente, llamados celtas, cayeron sobre ellos y tras combates obstinados, llegaron á mezclarse, formando así la raza celtibérica que ocupó gran parte de nuestra península. Los celtas se extendieron por la costa septentrional y oriental; los iberos poblaron el mediodía y el Oriente, divididos en varias tribus; mientras una raza mixta de iberos y celtas, los celtíberos, habitaba el centro de la península.

¿Cuáles eran el carácter, usos y cultura de estos pueblos? Es difícil asegurarlo, pues el testimonio de los clásicos es poco pertinente para el presente caso; pudiendo sin embargo admitir que como á condición propia de pueblos jóvenes, la sobriedad y la energía debieron ser sus cualidades características. Además, la diversidad de agrupaciones y de Estados, originaron otras tantas diferencias en el carácter y temperamento de los habitantes de estas regiones, y así vemos en la Celti-

Talayot

beria, en la Cantabria, en Asturias y Galicia y Lusitania, otros tantos pueblos que desde su origen vivían en constante lucha, y en los que las artes de la paz cedían á las hazañas de la guerra y á toda suerte de fabulosas proezas: estas circunstancias contribuyen á confirmar que la aptitud de los primitivos españoles fué esencialmente guerrera.

Sencillo hubo de ser el traje de estos primitivos habitantes de España, que presenta por otra parte aquellas variantes propias de las comarcas por cada una de sus tribus habitadas. Túnicas cortas de tela ó esparto ostentando simétricos dibujos, sendos gorros de igual tejido y labradas esparteñas, ó botines de cerda, componían aquel, propio como se ve de gentes que poblaban países templados. En cuanto á las armas ofensivas y defensivas consistieron en un principio en hachas de piedra de distintas formas, lanzas, cuchillos, y flechas, ya cortadas á golpe ó bien pulidas. «Ninguna, dice el Sr. Danvila, se ha encontrado enastada; pero no es un secreto cómo se efectuaba esta operación, acomodando el pedernal con tiras de piel ó raíces flexibles sobre fuertes palos ó incrustándole en trozos de asta de ciervo ó reno y reteniéndole con cierto betún fuertísimo, producto del

zumo concentrado de una planta desconocida (1).» Los descubrimientos hechos en la *Cueva de los murciélagos* de Albuñol han arrojado mucha luz acerca de estos detalles, siendo digno de mención que entre las arenas de sílice encontradas en dicha cueva, se hallara un esqueleto colocado en sitio especial y ceñida la frente de tosca diadema de oro nativo, distintivo indudable de superior autoridad.

El lapso de tiempo que media desde el período de que nos dan cuenta tales hallazgos, á la época en que escribieron sus obras los autores griegos y romanos, no es posible contarlo. Debió ser

Piedra fumbeante.

Cueva artificial.

un período de luchas, luchas en el interior, luchas con gentes extrañas que inmigraban á nuestro suelo atraídas por sus naturales riquezas. Y en esas luchas de ardides y asechanzas, en que la fuerza bruta ó la astucia decidían del éxito, debió revelarse ya la aptitud para la guerra de guerrilla en que tanto se han distinguido los españoles.

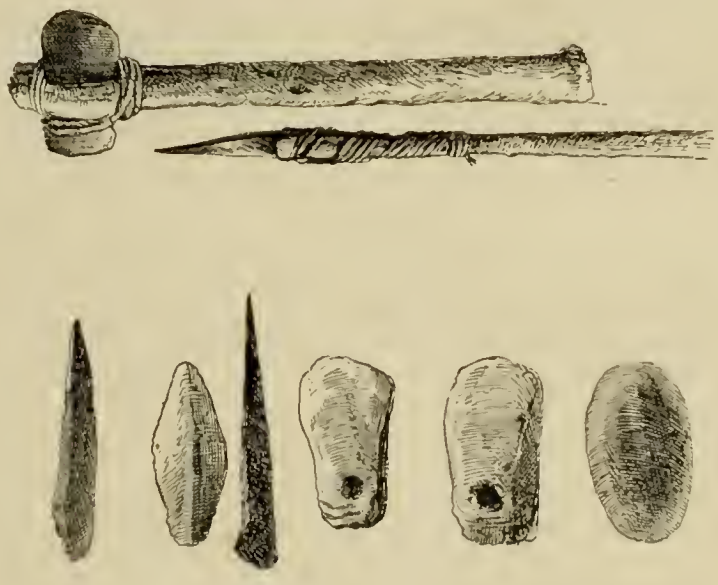
Muro de [illegible] reconvalacion.

Un pueblo dotado de especiales aptitudes comerciales, envió en este intervalo sus esforzados navegantes á la península, los fenicios, aquellas gentes que colonizaron las islas griegas, la Cerdeña, la Sicilia, las costas africanas, donde fundaron otra Tiro que debía ser un día la célebre Cartago. Vinieron á trocar sus productos con nuestras riquezas, á extraer de las entrañas de la sencilla Hes-

(1) Danvila: *Trajes y armas de los españoles.*

perie el oro que en ella se encerraba y fundaron á Gadir, Abdera, Málaca, Hispalis y otras colonias. Este pueblo escogido fué en verdad uno de los agentes más poderosos de la antigua civilización. Pero á la par que los fenicios abordaron en nuestras costas los griegos, ménos políticos que éstos, y cuya influencia civilizadora se extendió por la costa catalana donde fundaron á Emporium, y luego por el territorio edetano donde establecieron otras importantes factorías.

Bien se concibe que las relaciones entre indígenas y gente advenediza no siempre debieron ser pacíficas; ni era fácil por otra parte armonizar razas de aptitudes y aficiones tan opuestas; y así la guerra estalló entre los aborígenes y los recién llegados, y convirtiose en formidable insurrección en el Sur de la Bética, insurrección que puso en inminente peligro el poderío fenicio, y que trajo como á consecuencia la invasión de los cartagineses, llamados en desesperado trance por los fenicios.



Armas de silice

Y aquí se abre uno de los capítulos más interesantes de nuestra antigua historia; aquí se inaugura un período dramático en que la guerra más formidable y tenaz que decidió de los destinos del antiguo mundo eligió como á uno de sus escenarios el suelo hispano y ofreció sobre él aquella figura épica y gigantesca de Aníbal, que llena con su nombre los fastos de las antiguas guerras; aquel genio que engrandecido por su adverso destino se destaca entre las nieblas del pasado como la más sublime personificación del valor, de la abnegación y de la constancia.

Unos quinientos años trascurrieron desde que los fenicios arribaron á nuestras costas hasta que los cartagineses sentaron en nuestro suelo por primera vez sus plantas. En este intervalo nuestro pueblo no pudo permanecer ajeno á la influencia civilizadora de las colonias griegas y fenicias; y en efecto, en sus armas, trajes y manera de combatir échanse de ver elementos más perfeccionados, sobre todo en los pobladores del litoral y del mediodía. Cubren su cuerpo con una cota de cuerda de lino acolchada con lana, á la que llama Clonard thorax, pero á la que en verdad sólo puede compararse con la *lorica linеata* de que hablan algunos autores latinos; y su cabeza con un casco de cuero ó de bronce adornado de cimera de plumas ó crines, y protejen sus piernas con las ocreas de metal, una clase de botas tejidas con crines y cubiertas de láminas metálicas. Sus armas son la

lanza terminada en una pieza de hierro de distintas formas y utilizada como arma de asta y arrojadiza, la espada de dos filos, la daga larga aguda y punzante y la trágula, tiro arrojadizo de hierro. Los baleares se distinguían en el manejo de la honda. Los cántabros de costumbres más rudas acomodaban á sus cabezas cráneos de animales salvajes y cubrían sus cuerpos con pieles curtidas: las lanzas llamadas *falcatas bidentes* ó *tridentes* eran empleadas por estos habitantes del Norte.

Hondero balear

Pero como las armas y los trajes, experimentó el sistema de combatir de los españoles algunas mudanzas. Ya no luchaban como en otros tiempos exclusivamente á la desbandada, sin órden ni

formación alguna, recurriendo á su agilidad, y arrollando al enemigo sorprendido: la ley de la necesidad hizo que apelaran á otros medios para oponerse á las gentes recién llegadas; coordinaron sus fuerzas, dividiéronlas en haces de 6,000 hombres, colocáronlas en línea simétricamente, y de modo tal que cada una de estas masas llevaba en sí todas las condiciones indispensables al ataque, á la defensa y á la recíproca protección. Así dispuestas presentaban estas catervas entre sí grandes espacios, afectando en su conjunto la forma de un rectángulo ó triángulo. Los honderos partían desde los flancos ó intervalos á empeñar la acción, y la caballería situada á retaguardia, cargaba á su vez cruzando aquellos espacios, si así lo requerían las circunstancias. Por lo que respecta á la castrametación de los celtíberos, si hemos de dar fé á Tito Livio conocían ya los campos atrincherados.

Bien se comprende cuán difícil es apreciar con alguna exactitud detalles que mencionan escritores de épocas posteriores Diodoro, Sículo, Strabon, Appiano, Tito Livio y Arriano. Este último da cuenta de algunas evoluciones aprendidas por los romanos de los españoles, y hace especial mención de una maniobra de caballería llamada *círculo cantábrico*, merced á la que ejecutaba aquella una continuada descarga de saetas: por otros autores latinos sabemos que la divisa de esta arma era un jabalí colocado en la punta de una pértiga.

Sin embargo, pueden estos antecedentes darnos aproximada idea del estado de cultura á que llegó la población de España en el momento en que se inauguró en nuestro suelo la dominación cartaginesa. Cartago contó para sus guerras ulteriores una excelente base de operaciones, un importante venero de riqueza y lo que más conveniente podía serle aún, un contingente de excelentes soldados.

La llegada de los cartagíneses se hizo notable por el sitio de Cádiz (501 antes de J. C.), el primero que registra la historia patria, y en el que dieron ya á conocer aquella política desleal, aquella fé púnica, que tan triste fama hubo de alcanzar: los fenicios encontraron en los que creyeron auxiliares verdaderos enemigos, quienes después de haber batido con sus arietes los muros de aquella hermosa ciudad, rápidamente dominaron todas sus fundaciones y establecimientos de la Bética, amenazando con la propia suerte á las colonias griegas.

Pero no con igual facilidad se hicieron dueños del resto de la península y entre otros hechos de armas, el sitio de Helice atestigua el espíritu indomable de los españoles. Hicieron uso en él los pueblos *vectones* de una estratagema singular, cual fué la de prender fuego á una línea de carros cargados de leña y tirados por bueyes, los que precipitándose sobre el enemigo, acosado por vanguardia y retaguardia, le desbarataron consiguiendo no sólo su completa derrota, sinó también la muerte de su ínclito caudillo, aquel Amílcar Barca célebre por sus guerras en Africa contra los romanos y los mercenarios sublevados, una de las más nobles y patrióticas figuras que ofrece la historia de las guerras púnicas.

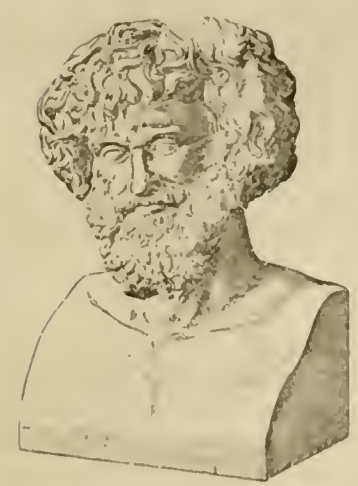
Pero la dominación cartagínesa se impuso definitivamente, y la hábil política de Asdrúbal, yerno del ilustre Bárcida y fundador de la ciudad de Cartagena, supo preparar los elementos que tan ventajosamente utilizó á su muerte el gran Aníbal. Atentos á estos mismos fines, los romanos procurábanse con su habitual astucia el pretexto de un rompimiento, y en 226 tomaban bajo su protección á las tribus hispánicas situadas entre el Ebro y los Pirineos y que aún no habían reconocido la soberanía púnica; aliáronse con Emporium y con Sagunto, y obligaron á los cartagineses á prometer formalmente que no atacarían á esta última ciudad ni atravesarían el Ebro. No se necesitaba otra cosa para dar margen á una nueva guerra.

Y en efecto; estalló imponente y sangrienta la segunda guerra púnica entre los dos poderosos pueblos que se disputaban la supremacía universal.

Cartago, la ciudad de mayor importancia marítima, ciudad más opulenta que la Atenas de Pericles y el reino de los Lágidas, era el emporio del comercio púnico, la monopolizadora del tráfico en el Mediterráneo; señora de los mares gracias á una escuadra colosal, y perceptora de los cuantiosos tributos procedentes de las tribus africanas y de importantes derechos aduaneros. Pero esta Cartago tan poderosa y rica, era por otros conceptos muy inferior á Roma, su austera y enérgica rival. Prevalecía en ella una política egoista, fría y mezquina; predominaba la oligarquía, y dos bandos se disputaban tenazmente la dirección de los negocios públicos. Su poderío militar era

ficticio; pues su ejército compuesto de mercenarios, en distintas ocasiones la puso en graves trances por su falta de disciplina y de valor: su poderío político en la misma África ofrecía el defecto de hallarse la ciudad aislada, por decirlo así, de los demás miembros del Estado. La capital lo significaba todo, lo monopolizaba todo para sus ciudadanos, algunos de los cuales poseían por sí sólo riquezas propias de reyes. De aquí que mientras que gracias á sus antiguas costumbres y á su característica austeridad, en Roma existiera cierta nivelación en las fortunas, en Cartago este desequilibrio no ofrecía á las distintas capas de la población sojuzgada la perspectiva de mejorar de condición; y mientras que en Roma el pueblo obedecía sólo á las leyes, en Cartago era víctima de los abusos. Es más: Roma seguía con sus súbditos y sus aliados una política de asimilación; Cartago en cambio procedía con sus mismos afines de raza explotándolos financiera y militarmente; y sólo Utica aliada de Cartago constituía una excepción en este sistema absorbente y dominador. Bien puede pues asegurarse que Cartago gracias á esa centralización presentaba un cuerpo raquítico dotado de una cabeza enorme; débil por su constitución, y más débil aún por su pobreza de ideas.

Pero en cambio ¡cuán grande el pueblo con que tiene que luchar! Pueblo austero, en que prevalecen los elementos agrícola y militar, dotado de gran sentido práctico, de espíritu sagaz, de genio perseverante y entusiasta, apegado á sus tradiciones y animado de ardiente fé en sus destinos inmortales. Como Cartago, Roma estaba regida por una constitución aristocrática, pero esta constitución era la de un pueblo que se gobierna por sí mismo; se adaptaba al carácter de aquella nación, en la que desde luego se echa de ver un justo equilibrio entre los elementos democráticos y aristocráticos y un mútuo respeto entre el Senado y las masas. Por otra parte su ejército nacional era muy superior al mercenario de los cartagineses: los ciudadanos aptos para el ejercicio de las armas ascendían en Roma á 280 ó 290,000, cuerpo escogido que debían reforzar los contingentes de Italia y al que animaba un poderoso espíritu militar y una férrea disciplina.



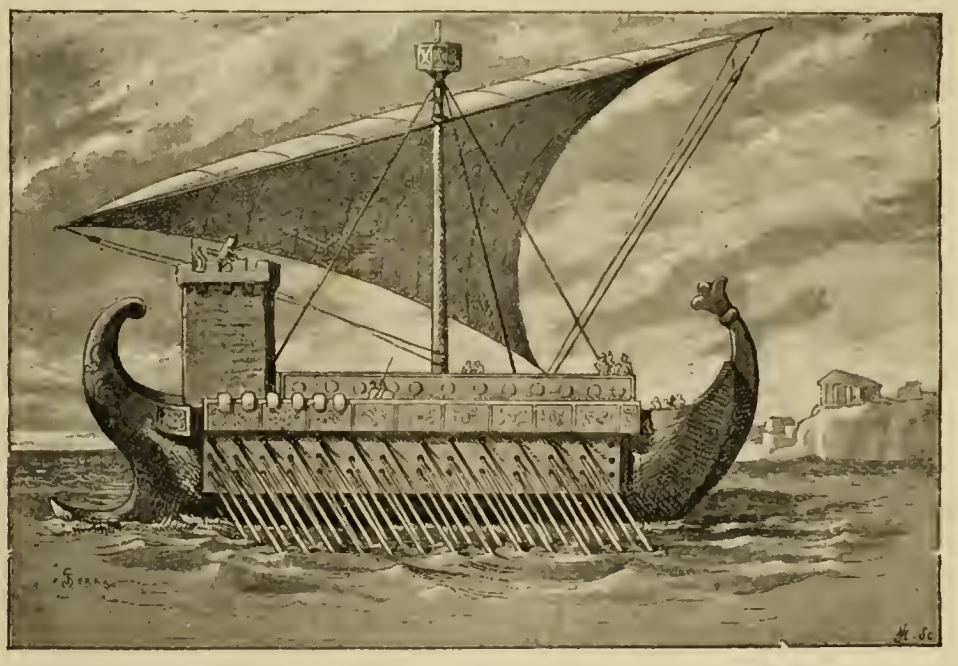
Busto de Aníbal.

Los pormenores de la primera guerra púnica pusieron de manifiesto las ventajas é inconvenientes de ambos sistemas político-militares. Estalló la guerra con motivo de la posesión de la isla de Sicilia que se disputaban cartagineses y siracusanos; y dividida la isla en dos facciones, una de ellas llamó en su ayuda á los romanos, que en el acto aprovecharon tan propicia ocasión de dar á conocer su poderío. Pero la lucha ventajosa en un principio para los romanos en tierra firme, ofrecía para ellos gravísimos inconvenientes en el mar, pues carecían de una escuadra. La fortuna vino, empero, en su ayuda: una embarcación cartaginesa encallada en las playas itálicas en 264 les sirve de modelo, y en 60 días, auxiliados por constructores griegos y etruscos, su poderosa actividad ha creado una escuadra que saludó con sarcásticas frases el almirante cartaginés; pero que más tarde dirigida por el famoso Duilio venció en Mile y más tarde en Eknomos á la flota cartaginesa.

Los pormenores de esta guerra ponen de manifiesto cuántas dificultades tuvo que vencer la perseverancia romana. Tuvo que hacer Roma grandes sacrificios de hombres y dinero, y experimentar todo género de pérdidas; y lo que era más grave, tuvo que nivelar la superioridad marítima de los cartagineses, cuya suerte no era por otra parte favorable en aquellas luchas en que no podían contar con su escuadra y sus máquinas de guerra. Pero esta desventaja la salvó su genio emprendedor, construyendo unos puentes provistos de garfios de hierro, los que arrojados sobre las embarcaciones enemigas, las amarraban sólidamente permitiendo el abordaje y estableciéndose de este modo el combate en iguales condiciones que en tierra firme. A esto debieron los romanos la victoria naval de Mile.

Vencida esta dificultad, la lucha en tierra firme no podía ménos de ser ventajosa á los romanos, avezados á la guerra y amaestrados de antemano en la escuela del ilustre Pirro. El ejército cartaginés hasta la época de los Barcas fué con pocas excepciones, el elemento más flaco de este Estado, reducido como se hallaba á los contingentes africanos, entre los que sobresalía la caballería númida. Más tarde reforzaron á su infantería los mercenarios griegos, celtas, ligurios y sobre todo los españoles, soldados preferidos por el famoso Aníbal y cuya sangre pródigamente derramada en Italia y Africa dió á conocer la fidelidad y el esfuerzo de esta raza.

Pero desde el momento en que los romanos superaron las dificultades que la guerra marítima ofrecía y una vez encontrado el camino que debía conducirles directamente á sus enemigos, pusiéronse más de manifiesto todas las ventajas de su sistema militar, toda la superioridad de sus



Trireme romana.

miras políticas. Régulo que trasladó al Africa la guerra, pudo por de pronto conseguir grandes ventajas que malograron sus pretensiones al tratar de ajustarse una paz; y en grave apuro le pusieran las repetidas victorias de Amílcar Barca sobre los ejércitos romanos, á no haber destruído una flota al mando del Cónsul Lutacio Cátulo á una escuadra cartaginesa, cerca de las islas Egades (242). Esta circunstancia que tan poco podía influir en los destinos ulteriores de una gran potencia, puso en alarma á Cartago que atenta sólo á su comercio y á sus riquezas, no tuvo en cuenta las victorias de Amílcar y se apresuró á firmar la paz, paz que hubiera podido considerarse como un buen negocio, si su poder político comprometido en estas luchas hubiera sido militarmente robustecido; pues á la pérdida de su preponderancia, á la derrota de sus ejércitos debía ir anexa la ruína de aquella opulencia sacrificada al honor de la patria.

Conviene reproducir aquí aquellas importantes reflexiones que el eminente Montesquieu consignó en las admirables páginas de su *Grandeza y decadencia de los romanos*, reflexiones que Fe-

derico *el Grande* consideraba de tanto valor para el político como para el militar, y en las que brilla un espíritu madurado por la observación y el estudio.

«Cartago que hacía la guerra con su opulencia á la pobreza de Roma, tenía en esto una desventaja: el oro y la plata se agotan; la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza no se agotan

Casco romano de la época del Imperio

Casco romano de la época de la república.

nunca. Los romanos eran ambiciosos por orgullo, los cartagineses por avaricia; aquellos querían dominar, éstos adquirir; por lo cual los segundos, calculando constantemente las ganancias y los gastos, hicieron en todas ocasiones la guerra contra su voluntad. Y mientras las batallas perdidas,

Tiendas

la disminución de su población, el mal estado del Tesoro, y la rebelión de sus aliados, hacían aceptar á Cartago las más duras condiciones, Roma, impasible ante sus ventajas y sus reveses, sólo alentaba para la gloria; y como no se daba cuenta de su existencia sinó por la dominación, ni el

temor ni la esperanza pesaban sobre su ánimo para obligarla á una paz que no hubiera impuesto.

»Los cartagineses servíanse de mercenarios y los romanos empleaban ejércitos nacionales; pero éstos, considerando tan sólo á los vencidos como á instrumentos para futuros triunfos, hicieron soldados á todos los pueblos que conquistaron, y cuanto más les costó el someterlos, más en estima les tuvieron para incorporarlos á la república. Además, la dominación romana era en su país más sólida que la de Cartago: treinta colonias contaba Roma que venían á constituir á manera de sólida muralla. Antes de la batalla de Cannas ningún aliado la había abandonado; porque los samnitas y los demás pueblos de Italia estaban acostumbrados á su dominación.

»Cartago empleaba más fuerza para atacar que Roma para defenderse: ésta armó numerosos contingentes para hacer frente á los galos y á Aníbal, y sólo envió dos legiones contra los más poderosos reyes; lo que dió lugar á que jamás se extinguieran sus fuerzas. Por otra parte, en Cartago los ejércitos derrotados se indisciplinaban y en ocasiones crucificaban á sus generales; mientras que en Roma, el Cónsul diezmaba á los ejércitos que habían vuelto espaldas al enemigo, y los conducía de nuevo al combate.»

Estas atinadísimas observaciones bastan por sí solas para darnos exacta idea del modo de ser de los dos pueblos que iban á entablar de nuevo la lucha.

El genio de esta nueva guerra, ya lo hemos dicho, fué el ilustre Aníbal, mozo de unos veinte y seis años, en quien un juício y una sagacidad propias sólo de seres excepcionales, se hermanaban á un valor y á una energía de carácter muy superiores á sus años. Magnánimo y audaz, hábil y enérgico, este eminente varón que por su patria hizo cuanto puede un estadista y un gran capitán, mantuvo casi abandonado de su país la guerra en Italia por espacio de quince años, consiguiendo sobre sus enemigos victoria tras victoria hasta ponerlos en el trance más apurado. Sólo la insuficiencia de sus fuerzas y el egoismo de sus conciudadanos le impidió realizar la aspiración de toda su vida; y cuando la patria en peligro le exigió su postrimer esfuerzo en Africa, dió una batalla como la de Zama en la que pareció que «la fortuna se complacía en confundir su habilidad, su experiencia y su buen sentido (1).» Bien es cierto que en Zama no sucumbió Aníbal á Escipión, sinó Cartago á Roma.

Antes de estallar la segunda guerra púnica había ya previsto Aníbal toda la trascendencia de esta lucha, que indudablemente iba á ser de vida ó muerte para su patria; pero madurado su plan no vaciló en romper las hostilidades poniendo sitio á Sagunto (219), en cuya ciudad como antes en Elmántica pudo apreciar en todo su valor las virtudes y la tenacidad de los españoles. En efecto; Sagunto se defendió con un heroismo que ha hecho célebre su nombre al través de las edades, esperó en balde la protección de sus aliados los romanos, y sucumbió entre las llamas prefiriendo la ruína á la rendición. Consígnase en este sitio por parte de los cartagineses el empleo de trincheras, así como la existencia de brechas que hacen suponer un recinto amurallado.

Fácil es empero comprender no pudo ser muy favorable á los romanos este abandono de sus aliados, que indicaba por parte de Roma cierta debilidad y apocamiento, sólo justificables por el estado en que la dejaron las anteriores guerras. Tal situación hubo de aprovecharla sagazmente Aníbal, á quien no se ocultaba el apurado trance de aquella potencia, y calculando ventajosa una invasión por tierra al través de la Galia y hácia el Alta Italia, en donde la alianza con los celtas le permitiría crearse una excelente base de operaciones, concibió el proyecto de llegar á la Italia sabélica, y reforzado allí por un ejército hispano y por las tribus que consiguiera separar de la alianza de Roma, atacar á ésta en el corazón. No todos estos planes, en especial los referentes al trabajo de disgregación política, pudo verlos realizados á medida de su deseo; pero es lo cierto que consiguió su principal objetivo.

Preparado convenientemente el caudillo cartaginés, inició su movimiento hácia el Ebro al frente de un contingente cuyo núcleo lo constituían 30,000 españoles y cuyo total sumaba 90,000 infantes, 12,000 caballos y 40 elefantes: á sus espaldas quedaba Asdrúbal en el gobierno de España con

(1) Montesquieu.

30,000 soldados y 50 galeras; y al otro lado del mar Cartago guarnecida por 15,000 españoles. Opusieron dificultades á su paso los indígenas de la opuesta margen del Ebro; y la pérdida de un tiempo precioso, los 20,000 hombres que sacrificó para asegurar la mitad oriental de aquellas comarcas, los 11,000 que hubo de dejar allí á las órdenes de Hannón y algunos españoles que licenció al pasar los Pirineos, mermaron un tanto sus fuerzas que al entrar en las Galias por San Juan de Luz constaban sólo de 50,000 infantes y 9,000 caballos; tropas, es cierto, escogidas y animadas del mejor espíritu.

Con gran habilidad avanzó Aníbal al través de la Galia meridional y forzó no sin luchar el paso del Ródano tratando de alcanzar cuanto antes la base de operaciones: subió por este río hasta el valle de Chambery y del alto Isere, y cruzando el pequeño San Bernardo, territorio hoy conocido con los nombres de Aosta é Ivrea, llegó al hermoso valle de este nombre al frente de un ejército que las luchas y las penalidades habían reducido á 12,000 infantes africanos, 8,000 españoles y 6,000 caballos. ¡Cuánta perseverancia y cuánta audacia!

Roma no había previsto con tiempo las contingencias de la guerra; por lo que no acertó en un principio á darse cuenta de las fuerzas de su rival, ni del general que las mandaba. Así, de los dos cónsules que puso al frente de sus legiones, Tiberio Sempronio Longo y Publio Cornelio Escipión, el uno se dirigió confiadamente á Sicilia con objeto de pasar al Africa, mientras el otro, que debía navegar hácia España, se vió comprometido en sofocar una sublevación de los boyos é insubrios. Cuando vencida ésta avanzó hasta Massilia, supo con sorpresa que Aníbal había ya cruzado los Pirineos; y en vano mandó su caballería á las Galias para contener el avance del enemigo; pues Aníbal después de haber mandado contra ella sus ginetes númidas, abandonó su camino en dirección á Génova, torció hácia el norte y cruzó los Alpes en quince días.

Grave falta la cometida entonces por Publio Escipión al enviar á España la mayor parte de su ejército á las órdenes de su hermano, dirigiéndose él con sus mermadas fuerzas á Pisa con el fin de reunir en el Alta Italia nuevos contingentes y hacer frente á su enemigo. Si el general romano conduce su ejército hácia el Alto Po pasando por Génova y sale al encuentro de los invasores diezmados por las fatigas y aniquilados por el cansancio, fácil es que hubiese dado cuenta de aquel ejército. Pero en el intervalo que medió desde la llegada de Aníbal al suelo italiano, hasta que Escipión reunió sus contingentes, Aníbal había descansado de las pasadas fatigas, reorganizado su ejército y conquistado el valle del Po.

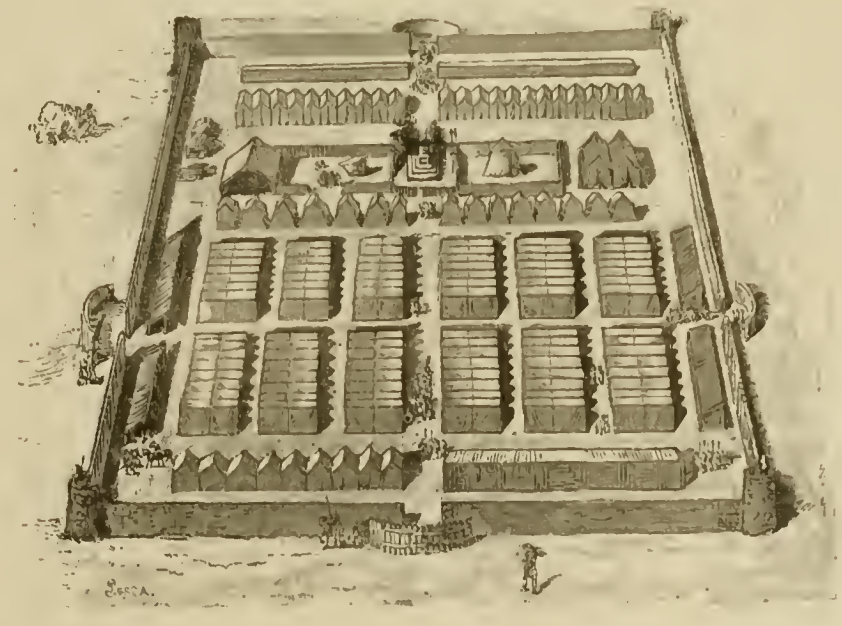
Por fin en el Tessino se trabó la primera batalla. Aníbal inició el ataque tratando de desalojar á los romanos de sus posiciones; la infantería española que ocupaba el centro cartaginés dió á conocer su arrojo y su firmeza, pero la carga de la caballería númida que rebasó los flancos de los romanos y los envolvió atacándolos por retaguardia, desconcertó totalmente al ejército de Publio, en cuyas filas hicieron gran estrago los honderos baleares. El cónsul hubo de repasar el Tessino perseguido por Aníbal que cortó en parte su retaguardia, obligándole á buscar un refugio en los muros de Plasencia, en cuyas inmediaciones mandó aquel construir un campamento fortificado.

Empero, la llegada al teatro de la guerra de su colega el cónsul Sempronio (diciembre de 218) modificó las condiciones de la lucha, que habían empeorado considerablemente para los romanos por efecto del motín y deserción de los celtas, viéndose obligado Publio á dirigirse á la orilla izquierda del Trebia y abandonar al enemigo sus almacenes de Clastidium. Tales circunstancias inducían á este general á observar una prudente espectativa, que no hubiera ciertamente redundado en beneficio del invasor, al que el jactancioso Sempronio creyó que podría derrotar en una sola batalla. Y en efecto diose esta batalla que fué para los romanos nueva y sangrienta derrota.

En la madrugada de un desapacible día de diciembre envió Aníbal su caballería númida al otro lado del río con objeto de hostilizar y atraer al enemigo, que cayó en el lazo disponiendo la atacara su infantería y su caballería. Fingiéndose débiles ante los romanos, declaráronse los númidas en retirada y atrajeron á estos al terreno elegido por Aníbal, y en el cual los enemigos se encontraron de repente frente á frente de los batallones del cartaginés: esta circunstancia unida al mal estado en que emprendieron los romanos el ataque, en ayunas y calados de agua por la avenida

del Trebia, no podía ser más desfavorable á Sempronio, quien sin darse cuenta de la superioridad de su rival avanzó en tanto con el grueso de su fuerza. Iniciado el combate con gran energía y denuedo por ambas partes, no resistieron las tropas ligeras de la primera línea de Sempronio la metralla de los honderos enemigos, ni la caballería de las alas, las cargas de los númidas y de los elefantes; pero la infantería romana sostúvose no obstante, á pesar de la derrota de la caballería y de la nube de flechas y piedras que diezmaban sus filas, conservando sus posiciones gracias al refuerzo que la procuró la segunda línea. Por fin Aníbal ordena salga de sitio oculto un cuerpo de reserva, que á las órdenes de Magón cae sobre la retaguardia enemiga y pone en derrota al ejército consular.

Esta terrible derrota y las proporciones que adquirió el levantamiento celta puso en grave aprieto al Senado romano.



Campamento romano

Aníbal en tanto, no pudiendo de momento cruzar los Apeninos á la sazón cubiertos de nieve, tuvo que aguardar el fin del invierno de 217, en que cruzó el valle del Po, y ganando un sendero de cabras existente en aquella cordillera, entre los dos pasos conocidos que guardaban dos ejércitos romanos á las órdenes de Servilio y Flaminio, se colocó á retaguardia de ambos generales, quienes supieron pronto con la mayor sorpresa el audaz movimiento del cartaginés acampado ya en el valle de Crotona. Tan graves juzgaron los cónsules las circunstancias, que decidieron incorporarse y caer unidos sobre el enemigo. Y en efecto, avanzó Flaminio hasta la entrada del desfiladero donde estableció sus reales á la caída de la tarde, en tanto que Aníbal tomaba posiciones en las alturas colocando allí sus baleares y sus galos, y ocupando los pasos con su caballería; y es fácil prever la suerte que cupo á los romanos cuando, merced á la imprudencia de su general, viéronse envueltos y acosados por todos lados, sin campo en que moverse, verdaderamente acorralados en el desfiladero del Gualandro. A la espesa neblina que oscurecía la atmósfera, á la terrible gritería que llenaba al es-

pacio, se añadieron los horrores de una lucha desesperada en la que los infelices soldados de Flaminio perecieron en una serie de combates parciales ó hallaron en la fuga su muerte, en las aguas del lago Trasimeno que dió su nombre á esta sangrienta carnicería.

Roma comprendió después de esta jornada que era preciso dar el mando de sus tropas á un hombre de excepcionales dotes, y eligió para ella al anciano Fabio *(Cunctator)*. El sistema puesto en práctica por este general, que no desconocía las fuerzas de Aníbal y la debilidad de los romanos, era el más apropósito para aniquilar las fuerzas del cartaginés. Propúsose evitar batallas decisivas, y tener constantemente en jaque á su rival, trabando tan sólo combates parciales en los que ejercitaba sus reclutas; pero Aníbal comprendió el objetivo de Fabio y cambiando de posiciones, hizo variar en perjuicio de sus enemigos la situación. En tanto sus tropas invadían el Samnio, tomaban á Capua y devastaban la fértil y deliciosa Campania, poniendo en grave aprieto á Roma. Mas la elección de nuevo dictador, el cansancio del pueblo y el deseo de concluir con el odiado cartaginés, indujeron á esta ciudad á un postrimer esfuerzo, á organizar un ejército de 80,000 infantes y 6,000 caballos que puso á las órdenes del prudente Emilio Paulo y del presuntuoso Varrón.

Y reprodújose aquí parecido accidente que el ocurrido en la batalla de Trebia entre Sempronio y Publio Cornelio Escipión, es decir, que la circunstancia de alternar diariamente en el mando los dos cónsules dió lugar á que el petulante Varrón se decidiera á librar batalla con el cartaginés en las inmediaciones de Cannas, junto á la corriente del Aufidus (hoy Ofanto), consiguiendo la más espantosa de las derrotas.

Una ligera descripción de esta importante batalla, dará, sin duda alguna, la más cabal idea del sistema táctico seguido por ambos ejércitos.

La dilatada llanura que se extiende á la derecha del Ofanto y que permitía maniobrar conente-

ra libertad á la caballería, decidió al cartaginés á la batalla, y en su consecuencia dió la orden para desplegar su ejército, que inútilmente esperó el día anterior el ataque de Paulo Emilio.

«Así que tomó el mando Varrón, dice el historiador Polibio, al despuntar el día, hizo colocar ante sí los lictores, ordenando á las tropas la salida simultánea de los dos campos (1). Forma en batalla las del más grande, á medida que cruzan el río y las del pequeño vienen á unírseles y colocarse en la línea con el frente al mediodía. Coloca la caballería romana (3,400 caballos) en el ala derecha, apoyada en el Ofanto; en el centro las ocho legiones en el orden manipulario; pero con los manípulos de diez y seis hombres de profundidad y diez de frente, estrechando los intervalos: la caballería de los aliados en el ala izquierda. Emilio manda el ala derecha, Varrón la izquierda; los dos cónsules del otro ejército están en el centro; á vanguardia del centro de las legiones veintidos mil hombres de tropas ligeras preparan la acción.»

El caudillo cartaginés por su parte hace cruzar el río á sus honderos y tropas ligeras y las despliega en tanto que el núcleo de sus fuerzas cruza por distintos puntos el río: á la caballería romana opone sus ginetes galos y españoles mandados por Asdrúbal; y acto seguido dispone en línea dando frente al norte, la mitad de la infantería africana y los contingentes españoles y galos con el resto de los africanos: en el ala derecha forma Hannón al frente de la famosa caballería númida.

El ataque comienza por el avance del centro cartaginés, adoptando la formación en cuña. Aníbal se adelanta al frente de la infantería española y gala «alineadas, dice el escritor citado, por secciones; los galos desnudos, los españoles con túnicas de color de púrpura,» y se apoya al efectuar el movimiento en la infantería africana encargada de sostener el ataque. Sigue á este primer ataque el de la caballería de Asdrúbal, que carga impetuosa á la romana y obliga á combatir pié á tierra á sus ginetes. Pero en tanto en el ejército romano han reemplazado á los vélites las legiones, que á su vez atacan el centro de Aníbal obligándole en apariencia á retirarse. Esta estratagema del cartaginés surtió su efecto: los romanos fueron atraídos al terreno que convenía y las alas del semicírculo formado por los cartagineses, cerrando simultáneamente sobre los romanos, los redujeron á un estrecho círculo, destrozándolos totalmente en él. La caballería númida y española daba cuenta á su vez del ala izquierda romana, compuesta por la caballería aliada, y los escuadrones galos y españoles atacaban por sus dos flancos la tercera línea de infantería romana que forzó el centro cartaginés y ya se creía victoriosa, cuando el terrible clamoreo que se eleva en sus flancos, desvaneció su error. Fué verdaderamente espantosa la carnicería. El núcleo del ejército romano quedó formando un enorme sólido cuyas dos caras arrojadas una contra otra, son destrozadas por la espada del enemigo que las estrecha en gigantesco círculo. ¡70,000 romanos, entre ellos el cónsul Paulo Emilio, perecieron en esta memorable jornada!

Después de esta importante victoria que hizo dueño de toda la Italia del Sur al cartaginés, bien parece que sólo faltaba á éste dar un nuevo paso y apoderarse en definitiva de Roma. Y sin embargo, Aníbal no dió este paso, no obstante la proposición que se asegura le hizo Maharbal: «Déjame marchar delante con la caballería, sígueme tú á toda prisa y antes de cinco días comerás en el Capitolio.» Pero es que no podían ocultarse á su genio poderoso las fuerzas de que aun dispondría Roma á pesar del último desastre; no podía desconocer la dificultad de sostenerse en el Tíber sin contar de antemano con un sólido apoyo militar y político, ni mucho ménos la temeridad de emprender un ataque contra una ciudad grande, populosa y fortificada, con reducidas fuerzas, en su mayoría compuestas de infantería y caballería.

Porque Roma hizo en este brevísimo intervalo un esfuerzo colosal de energía; y de igual manera que tras las jornadas del Tessino, Trebia y Trassimeno, tras la de Cannas, más funesta aún, aislada, abandonada de casi todos sus aliados itálicos, no pidió la paz; sostuvo como antes hiciera con Pirro, aquella antigua máxima de que el Senado no pactaba con un enemigo que pisara el suelo patrio. Y la salvó su tenacidad, la fuerza admirable de sus instituciones. Ordenó que ninguna mujer derramara lágrimas, armó á sus esclavos, rehusó el rescate de sus prisioneros y envió los miserables

(1) Los romanos construyeron dos campamentos en las inmediaciones del rio.

restos de su ejército á la guerra de Sicilia, sin honor ni recompensa: é hizo más aún, llamó al vencido Varrón y salió á recibirle, dándole gracias por no haber desesperado de la salvación de la patria.

Al llegar á este punto dice muy atinadamente Montesquieu: «Créese que Aníbal cometió una gravo falta al conducir su ejército á Capua, en donde éste fué víctima de la molicie; pero al suponerlo así, no se da en la verdadera causa. Los soldados de este ejército, enriquecido por sus victorias repetidas ¿nó habrían por ventura encontrado en otra parte una nueva Capua?... A las mismas conquistas efectuadas por Aníbal hay que atribuir el cambio de su fortuna en esta guerra. Por otra parte, no había sido mandado á Italia por los senadores cartagineses; y bien fuera á consecuencia de la envidia de un partido, bien de la confianza de otro, recibió escasos socorros. Mientras tuvo á

Soldado cartaginés

su ejército reunido y á sus órdenes inmediatas, derrotó á los romanos; pero desde el momento en que le fué indispensable colocar guarniciones en las ciudades, desde que vino obligado á defender á sus aliados, que tuvo que sitiar plazas y defenderlas, diseminároнse sus fuerzas y perdió en detall gran parte de su ejército. Las conquistas pueden realizarse con facilidad, porque se efectúan con todas las fuerzas; lo difícil es conservarlas, porque han de conservarse con parte de esas mismas fuerzas.»

Pero á tales dificultades tenía que agregar Aníbal el mal estado que la guerra presentaba en España.

La influencia que ejerció nuestra península en esta segunda guerra púnica no puede desconocerse. Apreciáronla en su verdadero valor uno y otro beligerante, y fué durante este período sangriento palenque donde midieron con tenacidad sus fuerzas. Y bastará á nuestro objeto una

ligera descripción de las vicisitudes por que aquella pasó en esos años, para que el lector aprecie con una sencilla ojeada las combinaciones militares y políticas á que tal lucha dió lugar.

Recuérdese que Roma intentó oponer á la invasión de Italia por los cartagineses en 218, el ejército de Publio Cornelio Emilio, quien sin darse cuenta suficiente del movimiento de su rival, dispuso marchase á España con dos legiones su hermano Cneo. Y en efecto, pudo éste sin dificultad efectuar la marcha y hacerse dueño de las plazas marítimas situadas desde Emporium hasta el Ebro; y pudo conseguir más aún: pudo derrotar al cartaginés Hannón y hacerle prisionero; atraer á la causa de Roma á muchas tribus, derrotar á otras, y llegar en sus afortunadas correrías hasta los arrabales de Cartagena. No dejaba de ser esto una gran compensación para su patria, cuyos asuntos tan mal cariz ofrecían á la sazón.

Pero el refuerzo que recibió más tarde Cneo con la llegada de su hermano Publio al frente de 8,000 hombres y una escuadra, permitió dar á la guerra un carácter más enérgico, concluir con la resistencia de algunos régulos, que habían vuelto por la independencia patria, y sobre todo evitar que Asdrúbal Barcino se incorporara al ejército de Aníbal, según las órdenes que recibiera de Italia. Tales circunstancias podrán dar al lector idea del caos que reinaba entonces en la península: lucha de los dominadores entre sí, lucha de los españoles en favor de uno ú otro bando, y lucha de los mismos en pró de su independencia, así contra romanos como contra cartagineses. De este modo se fueron formando nuestro carácter y nuestras aptitudes.

El empeño de unos y otros dominadores en esta campaña salta desde luego á la vista: para los cartagineses lo esencial era abrirse paso al través de los Pirineos y ponerse en contacto con Aníbal; para los romanos evitar el que fuera reforzado aquel caudillo y hacerse dueños de la base de operaciones que la república púnica tenía en España. Bien sabían los Escipiones que la existencia y el porvenir de Roma dependían del valor de sus legiones, y por de pronto, más felices que los generales que aquella opuso en Italia al gran Aníbal, consiguieron una importante victoria sobre Asdrúbal á orillas del Ebro en la que perecieron nada ménos que 25,000 cartagineses, siendo hechos prisioneros 12,000.

Cartago hizo entonces un supremo esfuerzo y mandó á España 12,000 soldados y 1,500 caballos al mando de Magón. Poco afortunado este caudillo en su primer encuentro con los romanos, en las inmediaciones de Andújar, decidióse á dividir sus fuerzas reforzadas por un ejército africano que á las órdenes de Massinisa voló en su auxilio, dirigiéndose entonces un ejército cartaginés á operar en el centro de la península y otro en el Mediodía. Y este plan bien puede decirse que fué también seguido por los romanos. Cneo acudió á hacer frente á Asdrúbal en el centro y Publio marchó á la Bética; pero si fatal fué la estrella del primero en Anitergis, no cupo mejor suerte á su hermano en la Bética. Ambos perecieron y una doble victoria aseguró el decadente poder púnico.

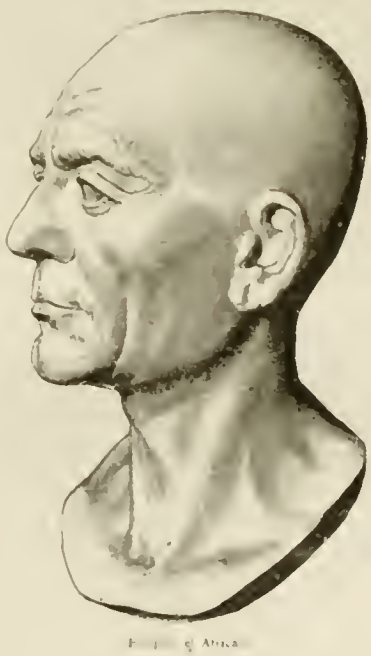
Perdieron los romanos á consecuencia de este desastre todos sus dominios españoles hasta el Ebro; y sólo la energía de un general romano que reunió y reorganizó los restos de las destruídas legiones del Ebro y las fugitivas guarniciones del Sur, evitó, manteniéndose con patriótica firmeza en la línea de aquel río, que Aníbal fuera reforzado, dando con esto tiempo á que Roma mandara en su socorro á Claudio Nerón, un militar adocenado y vulgar que hizo sin embargo su oficio teniendo en jaque á los cartagineses del Mediodía.

Comprendió sin embargo Cartago todo el valor de las circunstancias, es decir, la urgente necesidad de mandar á Italia á los generales Asdrúbal y Massinisa; y comprendió Roma toda la inminencia del peligro poniendo al frente de las legiones hispánicas un hombre de genio. Y este fué aquel Publio Cornelio Escipión, descendiente de los Gracos, discípulo del ilustre Marcelo y personaje sumamente simpático á los romanos que saludaban con él una esperanza. Era en verdad un héroe, un hombre si no de gran talento militar y político, de entusiasta corazón, de afable trato, de cultivada inteligencia, de simpático exterior; magnánimo, valeroso, inteligente y todo lo humano que en aquellos tiempos podía ser un guerrero.

Inauguró su llegada á España al frente de 11,000 hombres con una operación afortunada, pues sabedor de que los caudillos enemigos se encontraban uno en el sudoeste de la península, otro en

el Tajo y el último á diez jornadas de Nueva Cartago, después de reforzar la línea del Ebro avanzó á marchas dobles desde Tarragona en dirección á Cartagonova. A los siete días efectuó una demostración su escuadra frente á esta ciudad, y simulando un asalto por la parte de tierra, dió un verdadero ataque por la parte del mar, mal defendida, y se hizo dueño de la plaza.

Pero si acertado anduvo Escipión en estas operaciones, no demostró igual tacto cuando al regresar á Tarragona licenció su escuadra y agregó las tripulaciones de sus buques á su ejército, creyéndose así sobrado fuerte para cerrar á los cartagineses el paso de los Pirineos y vencerlos en el Mediodía. Efectuóse entonces una interesantísima operación digna de atraer las miradas del hombre de guerra. Empeñado Asdrúbal en dirigirse á Italia y perseguido por Escipión, que le dió alcance en las comarcas situadas al Norte del alto Betis, al ver el mal giro que tomaba la batalla á que vino obligado, emprendió oportunamente y no sin grandes pérdidas la fuga; y supo desaparecer de la vista del romano, que, preocupado por la conquista del Sur, no se dió cuenta oportuna del movimiento de su rival. Pero éste que se había dirigido á la Lusitania describiendo un círculo en torno de las posiciones de Escipión, penetró en la Galia por los mal defendidos Pirineos. «Los detalles de esta expedición, dice un historiador, y el tiempo que Asdrúbal hubo de emplear en ella, son poco menos que desconocidos, así como el conjunto de la cronología de las guerras hispánicas desde la muerte de los Escipiones: sábese solo á ciencia cierta que los romanos, á fines del año 208, supieron por conducto de sus fieles aliados los masiliotas que un nuevo ejército cartaginés se aproximaba á los Alpes.»



Busto de Aníbal

Con razón disgustó á Roma la conducta observada en tales circunstancias por Escipión, pues no se la ocultaba la inminencia del peligro una vez se duplicaran las fuerzas del cartaginés en la península itálica; pero afortunadamente mandaban en Italia dos grandes generales, Marco Livio Salinator y Nerón, el biznieto de Apio Claudio, quienes decidieron definitivamente la suerte de la guerra. No pudieron, es cierto, contener por de pronto el avance de Asdrúbal por la Alta Italia, mas sus acertadísimas operaciones tuvieron un resultado por todo extremo feliz. Nerón se dirigió á Venucia con objeto de tener en jaque á Aníbal, mientras Asdrúbal, reforzado por 8,000 ligurios y al frente de 6,000 soldados, llamaba á los celtas á la lucha con el intento de reunirse en Narni con su hermano y juntos marchar sobre Roma; en tales circunstancias, un parte que enviaba el recién llegado á éste cayó en manos del general romano y le puso en el secreto del movimiento.

El audaz Nerón estuvo á la altura de las circunstancias; sin vacilar envió á la capital una legión, ordenando que dos de las que guarnecían aquélla se dirigieran cuanto antes á Narni; dejó frente á Aníbal, en la Apulia, una parte de su ejército y marchó sigilosamente con el resto á sorprender á Asdrúbal. Reforzado entonces por Livio y por los cantones aliados, Nerón aprovechó la incertidumbre en que se halló el cartaginés respecto á las operaciones militares de Italia, para obligarle á un combate que en vano quiso evitar: y puesto en el triste caso de aceptarlo, después de una noche de marcha, con tropas cansadas y en desventajosísimas condiciones, pues cortaba su línea de retirada el río Metauro, sufrió aquella derrota que fué para Cartago lo que Cannas para Roma.

Es digno de notarse, que en esta sangrienta batalla combatieron en uno y otro ejército los españoles: constituían el ala derecha de Asdrúbal en unión de los ligurios; y Nerón en persona hubo de dirigir el ataque contra aquel aguerrido contingente auxiliar, que dió el ejemplo á los ligurios, prefiriendo la muerte á una vergonzosa fuga. El ejército cartaginés quedó destruido, pues perecieron sobre el campo de batalla 50,000 de sus soldados y entre ellos su infortunado general, cuya cabeza fué para Anibal mudo y elocuente testimonio de aquel desastre. ¡Grave pérdida esta si se considera la triste suerte que corría en España la fortuna de Cartago! Porque en la peninsula no fueron más afortunados Asdrúbal Giscón y Magón; y derrotados en Córdoba y Sevilla y obligados á refugiarse en Cádiz, cayó á la postre este último baluarte en poder de los romanos, gracias á la traición del africano Massinisa, concluyendo así definitivamente la dominación cartaginesa en España (205).

Equite

Inútilmente había ordenado Cartago, poco antes de ser entregada Cádiz, que Magón pasara á Italia al frente de 14,000 hombres, mientras Asdrúbal Giscón, puesto al frente de los ejércitos púnicos en Africa, hacia frente al general romano Escipión. Magón desembarcó en Génova en cuyo territorio procuró reclutar tropas celtas y ligurias, para emprender una nueva campaña; pero ya no era temible para los romanos, y la suerte adversa de los cartagineses en Africa precipitó el desenlace de esta guerra.

Con efecto; las ventajas conseguidas por Anibal después de la batalla de Cannas hubieran podido ser decisivas á no haber representado su patria, dividida por los dos partidos de la paz y la guerra, y atenta sólo á sus intereses mercantiles, un papel casi neutral entre Roma y el ilustre caudillo. La tardanza de Asdrúbal que desde España debia dirigirse á Italia, y que hubo de prolongarse algunos años, y la suerte varia con que allí luchaban romanos y cartagineses, unida á las guerras de Sicilia, vinieron á contribuir en perjuicio de Anibal, que hubo de luchar con dos hábiles generales romanos, Fabio Máximo y Marcelo. Esta vez no se trataba de batallas campales, sino de operaciones ejecutadas con sumo tacto y cuyo único objetivo era tener en jaque el cartaginés, agotar sus fuerzas, rehacer el ejército romano y el espíritu de los aliados; así cualquier combate, aunque fuera una victoria para los cartagineses, influia fatalmente sobre ellos. Y el refuerzo de los ejércitos romanos, y la reanimación de sus fuerzas y sus esperanzas, hicieron cada vez más difícil el sostenimiento de Anibal en la Italia central: en Nola le derrotó el astuto Marcelo y en Capua fué vencido su teniente Hannón con 16,000 soldados (215). Rechazado á la Italia del Sur «cual león mortalmente herido al que no se atreven los cazadores» supo sostenerse por espacio de tres años, con un débil ejército, sin aliados y sin recibir auxilios contra los ejércitos consulares; y por un prodigio de audacia y de genio propio sólo de los héroes aun logró apoderarse de dos ciudades, derrotar á un ejército romano causándole 15,000 bajas, acudir en socorro de Capua y aproximarse á la misma Roma elevando sus enseñas cerca de la puerta Colina.

Estas últimas campañas son quizás más dignas de admiración que las jornadas de Trebia y Cannas; pero aunque encumbraron muy alto su talento militar, no evitaron ya el eclipse de su fortuna ni la ruina de su patria; que bien previó el héroe cuando teniendo entre sus manos la en-

sangrentada cabeza de Asdrúbal, exclamó llena el alma de dolor: «¡Cartago, veo clara tu suerte!»

Y en efecto; iba á sonar para Cartago una hora crítica. En 204 había desembarcado Escipión al frente de 30,000 soldados en un promontorio no distante de Utica, punto en donde se le unió el traidor númida Massinisa; y juntos emprendieron las operaciones, poniendo tras diversas escaramuzas y correrías sitio á la ciudad de Utica, la más importante de Africa después de Cartago, con la que bien puede asegurarse competía; pero les era difícil sostener este sitio teniendo á sus espaldas á Asdrúbal Giscón al frente de un ejército de 20,000 infantes, 6,000 jinetes y 140 elefantes, al que bien pronto se incorporó Sifax, otro príncipe africano que, como Massinisa, desempeñó importante papel en esta guerra, con un refuerzo de 50,000 infantes y 10,000 jinetes númidas. Graves se presentaron las circunstancias para el romano; pues tras el levantamiento del cerco, vióse reducido á fortificarse junto á la costa, atentamente vigilada por su enemigo. Pero lo que no pudo alcanzar por medio de las armas, lo consiguió su astucia, ó para hablar con más propiedad, su alevosía. Sabedor de las negociaciones de paz que Sifax proyectaba entablar con Roma, manifestó Escipión deseo de entrar en ellas; y como aquel confiado general, con injustificado abandono, no tuviera su campo convenientemente vigilado, dispuso que cayeran sobre él sus tenientes y pasaran á cuchillo á los 40,000 hombres que mandaba el monarca africano. Escipión en tanto desbandó al gran ejército púnico y dirigió otra vez sus ataques á Utica.

Sin embargo, no desmayó por eso el ánimo del esforzado Asdrúbal, y reorganizando los restos de su ejército y robusteciéndole con tropas auxiliares macedonias y 40,000 hispanos, tentó fortuna por vez postrera en las *Grandes llanuras*, siendo derrotado en ellas por completo: Massinisa por añadidura se arrojaba sobre el desdichado Sifax, le vencía, y se apoderaba de sus dominios y de sus tesoros. Doble calamidad para Cartago fueron tales derrotas en el propio territorio; pues el pueblo, agobiado por la guerra y falto de esperanzas, comenzó á inclinarse al partido de la paz, que desde aquel momento prevaleció en el Senado púnico, y entabláronse con Roma aquella serie de negociaciones, cuya primera condición fué el regreso de Aníbal á Cartago. No obstante, tales negociaciones fracasaron por completo así que este ilustre caudillo pisó el suelo africano, efecto sin duda del nuevo giro que dió Aníbal con su presencia á los negocios, y de la influencia que ejerció sobre los cartagineses su formidable ejército, reforzado por el de Magón y robustecido por mercenarios hasta alcanzar la cifra de 50,000 hombres y 80 elefantes.

Fiados entonces de nuevo á las armas los destinos de la potencia púnica, la suerte se decidió en la memorable batalla de Zama una vez más á favor de los romanos; siendo la fecha de esta jornada el término de la segunda de estas guerras y señalando ostensiblemente la total ruina del poderío cartaginés.

El griego Polibio, que acompañó á Escipión en esta campaña, ha descrito esta postrera batalla, motivo por el cual nos limitaremos á reproducir su descripción, á la que por otra parte nada es posible añadir.

«Jamás ejércitos más aguerridos, jamás generales más venturosos ni más ejercitados en el arte de la guerra, ni jamás la fortuna había propuesto mayor premio á los combatientes. No se trataba aquí sólo del Africa ó de la Europa, sinó de conquistar el imperio de todas las demás partes del mundo que ahora componen las historias, como en efecto sucedió poco después. Hé aquí cómo ordenó Escipión sus tropas en batalla. En la primera línea puso los hastatos con intervalos de cohorte á cohorte; en la segunda los príncipes, situando las cohortes de éstos, no de frente á los intervalos de la primera línea, como acostumbran los romanos, sino paralelas unas tras de otras con algún espacio de por medio, á causa del gran número de elefantes que tenía el enemigo; y en la última estaban los triarios. Sobre el ala izquierda formaba C. Lelio con la caballería italiana, y sobre la derecha Massinisa con toda la númida. Los espacios de la primeras cohortes los relleno con otras de vélites, con orden de comenzar los primeros el combate; y en no pudiendo resistir el ímpetu de las fieras, retirarse, los más ligeros, por los intervalos directos hasta lo último de toda la formación, y los que se viesen más hostigados, por los trasversales que á derecha é izquierda había entre las cohortes.

»Esto así dispuesto, recorrió las líneas, exhortándolas con pocas palabras, pero convenientes á la ocasión presente.....

»Anibal situó delante de todo el ejército los elefantes, que eran más de ochenta, y después los extranjeros en número de 12,000, ligures celtas, baleares y mauritanos; á espaldas de éstos los naturales del país, africanos y cartagineses, y detrás de todos, á más de un estadio de distancia, los que habían venido con él de Italia. Guarneció sus alas con la caballería, la izquierda con la númimida aliada, y la derecha con la cartaginesa. Mandó á los oficiales que cada uno exhortase á sus soldados á que fiasen en la victoria, pues tenian presente á Anibal y las tropas que con él habian venido; y previno á los jefes de los cartagineses, que les contasen y pusiesen á la vista las calamidades que esperaban á sus hijos y mujeres, si perdian la batalla. Mientras los oficiales ejecutaban esta orden, Anibal, recorriendo las tropas que habian venido con él de Italia, las animaba y alentaba con muchas razones.....

»Ya que todo estuvo prevenido para el combate de una y otra parte, y que la caballería númida hubo escaramuceado entre sí por largo tiempo, Anibal mandó á los conductores de los elefantes que arremetiesen contra el enemigo. Lo mismo fué resonar por todas partes las trompetas y bocinas, que al instante, alborotada una parte de estos animales, volver hacia atrás y pegar contra los númidas que auxiliaban á los cartagineses; desorden de que se aprovechó Massinisa, para arrollar la caballería del ala izquierda. El resto de elefantes arremetió contra los vélites romanos, en aquel espacio que mediaba entre los dos ejércitos. Sufrieron mucho é hicieron sufrir igualmente á los contrarios, hasta que al fin espantados, unos se metieron sin hacer daño por los intervalos que Escipión con toda prudencia tenia prevenidos, otros huyendo hácia el ala derecha, acosados á tiros por la caballería, se echaron totalmente fuera del campo de batalla. Durante esta confusión, Lelio ataca la caballería cartaginesa, y la obliga á volver la espalda á rienda suelta. Mientras éste seguia con calor el alcance de los que huian, Massinisa hacia lo mismo por su parte. A este tiempo las dos falanges se iban acercando una á otra á paso lento y con arrogancia, menos la tropa que habia venido de Italia con Anibal, que ésta se quedó separada en el puesto que había ocupado al principio. Cuando ya estuvieron cerca, los romanos, según costumbre, dando grandes voces y haciendo ruido en los escudos con las espadas, acometieron al enemigo. Los que estaban á sueldo de los cartagineses, como no eran de una misma lengua ni de una misma voz, sino según el poeta *de habla diversa y tierras diferentes*, hacian un ruido confuso y desentonado.

»Al principio, como el combate era de cerca y de hombre á hombre, no se pudo hacer uso de las lanzas y espadas; de que provino que los mercenarios cartagineses que excedian en agilidad y ardimiento, maltrataron infinito a los romanos; bien que éstos, fiados en la justa formación de batalla y naturaleza de sus armas, iban siempre ganando terreno. Por otra parte, al paso que los romanos eran seguidos y alentados por su segunda línea, los mercenarios, á quienes nadie se agregaba y socorria, iban perdiendo el ánimo. Al fin cedieron los bárbaros, y creyéndose abandonados á las claras por los suyos, caen al retirarse sobre los que tenian á la espalda, y matan muchos. Este accidente hizo perder la vida á un buen número de cartagineses con valor; porque atacados por los mercenarios, tuvieron á un tiempo que defenderse sin querer contra los suyos y contra los romanos; y como peleaban atónitos y fuera de sí, mataban á muchos de los suyos y de los contrarios; desorden que introdujeron también en las cohortes de los hastatos. Pero los centuriones de los príncipes, que advirtieron lo que pasaba, les opusieron sus manípulos, con cuyo refuerzo pereció la mayor parte de los mercenarios y de los cartagineses, unos á manos de los suyos mismos, otros á manos de los hastatos. A los que se salvaron y escaparon del peligro, lejos de permitirles Anibal que se incorporasen con sus tropas, mandó á la primera fila presentarles las picas para no dejarlos arrimar, de que provino verse obligados á retirarse por los costados á campo raso.

»El espacio que mediaba entre los ejércitos, quedó cubierto de sangre, muertos y heridos, de que resultó á Escipión un grande embarazo; porque el cúmulo de los muertos, el montón de los que caidos estaban revolcándose en su misma sangre, y la confusa mezcla de armas y cadáveres esparcidos por todas partes, venian á hacer intransitable el paso á los que estaban formados. A pesar de

estos inconvenientes, hace conducir los heridos detrás de la formación, da la señal á los hastatos que seguian el alcance para que se retiren, los aposta de parte allá del campo de batalla al frente del centro enemigo, y bien condensados los príncipes y triarios sobre una y otra ala, los manda avanzar por cima de los muertos. Ya que estuvieron éstos del otro lado, formados al igual con los hastatos, vienen á la carga las dos falanges con el mayor ardor y valentia. Como de una y otra parte el número, la arrogancia, el valor y las armas eran iguales, la acción estuvo indecisa por largo tiempo, obligando á cada uno la obstinación á morir sobre su puesto; hasta que al fin volviendo del alcance Massinisa y Lelio con su caballeria, llegan oportunamente al tiempo preciso, atacan por la espalda á Anibal, y pasan á cuchillo la mayor parte de los suyos en sus mismas filas. De los que tentaron salvarse por los piés, lo consiguieron muy pocos; como que tenian sobre si la caballeria y el terreno era llano y descampado. Los romanos perdieron más de mil y quinientos hombres, los cartagineses más de veinte mil, y poco menos de otros tantos que se hicieron prisioneros. Tal fué el éxito de aquella batalla que se dio entre estos dos generales, y que adjudicó á los romanos el imperio del universo (1)».

A esta descripción añade Polibio las siguientes atinadas consideraciones: «La formación romana es difícil de romper, porque cada cuerpo de por si y en general pelea haciendo frente á todas partes, y como el orden de batalla es uno, las cohortes más inmediatas al peligro siempre se vuelven hacia donde es necesario. Por otra parte su armadura les presta mucha defensa y atrevimiento, tanto por la magnitud de sus escudos como por la resistencia de sus espadas; causas todas que los hacen incontrastables é invencibles. No obstante Anibal en lo humano tomó de tal modo las posibles medidas contra cada uno de estos obstáculos, que no dejó que desear. Desde el principio habia juntado gran número de elefantes, y los habia puesto al frente para desbaratar y romper la ordenanza de los romanos; habia situado en la primera línea los mercenarios, para cansar las fuerzas del enemigo, y embotar los filos de sus espadas con tanto matar; habia colocado á los cartagineses á espaldas de éstos y situándolos en dos líneas, para reducirlos á la necesidad de hacer frente y combatir; habia apostado á cierta distancia lo más aguerrido y esforzado de su ejército, para ver desde lejos el evento, y hallándose con todas sus fuerzas enteras aprovecharse de ellas, cuando llegase el tiempo. Si puestos todos los medios posibles para vencer, con todo fué vencido este héroe hasta entonces invencible, merece condescendencia. Unas veces la fortuna se opone á los designios de los grandes hombres, otras acaece aquello del proverbio: *Encontró el esforzado otro más fuerte*. Y cabalmente esto fué lo que entonces pasó á Anibal».

El ilustre caudillo cartaginés se retiró con algunos centenares de soldados á Adrumentum; y al ver las críticas circunstancias por que atravesaba su patria, aconsejó la paz: paz dura e inexorable, que obligó á Cartago á reducir su escuadra á 10 buques, entregando el resto á Roma; al aumento de 10,000 talentos sobre la contribución de guerra antes convenida; y á no poder emprender lucha alguna sin permiso de los romanos.

Bien se comprende que no era esto otra cosa que el preludio de la ruina de Cartago. Roma fomentó la división intestina entre los partidos de la paz y de la guerra en la ciudad africana, y al verla débil instigó al ambicioso Massinisa contra ella, para impulsarla en su desesperación á infringir lo pactado, oponiéndose con las armas á este aliado de Roma; pero cuando los romanos exigieron una reparación, la entrega de Anibal y de trescientos ilustres rehenes; puso tal perfidia término á sus vacilaciones vergonzosas y la decidió á aquella terrible y desesperada lucha que concluyó con la toma y destrucción de Cartago.

¡Triste contraste de la fortuna! Al exigir Roma la entrega de Anibal, éste supo evitar á su patria tal vergüenza huyendo á Siria y más tarde á Bitinia, donde se dió la muerte, recelando la traición de que iba á ser víctima por parte del monarca de este país; y en el mismo año en que esto aconteció, olvidado de sus contemporáneos, fallecia Escipión el Africano en una retirada quinta de la Campania!

(1) *Historia de Polibio Megalopolitano*, traducida del griego por D. Ambrosio Rui Bamba. Tomo III. Madrid: 1788. Lib. XV, capítulo I, pág. 280 á 290.

II

Fuerza nos es, al llegar á este punto, detenernos á considerar en su conjunto esta importante guerra, así como las condiciones de los ejércitos que en ella tomaron parte.

Educados en la escuela militar de los griegos, los cartagineses adoptaron sus formaciones, empleando como orden de combate el falangista, que consistia en dos líneas iguales y paralelas; una compuesta de infantería ligera y otra de infantería pesada. Iba aquélla armada de casco, coraza y

General romano

broquel de bronce, espada y larga pica; y la segunda, compuesta exclusivamente de españoles, más ligeramente armada. Los honderos y flecheros se situaban en los flancos, se extendían al frente del ejército ó bien ocupaban los intervalos entre las fracciones de caballería.

Entre los distintos cuerpos de que se componía el ejército, los españoles y los africanos eran quienes más confianza inspiraron á sus jefes, pero puede asegurarse que los galos y los españoles eran después de los africanos los que formaban en mayor número en los contingentes púnicos. A estos elementos habia que añadir la caballeria y la elefantería. Aquélla se reclutaba en el país de los Massilios, Númidas y Marusios; y la componían jinetes de valor salvaje, montados al pelo en caballos de escasa alzada y gran agilidad; pero á esta caballería, por decirlo así ligera, hay que añadir la compuesta por los auxiliares españoles, galos y libios que combatía escuadronada y provista de mejor armamento.

En cuanto á la elefantería, á la que Cartago consagró especial predilección, desempeñaba momentos después de entablada la lucha, un cometido especial, constituyendo á manera de movibles

fortalezas, desde las que se abrumaba al enemigo con toda clase de armas arrojadizas. En ocasiones formaba también en primera fila é iniciaba el combate. La metrópoli africana tenía en su triple recinto amurallado 1 grandes cuadras destinadas á los elefantes que educaban soldados etiopes; y los conductores provistos de un puñal agudo podian en un momento dado darles muerte, hundiéndolo en la cabeza del animal. Pero los romanos se familiarizaron después de haber luchado con Pirro, con la presencia de los elefantes, de los que dieron cuenta en muchas circunstancias sus flecheros y honderos. Es digno de notarse que Anibal cruzó los Alpes y llegó á Italia con algunos elefantes.

Si atentamente se consideran estas guerras, echaráse de ver que la infanteria romana se man-

Centurion

tuvo al nivel de la cartaginesa: no así la caballeria, pues la núnida y la española fue muy superior á la romana; ya porque sus caballos eran mejores, ya porque su armamento era más excelente. Se comprende, pues, que á esta arma debiera Anibal sus principales victorias; y no desconociéndolo los romanos, quitaron á los cartagineses con su alianza con Massinisa esta importantisima ventaja.

Anibal dió á estos elementos nuevo empleo, es decir, infundió á su ejército el aliento de su general. No se limitó á la formación en una fila colocando al frente á sus elefantes y tropas ligeras, sino que atento al modo de combatir de los romanos, modificó según las circunstancias sus formaciones y aun adoptó algunas de sus armas: en Zama, por ejemplo, dispuso su ejército en tres lineas, y después de la batalla de Trassimeno trocó el pilo por la lanza. Por lo que respecta á sus maniobras

(1) Véase sobre este particular el importante y original de Mr. Graux. *Notes sur les fortifications de Cartagne*.

utilizó con preferencia las envolventes, destacando la caballería para que rebasara los flancos del enemigo y combinando este ataque con otro real ó simulado de la infantería de que es un ejemplo la batalla del Tessino; en Trebia y el Trassimeno deciden la acción las fuerzas de reserva, cuidadosamente emboscadas; en Cannas la estratagema de atraer al centro enemigo y batir á los romanos en detall ofrece otra variante de estas maniobras.

Pero lo que caracteriza más especialmente esta campaña es la rapidez y acierto en las operaciones, sobre todo si se tiene en cuenta los escasos conocimientos que el general cartaginés tenía del pais. El paso de los Alpes, su marcha á través de los Apeninos y de la Umbría, y su admirable campaña en el Sur de Italia revelan sus grandes dotes estratégicas. Y estas cualidades reálzanlas las fatigas sufridas por tales marchas, en alguna de las cuales pasaron sus soldados cuatro días y tres noches en un terreno cenagoso, pereciendo todos los caballos y elefantes. Tal fué la que tenía por objeto sorprender á Flaminio y en la que Anibal perdió un ojo.

Sin embargo; el enemigo con que Aníbal tenía que luchar era sobrado poderoso ó por mejor decir, tenia en su propia constitución gérmenes de vida de que Cartago carecía, á pesar de contar con un gran general. Consagrados por completo á la guerra, los romanos constituyeron ante todo un ejército nacional é hicieron de la profesión de las armas un deber. Dieron á su juventud una educación esencialmente militar y la adiestraron y endurecieron en constantes ejercicios; y prestaron solidez y energia á la masa armada de sus ciudadanos con una disciplina ferrea. A faltas leves, imponían un castigo corporal; á delitos graves la muerte, á la insobordinació ó cobardía colectivas, una diezma. En cambio, sus recompensas eran sencillas y puramente honorificas: una corona mural ó civica para el soldado; uno ovación ó triunfo, para el general. Así no conmovieron á su Estado rebeliones como la de los famosos mercenarios de Cartago.

La organización militar de los romanos es sobrado conocida de la gente medianamente culta para que nos extendamos dando de ella detalles minuciosos. Se basó en un principio en la división de la ciudad por tribus subdivididas en diez centurias y diez decurias, éstas de jinetes, aquéllas de infantes; centuriones, decuriones, tribunos, cónsules constituían la jerarquía militar; y la legión era un compuesto de aquellos elementos sacados por suerte entre las tribus.

Constaba la legión de velites, hastarios, principes y triarios, ó sea infantería ligera y pesada; pues los primeros iban ligeramente armados y muy sólidamente los últimos. Los vélites hacian en esas luchas el oficio de nuestras guerrillas, y como hemos tenido ocasión de decir, combatian desbandados en los flancos ó alternando con la caballeria. En ocasiones montaron á la grupa de los caballos y duplicaron las fuerzas del ataque en un punto dado.

A las legiones de su ejército nacional, Roma procuró agregar cuerpos de auxiliares extranjeros; y en este número hay que contar los arqueros cretenses, los honderos baleares, los jinetes númidas y los marinos de Rodas.

La formación del ejército romano, bien fuese por *manipulos*, bien por *cohortes*, según la reforma introducida cuando la guerra civil por Mario, venia á constituir respectivamente, tres lineas ó dos, de las que formaban parte *hastarios*, *príncipes* y *triarios*, secundados por *vélites* que iniciaban el ataque ó reforzaban el contingente, ó bien de los mismos elementos distribuidos por igual en las cohortes (1). La caballería formaba en las alas, en reserva ó intercalada entre la infantería. Así consti-

(1) La disposición táctica del ejército romano varió con frecuencia de forma y pasó por siete diferentes fases, que un escritor militar belga define del siguiente modo:

«1.° La *primera forma falangista*, que era la antigua forma dórica constituida por una masa de 6 á 8 filas de profundidad, en la que los hombres más ricos, es decir, los mejor armados, se colocaban en las primeras filas... Esta formación subsistió desde la fundación de Roma hasta la época de Camilo (753-390), pero por lo densa y por lo pesada, no convenía al genio aventurero de Roma: Camilo rompió esta linea única, la fraccionó, dió movilidad á cada fracción y constituyó:

»2.° La *primera forma manipular*, de igual profundidad, pero en la que queda la falange subdividida en pequeñas unidades tácticas, *los manipulos*, que se colocan en una linea, dejando entre sí intervalos iguales á su frente. Estuvo en uso esta organización desde Camilo hasta las guerras púnicas (390-264).

»3.° La *segunda forma manipular* aparece en este periodo y ofrece un progreso táctico más caracterizado. La legión tenia en la primera forma manipular sus manipulos desplegados en orden delgado, es decir, en una linea; se adoptó una disposición á la que se da en la actualidad el nombre de orden perpendicular; se colocaron los manipulos en tres lineas. Cada manipulo, antes del 264, estaba com-

tuído el ejército romano, puede decirse que encerraba en sus legiones convenientemente equilibrados los elementos ofensivos y defensivos. Los vélites inauguraban la acción, la continuaban los hastarios, príncipes y triarios, reforzando paulatinamente la línea de combate, que en último momento concluía por romperse confundiéndose los combatientes en terrible amalgama: cargaba la caballería y el más fuerte alcanzaba la victoria.

El *manípulo* era un rectángulo de diez hombres de fondo por 12 á 6 de frente, compuesto de 120 soldados en las dos primeras líneas y de 60 en la tercera.

La disposición de los manípulos en líneas no dejaba de ser muy conveniente para las batallas en orden paralelo, pues su refuerzo sucesivo contribuía á fatigar el adversario y concluía por aniquilarle; pero sus desventajas eran notorias tratándose de hacer frente á ejércitos maniobreros, como, por ejemplo, los de Aníbal, y á ello debieron los romanos sus repetidos desastres. Así lo echaron de ver Publio Escipión y Escipión Emiliano, quienes trataron de modificar el sistema de combate hasta entonces seguido. Esto no obstante, el manípulo desprovisto en razón de la naturaleza de sus armas (cada legión constaba de tres manípulos armados de distinto modo), de los elementos necesarios para combatir aisladamente con eficacia, y constituyendo por sí solo una unidad insignificante, pocos resultados pudo procurar á los romanos, sobre todo en batallas campales, como la de las Grandes llanuras. A consecuencias de esto Mario sustituyó más tarde la organización manipular con la forma cohortal.

La *cohorte* estaba compuesta de tres manípulos, que lo eran respectivamente por las tres clases de soldados ya citados, de manera que la legión venía á constar de 10 cohortes y cada una de éstas de tres manípulos (*Vegecio*). La fuerza de cada legión era de unos 3,000 soldados de línea, 1,200

puesto de tres clases de legionarios armados de distinta manera; entonces se les reunió en manípulos separados. Había pues diez manípulos de hastarios, diez de príncipes y diez de triarios homogéneos en cada línea, en vez de treinta manípulos heterogéneos. Convirtiese á los hastarios, de soldados ligeros, en soldados de línea, y se les dió el pilo en vez de la pica que hasta entonces usaron, colocándolos en primera línea; en la segunda los príncipes y en la tercera los triarios, que tomaron el armamento de los hastarios: estos fueron reemplazados por una nueva clase de soldados, los vélites.

«La disposición de los manípulos en líneas, puede tomarse, ya en sentido de la perpendicular, esto es, eje con eje, ya en sentido ajedrezado... Cada legionario que manejaba la jabalina primero y después la espada tomaba para combatir seis piés en la fila en vez de tres que se le daban en el orden de maniobra; el manípulo se extendía por lo tanto el doble de su frente y la línea con intervalos se convertía en línea cerrada. Así se empeñaba la lucha después de la acción de los vélites; cada manípulo podía sostener diez combates sucesivos, mediante sus diez filas que se adelantaban por los claros de las precedentes, y cada línea, de una manera análoga, podía reforzar á la que tenía delante encajándose en los huecos.»

Mario (cónsul en 107) modificó la constitución de las legiones y creó: 4.° *La primera forma cohortal*, de la manera que ya indicamos en el texto. Suprimió el armamento heterogéneo y dotó á todos los legionarios con el pilo modificado; hizo entrar á los soldados en filas, y no quedó por consiguiente más que una sola especie de soldados y un solo armamento. En la legión cohortal en vez de treinta pequeños cuerpos unidos tácticamente unos á otros y que no sabían prestarse recíproca protección, creó Mario diez cuerpos que se bastaban en todas ocasiones á sí mismos y que podía instruir y mover fácilmente un solo jefe.

«Mario conservó el combate en filas abiertas y por líneas sucesivas, así como el paso de las líneas por los intervalos de las filas, pero sin sujetar la legión á tres líneas colocadas siempre sistemáticamente. Desde entonces se contaron los efectivos de los ejércitos por el número de cohortes, como en el día se estiman por el de batallones. La cohorte semejante á nuestro batallón, era una unidad táctica independiente, cuyo puesto en la línea no estaba subordinado á los de las demás fracciones; esto mismo sucedía á los hastarios con respecto á los príncipes y á los triarios, y viceversa. Toda cohorte, como nuestros batallones, servía también á los cuerpos de vanguardia, de retaguardia, de flanco, en el centro, en las alas del ejército, en primera, en segunda línea y de reserva.»

«Llegada la cohorte á ser unidad táctica completa, formó Mario la legión en dos líneas de 5 cohortes cada una, colocadas con intervalos iguales á sus frentes, extendiendo las líneas á 160 metros.» (Esta formación se empleó hasta los comentarios de Julio César).

«5.° *La segunda forma cohortal* volvió á colocar las legiones en tres líneas, como en la segunda forma manipular, con la gran diferencia que su tercera línea no era necesaria al mecanismo del combate, sino que, antes por el contrario, era una reserva de que se servía según la necesidad para contener los ataques de flanco, reuniendo en masa, tras una de las alas, las cohortes que la componían.» (Reaparecieron estas dos organizaciones ala de Mario en el orden de batalla de Federico II; la de César en las disposiciones tomadas por Napoleón en Austerlitz.»)

La época de César señala el apogeo de la táctica romana, que va en rápida decadencia desde la de Augusto hasta la de Adriano. Entonces aparecen: 6.° *La tercera forma cohortal* y 7.° *La segunda forma falangista*. La primera redujo por de pronto la profundidad de la cohorte á 8 hombres y fueron estrechándose después los intervalos y las distancias, volviendo poco á poco la legión á su punto de partida. La segunda colocó á las cohortes extendidas en todo el frente, reduciendo á la falange, por la heterogeneidad del armamento, á la impotencia. Las máquinas aparecen á la sazón en gran número en los ejércitos.

«Esta exposición de las transformaciones por que pasó la legión, permite trazar el paralelo entre la marcha de los progresos de la táctica en la antigüedad y en los tiempos modernos. En efecto, vuelve á encontrarse la forma falangista en el siglo XVI, en la época del Renacimiento: la organización manipular, aparece al comenzar el siglo XVII con el orden de batalla de Mauricio de Nassau; la primera forma cohortal, vuelve á adoptarse en el siglo XVIII por Federico II; y en el siglo XIX Napoleón y su escuela aplican la segunda forma cohortal.» B. Renard: NOTAS AL COMP. DE UN CURSO DE TÁCTICA GENERAL.—(Traduc. de *P. I. Berenguel*).

hastarios é igual número de principes y triarios; y á cada legión iban agregados 320 caballos que formaban en *turmas*, es decir en grupos de 32 caballos, constituyendo un rectángulo de 8 de frente por 4 de fondo. Regularmente la caballería se dividia en dos alas, cada una de las cuales se colocaba en los flancos del orden de batalla, ó bien formaba á retaguardia de los triarios, pasando si convenía, por los intervalos que dejaban lo manípulos, al frente de la línea. La caballería se dividia en ligera y pesada; y aquélla, doble que la de línea, la facilitaban los pueblos aliados. «Los romanos; dice el conde de Clonard, dividian la línea de batalla en tres partes: el centro (*media acies*) y las alas (*córnua*). Cuando formaba el ejército por manipulos, las tropas romanas solían ocupar el centro y los aliados las alas. Cuando la formación era por cohortes en dos lineas, diez cohortes romanas se colocaban en el centro y otras tantas de aliados en las alas. Entraban también en ocasiones legiones enteras en cada línea, y entonces figuraban en la primera una legión romana y otra de aliados, y en la segunda una de aliados y otra de romanos. Si las legiones formaban en tres lineas, las dos romanas ocupaban el centro y las de los aliados las dos alas: solian también colocarse dos legiones en la primera linea, una en la segunda y otra en la tercera.» Por lo que respecta á la distancia que mediaba entre estas líneas, dice Rocquancourt: «Los antiguos no nos han dado á conocer la distancia que existia de una á otra linea, pero se deduce de diferentes ejemplos, y entre otros de las disposiciones de César contra Afranio, que no excedía nunca aquella de 250 á 300 pasos, ni bajaba de 70.

Un ejército que marchaba contra el enemigo al mando de cónsules constaba de cuatro legiones: dos de ciudadanos romanos y dos de aliados.

La organización del ejército romano sufrió serias modificaciones que ponen muy de manifiesto otros tantos cambios realizados en el cuerpo social. A ellas van anexos los nombres de los Escipiones, de Mario, de César, Agusto y Adriano. Pero ¡cosa singularísima por cierto! A medida que Roma decae, que el patriotismo se enerva y que el espiritu militar muere, las formas tácticas experimentan visible retroceso, hasta volver la legión, en el año 120 de nuestra Era, á su punto de partida.

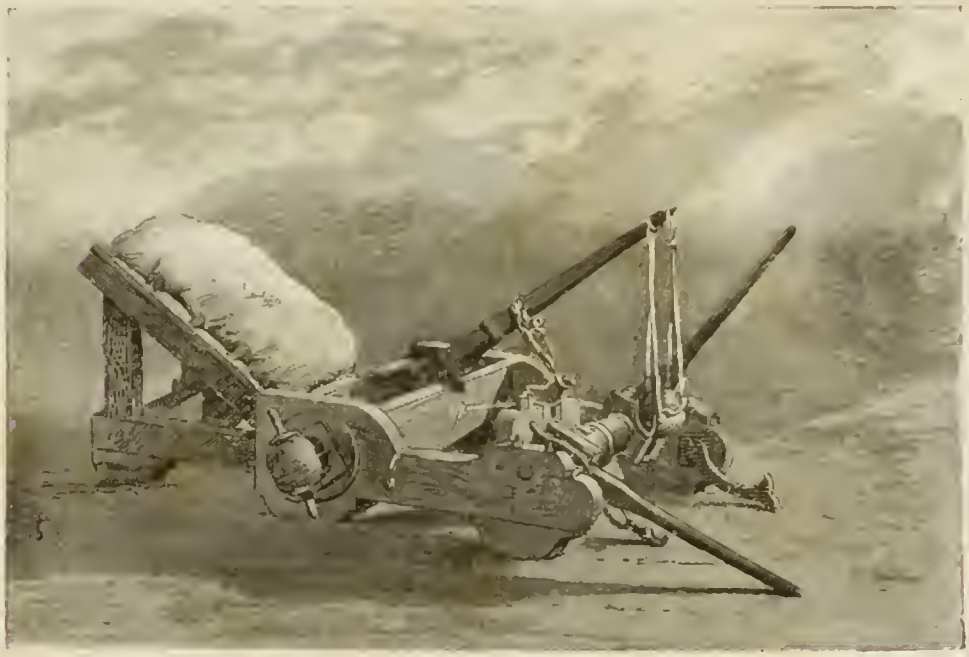
La constitución del ejército romano sufrió, es muy cierto, rudo golpe con motivo de la guerra civil que dió cabida en las filas á los libertos y esclavos; su organización desde la época de Augusto da pruebas visibles de acelerada decadencia, la que se echa de ver también en el armamento y equipo, y en el gran número de máquinas que entorpecen y embarazan los movimientos de los ejércitos.

«El armamento uniforme de las legiones de Mario y César, dice Renard, era eminentemente favorable á la táctica de las cohortes que combatian en filas abiertas y por lineas sucesivas. En el orden de batalla de los emperadores, la inmovilidad de las fracciones tácticas, hizo volver á los antiguos métodos y el armamento múltiple reaparece agravado además por complicaciones desconocidas en tiempo de la legión manipular. Con los combates por lineas sucesivas desapareció igualmente el uso de la espada corta. Los ejércitos nacionales siempre se hallaban ávidos de franquear la distancia que los separaba del enemigo; los ejércitos mercenarios de los emperadores, por el contrario, repugnaban la lucha cuerpo á cuerpo, prefiriendo el combate á distancia; las armas arrojadizas salieron á luz en gran número, se alargaron las armas de mano multiplicándose las máquinas. Después abandonaron los soldados poco á poco las armas defensivas demasiado pesadas para sus debilitados miembros, se desechó la coraza, reemplazando el casco por el gorro panoniano; centurias de criados tuvieron que seguir á estos hombres degenerados, y este ejército bastardeado, tuvo necesidad de un segundo ejército que vigilara en las marchas, le guardara en sus campos y velara durante su sueño. Las costumbres bárbaras se introdujeron entonces sucesivamente en las filas, y si quedaron algunos vestigios de la táctica romana, era preciso buscarlos entre los antiguos auxiliares del imperio, en las cohortes de nervienses, de menapios y turingios, habituados á combatir hacía muchos siglos á la vista de las legiones, y que, al principio del siglo V, eran numerosísimos en aquellos ejércitos que no tenían de romanos más que el nombre.»

Breves palabras dedicaremos á las armas, máquinas de guerra y castrametación. El soldado

romano usaba en general casco, escudo, ocrea y peto: el hastario lanza y pilo, y el príncipe y triario semipica; el vélite jabalina y parma adarga redonda). Como armas arrojadizas empleaban los romanos el pilo, el dardo y la honda (1). El soldado romano de infantería llevaba además de sus armas provisiones para quince días y estacas para atrincherar su campamento. El de caballería, *équite,* iba armado de casco, coraza, escudo, lanza doble y sable corvo.

Los campamentos romanos, en tiempo de la República, consistían en un cuadro de 400,000 varas de superficie, pues se consideraban necesarias tales dimensiones en atención á la higiene; y en cuya superficie estaban dispuestas las tiendas en hileras, perpendiculares al frente del cam-



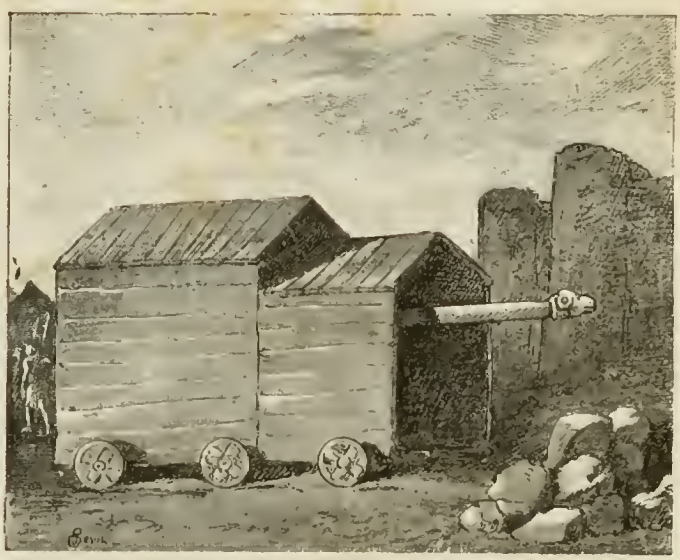
Onagro

pamento: dos anchas calles paralelas cortaban perpendicularmente los flancos: en el eje del campamento se situaba la tienda del cónsul. Estos campamentos sufrieron en la época de los Emperadores algunas modificaciones; pues componiéndose los ejércitos, no sólo de ciudadanos romanos y aliados, sino de bárbaros á sueldo, hubo que adoptar ciertas medidas encaminadas á la seguridad del ejército; y una de ellas fué la colocación de las legiones á lo largo de las trincheras, es decir, en el lugar de mayor peligro. Los romanos tenían especial cuidado en atrincherar sus campamentos, rodeándolos de un foso cuyas dimensiones eran variables y de un parapeto formado por las tierras de excavación y reforzado con estacas. En los campos de tránsito el foso sólo tenía tres piés de profundidad; en los que debía subsistir más tiempo ésta llegaba á nueve piés y

(1) Los romanos emplearon cuatro clases de honda, la balear ó sea la española; la acatea que tenía asiento de piedra, y cuyos ramales ó hebras abrazaban en la base proyectiles de regulares dimensiones; el cestropedum y el fustíbulo: de este último se sabe que se ataba por medio de un palo y se manejaba con las dos manos. No todas estas hondas se conocieron á un mismo tiempo, según puede deducirse por su nombre; la tercera se empleó en la guerra con los persas.

á diez y siete el ancho. En lo alto de la escarpa se plantaban las estacas entrelazándose por medio de sus ramas.

La poliorcética y el empleo de máquinas de guerra mereció preferente atención por parte de este pueblo conquistador. En la guerra numantina se sabe que Escipión estableció frente á Numancia una línea de circunvalación y otra de contravalación; lo que da una idea de la importancia de este sitio. Más tarde la perfección del arte sustituyó el ataque brusco, escalada ó bloqueo, por un sistema en el que las líneas de atrincheramientos fueron reforzadas por torres de madera que permitían el empleo de armas arrojadizas. Estas torres movibles, los armazones bajo cuya protección avanzaban los sitiadores, el ariete, el tonelón y la grua; la catapulta, la balista, el onagro, el escorpión, etc., constituían otras tantas máquinas que fueron presentándose y per-



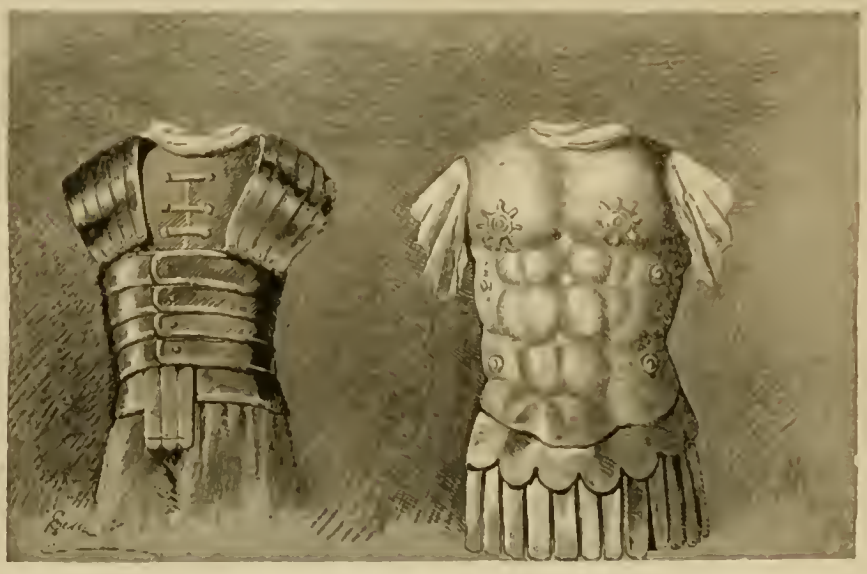
Ariete

feccionándose en las distintas guerras que á contar de las púnicas sostuvo Roma. La balista y el onagro, que reproducimos por medio del grabado, han sido reconstruídas en nuestra época, y de ellas damos detallada descripción en la sección destinada á ilustraciones; por lo que respecta á los demás artificios enumerados, diremos que el tonelón era una viga clavada en tierra, en la que se apoyaba por el centro otra mayor, que al oscilar levantaba á cierta altura uno de sus brazos provisto de una plataforma con algunos soldados; la grua, según su nombre indica, estaba destinada á facilitar el asalto elevando á los guerreros á la altura del muro, pero se utilizaba también para lanzar armas arrojadizas; la catapulta era una máquina destinada á lanzar piedras y también flechas; el escorpión despedía saetas en cuyo lomo existía una canal llena de ponzoña. Por lo que respecta á la vínea, el plúteo, el músculo, venían á ser armazones protejidos con pieles ó ladrillos que, bien fijos ó montados sobre ruedas, protegían á los soldados en el servicio de vigilancia ó en los aproches. La tortuga formábanla estos reuniendo los escudos sobre sus cabezas.

Inútil es decir que muchas de estas armas, ingenios y métodos fueron conocidos de los españoles y puestos en práctica en España, no ya durante las guerras púnicas, sin en las posteriores de la independencia y la civil romana. Ellos tenían su especial armamento cuando aparecieron en es-

cena los cartagineses y los romanos; y si bien es cierto que al formar en las filas de sus tropas regulares adaptaron el de cada uno de los beligerantes, conservaron no obstante sus especiales trajes y armas cuando como auxiliares les acompañaron, y cuando como cuerpos especiales, como sucedía con los honderos, desempeñaban una misión especial, como á tropas ligeras.

La infantería española usaba desde tiempos anteriores, según se ha consignado, las lanzas llamadas falarica y solíferra, el tiro llamado trágula, la rhamba ó puñal y la famosa espada de dos filos que fué adaptada por los romanos. Vestida con sus ligeras túnicas de color de púrpura, y provista de un casco con visera, una loriga de cuero y un escudo formado de nervios y pieles, ofrecía en su conjunto un carácter por demás rudo é imponente. Y no más ligeramente armada aparecía la caballería montada al pelo en briosísimos corceles. Entre ésta, y por lo general solos y á la desbandada, combatían los baleares armados de pequeños escudos, venablos carbonizados y tres clases de hondas con las que arrojaban piedras y balas de plomo á las que no resistía casco ni armadura.

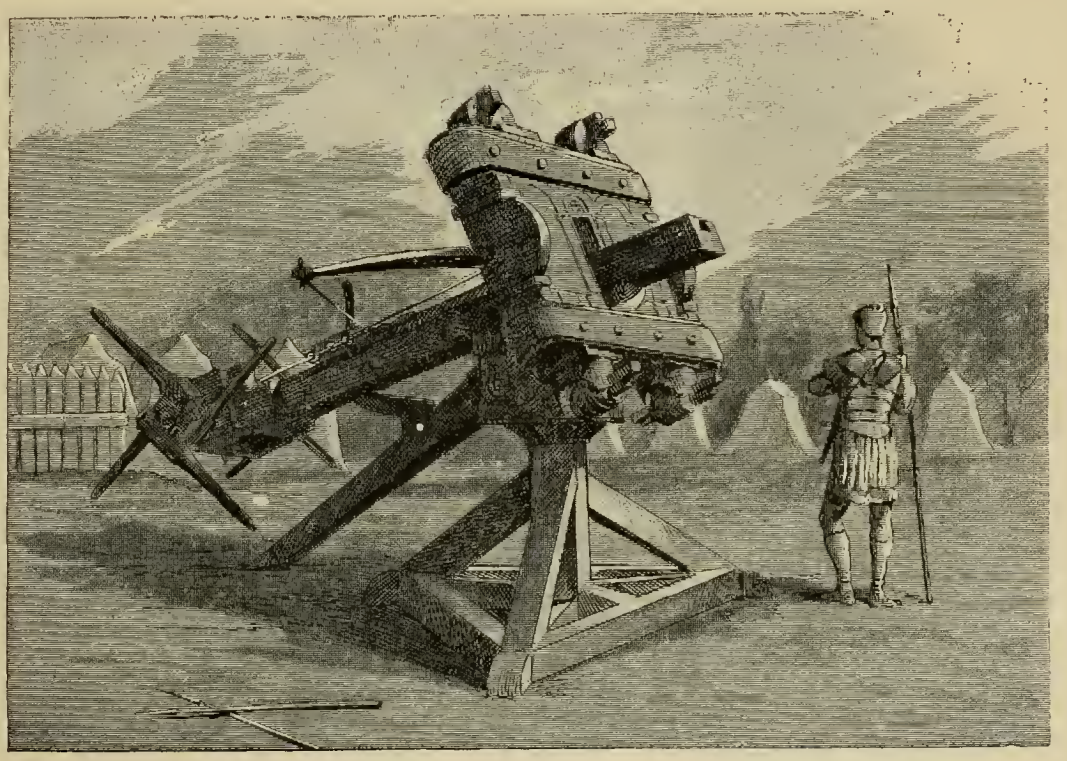


Lorigas

La narración de las más importantes batallas libradas durante la primera y segunda guerra púnica nos dispensa mencionar el especial cometido que en ella desempeñaron nuestros soldados. El nervio del ejército que marchó en la primera á Sicilia lo formaban españoles; «en los diez y seis años que Aníbal combatió en Italia, dice Clonard, constituyeron estos su principal fuerza si no por su robustez, por su disciplina é inteligencia.» Las victorias y la política de Escipión les atrajeron á sus ejércitos, y dióse el caso de luchar unos con otros aquellos indígenas á favor de cada beligerante. En la escuela de las guerras hispánicas aprendió Aníbal estratagemas como las de Belchite empleada contra su padre y que él utilizó en Italia contra Fabio; y en esas mismas campañas apreció las especiales aptitudes guerreras de nuestra raza.

La descripción de la toma de Sagunto permite tomar nota del empleo del ariete por parte de los cartagineses, y la de la toma de Numancia por Escipión, de un sistema metódico de ataque. Más tarde las campañas de la guerra civil que tuvieron lugar en España dan á conocer un arte perfeccionado

por Metelo, Mario y César. También permite el estudio de las guerras púnicas apreciar las eminentes dotes de los generales que Roma puso al frente de sus ejércitos: Marcelo, uno de los Nerones, el ilustre Fabio y los Escipiones revelaron grandes aptitudes tácticas y estratégicas; y si bien Aníbal descuella sobre cartagineses y romanos por poseerlas en grado más alto, no es justo olvidar á Asdrúbal Barcino por su admirable operación en España antes de cruzar los Pirineos, con la que logró desorientar por completo á Escipión; ni mucho ménos al valeroso y constante Asdrúbal Giscón y á los hábiles generales Magón y Marbahal. En última línea se presenta el númida Massinisa, guerrero astuto y político solapado que influyó no poco en estas campañas.



Balista.

Pero no puede echarse en olvido al tratar de estas guerras, las fuerzas marítimas de que los beligerantes dispusieron. La denominación de los antiguos buques de guerra, *biremes*, *triremes*, *cuadriremes* y *quinqueremes*, indica ya que, impulsados á fuerza de remos, según constaran de dos, tres, cuatro ó cinco órdenes de éstos, recibían los respectivos nombres y tenían menor ó mayor importancia. Roma carecía en el quinto año de la guerra púnica de bajeles con que hacer frente á su rival, y el que le sirvió de modelo fué un *quinquereme*, gracias al cual pudo lanzar al mar una flota de cien buques de esta clase y diez triremes.

Su primera victoria la debió á descuido del cartaginés, que miró con desprecio á aquellos *ratones de mar;* pero no desconociendo su desventaja, los romanos inventaron aquel grueso mástil al que iba adaptado un ancho puente y que colocado verticalmente en la popa, dejábase caer sobre la cubierta del buque enemigo á la que se adhería con agudos garfios. Entablado el combate en igua-

les condiciones que en tierra firme, es inútil decir que la superioridad estuvo de parte de los romanos. No obstante, la guerra marítima experimentó serias alternativas, pues Cartago contaba con excelentes marinos y poderosa flota; pero los importantes hechos de armas que tuvieron lugar en las dos penínsulas, relegaron aquella á un segundo lugar y concluyeron con el dominio que los cartagineses tenían en los mares.

Roma, pues, consiguió también en este elemento superar á su rival. De manera que si por sus principios políticos, como por la constitución de sus ejércitos fué superior á Cartago, su espíritu observador y estudioso le dió en último caso la ventaja en el único elemento en que podía considerarse inferior á su rival.

Con razón pudo decir Josefo de este gran pueblo: «que era la paz para él una meditación y la guerra un ejercicio;» y no ménos profundamente añadir Montesquieu: «que jamás nación alguna preparó la guerra con tanta prudencia, ni la hizo con tanta energía.»

III.

Sometida definitivamente España á la dominación romana (1), trocose la alianza que unía á estos dos pueblos, en ominoso yugo: á la prudente política seguida por Escipión, siguieron los vejámenes y desafueros de los procónsules Acidnio y Léntulo, á su sistema de atracción toda suerte de escandalosas arbitrariedades. Pero no eran los españoles gentes dispuestas á tolerar esos abusos, y despertando enérgico el espíritu de su independencia volaron á las armas mandados por dos célebres caudillos indígenas, Indivil y Mandonio. Este levantamiento poco afortunado, pues terminó con la derrota y muerte de los dos caudillos, inauguró aquella serie de parciales luchas que bien puede consignarse como á guerra nacional, guerra en cuyos anales brillan magníficos los nombres de Viriato y de Numancia (2).

(1) Data del año 197 la organización romana de la península en dos provincias llamadas *Citerior* y *Ulterior*, al frente de las cuales se hallaban dos pretores con poderes proconsulares. En tiempo de Augusto se dividió en tres provincias, la Tarraconense, la Bética y la Lusitania, cuyas capitales eran Tarragona, Hispalis (Sevilla) y Emerita Augusta (Mérida), regidas por un gobernador ó legado imperial. Constantino subdividió España en siete provincias que formaron parte de la prefectura de las Galias, una de las cuatro en que dividió el imperio y que era gobernada por una sola individualidad cuya representación ejercían tres vicarios.

(2) «Repetidas veces, dice el historiador alemán Hertzberg, durante una larga lucha, que con varia fortuna consistió en batallas, sorpresas y combates de guerrillas, consiguieron los generales romanos apoderarse de las antiguas fronteras; pero siempre se alzaba en algún punto la rebelión del intranquilo pueblo y la lucha volvía á nacer en grandes proporciones. A esto hay que añadir que la gran masa de los pueblos intermedios no sometidos todavía, como las tribus celtíberas de Castilla y los lusitanos de Portugal y Extremadura, entre los cuales y al noreste vivían los cantabros, astures y galaicos, atacaban ó hostilizaban continuamente los pueblos fronterizos aliados de los romanos ó por estos sometidos, dando motivo para que se encendiera cada vez más la lucha en el interior de la comarca. Esta guerra de España fué con el tiempo una verdadera plaga para los romanos; pues desde su comienzo hubo que mantener en la península occidental un ejército de 40,000 hombres, y entonces se demostró de un modo palpable que el deber general de la defensa de los pueblos que no se contentan con vivir en paz, sino que tratan de someter naciones apartadas y enemigas, es una carga muy pesada. La imposibilidad de reemplazar regularmente las legiones hispánicas, según el antiguo sistema, y el descontento que entre los soldados producía esta práctica, dió origen á serias dificultades, tanto mas, cuanto que el servicio de la guerra en España se hizo muy pronto odioso á romanos é itálicos, pues no les ofrecía la esperanza de hacerse con un buen botín y en cambio les ponía delante la perspectiva de luchas penosas y sangrientas. Publio Escipión había comenzado, sin embargo, una colonización itálica del nuevo territorio, fundando en 206 la colonia militar de Italica, en la orilla occidental del bajo Betis, frente á la ciudad de Hispalis y á seis millas romanas de distancia de esta. La continuación de estas colonizaciones robusteció notablemente la situación de los romanos en España; pero la política del Senado no quiso nunca consentir en la romanización de las provincias. Así fué que continuaron el antiguo modo de hacer la guerra y la antigua y funesta costumbre de los cambios anuales de gobernadores militares. Estas dificultades, junto con la decadencia de la aptitud moral de la nobleza, hicieron nacer, durante la lucha con las tribus hispánicas, una sed de sangre en las tropas, una inclinación á la violencia y una mala fé en los generales que, repetidas durante el imperio y en la lucha con los germanos, introdujeron la corrupción en el ejército y el odio al nombre romano entre los primitivos habitantes.»

Sin detenernos á detallar los diversos acontecimientos de aquella obstinada lucha en la que intervinieron cónsules más ó ménos humanos y prudentes, y pretores más ó ménos rapaces, preciso es consignar para que se juzgue de esta guerra, que Marco Porcio Catón destruyó en pocos meses más de cuatrocientas poblaciones, vendiendo como á esclavos aquellos de los vencidos á los que perdonó la espada. Pero no siempre fué la suerte favorable á los dominadores que en ocasiones apelaron á traiciones como las de Galba y vilezas como las de Lúculo.

Viriato, la personificación de ese espíritu de independencia, surgió de repente entre el tumulto de esta lucha para imprimirla un carácter metódico de que hasta entonces había carecido. Al frente de 10,000 lusitanos penetró este caudillo en la Turdetania y se corrió luego por la serranía de Ronda, donde fué á encontrarle el pretor Vectilio y donde dió á conocer sus especiales aptitudes para la guerra de guerrilla; pues no bien hubo este penetrado en aquellas gargantas, Viriato fraccionando sus fuerzas le tuvo en jaque durante dos días hasta conducirlo á un sitio pantanoso, en el que pereció con sus 4,000 romanos. Y semejantes á este fueron casi todos los combates sostenidos por aquel tosco pastor que, gracias á su habilidad y astucia, á su talento natural y á su conocimiento del terreno, puso á los romanos en el triste caso de pactar con él. Sólo la traición pudo esterilizar sus nobles esfuerzos.

Pero á las guerras de Viriato, siguieron los sitios de Numancia, «terror de las legiones romanas,» ante la cual sólo aparece grande el nombre de Escipión Emiliano. Refugio de los fugitivos que batallaron con Viriato, y que no quiso ella entregar á Sexto Pompeyo, resistió enérgica los ataques de tres cónsules y derrotó por dos veces sus ejércitos, obligando al Senado á mandar contra ella á Escipión con un ejército de 70,000 hombres. Este general, siguiendo otro sistema que sus predecesores, reorganizó las tropas, limpió el país de enemigos y procuró evitar combates parciales, tratando de aislar así á la plaza y rendirla por hambre. Formalizó en la primavera de 113 el bloqueo, rodeó la plaza de sólidas empalizadas é interceptó la inmediata corriente con gruesas vigas provistas de erizados garfios. Y vana fué la audacia de aquel numantino llamado Retógenes que cruzó las líneas de los sitiadores dirigiéndose en demanda de auxilio á los pueblos comarcanos, como vano fué el rasgo patriótico de estos intentando socorrer á Numancia. Escipión hizo frente á este ataque, y apoderándose de 400 jóvenes de Lucio les hizo cortar las manos.

Era indispensable la rendición, pero una rendición honrosa, aunque las condiciones fueran forzosamente poco benignas para los sitiados. Escipión comprendiendo el decaimiento de estos, creyó fácil la entrega, y á las proposiciones de una diputación, contestó exigiendo la sumisión incondicional. ¡Engañoso cálculo! Repitiose allí la hecatacombe de Sagunto; el veneno, el acero y la hoguera hicieron sus oficios; diose el terrible espectáculo de un suicidio en masa; y sobre aquel montón de ruínas ennegrecidas pudo Escipión repetir los versos de Homero que le sugiriera la espantosa ruína de Cartago.

No fué duradera la paz que gozó España tras la toma de ese fuerte baluarte de su independencia.

El cesarismo germinaba en el seno de aquella república romana, viciada por la corrupción asiática y empequeñecida por las luchas de bandería. Personificadas estas en dos ambiciosos jefes de las fracciones aristocrática y democrática, dejáronse sentir en las provincias esas oscilaciones de sangrientas dictaduras y revoluciones que dieron el poder á los distintos bandos. Sila, sobre todo, con sus terribles decretos de proscripción dió origen á una guerra de que nuestra península había de ser también teatro.

Con efecto; á España vino uno de los proscritos, Quinto Sertorio, varón de inteligencia aguda y gran conocedor del país y del espíritu que animaba á sus naturales. É interpretando hábilmente ese espíritu de descontento, allegó fácilmente elementos para una guerra á la que dió ya sistemático carácter, y luchó desde luego con ventaja contra los ejércitos romanos. En su primera campaña, derrotó á estos en las márgenes del Guadalquivir y en las inmediaciones del Pirineo; y si bien la fortuna le obligó á pasar fugitivo al África, las simpatías que supo granjearse en nuestro suelo y el odio de los españoles hácia sus dominadores secundaron tan eficazmente sus esfuerzos, que Sila, ante los

A. Ullastres, Editor

Lit. Miralles, Barcelona

SITIO DE NUMANCIA.

repetidos reveses sufridos por sus tropas, vióse en el caso de mandar á España al más insigne general de la República, al ilustre Metelo.

El principio por que constantemente se rigió Sertorio en esta guerra fué el siguiente, que trató de dar á comprender á sus soldados en estas frases: «Si intentamos acabar de una vez con nuestros enemigos, es probable que nada consigamos, sino nuestra propia destrucción, al paso que buscando ocasiones oportunas para tener con ellos pequeños encuentros, los iremos debilitando poco á poco, para cuando llegue la ocasión caer sobre ellos y aniquilarles.»

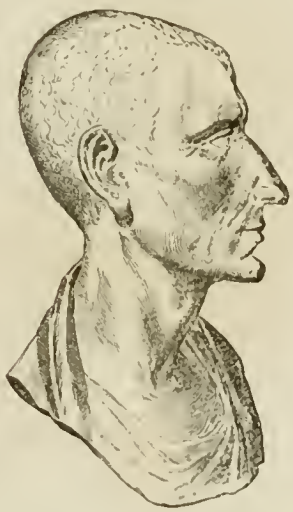
Su talento organizador échase de ver en las reformas políticas que introdujo en el país, y que llevan impresas el sello romano; su división en dos grandes territorios, la creación de un Senado, compuesto de ciudadanos de Roma y la fundación de una escuela pública en Osca. Y por lo que respecta á su genio como guerrero, baste decir que supo poner en práctica con tanta audacia como energía, el sistema seguido por los caudillos indígenas de batir el enemigo en detall. Sin embargo, en la batalla del Júcar despliega la pericia de un gran capitán y el valor de un entusiasta soldado. Su ala derecha mandada por él en persona arrolló la izquierda romana, más al advertir que la suerte era contraria á su ala izquierda, lánzase sobre ella exclamando: ¿Dónde están los soldados españoles? ¿dónde los leales que juraron morir defendiéndome?» A su voz aquellos valientes guerreros se rehacen, y rechazan y vencen al enemigo, decidiendo así la empeñada acción.

Pompeyo

Roma fiaba empero tanto de su astucia como de su esfuerzo; y lo que no pudieron sus ejércitos lo consiguió el acero de un traidor que puso fin, con el asesinato de Sertorio, á esta nueva etapa de sus guerras civiles.

Pacificada España con la muerte alevosa dada á Sertorio y la toma de Osuma y Calahorra que renovaron el heróico ejemplo de Sagunto y de Numancia, Roma, que había puesto al frente de sus ejércitos á un general ambicioso y afortunado, al que más tarde se llamó el gran Pompeyo, vió fluctuar sus destinos á merced de las luchas de bandería, cuyo sangriento epílogo fue la guerra civil. Dividida en dos bandos políticos al frente de los que aparecían Pompeyo y Craso, es decir la fuerza y la opulencia, vió de repente presentarse en escena un hombre astuto y elocuente, pródigo y arriesgado, que á título de intermediario entre aquellos dos políticos, no siempre acordes en sus miras, constituyó con ellos el primer triunvirato. Este hombre era el ilustre César, genio poderoso, diligente y osado; inteligencia flexible, fácil y brillante; carácter sagaz y generoso; extraña amalgama de cualidades y defectos. Reunía en sí todas las condiciones de un gran general, todas las dotes de un hábil político, todos los recursos de un hombre de mundo, todos los atractivos de un distinguido literato, en los tiempos de la gran literatura romana: un profundo conocimiento de su pueblo, un conocimiento aun más íntimo de sus colegas y rivales, y una intuición poderosísima del porvenir. Es muy cierto que ante sí tenía la fama de Pompeyo y el oro de Craso, las aficiones de un pueblo corrompido y el entusiasmo del ejército por su afortunado general, y en pos de sí sólo contaba con una nube de acreedores. Pero César supo manejar á la vez tres armas: el dinero, de que carecía y la espada y la palabra en las que era maestro. Derrochó el oro con ese pueblo pagado de la holganza y supo conmoverle con sus elocuentes oraciones; y como esto fuera insuficiente para asegurar su influencia, en el reparto de provincias efectuado á la constitución del triunvirato, se asignó la Galia, famosa escuela para sus soldados y extenso palenque en que pudo hacer gala de su talento militar, de su habilidad política, de su valor personal.

Fácil le fué desde allí aprovechar la oportuna ocasión de prevalecer sobre sus colegas y de destruirles; y en efecto, los desaciertos de Pompeyo, la muerte de Craso y de Julia, y sus propias victorias, hicieron que estallara violenta la rivalidad que existia latente entre los dos generales, dueños respectivamente de dos fracciones distintas del mundo romano, y representantes de los dos elementos que se disputaban el poder. Al reto de Pompeyo exigiendo depusiera el mando de la provincias que le fueron asignadas, César contesta pasando el Rubicón; cruza Italia, y á los sesenta dias se hace dueño de Roma y es proclamado dictador, mientras huye desconcertado á Iliria su rival. Pero no le bastaba ser dueño de Italia; érale preciso apoderarse del más fuerte baluarte del poder pompeyano, España; y juzgando que por lo pronto este era el objetivo más importante, César dispuso que marcharan seis legiones y toda la caballería por la vía militar que desde Narbona atravesaba los Pirineos por la Junquera. «Vamos á derrotar un ejército sin general, dijo á la sazon; después derrotaremos á un general sin ejército.»



César

En efecto, ninguno de los tenientes de Pompeyo, que lo eran Afranio, Petreyo y Varrón, podia hacer frente á César; y bien lo demostró la irresolución de los dos primeros en Cataluña y la conducta desacertada del tercero en la Bética. Ganó César sin combatir la línea de los Pirineos, cruzó un país afecto á sus enemigos sin grandes obstáculos, y acampó en unión de su teniente Fabio en las inmediaciones de Lérida, en el delta formado por el Segre y el Cinca. Pero no por eso salió Afranio de su inacción, inacción de la que hubo de sacarle César presentándole batalla después de tres dias de espectativa. Urgia, en verdad, á éste empeñar una acción decisiva, teniendo aún que resolver dificultades de mayor monta en distintos puntos; y comprendiendo la importancia que tenia un collado situado entre la ciudad y una eminencia en la que Afranio y Petreyo tenian su campo, decidió que marcharan á tomarle sus legiones, colocándose él en persona al frente de la nona legión.

El modo de combatir de los soldados de Afranio y Petreyo desconcertó á lo que parece á los soldados de César, acostumbrados á las formaciones rígidas, bien compactas ó lineales. «Arremetian, dice éste en sus *Comentarios*, con gran furia; intrépidos en tomar puesto no cuidaban mucho de guardar las filas; combatian diseminados y dispersos; en viéndose acosados, no tenian por cobardía volver la espalda y abandonar su puesto, acostumbrados como estaban á este modo de combatir, creyendo que iban á ser envueltos por los costados descubiertos, al verlos adelantarse cada uno de por sí, cuando ellos, por el contrario, estaban persuadidos de que debian guardar las filas y no separarse de las banderas, ni desamparar el punto una vez ocupado (1).»

Este combate entre el collado y las murallas de Lérida, se prolongo durante cinco horas; pero á pesar de haberse luchado con encarnizamiento por ambas partes, no pudo ser decisivo, por haberse limitado Afranio á rechazar el enemigo. Pero si pudo ser aviso de prudente esta inacción, no lo fué por cierto el no haber aprovechado los tenientes de Pompeyo el grave conflicto en que puso á César la avenida del Segre, que arrastrando dos puentes de madera aisló por completo á César, en el delta, privándole de todo recurso; á cuyo contratiempo se unieron la epidemia que diezmó sus filas y el haber sido rechazado un cuerpo auxiliar que desde las Galias venia en su auxilio.

¡No sonrie inútilmente la fortuna en la guerra repetidas veces! Descendieron por fin las aguas del Segre, restablecióse la comunicación, lanzóse la caballería de César al otro lado del río, apro-

(1) Lib. I. *De bello civili.*

visionóse el ejército, entabláronse tratos con los ribereños, sometiéndose al general romano algunas ciudades, y el estado de cosas cambió totalmente de aspecto.

Entonces comprendieron los pompeyanos su difícil situación. César había emprendido una obra gigantesca, la de sangrar el Segre en diez días, obra que realizaron 50,000 hombres; y tal temor infundieron estos trabajos en el ánimo de Afranio y Petreyo, que decidieron emprender la retirada á la Celtiberia antes que el enemigo los terminara. Efectuáronlo así, con cierto sigilo, siguiendo la margen izquierda del Segre, que salvaron por el puente de la ciudad, para pasar el Ebro en las inmediaciones de Mequinenza; pero César destacó contra ellos la caballería para estorbar su retirada, mientras sus legiones pasaban el río con agua hasta los hombros; y á pesar de la ventaja que les llevaban los pompeyanos, los jinetes de César les alcanzaron antes de que se internaran en los montes, obligándoles después de una marcha fatigosa y cuando sólo distaban dos millas del Ebro, á establecer su campo, con lo que dieron lugar á que llegara el general del ejército enemigo con el núcleo de éste y acampara á muy corta distancia. Esta nueva ocasión de luchar, rehuyóla Afranio ansioso de ganar las inmediatas sierras; pero su escasa diligencia y la lentitud de sus movimientos permitieron á César reconocer el terreno y ejecutar una hábil marcha de flanco hácia el Ebro, encaminada á cortar el paso á su enemigo.

Tarde echó de ver su situación el pompeyano, é inútilmente abandonó su impedimenta para avanzar hácia la gran vía romana: la infantería cesariana cerraba el paso de la montaña, la caballería era dueña de la llanura; y en trance tan crítico no le quedó otro recurso que retrogradar á Lérida, en cuya retirada le acosó de nuevo la caballería, siguiéndole César con el grueso de las legiones, hasta verle acampar junto al Segre. Pero la desmoralización había cundido ya en las filas pompeyanas, y en vano intenta Afranio presentar batalla á su rival, que le acorrala, le acosa por hambre, destroza sus tropas en una escaramuza, y le pone en el caso de entregarse.

César en este momento hizo gala de sus dotes políticas, y la peroración que pronunció al frente de ambos ejércitos, tan elocuente como sensata, puso de su parte las simpatías de las tropas vencidas, cuyo licenciamiento terminó felizmente la campaña de Cataluña.

Menos hubo de preocuparle la de la Bética.

Allí César conocía perfectamente el país, y más perfectamente á su rival el codicioso Varrón, que lo mandaba al frente de 25,000 soldados. Así se comprende que los habitantes vejados por este ambicioso le recibieran en Córdoba y en Cádiz como un libertador, y que fueran inútiles las tentativas de Varrón para acometer á la primera y después á Carmona. César sometió fácilmente á este pigmeo, y atento á su poderoso rival marchó á Roma, cruzó el Mediterráneo acompañado de *su fortuna* y llegó á la Iliria, donde acampaba el ejército enemigo. Aquella campaña, en la que hubo de luchar con grandes contrariedades, reveló hasta dónde alcanzaban su perseverancia y su denuedo. Se explica la derrota de Pompeyo por las condiciones de su ejército cuyo núcleo estaba formado por caballos y gente moza y poco avezada á la lucha, mientras el de César, aguerrido y veterano, luchaba animado por la energía de su general y ansioso de concluir de una vez con la guerra civil.

Sin embargo, retoñó ésta á pesar de la muerte de Pompeyo. Y César, sin descansar un punto, después de guerrear en Egipto y en Siria, tuvo que exterminar en Útica y en Tapso los restos del ejército pompeyano y regresar de nuevo á España para ahogar la insurrección promovida en la península por los hijos de Pompeyo. La batalla de Munda decidió definitivamente de los destinos de Roma. Presentáronse en ella ambos ejércitos iguales en fuerzas, si bien los pompeyanos en mejores posiciones: el centro de éstos apoyaba en un collado, extendiéndose las alas formadas con la caballería por la parte más llana, y al frente de esta línea de batalla un pantanoso arroyo hacía difícil el acceso á esta posición. Las maniobras del ejército de César obligaron, no obstante, al enemigo á descender al llano, y entonces se generalizó la acción; siguió un terrible choque, una lucha sin cuartel, que en un momento parece desventajosa á César; pero que la decide su valor personal, pues empuñando un broquel lánzase á lo más rudo del combate seguido de sus veteranos de las Galias, de África y de España, y rompe y destroza á sus adversarios, secundado

por su aliado Bogud: un movimiento de Labieno, mal interpretado por los suyos, contribuye á que ceje su infantería y 30,000 cadáveres dan testimonio elocuente de este sangriento episodio.

Faltábale aún á César hacerse dueño de Munda y vencer á los dos hijos de Pompeyo, pero no cejando en lo más mínimo su energía, consiguió la toma de la primera, así como la de las más importantes ciudades de la Bética, no sin que corriera pródiga la sangre de sus moradores, y pudo contemplar entre sus manos la cabeza yerta de Cneo Pompeyo, derrotado en un combate naval.

Augusto

Esta última página de la guerra civil bien puede asegurarse que está escrita con sangre española; en uno y otro bando hicieron nuestros soldados prodigios de valor y elevaron con su fidelidad la fama de su nombre; por uno y otro rival se declararon las ciudades españolas; y las terribles hecatombes que registran los fastos de esta época prueban una vez más el importante papel que cupo á España en la antigüedad. Hay más: uno de sus poetas, el insigne Lucano, fué el que cantó este episodio de la ambición que sustituyó al imperio de las leyes el imperio de un hombre.

Pero ni la paz que siguió á la dominación de César, ni el advenimiento de Augusto á la suprema autoridad apagó aquel eco de guerra que surgía constantemente de las montañas de nuestra patria. Todavía quedaban en la península pueblos que en todos tiempos habían mantenido su independencia: los cántabros y los astures, fieros y rudos montañeses empeñados en no acatar el poder romano. Octavio no pudo vencer á los primeros, y el cónsul Cayo Antistio tuvo la suerte de batirlos; pero antes que entregrarse prefirieron darse unos á otros la muerte; los segundos fueron derrotados á su vez en Lancia. Mas aun los que escaparon á estas matanzas se sostuvieron contra el victoriosoAgripa y vencieron sus legiones, siendo indispensable toda la energía de este caudillo para poner término á esta verdadera epopeya de nuestra independencia.

Cúpole á Augusto, pacificador de aquel imperio que comprendía pueblos tan diversos y razas tan opuestas, dar al mundo una paz simbolizada en la clausura del templo de Jano. La obra de la conquista y de la fuerza, el viejo ideal de aquel mundo estaba realizado; pero sobre aquella unidad absorbente y monstruosa iba á asentar otra unidad más civilizadora, una nueva idea, un nuevo derecho. Reinando Augusto, nació en Judea un niño que debía cambiar la faz del mundo y al que ¡cosa admirable! la guerra había preparado anchos caminos para la propagación de su doctrina. Un sublime aventurero había puesto en contacto el misterioso Oriente con la culta Grecia, y un ilustre capitán puesto en comunicación las salvajes comarcas de Occidente con la dominadora Roma. Así puede decirse que Alejandro y César fueron en Oriente y Occidente los precursores armados del cristianismo, y que la guerra, es decir, la *fuerza* allanó el camino de la *idea*.

VI

A poco que la atencion se fije en el estudio de aquellos pueblos que á la postre cayeron bajo la dominación de Roma, echaráse de ver que el mundo antiguo tendia con fuerza irresistible al cesarismo. El ideal de aquellas civilizaciones era la conquista, ideal que Roma, el más poderoso de todos aquellos pueblos, realizó por la fuerza y por la guerra. Y es que Roma poseia, en mayor grado que otro alguno, especiales aptitudes de asimilación, grandes miras políticas y eminentes dotes militares. Su especial cometido en el antiguo mundo aparece tan visible á través del génesis de las guerras, que bien puede asegurarse que los que han de ser súbditos suyos, sólo esperan el momento solemne de abdicar en sus manos su independencia y su poderío. Y lo que no consigue su fuerza, lo consigue su diplomática habilidad. Así aquella Grecia dividida por las banderías y agobiada por intestinas luchas se entrega á sus cónsules: como más tarde el Egipto á sus triunviros, y Bitinia, Siria, Pergamo y Capadocia á sus generales. Pero Roma puede decirse que puso en juego toda su astucia y toda su perseverancia, hasta conseguir someter á su poderío á tan opuestas razas. Fué una obra lenta y secular la que creó esa gran unidad; unidad de fuerzas, de cultos y de vicios. Rutilio, un poeta de sus últimos tiempos, la canto en aquellos versos:

Fecisti patriam diversis gentibus unam
Profuit injustis te dominante capi
Dumqueo offers victis proprii consortia juris,
Urbem fecisti, quæ prius *orbis erat*.

Roma fué en efecto la cabeza de un cuerpo formado por los pueblos más diversos. Pero aquel cuerpo estaba atacado de muerte. Roma que santificó en el Panteón la tolerancia universal, dando cabida en el a todos los dioses, hallóse devorada por todos los vicios propios de civilizaciones caducas. Las guerras constantemente sostenidas por ella en el exterior trajéronla además, con tan funesto legado, el despotismo de sus generales, que, árbitros de reyes y de pueblos, se creyeron dueños de los destinos de aquella república [1] trabajada por las luchas de bandería y cuyos ideales habian desaparecido en las turbulentas olas de la guerra civil y las más sangrientas reacciones. Y así el cesarismo se imponia al mundo por el doble camino de las discordias y de las conquistas. Y cuando suena su hora en el reloj de la victoria aparece César, la personificación más acabada del genio romano, la expresión más perfecta de la elocuencia, de la energía y de la victoria.

Ya entonces las lanzas de los legionarios, la inteligencia de sus capitanes y la sabia política de sus cónsules, han abierto el camino á un nuevo derecho; y su régimen municipal, sus costumbres y sus leyes se han propagado á compás de su dominación, inaugurándose un nuevo período en el que, agotadas sus fuerzas expansivas, entregada al capricho de sus Cesares y amenazada por las turbulentas gentes del Norte, Roma impera aún por su grandeza en el mundo, á pesar del embrutecimiento de que es presa su pueblo, ó por mejor decir, de aquel espantoso delirio de la tiranía de que sólo aciertan á sacarle alguno de sus emperadores.

(1) Montesquieu dice muy atinadamente á este propósito:

«Mientras la dominación de Roma se limitó á la Italia, mientras cada soldado era al propio tiempo ciudadano, cada cónsul tenia un ejército, y el número de fuerzas militares no era excesivo, por cuya razón se tenia en cuenta la clase de gentes que se recibia en las filas, clase que debia contar con algunos bienes para tener interés en la conservación de la ciudad. Pero cuando las legiones cruzaron los Alpes y el mar, las gentes de guerra perdieron poco á poco el amor á la ciudadanía, y los generales que conquistaban reinos, teniendo conciencia de su fuerza, no se resignaron á obedecer. Los soldados por su parte principiaron á no reconocer otro poder que el de su general, á fundar en él sus esperanzas al olvidar á la ciudad. Y ya no fueron los soldados de la República, sino los soldados de Sila, de Mario, de Pompeyo y de Cesar. Roma no pudo saber en adelante si el que estaba al frente de un ejército en las provincias, era su general ó su enemigo.»

Es digno de consignarse aquí la importante misión histórica de España en ese gran período histórico. Después de haber hecho temblar á Roma, durante los dos siglos que ésta se empeñó en domeñarla; después de haberse hecho famosa por su guerreros, un Indivil y un Mandonio, un Istolacio, un Viriato; después de haber ofrecido al dios de las batallas hecatombes como las de Sagunto y de Numancia; después de una lucha tan obstinada como fué la resistencia de vascos y cántabros, el soldado español, ora combatiendo á las órdenes del gran Aníbal, ó de los Escipiones; ora luchando á las órdenes de Sertorio y de los capitanes de Pompeyo; ora guerreando bajo las águilas de los Césares en Dalmacia, en Africa, en las regiones del Norte (1) y en los países tenidos por más remotos, puso también su acero en la balanza de los destinos del mundo. Pero España si fué célebre por el valor y la fidelidad de sus naturales, famosa por sus riquezas, atractiva por su cielo purísimo y sus costas risueñas, fué no menos grande por su cultura. Cúpole la gloria de que un Trajano diera en el solio manchado de los Césares el más hermoso ejemplo de la nobleza y de la dignidad; y contó entre sus hijos á un filósofo de la talla de Séneca, á un dialéctico como Columela, á un retórico como Quintiliano, un satírico como Marcial.

Trajano

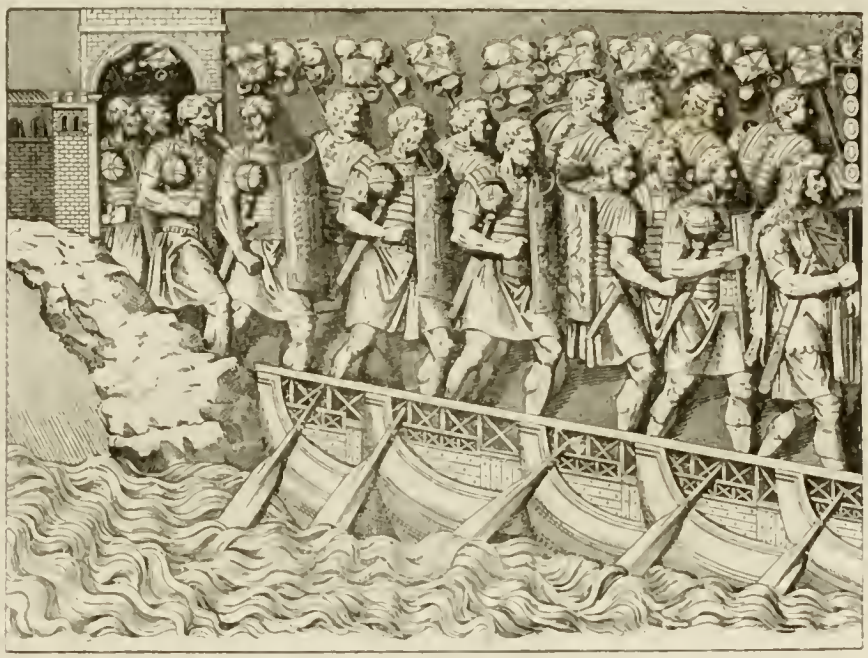
Ni fué tampoco ajena á esa gran revolución que agitó al mundo antiguo y que dió por resultado el triunfo de una nueva creencia; y nuestro martirologio consigna los ilustres nombres de los que murieron en las arenas dando en ellas testimonio de inquebrantable fé.

El imperio consagró en cambio preferente atención á esta hermosa provincia. En la Bética y en la Tarraconense se erigieron sucesivamente mil colonias y municipios, y Emerita Agusta, Cæsaraugusta, Lacux Augusta, Pax Augusta y otras célebres ciudades romanas atestiguan la gloriosa paz restituida por Octavio al mundo; un Trajano, un Adriano, ambos españoles, y un Marco Aurelio, cuyos padres lo eran también, contribuyen por su parte al esplendor de la península, en la que á juzgar por las medallas y lápidas de la época de Augusto existian numerosas fábricas dignas de rivalizar con las de Roma, y entre las que hay que contar el palacio de aquél en Tarragona y el de Diana en Coruña del Conde; el de Hércules en Murviedro, el César Augusta en Zaragoza; los monumentos de Mérida, Itálica, Tarragona y Cartagena, y los restos de las famosas construcciones de Denia, Jérica, Murviedro, Andújar, Talavera la Vieja, Osuna, Cáceres, Calahorra, Valencia, Sevilla, Toledo, Segovia, etc., etc. Señalado lugar ocupan entre estos restos los anfiteatros, circos, teatros y termas, así como los arcos de triunfo, entre los que cuenta España los de Mérida, Bará, Caparra, Cabanes y Martorell ¡testimonios mutilados de aquella brillante civilización que dió al mundo antiguo el patrón de sus leyes y de su cultura!

Pero cumple á nuestro especial objeto hacer mérito de las célebres vías militares por medio de las cuales pusieron los romanos en comunicación el Oriente y el Occidente, el Norte de Europa y las regiones apartadas de Asia y África con la ciudad eterna. «Nada tan sólido, tan bello y tan

(1) En el museo de la ciudad de Bona figura una lápida sepulcral romana que se cree anterior á la época del imperio y en la que en alto relieve está representado de cuerpo entero el *signifero* ó porta estandarte de la 5.ª legión asturiana, Pinteyo. Viste túnica plegada en forma de mandil, encima de la cual aparece la cota de malla, y del cinturón penden espada y puñal, cubriendo la parte superior de los muslos unas correas guarnecidas de metal. En la mano lleva el *signum* (estandarte).

magnífico, exclama un historiador, como esos grandes caminos que como inmensas calles convertian al mundo entero en una sola ciudad, y ante los cuales son poca cosa las obras todas de los pueblos modernos. La gran red de comunicación que unia entre sí las principales ciudades del imperio se extendia desde el centro á la circunferencia en una extensión de mas de cuatro mil ochenta millas romanas, y si es imposible fijar con exactitud la época precisa de los varios monumentos de que acabamos de hablar, sabemos que á la magnificencia de los Antoninos, de Marco Aurelio, de Trajano y de Adriano han de atribuirse los grandes caminos de la Península, caminos cuyos restos, que diez y seis siglos no han logrado borrar de la tierra, forman todavía la admiración del viajero. En el próspero período de los emperadores vió España allanados sus montes, cegados sus precipicios y

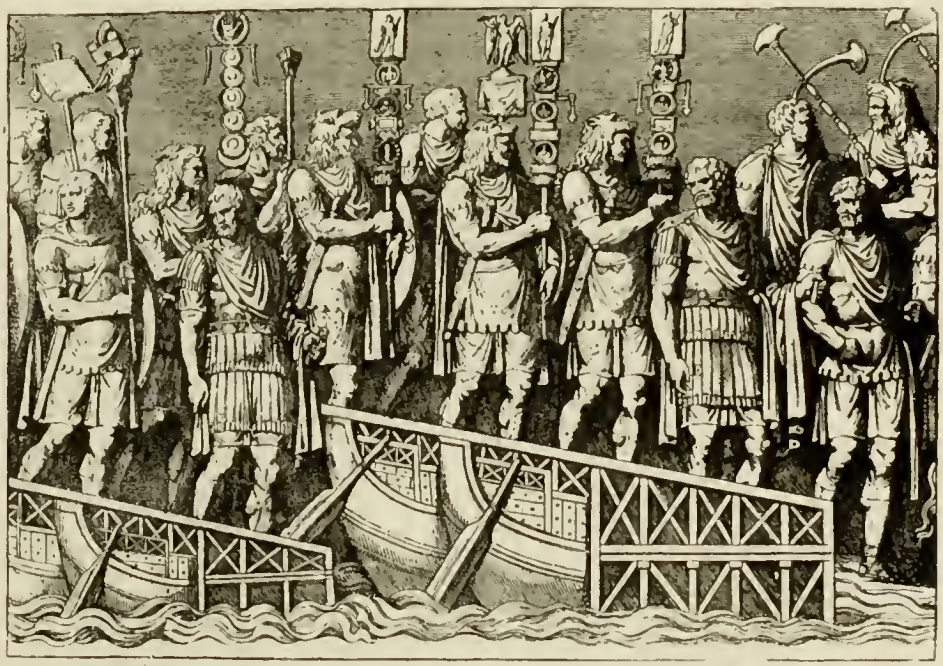


Relieve de la columna Trajana

cubierto su territorio de anchos y cómodos caminos. Los más frecuentados y célebres se dirigian de Oriente á Occidente y se prolongaban por las Galias hasta Italia. La vía de Roma á Arles descendia luego á Narbona y terminaba en Cádiz pasando por Cartagena y Málaga; otra partia de Milán, atravesaba la Galia Narbonense y los Pirineos, pasaba por Barcelona, Tarragona y Zaragoza, y terminaba en León; de ésta se conservan aún algunos restos. De Zaragoza partian ocho grandes vías hacia los Pirineos, hacia Tarragona, hacia Galicia, pasando por Numancia, hacia Mérida, Sevilla, Coimbra, Toledo, etc.; nueve caminos se reunían en Mérida, siete en Astúrica, cuatro en Lisboa, otros tantos en Brácara, tres en Sevilla y siete en Córdoba; calculándose que en todo ocupaban los caminos españoles 3,850 leguas» (1).

(1) En su mayor parte estos caminos estaban cubiertos por una mezcla de arena gruesa y cal, en la que se incrustaban pequeños guijarros. El camino militar que pasaba por Salamanca recibió á causa de ser estos de extraordinaria blancura el nombre de *vía argentea*. De trecho en trecho unas esbeltas columnas denominadas *miliarias* indicaban la distancia que separaba á los grandes centros de población, así como el emperador que las mandó abrir, el que las hizo reparar u otros acontecimientos de importancia.

Por lo que atañe á la comunicación por mar, añade el ilustre Gibbón, «no era menos expedita. El Mediterráneo se hallaba encerrado entre las provincias del imperio, y la Italia se avanzaba como un promontorio en medio de aquel gran lago. En general, las costas de Italia no ofrecen á los buques abrigo seguro, mas la industria humana habia reparado este defecto de la naturaleza, y el puerto artificial de Ostia, abierto por órden del emperador Claudio en la desembocadura del Tiber, era una de las más útiles construcciones debidas al genio emprendedor de Roma. Sólo distaba cinco leguas de la capital, y con un viento favorable podíase llegar en siete dias á las columnas de Hércules y en nueve ó diez á Alejandría de Egipto (1).»



Relieve de la columna Trajana

Un pueblo que como el romano consagraba tantos esfuerzos para asegurar su dominacion, debió tener gran conciencia de su cometido histórico y de sus fuerzas. No bastó á Roma el derrotar ejércitos enemigos, ni conquistar grandes reinos; hizo de los vencidos, instrumentos para nuevos triunfos; convirtió á las naciones en provincias de su imperio, ó cuando menos en aliadas, es decir, en satélites de su poderio. Asimiló en cuanto pudo, trató de infundir con su cultura, su espíritu avasallador y poderoso. El más grande de los poetas latinos habia dicho de ella con razón:

Tu regere imperio populus, Romane, memento;
Hæ tibi erunt artes, pacisque imponere morem,
Parcere subjectis et debellare superbos (2).

Así, pues, Roma consiguió, gracias á las admirables aptitudes de un gran pueblo, consolidar su dominación sobre las naciones más opuestas. Los mismos españoles se encontraron convertidos

(1) Virgil. *Eneid.*, VI, 851 y sig.
(2) *Hist. de la Grand. y Decad. del Imperio romano.*

casi sin darse cuenta de ello, de aliados en súbditos. Es cierto que en algunas comarcas lucharon durante largos años contra el invasor, y que únicamente hasta el reinado de Augusto no reinó absoluta paz en nuestro suelo; pero no por eso es ménos innegable que en este nuevo período se mostró nuestro pueblo verdaderamente agradecido hacia aquel hombre organizador y enérgico.

España facilitó al imperio grandes recursos materiales, le dió buen número de hombres ilustres, procuró á sus ejércitos valientes soldados y á su trono dos césares cuyos nombres recuerdan prósperos días para el imperio y tiempos felices para nuestra patria.

Relieve de la columna Trajana.

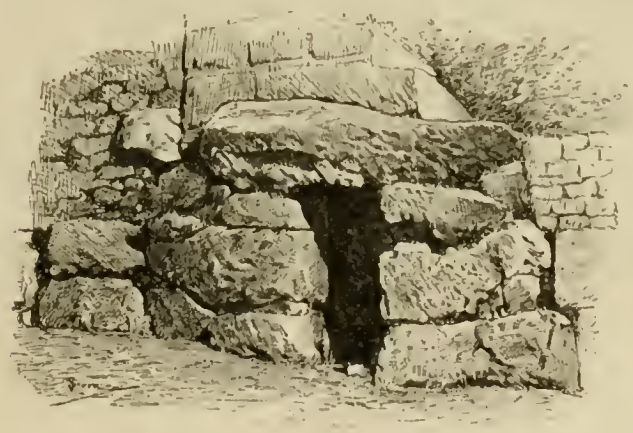
La importancia que en los ejércitos romanos de la época del imperio tuvieron las tropas españolas, puede colegirse por el contingente que aquellas formaban: existían dos legiones completas, la hispánica y la galbiana; cuatro cohortes de asturianos y gallegos, tres de gallegos, tres de lusitanos, dos de celtíberos, una de tarraconenses, una de ausonenses, una de vascones, una de eborentes, una de montañeses, y ocho más de españoles de distintas comarcas; contándose además un cuerpo de tropas auxiliares, caballería vectona, asturiana é hispánica.

En los siglos IV y V existían diez legiones entre las que se contaban dos llamadas respectivamente *lancearia y fundibularia;* seis alas de caballería, con ocho cuerpos de tropas auxiliares.

En estas tropas descollaron varones eminentes; y los nombres del gaditano Balbo, el primer extrangero que obtuvo en Roma el consulado, de Pompeyo Reburro que mereció el título de *evocato augustal,* de Cayo Antonio Flavio premiado con collar de oro, de Aulo Mevio famoso por las riquezas que conquistó en Asia, de Valerio Propincuo que en las guerras de Alemania, Mesia y Siria mandó distintas cohortes españolas y extrangeras, de Roscio Eliano, procónsul en Africa á quien el Senado mandó erigir una estátua, y de Q. Cecilio Volusiano que se hizo acreedor á doce

premios militares, atestiguan la justa nombradía que alcanzó el soldado español. Pero fué sobre todos famoso aquel Evandro que en las guerras de Trajano alcanzó diez coronas murales, diez y ocho cívicas y una naval, y en honra del cual se celebraron juegos anuales.

A España cupo empero la triste suerte de participar de los destinos del imperio; y cuando sonó la hora triste de su ruina; cuando aquel cuerpo corrompido y caduco se vió amenazado en el exterior por la invasión bárbara y debilitado en el interior por una tiranía absurda que aniquiló las virtudes cívicas y militares; cuando sus ejércitos no fueron bastantes poderosos á contener al enemigo, y el oro y los pactos hicieron los oficios de la espada y del pilo; en esa hora terrible de la expiación cayeron sobre nuestra patria, como sobre todo el mundo latino, todos los horrores de la invasión, todas las calamidades de la guerra, y con ellos el doble azote del hambre y la peste. Pueden compararse tantos desastres á esos terribles huracanes que conmueven y asolan la tierra, pero que purifican la atmósfera y despejan el oscurecido horizonte.



ILUSTRACIONES

Construcciones megalíticas Grabados de las págs. 10 y 11 —El estudio de los monumentos megalíticos ha dado lugar en estos últimos tiempos á diferentes hipótesis más ó ménos ingeniosas y verosímiles. Admitido que sean los iberos los constructores de estos monumentos, su difusión se explicaría mas bien por los vínculos sociales que en todos tiempos han existido, que atribuyéndola á un pueblo conquistador y emigrante. Así opina en su erudito estudio *Contribución al Estudio de los monumentos megalíticos ibéricos*, el Sr. Sampere y Miquel, haciéndose cargo de las distintas hipótesis sustentadas por arqueólogos y antropólogos. Y en realidad esta opinión parece ser la mas verosímil. Enmarañadas cuestiones son las relativas á la patria de los iberos, sus conquistas y viajes, mas no tratando en estas notas de hacer extensos estudios críticos, antes bien ofrecer datos que ilustren así el texto como los grabados que le acompañan, nos limitaremos a decir que la patria histórica de aquellos debió ser la península entera y la costa mediterránea hasta el Ródano. Aquí surgen algunas dificultades que ofrecen ancho campo a la controversia, pero que no es posible dilucidar en breves líneas, cuando á tan importantes estudios han dado lugar.

Aceptada la unidad ibérica, caen por su base las hipótesis de los arqueólogos y antropólogos portugueses, quienes aseguraban que los dólmenes y las construcciones ciclópeas se excluían, deduciendo de aquí su teoría de las nacionalidades ibéricas de los tiempos primitivos. Pueden, pues, reunirse para su estudio los dolmenes y las demás construcciones megalíticas.

Talayots —Los talayots ó sea habitaciones al descubierto presentan dos tipos según que sus puertas sean altas ó bajas. La planta de estas construcciones suele ser circular, y el muro tiene un espesor de 2 á 4 m. Sigue a la puerta un corredor de entrada cubierto por grandes losas. El muro está formado por hileras de piedra. Para cubrirlos se idearon pilares en disposición arbitraria, y desde el muro a los mismos, se colocaron grandes losas, las mayores de las cuales alcanzan a 4 ó m. de largo.

Existe otra subdivisión en talayots de puerta baja y escalera interior, y en talayots de escalera exterior. Estos últimos debieron ser los más antiguos, en razón a ofrecer más fácil defensa. Es un tipo perfectísimo de estas construcciones el que reproducimos en nuestro grabado, y que se halla situado a una hora de Mahón.

Sin embargo, no todos los arqueólogos ven en los talayots viviendas humanas, pues hay quien los considera como torres de defensa, como así opina D. Fidel Fita, apoyándose en una combinación de los mismos. «Esta combinación, dice Sampere, se ha venido al suelo cuando se ha conocido y estudiado el número que de ellos guarda la isla de Mallorca.»

Precisamente el de nuestro grabado ofrece una gran ventana, lo que da clara idea de su destino, amén de haber existido en él la cubierta de los dos muros ó estribos de la misma, que algunos visitantes destruyeron.

Pero si esto no bastara, podríamos recurrir al grupo de talayots del *Usinar de sas paisas* (isla de Mallorca) en el que están emplazados dos talayots, defendidos por un muro de circunvalación con una sola puerta que da ingreso al recinto (Véase el grabado de la pág. 10).

El lector tiene á la vista en este grabado un monumento de la civilización rudimentaria, en el que ya se echa de ver la idea de protección contra imprevistos ataques. De manera que en su construcción ha presidido un pensamiento originado por las primeras luchas. Su misma situación y el relieve topográfico, según opina un erudito, *parecen demostrar lo que podríamos llamar un punto estratégico*.

La idea de que fueran los talayots sepulturas es inadmisible por no haberse encontrado, salvo raras excepciones, cadáveres junto á tales monumentos.

La circunstancia de haberse hecho mención en el texto de las *mesas de sacrificio*, nos obliga á citar la del *Talti de dalt*, que ofrece la particularidad de llevar la piedra un encaje perfectamente labrado y ataluzado, lo que supone el uso de instrumentos de metal. Estas mesas están constituidas por dos ó más piedras colocadas verticalmente que sostienen otra horizontal. En ocasiones refuerza á la primera un puntal.

En Andalucía (Ronda) existe un dolmen conocido también con el nombre de Mesa de sacrificios.

No se han descubierto hasta hoy en gran número las grutas ó cuevas que sirvieron de habitación al hombre primitivo, y ménos son aún los descubrimientos de cuevas ó grutas artificiales: pero si bien sólo puede citarse la descrita por el Sr. Martorell y Peña, de la que se acompaña un grabado (pág. 11), ocurre la dificultad de si fueron tales cuevas destinadas á sepultura ó habitación, pues desgraciadamente fueron abiertas y registradas, y no quedó vestigio alguno por el que colegir su destino. De momento su existencia al lado de los talayots, reconocidos como moradas, y el haber sido estimadas por algunos eruditos como coetáneas de los mismos, parecen confirmar su destino funerario. Pero no están conformes en esto los arqueólogos, y así las consideran otros como grutas artificiales que preparan el tránsito de las naturales á las construcciones al aire libre y pieza por pieza. No nos parece destituído tal aserto de fundamento.

Nuestro grabado es reproducción de la entrada á las cuevas llamadas *Son Covas* (Mallorca). Además de estas, existen en esta misma isla otras que se comunican entre sí y tienen aberturas por donde recibir luz y ventilación.

Existen en España además, entre otros monumentos megalíticos, las piedras bamboleantes, de las que reproducimos la descrita por el Sr. Martorell, existente en la provincia de Gerona. «En una de las crestas de los montes graníticos que rodean la *Plana Basarda*, dice, hay uno de esos sorprendentes monolitos llamados *piedras bamboleantes*. Es un magnífico canto de 8 á 10 metros de longitud en equilibro sobre otra peña en la que descansa por un solo punto y que un hombre hace bambolear con facilidad.»

Existen piedras bamboleantes en la provincia de Santander, en Luque (Granada) y en Senterreda, en la de Gerona hasta 1848 se contaba otra que derribó de su asiento el somatén de Olot.

Armas primitivas (pág. 12).—Las armas más antiguas que hasta ahora se conocen son el hacha, el cuchillo, la flecha, bien lanzada con la mano ú por medio de arco. Es inútil preguntarse si las primeras que han existido las inventó el hombre para defenderse de los animales ó de sus propios semejantes; pero es indiscutible que al aparecer sobre la tierra, hubo por necesidad de recurrir á ellas, bien fuera para defenderse, bien para procurarse la subsistencia.

Las primitivas armas son de *piedra*, casi exclusivamente de sílice. Ignórase cuándo comenzó la edad así designada, y así mismo se desconoce cuando termina; pues las armas de sílice continúan empleándose en la edad llamada de *bronce* (que corresponde á las civilizaciones asirias, egípcias y homérica), y aun en la de *hierro*. En el siglo VIII de nuestra era se encuentran armas de aquella clase.

Pero aunque talladas las primitivas armas en su mayoría en sílex, nótanse desde luego en ellas diferencias que acreditan la habilidad, la paciencia y el gusto de los diversos pueblos que han hecho de ellas uso. Las que reproducimos en la pág. 12, darán á nuestros lectores una idea de esta clase de armas: nótese que en ellas las piezas de sílice están dispuestas de diferentes modos para su adaptación á los mangos ó palos.

Pero ¿cabe establecer una diferencia entre las armas de piedra del período antidiluviano y las empleadas con posterioridad? Mr. Boucher de Perthes así lo afirma, y desde luego hay que admitir que las armas de este último período están talladas con mayor perfección y finura de perfiles, notándose en algunas cierto sello de belleza y de buen gusto.

El más reciente hallazgo de este género de que tenemos noticia es el de la estación prehistórica de Caldas de Malavella, en el punto denominado *Puig de las ánimas*. Allí se encontraron en notable abundancia objetos tallados en sílex, pudiendo casi todos caber bajo los tipos cuchillo, raspador y punta de flecha. Esta última está tallada á pequeños golpes por ambas caras y es un ejemplar bastante perfecto. Otro sílex de difícil clasificación parece destinado a fijarse en la extremidad de un palo hendido para servir como lanza ó azagaya.

El carácter de estos objetos, dice el Sr. Chía en un erudito estudio, no dejan lugar á duda respecto de su origen anterior á los tiempos históricos y aún á los prehistóricos de la piedra pulimentada.

Por lo que respecta á los subsiguientes períodos llamados de *bronce* y de *hierro*, diremos que con el denominado de *piedra*, se confunden unos con otros, en el sentido de que los hombres se sirven aún de la piedra, á pesar de ser conocidas y empleadas así las armas de bronce como las de piedra. Los romanos, v. g., no empleaban más que armas de hierro cuando invadieron las Galias, y los galos en esta misma época usaban indistintamente armas de hierru y de bronce.

En España contamos numerosos ejemplares de armas en sílex, y si bien no es posible fijar la fecha probable de la aparición de las armas de bronce y hierro, las relaciones que mantuvo nuestro pueblo con griegos y fenicios hacen suponer que fué de los primeros en adoptar armas más perfeccionadas. Como quiera que sea, las armas de bronce ó hierro fueron usadas muy tempranamente por los habitantes de España y la famosa espada ibérica, cuyos caracteres distintivos consignaremos en su lugar, hubo de ser muy pronto adoptada por los conquistadores romanos, á los que no se ocultaron las excelencias de esta arma.

Hondero balear (pág. 13).—La brevísima é interesante descripción que dá el conde de Clonard de los honderos baleares, nos dispensa de incurrir en repeticiones enojosas tratándose de datos sobrado conocidos de los lectores medianamente ilustrados. «Los moradores de las islas Baleares, dice aquel diligente historiador, iban á la pelea entera-

mente desnudos, llevando en la mano un pequeño broquel y un venablo quemado por la punta; algunos cubrían sus carnes con pieles de carnero á manera de zaleas, que nombraban *sisirnas*. No faltaba tampoco quien llevara un ligero sayo. Eran los baleares famosos honderos, y no ménos célebres por su valor que por su destreza. En la guerra con cartagineses y romanos hacían el oficio de guerrillas, derramándose por delante de la línea de batalla. Acostumbrábanse á este ejercicio desde la niñez, y las madres no daban comida á sus hijos si con la honda no la derribaban de un árbol en que la tenían colgada. Llevaban á la guerra tres clases de hondas, una la tenían ceñida á la cabeza, otra alrededor de la cintura, y otra en la mano. Hacíanse todas ellas con nervios, *melancrenas*, pelo ó cerda, lino y esparto. A las más largas diéronlas el nombre de *macrocolon*, y se servían de ellas para lanzar la piedra á larga distancia; las más cortas, de que se valían para herir de cerca, llamábanlas *brachicolon*. Hacían uso de las de mediana longitud, cuando el punto á que se dirigía el tiro estaba á una distancia regular. Con esta arma lanzaban los baleares piedras y glandes de plomo que llevaban en un zurrón colgado del cuello en forma de alforjas, y antes de disparar daban algunas vueltas con la honda en la cabeza, tanto para tomar el aire conveniente, como para calcular la puntería. El peso de las piedras no era determinado, pero solían pesar hasta una libra. No había casco ni armadura que resistiera el vigoroso impulso del brazo de los baleares.»

Estos datos en extremo apreciables, pues están tomados de autores que tuvieron aún ocasión de conocer tales soldados, han sido utilizados por los artistas en la ilustración de diferentes obras históricas. Sin embargo, preciso es convenir que salvo aquellas circunstancias en que la descripción facilita elementos abundantes para trazar con exactitud las figuras ó reconstituir fielmente los objetos, es altamente difícil y muy aventurado el dibujo. Fundados en esto hemos suprimido imaginarios grabados relativos al período primitivo, intercalando tan sólo la figura del hondero que aparece en la pág. 13. La época romana es la que ya permite reproducciones fieles. A la descripción que nos facilita este ó aquel autor, hay que añadir en ella las obras de arte, los monumentos, y sobre todo los magníficos relieves de sus columnas y sus arcos de triunfo, á los que con frecuencia nos tendremos que referir.

Aníbal (pág. 15). — Era hijo este famoso varón del general que mandó Cartago á sojuzgar á España, Amílcar Barca, con el que militó desde la edad de nueve años, distinguiéndose ya en su adolescencia por su arrojo como jefe de la caballería. A su lado concibió odio eterno á Roma, y en su escuela adquirió las cualidades de un guerrero, que sublimó su inteligencia como capitán. Aníbal contó, como su padre, con el favor de uno de los partidos que se disputaban el gobierno de Cartago, y fué víctima de las banderías y de la mezquina política de la metrópoli africana. Nadie ignora el dilema que se planteó en el Senado cartaginés, cuando Aníbal reclamó recursos desde Italia: «Si vence, no los necesita; si es vencido no los merece.»

Narrar sus empresas guerreras desde que á los veinte y seis años tomó el mando de los ejércitos de Cartago hasta que en Zama fué vencido por Escipión, sería repetir cuanto hemos dicho al describir las guerras púnicas; no olvide el lector por otra parte que esta biografía es sólo un complemento.

Cuando después de la batalla de Zama, Cartago pudo darse cuenta exacta de tan terrible desastre, Aníbal no vaciló en aconsejar la paz, á pesar de la duras condiciones que imponían los romanos. Pero Roma no olvidaba que superior á los elementos todos con que contaba Cartago, era el genio, la perseverancia de Aníbal, y aprovechó la primera coyuntura para reclamarle entre otros rehenes.

Aníbal quiso evitar á su patria tal infamia y huyó á Siria, donde halló favorable acogida por parte del rey Antíoco. La guerra que estalló bien pronto entre Roma y el imperio sirio hubiera puesto á aquella potencia en graves conflictos á seguir el monarca asiático los consejos de Aníbal. Pero derrotado Antíoco en Magnesia por Lucio Escipión, y sospechando Aníbal de su fidelidad, huyó á Bitinia, cuyo rey trató de servir á los intereses de Roma, librándola para siempre de su temible rival. Aníbal se anticipó al traidor monarca Prusias. «Libremos á los romanos, dijo, del terror que les inspiro: en otro tiempo tuvieron la generosidad de advertir á Pirro de un traidor que intentaba asesinarle, y hoy tienen la vileza de solicitar de Prusias que me asesine.» Y acto seguido dióse la muerte (183 antes de J. C.). Tenía entonces Aníbal 64 años.

Este ilustre guerrero puede considerarse como uno de los modelos más perfectos que la antigüedad ofrece. Napoleón I, que con frecuencia le ha citado, recomienda con preferencia el estudio de sus campañas, muy superiores á las del mismo César. ¿Quién no recuerda las palabras del ilustre Marcelo, cuando teniéndole casi acorralado, exclamaba: «¿Qué hacer con ese hombre que no vence ni se deja vencer?» Aníbal, como todos los seres superiores, tuvo plena conciencia de su genio. Preguntado por Escipión quién era el general más eminente que hasta entonces se conociera, respondió: *El primero Alejandro, el segundo Pirro, el tercero yo mismo.*—Pues entonces, exclamó Escipión, ¿qué dirías si me hubieras vencido? — Me hubiera colocado yo primero que todos, le replicó el cartaginés.

Este rasgo de delicadeza pinta por sí solo al guerrero y al hombre.

Buques romanos (pág. 16). — Hé aquí un interesante fragmento de la erudita obra del señor Lacaci: *La marina antigua de los pueblos que se establecieron en España hasta el siglo* VII *de nuestra era:*

« Los buques largos ó de guerra, se dividian en uniremes, biremes, triremes, cuadriremes y quinqueremes: estos últimos, desde su adopción por los gaditanos, tomándolos de los focenses sus inventores (1), se generalizaron de tal suerte, que pronto llegó á ser el quinquereme el buque esencialmente de guerra, como sucedió con los navios de línea y las fragatas blindadas de las escuadras modernas.

»Los uniremes sólo llevaban, como indica su nombre, una hilera de remos por cada banda: muchos tenían un palo en medio en donde iba una vela cuadrada, que se usaba cuando el viento era favorable: dos timones colocados en la parte de popa, uno á cada costado, de los cuales hablaremos más tarde, con el sitio para que un hombre pudiese manejarlos, completaban los detalles de un buque de esta clase.

»Los biremes llevaban dos órdenes de remos por cada banda, con la mitad del número en la fila inferior que en la superior, y colocados estos últimos entre los huecos que dejaban los de debajo, quedando el primero de la segunda fila más próximo á la roda del buque, y las chumaceras ó huecos en que se movían, alternados, como sucede hoy con las portas de los cañones: llevaban también una vela, y los remos de la segunda fila terminaban á los dos tercios del buque contando desde la proa, sin duda porque el último tercio, más estrecho que la parte de proa y completamente fuera del agua, quedaría demasiado cargado si también llevase una doble fila de remos y de gente para manejarlos: esta clase de buques fueron muy comunes entre los tirrenos, construyéndose también por los romanos, según se ve en algunos restos de los monumentos de la época, y entre otros en la columna de Trajano.

»Los remos estaban dispuestos del modo siguiente (2): los de la fila superior, se apoyaban en el trancanil y los manejaban remeros sentados en bancos fijos en la cubierta, y los de la fila inferior, en portas abiertas en el costado: los remeros de esta parte iban dispuestos como los de la cubierta, pero en la bodega ó espacio comprendido entre la sentina y la cubierta alta.

»Los triremes llevaban tres órdenes de remos por cada banda: los remeros más cercanos al agua se llamaban *talamitas*, por hallarse situados á la altura del talamos de popa, cámara del tetrarca ó pretor que mandaba el buque, y consistía en un pequeño espacio que recibia luz por una escotilla abierta en su parte alta: los del segundo órden se llamaban *zygitas*, y los del tercero, que remaban sobre cubierta á la altura del puesto del piloto ó timonel, tomaban el nombre de *tranitas*.

»Los remos de los talamitas eran cortos, razón por la que recibían estos remeros ménos paga que los de los órdenes superiores, y las portas en que se apoyaban estaban muy cerca de la línea de flotación del buque, aunque no tanto que permitiese la entrada de las olas en tiempos ordinarios: los talamitas iban colocados más abajo del entrepuente, y durante los malos tiempos, metían dentro los remós, cerrando las portas, hasta que el estado del mar permitía abrirlas.

»Cuando los tiempos eran tan duros que el agua entraba hasta por las portas de los zygitas, se cerraban éstas con sacos de cuero, que al efecto iban clavados en ellas, los cuales rodeaban los guiones de los remos como sucede con la capa de fogonadura de lona alquitranada que cubre el pié de los palos en nuestros buques.

»Con objeto de contrabalancear en los remos superiores el gran peso de la pala, llevaban los guiones rellenos de plomo: los tranitas se escogían de entre los remeros mas fuertes (3) y tenían mayor sueldo que los demás, pues el gran tamaño de los remos con que bogaban, hacía más difícil y penoso su trabajo que el de los otros remeros (4).

»Los buques llamados cuadriremes, quinqueremes, etc., tomaban estos nombres como los anteriores del número de órdenes de remos que tenían por cada banda: difícil es explicar hoy satisfactoriamente la manera cómo estos remos estaban colocados, que á veces alcanzaban un número incomprensible como en el gigantesco buque de Ptolomeo Philopator, el cual, según Ateneo, iba movido por cuarenta órdenes de remos, teniendo los mayores una longitud de 20,34 metros, que no es posible comprender cómo podrían manejarlos.

»La construcción de buques llevando un considerable número de órdenes de remos, fué decayendo paulatinamente, hasta el punto que en el siglo IV de nuestra era, eran los triremes, cuadriremes y quinqueremes una tradición lejana, como lo son hoy para nosotros las galeotas, galeras y galeazas de la Edad media, construyéndose únicamente biremes y uniremes (5).»

Cascos romanos de puro estilo (pág. 17).—La diferencia entre el verdadero casco romano, ó sea el usado en tiempos de la República y primeros del Imperio, y los empleados con posterioridad, échase desde luego de ver contemplando los relieves y reproducciones de esta época. Estos cascos se distinguen del griego por su poca profundidad: vienen á ser unos casquetes de hierro reforzados interiormente por dos planchas dispuestas en cruz, y provistos en su parte posterior de una cogotera y en la anterior de un estrecho resalto que hacia oficios de visera. Dos ca-

(1) Florián de Ocampo.—*Crón.*, libro II, cap. XXV.

(2) Existen muchos sistemas para explicar la manera como estaban dispuestos los remos en los buques antiguos: aquí seguimos el del historiógrafo de la marina francesa A. Jal, por creerlo más acertado.

(3) F. Steinitz.—The ship. *Its. orig. and. progress*, pág. 31.

(4) A. Jal.—*La flotte de César*, pág. 151, nota.

(5) F. Steinitz.—The ship. *Ist. orig. and. progress*, pág. 34.

rrilleras los sujetaban bajo la barba; y en el cruce de las dos planchas de refuerzo una anilla hacia las veces de cimera.

Durante las marchas los soldados suspendían el casco sobre la espalda, sujetándolo con las carrilleras. Los vélites y los caballeros usaban un casco de forma más aplastada y cuyo borde era más ancho. Los soldados marchaban con la cabeza descubierta, pero si bien han sido representados en los relieves con el casco (el que acabamos de describir y los que figuran en la columna Trajana), es de extrañar que se reproduzca casi siempre á los jefes sin ninguna clase de cubre cabezas.

En los últimos tiempos del imperio el casco romano tiene mucha semejanza con el griego: el casquete es más profundo y está provisto de una larga visera. En este periodo se echa de ver una falta absoluta de uniformidad en las armas defensivas y ofensivas de los romanos.

Campamento romano, tiendas (págs. 17 y 20).—Cuando un ejército romano tenía que acampar, adelantábanse un tribuno y algunos centuriones á elegir el sitio, y acto seguido trazaban los límites empleando dardos. La figura de estos campamentos, ya lo hemos dicho, era un espacio cuadrado de 400,000 varas de superficie. A la distancia de cien piés hácia la parte en que debían acampar las legiones, trazábase una paralela para marcar la linea de tiendas de los tribunos y prefectos de los aliados. Estas tiendas daban frente á las de las legiones, y estaban separadas de ellas por una ancha calle. Las de las legiones que se hallaban dispuestas por hileras perpendiculares al frente del campamento, formando cinco calles: la del centro era llamada *Via principal*. La colocación de los distintos cuerpos en estas líneas de tiendas partiendo de la calle principal á derecha é izquierda era: caballería romana, triarios, príncipes, hastatos, caballeria romana y caballería aliada.

Además de la *via principal*, otra ancha via cruzaba horizontalmente el campamento con el nombre de *quintana*.

El grande espacio que mediaba desde las tiendas de los prefectos y cónsules hasta el frente del campamento se distribuía de esta forma: Cuatro hileras de tiendas ocupadas por tropas extranjeras y aliados. Entre estas hileras y las de los cónsules y prefectos, el pretorio; á la derecha el cuestorio, á la izquierda el mercado, y á ambos extremos contingentes de jinetes extraordinarios y voluntarios. Las tiendas de los vélites se ponían en cada frente inmediatas á la estacada y dejando ancha calle entre ellas y las de las legiones.

Daban acceso al campamento cuatro puertas, la más inmediata al pretorio llamada *pretoriana*, la opuesta a ella *decuriana*, y las dos restantes *derecha* é *izquierda*.

Las tiendas de los romanos se construían con armazón de madera ó empleando sólo cuerdas. Eran de pieles ó lienzo muy basto y había una por decuria. Nuestro grabado (pág. 17) da idea de estas tiendas, según un relieve de la columna de Antonino.

Por lo que respecta á los campamentos, el que ofrecemos en perspectiva da perfecta idea de ellos, pues es una reconstrucción efectuada teniendo á la vista importantes trabajos sobre este punto.

Pilos (pág. 21).—El *pilum* era el arma por excelencia de la infantería romana y consistía en una lanza arrojadiza, cuya asta tenía tres codos de largo y otros tantos el hierro que se hincaba en ella hasta la mitad. En la extremidad del hierro, existía una especie de anzuelo. El pilo atravesaba las corazas y escudos. «Muchas veces, dice un autor, se vieron lineas enteras arrojar el pilo y precipitarse espada en mano sobre el enemigo.»

La longitud del pilo varió en las diferentes épocas; la media fué de $1^{m},905$ á contar de la extremidad del hierro á la del mango de madera. Es raro que no haya llegado hasta nosotros un ejemplar del pilo; pero se comprende, atendido que el hierro enterrado se oxida y descompone rápidamente, y teniendo además en cuenta que en los monumentos los soldados reproducidos aparecen ocupados en trabajos manuales, y que ofreciendo su reproducción cierta dificultad para el escultor, tiene por otra parte el inconveniente de la fragilidad.

«Por lo que respecta al manejo de esta célebre arma, dice Mr. Lacombe *(Armes et armures)*, se sabe que los legionarios se servían de ella lo mismo como arma arrojadiza que como arma de asta. Considerada como arrojadiza hay que convenir en que era pesada en extremo, y sólo soldados de tanta robustez como los legionarios podían sacar de ella algún partido. Era más bien un chuzo que un venablo ó una pica. Como arma de asta hacía los oficios que nuestra bayoneta: con ella se paraban además los sablazos, y á este objeto estaba dotada sin duda de un mango excesivamente largo.

»Si el *pilum* ha efectuado una revolución en el antiguo mundo, es sin duda alguna más que por sus méritos intrínsecos, porque exigía del que lo manejaba un continuo ejercicio de esgrima, pues obligado á combatir aisladamente con él (no automáticamente, confundido en una masa, como el oplita griego), le impulsaba á practicarse en su manejo y á contar en el momento de peligro tan sólo con su valor y su presencia de ánimo. Hacía, pues, de cada individuo un guerrero acabado y completo en sí mismo.»

El pilo tuvo formas muy diversas. La pica que figura en manos de unos soldados, en un bajo relieve de Maguncia, se considera como un pilo posterior á la época de Polibio. Pero el pílo primitivo se ha encontrado representado muy recientemente en el monumento de Saint-Rémi, en Provenza. Este pilo se creyó en un principio que pertenecía

á una época muy posterior, hasta que por último se ha reconocido pertenece al periodo de los emperadores. Monsieur Quincherat, después de haber estudiado atentamente la forma de este pilo, ha podido hacer un estudio de las diversas que adoptó esta arma: variedad que ha inducido á no pocos errores.

La existencia constante del resalto ó del anzuelo que caracteriza á todas estas armas, se explica teniendo en cuenta que una vez lanzada esta arma y atravesado los escudos del enemigo, el pilo se doblaba por su propio peso, y quedando pendiente del escudo, le inutilizaba, quedando sin defensa el que lo embrazaba.

Plutarco cuenta que los galos recogían, al principio de sus guerras con los romanos, estas armas arrojadizas, y volvían á lanzarlas contra el enemigo. Mario ideó entonces otra reforma en ellas: introdujo el extremo del hierro dentro del mango de madera, y lo sujetó con un clavo de acero; el mango se rompía al chocar, por efecto de su propio peso, quedando el arma inutilizada. Según Tito Livio, la longitud del hierro era de 90 centímetros, y Polibio dice que el mango era de $0^{m},45$ próximamente.

El pilo, el dardo y el kestre, fueron ensayados en los ejercicios practicados el año 1865 por órden de Napoleon III. El dardo fué perfeccionado por los romanos, colocando en su centro de gravedad una ligera correa, el *amentum*, que en el acto de arrojarlo aumentaba la fuerza del impulso. El kestre era una especie de honda por medio de la cual se lanzaban unos dardos cortos compuestos de una punta metálica y un mango con alas de madera. El dardo alcanzaba de 50 á 60 metros; el kestre hacía blanco á los 70.

Estas armas atravesaron planchas de madera de tres centímetros de grueso

Soldado cartaginés (pág. 23).—El armamento cartaginés tiene, según se ve, muchos puntos de contacto con el griego. Un casco con larga visera y cimera de crin cubre la cabeza de la figura reproducida que viste loriga de las que los latinos designaban con el nombre de *squamatas*, coracina y hombreras de metal, y cubre sus antepiernas con las *cnemides* ó sea unas placas cóncavas de metal sujetas por medio de correas. El escudo, la lanza y la espada completaban el armamento de estos soldados. Esta figura está dibujada según la de un vaso etrusco.

Publio Cornelio Escipión el Africano (1) (pág. 25) —Era hijo este célebre guerrero del cónsul Publio Escipión y nació en Roma en 518 ó 520 antes de J. C. Tomó parte en la campaña del Tesino, á pesar de que sólo contaba 17 años y salvó la vida de su padre en la sangrienta batalla de este nombre. Después de la de Cannas, donde peleó como tribuno de la 2.ª legión, le fue confiado en unión de Apio Claudio Pulcher el mando de los 4,000 hombres que componían la guarnición de Canusio. A pesar de no reunir las condiciones exigidas, solicitó y obtuvo por mayoría de votos la edilidad; pero el momento en que verdaderamente dió á conocer su noble ambición y su energía, fué cuando llegada á Roma la noticia de la muerte de los dos Escipiones que combatían en España, deliberaba el Senado acerca del nombramiento de general para esta guerra, sin que nadie tomase la palabra para solicitarlo. En aquel instante el jóven Escipión solicitó, á pesar de sus veintitrés años, la confianza de la asamblea, y esto pareció de tan feliz augurio que no hubo vacilación en concederle el mando y además un refuerzo de diez mil infantes y mil caballos, con el que se embarcó para España.

Quedan consignadas en el texto sus operaciones militares en la península ibérica y en África hasta la batalla de Zama.

Tras víctoria tan importante pasó Escipión á Italia, atravesó la peninsula entre las aclamaciones del pueblo y entró en Roma en 201 antes de J. C., precedido del infeliz Sifax. Celebráronse con este motivo solemnes juegos, se concedió á cada uno de los soldados el terreno equivalente á cuatro fanegas por cada año de servicio, tanto en África como en España, y se otorgó al general el dictado glorioso de *Africano*. Escipión fué nombrado censor en 555 y en 560 cónsul. Pero muy en breve había de darse á conocer la veleidad de aquel pueblo que le aclamaba ahora con delirio. Dividida Cartago en dos fracciones y atenta Roma á concluir con ella, bastó que uno de esos bandos denunciase á Aníbal, á la sazón refugiado en Siria, como enemigo de la paz, para que el Senado se manifestara dispuesto á proceder contra el ilustre cartaginés. Escipión, dando una prueba de su grandeza de alma, hubo de aconsejar que no se entremetiese Roma en las disensiones de Cartago, pues podía darse por satisfecha con la victoria conseguida sobre Aníbal en el campo de batalla. Pero sus observaciones fueron desoídas, y tal desaire unido á la frialdad del olvidadizo pueblo, fué sin duda alguna el más terrible de los desengaños que el destino deparó á este ilustre caudillo.

A pesar de esto, Escipión no se mostró rencoroso con su patria, y en la guerra contra Antíoco de Siria consintió en figurar como teniente al lado de su hermano Lucio. Su fama y su talento consiguieron entonces para Roma nuevas victorias. Filipo de Macedonia y Prusias de Bitinia se mantuvieron en la alianza de Roma, y Antioco, derrotado en Magnesia, hubo de solicitar la paz. Pero á pesar de tantos esfuerzos no le reservaba su patria un triunfo como el que obtuviera después de sus victorias de África. El intempestivo Catón, uno de esos hombres inoportunos que en todos tiempos se han dado á conocer velando sus cortas miras con el nombre de la moralidad, suscitóle á dos tribunos que le acusaron de haber vendido á Antíoco la paz. Nadie ignora que el primer dia que Escipión se presentó

(1) El dictado de *Africano* se dió también á Publio Escipión Emiliano, el triunfador de Cartago y de Numancia.

ante el pueblo, contentóse con hacer mérito de sus servicios; el segundo hizo más aún, no descendió á elogiar sus hechos, pero recordando ser aquel aniversario de una de sus más gloriosas batallas, pronunció estas palabras magníficas:

«Romanos: en semejante día conseguí en las llanuras de Africa una importante victoria contra el más terrible enemigo de vuestro imperio, y tuve la dicha de procuraros una paz tan dulce como inesperada. No nos mostremos ingratos hacia los dioses; hoy no es día de discusiones judiciarias. Dejemos gritar á ese miserable cizañero y subamos al Capitolio á ofrecer al soberano de los dioses nuestros homenajes y la expresión de nuestra gratitud.»

El puelo le siguió entusiasmado. Desgraciadamente este entusiasmo duró poco y no impidió á sus enemigos hacerle blanco de nuevas calumnias.

Poco se sabe con exactitud relativamente á los últimos años de su vida: según parece se retiró á una modesta quinta situada en Linternum (Campania), á orillas del mar, donde, nuevo Cincinato, consagró los últimos años de su vida á los trabajos agrícolas. Murió (572) según unos aquí, según otros en Roma, y Valerio Máximo asegura que quiso se grabaran en su sepulcro estas palabras:

Ingrata patria, ne ossa quidem mea habes.

Equite (pág. 26).—Es la última denominación que se dió á la caballería, pues en un principio llamóse á los jinetes *celeres* y *flexumines*, luego *trossuli* y por fin *équites*. En tiempo de los Gracos esta denominación se aplicó al orden civil y tuvo una doble acepción, pues no siempre es fácil distinguir al soldado de esta arma del caballero, es decir, del ciudadano perteneciente al *Orden ecuestre*.

El Estado facilitaba en Roma al soldado su caballo y armas, las cuales ya hemos descrito en el texto. También hemos hablado de su organización en turmas. Por lo que respecta á sus evoluciones militares, dice Polibio: «Ejercitábanse individualmente en los giros á derecha é izquierda y media vuelta. Reuniéndose después la turma se la instruía en las conversiones. Escipión hacía también salir al frente una ó dos hileras de cada lado y algunas veces del centro, y después de colocadas éstas á cierta distancia, avanzaba toda la línea á escape para colocarse en los intervalos por turmas ó decurias. Se ejercitaban igualmente con mucho esmero en los cambios de frente á vanguardia y á retaguardia sobre la derecha é izquierda.»

Los arreos del caballo se reducían á dos cubiertas de cuero ó paño, cinta, pretal y grupera.

Las consideraciones que respecto á esta arma hemos hecho en la narración histórica, nos ahorran de entrar en otros detalles.

General romano (pág. 30).—Aunque no pueda darse este título á los cónsules ó pretores que Roma ponía al frente de sus ejércitos, pues así confiaba á éstos como á aquéllos el mando, reproducimos aquí la figura de un jefe superior, ó por mejor decir de un magistrado, vestido con el traje militar, y armado con el *paladumentum*, la *loriga* y el casco.

Centurión (pág. 31).—Oficial del ejército romano de categoría inferior al tribuno. Se colocaba en el campo de batalla inmediatamente delante del águila, y el distintivo de su categoría era una varita de la que se servía para advertir y castigar á los soldados. El que reproducimos está dibujado según un relieve de la columna Trajana.

Máquinas de guerra romanas (pág. 35 y 38).—En dos grupos pueden dividirse las máquinas balísticas de los antiguos: uno que comprende todas aquellas cuyo origen es la honda y otro que abraza las derivadas del arco. En el primer grupo figuran entre otras el fundíbulo, la balista, el onagro; en el segundo la catapulta, los escorpiones y otras varias.

Cuando Napoleón III preparaba su obra *Julio César*, hizo reconstruir las armas de guerra de los romanos, así como las obras de fortificación por ellos empleadas. La dirección de estos importantísimos trabajos fué confiada al erudito Mr. Abel Maitre, director de los talleres del Museo de Saint Germain, quien tomó por guía algunos bajorelieves de la columna Trajana.

En Agosto de 1865, estaban terminados los trabjos, y con motivo del Congreso geográfico internacional se procedió á ensayar las máquimas reconstruídas así como otras armas arrojadizas de mano. Unas y otras fueron colocadas en línea en una de las avenidas del citado Museo; y después de haberse procedido á algunos ejercicios con el dardo, el pilum y el kestre se hicieron funcionar las dos máquinas llamadas onagro y balista.

El onagro era una máquina que funcionaba por medio de cuerdas embridadas. Su motor era una sólida palanca de madera, cuya parte inferior atravesaba un haz de cuerdas retorcidas. Estas cuerdas ó nervios, sujetas á un montante y sometidas á una fuerte torsión, adquieren una gran fuerza impulsiva. Pueden compararse á los cordelillos que los carpinteros retuercen en la parte superior de sus sierras para dar la posible tensión á las hojas. Con ayuda de una cabria se abate la palanca y se la coloca en la posición representada en el grabado (pág. 35), sujetándola con una cuerda atada á un gancho. Una honda pende de la palanca y en ella se coloca una bala de piedra. Si entonces y

gracias á una pieza que hace oficio de fiador ó seguro, se suelta con energía la palanca, vuelve ésta á su posición primitiva, es decir, va á chocar con violencia contra la almohadilla colocada en la parte anterior del aparato. En este momento la honda, con una rapidez tal que no es posible apreciar á simple vista, ha lanzado el proyectil que cae á unos 130 ó 160 metros de distancia, según sea su peso: su velocidad es escasa, y puede seguirle fácilmente la mirada.

Las balas que lanzaba el onagro eran de unos 8 á 10 centímetros de diámetro.

El onagro era transportado en un carro dispuesto al efecto y arrastrado por algunos tiros: en las marchas era acompañado por una legión.

La balista era una máquina empleada en los sitios para lanzar enormes piedras. Ni las descripciones de los autores latinos, ni los monumentos nos permiten formarnos exacta idea de este género de máquinas. Sábese que sus dimensiones eran variables, por lo que se las dividía en *majores* y *minores*. Estas servían como máquinas de campaña y se colocaban en carros tirados por mulos y caballos (de aquí el nombre de *carroballistæ*).

La balista tenía por motor una cuerda fabricada con nervios de animales, pelo ó cerda y dispuesta horizontalmente. Su fuerza de torsión imprimía á un palo un movimiento circular y vertical, efecto del cual eran lanzados los proyectiles. Esta clase de máquinas ofrecían algunas diferencias; por ejemplo, en su parte superior tenían algunas una canal ó ranura en la que se colocaba una flecha y al chocar en ella el extremo del palo ó brazo, la comunicaba su impulso la velocidad. El brazo de estas ballestas se ponía en tensión por medio de una cabria y se sujetaba entonces con una cuerda á un gancho. La flecha tenía 130 centímetros de longitud y estaba terminada por un hierro muy afilado. Para disparar se soltaba bruscamente la cuerda y al choque del brazo partía la flecha. Con estas máquinas se lanzaron pesos de 400 libras á la distancia de 1,200 pasos; pero ya se comprenderá que era escasa su precisión.

La columna de Marco Aurelio ofrece una de estas máquinas, pero sus detalles son muy imperfectos y defectuosos. Ofrecemos en el grabado de la pág. 38 la que mandó reconstruir Napoleón III y que en unión del onagro figura en el Museo de Saint Germain. Esta balista servía para lanzar flechas.

Ariete (pág. 36).—El ariete era un madero de grandes dimensiones, provisto en uno de sus extremos de una contera de bronce en forma de cabeza de carnero, con la que se batía el muro. Suspendíase este madero, que alcanzaba una longitud de 20 á 30 metros, por medio de cadenas ó cuerdas, y para proteger á los soldados que lo manejaban cubríase con un armazón de madera montado sobre ruedas. Sin embargo, en los tiempos primitivos era conducido al descubierto por los soldados, quienes lo empujaban hasta el muro y abrían brecha en él á fuerza de choques. Así se ve en los relieves de la columna Trajana. Nuestro grabado es una reproducción del que figura en el arco de triunfo de Septimio Severo.

Lorigas (pág. 37).—Esta palabra se emplea de una manera general para designar la parte de armadura que cubre pecho y espalda. Compréndese, pues, con el nombre de loriga la coraza propiamente dicha ó bien un coselete de metal fundido, de escamas ú hojas metálicas, ó bien placas asimismo de metal, unidas unas á otras por anillos ó clavos; la cota de mallas y aun de tejido grueso.

La coraza más antigua que se conoce es la griega, compuesta de dos piezas distintas de metal modeladas, y por lo tanto, que se adaptaban al cuerpo del soldado. Uníanse por medio de broches y correas, y cubrían: la anterior, pecho y vientre, la posterior espalda y riñones. En el grabado que ofrecemos, la de la derecha pertenece á esta clase, y es copia de una encontrada en Pæstum.

La segunda coraza está formada por dos series de placas de acero que defienden los hombros, y otra serie la cintura y parte del pecho y espalda. De tal modo se adaptan estas placas unas á otras, que con facilidad pueden replegarse unas sobre otras cuando el soldado levanta los brazos ó inclina el cuerpo. No ha llegado á nosotros el nombre de estas corazas que, según parece, fueron usadas por los legionarios en tiempos del imperio. En los arcos de triunfo y columnas aparecen con frecuencia y la de nuestro grabado es reproducción de la columna Trajana.

Cneo Pompeyo el Grande (pág. 41).—Nació el año 648 de Roma, 106 antes de J. C. Distinguióse á los 20 años en una defensa judiciaria, y habiendo abrazado el partido de Sila, y conseguido al frente de tres legiones un importante triunfo sobre las tropas que mandaban los generales de Mario, cooperando á pacificar la Galia Cisalpina y reconquistar la Sicilia, consiguió llamar la atención de Sila que saludó en él una esperanza y le concedió el renombre de *Grande*. La muerte del dictador, cuya influencia llegó á contrapesar, no fué ménos favorable á su fortuna. Pasó á España á guerrear contra Sertorio y consiguió pacificar la península. De vuelta á Italia concluyó con los restos de los esclavos rebeldes y obtuvo el consulado el 73 antes de J. C. y cuando contaba 34 años. La guerra contra los piratas que infestaban el Mediterráneo consolidó más y más su fama, y designado luego para la expedición contra Mitridates hizo del Asia teatro de repetidos triunfos. Esto bastaba para que Roma, degenerada por las luchas personales, le mirara casi como su señor. Pompeyo redujo la Siria á provincia romana, sujetó la Arabia, repuso á Tigranes en el trono de Armenia, é impuso la dominación de Roma á estas apartadas comarcas.

Tales hazañas eran suficientes por sí solas para captarle las simpatías de aquel pueblo perturbado por hondísimas

agitaciones y dispuesto á abdicar de su soberanía. Pero las dotes de político no rayaban en Pompeyo á la misma altura que sus talentos militares. Asociado en un principio á Craso con el que se indispuso muy luego, y en abierta pugna con el Senado, Pompeyo parecía no obstante destinado á ocupar el preeminente lugar á que aspiraba, cuando la aparición súbita de César vino á dar nueva fisonomía á los asuntos públicos. La personalidad del ex-pretor no despertó recelo á Craso ni á Pompeyo, y secundado por ellos obtuvo el consulado, desde cuyo puesto debía eclipsarlos y relegarlos á un secundario lugar.

La estrella de Pompeyo comenzó á declinar desde aquel momento; gastó su popularidad y su prestigio mientras su rival adquiría en las Galias gloria y riqueza, y fomentaba bajo mano en Roma las discordias. Así, llegado el momento en que el Senado le invistió con el título de cónsul único y en que exigió de César renunciara al mando en las Galias, el paso del Rubicón y la invasión de Italia fué la respuesta de aquel caudillo, fuerte ya con la alianza de los jefes galos, los sufragios de su ejército y asegurado por las inteligencias que mantenía en Italia. ¿Cómo se comprende, empero, la debilidad de Pompeyo, y su descabellado plan de abandonar la Italia, creyéndose seguro con reunir todas las fuerzas navales de la república? Indudablemente por una falta de energía y una imprevisión hija aquélla de la misma sorpresa, ésta de necio orgullo. Como quiera que sea, Pompeyo mostró una incapacidad notoria. Africa y España estaban á su favor, le apoyaban el Senado y los Caballeros, y disponía aún de parte del ejército y de una respetable flota. Pero en su desconcierto no supo utilizar, cual convenía, tales recursos. Así fué derrotado paulatinamente en Italia, Sicilia, Cerdeña, España y Grecia. Farsalia fué la última etapa de tantos desastres. «En aquellos tiempos, ha dicho un escritor, luchaban un hombre de genio y una mediania, y dos ejércitos, uno viril y veterano; otro relajado y caduco; también luchaban allí dos tendencias: el antiguo espíritu republicano y la aspiración autocrática, mal disfrazada por la gloria y por el favor. Y el genio militar, el favor del ejército y la degradación del espíritu público, triunfaron en definitiva. César cambió la fortuna del imperio, porque él mismo la representaba; él era la personificación de los destinos de Roma. Es cierto que este papel está solamente reservado á los grandes hombres; pero también es muy cierto que lo desempeñan cuando los pueblos están preparados para la dominación personal, bien por efecto de perturbaciones político-sociales, bien por su relajación y maleamiento.»

El año 48 antes de J. C. tuvo lugar la batalla de Farsalia, y el asesinato de Pompeyo en las costas de África por orden de Tolomeo. Plutarco cuenta que al presentar Teodoto á César la cabeza del infortunado general, este apartó la vista con horror y no pudo contener sus lágrimas. La infamia que cometió el monarca egipcio atento á granjearse el favor de los vencedores, sube de punto, si se considera que debía á Pompeyo el trono que á la sazón ocupaba.

Cayo Julio César (pág. 42).—Nació el año 654 de la fundación de Roma, 100 antes de J. C., precisamente en la época en que aquella se hallaba dividida por los bandos de Mario y Sila, que tanta sangre derramaron en Italia. A juzgar por un fragmento de la oración fúnebre que César pronunció en honor de su tia Julia, su familia tenia un orígen semidivino. «La raza de Julia, dice, por su parte materna, proviene de reyes, por la paterna se alia á los inmortales dioses; porque los Marcius Rex, cuyo nombre lleva la madre de Julia, descienden de Ancus Marcius, y los Julios, de cuya familia la mía forma parte, descienden de Venus. Nuestra raza tiene, pues, la santidad de los reyes, que poseen entre todos los hombres la soberana autoridad, y la majestad de los dioses, cuyo poder se extiende hasta los mismos reyes.»

Este fragmento no puede ser aquí más oportuno, pues nos da cuenta del orígen aristocrático de César y de sus eminentes cualidades oratorias y políticas. César que sólo tenía 20 años cuando dió el primer paso en la carrera oratoria, con su oración contra Dolabella, acusado de malversación de caudales, «ocupó, dice Suetonio, el primer lugar entre los oradores forenses.»

Llegado á la edad viril, Sila, dueño á la sazón de los destinos de Roma, no pudo ménos de fijarse en aquel mozo, dotado de excepcionales dotes y cuyo parentesco con Mario y Cinna podía hacerle peligroso; no vaciló, pues, en expedir contra él un decreto de proscripción, que hubo de revocar muy luego á instancias de las vestales. «Bien sea, dijo entonces el dictador, vosotras lo queréis; pero sabed que éste para quien me pedís gracia, ocasionará un dia la pérdida del partido de los grandes, por el cual hemos combatido, porque en este joven hay muchos Marios (1).» César no creyó prudente utilizar tal gracia, y después de vagar por la Sabina se dirigió á Pérgamo y después á Rodas, en donde recibió lecciones de elocuencia del célebre Molón. Con este motivo, se consideraba, según Plutarco, de tal índole su talento oratorio, que habría llegado á ocupar el primer lugar entre los oradores de Roma, si no hubiese tenido que abandonar el foro por las armas. César mismo en la respuesta que dió al elogio pronunciado en honor de Catón por el eminente Cicerón, ruega á su auditorio no compare el estilo de un guerrero con el de un orador consagrado exclusivamente al estudio de su arte. Sin embargo, no por eso es ménos cierto que César debió á la elocuencia sus primeros triunfos y su influencia sobre las masas. Pero César aspiraba á conseguir por otros medios el afecto del pueblo: y así no vaciló en gastar en dádivas y juegos enormes cantidades, que si le procuraron increible número de acreedores, le granjearon á pequeño precio el favor público. Elegido primero por el pueblo tribuno militar, nombrado después cuestor, ascendió al rango de gran pontífice y después al de pretor; terminado el periodo de su pretura

(1) Suetonio.—Napoleón III, *César*, p. 224, t. I.

pasó á la España Ulterior, en donde dió ya á conocer sus excelentes dotes militares derrotando á los gallegos y lusitanos, y subyugando á pueblos que nunca habían estado sujetos á Roma. No es dable asegurar hasta qué punto fué moral su administración: César tenía á la sazón, según Plutarco, más deudas él solo que todos sus administrados juntos, y las riquezas que se procuró y que facilitó á sus soldados pueden indicarnos el régimen observado durante su mando.

De regreso á Roma optó al consulado, y presentándose como conciliador entre Pompeyo y Craso, hombres á la sazón los más poderosos de la república por su gloria y sus riquezas, pero que se hallaban en extremo enemistados, consiguió tal dignidad. Entonces dió á conocer toda su audacia, publicando las leyes sobre el reparto de tierras y la distribución de trigo que llenaron de estupor al Senado y le captaron el entusiasmo de la asamblea popular. Pero César no vaciló ante las consecuencias que aquéllas produjeran; puso á sus colegas en el compromiso de seguirle por esta senda; hizo prender á Catón, y nombró á Clodio tribuno del pueblo para que luchara con Cicerón.

César, después de haber asegurado su ascendiente sobre Pompeyo, otorgándole la mano de su hija Julia, creyó oportuno el darse á conocer en un nuevo teatro. Contaba á la sazón con el favor del pueblo, pero le faltaba la gloria militar, indispensable para figurar al lado de este general. Los triunviros distribuyéronse entonces el mando de las provincias, y Pompeyo se asignó la España, Craso la Siria, y César las Galias y la Iliria. Pompeyo y Craso quedaron por entonces en Roma, y César marchó al punto de mayor peligro, pero de mayor lucimiento.

César inauguró entonces aquellas brillantes campañas que han pasado á la posteridad gracias á sus propios escritos. Derrota á los helvecios, vence á los suevos y á los belgas, y triunfa de los armóricos y de los vénetos. El aspecto salvaje de los suevos impuso de tal modo á sus legiones que en un supremo arranque las dirigió César aquellas magníficas palabras: «Si no me seguís, yo iré solo con la décima legión y formaré de ella mi cohorte pretoriana.» En la Galia central combate su ejército entre enmarañados bosques y extensos pantanos, y en las costas asalta fortalezas defendidas por las mareas y cuyo ataque le obliga á convertir sus soldados en marineros. Su talento suple á todo, su valor arrolla los obstáculos más difíciles, y su astucia y su diligencia le salvan en los más críticos momentos. Un formidable alzamiento de la Galia entera, dirigido por Vercingetorix, pone á los romanos en gravísimo peligro: los galos incendian las ciudades y talan los campos, y el ejército de César se ve acosado por todas partes á la vez; pero este general, resuelto á vencer ó morir, ataca á Alesia, donde se halla encerrado el monarca de los auvernos, Vercingetorix; pone un sitio en regla, y construye aquellas colosales obras de circunvalación y contravalación que revelan los prodigios de constancia de sus soldados. Atacado por doscientos mil hombres, César los derrota á la vista de los sitiados, y Vercingetorix se ve obligado á someterse, sucumbiendo con él la independencia de la Galia. Otra sublevación enérgicamente castigada, concluyó con estas guerras que dieron á Roma el dominio de todo el país comprendido entre el Rhin y los Pirineos.

Las riquezas y los triunfos conseguidos en las Galias permitieron á César fomentar las divisiones que reinaban en Roma y crearse un poder que oscureció bien pronto el de sus colegas. Un plebiscito vino á señalar en este período una próroga de cinco años á los mandos que los triunviros ejercían; y la desastrosa expedición de Craso al Asia que terminó con su muerte, el fallecimiento de Julia, y el antagonismo latente entre César y Pompeyo, trastornaron el equilibrio del triunvirato y prepararon la guerra civil. Los disturbios de que Roma era objeto, indujeron al Senado á elegir cónsul único á Pompeyo, y este privilegio reclamado por César, así como la orden de dejar el mando de las Galias, impulsan á este á cruzar el límite de su provincia, el Rubicón, y caer sobre la misma Roma. La toma de Rímini le abrió las puertas de Italia; dueño ya de Roma, fué luego suyo el imperio. A esto sigue una campaña sostenida en tres teatros que acreditó su diligencia, su energía y su valor.

Noticioso Pompeyo del avance de César, huyó desconcertado por tanta audacia á Brindis, desde cuyo punto marchó á Grecia. En tanto su rival entraba en Roma, se hacía dueño por medio de sus tenientes de Sicilia y Cerdeña y derrotaba en España á los ejércitos de Pompeyo. De estas operaciones de César en nuestra península nos hemos ocupado ya en el texto.

Urgía concluir con Pompeyo; y César cruza el mar acompañado de su fortuna y le derrota en la batalla de Farsalia, (año 48). Allí sus soldados hicieron prodigios de valor, pero aquellas legiones que «podían ser destruidas por el hambre, mas no por el hierro,» destrozaron por completo los lucidos escuadrones del ejército pompeyano, compuestos de jóvenes aristócratas. Pompeyo buscó en Egipto un refugio, pero Tolomeo, sabedor de su arribo á las costas africanas, despachó emisarios y le hizo asesinar.

César pasó al Africa, puso en orden los asuntos del reino de los Tolomeos, venció después en el Bósforo á Mitrídates; regresó á Roma donde se le concedió la próroga de su dictadura, y su ejército derrotó de nuevo en Tapso á los pompeyanos. La batalla de Munda fué el postrer esfuerzo de este partido que murió con los hijos de Pompeyo.

Desde aquel instante Roma se sujetó al dictador, y el Senado quedó definitivamente humillado. Consagrado á la paz, prosperidad y embellecimiento del imperio, César trató de borrar las huellas de la guerra civil por medio de la generosidad y la clemencia, y abrir anchos caminos á la actividad y al poderío romano. No le reservaba el destino ver realizados los planes de engrandecimiento y de conquista concebidos por su genio incansable. Sus enemigos afilaban en la sombra el acero que debía concluir con su existencia, y en las Idus de Marzo (44 antes de J. C.), atravesado su cuerpo por veintitrés puñaladas, caía al pié de la estatua de Pompeyo.

César ha sido sin duda alguna uno de los más perfectos modelos como político, como militar y como escritor. Poseía conocimientos universales, y tenía plena conciencia de su época y de su pueblo. «No era solamente un guerrero, dice Timón, era uno de los aristócratas más cultos de Roma en los tiempos de su gran literatura. Reunía todos los talentos y todas las cualidades: era elegante y enérgico, humano y valeroso, prudente y decidido, vehemente y astuto; vasto en sus planes, osado en su ejecución, pagado de su origen patricio y familiar con los soldados que le adoraban. Gran general, grande escritor y grande orador al mismo tiempo; él mismo nos refiere en los *Comentarios* que escribió, sus campañas y sus discursos. Bien podría ser que hubiese corregido y limado muchas de sus arengas famosas, pero después de la victoria nada preocupa tanto como la posteridad.»

Cicerón decía de César: «Es quizás de nuestros oradores el que habla con más pureza el idioma latino... Su declamación es brillante y fácil; su voz, su ademán, su exterior, tienen algo de noble y de majestuoso.» Y Quintiliano: «Se ve en él tanta energía, tanto nervio, tanto movimiento, que con razón puede decirse que tomaba el perorar con el mismo interés que el hacer la guerra.» «Su estilo, dice un autor moderno, el erudito Muller, es el retrato de su carácter. Mientras que en su interior batallaban las pasiones más violentas, su exterior manifestaba la calma augusta de los dioses, que se eleva sobre las pasiones; y con razón se hubiera dicho que no eran bastante grandes para turbar el alma de César.»

Por lo que respecta á sus *Comentarios*, hemos escrito en otro lugar: no son más que unas memorias militares redactadas á medida que acontecieron los hechos que narra el escritor. Pero César ha dejado en ellos impresa la huella de su genio; y su obra con razón puede colocarse entre los más grandiosos monumentos de la literatura de un pueblo. En esos cuadros militares, donde nos pinta con tanta exactitud las operaciones que lleva á cabo, la personalidad de César desaparece: sólo su singular acierto y rara habilidad, desprendiéndose por sí mismos de los hechos nos la ponen de manifiesto. El estilo de esta obra es sobrio, pero lleno de vigor; sus animadas descripciones y la sencillez de la narración dan á su lectura verdadero interés y atractivo.

No podemos extendernos aquí en continuar los juicios que sobre César han emitido los guerreros más ilustres. El famoso conquistador de las Galias ha sido y será en todo tiempo un modelo digno de estudiarse por cuantos profesan la carrera militar. Comparado al famoso Aníbal y á Escipión, se le ha reconocido inferior á estos dos caudillos; puesto en parangón con Napoleón I, se ha dicho que éste le sobrepuja como capitán, le iguala como organizador y le es inferior como escritor.

Cayo Julio César Octavio Augusto (pág. 44).—Era hijo del edil Octavio y de la hermana de Julio César. Nació en Roma el año 62 antes de J. C. y contaba 18 años cuando fué asesinado su tío. La noticia de este acontecimiento vino á sorprenderle en Grecia y apresuradamente regresó á Roma con objeto de recoger la herencia de César; esta resolución no pudo ser más oportuna. Antonio, que á la muerte de César se había arrogado de hecho el poder, contaba con elementos hostiles en el Senado, y este antagonismo favoreció altamente los proyectos de Octavio, al que dicha corporación concedió igual autoridad que á los cónsules.

Derrotado Antonio por las tropas del Senado en Módena y sabedor Octavio que este cuerpo había procurado ponerle frente á aquel, con objeto de que prontamente se debilitaran, entró en tratos con su rival, al que se había reunido Lépido con algunas fuerzas, y convinieron en formar un triunvirato, repartiéndose entre sí las provincias del imperio y el poder supremo durante cinco años. Consecuencia de este convenio y del pacto de entregarse unos á otros á sus enemigos, fueron las terribles proscripciones y matanzas que acompañaron á su triunfo.

Satisfechas su ambicion y su venganza, Antonio y Octavio marcharon contra Bruto y Casio, á los que presentaron batalla en Filippos (Macedonia), batalla que en el primer día fué desfavorable á los triunviros, pero que concluyó con la total derrota de Bruto y de su ejército. Bruto se suicidó la noche siguiente y Octavio dispuso que su cabeza fuere llevada á Roma y arrojada á los piés de la estatua de César. ¡Triste venganza que no justificaba un pensamiento levantado!

De regreso á Italia, la distribución de las tierras prometidas á sus soldados, levantó un clamoreo universal contra los triunviros. Pero afortunadamente Octavio era sobrado fuerte para que lograran conmoverlo las masas. La derrota del joven Pompeyo en Sicilia, el despojo del mando de Lépido en Africa y el casamiento de Antonio con Octavia, hermana de Augusto, simplificaron el estado de cosas, y en un nuevo reparto asignáronse Antonio el Oriente y Augusto el Occidente.

En este momento se inicia la gran obra de consolidación del nuevo orden de cosas. Augusto se consagra á hermosear la Italia y á embellecer á Roma, distribuye tierras á sus veteranos y halaga á la par al pueblo y al ejército con sus constantes dádivas, en tanto que su rival, entregado por completo á la funesta Cleopatra, se enajena las simpatías de Roma y debilita sus fuerzas en la inacción. La batalla de Accio (31 antes de J. C.) puso término á las diferencias que surgieron entre los dos señores del mundo romano. Antonio, vergonzosamente derrotado, se dió la muerte en la creencia de que su amada había perecido, y Cleopatra hubo de suicidarse temerosa de que la reservara el vencedor para acompañarle en su entrada triunfal, como trofeo de la victoria conseguida.

Dueño ya de la populosa Alejandría y de las vastas comarcas inmediatas, Augusto regresó á Roma, que le acogió gozosa, como símbolo de la victoria y de la fortuna. Confirióle el título de emperador, erigió templos y altares y

fundó en su honor solemnes fiestas. El Senado abdicó en él su soberanía y después de haber asumido los más altos títulos, el pueblo le aclamó *Padre de la Patria*.

Al cerrar el templo de *Jano*, Augusto inauguró aquella época de grandeza que ha dado su nombre á un siglo. Las artes y la literatura se asocian á sus miras, y el mundo admira á este hombre que á cambio de una libertad turbulenta, le concede la paz de la servidumbre y del hastío.

«Siguiendo el plan, la senda del gran César, quedóse con el poder y renunció á los honores, dejando intactos los atributos y el nombre de la república, á los que estaban enlazados la grandeza y el brillo de Roma, la fama de las innumerables victorias conseguidas y los extensos dominios del imperio. Se presentó y vivió como simple ciudadano, el primero á lo más entre sus iguales, sin que por esto aflojara las riendas que mantuvo sujetas con vigorosa mano. Merced al concurso de sus amigos, el inteligente estadista Mecenas y el experto general Agripa, puso término á todos los desórdenes del imperio, cicatrizando sus heridas, dándole nueva vida y con ella una nueva civilización. Creáronse al propio tiempo, ó se reorganizaron por completo, el ejército y la marina permanente, la administración se organizó á su vez, pero ésta bajo tales bases que ni aun el gobierno de sus indignos sucesores fué capaz de destruir. El comercio, la industria, las artes y la literatura fueron atendidos con la más exquisita solicitud y prosperaron como en nueva edad de oro. La misma paz, el huésped más ajeno á la historia de Roma, pareció sonreir en determinadas ocasiones al dichoso imperio: lo pareció tan sólo, porque otra vez se presentó amenazadora la tempestad del lado de las selvas de Germania. La derrota de Lulio, la más funesta que sufrió Varo con las mejores legiones romanas en la selva de Teutoburgo (9 años después de J. C.), las campañas poco afortunados de Druso, Tiberio y Germánico, dieron á conocer los límites que alcanzaba el poder de Roma y señalaron ya en lo porvenir el punto de donde podía venir la destrucción. Hasta el Danubio y aun más allá del Rhin, se extendieron las fronteras del imperio, pero allí encontraron sus últimos límites; y estos límites ya no se franquearon (1) »

Desgraciadamente para Augusto y para Roma no estaba bien definido el carácter de su poder; y á pesar de cuanto trabajó para cimentar su obra, preparó el terreno en que debía germinar el más terrible despotismo. Augusto murió en Nola á los 64 años y el 14 antes de J. C., dejando en el poder á Tiberio, joven que asució al imperio y adoptó con repugnancia, y que no debía tardar en hacer buenas las tristes consecuencias del cesarismo.

Trajano (pág. 46).—Nacido en Italica, este español fué el primer extranjero que ciñó la corona imperial (99 de Jesucristo). Habíase distinguido ya Trajano en la guerra de Germania, y al recibir en Colonia la noticia de su elección marchó á Roma, donde tan benéfica influencia debía ejercer con sus sencillas costumbres y su carácter benigno.

España fué la provincia que le mereció especial predilección, y obras ordenadas por él son el arco de Torredembarra, el puente de Alcántara y la grandiosa columnata de Zalamea de la Serena, amen de otros soberbios monumentos hoy en ruinas.

«Trajano, dice D. Modesto Lafuente, fué un príncipe que no necesita estatuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce. Sus liberalidades proporcionaban el sustento á dos millones y medio de personas, y cuando algunos le tachaban de pródigo en sus largueza en las sumas que destinaba á socorro de los pobres y á la educación de sus hijos, contestaba: *Quiero hacer lo que yo, si fuese mero particular, querría que hiciese un emperador*. Dedicóse á curar los males del despotismo y las llagas de la anarquía. *Toma esta espada*, dijo al prefecto del pretorio; *esgrímela en favor mío si cumplo con mi deber, en contra si á él faltare*. Propendiendo siempre en la administración de justicia á la indulgencia y á los sentimientos humanitarios: *Prefiero*, decía, *la impunidad de cien culpables, á la condenación de un solo inocente.*»

Su reinado tiene marcado carácter bélico. Triunfó en Dacia y Asiria, luchó con los Partos, y sus ejércitos penetraron hasta la India, haciendo tributarios de Roma á varios reyes. Admirable testimonio de tantas victorias es la soberbia columna de su nombre erigida en Roma y en torno de la cual se despliega en espiral el apoteosis de sus triunfos.

El imperio romano llegó bajo su égida al mayor grado de poderío. Falleció este emperador el año 177 de nuestra era en Asia, á los diez y nueve años de su reinado y fueron depositadas sus cenizas al pié de la columna Trajana.

Bajos relieves de la columna Trajana (págs. 47, 48 y 49).—El reproducido en la pág. 47 representa un ejército en marcha, en el momento de cruzar un puente de barcas con remos. Notaráse en éste y en los dos restantes relieves, que los soldados romanos, como ya hemos tenido ocasión de consignar al hablar de los cascos, llevan la cabeza descubierta. Sólo el *signífero* ó porta-insignia que aquí les precede, lleva una piel de león cuya cabeza cubre totalmente el casco: esta piel caía sobre las espaldas y daba un aspecto imponente á los que la llevaban, quienes parece trataban de imitar á Hércules. Los soldados llevan sobre la túnica una de las corazas ya descritas, el escudo

(1) J. de Falke: *Grecia y Roma*.

y la pica, á la que van atadas una especie de mochila con galleta, queso, carne salada y algunos utensilios. El peso total que cada soldado soportaba era de 60 libras.

El relieve reproducido en la pág. 48 parece una continuación del anterior, pero en su totalidad lo componen *signíferos* y aquilíferos. Hé aquí su descripción de izquierda á derecha:

Estandarte.

Aguila de oro, insignia de cada legión.

Mano extendida, símbolo de lealtad.

Soldado portador de una linterna.

Tres signíferos con imágenes de los dioses y otros símbolos: entre los dos primeros aparece la insignia de la Victoria.

Los signíferos llevan aquí un escudo con el retrato esculpido del emperador ó del general en jefe.

Las dos figuras del primer término que aparecen á derecha é izquierda con la cabeza descubierta y un rollo en la mano, son prefectos del pretorio ó tribunos militares, con cota de acero, paladumentum y balteo ó tahalí de que pende la espada.

Un tribuno militar.

En segunda fila dos bucinatores (tocadores de una bocina retorcida llamada *lituo*), llevando unas lanzas terminadas por una ancha hoja de silice.

Continúa en la pág. 49 el relieve de la 48, cuya descripción de izquierda á derecha es:

Caballos de los oficiales superiores conducidos por los palafreneros. Ostentan vistosos jaeces y gualdrapas tejidas de oro y seda.

En segundo término aparecen dos soldados de la guardia del emperador ó general en jefe, con lanzas cuya hoja era de bronce.

Las figuras de este fragmento acaban de cruzar el puente de barcas.

Ultimo sitio de Numancia. (Lámina suelta, pág. 40).—Las guerras de Numancia constituyen uno de los episodios más importantes de la historia militar de España durante la dominación romana. Su origen se remonta á los años 154 antes de J. C. (599 de Roma), y fué debido á las exacciones y los abusos que los pretores cometieron en España. La rapacidad de estos indignos magistrados de la república, dió lugar á distintos alzamientos en la Celtiberia, en la Bética y en la Lusitania. Varios pueblos de la primera de estas regiones formaron en los años citados una liga para vengar la falta de buena fe con que los romanos cumplian sus tratados, entre ellos la importante Numancia; y tan inminente se presentó el peligro para Roma que mandó á la península á los cónsules Fulvio Nobilior y Tito Anio Lusco. Estos dos cónsules hubieron de hacer frente á un doble alzamiento, pues la Celtiberia y la Lusitania estaban en armas.

Fulvio emprendió sus operaciones en la Celtiberia, y después de haber reñido con poca fortuna una batalla á pocas leguas de Numancia, trató de ponerla sitio, mas al intentar un ataque fué rechazado tan vigorosamente que hubo de retirarse acosado por los numantinos y por los moradores de los pueblos inmediatos. No le quedó otro recurso que acogerse á un campo atrincherado y aguardar allí nuevos refuerzos de Roma. Pero ni aun la llegada de general tan ilustre como Marcelo pudo sofocar alzamiento tan imponente. Fué preciso que el jóven C. Escipión (hijo de Paulo Emilio y nieto adoptivo de Escipión *el Africano*) solicitara ponerse al frente de los ejércitos romanos, para levantar el espíritu abatido de los soldados y dar nuevo impulso á las operaciones. Pero desgraciadamente para Roma este ilustre general tenía que vencer dificultades insuperables originadas por la crueldad y los excesos de Lúculo y de Galba, dos gobernadores que en la Citerior y en la Ulterior habían fomentado con sus exacciones el levantamiento. Roma se encontró, pues, con dos temibles guerras, la de Viriato en la Lusitania, la de Numancia en la Celtiberia; y á ellas hubo de destinar las fuerzas todas de la república y generales de tanto renombre como Metelo, Pompeyo (1), y Escipión Emiliano.

Las guerras de Viriato duraron doce años; Numancia resistió veinte; y bastan estos solos datos para comprender hasta donde rayaron las virtudes militares y el valor de un tosco caudillo y de una ciudad que sólo podia oponer á Roma 10,000 habitantes.

Marcelo había firmado con Numancia una tregua que Lúculo respetó para vencer á pueblos menos temibles y enriquecerse con mayor facilidad; pero los numantinos se sublevaron de nuevo el mismo año de la muerte de Viriato, y esta circunstancia y la de haber acogido en el recinto de la ciudad á los celtíberos que sirvieron con este caudillo impulsó á Pompeyo á poner sitio á Numancia al frente de un ejército de 32,000 infantes y 2,000 caballos.

«Numancia, dice un historiador, estaba situada en la ladera de un pequeño monte; rodeábanla por todas partes otras montañas más ó ménos elevadas; por el lado del Mediodía llegábase á ella por un llano en el cual serpenteaba un riachuelo llamado Ter, ocupaba el centro del país de los Arevacos, en las fuentes del Douro, y aunque rodeada

(1 Este general fué tronco de la familia de que nació Pompeyo llamado el *Grande*.

de fortificaciones y en una posición muy ventajosa, parecía no fijar su fuerza sino en su valor y en su amor á la independencia. En medio del recinto formado por las casas de los ciudadanos, elevábase una ciudadela considerada por ellos como el Paladión de su libertad, allí depositaban en épocas calamitosas sus objetos más preciosos; allí celebraban las asambleas de su gobierno y sus consejos de guerra, y aquella ciudad que en el dia nos parecería tan poco importante, que contaba con tan escaso número de ciudadanos en estado de empuñar las armas, hizo frente á los romanos por espacio de mucho tiempo y no sucumbió sino bajo los más obstinados esfuerzos.»

Ni Pompeyo, ni los que inmediatamente lo sucedieron consiguieron sojuzgar á Numancia. Los numantinos rehuyeron una batalla á campo raso y limitándose á una defensa obstinada y á salidas bruscas y vigorosas; así es que si bien aquel general consiguió apoderarse de todas las ciudades vecinas, Numancia continuaba resistiendo. Pompeyo pues, se vió obligado á entrar en tratos con la ciudad, tratos que á lo que parece no dieron resultados definitivos, y menos afortunado Mancino, que le reemplazó en el mando, fué derrotado repentinamente por los numantinos quienes le arrollaron en campo raso, obligándole á firmar un tratado por el que reconocía su independencia.

Roma era sobrado orgullosa para admitir este tratado, y así dispuso fuera roto y que el cónsul Mancino fuese colocado atado de piés y manos á las puertas de Numancia; que así castigaba aquel Senado orgulloso la desgracia de sus generales y el desastre de sus ejércitos, si una y otro la obligaban á condiciones que creyera humillantes á su grandeza.

Pero la guerra de Numancia no progresó al reemplazar al infeliz Mancino el cónsul Fulvio, y fué necesario que de nuevo se confiriera el mando á Escipión (que como ya dijimos guerreó en España bajo el consulado de Lúculo) procurándole un cuerpo de ejército escogido. Este general cambió radicalmente la fisonomía de la guerra: restableció la disciplina, reorganizó el ejército y le adiestró en los más rudos trabajos. Su conducta tiene puntos de contacto con la de Metelo en Africa; pues hacía emprender á sus soldados largas marchas, cargados con provisiones para quince días y pesadas estacas, y les avezaba en toda clase de fatiga. Mandábales abrir profundos fosos y construir altos paredones, y solía exclamar: «Cúbranse de lodo, puesto que temen cubrirse de sangre.» De este modo y gracias á algunas parciales escaramuzas, el ejército romano pudo aventurarse á un ataque decisivo.

Apiano da interesantes detalles relativos al bloqueo de la ciudad por Escipión. Cerró este la última salida del Duero mediante cuatro fuertes que mandó construir en ambas orillas entre los que hizo arrojar vigas flotantes unidas entre sí y provistas de gruesas puntas de hierro. «Terminada la obra, dice Folard en sus *Comentarios de Polibio*, levantáronse baterías de ballestas y catapultas en las torres y en los fuertes, y reuniéronse las municiones necesarias para el servicio de las máquinas. Los arqueros y honderos ocuparon sus puestos, y de trecho en trecho estableciéronse guardias que comunicaban entre sí por medio de avanzadas que no se retiraban de día ni de noche.»

Encerrados en un círculo de hierro y reducido el número de defensores á 8,000, fueron vanas cuantas tentativas efectuaron los numantinos para romper el cerco. Su caudillo Retógenes, con un valor sobrehumano, escala la fortificación romana, cruza las líneas y trata de levantar en su favor la comarca de los Arevacos, pero sólo Lucia respondió á su demanda, y aun los socorros que enviara no llegaron á Numancia, á causa de haber sido derrotados aquellos bravos habitantes por Escipión. Entonces no quedó á los sitiados otro recurso que entrar en negociaciones, negociaciones que fueron rechazadas por el general romano hasta tanto, dijo, que no se rindiera la ciudad.

Tal respuesta puso colmo á las iras de los numantinos. Un espantoso clamoreo llenó los aires; desnudos los aceros, lánzanse unos de la ciudad después de haber dado fuego á sus moradas, defienden otros palmo á palmo el recinto ó se dan la muerte por medio del veneno ó del hierro. Hombres y mujeres rivalizan en heroismo y bien pronto Numancia se convierte en un montón de ennegrecidas ruinas.

Roma fué implacable con Numancia como lo fuera con Cartago. Arrasó lo poco que respetara el incendio y el territorio que perteneciera á los numantinos fué repartido entre los pueblos inmediatos. El historiador Rollin dice á este propósito con mucha oportunidad. «Se comprende que Roma destruyera á Cartago; era una rival que se había hecho temible y que podía serlo aun mucho más si se la hubiese dejado subsistir; pero los numantinos no se hallaban en el caso de causar á los romanos temor por la ruina de su imperio, é ignoro en qué pudo fundarse Cicerón al compararlos á los cimbrios que trataban de invadir á Italia. El despecho, la venganza ó quizás su política de conquistadores, parecen haber sido los móviles que impulsaron á los romanos á destruir á Numancia: con un ruidoso ejemplo quisieron mostrar que la ciudad ó el pueblo que los resistiese con obstinación no había de esperar sino una entera ruina.»

La toma de Numancia tuvo lugar por los años 133 antes de J. C. (620 de Roma).

Puerta ciclópea de las murallas de Tarragona (pág. 50).—La fundación de la ciudad de Tarragona ha dado lugar á opiniones diversas, pues se atribuye por algunos á los pueblos pelásgicos, por otros á los fenicios y aun á los índicos: lo propio sucede con su nombre antiguo, *Tarraco*, que algunos hacen derivar del hebreo y que significa *la robusta*. Como quiera que sea, los pueblos pelásgicos fueron quienes dejaron huellas más imperecederas de su paso. Estos constructores osados (raza de gigantes á opinar por sus obras) llegaron al Asia Menor y se fijaron en el litoral meridional y occidental de Europa, dominaron á lo que se cree en Grecia hácia el siglo décimo octavo anterior á nuestra era y sentaron muy luego sus establecimientos en Italia y en España. Michelet, hablando de sus construc-

ciones dice: «Murallas eternas que han abarcado dentro de su recinto y con la mayor indiferencia á muchas generaciones, y no han llegado á bambolear al choque de las revoluciones, sino que firmes como las montañas mófanse al parecer de las construcciones romanas y godas que están asentadas sobre ellas y se desmoronan cada día.» Basta contemplar los restos del muro ciclópeo sobre el que asientan las murallas romanas de Tarragona para comprender la exactitud de este aserto. Está formado por pedruscos enormes sin pulimentar y entre los cuales se abre la puerta ciclópea que reproducimos y cuyas jambas constituyen seis grandes pedruscos y uno solo el dintel. La muralla ciclópea fué construída por los pelasgos para defenderse de los iberos ó sea de los indígenas, y sobre ellas construyeron éstos otros muros.

Es indudable que la ventajosa posición que ocupa Tarragona, así como sus sólidas defensas, contribuyó á que los romanos la miraran con singular predilección. A Cneo y Publio Escipión debió tal importancia, que Plinio la llamó *Ciudad de los Escipiones;* Augusto la elevó á colonia, y más tarde mereció ser erigida en Convento jurídico de la *Tarraconense,* justificando en esta ocasión los dictados de *opulentísima* que la dió Pomponio Mela, y de *Colonia victrix togata Tarraconensis* que se lee en algunas monedas.

Sobre los restos del muro de los pelasgos levantaron los romanos aquellas murallas cuyas piedras colocadas con admirable simetría, unas lisas, otras almohadilladas, revelan los conocimientos de sus constructores. Estas murallas flanqueadas por algunas torres, son uno de los restos más grandiosos que de aquella civilización guarda nuestra patria y pueden servir de modelo para estudiar el sistema de fortificación de los romanos.

ESTUDIO SEGUNDO

LOS GODOS

I. Caída del imperio romano é invasión de los pueblos bárbaros.—Los godos pasan á Italia.—Invaden á España los suevos, alanos y vándalos.—Los godos llegan á España.—Sus aptitudes civilizadoras y carácter de su dominación.—Batalla de los *Campos Catalaunicos*.—Eurico, Alarico, Leovigildo, Recaredo, Recesvinto, Wamba.—Causas de la ruina de la nación goda. — II. Organización político-militar del pueblo godo.—Su monarquía.—Elementos aristocrático y teocrático que prevalecen en aquél.—Llamamiento á las armas.—Organización del ejército.—Importancia de la caballería.—Armas y trajes.—Sistema de marchar, combatir y acampar.—Marina de guerra.—Ordenanzas.—Fausto de la sociedad goda.—Indumentaria.—Corrupción y decadencia del pueblo godo.

I

Cayó á la postre el imperio romano, abatido por la corrupción que interiormente le consumía, al rudo empuje de razas más fuertes y vigorosas; hallóle la invasión con la corona de la orgía en la frente y la vacía copa entre las manos, sin energía para resistir, sin grandeza de alma para hacer frente á las circunstancias. Y, sin embargo, aun en sus postrimerías se imponía la grandeza material de Roma tan poderosísimamente en el ánimo de los invasores, que no podían menos de pagar el tributo de su admiración á la que había sido reina y señora de los pueblos conocidos. No fué, por otra parte, la invasión súbita y brusca; los Césares tuvieron que contener en un principio dentro de los límites que intentaban franquear, á esas razas jóvenes que originarias del Septentrión se adelantaban en son de guerra hacia el mundo latino; después pactaron con ellas, y llegaron á utilizar sus soldados y sus generales. Por manera que la invasión fué lenta y paulatina; dió lugar á que la civilización romana influyera sobre las nuevas gentes y que los rotos moldes de su dere-

cho fueran utilizados más tarde como lo fueron su organización y su cultura. Pero un nuevo elemento civilizador vino á influir en los invasores: el cristianismo, que envió sus misioneros y sus apóstoles al seno de los bosques en que aquéllos se agitaban; y que mientras dormía el corrompido romano el sueño de la orgía, erigía en los confines del imperio aquellas columnas sobre las que, visión sobrenatural, más que figura humana, se destacaba el cuerpo macerado de sus estilitas. Y así, por un doble contraste, la enervación que pactaba con el invasor le hacía partícipe de los goces de la refinada cultura romana; y el apostolado religioso le señalaba en los cielos esa vía misteriosa que enlaza lo finito con lo ideal.

La emigración de los pueblos durante este período, es uno de los fenómenos más dignos de llamar la atención del pensador. Tres grandes familias, la escítica, la germana y la eslava, invadieron el imperio, y ramas de su tronco otras tribus bárbaras cayeron sobre él en distintas direcciones y completaron su ruina: los hunos, los más salvajes entre aquellos bárbaros, gentes de cuerpo rechoncho y rostro desfigurado por cicatrices profundas, que vivían y hacían la guerra sobre caballos ligeros como el rayo,

Bárbaros del Norte

y muy diestros en el manejo de armas arrojadizas: los germanos, divididos en tres grandes naciones, de costumbres más pacíficas, pues eran dadas á la caza y á la agricultura, y si bien sacrificaban á dioses sangrientos, no eran ajenas por completo á la idea de la humanidad; los francos, raza guerrera y amante de su independencia que pobló con los germanos las márgenes del Rhin, y se estableció definitivamente en territorio francés; y por último los suevos y borgoñones, poderosos pueblos del centro de Europa; los sajones y los anglos, que se extendieron por las márgenes del Báltico; los lombardos, lépidos, vándalos, hérulos por el Norte y Este. Godos, ostrogodos y visigodos agitabanse y avanzaban en distintas direcciones; los primeros, más poderosos, dirigíanse triunfalmente hacia el Mediodía, arrollando aquellas tribus á su paso; los segundos eran sometidos por los hunos y los últimos buscaban un asilo en el imperio.

No nos detendremos á describir las cualidades de cada una de esas agrupaciones, ni su marcha al través de Europa: diremos sí que de todas estas razas, la gala, la germana y la goda, se distinguieron por su aptitud civilizadora; y como más en íntimo contacto con el imperio brillaron desde

luego entre los distintos pueblos que se dividieron el continente europeo. La última, sobre todo, estaba destinada á dar rudo golpe á la dominación romana y arrebatar al imperio su más rica provincia.

Hallábase entonces, por desgracia, dividido éste entre los dos hijos de Teodosio y gobernado en Occidente por un vándalo, Estilicón, y en Oriente por un galo, Rufino. Pero á su postración interior había que agregar las rivalidades de estos dos generales á quienes estaba confiado el gobierno, gentes sin patriotismo y que no vacilaron en llamar al común enemigo en su ayuda, cuando así convino á sus intereses. Emulo de Estilicón, el ambicioso Rufino trató de suscitarle un peligroso enemigo y llamó á los godos, establecidos en la Dacia y ansiosos de avanzar hasta el corazón del imperio; y dióse entonces el caso de tener que acudir Estilicón á Oriente á contener al godo Alarico en su avance. Pero no consiguió arrojarle de la Iliria, donde se estableció este jefe pactando con el emperador Arcadio.

Seguro entonces Alarico en su nueva posesión, allegó toda clase de elementos á costa del imperio, equipó á sus soldados con armas de los arsenales griegos, y, después de hacerse proclamar rey, traspuso los Alpes y cayó sobre Italia, cuyos destinos regía el débil Honorio.

Una espantosa devastación señaló en aquella provincia el paso de los godos, á los que por lo pronto pudo rechazar Estilicón: seguidamente los suevos, vándalos, alanos y borgoñones cruzaban las Galias, quedando en ella los borgoñones y continuando los demás su marcha hacia la península española, que devastaron en sus correrías. Pero inútilmente contuvo Estilicón á los godos de Alarico y á los suevos de Radageso: el rey de los godos vuelve á Italia y sitia á Roma, de la que momentáneamente se retira, para tomarla por asalto y saquearla de nuevo en 410. Este asalto y saqueo son acontecimientos sobrado memorables para que dejemos de hacer de ellos especial mención. La Roma de los Césares presentaba en aquella hora toda la majestad y la belleza que la hicieran célebre entre las ciudades más famosas del mundo conocido. Dentro de su recinto amurallado, que contaba trece millas, alzábanse sus soberbios templos, curias, basílicas, teatros, circos, anfiteatros, palenques y termas; un pueblo de estatuas, espléndidos jardines y mil setecientos ochenta palacios; fuera de las murallas, campos abandonados y hermosos parques, quintas espléndidas diseminadas entre las grandes vías que, flanqueadas de monumentos y de sepulcros, partían desde el Foro á remotos confines. Los bárbaros habían contemplado ya esa gran ciudad, que se libertó de su azote á precio de oro, y fundiendo, para completar el rescate, las estatuas de la *Virtud* y del *Valor*. Pero esta vez había sonado para ella la hora triste de las expiaciones. Aquel torrente rompió, por fin, sus diques. ¿Qué impulsaba á los bárbaros al asalto? «Dentro de mí, exclamaba Alarico, siento secreta voz que me dice: *¡Anda y destruye á Roma!*» Y Roma fué, en efecto, destruída. Asaltaron sus muros los soldados de Alarico, y nueva raza de hombres pisó su suelo. «¡La señora de las naciones quedó viuda; la reina de las ciudades tributaria!» El incendio, la devastación, todos los horrores que puede acumular la guerra, pesaron sobre Roma, cuya caída fué tal, que durante muchos años ofreció la imagen del desierto. Y esta caída fué el golpe de gracia para el poderío romano: «herida la cabeza, dice oportunamente un historiador, el cuerpo cayó sin vida».

Este triunfo del godo y la debilidad de Honorio que, perdida la mayor parte del imperio, tuvo que hacer frente á dos competidores, obligó al romano á pactar con los bárbaros prometiéndoles la Galia Gótica y la España Tarraconense; y gracias á su apoyo sostúvose aquel fantasma de un poder que de hecho casi no existía; ¡tanta era la postración de aquel imperio en otros tiempos dominador de reyes y de pueblos! Pero las promesas de Honorio no se cumplieron, y nuevas guerras trastornaron el imperio, sin que fueran parte á impedir que la Galia Gótica y la España Tarraconense cayeran en poder del inmediato sucesor de Alarico (1), Ataúlfo, que es considerado como el primer monarca godo en la larga serie de reyes que después se sucedieron.

No podía nuestra patria aspirar á más dignos dominadores. Pueblo de índole generosa, de afable

(1) Alarico murió á los pocos días del saco de Roma, en Cosenza, y su cuerpo fué sepultado por sus guerreros en el lecho de un río, cuya corriente desviaron, volviéndolo á su ordinario curso verificado el enterramiento: circunstancia digna de mentarse, tratándose de un caudillo cuyo destino extraordinario le llamaba á completar la ruina del antiguo mundo.

condición, belicoso y altivo, leal y consecuente, procedía el godo de aquellas apartadas y sombrías regiones escandinavas que hoy comprenden la Suecia, Noruega y Dinamarca. De aquellas costas partió sobre frágiles embarcaciones, y guiado por su destino misterioso abordó á las costas germanas, cruzó aquellas selvas en las que resonaban aún las notas inspiradas de los viejos bardos y los mágicos acentos de sus sacerdotisas, y llegó á las bocas del Danubio caudaloso, á la hermosa Romanía, donde sonrió á la luz radiante del Mediodía, á sus campos cubiertos de vegetación frondosa y á las límpidas olas de aquella majestuosa corriente.

La primera impresion que les causó el coloso romano fué la de asombro. Impulsados por su afán de conquista, lucharon para entrar en participación de los beneficios de su civilización, hasta conseguir, con el aumento de su poderío, la supremacía sobre aquél; pero, pasados los terribles momentos de la lucha, no trataron de permanecer ajenos á su cultura. Aliados de los romanos, tuvieron ocasión de ver todo lo que había creado su genio; y si en Roma admiraron las suntuosas basílicas, las grandiosas termas, el magnífico anfiteatro y los soberbios circos; contemplaron con interés la regularidad y el orden de sus campos fortificados, las disposiciones tácticas, la organización y el régimen de sus ejércitos. Así amaestrados por los mismos vencidos en el arte de la guerra y empleando las mismas armas que ya aquellos no podían sostener, llegaron á dictarles la ley y adjudicarse entre sus dominios los más bellos y ricos.

Nada de extraño, pues, que España, abatida y postrada por la desolación y el saqueo de que la hicieron presa las hordas bárbaras, saludara á los godos de Ataúlfo como á sus libertadores; pues no acompañaba á los recién llegados el genio de la destrucción; lejos de ello, venían á modificar su organización social, sin destruirla totalmente, utilizando á este efecto los elementos de la civilización romano-bizantina que debía formar el cimiento de la española.

La situación por que atravesaba entonces la península era en extremo desconsoladora. Los suevos ocupaban á Galicia con gran parte de León y Castilla; los alanos Portugal y Extremadura, y los vándalos Andalucía. Y además de los invasores, eran dueños de algunas plazas los soldados del imperio. De manera que el godo tuvo que conquistar espada en mano los territorios cedidos por Honorio, é inauguróse, como es consiguiente, una obstinada guerra en la que los recien llegados tuvieron que ganar palmo á palmo el territorio hispano. Lucharon con los bárbaros; arrojaron de la Península á los alanos en 409; consiguieron que pasaran al Africa los vandalos en 247; unieron á su pueblo el pueblo suevo; y combatieron uno y otro día con los soldados del imperio romano occidental y del oriental, hasta conseguir, en tiempo de Sisebuto, la total dominación de la Península. Fué, pues, un terrible período de luchas, luchas con otros dominadores y luchas intestinas; período lastimoso al que puso término el ilustre Recaredo, feliz monarca de casi toda España.

Difícil, por no decir imposible, es señalar de un modo exacto los límites de los varios conquistadores que ocuparon nuestro suelo. En el primer cuarto del siglo v, cuentanse en él todavía los romanos y además tres pueblos extranjeros: aquellos, dueños de la provincia de Cartagena, la Carpetania y algunas plazas fuertes enclavadas en el litoral; los vándalos ocupando la Bética, y en la región occidental, entre el Darro y el Miño, aparecen los suevos, dominando los godos el norte de la Península. Los escasos documentos que poseemos de aquella epoca no permiten establecer límites, que, por otra parte, es muy fácil ni los mismos conquistadores lograran fijar, en aquella epoca de movilidad, de luchas y desastres. En este período de crisis general, la división se mostraba por doquiera, y los indígenas, agobiados por todo linaje de infortunios, acudían también á las armas para reconquistar la libertad. Tal fué el origen de la facción de los *Bacaudos*, partido de gente armada que recorrían las costas del Occano galo y las montañas inmediatas, y que, abandonando las comarcas dominadas por los romanos, vivían libremente en las agrestes regiones del Norte, desde las que inquietaban con sus correrías á los invasores. Tomaron el partido de estas gentes independientes pueblos enteros, y bien puede decirse que, entre las asperezas de aquellas cordilleras, se mantuvo latente el espíritu de nuestra independencia, que ni los siglos pudieron extinguir, ni las repetidas invasiones aniquilar.

La España goda ofrece un conjunto sangriento y enmarañado: sucedense los reyes, asesinados

unos, pacíficamente otros, y los regicidios, los disturbios religiosos, las disensiones de los príncipes y de ambiciosos magnates, dan triste idea del estado de la patria: diez y seis monarcas reinaron á contar de Recaredo en el breve período de ciento diez años; seis de ellos perecen por el hierro, uno es desposeído de la corona y los restantes reinan muy breve tiempo. Recaredo condujo á la monarquía goda á la meta de su poderío; y desde su muerte bien puede decirse que declina aquélla, rodando por la fatal pendiente de la corrupción hasta su total aniquilamiento.

Pero el pueblo godo, si adquirió en la escuela de la conquista aptitudes guerreras, fué además un pueblo legislador; y si merece se le consagre grato recuerdo por haber formulado un código como el *Fuero Juzgo*, el mejor y más antiguo de Europa, no es menos acreedor á nuestra gratitud por haber contribuído á la derrota de Atila en los famosos *Campos Cataláunicos*. Allí voló para defender el legado de la antigua civilización de que se consideraba legítimo partícipe, ofreciendo en sangriento holocausto á la victoria su propio rey.

Romano (SIGLO V) Occidental (SIGLO VIII)

Esta batalla de los *Campos Cataláunicos* es uno de los acontecimientos más culminantes del agitado siglo y tan fecundo en desastres. Atila, rey de los hunos, señor de los inmensos territorios situados entre el Tanais y el Danubio, y dominador de los pueblos bárbaros que se extendían desde la Escitia á la Escandinavia, después de haber vencido á los persas y haber sembrado el espanto en Constantinopla, que consiguió su salvación á peso de oro, llamado por los vándalos, avanzaba sobre las Galias, seguido de un enjambre de guerreros, ó, por mejor decir, de los pueblos bárbaros del Norte que, á manera de avalancha formidable, iban á desplomarse sobre el caduco imperio romano. A medio millón se hacía ascender el número de sus soldados, cuyas masas comparó un coetáneo á las arenas del desierto. Y puede juzgarse del carácter de esta invasión con decir que eran los hunos los más feroces entre los bárbaros que asolaban la Europa, ahora amenazada por Atila desde las Galias y por vándalos desde el Africa. Compréndese que los pueblos creyeran llegada la hora de su fin y que dieran al monarca bárbaro el calificativo de *Azote de Dios*

En circunstancias tan críticas, el rey godo Teodoredo, reunió su ejército, y seguido de sus dos hijos mayores, avanzó hasta las Galias, que regía el gobernador romano Aecio. Allí se juntaron los

godos y los romanos apercibiéndose á luchar con el monarca bárbaro, quien se detuvo en las llanuras de Champaña, entre Arcis del Aube y Chalons del Marne, en los famosos *Campos Cataláunicos*, que aun encierran restos de una de las más colosales batallas que se han dado en Europa.

De 500 á 600,000 combatientes presentó el monarca huno en aquellas llanuras; y allí formó su ejército en tres líneas, apoyando su derecha en una altura que se extendía hacia la izquierda de sus enemigos, internándose un tanto entre ambos ejércitos, y esperó en estas posiciones al ejército gótico-romano mandado por el general romano Aecio y el monarca godo Teodoredo. No puede precisarse el orden de batalla adoptado por los aliados, aunque es dudoso que formara, según leemos en algunos historiadores, una sola línea, dado los numerosos contingentes que lo componían: asegúrase que el conde Aecio dirigía el ala izquierda y Teodoredo la derecha, componiéndose el centro de tropas auxiliares extranjeras.

En tal disposición inició el combate Atila subiendo a dominar la altura en que se apoyaba su derecha y que era la llave del campo; pero los generales enemigos, adelantándose con ímpetu, arrollaron á las huestes bárbaras y se hicieron dueños de ella, generalizándose entonces el combate en el grueso de ambos ejércitos; combate rudo, empeñado, indeciso hasta la caída del día, en que los godos, furiosos por la muerte de su rey, cargaron con tal ímpetu al enemigo que decidieron la batalla.

Un millón de hombres combatió en aquellos campos memorables y ciento ochenta mil perecieron en la jornada. Los romanos conservaron con tenacidad la posesión del collado, gracias á lo cual Atila no pudo rebasar al ejército aliado y envolverle, quedando reducida la batalla á un combate paralelo, á una lucha de hombre á hombre en que el más fuerte quedó dueño del campo. Cuando la noche veló con su manto de tinieblas tantos horrores, suspendióse la matanza. Atila, presa de heroica y báquica exaltación, golpeaba sus armas y cantaba detrás del muro formado por sus carros, bien así, dice poéticamente Jornandes, como el león cercado por los cazadores, se agita rugiendo en su caverna, *velut leo venatóribus pressus, spelunce ad itus obambulus* (1). El bárbaro creyó llegada su hora, y bien persuadido de que los enemigos asaltarían sus reales, dispuso con las sillas de sus caballos una pira colosal en la que pensó hallar muerte digna de su nombre.

Mas la luz del día disipó sus temores. Receló el general romano que los esfuerzos de los godos concluyeran con Atila, y que aniquilado éste, su poder se erigiera rival del romano ó se alzara con la dominación de las ricas provincias del imperio; y atento á esta mira, dejó escapar al bárbaro, destrozado sí, pero no destruído, sin abrigar por eso duda alguna de que tan tremenda derrota anulaba para siempre sus fuerzas. Cálculo errado fué el creerle vencido; porque de regreso los godos á su país, Atila, rehecho de su derrota, no paró hasta las puertas de la misma Roma; y si bien la presencia del Pontífice conjuró allí el peligro, Italia sufrió los horrores de esa nueva invasión.

Un enérgico monarca de los godos, Eurico, hijo del difunto Teodoredo y asesino de su hermano Teodorico, al que arrebató la vida y el trono, debía añadir un nuevo y glorioso timbre al que conquistaron los godos en los *Campos Cataláunicos*. Eurico, además de haber sido el primer monarca que intentó concluir en toda regla con imperiales y suevos, lo que consiguió respecto de los primeros, dió á su pueblo el código llamado de Tolosa, al que siguió en tiempo de Alarico el *Breviarium alaricorum*. Mas si el sucesor de Eurico fue digno continuador de la obra legislativa de su padre, fuélo Leovigildo de su obra conquistadora, pues este monarca destruyó los restos de la monarquía sueva (2).

Cabe, sin embargo, á Recaredo el señalado honor de haber inaugurado una nueva era consiguiendo la unidad de sus súbditos bajo un solo credo religioso y echando así el cimiento en que asentara

(1) Jornand., c. 40.

(2) «Leovigildo, dice un escritor militar, es el primer monarca godo que aparece empleando las flotas como medios de ataque y de defensa; hasta su época todas las expediciones habían sido terrestres, figurando los ejércitos solos y empleando los buques nada más que como medios de locomoción para el transporte de las tropas, en los puntos en que sin ellos sería el paso imposible; repentinamente aparece Leovigildo dueño de una flota que en las costas de Galicia destruye la de los francos, pueblo más adelantado en las cosas del mar que el visigodo, como si hubieran vuelto los antiguos tiempos en que las flotas de Cádiz y de Cartago tenían á raya á las demás naciones.» Laccaci. *Estudio histórico sobre la marina de los pueblos*.

la unidad política de España, obra á la que contribuyó Sisebuto arrojando de nuestra patria á los soldados del imperio bizantino, llamados en mala hora por el ambicioso Atanagildo (624), y que completó Recesvinto haciendo de españoles y godos un solo pueblo. Recesvinto uniformó la legislación, declaró vigente para unos y otros el código de Eurico juntamente con las leyes dadas por sus sucesores, y desaparecieron, con las disposiciones que prohibian el matrimonio entre individuos de ambas razas, las vallas que hasta entonces separaran á los conquistados de los conquistadores (1). Desde aquel momento se amalgamaron éstos y España llegó á conseguir la unidad política, después de lograda su unidad religiosa. Los reyes que sucedieron á Chindasvinto y Recesvinto continuaron haciendo leyes, y de todas ellas se formó la famosa colección llamada *Codex Wisigohtorum. Liber judicorum*, y en español *Fuero Juzgo*. De los monarcas que ocuparon en este último período el trono, Wamba es sin duda el más glorioso: bajo su gobierno aparece grande y poderosa la península; su flota derrota á la sarracena en nuestras costas del sur y sus ejércitos vencen la imponente rebelión de un gobernador desleal de la Galia Gótica. El grado de poder á que alcanzó por este tiempo la monarquía goda puede apreciarse con decir que comprendía las mismas siete provincias que la romana. Sus fronteras no eran los Pirineos, pues esta cordillera pertenecía por completo á España, extendiéndose el imperio godo por gran parte del Langüedoc y el país de Foix, el Bearnés y Gascuña. Los monarcas godos establecieron probablemente primero su corte en Sevilla y reinando Atanagildo trasladóse ésta á Toledo. Esta ciudad, embellecida por Wamba, fué el verdadero emporio de las artes y la cultura visigótica en este período, y al lustre que adquirió debese el que, á pesar de haber sido expulsados de la Bética los imperiales, por los años 622, no pensaron los monarcas godos en trasladar su residencia á Sevilla.

Al fausto de la corte goda, hay que añadir el grado de cultura á que llegó nuestra patria y de la que puede colegirse con citar los nombres de Paulo Orosio, autor de la compilación titulada *Historiarum adversus paganos libri;* del cronista Juan Biclarense y de los dos Isidoros, amén de otros sabios varones que se consagraban á las letras entre el universal sacudimiento. El inmortal autor de las *Etimologías*, aquel á quien llamó una asamblea toledana «el hombre más sabio que se hubiese conocido», después de habernos dejado muchos otros testimonios de su laboriosidad, produjo una enciclopedia en que se encuentran reunidas las nociones de cuanto se conocía en el siglo VII. Artes, ciencias, bellas letras, gramática, retórica, dialéctica, metafísica, física, astronomía, política, historia natural, aritmética, geometría, astronomía, música, náutica, *arte militar*, arquitectura, artes, oficios, nada falta en esos veinte libros, verdadero portento de erudición, perseverancia e ingenio. Isidoro de Beja, Braulio, Ildefonso, Pablo de Mérida y Eugenio de Toledo, justifican también que en España la irrupción bárbara no pudo ahogar el amor á las letras latinas, que se cultivaron con provecho á pesar de la invasión.

El contacto con latinos y bizantinos dió á la corte goda un especial carácter que así se revela en su organización como en sus actos exteriores. Llamóse á la corte *curia*, a los dignatarios genéricamente *próceres* ó *curiales*, y á los funcionarios de palacio *condes* (conde del Establo, del Patrimonio, de los Notarios, del Ejército, etc., etc.). El rey tenía su consejo, *oficio palatino*, y en nombre del monarca regían las provincias *duques*, las ciudades *condes*. Estos tenían a sus órdenes *prepósitos*, alcaldes, y *numerarios*, recaudadores. Tales pormenores, aunque á primera vista nos alejan de nuestro objeto, no pueden dejar de ser consignados, atendida la organizacion militar de la monarquía goda.

Los reyes godos no usaban corona ni otro atributo real al entrar en España. A mediados del siglo IV, Leovigildo mandó erigir un trono en su palacio de Toledo, usó vestiduras diferentes del pue-

(1) «El primer derecho civil de los godos en España, dice un historiador, no fué en cierto modo sino un derecho consuetudinario, y ya hemos visto por la historia como dos reyes godos, Eurico y Alarico, comenzaron á hacer compilaciones de leyes para el gobierno del pueblo godo el uno, para el del hispanorromano el otro. La ley romana subsistió durante mucho tiempo entre los españoles junto con la ley visigoda, hasta que por fin las relaciones de pueblo á pueblo, la mezcla de sangre y de intereses rebajaron, si no destruyeron, la valla que separaba ambas razas. La legislación se fué uniformando hasta hacerse una sola para las dos naciones, así en lo religioso como en lo civil y político, beneficio debido á Recaredo, Chindasvinto y Recesvinto. La ley de los visigodos triunfó, dice Montesquieu, y el derecho romano se perdió.» Villar. *Hist. de España*.

blo, cetro y corona; y sus inmediatos sucesores presentáronse desde entonces con creciente lujo, usando Chindasvinto vestidos de púrpura, tronos de plata, y cetros y coronas de oro y piedras preciosas. Sus títulos fueron los de *Pios*, *Gloriosos*, *Vencedores*, etc., á semejanza de los Césares; pudiendo colegirse por estos datos la magnificencia de su corte, el adelanto de las artes y el alto grado de cultura que alcanzó el imperio godo.

¿Cómo es posible que aquella monarquía que comprendiera toda la península, la Galia Gótica y al otro lado del Mediterráneo la Mauritania y la Tingitana; aquella monarquía que venció á los romanos, rechazó á los hunos y sojuzgó á los suevos; en apariencias tan sólida y magnífica, fuera víctima de su propia inacción? Para contestar afirmativamente hay que fijarse en distintos extremos; hay que reconocer que la servidumbre y la humillación por un lado, y el orgullo y la afeminación por otro, debieron influir perniciosamente en aquel pueblo, contaminado por sus relaciones con Bizancio, combatido por las disensiones y presa de la disolución.

Tendremos que recurrir para darnos cuenta de su ruina, á unas atinadas frases muy propias para estudios que, como los nuestros, tienen exclusivo carácter militar: «Los árabes eran soldados y soldados valientes; los godos ni eran valientes ni soldados (1).» He aquí por qué la monarquía goda, esencialmente militar, cedió ante los sarracenos: por el olvido de sus virtudes militares.

II

El pueblo godo fué un pueblo conquistador y, por lo tanto, militar. Hízose dueño de la península hispánica, y al proceder al reparto de lo conquistado, comenzó por dejar á los indígenas una tercera parte de las tierras, adjudicándose las dos restantes. Pero al otorgar esta propiedad impuso el derecho de acudir en defensa del Estado, y echó así los fundamentos de una organización feudal y militar que dió nuevo carácter a la nación conquistada. Esta organización entrañó diferencias de señores y vasallos, nobles y plebeyos, patronos, libertos y siervos. Inherente á ella era la monarquía, pues era lógico que los jefes militares que dirigían los ejércitos invasores, rigieran el país conquistado con el nombre de monarcas; monarcas que fueron designados tales por elección entre los capitanes del ejército, asintiendo el pueblo á ésta con sus aclamaciones: este derecho exclusivo de las gentes de guerra á la elección, sufrió una innovación en tiempo de Recaredo, en que el influjo y el poder del clero llegó á ser tal, que en unión de los mas importantes personajes ejerció el derecho de nombrar el sucesor á la corona (2). Y bien puede decirse que el estudio de esta epoca obliga á establecer marcada división entre los períodos anterior y posterior a su advenimiento al trono; pues en el primero échase de ver un carácter exclusivamente feudal, mientras en el segundo al elemento feudal hay que añadir el teocratico, al poder material el moral, poderosos elementos de la monarquía goda que aparecen unidos en los concilios, en esas asambleas que a contar del advenimiento de Recaredo dejan de ser exclusivamente religiosas para convertirse en asambleas político-religiosas.

(1) Cortada. *Lecciones de Historia de España*.

(2) El derecho de los prelados á la elección de rey, tolerado, pero no reconocido hasta el siglo VII, recibió sanción legal reinando Sisenando en el cuarto concilio toledano, decretándose que no pudiese subir al trono monarca alguno sin la voluntad espontánea de prelados y nobles. El quinto concilio dispuso que incurria en la pena de excomunión el que se apoderase de él á viva fuerza, si libremente no fuera elegido, prohibiéndose negociar votos en vida del monarca reinante. El octavo ordena que en el mismo lugar que éste fallezca se proceda por los magnates y prelados á la elección, excluyendo á los de afuera, y condenando la conspiración, motín ó tumulto. De estas disposiciones puede deducirse el caracter electivo de la monarquía goda, así como la exclusión del pueblo para la elección del monarca.

No fué la conquista de nuestra península obra de un día, y se concibe que la guerra viniera á ser estado normal de aquella sociedad. Las tierras conquistadas convertidas en alodiales, de beneficio ó tributarias, dieron origen á censos y enajenaciones de que derivaron los derechos feudales: y suponiendo el origen de los beneficios una obligación entre el jefe y sus soldados, de aquí el compromiso de ayudar á éste en sus guerras y expediciones, y la prestación de ciertos tributos. Fué, pues, en un principio, el gobierno, como no podía menos de ser, exclusivamente militar; no había distinción entre el estado civil y el ejército, y ni aun los individuos del clero se eximían de empuñar las armas cuando la nación era llamada á ello.

Este llamamiento á las armas dividíase en repentino ó con plazo señalado; opinando uno de nuestros historiadores militares que el primero, efectuado á son de cuernos ó campanas, dió origen al *somatén* catalán (pues no falta quien asegura que entre los godos llamóse *sometén* á esta clase de convocación); sin embargo, los señores Pella y Corolén, en un interesante estudio sobre esta institución, la hacen remontar al siglo XI. El segundo llamamiento, señalando punto y día de reunión, permitía constituir y organizar convenientemente los contingentes armados, á propósito de lo cual da el *Fuero Juzgo* interesantes detalles.

Príncipe godo

En su conjunto la organización del ejército fué parecida á la de los romanos, así como en la denominación de ciertos cargos políticos échanse de ver reminiscencias bizantinas. Mil hombres constituían la unidad de fuerza, que se descomponía en fracciones de quinientos, cien y diez hombres; dando lugar en la denominación de sus jefes á los títulos de millenario (tiufado se aplicaba á los de caballería), quingentario, centenario y decumano. Llamábanse duques á los generales, y á sus tenientes gardingos: y por lo que respecta al empleo de conde, participaba de un carácter político militar que le colocaba en categoría inmediatamente después del general.

Al rey pertenecía el mando en jefe de los ejércitos, así como la alta jurisdicción civil y criminal, el nombramiento de los obispos, convocación de concilios y el derecho de hacer la paz y declarar la guerra. Mas no se crea que su autoridad careciese de cortapisas: el príncipe debía dividirla, por decirlo así, entre sus magnates y los concilios; pues la Iglesia, segundo poder del Estado, supo hacerse respetar bien pronto por sus riquezas y su influencia. Armada del arma poderosa de la excomunión, del derecho de consagrar los reyes y de sancionar las leyes, bien puede asegurarse con un historiador español, que gobernaba aquella sociedad á la que sólo regía el príncipe.

Pero en cambio ¡cuán beneficioso este equilibrio entre el poder civil y religioso en aquellos tiempos turbulentos y agitados! Nuestra patria ofrece á la sazón un cuadro que no se reprodujo en nación alguna: gracias á los elementos en ella predominantes no pesó sobre España tan funestamente el poder del feudalismo; y merece citarse como uno de los hechos más gloriosos de aquella época, el que una de las primeras leyes consignara de terminante modo queden sujetos á ellas todas las clases y todos los individuos, sin distinción de condiciones y castas.

Fácil es deducir de lo anteriormente expuesto que prevalecieron en el pueblo godo las costumbres aristocráticas, y que, como es consiguiente, alcanzó en él gran importancia la caballería, á compás que degeneraba la primitiva organización calcada sobre la latina. Así se nota en él preferencia marcada por ciertos ejercicios de destreza individual, saltos de armas, torneos, palestras y carreras; ejercicios propios para lucir el esfuerzo del brazo y la apostura personal; y en los que se echa

de ver que á los principios del arte, van á suceder el valor y sangre fría individual. Los infantes quedan por el momento postergados y la fuerza de un ejército se cuenta por el número de lanzas de su caballería. Y así se comprende el especial cuidado con que la dotaron de armas defensivas y ofensivas. Sin asegurar que en especial fuesen cubiertos caballo y caballero al estilo de los *catafractarios* ó *clibanarios* romanos, con láminas de metal ó de cascos de caballo ó con sólido de hierro, pues esto sólo pudieron hacerlo algunos de los más poderosos, se puede dar como indudable, que la caballería goda iba mucho más resguardada que la infantería hasta por un precepto de ley, que decía hablando de los reclutados: E muéstrelos bien armados delante del príncipe ó el conde de *lorigas* é de *perpuntes*, con la primera parte: E la postreman sean otros armados de lanza, é de escudos, ó de espadas, e de saetas, ó de fondas é de otras armas, así como es costumbre de cada uno: donde se ve que á los primeros se les exige una armadura completa de caballero, y á los segundos algunas armas necesarias para pelear, pero no más ni determinadamente como á los de caballería (1).»

Guerreros visigodos

En el armamento é indumentaria de los godos hay desde luego que distinguirlos como aborígenes y como á conquistadores. Por el primer concepto se nos presentan con la rústica traza de otras razas invasoras, vistiendo toscas vestiduras, empuñando groseras armas de sílice y ostentando luengas cabelleras y barbas, distintivo de su raza (2). Pero su contacto con los pueblos sometidos á Roma debió romanizarlos, trocando armas y trajes por las de los vencidos. Sidonio Apolinar describe á los que en 470 entraron en Lyon, vestidos con mantos de pieles, sayos de lienzo bordados, botines de piel sujetos con correas, y cíngulos y balteos de metal, y armados con escudos, lanzas corvas, mazas de hierro, venablos, espadas y hachas; descripción que confirma el examen de la columna erigida en honor de Teodorico *el Grande* según un grabado del veneciano Bellino.

(1) Clonard. *Hist. organic.*

(2) Los godos llevaban todos el cabello largo, y el solo epíteto de *cabelludos* bastaba para distinguir á un bárbaro de un romano. La decalvación era entre los godos pena infamante. Consistía en quemar parte del cuero cabelludo con hierro candente. La tonsura era otra pena que aplicada á los príncipes les ponía en el caso de abrazar la carrera eclesiástica.

Más tarde introdujeron otras novedades en su armamento: usaron la loriga, el coselete, el peto, la cota y la celada; la primera entre las clases inferiores se llamaba *zaba* y se reducía á un sayo grueso de lana; mas entre las clases superiores debió emplearse la descrita por San Isidoro, una túnica de silicio cubierta de láminas de hierro ó de bronce, á manera de escamas. A estas armas defensivas añadieron un escudo de grandes dimensiones.

Las ofensivas eran la espada, el venablo, el hacha llamada *francisca;* el conto, pértiga sin hierro, con aguzada punta, y un cuchillo llamado escramo; los arcos y las hondas fueron empleados también por este pueblo, y se cree asimismo que usaron estandartes ó banderas, aunque no pueda darse como seguro: no sería extraño que imitaran en esto á los romanos.

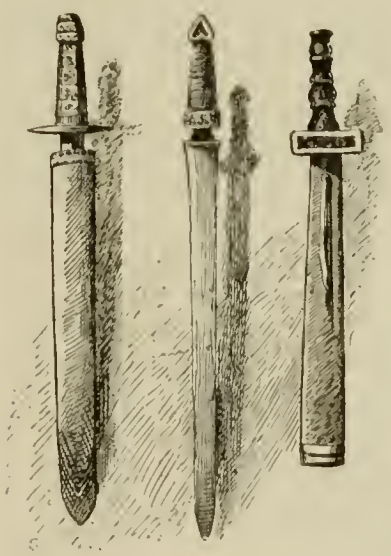
Noble visigodo

Menos detalles que de su indumentaria y armas, poseemos de su sistema de marchar y combatir. Lógico es que sustituyeran sus ataques en masa ó á la desbandada, con ciertas formaciones compactas ó lineales, la cuña y el triángulo, y la formación lineal en campo abierto. En la batalla de Totila con Narsetes, formaron en columna de escaso frente; en la de Roma entre Witiges y Belisario colocaron la infantería en el centro y la caballería en las alas; en la de los Campos Cataláunicos con Atila adoptaron, según algunos historiadores, la formación en dos líneas, en la primera los jinetes y en la segunda los infantes, y decidió la victoria el ímpetu de la caballería.

Las operaciones emprendidas por Wamba para sofocar la sedición de Paulo, dan á conocer un plan oportunamente trazado, y, por consiguiente, una concepción verdaderamente estratégica. Wamba tenía que vencer á su traidor vasallo y reprimir una sublevación que estalló en la Navarra; y comprendiendo la necesidad de dominar á ésta para dejar asegurada su retaguardia, marchó con suma rapidez á Navarra, extinguió la rebelión; se dirigió á Barcelona, entró en Gerona, y penetró en Francia. Su ejército, dividido en tres cuerpos, al salir de Barcelona, había marchado: el de la derecha siguiendo la dirección de la costa, el de la izquierda por la Cerdaña y el del centro por el territorio ausonense. Estos tres cuerpos se reunieron junto á los Pirineos y forzaron allí los atrincheramientos de Paulo, separándose para caer después sobre Narbona, cuya ciudad hubo de rendirse. Entonces continuó el ejército hacia Nimes, en la que se había refugiado Paulo, y á la que puso cerco el monarca godo.

Los detalles de estas operaciones y del sitio de la última de estas ciudades arrojan alguna luz sobre el estado del arte militar en esta época. Wamba avanzó con rigurosas precauciones por el territorio sublevado; procuró que flanquearan al ejército algunas tropas, y al llegar frente á la ciudad hizo ocupar las alturas y dió principio á los trabajos de sitio; abrieron brecha en la muralla sus máquinas y las tropas entraron por asalto. Y estas noticias militares bastan para que podamos deducir que existía en los ejércitos godos cierta regularidad y método, ciertos conocimientos militares, siquiera rudimentarios. Es fácil que sus máquinas de batir fuesen imitación de las romanas y es lógico que las fortificaciones romanas les sirvieran de ejemplo: en cambio en la castrametación se nota marcado retroceso; pues los famosos *castros* de los romanos que podían considerarse como verdaderas plazas fuertes, sustituyéronlos con un espacio de terreno alrededor del cual formaban en un principio un parapeto con los carros y más tarde trazaban foso y ponían estacada.

El empleo del fundíbulo, ballesta, ariete y testudo, aparte de otros recursos que la guerra sugiere á todos los pueblos, hállanse mencionados en los cronistas de la época. Y por lo que atañe á la circunvalación de las plazas, el método que siguieron fué el mismo que para la construcción de los campos, fosos y estacadas *(clausuræ)*.



Espadas

Sisebuto fué el primer monarca godo que trató de organizar la marina militar. Incorporadas á sus dominios importantes poblaciones marítimas, lógico era que utilizaran los godos los elementos reunidos en ella y sobre todo los conocimientos de los habitantes de la costa. probable es también que se sirvieran de los mismos bizantinos para la guerra marítima, y que amaestrados en su escuela procuraran más tarde allegar los elementos de una flota nacional con la que atendieron á la seguridad de la costa y conquistaron á Ceuta. El hecho es que la marina militar goda alcanzó en breve un estado floreciente; que sirvió, en tiempo de Suintila, para arrojar á los imperiales de la península; fué utilizada por Wamba para proteger al cuerpo de ejército que operaba contra Paulo en la Galia, y destruyó por completo, en un combate naval, á la flota africana que amenazaba las costas andaluzas. Estas expediciones acreditan la importancia que alcanzó entre los godos la marina. Desgraciadamente carecemos de datos que nos permitan extendernos en detalles acerca de la misma: sábese que los godos construyeron sus buques á imitación de los romanos, y es de presumir se ajustaran á su sistema de combate: lineal, por divisiones, semicircular, *lunatus;* semicircular invertido, *inversus ordo*, y en cuña. La rapidez con que se armaba una flota da idea de la sencillez en las construcciones y de los limitados conocimientos de los antiguos, pero en cambio da mayor valor á las empresas acometidas por aquellos marinos con elementos de valor tan limitado.

A este relativo perfeccionamiento del arte en un pueblo de origen bárbaro, hay que añadir la severidad de sus ordenanzas militares. El que abandonaba el ejército ó no acudía al llamamiento á las armas, si era noble sufría el destierro y confiscación de bienes; si plebeyo, azotes y decalvación. Se imponía pena á los jefes que ocultaban tales faltas por cohecho, y la muerte al que abandonaba su puesto. El robo era castigado con azotes y el pago cuádruplo de la cosa robada. Las recompensas consistían en armas, caballos, bienes raíces y ascensos. La concesión de bienes fué, sin duda, origen de los feudos.

En cuanto al estipendio de las tropas godas, nada se sabe á punto fijo: conócense algunas prerrogativas concedidas á los que iban á la guerra, entre ellas el derecho concedido á sus hijos sobre las dos terceras partes del peculio castrense; y consta que los víveres los suministraba el Estado.

Tal perfeccionamiento en el arte militar hace desde luego suponer una sociedad sólidamente organizada y poseedora de regular cultura. Y, en efecto, asegurada ya su dominación en nuestra patria, el pueblo godo cambia sus rústicos usos y sus antiguos trajes por las costumbres latinas, viste un traje semirromano, y ofrece en artes é indumentaria una pintoresca amalgama de su antigua rudeza con la suntuosidad quizás excesiva y el gusto degenerado que prevalece en Bizancio, sede del imperio oriental, foco á la que tiende en aquella época la cultura romana que tan hondas raíces había echado en nuestra patria.

Si el fausto de la corte goda no superó en la época de su mayor poderío al de los emperadores griegos, poco faltaría, tal vez, para igualarle. De ello da testimonio el famoso tesoro de Gua-

rrazar (1), descubierto en nuestra patria, á fines de 1858. Encontráronse allí en distintas ocasiones hermosos ejemplares de arte: preciosísimas coronas de oro, unas taraceadas, otras grabadas y trasfloradas, enriquecidas con piedras preciosas y vidrios de colores; cruces votivas, cíngulos, balteos, catenulos, palomas y otros utensilios; de cuyas joyas unas pasaron á enriquecer el Museo francés de Cluny y otras figuran en la Armería Real de Madrid. La corona de Recesvinto que pertenece al primero es de plancha de oro floreada, adornada con zafiros y láminas de granate y de un trabajo delicado; la de Suintila, que pertenece á la segunda, formada por dos semicírculos unidos por dos bisagras, ostenta perlas, zafiros, laminillas de vidrio ó granate, y pendientes de su borde inferior veintidós clamasterios terminados por perlas y zafiros. Constituye un aro de 0,22 de diámetro por 0,6 de altura, suspendido por cuatro cadenas ligadas á un florón.

Soldado de infantería

Un estudio, siquiera sea superficial, del arte é indumentaria bizantina, confirma la opinión que hemos emitido acerca de las semejanzas que con ellas tienen la indumentaria y arte visigóticos. En efecto, las miniaturas de códices de la época, las descripciones de las *Etimologías* y algunos hallazgos aislados vienen en apoyo de tal opinión. La túnica recibió distintos nombres según el tejido y colores de que se formaba: húbolas de estambre, de estambre y seda, y de seda; y embelleciéronse según la categoría con lazos, orlas y galones; tiñéronse de púrpura, de color de jacinto y aun de muchos colores. La túnica exterior se colocaba sobre otra que hacía las veces de camisa. El capuchón, casco ó bonetillo cubría la cabeza; en cuanto á las restantes prendas, mencionaremos las bragas *(bracæ)* ó calzones *(femoralia)* y las medias, botas y zapatos.

Fácil es darse cuenta que con el fausto y poderío de la corte goda, cundiera la afición al lujo y á la molicie, su compañera natural; y más fácil reconocer que tras la inacción que sucedió á la conquista, y los reinados de príncipes corrompidos é indolentes, aumentara el desapego al ejercicio de las armas. Por otra parte, el espíritu militar fué enervándose, sometido al poder sacerdotal; y todo lo que ganó nuestra sociedad en cultura, concluyó por perderlo, gracias á la serie de causas mencionadas, en vigor.

Y sobrevino entonces la catástrofe.

«La organización eventual de la milicia goda, dice un historiador, no era muy apta para conservar intacto el arte que de los romanos había aprendido; el feudalismo comenzaba á arraigarse y á pervertirlo todo; las sabias instituciones de Eurico y Sisebuto y otros grandes monarcas iban trocándose por el despotismo arbitrario de los señores que se arrogaban privilegios y derechos omnímodos sobre las clases llanas del Estado. El arte militar había desaparecido ya cuando se vió la España invadida por los sarracenos; la batalla campal dada en las márgenes del Guadalete abrió las puertas de la patria al enemigo y en ella pereció el infortunado monarca Don Rodrigo.»

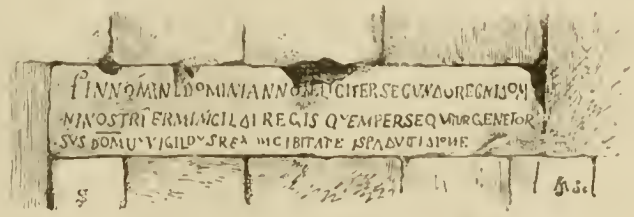
Parecidas fueron las causas que produjeron la caída del imperio romano. Sólo que en España la invasión arruinó súbitamente el edificio político levantado por los godos. Sin embargo, en la

(1) El tesoro de Guarrazar fué descubierto en las huertas de este nombre, punto donde existió el cementerio de un oratorio levantado á dos leguas de Toledo. El Sr. D. José Amador de los Ríos, en la erudita obra consagrada á este descubrimiento, atribuye este depósito á la necesidad de poner á salvo estas riquezas cuando la irrupción árabe, y el erudito arqueólogo Sr. Puiggarí, autor de los grabados de este *Estudio*, en una Memoria leída en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en 1861, pone en duda la legítima procedencia del citado tesoro. Es la única opinión sustentada hasta hoy sobre la autenticidad de estas joyas.

índole especial de nuestra raza hay que buscar las causas de aquel nuevo período de lucha que concluyó por hacerla independiente y una. El ronco sonido de la bocina que llamaba al pueblo á las

Bizantinos

armas, hizo que despertara del pesado sueño de la dominación feudal; y el soldado español se apercibió á sus ecos a aquel combate continuado durante ocho siglos, epopeya gloriosa cuyo primer canto se llama Covadonga y cuyo digno final fué la rendición de Granada.



Lápida visigótica

ILUSTRACIONES

Bárbaros del Norte (pág. 68).—Es preciso leer los autores coetáneos para formarse idea de la impresión que causó en los pueblos latinos la aparición de esas multitudes que avanzaban desde las distintas fronteras del imperio para destruirle y apoderarse de sus tesoros. Sus armas y trajes fueron en un principio las propias de una civilización rudimentaria, y así aparecen en nuestro grabado, unos cubriendo su cabeza con pieles de alimañas, otros con cráneos de animales salvajes; cubren el cuerpo con toscos sayos de pieles sujetos con correas, y empuñando lanzas, arcos, y hachas. Protegen sus piernas con rústicas abarcas y embrazan escudos de diferentes formas.

De las tres poderosas familias que invadieron al imperio la escítica fué la más sanguinaria. Los hunos sobrepujaban en fiereza á todos los bárbaros. Vivían, deliberaban y hacían la guerra á caballo: atacaban dando espantosos ahullidos, corrían ligeros como el rayo, se dispersaban rápidamente y volvían á embestir. Estos bárbaros vestían pieles groseramente cosidas, y manejaban con gran destreza armas arrojadizas. Los germanos y los francos eran dos naciones belicosas, en las que se conseguía la nobleza á costa del esfuerzo personal. Deliberaban los asuntos graves en asambleas á las que concurrían los hombres libres, á caballo y armados, y en donde ejercían la elocuencia y la gloria poderoso influjo, y combatían armados del escudo, la framea, lanza corta y aguda, hacha y la clava. Elegían un caudillo para la guerra y algunas veces le confiaban el mando supremo; pero la forma monárquica no era permanente, y de las prerogativas de esta jerarquía superior puede colegirse por el siguiente episodio entresacado de los libros de Gregorio de Tours: «El botín hecho por un ejército victorioso le pertenecía, y el mismo rey no percibía otra parte que la que le tocaba en suerte. Un caso notable nos ofrece la historia de los francos. En el acto de entregar al pillaje un templo, el ejército de Clodoveo, fundador de la monarquía francesa, se apoderó entre otros efectos sagrados de un vaso de valor y peso extraordinarios. Sin dilación envió el obispo diputados al rey suplicándole que se lo restituyese para emplearlo en los usos santos á que estaba destinado; Clodoveo dijo á los diputados que le siguiesen á Soissons, donde se repartiría el botín, y les prometió que lo devolvería si le caía en suerte. Así que hubieron llegado á aquella ciudad amontonaron todo el botín en el centro del ejército; mas antes de empezarse el reparto pidió Clodoveo se le concediese además de su suerte aquel vaso precioso. Todos los presentes estaban dispuestos á favorecer al rey, cuando un feroz soldado levanta su hacha, hiere furiosamente el vaso y dice con firmeza al monarca: *No tendrás aquí más de lo que por suerte te tocare.*»

Este rasgo característico revela por sí sólo el modo de ser de aquellas agrupaciones armadas.

Los bárbaros, ya lo hemos consignado en el texto, fueron avanzando paulatinamente, y sus avanzadas en contacto directo con los romanos hubieron de asimilarse muchos de sus usos. No es de extrañar que empuñaran pronto las armas que el latino degenerado no podía sostener y que en sus ejércitos apareciesen amalgamadas con las suyas. Lo que verdaderamente asombra y llena de admiración al espíritu pensador es el secreto instinto que guiaba á esos pueblos: aspiraban á ser partícipes de la civilización romana que iban á destruir; pasaron como ráfaga terrible que derriba cuanto encuentra á su paso y sobre los cimientos de aquella civilización caduca levantaron el edificio de las nacionalidades europeas.

Romano (siglo V) occidental (siglo VIII) (pág. 71).—Usa el primero casco griego con cimera, loriga de metal modelada, ocreas de cuero y sandalias, y lleva como armas defensivas la lanza, el sable y la espada; el segundo lleva *lorica squamata*, casco *cristato* y escudo *umbo*, y cubre sus espaldas con el *paladumentum*. Calza botines de cuero.

Príncipe godo (pág. 75).—Ostenta la figura representada en esta página el thorax cubierto de planchas de acero, manto de púrpura, ó *paladumentum*, calzones estrechos, y *mulleus* ó medias botas. No lleva otras armas defensivas que el escudo oval.

Soldados visígodos (pág. 76).—Son copia de un relieve existente en el Museo de Sevilla. Visten la túnica mi-

litar, el de la izquierda mostreada, y van armados de casco de hierro sin cimera, ocreas, espada y escudo de grandes dimensiones, probablemente el que se designa con el nombre de *clipeus*.

Noble visigodo (pág. 77).—Es en extremo sencillo este traje militar. Túnica con láminas metálicas, casco de bronce y espada pendiente de un talabarte. Esta figura calza borceguíes que suben hasta más arriba de la rodilla.

Espadas visigóticas (pág. 78).—Constan de una hoja de metal con doble filo, escudo liso ó taraceado con piedras de colores y vainas de cuero.

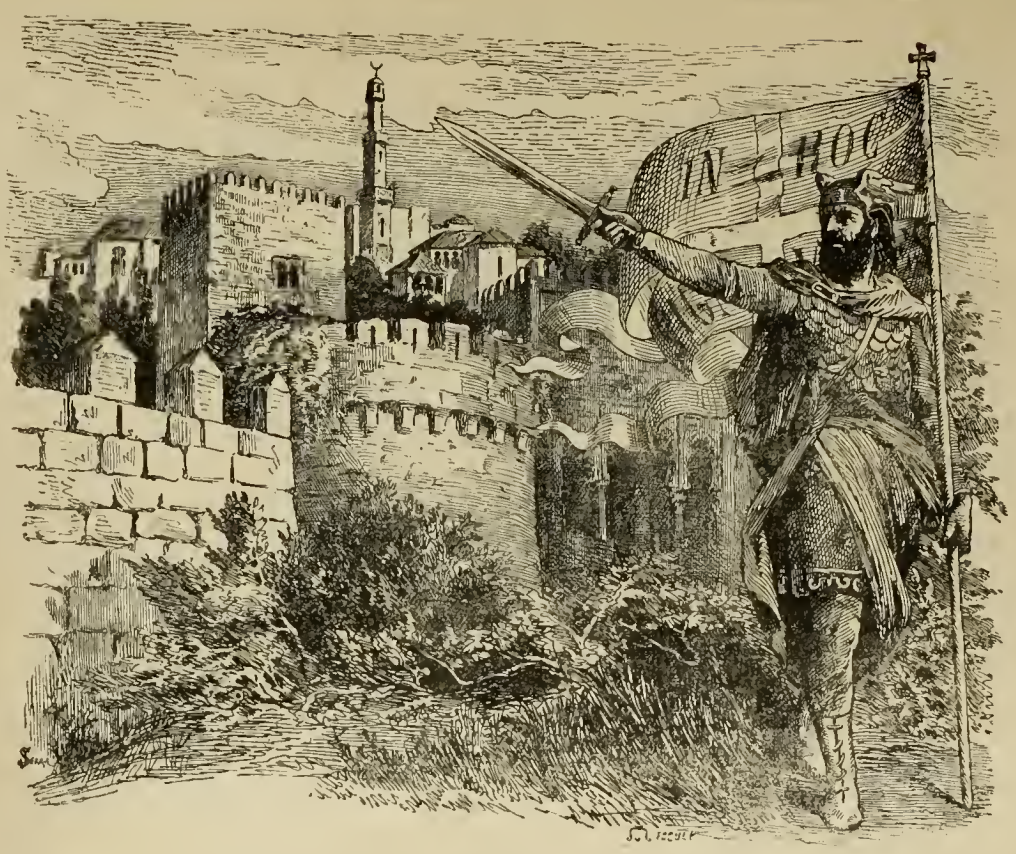
Soldado de infantería (pág. 79).—Es copia del códice de San Millán y ofrece por su traje reminiscencias con el de los *maragatos*. Compónese de un bonetillo, sayo con cenefa, calzones, bragas y abarcas. Va armado de lanza, espada y escudo circular.

Bizantinos (pág. 80).—De los dos soldados reproducidos, el primero viste thorax ceñido por el *cingulum* y cubre su cabeza con un casco de metal cuya parte posterior se prolonga hasta el cuello. Este casco carece de *buculæ* ó yugulares. El sayo militar aparece en la parte inferior del thorax.

La segunda figura lleva cubierta la cabeza con un bonetillo y el cuerpo con el *thoromaco* ó vestido ajustado de lana floja. Una y otra llevan ocreas y zapatos puntiagudos de cuero.

Lápida conmemorativa de San Hermenegildo (pág. 80).—Todos nuestros lectores tienen conocimiento de las sangrientas disensiones que á causa de su diferencia de creencias estallaron entre el rey godo Leovigildo y su hijo Hermenegildo. La abjuración que del arrianismo hizo este príncipe obligó á su padre á privarle de esta dignidad y á encarcelarle en Toledo, de cuyo recinto pudo lugarse Hermenegildo, sosteniéndose con las armas en la mano contra Leovigildo. Vencido por éste y obligado á abandonar los dogmas católicos, Hermenegildo prefirió la muerte y fué decapitado por los soldados de su padre en Sevilla el 14 de Abril de 585, dia de Pascua de Resurrección.

La lápida reproducida existe en el monasterio de los Cartujos de Sevilla y da una idea de la epigrafía en esta época.



ESTUDIO TERCERO

LA RECONQUISTA.—ASTURIAS. LEON Y CASTILLA

I. Consideraciones generales.—Fisonomía de esta época histórica.—Períodos principales en que puede dividirse.—Métodos que en este estudio pueden adoptarse.—II. Invasión de los árabes.—Sus conquistas.—Carácter que ofrece su civilización y aptitudes de su raza.—III. Origen de la monarquía asturiana.—Batalla de Covadonga.—Campañas de Alfonso I.—Bermudo *el Gotoso*.—Campañas de Almanzor.—Batalla de Caltañazor.—Fernando I.—El Cid.—Alfonso VI.—Toma de Toledo.—Alfonso VIII.—Alarcos.—Las Navas.—Fernando III.—Córdoba.—Sevilla.—Alfonso XI.—El Salado.—Juan I.—Aljubarrota.—IV. El Arte militar en la monarquía castellana.

I

GRAVE es la dificultad con que tropezamos, para establecer una división metódica y razonada en esta serie de Estudios. Es nuestro propósito fundamental trazar á grandes cuadros las diversas épocas de nuestra historia, pero de suerte que después de presentar en su conjunto los principios que en cada una prevalecen, el carácter especial que presentan, el grado de civilización que alcanzan, aparezcan en preferente lugar los progresos que en ellas ha realizado el arte militar, y las relaciones que han guardado estos progresos con la cultura general de nuestro pueblo. No cumple pues á nuestro objeto cronológica mención de los sucesos que durante cada período se han realizado, ni enumeración de monarcas, ni detalles relativos á intestinas discordias de familias, pactos, alianzas, etc., etcétera: unos y otras los damos por conocidos, y bastan á nuestro objeto síntesis luminosas, que permitan establecer comparaciones y deducir principios aplicables así al orden político, cuanto al militar.

Pero no damos con esto por vencidas las dificultades que ofrece la elección de un método. Tratándose de estudios sintéticos hay que proceder con tacto especialísimo, si se pretende que el lector estudie con fruto y asimile con facilidad. Unos historiadores haciéndose cargo de nuestra complicada historia en la época de la Reconquis-

ta, han expuesto casi simultáneamente los sucesos, pero avanzando en varias direcciones con lentísimo paso, deteniéndose á cada momento para dar á conocer la relación de aquellos; narración esta fatigosa y cortada que concluye por abrumar al lector sin procurarle positiva enseñanza. Otros, en cambio, ciñéndose á cronológica enumeración, han tratado por separado cuanto concernía á cada reino, para simplificar así el relato á medida que la obra de la unidad patria se efectúa; pero en cambio, las referencias á sucesos que guardan alguna relación con la parcial historia, han perdido algo de su valor si no se supone al que lee poseído de indispensables antecedentes. Sube empero de punto la dificultad si se trata de un estudio de carácter sintético, pero que no ha de ser ajeno á ciertos importantes detalles que cada historia parcial ofrece, para tan por completo prescindir en él del enlace y relación de los sucesos. Y si por una parte el carácter de tal estudio sólo permite una ojeada general en cada época, el valor que ciertos pormenores han de tener en él, exige cronológico orden que concierte y enlace los hechos. Difícil es pues armonizar el desarrollo histórico de dos civilizaciones, de dos importantes pueblos: mucho más cuando tan complicada es la trama de sus respectivas historias, en la que poderosas monarquías por un lado y sorprendente trasiego de pueblos por otro, se disputan la atención del lector, amén de las agitaciones, luchas civiles, guerras exteriores, revoluciones en que aquellas abundan.

Atentos al objeto de esta obra, y dando por supuesto aquellos conocimientos de nuestra historia patria que pertenecen al dominio de la generalidad, propusimonos simplificar en lo posible este trabajo, agrupando en un solo Estudio las monarquías más afines, para poner más fácilmente de manifiesto cómo contribuyeron á la obra de la reconquista política y militarmente: y así presentaremos de un lado Asturias, León y Castilla, de otro Navarra, Aragón y Cataluña: un Estudio especial acerca de la civilización y el arte militar en la época de la Reconquista nos permitirá más tarde hacernos cargo de las relaciones existentes entre esas monarquías; establecer comparaciones, y deducir ciertas interesantes consecuencias histórico-sociales; y este estudio será tanto más provechoso, en cuanto dará lugar á poner de relieve las aptitudes de los pueblos que han luchado durante ese periodo y los progresos á que el arte militar les es deudor.

El año onceno del octavo siglo concluyó en España la monarquía goda y el noventa y dos del siglo quince hiciéronse dueños los españoles de Granada, último baluarte de la dominación árabe. Este largo periodo supone una lucha de alternativas variadas, de jornadas gloriosas y funestas; de etapas más ó ménos memorables que permiten apreciar cada avance verificado; de episodios y fechas que son á manera de históricos jalones. Considerado desde el punto de vista militar puede divirse este largo periodo en dos grandes épocas, anterior y posterior á la batalla de las Navas (1212); examinado desde el punto de vista político, en tres grandes periodos, á saber: desde el siglo VIII al XI, ambos inclusive; desde el XII al XIII, inclusive también, y desde el XIV al XV. La fisonomía que cada uno de estos periodos presenta, permitirá apreciar en su conjunto las respectivas épocas y dará su justo valor á los detalles.

Del siglo IV al siglo VIII puede decirse que Europa se vió invadida y devastada por toda suerte de invasores. Caen sobre ella gentes del septentrión y del mediodía, divídense su suelo en cien pueblos diferentes y sólo acierta á sacarla de aquel caos el genio poderoso de un Carlo-magno que reune junto á sí todos los elementos civilizadores de su época y rige con férreo cetro un vasto imperio. La Iglesia le auxilió en la empresa de reconstituir aquella gran unidad romana que había desaparecido á impulsos de la barbarie y prestó característico sello á la política de aquella época y la subsiguiente. De manera que al asomar el siglo X bien puede asegurarse que ha cesado el trasiego de los pueblos, la época de las emigraciones; y estableciéndose cada cual definitivamente en el territorio conquistado, trata de hacerse fuerte en él. Pero la organización militar propia de un largo periodo de lucha, trajo consigo el feudalismo, régimen propio de una sociedad trabajada por la guerra. El jefe ó señor buscó segura residencia en escarpada cumbre y edificó en ella cual nido de águilas aquel castillo salvaguardia y amenaza de una comarca; y más allá, á sus piés, en sombría hondonada ó fértil llano, levantó el cristianismo

sobre las ruinas de la villa romana sus templos sombríos como la expiación: sus macizos campanarios desde los cuales, ora en alegres ó fúnebres vibraciones, recordaba la campana el misterio inescrutable de la vida. Allí, á la sombra de aquellos pardos muros, vegetaba triste la flor de la clásica literatura, modesta violeta que exhalaba sus perfumes en la sombría celda ó el fúnebre claustro: y en lo alto de las rocas azotadas por el vendaval velaba el centinela el sueño del señor, verdadero atleta dotado de todo el orgullo de un rey y de toda la fuerza de un rudo soldado. Entre el castillo y el monasterio, extendíase modesta una población, protegida aquí por la fuerza, allá por la religión, y que ora trepaba por la escarpada colina, ora se agrupaba pacífica alrededor del claustro. ¡Admirable contraste! Dividiéronse por mitad su dominación el feudalismo y la Iglesia: esta educó, colonizó: aquel defendió la superficie del territorio: y así las fuerzas material y moral en íntima alianza impulsaron á la sociedad durante este período histórico.

La irrupción de los árabes caracteriza la Edad media española é imprime especial dirección á aquellos dos elementos. Aquí no se ofrece una lucha de ambiciosos, un combate de pigmeos. Batallan dos razas, dos religiones; y la lucha con ser de independencia, es además eminentemente religiosa. De aquí que prevalezca la influencia del clero sobre todas las clases, y de aquí que con la influencia adquiera los bienes materiales y aspire á conquistar un nuevo poder, hasta el punto de convertirse en elemento hostil á los monarcas y aun á los pueblos. Bien es cierto que en toda Europa la creencia en la proximidad del fin del mundo, que según el Apocalipsis debía realizarse el año mil, contribuyó no poco á esa preponderancia. Pero pasaron los tiempos de este engaño: y tras los siglos X y XI en que prevaleció exclusivamente el espíritu religioso, advienen los XII y XIII en que ya se amalgaman la política y la religión, supeditando en las más de las ocasiones la primera á la segunda é imprimiendo especial fisonomía á esta época. Por un contraste especial, mientras en España luchaban los naturales para rechazar la invasión mahometana, una parte de Europa se había lanzado sobre el Asia para hacerse dueña del sepulcro de Cristo: dos pueblos, dos religiones luchando en dos distintos teatros y casi por idéntico objeto. De esta expedición resultaron nuevas relaciones comerciales, nuevas ideas de emancipación y de tolerancia, nuevas conquistas políticas; de aquella lucha salió robustecido el espíritu popular, dotadas las masas con ciertos derechos, cortapisado el poder real, decaída la nobleza y disminuida la prepotencia del clero. Considérese por una parte que cristianos españoles y mahometanos combaten aliados en muchas ocasiones y viven en perfecta armonía en algunas; y recuérdese el empleo abusivo que hacen los pontífices romanos de sus prerogativas contra monarcas católicos como Pedro III de Aragón y Federico de Suabia, atendiendo sólo á miras políticas, y dedúzcase cuánto pueden haber influido tales circunstancias en el pueblo y en los príncipes. Cierto que el poder de la Iglesia no por eso deja de crecer; pero hechos correlativos con su apogeo en ese gran siglo XIII que produjo la *Suma*, la *Divina Comedia* y las catedrales de afiligranadas torres y atrevida flecha, fueron la emancipación popular que produce en España el código famoso de las Partidas, al que precedió en el siglo XI en Cataluña el de los Usatges; y las franquicias y cartas-pueblas otorgadas por los soberanos; y la emancipación intelectual más tarde cuando la enseñanza se secularíza; y la emancipación artística, en fin, cuando el arte hace gala de sus bellezas en el consistorio y en el palacio. La navegación y el comercio abren por fin ancho camino á las ideas, y preparan expeditas vías al Renacimiento y á la Reforma.

El pueblo español batalló, pues, en la Reconquista por su fé, es muy cierto: pero tuvo pronto idea de sus derechos, y dió su sangre en justo pago de su libertad y de su amor á la patria, y en noble holocausto á su Dios. ¡Pueblo admirable que antes que ningún otro tuvo la conciencia de su misión y de sus fuerzas, y cuyo acero sirvió en aquellos tiempos de antemural á Europa contra la barbarie! «Durante dos siglos, ha dicho un eminente escritor, fué España la nación mártir; desde el siglo XI al XIII la civilización católica le encomendó la defensa de los Pirineos, y los Omniadas y los Almoravides cayeron sin fuerza en Catala-

ñazor y en las Navas, y Europa gozó de paz y pudo controvertir las grandes cuestiones del imperio y del papado (1).»

Tales en su conjunto son las fases que el desarrollo de la civilización ofrece en este período. Pero cumple á nuestro cometido examinar más prolijamente los elementos que durante él actúan en nuestra patria, para poner luego de manifiesto hechos memorables é importantes episodios de nuestra historia militar que constituyen el objetivo de los presentes estudios.

II

La Arabia, vasto país situado al Sud del Asia Occidental, es una península bañada por tres mares y unida no há muchos años al continente africano por un istmo, en la cual forman singular contraste ardientes llanuras y heladas eminencias, tristes arenales y fértiles campos. Su situación geográfica la convertía en un camino comercial y las condiciones de su suelo hicieron de sus nómadas tribus poderosos agentes y activos intermediarios entre la población del interior del Asia y el Mediterráneo. Pueblo comercial, pastor y guerrero, el pueblo árabe lanzaba sus caravanas al través del desierto sin desprenderse de la lanza y conducía á sus rebaños en busca de pastos, errando entre los arenales y las comarcas ricas de vegetación. Cargaba sus camellos en Damasco, Palmira, Ecbatana y los descargaba en las costas del mar Rojo, del Océano ó del Mediterráneo. Pero como á pueblo nómada, era un pueblo en el que no existían poderosos vínculos de unión; ignorante de casi todas las ciencias, dotado de ardiente imaginación y exaltado valor, que hacían de él infatigable viajero, inspirado poeta y valiente adalid. Un hombre de genio vino empero á crear esos vínculos, á dar unidad á sus diseminadas fuerzas, á triunfar de esa división en sectas y castas enemigas. Llamábase Mahoma y reunía en sí la complexión y el temperamento de un apóstol y el valor de un soldado. Forjó en calenturiento sueño extraña amalgama de dogmas y principios, y dió á luz un código que trató de difundir con la cimitarra. Y profeta-guerrero arrastró consigo aquel pueblo impresionable conduciéndole al través de los desiertos y haciéndole dueño de la Arabia entera y otras ricas provincias.

Mas no fué su dominación violento torbellino que agita sólo la movediza superficie y se desvanece y extingue con la muerte del que le suscita. La obra de Mahoma estaba destinada á sobrevivirle, pues que había arraigado ya en su pueblo. Abubeker, su inmediato sucesor, se lanza sobre la Siria y la Persia; Omar extiende sus conquistas por Egipto, y Okbah penetra por aquellas comarcas en que más tarde se han alzado las ciudades de Fez y de Marruecos, no deteniéndose hasta que su caballo se precipita en las olas. Tan importantes conquistas realizadas en espacio de tiempo relativamente breve, constituían una doble amenaza para la Europa Oriental y Occidental, para el imperio Bizantino y la monarquía goda, tan decaídos y postrados ambos. Y fué la primera en sufrir la suerte terrible de la invasión nuestra hermosa patria: trabajada por discordias intestinas, debilitada por los vicios, dividida por intereses encontrados que impidieron se consolidara aquella unidad poderosa sin la cual no hay ni puede haber nación. Esta desunión no podía ocultarse al ambicioso Muza-ben-Nozeir, walí de los territorios africanos, quien decidido á probar fortuna mandó á su teniente Tarif desembarcar en la costa española, lo que hizo este en efecto, saqueando el litoral y regresando á Tánger con rico botín. Sucedió esto en 710 y el inmediato año este mismo guerrero invadía el suelo español con 15.000 árabes y berberiscos, y desde Algeciras pasaba á establecer su base de operaciones en Gibraltar. Así comenzó la dominación árabe en España. Acudió en vano el desprevenido gobernador de la Andalucía á rechazar á los árabes, pues sus escasas fuerzas fueron derrotadas. En tanto Rodrigo, sabedor de tan infaustas nuevas, trató de sacudir el letargo de su gente, de allegar recursos y ordenar levas, que le procuraron un contingente de cien mil soldados; superior al árabe si se atiende al nú-

(1) Canalejas: *El Cid considerado en sus relaciones con la nacionalidad española.*

mero, muy inferior si se consideran su disciplina y su valor. Y sucedió lo que era de preveer: una espantosa derrota que concluyó no sólo con un ejército, sino con una nación entera. ¡A tal punto de postración había llegado España!

No existen pormenores de tal batalla, que es de suponer fué encarnizada y tenaz; ni es fácil averiguar hasta qué punto influyó en ella la traición de algunos magnates. El ímpetu terrible de la caballería berebere es de suponer desconcertaría á los escuadrones godos, cuyos soldados vestidos de lorigas y armados de pesadas lanzas y espadas, no acertarían á darse cuenta del nuevo sistema de combatir, propio de una raza cuya ligereza es característica. Ello es que fueron rotos y destrozados por completo, desapareciendo desde aquel momento de la escena histórica su rey. La invasión árabe se propagó entonces con sorprendente rapidez por la península. Avanzaron los vencedores hacia Ecija, de la que se hicieron dueños no sin lucha, y divididos en dos ejércitos encaminánronse hacia el centro y el litoral, apoderándose más ó menos fácilmente de Murcia, Málaga, Granada, Jaen y Córdoba. Pero al ejército de Tarif siguió en 712 el que mandaba Muza en persona, cuerpo escogido de 10,000 hombres que desembarcó en Algeciras, se dirigió por la costa y la margen derecha del Guadiana á Mérida, y tras breve resistencia ocupó á Sevilla. Así dominaron los árabes el Mediodía de España. Muza pasó después á Castilla y Aragón, y tomó á Toledo y Zaragoza; apoderándose su hijo Abdelaziz de Valencia, Alicante y Denia. Abdelaziz fué quien sustituyó á su padre en el mando de los territorios conquistados y su política prudente consolidó la nueva dominación; pero un decreto de muerte expedido desde el fondo de los serrallos de Damasco puso término á su noble tarea. El segundo de sus sucesores, el intolerable Alhaur-ben-Abderralman, llevó sus armas al otro lado de los Pirineos; pasó, devastando comarcas enteras, por las tierras de Narbona, Tolosa y Bordhal y puso sitio á Tours; pero allí salió á su encuentro el varonil Carlos-Martel y tras dos días de ruda pelea en los campos de Poitiers fueron destrozados los árabes, obligándoles el esforzado caudillo de los francos á pronunciarse en retirada, dejando sobre el campo el cadáver de su jefe.

Tal fué en su conjunto la marcha que siguieron los invasores. Pasaron como un huracán sobre la península; pero una vez la hubieron dominado, se detuvieron y trataron de asegurar pacíficamente lo conquistado. El pueblo español resistió en algunos puntos, pero en general permitió por el momento á sus conquistadores consagrarse á esta tarea; y mientras en Asturias se iniciaba la obra de la reconquista, que proseguía lenta por necesidad en un principio, el imperio de los árabes en ménos de dos siglos alcanzaba alto grado de esplendor. A los valíes dependientes de Bagdad y Damasco sucedían los califas independientes, hombres ilustres algunos de ellos que hicieron de su corte un centro de cultura y de riqueza. Pero á los califas inteligentes y viriles, siguieron soberanos ineptos y viciosos, juguetes de favoritos más ó menos dignos, que ora elevaban su poder como lo hizo Almanzor, ora lo rebajaban como sucedió con Abdelmelek. Llegados á este extremo lamentable, la imbecilidad de Hixem III y la ambición de su favorito provocan una guerra intestina que concluye con el califato sobre cuyas ruínas los gobernantes de las más importantes poblaciones erigen Estados independientes. La unidad árabe queda rota desde aquel instante y el poder enemigo amenazado de muerte. Y resultado de esta debilidad fué el llamamiento de los almoravides y de los almohades, que tan contraproducentes efectos debía producir y que no alcanzó por lo mismo á contener la decadencia del poderío árabe. En tanto la obra de la reconquista española prosigue cada vez con mayor celeridad, y á contar de las Navas de Tolosa es fácil predecir su fin glorioso: en Aragón un Jaime *el Conquistador* y en Castilla un Fernando III coadyuvan con gran fortuna á la noble empresa que corona en Granada la perseverancia de los Reyes Católicos. ¿Cómo se explica esta vez el hecho de que España, que tan fácilmente se adaptó á las leyes y usos de romanos y godos no aceptase é hiciera suya la civilización de los árabes? Indudablemente por el antagonismo religioso: y más que todo, por los gérmenes de muerte que aquella civilización encerraba en sí. La asimilación no fué posible, y por eso al estallar la lucha, fué tenaz, constante, encarnizada, mortal. No olvidemos tampoco que

la fomentaba un poder secular contra el que ni godos, ni romanos tuvieron que luchar: la Iglesia, que tiene la iniciativa en esta obra y que la selló con la expulsión de dos razas á las que tanto ha debido nuestra cultura. Pero no es hora aún de que nos detengamos á mentar las aptitudes y los méritos de esa raza árabe que creó los fantásticos palacios de Medina-Zahara y la Alhambra, que canalizó y hermoseó los campos de Murcia y de Valencia, que abrió en Córdoba sus famosas escuelas, que dió á conocer un importante agente de la vida moderna, la pólvora, y otro no menos importante, el papel; que cultivó la medicina, la matemática, la astronomía, la química y la botánica; raza artística por excelencia que soñó á la sombra de las palmeras otro cielo y lo halló por fin en los cármenes floridos de Andalucía; raza en que la energía de la pasión se hermana á los encantos de exquisita dulzura, y á una fantasía exuberante: ella ha creado el apólogo, el cuento, la máxima profunda y concisa; y si ha pasado su dominación como un soplo por vastos territorios, vive su recuerdo en sus fábricas caprichosas y elegantes, y entre el fresco ramaje que sombrea nuestras susurrantes acequias.

Jefe árabe.

III

La dominación despótica del wali Albaur-ben-Abderrahman, dijimos que vino á alterar las pacíficas relaciones entabladas entre árabes y cristianos gracias al tacto y á la moderación del hijo de Almanzor. Y en efecto, allá entre los ásperos montes de Asturias un puñado de fugitivos congregados á impulso de una misma idea aprestóse á oponer ruda resistencia al invasor; y acogidos favorablemente por los pobladores de aquellas asperezas, gente indómita que tanto cansó al esfuerzo romano y á la que tampoco pudo sosegar el godo, asentaron la base de la obra de la reconquista patria.

M. Soler, Editor

BATALLA DE COVADONGA

eligiendo como á caudillo y rey al ilustre Pelayo. Allí, sobre la alta cumbre coronada de brumas, levantaron sobre el pavés esa épica figura que destaca magestuosa en la obra admirable de ocho siglos.

Santa María de Covadonga.

Alhaur dispuso que su teniente Alkamah se dirigiera al frente de numeroso ejército á sofocar el levantamiento, y noticioso Pelayo de su llegada replegóse con su gente á una espaciosa caverna (Santa María de Covadonga), á la que se penetraba por un desfiladero: las alturas de este hízolas ocupar por sus guerreros y la gente inútil retiróse á lo más fragoso de aquellas asperezas. Y es fácil presumir lo que á la sazón aconteceria, tratándose de hombres que conocedores del terreno iban á utilizarle contra un enemigo orgulloso y poco precavido. Dejósele penetrar en el desfiladero y cayó sobre él tal lluvia de saetas, piedras y troncos de árboles que el terror y la confusión se introdujeron en sus filas diezmadas por los proyectiles (1). Victoria tan completa no sólo concluyó con el ejército enemigo, si que obligó al gobernador árabe de Gijón á evacuar el territorio comprendido entre los ríos Eo y Dea, la cordillera y la costa (718). No fué más feliz, como hemos visto ya, el wali Abderrahman en su expedición á las Galias, y la derrota que allí sufrió y las discordias intestinas de que ya eran presa los árabes, dió aliento al primer Alfonso para extender los límites de la naciente

(1) Según el cronicón del obispo D. Sebastián en este hecho de armas, los árabes usaron los fundíbulos, de los que también se hace mención en el sitio de Narbona.

monarquía, emprendiendo al frente de escogida tropa de cántabros y astures una excursión al llano y haciéndose dueño de Lugo, Orense y Tuy, después de la cual entró pacíficamente en Salamanca, Ledesma, Zamora, Astorga, León, Simancas, Ávila, Segovia, Sepúlveda, Osma y muchas otras ciudades. Este movimiento de avance fué secundado por los moradores de Vizcaya, Ávila y Cantabria; por manera que á la muerte de este gran monarca se había dado un importante paso en la senda de la reconquista.

Lucha del rey D. Pelayo con un oso.

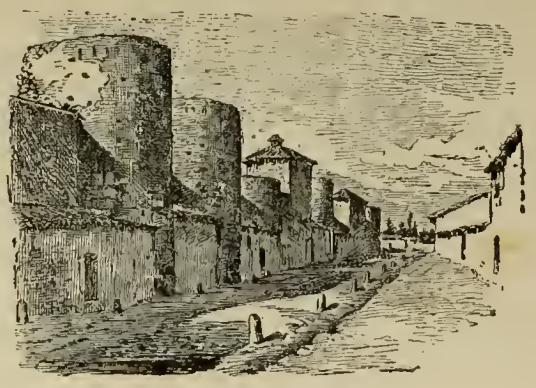
Pero no siempre hubieron de luchar los monarcas cristianos contra el común enemigo; Fruela, hijo de Alfonso I, tiene que hacer frente así á los moros como á los vascones y gallegos que siempre indómitos, levantan sedicioso pendón contra la monarquía. Más digno de llamar nuestra atención en este período, por lo curioso del caso, es la intervención de los árabes en las discordias promovidas para la sucesión al trono, de que es primer ejemplo la usurpación de Mauregato.

Discordias en una y otra región de nuestra península: hé aquí un hecho casi permanente á través de la guerra nacional. El gobernador árabe de Zaragoza proyecta declararse independiente del emirato y levanta el estandarte de rebelión; y ¿á quién recurre? Nada menos que al poderoso Cárlo-magno, que penetra en su auxilio por las gargantas del Pirineo, se hace dueño de Pamplona y avanza hacia Zaragoza, cuya población, adoptando una actitud que no es posible explicarse, le cierra sus puertas. Entonces el monarca francés, aislado en territorio enemigo, se decide á devastarlo y repasar el Pirineo por los valles de Erro y Eguin. Su ejército dividido en dos cuerpos penetra por aquellos sombríos desfiladeros, pero súbitamente se desploma sobre él una nube de piedras y flechas, y á la confusión del momento sucede una horrible matanza, pues es acometido por aquellos heróicos montañeses sucumbiendo sin gloria nobles paladines y obscuros soldados. Aun resuenan por aquellos riscos los ecos del *Altabizaren cantúa*, canto de guerra inspirado por la derrota de Roncesvalles, cuyas enérgicas estrofas se perpetúan de generación en generación.

Otro Alfonso, segundo de este nombre, debía añadir un importante episodio á estas guerras de reconquista, derrotando en Lutos al ejército árabe y haciéndose más tarde dueño de Lisboa. En aquella batalla estaba la superioridad numérica de parte del enemigo, pero Alfonso se batió en retirada atrayéndole á un lugar pantanoso, en el que acometido por los soldados cristianos y siéndole imposible todo movimiento, sucumbió á las huestes de aquel monarca. Esta fué la táctica primitiva de los españoles; el sistema de los débiles que han de suplir la astucia con la fuerza, evitar batallas campales, y acosar y batir al enemigo en detall. Así consiguieron los cristianos sus primeras victorias y así derrotaron en este mismo reinado otros ejércitos extendiendo su dominación desde el Miño al Duero.

No se crea empero que los monarcas cristianos se aseguraban desde luego en el territorio conquistado. La reconquista fué obra lenta; y las más de las veces sus operaciones eran correrías, avances más ó ménos afortunados, que obligaban no obstante al vencedor en un momento dado, á retirarse á las sierras, sólida base de sus operaciones. Poca extrañeza, pues, causará al lector que se mencionen plazas ocupadas por éste ó aquel monarca y que sin embargo sólo algunos años más tarde son incorporadas á su reino. Ramiro prosiguió la tarea de su ilustre padre luchando con los moros en la Rioja y entrando á viva fuerza en Albelda, y más tarde en Coria y Salamanca; y Ordoño batalló en la Lusitania y entregó Cintra á las llamas. Más famoso por sus hechos el cuarto Alfonso apellidado *Magno*, extendió sus dominios en treinta expediciones, agregó á ellos Toro, Zamora y Simancas, y protegió su reino con varias líneas de castillos. Este rey fundó la célebre ciudad de Burgos. A su

muerte los estados de León, Galicia y Asturias contaron cada uno su respectivo soberano; y cinco años antes erigieron los turbulentos vascos un reino independiente del que más tarde



Murallas de León.

tendremos ocasión de hablar. Fué gran fortuna que la muerte del monarca leonés, pusiera su corona en las sienes del que lo era de Galia, simplificando así el desenvolvimiento histórico de estos pueblos.

Ordoño II, que así se llamaba este soberano, sostuvo el lustre de las armas españolas que empañaron luego las turbulencias de sus hijos y las discordias intestinas de los reinados subsiguientes, y gracias á las cuales, rama desgajada del tronco de la monarquía, el condado de Castilla hízose independiente en este intervalo. Ramiro II franqueó el límite de los estados cristianos por la parte de Castilla y acudió en socorro del conde castellano Fernán González, derrotando en unión de éste al enemigo junto á Simancas y reconquistando luego la bien fortificada ciudad de Zamora que acababan los árabes de tomar.

Soldado de caballería árabe

Describen los historiadores árabes aquella batalla en esta forma: «Por todas partes se veía igual furor y constancia; el príncipe Almudhaffar recorría todos los puestos animando á los muslines, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salía por los más espesos escuadrones enemigos, haciendo prodigios de valor. Sostenían los cristianos el encuentro de la caballería muslímica con admirable esfuerzo y su Radmir con sus caballos armados de hierro rompía y atropellaba cuanto se le ponía por delante. Cedían el campo los muslines al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderrahman viendo desordenadas muchas banderas de la ala derecha y que toda la hueste cedía el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por

apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento... La victoria se declaraba á favor de los muslines y los cristianos se retiraban peleando cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso tregua á tantos horrores.

Quedaron los muslines sobre el campo de batalla y allí pasaron la noche y descansaron los vivos tendidos y mezclados entre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del día para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda.»

Escudo árabe

Los reinados subsiguientes al de Ramiro no tuvieron grandísima importancia considerados desde el punto de vista político-militar: lejos de ello, las discordias intestinas debilitaron la monarquía que se encontró casi sin fuerzas que oponer al terrible Almanzor, poderoso privado de Hixem II que invadió los dominios de los cristianos, dispuesto á arrebatarles todo lo conquistado. En 983 cayó Gormaz en su poder, y en los años sucesivos Simancas, Sepúlveda, Coimbra, Atienza, Osma, Barcelona y Pamplona. Asombran verdaderamente aquellas guerras que tan bruscamente ensanchan y reducen las monarquías, borran y destruyen sus límites y esterilizan los perseverantes esfuerzos de las generaciones! León resistió tenaz al invasor que abrió por fin brecha en sus muros y la desmanteló; y pasando con facilidad sorprendente de una á otra región llegó éste hasta Compostela, á la que saqueó, regresando cargado de botín á Córdoba.

Tal peligro mancomunó el esfuerzo de asturianos, castellanos y navarros: y bien sea durante esta correría, bien durante la menor edad de Alfonso V (en lo cual andan desacordes los historiadores), ello es que salieron al encuentro del terrible caudillo junto á las riberas del Duero.

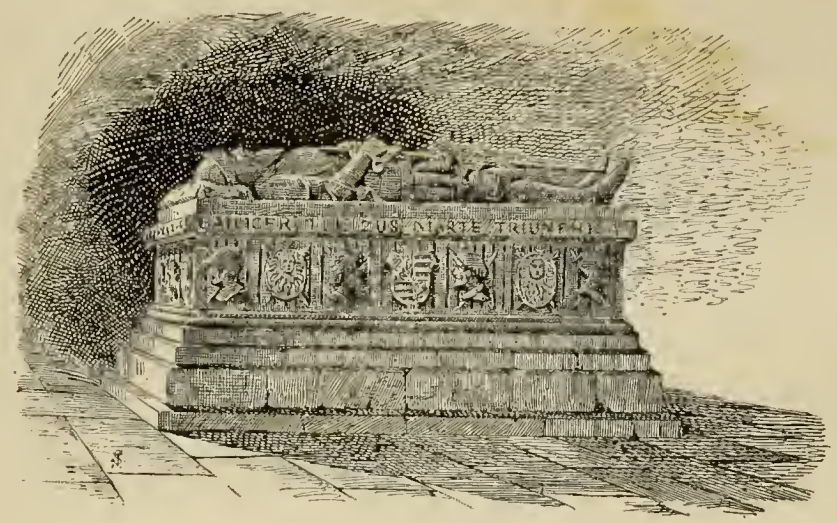
Allí se hallaban acampados en tres almofallas cuando se presentó aquél, dividido su ejército en dos cuerpos compuestos exclusivamente de caballería; pero no se trabó en el acto el combate, pues ambos contendientes tomaron sus disposiciones y guardaron rayara el alba del siguiente día. Entonces dió principio á la matanza. Los cristianos pelearon escuadrados y con gran orden: los muslines acometieron con su acostumbrado ímpetu; y prolongándose la lucha sin ventaja por parte de éstos, dispuso Almanzor la retirada, dirigiéndose él, gravemente herido, á Medinaceli, en donde falleció.

Bajo el reinado de Alfonso V, que pereció en el sitio de Viseo, el concilio reunido en León en 1020 formuló el primer Código que se escribió en España después del *Fuero Juzgo* y á la desdichada muerte del monarca que le sucedió, en la batalla de Tamarón entre leoneses por una parte y castellanos y navarros por otra, ciñeron las sienes de Fernando I las coronas de León y de Castilla. Este reinado no exento de intestinas luchas robusteció el poder cristiano que se extendió al territorio comprendido entre el Tajo y el Duero, pagando feudo á esta temible monarquía el rey moro de Toledo.

Entonces aparece en la escena histórica una de la más características figuras de nuestra epopeya de la reconquista; personaje engrandecido por la leyenda, pues rayan sus hazañas en lo fabuloso y contribuyeron no poco sus proezas al engrandecimiento de la invadida patria. Nos referimos al Cid, ese caudillo en quien parece encarnado el espíritu belicoso de nuestro pueblo. «Religión, sentimientos, vida pública, deseos, aspiraciones del pueblo español, todo lo abarca esa gigantesca figura (1).» Su vida es constante batallar: fiel trasunto del estado de perturbación de

(1) Canalejas, *El Cid*.

aquella época en que los reyes carecen de reino estable y los señores feudales comparten con ellos derechos y victorias. Mas rodea al heroe castellano la aureola de la lealtad; y si debe mucho el poder cristiano á su brazo, todavía le debe más la monarquía castellana á la que agrega extensos territorios. Sus vocaciones eran las del pueblo español, creyente y guerrero, y por eso fué símbolo vivo de su historia. Pudo ser un súbdito rebelde y fué un guerrero leal á la patria y á la fe; y no contando con el favor de su rey, peleó y combatió por su cuenta seguido de su escogida mesnada, derrotó así á los ambiciosos aragoneses, como á los régulos moros: penetró, devastándolas, por las tierras de Aragón y de Toledo, y tomó á Valencia, cuya ciudad defendió su heróica viuda y pasó luego momentáneamente á poder de la corona de Castilla. ¡Nobilísimo ejemplo en aquel periodo de ambiciones desatentadas!



Sepulcro del Cid.

La llegada de los almoravides dió lugar en las postrimerias del reinado de Alfonso VI á sangrientas batallas y á rudas alternativas, pereciendo en una de ellas veinte mil cristianos, siete condes de Castilla y el hijo de este monarca; pero como quiera que sea, Alfonso conquistó definitivamente á Toledo, y dió un importantisimo paso en la senda de la reconquista (1).

Un suceso que debía contribuir al engrandecimiento del poder cristiano, vino, al morir

(1) La llegada de los almoravides decidió á este monarca á implorar el socorro de otros príncipes, y entre los caballeros extranjeros que acudieron á militar bajo sus banderas, se hallaba el conde Enrique de Borgoña, biznieto de Roberto II rey de Francia. Este caballero prestó tan eminentes servicios á Alfonso IV, que le dió en pago la mano de su hija natural, Teresa, y la ciudad de Oporto y sus dependencias, con todo cuanto conquistase en adelante á los moros. Enrique venció á los moros en diez y siete batallas y extendió considerablemente su territorio, y su hijo Alfonso Enríquez, fiel continuador de su obra, dilató más aquellos dominios, hasta el punto de obligar á los árabes á reñir encarnizada batalla en los campos de Urique (julio de 1139). D. Alfonso comprendió que allí se trataba de la independencia de su condado y del porvenir de sus estados, y combatió con tal bravura, que el ejército entero le proclamó rey sobre el campo de batalla.

Tal fué el origen de la monarquía portuguesa. Las sucesivas victorias de Alfonso, le aseguraron en el trono, y una asamblea reunida en 1143 en Lamego, confirmó la elección del ejército y arregló el orden de sucesión á la corona. Alfonso I, consiguió apoderarse de Lisboa expulsar á los moros de Estremadura y Beyra, y hacerse dueño de las tres cuartas partes del territorio que hoy ocupa Portugal. Los monarcas que le sucedieron, aliáronse muchas veces con los de Castilla, para libertar á la península del yugo árabe. Desde entonces mézclase

este monarca, á producir hondas divisiones y sangrientos disturbios en los reinos de Castilla y Aragón: el matrimonio de D.ª Urraca, heredera de aquél, con el rey D. Alfonso I de Aragón. Terrible desavenencia surgió entre los dos cónyuges y fueron teatro sus pueblos de escandalosa guerra. Pero por fin, el repudio y muerte de la reina y la proclamación de su hijo D. Alfonso VII, habido en su primer matrimonio con el conde de Galicia, pusieron fin á estas discordias, ciñendo las sienes de este monarca una triple corona. El nuevo rey prosiguió el movimiento de avance por Badajoz y Andalucía, cruzó el Guadalquivir y se apoderó de Coria, Mora, Calatrava y Andújar: también cayó en su poder, en el litoral, Almería gracias al auxilio que le prestó la flota catalana. Léese en la crónica que en el sitio de Coria figuró una torre de madera que superaba á los muros y diversas máquinas, armadas con ballestas y vineas.

Lancero del siglo XI.

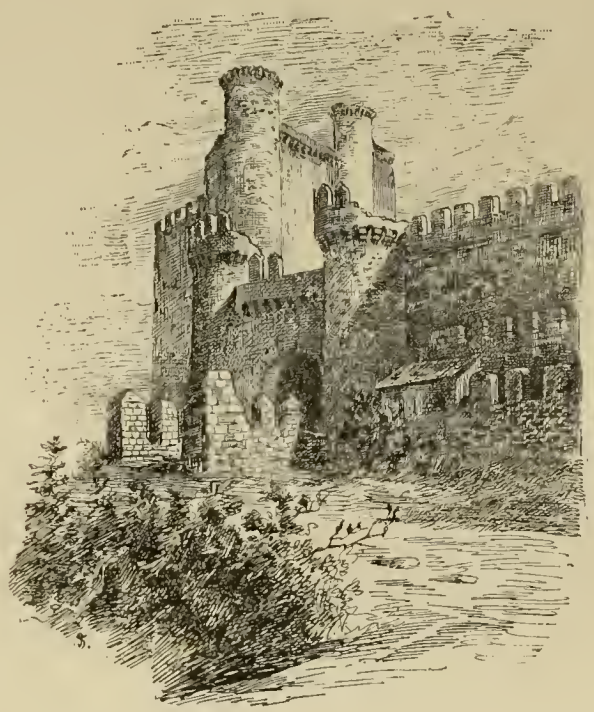
El fallecimiento de Alfonso VII produjo una nueva división de Estados, sucediéndole en Castilla Sancho III que falleció poco tiempo después de empuñar el cetro, legándolo á un niño de tres años que llevó en la historia el nombre ilustre de Alfonso VIII. Turbulenta fué su menoría, pero señaló su mayor edad con bélicas proezas; y bien puede considerarse su reinado como uno de los más decisivos y fecundos para la obra de la independencia patria. Retado por este monarca el emperador de los almohades, Jacob-ben-Yussuf, vino de África á la cabeza de un numeroso ejército como auxiliar del rey moro de Sevilla; y como esperase en vano el cristiano los auxilios que había solicitado de sus vecinos, y se atreviese á salir al encuentro del enemigo, sufrió en Alarcos terrible destrozo, que fué á manera de providencial aviso para la monarquía castellana.

La batalla de Alarcos fué sin duda de las más encarnizadas que riñeron cristianos y muslimes. Ocupaban éstos una llanura y extendíase el ejército cristiano sobre una posición inmediata á la fortaleza de aquel nombre. Ocho mil caballos cubiertos al igual que sus jinetes de hierro y acero se lanzaron al galope desde esta posición sobre las huestes enemigas, y rechazados por dos veces rompieron á la tercera el centro del ejército moro. Pero una reserva compuesta de kábilas alárabes envolvió á la caballería cristiana, mientras Senanid, jefe de los bravos moros andaluces, caía sobre el collado en que se hallaba el grueso del ejército castellano y el estandarte real, y deshacía y derrotaba aquellas tropas, pereciendo en esta refriega diez mil caballos y casi toda la gente de las Órdenes militares. Fué un horrible choque, una matanza espantosa de la que pudo escapar el rey D. Alfonso refugiándose con las reliquias de su ejército en Toledo. Tal desastre sólo produjo por lo pronto intestinas guerras entre los cristianos, pues este monarca trató de vengarse de la morosidad ó falsía de los de León y Navarra, aún á despecho de las correrías que los árabes hacían en su propio reino.

---

también Portugal en las intestinas guerras de los demás Estados en que se halla dividida la península y pasa por parecidas fases que los demás reinos. Más al terminar la Edad media, es una nación de escaso territorio, pero de fuerza muy superior á la que le corresponde, y apenas alborea la Edad moderna, lánzase á colosas empresas y peligrosos descubrimientos que ensanchan sus dominios y la procuran grandes riquezas, fama é influjo.

Por fin se llegó á una paz honrosa; y volviendo Alfonso cara al enemigo llamó junto á sus banderas á todas las fuerzas de la cristiandad, dispuesto á vengar el destrozo de Alarcos. Toledo vió congregada en sus muros la flor de la cristiana caballería, aquellos frailes-soldados que cruzaban su pecho con la enseña de Cristo, los paladines de Francia, Italia y Alemania, ricoshomes acompañados de sus hombres de armas, venerables prelados y gentes de las más opuestas procedencias. No cabía tal multitud en su recinto y acampó en las inmediatas huertas esperando la hora de emprender las operaciones.



Castillo de los Templarios en Ponferrada.

Espectáculo imponente el de esta hueste en marcha. Allí se confundian aragoneses, castellanos y leones; nobles y plebeyos; religiosos y seglares; y dando al viento sus banderas y divisas avanzaban esperanzados en busca del enemigo de su patria y de su fe. Militaban en la hueste de los franceses los arzobispos de Burdeos y Narbona. D. Pedro el *Católico* de Aragón acaudillaba 20.000 catalanes, aragoneses y provenzales, y á sus órdenes marchaban los prelados de Tarragona y Barcelona, los condes de Rosellón, de Ampurias y de Pallás; los vizcondes de Rocabertí, Cardona y Villamar; los Moncadas, los Galcerans, los Foix y los Cardonas. Seguian la bandera del monarca castellano el arzobispo de Toledo D. Rodrigo, los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma y Avila; los caballeros de la Orden de S. Juan, el gran maestre del Temple, muchos caballeros de Santiago y el gran maestre de Calatrava, figurando entre estas lucidas huestes los Briviescas, Velascos, Espinosas, Bustos y otros principales caballeros. La cobarde determinación de retirarse adoptada por los extranjeros, no influyó lo más mínimo en los ánimos; pero quiso la suerte que súbitamente se presentara el rey de Navarra con sus huestes á llenar este vacío, y gracias á esta coincidencia feliz debióse exclusivamente á los españoles la victoria.

Conquistada Calatrava y Alarcos, el ejército llegó por fin al pié de Sierra-Morena, ocupada convenientemente por los moros. En tal situación se ofrecían dos caminos para salvar este obstáculo: forzar el paso, arrollando á un enemigo encastillado en casi inexpugnables posiciones; ó bien dar un largo y fatigoso rodeo. A lo primero se atenía con poco acierto el consejo de capitanes, pero una senda de cabras de que dió conocimiento un pobre pastor, permitió que el ejército efectuára una marcha de flanco, operación feliz que permitió á los cristianos ocupar una posición desembarazada, en la que hicieron alto y desplegaron en disposición de librar batalla. ¡Ved de qué pequeños é insignificantes accidentes depende el porvenir de los pueblos y de las razas!

El ejército moro dividido en cuatro porciones formó en media luna, quedando al frente de la reserva el emperador; el cristiano se dividió en vanguardia, derecha, izquierda, centro y reserva. La vanguardia cristiana verificó el avance, fué rechazada y volvió al ataque reforzada por el centro y las alas; pero los moros contuvieron este impulso desplegando toda su fuerza en el frente, y á su vez dió la caballería árabe una carga. Rechazada ésta, unióse al núcleo de las fuerzas coaligadas la reserva, y cayendo sobre el ejército enemigo, lo quebrantaron y arrollaron obligándole á pronunciarse en retirada. Esta victoria en la que se dice perecieron 200.000 enemigos, debióse á los acertados ataques del centro y alas, y al empleo oportuno de la reserva. Digno es de mencionarse el arrojo personal de los monarcas que en ella tomaron parte. Alfonso VIII lanzóse á lo más recio de la pelea calada la visera y lanza en ristre, y el monarca navarro abrió brecha en el círculo de picas que defendían la tienda del monarca moro; formidable muro constituído por una guardia escogida de 10.000 negros. Formaba contraste con este arrojo la actitud del emperador Jacob-ben-Jusuf, quien estuvo leyendo el Korán hasta el momento de emprender la fuga. Tres días después de esta batalla continuó su avance el ejército cristiano haciéndose dueño de las fortalezas de Ferral, Bilches, Baños, Tolosa y Úbeda, en la cual se separaron los diversos contingentes, regresando cada uno á su punto de partida. Alfonso prosiguió más tarde su tarea conquistadora y murió poco después de haberse apoderado de Alcañiz. Pero iba ya la victoria á declararse definitivamente tras el importante triunfo de las Navas por los cristianos españoles: el poderío árabe menguaba por momentos y la hora de su total ruina no estaba lejana en el reloj de la historia.

Feliz coincidencia permitió que al advenimiento al trono de Castilla de Fernando III, más tarde apellidado *el Santo*, se reunieran de nuevo las coronas de León y Castilla, que Alfonso VII había entregado á sus dos hijos; y así robustecida la monarquía, al frente de la cual se hallaba ahora un rey piadoso y buen soldado, emprendióse de nuevo la guerra que tuvo por principal teatro Andalucía. Ya el infante D. Alfonso, hermano del monarca, había derrotado al rey moro sevillano, y al año siguiente apoderóse Fernando de Úbeda, Trujillo y Montiel, para caer luego sobre Córdoba y enarbolar en sus almenas el pendón cristiano. Esta vez las conquistas ofrecían ya carácter permanente, y el vencedor, cada vez más poderoso á causa de las fuerzas de que podía ya disponer, tenía sobre todo en su favor las luchas intestinas que constituyeron la historia de las monarquías árabes en su decadencia. A la conquista de Córdoba siguió la de Jaen, á la de Jaen la de Sevilla.

Sevilla, señora del Guadalquivir, bella sultana que refleja en este río sus encantos, acariciada por perfumadas brisas y bañada por el sol ardiente del mediodía, era una de las perlas que pudo con justicia ambicionar el rey para su corona. Su bloqueo tenía que efectuarse simultáneamente por mar y tierra, y prometía ser de larga duración: así, á las fuerzas de que disponía el rey, hubo de agregarse una flota de algunas galeras, con lo que quedó aislada por completo. Pero tratando de apretar aún más al sitiador, cortáronse las comunicaciones de la ciudad con el barrio de Triana, haciendo que embistieran á toda vela sobre el puente de barcas las dos más gruesas naves de la escuadra, operación que se trató de completar con el ataque á este barrio. En esta ocasión defendiéronse los moros con gran denuedo y hubo de cejar en su empeño el rey, pues fué inútil el arrojo de los cristianos y los recursos á que apelaron para abrir brecha. Menciónase la mina, á la que opusieron los

M. Soler, Editor.

ALFONSO VIII EN LAS NAVAS DE TOLOSA

sitiados la contramina y las máquinas construídas por orden del rey, y refiere la crónica que los moros tenían ballestas «que á muy grande trecho facien gran golpe é muchos golpes ovimos visto de los cuadrilleros que los moros tiraban que pasaban el caballero armado.» Quince meses duró el cerco; el 23 de noviembre de 1248 entregóse la ciudad al rey cristiano y trascurrido un mes abandonáronla á sus moradores. Fué de gran importancia para la historia de la cultura universal que no se repitieran allí los horrores de otros sitios, conservándose gracias á esto aquella famosa mezquita que convertida en templo católico es un hermoso ejemplar de la arquitectura arábigo-española.

Sanlúcar, Rota, Jerez, Cádiz, Medina, Arcos, Lebrija y Puerto de Sta. María cayeron seguidamente en poder de Fernando III; é importa consignar aquí tales nombres no á título de la grandeza que su dominio entraña para la monarquía española, sinó en cuanto pueden servir al lector de itinerario en esta época agitada. Así se explica que en esta circunstanciada narración omitamos el hacer mención cronológica de los monarcas que ocuparon el trono de Castilla, citando sólo aquellos que directamente han contribuido á la reconquista del territorio patrio.

Sello de Fernando III.

Sello de Sancho IV.

Al ilustre Alfonso X, sucesor de Fernando y varón insigne por su saber y sus desdichas, sucedió en el trono su Sancho IV, á quien apellidaron *Braco* sus contemporáneos; y así en efecto lo acreditan sus empresas, una de las cuales fué deshacer las flotas musulmanas en las costas de Africa y apoderarse de Tarifa, la ciudad que inmortalizó el valor y la lealtad de Guzmán. ¿Qué español no conoce la hazaña del leal caballero que desnudó su espada y la lanzó á un enemigo cobarde posponiendo á la vida de un hijo la gloria de su patria? La poesía la ha embellecido y se mantiene en la memoria de las generaciones junto á las de otros héroes de aquella sublime epopeya.

De escasa importancia fueron los dos siguientes reinados, no obstante haber conquistado el cuarto Fernando á Gibraltar, que se perdió muy luego por traición. Mas el advenimiento de Alfonso XI dió nueva actividad á la guerra. Comenzaron las operaciones con fortuna varia: derrotó el cristiano á 15,000 moros frente á Lebrija y fueron vencidas sus veinte y seis galeras por una flota africana de doscientas cincuenta velas, derrota esta que acredita el atrevimiento y denuedo de nuestras gentes que osaron hacer frente en el mar á un enemigo muy superior en número y elementos. Pero el inminente peligro que amenazaba con el desembarco de los moros, produjo parecido llamamiento que el de las Navas. Congregáronse los reyes de Castilla, Aragón y Portugal, y el segundo facilitó, además de su ejército, sus naves, que aparecieron en el Estrecho á las órdenes del almirante catalán Moncada.

La batalla del Salado que decidió estas operaciones tuvo lugar en las inmediaciones de Tarifa, en las márgenes del riachuelo de aquel nombre. Los musulmanes que sitiaban esta plaza al aproximarse los cristianos levantaron el cerco, y establecieron en ellas sus campos respectivos el rey de Marruecos y el de Granada, que había ido á incorporarse á éste. El río separaba las fuerzas de los moros de las del ejército cristiano.

En tal disposición se entabló la batalla al amanecer del día 30 de Octubre de 1340. Ochocientos mil hombres iniciaron el combate, atravesando el río y acometiendo á la caballería africana que los rechazó, viéndose aquellos obligados á reanudar el ataque reforzados por un nuevo contingente. En este segundo avance llegaron hasta la tienda del rey granadino, y casi simultáneamente efectuaba la guarnición de Tarifa una salida que rompió el centro de los africanos, compuesto de tropas escogidas de infantería y caballería. En tanto D. Alfonso pasando el Salado con la restante fuerza caía sobre el monarca de Marruecos, trabándose aquí un rudo combate de hombre á hombre, una de aquellas carnicerías que caracterizan tales batallas, en que un terrible flujo y reflujo de cuerpos humanos cubría los campos, arrastrándolo todo en pos de sí la oleada más poderosa. Allí Alfonso con poderosa voz gritó á los suyos: «El día de hoy veré yo cuáles son mis vasallos y verán ellos quién soy yo.» Pero triunfó el arrojo de los cristianos, y sobre aquellos campos ensangrentados tremolaron victoriosas las enseñas de Castilla, Aragón y Portugal.

Sello de Alfonso XI.

Cuatro años más tarde el bravo monarca castellano hallándose frente á la plaza de Algeciras fué víctima de la peste que á la sazón asoló á Europa. Condé hablando de este sitio dice: «Levantaron los cristianos grandes máquinas y torres de madera para combatir la ciudad, y los muslines las destruían con piedras que tiraban desde los muros y ardientes balas de hierro que lanzaban con tronante nafta que las derribaban y hacían gran daño en los del campo (1).»

No fueron tan gloriosos los siguientes reinados para la reconquista española: las luchas intestinas, los más vergonzosos desórdenes forman la trama de nuestra historia, en la que aparecen reyes desordenados como Pedro *el Cruel* y monarcas ineptos como Enrique IV *el Impotente;* una nobleza turbulenta, torpes favoritos y ambiciosos príncipes agitan y perturban á nuestra patria, espectáculo al que por fortuna pueden oponerse las disensiones que alteran y arruinan los Estados de los moros. Sin embargo, es justo que consignemos aquí la toma de Antequera por el regente del reino durante la menoría de D. Juan II, el esforzado D. Fernando, y la de Gibraltar en tiempos del cuarto Enrique: la historia de este período registra empero una fecha no tan gloriosa: la derrota de Aljubarrota en 1385. Tuvo lugar esta batalla con motivo de las pretensiones del rey D. Juan I al trono de Portugal con cuya princesa heredera estaba aquel casado. Muerto el monarca portugués, eligió la mayoría del pueblo al gran Maestre de la Orden de Avis, estallando con este motivo una larga y sangrienta guerra en la que terciaron Francia, Navarra é Inglaterra, guerra que se mantuvo á la par en el mar y en tierra firme, y á la que hay que añadir el espantoso azote de la peste del hambre que asoló á Europa entera. Pero después de repetidos encuentros, sitios y combates navales la suerte de las armas fué adversa á Castilla en la jornada de Aljubarrota.

He aquí cómo la describe un historiador militar:

Al amanecer del 14 de Agosto tomaron posición los portugueses sobre el camino que une á Leiria con Aljubarrota y se dispusieron al combate. Llegados los exploradores del ejército castellano, que seguían la calzada, al punto en que un arroyo la corta, y al empezar

(1) *Historia de la Dominación de los árabes*, Tom. III. Cap. 11.

á ascender desde allí á una espaciosa meseta, vieron sobre ella establecido al enemigo, y hubieron de hacer alto. Prevenidos los principales cabos de la hueste y acordado seguir adelante, dejaron el camino real, y por una marcha de flanco, separándose á la derecha de la posición enemiga lo suficiente para no ser molestados, la rodearon hasta llegar á situarse á retaguardia de los portugueses.

»El orden de marcha del ejército castellano era el siguiente: detrás de los gastadores y exploradores, el maestre de Alcántara, comandando la vanguardia, en que iban sus caballeros y escuderos y algunos portugueses adictos; á continuación el cuerpo principal de batalla, compuesto de los auxiliares franceses y los hombres de armas de Castilla, con el rey, conducido en litera á causa del mal estado de su salud y su servidumbre y guardias. Ultimamente, la masa de peones con 16 truenos ó bombardas y, en pos, el inmenso convoy de carretas, acémilas, criados, vivanderos, con algunos ginetes ó infantes.

Ruinas del castillo de Astorga.

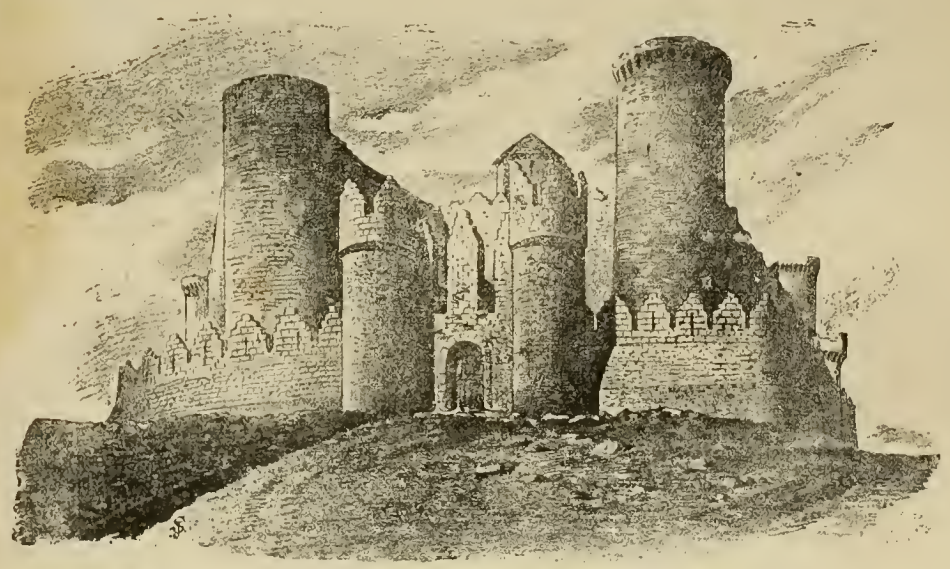
»Obligado por la maniobra del ejército castellano, el portugués ejecutó un cambio de frente á retaguardia, y logró mejorar su posición. Hácia el centro y en la parte más angosta de una larga y estrecha meseta, en orden perpendicular á la calzada, se estableció la vanguardia bajo el mando del condestable Alvaro Pereira, formada de 2,600 soldados entre hombres de armas, piqueros y ballesteros; estos embebidos en las filas de la caballería. De las extremidades de la primera línea partían las dos alas, formando con ella ángulos rectos; la derecha obedecía al caudillo Men Rodriguez, y su nervio consistía en la legión llamada de los enamorados, caballeros todos jóvenes y ganosos de fama; la izquierda se organizó con los auxiliares ingleses y bretones, regidos por el extranjero Juan de Monferrat. Medio kilómetro á retaguardia de la primera línea, se colocó el rey con la segunda, compuesta de 700 lanzas escogidas y ballesteros y flecheros hasta completar el número de 5,000 hombres; por último, detrás de la segunda línea, y encerrados en los muros de un vastísimo corral se establecieron las reservas y la impedimenta toda.

»Puede calcularse el efectivo de combatientes de este ejército en 10,000 no más, contra 30,000 que iba á oponerle el castellano; pero á la primera ojeada se advierte que esta desventaja del número quedaba compensada casi, por la posición. En efecto; estrechados los flancos de la meseta por dos arroyos de cauce bastante profundo, afluentes del río Lena, y para más obstáculo obstruídas las laderas por matorrales y arbolados y por algunas zanjas

y talas, los castellanos sólo podian acometer por el lado más angosto de la meseta y con un frente igual al de la vanguardia portuguesa, en condiciones que fiaban el éxito del combate al arrojo de la cabeza de su columna. A medida que los castellanos llegaban á la meseta, iban formando su primera línea á distancia de 1,500 metros de la vanguardia enemiga. La que durante la marcha fué vanguardia de los castellanos, formó el ala derecha; pero al empezar el combate, su jefe D. Gonzalo Núñez de Guzmán, maestre de Alcántara, se corrió por las laderas de dicho costado á envolver la posición enemiga, quedando en la planicie, frente á la primera línea contraria los portugueses adictos; los auxiliares franceses y gran número de caballeros castellanos: en total 6,000 hombres con 16 cañones ó bombardas que se establecieron delante. Distinguianse en esta hueste el hijo del condestable de Castilla, el almirante Fernán Sánchez de Tovar, el prior de San Juan y otros caballeros principales. El ala izquierda, compuesta de 3,000 combatientes, la mandaban el maestre de Calatrava y el mariscal Gonzalez Carrillo. A 600 metros detrás de la primera línea estaba el rey con su mayordomo y lo más escogido de sus nobles, y allí empezó á establecerse la segunda línea á medida que llegaban el resto de los hombres de armas y demás soldados. Más á retaguardia se armaron la tienda real y algunas otras, y comenzó á reunirse el convoy. No pocas horas hubieron de trascurrir en negociaciones y en conferencias. En el ejército castellano, muchas personas de juicio opinaron por diferir el combate hasta el dia siguiente, en atención á lo avanzado de la hora, y á que las tropas se hallaban cansadas de la jornada, faltando por incorporarse no pocos combatientes; pero los caballeros de la primera línea, jóvenes en su mayoría, ó impacientes por pelear, dieron la señal de acometida á las seis de la tarde. Entorpecidos en su marcha por los árboles, y el monte alto cortado, avanzaron con lentitud y perdiendo la alineación y las distancias, produciéndose claros en unos puntos y en otros apelotonamiento. Así se descompusieron y agruparon, en particular los que marchaban por las laderas, é inclinándose hácia el centro, resultó una masa informe, cuya confusión vino á aumentarse al salvar los caballos la zanja abierta por el enemigo delante de su primera línea. Sin embargo, esta fué quebrantada y rota por el choque; pero las alas portuguesas, al ver que no eran atacadas por las laderas, dieron frente á retaguardia, y por medio de una conversión cayeron sobre los castellanos al tiempo que el rey de Portugal cargaba con la segunda línea. El desorden en que se hallaba la cabeza de la columna asaltante, la presión de los que seguian en pos, aumentada con la concurrencia de los de segunda línea, lo angosto del paraje, todo era contra los de Castilla. Sin procurar estos restablecer la formación, peleaban en grupos, ó aisladamente, sin lograr introducir la confusión en las filas contrarias; prodigios de valor los hubo por una y otra parte, y el nuevo rey de Portugal se hizo digno en esta jornada de la corona que debia á una usurpación. Mientras sólo pensaba dar ejemplos de heroismo, el valiente castellano D. Alvaro Gonzalez Sandoval le arrancó el hacha de armas, le hizo caer de rodillas, y en el momento de descargar sobre su cabeza el golpe mortal, un portugués salvó á su monarca, derribando á Sandoval en tierra. No era esta conducta la del rey de Castilla. Al iniciarse el combate dejó la litera y montó en una mula, para permanecer espectador de la lucha desde el punto en que se hallaba; y cuando empezaron á ceder los castellanos, efecto del pánico que se apoderó de la segunda línea y de la gente sin armas del convoy, y el movimiento de retirada se acentuó hasta degenerar en huida, saltó D. Juan en un caballo de su mayordomo mayor, y como dice con suma delicadeza el general Sandoval, sacó fuerzas de flaqueza para espolear su caballo durante toda la noche. Apenas duró una hora esta batalla en que se había disputado una corona. D. Juan llegó aquella noche á Santarem, navegó por el Tajo, y se acogió á su escuadra surta en Lisboa, con alguna gente que pudo seguirle, más celoso de su persona que de su crédito. Pero no todos los caudillos obraron de la misma manera que su rey y señor; el decidido maestre de Alcántara, D. Gonzalo Núñez de Guzmán, que hemos visto al dar comienzo á la lucha correrse con su hueste á la derecha para acometer la retaguardia enemiga, cumplió como fiel caballero su misión. Por haberse precipitado el

ataque de frente, no coincidió éste con la acometida del maestre; pero el noble caudillo peleó intrépido con el cuerpo que cubría la retaguardia portuguesa, y con el mismo condestable Nuño Alvarez de Pereira, que la socorrió; fué entonces rechazado el maestre de Alcántara, mas no derrotado, y tanto es así, que hasta la media noche permaneció á la vista del contrario, sin que éste osara molestarle, recogiendo dispersos y reorganizando sus compañías. Al frente de 1,000 hombres, emprendió la retirada por Santarem, pasó el Tajo y regresó á Castilla. La mayor parte de la infantería que no llegó al campo de batalla, se declaró en fuga; pero muchos se salvaron uniéndose después al infante D. Carlos de Navarra, que apresuradamente venía en socorro de su aliado el de Castilla.

Las bajas del ejército de D. Juan I se hacen subir á 10,000 hombres, incluyendo en esta pérdida los muchos dispersos, sacrificados por el paisanaje. El vencedor tuvo mil ochocientos á dos mil combatientes, muertos ó heridos.



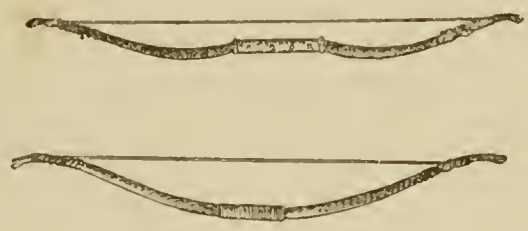
Castillo de Belmonte

«Cuanto más se medita sobre las circunstancias de esta batalla, más grave aparece la responsabilidad del monarca de Castilla; indeciso en los preliminares, perplejo y como dominado de la atonía durante los lances de lucha, sólo sabe adoptar una resolución: la de abandonar el campo cuando aún era posible remediarlo todo, ó á lo ménos, reducir á acción perdida lo que fué espantoso desastre. Los portugueses celebraron espléndidamente la victoria, y á la verdad, con sobrada razón; pero á la imparcialidad histórica cumple establecer que los de D. Juan I se declararon vencidos antes de hallarse perdida la batalla, y que sus adversarios debieron el triunfo, no á su esfuerzo, que fué heróico, sino al desconcierto que presidió á todos los actos del ejército de Castilla, á la falta de una autoridad firme en él, y, más que todo, á la censurable y jactanciosa desconfianza de los guerreros castellanos (1)».

(1) Hernández *Hist. Milit. de España.*

El final de esta guerra, que no terminó con el desastre de Aljubarrota, puede decirse que lo fué de la vida de este rey, y la monarquía castellana hubo de pasar por borrascosas minorías y reinados verdaderamente funestos en los que la degradación del trono, la impureza de la privanza, la relajación del clero y el estrago de la moral pública llegaron á su grado más alto. ¡Epoca calamitosa de la que pudo salir á salvo la unidad patria gracias al genio tutelar de este desdichado país siempre agobiado y oprimido, nunca postrado ni desesperanzado!

Tras tanta degradación y tanto desorden el historiador saluda alborozado la aurora feliz que alumbra esa obra magnífica de la unidad de la patria, preparada por Fernando é Isabel, monarca aquel de Aragón, Cataluña, Valencia, Cerdeña, Nápoles y Sicilia; reina esta de las Castillas, León, Asturias, Galicia, Vizcaya, Murcia y Andalucía, con excepción de Granada. Y ved que la enumeración de cada uno de estos dominios indica por sí sola etapas que evidencian tanta perseverancia como valor: ved que en ellas se manifiesta el camino seguido por las importantes monarquías aragonesa y castellana en obra tan admirable. La primera avanzaba desde el Pirineo hácia el mediodía siguiendo el litoral, no sin aliarse por eso con los castellanos en los momentos decisivos y críticos como en las Navas y el Salado;

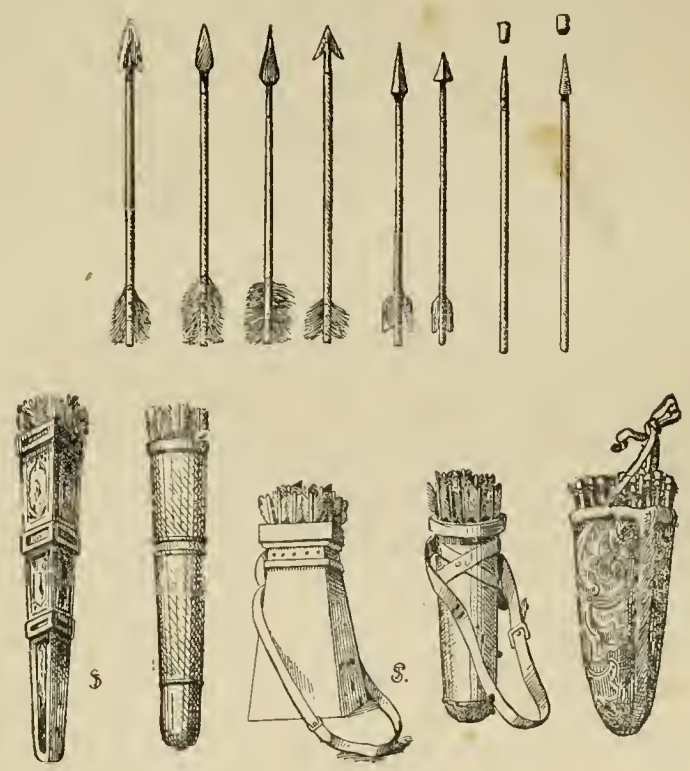


Arcos

y sin desatender al enemigo que tiene en la patria, aún cuenta con fuerza expansiva bastante para lanzar al mar poderosas escuadras y hacerse señora de Mallorca, Cerdeña, Nápoles y Sicilia, y lo que es más admirable todavía, trata de prestar un contingente á las Cruzadas y un puñado de sus guerreros tremola en Bizancio sus banderas y llega á erigir en Atenas un principado independiente. La segunda avanza á lento paso por el interior, conquista desde los montes de Asturias palmo á palmo el terreno, erige sus castillos á medida que avanza en su dominación y llega por último á saludar las playas andaluzas, completando así su obra y dejando aislado y reducido al moro, que estrechado por todos lados y debilitado por las disensiones interiores se ve en el caso de rendirse y abandonar nuestro hermoso suelo. Este doble cometido de las poderosas monarquías reunidas bajo el cetro de los Reyes Católicos, nos obliga á suspender aquí nuestra tarea, para volver la mirada á los progresos realizados por la monarquía aragonesa. La castellana nos ha ofrecido detalles para apreciar las luchas sostenidas en tierra firme; debemos estudiar en Aragón el poderío militar y marítimo de nuestro pueblo. Sólo nos resta para completar el presente estudio dar obligados detalles acerca de la organización, armamento, sistema de combate, ordenanzas etc. etc., del ejército de la monarquía castellana.

IV

Lento, pero constante es el progreso que se realiza en el estado social y militar de España á contar desde el siglo VIII al XV. Lo unidad nacional se constituye en este período gracias á una serie de combates que inaugura la victoria de Covadonga y termina la toma de Granada; y en esta serie de combates pueden irse siguiendo paso á paso los adelantos del arte militar en relación con el modo de ser nacional. Empieza la reconquista, y la lucha se



Saetas, cuadrillos, viratones.—Aljabas, carcax y goldre

entabla en condiciones desiguales en un principio; la astucia suple á los recursos materiales y al número; poco á poco y cuando los medios se vienen á la mano, aparecen ciertos elementos algo afines al arte, échase de ver cierta ordenación y escuadronamiento; y más tarde equilibradas las fuerzas, se notan ya principios organizadores, métodos y plan adecuados á las circunstancias, por los que se rigen aquellos capitanes coronados que condujeron ejércitos cristianos á las Navas y al Salado, á Toledo y á Sevilla.

La derrota de Almanzor en la batalla de Catalañazor, la rendición de Valencia y de Toledo, la victoria de las Navas, la toma de Córdoba y la de Sevilla, la batalla del Salado,

la entrada en Zaragoza, la conquista de Mallorca, son otras tantas etapas de la reconquista, á la que debe añadir el historiador militar las épicas hazañas de catalanes y aragoneses en su expedición á Oriente y las guerras de Italia. ¡Qué inmenso cuadro! Sus colosales proporciones no permiten detenernos en admirar ciertos detalles, careciendo del necesario espacio para describirle! Su espíritu hay que buscarle en las páginas del Romancero, en los ámbitos sombríos de nuestras magestuosas catedrales, en los homenajes de nuestros antiguos castillos ó entre las moles gigantescas de nuestras montañas. Allí y sólo allí alienta el espíritu de la reconquista patria.

Guerrero del sig'o XI

Sigamos, empero, el desarrollo del arte militar, cuya infancia traduce el valor individual, el esfuerzo del brazo, práctico en dar tajos y mandobles, y en manejar con destreza la lanza y el mazo de armas; cuya juventud se revela en el empuje armado de los guerreros, en la masa compacta erizada de picas, en los escuadrones hábilmente dirigidos durante el combate, y cuyo período de vigoroso desarrollo comienza en el momento en que se allegan esas máquinas ó ingenios que producen truenos; gérmenes poderosos de una trascendentalísima revolución en la esfera de la guerra. Desde el siglo X comienza á advertirse en los ejércitos ó agrupaciones armadas, organización y escuadronamiento. La procedencia árabe de algunas voces militares indica que los cristianos españoles aprendieron algo de sus enemigos. Los cargos de cabdillo y adalid, la división de la fuerza armada en hostes y en cuadrillas, y otros empleos y palabras, dan á entender que España, contra la opinión de escritores militares extranjeros, entre otros el distinguido Blan, fué una de las naciones en que el arte militar dió en la Edad Media verdaderas señales de vida. Y bien se comprende hubo

de ser así desde el momento que sus naturales abandonando las montañas se atrevieron á hacer frente al enemigo en campales batallas. Durante todo este período puede decirse que todos los españoles desde los veinticinco á cincuenta años, eran soldados. Cada pueblo formaba su mesnada, agrupación de hombres armados que si pertenecía aquel á la corona se llamaba realenga, pues también podía depender de un señor ó rico-home. Cada mesnada se dividía en peones y caballeros, y en el campo de batalla aparecían unidas ó fraccionadas en trozos ó haces para operar en combinación. Las villas tenían obligación de tener dispuestas sus mesnadas y los ayuntamientos debían proveer á sus campeones de calzas, capas y espuelas. «El Fuero de Cáceres (1223), dice Clonard, es uno de los más explícitos con respecto á los contingentes de sangre: consigna que el que iba al ejército con tienda de campaña de veinte ó más cuerdas debía llevar dos escusados, dos ginetes ú ocho peones; siendo armado con loriga y almofar, ó lorigón con capellina, dos escusados; y siéndolo con brafoneras tres escusados, tres ginetes ó seis peones, aun cuando no tuviese tienda; siendo de advertir que los escusados debían elegirse de la clase de aldeanos, y en su defecto de la de villanos. Aquellos cuya renta no llegaba á veinte maravedís se les abonaba uno; al ballestero que tenía ballesta con dos cuerdas y una avancuerda con sesenta saetas, media ración si salía montado y una cuarta parte si iba á pié. Esta indemnización la recibían los alcaldes del depositario del consejo para repartirla á los alistados, ó los adalides enviaban cuadrilleros á cobrarla.»

Componían la caballería de las mesnadas los nobles y los propietarios de fincas rústicas y urbanas que podían procurarse armas y cabalgadura, lo propio que vecinos honrados; y así unos como otros debían satisfacer el tributo de *anubda*, destinado al funcionario que hacía público el bando del monarca ó señor y congregaba á la gente de armas.

Pero en los ejércitos de aquella época figuran también tropas especiales conocidas con el nombre de almogávares *(almugàvers* en Cataluña).

No nos detendremos á investigar la etimología de este nombre. Creemos que estos almogávares eran gente fronteriza, independiente y brava que habitaba en diferentes comarcas de Aragón y Cataluña y se daban al ejercicio de las armas viviendo sin sujeción de ningún género. En las montañas de Asturias y Galicia existían los *golfines*, gentes también de mal vivir que recorrían aquellas sierras y luego descendieron á los territorios limítrofes, ocupándose en robar y saltear en tierra de moros y aun de cristianos, y viviendo seguros entre los desórdenes y agitaciones que consigo produce la guerra. Compréndese por lo mismo la existencia de esos merodeadores-soldados y se concibe que trataran de utilizarlos con ventaja, para sus empresas, los monarcas cristianos. El título 22 de la 2.ª Partida enumera las condiciones que debían reunir estos soldados, y por la lectura de estas leyes échase de ver que en Castilla se confundía á veces la voz peón con la de almogávar. Pero como quiera que sea, el almogávar era un soldado de tropas ligeras, parecido al vélite romano y destinado á las descubiertas, sorpresas y servicio de flanqueo. Constituían, dice el señor D. Serafín E. Calderón, verdaderas tropas ligeras, pero con todas las condiciones del legionario ó falangista más firme; tropas en fin no inferiores á las antiguas legiones y de una superioridad indisputable si se les compara con los soldados de los tiempos modernos (1).

Al ocuparnos más tarde de los ejércitos aragoneses nos detendremos á estudiar con algún detenimiento este tipo militar que debía inmortalizar nuestro esfuerzo en Italia y en Oriente.

En los primeros años del siglo XV comienza á sujetarse á reglas el alistamiento de la infantería. Échase de ver cierta ordenación sistemática, siendo la base de cada unidad el número diez. A mediados del mismo siglo ya se efectúa en Jaen un ensayo de nueva organización, y la infantería compuesta de espingarderos ballesteros y lanceros, aparece dividida en *collaciones*, y subdividida en decurias. Nótanse también tendencias á uniformar estos contingentes. Por último, á fines del mismo siglo, D. Juan II da en Segovia una Ordenanza en la

(1) Los soldados almogávares (Fragmento extractado de la *Historia inédita de la infantería española*).

que señala el armamento que debe llevar cada súbdito á la guerra, con arreglo á las rentas que perciba.

Determinase en el *Espéculo de todos los derechos* la clase de contingentes que formaban la hueste y son: ricos-homes de pendón y caldera, terra-tenientes, caballeros de las órdenes militares súbditos de las dignidades eclesiásticas y soldados de concejo, es decir, pertenecientes á las mesnadas de ciudades y villas.

De la importancia que en el período histórico de que nos ocupamos alcanzó la caballeria, podemos hacernos cargo á poco que nos fijemos en las armas, así defensivas como ofensivas, de que estaba provista, y que convertian á ginete y caballo en ambulante fortaléza; así como ven la proporción en que entraba en los ejércitos. Esta importancia fué decreciendo en España á contar de la batalla de las Navas de Tolosa, donde se empleó en conveniente proporción con la infanteria, pero preciso es convenir que nunca se manifestó tan ostensiblemente entre nosotros como en el resto de Europa: á ello se oponian la naturaleza de nuestro suelo, la índole de la guerra que se venia sosteniendo y las condiciones de sus naturales. Los reyes de Aragón condujeron á la lucha ejércitos compuestos en su mayor parte de infanteria, y como excelentes infantes se dieron á conocer aquellos *almogavers* que más tarde llevaron á Oriente las tradiciones de nuestro heroismo,

Máquina de movimiento parabólico

Veamos ahora cuáles eran las armas así ofensivas como defensivas de la caballeria. Llevaba el ginete cubierta la cabeza con un yelmo metálico, la celada protegia su rostro, la visera su frente y la barbeta y guardarrem la parte inferior de la cara y el cuello: el caperuzo defendía la parte superior de la cabeza en el que ondeaba la cimera de plumas. Resguardaba el cuerpo una coraza y defendian los brazos hombreras, coderas y brazales: las manos aparecian cubiertas por manoplas. El faldar, las musleras, las rodilleras y las esquivelas, indican á las claras su especial destino. También el caballo iba agobiado como el ginete bajo el peso del testuz, frontal y otras piezas que cubrian el resto del cuerpo. Pero á las armas defensivas entre las que debe incluirse el escudo ó rodela, hay que añadir las ofensivas, una lanza, una maza de armas, la espada y en ocasiones el hacha.

Ya se comprenderá que tal caballería sólo podía cargar al trote corto y en terreno seco; pues de encontrarse en sitios pantanosos ó húmedos eran los ginetes verdaderos prisioneros de su armadura, viéndose en la precisión de permanecer inmóviles sobre sus caballos agobiados por el peso de las armas. Según la clase de armadura, estableciéronse sin embargo, distinciones: á los soldados de caballería que iban por completo cubiertos de hierro y constituían la caballería pesada, se les llamó *omes guarnidos*, y *caballeros á la guisa* á los de la caballería ligera, que usaron armaduras ménos pesadas ó medias armaduras. La caballería usó también la ballesta y el arco, y más tarde veremos la influencia que ejerció la aplicación de la pólvora á la guerra en su especial modo de ser.

Ya se comprenderá que en un principio, la caballería no formó cuerpos, pues los caballeros armados de punta en blanco aparecían rodeados de numerosos hombres de armas levantados á sus espensas y que secundaban su acción individual ó colectiva en los campos de batalla. Allí se veían confundidos, distinguiéndose por sus motes ó divisas y rivalizando en arrojo y esfuerzo, los *ricos homes* de pendón y caldera, los príncipes de la Iglesia y los caballeros de las Ordenes religiosas, formando un conjunto imponente y brillante.

Los peones, ó hablando en general, la infantería estaba armada con la daga, la espada, el lanzón corto y grueso provisto de un hierro ancho y sólido, la partesana, la alabarda, la ballesta y el arco: completaba su armamento, un capacete con visera, túnica de malla y botines de cuero: más tarde emplearon piezas de hierro para defender el cuerpo. Dadas las condiciones topográficas de nuestro suelo se comprende la superioridad que la infantería adquirió rápidamente sobre la caballería. Más especialmente se manifestó en las provincias del Norte, donde ya dieron cuenta los vascos en época relativamente remota de los famosos caballeros del ejército francés en Roncesvalles, y donde se manifestó marcadamente la preponderancia de la infantería en los excelentes cuerpos creados en las comarcas catalana y aragonesa. Así también lo dieron á conocer los somatenes catalanes en determinadas ocasiones y así lo hicieron patente las huestes de almogávares. Las formaciones más usadas durante la Edad media fueron el haz, muro, cerca y cúnea, ó sea en línea ó batalla, en masa, en cuadro, en formación compacta circular y en cuña. Las cítaras eran cuerpos colocados en los flancos para hacer frente á un movimiento envolvente, y el trapa un cuerpo volante que operaba con independencia del grueso del ejército. Este tenía sus distintivos, banderas reales, estandartes, pendones, confalones, etc. La primera se desplegaba tan sólo al entrar en combate. La disposición de los campamentos en este período se acomodaba al terreno sobre que se establecían: la tienda del rey ocupaba el centro; á su alrededor se hallaban las de sus capitanes, y con el necesario intervalo seguían las de las huestes ó mesnadas. Estableciánse vigilantes de día y noche en los puntos más elevados y circulaban patrullas para asegurar la defensa y tranquilidad del campo. En las inmediaciones de las plazas sitiadas levantaba el sitiador fuertes trincheras y abría profundos fosos. Estos atrincheramientos llegaron á construirse de piedra y mampostería. Desprèndese de lo expuesto que el ejército iba adquiriendo cierto grado de instrucción táctica, instrucción que se fué desarrollando en el trascurso de algunos siglos, á compás de los nuevos ingenios ó inventos de que se echaba mano para hacer frente al enemigo, y que por cierto figuran ya en España desde el siglo XI. Bien es cierto que los ejércitos cristianos y árabes habían reñido batallas en regla, como la de las Navas y un siglo más tarde la del Salado. En esta pónense de manifiesto los trascendentales adelantos realizados en el arte, así como el conocimiento de los capitanes que dirigieron las huestes; tienen grande importancia la topografía del terreno y las comunicaciones, la demostración, ó marchas de flanco para desconcertar al enemigo, la distribución de las fuerzas de vanguardia, centro y retaguardia, los movimientos envolventes, el empleo de gruesas masas de caballería y el uso oportuno de las reservas.

Los nuevos medios puestos al servicio del arte y el perfeccionamiento que suponen siete siglos de lucha, acusan cierto grado de organización en las fuerzas municipales de que dispusieron los monarcas españoles, organización y perfeccionamiento anexos al engrandeci-

miento de sus reinos por efecto de enlaces ú otras causas, y á la creciente preponderancia de la Corona sobre la nobleza. Y bien á las claras se traslnce esto en el sitio de Granada, sitio en el que aparece á nuestros ojos la patria felizmente constituída y el estado militar fundado. Puede decirse que los gérmenes de cuerpos permanentes, existian en las diferentes guardias de que se rodeaban los monarcas, y cuyo origen se remonta á los Espactarios godos. Los condes de Castilla crearon los Monteros de Espinosa, guardia especial de su persona compuesta de seis hombres que en el siglo XIII aumentó D. Alfonso VIII al número de veintitrés, y que más tarde, en tiempos de D. Fernando V, llegó á cuarenta y ocho. Los reyes tenian derecho, segun nuestras leyes de Partida á guarnecer con sus fuerzas las fortalezas, puertos y fronteras, para lo cual contaban además tropas á su devoción. De manera que las fuerzas militares, cuya clasificación hemos hecho anteriormente, se reducian á tropas estipendiadas y que servian temporalmente á las órdenes de un señor, reconociendo empero

Máquinas de guerra para batir los muros.

como jefe superior al rey; tropas que servian incondicionalmente á un señor feudal, también con estipendio, y tropas realengas. Que los reyes anduvieron celosos de los nobles, bien se echa de ver en las medidas adoptadas en punto á organización de las fuerzas militares. Una compañía de doscientos caballos, los Escuderos del rey, servian de guardia al monarca D. Pedro llamado *el Cruel*, provistos de adarga y lanza y montados á la gineta. D. Alvaro de Luna, favorito de D. Juan II, creó un cuerpo de mil lanceros, una guardia de ballesteros y otra de monteros á caballo; cuerpos que fueron disueltos por arte de los nobles. Mucho tiempo después D. Fernando V creó la *Guardia amarilla*. Pero el hecho más importante en punto á organización de la fuerza armada, fué el decreto dado en 1464 ordenando la formación de *Hermandades* para persecución de malhechores. Cada cien vecinos tenia que sostener un soldado de á caballo, sin perjuicio de servir cada cuatro meses cierto número de ellos, poniéndose al efecto á las órdenes del alcalde ó cuadrillero. Estos estaban autorizados para recoger más gente, en caso necesario, en la inteligencia de que los comprendidos en tal servicio tenian que contar veinte años de edad y no exceder de los sesenta. Estas fuerzas estaban divididas en cuadrillas á las órdenes de un capitán y todos sometidos á un capitán general. Dos mil hombres de caballería se contaban ya en 1476, los que unidos á los cuerpos ya organizados, y á la artillería también existente, constituian un núcleo respetable, apto para hacer frente á los moros y arrojarlos de nuestro suelo, apto sobre todo para tener á raya á la nobleza, y en disposición de secundar miras emprendedoras que más tarde hicieron de nuestra España una de las potencias más temidas del orbe. Digamos algo acerca de las gerarquías militares. Después de la conquista de Sevilla el título de *Conde* fué sustituido por el de *Adelantado mayor*, cargo parecido á nuestros capitanes generales de distrito. El Adelantado concurria con sus tropas á la defensa de este y auxiliaba á los que

combatian en él. El rey D. Juan I comprendiendo la necesidad de una jerarquia militar que á sus inmediatas órdenes tuviera el mando del ejército, creó en Castilla en el año 1382 los cargos de Condestable y Mariscal, existente ya el primero en Aragón, ordenando que para desempeñarlo se eligiera un infante apto é idóneo, siempre que le hubiera en la familia real. Las funciones del Condestable equivalian á las de un moderno ministro de la Guerra y las del Mariscal á un general en jefe. Sin embargo, si bien los del primero hállanse perfectamente especificadas por el cronista de Enrique IV, es bastante difícil comprender qué dignidad y cargo era el de Mariscal, pues Salazar dice de él en sus *Dignidades:* La jurisdicción que el rey Don Juan I dió á sus mariscales fué para todos los negocios civiles y criminales en sus exércitos, reconociendo al Condestable que era el General.» El citado rey confirió este cargo á caballeros de cuenta, que lo desempeñaron en León, Castilla y Andalucia; y á lo que parece vino á parar este oficio en un simple titulo honorífico. Salazar dice que en su tiempo (1618) desempeñaban el cometido militar de aquellos los Maestros de campo, y Almirante después de citar diferentes autores, deduce que en España por aquellos tiempos existió la «palabra» pero no la cosa (1).

Manteletes.

Pasemos ahora á ocuparnos de la antigua tormentaria ó balistica. Clonard la divide en cuatro clases. La primera comprende las máquinas de aproche: Bastidas de puente y de torno, Mantelete ó Manderete, Fonda-fuste, Grua, Manta, Zarza. La segunda las de acción horizontal; como la Balista, Catapulta, Escorpión y Gossa, que arrojaban grandes dardos ó cuadrillos empeñalados é impregnados; y los Arietes ó Carneros, Buzones y Helépolos que herían el revestimiento del muro. La tercera las de movimiento parabólico, como el Fundibulo ó Fenévol, Mangaña ó Almagaña, Almojaneque, Trabuco, Garrote, Libra y Bricola; y por último, la cuarta, las accesorias, como los Caños de arambre, Capsas de puente ó Semibastidas, Galgas, Abrojos, Paneras, Terrazos de cal y jabón.

La historia de Guillermo de Tiro, obra atribuida á D. Alfonso el Sabio, y cuyo titulo es *La gran conquista de Ultramar*, y sobre todo el precioso manuscrito existente en Venecia titulado *De passagis in Terram Sanctam*, muchas de cuyas ilustraciones encontrarán nuestros lectores reproducidas en la interesante *Historia de las Cruzadas* de Kugler, arrojan grandisima luz sobre la antigua tormentaria. También las Partidas hablan de estos ingenios y manifiestan que son de muchas maneras, castillos de madera, gatos, bozones, etc. Los grabados que se intercalan darán de ellos idea y su detallada descripción, que en oportuno lugar encontrará el lector, ilustrará convenientemente este punto.

Un importante agente debía contribuir en este periodo histórico á cambiar la fisonomia de la guerra: *la pólvora*. Prescindiendo de investigaciones y conjeturas acerca de la invención de un agente que tan radical trasformación debia hacer experimentar al arte, cúmple-

(1) Dic. Militar Arts. *Condestable, Mariscal.*

nos tan sólo consignar como cosa probada que España fué la primera nación en donde se introdujo la artillería. Los pueblos de Oriente fueron quienes primero hicieron uso de composiciones incendiarias que lanzaban en receptáculos de metal ó piedras arenizcas y por medio de máquinas semejantes á los fundíbulos; y entre estas composiciones figuró en primer lugar el fuego griego; y la voz trueno con que en un principio se conoció la artillería tiene su origen, según un erudito escritor, en una palabra árabe de la que deriva el término *algarrada* con que en un principio se conocieron estos engeños. Escritores extraugeros afirman que los árabes se batieron en la Meca por los años 960 con armas de fuego.

Como quiera que sea, en el siglo XII se hace ya mención de una batalla naval entre moros tunecinos y sevillanos en que emplearon aquellos tiros de fuegos que despedian truenos de fuego. A principios del mismo siglo hace uso D. Alfonso el Batallador de unas máquinas que despedian truenos contra las murallas de Zaragoza, cuyas máquinas ha de transportar en carros tirados por bueyes (1). En el primer tercio del XIII los españoles atacan á la plaza de Requena con las ya citadas algarras ó algarradas: en los sitios de Mallorca y Burriana hace uso de ellos el rey de Aragón, y en el de Sevilla los emplea San Fernando al atacar á Triana. Figuran también en los sitios de Córdoba (1280) Gibraltar (1306) y Alicante (1331). Gerónimo Zurita y el cronista de D. Alfonso XI, Nuñez de Villaizan, nos dan cuenta de esas pelotas de hierro que se lanzaban con fuego y que no es posible dudar fuesen balas rasas contenidas en cañones de hierro más ó ménos toscos, é impulsadas por la pólvora.

No puede determinarse de una manera exacta la aplicación de la pólvora á las armas de fuego, aunque por lo que llevamos expuesto es indudable que los árabes la usaron antes que otra nación alguna. Florian ocupándose del célebre sitio de Algeciras (1342) dice que en él «usaron los moros de cañones, y es la vez primera que de ellos se habla en la historia», y la Crónica de D. Alfonso XI hablando de este sitio dice que los moros de la ciudad lanzaron muchos truenos contra las huestes, en que lanzaban *pellas* de fierro. Estas pellas las lanzaban á tan gran distancia que pasaban allende la hueste algunas de ellas y algunas ferían en la hueste. En este mismo siglo XIV figuran estos truenos en asedios y aún en batallas, como ocurrió en la de Egea (1394) en que los moros rodearon á los hombres de armas y concluyeron con ellos arrojándoles truenos y saetas. El transporte de esos truenos hacíase por medio de carretas. Por último á mediados de este mismo siglo XIV, ya aparecen las lombardas ó bombardas, las que según veremos empleó el rey D. Pedro VI en el combate naval con la flota del rey D. Pedro *el Cruel* que tuvo lugar en el puerto de Barcelona.

En el siguiente siglo fuéronse usando las lombardas en los sitios de plazas y fuertes; y según los datos que ofrecen las crónicas vemos que se procuró crear un personal especial para servirlas y trenes para transportarlas. Menciónanse los maestros lombarderos, ingenieros y pedreros, y cada lombarda estaba confiada á un hombre que debia solicitar cuantos aparejos y pólvora fueran menester para el servicio de la pieza.

Pasemos ahora á describirlas, dejando para las *Ilustraciones* otros curiosos detalles relativos á este punto.

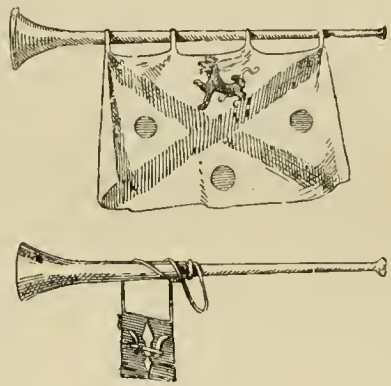
Existe en el Museo de Artillería de Madrid una de estas bocas de fuego que consta de dos partes: *Caña* constituída de barras de hierro forjado de una y media á dos pulgadas de ancho; estas barras forman un tubo cilíndrico sobre que se forjan unos aros que le cubren en toda su longitud, y sobre la unión de estos otros menores: en estos aros hay colocados varios argollones para facilitar el manejo y sujeción de la recámara y montaje por medio de cuerdas. *Recámara,* más corta y de igual construcción, en la que se colocaba la carga y un taco de madera encina (2). El montaje es de madera y á él se sujeta con cuerdas la lombarda.

(1) Es probable que las primitivas piezas de artillería se aplicaran á las bastidas. Condé dice en su *Historia de la dominación de los árabes en España* que en el sitio de Zaragoza «atacaron los cristianos con torres de madera conducidas por bueyes, poniendo sobre ellas truenos y otras máquinas».

(2) Las dimensiones de esta lombarda son: «Calibre de la caña, 215 milímetros; id de la recámara, 118, longitud de la caña 2'55 metros; id. de la recámara, 0'81 metros; entrando el cuello ó pieza de enchufe».

Existe también, entre otras piezas, morteros hallados en Burgos y Segovia: uno de ellos se dice figuró en 1367 en el sitio de la primera de estas ciudades. Fácil es que á estos sigan los falconetes, de más cortas dimensiones que las lombardas, pero también de hierro forjado; con aros, más sin anillas: la recámara tiene rebajo para enchufar y eje para su manejo.

Las más antiguas piezas conocidas datan del siglo XI, y en los falconetes que acabamos de mencionar se marca ya el paso á las armas portátiles de fuego, que confundiéndose en un principio con la artillería se dan á conocer más tarde en los campos de batalla. El invento de la artillería, toseo en un principio, sujeto á gradual reducción, dió origen á las armas portátiles, cuyas primeras noticias se refieren al año 1334. En el siglo XIV se emplean en Italia y Alemania, y en el siguiente en Suiza, Francia y España. La culebrina dá á conocer bien á las claras su filiación, pues se coloca montada en una caja de madera y la sostiene el soldado con una horquilla que á la par le sirve de baqueta (1). El culebrinero lleva turquesa para hacer balas, bolsa para la pólvora y un botafuego. Pero es digno de notarse por lo que respecta á nuestro país la aparición de la espingarda, que por primera vez se menciona en el sitio de Toledo (1449), y cuyo empleo durante el siglo XV acreditan numerosos y fidedignos datos que fuera ocioso citar aquí. El mecanismo de esta arma era muy poco complicado y su cañón colocado sobre una caja de madera convenientemente dispuesta para dirigir la puntería: los disparos se hacían valiéndose de estopines y bota fuegos. La espingarda puede decirse que señala el tránsito entre la culebrina y la escopeta (2).



Añafiles.

Antes de finalizar la Edad media se había dado ya á conocer en España un nuevo invento; las baterías portátiles llamadas *órganos,* que se reducían á tres piezas de corto calibre colocadas en el plano de una solera y aseguradas con una sobre-muñonera. Estas baterías descabalgadas de su afuste quedaban montados sobre dos ruedas y en disposición de poder ser utilizadas. Se dividían en cuatro clases: la ya descrita; la segunda consistente en un mástil de cabeza cilíndrica á la que estaban aseguradas cuatro piezas; la tercera en seis piezas aseguradas en un plano orbicular giratorio, y por último, la cuarta en tres cañones fundidos en una sola pieza, siendo el del centro de gran calibre.

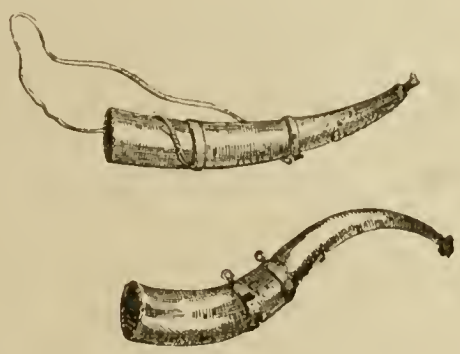
Extrañas eran las piezas primitivas y entre ellas hallamos el compago, compuesto de dos brazos con sus correspondientes hornillos, y que según Ferrer se utilizaba para producir el

(1) Hé aquí las dimensiones de una culebrina existente en nuestro Museo de Artillería: Diámetro del ánima 0'035 metros; longitud total 1,785.

(2) F. Barado y J. Génova: *Armas portátiles de fuego.*

efecto de un hornillo ó fogata de mina: la especial hechura de algunas piezas dió lugar á la denominación de *basiliscos, sierpes, geringas* etc., que no nos detendremos á describir.

Eran las primitivas bocas de fuego tan sumamente pesadas, y por consiguiente de tan difícil y embarazoso manejo, que parece imposible no se consideraran como una impedimenta para el ejército. Pero, lejos de ellos, se creía contar con un poderosísimo factor para infundir espanto en los adversarios. Cítanse como ejemplo de esto las bombardas llamadas *la Grande, de la Banda, la Gijón*, etc.: que formaron parte del famoso tren que en el año 1406 condujo Enrique III á Andalucía. Calcúlese del peso de las pelotas para estas bombardas, por el de las que usó el rey D. Alfonso XI en Algeciras, y que tenían 51 centímetros de diámetro y pesaban 208,07 kilógramos! «Estas monstruosas dimensiones, dice un escritor, traerían trás de sí, como á consecuencia necesaria, no sólo la forma y método de carga, sino también la que debería serles más útil, la mayor prontitud en los disparos, aumentándolos por medio de dos recámaras. La necesidad ó la experiencia, ó las dos cosas juntas, pudieron ser causa para que se dirigieran las investigaciones por contrario camino, viniendo á encontrar en el falconete, aun con recámara, y en la pieza cargada por la boca, al par que mucha más movilidad, mayor aumento en los fuegos, ventajas de que carecía el antiguo sistema y que habían de aprovecharse para conseguir que cada hombre soportara una pequeña boca de fuego ó cañón, que por las modificaciones sucesivas constituyese el origen y la marcha progresiva de las llamadas armas de fuego portátiles (1)».



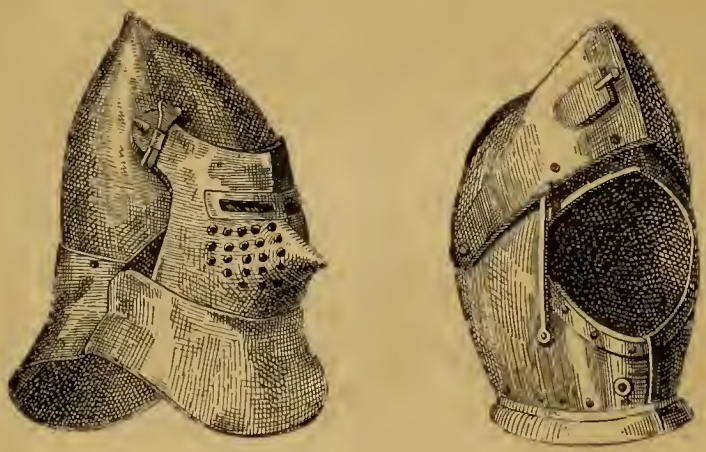
Cuernos

Trompetas

Según se ve, la artillería va á entrar en un período de gran movilidad. Hasta entonces no había figurado sinó en los sitios de plazas fuertes; ahora aparecen en las líneas de batalla unas piezas llamadas *de campo*, montadas en carruajes acomodados para seguir con facilidad á las tropas en los campos de batalla. Las primitivas estaban encabalgadas en un mástil en el que se había abierto una caja, y estaban provistas de abrazaderas para sujetarse. Por debajo la caja cruzaba una palanca, en el extremo de la que se hallaban las ruedas macizas; más adelante se adoptaron las de cubo y rayo; y muy entrado el siglo XV, con objeto de variar la puntería de estos cañones, cuyos tiros eran sólo fijantes, se colocó en el extremo del mástil un graduador de hierro, merced al cual subían ó bajaban la boca de la pieza. Por lo que respecta al personal de artillería, hé aquí lo que dice un historiador español: «En aquellos tiempos era este muy informe; el servicio de las piezas constituía un oficio para el que se

(1) *El Material de guerra* por D. Eugenio Franco, *Revist. Mr. Española*.

contrataban algunos hombres prácticos, con absoluta independencia de las tropas. Conocíanse empleos de polvoristas ó petarderos, dedicados á la construcción de *petardos*, también por entonces usados, y á la dirección del servicio. Había conductores de los trenes; para éstos se contrataban también mulas de particulares, y como veremos al hablar de la artillería en las épocas sucesivas, tan considerables llegaron á ser los trenes por la enormidad de las piezas construídas, que en el siglo XVI hubo tiros de 30 y 40 pares de mulas. Según Clemencín, la artillería llevada al sitio de Granada empleó dos mil tiros distribuídos entre piezas y pertrechos. Para tan considerable número, preciso era que hubiese una fuerza auxiliar, así es que acompañaban á los trenes una infinidad de gastadores, escogidos entre la gente más robusta de los cuerpos de tropas, los que precediendo al material, allanaban los caminos, abrían comunicaciones y disponían puentes. Entre los artilleros que asistieron al sitio de Granada, hubo algunos alemanes contratados por los Reyes Católicos, pues si bien es cierto que la artillería se usó por primera vez en España, fué con alguna ventaja explotada después en Alemania, donde se ejercitaban los artilleros en la puntería y en el conocimiento teórico del tiro; los oficiales eran todos españoles (1)».



Cascos

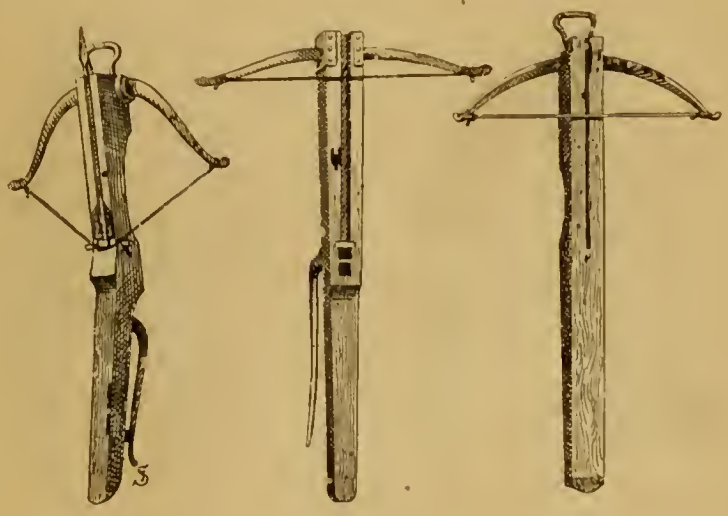
A medida que se conocieron los secretos de la tormentaria y se perfeccionaron las máquinas de guerra, hubo que dar mayor solidez á las fortificaciones, que idear los *matacanes*, que abrir los *fosos* y que flanquear el perímetro fortificado con *torres* ó *cubos*. De manera que la defensiva fué procurándose los necesarios elementos para hacer frente á la ofensiva. De aquí que en el ataque tuviera que recurrirse á nuevos medios para facilitar la rendición de las plazas. Ideóse á este efecto la mina y siguió á su empleo la de la contramina, con lo que se equilibraron otra vez los medios ofensivos y defensivos. Pero el descubrimiento de la pólvora modificó las condiciones de la fortificación, y entonces hubieron de sustituirse los matacanes y almenas con sólidos parapetos y otras obras que coronadas por la artillería dieron por lo pronto gran superioridad á la defensa sobre el ataque. En este estado aparece la fortificación en los últimos años de la Reconquista.

Del carácter que ofrecía el ataque y defensa de plazas en un principio, puede hacerse cargo el lector, imaginando el penoso avance de la Bastida de puente hasta el muro, en el que los sitiados procuraban levantar nuevas obras de defensa á la altura de aquélla. Llegada junto á él, caía el puen-

(1) V. G. *Hist. Mr. Española.*

te levadizo sobre el muro, y tras obstinada lucha en la que se arrojaban á la torre aceite hirviendo, plomo derretido y mixtos incendiarios, y entre una nube de dardos, piedras y maderos, avanzaban los guerreros entablándose en reducido espacio lucha encarnizada y decisiva. En tanto el ariete batía brecha, jugaban la catapulta, la grúa y la ballesta, y volaban sobre la cabeza de los sitiadores ruedas, tinajas, troncos de árboles y cuantos objetos tenía á mano el sitiado. ¡Qué imponentes y terribles aquellas peleas! Hacinábanse los cadáveres al pie de las murallas, repetíanse los asaltos y agotábase en ocasiones el esfuerzo de los más bravos. Leyendo las narraciones de las Cruzadas, pásmase el ánimo al considerar la tenacidad de los guerreros de aquella Edad. Admíranse aquellas obras que tanta laboriosidad exigían, aquellas monumentales torres, flacas relativamente para atacar el sólido muro, y de las que entre el humo de los mixtos incendiarios y cruzando unas débiles tablas salían esforzados combatientes en la seguridad de hallar la muerte.

Es cierto: la Edad Media fué un tiempo de rudeza y de barbarie; pero en ella el valor se elevó á grado tan extremo, que ni aun los héroes de la antigüedad pueden presentarse en parangón con sus más ilustres caudillos y sus oscuros y audaces soldados.



Ballestas

No sería completo el cuadro histórico militar que acabamos de trazar, si no consagráramos algunos párrafos á la marina de guerra castellana.

Dijimos al hablar de la marina de los godos, que éstos no introdujeron variación alguna en las construcciones navales, pues adquirieron sus conocimientos de los constructores y marineros griegos que figuraron en sus arsenales y sus buques, y utilizaron en muchas ocasiones las flotas del imperio. Pero dejamos de consignar que los emperadores de Oriente, si bien conservaron las tradiciones de la marina antigua, fueron modificando sus ideas acerca de la construcción de bajeles. Desde luego hay que hacer mención de los llamados *drómonas*, conocidos ya en el siglo V, que se diferenciaban de los trirremes en que sus órdenes de remos no llegaban á tres. El emperador León dice de ellas en sus *Instituciones militares:* «Toda drómona debe ser larga, ancha en proporción y con dos órdenes de remos, uno superior y otro inferior, cada uno de los cuales ha de tener á lo menos veinticinco bancos para los remeros, uno á la derecha, otro á la izquierda en cada orden.» Este era el tipo de los buques de guerra en el siglo IX: sus dimensiones eran de ciento veinte á ciento vein-

tidós pies de eslora, catorce ó quince de altura hasta los castillos, y veintiuno ó veintidós de manga en la parte más ancha de la primera cubierta. Llevaba dos órdenes de remos superpuestos, un parapeto que dominaba el espolón, en donde al combatir se colocaba un cierto número de soldados, y una torre sujeta al mástil á mitad de su altura con igual objeto (1).

Esta clase de naves, pero de construcción más ligera, son las que más tarde recibieron el nombre de *galeas* ó *galeras*, y que con las llamadas *saetias*, *galiotas*, *gatos* ó *chatas*, *cárabos*, *fusta*, etc., se usaron hasta el siglo XII en el Mediterráneo. Los principales buques redondos eran las *naos*, las *táridas*, las *cocas*, los *burcios*, las *gabarras* y las *balleneres*.

No se conocieron en Occidente desde la ruina del imperio romano otros bastimentos que los dotados con un solo orden de remos. La voz náutica *galea* que vemos empleada en la Edad Media es griega, y Capmany dice que se aplicaba en el Bajo imperio á las naves largas de remos, por la figura de sus proas galeatas ó de pico de morrión: de donde asegura vinieron los nombres de *galeota*, *galera*, *galeaza* y *galeón*. La decadencia de la marina militar y mercantil, á consecuencia de la ruina del imperio, hizo que se perdieran ó se desfiguraran muchos de los nombres de las diversas clases de naves: los nombres de *baxel*, *navío*, *uxer*, *lignum*, *sagitia*, *pamphile*, revelan ostensiblemente su procendencia. Y á éstos hay que añadir los de *galiotas*, *galeazas*, *carabelas*, *naos*, *cocas*, *balleneres*, *carracas*, *brigantines*, *tafuneyas*, *fustas*, *squiraos* y otros que se conservaron hasta el siglo XVI, y aun algunos, los *bergantines*, hasta nuestros días (2). El uso de la artillería en la guerra de mar que antes de 1403 debió emplearse en la corona de Aragón y en este año vemos utilizar en las galeras de Castilla (3), originó nuevas alteraciones en la construcción naval, y de ahí provienen los nombres de *urca*, *fragata*, *corbeta*, *patocha*, *polacra*, *chalupa*, *pingüe*, *xebeque*, etc. El rey Don Alfonso *el Sabio* hace mención de las *carracas*, *fustas*, *balleneres*, *leños*, *pinazas*, *carabelas galeas*, *galeotas*, *tardantes* y *saetias*. Pero además de sus nombres específicos las construcciones navales recibieron otros propios en el acto de ser bendecidas.

He aquí una ligera descripción de cada uno de estos barcos:

Las *galeas* eran unas embarcaciones de cubierta lisa con 27, 30 y hasta 40 remos por banda: estaban cerradas con parapetos para impedir el abordaje, en el centro tenían una escotilla y desde la popa hasta la escotilla se extendía una cámara cubierta. Las *saetias* eran naves de poco calado sin cubierta y con doce remos por banda. Las *galiotas*, inferiores á las galeas y superiores á las *saetias*, tenían un solo orden de remos y su tripulación ascendía á 200 hombres entre remeros y combatientes. Las *fustas* eran buques de remos inferiores también á las galeas y más ligeros por la disposición de sus remos; uno por banda desde la proa al palo y dos desde éste á la popa. El *gato* era una embarcación de cien remos, de mayores dimensiones que las galeras ordinarias y provista de espolón: en un principio eran sus dimensiones muy reducidas y en el siglo XII llegó á tener ciento cincuenta pies de eslora. Las *cocas* eran naves redondas, altas y de mucho calado, y cuya invención se

(1) Variedades de la drómona fueron la zalandria, el pamfile, la zalandria pamfile, la zalandria uxer y la galea. La zalandria era de mayores dimensiones que la drómona, llevaba dos órdenes de remos y un castillo alto de forma redondeada; el pamfile, del que existían tres variedades, era también birreme, más ligero en el andar y propio así para el remo como para la vela; las zalandrias pamfiles eran birremes así mismo, y estaban provistas de espolones y castillos en el palo; la zalandria uxer era un bastimento de diez y ocho remos por banda, más corto que el anterior y que participaba por igual de las condiciones de los buques largos y de los redondos. En cuanto á las galeas, eran en un principio unas drómonas ordinarias, con veintitrés remos por banda.

La drómona ordinaria llevaba dos órdenes de remos superpuestos, veinticinco por banda, y era un buque cubierto en toda su extensión y más hábilmente construído que los birremes; construyéronse también grandes drómonas de treinta remos y en cuya torre tenían cabida sesenta hombres.

(2) Capmany no incluye entre las naves, la gruesa llamada de *covent*, con dos cubiertas, de que hace mención la *Crónica de Pedro IV*, y la etimología de cuyo nombre no ha podido hallar el traductor de esta obra Sr. Bofarull.

(3) La crónica de don Pedro Niño al hablar de la escuadra que atacó á Orán, dice: *En la mayor parte de la noche non cesaron de lanzar truenos en la villa é viratones con alquitran;* y refiriéndose al combate entre castellanos é ingleses frente á Calais 1405: «Las galeas é las balleneres fueron á ellos é diéronles una muy recia batalla de saetas é dardos é truenos é piedras. Llevaba el capitán unos viratones enderezados con alquitrán con que les quemaba las velas E lanzaban los de la villa unas fuertes bombardas que llegaban á la mar muy lejos.» Añadiendo al narrar cómo pusieron cerco á Plimouth las galeras castellanas y francesas: «Lanzaron tantas bombardas é truenos de la villa, que los de las galeras cuidaron de ser anegados. Piedra ovo que pasó más alta que dos torres, se fué á la mar bien media legua.»

debe á los navegantes del Océano. Los *burcios* eran buques de tres palos y de forma semejante á un tonel, destinados al transporte, lo propio que los bajeles sarracenos llamados *gabarras*. Las *taridas* eran unos buques de velas cuadradas y de cuya capacidad puede juzgarse consignando que podían recibir 30 caballos y treinta hombres de armas con sus sirvientes, sin contar la chusma. Las *balleneres*, parecidas á las cocas, tenían dos ó tres cubiertas y su porte era de 2 á 3,000 botas: su nombre indica su especial destino; pero cuando se armaban admitían unos 400 hombres (chusma y gentes de armas) (1). Por lo que respecta al porte y capacidad de estas naves, consignaremos que en los siglos XIII y XIV las hubo de 30 y 40 remos por banda y 300 ó más hombres de armas, sin contar la chusma. Había *naos*, *cocas* y *balleneres* de dos cubiertas y no pocas de tres, armadas algunas con 500 hombres (chusma y gente de armas). También existieron diferentes clases de *galeras*. Por su porte, capacidad y fortaleza, estos buques se dividían en galeras gruesas, bastardas y sutiles. Todas contaban tres palos y cada una llevaba dos timones (uno de respeto), dos cartas de marear, tres anclas y dos rezones, diferenciándose en el número de remos. Las gruesas eran de 28 bancos por banda, las bastardas de 26 y las sutiles de 24. En cada banco iban tres remeros. En 1359 D. Alfonso XI aprestó para el cerco de Algeciras una galera de tres castillos, guarnecida con 280 hombres de armas, sin contar los remeros ni marinería y llevando caballos bajo la escotilla.

No todos los buques de que acabamos de hacer mención se conocieron y emplearon simultáneamente. En el siglo V eran ya conocidas las *drómonas* que en el IX eran el tipo del buque de guerra, entre las diversas construcciones que como variedades del mismo se dieron á conocer. Las *galeras* sustituyeron á la *drómona* en el siglo XI, y de este mismo siglo datan las *saetías*; las *galiotas* del XII; en el XIII figura la *fusta* entre los de guerra, y en los XI y XII los *galos*. En este último siglo se generalizan en el Mediterráneo las *cocas*, así como en el XIV las *balleneres*. Las *táridas* y las *gabarras* fueron empleadas por los arabes, y de ellas hacen con frecuencia mención nuestras crónicas.

No poseemos tan abundantes datos acerca de la marina en la monarquía castellana, como de la marina catalana; bien que no puedan ponerse por este concepto en parangón ambos Estados. Las *Leyes navales de la corona de Castilla* que figuran en el libro de las Partidas y que extractamos en nota (2), podrán darnos idea de la importancia que esta rama del Arte de la guerra alcanzó en tiempos del monarca D. Alfonso X.

(1) En el cerco que tenía puesto en 1342 D. Alfonso XI á Algeciras, hace mención su crónica de unas naves de los moros que llamaban *Cárabos*, en que pasaban desde Africa 50 y 60 caballos á la vez. Pero no debían de tener comparación con las de D. Alfonso V de Aragón que llevaban 120 caballos no para una tan breve travesía, sino para una navegación de 6 á 10 días.

(2) Cien años antes que D. Pedro IV de Aragón promulgara sus ordenanzas, dictó D. Alfonso el Sabio las *Leyes navales de la Corona de Castilla tocante á los armamentos de la guerra de mar* que figuran en el libro de las Partidas (a) y que son tan sumamente interesantes que no podemos dejar de continuarlas. Dice aquel ilustre monarca en el preámbulo.... «E mostraremos, qué guerra es ésta, é en cuántas maneras se debe facer; é de qué cosas han de estar guisados los que quieren guerrear por mar, é cuales omes son aquellos que son menester; é cómo se deben acabdellar; é cuántos navíos son menester para facer esta guerra; é de qué cosas deben ser bastecidos; é qué pena merecen los que en alguna de ellas errasen...

»La guerra de la mar es como cosa desamparada é de mayor peligro que la de tierra, por las grandes desaventuras que pueden venir é acaescer. E tal guerra como ésta se face en dos maneras: la primera es flota de galeas é de naves armadas con poder de gente, bien así como la grand hueste que face camino por la tierra: la segunda es armada de algunas galeas ó de leños corrientes, é de naves armadas en corso...

»Omes de muchas maneras son menester en las naves quando quisieren guerrear por mar, así como el almirante, que es guarda mayoral de la armada, é comitrés hay en toda galea que son como cabdillos; otrosí hay naocheros que son sabidores de los vientos é de los puertos para guiar los navíos, é marineros que son omes que los han de servir é obedescer; é sobresalientes que es su oficio señaladamente de lidiar; é otros omes muchos, así como adelante se muestra en las leyes deste título.»

(a) Título XXIV, Parte II De la guerra que se face por mar.—Ley I—Que cosa es la guerra de la mar, é quantas maneras son della: é de que cosas han menester estar guisados los que la quieren facer.—II Quales omes son menester para armamento de los navíos quando quisieren guerrear.—III Quál debe ser el Almirante, e cómo debe ser fecho.—IV. Quales deben ser los comitrés é cómo deben ser fechos, é otrosí qué poderío han.—V. Quales deben ser los naocheros, é cómo deben ser fechos é que poder han.—VI. Quáles deben ser los proeles é los sobresalientes e los que han de guardar las armas, é las viandas, e la otra xarcia de los navíos.—VII. Quales son los mejores navíos para guerrear, é de cómo deven ser aparejados —VIII En que manera pusieron los antiguos semejante á los caballos los navíos.—IX. Cómo los navíos deben ser abastecidos de omes é de armas é de viandas —X Cómo los que se han de aventurar á guerra de mar, deben ser guardados e honrados quando bien lo ficieren é escarmentarlos quando ficieren el contrario.

El poder marítimo de la monarquía castellana dióse á conocer de un modo ya respetable con motivo de la guerra con Aragón en tiempos del rey D. Pedro I. Este poderío, dice con razón el erudito Campmany, sería en aquel siglo mayor de lo que dejan presumir las historias «diminutas y bastante estériles en esta materia en que siempre los hechos de mar, ó se callan ó se apuntan con mucha ligereza, ó como incidente de paso en las guerras». Y añade el mismo escritor: «Aunque la marina castellana había hecho grandes progresos en los reinados anteriores á D. Pedro, nunca como en éste se vieron tantos esfuerzos así de naves de alto bordo como de bastimentos de remos. El armamento de galeras, que en aquellos tiempos eran los buques destinados á la guerra en todas las naciones, y los que componían la marina real, hizo famosas las atarazanas de Sevilla (1), de cuya ciudad salían las escuadras frecuentemente, desde que el rey D. Alfonso *el Sabio* estableció y arregló aquel arsenal, tan necesario para conservar las fuerzas navales contra los moros de Andalucía».

Las empresas marítimas más importantes efectuadas por los monarcas castellanos fueron: La que organizó D. Alfonso *el Sabio* contra Cádiz; la armada compuesta de veinte galeras, veinticuatro naves, sin contar leños, ni galeotas, que bloqueó á Algeciras; la que Sancho *el Bravo* dispuso para el sitio de Tarifa, cuya ciudad procuró asegurar con continua guardia de galeras; la flota que aprestó en Sevilla el rey Fernando IV para socorrer al ejército que sitiaba Algeciras. En tiempo de don

Seguidamente manifiesta «cuál debe ser el Almirante, é cómo debe ser fecho». Este título era el más alto que se conseguía en la marina, y aquel á quien se otorgaba era «el cabdillo de todos los que van en los navíos para facer la guerra». Tenía un poder en la escuadra igual al del Rey; y así se requería fuese persona de buen linaje, conocedor de las cosas de mar, valiente, maduro, leal y magnánimo. «E el que desta guisa fuera escogido para ser almirante cuando lo quisieren facer, deve tener vigilia en la eglesia é otro día venir deve delante el rey vestido de ricos paños de seda; é él hale de meter una sortija en la mano derecha por señal de honra que le face, é otrosí una espada por el poder que le da; é en la izquierda mano un estandarte de la señal de las armas del Rey, por señal de acabdellamento que le otorga.» El almirante prestaba entonces fidelidad al rey, y acto seguido era reconocido como tal.

Los comitrés también tomaban posesión con grandes ceremonias, pero para elegirlos el Rey congregaba doce hombres «sabidores de mar» que daban fe de poseer el elegido las condiciones necesarias para desempeñar su empleo. Los naocheros (pilotos) ó sea «aquellos por cuyo seso se guian los navíos en la mar» debían reunir conocimientos de su oficio y marítimos en general, gran esfuerzo, entendimiento y lealtad. Los proeles eran los que iban en la proa de la galera, los alieles á sus costados y éstos eran subalternos del comitré y los preoles. Llamábanse sobresalientes á los «omes puestos además en los navíos, así como *ballesteros* y otros *omes de armas*.» Demás de éstos cada navío tenía sus marineros y sus gentes de servicio, dirigidos por un *mayoral de navío*.

Por lo que respecta á los navíos, he aquí lo que dice la ley VIII: «Navíos para andar sobre mar son de muchas guisas é por ende pusieron á cada uno de ellos su nome, segund la facción en que es fecho. Ca los mayores que van á viento llaman naves, é de éstas hay de dos másteles, é de uno; é otros menores que son de esta manera, é dícenles nomes porque sean conocidas, así como *carraca*, *nao*, *galea*, *fusta*, *balaner*, *leño*, *pinaza*, *caravela*, é otros barcos. E en España hay otros navíos, sin aquellos que hán bancos ó remos, é éstos son fechos señaladamente para guerrear con ellos: é por eso les pusieron velas é másteles, como á los otros; para facer guerra ó viaje sobre mar; é remos, é espadas, é timones, para ir cuando les fallece el viento é para salir ó entrar en los puertos ó en los recones de la mar, para alcanzar á los que se les huyesen ó para huir de los que les siguiesen... E por eso es grande el poder de estos atales, porque se ayudan del viento cuando lo han é de los remos cuando les es menester, é muchas vegadas de todo. Ca á éstos llaman *galeas* grandes, é menores á que dicen *galeotas*, é *tardantes*, é *saetias*.....»

Recomienda seguidamente que al construir los navíos se tenga en cuenta la madera, la forma, solidez y ligereza, y que estén provistos de aparejos, á que llaman *xarcia*, y que clasifica así: «árboles, é antenas, é velas, é timones, é espadas, é áncoras, é cuerdas, de muchas maneras, é todas é cada una de ellas ha su nome segund el oficio que facen.» Por donde se ve el relativo perfeccionamiento que alcanzó la construcción naval

Habla en la ley IX del bastimento de los navíos y dice. «Ha menester que hayan para defenderse *lorigas*, é *lorigones*, é *pespuntes*, é *corazas*, é *escudos*, é *yelmos* para sufrir golpes de piedra é para ferir á manteniente; é debe haber *cuchillos*, é *puñales*, é *serramiles*, é *espadas*, é *fuchas*, é *porras*, é *lanzas:* é éstas con garabatos de fierro para trabar de los omes é derribarlo; é hayan *trancas con cadenas* para prender los navíos (porque no se vayan por tierra). E han de haber *ballestas* con *estriberas*, é *de dos pies*, é *de torno*, é *dardos*, é *piedras*, é *saetas*, cuantas más pudieren llevar: é *terrazos con cal* para cegar á los enemigos, é otros con *xabon* para facerlos caer: é sin todo esto *fuego de alquitrán* para quemar los navíos.» Seguidamente hace mención de los víveres: *bizcocho*, carne salada ó legumbre, ajos y cebollas, agua y vinagre; pero «no sidra é vino, pues son cosas que embargan el seso; lo que no conviene en ninguna manera á los que han de guerrear por mar.»

En la ley X, por último, pondera los peligros de la guerra marítima y los riesgos y quebrantos que en ella se sufren, como son naufragios, hambre y enfermedades, todo lo que hace merecedores de grande estima á los que á ella se consagran.

(1) Los reyes de Castilla tenían atarazanas en la ciudad de Sevilla y de ella partían todas las expediciones. Sin embargo, sólo se construían y aprestaban en este punto las galeras y demás buques sutiles, pues las naves gruesas eran construidas y armadas en los puertos de Galicia, Asturias, Vizcaya y Castilla y aun recurrían al expediente de alquilarlas. La crónica del rey D. Pedro dice que en la batalla de Alguer en Cerdeña, entre aragoneses y genoveses, «había dos naos de Castilla, é la una era de Castro Urdiales, que decían *Rosa de Castro*, que era de 200 toneladas é venían al sueldo de los catalanes; é de que ovo viento llegó una nao déstas á la batalla é pasaba por cima las galeas de genoveses; é la galea que hallaba anegábala.» (a)

(a) Campmany: *Memor. históric.*

Alfonso XI tiene lugar un recio combate naval en el estrecho de Gibraltar, donde tomaron los cristianos tres galeras á los moros y les causaron 2,000 muertos y cautivos: otras nuevas batallas se empeñan en 1335 y 1339, entre las flotas castellana y portuguesa, ventajosas respectivamente á castellanos y portugueses; pero la más reñida de todas ellas fué la que, para oponerse al paso de la armada del rey Alboacén, se trabó entre las flotas aliadas de Castilla y Portugal mandadas por Carlos Penaro, en la boca del rio Guadamecil. «Como la armada de los moros, dice el escritor ya citado,

Nave de los siglos XI y XII

estaba atracada á tierra y tenia la mar la de Castilla; luego que aquélla quiso moverse costeando para acercarse á Algeciras, se largaron algunas galeras de ella para desviar las de los cristianos; pero las naves castellanas dieron velas para acometerlas con el viento fresco, é hiriendo en algunas echaron á pique seis; y con el ímpetu y rapidez que llevaban para alcanzar las restantes, quedaron tres de ellas en seco, las que luego fueron acometidas y combatidas por los moros de la playa. Las galeras de los cristianos, queriendo socorrerlas, se atracaron tanto que viniendo la menguante de la marea quedaron en seco también dos de ellas, que eran genovesas. En este peligroso estado tuvieron que sostener recia pelea, hasta que pudo zafarse una galera, quedando la otra varada de proa,

y así encallada hizo una fuerte defensa, remudando la gente muerta ó herida con la que le enviaban de refresco por su turno las otras galeras zafas, hasta que viniendo la creciente pudieron desembarrancarse y salir á fuera. Las naves por su mayor magnitud y peso no pudieron desencallarse; y viéndolas ya perdidas por la gran mortandad que hacían en su gente los moros, sacaron los cristianos la poca que había viva y pegáronlas fuego, el que se comunicó á algunas galeras de los enemigos que estaban cercanas. Libres de los cristianos los dos almirantes del rey de Marruecos y del de Granada, y seguidos de un gran número de galeras, se largaron y ambos aferraron con la del almirante de Castilla y la del de Portugal, á las cuales vinieron luego á socorrer las otras galeras de sus respectivas escuadras. La pelea fué muy trabajada y cruel, porque en las armadas cristiana y mora había mucha gente con gran gana de vencer ó morir, de suerte que duró la acción gran parte de aquel día. Ayudados los cristianos de sus naves, aunque no las hacía mucho viento, rindieron á las dos capitanas de los moros, en las cuales murieron sus dos almirantes. Perdieron éstos además veintiséis galeras, entre sumergidas, apresadas y quemadas, huyendo las restantes á Ceuta: y las escuadras vencedoras volvieron a Xétares, adonde solían acogerse. Cuatro días después de esta victoria llegó á Xétares la escuadra auxiliar de Aragón, compuesta de veinte galeras á las órdenes del almirante D. Pedro de Moncada: la cual antes de embocar el estrecho, encontróse con trece galeras de moros que pasaban para África. Peleó con ellas, tomó cuatro cargadas de víveres, y en el alcance hizo embarrancar dos en la playa de Estepona; y las demás huyeron á recogerse en el puerto de Vélez.» Estos importantes hechos de armas en los que vemos aparecer unidas las banderas de Castilla, Aragón y Portugal, dan perfecta idea del desarrollo que el arte naval había alcanzado en la Península y de la mancomunidad de intereses y estrechas relaciones que mediaban entre estas monarquías.

Los continuos armamentos navales ordenados por D. Alfonso, ejercitaron á los marineros de estos reinos y desarrollaron de tal modo esta clase de construcciones, que en tiempo del monarca D. Pedro I, la flota castellana llegó á ser poderosísima en el mar. Su sucesor el rey D. Enrique continuó dando impulso á los armamentos marítimos, si bien la índole de las guerras que hubo de sostener, no le permitió efectuar empresas de trascendencia en el mar. D. Juan I hizo la guerra á los monarcas de Inglaterra y Francia, y sus escuadras entraron por el Támesis hasta Londres y tomaron parte en el cerco de Lisboa. Las empresas marítimas de Enrique III se dirigieron contra los corsarios, los portugueses y los ingleses. Por último, una importante victoria cierra esta serie de expediciones y combates: la que dió en el estrecho el almirante D. Alfonso Enríquez (1407) contra la armada de Tremecén y Túnez, bajo la regencia de D. Fernando, llamado después *el de Antequera*.

Basta esta ligerísima reseña para que el lector se forme idea del poder naval de la corona de Castilla. Los pueblos que bañan las olas del mar Cantábrico, ilustraron también los fastos navales de esta época. En 1350 diéronse terribles combates entre ingleses y vizcaínos, en uno de los cuales fueron estos derrotados con pérdida de veintisiete naves, prefirieron las tripulaciones de las restantes perecer antes que entregarse. Con los vizcaínos pactó en 1354 paces el rey Eduardo III, y así las naves de esta costa como las de Galicia contribuyeron á las expediciones de los reyes de Castilla contra moros y aragoneses. Por último, la enseña castellana flotó orgullosa en el Támesis y frente á Calais, lo mismo que junto á Orán y Algeciras.

Importa que nuestros lectores fijen su atención en la interesante nota en que extractamos las *Leyes navales* de la Corona de Castilla con objeto de formarse idea de la organización de las fuerzas navales en esta época. Echarán en ella de ver que no se habla de algunos jefes y oficiales de mar, como son vice-almirantes, capitanes, patrones, sota-comitrés, ni tampoco del número de plazas, así de guarnición, como de chusma. Las Ordenanzas promulgadas por D. Pedro de Aragón en 1354 abundan en datos de este género y completarán el ligero cuadro que de la marina militar en la Edad media venimos trazando.

La más alta categoría en la marina era la de *Almirante*, cargo vitalicio concedido á las personas más importantes así por su cuna como sus conocimientos. Seguía á ésta la de *Capitán general*,

que era en realidad el verdadero jefe de los ejércitos de mar; pues el título de Almirante era más honorífico que efectivo. Esta jerarquía era de gran importancia y responsabilidad, pues el que llegaba á conseguirla debía reunir grandes conocimientos náuticos, y los especiales del arte militar, para poder dirigir con acierto á las tropas en los desembarcos y operaciones en tierra. Este cargo, sin embargo, sólo era eventual, pues terminadas las operaciones, quedaban los individuos que lo

Nave de los siglos XIII y XIV.

desempeñaban despojados de tal categoría. Observase en Cataluña que, cuando las cortes generales, las provincias ó municipalidades marítimas aprontaban por su cuenta escuadras, aunque fuesen para auxiliar á los reyes en sus expediciones, nombraban por sí solas los Capitanes generales. A éstos seguían en inferior categoría los *Vice-almirantes*, ú oficiales mayores, quienes tenían bajo su mando las divisiones ó alas de las escuadras. Estas tres categorías constituían, por decirlo así, la oficialidad general de la marina. Por lo que respecta á los mandos subalternos en cada uno de los buques, ocupa el primer lugar el *Comitré*, que tenía á su cargo la dirección de la nave, y la policía, entretenimiento y gobierno interior de la misma: el comitré tenía derecho á la cuarta parte del botín en todos los com-

bates y hechos de armas en que tomara parte. Categoría casi idéntica á ésta era la de *Patrón*, verdadero auxiliar del cómitre en sus múltiples atribuciones, y que tenía á sus inmediatas órdenes la tripulación; era el verdadero jefe de la fuerza y le auxiliaba un *subcómitre* ó *sotacómitre* en clase de ayudante.

La tripulación constaba de *popeles* y *proeles*, *ballesteros*, *escuderos*, *condestables*, *maestros de armas*, *alieles*, *corulleles*, *espaldeles*, *remeros*, *palomeros*, *contramaestres*, *senescales*, *cirujanos*, *contadores*, *escribanos*, *alguaciles*, *trompetas* y *clarines*, *tambores*, *cornamusas*, *gabieros*, etc., etc.

Con respecto á las armas que usaban los soldados y marinería, figuraban las ballestas, cuchillos, espadas, alabardas, cascos, corazas y viratones. En un documento firmado en Sevilla el año 1252 por Alfonso X se consignaban las siguientes: «cinco omes guarnecidos de fierro, é cuatro ballesta de estribera é cuatro de dos pies, é mil cuadrillos, é cinco lanzas, é diez guardabrazos, é diez escudos, é diez capiellos de fierro (1).» Además de las armas que usaba la tripulación y soldados, llevaban los buques trabucos y otros ingenios, y combustibles arrojadizos; y en ocasiones presentaban sus alas falcadas ó armadas de guadañas. Hace mención la Crónica del rey D. Pedro IV de Aragón, de un trueno que en 1359 los catalanes colocaron en una de sus naves, con la que destrozaron una de las que condujo D. Pedro de Castilla al puerto de Barcelona. «Sería máquina, dice un escritor catalán, muy poco usada entonces; pues no se hace mención sino de una en tanto aprieto.» Sin embargo, no hay que confundirla con el trabuco, ingenio de resorte empleado en mar y tierra para disparar grandes piedras sin necesidad de la pólvora. Lo más probable es que los catalanes trasladaran á bordo de la nave surta en su puerto una de las lombardas existentes en la inmediata atarazana para utilizarla en aquel caso.

No mencionó D. Alfonso en sus leyes todas las jerarquías ó clases de la marina, ni tampoco el número de plazas de que constaba la dotación de un buque; entre los que se cuentan, además de los ya citados, los gavieros, timoneles, lancheros, asaltadores, atracadores, sirvientes, calafates, carpinteros, maestro ballestero, guardianes, clavario y un maestro de raciones (cónsul) (2). Tampoco se consignan en aquéllas los haberes de cada clase, el sistema de alistamiento y otros detalles de que extensamente nos ocuparemos al hablar de Cataluña y Aragón.

Pasemos á ocuparnos del sistema de combatir. «Aunque la introducción del velamen, dice un historiador militar, había originado alguna modificación en las evoluciones de las guerras navales, se diferenciaba poco de la usada en tiempos antiguos, es decir, que era toda de abordaje. Las naves se formaban en línea con la galera capitana en el centro, flanqueada por las principales que se arrimaban á ella. Se esperaba la agresión ó se marchaba al enemigo resueltamente, saltando en la cubierta de la nave contraria ó procurando echarla á pique por medios incendiarios y mecánicos. Los ballesteros iban provistos con trescientas flechas que disparaban antes de llegar al abordaje; pero, llegado este momento, el combate degeneraba en una extraordinaria confusión; remos, hachas, instrumentos de cortar las jarcias, todas eran buenas armas de combate junto á las lanzas ó espadas de la gente militar. El campo de batalla era el reducido combés de la embarcación; corrían en él los pies sobre la sangre y quedaba dueño del campo el más esforzado. La capitana no entraba á veces en acción sino para decidir del resultado; otras, sin embargo, era la que más se empeñaba, buscando la capitana enemiga. Este modo de combatir comenzó á degenerar cuando se fueron introduciendo pedreros y otras piezas de artillería en las embarcaciones.»

«En los combates navales, dice Lacaci, se observaban diversos órdenes de formación, siendo el más común el semicircular ó en media luna para los buques largos, y el de frente para los redondos, tradiciones ambas de la antigüedad, peleando los buques unos contra otros sin subordinarse á regla

(1) Consta en las *Ordenanzas de Pedro IV:* que cada galera *gruesa* se arma con 1000 dardos, 6000 saetías, 120 paveses, 120 corazas completas con sus gorgueras y capacetes, 500 lanzas, 24 lanzas romañolas, 6 ronzolas, 10 hachas, 24 guadañas y otros catorce géneros de armas ofensivas y defensivas. En el *Libro del consulado de mar* se prescribe que cada ballestero lleve dos ballestas, una de dos pies, y otra de estribera, trescientas saetas ó sean viratones; perpunte ó coselete, muslera, capacete de fierro, cuchillo y dos garfios.

(2) *Ordenanzas de Pedro IV de Aragón.—Ordenanzas de los armamentos marítimos para la guerra en corso*, insertas en las *Costumbres antiguas de mar* del libro del Consulado, y trasladadas al castellano del catalán antiguo en que recopilaron los barceloneses á mediados del siglo XIII los usos navales de Levante.—*Ordinacions sobre los feyts de la mar, fetes por lo molt noble Bernat de Cabrera* (1354).

alguna. La causa de adoptarse el orden de frente para los buques redondos, era que de esta suerte podían ocupar un grande espacio sin embarazarse mutuamente con sus movimientos, y se encontraban en actitud de caer todos á la vez sobre el enemigo impulsados por el mismo viento, maniobra imposible de ejecutar si se formaban en media luna, en cuyo orden los buques de las divisiones de los extremos, teniendo sus proas unas frente á otra y en distinta dirección de las de los bajeles del centro, no podían aprovechar el mismo viento para envolver una flota; los buques de remo, al contrario, preferían el orden semicircular, porque navegando en todas direcciones, atacaban de frente con la división del centro, mientras que las de los extremos procuraban hacerlo por los flancos, tratando de esta suerte de rodear al enemigo... Muchas veces se ligaban los buques unos á otros, antes de empezar el combate, formando la *sambuca* (1) inventada por Escipión, como lo ejecutaron en Durazzo los venecianos: este sistema era empleado con frecuencia por los árabes, que daban el nombre de *maremma* á la reunión de dos ó más buques así ligados, y sobre los cuales y sujetos á los palos de los mismos, iba un castillo de madera forrado de cuero, desde donde combatían (2).»

Echará de ver el lector, por lo que llevamos expuesto, que el sistema de combate adoptado en esta época en el mar, se diferenciaba poco del antiguo; atracadas y aferradas las galeras por las proas, estableciase aquél en iguales condiciones que en tierra firme, sólo que aislados los combatientes y ligados unos á otros los buques, no quedaba el recurso de la huída, y la pelea terminaba forzosamente con el total aniquilamiento de uno de los dos: de aquí el encarnizamiento de estos combates, pues el guerrero embarcado, ó, por mejor decir, encerrado en un castillo flotante, no tenía otro recurso que vencer ó morir.

Basta lo expuesto para que el lector se forme una idea del estado de la marina militar en la Edad Media. Al ocuparnos de Cataluña y Aragón, y al estudiar él arte militar entre los árabes, completaremos este especial estudio.

(1) Consistía en un grupo de dos embarcaciones amarradas juntas, de suerte que se tocasen sus costados, quedando los otros dos libres para que los remeros pudieran dar movimiento á este doble cuerpo flotante; después de cubiertas con un tablado servían para conducir sobre él el mayor número de soldados posible. *(Nota del autor citado.)*

(2) *La marina de los pueblos que se establecieron en España hasta el siglo* XII *de nuestra Era.*

Escudo de León

ILUSTRACIONES [1]

Jefe árabe (pág. 88).—La figura reproducida en esta página viste la *kisa* ó alquicel, debajo del cual aparecen el *sobregonel*, especie de jubón ó sobrecot largo; el *kirik* ó *sadriyah*, chaleco ó chaquetilla sin mangas, y el *tikkeh*, faja de seda; en la cabeza lleva una cofia ó casquete, alrededor de la cual está arrollado el *korsīyah*, faja de tela ó algodón. Calza borceguíes y está armada de sable corvo.

Santa Maria de Covadonga (pág. 89).—Tal es el nombre del famoso suntuario que cobijado por los montes de Asturias perpetúa el recuerdo de la célebre batalla. Para formarse idea de la situación de la hueste cristiana en esta batalla y de la topografía del terreno, basta leer la siguiente descripción del cronista Morales, que, entre todas las que hemos examinado, estimamos más adecuada al objeto de nuestra obra:

«Subiendo desde el mercado de Cangas por la ribera del río Bueña ó Pionia, al oriente estival, algo inclinado al mediodía, se va por un valle harto ancho y extendido, cuales hay muy pocos ó ninguno en Asturias, aunque parece á los otros de aquella tierra con ser muy fresco y de hermosas arboledas. No se ha caminado media legua por la ribera de la mano derecha, llevando el agua á la izquierda, cuando otro río menor, llamado de los naturales Reinazo, entra en Bueña. Sin pasar á Reinazo se camina otra legua hasta el pequeño lugar llamado Soto, solar de los hijodalgos deste sobrenombre, habiendo ya dejado á Reinazo y siguiendo agua arriba por otro pequeño río, llamado Diva, y habiendo torcido el camino del todo al mediodía por valle tan ameno y fresquísimo. Las dos montañas que lo cierran son más altas que las del valle de Bueña, y van siempre creciendo en altura, y estrechando más, así que cuando se llega á Soto, ya va el valle más cerrado, lleva más ásperas y levantadas las cumbres de sus lados. Desde este lugar de Soto se va á otro menor que llaman Riera. Caminando media legua que hay entre ambos, por el río Diva se pasa y vuelve á pasar á menudo; porque lo estrecho del valle y el torcer con muchas vueltas el río y el ser ya sus lados más peñas que no montañas hacen revolver muchas veces el camino; haciendo también una aspereza y cuasi oscuridad espantosa con no dejar más anchura de cuanto el río Diva lleva de corriente, ó más verdaderamente de despeñadero. Y quien ya llega aquí, pasando de Soto, por más descuidado que vaya, no puede dejar de pensar en la misericordia de Dios que manifiestamente cegó á los moros para que no mirasen cómo se metían en tal estrechura de breñas, donde poca gente podía pelear por igual y muy á su ventaja con un grande ejército. Desde Riera en la otra media legua que queda hasta el santo sitio, se va aún estrechando y enriscando más el valle, que sin tener salida se cierra al cabo con la frente de una peña muy alta, donde está la santa cueva, llamada en este tiempo, como en aquél, Covadonga, teniendo el río Diva (como veremos) su nacimiento en un hueco dentro en ella. Y súbese por cuesta tan agria toda esta media legua, que no se puede ir sino muy mal á caballo. Esta peña que cierra así el valle, aunque es tajada, no es derecha, sino algo acostada hacia afuera; así que pone miedo mirarla desde un pradito llano que tiene al pie, por parecer que se quiere caer sobre los que allí están. Por este pie de la peña en el prado da dos grandes chorros que se descuelgan della con mucho ruido, y de una pequeña balsa nace el río Diva, por cuyas riberas se ha venido caminando hasta allí. Yo le llamo Diva aunque nuestros historiadores le nombran Eña, porque vi como los de la tierra así le llaman, aunque confunden los nombres de este río y de otro con quien poco más abajo se junta, llamado Eña. Es muy alta la peña en lo que es piedra desnuda, y ancha como cincuenta pasos, mas tiene encima una sierra de peña con matas, tan yerta y derecha como ella, que le hace tenga una increíble altura. Desde el suelo del pradito llano que dijimos, hasta dos picos ó poco más alto, está en la peña una como ventana á manera de semicírculo, levantándose en arco poco menos que una pica sobre lo llano, que es como su diámetro, y la anchura desta boca será al dos tanto de la altura, y es la boca de la santa cueva. Este hueco de la gran ventana ó agujero natural entra la peña dentro por

(1) Creemos oportuno advertir que las descripciones de máquinas, armas, trajes y monumentos correspondientes á Castilla que el lector eche de menos en este Estudio, las hallará en el titulado: *La Civilización y el Arte militar en el período de la Reconquista.*

algún espacio; así que tiene suelo para caber doscientos hombres y no más, teniendo la cueva al cabo un agujero grande en el suelo, que baja á otro hueco donde puede ser que haya anchura para caber más gente, aunque no con mucha comodidad, por estar en aquella parte baja los manantiales del río, que se oyen de arriba pasar con harto ruido antes que se descuelguen afuera. Y ya por lo dicho se entiende cómo está la cueva muy alta del suelo, sin que se pudiese subir entonces á ella sin escalera ú otra ayuda semejante.»

Batalla de Covadonga (lámina suelta—pág. 89).—Descrita ya la topografía del terreno en que tuvo lugar la batalla, fácil es darse cuenta de ella. A la aproximación de la hueste sarracena, Pelayo se retiró con toda su gente al monte llamado Auseba. El ilustre caudillo se colocó con parte de sus soldados en la cueva ó agujero abierto en la altísima peña que se eleva en el fondo del valle y á cuyo pie tiene origen el Deva, y colocó en las escarpadas faldas de los cerros inmediatos que dominan el valle á los restantes. Parapetado en esta inexpugnable posición aguardó el ataque de sus enemigos que avanzaron por aquel angostísimo paso sin prever el grave peligro que corrían. Pero así que comenzaron á disparar sus arcos y á lanzar sus saetas contra los de la cueva, una lluvia de piedras y de proyectiles cayó sobre ellos, sembrando en sus filas la confusión y el espanto. El obispo D. Sebastián dice en su cronicón que al lanzarse los árabes á la pelea «se levantaron los fundíbulos, se aparejaron las hondas, brillaron las espadas, blandieron las lanzas y sin cesar arrojaban saetas», y añade que las piedras lanzadas por los fundíbulos llegaban á la cueva y se revolvían contra los moros. Si á este autor hemos de dar crédito, los moros habían adoptado ya esta arma, de que también hace mención el Pacense al hablar del sitio de Narbona ocurrido en 721. Pero sin entrar á discutir las probabilidades de que el ejército sarraceno condujera máquinas al marchar por aquellas asperezas, se comprende el escaso, ó, por mejor decir, el contraproducente efecto de sus armas arrojadizas, pues al chocar sus proyectiles contra la roca, forzosamente tenían que herir de rechazo á los que disparaban; y confundidos con los que lanzaban los de la cueva, sembrar en sus filas el espanto y la muerte. Acosado por el frente y los flancos, y en posición tan estrecha, puede decirse que el ejército de los moros fué diezmado á mansalva por los soldados de Pelayo. Una horrorosa tempestad completó su ruina; y al declararse el ejército sarraceno en fuga, el movedizo lecho del Deva, hundiéndose de improviso, sepultó entre sus desbordadas aguas la mayor parte de los fugitivos.

Este glorioso triunfo hizo que volara de boca en boca el nombre de Pelayo, que según parece, fué entonces proclamado rey. «En el entusiasmo de la victoria, dice Lafuente, los asturianos apellidaron rey á Pelayo: principio de una nueva monarquía española; porque la religión y el infortunio han identificado á Godos y á Romano-Hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete, con la nueva monarquía española que empieza en Covadonga. En la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de *Repelayo* (síncope sin duda de rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamación levantándole sobre el pavés. A una legua, junto al pueblo de Soto, se halla el *Campo de la jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del consejo de Cangas á tomar posesión de la vara de la justicia (1).»

Una capilla construída bajo la advocación de la Santa Cruz indica todavía en medio de la vega de Cangas el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus enemigos.

Lucha del rey Fabila con un oso (pág. 90).—Este grabado es copia de una ménsula del claustro de la catedral de Oviedo. Aunque tosco en su ejecución este relieve, lo propio que los existentes en la iglesia de San Pedro de Villanueva (Asturias), y que tanto han llamado la atención de los inteligentes, permite que nos formemos una ligera idea del traje en aquella época. Viste el monarca una túnica ceñida por un balteo ó cíngulo, calza *expolas* y empuña un lanzón ó chuzo con el que trata de derribar al oso.

Murallas de León (pág. 91).—Al hablar de los monumentos más notables de León (2) dice el Sr. Cuadrado: «El más antiguo de León son los muros que la ciñen. La cuadrada planta que le dieron los legionarios de la *Séptima gémina* en forma de campamento, presenta enteros aún y descubiertos tres de sus lados, el del norte, el de levante y la mayor parte del de poniente; y tan sólo el de mediodía queda metido dentro de las casas, que en aquella dirección fueron extendiéndose casi otro tanto del primer recinto. Gruesos y torneados cubos á cortísima distancia entre sí, avanzan á lo largo de los tres referidos lienzos en imponente fila; aunque desceñidos de almenas y matacanes, sin más adorno que el de las yerbas parásitas que crecen en sus grietas, han tomado un aspecto inerme y pacífico, tolerando y aun protegiendo, por decirlo así, las humildes casuchas incrustadas en sus angostos entrepaños al pie de la muralla.»

León ofrece una segunda muralla que en 1324 cerró el arrabal situado fuera del antiguo lienzo, pero aunque construído de cal y piedra es poco monumental y bastante diversa de la primitiva.

Soldado de caballería árabe (pág. 91).—Figura tomada del *Apocalipsis* de Gerona. En la cabeza lleva

(1) *Hist. general de España.*
(2) *Recuerdos y bellezas de España.*

el casco ó almofar cubierto por una tela larga, el *schasch*, uno de cuyos extremos pende sobre la espalda. Esta tela, generalmente de muselina, llevábanla también los árabes arrollada sobre un gorro de lana que Dozy llamada *kalansowech*, y que fué usado por el Profeta. El casco va sujeto por un barboquejo ó cadenilla. Sobre la túnica lleva el jinete una lorigota sin mangas, y completan su traje calzones ajustados y zapatos de cuero curtido. Echaráse de ver que la montura carece de estribos. Sus armas defensivas son la lanza y es de presumir el sable, aunque en esta figura no sea visible.

La caballería berebere, famosa desde antiguos tiempos, figuró también muchísimo en este período histórico. Constituyó en ocasiones el núcleo del ejército sarraceno y en algunas éste trabó batalla con fuerzas compuestas exclusivamente de caballería.

He aquí algunas noticias relativas á esta arma que da el Sr. D. Serafín Estévanez Calderón en uno de los interesantes fragmentos de su *Historia de la infantería española*. Refiriéndose á un códice árabe extremadamente dificultoso señalado por Casiri con el número 970, dice: «Por lo que puede entenderse de su texto se viene en conocimiento de que era un libro de caballería ó jineta con la descripción de las armas usadas en su tiempo y la explicación de su manejo y manera de esgrimirlas. Por lo mismo, después del fragmento con que comienza la obra, se encuentran dos capítulos sobre el arte de domar los caballos, deteniéndose en pormenores muy prolijos, y por lo tanto muy oscuros en materia en que los preceptos y las reglas ofrecen siempre gran dificultad por lo peregrino de las palabras y por lo apartado de las alusiones.

»El tercer capítulo trata del aprendizaje de cabalgar y de los principios del arte ecuestre. Aquí el autor entra en consideraciones muy discretas sobre las cualidades que deben dotar á quien aspire á ser estimado jinete, dando reglas para que puedan adquirirse. Después enumera las reglas que pueden observarse para cabalgar con soltura, firmeza y gracia, declarando así mismo por qué manera debe enjaezarse el caballo para el principiante, y qué postura debe tomar éste para saltar los lomos, tomando de aquí ocasión para describir varias clases de bridas, sillas, estribos y otros jaeces. Después discurre sobre las varias clases de carreras y otras evoluciones de los caballos. El capítulo siguiente habla de los combates frente á frente, señalando el autor los movimientos convenientes para la defensa que, ó son cambios ó conversiones de la lanza con ambas manos: después habla de las cualidades de ánimo que se necesitan para ejercitarlos con rapidez y perfección.

»Los capítulos que á éste siguen tratan de las varias maneras de enristres, á quienes el autor denomina y distingue en varias clases, como el enristre *khorasanita antiguo con cambio de brida*, enriste *thagarino* ó fronterizo, el *khalaita* y el *rumí*. Si este artículo trata del ataque, el que sigue va consagrado á la defensa. Redúcese, pues, á ofrecer varios modos de defenderse con la lanza desde el caballo, según la manera con que se empuñe ó embrace el ástil. El autor prosigue en la materia explanando los diversos enristres y cambios cuyos nombres hemos indicado arriba, y cuyas diferencias se cifran principalmente en el modo de tener la lanza en una mano, sujetando las bridas con la otra, trocándolas en este menester, según lo requiriese la necesidad ó lo aconsejase la destreza; movimientos todos, si muy difíciles de entender aun con la voz viva de un diestro instructor, casi imposibles de explicar con la corrupción del texto.

»El manejo de la lanza relatado con muchos pormenores y señalando el gran número de suertes que con ella pueden figurarse, da materia para dos capítulos, que tiene uno por título: *Del aprendizaje de la lanza*, y el otro, *Modo de salir contra el enemigo*. El choque de frente, la acometida á lo *thagarino*, ó fronterizo, y los preceptos que deben tomarse en cuenta para acometer al enemigo, dan asunto para tres capítulos diversos. El primero contiene la enseñanza para resistir aquel ímpetu ó ataque; el segundo propone los modos adecuados de tomar la lanza para ejecutar la acometida que describe, y en el tercero se entretiene el autor en referir varias acometidas y enristres por modos dificultosos y peregrinos, cuya diversidad y contraste consiste en la posición que se da á la lanza, á la mayor ó menor distancia con que se coja, ya del hierro, ya del cuento, ó, en fin, á la destreza con que se deje correr ó se recoja. Al final del último capítulo hay dos párrafos que tratan de las varias clases de lanzas conocidas y de sus propiedades más notables. Sigue después, consagrado al manejo de la espada, otro capítulo, por cierto el más oscuro de todos, pues apenas hay palabra usada en ellos que se encuentre en sus diccionarios. Las diferentes espadas que menciona con los nombres de *yemani*, *kalaita*, *indica*, *serendib*, *selmanita*, *damasquina*, *egipcia* y *franca*, ó europea, concuerdan en la mayor parte con las denominaciones y especies que apunta Hozail en su Tratado militar. Esto prueba que estas clases de espadas eran conocidas así en España como en Oriente. Por lo demás es muy notable el que en estas especies haya una conocida con el nombre de *beidha* (ó blanca), de donde parece sin duda que ha venido entre nosotros el llamarse arma blanca á todas las de acero. Este códice da fin con dos capítulos que tratan de las flechas, arcos y ballestas, y del modo de manejar tales armas.»

Es verdaderamente de lamentar que tan interesante libro haya perdido sus primeras hojas y con ellas su título y el nombre del autor. La ligera reseña que hace el Sr. Estévanez, permite, sin embargo, formarnos idea de la importancia que la caballería tenía entre los árabes, y del especial cuidado que consagraron á la instrucción militar. En otras obras militares árabes se hace también mención de la caballería; y en el interesante códice de Hozail, figuran dos capítulos consagrados á *la caballería* y *el escuadrón*, á la *conmemoración de los más famosos jinetes árabes, así del tiempo del paganismo, como del Islam*, y toda la segunda parte dedicada á los caballos y armas.

Soldado árabe (pág. 92).—Es copia del *Apocalipsis* de Gerona (975). Viste la *djobba*, que en los primeros tiempos del aislamismo era una especie de bata de lana blanca con mangas ajustadas, la cual está ceñida al cuerpo por medio de una faja de lana, y va calzado con zapatos de cuero curtido semejantes á los que hoy usan las gentes del pueblo. Sus armas defensivas son un casco ó cofia de hierro batido, sin cimera, visera ni barboquejo, y el escudo umbo, y las defensivas una espada recta de dos manos semejante á las miniadas en los códices escurialenses del siglo X.

Sepulcro del Cid en San Pedro de Cardeña (pág. 93).—El siglo XI, cuna de nuestra nacionalidad, cuenta un sinnúmero de varones ilustres, entre los que descuella en primera fila el Cid, héroe por excelencia del pueblo castellano, encarnación del sentimiento nacional, acabada personificación del guerrero de los tiempos medios. «Los antiguos cronicones, ha dicho el señor Canalejas, apuntan su muerte, los cronistas posteriores, aun escribiendo delante de los reyes, notan alguna de sus hazañas, la Crónica general refiere extensamente su vida, los monjes de Cardeña le rinden culto. El pueblo, á poco de cerrada su tumba, la erige en santuario y entona esos salmos nacionales llamados romances. Una leyenda y un poema narran sus reveses y triunfos, y el Cid Campeador es el primer vocablo que pronuncian los hijos de los buenos castellanos.»

Venera sobre todo nuestro pueblo en el Cid al héroe legendario que, caballero en el famoso Babieca, y empuñando la terrible tizona, avanza por tierra de moros, llevando en pos de sí la desolación y la muerte; y á quien saluda el poeta con estas palabras:

Venides Campeador en buena hora cinxiestes espada
Muchos días vos veamos con los ojos de las caras (1);

al esforzado adalid cuyas hazañas sirven como de lazo entre nuestras literaturas popular y erudita, y cuyo nombre patentiza en crónicas y romances el generoso aliento de los soldados castellanos. Este es el Cid cuyos hechos celebra el pueblo.

Despojado si no de su carácter, de los atributos que le presta la fábula, aparece el Cid ante la crítica; ser real y verdadero, cuyos hechos han dado abundante materia á los escritores de todos tiempos, pero sobre los que ha venido á arrojar mucha luz el conocimiento de los autores árabes. Gayangos había manifestado ya, que los estudios orientales eran la clave del enigma á que da lugar la existencia del Cid. El erudito Dozy para llegar á formar el verdadero tipo del carácter de este personaje, acudió con fruto á los historiadores arabes de la época, y en sus *Investigaciones sobre la historia política y literaria de España en la Edad Media*, figura un concienzudo trabajo sobre el Cid y la conquista de Valencia, digno de los elogios que Gayangos y Lafuente le tributaron. Pero aparte de los estudios publicados por Quintana, Pidal, Hartzenbusch y Canalejas, es indudable que la obra más apreciable que ha visto la luz en los últimos tiempos es la del señor Malo de Molina *Rodrigo el Campador*, obra fundada en las noticias que sobre este héroe facilitan las crónicas y memorias arabes.

Ni la índole de estas descripciones, ni el espacio de que disponemos, nos permiten hacer una completa biografía del famoso castellano. Trataremos, pues, de dar ligeras noticias acerca de su vida y su enterramiento, que completaremos con las del reciente hallazgo de los huesos del Cid.

La más completa oscuridad envuelve la fecha y el punto de su nacimiento. Su familia poseía el señorío de Vivar y descendía por línea paterna de Laín Calvo, juez de Castilla. era altamente considerada por los reyes de Castilla y respetada por su linaje del pueblo de Burgos, en el cual tuvo su residencia. Es facil darse cuenta de la educación que recibiría un muchacho hijo de padres nobles en aquella época, educación puramente militar, pues en el hogar se infundía al niño con el amor á la religión el odio a los infieles. En la corte del rey Don Sancho, muerto ya su padre, Rodrigo completó sus conocimientos militares; y el amor que desde la adolescencia se profesaron estos dos mozos, hubo de estrecharse á medida que juntos corrieron los peligros de la guerra. «Rodrigo de Vivar, dice uno de sus biógrafos, aparece ya por el año 1065, en que Don Fernando dividía por su muerte sus estados entre sus dos hijos, agregado á la corte de Don Sancho, el mayor de ellos, y tomando parte en las guerras que el genio fogoso del monarca movía con sus vecinos los reyes de Aragón y Navarra.»

En esta ocasión diéronse á conocer el arrojo y la serenidad de Rodrigo que acompañó á Don Sancho á todas sus luchas, y en la desgraciada batalla del *Campo de la Verdad*, le vemos figurar como *alférez* y *general de campo del rey* (2) llevando la enseña o estandarte de éste. Todos los historiadores de la época convienen en ello. Desde este

(1) *Poema del Cid*, v., II, 195.

(2) Mucho se ha discutido sobre la etimología de la palabra y cometido del *alférez*. En la época del Campeador era este cargo la dignidad mayor de la milicia y el que lo desempeñaba llevaba el estandarte ó enseña real en las batallas. El alférez del rey ó alférez mayor del rey mandaba el ejército en ausencia del rey. En las *Siete Partidas* se hallan bastantes detalles acerca de este empleo. En 1618 se llamó Alférez mayor de Castilla al del pendón real y Condestable al alférez mayor del rey, es decir, se dividió aquel título en dos categorías. Por último figura tambien en el ejército, además de estos dos alféreces, un tercero llamado *mayor de los peones*, jefe principal de la gente de á pie y que llevaba la bandera con los peones que estaban á su cargo.

momento comienza á darse á Rodrigo el dictado de *Campeador (Campidocto)*, cuya significación ha sido en extremo discutida, y con el que se le conoció durante su vida, pues el título de *Cid (Sidi*, mi señor), se lo dió el pueblo, tomándolo de los árabes, y se fué generalizando después de su muerte.

La muerte de la reina viuda hizo que estallara entre los infantes una guerra, fruto del desdichado reparto que hiciera D. Fernando de sus dominios. Y el Cid toma parte activa en ella y después de vencer á los leoneses en Carrión hace prisionero á Don Alfonso, á quien obliga Don Sancho á renunciar á la corona y á sepultarse en el claustro. No fué tan afortunado el rey frente á Zamora en la que Doña Urraca, lanzada de Toro, hizo seria resistencia; mas era fácil presumir el desenlace de esta guerra, si el puñal de Vellido Dolfos no la hubiese dado solución imprevista y tremenda Murió Don Sancho acuchillado por aquel traidor, y el Cid, tan leal al rey mientras éste vivió, como después de muerto, recogió el cadáver y seguido de sus fieles castellanos le condujo al monasterio de Oña, donde le dió honrosa sepultura. En este momento es cuando se da á conocer el carácter enérgico del Cid. Las cortes castellanas convienen en elegir por rey á Don Alfonso y él se encarga de tomarle juramento; aquel famoso juramento de Santa Gadea en el que le pregunta Rodrigo si tuvo parte en la muerte de Don Sancho. Por tres veces le interrogó el Cid y por tres añadió: «Si juráis en falso, plegue á Dios que muráis de la muerte que él murió, y que os mate un villano y no un caballero.» Hay quien califica esto de fábula, pero es muy problable que tal acto sirva de base al odio que casi de continuo reinó entre el nuevo monarca y el Cid.

No pudo el rey Alfonso perdonar á Rodrigo lo que él consideraba como una humillación; y si bien por de pronto disimuló su enojo, le desterró después de su reino. El Cid había contraído en este intervalo matrimonio con Doña Gimena Díaz, que pertenecia á la más alta nobleza asturiana y era prima hermana del rey (1), con lo que habían aumentado su consideración y fama. La causa del destierro de Rodrigo no es posible apuntarla, ni conjeturarla tan siquiera; pues este primer período de la historia del Campeador es el más oscuro y el más disfigurado por la fábula.

Desterrado el Cid de Castilla por los años 1080 á 1081 pasó á Barcelona y á Zaragoza, en cuyo territorio comenzó á guerrear, como aliado del emir de esta ciudad contra el emir de Lérida y Denia, al que defendían Sancho Ramírez de Aragón y Navarra, y el conde de Barcelona. El Cid acudió en socorro del castillo de Almenara cercado por los catalanes y después de derrotarles, hizo prisionero al conde Berenguer, al que devolvió la libertad cinco dias después. Este hecho de armas le dió gran importancia en la corte del emir de Zaragoza, y las rápidas y felices excursiones de su pequeña hueste por tierra de Aragón, donde venció á las tropas sarracenas y navarras, aumentaron más su prestigio en estas comarcas. Reconcilióse momentáneamente en este intervalo con el rey Don Alfonso, y tuvo ocasión de manifestarle su lealtad, cuando después de haberse presentado como aliado del emir de Zaragoza frente á Valencia, emprendió por esta comarca, con beneplácito del rey de Castilla, una serie de correrías que infundieron gran espanto á los musulmanes. Mas después del viaje que efectuó á la corte castellana, donde fué objeto de grandes honores, vémosle pactar alianzas con el rey de Valencia, romper de nuevo sus relaciones con Alfonso, y guerrear por su cuenta en territorio catalán, donde atacado á la vez por los emires de Lérida y de Zaragoza, y por el conde de Barcelona, les vence en porfiada pelea y hace de nuevo prisionero á Berenguer, que hubo de sufrir en esta ocasión grandes humillaciones. Arbitro quedó el Cid de aquella tierra, pues pagábanle tributo los emires de Tortosa, Valencia, Albarracín, Alpuente, Segorbe, Jérica y Almenara.

La invasión de los almoravides produjo nueva reconciliación entre don Alfonso y el Cid, tan breve como las anteriores. Rodrigo levantó el sitio de Liria y á excitación de la reina Constanza marchó á incorporarse al ejército castellano; mas estaba escrito que no era posible la armonía entre el sobarano y el vasallo: estalló el antiguo odio en ásperas palabras y el Cid, levantando su campo, marchó al antiguo teatro de sus triunfos, donde mandó reconstruir el gótico castillo de Pinacastel, cuyas ruinas aun divisa el viajero que remonta el rio Martín sobre alta y escarpada roca (la peña del Cid), que domina un valle confinante con los territorios de Villaroya y Montalbán.

Grandes trastornos ocasionó en Murcia y Valencia la invasión de los almoravides. El monarca de esta ciudad fué asesinado por el cadi Ben Gehaf, y éste auxiliado por los recién llegados ocupó el ensangrentado trono. Pero avisado el Cid por los partidarios del monarca asesinado, marcha desde Zaragoza sobre Valencia, toma los arrabales de Villanueva y la Alcudia, y obliga á los valencianos á una capitulación en la que se estipula que abandonen los almoravides la ciudad y le pague tributo el nuevo rey, quedando él con su ejército en la fortaleza de Cebolla, que había conquistado. Esta concordia fué de poca duración, pues los almoravides atacaron al Cid, y éste, después de haberles derrotado, avanzó hasta Valencia y la puso riguroso sitio. El hambre hizo grandes estragos en esta hermosa ciudad, en la que habian estallado las discordias intestinas, y sus calles sembradas de cadáveres ofrecían el más lastimoso cuadro. Tan apretado fué el cerco, que las flechas de los cristianos pasaban de un lado á otro de la ciudad: «mas no contento con esto, dice un historiador, el Campeador ordenó hacer un mangano que colocó cerca de una de las

(1) «La publicación de un documento de tal naturaleza cual lo es la carta de arras, sirve para destruir cuantas fábulas inventaron los juglares y romanceros de los siglos XV y XVI, y aun los de los tiempos más inmediatos al Cid, á propósito de su casamiento con Gimena Gómez, hija del conde Don Gómez de Gormaz, muerto por aquél en desafío.» Malo, *Rodrigo el Campeador*.

puertas, y con él causó grandes estragos; pero los de dentro, llenos de valor y arrojo construyeron máquinas iguales, y destruyeron la del Cid.» No brilló en esta ocasión por sus sentimientos humanitarios el héroe castellano; y horrorizan ciertamente las medidas adoptadas por los sitiadores para reducir á los de la ciudad. Tan lastimosa llegó á ser su situación y tan vanas sus esperanzas de recibir socorro que abrieron por fin sus puertas al Cid el 15 de junio de 1094.

Rodrigo ocupó á Valencia con sus tropas, y el buen gobierno que estableció en esta ciudad, su justicia y su mansedumbre merecieron los elogios de los escritores árabes coetáneos. Atacado en 1096 por los almoravides, ganosos de recuperar á Valencia, les derrotó por completo en Cuarte; y como sus aliados de Albarracín y Murviedro se mostrasen hostiles, marchó contra ellos en 1097, y cercó y rindió á esta última ciudad: las historias guardan desde esta fecha hasta la de su muerte (julio de 1099) el más profundo silencio. Sábese por los autores árabes que su ejército mandado por Alvar Fañez, pariente y compañero del Cid, fué derrotado en este intervalo en Cuenca por los almoravides, y se supone que esta infausta nueva precipitó su muerte.

Su cuerpo fué sepultado en Valencia, cuya ciudad continuó defendiendo Doña Gimena de los almoravides, pero no pudiendo el monarca castellano, al que ésta acudió, sostener la defensa de una ciudad tan distante de sus dominios, abandonáronla sus defensores juntamente con el ejército real, llevando consigo el cuerpo del Campeador, para depositarlo en San Pedro de Cardeña. En el primer sepulcro en que fué colocado, sepultóse también á su esposa (1104). El rey Don Alfonso X hizo construir otro nuevo en 1272, y en 1447, al reconstruirse la iglesia de San Pedro de Cardeña, se pusieron los restos del Cid en otro sepulcro, que Carlos I ordenó se trasladara desde la pared del lado del Evangelio á la capilla mayor del mismo templo.

Sandoval escribía en 1615 refiriéndose al sepulcro del Cid: «Está en medio de la capilla mayor esta gran arca, y junto á ella la de su mujer Doña Gimena que es otra arca de madera, dentro de la cual se ven sus huesos y los de una criatura que debió ser su hijo. No tienen armas.» Es indudable que así permanecieron ambos sepulcros hasta 1808, después de la batalla de Burgos, (10 de noviembre). El ejército francés, cometió entonces en Castilla toda clase de excesos y el monasterio de Cardeña experimentó también el azote de una soldadesca desenfrenada. Y puede juzgarse de las ruinas que acumuló á su paso con leer el párrafo que consagra al monasterio en su Diario de viaje el príncipe de Salm Dyck, quien en unión del Conde de Girardin y del Sr. Dalamarllere, miembros del Cuerpo legislativo francés, lo visitó en diciembre del mismo año. Estos señores que, en representación de dicho cuerpo, venían á felicitar al emperador por sus recientes victorias en España, detuviéronse en San Pedro de Cardeña, contemplaron el sepulcro del Cid abierto y profanado, y en su interior algunos restos que en su mayor parte recogió el príncipe de Salm Dyck. Meses después el general Thibaut expuso al rey José haber visto el sepulcro destrozado y esparcidos los restos que contenía, y con autorización del monarca intruso y gran solemnidad los trasladó en 1809 á Burgos, donde se depositaron en un sencillo monumento colocado en el jardín de la Marquesa de Vilueña á orillas del Arlanza, no removiéndose hasta 1826, en que con no menos pompa se les trasladó á Cardeña á instancias del abad de este monasterio Fray Emeterio de Sara. Allí se les colocó, según dice el Sr. Tubino, en el centro de la Capilla de los Héroes ó de San Sisebuto. La exclaustración y medidas económicas adoptadas á consecuencia de ella, impulsaron al municipio burgalés en 1842 á disponer la traslación de los restos á su oratorio, donde parte de aquéllos se conserva en una caja dividida en dos compartimentos y cerrada por una cubierta de madera.

El Sr. Tubino, que tanta parte ha tenido en la traslación á España de los restos que se hallaban en el extranjero, describe así los sepulcros del Cid y su esposa existentes en Cardeña: «Los sepulcros, como actualmente se encuentran, están juntos y colocados, según queda dicho, en el centro de la estrecha Capilla de los Héroes. Rodéales una sencilla barandilla de hierro y se componen de diversas partes. Una, la inferior, muy nueva; otra historiada con medallones, escudos y trofeos militares, no contradice el gusto del Renacimiento en que reinó Carlos V; la laude ó cobertera del que debió ocupar el Cid parece ser la misma donde Alfonso X hizo esculpir el distico latino (1). Sobre ella descansa la estatua del héroe burgalés.» (Este sepulcro es el que representa el grabado de la pág. 93.) Y después de describir la tumba de Doña Gimena añade el citado escritor: «En los testeros de ambos sepulcros encuéntranse esculpidos sendos escudos rodeados de cadenas que encierran el blasón de Castilla y dos espadas cruzadas que tienen en su centro sobrepuesta la cruz que el Campeador llevaba en los combates.»

Al regresar de su viaje á España conservó el príncipe de Salm en el castillo de Dyck los restos que recogió en Cardeña, hasta que en 1857 los cedió á su amigo el príncipe Carlos Antonio Hoenzollern y pasaron á enriquecer el museo del castillo de Sigmaringen. El Sr. Tubino efectuó una serie de investigaciones encaminadas á asegurarse de la autenticidad de dichos huesos pertenecientes unos al cráneo, otros al tronco y otros al extremo inferior derecho, los cuales se hallaban contenidos en una urna marmórea remedo del doble sepulcro de Cardeña; y efectuadas las necesarias gestiones por parte de España, fueron entregadas graciosamente aquellas reliquias por el príncipe alemán y retornaron á España (1883); haciéndose solemne entrega de ellas á la ciudad en Burgos en este mismo año.

Tales han sido las vicisitudes por que han pasado los restos del famoso guerrero burgalés.

(1) *Belliger invictus famosus Marte triumfis,*
Clauditur hoc tumulo magnus Didaci Rodericus.

Lanceros del siglo XI (pág. 94).—Es copia de un códice de Vich. Viste sobre la túnica el camisote de mallas que algunos llaman también loriga y proteje su cabeza el *almofar*, capucha de malla sobre la que se colocaba la capellina (*capell y capmayll* en Aragón), casco ó capillo de hierro batido de figura de medio limón: completan estas armas defensivas el pavés ó escudo grande: las ofensivas son la lanza La montura del caballo es completa y el ginete calza *sporones* ó espuelas.

Castillo de los Templarios en Ponferrada (pág. 95).—Este monumento feudal del siglo XII, palacio y fortaleza á un tiempo de la egregia Orden del Temple, hállase asentado sobre un cerro, por cuyas faldas serpentea murmurando tristemente el Sil. Situado al extremo occidental de Ponferrada, señorea el arrabal y la deliciosa vega y ameno valle que fecunda este rio. Una doble muralla de argamasa y piedra circuída de almenas é interrumpida á trechos por gruesos y elevados cubos coronados de modillones, de los que penden guirnaldas de hiedra, se extiende á distancias dilatadas y ofrece en su conjunto un aspecto imponente y severo. Los enormes sillares que la guarnecen, la línea de matacanes que corre por sus lienzos, el solemne pórtico que se abre al lado opuesto de la corriente del Sil, entrada principal del castillo, por la que un dia salieron para no volver jamás á él los Templarios del Vierzo, prestan á este monumento un carácter por demás misterioso y magnífico. Dos gastados peldaños de piedra, dan acceso á un puente cuyo arco se encorva sobre el cegado foso; crúzase la puerta abierta en el primer muro y defendida por dos esbeltos torreones cilíndricos y penétrase por una segunda puerta que, como la anterior, ofrece un arco semicircular y dos cubos, en el recinto. Sobre una de estas puertas se lee la bíblica inscripción: *Dominus mihi custos et ego disperdam inimicos meos*. «En la clave del gótico arco del castillo, dice en un reciente artículo uno de sus visitantes (1), campea esculpido en el sillar la cruz del Temple en forma de T. que es á un tiempo enseña é inicial de la Orden. Luego un sombrío espacio de unos once á doce metros alfombrado de escombros y maleza, y tapizado de zarzas y de hiedra, forma lo que fué átrio ó vestíbulo de la gran *Bailía*. En el fondo se eleva el otro arco interior, más grande aun que el anterior, también descrito ó practicado en un espeso muro y defendido igualmente á sus lado por dos torrecillas ó columnas iguales á los anteriores, aunque más altas. Sobre el arco de aquella puerta se lee aún con ya gastados caracteres en la piedra esculpidos la bíblica inscripción, lema del Temple.» Después de cruzar estas puertas el visitante se encuentra en un espacio que sin duda fué plaza de armas de la fortaleza; admira en las inmediatas paredes vestigios que atestiguan la antigua magnificencia de esta mansión; y después de contemplar las lóbregas galerías y el destrozado salón del gran Maestre, puede subir por empinada escalera de caracol á una de sus torres y desde ella gozar el delicioso espectáculo que ofrece la campiña. Fácil es que entonces evoque el recuerdo de aquella grandeza que se disipó como una sombra; el trágico fin de aquella Orden famosa un día por su poder y sus riquezas; ¡la nada de las cosas humanas! Refiriéndose á la magnífica y misteriosa puerta principal, dice el Sr. Cuadrado: «Mustios y silenciosos por debajo de aquel arco salieron los templarios en un día del año 1310, reunidos de todo el Vierzo, donde tantas encomiendas poseían, en aquella su fortaleza principal, para comparecer ante el concilio de Salamanca; y alejáronse al acompasado trote de sus caballos, sin volver atrás los ojos para no ver arrollada en la torre del homenaje la enseña de su cruz, que ya no debía más desplegarse al viento!»

Como en otras soberbias fábricas de la Edad media, el castillo de Ponferrada ha merecido poco de los gobiernos: recientemente, empero, ha sido declarado monumento nacional.

Alfonso VIII en las Navas de Tolosa (lámina suelta, pag. 96).—La batalla de las Navas de Tolosa señala en la historia de la reconquista española el límite de dos grandes períodos; puede afirmarse que decidió el triunfo del cristianismo sobre el islamismo, que auguró la total ruina del poderío árabe en España. Y debe saludarse por lo mismo este nombre glorioso, como uno de los más brillantes títulos que nuestra patria presenta ante el mundo civilizado.

Fué en verdad un periodo altamente crítico para España, el de la llegada de los almohades, «infinita muchedumbre que no bastaba para sustentar la tierra, ni los ríos para abrevarla.» Alfonso VIII que salió á contenerlos con las fuerzas castellanas, pues los demás reyes á quienes acudiera en este trance, no anduvieron muy solícitos en reunírsele: vióse arrollado en Alarcos por aquellas masas que, desconcertadas al primer choque, lanzáronse de nuevo con violencia sobre los escuadrones cristianos y los aniquilaron por completo. Y ya la lucha había casi terminado, cuando aún iban entrando en la línea de batalla nuevos escuadrones de almohades, cuyos blancos estandartes daban testimonio del poderío del emir Yacub-ben-Yussuf, señor de aquellas gentes.

Tan terrible derrota fué el prólogo de una serie de correrías y reveses que sembraron el espanto en la monarquía castellana. Alarcos, Calatrava, Guadalajara, Madrid, Alcalá de Henares, Uclés y Salamanca, fueron tomadas por asalto; Toledo se vió estrechamente sitiada; y los campos asolados de estas comarcas y los muchos cautivos que en ellas hizo el vencedor, presagiaron la triste suerte que aguardaba á los habitantes de Castilla. Para colmo de males

(1) D. Acacio Cáceres.

el resentimiento de su rey con el leonés produjo nuevas luchas en que intervino también el de Navarra; y no era posible esperar reponerse del terrible descalabro sufrido, dada la triste desunión que reinaba entre los monarcas cristianos.

Afortunadamente Alfonso se hizo bastante temible á sus enemigos para ser respetado, y auxiliado por el de Aragón no llevó la peor parte en la lucha con el leonés y el navarro; gracias á ello logrose venir á un acuerdo que no pudo ser más oportuno, pues espiraba ya la tregua convenida con Yacub, después de la derrota de Alarcos. Comenzaron, pues, de nuevo los castellanos sus algaras contra los moros, y á poco Muhamat, hijo de Yacub, desembarcó en España con un formidable ejército dispuesto á completar la obra comenzada por su padre.

De nuevo repitió Alfonso VIII el llamamiento á los príncipes cristianos y esta vez dió resultado eficaz. El Papa dejó oir su voz, predicóse una verdadera cruzada, y numerosos guerreros de Francia, Italia y Alemania, emprendieron el camino de Toledo. El rey de Aragón llegó también á esta ciudad con sus huestes, y aquel formidable ejército que no cabia dentro los muros de la ciudad, acampó en las huertas, esperando la hora de ponerse en marcha. Toda aquella muchedumbre llevaba en el hombro derecho el signo de la redención como los cruzados orientales, y, confundidos entre ella, buen número de monges iban cubiertos con la coraza y ceñida la espada.

El ejército cristiano se puso en marcha el 21 de Junio de 1212, seguido de setenta mil carretas, y se hizo dueño tres dias después de Malagón y de la plaza fuerte de Calatrava, que Alfonso VIII confió á los caballeros de este nombre. Allí le abandonaron los extrangeros; pero sin desalentarse los cristianos españoles prosiguieron su marcha y tomaron á Alarcos, donde saludaron á la hueste de Navarra que á las órdenes de su rey venia á incorporárseles.

Hallábanse á la sazón los moros sitiando á Salvatierrra, con lo que dieron tiempo á los cristianos para efectuar la concentración de sus fuerzas; mas noticiosos de la aproximación de éstos, redoblaron sus esfuerzos para adelantarse al encuentro de los ejércitos aliados. Salvatierra se rindió el 1.° de Junio, y acto seguido mandó el emir sus escuadrones á protejer los pasos de Sierra Morena, marchando él á sentar sus reales á Baeza.

El 12 de Julio llegaron los monarcas cristianos a los piés de aquella imponente barrera natural, en la que encastillado el enemigo iba á disputarles con ventaja el paso. En efecto; el puerto de Muradal se hallaba defendido por las tropas sarracenas, y la vanguardia aliada que mandaba D. Diego Lopez de Haro solo pudo ocupar á Castro Ferral. Empero, la situación de estos cuerpos avanzados era en extremo peligrosa, colocados como se hallaban entre inexpugnables riscos, y siendo punto ménos que imposible forzar el angosto puerto, en el cual con escasa gente podia ser derrotado un ejército numeroso. Sumidos en gran perplejidad estaban los monarcas, cuando un pobre pastor se presentó en el campamento cristiano, ofreciéndose á indicar un camino seguro en la ladera del monte. Tomaronle no sin recelo por guia, y el pastor condujo al ejército entero, por una senda lateral, á una extensa planicie en que pudo desplegar.

Aquel camino pasa por lo que hoy se llama Puerto Real y conduce al partido de la Carolina.

El 14 de Julio vieron los sarracenos con sorpresa acampados á los cristianos en la cumbre del monte, y unos y otros continuaron todo el dia siguiente en sus posiciones, apercibiéndose para el combate. El pabellón rojo del emir fué dado al viento y su ejército desplegó en la inmediata llanura, como retando á la batalla. Rompió el alba el 16, y los escuadrones cristianos se pusieron en movimiento. La vanguardia iba mandada por Lopez de Haro; la segunda división por Nuñez de Lara, la tercera por Diaz de Cameros y la reserva iba á las órdenes del rey. Sancho de Navarra mandaba el ala izquierda y el esforzado rey de Aragón la derecha.

Describiendo una media luna y distribuidos en cinco divisiones ocuparon los árabes la llanura. El emir se colocó a retaguardia dentro de un círculo formado por cuarenta mil negros, cuyas lanzas clavadas verticalmente en tierra constituian una sólida empalizada, detrás de la cual habianse puesto los camellos, unidos por medio de una cadena de hierro. Asi lo refiere el Arzobispo D. Rodrigo. El núcleo de las tropas sarracenas lo formaba los almohades y berberiscos; siendo muy escasa la caballeria, lo que no deja de parecer extraño. A retaguardia de aquellos se colocaron las tropas andaluzas y a mayor distancia las masas indisciplinadas reclutadas en el Magreb.

Dió principio á la batalla acometiendo el de Haro á los cuerpos voluntarios berberiscos que formaban junto a los almohades, y en este primer choque se mantuvo la victoria indecisa; pero aquel esforzado caudillo consigue romper las filas enemigas y desde aquel instante pelean confundidos musulmanes y cristianos, entrando en combate el ala derecha de éstos. Fué aquel un crítico momento; pues algunos moros llegaron á penetrar hasta la reserva y el combate generalizado en toda la linea se hacia cada vez más reñido. El rey D. Alfonso viendo flaquear á los suyos exclamó entonces, dirigiéndose á D. Rodrigo de Toledo: «Arzobispo, yo é vos aquí muramos.—Non quiera Dios que aquí murades, le dijo éste; antes aquí habedes de triunfar de los enemigos.—Pues vayamos, replica el rey, a acorrer á los de la primera haz que estan en grande afincamiento.» Y blandiendo su robusta lanza, precipitase en lo más recio de la pelea. Alentados por el ejemplo de su rey, los castellanos renuevan sus esfuerzos contra aquellas compactas líneas que oponen un sólido muro á su caballeria. Pero los navarros y aragoneses han conseguido ya destrozar el ala izquierda del enemigo; y aunque reforzado éste por los escuadrones de reserva, se ve arrollado por uno de sus flancos y comienzo á desordenarse: la fuga de los caudillos andaluces decide en este momento la acción, y muy en breve queda el ejército cristiano dueño del campo. Faltaba solo destruir el muro formado por la guardia negra al rededor de la tienda del emir; y allí se lanza el monarca navarro saltando con su caballo esta barrera y esgrimiendo su espada contra aquella haz. En estos momentos el combate degeneró en carniceria. Un leal servidor

salvó al emir ofreciéndole veloz caballo, y aquel monarca que habia permanecido leyendo el Koran durante la batalla, salió de su inacción para apelar á la fuga entre el tropel de gente que huía.

Los cristianos continuaron la matanza, lanzándose hasta caer el día en persecución de los fugitivos, y en aquella llanura ensangrentada, en la que habian peleado tantos millares de hombres, sólo quedaron los maltratados restos de un inmenso ejército. No es posible hacerse cargo del número de combatientes que perecieron por una y otra parte; pero el número de víctimas hubo de ser prodigioso.

Terminada la matanza, el ejército entero entonó el *Te Deum laudamus*, ese cántico magnífico, cuyas sublimes notas tan nobles recuerdos evocan en el corazón español, y puesto el pié sobre los trofeos enemigos aclamó al victorioso paladín coronado que le condujo al combate. Burgos recibió y conservó la bandera de este rey, Toledo los pendones ganados á los infieles, y el monarca navarro se llevó las cadenas que rodeaban la tienda del emir, y añadió al escudo bermejo de sus antepasados, cadenas de oro sobre campo rojo.

Tal fué la memorable batalla de las Navas de Tolosa, cuya memoria conmemora aún la cristianda del 16 de Julio con la fiesta del Triunfo de la Cruz.

Sello de Fernando III *el Santo* (pág. 97).—Es copia de uno en plomo que pende de un privilegio de 1217.

Sello de Sancho IV *el Bravo* (pág. 97).—Es copia de uno en cera blanca del archivo del Ayuntamiento de Pamploma.

Sello de Alfonso XI (pág. 98).—Es copia de uno en plomo pendiente de un privilegio de 1339.

Castillo de Astorga (pág. 99).—Un distinguido escritor ha hecho la siguiente descripción de sus ruinas: «Formando continuación con la romana cerca y en el ángulo sudoeste de la ciudad de Astorga, descuellan restos del castillo y á la vez palacio de los marqueses de Astorga, á cuyo ascendiente Alvar Perez Osorio concedió noble título Enrique IV en recompensa de leales y eminentes servicios. Los que en el siglo pasado alcanzaron á verle cuando todavia estaba reciente su destrozo, atestiguan era aquella una grandiosa fábrica que podia competir con los mejores en su línea. Sus muros se encuentran terraplenados; dos cubos guarnecidos de almenas y canecillos de poco vuelo flanquean el lienzo de su entrada, sobre el cual una lápida ceñida con un cordón y encerrada dentro de un marco de follage del postrer estilo gótico, contiene en bordadas letras de relieve los siguientes versos, divisa de los Osorios:

«Do nuevo lugar pusieron
Moverla jamás pudieron»

Más arriba aparece el escudo de armas coronado de tres veneras en medio de dos pedestales ó arranques de garitas, que avanzan en forma de conos inversos bocelados en espiral y sembrados de hilos de perlas en sus estrías.» Esto es todo lo que en la actualidad existe del castillo de Astorga.

Castillo de Belmonte (pág. 101).—Belmonte era una oscura aldea denominada *Las Choças*, que en el siglo XV bajo el señorío de los Pachecos cambió de nombre y se engrandeció rápidamente. El poderoso marqués de Villena la fortificó ciñéndola de un dilatado muro, y edificó en la cúspide del cerro que señorea la población un castillo que enlazó á sus muros por medio de dos alas. La planta de este castillo es exágona, y marcan sus cuatro puntos cardinales seis redondas y colosales torres ceñidas de modillones. Los tres lienzos de su robusta muralla describen un ángulo entrante, trazando en cierto modo la figura de una estrella. Esta muralla, así como los torreones exteriores, aparecen coronados de almenas, verdaderos encajes de piedra que prestan característico sello á esta imponente mola. De las tres puertas abiertas en las murallas, sólo una, la que mira al pueblo permite la entrada al recinto, pues las dos restantes hállanse tapiadas. La segunda puerta del castillo, se abre entre dos torreones, y seguidamente aparece el patio de figura rectangular, y en el que pueden aún contemplarse las dos alas de su pórtico. Los diferentes cuerpos de esta fortaleza, palacio á un tiempo de los opulentos magnates á que pertenecía, atestiguan la magnificencia que en ella desplegó el de Villena: en sus desiertas estancias vense ricos y destrozados artesones, y sus ventanas, alguna de ellas realzada por primorosa labor, pueden presentarse como hermoso modelo de la ornamentación gótica en su más bello período. Pero el aspecto fantástico y majestuoso de sus murallas almenadas y de sus colosales torres, causa, sobre todo en el ánimo, poderosísima impresión, impresión que sube de punto si se contemplan estas ruínas iluminadas por la luz opaca de la luna.

Oportuna ocasión es la presente para que digamos algo acerca de los alcaides, ó sea de los que tenían á su cargo la guarda y defensa de los castillos mediante juramento ó pleito homenaje. Requeriase para este cometido persona de noble linaje, gran lealtad, valor probado y conocimiento militares suficientes para atender á su buena defensa. A este último objeto debia tener en el castillo los caballeros, escuderos y ballesteros necesarios, gente toda de excelentes dotes y á las que se imponían severos castigos á la más leve falta. Esta guarnición, convenientemente avituallada y armada, prestaba en todo tiempo un riguroso servicio de vigilancia. El alcaide colocaba en las torres, puertas y murallas, atalayas y centinelas; formaba rondas y recorria por sí los puestos; y si encontraba dormido á algún

vigilante le imponia fuerte castigo, ordenando la ley que al que se despertase por tres veces fuese despeñado: la más simple falta se reputaba en el alcaide deslealtad, y por eso se lee en las *Partidas* «tener castillo de señor según fuero antiguo de España, es cosa en que yace muy gran peligro. Ca pues ha de caer el que lo perdiere por su culpa en delito de traición, que es puesta como egual de la muerte del señor, mucho deben todos los que los tovieran ser apercibidos en guardarlo, de manera que no caigan en ella.» Pero si se exigía gran celo al alcaide, no se requería de él ménos tacto para que evitase en la defensa todo arranque temerario que pudiese acarrear la pérdida de la fortaleza: los que se lanzaban fuera del castillo sin su orden incurrian en la pena de muerte y él mismo era condenado á ella si en momentos críticos la abandonaba. Si forzosamente tenía que ausentarse de aquel, por exigirlo las atenciones de la guerra, dejaba en su lugar un fijo-dalgo de buenas condiciones, reputación y linage, al que se daba el nombre de *Mayor;* y este hacia pleito-homenaje al alcaide. En caso de fallecer el alcaide le reemplazaba ó el pariente más próximo que reuniese condiciones para el desempeño de este cargo ó uno de los individuos de la guarnición.

Si el señor del castillo lo reclamaba, debia entregarle al primer aviso la fortaleza, lo que también tenia que efectuar caso de no reunir los necesarios elementos para su defensa: la falta de cumplimiento á lo dispuesto era castigada con la muerte. Sólo cuando, hallándose el país invadido, el señor ordenara la entrega y mandara nuevo alcaide con tan escasa gente que no bastara á la defensa, el antiguo alcaide no podia resignar el mando: y en este caso, ante los caballeros de la guarnición, debia hacer presente su conducta y remitir testimonio al Rey; mas si el señor insistía debia hacer la entrega.

«Las severas ordenanzas de la Edad media, dice Clonard, aspiraban á convertir en héroes á los alcaides, porque eran los que desempeñaban la más difícil y peligrosa función militar. Sin duda lo consiguieron en gran parte, pues la historia ha inmortalizado y el genio de la poesía ha adornado con las galas de la imaginación el nombre de ínclitos guerreros que supieron sacrificar en aras de la patria las afecciones más puras y más ardientes.»

Arcos (pag. 102).—El origen de esta arma puede decirse que se pierde en la noche de los tiempos. Los descubrimientos arqueológicos nos han dado á conocer las primeras flechas con punta de silex, y los estudios efectuados por algunos eruditos dan la prioridad á esta arma sobre la honda. Su aparición quita á la lucha su carácter corporal y como con razón manifiesta un ilustre escritor, desde entonces se percibe que algo de lo que ahora llamamos fuerza moral principia á intervenir en la guerra y á equilibrar la fuerza física y brutal.

El arco es usado y conocido por casi todos los pueblos de la antigüedad; en la Edad media es constante su uso hasta la adopción de la ballesta, y nadie ignora la fama que alcanzaron los ingleses como excelentes arqueros. En la famosa batalla de Crecy debióse á estos soldados una brillante victoria, y tal fué la importancia que se atribuyó á esta arma, que los franceses se apresuraron á adoptarla.

Los ingleses usaron un arco grande de madera de 5 piés de largo que lanzaba á 220 metros una flecha con punta de hierro. Estas flechas las llevaban en un carcax pendiente de una correa suspendida del hombro. En el instante de combatir lo vaciaban y colocaban en tierra las flechas. Napoleón en su obra *Le passé et l' avenir de l' Artillerie* dice: «Un arquero inglés que un minuto no disparase doce flechas hiriendo en uno de esos disparos á 219 metros á un hombre, se tenia por malo.» A esta distancia, dice Mr. Lecombe, «es dudoso que la flecha tuviera suficiente fuerza para atravesar el camisón de mallas ó la loriga, pero podia matar á los caballos, que aun no llevaban armadura, y esto influyó no poco en el cambio de la táctica.» En efecto; en Crecy, los arqueros ingleses matando é hiriendo á gran número de caballos, siembran el desconcierto en la caballería, cuyo impulso detienen, y destruyen su unidad. Y esto obligó desde entonces á los hombres de armas á colocarse pié á tierra detrás de los arqueros. El arco dió también lugar á la aparición del pavés.

En España vemos empleado el arco por los moros y los cristianos. Adoptaba éste diferentes formas según puede verse por el grabado.

Cuadrillos (pág. 103).—Dardo grande de sección cuadrangular. Era tal la fuerza que le impulsaba, que según la crónica, pasaba á un caballero armado y al dar en tierra se hundia profundamente en ella. Menciónase con bastante frecuencia entre las armas arrojadizas de este período.

Viratones (pág. 103).—El viratón era una saeta muy delgada y de punta excesivamente aguda. La encontramos citada con frecuencia en los ordenamientos para la guerra de mar y de tierra. En la primera se hacia uso de él colocando en la punta estopa inflamada para quemar el velamen. Dice Almirante en su *Diccionario* que significaba también un pedazo de cuero que cubria la palma de la mano y se aseguraba en el dedo pulgar empleado por los ballesteros para no hacerse daño al armar la ballesta.

Carcax (pág. 103).—Era una caja ó funda en la que se colocaban las saetas ó flechas.

Goldre (pág. 103).—Tenia parecido destino que el carcax, pues era una bolsa de cuero en la que se colocaban los viratones. En ocasiones vemos que se da al goldre el nombre de carcax ó carcage.

Aljaba (pág. 103).—Era idéntico su objeto al del carcax si bien variaba en su forma. Podía ser de madera ó de cuero y presentaba en el interior unos agujeros ó huecos en los que se colocaban las saetas ó flechas.

Saetas y Flechas (pág. 103).—Poco se diferenciaban entre sí la saeta y la flecha. Una y otra consistía en una asta con punta de hierro y plumas en el otro extremo, de dos á tres piés de largo. La punta del hierro afectaba diversas formas, según puede verse en el grabado.

Guerrero del siglo XI (pág. 104).—Sus armas defensivas son el camisote de malla ceñido por una correa, almofar, capellina y adarga ó escudo en forma de corazón; las ofensivas una espada recta pendiente de un cinturón chapeado y un hacha de doble corte. Por debajo las mangas del camisote aparece la túnica y las manos y antebrazos van cubiertos por las luas. Un tejido fuerte de correas protege los piés y parte de la pierna y sujetos á aquellos están unos acicates.

Máquinas de movimiento parabólico (págs. 106 y 108).—Todos aquellos que llevados por su afición á los estudios históricos hojeen nuestras crónicas, hallarán con frecuencia citado en ellas el nombre de algunas máquinas de tiro acerca de las cuales sólo es dable conjeturar, por no haber sido descritas por los autores de aquella época. Ni por los mismos relatos de los cronistas puede sacarse nada en claro, ni es fácil asegurar si á una misma máquina se dieron distintos ó parecidos nombres; y ha sido hasta aquí poco fructuoso el empeño de los que se han consagrado á esta ímproba tarea.

El emperador Napoleon III, autor de la obra *Le passé et l' avenir de l' Artillerie*, mandó hacer interesantes pruebas para cerciorarse del alcance de las máquinas de tiro empleadas en la Edad media, y por ellas pudo apreciarse que la honda colgante hacía doblar el alcance que hubieran tenido con el cucharón, pues con la provista de una verga de 10 m y un contrapeso de 4,500 kilógramos se lanzó una bala de 24 á 175 metros, una bomba de 0,22 m á 145 y otra de 0,27 y 0,32 á 120.

Estos datos pueden hacernos formar una idea de las máquinas de movimiento parabólico empleadas en la Edad media. Y no entremos en disquisiciones acerca su nombre y detalles, limitándonos á hacer ligera mención de las más importantes, ó por mejor decir, de las con más frecuencia mencionadas.

Los grabados que de esas máquinas damos en el texto puede admitirlos el lector como una reconstrucción ideal que contribuye á que aprecie en su conjunto el mecanismo: y esto explica el que les hayamos dado sólo por epígrafe *Máquinas de movimiento parabólico*, evitándonos así aplicarles un nombre más ó ménos discutible.

Consagraremos algunos párrafos á estas máquinas con objeto de ilustrar este punto.

Fundíbulo.—Esta máquina se conocía ya en tiempo de los godos: es de presumir fuera de las que figuraron en el sitio de Nimes por Wamba. La citó San Isidoro entre las diversas arrojadizas que se empleaban en su tiempo, y según el cronicón del obispo D. Sebastián, los árabes las emplearon en la batalla de Covadonga. «Consistía, dice el señor Verdes, en una viga larga atravesada por un eje sobre el cual giraba con libertad; éste se apoyaba en una sólida armadura de madera; á uno de sus extremos se aplicaba un peso y al otro una honda en la que se colocaba el proyectil. Para hacer funcionar esta máquina se tiraba con una cuerda unida á un torno del extremo de la viga en que estaba la honda hasta que tocaba al suelo; en esta disposición se ponía el proyectil en la honda; soltando la cuerda del torno caía el peso haciendo girar con velocidad á la viga, la que arrastraba á la honda que se desenganchaba en el momento oportuno por la disposición especial en que se unía á la viga, y dejaba en libertad al proyectil.»

Clonard reprodujo en parte la descripción que Beuter hace del fonévol de los catalanes y que difiere poco de la anterior y dice que este ingenio fué conocido antiguamente con el nombre de máquina pedrera.

«El contrapeso de estas máquinas, dice el Sr. Oliver Copóns en un erudito estudio que recientemente vió la luz, se formaba generalmente con cajas llenas de plomo que á veces se sustituían con un talego en forma de manga llena de piedras, y en este caso recibían el nombre de *manganell;* nombre que puede también haber provenido del término griego *manganon*, que significa artificio, pues con esta voz, según Maizeroy, se designaba en el Bajo imperio todas las máquinas de tiro.»

Ahora bien ¿eran el fundíbulo, lundíbalo, lustíbalo ó fonévol máquinas semejantes, si no iguales á la algarrada y al mangón? En esto andan desacordes los eruditos. Sin embargo, por los datos que nos ha procurado la crónica hay que convenir en que todas ellas eran máquinas de movimiento parabólico «fundadas, como dice el Sr. Oliver, en el mismo principio de mecánica que consiste en dar á un proyectil un rápido movimiento de rotación, en virtud del cual y de la ley de inercia, tiende á marchar en dirección de la tangente cuando se deja en libertad.»

Trabuco.—En la crónica escrita en lemosín por el rey D. Jaime, en la de D. Pedro IV, en la *Gran conquista de Ultramar*, en la *Crónica* de Alfonso XI, en Desclot y en otros autores de la Edad media se hace mención de la máquina llamada *trabuco, trabuquet, tribuque* ó *trabuquete*. Hemos consultado diferentes diccionarios y autores militares, y aunque resulte oscura la descripción, trataremos de dar una ligera idea de esta máquina diciendo que se reducía á un arco elástico provisto de un instrumento hueco de forma cónica que encajaba en un mecanismo colocado en un sólido esqueleto de madera. Este arco era doblegado y fuertemente sujeto por medio de un cabestrante á una amarra: en el instrumento hueco que Clonard compara á una bocina de metal estirada con nervios de buey, se co-

locaban los proyectiles. Lanzaba el trabuco piedras, composiciones incendiarias y en una ocasión los cristianos socorrieron á Gibraltar arrojando con él á la plaza sacos de harina.

Estas máquinas empleáronse también en la guerra naval y se continuaron usando aún después de la introducción de la pólvora. Las crónicas é historias hacen de ellas frecuente mención y es lástima que sus autores no nos faciliten detalles de ellas.

En mayor incertidumbre, que con respecto á las anteriores, estamos acerca de las máquinas llamadas *brígola* y *garrote*. Almirante no menciona en su *Diccionario* la *libra*, y opina que de la palabra griega *manganón* se han originado las de *manganell* y *al-manjanich* ó *almojeneque*, del que dice sólo Clonard «era otro de los medios de destrucción de que se hacía uso en los sitios de las plazas: servía para arrojar piedras y mixtos incendiarios.»

Manteles (pág. 109).—El mantelete (del latín *mantus*, *mamtellum*) era un aparato ó parapeto formado de fuertes tablones que servía para proteger á los soldados de los proyectiles enemigos, ora para facilitar el aproche, en cuyo caso eran aquellos movibles, ora para cubrir á los que servían los engeños (veáse el grabado 106). Variaban pues en su forma y construcción, y en ocasiones se cubrían con tierra y pieles frescas. Al definir la palabra mantelete, dice Almirante «lo que importa es que el aparato sea móvil »

El mismo objeto que el mantelete tenían la *manta* y la *gata*, acerca de cuyos aparatos es difícil formarse exacta idea; tal es la incertidumbre y confusión en que dejan los autores que han hecho mención de ellos.

Entre estos aparatos ó cobertizos hay que consignar la *Fonda juste*, una especie de armazón de tablas huecas con las que se protegían los soldados de las piedras. Clonard dice al hablar de la antigua tormentaria que tenía la forma de un paraguas, y también que en Navarra se daba este nombre al fundíbulo. «De donde resulta, escribe Almirante, que como en toda *máquina antigua*, nos quedamos sin saber lo que era.»

Añafiles (pág. 111).—La voz añafil indica la procedencia árabe de este instrumento músico. Era, según la representa nuestro grabado, una trompeta recta de metal.

Trompetas (pág. 112).—La *tuba* de los romanos que en latín de la baja Edad se llamó *trummeta*, designó la trompeta, instrumento músico de que se hace mención en aquella Edad. El cronista Álvaro Flores, describiendo de qué modo avanzaba el ejército de los reyes Católicos por los campos de Toro al encuentro de los portugueses, hace mención de las *trompetas bastardas*, los atabales, atambores y los *ginetes trompetas* italianos. Se ignora qué instrumentos serían estos por no hallarse descritos; y Covarruvias dice de las *bastardas* que eran las que mediaban entre la trompeta y el clarín. En documentos de época posterior (siglo XVI) figuran las trompetas españolas é italianas entre los instrumentos músicos militares.

Cuernos ó bocinas (pág. 112).—Este instrumento empleado ya en la antigüedad, pues los romanos usaban cornetas de forma más ó menos retorcidas llamadas *cornu* y *buccina*, estuvo muy generalizado en los tiempos medios. La corneta primitiva de caracol ó cuerno pasó á ser de metal, y sujeta á un cordón pendía á uno de los costados del que hacía uso de ella. En un escudo de piedra esculpido en el claustro de San Jerónimo de la Murtra (Cataluña) hemos tenido ocasión de ver unas bocinas exactamente iguales á las dibujadas en la página de referencia.

Cascos (pág. 113).—Aunque es algo difícil señalar la diferencia que existía entre los yelmos, cascos, bacinetes, morriones, almetes, borgoñotas y demás cubre-cabezas empleados por los guerreros en la Edad media, podemos dar el nombre de bacinete al primero de los dos reproducidos, en razón á la forma que adopta: consta del casco propiamente dicho, la celada, gorguera y cubrenuca: la celada adoptaba diferentes formas, entre otras la de un pico (tal como aparece en el grabado) y en ella se practicaban los agujeros necesarios para que el guerrero pudiese ver y respirar. Esta pieza podía ponerse y quitarse á voluntad, y sólo se colocaba en el momento de entrar en combate. La forma del yelmo era por lo regular casi cilíndrica y la del bacinete ménos proeminente y más redonda.

El segundo casco es de esta forma, y no consta de más piezas que una visera móvil.

Ballestas (pág. 114).—La primitiva forma de esta arma fué un pequeño arco unido á un tablero ó cureña. Hasta el siglo XIV parece ser que no se generalizó en Europa, siendo de notar que en 1139 el segundo concilio de Letrán prohibió su uso por considerarla demasiado mortífera: sin embargo, permitióse á los cruzados, aunque parece que desempeñó en sus operaciones militares muy insignificante papel.

Pero la ballesta manual en su forma primitiva era un arma que dejaba aún mucho que desear, y más tarde se idearon diferentes medios para perfeccionarla, entre los que figuraron la rueda y el torno.

Las reproducidas en nuestro grabado son ballestas primitivas: constan del tablero ó cureña, la llave ó hierro largo que servía para desarmar la ballesta, la nuez en la que se arma la cuerda y el estribo en forma de asa colocado en el extremo y en el que se colocaba, para armarla, el pié. El arco á que va sujeta la cuerda es de acero y el tablero, guarnecido de algunas piezas de hierro, tiene una canal donde se coloca la flecha; la cola de la cureña se llama rabera.

La ballesta sufrió grandes modificaciones: armose con cuatro aparatos diversos: *gancho, cranequín, armatoste* y *gafa*. Con esta arma se disparaban bodoques, pasadores, viras, viratones y virotes.

Nave de los siglos XI y XII (pág. 118).—Las *naos* ó *naves* eran unos buques redondos de dimensiones muy variables. En un manuscrito veneciano se lee que una nao latina de 12 pasos de quilla debe tener nueve piés de ancho en el patoque; de manga á la altura de tres piés, diez y seis pasos; de manga en la boca veinticuatro; de altura hasta la cubierta nueve piés y medio, y de eslora diez y seis. El palo mayor debe tener 13 pasos, el trinquete 14 y 2 piés, y el calcés 12 y dos piés. Sin embargo, no todas las naves constaban de tres palos. La longitud del timón era la tercera parte de la quilla, la de la caña dos pasos y la de la pala dos.

Las naves de gran tamaño no fueron excepcionales en el Mediterráneo: los pisanos contaban en 1123 con una que llevaba á su bordo 400 hombres de armas además del equipaje, y San Luis regresó de Tierra Santa con una nao de tres palos y dos castillos, en la que iban unas ochocientas personas.

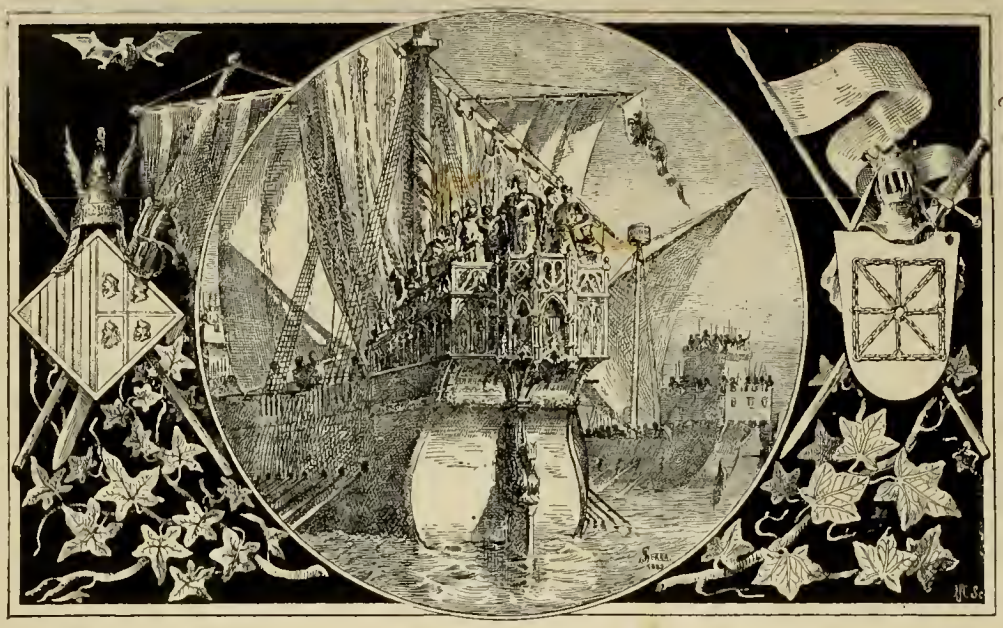
Fijándonos en la que reproduce el grabado podremos formarnos una idea de estos buques redondos. Es de un palo, al extremo del cual se halla encastillado el serviola: entre el palo y la popa tiene un pequeño castillo, y va gobernada por dos remos largos colocados á ambos lados de aquella, sistema que de tiempo antiguo se empleó hasta ser sustituído por el timón.

Nave de los siglos XIII y XIV (pág. 120).—Este bastimento de vela es de dos palos, y va provisto de timón, ancla y un flotador ó madera de respeto amarrada á uno de los costados del buque y que se arrojaba por la popa amarrada á un cabo, convirtiendo, dice un autor, esta masa flotante en una especie de espaldilla.

Es difícil detallar la arboladura y velamen de los buques, así largos como redondos, antes del siglo XIV. Una vela por palo constituía todo el velamen, y en algunos bastimentos se llevaban otras de repuesto. Por lo que atañe á la arboladura, se sabe con certeza que antes del siglo XII se conocieron los buques de tres palos. En el siglo XV vemos bastimentos de cuatro palos. El aparejo es ya más complicado en los dos siglos anteriores y de ello da idea el grabado á que nos referimos.

Tanto en España como en las demás naciones la marina no llegó á desenvolverse por completo hasta los siglos XIV y XV, época de los grandes descubrimientos. Los buques que acabamos de describir, de poco calado y defectuoso aparejo, eran sólo apropósito para navegar costeando, á causa de su marcha pesada y de los peligros que corrían en la navegación de altura. El empleo de la aguja magnética y el descubrimiento de un nuevo hemisferio abriendo á la actividad humana un nuevo derrotero, introdujo modificaciones en la construcción naval y estableció una división definitiva entre la marina de guerra y la mercante, de la que se echaba mano cuando los buques de guerra no eran suficientes. «La marina militar, dice un escritor de este ramo, siguió las huellas de la mercante: los intereses de las naciones marítimas llamaban á todas partes el buque de guerra, que también sufrió modificaciones en su construcción por iguales causas: la necesidad de proteger el comercio y defender las costas de los ataques del exterior, generalizó después las marinas permanentes; y cuando los adelantos en la guerra marítima hicieron efectuar en los buques militares ciertas alteraciones innecesarias en los de comercio, formaron una especie completamente aparte, diferenciándose mucho más de los mercantes de lo que desde la antigüedad más remota se habían diferenciado.»

Escudo de León (pág. 122).—León rampante rojo sobre campo de plata. La corruptela de la palabra *Legio* trasformado en *León*, y la equivocada etimología de la misma, han sido causa de que figure el rey de las selvas en este escudo. El león es también símbolo de la monarquía española, y no pudo darse en verdad idea más acabada de nuestro pasado poderío, que la representada por esa fiera que descansa apoyadas las garras en dos mundos.



ESTUDIO CUARTO

LA RECONQUISTA.—NAVARRA, ARAGÓN Y CATALUÑA

I. Orígenes de las monarquías navarra y aragonesa y del condado de Barcelona.—Primeras dinastías navarras.—Invasión de los francos.—Roncesvalles.—Los francos conquistan parte de Cataluña.—Condes dependientes é independientes.—Guerras que estos sostienen.—Legislación del pueblo catalán.—Su poderío marítimo.—D. Ramón Berenguer IV ciñe la corona de Aragón.—Estados independientes de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya.—Un recuerdo á las antiguas libertades españolas. = II. La monarquía aragonesa.—Pedro I.—Batalla de Alcoraz.—Toma de Huesca.—Alfonso *el Batallador*.—Batalla de Cutanda.—Toma de Zaragoza.—Expedición á Andalucía.—Unión del reino aragonés y el condado de Barcelona.—Pedro II *el Católico*.—Batalla de Muret.—Jaime I.—Expedición y toma de Mallorca.—Conquista de Valencia y Murcia.—Juicio que este monarca ha merecido.—Paralelo entre D. Jaime I de Aragón y Fernando III de Castilla.—Pedro III.—Guerras de Sicilia.—Pedro IV.—Luchas con la *Unión Aragonesa*.—Guerras de Cerdeña y Sicilia.—Alfonso V.—Guerras de Italia.—D. Juan II.—Discordias civiles.—Casamiento del príncipe D. Fernando con D.ª Isabel de Castilla. = III. El arte militar en Aragón y Cataluña = IV. Marina catalana.

I

A manera de esos límpidos manantiales que, nacidos entre los riscos de fragosas sierras, corren veloces por valles y llanuras, y á la postre confunden sus aguas para dar, convertidos en río caudaloso, su tributo al mar, así esas pequeñas monarquías fundadas al abrigo de los ásperos Pirineos en horas de supremo peligro, van adquiriendo desarrollo y robustez, y á paso lento y trabajoso en un principio, con más energía y rapidez á la vuelta de algunos siglos, extienden su dominación, aunan sus fuerzas, constituyendo al fin un cuerpo de nación que lucha confiada y valiente hasta extirpar en su raíz el extranjero poderío.

Así, á la par que en Asturias se levantaba de nuevo el trono godo y los restos de los vencidos, acaudillados por príncipes enérgicos, trataban de reconquistar el territorio patrio, erigíanse en el Norte de la Península varios Estados independientes que más tarde debían juntarse y formarse reinos importantes. Tales son los reinos de Navarra y Aragón, el condado de Barcelona y los Estados de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya.

Parecidos principios los del reino de Navarra á los de Asturias: aquí como allí eligióse entre los que luchaban el hombre de más valor y prestigio, que fué en Navarra Garci-Ximenes, cuya dinastía tuvo que hacer frente á la doble amenaza que pesó sobre las regiones inmediatas á los Pirineos, la invasión de los ejércitos francos y de los soldados árabes. La segunda dinastía de los monarcas navarros la inaugura el conde de Bigorra, Iñigo Sanchez *Arista*, el cual juró los fueros de Sobrarbe, otro de aquellos memorables monumentos que prueban que nuestro pueblo legislaba y combatía á la par. Álava, que tampoco había sido dominada por la cimitarra y constituía un Estado independiente, cayó en poder de este monarca que se hizo también dueño de Pamplona.

Desgraciadamente para esta monarquía, á la que engrandecieron reyes como Sancho *Abarca* por uno y otro lado del Pirineo, y García Sánchez el *Temblón*, que combatió con fortuna á los árabes, anduvo envuelta en las discordias de León y de Castilla, á cuya corona fué agregada temporalmente; y efecto de desdichadas particiones y de coincidencias deplorables, quedó unida á la corona de Francia hasta la época de Juan II, en que el matrimonio de este monarca aragonés con la princesa D.ª Blanca hizo que se incorporara de nuevo á las monarquías españolas. De manera que bien puede asegurarse que como Estado fronterizo y reducido, sufre toda esa serie de contingencias, fruto de conveniencias políticas, de ambiciones y de inquietudes que caracterizan esas agitadas épocas de nuestra historia.

Dependiente de la Navarra, el territorio aragonés fué un feudo de este reino; y siguió como él todas las vicisitudes de guerras y pactos, rigiéndose por aquel admirable fuero de Sobrarbe que fué para los aragoneses piedra angular de sus sacrosantas libertades. La muerte del rey Sancho el *Grande* ó *Mayor*, que rigió los tres Estados de Castilla, León y Navarra, produjo una de aquellas particiones tan frecuentes á la sazón, y en virtud de la cual cupo al cuarto de sus hijos, D. Ramiro, el territorio de Aragón, que erigió en reino y engrandeció muy luego con los condados de Sobrarbe y Ribagorza, pertenecientes á su hermano D. García. Así se originó esta importantísima monarquía, cuya unión con la de Castilla coincide con las postrimerías de la dominación árabe en España y pone digno término á la época gloriosa de nuestra Reconquista y de nuestra total organización política.

Cataluña, que tanto lustre prestó á la corona de Aragón, constituyóse de muy distinto modo que todos esos Estados. Carlo-Magno, deseoso de asegurar sus dominios de la invasión árabe, tomó por su cuenta la empresa de dominar el territorio catalán, empresa que en distintas arremetidas efectuaron los franceses, consiguiendo su hijo Ludovico Pío en 801 la rendición de Barcelona, y rigiendo la región conquistada en condado dependiente de la corona de Francia. Esta dependencia, que se prolongó por espacio de setenta y tres años, terminó con el conde Vifredo el *Velloso*, cuyos servicios al rey Carlos el *Calvo* le relevaron á él y á sus sucesores del feudo que debían á la Francia. Desde el año 874 aparece como Condado independiente, y en 1151, uno de sus condes, Ramón Berengner IV, se enlaza con D.ª Petronila de Aragón, uniéndose así estos dos Estados. Entiéndase sin embargo que en aquella ocasión se unieron los príncipes y quedaron unidos los pueblos, *mas sin asimilarse ni confundirse*, lo que de igual manera ocurrió cuando rigieron los reinos de Aragón y Castilla los reyes cónyuges D. Fernando y D.ª Isabel. Los condes independientes dedicáronse desde luego á hacer frente á las irrupciones de los moros, los cuales en tiempos de Almanzor se apoderaron y saquearon la ciudad de Barcelona, y en ocasiones intervinieron también como auxiliares en las luchas intestinas de éstos. Pero si supieron hacer respetar sus Estados y aun engrandecerlos, no olvidaron dotar á su pueblo de excelentes leyes, y corresponde á D. Ramón Berenguer I, el *Viejo*, la señalada honra de haberle dado un Código como *Los Usatges*, el primero y más completo consuetudinario que apareció en Occidente tras la irrupción de los bárbaros. La desdichada disposición en virtud de la que dejó este príncipe sus Estados á dos hijos gemelos dió lugar á un fratricidio, mas la lealtad de los caballeros catalanes elevó hasta el trono al hijo de la víctima, aquel ilustre príncipe que se hizo dueño de Tarragona, ganó las islas de Mallorca é Ibiza, y dió gran realce al poderío militar y marítimo del Principado, cuya

corona debia reunir su hijo Ramón Berenguer IV á la del reino de Aragón. Cataluña siguió no obstante rigiéndose por sus *Constituciones,* y formó con los Estados de Aragón, Valencia y Mallorca una verdadera confederación cuyos representantes se reunieron por vez primera en las Córtes de Monzón de 1289. Dignas de recordación son las palabras que en pleno siglo XIV pronunció un monarca aragonés, D. Pedro III, en la apertura de las Córtes de 1382 y ante el concurso de aragoneses, valencianos y mallorquines congregados en la iglesia de Santa María de Monzón. «Ved vuestros fueros y constituciones, y vuestros privilegios, les dice, y os tendréis por los pueblos más libres del mundo.»

Estas palabras son el mejor elogio de aquel pueblo y de aquella monarquía, en la que las constituciones hechas en Córtes son *leyes paccionadas,* que el Trono y la Nación establecieron de común acuerdo y que así ligaban al monarca como á los súbditos.

Si de la noble é independiente Cataluña nos trasladamos á esos tres pequeños Estados llamados Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, también aquí saludaremos nuestras benditas libertades y admiraremos el ejemplo de un pueblo digno y enérgico que sabe gobernarse por sí propio y cumple sus deberes defendiendo un reducido espacio del suelo patrio. Invadidos, pero no dominados, por los musulmanes, organizáronse los tres democráticamente, divididos en Estados federados ó concejos. Vizcaya tenía sus *juntas*, Álava su *Cofradía del Campo de Arriaga*, donde elegía anualmente sus magistrados; y unos y otros se defendían enérgicamente contra las intrusiones de los monarcas vecinos, así como contra las acometidas de los moros. Era difícil, sin embargo, la existencia de Estados tan débiles junto á monarquías poderosas; y así Guipúzcoa pasó primero á la Corona de Navarra, después á la de Castilla; Álava siguió la misma suerte, y Vizcaya fué incorporada directamente á Castilla. Alfonso VI de Castilla, creyéndose con derechos al reino de Navarra, subyugó en 1076 á Álava así como á Guipúzcoa y Vizcaya, que aun pertenecian como señorios á Navarra; pero no pudo ejercer en ellas dominio real, lo que tampoco pudo conseguir Alfonso VIII después de haberse enseñoreado de Álava (1200). Sólo en 1332, y reinando en Castilla Alfonso IX, la *Cofradía de Arriaga* depositó libre y espontáneamente sus poderes en aquella monarquía, bien que con ciertas condiciones estipuladas. Considerando atentamente ahora la formación de todos estos Estados que oportunamente comparamos á los manantiales que se originan en las cordilleras, junto á las cuales se desarrollaron, notaremos en ellos cierta afinidad hija de iguales necesidades y de aspiraciones idénticas. El amor á la independencia y la necesidad de crearse una nacionalidad fuerte y respetada. La guerra produjo, como forma más afin de la constitución militar, la monarquía; pero en algunas regiones adoptáronse formas propias de pueblos patriarcales, mientras en otras la casualidad las produjo en condiciones de tan perfecta armonía y equilibrio, que aun pueden hoy ser envidiadas por los pueblos más cultos. Bien puede decirse que en aquellos solitarios valles y agrestes quebradas que tienen por imponente perspectiva las nevadas cumbres del Pirineo, brotó robusto el árbol de las patrias libertades, bajo cuyas ramas sagradas se asentaron esos toscos legisladores que casi á la par sostenian la lanza y la esteva. Un himno sagrado de independencia cruzó entonces la nevada cordillera en toda su extensión, voló desde las orlas azules del Mediterráneo, hasta las verdes y agitadas olas del Cantábrico; y repetido de cumbre en cumbre ascendió á los cielos como la más sublime aspiración de un pueblo joven y digno, generoso y levantado.

San Miguel del Fay.

II

Poderoso crecimiento tuvo entre los Estados de que hemos venido ocupándonos el reino de Aragón. D. Ramiro, su primer monarca, le engrandeció, como dejamos dicho, con dos condados y otros territorios que quitó á los moros, y su inmediato sucesor D. Sancho, proclamado rey de Navarra, por muerte de su hermano, reunió á su corona la de este último reino. Rarísima coincidencia la acaecida en la muerte de uno y otro monarca: aquél perece en la sangrienta batalla de Graus en que los aragoneses son derrotados por el emir de Zaragoza; éste, en el sitio de Huesca, herido por una flecha enemiga. Pero en lo que se revelva el temple de aquellos paladines coronados, es la ruda tiereza con que siguen su objetivo: moribundo ya el esforzado monarca, reune á sus hijos, nobles y prelados, y allí les exige no levanten el sitio de la ciudad hasta apoderarse de ella.

Y así lo efectuó cumplidamente su hijo Pedro I, mas no sin tener que sostener rudo combate con los régulos de Tortosa, Denia, Lérida, Carlet y Zaragoza, que acudieron en auxilio de la ciudad sitiada. Doble era en número el ejército de los régulos al de D. Pedro; pero no vaciló éste en levantar el cerco y volar al encuentro del enemigo, que avistó en las llanuras de Alcoraza. Por fin trabóse el combate que con ventaja para los cristianos se prolongó hasta la noche, y la escisión que estalló entonces entre los caudillos moros completó la victoria: pues pronunciándose éstos en retirada, perseguidos por el aragonés, dejaron el campo cubierto de cadáveres y á Huesca sin auxilio. La rendición de la plaza completó este triunfo.

Á monarca tan esforzado como Pedro sucedió un hombre de carácter esencialmente batallador, dictado que se dió á su hijo Alfonso I. Y dióse el caso en la conquista de Zaragoza emprendida por este rey, que ocurriera á Pedro I en la de Huesca. Alfonso avanzó por las riberas del Ebro, haciéndose de paso dueño de algunas poblaciones, entre ellas de Tudela; y después de asentar sus reales frente á Zaragoza hízose dueño á los ocho días del arrabal que se extiende al otro lado del río. Pero, como en Huesca, vino en ayuda de los sitiados poderoso ejército de moros españoles reforzado con tropas africanas, y si bien no se atrevió á librar batalla, empeñóla el aragonés con otro cuerpo de tropas que avanzaba por Daroca, siendo derrotado el enemigo y rindiéndose en su consecuencia la plaza.

Mas interesante por lo atrevida, aunque poco fructuosa, fué la empresa que acometió el monarca aragonés en 1125: nos referimos á su expedición á Andalucía al frente de un cuerpo esco-

gido de 4,000 hombres. El rey avanzó por el litoral y pasó por los reinos de Valencia y Murcia, volviendo luego en dirección á Granada, cuya vega taló, y retirándose seguidamente por el mismo camino. Tal expedición raya verdaderamente en lo maravilloso, y sólo se concibe atendida la relativa rapidez de las operaciones, la división que reinaba entre los enemigos, y los auxilios y noticias que los cristianos de aquellas regiones prestaron á su ejército. Como quiera que sea, probó á los árabes que no estaba lejano el día en que avanzaran los monarcas cristianos para establecerse definitivamente en estas comarcas.

El turbulento reinado de Alfonso I *el Batallador* dividióse por mitad entre las luchas sostenidas con los moros y las desastrosas que produjo su enlace con D.ª Urraca de Castilla. Monarca desdichado para quien la vida fué un constante combate, halló éste la muerte con el acero en la mano y en súbita sorpresa junto á Monzón, en cuya comarca guerreaba con los moros fronterizos. Mas si agitado fué su reinado, no menos revuelta fué para la nación la época que siguió á su muerte. Sin contar con más inmediato pariente que su hermano, abad de Sahagún, y habiendo otorgado testamento en que legaba el reino por mitad á los Templarios y Hospitalarios, y al Sepulcro de Jerusalén, dividióse aquél en dos fracciones, eligiendo los aragoneses por rey á D. Ramiro, el ya citado abad, y los navarros á D. García Ramírez; y originando esta escisión una época de guerras en la que anduvieron mezclados aragoneses, navarros y castellanos, pues también Alfonso VII de Castilla sustentó con las armas sus derechos á la corona de Aragón, amén de las recias acometidas de los moros. La suerte deparó en esta hora crítica un hombre que alcanzó á dominar tantas dificultades y á resolver tantos conflictos: D. Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, que casó con la hija de D. Ramiro el Monje, y cuyas sienes ciñeron la doble corona condal y real de dos Estados poderosos. ¡Hora feliz la de la reunión de estos dos pueblos, momento supremo que debe saludar alborozado el corazón español! El pueblo catalán había realizado ya bajo el mando de este ilustre monarca empresas dignas de no dejarse en olvido. Sus flotas cruzaban orgullosas las aguas del Mediterráneo y acudían en auxilio de otros monarcas ó realizaban por su cuenta importantes conquistas: secundaron al rey de Castilla en la toma de Almería; y en el mismo año 1147, en que aquélla se verificó, se hicieron dueñas, en unión de los genoveses, de la importantísima ciudad de Tortosa. Y feliz en sus empresas marítimas, no lo fué menos el esforzado conde en las terrestres: Lérida, Fraga y Mequinenza cayeron en 1149 en su poder, así como los montes de Prades y Ciurana, pudiendo asegurarse que al morir legó á su hijo Alfonso II un trono respetable y fuerte. Herederos de una gloriosa tradición guerrera, en nada desmerecieron los sucesores del rey y conde Ramón Berenguer. Prosiguió su inmediato sucesor Alfonso II las empresas contra los moriscos y cúpole á su nieto D. Pedro II la gloria de contribuir á la victoria de las Navas de Tolosa; pero no tan feliz este monarca como sus antecesores, halló la muerte en la batalla de Muret, entablada entre dos ejércitos católicos.

Relieve del monasterio de Ripoll

Las circunstancias que dieron lugar á este desastre merecen una explicación, siquiera

breve, en cuanto contribuyen á caracterizar el estado social de aquella época. En 1209 el Langnedoc y la Provenza se hallaban divididos por la guerra entre albigenses y católicos, contándose entre los primeros el conde de Tolosa, cuñado del monarca aragonés, y los vizcondes de Beziers y Carcasona, vasallos del rey, y siendo capitaneados los segundos por un caudillo sanguinario y feroz llamado Monfort. Era difícil, pues, la situación del aragonés, ligado por los vínculos del parentesco y los deberes de su religión; pero tratándose de partidarios tan ambiciosos y fanáticos como Monfort y Amalrich, y luchando por añadidura con la obstinación de Roma, hubo de apercibirse D. Pedro á la guerra, y penetrando en Francia al frente de sus huestes, puso sitio á Muret. Allí acudió Monfort al frente de los suyos dispuesto á decidir con las armas el éxito de aquella guerra. Y vanos fueron los intentos de conciliación en aquel momento: el caudillo católico, burlando la vigilancia del rey, penetró

Encina

ÓRDENES MILITARES

Monte Gaudio

en la plaza, y al disponer éste el asalto, se adelanta á los propósitos del aragonés, abandona el recinto y forma sus tropas en orden de combate.

D. Pedro, después de haber colocado á su infantería en batalla, dando espaldas á sus tiendas, avanza al frente de su caballería al encuentro de Monfort, y éste, simulando una retirada atrae á sí á la vanguardia del rey que acaudillaba el de Foix, y que se adelanta con gran precipitación y en desorden, dejando aislado al cuerpo que mandaba el rey. Entonces carga el de Monfort sobre esta haz, que pronto se desordena y se desbanda, dejando abandonado al rey y á un reducido grupo de leales. El combate que allí se trabó fué desigual, y digno de héroes. Cuenta la crónica que dos caballeros franceses acometieron equivocadamente á otro que flojamente se defendía.—Dejémosle, exclama uno de ellos, el rey D. Pedro es mejor caballero.—A lo que contestó éste, que á su lado estaba:—Tenéis razón; yo soy el rey. Y derribando al primero á sus piés, lánzase á lo más recio de la pelea, donde murió, dice D. Jaime, siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje y que Nos seguiremos siempre: *Vencer ó morir.*» Este mismo monarca, al hablar de la batalla de

Muret, dice que las huestes fueron rotas y desbaratadas, porque *no supieron ordenar la batalla ni conservarse unidas, peleando cada rico-hombre por sí, contra ley de armas.*

¡Singularísimos contrastes los de aquella época! Un rey que se apellidó *Católico* y á quien ciñó con su propia mano el pontífice la corona, perece derrotado por un caudillo fanático en lucha oscura y lamentable! Así andaban en aquellos tiempos confundidas la fe y la barbarie y así la fuerza aliada al fanatismo imponia con sangre leyes á la conciencia. Sin embargo, seamos justos; las preocupaciones que agitaron los espíritus en una edad como aquella en que la fuerza prevalecia sobre la persuasión, no hubieran sido menores á no haberse impuesto sobre todas las doctrinas la autoridad de la Iglesia. La fuerza debia ser indispensable aliada del poder religioso si se queria evitar que la sociedad se hundiera en el caos espantoso de las guerras religiosas, pues aun el poder político carecía de vigor para imponerse en nombre del orden social y salvar de tan terribles tempestades á los pueblos. Afortunadamente para la monarquia aragonesa, después del desastre que la privó de su rey, y no sin transcurrir violenta menoría, advino al trono una de aquellas figuras que forman época en los fastos de un pueblo. D. Jaime I, apellidado *el Conquistador*, era la encarnación del espíritu incansable y activo de los catalanes, y el alma indomable, ruda y generosa de los aragoneses. Su atlética estatura y férreo brazo eran los más propios para captarle simpatías entre la gente de guerra; su amor á la justicia y su espíritu patrio templaban en él el tosco impulso del despotismo propio de aquella época; su expresión franca y noble atraíanle los corazones de aquellos pueblos de robusto temple y alma expansiva, á los que con tanto éxito condujo á la pelea. Triste situación la de la monarquia aragonesa á la muerte de D. Pedro. Su legítimo heredero en poder del conde de Monfort, al que fué entregado en rehenes; dos hermanos del difunto monarca disputándose la corona; y el Estado víctima de las ambiciones turbulentas de magnates poderosos. Puesto en libertad, por disposición del papa, el príncipe D. Jaime, que contaba á la sazón seis años, fué jurado por las Córtes de Lérida en 1214; mas no bastó este solemne acto á dar la paz al perturbado reino. Tres gobernadores ambiciosos conmovieron la tranquilidad pública mientras D. Jaime, encerrado en la fortaleza de Monzón, esperaba el momento oportuno de presentarse en escena y poner término á una indigna lucha.

Preciso que el lector fije por un momento su atención en los elementos de perturbación que se agitaban en la sociedad feudal, oponiendo serias trabas á la monarquía y sumiendo al pueblo en guerras constantes, para apreciar debidamente el período histórico que á grandes rasgos describimos. Allí existían prelados acostumbrados á sustituir la mitra por el casco y el báculo por la espada; magnates insolentes que se alzaban hasta el rey y aprovechaban la más favorable coyuntura para rebajar sus prerogativas; y en tal estado de anarquía bien podía permitirse el pueblo actos de insubordinación, que justificaba el general relajamiento de todo vínculo social. Difícil, pues, la tarea de aquel niño que no sólo tenía que defender su trono, si en ocasiones su misma vida contra las agresiones de súbditos atrevidos. No bastaba, no, una alma grande y levantada; era preciso un brazo robusto, y no escasa dosis de energía y de valor personal. Mas afortunadamente todas estas circunstancias concurrían en el monarca aragonés. Sometidos á su poder los más reacios, dictadas por las Córtes aquellas medidas encaminadas á remediar los males y desafueros de que fué el país teatro, apercibióse D. Jaime á la conquista de las islas Baleares que concibiera un dia en Tarragona. Las Córtes convocadas en Barcelona acogieron con entusiasmo esta idea, y en nombre de la ciudad puso un diputado á disposición del rey las naves catalanas, que, reunidas en Salou, á mediados de Mayo de 1229, se hicieron á la mar en la siguiente forma: abría la marcha el barco de Bovet, en el que iban Guillermo de Moncada y Pedro Martell, y esta nave, que era la capitana de la escuadra, señalaba de noche el derrotero con un gran fanal: á retaguardia seguía la nave de Carroz, que también llevaba un fanal visible á gran distancia, y en el centro bogaban las naves de transportes custodiadas por galeras de guerra muy reforzadas y espaciosas. Esta escuadra constaba en total de veinticinco naves gruesas, diez y ocho taridas, doce galeras y hasta cien galeones, de modo que venían á ser ciento cincuenta

leños mayores, sin contar las embarcaciones pequeñas. El ejército que se embarcó en ella ascendia á quince mil hombres de infantería, mil quinientos caballeros y gran número de voluntarios genovesss, provenzales y de otras naciones.

Después de dos dias de navegación en los que sufrió la escuadra un recio temporal, descubrieron con júbilo los cristianos las costas de Mallorca. Pero los musulmanes estaban ya prevenidos, y si bien los buques catalanes costearon durante la noche la ribera de la isla y desembarcaron de improviso las tropas en el puerto de Santa Ponza, unos cinco mil moros se adelantaron á disputarles la entrada, lo que ya no pudieron conseguir. Ruda y encarnizada fué la batalla que poco después riñó el ejército cristiano con las tropas del rey de Ma-

Templario

Cruzado

ÓRDENES MILITARES

llorca, muy superiores en número á las de aquél: la victoria fluctuó durante angustiosas horas entre los dos ejércitos, perecieron ilustres caballeros catalanes, y el rey hizo prodigios de valor; mas á la postre tuvieron los moros que retirarse en derrota á la ciudad de Palma, importante plaza defendida por fuerte muralla y flanqueada por elevadas torres, á la que pusieron los cristianos sitio.

No es posible entrar en los detalles de este asedio, ni referir sus episodios, pues que sólo para ello se necesitaria escribir un volumen. El real de los sitiadores se circundó de valladar y foso, guardando la misma usanza de campamento que tenian los romanos, y se comenzó á combatir fuerte y reciamente la ciudad que estaba bien murada y torreada. El rey tenia como ingenios de batir dos trabucos, un *fonèrol* ó fundíbulo que lanzaba enormes piedras contra los muros, y un *mangano*, *manganell* ó *turquesco*, que con estos nombres los citan indistintamente las crónicas. Por lo que toca á los sitiados montaron dos formidables trabucos y catorce *algarradas*, entre ellas una, dice Marsilio, como no se habia visto jamás otra mejor, pues alcanzaba con las piedras el ejército y atravesaba cinco ó seis tiendas. Fué necesario entonces que en el campo sitiado se cons-

M. Soler, Editor.

ARRIBO DE LA EXPEDICIÓN DE JAIME I Á LAS COSTAS DE MALLORCA

truyere un mantelete ó gata bajo la dirección de Gisperto de Barbará, con el cual se podia acercarse hasta el foso á cubierto de las piedras y dardos que arrojaban los de dentro. También el conde de Ampurias mandó hacer otro mantelete que fué acercado al foso, y puso dentro de él una buena compañía de zapadores para cavar y llegar por bajo de tierra hasta lo más hondo del foso. Otro mantelete por fin construyó el rey también con zapadores dentro, y así á un mismo tiempo se dió principio á abrir cavas ó caminos subterráneos. De manera, que mientras el mantelete de Gisperto de Barbará avanzaba á flor de tierra, los otros dos iban minando el terreno (1).»

Las operaciones de este importante sitio fueron llevadas á cabo con tanta actividad como energía: desplomábanse los muros á los golpes del ariete y llovian sobre la plaza los proyectiles lanzados

Murallas de Palma de Mallorca

por las máquinas del aragonés. Así, pues, no quedó á los moros otro recurso que solicitar una rendición cuyas condiciones no admitió D. Jaime. Pero entonces de una y otra parte adoptóse firme resolución de alcanzar la victoria ó morir entre las ruinas de la plaza. Y fué terrible el asalto; jugaron todas las máquinas abriendo ancha brecha en las murallas y penetraron como un torrente por ellas los soldados al grito de *¡Santa María y Aragón!* Cuenta el rey en el capítulo 75 de su *Crónica* que el ejército cristiano vaciló un momento ante la desesperada resistencia del infiel; mas en aquellos críticos instantes clava D. Jaime los acicates á su corcel y poniéndose al frente de los suyos les grita con resuelto ademán: «¡Adelante en nombre de Dios! ¿Por qué vaciláis?» La actitud del monarca les infunde aliento, y caballeros é infantes se precipitan con ímpetu sobre el enemigo, ganosos de pisar cuanto antes el recinto de la ciudad, que fué tomada el último dia del año 1229. Dos expediciones hizo aún D. Jaime á las Baleares: una á Mallorca y otra á Menorca, cuyos habitantes le reconocieron por señor. En 1235 todas estas islas estaban ya bajo sus dominios, pues un

(1) Balaguer. *Historia de Cataluña.*

numeroso ejército equipado por el arzobispo de Tarragona se hizo dueño de Ibiza y de la Formentera.

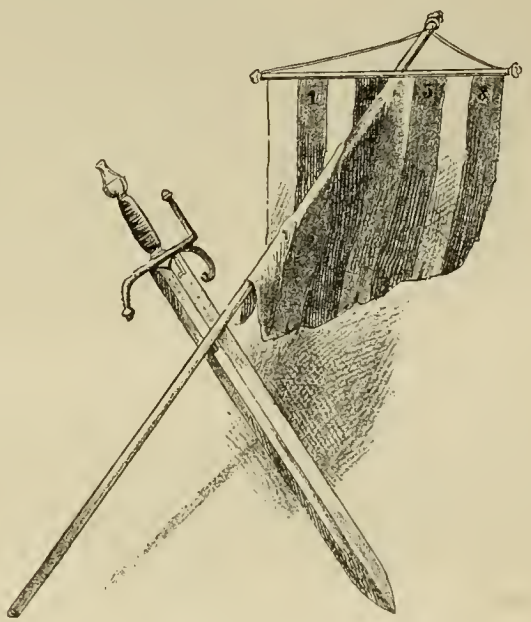
Convenientes tales conquistas por lo que respecta al poderío marítimo y á la seguridad de las costas catalanas, no importaba menos la continuación de la guerra en la península. Y así, vuelta á ella su mirada, decidió el aragonés emprender las operaciones en territorio valenciano. Arés, Morella, Burriana, la Peñíscola, Burriol y otros pueblos y castillos, así como las fortalezas de Chisvert, Cervera, Villafamés, Almazora, Moncada, y la torre de Museros, cayeron en poder de D. Jaime; y en estas operaciones cupo gloria por igual á las milicias aragonesas capitaneadas por el monarca y á las mandadas por D. Blasco de Alagón, así como á los maestres del Temple y del Hospital. A tales conquistas, efectuadas durante los años 1233 y 1234, siguió en 1237 la expedición dirigida contra Valencia. El rey se posesionó del Puig de Cebolla, distante pocas millas de la ciudad, y dueño de este importante punto avanzado, que pudo conservar el valeroso Entenza, reunió en la primavera de 1238 un ejército compuesto de mil peones, doscientos caballeros, entre ellos los templarios y hospitalarios; y ciento cincuenta almogávares, con los que pasó el Guadalaviar y acampó entre la ciudad y el Grao.

Hé aquí como el mismo D. Jaime nos da cuenta de estas operaciones: «Resuelto el sitio de Valencia, dimos orden para que en nombre de nuestro Señor se moviese el campo el dia siguiente por la madrugada; y atravesando un paso que teniamos establecido en el marjal, seguimos hacia la playa hasta el Grao, pasamos por allí el Guadalaviar, y cuando estuvimos todos reunidos á la otra parte del rio con las acémilas, fuimos á enarbolar nuestras señeras y armar nuestras tiendas en unas casas que hay como á la mitad del camino, aunque un poco más cerca del Grao que de Valencia. Distaria aquel lugar cosa de una milla de la ciudad, y allí hicimos propósito de esperar á las demás fuerzas que debian venirnos de Aragón y Cataluña para estrechar el cerco. El mismo dia en que nos situamos allí, vimos ya á algunos caballeros sarracenos que salieron de la ciudad para correr el campo y ver si podian causar algún daño á nuestra hueste; pero de poco les sirvió la diligencia, porque habiamos ya dado orden á nuestros caballeros de que no saliesen á merodear hasta que tuviésemos todos más conocido el terreno.» Da seguidamente cuenta de la toma de Ruzafa por los almogávares y de algunos otros sucesos ocurridos en los siguientes días y añade: «Durante este tiempo llegaron sucesivamente á nuestro campo los ricos hombres de Aragón y Cataluña, y compareció asimismo de los primeros el arzobispo de Narbona, llamado Pedro Amyell, con once caballeros y mil cien hombres de á pié. Con esto se iba aumentando cada dia el ejército, y viéndose estrechados los sarracenos no se atrevian ya á hacer salida alguna contra Nos... A medida que iban llegando los ricos hombres y milicias de las ciudades, tomaban posición alrededor de Valencia, acercándose ya mucho más á la plaza que no nos habiamos acercado Nos al llegar allí; pero, entre todos, las milicias de Barcelona fueron las que se situaron más cerca.

»Luego que tuvimos reunido nuestro ejército, tratamos de resolver por qué punto deberia emprenderse el ataque; y aunque los más opinaron se emprendiese por la parte de la Boatella, Nos, el arzobispo de Tarragona y algunos otros nobles de nuestra comitiva desaprobamos aquel plan, siendo de dictamen que era mejor atacar la plaza por la parte que caia al frente de nuestra posición, por varias razones. Primeramente, porque si colocábamos los ingenios en frente de la puerta de Boatella, fácilmente podrian los sarracenos salir contra ellos y pegarles fuego, teniendo, como tendrian, tan cerca la entrada para retirarse otra vez á la plaza; lo que no sucederia del otro modo porque, ó no se atreverian á salir, ó si se atrevian, podrian alcanzarles los nuestros antes de que hubiesen vuelto á meterse en la ciudad; pues en aquella sazón no habia ninguna puerta en el muro desde la de Boatella hasta la de Jarea. En segundo lugar, porque por la parte donde Nos estábamos, formaba la ciudad un ángulo saliente, y así cuando se quisiese minar la barbacana ó muro, no podrían los sitiados impedirlo con sus tiros desde las torres ó murallas; y finalmente, porque si ibamos á formalizar el sitio atacando por el lado donde estaba la puerta Boatella, los de la plaza podrian, saliendo á caballo, interceptar fácilmente las provisiones que debian llegar por mar á la

hueste, y habríamos de tener empleados contínuamente para escoltar los convoyes cien caballos armados, los cuales harían gran falta en la hueste y además desempeñarian de mala gana este servicio.

»El arzobispo de Narbona, que era hombre valeroso, nos dijo entonces por qué permanecíamos allí sin hacer nada; pero Nos le contestamos, que estábamos prontos á comenzar el ataque luego que estuviésemos reunida toda nuestra hueste. Llegáronnos entre tanto un trabuquete que habíamos mandado fabricar en Tortosa y dos fundíbulos; por consiguiente hicimos colocarlos y que principiasen sus disparos contra la parte de la plaza que miraba á nuestro campo, y mandamos construir además algunos manteletes que pudiesen conducir las municiones para los ingenios y llevar asimismo algunos hombres armados. Una vez, al acercarse los manteletes á unas tapias que



Espada y pendón de D. Jaime I

habia junto al foso, echaron en éste cantidad de maderas y sarmientos (pues estaba lleno de agua), por los cuales pudieron pasar tres hombres armados, que llegaron hasta la barbacana; pero cuando se nos notició este hecho, no quisimos de pronto darle crédito, y nos encaminamos allá para ver si era cierto. Estando allí, vimos que efectivamente habia sucedido lo que nos habían dicho; y conociendo que los nuestros podían sostenerse muy bien, sin que fuese posible á los sarracenos el desalojarlos del punto que ocupaban, les enviamos dos picos, con los cuales abrieron tres portillos en el muro, tan anchos dos de ellos, que por cada uno podían pasar holgadamente dos hombres. Miéntras andábamos así ocupados en estas operaciones, dimos orden á los ricos hombres D. Pedro Ferrández de Azagra y D. Gimeno de Urrea, para que con un fundíbulo de los nuestros marchasen sobre Cilla, y la atacasen. Combatiéronla, pues, por espacio de ocho días, al cabo de los cuales se rindió, y así la tuvimos en nuestro poder (1).»

Seis meses duró el sitio de Valencia: en este intervalo apareció en las aguas del Grao una flota tunecina que no consiguió auxiliar á los sitiados, y después de haber efectuado sus tripulaciones un ataque contra la Peñiscola, hubo de retirarse al avistar la escuadra cristiana que se orga-

(1) *Hist. de Don Jaime el Conquistador*, traducida del lemosin por Bofarull y Flotats.

nizó en Tortosa. El ejército aragonés fué avituallado por esta escuadra en términos que no faltaba en su campo todo lo necesario, «como si fuese una villa populosa:» baste decir, escribe el rey, «que en las treinta campañas que llevábamos hechas, no habiamos visto un campamento tan bien ordenado, ni abundantemente provisto.» Sucedíanse en tanto junto á los muros de la plaza los encuentros y torneos, y en uno de ellos viéronse en tan grande aprieto treinta cristianos, que el rey hubo de acudir allí para salvarles; en cuya ocasión un ballestero disparó contra él y *atravesando el proyectil el casco de suela*, hirióle en la cabeza cerca de la frente. Pero fueron inútiles los esfuerzos y sacrificios de los sitiados para evitar la rendición de Valencia. Atacaron los cristianos por dos veces la torre inmediata á la puerta de Boatella y después de vencer obstinada resistencia apoderáronse de ella, con lo que en tal manera decayó el ánimo de los valencianos, estrechados por mar y tierra y acosados por continuos rebatos, que su rey Zaén decidióse á entablar negociaciones con D. Jaime (1), cuyo resultado fué la entrega de esta plaza (1238).

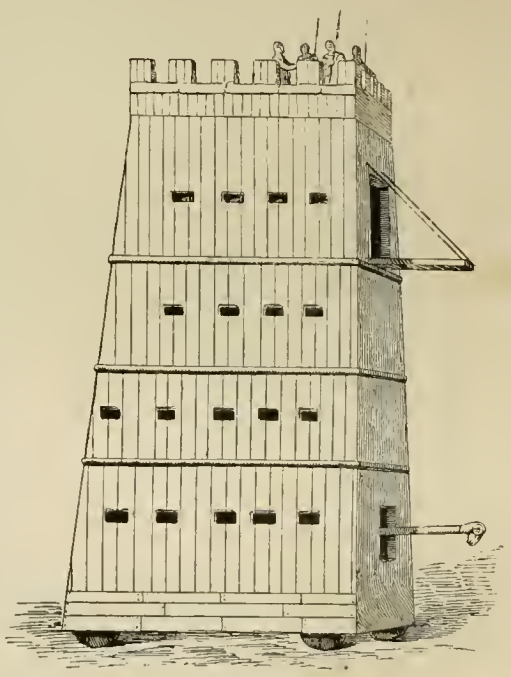
No permaneció ocioso el aragonés incorporada ya Valencia á sus dominios. Después de habérsele entregado Játiva, hízose dueño del castillo de Biar, que protegía la frontera murciana, y tal terror infundieron sus victorias entre los moros, que todas las villas y castillos enclavados entre el Júcar y Murcia fueron abriéndole sus puertas. Esta ciudad y veintiocho castillos de la comarca se le rindieron en 1266, y el monarca pudo volver triunfante á la ciudad de Valencia.

Dos contiendas civiles, enemistades de familia, pretensiones del monarca á la corona de Navarra y una desgraciada expedición á Oriente con objeto de tomar parte en las Cruzadas, absorben los siguientes años de la vida de este rey, cuyos últimos dias amargó la sublevación de los moriscos valencianos. La obra que había realizado era por todos conceptos admirable: no sólo engrandeció el territorio y dotó á sus reinos de distintas instituciones, sinó que entabló relaciones con los monarcas de los reinos más distantes, entre ellos los soldanes de Alejandría y Babilonia, haciendo de la monarquía aragonesa una nación respetada y temida. Sus conquistas y las realizadas por Fernando *el Santo* en Andalucia quebrantaron de tal modo el poder de los moros que desde entonces quedó reducido á la nulidad. «Vencidos por la triunfante espada de estos príncipes, dice uno de nuestros escritores militares, casi todos los que habitaban en aquellas hermosas y feraces tierras que riegan el Júcar y el Turia, el Betis y el Guadalete, el Darro y el Genil, fueron á refugiarse á Granada, último asilo que les quedaba ya en la Península, al paso que millares de familias cristianas, abandonando sus antiguas viviendas de Galicia, Castilla, Aragón y Valencia, iban con rostro risueño á poblar el Oriente y Mediodía de España y crearse una nueva patria en aquellas ricas y regaladas campiñas que se hallaban yermas de los musulmanes. Jaime y Fernando son dos figuras imponentes y majestuosas que sobresalen entre los soberanos de la Edad media. Ambos tomaron muy jóvenes las riendas del Estado; ambos encontraron su trono conmovido violentamente por la ambición de magnates turbulentos y codiciosos, teniendo que sufrir en un pequeño y débil barco todos los sacudimientos de una mar borrascosa, y ambos con su prudencia y serenidad supieron sosegar las tormentas, restablecer en sus respectivos Estados el imperio de la ley y cubrirse después de gloria peleando con denuedo y con fortuna contra los sectarios de Mahoma.»

Ocupándose del rey de Aragón, dice Lafuente: «Fué uno de los grandes capitanes de su siglo: ganó treinta batallas campales á los sarracenos y su espada siempre estuvo desenvainada contra los enemigos de la fe. Caballero el más cumplido de su tiempo, condújose muchas veces con admirable generosidad con los reyes de Castilla y de Navarra, defendiéndolos y ayudándolos aun á costa de los intereses de su reino. Los ricoshombres y varones de sus dominios se cansaron más

(1) Dice el monarca en su historia, ocupándose de estas negociaciones: «Por lo que nos dijo el enviado sarraceno conocimos que no era el negocio para sabido de ninguno de la hueste, ni aun de los ricoshombres, pues muchos habia que preferian ver á Valencia en poder de moros que no ganada por nuestras armas, como nos lo probaron después más claramente;» y como consultara el asunto exclusivamente con la reina, ella añadió: que conocia cuán conveniente era que nadie tuviese noticia de él, para que no pudiese estorbar su conclusión por que «habia visto ya por experiencia que algunos otros castillos antes que cedérnoslos, habian preferido nuestros ricos hombres guardarlos para si...; y era de temer que si de tal modo obraban en las cosas de tan poca monta, no se portarian mejor respecto de Valencia, si no que estorbarian en cuanto pudiesen el que fuésemos Nos quien la ganase.» Estas palabras arrojan viva luz sobre el modo de ser de la nobleza y de sus relaciones con el trono.

pronto de conspirar que él de perdonarlos, y costábale trabajo y violencia, y rehuia cuanto le era posible firmar una sentencia de muerte.» A sus cualidades morales correspondian sus prendas físicas, de las que nos da acabado retrato el cronista Desclot (1), por lo que con razón dice Cuadrado que «jamás vieron los guerreros adalid más bravo, ni las damas más gentil caballero. ni los caballeros más dadivoso señor, ni los vasallos rey más justo y humano (2).» Aragón debe á este gran rey su engrandecimiento y buen número de instituciones, entre ellas la fundación de la milicia mercenaria: Cataluña su famoso Consejo de Ciento, que creó en Noviembre de 1274 y que tan importante papel debía desempeñar en la historia de este Principado.



Bastida

El advenimiento al trono del sucesor de D. Jaime, Pedro III, más tarde apellidado *El Grande*, nos conduce á ocuparnos de otro género de luchas, luchas que contribuyeron á dar á la monarquia aragonesa un importante lugar entre las naciones de Europa. Heredero por su casamiento con Constanza, hija primogénita de aquel Manfredo que usurpó la corona de Sicilia y prima del infeliz principe á quien legítimamente pertenecia ésta, de las venganzas de la Casa de Suavia; y convertido por ende en jefe del partido derrotado, el monarca aragonés aceptó el sangriento legado que le deparaba la ambición de los pontifices y el espiritu independiente de un pueblo al que éstos quisieron imponerle un rey francés. Las *Visperas sicilianas* dieron la señal del alzamiento á los habitantes de la isla, mal avenidos con la dominación francesa, y dos meses más tarde se hacia á la mar D. Pedro al frente de una escuadra que le condujo á las costas de África. Allí recibió el mensaje de las Córtes de Sicilia ofreciéndole la corona, que sin vacilaciones aceptó: hízose seguidamente á la mar con su escuadra, desembarcó en Trapani entre las aclamaciones del pueblo y marchó rápidamente á Messina, sitiada por el de Anjou. No cupo á los franceses otro recurso que levantar el sitio; y derrotados en el mar y en tierra firme, dejaron en poder del aragonés 22 galeras, 4,000 prisioneros y las ciudades de Regio y Seminara.

La marina catalana desempeñó en estas guerras un cometido por demás brillante. Roger de Lauria, que mandó sus galeras, Mayol y Marquet, ilustraron con sus proezas nuestros fastos navales. Hombre de carácter tenaz y alma enérgica dió aquél á conocer su osadia y su valor derrotando en las aguas de Malta al almirante francés Cornut, á quien mató con su propia mano conduciendo los almogávares al abordaje; apareció frente de Nápoles, quemó los artefactos de sus astilleros y tomó por asalto, á la vista del francés atónito, los castillos de Ischia y Caprera. Mas su atrevimiento raya en lo increible cuando saliendo del puerto de Messina se presenta en el golfo de Nápoles y provoca al combate á numerosa flota compuesta de buques franceses, pisanos y napolitanos. Adelántanse para castigar su audacia treinta buques que mandaba el príncipe de Salerno, y emprende Roger simulada fuga que impulsa á los enemigos á lanzarse en persecución desordenada; pero ya en alta mar viran en redondo los buques aragoneses y embisten impetuosamente á los aliados, ri-

(1) *Crónica*, c. XII.
(2) *Recuerdos y bellezas de España.—Aragón.*

ñéndose porfiado combate en el que nueve naves caen en poder de Roger, otras son echadas á pique y las restantes se salvan ganando presurosas la costa (1284). Conseguida esta victoria, el almirante aragonés prosiguió intrépidamente sus correrías, y después de devastar las costas de Calabria y saquear algunas poblaciones, atrevióse á dar un atrevido golpe en las riberas de África apoderándose de Gelves.

La fortuna, que había abandonado á los franceses en el mar, no se les mostró más propicia en tierra firme: Cárlos de Anjou intentó en vano apoderarse de Regio, y agobiado por descalabros tan repetidos, aquel monarca exhaló el último suspiro sin ver realizado el ideal que con tanta tenacidad persiguió. Pero la situación del rey de Aragón era crítica por demás. Había atraído sobre sí la excomunión del pontífice, que dió la investidura de su reino á Cárlos de Valois ordenando se predicara una cruzada contra el aragonés; y tenia graves negocios á qué atender en sus Estados, cuando el rey de Francia, Felipe *el Atrevido,* empezó sus operaciones en el Rosellón seguido de numerosa hueste. Formaban el primer cuerpo de este ejército 60,000 hombres armados de palos y piedras y dirigidos por 1,000 caballeros; componian el segundo las tropas de los nobles y 5,000 caballeros, y á los flancos de este cuerpo marchaban 1,300 ballesteros á pié con armadura y capacete de hierrro; en los cuerpos tercero y cuarto iban gentes de diferentes condados y regiones francesas; en el quinto, acaudillados por el legado pontificio, 6,000 caballeros; y el sexto, compuesto por la nobleza, era mandado por el rey.

Sello de D. Jaime I

Después de haberse apoderado del Rosellón, que D. Pedro no pudo defender, logró el francés cruzar los Pirineos por un difícil y mal guardado paso, ocupar el Ampurdán y acampar frente á Gerona, á la que puso estrecho cerco, auxiliados por la marina que conducia á la inmediata costa las provisiones reunidas en Marsella, Aguas Muertas y Narbona. Por su parte el rey de Aragón, habiendo conseguido entretener durante algún tiempo á los franceses frente al Pirineo, marchó á Barcelona y trató de allegar los necesarios recursos para sostener la guerra, poniendo toda su confianza en las operaciones de la escuadra que debian cortar la comunicación del enemigo con Francia. Su plan de campaña dió un brillante resultado. Reconociéndose inferior en fuerza á su rival, le acosa constantemente con sus somatenes, y las escuadras mandadas por Mayol y Marquet en Rosas, y los buques que manda Lauria hacen sufrir terribles descalabros á la flota enemiga. Gerona se rindió en este intervalo al francés, es cierto; pero el espíritu guerrillero de los catalanes y la aparición de la peste en el campamento enemigo, le obligaron á repasar los Pirineos. Entonces el rey se adelantó á cerrarle el paso, y seguido de su hueste y de los somatenes catalanes se situó en el puerto de *Panissars* cerca de Rosas. No bien efectuaron los franceses su entrada en el puerto, cuando cayó como una avalancha sobre ellos la fuerza de D. Pedro, rodando jinetes y caballos á los abismos y perecieron á centenares los peones; y habiendo tratado algunos de abrirse paso por las sierras de Massana, para colmo de males sorprendiéronlos allí al caer la noche las fuerzas de almogávares, que concluyeron con los restos de aquel ejército. El cadáver de Felipe, que había muerto hacía poco en una casa de campo, fué conducido por los suyos á través del Pirineo, acompañándole como lúgubre salmodia el eco que de monte en monte repetia el clamoreo de los vencedores.

Dos meses después de este hecho de armas moria Pedro *el Grande* y era aclamado en Aragón D. Alfonso III y en Sicilia D. Jaime, á quienes correspondían, según el testamento de aquel monarca, ambos Estados. Turbulento reinado el del primero, pues vióse obligado á castigar la felonía

de su pariente el rey de Mallorca, las rebeliones de sus súbditos y atender á la guerra con D. Sancho de Castilla; pero la muerte que había dividido dos coronas volvió á unirlas en las sienes del segundo, sobre el cual el tratado de Agnani arroja ignominioso borrón. Este tratado, en virtud del que D. Jaime II cedía á Cárlos de Anjou la Sicilia y Calabria á cambio de la investidura de Córcega y Cerdeña, fué origen de encarnizada lucha en la que el tercer hijo de Pedro *el Grande*, convertido en campeón de la independencia siciliana, había de desempeñar importantísimo papel. Sin embargo, á pesar de la humillación que á las armas aragonesas imponía aquel convenio, realzadas y triunfantes en la guerra contra los moros y en la conquista de Córcega y Cerdeña, el pueblo aragonés pudo considerarse feliz. Durante este reinado tuvieron lugar la famosa expedición de catalanes y aragoneses á Grecia y á Turquía, y el célebre proceso y abolición de la Orden del Temple, sucesos de que oportunamente nos ocuparèmos.

Caballero de la Órden de la Merced

Alfonso IV, que pasó á ocupar la isla de Cerdeña en vida del monarca aragonés su padre, heredó la corona en 1327, y la ciñó hasta 1336, nueve años que llenaron por igual empresas marítimas y disturbios interiores, y á los que siguieron los más agitados del reinado de Pedro IV *el Ceremonioso*, reinado fecundo en importantes hechos. No cumple á nuestro propósito narrar los complicados acontecimientos de este reinado; pero sí merecen ser tenidos en consideración por la índole que ofrecen. Batallas y sitios, rudos encuentros y sorpresas sangrientas entre el monarca y sus súbditos, horrorosas violencias y terribles venganzas constituyen el fondo de ese cuadro en el que un pueblo digno, independiente y enérgico lucha acero en mano contra el despotismo. Aquella fué una época agitadísima, así en Aragón como en Castilla, y así en Navarra como en Portugal, Estados que por rara coincidencia rigieron un Pedro *el Ceremonioso* (*del Punyalet* le llamaron los catalanes), un Pedro *el Cruel*, un Cárlos *el Malo* y otro Pedro á quien llaman *el Justiciero* y también *el Cruel*, pero á favor del cual es preciso hacer una excepción, pues se halló obligado á redimir la independencia y la dignidad de su trono, luchando contra una nobleza turbulenta y volviendo por un pueblo postrado y empobrecido. No fué, sin embargo, D. Pedro de Aragón tan feroz y sanguinario como los reyes sus coetáneos, en España. Perverso é inclinado al mal por naturaleza, apeló más al cálculo y á la astucia que á la violencia, preciándose en todas circunstancias de estricto observador de las leyes: profundo político, al par que hombre de letras y gran astrólogo y alquimista, manifestó así en las combinaciones diplomáticas en que tomó parte, como en las ordenaciones que dictó y en la crónica de su reinado que él mismo compuso, que era hombre de excepcionales dotes é inteligencia poco común.

Causa verdadero pasmo el número de guerras que sostuvo este monarca, así como las confederaciones, treguas y pactos por él realizados. Aparte de las luchas con sus vasallos, guerreó con D. Pedro de Castilla, á quien contribuyó á precipitar del trono; se apoderó de Mallorca y la redujo definitivamente á la obediencia, y efectuó importantes expediciones á Córcega y Cerdeña, habiéndoselas á un tiempo con genoveses, pisanos y sicilianos. Y no es la ménos importante de dichas guerras la que mantuvo con D. Pedro de Castilla. Este monarca, dueño de una poderosa escuadra compuesta de cuarenta galeras, ochenta naos, tres galeotas y cuatro leños, á la que reforzaron las galeras de Granada y Portugal, emprendió una expedición con el doble intento de apoderarse de Barcelona y hacerse dueño de Mallorca. El castellano montaba, según Pedro López de Ayala, una galera arrebatada á los moros cuando el cerco de Algeciras, galera en la que «fizo hacer tres

castillos, uno en popa é otro en mediania é otro á la proa, é fizo dellos tres alcaides... é puso el rey en dicha galera ciento sesenta omes de armas é ciento veinte ballesteros.»

La súbita aparición de esta poderosa escuadra en las aguas de Barcelona, llenó de ira á los catalanes, y sobre todo al rey de Aragón, que por entonces se hallaba en la ciudad; y si bien sólo podian oponer al castellano diez naves y otras embarcaciones menores, cuyo mando se confió al conde de Osona, no obstante alineáronse en el sitio del puerto conocido por *las Tascas*, en tanto que en la playa se montaban los ingenios, se disponian los laúdes marítimos con los necesarios manteletes y se proclamaba en la ciudad el *somaten*, acudiendo al sitio del peligro los gremios con sus banderas y los campesinos de tres leguas á la redonda.

El rey de Castilla pudo avanzar contra la reducida escuadra catalana, á pesar de haber intentado interceptarle el paso con áncoras y cadenas, y entonces la lucha se entabló tenaz y encarnizada en el interior del puerto, haciéndose uso de las lombardas por parte de los catalanes, quienes resistieron bravamente el ataque durante todo el dia. Repitiéronlo los castellanos con no menos furia al siguiente, pero mientras sus máquinas lanzaban los proyectiles sin resultado alguno, las lombardas del aragonés destrozaron los castillos y arboladura de la más gruesa nave del rey de Castilla, visto lo cual no quedó á éste más recurso que desistir de su empeño. Tan inesperada resistencia, así como el daño que recibieran sus bastimentos, le impulsó á dirigirse á la isla de Ibiza, á cuya capital puso sitio; empero la noticia de que el aragonés habia salido en su persecución con cuarenta galeras obligóle á reembarcarse y hacer rumbo á la costa de Almeria, persiguiéndole el almirante catalán Cabrera hasta el rio de Denia. Y así terminó aquella campaña marítima que basta á dar idea de la importancia de las escuadras y armamentos de Castilla y Aragón, y en la que merece consignarse como curioso dato el empleo de la artillería en la guerra de mar.

Sello de Alfonso III

El borrascoso reinado de Pedro IV, que se dividen las guerras civiles y las exteriores, no amenguó el poderio aragonés. En lucha con una ó varias naciones, esta monarquía presenta, á no dudar, una época tan turbulenta como brillante; y á pesar de que no unamos nuestra voz al concierto de elogios que buena parte de nuestros historiadores tributan al *Ceremonioso*, no podemos menos de reconocerle digno de figurar entre los soberanos más célebres de que habla la historia de estos siglos.

Un monarca como D. Juan *el Cazador*, llamado por sus especiales aficiones el *Amador de la gentileza*, poco podia contribuir á engrandecer las conquistas hechas por sus antecesores, conquistas que obligaban á los soberanos aragoneses á una política activa y á una guerra constante: la serie de desgracias que acompañaron al sepulcro á D. Martin *el Humano* y los disturbios que siguieron á su muerte, pues no dejaba sucesor al trono, no permitieron á los aragoneses durante algunos años atender á las guerras exteriores; pero el famoso compromiso de Caspe, por el que advino al trono D. Fernando de *Antequera*, enderezó los sucesos por próspero camino. Y en efecto; á los cuatro años de haber ceñido la corona, pasa por su muerte á un príncipe verdaderamente ilustre á quien sus contemporáneos apellidaron *Sabio, Grande y Magnánimo*; «conquistador de un reino que supo hacer feliz con la prudencia de su gobierno, pacificador de Italia que le debió su tranquilidad, espléndido en su córte, la más civilizada y culta de Europa; honrador y apreciador apasionado del saber; rey, en fin, de todos los reyes de su tiempo (1).» Veintidos años contaba este príncipe ya famoso por la expedición que llevó á cabo contra Córcega, cuando ciñó la corona real; y á los cuatro de ocupar el trono, llamado por la reina D.ª Juana de Nápoles para que la defendie-

(1) Quintana. *Españoles célebres.*

ra de los ataques del duque de Anjou, pasa á Italia con numeroso ejército y entra triunfante en Nápoles, donde aquella reina le declara su hijo adoptivo y heredero. Pero el inconstante carácter de D.ª Juana hizo que variaran en breve sus propósitos, y encendióse de nuevo la guerra entre los franceses y el de Aragón, cayendo otra vez Nápoles en poder de éste. La toma y saqueo de Marsella al regresar á sus Estados y la de la isla de Gerbes; la desgraciada batalla naval en que cayó prisionero de los genoveses y sus nuevas campañas en Italia, campañas que abundan en vicisitudes y que terminaron con la toma de la capital del reino de Nápoles y la fuerte plaza de Gaeta, constituyen una serie de importantes episodios de la vida de Alfonso V, cuya última empresa militar fué la expedición que dirigió contra Génova. No abundan en las crónicas é historias de la época, datos de un valor positivo para el estudio de los progresos del Arte militar; justificando sólo con el rela-

Caballero de Montesa

ÓRDENES MILITARES

Caballero de la Jarra

to de las hazañas de nuestros soldados y marinos, y la enumeración de las operaciones militares llevadas á cabo por este rey, el título de *Grande* que le dieron sus contemporáneos. Digno es en efecto de tal calificativo si se atiende sólo á sus conquistas; mas si se considera la sangre y los tesoros que esas conquistas costaron, y si se tiene en cuenta que á la postre debían ir á parar á manos de un bastardo, con dificultad se justifican estos sacrificios. Como quiera que sea, estas conquistas contribuyeron á que fuese nuestro nombre respetado y temido; aseguraron nuestra preponderancia en Italia, y prepararon el camino que con tanta gloria debíamos en breve recorrer. En cuanto á la importancia que alcanzó Aragón en esta época, basta decir que amén de sus dominios en la península, poseía el reino de Nápoles, Sicilia, Córcega, Cerdeña y Mallorca. ¡Y aun hay escritor tan miope que al ocuparse de los Estados españoles hable de la *coronilla* de Aragón!

Todos estos dominios, excepción hecha de Nápoles, pasaron con la muerte de D. Alfonso á su hermano D. Juan, monarca de Navarra; con lo que la obra de la unidad española adelantó un nuevo paso; pero desgraciadamente para los Estados españoles, víctimas constantes de las divisiones y odios de las familias reales que á la postre siempre redundan en perjuicio de los pueblos, la

enemiga que tuvo el rey navarro á los hijos de su primer matrimonio, produjo hondisimas perturbaciones en Navarra y en Cataluña; allí porque la muerte de Doña Blanca dejaba expedito el camino del trono al primogénito de estos reyes, D. Carlos: aquí porque los catalanes se empeñaban en jurar á éste como heredero, contrariando así los deseos de Juan, cuyas miras estaban puestas en el príncipe D. Fernando, habido de su segundo matrimonio. Y estalló la guerra; y ni aun la muerte del príncipe Carlos, que se atribuyó á veneno, evitó que Cataluña continuara en abierta rebelión al rey y proclamara como á conde soberano al rey de Castilla en un principio, luego al condestable de Portugal y por último al duque de Lorena. Pero la poca energía del castellano y la muerte de los dos elegidos con posterioridad, unidas á la honda perturbación que el trasiego de gente extraña produjo en el Principado, mitigaron la exaltación de los catalanes. Por otra parte D. Juan, sin abandonar por eso las armas, echó mano á medios de conciliación, y así logró que se le abrieran las puertas de Barcelona, donde juró conservar los fueros y privilegios en 17 de Octubre de 1472.

Á este monarca antipático por sus preferencias y sus tenaces odios, padre desnaturalizado á quien no pueden absolver ciertas cualidades políticas, sucedió aquel Fernando habido de su segunda esposa Doña Juana Enríquez, por quien tanta sangre hiciera derramar. Afortunadamente estaba casado con Doña Isabel de Castilla y su advenimiento al trono preparó la unión de los dos poderosos Estados Castellano y Aragonés. Consignaremos oportunamente en qué condiciones se realizó esta unión y pondremos fin á esta primera parte de nuestro Estudio, con las siguientes interesantes observaciones del Sr. Cuadrado, acerca de las dinastías que reinaron en Aragón y de las guerras por sus monarcas sostenidas. «Tres dinastías, dice este escritor, se sucedieron en el trono de Aragón, correspondientes á las tres épocas de infancia, juventud y virilidad que se notan en su historia nacional, ninguna de las tres nacidas en el mismo suelo aragonés, sino venidas de las mismas provincias que lo rodean. Navarra le dió la dinastía de Ramiro I, Cataluña la de los Berengueres, Castilla la del infante de Antequera. La dinastía navarra, belicosa y ruda, fundó la nación y el reino, y Alfonso I adquirió para la una territorio donde establecerse, y para el otro una capital donde centralizarse; la catalana, civilizadora y popular, en su larga y gloriosa vida atendió á la vez á afianzar y engrandecer, y Jaime I redondeó sus dominios en la península y estableció una legislación que Pedro IV con su mano de hierro fundió y repulió; la castellana conquistadora por esencia, sólo aspiró ya á dominar, y Alfonso V y Fernando II enarbolaron sus pendones en el continente italiano. Hasta Alfonso I se peleó por la independencia dentro del angosto Aragón primitivo; hasta Pedro III se peleó dentro de la península por la independencia y por la gloria; de allí en adelante se peleó por la gloria exclusivamente, y la Europa fué teatro de este combate. En el primer período de guerra casi defensiva, se conquistaban villas y ciudades; en el segundo de guerras de gloria y aventuras se conquistaban provincias; en el tercer de guerras de ambición se conquistaban reinos... Con los Reyes Católicos terminan propiamente la historia y monarquía aragonesa, no con el estrépito de una catástrofe, con la agonía de una larga consunción ó á mano airada de un conquistador, sino por efecto de sus propias conquistas; diríase que el rumor de sus hechos peculiares se perdió de una vez entre el de la marcha triunfal de los tercios españoles por la Italia y el de las aclaraciones por el hallazgo de un nuevo hemisferio.»

II

De parecido modo que en Castilla se organizaron las fuerzas militares de Aragón: vemos también aqui tropas realengas, milicias feudales y ciudadanas, cuerpos mercenarios y órdenes religiosas de caballeria. Sin embargo; la infanteria puede decirse que alcanza pronto gran preponderancia, y los monarcas aragoneses llegan á mandar ejércitos compuestos en su totalidad de estos soldados.

La organización militar ofrece carácter muy distinto en Cataluña; y como quiera que no se hayan ocupado de ello nuestros autores militares, la consagraremos un corto estudio, en la seguridad de que ha de ser sobremanera provechoso á nuestros lectores.

Á semejanza de los bélicos astures, los catalanes empuñaron los armas al abrigo de sus montañas, con objeto de reconquistar la patria, siendo apoyados en su empresa en un principio por las tropas del poderoso Carlo-Magno, y revelándose toda la importancia del Estado que constituyeron y que muy presto vino á ser independiente en el admirable código los *Usatjes* que con ayuda y consejo de sus barones, prelados y jurisconsultos dictó D. Ramón Berenguer *el Viejo*. Mucho antes, empero, de que en sus famosas Córtes se reunieran los estamentos del país, los príncipes, de acuerdo con la Iglesia, el poder militar de la nobleza y la coalición popular de las universidades ó pueblos libres de la dominación feudal, se unian para poner coto en nombre del Estado á los perturbadores de la paz pública. Las constituciones que á este efecto dictaron, se llamaron de *Paz* y *Tregua*, y por ellas se ponian al abrigo de aquél, asi los bienes muebles, como los inmuebles y los útiles de labor, los caminos, bosques, campos, etc., sin hacer distinción alguna entre los habitantes de las ciudades y los de los campos, los nobles y los villanos, los cristianos y los judíos.

Aquella época turbulenta exigia, en verdad, por parte de los príncipes esta protección, pues amenazados constantemente sus Estados por el enemigo y perturbados por la brutal ambición de los señores feudales, les era indispensable idear medios para tener huestes dispuestas á salvar la independencia patria, y para ello se requeria que estuvieran suficientemente protegidas la familia y la propiedad, pues «sin una fuerza que garantice la paz, ni la familia crece ni la patria prospera (1).»

Tal fué el origen del famoso *Usatje* que comienza con las palabras *Princeps Namque* y dice: «El Príncipe, en cualquier ocasión en que se hallase sitiado ó tuviese sitiados á sus enemigos ó supiere de algún Rey ó Príncipe que viene á presentarle batalla ó hiciese llamamiento al país para que le socorra, por escrito, por enviados ó por aquellos medios que se acostumbran para dirigirse al pueblo, debe ser socorrido por todos los vasallos, así peones como caballeros que tengan edad ó poder para combatir, tan pronto como tengan conocimiento de ello. Y el que dejare de darle ayuda en lo que pueda, perderá en todo tiempo cuanto posea. Y el que nada posea, quedará deshonrado por el sagrado juramento prestado con sus propias manos. Porque nadie puede faltar al Príncipe en tan grave apuro y necesidad.»

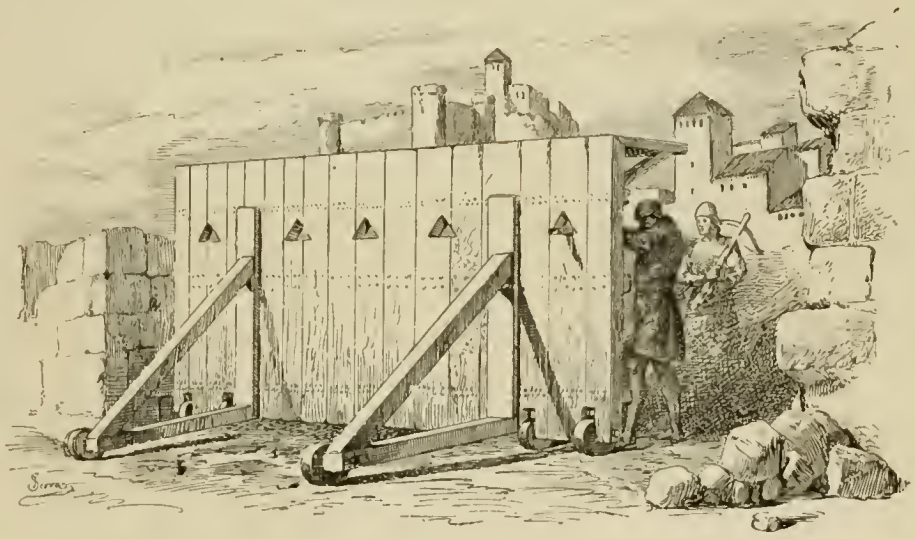
Dicen los jurisconsultos catalanes que el Príncipe no podía publicar esta ordenanza para sofocar rebeliones interiores ni para guerras exteriores, ni aun contra fuerzas que amenazasen el territorio en número inferior á las suyas. En caso de una guerra exterior ó expedición lejana votaban las Córtes un subsidio y la Diputación de Cataluña reclutaba el ejército y equipaba la flota por su cuenta, si bien atendiendo á los gastos con los pagos hechos á la Corona por los pueblos. Cuando no ocurrian estas circunstancias bastaba con que concurriese un individuo por cada familia *(foch)*. Empero al hacer uso de este *Usatje* el Príncipe venía obligado á ponerse al frente de la hueste, á ménos de no hallarse sitiado (2).

(1) *Lo Somatent, noticia histórica de sa organisació*, per J. Coroleu y J. Pella y Forgas.

(2) La convocatoria del *Somatent* se efectuaba en los campos á toque de campana y en Barcelona por el veguer, quien recorria á caballo las calles y plazas de la ciudad, seguido de sus dependientes con matas encendidas en las manos y dando voces de *¡Via fora! ¡Princeps*

De este modo nació á mediados del siglo XI el *Somatent*, verdadera garantía para la sociedad catalana, que se hallaba simbolizada en estas dos palabras: *la Paz* y *la Tregua*. Los condes de Barcelona, reyes más tarde de Aragón, hicieron numerosas convocatorias de estas fuerzas y alcanzaron con ellas importantes victorias. Pedro III *el Grande* expulsó de sus Estados al francés y le venció en Panissars; Pedro IV lo reunió para hacer frente en el Rosellón al destronado rey de Mallorca y más tarde contra Juan *el Bueno*. Y cuando entraron á la desbandada en el Rosellón las *Grandes Compañías,* verdaderas bandas de aventureros sin otro recurso que la guerra y el saqueo, este mismo monarca dió la orden de que se reunieran en Gerona los somatenes (1) lo que se efectuó en sólo diez dias, y emprendiendo la marcha al Rosellón desbandó y derrotó á las *Grandes compañías,* verdadera plaga que cayó sobre Castilla con el bastardo Trastamara.

Dentro de esta misma institución del somatent habia otra reunión, lo *sacramental*, ó sea el somatent vecinal para hacer frente á los malhechores, y otra clase de somatent más parti-



Manta

cularmente empleado en la provincia de Gerona y cuyo objeto era tener á raya los desafueros del señor feudal. Si éste prendia con cualquier pretexto á un vecino, con gritar el preso *via fora,* acudia el somatent á ponerle en libertad, procediendo el veguer á la oportuna información del hecho (2).

Ya se comprenderá que así organizado el somatent respondia por completo á las necesidades de una guerra defensiva y á la índole del pueblo catalán. En efecto; con razón hemos dicho en otro lugar, que el que haya recorrido las montañas de Cataluña, el que haya escalado sus moles de granito, el que haya contemplado desde sus cumbres esas cordilleras cuyas ondulaciones semejan las olas de un mar inmóvil, bien puede darse cuenta del espíritu independiente del país que mira á sus piés, al que ha dotado el cielo de altivo é indomable carácter.

La voz del peligro escápase vibrante, cuando éste se anuncia, de sus macizos campanarios, vuela

namque! Véase el *Libre de algunes coses asanyalades succehides en Barcelona y en altres parts, format per Pere Joan Comes, en 1583 (En qusitracta la manera que acostumen de cridar lo Usatge Princeps namque).*

Por lo que respecto á la etimología de la palabra *somatent* es errónea la dada por Monlau (*som-atents*, estamos dispuestos) y que reproduce Almirante en su *Dic. Militar.* Somatent es contracción de *só-metent* (*sonum mittendo*) produciendo ruido, es decir llamando ó convocando por medio de toque de campana ó bocina, lo que también designamos nosotros con la voz de origen árabe, rebato *(rabata)*.

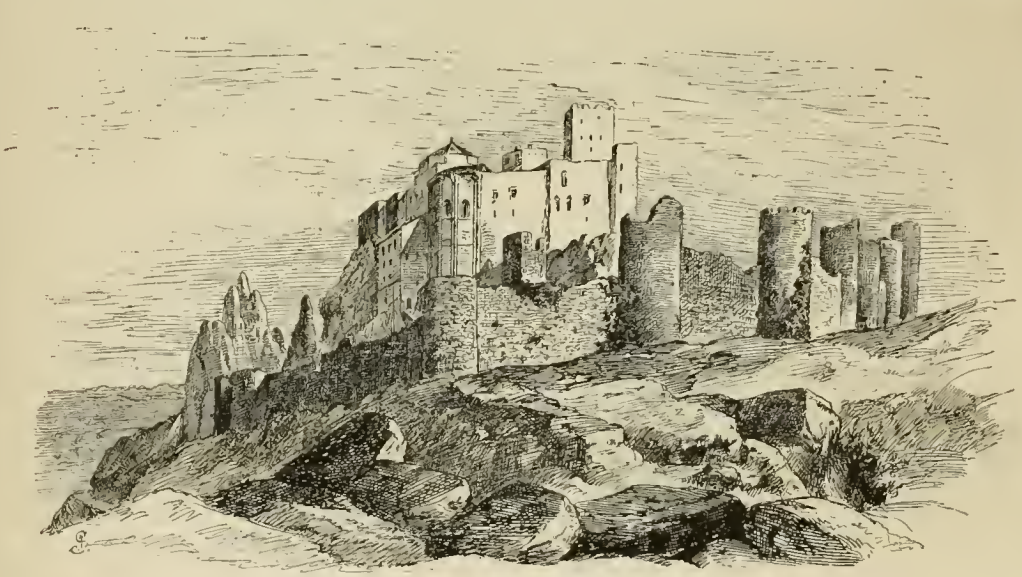
(1) *Arch. de la Corona de Aragón. Reg.* 945; fol. 214.—Inserto en la *Colec. de Documentos* del mismo. T. VI pág. 374.

(2) Véase respecto á este particular la importante *Ordenación del rey D. Juan*, en la antes citada *Colección*. T. VI, pág. 457.

de montaña en montaña, atraviesa el llano y engrandecida por los ecos se multiplica de torre en torre y de cumbre en cumbre. Y es de ver en esos momentos como aparecen entre riscos la colorada barretina y como serpentea por las rústicas veredas la sencilla hueste provista de heterogéneas armas. En ellas se saluda el espíritu de aquella Cataluña cuyos recuerdos viven en Poblet, Ripoll y Santas Creus, de aquel pueblo incansable que ha llevado las tradiciones de su arrojo allende el Mediterráneo y allende el Atlántico, y que si fué grande por su esfuerzo no lo fué menos por la conciencia que tuvo de sus derechos.

Oprimida y vejada por el feudalismo, como casi todos los pueblos de la Edad-media, Cataluña pudo, con ayuda de sus príncipes, alcanzar garantías de relativa paz y de verdadera libertad. Y si sus condes atendieron cuidadosamente á estos fines, con no menor interés velaron por ellos los reyes de Aragón, cuyo poder tenía por competidora una nobleza sobrado turbulenta.

Hablando de este periodo histórico no pueden echarse en olvido las guerras particulares que



Castillo de Loarre (Aragón)

se declaraban entre sí los señores feudales, los incesantes atropellos á la propiedad particular, el desprecio á toda superioridad jerárquica y aun al poder real; verdadaderas plagas que pesaron terriblemente sobre el pueblo catalán y aragonés. Tal estado de profunda perturbación indujo á los príncipes, de acuerdo siempre con los señores del reino, á dictar leyes encaminadas á la conservación de *la Paz* y *la Tregua*, siendo las primeras disposiciones de este género que en la legislación catalana se encuentran los usajes *Denique supradicti Principes, Laudaverunt etiam, Item statuerunt, Omnia malefacta* y *Treuga data*. Sin embargo, no eran estas medidas bastantes á remediar el mal que aquejaba á los pueblos, pues, según el texto del usaje *Omnes homines* todos los hombres pertenecientes al brazo militar podían declararse mutuamente la guerra. El señor D. J. Coroleu ha trazado en un interesante estudio titulado *El desafío y las guerras particulares, según el derecho de los Usajes y Constituciones de Cataluña,* un interesantísimo cuadro de aquellas luchas, en las que existe cierta diferencia en la declaración, que podía ser por *acuytamént,* es decir, con plazo señalado, ó bien *ipso facto*. Como auxiliares del señor, ó soldados, podían tomar parte en ellas todos los *hombres de á pie* (plebeyos), que quisieren, como no fuesen vasallos de *remensa,* pues éstos no podían abandonar sin consentimiento de sus amos el *manso* ó hacienda á la que se hallaban adscritos por la servidumbre de la gleba. «Los demás, dice el escritor citado, ó se

contrataban espontáneamente por el tiempo que durase la guerra, ó seguían al señor en la *cabalgada,* en virtud de las estipulaciones contenidas en el contrato de feudo.» ¡Calcúlese el triste cuadro que ofrecería una sociedad en que los monarcas con frecuencia debian exponer su existencia para sostener el prestigio de su corona, en que los prelados, vestidos con la pesada armadura, así fulminaban anatemas como repartian tajos y mandobles, y en que la nobleza alzábase turbulenta, haciendo caso omiso de la autoridad real y á mansalva asolaba las comarcas por via de diversión, convirtiéndose en verdadera plaga de los desdichados moradores de los campos ó de los pacíficos viandantes.

Con arreglo á las Constituciones del principado de Cataluña: «Todo catalán estaba obligado á defender la patria con las armas, cuando fuese llamado por cartas, por mensajeros, ó por otro modo acostumbrado.» Este precepto entendiase extensivo á todos los hombres aptos para el servicio de las armas, desde los veinte á los setenta años, excepción hecha de padres de familia pobres, clérigos, panaderos, bailes, jueces, carlanes, etc., etc. Sin embargo, no alcanzaba sinó á un individuo por cada familia, pues se consideraba que el cumplimiento de éste eximia á los restantes.

Torre de Cuarte (Valencia)

Según las leyes feudales «se llamaba *hueste,* á la ayuda que debian prestar los vasallos á sus señores cuando la *Potestad*, ó sea el jefe supremo del Estado, los llamaba á la guerra, y *cabalgada* al ejército que se reunía cuando la *Potestad* ú otros señores inferiores, no habiendo ésta convocado la hueste general, pedian ayuda á sus vasallos para un caso de guerra particular y determinado, como v. g. para reducir á la obediencia á un feudatario rebelde. En ambos casos derivaba la obligación del compromiso libremente contraido al otorgar el contrato de feudo, pero distinguíanse entre sí la hueste de la cabalgada, en que la primera sólo podia convocarla el jefe del Estado, al paso que todo señor podia llamar para la segunda á sus vasallos, y también en que la hueste se congregaba por un hecho y un tiempo indeterminados, mientras que la cabalgada era siempre para dia cierto y con limitación de tiempo. En Francia también se conocia esta diferencia entre la hueste y la cabalgada, que se llamaban alli *houst* y *chevauchie* (1).»

Si el vasallo ó súbdito á la hueste ó cabalgada no acudian al llamamiento, eran castigados con multas, excepto en los casos de legitimo impedimento. Sin embargo, el feudatario no tenía el deber de seguir al principe en sus expediciones allende los límites del territorio catalán, pues tales empresas no se consideraban comprendidas entre las destinadas á *común defensa y utilidad de la patria.* En estos casos debía el rey consultar su proyecto con las Córtes, y si éstas votaban los subsidios necesarios, encargábase la Diputación ó Generalidad de Cataluña, de la recluta y equipo de tropas, de fletar las galeras, reservándose el nombramiento de los jefes y oficiales del ejército y armada, sin ingerencia de la Corona.

En el *Proceso* ó libro de actas de las Córtes de Monzón de 1375 se dan curiosas noticias relativas á la organización del ejército, respecto al cual es preciso consignar que Cataluña no siempre lo constituía mediante la prestación ó servicio personal, pues en ocasiones organizábalos

(1) Coroleu y Pella. *Los Fueros de Cataluña.*

de mercenarios sostenidos á sus costas. Sabemos por aquellas actas que antes de 1375 se acostumbraba á dar por cada caballo armado 7 sueldos barceloneses, y por un caballo á la jineta, 5; mas á la sazón y por efecto de la general carestía se aumentó esta paga hasta 12 sueldos por cada caballo armado «con tal que tuviere el jinete otra cabalgura para llevar su arnés,» dióse á cada hombre de armas «cabalgando con arnés á la nueva usanza y llevando asimismo otro caballo,» 12 sueldos, y á los que cabalgasen armados á la jineta, 7: un caballero «montado y armado de coraza, capellina y mangas» tenia 6 sueldos.

«Al entrar en campaña, dicen los autores de la notable obra *Los Fueros de Cataluña,* el ejército debia recibir anticipada la paga de dos meses. Prohibiase rigurosamente á todos sus individuos el hacer exacciones ni requisas sin mandato superior, estableciéndose que si el contraventor de esta disposicion era hombre de paraje ó ciudadano honrado, fuese irremisiblemente decapitado y si hombre de á pié (plebeyo) ahorcado, y sus bienes, caballo y armamento aplicados á la indemnización que correspondiese por los objetos hurtados, aunque fuese privilegiado el delincuente.» Los que no fuesen naturales del Principado no podian percibir sueldo alguno del ejército, salvo raras excepciones; el que perdia su cabalgadura era resarcido, y todos los militares tenian el derecho de tratar con los prisioneros que hicieren las condiciones del rescate.

Almogávares

Los monarcas tomaban á veces á su servicio capitanes y marinos extranjeros cuando así convenia á sus empresas, y no deja de ser raro ver entre los que figuraron por este concepto en los ejércitos de Aragón y Cataluña al sarraceno Mahomed Abnadalil y á sus compañías de á pié y de á caballo, tomados á sueldo por Alfonso II y considerados como formando parte de la real casa. Este caso no constituye una excepción, pues Pedro *el Grande* sirvióse también de ballesteros y lanceros moros del reino de Valencia en la guerra con los franceses (1).

Importantísima es para la historia del arte militar en España una ordenación que carece de fecha dictada por D. Pedro *el Ceremonioso*, en cuyo preámbulo se lee la siguiente declaración que traducimos directamente del catalán: «La experiencia, que es maestra de todas las cosas, claramente demuestra que ni el señor rey ni sus gentes deben seguir las huellas de sus predecesores en los lances de guerra, porque ellos se armaban y combatian á caballo, y ahora se ve que los hombres armados que combaten á pié vencen en las batallas á los de á caballos y conquistan reinos y comarcas y por otros conceptos son más fuertes y resistentes que los de á caballos, etc. (2).»

(1) Los auxiliares moros figuraron también en Castilla en el reinado de D. Pedro I. Este tuvo en su ejército numeroso contingente de sarracenos, quienes desempeñaron importante papel en sus guerras con el bastardo Trastamara. En la *Historia de Monseñor Beltrán Du Guesclin*, se leen las siguientes palabras que dirige D. Enrique á Beltrán, cuando descubre la hueste de D. Pedro: «Ahora mirad la hueste y la gran nobleza de Pedro el Deseado, y las gentes que trae sobre nosotros, donde hay más paganos y judios que cristianos; bien los he descubierto, él piensa destruirnos por su gran crueldad. Y la bandera que veis allí con un león rampante, es la del jóven hijo del rey de Benimerin. A ese acometeré yo hoy, que si yo le puedo coger sano y vivo, jamás hombre de carne habria hecho tan presa, porque tendré tanto ** sin número.—Señor, dijo Beltrán ¿en qué pensáis? ¿pensáis conservarle la vida? yo no cuento sobre ellos valor de un solo dinero, que por la fe que debo á Dios, tan pronto como acometa á los paganos, no encontrarán en mí amor ni caridad, sino requieren batalla primeramente. He ordenado que formemos tres batallas, la mayor de las cuales se situará en medio y las otras dos á los lados, y no se escapará sarraceno ni esclavón, pues si ayuda la suerte, los pícaros serán todos atrapados y ese traidor de Pedro destrozado.»

Reproducimos este interesante fragmento de la crónica de Du Guesclin, recientemente traducido por D. P. A. Berenguer, en cuanto contribuye á poner de manifiesto los rasgos característicos de esta época agitada de nuestra historia; y recomendamos de paso un libro interesante para cuantos cultivan los estudios históricos.

(2) Archivo de la Corona de Aragón, Reg. núm. 1529, p. I, fol. 54.

En esta misma ordenación se dispone que todos los hombres avecindados en territorio realengo, y poseedores de seis á doce mil sueldos, tengan loriga, lanza, espada, puñal, bacinete ó pavés, ó bien loriga y coraza, bacinete y gorguera, ó ya sólo ballesta, arco y cuarenta flechas. Los que disfrutasen de doce á veinticuatro mil sueldos, dos arneses, y los que poseyeran ménos de seis mil, el arnés que designaren sus bayles ó vegueres respectivos. Declara también el rey que para efectuar los vegueres ó alcaldes tales estimaciones se tengan en cuenta los bienes dotales de la mujer, siempre que de ellos tengan los maridos el usufructo. El que poseyera bienes que ascendieran á veinticinco mil sueldos, fuere hombre ó mujer, debia tener un arnés, esto es, bacinete con celada y gorguera de hierro, coraza, cota, purpunte, mangas ó brazales, guantes, canijeras, musleras, bragas de malla, zapatos de plancha, espada, hacha y daga ó cuchillo. Si tenia bienes por valor de cuarenta y tres mil sueldos inclusive, doble arnés, y si estos bienes ascendian á mayor suma, hasta tres arneses. Estos arneses debía tenerlos cada habitante en su casa: y en la primera semana de Mayo y Octubre, en que se pasaba revista de armas, presentarlos al veguer, quien se cercioraba de su buen estado de servicio, y castigaba con multas ó prisión á los que no daban cumplimiento á lo ordenado. Prohibiase empeñar estos arneses, y caso de efectuarlo, debia restituirse el arnés á su poseedor, perdiéndose la cantidad del empeño. Los vegueres ó alcaldes efectuaban la estimación de los bienes de cada habitante y entregaban á éste un certificado cuya fórmula figura también en la citada ordenación.

De lo dicho se desprende que á mediados del siglo XIV la infantería llegó á ser el arma principal de los ejércitos, y á su preponderancia contribuyeron desde luego la invención de las armas de fuego, y la importancia que fueron adquiriendo, á compás del progreso de los municipios, las milicias populares.

Proverbial fué la fama que gozaron los ballesteros catalanes, de los que se creó en Barcelona en 1362 un cuerpo permanente para poner á cubierto el puerto de cualquier sorpresa ó ataque imprevisto. «La ballesteria catalana, que llamaban de tabla, dice Zurita, era la mejor que hubo en aquellos tiempos, y éstos eran los que vencieron muy grandes batallas por mar y en los cuales se señalaron los catalanes sobre todas las naciones (1).» Y añade el erudito Campmany: «Para conservar un crédito tan justamente merecido, la ciudad de Barcelona habia promovido un establecimiento digno de los juegos gimnásticos de la antigua Grecia y capaz de asegurar con él la defensa de sus mares y su propio hogar. Su Magistrado, que conocia todo el valor de la ballestería catalana tan alabada por Zurita y apreciada entre las demás naciones, celebraba y presidia los ejercicios públicos de este arte ciertos dias del año en que se adjudicaban los premios á los tiradores sobresalientes. Esta institución y loable costumbre se conservaba todavia en vigor á mediados del siglo XV (2).»

Hemos citado los cuerpos de mercenarios reclutados por el rey y las Córtes para las guerras exteriores, y esto nos conduce como por la mano á ocuparnos de los famosos almogávares.

Dijimos al hablar de la monarquía castellana que eran estas gentes habitantes de paises fronterizos y de ásperas sierras, en las que vivían con gran independencia, asi en el Norte como en otras comarcas de la peninsula, efectuando excursiones á los territorios limítrofes y desamparados. D. Alfonso *el Batallador*, á su regreso de la expedición á Granada, trajo doce mil muzárabes que se derramaron por estos territorios fronterizos é hicieron vida libre y aventurera. Ello es que asi andaban entre moros como entre cristianos, y que formados en tan ruda escuela constituyeron un núcleo de fuerzas no despreciables para que los reyes de Castilla y Aragón dejaran de utilizarlas. Ocioso sería que hiciéramos prolija descripción de su individualidad, traje, vida y ejercicios (3).

(1) *Anales de Aragón*, II.

(2) *Memor. hist.*, I.

(3) Bernardo Desclot describe asi á los almogávares: «Aquestes gents qui han nom Almugavers, son gent que no viuen sino de fet de armes, ne no estàn en viles ne en ciutats, sino en montanyes é en boschs; é guerrejen tots jorns ab Serrayns. E entren dins la terra dels Serrayns una jornada ó dues, lladrunyant é prenent dels Serrayns molts é de llur haver; é de asó viuen. E sofferen moltes malenances que els altres homens no podrien sostenir, que be passaran á vegades dos jorns sens menjar, si menester los es; é menjerán de les erbes dels camps, que no sol no s'en prehen res; é los adalits quels guien saben les terres els camins. E no apporten mes que una gonella, ó una

El almogávar es el tipo genuino del guerrillero, del verdadero infante. Cubierta la cabeza con una especie de red férrea, el cuerpo de pieles y los piés calzados con rústicas abarcas, este soldado ágil y sufrido, sobrio y valeroso, provisto de un chuzo, algunos dardos y la espada, era el más á propósito para luchar con ventaja contra cualquier enemigo, por más que apareciera éste armado de punta en blanco. Su táctica debió ser en un principio el orden disperso, dada la clase de armas que manejaban y la índole de guerra que hacían, pero más tarde, al entrar á formar parte de los ejércitos cristianos, hubieron de seguir cierto orden y escuadronamiento, pues en Italia y en Oriente pelearon con ejércitos organizados. En ocasiones, según puede leerse en Muntaner, combatían los almogávares á caballo, pero es de creer que fuera sólo excepcionalmente.

En realidad la fama que alcanzaron estas tropas corresponde á la corona de Aragón, pues en la guerra de las dos Sicilias, así en tierra firme como á bordo de los buques catalanes, ejecutaron sus celebradas proezas. Muy conocida es la realizada por un almogávar prisionero de las tropas de Carlos de Nápoles. Hizo este monarca desprecio de los soldados del rey de Aragón y le propuso el almogávar la pelea con el más señalado caballero de su ejército provisto de todos sus arneses y armas, no empleando él otras que su dardo y espada. Y así entraron en efecto en la estacada, dentro de la que desembrazó el almogávar con tal furia su dardo que dió en tierra con el caballo, mientras de un salto esquivaba el bote de lanza del jinete, sobre el que cayó presto á rematarlo. Y bastó esta hazaña para justificar su bizarría á los ojos del monarca extranjero, que no pudo olvidar en adelante qué clase de gentes eran estos almogávares.

Pero si fueron grandes y portentosos sus hechos en la guerra de las dos Sicilias, no son menos dignos de mención los servicios que prestaron á D. Pedro III en Cataluña, cuando la invasión de los franceses. Lo mismo en tierra que á bordo de las naves que mandaban Roger de Lauria, Marquet y Mallol, confirmaron la nombradía que en Italia habían alcanzado y con la que bien pronto debían asombrar al imperio bizantino. La famosísima expedición á Oriente inmortalizó el esfuerzo de un puñado de valientes que en lejanas tierras, sin contar con auxilios de ningún género, víctimas de la perfidia, rodeados de continuo de asechanzas y peligros, libran terribles batallas, toman por asalto importantes plazas, conquistan ricos territorios y erigen en Atenas y Neopatria dos ducados que conservan por largo espacio de tiempo contra poderosos enemigos. Pocos ejemplos de este género ofrece la historia: para la especial de nuestra infantería constituye un brillante timbre que en lugar eminente se coloca para ejemplo de las generaciones.

Muntaner, testigo y actor de esta epopeya, ha narrado en estilo sencillo é impregnado de franqueza las hazañas de los catalanes en Oriente, y Moncada ha bordado sobre aquella narración un primoroso cuadro que figura con justicia entre los tesoros de nuestra patria literatura. Aquel autor era al propio tiempo experimentado hombre de guerra, y por eso dice elogiando el valor de estos almogávares en un discurso en verso que dirige al hijo del rey D. Alfonso:

E per vostra alteza hordonarets, senyor,
Que li almugaten e laltre cap major
De lalmugaveria, qui son del mon la flor,
Vajen en les galees..... (1)

considerando sus servicios á bordo de las mismas como altamente indispensables: y en efecto; escasos son los hechos de armas que por estos tiempos tuvieron lugar, en que no figuren tan famosos soldados. Su historia puede decirse que concluye con la fundación de los dos Estados de Atenas y Neopatria que continuaron defendiendo sus descendientes. La conquista de Va-

camisa, sia istiu ó ivern, é en les cames porten unas calses de cuyr, é als peus unes avargues de cuyr. E porten bon coltell é bona correja é un fogur á la cinta. E porta cascu una llansa e dos darts, é un seró de cuyr en que aporten llur vianda. E son molt forts é molt llaugers per fugir é per encalsar. E son Catalans ó Aragonesos ó Serrayns.»

(1) «Para más ensalzaros, ordenaréis señor,—que los almugatenes y otros jefes superiores,—de la almugaveria que son la flor del mundo,—vayan en las galeras...» Traduc. del Sr. Bofarull.

lencia y Murcia, borrando la frontera contra moros en Aragón, privó de su campo natural á estos guerreros; y si bien es cierto que en Castilla se conservó aún aquélla durante dos siglos, campos llanos y extendidos, prestábanse mucho más al empleo de la caballería, que era la que realizaba las algaras.

Si del estudio de la organización de la fuerza armada en Aragón y Cataluña, pasamos al de su material de guerra, pocas diferencias echaremos de ver comparándolo con el que se empleó en Castilla.

Comencemos por las máquinas de guerra. En el concienzudo cronista Pujades hallamos ya citados los ingenios y trabucos, por medio de los cuales nos dice que lanzaron los moros que en el año 992 sitiaban á Barcelona, la cabeza del conde Borrell II, á quien degollaron cerca de Caldas de Mombuy. En los *Usatjes* léese también este interesante párrafo: «Del magnats, ço es vescomtes, comdors, é vasvesors, nengú presumesca d' asi avant en nenguna manera tormentar ni punir los culpables, ço es á saber penjar per justicia, ne edificar novellament castell contra lo princeps, ne tenir força assetiada, ne combatre ab giny que los payesos apellan fonèvol, gossa ni gata;» es decir, que los barones no se atrevan á castigar por sí á los delicuentes ni edificar castillos contra el príncipe, usar de la fuerza para sitiarlo, ni combatir con los ingenios designados por los payeses con los nombres de fonévol, gossa y gata. Estas máquinas hállanse citadas con muchisima frecuencia en las reales crónicas de D. Jaime I y D. Pedro IV. El primero menciona las siguientes: fonèvol, brigola, honda, mangano y manganell, mantell, buzón, ariete, ballesta, algarada, almojaneque y trabuco; y refiere que en cierta ocasión tiró en la suya por sí mismo de la cuerda de un fonévol; el segundo da cuenta de la actividad desplegada en Valencia y Barcelona para fabricar ingenios, manteletes y gatas (1) y entre las máquinas que cita en su crónica figuran las brigolas (2) y los bancos pinjados *(bancs pitiats)*: es digno de consignarse un dato que arroja alguna luz acerca de las máquinas de movimiento parabólico: refiriéndose al sitio de Argilers dice el rey «que los de la villa montaron un ingenio en el que pusieron demasiado contrapeso y levantándose la piedra derecha, volvió á caer sobre el mismo y lo rompió.» Para el sitio de Albarracín (1284) se pidieron quator quintalia cordarum formæ grossæ. Id. id. briny de canem; 1 roba de sayola cannabi; 3 quintalia claborum de un palmo iguales; 1 id. de clavis minutis; id. est 630.000 y 5.000 carcais; 2.000 sólidos encarga el rey D. Pedro IV que se entreguen á Galcerán de Bellpuig para el pago de los ingenios construídos durante el sitio de Cobliure (1344). En las cuentas de la Casa Real se hallan consignadas las máquinas de la antigua tormentaria con datos relativos á cantidades y material empleados en ellas. El cronista Muntaner, hablando de los preparativos que hizo el rey D. Pedro en 1281 para la expedición á Sicilia, dice que mandó construir «trebuchs é pedres de ginys á les pedreres,» y que D. Jaime de Sicilia en 1285, «assatiá la ciutat de Gaeta per mar é terra, é hi arborá cuatre trabuchs qui tots jorns treyen dins la ciutat.» Por último Zurita (3) y Monfar (4), hacen especial mención de estos ingenios, de los que este último da la siguiente detallada descripción:

«Era el *fonévol* un ingenio y máquina de batir terrible, y hacía casi el mismo efecto que el dia de hoy la artillería, y la fuerza de ellos era bastante á derribar muros y torres; tiraban unas piedras redondas y otras que los latinos llaman *molares*, por hacerse de ellas las muelas de los molinos, y otras que llaman *sepulcrales*, porque del tamaño de ellas se hacian las tumbas ó sepulcros para los difuntos, y todas eran de gran peso. En el cerco que puso el año 1413 á la ciudad de Balaguer el rey Don Fernando el primero, que fué el que perdió la casa de Urgel, se armó un fonévol de

(1) *Cronic. de Pere del Punyalet*, Cap. IV.

(2) «E los de la vila tiraban á la torre emperduda ab un giny grant é ab una brigola.»

(3) *Anales de Aragón*, edic. 1610. El lector encontrará mencionados en la obra de Zurita casi todos los ingenios de la antigua tormentaria: desgraciadamente este diligente analista no ha podido procurarnos noticia exacta de ellos.

(4) Diego Monfar y Sors, ciudadano de Barcelona, escribió su *Historia de los Condes de Urgel*, por los años de 1641 á 1652 en que fué nombrado por el rey de Francia Luis XIV, archivero del Real Archivo de aquella ciudad. Apuntamos este dato para que él lector pueda dar su justo valor á los que el nos suministra. La citada obra figura en la *Colección de Documentos inéditos del Archivo general de la Corona de Aragón*. Tomos IX y X, 1853.

tal grandeza, que tiraba piedras de ocho quintales, y le llamaban *cabrita:* eran estos ingenios de tal manera compuestos, que no se cansaban trabajando todo el dia y toda la noche, echando infinitas piedras. De uno, refiere el rey Don Jaime en su historia, *que de dia hacia mil tiros* y de noche *quinientos* (1).

»Componíase de un madero largo como entena de navío y al cabo de él estaba una honda capaz para recibir una piedra del peso y forma que queda dicho. Estaba este madero con gonce y se sustentaba encima de dos mástiles ó árboles grandes y muy firmes: éstos estaban plantados en el suelo ó en unos encajes de madera, porque se pudiese así junta, llevar fácilmente esta máquina donde quisiesen. Este madero del medio, que estaba con un gonce de hierro, estaba soltero, y estaba al un cabo la honda ó receptáculo para las piedras, y este cabo con cuerdas le hacían venir para abajo hacia el suelo, donde le ataban; y á la otra parte ó extremo por contrapeso, metian una gran piedra ó caja llena de plomo: en algunas partes se remataba con dos extremos, y en cada uno de ellos metian su caja de plomo ú otro contrapeso, y entonces se llamaba fonévol de dos cajas, y esto se hacía porque partidos así los contrapesos, se pudiese mejor llevar esta máquina donde quisiesen. De estos fonévols de dos cajas habla el rey Don Pedro el tercero, suegro que fué de Don Jaime, último conde de Urgel, cuando cuenta en su historia la venida de la armada del rey de Castilla, en el año 1359, que dice vino á la playa de Barcelona el rey Don Pedro de Castilla, con una gran armada, y que se ordenaron en Barcelona cuatro ingenios ó brigolas de dos cajas (2), que se volvian á todas partes; y que en los navios de la armada llevaba el rey de Castilla algunas que eran pequeñas y poco el daño que hacían, tanto que cuando veian venir la piedra, daban lugar á que pasase y desde la ribera del mar daban la vaya á los de los navíos, burlándose de sus ingenios por ser pequeños y flacos. Cuando, pues, querian disparar, soltaban la entena ó cortando alguna cuerda ó moviendo alguna mano como la de los arcabuces ó ballestas; y entonces el contrapeso se venia para abajo, y se alzaba la parte donde estaba la piedra, que salia con tal impetu, que hacia notable daño en lugares muy distantes, donde ni podian llegar saetas, ni piedras tiradas con ballesta ó mano de hombre; y eran tan buenos punteros que metian la piedra donde querian, y algunas veces con el movimiento violento de la máquina subia la piedra hacia el cielo, y con el movimiento natural ofendia gravemente donde caía, y mataba las gentes, aplanando las casas, como se usa el dia de hoy con los trabucos y bombas que se echan con ellos (3)...»

El efecto de estas máquinas pedreras en una ciudad sitiada se comprende, habia de ser temible, sobre todo durante la noche; concíbense desde luego las dificultades que ofreceria el manejo de tan toscos y pesados instrumentos; pero hay que tener en cuenta que el sitiador las subsanaba lanzando piedras de igual peso: arrojábanse en el recinto composiciones incendiarias, y aún cuerpos humanos si hemos de dar crédito á las crónicas; en ocasiones sirvieron de correo para anunciar una fatal noticia. Los moros lanzaron con una de estas máquinas la cabeza del conde de Barcelona dentro de esta ciudad, y en Mallorca D. Jaime arrojó á la plaza la de un musulmán.

Continúa Monfar describiendo estas máquinas y dice: «Solía ser el contrapeso de plomo ó piedras grandes, y estaba metido en unas cajas; pero cuando el ingenio se habia de llevar largo camino, por ahorrar el trabajo de llevar el contrapeso, ponian en su lugar una ó dos talegas llenas de guijarros ó tierra ó de la cosa de peso que hallaban más á mano, y aun de las mismas piedras que se habian de tirar, porque muchas veces se armaban estas máquinas en parte donde no habia piedras ni para tirar, ni para contrapesos, como acaeció en el cerco de Cullera, que, por falta de piedras dejó el rey Don Jaime de batir aquel pueblo, y así, cuando las habian de llevar de otra

(1) Figura en el original que existe en el Archivo de la Corona de Aragón un dibujo de esta máquina, que se halla reproducido en la *Colec. Diplomática* de este archivo, y que tal vez sirvió á Clonard para componer alguno de los que aparecen en su obra.

(2) Según se vé, Monfar da también al *fonévol* el nombre de *brigola*. «Llamábase esta máquina, dice en uno de los párrafos de la obra que citamos, *fonévol* en catalán y bajaba del nombre *fundo*, latino, como si dijésemos fundero ú hondero por razón de la honda que tiraba la piedra; después le llamaron *brigola* como los italianos, y después *cabrita;* los castellanos, máquina pedrera y también trabuco..... En la ciudad de Balaguer aun el dia de hoy (1641-1651, época en que escribía Monfar su *Historia*), se hallan en las bodegas y oficinas de las casas, muchas piedras de desmesurada grandeza y redondas, y aun las llaman trabucos, porque en el año 1413 fueron tiradas con trabucos al castillo y ciudad, dando el nombre del instrumento á la piedra.»

(3) *Hist. de los Condes de Urgel.*

parte, á falta de otros contrapesos, se servían de ellas en las cajas ó mangas ó talegas de los ingenios, y por razón de estas talegas que estaban hechas como unas mangas, llamaron á estas mangas *manganells*... A más de estos ingenios, que todos solían ser de mucho embarazo y servían para empresas de tierra, había otras máquinas que llamaban *algaradas;* y hablando de ellas Escolano en su *Historia de Valencia* dice: «Estas se formaban de dos maderos atravesados, con un pío ó gonce, y dando vaivenes al uno que tenía al cabo una grande piedra, estándose quedo el otro, le empujaba con tal fuerza con aquel meneo, que salía la piedra con extraordinaria furia. Su efecto era el mismo que el del fonévol y manganel: la diferencia que había de estos dos ingenios á la algarada, era que éstos hacían sus tiros á fuerza de hombres, sin contrapesos, y aquellos con sólo contrapesos; y era tal la fuerza de estas algaradas, que las piedra salían de ellas y pasaban de claro cinco ó seis tiendas.»

La catapulta romana descrita por Plinio, en su *Historia natural* fué también, según este mismo autor, empleada en la Edad Media. Reducíase á un mástil de hierro falcado, enclavado en un pedestal de bronce ó madera con argollas de hierro; en su parte posterior tenía unas tablillas provistas de ranuras ó canales en donde se colocaban las saetas ó flechas que sobresalían un palmo por sus dos extremos: una verga de acero sujeta al pié del mástil y de igual extensión que éste por uno de sus extremos, doblegada hacia atrás por medio de una árgana y provista en su extremo de una especie de cuchara, era la que al ser soltada, comunicaba el impulso á las saetas. Lanzábanse también con esta máquina unos dardos de remate hueco, provistos de materias incendiarias para quemar con ellos las máquinas y los barcos. Plinio, Livio y Lipsio dan noticia de este género de ingenios, de los que también habla nuestro Collado en su *Plática de Artillería*. Monfar dice: «He visto yo en la casa del regimiento de la ciudad de Balaguer una ballesta antigua y tan grande, que se podia afirmar ser de estas catapultas y era menester más de un hombre para usar de ellas.»

Napoleon III, en el tomo II de su obra *Passé et avenir de l'artillerie*, hace la descripción de los *trebuchets* (trabucos ó ballestas de torno que, según este autor, se reducen á un arco elástico (verga), sujeto por su mitad á una pieza de madera (cureña ó tablero) guarnecida de herrajes (quijera), para sujetar las piezas: esta cureña se hallaba dividida en dos partes, una en que estaba practicado un rebajo ó canal en que se colocaba el cuadriello, pasador ó virote, y otra sin ahuecar llamada rabera. El arco tenía á veces cinco ó seis metros de longitud y sus dos extremos se unían por una cuerda que se tensaba por medio de un torno, y se sujetaba una pieza de hierro llamada la nuez. Para disparar esta arma bastaba hacer girar á la nuez por medio de una palanca colocada en la parte inferior de la cureña: la cuerda quedaba en libertad é impulsaba con violencia el proyectil, gracias á la fuerza elástica del arco. Estas ballestas se colocaban para el ataque y defensa de las plazas sobre un caballete que permitia variar la puntería de la cureña, y se conducían á los campos de batalla montadas en carros (1).

Ocupándose de los efectos balísticos de todas estas máquinas, dice el Sr. Oliver Copons en un erudito estudio sobre la *Tormentaria antigua:* «De los medios defensivos empleados para guardarse de los proyectiles que lanzaban, se deducirá la fuerza, la verdadera potencia de ellas; pues si para defenderse de las pequeñas bastaban zarzos hechos de ramaje ó mimbre, y las de mayor potencia no podían destruir una armadura de madera, con mayor razón se podrá asegurar que el efecto contra las murallas era nulo ó muy insignificante. Se puede afirmar por consiguiente que la fuerza de proyección era muy pequeña; pero como podia uniformarse si hábiles manos la manejaban, cuidando de emplear siempre proyectiles de igual forma y peso, llegaron á conseguir que los disparos fueran bastante certeros. Así sucedía con los proyectiles disparados por las ballestas de torno, en las cuales, igualando el peso y figura de aquéllos, la velocidad inicial de su trayecto variaba muy poco de un disparo á otro.

»Como la fuerza motriz de estas máquinas no era más que el trabajo de uno ó varios hombres

(1) Existen en nuestro Museo de Artillería ejemplares de estas ballestas, pudiendo citarse, entre otras, las señaladas con los números 2,709 y 2,711.

acumulado por un contrapeso ó agente elástico, se comprende que no podían transmitir gran velocidad inicial para impulsar el proyectil. Siendo éstos de piedra, cuyo peso variaba de 45 á 130 kilógramos, el alcance ordinario y útil era de 400 á 600 metros; si bien hay noticia de haberse disparado con las catapultas de los romanos algunas que pesaban 450 kilógramos y dieron un alcance de 1,000 metros. El general suizo Dufour ha calculado directamente el alcance de todas las máquinas de la artillería antigua y de la Edad media: según los resultados que ha obtenido, *un ingenio* de contrapeso, sin honda, suponiendo el proyectil de 100 kilógramos y el contrapeso de 3,000 daria un alcance de 23 metros; y exagerando sus dimensiones y haciendo que el contrapeso fuese de 1,500 kilógramos, podría lanzar á 100 metros un proyectil de 500. Si este cálculo se aplica á las mismas máquinas pero suponiéndolas dotadas de honda, el citado general demuestra que se dobla el alcance. Respecto á los *trabuquetes* ó ballestas de torno, la fuerza con que lanzaban los *cuadriellos* era suficiente para que, tirados desde alguna distancia, pudieran atravesar un caballero armado y enterrarse después en el suelo. Dufour calculó que á un dardo del peso de medio kilógramo se le puede imprimir una velocidad de 127 metros por segundo, con una ballesta de torno manejada por dos hombres; y que con esta velocidad y 15° de elevación, su alcance sería de 832 metros sin tomar en cuenta la resistencia del aire; alcance que disminuye notablemente á la par que la elevación.»

Estos interesantes datos son por sí solos suficientes á que nos formemos idea del alcance de las máquinas neu- -as empleadas en la Edad media, máquinas que vemos figurar así en el ataque y defensa de las p'e- as, como en los campos se mencionan con frecuencia los *trabucos* y á bordo de la embarcación consígnanse los *manganells*. Como dato de algún interés, merece continuarse aquí el de que máquinas hubo que, sirviendo para disparar lanzas, dardos y otras armas de asta, se utilizaban también para arrojar piedras ó balas.

Y baste lo dicho para que el lector sepa á qué atenerse con respecto á las máquinas ó ingenios usados en la Edad media.

Consagremos algunos párrafos á la artillería. A pesar de haberse afirmado que Alfonso *el Batallador*, empleó en el sitio de Zaragoza 1118 la artillería fundándose algunos escritores en la noticia dada por Conde, ello es que no ha podido averiguarse qué serían estos *truenos* lanzados contra las murallas y para el transporte de cuyas máquinas se necesitaban carros tirados por bueyes. En el sitio de Mallorca emprendido por los aragoneses en 1229, dice Zurita que las algaradas eran tan sútiles que una de las que tenían los moros lanzaba con tanta furia las pelotas que pasaban de claro cinco ó seis tiendas. Truenos ó algaradas, admitámoslo como una misma cosa y afirmemos una vez más que no es fácil saber qué clase de máquinas ó tiros eran aquellos. Pero en la Crónica del rey D. Pedro IV ya aparecen noticias acerca de la primitiva artillería: una bombarda que estaba en una nao grande del rey de Aragón, cuyos tiros destrozaron los castillos y el árbol de una nao castellana. Zurita menciona esta primitiva pieza de artillería á la que «llamaban bombarda y era tiro de fuego con pólvora artificial;» y el Sr. Pi y Arimón hace notar que entonces se habla por primera vez de la pólvora y los ingenios de guerra aplicados á la marina: si hemos de dar crédito á sus historiadores y cronista, Cataluña fué de los primeros pueblos que la aplicaron á la navegación. A contar de esta época, así en Aragón como en Castilla, se hace mención frecuente de las bombardas, y en la descripción que hace Monfar del sitio de Balaguer por el rey D. Fernando, menciona buen número de estas piezas, algunas que tiraban balas de cinco á siete quintales (1) y una de ellas, labrada en Castellón de Farfanya, que por su grandeza era llamada lombarda mayor. «Había, dice, treinta de las ordinarias, que tiraban una bala más gruesa que una naranja, y sin estos había muchos otros tiros de pólvora, que aun en el dia de hoy hay muchas de estas lombardas en la casa del regimiento de la ciudad de Balaguer, y están encastadas en madera, y á lo que se vé no estaban como hoy en carros; y eran hechas de piezas, de manera que una lombarda de estas era compuesta de muchas piezas, que juntas unas con otras estaban con aros apretados

(1) El rey tenía en su campo, según el citado cronista, muchos cortadores de piedra y picapedreros venidos de distintos puntos de Aragón y Cataluña y dedicados á fabricar proyectiles para la artillería y máquinas.

como si fueran una cuba; y así, hechas piezas, podian ser llevadas donde querían con mucha comodidad.» Entre estas bombardas hace mención este mismo escritor de una muy grande de fuslera, que mandó el rey labrar en Lérida y que tiraba una piedra de cinco quintales y medio, afirmando que en su tiempo aun habia muchas en las bodegas de aquella ciudad y otros lugares, «alguna de ellas de más de siete palmos de rueda.»

En tiempo del rey D. Alfonso V sigue haciéndose mención de las bombardas, pero fundidas ya de una sola pieza, entre las que pueden consignarse las embarcadas por este monarca en los buques con que se dirigió á Cerdeña y «que disparaban piedras de siete y once libras.» Al dirigirse á Nápoles D. Fernando V llevóse tambien un bombarda de peso cuarenta y tres quintales; pero para ninguna de las que hasta aquí hemos hablado se mencionan otras municiones que las balas de piedra.

En Barcelona se fundían piezas de artilleria y en el curiosísimo *Libre de algunes coses asanyalades*, así como en la *Rúbrica de Bruniquer*, hemos hallado algunos interesantes datos relativos al peso y valor de las mismas, así como el nombre de alguno de los fundidores. Por estos datos y por los que encontramos en obras, inventarios y papeles curiosos relativos á los gremios, se viene en conocimiento de que otro de los ramos por el cual se distinguia y caracterizaba aquella ciudad era el de pertrechos militares. «Llegó, dice á este propósito el Sr. Balaguer, á ser famosa y célebre taller de artifices de armaduras, armas é ingenios, fomentando con su general despacho uno de los primeros ramos de su industria comerciable. Se reconocian como á excelentes artifices y tenian por lo mismo universal fama sus ballesteros, lanceros, espaderos, flecheros, coraceros, casqueteros y otros. Ya en el año 1292 habian recurrido los venecianos á Cataluña para proveerse de ballestas y ballesteros con motivo de su guerra contra Génova, y en 1381 el rey D. Juan I de Castilla, á causa de su guerra con Portugal, acudió también á Barcelona solicitando de su Consejo de Ciento le fuesen vendidos mil cajones de saetas de sus almacenes ó de la fábrica sus artífices (1).»

Puédese asegurar que los documentos catalanes son abundantes en datos relativos á las armaduras y armas; la cota y el camisote de malla llamado aqui camisol, la loriga, el albergo (cota de planchas ó escamas), el gambax (cota embutida), el permute (jubon fuerte), las corazas, las manoplas ó guanteletes, los yelmos (entre los que gozaban gran fama los zaragozanos, el capel de ferro y el bacinete, el capel de armar (casco febrido), el capmayl (almofar) y el bahuyt (capellina), el bacinete y el casco de suela, son las armas defensivas empleadas en Aragón y Cataluña; amén de los escudos de metal con diversos adornos y emblemas, pintados é incrustados de que hacen mención Desclot y la Crónica de D. Jaime (2). Encima de estas armas, aragoneses y catalanes ponianse parecidas sobrevestas y sobreseñales más ó menos vistosas (*senhals*).

Las armas ofensivas eran la espada, el bordón (3), el glavi, equivalente segun el Sr. Puiggari al

(1) *Hist. de Cataluña.*

(2) Mosen Jaume Febrer en las trovas que compuso sobre la batalla de las Navas, dice á propósito de los dibujos trazados en los escudos:

Les tres Faixes negres
en lo camp d' argent
ab orla d' escachs
de or é vermell
portaba en lo escut
aquell excelent
Ferrando Ceballos
que guanya ab sa gent
lo fort de Alarcón

(3) Bordón. Clonard, refiriéndose á Muntaner le llama equivocadamente *estoque de bordo*, lo que induciria á suponer era empleado sólo en la marina, y le considera como un término medio entre la espada y el puñal; sin embargo el *bordó* que sin duda se llamaria así por su semejanza con el bordón de los peregrinos, es más verosímil que, como supone el Sr. Bofarull, fuera un término medio entre la lanza y la espada. Por el contenido de algunos capítulos de la *Crónica* de Muntaner se viene en conocimiento que con esta arma se da estocada y cuchillada y hasta se afianza en el pecho para herir. «Esto me inclina á suponer, dice el distinguido historiador catalán, si seria verdaderamente un palo corto con hierro cortante al extremo y con sus agujeros en la contera para clavar en él ciertas puntas movedizas que se encuentran á veces en el centro de algunas corazas antiguas. A pesar de ser el nombre francés, Buchón ha traducido *estoc*, lo que me prueba cuán pocas serán las noticias relativas á esta arma en Francia.»

fauchard francés; la daga, la lanza tal como se conocía en Castilla, el bohordo (especie de chuzo), las hachas, mazas de armas, segures, azagayas, adargas, arcos (entre estos los turqueses) y ballestas con las que disparaban flechas, dardos, saetas, pasadores y viratones.

El erudito escritor que acabamos de nombrar en una interesantísima monografía titulada *Milicia y armas en el siglo XIII* (1) consigna los siguientes datos: «Entre los caballeros franceses de esta época, y conforme aparece también en Cataluña, conocíase ya el arnés ó armadura de punta en blanco *(de pe à terra)* indicada en la *Crónica de Desclot*. Componíanla en primer lugar la *coraza (cuirassa)* no sabemos si de hierro, pues se cubría de ropa (1285); *la bruscia* (brumia?), otra especie de coraza (libro de gastos de la Casa Real); el peto, verdadero tonelete de plancha (1285); el *jaco* ó *gonjo* (1285) *gonyjo* en la *Crónica de D. Jaime*, probablemente el *gorió* ó *gorbió* de documentos posteriores, es decir, coselete ó media coraza; y como piezas restantes para defensa de otras partes del cuerpo, el *gorjal* (gorguera 1292, *gorgiera* en lemosín; puños, *ponys; guantes de hierro* (1292); *quijotes* (1250; *musleras (cuxeras*, 1292, ó *cuyxals* en lemosín, 1290; *calças* ó zapatillas de hierro (1282); *trebugueres (trabujeras*, 1260), y *canijeras (gamberes* 1292 ó *cambieiras*, 1290. Todas estas piezas venían comprendidas en la denominación de *guarniments* 1250–1285, ó guarnizos en lemosín, 1206). Las poesías de los trovadores encarecen con frecuencia la hermosura de los arneses franceses y el pobre arreo de los catalanes (1220). La susodicha *Crónica de D. Jaime* parece aludir además á otra armadura ligera de cuerpo, con nombre de *garnatxa*, que podría ser lo *jornea* ó cota de armas, ó acaso mejor la vestidura de aquel nombre.

»Aunque en la misma época se distinguía mucho la caballería francesa por su brillantez y aparato, no hacía mal papel la catalana, según hemos visto por Desclot, viendo ya introducido en ella el *montar à la jineta*, costumbre tomada de los árabes. Teníamos á la sazón *caballos armados* («cavals armats ab guarniments ó perpuntes,» proceso de 1292 y otras memorias posteriores), cubiertos de hierro (lorigas de malla), defendidos con *bardas*, adornados de *gualdrapas* (1250); dorados ó de oro, como las espuelas de los jinetes, eran los *paramentos y guarniciones, cabeçadas, petrales* con *campanillas* (*sonails* en provenzal, 1206); *arçones* y *sillas*, éstas claveteadas ó marqueteadas (*picotas*, 1240), y adornadas con *lazos (ab flocs*, 1307). En el arzón trasero iba puesto el *troje* ó la *boneta*. Las cuentas de la Casa Real mencionan *sillas gallegas*, distintas de las de *palafrén*, unas cubiertas de santomasino rojo. A 13 de las calendas de Setiembre de 1259, un caballo comprado en Lérida para el rey D. Jaime costó 100 maravedises (gastos de la Casa Real). Otro más bueno costó 500 en 1262, otro 667 y otro 723. Una mula se pagó en 300 sueldos jaqueses. Según su Crónica, en Murviedro compró 26 caballos que le costaron 60,000 sueldos.»

Después de cuanto llevamos manifestado acerca de la organización de la fuerza armada en Cataluña, sólo nos resta dar una ligera idea de la constitución de los ejércitos en el Principado y reino de Aragón. Aquí como en Castilla el feudo llevaba en sí la obligación de prestar un servicio personal al monarca ó señor: proclamábase la guerra, y condes, barones, prelados y abades, acudían armados y á caballo, seguidos de su hueste y llevando sus estandartes, banderas y señeras, pendones y confanones por los que se distinguían: estas tropas reduciánse, pues, á un núcleo de caballeros junto á los que formaba el tropel ó séquito de infantes más ó menos bien armados, según la importancia y poderío del señor. Durante los siglos XIII y XIV se interpolan con estos contingentes los almogávares, y también figuran entre ellos algunos caballeros de carácter advenedizo que servían á sueldo; entendemos que los *cavallers salvatges* de que hace mención Muntaner en el Capítulo XXIII de su *Crónica* eran también una especie de aventureros que trabajaban por su cuenta en aquellos tiempos de constantes luchas; pero no recordamos haber leído en parte alguna que figurasen en combates y batallas. En tiempo de D. Jaime ya el ejército presenta nueva fisonomía; y basta que tengamos presentes los fragmentos que de su *Crónica* hemos citado, para reconocer cuánto se adelantó en su constitución: aparece ya una caballería de *meznada*, mandada por el rey en persona (2), en la que los caballos van armados de perpuntes y lorigas cubiertas con

(1) Publicada en la *Revista de Valencia*, Tomo III, n.° 1 (1883).

(2) En Aragon la *meznadería real* constituía nobleza, y la del rico-home simple honor.

gualdrapas; y otra ligera, entre la que figuran ballesteros montados (1); y además de las compañías de caballos, las compañías de milicia de los ciudadanos y la gente allegadiza distribuida con otras tantas secciones ó grupos de ballesteros, escudados, etc. (2). La fuerza que reunió al poner sitio á Valencia se componía de 65 caballeros de las órdenes militares y la mesnada real compuesta de 140 caballeros de linaje, 150 almogávares y más de 1000 peones, milicias de ciudades: reforzaron al ejército algunos otros contingentes y sumó en los últimos dias del sitio sobre 1,000 caballeros y 60,000 peones. Por lo que respecta al aspecto que ofrecía el campamento, basta recordar los ya citados párrafos de su Crónica.

Organizada ó repartida la hueste en compañías de hombre y caballo, mesnadas realengas y de ricos-homes, caballería de las órdenes religiosas, milicias de las ciudades y cuerpos mercenarios, presenta ya un conjunto algo más regular. Hácese adecuado empleo de la caballería pesada y ligera, y se combate con arreglo á *ley de armas;* es decir, con escuadronamiento y orden. Hé aquí el sistema seguido por D. Jaime en las operaciones de tala: «Metém, dice vint cabals armats en aquella carrera desus è altres vint en aquella carrera dejus, é lliurem los escuts als escuders; els balesters vinguen á las espatles dels escudats, els taladors ab dos dels balesters (3).»

Como cada rico-home ó caballero llevaba consigo algunos escuderos ó sirvientes, dejando aparte los peones que formaban su acompañamiento y combatían junto á él, constituían aquéllos por decirlo así la plebe de los ejércitos feudales, compuesta de vasallos que acompañaban al señor á la hueste ó cavalgada. Era, pues numerosísima la gente de á pié en estos ejércitos, y baste recordar la organización del de Felipe el Atrevido contra el rey Pedro III de Aragón para formarse idea del aspecto que ofrecian.

Un acertado plan de operaciones es el que pone en ejecución este gran rey para concluir con los franceses, superiores en número: rapidez y exactitud en la concentración de las fuerzas, marchas efectuadas con velocidad, hábil empleo del sistema de escaramuzas, y excelente conocimiento del terreno, todo esto revela la campaña sostenida en Cataluña por Pedro III. En tiempo de Pedro IV acusan las diferentes ordenanzas y su propia Crónica mayores progresos. Dejando aparte las Ordenaciones sobre el armamento de los habitantes de territorio realengo de que se ha hecho mención y las especiales sobre el servicio de mar que oportunamente consignaremos, el rey dispone en la *Obra de Mossen Sent Jordi de Cavalleria* que todos los caballeros de San Jorje le presten juramento de fidelidad y se obliguen á acompañarle personalmente con todos aquellos hombres de á caballos que buenamente puedan reunir á sueldo del rey contra los moros, siempre que trate de efectuarlo: y que también le sigan y sirvan en la misma forma para la defensa de su reino sin que puedan alegar excusa de ningún género, como asimismo que ninguno de ellos pueda llevar á cabo empresa alguna general ó particular sin el permiso real. Escoge también doce consejeros (cuatro nobles y ocho caballeros) con asistencia de los cuales ordena y dispone todo lo concerniente al buen éxito de la empresa (4).

Gracias á esta misma obra de caballería venimos en conocimiento de que en Aragón el portaestandarte ó señera tenia iguales atribuciones que el *Alférez* en Castilla, pues dice de él el rey: «á qui aquest offici es comanat es apellat en Castella *alferez* et en Aragó et en Cathalunya *senyaler*. Al senyaler se pertany de guiar les ost quan lo rey noy es en sa persona, e cuan noy poguès anar ley trameses son poder. E el dit senyaler meseix en sapersona deu tener la senyera tota vegada quel rey ha batalla campal: e antiguament ell solia fer les justicias dels homens per manement del rey

(1) «Vench un balester á cabal, son perpunt vestit, son capel de serre el cap, é sa balesta parada.... »*Cronica de D. Jaime*, párrafo 229.

(2) Las diferentes clases de soldados recibian su denominación del arma ofensiva ó defensiva que principalmente usaban, llamándose *bacinetes, ballesteros, escudados*, etc.

(3) *Crónic*, pár. 155.

(4) No dejan de ser interesantes las instrucciones dadas por el rey D. Jaime II á su hijo D. Alfonso cuando éste dirigió á Córcega, instrucciones que hallamos en la Crónica de Pedro IV. «Hijo mio, le dice entre otras cosas, ha sucedido muchas veces que por el saber de un caballero se ha ganado una batalla, así pues cuando estéis para dar alguna, procurad tener reunidos á todos vuestros caballeros y si alguno faltare, esperadle.»

Y recordando el antiguo lema de los monarcas de Aragón le dice también: «Hijo, cuando estéis en la batalla, herid antes con todo esfuerzo y vigor: Ó morir ó vencer, (*ó morir ó vencre*)» y se lo repitió por tres veces.

El Castillejo (Perpiñan).

quan delinquien e per ço porta la espasa devant car es la major justicia de la cor.» Era, pues á lo que se ve, este alferez ó *señalero*, al propio tiempo que el general en jefe del ejército en ausencia del rey ó durante su menor edad, una especie de magistrado real que intervenía no sólo en los asuntos que afectaban directamente al monarca, sino en los diferentes que se dilucidaban en el reino. Y dada la importancia de su cargo se requería por lo mismo que fuese, «hom de molt no-

ble linatje, e leal per amar lo profit del rey et del regne, e de bon sen, e fort e sforçat et savi, pus que ell ha esser aixi com á capdell major de les gents del rey en les batalles (1).»

De los datos hasta aquí consignados podemos, pues, deducir que las huestes tienen ya un caudillo mayor; las compañías de almogávares sus adalides ó *almucatenes*, y las mesnadas feudales y milicias ciudadanas sus señores ú oficiales respectivos como jefes: estos son los más importantes mandos que echamos de ver estudiando la organización de aquellos ejércitos. La Crónica de Don Pedro hace mención repetida del orden en que marchaban y campaban los suyos; *batalles ordenadas* son las frases que se encuentran con frecuencia en ella. Y hé aquí un ejemplo de estas formaciones. Habla el rey de sus operaciones militares en la isla de Mallorca y se expresa así: «El martes por la mañana, que era el dia 27 de Mayo, partimos de tal punto (Paguera) marchando en batallas ordenadas.» Enumera los nombres de los caballeros que iban en cada una y dice que en la primera batalla iba la compañía del infante su hermano, en la segunda, cien caballos de la mesnada real, en la retaguardia el rey, el porta-estandarte y otros caballeros de la nobleza. Y luego añade «partimos, en batallas ordenadas, esto es, primero la delantera y luego la ala última con una retaguardia de treinta caballos.» Entre estas tropas figuraban también los almogávares.

En sus operaciones militares en el Rosellón también se observan el mismo orden y regularidad en marchas y formaciones: se hace mención de la vanguardia ó delantera, del centro y la retaguardia; «toda la gente de á pié, dice el rey, iba escampada por mandato nuestro talando é incendiando.» No obstante en aquellos ejércitos compuestos de elementos tan heterogéneos no se obedecian siempre las órdenes del monarca; y acerca de esta falta de disciplina hallamos interesantes datos, así en la Crónica de D. Jaime I como en la de Pedro IV. Este rey llegó á mandar ejércitos compuestos de 3,000 caballos y 15,000 infantes.

Para formarse idea de la importancia de las huestes y armadas organizadas en Aragón y Cataluña durante este y los siguientes reinados basta hojear la interesante *Rúbrica de Brunyuer*, índice manuscrito del Archivo municipal de Barcelona, al que con frecuencia hemos acudido para redactar el presente Estudio: las campañas sostenidas por Aragón con Castilla y Francia, y sobre todo la conquista de las Dos Sicilias, las expediciones á Cerdeña y las guerras marítimas, dieron lugar á que aquella importante ciudad, una de las más famosas por sus riquezas y comercio en la Edad Media, hiciera á sus condes-reyes importantes prestaciones, ya en dinero y armas, ya en soldados y bastimentos (2). Gracias á tan eficaz concurso pudo Aragón, fuerte y respetado en sus propios dominios, cruzar con poderosas escuadras el mar, y sus reyes, muy superiores á los potentados de su tiempo, ceñir las coronas de Sicilia y Nápoles. La marina catalana ensanchó los límites de su dominación, y los navegantes y soldados de Aragón y Cataluña colocaron su nombre en muy alto lugar, así en Italia como en Grecia, así en las costas francesas como en las africanas. Un monarca glorioso por sus conquistas y su amor á las artes, Alfonso V soberano y pacificador del reino de Nápoles y verdadero señor del Mediterráneo, personifica al comenzar el siglo XV el poderío aragonés. Sus ejércitos han hecho famoso en Italia el esfuerzo español y la inteligencia, y el valor de sus marinos, proverbial la buena organización de sus escuadras (3), así de guerra como mercantes. Fuerte, pues, en tierra firme, esta nación es sobre todo respetable en el mar y pueden con legítimo orgullo exclamar sus almirantes: «¡Ni aun los peces pasarán por estas olas como no

(1) Ley IV de la citada obra de caballeria. Este pequeño códice sin fecha que existe en el Archivo de la Corona de Aragón, Reg. 1520, tienen en su primera página una nota del archivero Pedro Miguel Carbonell en la que se consigna que no pudo el rey D. Pedro III (IV de Aragón) terminarla por haberle sorprendido la muerte: contiene 22 leyes distribuidas en otros tantos capítulos.

(2) Hé aquí uno de los citados servicios de que hace mención la Rúbrica en la Sección titulada *Guerras y Armadas* y *Armas y exercisis de ellas y corsaris, convocacions per virtut del Usatj y rençons de host.*

«En l' any 1359 la ciutat armà 4 galeras y acordà homens per dos mesos per ditas galeras, per rahó de armada de galeras de castellans que eran vingudas en esta plaja, perque á 9 de Juny vingué en aquesta plaja el rey D. Pedro de Castella ab son stol de 32 galeras, 2 lems y 21 naus armadas que tenia guerra en lo rey en Pere de Aragó y estigué aquí tres dias y aprés sen anà, y lo rey de Aragón á 28 de Juny partí ab 29 galeras y un lemb en cerca de son enimich, y per aquesta guerra la ciutat servi á son rey no sols ab las ditas 4 galeras pagadas per dos mesos, empero ab una suma de mes de 30,000 lliuras sous y ab 170 homens de caball ab sou de la ciutat, ço es á rahó de 7 lliuras per caball armat y 5 diners per caball alforrat.»

(3) Tristan Caracciolo, escritor italiano del siglo XV dice que este rey tenia los mejores soldados y remeros del mundo.

lleven las barras de Aragón!» palabras que justifican la soberania que sobre el Mediterráneo, ejerció Cataluña por espacio de algunos siglos. Tan extraordinario poder, sólo podria simbolizarse con el tridente y la espada, al que el laborioso catalán añadió en aquellos siglos el caduceo.

Pongamos aqui punto á esta tercera parte de nuestro estudio y consagremos algunos párrafos á la marina, completando asi el cuadro militar que la monarquia aragonesa ofrece.

De un retablo de Caldas de Month y (siglos XIV y XV)

De un osario de Pedralbes (siglo XIII)

IV

Las costas catalanas, visitadas por los marinos fenicios y griegos, fueron en la antigüedad asiento de importantes factorias que contribuyeron al desarrollo del comercio y de la cultura entre los paises que baña el Mediterráneo. Desde la llegada de aquellos primeros viajantes hasta que Roma se hace dueña de dicha región de la peninsula, esta parte del litoral que recibe directamente la influencia de los etruscos, pelasgos, tirrenos y cartagineses, presenta un reflejo de la civilización de aquel pueblo que fundó la opulenta Tiro y de aquellos brillantes centros constituidos por los griegos asiáticos, en los que germinaban las semillas del arte y el buen gusto que debian inmortalizar á Grecia. Roma, al imperar en Cataluña, convirtió sus puertos en importantes centros comerciales y realzó las ciudades maritimas con admirables monumentos y soberbias obras, entre las que figuraban aquellas importantes atarazanas en las que se construian trirremes, quinquerremes y cuadrirremes que rivalizaban en magnitud y belleza con las que se botaban á la mar en las costas de Italia. Un activo comercio que fomentaba la riqueza y aseguraba las estrechas relaciones de la Tarraconense con el pueblo rey, la vida esencialmente romana de estas poblaciones que con tanta predilección miraron sus señores y el largo periodo de paz que aseguró á aquella provincia el imperio, contribuyeron á dar grande preponderancia á su comercio y navegación, que á medida que la fortuna de Roma venia á menos decayeron y llegaron á eclipsarse totalmente.

Ya dijimos al hablar del pueblo godo que no logró rehabilitar la marina, limitándose á obser-

var las tradiciones romanas y á seguir á los griegos, sus maestros en este ramo: y la dominación de los sarracenos, si bien no contribuyó á darla gran realce, fomentó un tanto este auxiliar poderoso de la guerra, con la construcción de algunas atarazanas y buen número de naves, destinadas asi á la guerra en corso como á la protección del litoral y comunicaciones con Africa (1). De los restos de aquellas atarazanas se aprovecharon los catalanes después de reconquistada Barcelona, y en su segunda tentativa por rescatar á Tortosa, deseando sorprender al enemigo por la parte derecha del Ebro, hicieron uso de una ingeniosa invención que un escritor catalán describe asi: «fabricáronse en Barcelona unas ligeras barcas compuestas sólo de cuatro piezas, para la mayor facilidad del transporte, las que bien empalmadas y arregladas por calafates catalanes, pasaron á los tres dias sin contratiempo alguno á todo el ejército cristiano.»

No hay que remontar á esta fecha el origen de la marina militar catalana, que á lo más puede señalarse á principios del siglo IX, cuando el conde de Ampurias, Armengol, organizó una expedición para atacar á los piratas que infestaban las costas de Córcega, á los que derrotó en el canal de las islas Baleares, apoderándose de 8 bajeles y haciendo 500 cautivos. Pero asi esta expedición como todas las anteriores al siglo XII, época en que comenzó á existir verdaderamente la marina militar de Cataluña, no tenían carácter de nacionalidad, obraban con independencia del poder real, eran dirigidas por señores ó delegados de los comunes ó pueblos, y por lo mismo sus resultados tenian que ser escasos, ya que se dirigian únicamente contra corsarios y piratas. Después que el condado de Barcelona se hubo constituído soberano é independiente, armáronse ya verdaderas escuadras, y el primer marino catalán es sin duda alguna el ilustre D. Ramón Berenguer III, quien con sus empresas consiguió colocar la marina catalana á la altura de las de Venecia, Génova y Pisa. Este principe organizó y dirigió la expedición á Mallorca que partió en 1114 del puerto de San Felio de Guixols y en la que tomaron parte pisanos y luqueses; empresa cuyos favorables resultados contribuyeron al mayor incremento del tráfico comercial (2), al que favorecian las sabias disposiciones de los condes catalanes. En efecto; en los *Usatjes* de Ramón Berenguer *el Viejo,* se asegura la protección del príncipe á todas las naves desde el cabo de Creus al puerto de Salou, condenándose al que atentara á la seguridad de aquéllas, al doble valor del daño que causara más once doblas para el robado y otras once para el Conde; y los que tal efectuaran desde Vallvidrera hasta doce leguas mar adentro, venian obligados á pagar el doble del daño y cien onzas al príncipe (3).

El siglo XII cuenta entre las empresas realizadas por los condes de Barcelona, la expedición que auxilió á los castellanos en Almería, y la toma de Tortosa por las armadas de genoveses y catalanes; titulos gloriosos del insigne D. Ramón Berenguer IV, cuyas sienes ciñeron las coronas de Cataluña y Aragón. En este mismo siglo toman gran incremento las expediciones que originaron las Cruzadas y que contribuyen en gran manera al desarrollo de la navegación. Ese gran aconteci-

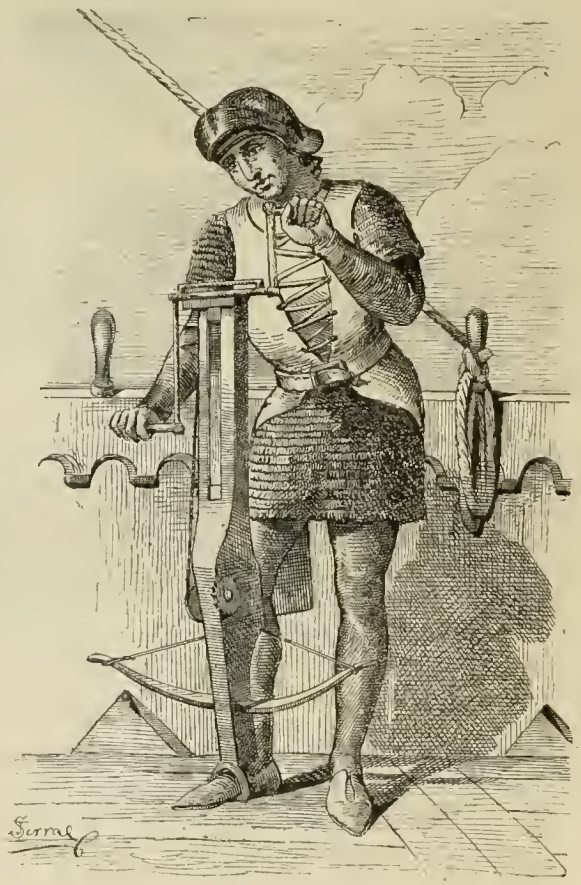
(1) Los vocablos *atarazana* y *almirante*, como otros muchisimos referentes á marina, son derivados de los árabes *darsanaa* ó *darr-al-sanaa*, literalmente obrador ó casa de trabajo, y de *emi-al-ma*, gobernador del mar, que corresponde á nuestro *almirante*. (Véase el *Vocab. marit.* que figura en las *Memor. histór. de Barcelona*). No há mucho que aun existia en Barcelona, entre las obras del siglo XI, la casa que se supone fué del vali Hamur y por corrupción Gamir, y de la que dice el Sr. Blanch «aunque hoy dia distante del mar, no lo estaba en aquella fecha, pues dominaba la playa en posición algo escarpada, y alli era precisamente en donde se construia los buques.» Derivado del Rey-Gomir es la calle del Regomir de aquella ciudad, en una de cuyas casas nosotros hemos alcanzado ver el busto de un moro empotrado en su pared.

(2) Un autor coetáneo, Lorenzo el Veronés, en un poema titulado *Carmen rerum in Majorica pisanorum anno* 1115, cantó aquella importante empresa. Hé aquí el recuerdo que consagra á este conde:

Mittitur ad Comitem, cui Barchimon, atque Girunda
Subduntur multasque regit pro viribus urbes
Cui nomen Raimundus erat, qui laudis equestris
Fructus innumeros clarosque patraverat actus.
Hispanos cujus terror commoverat hostes
. . . . . .
Et sociare sibi belli socium Ducemque
Agmina nostra volant. . . . . . .

(3) Titulo XI, Lib. X, de las CONSTITUCIONES DE CATALUNYA, *Usatjes Statuerun' etiam, lo j.* y *Constituerunt etiam, lo j.*

miento, que desde el siglo XI hasta el XIII produjo tan grandísimo trasiego de gentes, también dió lugar en Cataluña á diferentes expediciones, las más importantes efectuadas en los años 1096, 1104, 1110 á 1116 y 1146. Pero adviene el siglo XIII, aquel glorioso siglo que vió nacer á D. Jaime el *Conquistador;* y la marina catalana alcanza un poderío tan alto, como la fama de aquel rey: él mismo en la historia que escribió de su vida, nos da cuenta de la armada con la que se dirigió á conquistar á Mallorca y que se componía de 25 naves armadas, 12 galeras, 18 taridas y 100 bastimentos entre burcios y galeotas, sin contar los de transporte. Para tal empresa Tarragona y Tortosa ofrecen sus naves, igual ofrecimiento hace el conde de Empurias, Barcelona además de sus naves, 2,000 hombres de embarque y los gastos de casi toda la armada; y nobles, prelados y ciudades, concurren con sus donativos á la expedición. Tales preparativos revelan la prosperidad y el poderío de Cataluña; pues de Barcelona salió todo el armamento y en ella puso Ramón de Plegamans, capitán proveedor de la armada, en astillero «muchas galeras y labró gran número de taridas y leños para llevar caballos, *trabucos* y armas (3).» Sin embargo, donde se dió ya á conocer toda la importancia de la marina y de los marineros catalanes fué en los reinados de Pedro III el Grande, Pedro IV y Alfonso V el *Magnánimo*. Las guerras sostenidas en Sicilia, en Nápoles, Córcega y Cerdeña, hicieron famoso el nombre de aragoneses y catalanes, sobre todo el de los ilustres almirantes Lauria, Marquet, Mallol, Cabrera, Moncada, Centellas y muchos otros; y el de aquellos bravos almogávares que condujeron en distintas ocasiones al abordaje y combatieron en el reducido combes de la embarcación con igual valor que en tierra firme. Júzguese de la importancia de los armamentos en tiempos de Pedro III por el número de buques que componian la escuadra que le condujo á Sicilia y eran: 24 galeras, 10 leños, 10 naves armadas y las restantes de transporte, cuyos buques llevaban á su bordo 20,000 almogáveres, 1,000 ballesteros y 2,000 caballos; iban mandados por el infante D. Pedro que tenía á sus órdenes á Marquet y Mallol, y se reunieron en la boca oriental del Ebro. De las guerras que hubo de sostener el rey de Aragón con el monarca francés, y en las que figuró como Almirante el famoso Roger de Lauria, puede formarse el lector acabada idea leyendo en Desclot y sobre todo en Muntaner la narración de aquellos terribles combates en que á los gritos de *¡fira!* y *¡via sus!* se aferraban las embarcaciones, y entre el humo de los mixtos incendiarios, las piedras lanza-



Ballestero (Copia de un Códice del siglo XIV).

(3) Bernardo Desclot, *Hist. de las empresas de los Reyes de Aragón*, cap. 43, fol. 20.

das por los *manganells*, las saetas y otros proyectiles; y al ronco sonido de las bocinas, trompas y nacras, luchaban aislados sobre las aguas un puñado de valientes. Testigo ocular de algunos de estos hechos de armas el cronista Muntaner, describe con característico estilo las empresas realizadas por nuestros marinos, ora en las costas tunecinas, ora en las aguas de Nápoles ó Sicilia, ya en el golfo de Rosas, ó junto á Malta, Cerdeña ó Córcega; tanto en el mar Jónico, como en el mar Negro; y es tan interesante el cuadro pintado por él, que basta por sí sólo á que concibamos lo que á la sazón eran los combates marítimos.

Hé aquí la interesante descripción del que se libró en las aguas de Rosas, entre las escuadras francesa y catalana, en ocasión de haber invadido el Principado las huestes de Felipe el *Atrevido*, cuyo ejército era avituallado por las flotas salidas de Marsella.

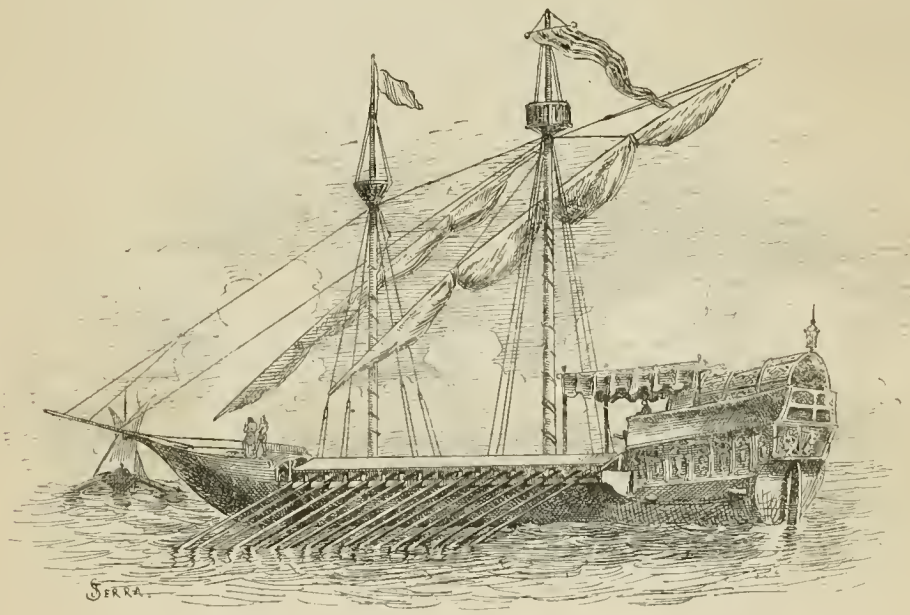
Embarcáronse en Barcelona, Marquet y Mallol y con las once galeras disponibles y dos leños navegaron como que hiciesen rumbo á la isla de Sicilia, con objeto de que persona alguna penetrara sus intentos; mas una vez distantes de la costa, así que hubo soplado el viento oeste, largaron velas y se dirigieron al cabo de Creus, que avistaron al ponerse el sol. Continuaron bogando hasta Cadaqués y allí adquirieron noticias de los franceses por dos parientes de un señor principal que iba en la escuadra, por lo que convinieron en sorprender á las veinticinco galeras que se hallaban en el puerto de Rosas. En efecto, dice Muntaner, «al rayar el alba, las galeras catalanas empezaron á bogar llegando por fin delante de las otras veinticinco: mas estaban de guardia dos leños de En Guillermo Lodovia *(Lodève)*, cuya tripulación le dió aviso. Al oir esto, mandó sonar al punto las trompetas y nacras, y que se armase todo el mundo, y en tanto que se iba haciendo de día las galeras se dirigieron unas á otras. Entonces En Guillermo Lodovia hizo romper los juncos á las velas y se dirigió á las once galeras que estaban afuera para impedirlas que se acercasen á tierra, arremetiendo contra ellas con las quince galeras que iban abarlovadas unas con otras, y disponiendo que las dos restantes entrasen por la parte de popa á fin de cogerlas así en medio, y de modo que ninguna pudiere escapar; lo que, por cierto, fué una sabia disposición. Pero En Ramón Marquet y En Berenguer Mallol mandaron abarlovar sus galeras con cabos largos y del mismo modo sujetaron también los remos para que los enemigos no pudiesen meterse por enmedio, hasta que ellos quisiesen largar remos y estuviesen ya cerca y á punto para el abordaje... Como estos prohombres conocían el valor de todo esto, maniobraron *como debian hacerlo galeras de catalanes*. Estaban, pues, las galeras proa con proa, menos las diez referidas que les venían de popa, y como no podían éstas penetrar en las suyas por tener sujetos los remos, allí hubierais visto lo mismo en las proas que en las popas arrojar lanzas y dardos, los cuales salidos de las manos de los catalanes traspasaban cuanto conseguían, á par que los ballesteros jugaban de modo que no erraban ni un solo tiro. Estaban los de las galeras de En Guillermo de Lodovia con la espada ó bordón en la mano, sin saber qué hacerse, y si alguno había que tomase lanza ó dardo tan poco era lo que de ellos sabían que tan pronto lo arrojaban por la contera como por el hierro. Largo tiempo duró la batalla, y viendo Marquet y Mallol que sus ballesteros habían despejado en gran parte las cubiertas de las galeras de sus enemigos, á quienes dieron recio, hicieron tocar la trompeta de su galera, á cuya señal se había convenido que desde luego largase remos todo el mundo, y embistieron por los flancos al enemigo. Así fué como se hizo; y al mezclarse unas galeras con otras, allí hubierais visto repartir estocadas, lo mismo de bordones que de espadas, y dar golpes de maza; mientras que los ballesteros de tabla dejaron sus ballestas y se lanzaron al abordaje contra sus enemigos... Desde que se hubieron acercado unos á otros la batalla fué muy fuerte y cruel, pero al fin los catalanes, con la ayuda de Dios, vencieron á los otros, y se apoderaron de todas las galeras; siendo el resultado, que, de los que iban en las galeras de En Guillermo de Lodovia, murieron más de cuatro mil y de los catalanes unos cien y no más (1).»

Para tener en cuenta la importancia de los armamentos navales de los catalanes en esta época, basta consignar que su flota llegó á constar de 250 galeras de combate, que representan una fuerza marítima de 800 á 1000 velas. Muntaner, hablando del número de sobresalientes que han de

(1) *Crónic. de Muntaner*, traduc. de D. Antonio de Bofarull.

figurar en los *stols* (armadas) dice: «Basta que de cada 100 galeras haya 10 con sobresalientes para que puedan dar alcance á las galeras que se presenten y así nos bastará á nosotros que tengamos 22 y no más.» Por esta última cifra, dice el Sr. Bofarull, puede calcularse el número de galeras de que se componía en aquel siglo nuestra armada. Pero eran tantas y de tal índole las atenciones de la marina, ya por efecto de las conquistas, ya para el resguardo del comercio, que D. Alfonso V tuvo que pedir para su expedición á las islas de Córcega y Cerdeña 60 galeras á la ciudad de Barcelona y 20 á Mallorca. En tiempo de este mismo Monarca fué instituído el Almirantazgo de Aragón (1420), primer cuerpo permanente y privilegiado de la armada real cuyo jefe era el Almirante con varios oficiales y ministros de su jurisdicción en los departamentos de marina.

Consignados en nuestro anterior *Estudio* el nombre y las diferentes clases de bastimentos em-



Galera del siglo XIV

pleados en la Edad Media, pasemos á ocuparnos del porte, dotación y armamento de las naves catalanas.

«Eran las naves de guerra de aquel tiempo dice el Sr. D. Adolfo Blanch, de tres y hasta de cuatro mil toneladas de porte, con tripulaciones y transportes que llegaban á 1,000 hombres. Las naves de mercaderes ó particulares se transformaban fácilmente en naves de guerra, cuando lo exigía el interés de la patria, pues siempre las naves mercantes estaban habilitadas para estos casos, llevando *ballesters* y otros hombres de armas, además de que los marineros eran considerados también como militares. Cuando el armador particular ó dueño del *leny* leño) no era bastante rico para poder cubrir todos los gastos, entonces buscaba socios que entrasen á la parte en los beneficios y pérdidas resultantes de la navegación pacífica ó armada. La guerra tenía entonces excelentes recursos con tan abundantes elementos como le ofrecían todos los centros marítimos, cada día más ricos y poblados por los beneficios que dejaban los negocios comerciales (2)»

La dotación fija de cada galera, según la ordenanza del rey D. Pedro de Aragón promulgada en 1354, era, además del patrón, cómitre y sota cómitre, de ocho nocheros ó popeles, ocho proeles, cuarenta ballesteros si la galera era gruesa y treinta si era sútil, seis alieles, seis corulleles, seis

(2) *La Antigua Marina Catalana*. Estudio publicado en la revista *La Renaixensa* y traducido por la *Revista Marítima* (Abril-1881.)

espaldeles, 54 remeros (1), dos palomeros y un senescal. En este número iban comprendidos los calafates, maestro de armar ballestas, carpintero, escudero y patrón; pero á dicha dotación hay que añadir un contador, un alguacil, un cirujano y un trompeta; la capitana llevaba además dos trompetas, un clarinero, una cornamusa y un tambor.

En esta misma Ordenanza se hace mención de las armas ofensivas y defensivas de la tripulación, cada uno de cuyos individuos, incluso el general, debia embarcarlas á su propia costa. Estas eran: para los oficiales coraza completa, espada y pavés; los ballesteros coraza, dos ballestas, alabardas (una de dos ganchos y doscientos viratones); los alieles, corulleles y espaldeles, coraza y pavés, y el nochero, además de estas armas cien viratores.

Echaráse de ver en estos y otros Ordenamientos la importancia que se daba á la ballestería, uno de los ejercicios militares en que, según ya dijimos, más se distinguían los catalanes(2). Zurita hace en distintas ocasiones grandes elogios de esta famosa ballestería, á la que atribuye la gloriosísima victoria alcanzada por los catalanes en el golfo de Rosas sobre la armada de Felipe el Atrevido; y Muntaner, al narrar este mismo hecho de armas, dice de los ballesteros. «A propósito de esto quiero que sepa cada cual, y cuidado que os lo advierte quien ha visto muchas batallas, que al llegar el caso de largar remos depende el éxito de aquellas de los ballesteros de tabla; por cuya razón, cualquiera que sea el almirante ó capitán de galeras de catalanes, deberá saber ante todo, que no le conviene llevar sobresalientes en sus embarcaciones y sí ballesteros de tabla, porque de este modo, los ballesteros, como que van más reposados, tienen mejor ocasión de llevar arregladas sus ballestas á par que bien dispuestas y emplumadas las saetas; pues mientras bogan los galeotes, ellos se ocupan en sus ballestas; porque los ballesteros catalanes son tales, que sabrian fabricar de nuevo una ballesta, atendido á que cada cual la sabe arreglar y sabe hacer viras, monturas, cuerdas, y éstas retorcerlas y atarlas después; en suma, cuanto compete á ballestería. En concepto de los catalanes nadie es ballestero si no sabe hacer desde el principio al fin todo lo que forma una ballesta; y así es que cada cual lleva una caja con todos los instrumentos necesarios, lo propio que si hubiese de tener un obrador de ballestería, lo que no hacen otras gentes algunas en todo el mundo á excepción de los catalanes, que lo aprenden ya desde la cuna, y esta es la razón porque de todo el mundo son los catalanes los más superiores ballesteros (3).»

El enganche de la marineria se efectuaba según la Ordenanza dada por el antes citado rey en 1359 (4), en el puerto, donde se colocaban las mesas de alistamiento *(taulas de acordar):* el que deseaba alistarse se presentaba ante el *escribano,* á quien daba su nombre, y recibía paga y señal adelantada presentando fiadores y jurando al mismo tiempo fidelidad al rey (5). Señalábase el dia del embarque ó *bando,* y en este dia el comisario real pasaba revista á todas las plazas, revista que se repetía cada mes para dar oportuna cuenta de los muertos ó desertores á los escribanos de las mesas de alistamiento.

De la solemnidad con que se efectuaban los alistamientos dan idea diferentes documentos que de aquella fecha se conservan, entre otros una *Relación de la orden y ceremonial con que se ejecutaron los alistamientos para las tres armadas reales que en el reinado de D. Alfonso V se aprestaron en Barcelona, según el estilo antiguo de dicha ciudad en la convocación, solemne bendición de banderas y otras cosas.* Colocábase junto á la Lonja de mar un tablado en el que se enarbolaba el

(1) Si la galera era de veintinueve bancos contaba 160 remeros.

(2) En el Archivo municipal de Barcelona hemos leido un pregón ó *crida pública,* á són de trompeta, que se hizo el 17 de Octubre de 1445 para el tiro de ballesta que debia efectuarse en Junqueras: se ofrecian «una copa, un anap, cuatre culleras, tot d'argent daurat per los homens, é duas ballestas per los fadrins per tal que s'hi exercesquen.» (Leg. Años 1445-1458).

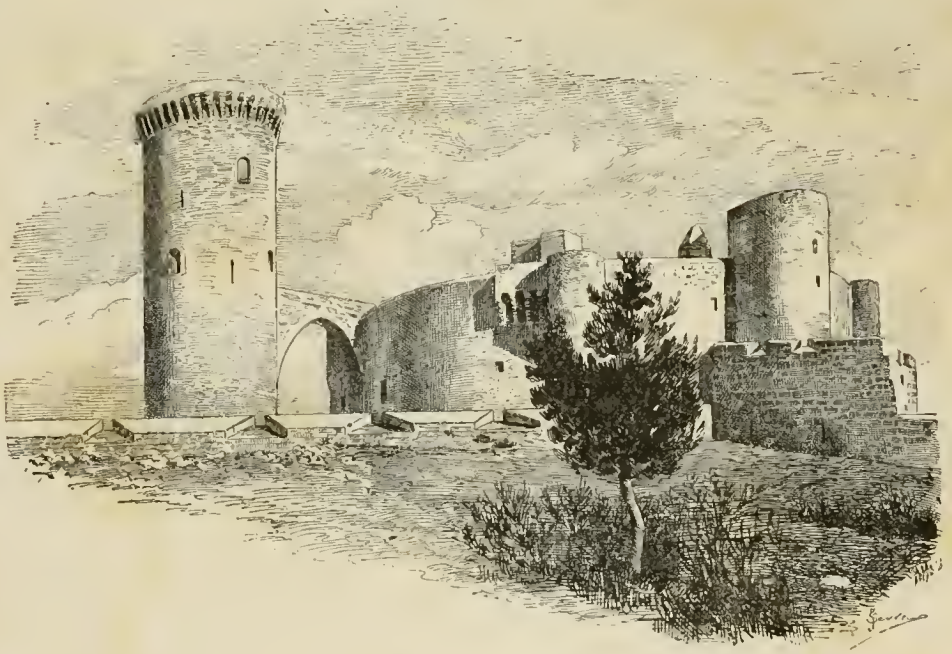
(3) *Crónica de Montaner,* traduc. de Bofarull.

(4) *Capitols quel senyor Rey mana e vol que sien observats per los scrivans de les taules reyals dacordar deça e della mar fets e ordenats en Barcelona á X dies de maig en lany de la Nativitat de Nostre Senyor* MCCCL nou. Insertos en el tomo VI, pág. 327 de la *Coleccion de Documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón.* (Reg. n. 1,402, fol. 150 de dicho Archivo).

(5) En aquel tiempo no se conocia la matrícula de mar, pues toda la gente que se embarcaba era voluntaria, ni se usaba la leva, ni el servicio por condena; siendo la faena del remo libre: tal vez á esto, dice Capmany, hay que atribuir los felices sucesos de la Corona de Aragón en el mar. En el reinado de los Reyes Católicos empezó á emplearse en el remo á gente condenada ó infame. Los reyes de Aragón sólo completaron hasta entonces sus tripulaciones publicando indultos, pero con exclusión de los reos de delitos graves.

oriflama ó estandarte real, la bandera del almirante y la de San Jorje, y un voceador colocado junto á ellas hacía la proclamación dando vivas al rey y al almirante, quienes arrojaban puñados de monedas por las cuatro caras del tablado. En aquel momento tocaban las trompetas, las chirimías y las cornamusas colocadas alrededor del tablado (1).

Una relación dejada por el catalán Francisco Vilar acerca del ceremonial observado en estas circunstancias, termina en los siguientes términos: «En esta función estuvo presente el dicho señor rey D. Alfonso, con los concelleres y el señor Obispo de Gerona, quien celebró la misa y bendijo las referidas galeras; y Pedro Parri, marinero, voceó la buena palabra: *Dios las mantenga contra turcos y franceses;* y respondieron todos los circunstantes: *Así sea.*»



Castillo de Bellver (Mallorca)

Los inventarios de las reales armadas que salieron del puerto de Barcelona hacen mención de las diferentes armas y pertrechos de guerra que se usaban en las mismas. Gracias á ellos sabemos que el uso de las ballestas, paveses, corazas, dardos, etc., continuó en el mismo siglo XVI, es decir después de un siglo que se conocía la pólvora en la mar, lo que puede explicarse por el sistema de combate que se observó en los anteriores siglos y en este aún se seguía. Desde fines del siglo XIV vemos empleadas las bombardas en la guerra de mar, pero no se menciona otra munición para la misma que las piedras: es muy digno de atención respecto á este particular que cuando pasó Alfonso V á Cerdeña en 1419 embarcó *bombardas de bronce fundidas de una sola pieza de peso de cinco quintales cada una y que disparaban piedras de siete libras unas, y otras de once;* y que las galeras llevaban bombardas del mismo tamaño y fundición de hierro con piedras en lugar de balas. En otras cuentas de la misma clase consta que las galeras que condujeron á D. Fernando el Católico

(1) *Libre de cosses asenyelades*

desde Barcelona á Nápoles «llevaban una bombarda de hierro de peso cuarenta y tres quintales, que aún disparaba piedras y no balas de hierro.»

Consignados ya algunos datos acerca del armamento y dotación de los bastimentos catalanes, así como relativamente al sistema de alistamiento y convocación, digamos algo con respecto á la disciplina militar de los armamentos y corso.

«En las antiguas ordenanzas náutico-navales conocidas con el título de *Ordenationes Ripariæ*, hechas por los prohombres de la ribera ó puerto de Barcelona en 1258, se leen varias prevenciones para el resguardo y defensa de las naves de viaje largo: entre otras, que todo marinero destinado al servicio de ballestero á bordo de las naos, debía llevar dos ballestas de dos piés y otra de estribo, trescientas saetas, capacete de hierro, perpunte ó coraza, espada ó sable. Esta misma armadura correspondía á los ballesteros de oficio á bordo de los buques menores; pero la del resto de la tripulación en unos y otros bastimentos parece que era puramente defensiva, pues cada marinero en las naves debía llevar loriga, capacete de hierro ó gorra marisca, escudo, dos lanzas, espada ó sable; cuyos pertrechos eran á corta diferencia los que correspondían á la marinería de los leños, que eran las embarcaciones de segundo porte. Y esta Ordenanza se estableció con tanta severidad sobre la observación de este punto esencial, que imponía la pena de cincuenta sueldos á los capitanes, por cada marinero que admitiesen sin presentarse con la sobredicha armadura (1).»

En el *Código naval* impreso por primera vez en Barcelona en 1502 y que es el único monumento en su clase de los que se han publicado, y en las Ordenanzas penales para el servicio de la marina que figuran en el Libro del Consulado del Mar, con el título de *Capitols del Rey En Pere sobre los fets è actes marítims*, hállanse importantes noticias acerca de la disciplina militar de los armamentos y corso. Data el primero del siglo XIII y fueron promulgadas éstas á mediados del XIV. Compónese aquel de treinta y cuatro capítulos que dan completa idea de las diversas clases de bastimento, tripulación, régimen, maniobras, categorías, oficios, etc. El almirante montaba la embarcación de alto bordo ó capitana de la escuadra sútil compuesta de galeras y bastimentos de remos. Componían su guardia los *hombres de armas,* cuya armadura diferia poco de los ballesteros: esta gente era la que peleaba en los abordajes, y en todos los encuentros con el enemigo su comandante inmediato era el cómitre. La nave de corso de tripulación de cien marineros debía llevar 16 naocheros y 24 proeros, siempre que alcanzara el total de fuerza de la escuadra á 1.000 marineros. Estableciόse además en las costumbres del corso de nave ó leño de remos: que todo leño que no remase y tuviera gabia fuera comprendido en el concepto de nave.

El rey D. Pedro IV de Aragón encargó la reforma de las leyes náuticas al almirante Bernardo de Cabrera, hombre de grandes conocimientos y mucha experiencia, pues se había hallado en distintas batallas y conocía perfectamente los elementos de que disponían los demás Estados: redactólas éste en lengua catalana y diólas por título *Ordinacions sobre los feyts de la mar, fetes per lo molt noble Bernat de Cabrera, Capità General del Senyor Rey, com veng de Sardenya, é hay vensuts los Genovesos en 1354.* Consta este código ó cuaderno, de treinta y cuatro capítulos en que están señaladas con sumo laconismo las penas en que podían incurrir los individuos de la armada, desde la más ínfima categoría hasta la de capitán de galera, y es digno de notarse que en ninguno de estos capítulos se trata de la defensa, excepto aquellos casos en que el número de buques enemigos es superior: la ordenanza es respecto á este particular, muy explícita; impone la obligación de vencer ó cuando menos de no quedar vencido. El general ha de morir antes que arriar bandera; y mientras dura el combate ha de hallarse en la popa de su galera armado de punta en blanco y cercado de su guardia especial (diez empavesados). Se impone igual castigo á los cobardes que á los que no manifiesten valor. Y al capitán, cómitre, soldado ó marinero que faltase á sus deberes se le condenaba á ser ahorcado ó arrastrado. Al cómitre se le ordena bajo la misma pena que dos galeras peleen contra tres, tres con cuatro, cinco con siete: dos galeras pueden escapar de tres que las dan caza y defenderse de ellas esperando la acometida.

Consígnanse además las obligaciones del vice-almirante, la del capitán, ó sea jefe exclusivo de

(1) *Memor. hist.*

los ballesteros y empavesados que constituian la guarnición de la galera; del cómitre, como encargado de dirigir la maniobra y gobierno del bastimento, siendo de notar que estas ordenanzas son bastante extensas respecto á los deberes de este primer oficial de mar.

Relativamente á la tripulación condénase á la pena de muerte á cuantos se amotinaren ó desertaren al frente del enemigo; al alistado que reclamase tumultuariamente su paga, la de perder la

Torres de la antigua fortificación de Gerona

lengua; igual castigo al que injuriare sediciosamente al cómitre; la muerte al que después de haber tomado paga desertase, sin que le valiere el indulto del mismo rey. Ordénase también que fuera del puerto, ensenada ó tenedero en que se hallase la escuadra armada, se aposten dos galeras: que la capitana llevase además de la bandera mayor un estandarte, si la escuadra excedia de cuarenta vasos, y las de los vice-almirantes bandera real.

Los reyes de Aragón acostumbraron desde los primeros tiempos á conceder licencias para

navegar en corso, y el rey D. Pedro en 1356 publicó una ordenanza general para todos sus dominios, y en especial contra los genoveses (1), en la que prescribe las varias reglas y condiciones que han de guardar los particulares que efectúen armamentos para corso. El corso sólo puede dura cuatro meses, y el armador ha de dar al rey una parte del valor de las presas. Podian los armadores salir en corso con bajeles del rey ó propios, pero éstos debían pasar de mil salmas de porte y llevar á su bordo ciento veinte combatientes.

Esta clase de contratas en las que la ganancia de corso era el principal estímulo de los que se alistaban, contribuyó también á fomentar las expediciones marítimas. Pero si el rey otorgaba en ocasiones permiso para armar en corso sus propios bajeles, en otras circunstancias los tomaba prestados de la ciudad, á la que devolvia terminada la expedición sus naves, entregando otras nuevas á cambio de las que se hubiesen averiados y perdido (2). También concedia permiso para que se tomasen de la *dresana real* las naves que fuesen menester para defensa ó ataque de los enemigos del Principado. Es digno de notarse que la ciudad de Barcelona tenia marina propia, armada que obraba con entera independencia, confederándose con otras castellanas, italianas y africanas según lo exigian sus intereses políticos ó comerciales. Estas armadas comunales tenían entre otros privilegios el de nombrar los magistrados municipales, capitanes con jurisdicción y la exención de llevar le pabellón del almirante.

Por regla general las escuadras se aparejaban y mantenían por medio de reparto de las poblaciones y según los recursos que prometía el príncipe y el tiempo que se calculaba debía durar la expedición; de aquí que una armada real cuando se componía de todas las fuerzas del reino, constaba de tantas divisiones cuantos eran los contribuyentes con facultad de elegir capitán. Sin recurrir á este género de subsidios y á las donaciones voluntarias con dificultad hubieran podido reunir los monarca escuadras tan poderosas como las de que hemos hecho mención. En cambio efectuándose las expediciones por término fijo de meses y dias (y por lo regular en verano), más de una vez se malogró su fruto por haberse cumplido el plazo del armamento. Esta era otra de las dificultades con que aquellas empresas tropezaban, amén de los inconvenientes originados por los heterogéneos elementos que formaban parte de las escuadras así reunidas.

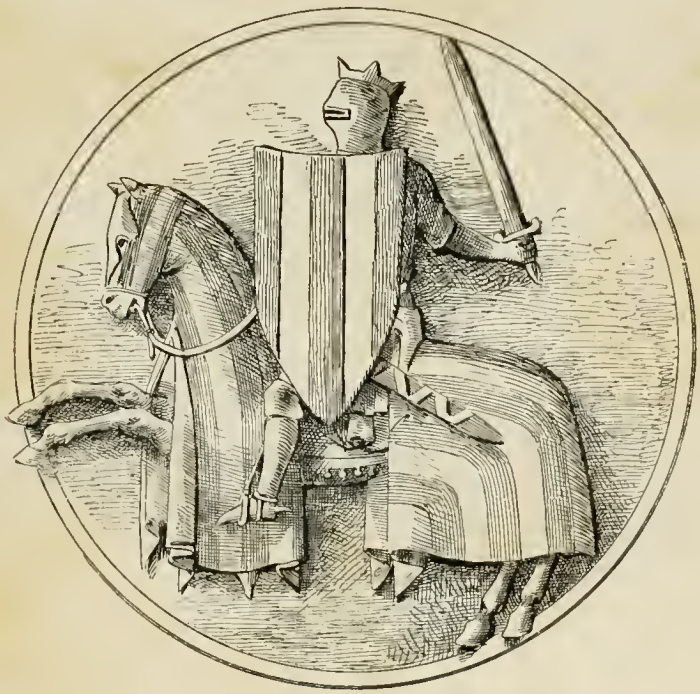
Interesantísmo por demás es el cuadro con que pinta un distinguido escritor catalán la convocación, alistamiento y reunión de estas escuadras, y por él podrán nuestros lectores formarse idea de lo que fué nuestro antigua y famosisima marina:

«Tanto para unas como para las otras expediciones (comerciales ó de guerra), dice, se *cridaba 'l passatje y s' dressaban tantas riva mar* (se formaba el alistamiento en el muelle ó playa); en las mercantes para el cargamento y tripulación, y en las de guerra para la tripulación, gente de armas y pertrechos. Un estrechón de manos que tenia por nombre *donar palmada* ó *mans* entre el capitán y el marino, bastaba en aquella época para cerrar el contrato, teniendo igual fuerza que si se extendiera con escritura pública. Las necesidades de la guerra exigian además otras formalidades. El almirante que habia de mandar la expedición hacía plantar su bandera en todos los puertos de la Corona junto á las mesas de alistamiento, en donde un notario real tomaba los nombres de los que se comprometian á servir bajo las condiciones que estaban escritas en un hermoso cartel colgado al extremo de una lanza, y adornado con cintas, flores y ramaje. Allí comparecian á la voz de las *trompas*, *nacras*, *nafils*, *xembres* y demás instrumentos músicos de guerra que precedían con tocatas á la *crida* (llamamiento) hecha por un heraldo, los *ballesters*, *mestre de torn y de taula*, *notxers*, *cominals*, *palomers*, *poctichs ó remers*, *senyors ó patrons*, *comits*, *proers*, *panesos*, *aliers y tersols*, en fin toda clase de gente de mar y de armas. El barón feudal ha respondido al llamamiento. En su pequeña rada, á la vista de su elevado castillo, se balancea ya su galera bien pro-

(1) La extensión que tienen los dos documentos á que aludimos y que figuran en el tomo VI, págs. 314 y 320 de la *Colec. diplom. del Arch. de la Corona de Aragón*, nos impiden reproducirlos traducidos en este lugar.

(2) Por el tratado de *definició* y *pacificació* debido á los dos hermanos co-reinantes Berengueres (1080) se estipula que en el caso de ser embargadas para una expedicion las naves pertenecientes á mercaderes, éstas serán mantenidas por los dos Principes, contribuyendo cada uno por mitad el armamento, provisiones, etc. y repartiendose asimismo el botin que se tomase al enemigo.

vitas de gente y armas de guerra. Todos han hecho el juramento de morir en defensa de la móvil fortaleza y de su capitán, cuya bandera y bordada insignia se ostenta gallardamente en la popa. La galera está *á la colla* (escuadra), y la *biscuitera* y *closquera* (despensa) están bien provistas Todos reconocen sus armas y tienen señalado su puesto; la hora de la *bona paraula* (zarpar) se acerca; lo *cómit* (contramaestre) que manda á los remeros espera armado en el portalón al jefe. Llega éste en su falúa, precedido de trompeteros y seguido por sus compañeros de combate y se informa de si todo está listo. Pasa á ocupar su asiento en el centro de popa bajo un dosel ojival sostenido por cuatro columnas extrañamente adornadas de ramaje y máscaras caprichosas; los pliegues de



Sello de Alfonso IV

la rica tapicería que cubre el sitial se dejan caer al mar como lujosa cola de la nave; y allí en aquel singular trono, recibe homenaje de todos los oficiales que después vuelven á sus puestos. Los ocho *notxers* se reparten á proa y á popa, el jefe de los ballesteros se coloca en una banda, el *sota-cómit* (segundo contramaestre) se coloca á proa del combés; y el *cómit* (contramaestre) en la parte de popa del combés. Luego el capitán pasa la revista para asegurarse con sus propios ojos de que los remos están en su puesto y manejados por brazos de hierro. El primer remero de cada *trast* (banco) es el que lleva el movimiento; llámase *portalat* y tiene más paga que el segundo y tercer remeros, pues su trabajo es más pesado. El castillo para los arqueros se levanta en el centro del buque, ocupando toda su manga y con una longitud de veinte piés, haciendo puente para dejar libre la cubierta. Una línea de altos y largos broqueles forma en cadá banda una muralla sobre las batayolas; y dos castillos más defienden la proa y popa del buque. Los *manganells* tienen cerca los montones de piedra que exigen las necesidades de la guerra. Cuarenta ballesteros se repar-

ten en una y otra banda en las ballesteras, montadas al extremo de cada banco, y diez más repartidas entre proa y popa. Los contadores y cónsules, distribuyen y estivan las provisiones y pertrechos, y el *barbér* (cirujano) dispone en orden lo necesario para la cura de los heridos. Examina el capitán las pesadas corazas y ligeros escudos catalanes, los tornos que han de levantar las grandes ballestas, las lanzas y garfios de abordaje y todas las demás armas y aparatos de guerra. Satisfecho de la inspección manda izar el rojo gallardete de guerra en el tope mayor, y al belicoso son de las trompas da la voz de *á la mar*, cayendo á una los pesados remos que hacen volar la galera hacia *Port-fangós*, punto de reunión de casi todas las expediciones catalanas. Alli, cubriendo gran parte de la azulada bahía, se balancean gallardamente las drómonas y xalandras de un castillo, las ligeras sagetias, las largas y espolonadas gatas, las pesadas taridas, las redondas cocas, los leños, naves y otro gran número de buques de todas clases. «Al embarcarse el Almirante despide como avisos ó exploradores cuatro leños armados. Los almogavers y otros *caps majors* (jefes) de la almogavería van en las galeras con diez compañías cada uno. Llega la hora de marcha, y los centenares de buques pintados de verde, amarillo, rojo, blanco y negro, con fajas de colores ó dibujos griegos, izan sus velas cuadradas y latinas, que rivalizan con los estandartes, flámulas y gallardetes, ostentando los colores de la más viva púrpura y brillante oro en sus ornamentos, emblemas, escudos y divisas, habiendo en unas imágenes de santos, palabras sacramentales y otras señales que la fe sencilla ó las preocupaciones del tiempo recomendaban para alejar los espiritus malignos. El estandarte de la capitana da la señal de marcha, rompen los instrumentos músicos, y al grito de *¡aur! ¡aur!* se aleja de las playas catalanas aquella poderosa escuadra destinada á extender por todas partes el espiritu de la corona aragonesa.»

Preguntémonos ahora cómo se explica que aquella marina tan poderosa y respetada viniera á la vuelta de dos siglos tan á menos, precisamente cuando el descubrimiento de América abría á nuestra actividad nuevos derroteros; pero fácil será darnos cuenta de su decadencia, si como asegura muy juiciosamente el Sr. Blanch nos fijamos, no tanto en el gran cambio de las corrientes económicas operadas en virtud de la caída de Constantinopla, el descubrimiento de América y el paso del Cabo de Buena Esperanza, como «en las causas políticas y religiosas que debilitaron notablemente nuestras fuerzas, y entre las que buena parte les toca á nuestros mismos reyes de la dinastía de Castilla, siendo una de las causas más principales el exclusivismo altamente anti-económico y anti-político, además de injustificado, con que se prohibió á la marina catalana hacer todo tráfico con América, por la razón que en su testamento dió la reina Católica, suponiendo que la gran empresa del descubrimiento de América, se debió solamente á los esfuerzos de castellanos y leoneses.» «General fué, añade el mismo escritor, la participación que en la gloriosa empresa tuvieron los castellanos; pero notable fué también la que toca á Cataluña. Su conde y rey de Aragón es quien la protege y fomenta, siendo el nombre de Fernando el que se distingue desde el principio de la obra, como puede verse por los documentos coleccionados y publicados por el Sr. Navarrete y el Sr. Bofarull demuestra en su notable *Historia de Cataluña*. De un catalán, Luis de Sant-Angel, son los 17,000 ducados prestados *para las pagas de las carabelas é para pagar á Cristóbal Colón que va en la dicha armada;* catalán es Pere Margarit, jefe de las fuerzas á las cuales se confía el primer fuerte, y el reconocimiento de las provincias de la isla de Cuba. Un experto marino y reputado cosmógrafo, Jaime Ferrer de Blanes, es el que primero se llamó á la corte y dió el famoso dictámen para hallar el término de las 370 leguas á contar desde las islas de Cabo Verde hasta Occidente señalada en la bula de Alejandro VI, que acabó las cuestiones de españoles y portugueses referentes á sus respectivos dominios. Catalanes son también los doce monjes de Monserrat que con su patriarca y legado de Indias, el antiguo ermitaño de la misma montaña Fray Bernardo Boyl, ejercen los primeros el apostolado en tan remotas tierras; levantando las primeras iglesias que dedican á las santas Tecla y Eulalia. Catalán es por fin Antoni Torras, mensajero que Colón envía á España con los primeros tesoros de las Indias; catalán es el primer puerto de la península, Barcelona, donde los Reyes Católicos reciben á Colón, en Abril de 1493; y en la misma Barcelona es en donde se disponen los preparativos para el segundo viaje del gran marino

genovés; ¿y no es á la sangre, los esfuerzos, el dinero y el patriotismo de Cataluña, á quien se debe en gran parte aquella gloria esencialmente española?»

Otra prueba, añadiremos nosotros, de que la patria no puede considerarse una en el reinado de estos Reyes, hecho que no se verifica hasta el de Carlos I, y no sin que hayan amenazado la realización de esa unidad peligrosísimas crisis. Y precisamente cuando debía darse mayor engrandecimiento y vuelo á la marina por efecto de las conquistas en ultramar realizadas en este y en el siguiente reinados, y la extensa dominación de España, se la priva de la cooperación de aquellos que durante algunos siglos habia elevado á tan alto punto nuestro poderío. Ello es que nuestra patria llamada á ser gran potencia marítima, perdió la ocasión de asegurar por este medio sus adquisiciones, olvidó en pos de continuadas guerras el principal elemento de su engrandecimiento, y encontróse á la postre que ni aun podía asegurar en el mar el transporte de las riquezas que con tanta ansia aguardaba y que no pudieron evitar su ruina.

Aragon

ILUSTRACIONES

San Miguel del Fay (pág. 140).—Los repetidos triunfos conseguidos por Almanzor sobre los ejércitos cristianos, le impulsaron al rayar la primavera de 985 á llevar sus armas hasta las faldas de los Pirineos y someter á su dominación el territorio catalán. Partió al efecto de Córdoba seguido de numerosas huestes, cruzó con ellas las comarcas de Valencia, Tortosa y Tarragona, y avanzó sobre Barcelona, al propio tiempo que su escuadra se dirigía hacia las costas de esta ciudad. Borrell II, noticioso de su avance, salió á contenerle en el mismo llano de Barcelona, junto al Coll de Moncada, y en el paraje llamado *Matabous*, dióse una terrible batalla en la que los catalanes fueron derrotados por completo.

Barcelona opuso escasa resistencia á los soldados de Almanzor, que la entregó al saqueo, en tanto que su derrotado conde se refugiaba con las reliquias de su ejército en el castillo de Manresa. Desde allí convocaba á sus súbditos á reconquistar el suelo patrio y se apercibía á entrar de nuevo en combate con los musulmanes, dueños ya de casi todo el Principado. Vió reunirse, en efecto, junto á su estandarte la flor de la caballeria catalana y muchos cristianos de los lugares vecinos, y en este solemne momento concedió á todos los que acudieron á valerle el dictado de *homens de paradje*, es decir, hombres de paraje ó casa solariega, y por ende pares é iguales á los más ilustres caballeros. A novecientos ascendia el número de estos guerreros, y puesto al frente de ellos, Borrell dió una batalla á los invasores junto á los muros de Barcelona y reconquistó la ciudad.

Faltaba para completar la obra libertar el territorio, y aquel esforzado conde logró conseguirlo auxiliado por un ejército que en su ayuda mandó el rey de Francia, Lotario. Pero los moros no renunciaron tan fácilmente á la dominación de Cataluña; así pues, á los cinco años de reconquistada Barcelona invadieron de nuevo el Principado y derrotaron á las huestes de Borrell II en el llano del Vallés. Cuenta la tradición que este infortunado príncipe se refugió con algunos de los suyos en los montes de Caldes, en una cueva que se abre entre el citado pueblo y San Miguel del Fay, conocida con el nombre de la cueva del Conde, y perseguidos hasta allí por el enemigo, trabóse en aquel pedazo de terreno una encarnizada refriega en la que perecieron todos los cristianos. Sus cabezas, se dice que fueron arrojadas, por medio de ingenios, dentro de la ciudad; pero lejos de abatir este desastre á sus moradores, continuaron resistiendo hasta conseguir que el enemigo se alejara de sus muros.

Es San Miguel del Fay uno de los sitios más bellos y pintorescos de Cataluña, por la peregrina cascada que salta en plateados hilos por sus rocas, y de la que el inolvidable D. Pablo Piferrer hizo la siguiente descripción: «Formando como numerosos escalones álzase una imponente masa de roca que cierra el paisaje; en su mitad hay un ancho rellano, sobre el cual ábrese la cueva de San Miguel, y el resto del peñasco está cortado tan perpendicularmente y tanto sobresale de la cueva que parece va á desgajarse aplastando la iglesia que se oculta agachada en el espacio que deja aquella profunda excavación ó hendidura. A la izquierda derrúmbase con estruendo una bella cascada que forma vistosísimos juegos. Desde la cima salta sobre un extremo del rellano en considerable y compacta masa con tanta furia que apenas puede medirse con la sonda la profundidad del hoyo que durante tantos siglos ha abierto en la roca; desde allí deslízase como un terso cristal por una lisa pendiente y oponiéndose a su paso algunas rocas, divide sus aguas y murmura agitada y enfurecida hasta entrar en el sosegado cauce.»

La pequeña iglesia abierta el seno de la misma peña, fué un antiguo monasterio, cuyo origen se remonta al siglo XI y en cuyo solitario recinto el esforzado conde de Ausona hijo del conde D. Berenguer Ramón I el *Cuervo*, cansado de las pompas cortesanas, fué á buscar un asilo confundiéndose con los pacíficos monjes. Murió en 1057 y un sencillo epitafio ha perpetuado allí su nombre y el recuerdo de sus virtudes.

Relieve del monasterio de Ripoll (1060) (pág. 141).—Representa un soldado á caballo y un peón. El primero con *cap-mayll* y *capell de ferre* (almofar y capellina), llevando colocada sobre la cota de malla una especie de camisote ó sobrevesta que permite ver parte de la pierna y el pié, al que van sujetos los *esperons* (espuelas). Sujeta con la diestra el *frénol* (freno) de su caballo y tiene en la siniestra una lanza con banderola y el escudo embrazado. Por lo que respecta á la montura, es completa.

El peón cubre su cabeza con una capellina, y lleva la cota cubierta por una túnica ó sayo; las piernas con calzas y los piés calzados con toscos zapatos de cuero. Sus armas ofensivas son espada y lanza; las defensivas un pequeño escudo circular.

Caballero de la orden de la Encina (pag. 142).—Fué fundada esta Orden por un ilustre caballero navarro llamado Garci Jiménez, quien después de haber guerreado muchos años se retiró á su hogar ansioso de descanso. Las incursiones de los infieles obligaron á este esforzado guerrero á empuñar de nuevo las armas, y cuéntase que en uno de los combates que libró, al disponer sus huestes, divisó sobre la copa de una elevada encina una cruz circundada de luminosa aureola. Animado por esta aparición, que consideró feliz presagio de la victoria, condujo sus tropas al combate y consiguió un brillante triunfo. Desde entonces colocó sobre su pecho una cruz y dispuso que la llevaran todos los de su hueste. Garci Jiménez consiguió tan repetidos triunfos sobre los moros, que logró expulsarlos del territorio navarro y fué proclamado rey por sus soldados.

La fundación de la Orden militar de la Encina fué aprobada por el papa Gregorio II; su existencia fué muy breve. El emblema de los caballeros era una cruz roja sobre una encina, colocada en una túnica que alcanzaba á las rodillas.

Caballero de la Orden de Monte Gaudio (pág. 142).—Hé aquí como da cuenta de la fundación y objeto de esta Orden el Sr. D. Benito de Castro en su *Diccionario de las Ordenes religiosas y militares:* «Hay fuera de la ciudad de Jerusalén una montaña llamada Mongioya ó Monte Gaudio, donde fué instituída en el siglo XII la Orden militar que tomó el nombre de esta montaña, porque los caballeros hicieron allí al principio su residencia. Fué su erección sobre el modelo de otras Ordenes en tiempos que los cristianos eran señores de la Síria con el objeto de defender la ciudad santa y acudir á donde los llamasen (aunque fuesen los países más remotos), á cualquiera conquista contra los enemigos de la fe católica. Este piadoso establecimiento se propagó por toda la Siria. Alejandro III confirmó su instituto bajo la regla de San Benito, en Diciembre de 1180, y les asignó en propiedad muchos dominios, tierras y castillos que ya poseían, así en la Tierra Santa como en España, á donde fueron llamados para libertarla de las correrías de los moros. Las definiciones de la Orden de Calatrava, dan por fundador á D. Ramón Berenguer, último conde de Barcelona, por escritura hecha en la ciudad de Gerona, á 27 de Noviembre de 1143. Lograron de los moros muchas victorias y les quitaron diferentes tierras que el rey D. Alfonso VIII y otros príncipes les dieron, como consta de su Cédula Real que dice: *A vos D. Rodrigo González, Maestro de Monfranc, de la Orden de Monte Gaudio*, de modo que en todas las partes tenían muchas encomiendas. En Cataluña y Valencia se llamaban los caballeros de Mongoja, que es lo mismo que Monte Gaudio, y en Castilla de Monfranc, por tener en el lugar de este nombre un castillo y convento. Esta Orden duró muchos años con opulencia y maravillosos progresos, propagándose por diferentes partes del orbe. Algunos dicen que llevaba por insignia una estrella roja con cinco rayos en hábito blanco, pero otros quieren que sea cruz octógona de gules, al modo de los Templarios, en hábito blanco. Profesaban pobreza, castidad y obediencia. En tiempo de guerra llevaban en sus estandartes de una parte la imagen de Nuestra Señora, y de la otra la cruz de la Orden.»

Habiendo ido en disminución el número de sus caballeros y hallándose próxima á extinguirse, se unió á la de Calatrava en tiempos del rey D. Fernando III (1221) y en virtud de Bula apostólica.

Caballero de la Orden del Temple (pág. 144).—Esta famosísima Orden de caballería religiosa tuvo su origen en 1118 y fueron sus fundadores Hugo de Paganis, de la ilustre casa de los condes de Champaña, y Godofredo de Saint Omer, á los que se unieron en breve siete ilustres caballeros franceses: presentaron los estatutos de la institución al pontífice, y éste los remitió para su examen al concilio de Troyes, del que los recibieron aprobados en 1127. Era el objeto de esta orden mantener libres de enemigos los caminos que seguían los peregrinos cristianos al dirigirse á Jerusalén, y recibió su nombre á causa de habitar los caballeros un edificio inmediato al Templo. Estos caballeros estuvieron en un principio sujetos al patriarca y hacían á su ingreso en la orden votos de castidad, pobreza y obediencia. Su hábito en un principio fué blanco sin cruz, hasta que en tiempo del papa Eugenio III pusieron cruces rojas en sus manteos y estandartes. Acerca de la forma de esta cruz unos dicen que era patriarcal, esto es, con dos travesaños, otros que era octógona; sin embargo, el Sr. Campomanes (1) y otros autores, afirman que era roja sencilla de paño, como la de los demás cruzados y como se vé en los escudos de armas del Temple.

Su estandarte era de forma cuadrilonga y dividido de arriba abajo en dos colores blanco y negro, en el centro se destacaba la cruz roja, y en el sello de la Orden figuraban dos caballeros puestos en un solo caballo y este lema *Sigillum militum Christi*.

(1) *Disertaciones históricas del Orden y caballería de los Templarios*, por D. Pedro Rodriguez Campomanes. Madrid. 1747.

Hé aquí un interesante párrafo relativo á su modo de combatir: «Cuando iban de facción ó á acometer al enemigo, llevaban delante la *balza* ó estandarte de la Orden. Seguían los caballeros formados de dos en dos, ó según convenía, en traje de campaña, armados con sus lanzas y espadas, sin ruido ni algazara, y esperando impávidos é inmóviles al enemigo, cuando así lo disponía el jefe ó gran maestre. Si era preciso atacar eran de los primeros en acometer y lanzarse sobre el enemigo, y los últimos en retirarse, dejando siempre en el campo de batalla pruebas indudables de su valor. Pocos momentos antes de entrar en acción el gran maestre ó los comendadores mandaban tocar las bocinas y atabales de la Orden, y reunidos entonces todos en comunidad entonaban con la mayor devoción aquellas humildes palabras del profeta David «*Non nobis Domine, non nobis, sed nomine tuo da gloriam.* Solían acometer al enemigo buscando las alas del ejército contrario, ó aquel flanco que consideraban más á propósito, sin atreverse jamás á retirar, á no ser que así lo mandase el jefe, derrotando enteramente al enemigo ó muriendo todos en la pelea (1).

Las virtudes y el valor que distinguían á los Templarios, diéronles bien pronto gran importancia y la Orden aumentó en número y fué muy luego tan poderosa como rica. Llegó á contar á los cincuenta años de su fundación unos tres mil caballeros (entre ellos Ramón III conde de Barcelona), y no hubo reino cristiano en que no poseyeran castillos y tierras. Tales riquezas y tal poder engendraron en los Templarios algunos vicios que, minando la constitución de la Orden, prepararon su ruina. Muy encontrados pareceres se han emitido acerca de los cargos que se hicieron á los Templarios; lo que resulta probado es que atrajeron sobre sí los recelos del pontificado; y el encono del monarca francés Felipe el Hermoso y el celo de Clemente V concluyeron por fin con esta Orden, cuyos individuos, juzgados por la Facultad de Teología de Paris y por un sínodo provincial fueron condenados en 1309 á la hoguera, en la que pereció también en 1314 el gran maestre Santiago de Molay. Es difícil venir en conocimiento de la verdad en asunto tan discutido como oscuro, pues como con razón ha dicho un ilustrado autor, la abolición de esta valerosa milicia va envuelta en los opacos velos que ocultan los tenebrosos secretos de la política y de las pasiones humanas. ¿Y qué valor puede darse hoy á los procedimientos empleados por el pontífice y el rey, ni á las confesiones arrancadas por el terror ó el tormento?.....

En España figuraron gloriosamente los Templarios en las guerras de la Reconquista, y la Orden tuvo en Castilla y Aragón sus maestros provinciales; fuéronles cedidos grandes posesiones en Valencia, Almería, Cataluña, Galicia, León, Extremadura, Castilla y Andalucía. Suyos eran los castillos de Ponferrada, el Faro, Balduerna, Távara, Almansa, Alcañices, Alconeta, Jerez de Badajoz, Frenegal, Nertobriga, Capilla, Caracuel, Palma de Andalucía, Villalpando y otros. Pero de los diversos reinos de España, en el de Aragón fué donde alcanzó mayor lustre y poder; de lo que puede colegirse con decir que muerto el rey D. Alfonso el Batallador les nombró en su testamento por herederos de aquellos reinos, lo que rehusaron los Templarios. Así es que al recibir el monarca D. Jaime II una carta del francés exhortándole á seguir su ejemplo, contestó el de Aragón: «De ningún modo procederé á su prisión hasta que me consten sus crímenes ó el papa me lo mande.» Nueva y elocuente prueba en favor de los Templarios. Empero, el papa se había anticipado á los deseos del aragonés, ordenándole que en un mismo día prendiera á todos los Templarios de sus reinos y se incautara de sus bienes; mas los Templarios aragoneses acudieron á las armas y se defendieron en sus fortalezas que disputaron á las tropas del rey. Unas tras otras cayeron en poder de D. Jaime, y sólo la de Monzón presentó más seria resistencia, pero á la postre se entregó, quedando presos los freyres. En Tarragona se reunió un concilio en el que, después de oídos, se les absolvió de todos los delitos é imposturas de que eran acusados, y lo propio sucedió en el concilio reunido en Salamanca, después de practicadas no escasas diligencias. Pero el pontífice no aprobó estas decisiones y la Orden del Temple fué abolida en España. En el reino de Aragón sus bienes se aplicaron á las Ordenes de San Juan de Jerusalén y de Montesa. En Portugal, donde asimismo fueron abolidos por decisión del pontífice, se fundó con parte de sus bienes la Orden de Caballería del Cristo.

Caballero cruzado (pág. 144).—Al entusiasta grito de *Dios lo quiere*, lanzado por Pedro el Ermitaño y repetido por millares de personas, se proclama en Clermont (1095) la *tregua de Dios* y se apercibe la cristiandad á lanzarse sobre el Asia y á libertar el sepulcro de Cristo. El papa reunió en la ciudad citada un solemne concilio, y en presencia de gran número de príncipes y de inmenso pueblo de diversas naciones hizo entrega de la cruz, distintivo de cuantos debían tomar parte en esta empresa. Esta cruz, era en un principio roja, y se colocaba en el costado izquierdo del pecho, así como en las banderas. Más tarde, y con objeto de distinguir á los soldados de los diferentes países, varió el color de las cruces para cada nación. Tal es el origen de la Orden militar de los Cruzados. Los campeones que tomaron parte en estas empresas sólo se distinguían por el símbolo de la cruz, y á la sombra del sacrosanto lábaro en que aquella estaba trazada, acometieron aquellas heróicas empresas que llenan de asombro el ánimo y que hicieron para siempre famosos los nombres de Boemundo, Tancredo, Godofredo de Bouillón, Ricardo *Corazón de León*, Federico II y Luis IX. Desde fines del siglo XI hasta terminar el XIII, es decir, casi por espacio de dos siglos, los cruzados efectuan diferentes expediciones que ponen de nuevo en íntimo contacto el Occidente con el Oriente. Créanse aquí algunos importantes principados y establecimientos, y adquiere gran vuelo el comercio de Levante; pero á medida que el entusiasmo religioso se amortigua en las masas, la guerra santa adquiere otro carácter. No es esta oportuna ocasión

(1) Bastús, *Hist. de los Templarios.*

de investigar las causas que produjeron esta emigración á Oriente y las que ocasionaron la ruina de los establecimientos fundados allí por los cruzados; ni mucho menos de refutar las opiniones sustentados por historiadores de alguna nombradía del pasado siglo y que rechaza la crítica moderna. Limitarémonos á consignar un párrafo de la *Historia de las Cruzadas* de Kugler, á nuestro entender, el trabajo más sólido y concienzudo que sobre este particular ha visto la luz en los modernos tiempos: «Las Ordenes militares-religiosas se declararon á favor de los desvalidos, la Iglesia puso bajo su amparo las familias de los que marchaban á Tierra Santa, y el feudalismo se encontró con que los vasallos á quien estaba acostumbrado á oprimir, tenían sus valedores. Las hazañas de los cruzados esclarecieron á sus autores y la nobleza se vió invadida por otra clase que menguó su influjo y neutralizó su poder ilimitado. Convertida la caballeria en una orden, el hijo del estado llano se igualaba con el barón de alta alcurnia, cuando había recibido la espuela de oro; y equiparado desde entonces con los magnates, alternaba con ellos y era objeto de las mismas consideraciones.»

Se comprenderá que el distintivo de cruzado, no constituía orden militar alguno permanente; terminada la guerra estos soldados dejaban de usarlo, no quedando en posesión de otras ventajas que las escasas materiales que hubieron podido conseguir y las abundantes gracias espirituales otorgadas por los papas.

Arribo de las expediciones de D. Jaime I á Mallorca (Lámina suelta, pág. 144).—Hé aqui como el citado monarca nos da por sí mismo cuenta de esta famosa expedición.

«Después de haber dado cima á los negocios del condado de Urgel, dice en el capítulo XXXV de su *Crónica*, estábamos Nos en Tarragona, y fué voluntad de Dios que, á pesar de no haber convocado Córtes, concurrieron allí la mayor parte de los nobles de Cataluña, entre otros D. Nuño Sánchez, hijo que fué del conde Sancho, En Guillén de Moncada, En Gerardo de Cervellón, En Ramón Alemany, En Guillén de Claramunt y En Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella. También estaba entre estos En Pedro Martel, ciudadano de Barcelona y muy experimentado marino, el cual nos convidó un dia á comer á Nos y á todos los nobles que con Nos se hallaban, y á la postre y habiéndose entablado conversación entre todos, preguntaron á En Pedro Martel, que había sido cómitre de galeras, qué tierra era Mallorca y cuanta extensión podia tener aquel reino.—Alguna razón puedo daros, contestó aquél; pues he estado allí una ó dos veces y calculo que la isla tendrá trescientas millas de circunferencia. Hacia Levante y frontera á Cerdaña hay también otra isla llamada Menorca y hacia Poniente otra que tiene por nombre Ibiza. Mallorca es cabeza de todas y todas obedecen al señor que allí reside. Hay además otra isla llamada Formentera y habitada por sarracenos que está situada cerca de Ibiza, y la separa solamente de ella un canal de una milla de ancho.—Acabado el banquete se presentaron ante Nos y dijéronnos:—Señor, hablando con En Pedro Martel, le hemos pedido noticias (y creemos que no os disgustará saberlas) de una isla llamada Mallorca, en la cual hay un rey que tiene además bajo su dominación otras islas llamadas Menorca é Ibiza. La voluntad de Dios no puede torcerse, y así quisiéramos que fuese de vuestro agrado pasar allí á conquistar aquella isla por razones: la primera por lo mucho que en ella ganaríamos nosotros y vos, y la segunda por lo que se admiraría el mundo de que os paséis mar adentro á conquistar un reino.—Plúgonos luego lo que nos proponían y les respondimos:—Mucho Nos satisface que estéis formando tales proyectos; no se perderá por Nos que no se cumplan. Y allí mismo resolvimos convocar para Barcelona nuestras Córtes generales, á las cuales debiesen concurrir en su día el arzobispo de Tarragona, los obispos, los abades, los ricos hombres que antes hemos citado y los síndicos de las Universidades de Cataluña.»

En el plazo señalado comparecieron en el *Palau major* de Barcelona el arzobispo, obispos y ricoshombres, y el rey les dirigió la palabra, diciéndoles, entre otras cosas, lo siguiente: «Ya sabéis que nuestro nacimiento fué por milagro de Dios; pues siendo así que nuestro padre andaba desviado de nuestra madre, quiso el Señor que viniéramos al mundo, y obró en nuestro nacimiento grandes maravillas. Tampoco ignoráis que Nos somos vuestro señor natural; que no tenemos ningún hermano, porque nuestros padres no dejaron ningún otro hijo y que al llegar entre vosotros niño todavia, á la edad de seis años y medio, hallamos revueltos los Estados de Aragón y Cataluña, en guerra unos vasallos con otros, desavenidos todos, teniendo cada uno encontradas pretensiones, y que con los acontecimientos pasados se habían granjeado un mal renombre en el mundo. Tales daños no podemos Nos remediarlos sino por la voluntad de Dios que nos asiste en todas nuestras cosas, y acometiendo todos juntos tales empresas, que después de ser aceptas al Señor, tengan de sí tal importancia, que basten á desvanecer la mala fama adquirida, disipando con la luz de las buenas obras las tinieblas de los pasados yerros. Por dos razones, pues, la primera por Dios y la segunda por la naturaleza que con vosotros tenemos, os rogamos encarecidamente que nos deis consejo y ayuda para tres cosas: primeramente para que podamos poner en paz nuestra tierra; en segundo lugar para que podamos servir al Señor en la expedición que tenemos pensado hacer contra el reino de Mallorca y demás islas adyacentes; y por último, para que nos digáis de qué manera podrá redundar esta empresa en mayor gloria de Dios.»

Contestaron á este discurso el arzobispo y los ricoshombres, diciendo que deliberarían sobre estos tres puntos, y son notables, por lo patrióticas, las palabras pronunciadas por En Guillermo de Moncada. «Desde ahora puedo aseguraros, que nuestro acuerdo será digno de Vos y de nosotros.» Así fué en efecto, pues la Asamblea se adhirió unánime al pensamiento del rey, ofreciendo el arzobispo de Tarragona, los obispos, abades, ricoshombres, barones y ciudades importantes auxilios en hombres, bastimentos y dinero, y prometiendo, por su parte el rey concurrir con

200 caballeros aragoneses, quinientos donceles, el número de infantes necesario y muchas máquinas ó aparatos de guerra.

Señalóse el mes de Mayo para el embarque del ejército y la playa de Salou, como punto de reunión, á la que no faltó el monarca, pero hubo de retardarse el viaje hasta el mes de Setiembre por no hallarse completa la armada. El número de los bastimentos que la componían era de 25 naves gruesas, 18 taridas, 12 galeras y entre buzos y galeones 100; es decir, unos ciento cincuenta leños mayores, sin contar las embarcaciones pequeñas.

«Era un miércoles por la mañana, dice el rey, cuando la armada empezó á moverse impelida por la ventolina al terral: tan largo tiempo habíamos estado en tierra, que cualquier viento nos parecía entonces bueno, como nos apartásemos de ella. Apenas los de Tarragona y Cambrils divisaron la armada, cuando dieron vela á sus buques: miraban con placer tan bello cuadro los que quedaban en tierra, y Nos mismo gozábamos en contemplarlo, viendo que la mar llegaba á parecer blanca por la multitud de velas que do quiera se descubrían: tan grande era el espacio que la armada ocupaba. Nos nos quedamos á retaguardia de la armada, en la galera de Monpeller, é hicimos recoger en barcas hasta más de mil hombres que querían seguirnos, y que de otro modo no hubieran podido acompañarnos en aquel viaje...

«Habríamos caminado cerca de más de veinte millas de mar cuando mudó el viento en leveche. Al repararlo los cómitres de nuestra galera, de acuerdo con los pilotos, vinieron á nuestra presencia y nos dijeron:—Señor, vuestros naturales somos, y por ello tenemos obligación de guardar vuestros miembros y vuestro cuerpo, así como de aconsejaros, cuando sea menester en lo que nosotros entendemos. Por nuestro consejo, pues, mandad, señor, que dé la vuelta la armada y vuelva á tierra, que más adelante, en breve quizás, os dará Dios buen tiempo para pasar á la isla.—Mas Nos, después de oir tal súplica y consejo, les respondimos:—Eso sí que no lo haremos por nada del mundo: ya habréis visto cuántos se han escapado porque no les probaba el mar; de consiguiente no hemos de volver á tierra, que si así lo hiciésemos, todos aquellos á quienes faltase el valor para acompañarnos nos desampararían. Nos emprendemos este viaje confiando en Dios y en busca de aquellos que en él no creen; y pues en su nombre vamos, en él debemos confiar que nos guiará.—Viendo los cómitres que aquella era nuestra voluntad, dijeron que por su parte harían cuanto pudiesen; mas ya que tanto confiábamos en Dios, en él fiarían asimismo para que nos guiara.»

Dá cuenta seguidamente del recio temporal que durante dos días sufrió la escuadra, cuyos bastimentos separó un viento furioso, de la aparición de la isla de Mallorca al caer el segundo día y de la nueva tempestad que se desencadenó en la costa, y que puso á prueba el valor de las tripulaciones. El rey afrontó heróicamente estas contrariedades, y habiéndose enterado por un cómitre del punto más inmediato en que podía ponerse á seguro la escuadra, dirigió su rumbo al islote de la Palomera, en cuyo puerto halló el necesario abrigo, teniendo los expedicionarios la fortuna de recobrar todas sus naves. Deliberóse allí acerca de la elección del paraje de la costa en que convendría desembarcar, y convínose en que la escuadra, para distraer la atención de los mallorquines, costeara en ademán de ir contra la ciudad de Mallorca, fondeando de improviso en el lugar más oportuno, que se consideró era Santa Ponza. «Con esto, dice el rey, mandamos que sobre media noche levasen ancla las galeras y que nadie absolutamente diese el grito de *¡ayoy!* si sólo que en lugar de esta señal, diesen con un palo en la proa de las taridas y de las galeras al zarpar; pues era inútil el áncora allí donde tan buen puerto había. Esta disposición se tomó, porque en la playa de enfrente había como unos cinco mil sarracenos, con doscientos de á caballos, que tenían paradas sus tiendas; mas tan bien lo comprendieron los nuestros que á media noche hubiérase podido asegurar que no había acaso un hombre siquiera que hablase en toda la hueste. De las doce galeras que llevábamos, cada una remolcaba una tarida, y así fué como éstas y toda la gente fueron introducidas en el puerto sin que se percibieran. Oyéronlo, sin embargo, los sarracenos y alborotáronse; pero conocidos por los que conducían las taridas, cesaron de remar y quedaron quietos á fin de prestar atención. Entretanto fueron entrando lentamente las taridas en el puerto, mas al cabo empezaron á gritar los sarracenos levantando la voz con fuerza y por largo rato, lo que nos hizo creer que nos habían descubierto de improviso. Oyendo tales gritos, gritamos también nosotros al azar: los sarracenos empezaron á correr por el campo, y mientras mirábamos en qué punto podríamos tomar tierra, diéronse tal prisa nuestras 12 galeras y 12 taridas, que llegaron á la playa antes que los sarracenos pudiesen evitarlo. Los primeros que saltaron en tierra fueron D. Nuño y En Raimundo de Moncada, los Templarios, En Bernardo de Santa Eugenia y En Gilberto de Cruilles, quienes ganaron la mano á los sarracenos, tomando una colina cercana al mar con ayuda de 700 peones cristianos.»

Ocioso sería repetir aquí la serie de operaciones que siguieron al desembarco de la escuadra cristiana y que quedan consignadas en el anterior estudio histórico. La lámina suelta de la pág. 144, para cuya composición se ha inspirado el artista en las anteriores líneas, daran al lector idea de esta poderosa expedición, uno de los episodios más importantes del glorioso reinado del *Conquistador*.

Murallas de Mallorca (pag. 155).—El el capítulo I de su Crónica, hace Marsilio la descripción de la ciudad de Mallorca y dice: «Está asentada junto al mar y guarnecida y defendida por muchas torres y recios muros y coronada de barbacana... todos sus barrios están encerrados por las murallas y en ellas hay abiertas tres puertas con hojas de hierro, y tiene muy buenos castillos.»

Los cuerpos de esta antigua fortificación, que si no pertenece al período de la dominación árabe, cuando ménos

revelan que debieron construirse inmediatamente después de reconquistada aquella plaza, apenan en un ancho talús y su barbacana estriba sobre grandiosos modillones. Un ancho foso protegía estas murallas que á trechos se hallaban reforzadas por sólidos torreones cuadrados. En la actualidad aun puede examinarse y apreciarse esta obra, que si bien desfigurada por construcciones de épocas posteriores, es digna de presentarse como otro de los modelos de las fortificaciones de la Edad media.

Espada y pendón de D. Jaime I (pág. 147).—La espada de dos manos ó montante, que en unión del estandarte de las cuatro barras reproducimos en la citada página, fué traída de Mallorca en 1831. El plomo y la cruz, cuyos brazos terminan en dos botones, son de cobre y estuvieron sobredorados; la hoja está provista de aletas en el recazo: su longitud es de 1 vara y 7 pulgadas.

Bastida (pág. 149).—La bastida era una máquina de sitio, ó por mejor decir, una torre de madera de varios pisos que se movía sobre ruedas y estaba provista de puentes levadizos que se arrojaban sobre la muralla, á la distancia conveniente. Colocábanse en ella cierto número de combatientes, según la capacidad de la torre, y éstos eran los que lanzaban sobre el enemigo toda clase de armas arrojadizas y composiciones incendiarias, y efectuaban el asalto, después de desalojar al enemigo del adarve. En su parte baja se colocaba á veces un ariete para batir el muro.

Esta máquina hállase citada con frecuencia en nuestras crónicas, así en Aragón y Cataluña, como en Castilla. Monfar la describe en estos términos: «Eran estas bastidas ciertas máquinas á modo de castillos ó torres con que los que tenían cercado algún lugar, allegándolas cerca de los muros, podían desde ellas señorear á los que estaban dentro y tirarles desde allí saetas y otras armas arrojadizas y fuegos artificiales. Díjose bastida por estar fabricada de madera basta y grosera, sin labrar ni acepillar... Hechas estas torres las solían llevar en hombros algunos hombres ó con ruedas pequeñas y fuertes que estaban dentro el hueco de ellas, porque así la misma torre guardaba á los que la llevaban y podían ir seguros...; acercadas al muro hacían apartar los que estaban en el adarve y entonces arrimaba la escalera para dar el asalto.»

Y narrando el sitio que puso el rey D. Fernando á Balaguer, dice copiando casi textualmente á Zurita: «Mandó el rey mover la bastida y la escala mayor, que todo se había hecho en Almata; sacáronla por lo llano, y era de tal grandeza y pesadumbre que parecía igualarse con una muy grande torre, y movíase con harta facilidad y ligereza, por ser aquel terreno fuerte y firme, y ponía tanto terror y espanto como si no hubieran de hallar resistencia las compañías de ballesteros que iban en ella.»

Dedúcese de esta última cita las dificultades con que se tropezaría el hacer avanzar la máquina en un terreno húmedo y pantanoso, dificultades de que en ocasiones los sitiados sacaron partido removiendo la tierra y arrojando sobre ella agua con objeto de encharcar el suelo.

También se comprende que al construir la bastida el sitiador había de tener muy en cuenta la altura del muro y la de las obras de defensa para la colocación de los puentes, así como para el tamaño y forma de la torre. No siempre las bastidas se construían de este modo, pues las habían de *torno*, consistentes en varios cofres ó cajas encajonados unos con otros, á los que se daba la altura necesaria por medio de un torno. Esta bastida, si bien era de más fácil manejo, ofrecía algunos inconvenientes, así es que la más generalizada fué la llamada de *puente*, reproducida en la página de referencia.

Sello de D. Jaime el Conquistador (pág. 150).—Es copia de uno en cera roja que se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón.

Caballeros de la Orden de la Merced (pág. 151).—Débese la fundación de esta Orden al famoso monarca aragonés D. Jaime I. Ansioso este rey de procurar la libertad á los muchos cristianos que gemían en las mazmorras de los moros, concibió la idea de fundar una institución redentora de cautivos; y habiéndolo comunicado al religioso dominico Raimundo de Peñafort y al ilustre Pedro Nolasco, secundado por estos dos varones vió en breve convertido su propósito en un hecho.

La Orden mercenaria estaba formada por caballeros eclesiásticos y militares, y era gobernada por un sacerdote gran maestre que residía en Barcelona; cargo que desempeñó el primero Pedro Nolasco. Vestían los caballeros de esta Orden una túnica blanca y llevaban al pecho un escudo en cuya parte superior campeaba una cruz de plata sobre fondo encarnado y en la inferior las cuatro barras catalanas sobre fondo de oro. Su divisa era *Redemptionem missit Dominus populo suo*.

Los caballeros militares de la Merced prestaron grandes servicios á la monarquía y á la patria, rescatando á los cristianos prisioneros en las repetidas incursiones que efectuaban por tierra de moros; y en cuanto á los caballeros eclesiásticos, fueron generosos libertadores de los cristianos encerrados en las mazmorras de Africa; siendo esta Orden militar, por su fin y por la abnegación de sus individuos, una de las mas ilustres que ha contado España en el periodo de algunos siglos y la única cuyos servicios no concluyeron con la expulsión de los moros de nuestra Península.

Sello de D. Alfonso IV (pág. 152).—Es copia de uno en cera roja que figura en el muestrario del Archivo de la Corona de Aragón. Así en éste como en el reproducido anteriormente, el rey aparece sentado en su trono, ceñida la corona, y con globo y cetro en las manos, es decir: *in sede majestatis*. Es frecuente en los sellos encontrar de un lado la figura del rey en este traje y de otro vistiendo el traje militar y montado en un corcel. Blancas divide por este motivo los sellos en dos clases, ó sea, de *paz y de guerra*; sin embargo, los más de los sellos presentan respectivamente en sus dos caras al monarca con los trajes y en la forma que acabamos de indicar.

En la *Crónica de D. Pedro IV* hallamos la siguiente interesante descripción del traje de córte ó de ceremonia, que podrá dar idea del fausto de la córte de Aragón.

«Salimos de la sacristía de la Seo (de Mallorca) vestido y arreglado, ya, *in sede majestatis*, esto es, llevando una camisa romana de una ropa de seda delgada, verde y con algunos follajes, que era el único adorno que tenía; una dalmática verde historiada con trabajos de oro y follajes, aunque sin perlas y otros adornos por motivo de haberse tenido que arreglar deprisa; de la misma ropa llevábamos una estola que bajaba del hombro izquierdo, atravesando hacia el costado derecho, y dando luego una vuelta en torno del cuerpo, venían á juntarse sus dos cabos, que eran iguales; un manípulo, medias y hasta zapatos también de la misma ropa; con nuestra corona de oro llena de piedras preciosas y perlas en la cabeza; el cetro de oro rematado por un rubí, el cual sosteníamos con la mano izquierda, y finalmente con la espada que llevábamos ceñida, toda cubierta de perlas y de piedras preciosas.»

Caballero de la Orden de Montesa (pág. 153).—Al ser abolida por Clemente V la Orden del Temple, el monarca de Aragón D. Jaime II solicitó del pontífice que todas las rentas que aquella poseía en sus reinos se destinaran á una nueva fundación, con la que ansiaba reemplazar á la extinguida Orden del Temple, y cuyo fin no era otro que defender á sus vasallos de las repetidas correrías de los moros. El papa Juan XXII dió su bula de aprobación en 1316, y en 1319 vistieron el hábito de la Orden á D. Guillén de Heril y otros dos ilustres caballeros confiriéndose la prelacía maestra á Fray Guillén. Esta milicia estaba sujeta á la de Calatrava y bajo la regla de San Benito. Tuvo su casa maestral en el reino de Valencia y tomó la Orden el nombre de la villa en que colocó su asiento.

Su divisa fué en un principio una cruz roja en forma de espada sobre el hábito blanco, pero cuando se incorporó á esta Orden la de San Jorge de Alfama adoptó la cruz de gules y manto blanco. Su estandarte ostentaba por un lado las cinco barras, por otro la cruz roja. Fué incorporada esta orden en tiempo de Felipe II (1587) á la Corona.

Caballero de la Orden de la Jarra (pág. 153).—Con objeto de formar junto al trono un núcleo de jóvenes caballeros, cuya ilustre cuna y dotes personales les impulsaran á distinguirse en los campos de batalla, el rey don Alfonso XI de Castilla fundó en 1320 la Orden de la Banda, símbolo ésta de las obligaciones que contraía el caballero para con su Dios y con su Rey. Aquel monarca fué el primer gran maestre de la Orden, adoptando su distintivo, y andando el tiempo dicha Orden se extendió al reino de Aragón (1412) Estos caballeros contraían la obligación al ser armados tales de combatir á los infieles y guardar inalterable fidelidad al rey, que fué siempre su gran maestre.

La denominación que recibieron en Aragón de caballeros de la *Jarra*, débese á las que ostentaban en el collar pendiente de su cuello, y que lleva la figura reproducida en la citada página además de la banda. El traje que viste es de ceremonia.

Manta (pág. 156).—Era la manta una máquina cubridora de que se servían los sitiadores para proteger sus trabajos de aproche y aun para hostilizar á mansalva al enemigo. Estaba compuesta de maderos gruesos cubiertos con cueros de vaca, y aun llegó á colocarse sobre ellos colchones de lana mojada. Este aparato era móvil y muy semejante al mantelete: hállase citado con frecuencia por nuestros cronistas y descrito por Mendoza en su *Guerra de Granada*. En Cataluña se hace mención de esta clase de abrigos en la guerra de mar, y en la *Crónica de D. Pedro IV* se habla de una muy grande *encuyrade* que se construyó en las *Tascas* cuando Pedro de Castilla atacó el puerto: en un documento existente en el Archivo municipal de Barcelona, recordamos haber leído que para este servicio había compañías organizadas, consignándose que no se eximiesen los individuos á ellas pertenecientes de prestar el que les correspondía como soldados.

Castillo de Loarre (pág. 157).—Sobre la eminencia que domina á la villa de Loarre, puede aun contemplar el viajero los colosales restos de una soberbia fábrica, el castillo de aquel nombre, cuyos agrietados lienzos de muralla abrazan una tajada mole en que asienta el alcázar bizantino destinado á templo por el rey D. Juan Sancho Ramírez. La mole majestuosa de su homenaje domina en esta fábrica á la ochavada cúpula del templo como el brazo del fuerte proteje la plegaria del humilde y es salvaguardia del desvalido. No ofrecen las fortificaciones de Loarre caracteres especiales que las distinga de otras de su época. Sus lienzos de murallas presentan á trechos robustos torreones que se elevan á bastante distancia del adarve, y frente á la puerta de la fortaleza, protegida por dos de estos torreones, se levanta á pocos pasos, como para defender la entrada, otra torre de forma cuadrangular. Sobre las rocas en que descansa el templo bizantino se levantan también otros cuerpos pertenecientes á antiguas fortificaciones, destacando imponente la torre maestra, ó del homenaje, reducto de seguridad que domina á gran distancia aquella co-

marca. Es verdaderamente lastimoso el estado de abandono en que se encuentra esta construcción, otra de las que puede servir de estudio á los que aspiran á conocer desde sus diferentes puntos de vista la Edad media española.

Puerta de Cuarte (pág. 158).—El primitivo asiento de la ciudad de Valencia fué, á lo que parece, muy reducido; pero al hacerse dueños de ella los árabes ensancharon el recinto fortificado y abrieron en sus murallas ocho puertas; puertas y murallas que subsistieron hasta la época de D. Pedro IV el *Ceremonioso*. Este monarca hizo construir las fortificaciones aun existentes y engrandeció la ciudad por los lados E., S. y O. El plano adoptado por D. Pedro afectó una figura elíptica, cuyo diámetro mayor tenía 3,298 varas y el menor 1,654: las murallas coronadas de almenas en toda su línea se hallaban defendidas por un foso y reforzadas por fuertes torreones distribuídos por sus lienzos y colocados junto á las puertas. Ocho era también el número de las que daban acceso al recinto; y de estas, cuatro se denominaban propiamente puertas, y las restantes portillos. Las cuatro citadas puertas son la de *San Vicente* (reedificada en 1835), la del *Mar* (reedificada parte en 1764 y parte en 1842), la de *Serranos* (salida para Aragón y Cataluña) terminada en 1381, y la cual se halla flanqueada por dos soberbias torres; y la de *Cuarte* (salida para Madrid) abierta en 1444, y defendida también por dos altísimas torres que han servido sucesivamente de casa-galera, presidio y depósito de prisioneros. Una y otra de estas puertas dan idea del sistema de fortificación seguido en los últimos tiempos de la Edad media, y la de Serranos ofreció la particularidad de tener colocada en su arco, por órden de D. Pedro IV de Aragón, una campana con la que se tocaba á *Somatent*.

Almogávares (pág. 159).—Consignados en el Estudio que antecede qué clase de soldados eran estos, y cuál el cometido que desempeñaban en campaña, poco podría, pues, añadirse á cuanto llevamos dicho, si tratáramos de concretarnos á sus condiciones militares. Pero son de tanta importancia los servicios que prestaron los almogávares á la Corona de Aragón, y tal fama han alcanzado por la expedición de catalanes y aragoneses á Oriente, que no juzgamos esté fuera de lugar dar una idea de esta célebre empresa, una de las más extraordinarias que registra nuestra historia nacional y comparable sólo, segun Zurita, á la tan ensalzada de los *diez mil* que describió Xenofonte.

Celebrada la paz entre el rey de Sicilia, D. Fadrique, y Cárlos de Nápoles, en 1302, aquellos veteranos que habían servido a los monarcas de Aragón y últimamente al citado D. Fadrique, mal avenido con la paz y anhelosos de dilatar su fama por medio de nuevas conquistas, determinaron ofrecer sus servicios al emperador de Oriente, Andrónico, á la sazón oprimido por los turcos y falto de valerosos soldados con que defender sus dominios. Aceptólos gustoso el emperador, y estipuladas condiciones, salió de Mesina con rumbo á Constantinopla una escuadra de treinta y seis velas, en la que embarcaron mil quinientos hombres de á caballo, más de cuatro mil almogávares y unos mil peones, sin contar los marineros y galeotes; con ellos iban también sus esposas, amigas é hijos, por lo que bien puede decirse que era aquello un pueblo de soldados. Mandaban estas tropas Roger de Flor, Corberán de Alet, Ximenes de Arenós, Fernando de Aones, el cronista que tantas veces hemos citado, Ramón Muntaner, y otros.

Afortunada fué la navegación y fastuoso el recibimiento que se hizo á la hueste en Constantinopla: aquí ya, los catalanes trabaron pendencia con los genoveses, y los arrabales de la capital fueron teatro de una verdadera batalla en la que perecieron tres mil de éstos. A este preliminar correspondió una serie de episodios no menos sangrientos. Entraron los aragoneses y catalanes en campaña, y cruzando el mar de Mármara alcanzaron en Cízico su primera victoria sobre los turcos; internáronse en la Anatolia y junto á Filadelfia derrotaron á un segundo ejército; atravesaron en triunfo la Caria y por fin sometieron á la Armenia y las islas del Archipiélago á la dominación de Andrónico. Pero lo que puso digno coronamiento á tantas victorias fué la memorable conseguida al pié del Monte Tauro sobre 40,000 turcos, y en la que se distinguieron como en todas ocasiones los bravos almogávares.

Conjurado estaba ya el peligro que amenazó al imperio bizantino y Andrónico no pudo, desde aquel momento, ver con satisfacción al ejército victorioso, reforzado con la llegada de Berenguer de Entenza y Rocafort, pues no dejaba de ser una amenaza para sus dominios. Para deshacerse de su caudillo, acudió á uno de aquellos medios tan propios de los déspotas de Oriente. Dió orden á Roger de trasladarse á Constantinopla y allí le hizo asesinar en un banquete, casi al mismo tiempo que el pueblo de Constantinopla acometía los cuarteles de los catalanes. Y la conjuración no paró en esto, pues marcharon los soldados del imperio contra el ejército aragonés que hubo de encerrarse en Galípoli. Aquí degollaron los almogávares á todos los habitantes y desde este punto, dice Moncada «todo fué crueldad y rabia y furor de entrambas partes, que parece que la guerra no se hacía entre hombres sino entre fieras.»

En esta plaza se encontraba el capitán é historiador Muntaner, á cuya crónica hay que acudir para narrar los sangrientos episodios de estas campañas, y en la cual encontrará el militar datos tan interesantes como fidedignos acerca del sistema de combatir por mar y tierra, armas y sistemas empleados en ella.

La situación de los catalanes y aragoneses era difícil por extremo, muerto Roger de Flor y preso Beranguer de Entenza que asolaba con algunas naves la costa; pero no desmayaron aquéllos un punto; por el contrario, acreciendo su denuedo á compás del peligro, echaron á pique las naves que tenían en el puerto de Galípoli, y al abrigo de sus muros atrevióronse á presentar batalla á los griegos, á pesar de la enorme desproporción numérica de su ejército con respecto al enemigo. Fué aquel un combate de gigantes, combate en el que perecieron veinte mil infantes y seis mil caballos del imperio, cayendo en poder de nuestra reducida hueste más de tres mil caballos. Y á poco de esta

victoria, una nueva y obstinada batalla puso á prueba el valor de aragoneses y catalanes, quienes en número de seis mil consiguen un nuevo triunfo sobre cien mil griegos, y tras una serie de importantes correrías llegan hasta los muros de Constantinopla, ocupando las inmediatas plazas de Rodosto y Panido, y el castillo de Módico, donde, dice Muntaner «vivimos cinco años que no había más que pedir y eran las cabalgadas que se hacían las más maravillosas que podáis imaginar.» Este mismo cronista nos refiere la victoria conseguida sobre los alanos, autores del asesinato de Roger y la memorable defensa de Galípoli, de que era él mismo gobernador, por las mujeres de los almogávares.

Mas por desgracia el Estado fundado por el esfuerzo de todos se arruinó por la ambición de algunos. Alcanzó Entenza su libertad, regresó á Galípoli y surgieron entre los caudillos grandes rivalidades, que no bastó á dominar la presencia del infante D. Fernando, hijo del rey de Mallorca. Por fin sucumbió aquél, víctima del ambicioso Rocafort, y la hueste catalana se reembarcó en parte con el infante y parte siguió á Rocafort que pasó á establecerse en Potidea (Macedonia), y allí, á causa de su propia doblez, fué reducido á prisión por sus capitanes, conducido á las naves francesas y encerrado con su hermano en un castillo de Nápoles, donde ambos perecieron de hambre.

Aquellas compañías, faltas de sus jefes naturales, pasaron entonces á servicio del duque de Atenas, pero sólo por breve tiempo, pues la ingratitud de éste produjo un rompimiento, librándose entonces una batalla que costó la vida del duque, y ocupando seguidamente los vencedores aquel Estado, de que hicieron homenaje al rey de Sicilia. Los ducados de Atenas y Neopatria fundados por los almogávares más tarde formaron parte de la Corona de Aragón, «con lo que, dice Moncada, dieron fin á su peregrinación y asentaron su morada.»

Tal fué el término de esta famosísima expedición, en la que los catalanes y aragoneses acreditaron el amor entrañable que profesaban á su patria, cuyas enseñas llevaron á los combates, y una perseverancia y una abnegación comparable á la de aquellos griegos que dirigió Xenofonte. Como éstos tuvieron un escritor que legó á la posteridad el recuerdo de sus proezas, proezas que, dice el ingenuo cronista Muntaner, «no se verificaban por nuestra bondad, sino por la virtud y gracia de Dios *que estaba de nuestra parte.*»

El castillejo de Perpiñán (pág. 69).—Perpiñán es una de las ciudades del Rosellón que mayores recuerdos conserva de España á la que un día perteneciera. Hállase circuída de murallas y entre sus monumentos cuenta el hermoso castillejo que reproducimos; edificio de típico carácter por el que penetra el viajero en la ciudad después de atravesar el río por un sólido puente de piedra. La construcción de este castillo se atribuye á Sancho I rey de Mallorca, y se fija el año en 1319. Como quiera que sea, sus torres de forma exagonal, una de ellas por demás esbelta terminada por una cúpula, sus almenas y los múltiples modillones que sustentan su barbacana, la imprimen un carácter por demás fantástico á la par que severo. No es este castillo una gigantesca mole feudal; es por el contrario una fábrica tan sencilla como elegante, en la que la solidez de los muros contrasta con las atrevidas torres que destacan á gran distancia su silueta. Pero el sello que lleva impreso este monumento es el de nuestra especial arquitectura, en la que se dejó sentir la influencia de los árabes.

También éstos se apoderaron del Rosellón en el siglo VIII y le conservaron hasta tanto que el robusto brazo de Carlo Magno consiguió reconquistar aquel territorio y estableció en él condes soberanos, de manos de los que vino á parar á los reyes de Aragón (1172). Felipe el *Atrevido* lo invadió en 1284, pero perseguidos los franceses por las tropas de Pedro III el *Grande* tuvieron que abandonarlo; Luis XI lo recuperó, no sin haber tenido que vencer la heróica resistencia del gobernador de Perpiñán, Blanca; Carlos VIII entregó la ciudad al monarca español y Francisco I la puso sitio en 1542: un siglo más tarde los habitantes de Perpiñán se sublevaron contra el gobernador español y en 1642, después de un cerco que se prolongó por espacio de un año, viéronse los españoles obligados á evacuar la ciudad, que así como el Rosellón fueron definitivamente incorporados á la Francia.

El distinguido dibujante Sr. Serra y Pausas ha simbolizado en esta sencilla alegoría el poderío militar de Aragón y la fama de aquellos antiguos trovadores que á la sombra de las torres feudales cantaban en el hermoso idioma provenzal las glorias de la patria, la fe y el amor.

Guerrero del siglo XIII (pág. 171).—Es copia de una estatua yacente que existe en el real monasterio de Pedralbes (Barcelona). El vestido es de malla jacerina y encima del mismo lleva el camisote sin mangas ó sobrevesta con el escudo de las cuatro barras. Pendientes del cinturón aparecen la espada y la daga. La cabeza va cubierta con el almofar y la siniestra mano sostiene un escudo plano.

Guerrero del siglo XIV (pág. 171).—Es copia de un retablo existente en la iglesia de Caldas de Montbuy. La armadura que ostenta es completa y de piezas de hierro: casco, hombreras, peto y espaldar, falda, brazales, guanteletes, quijoteras, rodilleras, canijeras y zapatos herrados. De su costado izquierdo pende el mandoble.

Ballestero (pág. 173).—Hemos dado ya cuenta en el texto de la clase de soldados que eran los ballesteros: los catalanes y genoveses fueron quienes alcanzaron mayor fama durante la Edad media, y si el lector recuerda la cita del cronista Muntaner, fácilmente se dará cuenta de la habilidad y destreza de los que formaban la guarnición de los bu-

quescatalanes. Inútilmente empero hemos tratado de averiguar si la denominación de *ballestero de taula* fué debida al instrumento ó arma que manejaban ó bien debe su orígen á las mesas (*taulas de acordar*) en que se alistaban.

Pasemos ahora á ocuparnos de la ballesta reproducida en el grabado. Es de las llamadas de torno y se armaba por medio de armatoste, es decir de un torno á dos manijas y estribando un pié en el asa de hierro colocada al extremo superior del tablero. Por este sencillísimo medio arrollábanse á la polea ó poleas colocadas en el centro del tablero (á compás del movimiento de la manivela) unas cuerdas sujetas al armatoste; estas cuerdas tenían colocado á su extremo un gancho con el que se sujetaba la cuerda del arco á la nuez. Esta se reducía á un disco de acero ó marfil provisto de dos muescas ó entalladuras: una para recibir la cuerda del arco, cuando se tendía, y la otra para sujetar la extremidad de un resorte que hacía oficio de seguro. Para disparar el virote ó pasador bastaba sólo tocar el citado resorte.

Galera del siglo XIV (pág. 175).—Curiosas por demás son las noticias que acerca de estas naves hallamos en las *Memorias históricas de Barcelona*.

«Los bastimentos de remos componían, dice Campmany, la principal fuerza marítima para el corso y las batallas de todas las naciones beligerantes del Mediterráneo. De este género de buques eran las galeras, leños, galeotas y saetias. El número de remos variaba en todas estas clases y alguna vez en una misma, según la construcción y magnitud, por consiguiente debía variar el de remeros, marineros y combatientes. Algunas veces se encuentran en las escuadras de aquellos tiempos galeras de ochenta remos, ó por mejor decir, las mayores eran de treinta hasta cuarenta bancos, unas con dos y otras con tres hombres en cada remo. En cuanto al número de remeros no hemos hallado memoria antigua que lo concediese mayor: en confirmación de lo cual los cronistas del último período de la baxa edad, muy diferentes de sus predecesores que se servían indistintamente del nombre común de *galéa*, usaban del específico de *biremis* y *triremis*, clasificando en cierto modo á estos bastimentos con relación al número de remeros señalado á cada banco y no al de los órdenes de remos, pues en toda la Edad media sólo fué conocido un órden ó andana, como el más expedito para la navegación y el más desembarazado para la celeridad de las maniobras en un combate de abordaje. Acaso la antigüedad no conoció otro método más que éste, que es el más fácil y natural de conciliar con la denominación tantas veces interpretada y jamás bien entendida de las *biremes*, *triremes*, *quadriremes*, etc., sin necesidad de apelar á sistemas monstruosos que han dejado cada vez más problemático este asunto tan esencial de la construcción y táctica naval de los antiguos.»

Si el lector tiene presente los datos que hemos apuntado en nuestros últimos estudios acerca de la marina militar en la Edad media, fácil es que recuerde los ejemplos allí citados relativos á la capacidad de las naves, algunas de ellas de dos y tres y cuatro mil botas de porte, con quinientos, seiscientos y novecientos hombres, y entre las que figuran varias provistas de dos y tres castillos: galeras de sesenta, setenta y ochenta remos y con una guarnición de doscientos y trescientos hombres. También recordará la clasificación hecha de las citadas embarcaciones, entre las cuales las llamadas *galeæ grossæ* se empleaban para largos viajes comerciales. «Tales eran, dice el escritor citado; las que usaban los genoveses y venecianos, de quienes tomaron norma los barceloneses, para lo que ellos llamaban *galeas de la mercadería* en los siglos XIV y XV. En este último fué cuando se empezaron á conocer con la denominación de *galeazas*, voz hasta entonces desconocida Estas en algunos casos de guerra se armaban para colocarlas como buques más pesados en el centro de la línea.»

La que reproducimos en la antes citada pagina dará al lector idea acabada de este género de construcciones: es un bastimento de proa encastillada, diez y siete remos por banda y dos palos provistos de velas latinas y á cuyo extremo aparecen las serviolas. Esta forma de velamen, dice el ya mentado autor, siempre fué la más propia del Mediterráneo, pues á pesar de la fortaleza y agilidad que pide su sencilla y violenta maniobra, se prefirió desde su origen para doblar y costear tanta multitud de cabos é islas, aprovechando la escasez ó variación del viento de aquellos mares y librarse de los piratas levantinos y africanos que en todos tiempos los infestaron.

Castillo de Bellver (pág. 177).—Esta fortaleza, cuya construcción se remonta á fines del siglo XIII y primeros años del XIV, hállase asentada próxima al mar, sobre una colina desde la que domina la cultivada llanura y la líquida superficie, y á media legua de la ciudad de Palma. Su forma general es circular, reforzado el muro exterior por tres robustas torres cilíndricas, entre las cuales existían cuatro garitones circulares también, tres de ellos al raso de su altura y el cuarto cubierto y elevado sobre el nivel de la plataforma. Una torre correspondiente á la cabeza del puente que conduce al homenaje ha desaparecido. El sólido talus de la fortaleza que forma con el muro un ángulo de 45 grados, sigue la línea circular de aquélla, lo propio que el ancho foso que le proteje. Una explanada y un baluarte construído en el siglo pasado sobre el muro exterior al que defienden un estrecho contrafoso y otras obras de moderna fecha, completan el lado O. de la fortificación, que en la parte que mira al N. ofrece aislada é imponente la gran torre del Homenaje, cuya altura es de 45 piés sobre la plataforma. Tiene esta gran torre albarrana su asiento en el fondo del foso, es de forma circular y se halla coronada por grandes modillones en los que descansa el antepecho volado, permitiendo los claros abiertos entre aquellos, á manera de ladroneras, la necesaria defensa. Comunicaba la citada torre con el castillo como todas las de su género, por medio de un puente levadizo que apoyaba en dos robus-

tas arcadas y hoy ha cedido su lugar á uno firme por el que se penetra desde la plataforma de la fortaleza al Homenaje, y su interior merece ser descrito para que el lector tenga una idea de este género de construcciones, que tanta luz arroja sobre el arte militar y la vida social. Una escalera da caracol da entrada á sus cinco cámaras circulares, dos de ellas sobre el plano del puente, las restantes construídas debajo de este plano hasta alcanzar el foso. «Nada aparece en ellas, dice uno de sus visitantes, que no indique haberse dispuesto más bien para cárcel que para habitación. Muros robustísimos, puertas barreadas con fuertes trancones y cerrojos, ventanas altas, estrechas y guarnecidas de gruesas rejas de hierro y otras defensas que la codicia arrancó ya, pero cuyas huellas no pudo borrar, acreditan aquel triste destino. Pero se descubre más de lleno en la cámara inferior llamada *la Hoya*, y no sin mucha propiedad, pues que más propia parece para huesos de muertos que para custodia de vivos. Ocupa en ancho el espacio interior de la torre y en alto la parte mas honda de la cava que está rodeada por el talús, sin otra luz que la que puede darle una estrechísima saetera al través de aquellos hondos, dobles y espesísimos muros. Tampoco tiene otra entrada que una tronera redonda abierta en lo alto de la bóveda, y cubierta de una gruesa tapadora que, según indicios, era también de hierro con sus barras y candados. Por esta negra boca debía entrar ó más bien caer, desde la cámara superior, en tan horrenda mazmorra, el infeliz destinado á respirar su fétido ambiente, si ya no es que le descolgaban pendiente de las mismas cadenas que empezaban á oprimir sus miembros.»

La elegancia del cuerpo interior de esta fábrica, la distribución de sus habitaciones, su soberbia galería, y hermosa capilla, parecen confirmar que fué Bellver residencia de los reyes de Mallorca. Consta que á fines del siglo XIV la habitaron D. Juan I, el *Amador de la gentileza*, y su esposa D.ª Violante, convirtiéndose con este motivo el castillo en teatro de fiestas y pasatiempos, á que ambos consortes eran por extremo aficionados. Pero en aquellas bóvedas bajo las que resonó el canto de los trovadores, años después se dejaron oir los gritos de la venganza. Bellver sufrió cuando el levantamiento y guerra de las Comunidades horroroso saqueo, y perdiendo poco á poco su carácter de alcázar, quedó reducido á una cárcel, cuyo nombre vá unido al de dos ilustres personajes víctimas de las pasiones políticas, el eminente D. Gaspar Melchor de Jovellanos y el infortunado general D. Luis Lacy, este último fusilado en 5 de Julio de 1817 al pié de un baluarte que mira á Poniente: una lápida y una inscripción trazada en la pared por el citado general perpetuan su memoria (1).

El interior del castillo de Bellver se compone de un muro medianero y una galería circular concéntricos al muro; entre éste y aquél se hallan distribuídas las habitaciones frente á las que corre la galería del espacioso patio central. Componen dicha galería veintiún arcos ojivales, cada uno de los que tiene embebidos otros dos, y que apoyan en columnitas octógonas: esta arcada descansa sobre un antepecho corrido y corona el cuerpo inferior con una ligera cornisa; una galería inferior cuyos arcos sustentan cuadrados pilastrones cierra el patio y da acceso á las cuadras: en el centro de este patio se halla el aljibe.

El acceso á la galería alta lo facilitan tres excelentes escaleras, y dos caracoles y una nueva escalera permiten llegar á la plataforma, ligeramente inclinada hacia el interior y defendida por robusto antepecho.

Penetrábase en la fortaleza por dos puertas, una de las cuales, la que mira al Sur, no existe ya, y la otra, defendida por ladroneras y dobles puertas, tenía puente levadizo que ha sido sustituído por otro de piedra. No hacemos aquí mención de las obras avanzadas construídas posteriormente. «Considerada esta fortaleza en su primera época, dice Madoz, y cuando no conocida aun la moderna tormentaria sólo podía ser combatida con arietes y catapultas, su fuerza era de las más respetables de aquel tiempo, así por su áspera y eminente situación, como por la solidez de sus muros y defensas, altura y robustez de sus torres, y anchura y profundidad de sus cavas.» Y lamentando su estado ruinoso añade: «La verdadera flaqueza de esta obra no se esconde á la observación interior: sus muros van poco á poco perdiendo su aplomo, pues se los vé acá y allá desprendidos y áun separados del labio de las bóvedas, y sin duda tal vez á efecto del empuje de los garitones que, volados en lo más alto del muro, luchan continuamente contra su nivel, á pesar del robusto pero mal entendido apoyo que les fué dado. Si á esto se añade el lento estrago que van haciendo en las bóvedas las aguas trascoladas desde la plataforma, que ya gotean en abundancia sobre las habitaciones y galerías, y los filtrados del aljibe que atacan sus cimientos, fácil es inferir que la ruina viene con paso acelerado sobre la fortaleza.»

Hemos dicho que su construcción se remontaba á fines del siglo XIII: sábese positivamente que las obras terminaron en el reinado de D. Jaime II, aquel infortunado monarca á quien Pedro IV arrebató la corona. En 1309, dice el distinguido escritor mallorquín Sr. Cuadrado que dirigía las citadas obras el arquitecto catalán Pedro Salvá, por manera que Bellver casi cuenta unos seis siglos de existencia. Su especial situación explica su nombre *bell-ver*, *bella vista;* y ciertamente que no puede darse perspectiva más hermosa que la que se disfruta desde sus torres que señorean todo el país circunyacente.

Torres de la antigua fortificación de Gerona (pág. 179).—Los dos robustos cubos de piedra que defienden el portal de *Sobreportas* pertenecen sin duda alguna á los primeros tiempos de la Edad media, ofreciendo la particularidad de carecer de cuerpo volado, barbacana, etc.; tal vez arruinado. El edificio que aparece en nuestro

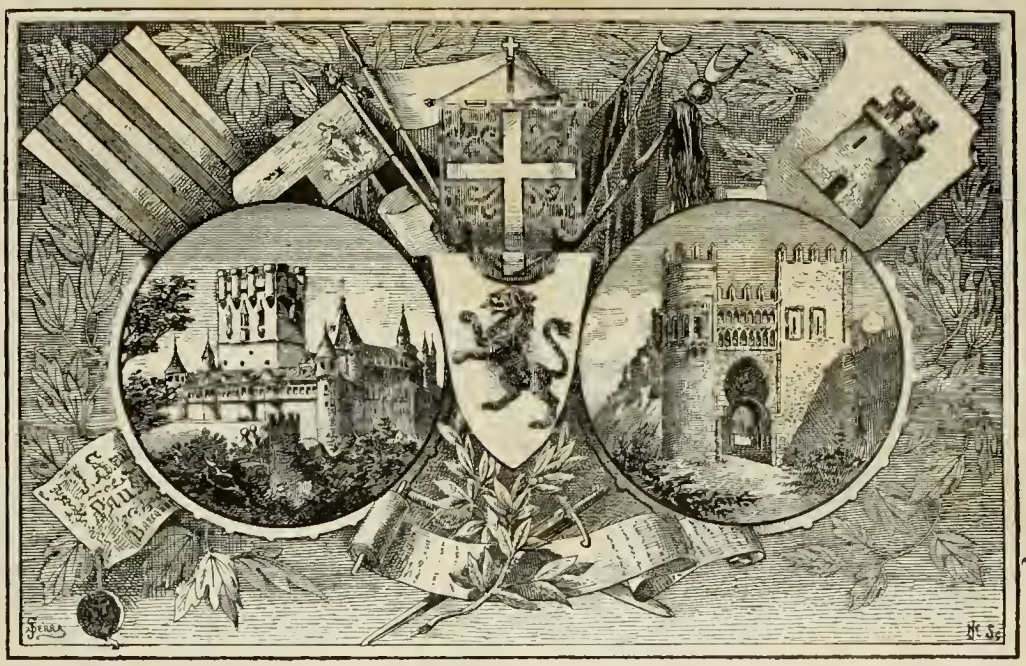
(1) Está grabada en la pared con un punzón, y dice: *Sentado en este sitio, Lacy pidió pan al centinela desfallecido de necesidad*

grabado, en primer termino á la derecha, es la iglesia bizantina de San Félix, y puede juzgarse de la antigüedad de aquellos cubos, con decir que existían en tiempo de Pedro III, quién trató de demoler esta iglesia, para que los franceses no hostilizasen á la ciudad desde paraje tan próximo, como en efecto sucedió al caer sobre ella la hueste de Felipe el *Atrevido*.

Estas torres atraen desde luego la atención del viajero por sus proporciones y extraordinaria solidez, gracias á la cual han afrontado impávidas el azote de los elementos y los estragos de los hombres.

Sello de Alfonso IV (pág. 181). — Es copia de uno en cera existente en el muestrario del Archivo de Aragón. La descripción de esta figura la hallará el lector en la reseña especial consagrada á los *Selios de los monarcas aragoneses* que continuaremos en la sección de *Ilustraciones* del siguiente Estudio.

Aragón (pág. 183).—Hé aquí una obra de actualidad, una hermosa estatua ejecutada por Gamot y presentada en el concurso abierto en Barcelona para la decoración del monumento que vá á elevarse al descubridor del Nuevo Mundo. Aragón está simbolizado por una arrogante matrona que sostiene en la diestra la espada y apoya su siniestra en el costado, la cabeza cubierta con el casco del grifo y el cuerpo por una cota. Corrección de líneas, bien entendido plegado de paños, expresión reposada y noble: tales son las condiciones que recomiendan á esta figura, de la que el Sr. Pahissa ha tomado el apunte que reproducimos como á oportuno final del presente Estudio.



ESTUDIO QUINTO

LA CIVILIZACIÓN Y EL ARTE MILITAR EN EL PERIODO DE LA RECONQUISTA

I. Carácter que ofrece la guerra de reconquista.—El feudalismo.—Desarrollo de las nacionalidades cristianas.—Fronteras.—Sistema de guerra.—Infantería y caballería.—Milicias concejiles.—Mesnadas feudales y realengas.—Las *Siete Partidas*.—Progresos efectuados en el reinado de Alfonso XI.—Estado de la monarquía en los reinados posteriores.—Radical mudanza que produce en el estado social el empleo de la pólvora.—Constitución de la monarquía castellana.—La nobleza y el pueblo.—Las Córtes.—Constitución de la monarquía aragonesa y principado catalán.—Córtes aragonesas.—Córtes catalanas: el *Brazo militar*.—El feudalismo y la monarquía.—Costumbres caballerescas.—Ordenes militares.—Armas.—Privilegios.—Cultura intelectual en las monarquías cristianas.—Decadencia del feudalismo. = II. Los árabes.—Periodos en que puede dividirse su dominación.—Civilización arábigo-española.—Los muzárabes.—Indumentaria de los árabes.—Armas.—Organización.—Sistema de combate.—Caballería é infantería.—Guardia de los emires.—Tropas fronterizas.—Rebatos.—Régimen del ejército.—Ordenanzas de Yussuf I.—Máquinas de guerra.—Literatura militar.—Marina militar de los árabes.

I

Consignados en nuestros dos anteriores estudios cuantos datos concernientes al desarrollo histórico y al progreso del arte militar creimos de mayor importancia dentro de los obligados límites á que nuestra tarea ha de estar circunscrita, justo será que arrojemos una mirada á la época de la reconquista y comparemos entre sí los elementos que ofrecen dos civilizaciones tan opuestas como la cristiana y la árabe, estudiando al propio tiempo el correlativo desarrollo de nuestra historia política y militar.

Luchan en nuestro suelo dos pueblos belicosos, mas es tal la índole de sus creencias, de sus ideas y de su temperamento, que desde luego se adivina que ha de ser pasajera la brillante civilización del vencedor y han de prevalecer indefectiblemente los ideales del vencido. Organizado el uno para la conquista carecia de vigor para una dominación estable, no poseía dotes asimiladoras, á pesar de su índole noble y generosa; apto el otro para la resistencia, legislaba y combatía con la fe del creyente y el valor del patriota. Así, todo lo que éste tardó en reconquistar una parte

del perdido territorio, lo compensó después en rápido y desusado acrecentamiento, y cuanto adquirió en súbita embestida aquél, perdiólo lastimosamente en período breve y borrascoso. La fe de Cristo triunfó de la de Mahoma, como triunfa en todos tiempos la causa de la humanidad del fanatismo y la abyección que le disputan el porvenir.

Ese constante batallar de la reconquista fué precisamente lo que dió en nuestra patria especial carácter al feudalismo, elemento preponderante en el período histórico de la Edad media en toda Europa y que en España no pesó afortunadamente de modo tan abrumador como en otros pueblos, no tan sólo por el desarrollo que fué adquiriendo paulatinamente el poder monárquico, como por la intervención del elemento popular en los asuntos públicos y por la parte activa que éste tomó en la guerra. Profundamente modificada la esclavitud por la accion bienhechora y constante del cristianismo, una serie de felices concausas contribuyeron en nuestra patria á facilitar la paulatina emancipación de aquellos seres que ocupaban el último lugar en la escala social; y el esclavo se convirtió en siervo adscrito al terruño, el siervo en libre, acudiendo á repoblar el territorio reconquistado, ó en labrador *solariego* á costa de tributos más ó menos gravosos. Esta fué otra clase de esclavitud á la que casi no faltaba sinó el nombre, pues el señor era dueño absoluto de la vida y hacienda del solariego; pero afortunadamente no fué muy duradera, y el *Fuero Viejo* de Castilla vino á suavizar aquella triste condición: el señor no fué ya dueño absoluto de su cuerpo y bienes, y pudo el solariego, en caso de manifiesta injusticia, acudir en recurso al rey. Y desde el momento que la ley le reconoció el derecho de renunciar á su señor y á su solar, de hecho no existió la servidumbre; y de hecho también dada la intervención del rey, debia concluir, á la par que ese estado, el poder omnimodo de los señores. El hijo del pueblo pasó, pues, de esclavo á siervo adscrito, de siervo á solariego, de solariego á vasallo. Este vasallaje era de muy distintas clases: de los ricos-hombres ú otros nobles al rey ó á otro de su clase (por prestación de servicios, en su mayor parte militares, á cambio de castillos, feudos, etc.) y de los sucesores de los solariegos á su señor, es decir, vasallaje *natural* (1). Ya veremos como las cartas-pueblas, franquicias, privilegios y exencio-

(1) *Fuero Viejo*, I, tit. IV.—«En Aragón, dice un autor, todos los pueblos contribuian con varios impuestos y tributos, ya en fruto, ya en dinero al rey y á los ricos-hombres para ayudar á mantener un cuerpo de tropas en tiempo de guerra. Estos impuestos se conocian con el nombre de *pechas, colonias, fofras, cavalgadas, deverias*, etc., de las cuales debian los ricos-hombres señalar las pensiones correspondientes á los infanzones y caballeros de su servicio, so pena de ser privados de la tierra del rey. Para cobrar fácilmente sus rentas ejercian jurisdicción en su territorio y nombraban alcaldes ó *Bailes;* y era tan absoluto su dominio que podian matar de hambre, sed y frio á sus vasallos. Tan dura opresión dió lugar á que se rebelasen contra sus señores, de cuyas resultas se refundió su servidumbre en la obligación perpetua de pagar ciertos tributos, llamándose desde entonces *villanos de parada*. Los ricos-hombres que á fines del siglo XIV empezaron á llamarse nobles, los infanzones, caballeros, é hidalgos por nacimiento, concesión real ó privilegio local ó personal gozaban de muchas preeminencias y exenciones.»

Por lo que respecta á Cataluña son interesantes los siguientes párrafos relativos á su sistema feudal: «*Feudo* es la concesión de algún territorio, castillo, jurisdicción honor ó preeminencia, mediante la obligación de prestar fidelidad y vasallaje. El concedente se llamó *señor* (*Dominus*) y el concesionario *carlan, vasallo, hombre propio ó adscripticio*. La calidad de hombre propio se adquiria también en Cataluña por simple convención acompañada de la solemnidad del *ósculo;* con causa como por *obligarse el señor á defenderle de algunos enemigos*, ó *en enmienda de las injurias á éste causadas;* ó aun sin causa alguna y por la sola voluntad del hombre franco. El hombre propio era *sólido* y *no sólido*, según la promesa del vasallaje era pura ó condicional. Este pasaba á los hijos en la antigua Cataluña, si el hombre propio era rústico y la sumisión se habia estipulado por razón de feudo ó protección. Los carlanes ó vasallos estaban obligados á entregar *la potestad* del castillo recibido en feudo, ó sea su vacua posesión por diez dias, siempre que lo exigiese el señor; á *firmar de derecho*, ó sea obligarse á responder á todas sus demandas; á tener sus propiedades como en feudo suyo, á menos de justificar haberlas adquirido por titulo franco ó *alodial;* á prestar al señor homenaje y fidelidad y todos los servicios personales y pecuniarios á que se habian sujetado. Los primeros consistían, en el servicio militar para la defensa del castillo ó territorio, á lo cual estaban también obligados los moradores *alodiarios;* en defender al señor y hasta en someterse á batalla en su lugar; y en prestar su trabajo personal ó de caballerías para las labores de las tierras del señor, como las *jovas*, (arar con un par de bueyes), *jornales, podadas, segadas, traginas*, etc. Los pecuniarios consistian en la prestación de dinero ó parte de frutos, como el *diezmo, primicias, censos, tascas* (undécima parte de frutos), *batudas* (trigésima parte de ellos), *quintas, cuartas*, etc.—El vasallo no podia acusar al señor ni citarle sin venia; debia prestarle alimentos en caso de necesidad; y no podia abandonar el manso ó heredad ni enajenarlo sin consentimiento del señor, pero si darlo en enfiteusis. Muerto intestado el vasallo, tenia el señor el derecho de *intestia* ó una parte de la sucesión en los feudos rústicos; y en los no rústicos el derecho de *gratificación* ó de concederlos al hijo que quisiese. Los vasallos estaban sujetos á la jurisdicción de los señores sólo en lo tocante al feudo, pero éstos no gozaban del *mero ó mixto imperio* que era regalia soberana, á menos de haberlo logrado por concesión real.

»En una situación más gravosa se hallaban los hombres de *remensa*, que eran los vecinos de los lugares ocupados por los moros, que invitados por los cristianos á sacudir el yugo, continuaron bajo el dominio de aquellos; por cuyo motivo se les sujetó después de la conquista á los tributos que pagaban á los moros.....

»La exorbitancia de los derechos feudales sufrió notables modificaciones, ya á consecuencia de los progresos de la civilización, ya de

nes, conseguidas gracias á la guerra, contribuyeron á modificar notablemente en nuestra patria la condición de los vasallos, á crear aquella poderosa clase media, que dió desconocida energía á nuestro organismo social durante los siglos xv y xvi y comunicó á nuestras antiguas ciudades una vida exuberante y magnífica.

Pero para explicarnos este paulatino progreso, es preciso que nos fijemos en el desarrollo histórico de la nacionalidad española y más especialmente en la titánica lucha sostenida por espacio de algunos siglos contra los árabes.

Lento y penoso es el movimiento de avance de las monarquías cristianas. Con admirable perseverancia avanza la monarquía asturiana hasta el Miño, y conquistada Zamora hasta el Duero para llegar con Fernando I hasta el Guadarrama, con Alfonso VI hasta el Tajo y, con Alfonso VII hasta las cumbres de Sierra Morena, con Fernando III á Córdoba y Sevilla, con Alfonso XI á las playas de Algeciras y con Isabel I á Málaga y á Granada.

Asturias, Leon, Castilla; hé aquí las tres monarquías que sucesivamente toman parte en estas continuadas campañas. Pero importa fijarse en los rasgos característicos que distinguen y separan casi radicalmente aquéllas de ésta, para apreciar en su verdadero valor lo que á cada una se debe en la obra de la reconquista. La monarquía asturiana comenzó por ser una copia más ó menos fiel de la goda; los guerreros de Asturias pidieron ser regidos por las leyes de los godos y ser gobernadores *justa Gothorum antiqua concilia:* siguieron en punto á la sucesión de la corona, las tradiciones de aquel pueblo, que fueron modificándose luego á compás de los tiempos; y ofreció su córte un remedo de la antigua gótica. Así, pues, las monarquías asturiana y leonesa obedecieron á las tradiciones de aquélla, hasta que la preponderancia de Castilla vino á cambiar totalmente su aspecto y á dar vida y realce al elemento genuinamente nacional, es decir, fisonomía propia. Entonces nace, por decirlo así, la nacionalidad española.

«Sin Castilla, dice el Sr. Canalejas, la reconquista no hubiera sido española. Asturias se muestra falta de ímpetu, su ardor sólo crece cuando mira huellas musulmanas en su territorio. Navarra, recelosa de su vecindad, cuidaba sus fronteras sin curarse de Córdoba ni de Sevilla. Aragón y Cataluña, cuando fuertes y robustas, buscan gloria en los mares y, aprisionando el Mediterráneo, rinden la Sicilia y doman al papado. Sólo Castilla, excitada de continuo con el eco de los atambores árabes, desgarra su seno y brota el pensamiento nacional. La sangre vertida en sus campos engendra soldados. La memoria de sus hazañas levanta los muros de sus municipios. Las palabras de sus nobles se convierten en leyes, y las honradas dueñas, antes que amar á Dios, enseñan á sus hijos á odiar á Mahoma. Castilla con Santiago que guarda sus hogares y San Millán que guía sus héroes, rompe los muros de Toledo, clava la cruz en sus almenas, y España nace (1).»

En el siglo xi hay que buscar el origen de esta nacionalidad; entonces surge una literatura, el arte se modifica, se inicia la emancipación del pueblo; ideas, costumbres, leyes se metamorfosean y un pendón victorioso ondea á orillas del Arlanza. Penosas son las jornadas que ha de seguir el guerrero castellano hasta las Navas, y doloroso el revés de Zalaca; pero Sevilla, Córdoba, el Salado, Algeciras y Granada acreditan su perseverancia y bravura.

Mas, ¿qué hicieron en tanto la monarquía aragonesa y el principado catalán? Con sus Alfonsos Aragón reconquistó á Zaragoza y á Huesca, y con el ínclito Jaime I se posesionó de Mallorca, Valencia y Murcia; pero para realizarlo Cataluña le ofreció sus buques y sus milicias; y ayudados sus monarcas por una milicia y una marina nacional, fueron superiores á todos los potentados de su tiempo. Encerrados como los de Navarra entre montañas, fácil es que no hubiesen salido de

las quejas y sublevaciones de los oprimidos. Los bienes feudales pasaron á la clase de patrimoniales sucediéndose á ellos como en los demás bienes, y pudiendo enajenarse, salvo sólo al señor el derecho de tanteo ó *fadiga*, y el laudemio ó *luismo* que al igual que en las cosas enfitéuticas se regula en el *tercio* del precio, excepto en Barcelona, donde se redujo á menor cantidad. En la sentencia arbitral pronunciada por Fernando II en 1486 se abolieron *los seis malos usos*, el derecho de maltratar á los labradores y de obligarles á permanecer en los mansos contra su voluntad; declarándose que no estuviesen obligados á la prestación de servicios personales no existiendo título para ello; quedando sólo sujetos al pago de los censos y otras prestaciones pecuniarias que hubiesen acostumbrado.» (J. A. Elias. *Derecho civil general y foral de España.*)

(1) *El Cid.*

aquellos límites, á no haberse incorporado á la Corona aragonesa el condado de Barcelona; pero unidos ambos, los elementos de éste les brindaron á pasar el mar, á apoderarse de Sicilia y Cerdeña y á conquistar el reino de Nápoles. Así mientras Castilla desempeñó el papel más importante en la reconquista, Aragón y Cataluña, sin olvidar lo que deben á la patria; preparan allende el mar el triunfal camino que han de seguir en el siglo xv nuestros soldados.

Y de este modo se realiza la obra de la reconquista española. En tanto que Asturias y después Castilla avanzan á lento paso por el interior, Aragón y Cataluña progresan por el litoral y extienden su poderío allende el mar. En el siglo viii nace la monarquía asturiana, en el ix creánse el condado de Barcelona y el reino de Navarra; en el x se erige el condado de Castilla y en el xi empieza á reinar Ramiro I en Aragón.

El avance de los cristianos ya hemos indicado que fué lento, pero constante; iba precedido de una serie de algaradas y correrías que asolaban los territorios limítrofes, y llegado el momento de tomar posesión definitiva de ellos, alzábase en estas regiones y en sitio dominante la imponente fortaleza y junto á ella el reducido pueblo al que otorgaban los monarcas ciertos privilegios en razón á los peligros que á sus moradores tenían que hacer frente. Esto dió origen á las cartas-pueblas y aun á la fundación de ciertas órdenes militares que contrajeron el compromiso de defender lugares abandonados por las armas cristianas ó plazas fronterizas expuestas á caer en poder del enemigo.

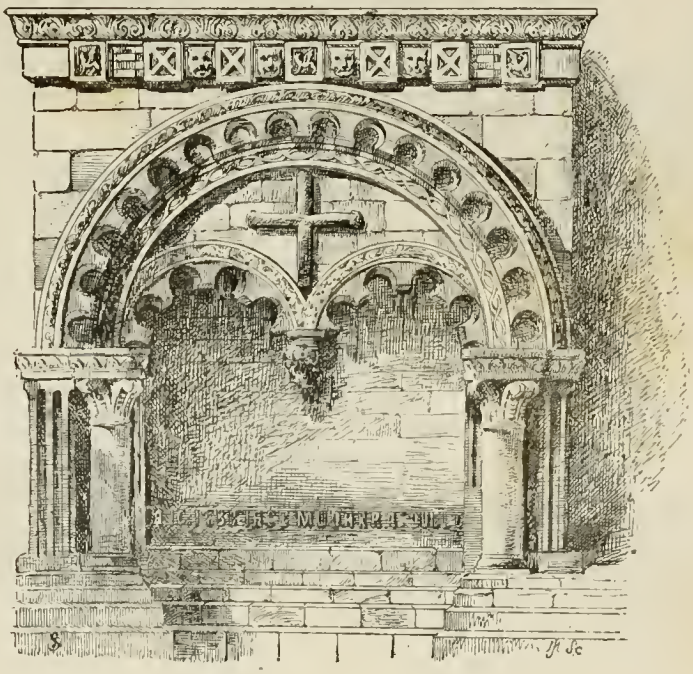
Se comprende, pues, que dada la índole de esta guerra no sea posible fijar con exactitud los límites de unos y otros pueblos. Estos límites los borraba casi siempre la guerra, existiendo entre unas y otras monarquías extensos territorios denominados fronterizos, poblados por una raza aventurera, mitad cristiana mitad musulmana, que prestó andando el tiempo su contingente de mercenarios á los reyes castellanos y aragoneses. Por otra parte el sistema de algaras y rebatos organizados por los conquistadores y las formales incursiones de los cristianos por tierra de moros, alteraban con desusada frecuencia la extensión de sus respectivos dominios.

Estudiando el sistema de guerrear de uno y otro pueblo, echaráse de ver notable superioridad en los cristianos, no tanto por sus aptitudes y sus creencias, cuanto por sus cualidades y la especial constitución de los Estados que erigieron. En los primeros tiempos del feudalismo todo hombre era soldado, «el pueblo era un ejército, la sociedad un campamento, el suelo que se hollaba una conquista (1).» Contábase el número de vasallos por el de lanzas, y aquéllos venían obligados á acompañar á su inmediato señor, así como éste en muchas ocasiones á otro rico-hombre, siempre que había *apellido* ó llamamiento (2). Y de este modo se congregaba la hueste, engrosaba el contingente armado, compuesto de elementos algo heterogéneos, es muy cierto, pero al que daba cohesión y vigor el entusiasmo por la causa que defendían, la exaltación religiosa y el amor á la patria. La guerra que sostuvieron fué en un principio, como no podia menos de suceder, puramente defensiva: apénas si se atrevían los cristianos á salir de las montañas, sirviéndose oportunamente de las posiciones para defenderse ó atacar á los enemigos. Pero educados en esta escuela y dirigidos por monarcas valerosos, abandonan poco á poco sus abrigos y se aventuran

(1) Quadrado, *Aragón*.

(2) «En Aragón, dice el escritor antes citado, los que poseian feudos con la obligación de acudir con cierto número de gente siempre que habia *apellido, cavalgada* ó á *hueste* se decian estar tenidos á *servicio de honor*, y eran reputados como francos y nobles, á diferencia de los pecheros que, excluidos del ilustre cuanto peligroso servicio de las armas, contribuian con dinero á sus señores ó al Estado directamente. Sin embargo, calmado más tarde el furor guerrero y combatida la prepotencia militar con el desarrollo de otros elementos, el de la agricultura, el de las letras, el de la industria, las universidades y los particulares, llegaron á mirar como apetecible la exención de aquel servicio, y siempre que se votaba en Córtes un socorro de gente de guerra en tanto que duraba la imposición de sisas, protestaba dicho brazo no estar tenido á hueste ni á cavalgada, envaneciéndose las ciudades de que sus habitantes no pudiesen ser sacados de su comarca en ningún caso sino *con pan para tres dias*. Así, pues, no existian en Aragón tropas regulares que estuvieran bajo la inmediata dependencia del jefe supremo del Estado, á no ser los que éste asalariaba y hacia de su mesnada como cualquier noble: sólo al ir á emprenderse alguna lejana ó importante expedición se enarbolaba con gran solemnidad el estandarte real, y se ponia la tabla que se llamaba de *acordar* para pagar el sueldo á todo el que quisiera engancharse para aquella guerra. Posteriormente el rey, no sólo adquirió la facultad de levantar gente de á pié y de caballo, sino que la transmitió, lo que es más singular, al Justicia del reino á mediados del siglo xvi, convirtiendo así el pacífico magistrado en capitán general de sus tropas, lo que prueba el cambio transcendental que sufrió aquel oficio, y la índole más belicosa de que debió revestirse al hacerse como hereditario en los nobles.»

á luchar en campo raso con los musulmanes. Y á medida que estas luchas se repiten, nace entre ellos un arte; las informes masas se escuadronan, y sucede al periodo propiamente llamado rudimentario, una época en que la guerra se sistematiza, lo que se traduce, no sólo por el empleo de ciertas formaciones, sinó por la creación de determinados cargos militares. Aquel periodo primitivo ofrece escaso interés, pues como ya hemos dicho los ejércitos no existen ó á lo más se reducen á informes huestes feudales que se disuelven con igual facilidad que se juntan. «Entonces, dice uno de nuestros historiadores, las algaras y las escaramuzas en la frontera, se hacían por lo regular sin orden del monarca y por la sola voluntad del magnate cuyo terri-



Sepulcro de Mudarra

torio lindaba con la tierra del enemigo; mas al tratarse de alguna expedición formal ó de la toma de alguna ciudad importante el rey llamaba á las armas á los obispos, á la nobleza y á los ricos. El prelado y el magnate, enarbolando respectivamente el pendón de su iglesia y su propia bandera, conducían á los vasallos al campamento del rey, á donde iban á reunirse las huestes de las poblaciones bajo las órdenes de jefes elegidos por ellos mismos. Aquella gente se mantenía con lo que trajeron de sus casas, con lo que les daba el caudillo á cuyas órdenes servían y más comunmente con lo que ellos iban merodeando. Las plazas conquistadas pertenecían al rey, quien confiaba su gobierno á algún noble ó caudillo que contraía la obligación de defenderlas, ó bien se avencindaba en ellas soldados á quienes por este efecto se concedían las cédulas conocidas con el nombre de *Carta-puebla*. De este modo el soldado, teniendo hogar propio y obligado á procurarse la subsistencia, cultivaba la tierra que le cupo en suerte, extendía en lo posible su territorio y trabajaba para defender su hogar (1).»

Dada la índole de esta guerra, se comprende que la infantería tuviera entre los españoles refugiados en el Norte mayor importancia que la caballería; mas á medida que fueron ganando terreno hacia el Mediodía esta arma adquirió preponderancia: aparece entonces la caballería pesada, el

(1) Cortada, *Hist. de España.*

jinete cubierto de piés á cabeza de sólida armadura y el caballo encobertado, verdadera fortaleza ambulante á la que rodean los sirvientes y escuderos, y que forma singular contraste con los árabes cuyos soldados de caballería van provistos de escasas armas defensivas, y entre los cuales la infantería ocupa secundario lugar. No fué sin embargo relegado en los ejércitos cristianos el peón á desempeñar pobre y desairado papel y en uno de nuestros más antiguos poemas, hallamos la mejor prueba de este aserto. Dice el poeta castellano:

Muchos son más que vos peones y caballeros
Omes son muy esforçados, de piés muy ligeros,
De açconas et dardos facen golpes certeros
Traen buena compañia de buenos caballeros...
Dióles seys mil peones para con que los combatiesen
Peones con peones en uno los partiesen;
Que cuando los peones carrera les abriesen
Entrarian los caballeros mejor por do podiesen (1)

Para formarse idea de lo que serían estos combates, es necesario leer nuestros antiguos poemas y nuestra crónicas (2). En el revuelto torbellino de la pelea aparecen los señores vestidos de hierro

(1) *Lehendas del Conde don Fernando de Castylla*, conocidas con el nombre de *Poema del Conde Fernán Gonçáleç*, 302, 453.

(2) Tres son los poemas en que pueden hallarse mayores datos militares, perdidos por supuesto entre un cúmulo de detalles ajenos á esta materia: el *Poema de Alejandro*, el del *Conde Fernán Gonçáleç* y el de *Alfonso XI*. Oportunamente reproducimos algunos fragmentos de los primero y último, pero no creemos huelguen en la ocasión presente los interesantes versos del segundo, que darán idea, no sólo del progreso militar, sino del literario de la época (934-970).

Descripción del ejército cristiano

Mandó *(el Conde)* que fuesen prestos otrro dia por la mañana
Que fuesen puestas las açes en medio de la plana
Todos fuesen armados a primera campana,
Darian lid canpal aquella gente pagana.
A Gustyo Gonçales el que de Salas era,
A él et á sus fyjos dióles la delantera,
Ca por miedo de la muerte non dexariam la carrera
Con ellos yva don Velasco, el que tambien de Salas era.
Entrro Gonçales Dies con ellos en esta misma haz,
Era en los conçeios muy bueno de toda pas.....
. . . . . .
Los que Gustyo Gonçales avya de acaddillar
Dosçientos fueron estos cavalleros de prestar,
Estos mandó el conde por vna parte entrar
De quales ellos fueron non lo podrya meiorar.
Dyóles seys mill peones para la delantera
Omnes de la montanna, gente era fuerte é ligera
Sy byen guisados fuesen, commo menester les era,
Por tres tantos de moros non dexarien la carrera.....
. . . . . .
Fué dado por cabdillo Lope el vyscayno,
Byen ryco de mançanas, pobre de pan é de vyno
. . . . . .
. . . . . .
En esa fas fueron contados fyjo de don Layno
E otro de la montanna, con el que diçien don Mino
Avyen de burgoneses et otro sy de entremino
. . . . . .
Caballeros byen ligeros et de coraçon loçanos
De Castylla la Vieia ovo y buenos castellanos.
. . . . . .
. . . . . .
Venien ay de Castro vnas buenas compannas
Venien ay con ellos otros de las montannas
Fueron ay estoryanos, gentes muy bien guisados,
Muy buenas gentes de armas et muy byen complidos de manos.
Venien ay estos caberos en la has mediana
Estos doçientos de la flor castellana
Todos fueron en el campo otro dia por la mannana
Esa fue para moros vna malla e negrua semana.
Dyoles otros seys mill peones para con que los vatyesen
Peones con peones en vno los partyesen,
Que cuando los peones en vno les abryesen,
Entrraryan los caballeros mejor por do pudiesen
El conde don Fernando, de los fechos granados,
Ovo veynte escuderos en ese dia armados,
Estos con el buen conde en has fueron entrados
Por todos fueron cincuenta et non mas contados.
Ruy Cayua et Nunno, de los de la fas de Lara,
Venian ay a los serranos gentes quel poblara
En vna syerra muy fuerte quel de moro ganara
Venian ay los Velascos que ese dia armara.
Venian ay tres mill peones, todos de buena conpanna
Que por miedo de la muerte non faryan fallimente.
Maguer que fuesen vuscados de partes de Oriente
Non fallaryan meiores fasta en Oçidente.
Conseioles á todos de qual guisa fyçiesen
Si el dia primero vençer non lo podiesen
Que se tornasen afuera quando el cuervo oyesen
A la senna del conde todos se acogesen.
Cuando ovo el conde su cosa aguisada,
Sus açes byen paradas, su gente ordenada,
Sabye byen cada vno su çertera entrrada
Tornaron á sus tyendas, cada vno á su posada.

Descripcion de una batalla

. . . . . .
Començaron las alas los gallos á feryr
Levantáron-se todos, misa fueron á oyr
Confesarse á Dios, sus pecados descubryr.
Todos grandes e chicos su oracion fyçieron
Del mal que avyan fecho todos se arrepentieron
La ostya consagrada todos la rescebyeron
Todos de coraçon á Dios merçed pedieron.
Era en todo esto el dia allegado,
Entraron en las armas todo el pueblo cruçado,
Las façes fueron puestas como les fué mandado,
Byen sabye cada vno su lugar sennallado
Fueron todas las gentes en vn punto guarnidas,
Movyeron para ellos todos por sus partydas,
Las açes fueron puestas, mescladas los ferydas
Ovo de cada parte muchas gentes caydas
El conde don Fernando, este leal cabdillo,
Paresçia entrre todos vn fermoso castyllo
Avya en la primera avyerto un gran portyllo,
Tenya en el escudo fyncado muy mucho cuadryllo.
Rrompya todas las haçes que fronteras estavan
A la parte quel yva, todos carreras le davan
Los golpes que façia, byen a lexos sonavan
. . . . . .
El sol era ya puesto, queria anocheçer
Nin moros nin cristienos non se podian vençer
Mandó luego el conde su cuerno taner,
Ovyeron-se todos á la senna de acojer.
Los pueblos castellanos é las gentes cruçadas
Sacaron á los moros fuera de sus posadas;
El conde don Fernando con todos sus mesnadas
Fueron aquella noche todos byen albergados.
El conde é sus gentes las posadas tomaron
Ovyeron tal aluergue qual á Dios pedieron,
Quanto menester ovyeron, todo ay lo fallaron
Con sus armas guarnidos toda la noche velaron....

Por estos fragmentos puede venir en conocimiento el lector de la organización de un ejército cristiano por los siglos x y xi. Es verdaderamente digna de llamar nuestra atención ver ya en aquella época cierto escuadronamiento, y por decirlo así, cierto órden y método. Las repetidas veces que se cita á los peones, y el número de estos, revela, según hemos dicho en el texto, la importancia que la infantería tuvo esta época en nuestra patria.

descargando terribles tajos ó dando vigorosos botes de lanza; á su lado los peones sacudiendo su honda, lanzando sus dardos ó esgrimiendo la espada: y unos y otros confundidos en informe masa dispútanse la victoria, cuya mejor garantía está en el esfuerzo individual y en el número. Allí los caudillos dirigen las tropas y se baten, búscanse unos á otros, se reconocen por sus divisas, se hablan y se retan á manera de aquellos héroes que inmortalizó el ciego de Chios. Y si no escasean los rasgos de bravura y aun de fiereza, no faltan tampoco los de abnegación que perpetua el romance, y mantiene en los pechos españoles el amor á todo lo noble y extraordinario (1).

Si en España tuvo pronto el pueblo conciencia de sus derechos ¿quién lo duda? fué porque los conquistó peleando y fué porque sus monarcas cuidaron de exaltar en él el sentimiento bélico. Nos adelantamos á otros pueblos en la creación de notables códices, y alcanzó entre nosotros desarrollo tal el arte militar, que ya en el siglo XII dábanse en España batallas en que la infantería decidía del éxito; á fines de este mismo siglo (1195, Batalla de Alarcos) acuden varios Concejos con sus pendones y soldados al sitio del peligro, y en el siguiente forman éstos entre las huestes que se dirigen á las Navas. Así la guerra favoreció la emancipación del pueblo y Castilla tuvo la gloria de dar á sus ciudadanos las primeras leyes y franquicias, señalando á las naciones europeas la senda del legítimo progreso.

Caballero de la Orden de la Escama

Interesantes por demás son los párrafos de un libro concienzudamente escrito y que arroja grande luz sobre el oscuro periodo de que nos venimos ocupando. «Al principio de la reconquista, todos los hombres capaces de llevar las armas acudian en tropel á la hueste del rey, y militaban debajo de su enseña. Como ni los Concejos estaban dotados de vida poderosa, ni el señorío feudal tampoco, mal podían conocerse las diferencias que la desmembración de la soberanía introdujo después en los pueblos. Los vecinos de cada lugar seguían al magistrado, éste al superior de la tierra y todos juntos al rey de Asturias, al tenor de lo mandado en el Fuero Juzgo. Desde los albores del siglo IX suenan en los privilegios las palabras *fonsatum* y *fonsataria;* la una significativa del servicio militar, que eso quiere decir la expresión «ir en fonsado,» y la otra en sentido de tributo equivalente al servicio en persona... Sin embargo; la obligación de ir en fonsado, ó sea salir á campaña, no era igual para todos los Concejos, antes más ó menos precisa segun los fueros de cada ciudad ó villa. Unos gozaban la exención de no prestar este servicio sino una vez al año: otros tenían el privilegio de no pasar su frontera; otros acudían á la hueste sólo cuando el rey la gobernaba en persona; otros estaban excusados, allanándose los vecinos á satisfacer la

(1) El acto de lealtad de D. Pedro González de Mendoza, que después de dar al rey D. Juan I de Castilla en la batalla de Aljubarrota, el caballo que montaba, volvió á pié á la pelea, donde halló la muerte combatiendo, fué celebrado en este hermoso romance:

El caballo vos han muerto:
Sobid, rey, en mi caballo;
Y si no podéis sobir
Llegad, sobiros he en brazos.
Poned un pié en el estribo,
Y el otro sobre mis manos:
Mirad que carga el gentio:
Aunque yo muera, libradvos.
Un poco es blando de boca,
Bien cómo á tal sofrenadlo:
Afirmadvos en la silla:
Dadle rienda, picad largo,
No os adeudo con tal fecho,
A que me quedéis mirando,
Que tal escatima debe
A su rey el buen vasallo.
Y si es deuda que os la debo,
Non dirán que non la pago
Nin las dueñas de mi tierra
Que á sus maridos fidalgos
Los dejé en en el campo muertos,
Y vivo del campo salgo.
A Diagote os encomiendo;
Mirad por él, que es mochacho;
Sed padre y amparo suyo:
Y á Dios que va en vuestro amparo.
Dijo el valiento alavés
Señor de Fita y Buytrago
Al rey don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.
(Salaz. de Mend., *Cron del Gran. Card.)*

pena pecuniaria. Lo ordinario era acudir al apellido del rey y servirle sin paga por espacio de tres meses, procurando los reyes granjearse sus voluntades para las empresas mayores con mercedes anticipadas ó con la esperanza del premio... Hacia 1166 aparecen las milicias concejiles, compuestas de peones y caballeros de las ciudades, ó por lo menos adquieren una importancia extraordinaria. En verdad, la milicia concejil no es otra cosa que el «ir en fonsado,» ó sea la obligación de acudir al llamamiento del rey los vecinos de la ciudad, villa ó lugar y seguirle en la hueste conforme á las costumbres de los godos; y de este servicio de la fonsadera nos habla el concilio de León y los fueros de Costrojeriz, Sepúlveda, Nájera y otros muy antiguos y principales... (1)»

Estas milicias concejiles cobran á partir del reinado de Alfonso VIII mayor importancia, pudiendo asegurarse que por el número y calidad de su gente de armas, era tenido y considerado el Concejo que las facilitaba. Y los monarcas recompensaban con creces estos servicios, otorgando á las ciudades exenciones y privilegios, ó concediéndolas especiales mercedes. Obligación era de las villas el tener alistados y armados los campeones de su menasda que por fuero la correspondían, así como el proveer á los jinetes de calzas, capa y espuelas (Fuero de Castroverde) y deber de los alistados el acudir al toque de *apellido* provistos de las armas de antemano señaladas. Los fueros de Castrojeriz, Jaca, Sepúlveda, Nájera, Molina, Uclés, Lárraga, San Sebastian, Castroverde, Madrid y Cáceres, así como las disposiciones relativas al *Somatent* en Cataluña, abundan en datos de este género, y posteriores á ellos, las diferentes ordenaciones dadas por los Reyes de Castilla y Aragón, señalan las reglas á que están sujetas tales convocaciones, así como las armas de los convocados en relación con la fortuna que poseen (2).

Pero además de las citadas milicias concejiles aparecen en las huestes ó ejércitos cristianos otra clase de contingentes, las agrupaciones de hombres armados que dirige un ricohombre ó señor de pendón y caldera (distintivo este último pintado en su señera, como indicando la gente que podían mantener); las constituídas por los caballeros de las órdenes militares y las milicias realengas. Así constituída una *hueste* presentaba un carácter por demás heterogéneo y allegadizo, en armonía con la índole de la guerra que se venía sosteniendo. Un conjunto más ó menos regular de *mesnadas*, hé aquí el ejército en este período. Cuando llegaba la hora de combatir la hueste se dividía en *haces* ó trozos, adoptaba formaciones en armonía con el terreno en que debia maniobrar, órdenes, según hoy las llamamos; y entablada la lucha, la habilidad, la buena disposición y sobre todo el valor y la masa, decidian el éxito del combate.

Si atentamente consideramos la constitución de estos ejércitos, echaremos desde luego de ver

(1) Colmeiro. *De la const. y gob. de los reinos de León y Castilla.*

Podemos ampliar estas importantes noticias con algunas citas por demás oportunas. En el fuero de Castrojeriz (974) se lee: «Damos foros bonos ad ellos caballeros ut sent infanzones et firmetur super infanzones de foros Castro et populetur suas hereditates... Caballero de Castro que non tenuerit prestamo, non vadat in fonsado... Et si homicidium contingerit in Castro per ellos caballeros C. solidos interra, sive de caballeros, sive de pendones et ellos clérigos habeant foros, sicut ellos caballeros et ad ellos pendones damus forum.» En el de Córdoba (1241): «Mando que ningun caballero de los de Córdoba non faga anuda ni fonsado, fuera una vez en el anno, e el que fincare de aquel fonsado, sin verdadera escusasión, que non pudo ir, dé al rey diez sueldos.» En el de Cáceres (1231) se hace repetida mención de este servicio y el rey dice: «Mando y otorgo al Consejo de Cáceres que non vaya en hoste más de XXX dias.» Menciónase tambien repetidas veces en el *Fuero sobre fecho de los Cavalgadas* y en diversos privilegios que no citamos por no dar sobrada extensión á esta nota.

(2) Nuestros lectores recordarán la Ordenacion dictada á este propósito por D. Pedro IV de Aragón. En 1390, el rey de Castilla Don Juan II publicó en Segovia una ordenanza en la que se lee lo siguiente: «Todos los omes que ovieren cuantia de 20,000 maravedis et dende arriba, que sean tenudos de tener cada uno armas complidas en que haya cotas é fojas et pieza con su faldón; et con cada uno de estose quijotes é canilleras é avan brazos et fojas et bacinete con su camal é capellina con su gorguera ó yelmo é glave é estoque et facha e daga..... Todos los que ovieren cuantia de 3,000 maravedis é dende arriba, que tenga cada uno su lanza é dardo et un escudo é fojas, et cota et bacinete de fierro sin camal ó capellina, et espada et estoque ó cuchillo complido..... Los que tuvieren cuantia de 2,000 maravedises é dende arriba fasta cuantia de 3,000, que tengan una lanza et espada ó estoque ó cuchillo complido ó bacinete ó capellina et escudo: et todos los que ovieren cuantía de 600 maravedis ó dende arriba fasta en cuantia de 2,000 maravedis, que tenga cada uno ballesta de nuez et de estribera con avan cuerda, et cinto, é un carcage con tres docenas de viratones. Et todos los homes que ovieren cuantia de 400 maravedis, ó dende arriba hasta 600 maravedis, que tenga cada uno lanza é un dardo et escudo. Et todos los homes que ovieren cuantia de 2,000 maravedis, sean tenudos cada uno de ellos de tener una lanza et un dardo: et los homes que non ovieren cuantia de 200 maravedis aunque non hayan al si non los cuerpos, sean tenudos de tener lanza et dardo et foja, si fueren sanos de sus miembros: et esto que lo fagan é cumplan asi, desde que este nuestro Ordenamiento fuese publicado en las cibdades et villas donde hay iglesias catedrales hasta seis semanas.»

Por ambos importantes documentos puede venir en conocimiento el lector del armamento empleado en el siglo XIV, así en Aragón como en Castilla.

que la intervención de las milicias concejiles, peones y soldados á caballo, contrabalanceó desde luego la importancia de las mesnadas feudales y contribuyó, con el aumento del peonaje, á dar su legítimo valor á la infantería. Por otra parte, abrióse al peón un camino para ser caballero, con tal que poseyera las necesarias armas y caballo («Si alguno de los peones quisiere ser caballero y pudiere enriquecer, dice el Fuero de Carmona (1252), entre en los fueros y costumbres de los caballeros»); y los repetidos privilegios concedidos por los monarcas con objeto de estimular á los ciudadanos, contribuyendo á dar mayor realce al servicio de las armas, fueron otro de los medios con los que se atenuaron los efectos del régimen feudal.

Importantes modificaciones experimenta la organización militar en el transcurso del siglo XIII.

Castillo de Tarifa

Dos monarcas por muchos conceptos ilustres, rigieron casi al mismo tiempo los destinos de Aragón y Castilla, dos reyes que reconquistaron buena parte del territorio y que al mismo tiempo que combatieron, legislaron é impulsaron el movimiento progresivo de su pueblo. Si el uno arrebató á los invasores Mallorca, Valencia y Murcia, el otro les tomó á Córdoba, Jaén y Almería; empresas que acreditan el robusto poder de los que las realizaron; y para que el parangón sea más completo, casi puede decirse que de idéntico modo se manifiesta la importancia y los progresos del arte militar frente á Sevilla que ante Valencia. Recordarán nuestros lectores la descripción de aquel ordenado campamento hecho por el mismo rey D. Jaime (1); las noticias que nos da la crónica acerca de la forma en que se dispuso el de Sevilla, revelan una organización propia de época más adelantada. «Tenía el rey D. Fernando, dice, su real asentado sobre Sevilla, que parecía una populosa ciudad, muy bien ordenada y puesta con todo concierto: había en él calles y

(1) *Crónica lemosina del citado rey.*

plazas. Había calles de cada oficio de por sí: calle de traperos, calle de cambiadores, calle de especieros, calle de boticarios y de freneros; plaza de los carniceros, plaza del pescado, y así de todos los oficios, cuantos en el mundo pueden ser.» Por manera que el arte militar presenta en uno y otro reino idéntico perfeccionamiento. Pero uno y otro monarca aspiraron también á obtener, sobre el dictado de guerreros ilustres, el de legisladores: Jaime I quiso eternizar su memoria publicando una recopilación de todas las leyes que se conocían en el reino, y á este efecto comisionó al sabio Cañellas para que se consagrara á reunir en un solo cuerpo los *fueros de Aragón*; Fernando III, monarca reformador, á quien tanto debieron el gobierno y administración de Castilla, propúsose publicar un código, recogiendo á este efecto las mejores leyes contenidas, tanto en los fueros generales como en los municipales. Este rey á quien la muerte sorprendió en su obra, quiso además reunir en cuerpo separado aquellas disposiciones militares que andaban confundidas en los generales ordenamientos y en los fueros; y á esta mira obedecen el *Opúsculo de todos los derechos* que data de mediados del siglo XIII, así como el *Fuero sobre fecho de las cabalgaduras* y el *Tratado de la Nobleza y Lealtad*. Sin embargo, sólo algunos años más tarde cupo á su ilustre sucesor Alfonso el *Sabio* dar á luz las famosas *Siete Partidas* (1256-1263) que debían concluir con la dislocada legislación foral. Dictadas estas últimas en el segundo tercio del antes citado siglo por aquel monarca ilustre que supo adelantarse á su época, no estuvieron sin embargo en vigor hasta mediados del siguiente (1348), al finalizar el reinado verdaderamente militar de Alfonso XI; lo que se explica en parte por el apego del pueblo á sus viejos fueros que en las *Partidas* se relegaban al olvido. ¡Obra en verdad magnífica y por todos conceptos admirable la que realizó aquel sabio cuanto infortunado rey! Bien se la considere desde el punto de vista literario, como jurídico ó militar, es un verdadero monumento que acredita su perseverancia y basta por sí solo á imortalizar á su autor. Concretándonos á considerarla por este último concepto, diremos que las *Siete Partidas* contienen un verdadero código militar. El título XVIII de la Segunda Partida, notable por las bellezas de su estilo, comienza por especificar los deberes de los alcaides y guarda de los castillos; el XIX consigna entre otras cosas las circunstancias en que el pueblo debe *venir en hueste;* el XXI trata de los caballeros y el siguiente de los adalides, almogávares y peones. De suma importancia es el título XXIII, pues en él se trata: *De la guerra que decen facer todos los de tierra;* especificándose como en el título XXIV que en la pág. 116 hemos extractado al hablar de la guerra de mar: qué cosa es esta guerra; razones para moverla; de qué cosas deben estar apercibidos é guardados los que quieren facerla; cuáles deben ser escogidos para cabdillos, sus cualidades y cómo deben conducirse; señales, señas y pendones de la hueste; cuántas maneras son de haces é cómo se deben partir; cómo deben moverse y aposentarse las huestes; de qué manera deben conducirse los cercos; diversos nomes é maneras de guerrear, y modo en que deben facerse las cabalgadas, algaras y celadas. No menos interesantes son los título XXVI á XXX, en los que se trata de las indemnizaciones, distribución del botín, recompensas y castigos, prisioneros y redentores.

Por espacio de más de siglo y medio vivieron olvidadas estas leyes, que, como ya hemos dicho, se pusieron en vigor al finalizar el reinado de Alfonso XI, época precisamente esta que se distingue por dos hechos culminantes, la batalla del Salado y el sitio de Algeciras (1340-1344); pero el olvido en que permanecieron, se explica fácilmente por el apego que profesaba el pueblo á sus fueros y la nobleza á sus prerogativas y á sus abusos. Eran necesarias una voluntad enérgica y algunos elementos militares para imponerse á los díscolos y á los reacios; y Alfonso XI consigue, gracia á su perseverancia, ver publicadas dichas leyes en las famosas Córtes de Alcalá de Henares (1438) en las que se promulgó el *Ordenamiento* de este nombre.

En el intervalo de tiempo que media desde que Alfonso X compiló las *Partidas* hasta esta última fecha, el arte militar ha dado grandes pasos en el reino de Aragón; y, cosa singularísima por cierto; también los dos monarcas que más se han distinguido en esta especial esfera, han dado á conocer su talento político en la general de la legislación: Pedro III el *Grande*, á quien se saluda al par que á Jaime I, como fundador de las libertades catalanas; Pedro IV el *Ceremonioso* que consigue triunfar de la nobleza é imponer al reino el *Privilegio general*: éste un espíritu eminen-

temente organizador, aquél un caudillo ilustre por muchos conceptos, un general insigne á cuyas operaciones en 1285 es verdaderamente lastimoso no se haya dado hasta aquí la importancia que se merecen (1).

Contando Pedro III los únicos recursos que podía facilitarle Cataluña, tuvo que hacer frente á numeroso ejército enemigo que invadió este territorio y se hizo dueño casi sin derramar una gota de sangre de multitud de plazas. 200,000 peones y 20,000 caballos componían la hueste de Felipe el *Atrevido*, á la que sólo podia oponer el de Aragón algunas milicias feudales y ciudadanas, los caballeros del Temple y del Hospital y los somatenes; pero con estos elementos

Pedro II el *Católico*

maravillosamente utilizados, talados los campos é incendiadas muchas villas, organizado un sistema de sorpresas y concedida libertad para el corso á los marinos catalanes, logra el aragonés la superioridad sobre su rival que, detenido dos meses frente á Gerona, se convierte de sitiador en sitiado, de vencedor en vencido, vencido en mar y tierra, y además aislado de su base de operaciones, los Pirineos, á los que regresa con las reliquias de su numeroso y brillante ejército. Con una previsión y una habilidad superiores á todo encomio supo adivinar D. Pedro el objetivo del francés, Gerona; y sin tratar de disputarle lugares fáciles de recobrar, prefirió hostili-

(1) El Sr. D. Antonio de Bofarull, á cuya exquisita amabilidad debemos interesantes indicaciones y noticias, ha escrito una muy notable Memoria histórico-crítica sobre el *Sitio de Gerona en tiempo de Pedro el Grande*, que recomendamos muy eficazmente á nuestros lectores militares, no tanto por los muchos datos que contrae, cuanto por su crítica concienzuda.

zarle por mar y tierra, reducirle por hambre, aislarle, dejar que las enfermedades cundieran en su campo y caer sobre él cuando las probabilidades de triunfo fueran mayores. Y no se crea que al hablar así hacemos aventuradas suposiciones: el mismo rey, en el discurso que Desclot pone en su boca, lo manifiesta, vertiendo ideas que están muy de acuerdo con las que en los modernos tiempos han sentado ilustres tratadistas.

¿Podrá, pues, asegurarse en absoluto que la Edad media ha sido un periodo en que la fuerza, manifestándose bajo diversas formas, fué la nota dominante? ¿Habrá que considerar como despojado de interés este largo y oscuro periodo, ese paréntesis según le llaman algunos, esa época de elaboración según la denominan otros? ¿No guarda para el militar positiva enseñanza?.... Que no era la fuerza sola la que decidía del éxito lo prueban las antes citadas operaciones, y que no todo se fiaba á ella lo manifiestan los consejos que el rey don Pedro IV pone en boca de Jaime II al ir á emprender el infante su expedición á Córcega: considerábase indispensable el consejo de los caballeros, pues, decía aquél, que por el saber de uno de éstos en ocasiones se ganó la victoria. Los *sabidores* de que hablan las *Partidas* ¿qué otra cosa significan si no es la preponderancia de la inteligencia sobre la fuerza? Comienza á existir un plan y se abre la idea un nuevo paso, y en el glorioso y trascendental reinado de Alfonso XI es cuando se ponen plenamente de manifiesto la existencia de una organización formal y la de la táctica, asomando además la instrucción militar. Para combatir el imperfecto feudalismo castellano, se necesitaba un núcleo de tropas móvil y táctico; y Alfonso XI organiza para su guardia personal un cuerpo de caballería permanente y asalariada con la que castiga enérgicamente los desafueros de la nobleza, á la que puede considerarse este monarca superior en fuerza; menciónase por primera vez en su tiempo una compañía de donceles, *hasta ciento de á caballo,* gentes de guerra educados en palacio desde la infancia y mandados por un alcaide; y por último, al finalizar su reinado resuenan los cañonazos disparados por los moros en el largo y porfiado sitio de Algeciras (1342-1344). Esta es la primera noticia positiva de la artillería, utilizada por los cristianos á principios del siglo XV, y aquella la primera idea del ejército permanente.

Caro pagaron los monarcas posteriores á éste el no haber imitado su conducta. La guerra civil que conmueve á Castilla en tiempos de D. Pedro I y en la que aparecen mezclados con las huestes de los beligerantes los auxiliares franceses é ingleses y los sarracenos, triste é interesante cuadro que hay que examinar con el cronista Ayala ó con el anónimo que compuso la historia del condestable Du Guesclín; y los reinados agitados y poco gloriosos de los Juanes y Enriques, no eran por cierto los más á propósito para dar mayor realce á nuestras armas y engrandecer la patria. Juan II, ó por mejor decir, D. Alvaro de Luna, organiza los *continos* (1000 caballos) con objeto de guardar la persona real (1), pero el mismo monarca, á intimación de los nobles, se vé obligado á disolverlos *(derramarlos)*. Y entonces la nobleza se impone y el más grande desbarajuste reina en la monarquía, que sin la salvaguardia de un respetable contingente armado, hállase á merced de próceres turbulentos. Es preciso llegar al reinado de los Reyes Católicos para notar cambio notable en el aspecto de las cosas, y es preciso alcanzar la época en que conquistada Granada, la monarquía trata de robustecerse, organizando un núcleo respetable de tropas dependientes de la Corona, para encontrar la base definitiva y estable sobre la que se crean los ejércitos permanentes. Y hé aquí por qué concepto puede afirmarse una vez más que son correlativos el progreso social y el militar, y que paralela á los progresos de este arte, se desarrolla la civilización. Termina el periodo del feudalismo militar y comienza el del absolutismo monárquico; el cañón va á concluir con la caballería encapacetada y el organismo social sufre completa y radical mudanza.

(1) El ilustre Quintana dice en la *Vida de D. Álvaro de Luna:* «Habíase conservado el rey mil lanzas para su guarda al deshacer el armamento dispuesto cuando el amago de Aragón: los procuradores del reino, instigados por algunos cortesanos, pudieron que se suprimiesen para excusar los excesivos gastos que causaban (a); y el rey, aunque con mucha repugnancia, las redujo á ciento, cuyo mando dió al condestable.»

(a) Los gastos que hacían estas mil lanzas eran ocho cuentos de maravedíses anuales. La petición considerada en sí misma era justa y racional, porque la suma era fuerte para aquel tiempo, y expedida sin necesidad aparente. El rey tenía su guardia propia, ordenada de antiguo, y no necesitaba otra; pero las circunstancias la hacían entonces precisa.

Pero para apreciar esta mudanza en su justo valor, fuerza nos será volver nuestras miradas al estado politico-social de las monarquias cristianas de España.

Ofrecía el Estado castellano un conjunto de organismos que prestan característico sello á esta

Soldado del siglo X

época; de un lado los *concejos* ó comunidades y las *behetrias* (1), de otro los señorios feudales per-

(1) Hé aqui como el canciller Pedro López de Ayala define esta institución: «Debedes saber que villas é logares hay en Castilla que son llamados behetrias de *mar á mar*, que quiere decir que los moradores é vecinos en los tales logares, pueden tomar señor á quien sirvan, y acojan en ellos, quienes querrán y de cualquier linaje que sea, é por esto son llamados behetrias de mar á mar, que quiere decir como que toman señor, si quieren de Sevilla, si quieren de Vizcaya ó de otra parte. E los logares de las behetrias son unos que toman señor cierto, de cierto linaje y de parientes suyos entre si, é otras behetrias hay que non han naturaleza con linajes, que serán naturales

tenecientes á nobles ó á prelados ó abades, etc., y las órdenes militares, es decir, otros tantos estados dentro del Estado general á cuyo frente se hallaba el rey, ó sea, el jefe supremo. Los fueros y franquicias concedidas por los monarcas á los pueblos, ó á los guerreros que acudían á habitar y á defender un punto cualquiera de la frontera, así como las donaciones y privilegios otorgados por el rey á nobles y religiosos, contribuyen á este fraccionamiento del poder, pero en cambio fomentan el espíritu militar y en ellas hay que buscar el origen de la preponderancia que alcanzó en breve en nuestra patria el elemento popular. En Castilla, sin embargo, la empresa de la reconquista dió de momento grandísima importancia á la nobleza, la cual, si bien no ejerció influencia igual á la aragonesa en el modo de ser del país, logró alcanzar, gracias á la guerra, privilegios y prerogativas tales, que por otra parte dieron lugar á todo linaje de abusos y á repetidas turbulencias. Aquí como en Aragón las guerras particulares traian conmovido el reino, y los monarcas, no contando con la necesaria autoridad para imponerse, tenían que reconocer legalmente este derecho, acudiendo como único recurso á la *tregua*, tregua que según su plazo quitaba con la muerte de una de las partes el pretexto de la lucha. Una de las disposiciones adoptadas por Alfonso VIII en las Córtes de Nájera (1128) va encaminada á establecer paz y tregua entre sus vasallos: «Por razón de sacar muertes, dice, deshonras é deseredamientos é por sacar males de los fijo-dalgo de España, puso entre ellos pas é asosegamiento é amistad; é otorgárongelo ansi los unos á los otros con prometimiento de buena fee, sin mal engaño; que ningún fijo-dalgo non firiese, nin matase uno á otro, nin corriese, nin deshonrase, nin forzase, á menos de se desafiarse tornarse la amistad que fué puesta entre ellos; é que fuesen seguros los unos de los otros desde que se desafiaren á nueve dias, é el que antes deste término firiese ó matase el un fijo-dalgo al otro que fuese por ende alevoso, é quel pudiese decir mal ante el emperador ó ante el rey.» Tan encarnado estaban en las costumbres este derecho de guerra, reconocido también legalmente en Aragón y Cataluña, que no sólo se reconocia á los fijo-dalgos, sino á los mismos concejos entre si y con aquellos, reconociéndose también aun contra los que, siendo merinos reales, hubiesen preso ó refrenado de orden del rey á algún hijo-dalgo: y tal era el respeto con que se miraba la prerogativa de que gozaban los nobles para hacer privadamente la guerra, que aun en el último de los casos citados, limitábase la ley á conceder al merino la facultad de acudir ante el rey, ordenando éste que el fijo-dalgo diera tregua de sesenta años al merino.

Entre los privilegios de que también gozaba la nobleza castellana figuraba el de poder renunciar al vasallaje del rey, y bastaba entonces que lo manifestara por medio de un enviado en estos términos: «Señor, fulán, rico-ome, beso vos yo la mano por él, é de aquí adelantre non es vostro vasallo;» desde cuyo momento quedaba en completa libertad y aún podia hacer la guerra al mismo rey. Vínculos por cierto muy débiles eran los que ligaban la nobleza con el trono; pero afortunadamente para la monarquía un tercer poder iba progresando lentamente bajo su amparo, contribuyendo á robustecerla y á contrabalancear la influencia del primero: el elemento popular. «Si las cartas-pueblas, dice un autor, empezaron á dar existencia á los concejos ó comunidades, mayor influencia adquirieron éstos cuando en el último tercio del siglo XII empezaron á tener intervención en las asambleas nacionales que ya por aquel tiempo se celebraban con más frecuencia. El primer ejemplo de representación popular de que hay memoria en Castilla ocurrió en Burgos, en las Córtes convocadas en 1169 ó 1170 por el rey Alfonso VIII. Cada ciudad tenia un voto, cualquiera que fuese el número de sus representantes, y la distancia de los tiempos ha envuelto en gran oscuridad los principios que regian para la designación de las ciudades que debian ser representadas (1). El nombramiento de los procuradores, que correspondió en su origen á todos los vecinos

de ellos, y estos tales toman señor de linajes, qual se pagan, e dicen que todas estas behetrias pueden tomar y mudar señor siete veces al dia, y esto se entiende cuantas veces les placerá y entendieren que los agravia el que los tiene »

Según se vé la behetria era una especie de república ó señorío especial que elegia libremente á su jefe, con beneplácito del rey. La organización y condiciones de cada behetria variaban en cada pueblo: se hace por primera vez mención de ellas en 1020 y subsistieron hasta el reinado de D. Juan II que alteró notablemente su constitución.

(1) No es posible decidir con certeza, si la convocación del estado llano á las Córtes nacionales, procedió de cálculo político del soberano, ó únicamente del progresivo poder é importancia de las ciudades. Marin asegura que todo concejo tenia voto en Córtes desde que recibia

cabezas de familia, se circunscribió después á los ayuntamientos, á quienes incumbía igualmente atender á los gastos de los procuradores. Desde Alfonso X vemos consolidarse la institución de las Córtes, si bien sufriendo aquellas modificaciones propias de la situación de un pueblo que se está organizando y cuyas necesidades varían según los accidentes de su vida social. El sabio monarca del siglo XIII previno que las Córtes debieran reunirse necesariamente dentro de los cuarenta días siguientes á la muerte del rey, así para reconocer y jurar al que de derecho heredare al reino, con tal que fuese *ome para ello et non oviese fecho cosa por que debiere perder el regno*, como para entender en los graves negocios que naturalmente debian de ocurrir al principio de cada reinado, debiendo el nuevo rey por su parte jurar que no enajenaría ni departiría el reino, y que conservaría los fueros, franquezas y libertades de Castilla. Este derecho, el de elegir y nombrar los tutores y guardadores del rey, cuando el monarca no los dejase nombrados, prescribiendo que fuesen uno, tres ó cinco y no más, el de dirigir peticiones y quejas al soberano, y el de conceder y votar los servicios y tributos, eran las principales atribuciones de las Córtes hasta principios del siglo XVI. Los diputados se reunían en una misma cámara con las altas clases de la nobleza y del clero, pero en cuestiones de importancia se retiraban á deliberar solos, y después del arreglo de otros negocios presentaban sus peticiones al soberano, á las cuales el asentimiento de éste daba fuerza de leyes. A poco de haber sido admitido en aquel cuerpo, el brazo popular de las Córtes de Castilla llegó á un alto grado de poder, cuyo apogeo hemos señalado en el reinado de D. Juan I. Reconocióse como principio fundamental de la constitución que no pudiera imponerse ningún tributo sin su consentimiento, y esto fué consignado en un decreto del rey Alfonso XI. El estamento popular ponia gran cuidado en el modo de recaudar las rentas públicas; velaba para que fuesen aplicadas á los usos que les eran propios; vigilaba sobre la conducta de los oficiales públicos y sobre la recta administración de justicia, y á reclamación suya se nombraban comisiones para investigar los abusos que en ésta se cometieren. Hasta los tratados de paz, las alianzas, las declaraciones de guerra, los matrimonios de reyes y príncipes, se examinaban, debatían y acordaban en Córtes. Pasando más adelante, cierto número de diputados de las ciudades quedaron admitidos en el consejo real, y seis de ellos fueron asociados á la regencia á quien confió D. Juan I el gobierno del reino durante la menor edad de su hijo. Como sabemos, este brillante poderío no tardó en experimentar decadencia, y al estado llano, lo mismo que á la nobleza, perdióle su excesivo poder y confianza. La sanción de la nobleza y del clero no se creía ya necesaria en los siglos XIV y XV para la validez de los actos legislativos, y esto al privar á las comunidades de la cooperación de las altas clases del Estado, fué causa de que se vieran abandonadas y perecieran en el terrible trance de su necesidad extrema (1).»

Convengamos para completar el desarrollo de la idea emitida por el historiador que acabamos de citar, que el absolutismo monárquico á que propendieron los Reyes Católicos, robustecido por Cisneros y entronizado por Carlos I, halló en el antagonismo que siempre existió entre las clases altas y el estado llano una excelente arma, y gracias á esta división y aislamiento consiguió descargarlas luego aquel rudo golpe que concluyó con nuestras antiguas libertades.

Cuadro muy distinto ofrecen la monarquía aragonesa y el principado catalán. Vemos en vigor así en Aragón como en Navarra y Cataluña el principio hereditario de la soberanía y una organización feudal de carácter parecido á la franca. Condes, barones, varvesores, ricos hombres, infanzones, caballeros y generosos son otros tantos títulos nobiliarios en dichos Estados. En las Córtes aragonesas aparecen cuatro *Brazos*: ricos hombres ó barones, infanzones y caballeros, clero y universidades. Se afirma que el estado llano tuvo ya intervención en estas Córtes por los años 1134, y desde luego puede asegurarse que la influencia de las democráticas instituciones de los catalanes se dejó sentir en Aragón, donde tuvo aquel estado mayores privilegios que en Castilla.

fuero municipal del soberano; Sempere dice que este derecho fué al principio general para cuantos quisieron usar de él, en lo que no se mostrarian los pueblos muy afanosos, en cuanto, según las ideas feudales de la época, más que un favor se consideraba como un gravámen.

(1) Villar: *Hist. de España.*

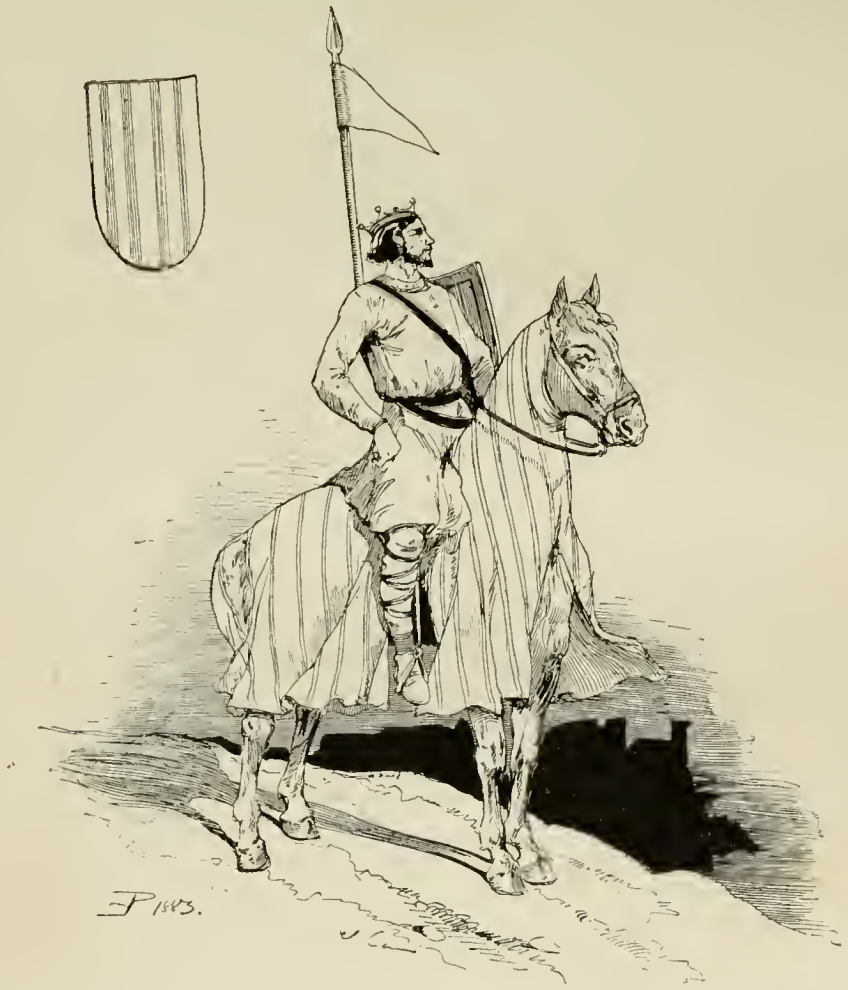
La base de la constitución aragonesa es el antiquísimo fuero de Sobrarbe, conjunto de concisas reglas politicas y civiles redactadas en Navarra por algunos nobles é impuestas al jefe que eligieron por rey y que fundó esta nacionalidad; es decir, *pacto* entre los vasallos y el soberano; convenio y pacto que sirvió de fundamento así al fuero general de Navarra, como á los fueros

Jinete y peón, según los relieves del Sepulcro de los Mártires (Ávila)

otorgados por los reyes de Aragón á las ciudades de Tudela y Jaca. De la época de este contrato, ni de los términos en que estuviera redactado nada se ha podido averiguar, induciéndose sólo de las disposiciones dictadas por los monarcas aragoneses Sancho Ramírez y Alfonso el *Batallador* que exclusivamente se referiría á la nobleza. «A él, dice Yanguas, se mezclaron sin duda leyes y costumbres antiguas y se adicionaron otras sucesivamente, pudiendo asegurarse, por fin, que hubo ciertos pactos sociales y jurados entre los monarcas y los pueblos de Navarra, Sobrarbe y Aragón, cuyos naturales, unidos desde el principio de la guerra contra los africanos por costumbres, simpatías y necesidades que les eran comunes, continuaron también acordes en sus instituciones civiles, hasta que la división de las monarquías, las nuevas conquistas de Aragón y las relaciones

de Navarra con Francia les hizo contraer respectivamente otros hábitos y alejarse con el tiempo de los primitivos (1).»

Obra exclusiva de la nobleza, el fuero de Sobrarbe debía forzosamente colocar casi á igual altura la autoridad de los ricos-hombres que la del monarca; y en efecto, con poseer éstos el señorío de las más importantes villas, no podía el rey dar leyes sin su asentimiento, ni ejercer justicia ni co-



Jaime I de Aragon (según su sello)

brar tributo en territorio señorial: en cambio podían ellos, no sólo desnaturalizarse del reino, sino declarar la guerra al mismo monarca y hacérsela entre sí. Y esto no obstante; florecieron en Aragón las instituciones democráticas, á pesar del feudalismo, y sus monarcas supieron ir reduciendo el poder de los señores á límites más reducidos, debiéndose desde luego á D. Jaime I buena parte de ello con la creación de los ricos-hombres de mesnada y á D. Pedro IV la mayor con su triunfo sobre el movimiento de la Unión, movimiento universal aristocrático en Aragón, democrático en Cataluña y Valencia.

(1) *Dicc. de Antigüed. del reino de Navarra.*

Así como en Castilla vemos la fuerza del estado llano en la Hermandad ó confederación de las ciudades para defensa de sus libertades, seriamente amenazada en épocas turbulentas (1), en Aragón, y sobre todo en Cataluña el estado llano atendió á conservar sus privilegios y franquicias amenazados por el absolutismo real. La orgullosa y turbulenta aristocracia aragonesa que templó con sus agitaciones aquel absolutismo, formuló el privilegio de la Unión que sancionado por Alfonso III, la permitía organizarse juntamente con el estado llano para la defensa de sus derechos, así que recibieran el más leve ataque del rey. Pero más fuerte que los unionistas Pedro IV, después de derrotarlos por completo, rasgó con su puñal el privilegio é inauguró un nuevo período en la historia del pueblo aragonés. Sin embargo; lo que ganó la monarquía en poder, no lo perdió el pueblo en libertad, aunque sí en independencia la nobleza. Afianzáronse entonces las instituciones, imperó el privilegio general y recibió mayores atribuciones el Justicia, ó sea el magistrado que en Aragón entendia en toda clase de causas ó desafueros entre el monarca y las restantes clases. Era el Justicia el consejero nato y permanente del rey, de quien recibía el nombramiento y también el juramento de observar las leyes del reino en el acto de ser éste coronado, y los jueces inferiores debian consultarle y seguir su parecer en los casos dudosos, así como los litigantes podian apelar á él de las sentencias dictadas por aquéllos.

Las Córtes aragonesas se componian de cuatro brazos: ricos-hombres ó barones, nobles de inferior categoria (infanzones y caballeros) (2), clero y universidades; siendo digno de notarse que el estado llano aragonés disfrutó mayores privilegios que el castellano. Debían convocarse las Córtes anualmente ó cada dos años; pero no se observó rigurosamente esta regla: y en el acto de reunirse la asamblea, pronunciaba un discurso el rey, retirábanse á deliberar por separado los brazos, y acto seguido presentaban su dictámen: es de advertir que hasta fines del siglo XV el veto de un individuo podia impedir el pase de la ley discutida. Terminadas las legislaturas se constituía una comisión de ocho individuos encargada de atender á los negocios públicos.

En Cataluña las Córtes generales se componian de tres brazos ó estamentos, pues la nobleza alta y la de segundo orden formaban uno solo, y eran aquellos el Eclesiástico, el Militar y el Real ó popular, en los cuales se hallaban comprendidos todos los habitantes del Principado: cada una de dichas clases tenia representantes en Córtes, los que en unión del rey trataban *del bueu estado y reformaciòn de la tierra*, y las leyes allí discutidas y aprobadas eran *paccionadas*, es decir, establecidas por el rey y la nación de común acuerdo. Como en Asturias, León y Castilla empezaron en Cataluña las Córtes por ser un consejo de optimates que auxiliaban en su tarea legislativa al monarca, sólo que Cataluña se adelantó á aquellos reinos en reunir verdaderas Córtes (si es que no quiere darse este nombre á las asambleas ó juntas de magnates), y aquellas en que ya que tuvieran representación todas las clases, en que comenzaron en Cataluña á ser *paccionadas* las leyes fueron las reunidas á contar del año 1283 en que Pedro *el Grande* dictó la famosa constitución, *Una vegada lo any* (3).

Constituídas según queda expuesto las Córtes catalanas, dicen los Sres. Coroleu y Pella, compendiaban y representaban los tres brazos, todos los altos intereses del Estado; el *Eclesiástico*, el principio religioso, lazo de unión de todas las clases, y los intereses particulares de la sacerdotal; el *Militar* los intereses de los grandes propietarios y de la nobleza que acaudillaba en la guerra las huestes; el *Popular*, los intereses de los hombres de villas y ciudades libres que tenian en Cataluña hogar y profesión conocidos (4). Los diputados de los Estamentos Eclesiástico y Militar asistían

(1) Esa institución sancionada por las leyes y regularizado por Fernando el *Católico* tenia á su cabeza algunos diputados y usaba de un sello especial, gozando del privilegio de reunirse en asamblea y levantar tropas. Oportunamente nos ocuparemos de ella con la extensión que se merece.

(2) Además de los ricos-hombres habia en Aragón otra clase de nobles llamados *infanzones*, de linaje de reyes y que con los *caballeros* gozaban de importantes franquicias.

(3) «Una vez al año, en aquel tiempo que nos parecerá más oportuno, Nos y nuestros sucesores celebraremos dentro de Cataluña, Córte General á los catalanes, en la cual, con nuestros prelados, religiosos, barones, caballeros, ciudadanos y hombres de villas tratemos del buen estado y reformación de la tierra; cuya Córte no vamos tenido á hacer ni celebrar si nos lo impidiese una justa razón.» (Const. de Cat., *tit.* 14, lib. I, vol. 1.º)

(4) Coraleu y Pella: *Las Córtes Catalanas.*

á las Córtes por derecho propio; no así los del Estamento Real ó Popular que eran delegados en las respectivas localidades por los jefes de familia.

Fijándonos más especialmente en el brazo militar diremos que intervenían como miembros del mismo en Córtes los condes, vizcondes, barones, caballeros y hombres de paraje. Pero siguiendo el ejemplo de los aragoneses, en cuyas Córtes formaba la nobleza dos Estamentos, con representación y voto independientes, los nobles catalanes de segunda clase trataron de constituir un nuevo brazo titulado *dels cavallers generosos é homens de paratje* (1) y que aparece ya formado en las Córtes de Monzón de 1389. D. Juan I, con cuyo asentimiento contaban, les otorgó el privilegio que traducido del latín reproducimos en nota (2), y en el cual, después de manifestar las disensiones que surgieran entre la alta nobleza y la de segunda condición, decretaba la separación del nuevo Estamento, que desde entonces recibió el título de *Bras Reyal dels Caballers generosos e homens de paratje del Principat de Catalunya* y tuvo su sello y arca especiales. Pero esta trascendental reforma fué revocada en la siguiente legislatura reunida por el rey D. Martín el *Humano*, con gran satisfacción del estado llano y del clero. Más tarde el rey D. Fernando V confirmó en Barcelona (9 Octubre de 1481) el privilegio dado en Monzón por Juan I, pero comprendiendo en él á los magnates, nobles, barones, caballeros etc., y á este propósito hace mención el citado monarca de los notables servicios que los militares habian prestado á la monarquía «no sólo defendiendo los reinos y tierras de la Corona, sinó conquistando comarcas á costa de grandes penalidades y peligros, y empeñando y vendiendo para ello sus bienes.» En otro privilegio otorgado en Monzón (2 Setiembre 1510) el mismo príncipe confirma los anteriores y accede á la petición de que no se arme caballero, ni se conceda órden militar ni privilegio á individuo alguno que fuere vasallo de prelado, barón, caballero ó gentil-hombre, á menos que no hubiese hecho armas á las órdenes del rey: y caso de habérsele otorgado tal merced, que viniera obligado á vender y enajenar todos los bienes ó rentas que poseyere en tierra de los citados señores. Por donde se ve lo muy honrada y estimada que era la orden de caballería (3).

La breve exposicion que acabamos de hacer confirma una vez más que los Estados de Aragón y Cataluña, por sus franquicias y sus constituciones, fueron los pueblos más libres de la Edad media; por lo que con razón se ha dicho que las instituciones legales del Principado catalán, pueden parangonarse con los de aquellas naciones que hoy se consideran como dechado incomparable en

(1) Según Bosch, los generosos eran personas constituidas en estado honorífico después de los caballeros, con título especial de *generosidad*. Los generosos no eran armados caballeros. (*Títulos de honor de Cataluña, Rosellón y Cerdeña*). En cuanto á los *homens de paratje* eran los buenos solares (en lemosin *paratje* es sinónimo de *lugar*) que prestaban su concurso al Príncipe, para las empresas militares.

(2) Por tenor de las presentes, como Rey, Señor y Príncipe, de ciencia cierta y con conocimiento acerca de la variedad de las causas de que queda hecha mención, separamos, dividimos y segregamos enteramente á los Militares, Generosos y todos los Hombres de Parático (de Paraje) y á cada uno de los sobredichos del Principado de Cataluña de cualquier condición y estado que sean presentes, y futuros, del Brazo, comunidad y unión absoluta de los Magnates, Barones, Ricos Hombres y Nobles del mismo Principado: disponiendo, decretando, ordenando y proveyendo también, y concediendo á dichos Militares, Generosos y hombres de Parático presentes y futuros tengan siempre y constituyan por sí en las Córtes y Parlamentos generales y particulares, presentes y venideros y de otra cualquiera manera Brazo, Cuerpo y Colegio aprobado, lícito y honesto, separado, diverso y distinto del Brazo de los enunciados Magnates, Barones, Ricos-hombres y Nobles, y de toda comunicación y participación con ellos. Así en lo sucesivo acostumbraremos llamar vulgarmente á algun Brazo ó Colegio con las palabras: *Lo Bras Reyal dels Caballers, Generosos è Homens de Paratje del Principat de Cathalunya*. Aprobamos y legitimamos el mismo Brazo, Cuerpo y Colegio, y decretamos y queremos que siempre sea aprobado legítimo, lícito y honrado, y lo robustecemos de antemano con nuestra real autoridad, beneplácito y decreto, concediéndole tambien esplícitamente que pueda deliberar y consultar; y que cuantas veces quisiere pueda congregarse para tratar sus negocios, y según sus Estatutos y Ordenanzas importe hacerlo por provecho de ellos y conservación de su derecho, é igualmente por aumento y honor de nuestras regalías. Podrán tener el sello y un arca común, en cuyo sello se pondrán nuestras armas de esta manera: (*hay un sello real*) y en su circunferencia las palabras del tenor siguiente: *Sello del Brazo Real de los Militares, Generosos y Hombres de Parático del Principado de Cataluña*. Y del mismo modo, todas y cada una de las demás cosas que á los Brazos, Colegios y Corporaciones aprobadas, lícitas y honestas corresponden y pueden ó deben competir por derecho, costumbre, uso ó de otra manera y las cosas que para su legitimación y aprobación de cualquier modo se requieren, queremos que se tengan aquí realmente por expresadas, como si palabra por palabra estuviesen aquí expresadas y descritas singular y distintamente. Y de todas estas cosas puedan gozar y usar absoluta y libremente, removiendo cualquier obstáculo los mismos Militares, Generosos y Hombres de Parático. Y para que estas cosas se observen con mayor firmeza, prometemos bajo nuestra fe real y juramos por el nombre de Dios y sus cuatro Santos Evangelios, tocados corporalmente con nuestras manos, que todas y cada una de las cosas dichas antes y después, las tendremos siempre por valederas y firmes, y las guardaremos y observaremos constantemente, haciendo tambien que se tengan y cumplan inviolablemente.

(3) Tit. XVI. *De privilegis militars è á qui's poden concedir, è de lurs congregationis*. Ley II cap 1, id. III cap. 3, id. II cap. 7, id. V cap. 2.

punto á libertad politica. Dos reyes de gloriosisima recordación, D. Jaime el *Conquistador* y Don Pedro el *Grande,* pusieron los fundamentos de la libertad en el Principado, organizaron los municipios, otorgaron importantes franquicias y crearon la representación nacional; dos monarcas que incansables en la lucha, supieron combatir y legislar, y sobre todo, secundar el movimiento de emancipación popular. Y si bien se considera, ese movimiento, ó si se quiere esa revolución, ese combate continuado de los consejos en las asambleas, fué el hecho caracteristico de la Edad media: se luchaba en el campo de batalla contra el enemigo de la fe y de la patria, y se luchaba en aquellas solemnes reuniones contra el despotismo feudal. Y aquí y allí se consiguió la victoria: reconquistóse la patria, los señores feudales fueron perdiendo gradualmente su prepotencia, el estado llano creció en importancia, y la monarquía se robusteció merced á esta contienda.

Preciso es convenir que en uno y otro Estado, en Castilla como en Aragón, la monarquía hubo de luchar con la nobleza, de suyo revoltosa y discola; mas si en Castilla, por efecto de los períodos aciagos de menoria y por la poca energia de alguno de sus reyes, llegó en ciertos momentos á imponerse á la Corona, en Aragón y en Cataluña, donde más hondas raíces había echado el feudalismo, no consiguió supeditarla. En aquella monarquía un soberano enérgico, Alfonso XI, consiguió sobre dicha clase gran superioridad y ejerció en sus individuos justicias sumarias y feroces, que le han merecido especial dictado; pero sus inmediatos sucesores no se inspiraron por desgracia en este ejemplo, y los próceres y magnates consiguieron nuevamente contrarestar el poder del rey, juguete de sus insaciables ambiciones. En Aragón, á la habilidad y á la energia de Pedro IV, debió la Corona un triunfo decisivo sobre la nobleza en los disturbios de la Unión que concluyeron con la derrota de Epila; desde cuyo instante, cesaron, como dice Zurita, las alteraciones y discordias, y se abrió un nuevo periodo para aquella monarquia. ¡Cosa por cierto verdaderamente rara! Aquí donde el feudalismo tenia mayor arraigo, y donde brillaban al par instituciones de democrático carácter, la monarquía aparece robusta y grande, mientras en Castilla, en que no contaba la nobleza con igual poder y no se guardaba gran escrúpulo en la forma de constituir las Córtes y en el nombramiento de los procuradores de las ciudades y villas, allí precisamente en que el monarca podia sancionar por sí las leyes, convocar las Córtes á su voluntad, é intervenir en los citados nombramientos, la Corona se vé humillada y desprestigiada por la nobleza (1). ¡Qué singular contraste el que ofrecen Aragón y Castilla en la primera mitad del siglo xv! Aquélla poderosa y próspera en sus dominios españoles, respetada y temida en sus posesiones de Italia; y ésta abatida y postrada, presa de la más bastardas ambiciones y de los más lamentables disturbios!....

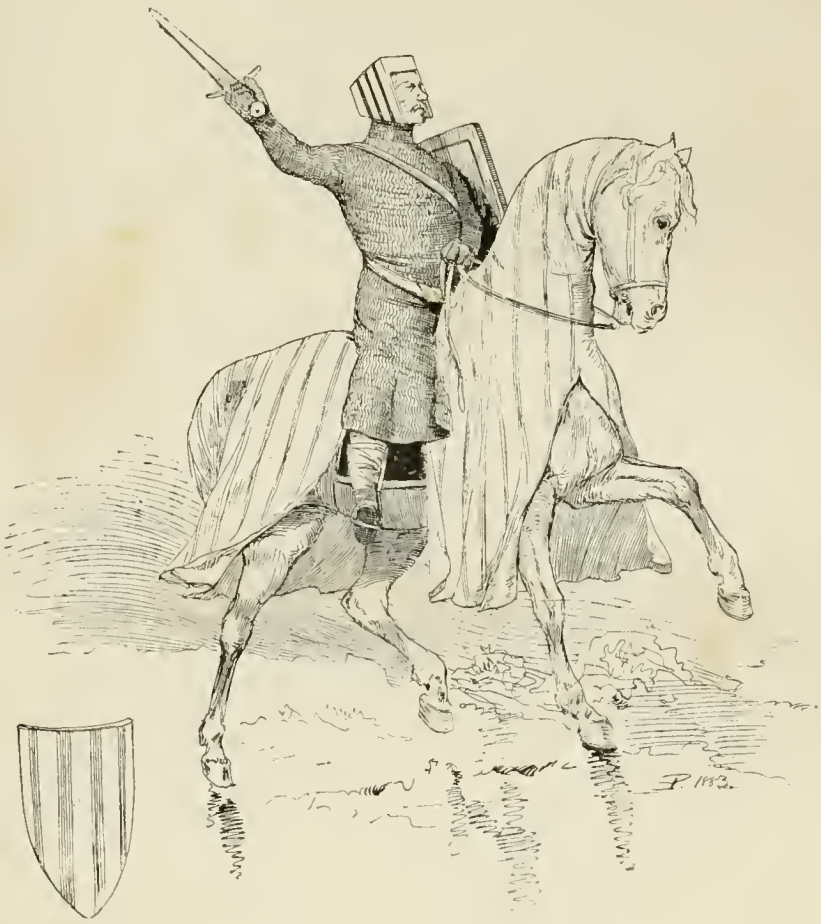
Pero vengamos á estudiar de nuevo la organización de la sociedad española, examinándola bajo los diversos aspectos que ella ofrece; empero sin olvidar la idea fundamental de estos Estudios: los progresos del arte militar en su relación con los de la sociedad civil.

Dividido á la sazón el terreno en otras tantas porciones ó señorios que recibian las denominaciones de realengo, abadengo, solariego y de behetría, el rey se presentaba en esta época como lazo de unión de estas distintas jurisdicciones, teniendo como prerogativas aneja; á su superior jurisdicción, según el Fuero Viejo: la justicia suprema, la moneda forera (tributo septenal que implicaba el reconocimiento de su señorio), la *fonsadera* (2) y los *yantanes;* es decir, un impuesto para mantenimiento de su persona y séquito siempre que recorriese el reino. Competiale también la facultad de desterrar á cualquier rico-home por delitos en que hubiese incurrido, y aun sin causa alguna que lo autorizase; lo que se comprende dado el gran poder de que gozaba la turbulenta aristocracia, frente á la cual se alzaba no siempre respetado el trono. Escasa era, pues, la autoridad del rey y no muy abundantes sus rentas: antes del siglo x se reducian á las que le proporcionaban sus propios dominios, las prestaciones señoriales y el quinto de la guerra; después de este siglo,

(1) Capmany, *Práctica y estilo de celebrar Córtes.*

(2) Mal definibles son las voces *fonsadera* y *fonsado.* Unos dan la fonsadera como contribución de guerra, otros como servicio personal, según el lector habrá podido ver en anteriores páginas. Lo más probable es que fuera esto último, ó bien que se emplearan indistintamente aquellas voces, como se encuentra en el Fuero de Cáceres.

además de los tributos consignados en el Fuero Viejo, los servicios votados por las Córtes eran ya suficientes á sus necesidades y al decoro de su persona; mas á compás que se dilataban las fronteras y se engrandecía el reino, aumentaron considerablemente los tributos que con los títulos de derechos de puertas y de aduanas, alcabala, tercias y capitación sobre judíos y moros percibía la Corona; lo que no fué óbice por otra parte á que en Castilla se encontrase con frecuencia exhaus-



Pedro III el *Grande*

to el tesoro real, dilapidado por los monarcas ó los regentes, y tuviesen que recurrir aquellos á medidas extremas para atender á sus necesidades.

La organización feudal de la sociedad en los tiempos medios ofrecía, como se vé, á la autoridad del rey grandes cortapisas, vagas como eran las atribuciones de éste y mal definidas las de la nobleza y las del estado llano; lo que sobre todo se echa de ver la administración de justicia, vedada con frecuencia al soberano sobre los vasallos de un señor. De aquí que los monarcas trataran de conquistar unas prerogativas que eran la mejor garantía para el ejercicio de su soberanía. Consiguieron en primer lugar que en todas las ciudades hubiese jueces nombrados por ellos; crea-

ron después los cargos de *condes del gobierno*, más tarde *adelantados mayores* (1), y posteriormente el de mayorinos ó merinos (aguaciles mayores y menores) que administraban justicia en las provincias. La creación de los alcaldes de Castilla, la de los jueces de alzada, así como la de un tribunal supremo en tiempo de Alfonso X, y el establecimiento de una audiencia ó tribunal de chancillería, fueron otros tantos progresos en la administración de la justicia, que hasta llegar al reinado de los Reyes Católicos, gracias á vigorosas y bien entendidas reformas, es difícil explicarse dado el cúmulo de atribuciones, prerogativas y fiscalizaciones que ofrecía la complicada organización de esta Edad.

Atroces eran las penas aplicadas en esta época. La prueba del tormento era comunmente empleada, y entre los diversos géneros de muerte á que se condenaba el reo figuran la hoguera, la horca, la crucifixión, el ser despeñados ó expuestos á las fieras. Entre las pruebas judiciales, continuó empleándose como en tiempo de los visigodos el *juicio de Dios*, en virtud del cual se pretendia averiguar la verdad de los hechos, sometiendo al acusado á horribles pruebas, tales como la del agua hirviendo y la del hierro candente y la de batalla, encarnada ésta en las costumbres militares de la época. El combate personal ó duelo judicial es también otra prueba admitida y que se mantuvo en vigor durante los primeros siglos de la Edad media, cayendo poco á poco en desuso y no existiendo ya á principios del siglo xv.

También las costumbres caballerescas sufren las consiguientes modificaciones durante el transcurso del periodo histórico de que nos venimos ocupando. No siempre el caballero se limitaba á revelar su esfuerzo y su osadia en los campos de batalla, ni en aquellos lances de honor tan frecuentes en esa Edad agitada y turbulenta (2): los ejercicios de destreza, torneos y pasos de armas ofrecian á su valor y á su habilidad un nuevo teatro en que darse á conocer. Cuando se anunciaba uno de estos espectáculos acudían desde apartados puntos gran número de caballeros ostentando sobre sus armaduras, cintas y bandas de distintos colores. Entonces presentaban los recién llegados á los jueces y mantenedores las pruebas de su idoneidad y entraban trotando en el palenque saludados por las aclamaciones de la multitud. Leida la proclama de los ejercicios, dividido el campo y colocados frente á frente mantenedores y forasteros, rompían lanzas los contendientes, llevándose la victoria los más bravos, y con ella, honrosos presentes que depositaban á los piés de sus damas.

El paso honroso ofrecia la diferencia de que un caballero mantenedor sustentaba con las armas en la mano la sin par belleza de su dama, á cuyo efecto mandaba sus farautes y heraldos á la corte con objeto de exponer al rey sus propósitos. El y sus deudos ó favorecedores se presentaban al monarca y fijaban las condiciones del paso, que se celebraba con grandisima pompa y lucimiento. El paso honroso, instituido á principios del siglo xiv, desnaturalizó un tanto el carácter de los torneos y con él acabaron estos y las justas. Pero aunque puedan considerarse las justas como ajenas

(1) El cargo de *adelantado mayor* data de la conquista de Sevilla. Su cometido era en tiempo de paz el ejercicio de la jurisdicción civil y la justicia suprema, y en época de guerra acudir á la defensa del territorio con sus tropas y socorrer á los que lindaban con él. «Los deberes de este funcionario, dice Clonard, los marca Alfonso X en una Ordenanza titulada: *Estas son las leyes de las cosas que deben facer los adelantados mayores*, por la que se viene en conocimiento que ejercian obligaciones semejantes que las de los capitanes generales en nuestros distritos, pues el adelantado mayor en el suyo tenia cierto número de merindades, al símil de las comandancias generales, que al cargo de los *merinos mayores* le estaban subordinadas: por esto el Fuero de Castroverde dice que los habitantes que en él habitan, daban á su merino las cabalgadas... En punto determinado y por medio de la convocatoria que anticipadamente se anunciaba á los adelantados mayores, cuidaban éstos de remitir las mesnadas de sus distritos «á esta hueste á tres meses de plazo para venir ó para estar en ella: é débense contar estos tres meses del dia que salieren de sus casas é de sus tierras... faciendo sus jornadas derechas é sin engaño.» La misma ley determina la clase de contingentes que formaban la hueste, á saber: los *ricos-omes* de pendón y caldera, los *acostados* ó tierra-tenentes, los *omes de órden* ó caballeros de las órdenes militares, y los subditos de los abades, priores y obispos, y los *soldados* de concejo ó mesnadas de las ciudades y villas. Estos cuerpos ó compañias traian sus banderas, que las leyes 13, 14 y 15 llaman *señas*, previniendo que se entreguen «á los *omes señalados* por que sean guardadas é onradas.»

(2) Los desafíos no ya tan sólo entre caballeros sinó entre monarcas y aun entre súbditos y reyes, caracterizan también esta época Algunos de éstos tienen un carácter judiciario; y así vemos al catalán D. Bernardo Quillermo de Gueralt retar al fratricida Berenguer Ramón II y convencerle de alevnsia y traición; como vemos también á un paladin castellano retar frente á Zamora á los habitantes de esta ciudad y romper lanzas con los hijos de Arias con motivo de la muerte del rey D. Sancho. No deja también de ser curioso el célebre desafío de Burdeos entre los monarcas napolitano y aragonés para dirimir cuerpo á cuerpo sus contiendas. Este desafío no se realizó por más que Pedro III concurrió disfrazado al palenque y dejó sus armas en manos del mariscal de Burdeos.

al arte de la guerra, es preciso convenir que contribuyeron no poco á despertar las aficiones militares de los pueblos y exaltar el espíritu caballeresco (1).

La creación de las Órdenes religiosas de caballería, milicias consagradas á luchar en defensa de la fe cristiana y el territorio patrio, y cuyos nombres van unidos á nuestras glorias nacionales, contribuye también á caracterizar la Edad media española. En Castilla existieron las de Santiago, Ca-

Alfonso III

latrava, Alcántara, la Banda y otras de menos importancia; en Aragón la de la Merced, San Jorje,

(1) Interesante por demás, en cuanto retrata una de las fases que esta Edad presenta, es el siguiente fragmento tomado de la relación que del famoso *Paso honroso* de Suero de Quiñones, mantenido en tiempo de Juan II de Castilla, escribió Pero Rodriguez de Lena. Hé aqui cómo da cuenta del *primer día de combate*:

«Suero de Quiñones vino á la liza muy acompañado é con mucha música é poco después entró el Alemán acompañado de los dos hermanos Fablas Valencianos é de otros caballeros que le quisieron honrar é con buena música. E al punto los dos jueces mandaron al rey de armas é al faraute dar una grida ó pregón, que ninguno fuese osado, por cosa que sucediese á ningún caballero, dar voces ó aviso ó menar la mano nin faser seña, só pena de que por hablar le cortarían la lengua, é por farcer seña le cortarían la mano. Pregonóse

Montesa, San Salvador, etc., amén de las famosas del Temple y el Hospital que alcanzaron grande importancia y riqueza en este reino. La idea religiosa amalgamada con la caballeresca contribuyó en toda Europa á la propagación de esta clase de instituciones, que desde el regreso de los cruzados estuvieron muy en boga en las naciones más importantes. «Cualquiera que sea el concepto que se forme de ellas, dice Clonard, nunca podrá ponerse en duda que contribuyeron eficazmente á afianzar en Europa la religión cristiana, que recogieron y cultivaron las pocas virtudes que habia en el fondo de una sociedad degradada por la corrupción y que influyeron poderosamente en los adelantos de la milicia, no sólo porque en tiempo de guerra guardaban los caballeros siempre el primer puesto de honor, sino porque haciendo en tiempo de paz del ejercicio de las armas su principal instrucción y su diversión favorita, sirvieron de ejemplo y modelo á las demás fuerzas de aquellos ejércitos que por la circunstancia misma de ser colectivos necesitan un cuerpo reglado á que imitar en las maniobras, evoluciones y movimientos; en el modo, en fin, de combatir y vencer (1).»

Imposible desconocer la importancia social que tuvo la caballeria, cuya influencia dejóse sentir de benéfico modo en las costumbres y dió lugar á hechos verdaderamente heróicos. El lema *Dios y mi dama* sintetiza el ideal caballeresco de los siglos medios, siglos en que el amor á las hazañas y la afición á lo maravilloso produjo una raza de aventureros que paseaba su esfuerzo de corte en corte: en Castilla empero no alcanzó tal práctica igual boga que en otros paises, pues tenían los españoles campo más brillante y glorioso en que ejercer su valor. Curiosas son en cuanto dan idea de estas usanzas las disposiciones contenidas en el código de las Partidas, el Ordenamiento de la Banda de Alfonso XI y la *Obra de caballeria de mosen sent Jordi*, dictada por el rey D. Pedro IV de Aragón. En estas Ordenaciones se consignan con gran prolijidad los requisitos y cualidades que ha de reunir un caballero. Su primera cualidad debia ser la lealtad: una robusta musculatura, honradas costumbres y progenitores ilustres por linea paterna daban derecho á ser armado caballero. Para ingresar en la caballeria debía pasarse por el grado de escudero y cuando era llegado el dia de ceñir la espada y calzar la espuela, el aspirante velaba sus armas la noche anterior y después de oída al siguiente dia solemne misa, pronunciaba el juramento de fidelidad á la ley de Cristo, al rey y á la patria y recibia el espaldarazo ó la *pescozada*, dándole entonces los caballeros y asistentes el ósculo de fraternidad. Grandes eran las prerogativas de los caballeros, y entre sus obligaciones se contaban la de montar siempre á caballo, vestir manto de vivos colores, ser instruidos, sobrios, urbanos, generosos, caritativos y leales. Algunos delitos públicos y otros que afectaran á la institución, podían hacerles perder su dignidad, y entonces tenía lugar la degradación: un escudero

más, que todos los justadores fuessen seguros que por ninguna ferida que diessen nin muerte que fisciessen á sus contrarios, procediendo conforme á las condiciones de la justa, les seria fecho agravió nin fuerza, nin jamás les seria puesto en demanda: de lo cual se ofreció fiador don Fadrique, Almirante de Castilla que presente estaba, é anssi también otros muchos caballeros. Mandaron también los jueces que con ningún justador entrassen en la liza más de dos criados, el uno á caballo é el otro á pié para le servir de lo que le fuesse menester: é al caballero Alemán le tornaron la espuela que le habian quitado el sábado antes. Aqui mandaron los jueces sonar toda la música é en tono rasgado de romper batalla: é mandaron luego al rey de armas é al faraute dar otra grida ó viva la gala en esta manera: *Legeres allèr, legeres allèr, é fair son debér.* Los caballeros arrancaron al punto sus lanzas en los ristres, é Suero encontró al Alemán en el arandela, é salió della, é tocóle en el guardabrazo derecho, é desguarnecióselo é rompió su lanza en él por medio. El Alemán le encontró á él en el guardabrazo izquierdo, é desguarnecióselo, é llevóle un pedazo del borde sin romper la lanza. E tomó el Alemán un común revés, assi por el encuentro que dió como por el que recibió, segund vista de los jueces, é del rey de armas, é del faraute. Tenia Suero de Quiñones entonces veinticinco años de edad, como el Alemán veintisiete. En la segunda carrera encontró Suero al Alemán en el cabo del piastrón, é non le falsó é salióle la lanza por só del sobaco con que todos pensaron quedar ferido: por cuanto el Alemán dixo en rescibiendo el encuentro, *olas*, é desguarneció el brazo derecho sin romper la lanza. El Alemán le encontró en la bavera del almete, rompiendo allí su lanza dos palmos de fierro: é ambos á dos pasaron con muy buen continente sin muestra de revés. A la tercera carrera encontró Suero al Alemán en la guarda de la manopla izquierda ó falsogela, é apuntóle el fierro con la copa della, é desguarneciéndosela sin romper lanza, é sin revés en alguno dellos, é el Alemán faltó del encuentro. En la cuarta carrera encontró Suero al Alemán en el guardabrazo izquierdo é non prendió nin rompió lanza, é el Alemán non encontró. En la quinta carrera faltaron ambos de se encontrar, mas en la sexta Suero encontró al Alemán en la mitad de la falda del guardabrazo izquierdo en derecho del corazón: é entró el fierro de la lanza en el guardabrazo é colóle fasta la mitad, mas non le falsó del todo, é rompió su lanza por medio, é el Alemán non encontró. Luego subieron al cadalso donde los jueces dieron sus justas por cumplidas; pues habian rompido tres lanzas entre ambos, é les mandaron salir de la liza, é Suero convidó á comer al Alemán. E ambos fueron llevados muy acompañados é con mucha música á sus posadas, é Suero se desarmó en público.»

(1) *Hist. organic.*

después de haberle ceñido la espada y calzado la espuela, cortaba con un cuchillo el tahalí y el brial que sujetaba una y otra, y el caballero perdía desde aquel instante el carácter de tal (1).

Ya dejamos dicho en otro lugar, cómo iban armados los caballeros: el traje militar sufrió sucesivas modificaciones, sustituyendo en el siglo XIV á las lorigas de malla y de cuero trenzados las armaduras de hierro y de acero, compuesta de múltiples piezas: el casco de hierro, la celada, el hielmo para la cabeza, la gorguera para el cuello, el peto y el espaldar para el pecho, las brafoneras ó calcias y los brazales para las piernas y brazos, las luas ó guantes de cuero cubiertos de escama

Alfonso IV

metálica y más tarde los guanteletes, para las manos, y el escudo completaba las armas defensivas. Las ofensivas se componían de lanza, espada recta (gótica), puñal, bordón, broncha, hacha y porra ó maza de armas. Como distintivo de la caballería se llevaban ricos mantos, y como especial del caballero colocaba éste sobre sus armas la sobrevesta ó sobreseñal.

Las armaduras podían ser de construcción muy variada y gran coste; habíalas orladas de oro

(1) En la Institución de la Orden de caballeria ó empresa del bienaventurado San Jorje (*Obra de mossen sent Jordi e de la cavallería*) encontramos los siguientes interesantes datos. Dice el rey: «Como quiera que las vestiduras fuesen de diferente corte segun las costumbres de las diversas comarcas que componen nuestra tierra, el manto debe estar ajustado á un mismo patron, es decir, ser grande, en guisa que llegue á los piés y tan holgado que sobre el hombro derecho pueda hacerse un nundo con sus puntas, y de modo que después de hecho, se logra quitarlo y ponerlo fácilmente.» A este manto llama el rey *mantell cavalleros*. Sólo debían llevarlo éstos, y era su especial distintivo, pues sus armaduras y trajes podian ser diferentes. Simbolizaba la humildad y el nudo la sujeción y la obediencia, así como la espada, la sabiduria, fortaleza, templanza y justicia. Sobre dicho manto llevaban los caballeros una cruz roja, é igual emblema en la túnica; cuyos distintivos debían quitar caso de enagenar dichas prendas, no pudiendo vestir ropas en que no figurara la cruz. En campaña la llevaban sobre la armadura, destacando en campo blanco.

y con preciosos embutidos, gozando ya de gran fama en el siglo XIV las milanesas (1). Denominábase á la armadura completa *arnés*, palabra que no se encuentra mentada en el siglo XIII, si bien el conde de Clonard asegura haberla hallado en documento del año 1285. También aparecía el caballo cubierto de pesada armadura; una especie de manto de hierro que se extendía por su cuello y ancas con objeto de protejerle de las armas enemigas: además defendía su cabeza la testera, compuesta de piezas ingeniosamente enlazadas para permitirle los movimientos. Sobre esta cubierta de hierro se colocaban la gualdrapas ó *coberturas*. Y según la armadura de que se presentaban provistos los caballeros y jinetes, era distinta la denominación que recibían; así se les denominaba caballo armado y caballo horrado (2); caballero encapacetado y caballero á la jineta, etc.

En otro lugar hemos indicado las franquicias y exenciones otorgadas por los monarcas con objeto de fomentar el desarrollo de la caballería. Alfonso IV concedió á Toledo un fuero, en virtud del cual se concedía á los labradores que tuvieran medios para cabalgar, el derecho de efectuarlo, entrando así en la costumbre de los caballeros. Alfonso X ordena que «los cavalleros que pueblen la villa de Escalona non pechen por los heredamientos que tuvieren en las demás ciudades del reino.» A los caballeros de Sevilla «quita de moneda» un privilegio de 1273, á los de Córdoba concede otro fuero del mismo siglo que «non fagan anuda ni fonsado fuera una vez al anno» y otro de Córdoba que los peones que quisieren ser caballeros «entren en los fueros de la caballería,» y que todo caballero pueda recibir soldada de señor, salvo el servicio y el derecho del rey. Por donde puede colegirse, según con razón dice un autor, que el mérito y la bravura se medía entonces sólo por las armas y la cabalgadura.

El título de caballero no fué, en un principio, como es de presumir, sinónimo de dignidad ni jerarquía social, sino de cabalgador ú hombre provisto de armas y caballo, y cuando merced á la guerra el guerrero adquirió por donación ó reparto hacienda propia, pudo considerarse entonces como individuo privilegiado y pasar su clase á la categoría de una orden. Sin embargo, las distintas denominaciones que el antiguo caballero recibía, prueban que existían dentro de esta misma clase sus jerarquías ó grados. Concíbese también que los monarcas, que trataban de alentar el movimiento de emancipación del pueblo, encontraran en los privilegios concedidos á los hombres provistos de caballo y armas, otro medio para contrabalancear la importancia de la nobleza, que era sin duda alguna el elemento que con mayores recursos podía sostener cabalgadura y costoso arnés.

Ya hemos consignado en nuestros anteriores estudios cómo se operó el desarrollo de los organismos político-militares en las distintas monarquías cristianas. El roce constante de los dos pueblos que se disputaban la dominación de la península, si no alteró en su esencia este desarrollo, influyó desde luego en ellos, no tan sólo con la propagación de ciertos conocimientos y el cambio de determinados objetos, sino con ciertos usos y costumbres que comunicaron á la vida caballeresca cierto tinte oriental. Concurso de tan distintos elementos, así político-militares como religiosos y comerciales, se comprende que debió prestar característica fisonomía á este período histó-

(1) Manda D. Pedro IV de Aragón á Lope Guiester, administrador de la Real casa en Cerdeña, «que le remita una coraza bella de malla milana et faldas mangas mosequis golorons calças çapatos de la dita malla milana, las cuales armas sean de acero si hy son et sino sean las mas buenas e finas que podredes eslegir. Item una barbuda de la dita malla et una corbellera de las mas bellas que hi son. Encuar nos enviat unas cuyraças buenas et finas et cameras curxeras mosequins brocales vayresents de cuero et guardat las tales que se nos fagan bien las cuales sean de las mas *bellas* y mellores que hy son et de aquesto nos faredes plazer.»

(2) Hé aquí una interesante nota puesta por el Sr. D. Antonio de Bofarull á la *Crónica de Pere IV*, á propósito de los caballeros *alforrats* ó ahorrados:

«Entre las varias clases de caballeros armados que se mencionan en esta obra, sin los encubertados de que hablan las crónicas y diccionarios castellanos, y que rara vez se citan en las lemosinas bajo el nombre de *encubertats*, aun cuando he visto documentos que así los llaman, obsérvase una diferencia entre *alforrats guarnits* y *genets*, pero mi diligencia ha sido en vano para hallar la verdadera y exacta definición, por más que he registrado el Du-Cange y otros autores. Prosper Merimée, que acaba de publicar una historia de Pedro *el Cruel*, ha fijado en ella esta nota: «*Caballs armats é caballs alforrats*. Les premiers étaint bordés de fer, les seconds avaient des couvertures de cuir ou de toile piquée;» y más adelante, en el cap. XIX al hablar «des chevaux vifs et légers» ha vuelto á fijar otra nota con estas palabras: *caballo alforado*. El lector deducirá lo que mejor le parezca, pero yo me he decidido á hacer una traducción libre para mayor claridad, ya que no se encuentra el preciso equivalente en otro idioma; y así traduciré *armat*, armado; *encubertats* encubertado; *guarnit*, guarnecido; *genet*, jinete ó á la jineta, y *alforrat* ó *alforat*, ahorrado, cuyo nombre adopto, tanto por su etimología de horro que significa libre ó desembarazado, como por usarlo Zurita, al hablar de las armaduras antiguas y sus denominaciones.

rico. Dividido el territorio en distintas porciones dependientes de condes y barones, de señores así seglares como eclesiásticos, álzanse en las cumbres los sombríos castillos feudales con sus imponentes homenajes y sus muros coronados de almenas, y en la llanura los monasterios cercados de murallas y defendidos por soberbias torres, entre las cuales destaca el campanario románico. La ciudad se eleva convenientemente fortificada en sitios eminentes y sus calles reducidas y estrechas, sus techos desiguales, las flechas de sus iglesias la prestan característico sello. La vida se concentra en el interior del hogar, en el seno del cual una familia apegada á la tradición trabaja y ora, mientras la guerra no impulsa á sus individuos más vigorosos á la lucha. Esas históricas ciudades españolas en que quedó tan profundamente grabado el sello de los tiempos medios, traen á la mente y reproducen con vivísimos colores el cuadro de aquella sociedad. La calle tortuosa y angosta, el hogar sombrío, el muro que quita la perspectiva, parece como que privan al alma de sus legítimas espansiones. Destaca sobre ese conjunto el campanario cuyas vibraciones recuerdan de continuo los deberes de una existencia reglamentada por la religión, y al pié del campanario levántanse las aras y las tumbas entre las que se postra el creyente rogando á Dios la paz eterna á cambio de su tímida plegaria. ¡Qué tristes las dudosas claridades que escapan de los altos ventanales iluminando la frente de la generación que riñe las batallas de la vida y las losas de la que duerme el sueño de la eternidad! Allí en lo alto de historiado sarcófago el obispo vestido de su capa pluvial, ceñida la preciosa mitra, las manos en cruz y la mirada perdida en el espacio; más allá en un nicho abierto en los muros, el guerrero descansando sobre marmórea sepultura y con la espada sobre el frío pecho; y bajo las enormes losas el plebeyo, cuyos títulos grabados en en la piedra por el gremio son los útiles modestos del trabajo. Las polvorientas urnas de plata y cristales guardan las momias de los bienaventurados colocados sobre hermosas aras, y destacando sobre las hornacinas ó sobre el dorado fondo de góticas tablas los mártires, los apóstoles y los arcángeles, con sus palmas simbólicas, sus ramos de inmarcescibles azucenas y sus cruces áureas.

Caballero de la Órden de la Azucena.

En los capiteles el artista desarrolla composiciones que son fiel trasunto de la naturaleza ó de la vida social. Y alternando con los festones de hiedra ó las hojas de acanto, hállanse escenas de guerra y de caza, episodios místicos y toscas caricaturas. En las primeras aparece el caballero armado de piés á cabeza enristrada la lanza en actitud de embestir al enemigo, ó bien se descubre la gente armada sobre las almenas y los torreones de escueto castillo, lanzando piedras y saetas sobre el sitiador, mientras en las segundas un fornido atleta hiere á una alimaña después de haberla derribado ó la persigue montado en ligero corcel. Ora toma forma la parábola mística, ora el cincel combina elementos del reino animal y vegetal en amalgama monstruosa.

Pero si las ideas que prevalecen en la sociedad hallan su natural expresión en las artes plásticas, es lógico que también la pintura en sus diversos géneros las manifieste. Y asi se echa de ver en efecto en tablas de la época y en iniciales de códices. Existe en la Sala de Batallas del Escorial un fresco copia de un lienzo hallado en el Alcázar de Segovia, por los años 1580, que representa la batalla de Higueruela (dada en tiempo de Don Juan II): «vése allí, dice un autor, el campo castellano defendido por estacadas y barreras; el ejército en órden de combate, la vanguardia, re-

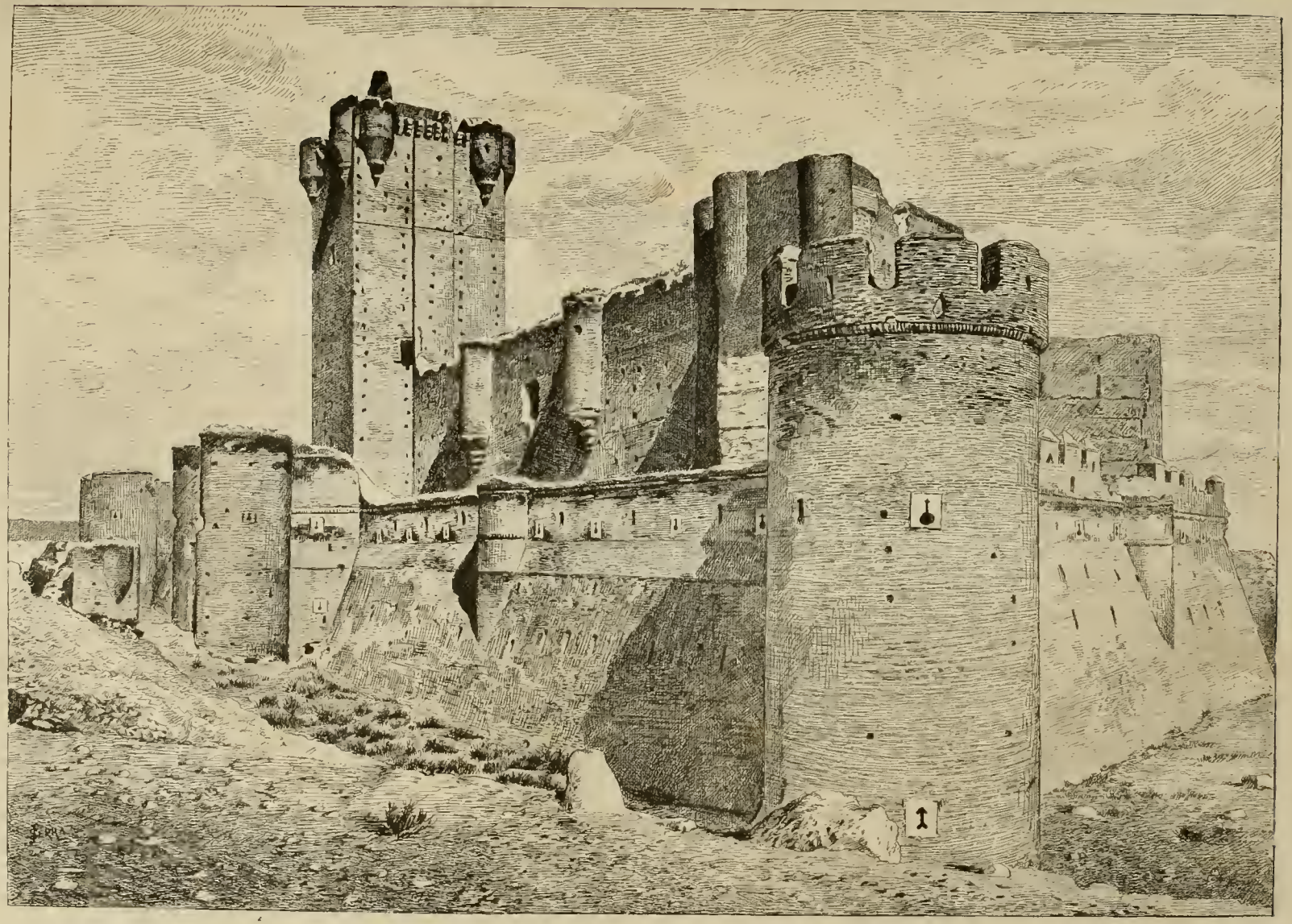
gida por Don Alvaro de Luna y el cuerpo de batalla por el rey, á quien acompañan heraldos y caballeros. La infantería forma por compañías ó collaciones, con intervalos; algunas son de piqueros; pero de ballesteros las más: los soldados llevan por armas defensivas casco y gola y determinan seis filas; la caballería por escuadrones, en órden profundo, y jinetes y caballos van cubiertas de hierro» (1). Pero además de los cuadros de la época que reproducen tales episodios, las caprichosas iniciales de los códices y libros místicos de aquella época ostentan las figuras de guerreros entre variadas combinaciones y atributos, ofreciendo á la indumentaria curiosos modelos que reproducir.

De propósito nos hemos referido á elementos agrupados en el seno de los templos. Convertidos los claustros en asilo de algunos hombres de elevado espíritu, en aquella edad de ignorancia y de barbarie que siguió inmediatamente á la caída del imperio romano, conservóse al abrigo de sus muros sombríos un resto de la antigua cultura, débil fulgor que asomaba apenas entre las generales tinieblas de un periodo de constantes perturbaciones, en que la fuerza lo decidía todo por sí sola. Monjes sabios y perseverantes reunen los escasos libros que por entonces existían y escriben en estilo seco y descarnado la historia de su tiempo, aquellas crónicas que, como la de Isidoro de Beja (siglo VIII), la de Sebastián de Salamanca (siglo IX), la de Albelda (siglo X), y la de Astorga (siglo XI), son los primeros libros que arrojan alguna luz sobre tan oscura época. En este último siglo, el engrandecimiento material de la patria, acompaña un grado mayor de cultura; la Crónica Compostelana y la del Emperador (siglo XII), y las crónicas de Lucas de Tuy y Rodrigo de Toledo (siglo XIII) manifiestan ya que no un espíritu crítico que hubiera sido impropio de aquellos tiempos, mayor mérito literario é histórico. Pero á la par que en las monarquías de León y Castilla, comenzaban las letras á dar señales de vida en los primeros siglos de la reconquista, en Cataluña, donde brillaron en los VIII y X hombres tan doctos como Félix de Urgel y Athón de Vich. En el siglo XI existía ya en lengua catalana la *Historia de la primera Cruzada*, y en el XII se escribieron un *Sumario de la Historia de España,* la *Vida de Carlo-Magno*, la *Historia de Cataluña* y el *Origen de los Condes de Barcelona*, amén de otras obras de carácter místico; por último en el siglo XIII brillan ya con desusado esplendor ciencias y letras, tanto en Castilla como en Aragón y Cataluña; en unos y otros Estados fúndanse escuelas y universidades, y el comercio con los países levantinos contribuye á comunicar nuevo vuelo á las ideas, al par que mayor desarrollo á los intereses materiales. Fecundo fué en verdad este gran siglo para las letras españolas, y con citar los nombres de Fernando I, Alfonso X y D. Jaime el Conquistador, parece como que se sintetiza la cultura de esta época; el idioma castellano reemplaza al latín degenerado de los tiempos medios y al primero de aquellos tres monarcas se debe la traducción del *Forum Judicum* en nuestra hasta entonces despreciada lengua; tan bella ya y tan armoniosa en alguna de las leyes de *Partida*, y tan grave y noble en la *Grande y general historia* (2). Magna empresa en verdad la realizada por el dé-

(1) La *Ilustración Española y Americana* publicó en 1871 la primera reproducción por el grabado de esta batalla.

(2) Háse atribuido á D. Alfonso X la *Gran Conquista de Ultramar*, obra que, según el Sr. Gayangos, debió escribirse en francés, y traducirse al español, á fines del siglo XIII, principios del XIV, y que es en alto grado interesante en cuanto da perfecta idea de los progresos del arte militar en aquella época. Por el siguiente resumen del sitio de Jerusalén, podrá el lector juzgar por sí mismo de la citada obra:

«Comenzaron luego de facer pedreras, é trabuquetes, é manganillas, é castiellos conterminados é con saeteras cobiertas con cueros crudos é sarzos é puentes levadizos para echar sobre los muros, que se levasen en rodiellos é en otros que dicen carretones é assentadas en grandes vigas: é otros engeños que llaman mancos para henchir los valladares de tierra é los barrancos é arroyos é los pasos por do fuesen los castiellos, llano: é otros engeños que dicen gatas é carretas cobiertas con que se llegassen al muro para cavalle... é muchas piedras para tirar más que habie menester sus engeños é manganillos é garrotes é otros que decian fonda-fustes, é eran buenos estromentos de madera fechos á su manera con que se amparaban por encima de los muros de las piedras que les tiraban los de la hueste con las fondas; donde paresce que fonda-fustes tanto quiere decir como tablas huecas é mucho bien fechas e aderezadas para defenderse de las piedras de las fondas... Maestre Nicolás ó Gregorio habia fecho una gran gata que tenien cobierta de cueros crudos delante de las puertas Aureas... é comenzaron á combatir... é ivan muy bien aderezados de fondas, é de picos é azadones, é de expuertas; é cavaron é allanaron la cava que podrie pasar por allí un carro; é llegáronse al muro... E entonces trajeron el engeño que tenían encobierto de sarzos é de cueros, é pasáronle á la cava... é tanto punnaron con él, fasta que lo legaron; é echaron á los muros las escalas de los engeños que iban encorados é ivan caballeros encima del engeño... El engeño que digimos que decian carnero con que habien de ferir el muro para quebrantarle era forrado delante con una chapa de fierro en que habia cinco clavos que tenien cada uno de ellos las cabezas grandes como cabezas de niño; é levároulo sobre unos carretones colgado en manera de balanza é en grandes yugos, é paráronle cerca de la



E. Ullastres, Editor

Tip. Academia

CASTILLO DE LA MOTA EN MEDINA DEL CAMPO

cimo Alfonso, cuyos vastos y variados conocimientos si no hicieron próspero y grande su reinado, prepararon el camino por donde á lento paso debía alcanzar el pueblo castellano grado más alto de intelectual cultura. Si los frutos que podían prometerse del esfuerzo y el ejemplo de este monarca ilustre no se recogieron á su tiempo, por el atraso en que estaba sumida aquella nación, no faltaron ingenios que, siguiendo la senda por él trazada, prestaran su tributo al progreso de las letras españolas. Mas si grande é interesante se nos presenta la figura del autor de las *Partidas* y las *Cántigas*, no menos atractiva y hermosa es la del esforzado D. Jaime I, que á imitación de César *escribió peleando*, y en páginas que resplandecen por su claridad y su buen sentido, trazó el cuadro

Pedro IV el *Ceremonioso*

fiel de su reinado; «obra superior á cuantas se han compuesto en su género, insigne monumento de verdad y de gloria (1),» libro interesante en fin, no sólo por la trascendencia de los hechos que se narran, sino por los abundantes detalles que contiene relativos al arte militar. Célebres fueron también en este mismo siglo las crónicas de Bernardo Desclot (2) y la del capitán Ramón Muntaner (3), autores que hemos citado diferentes veces en esta obra y á los que puede consultarse con gran fruto en lo relativo á las empresas guerreras de los monarcas de Aragón.

puente sobre la cara... E los turcos tomaron caños de arambre luengos, é metieron dentro un aceite que llaman en aquel lenguaje olio petrolo, de que se face el olio que llaman grecisco, é echáronlo sobre el engeño é sobre el carnero.»

Explicando cómo se defendían los turcos, dice: «Para combatir traían cestos, é palas, é picos, é azadones, é expuertas, é porras, é almadonas grandes de hierro, e ballones, é misericordias, é cochiellos, é alfanges, é plomadas, é cadenas para dar grandes golpes, é brazaletes para echar piedras, é guisas... é palancas de hierro, é mazos, é martiellos, é gárfios con cadenas, é barras luengas é gordas...» También las mujeres contribuían á la defensa arrojando «barriles, é picheles, é terrazos, é calabazas, é botijas, é azacanes...»

(1) Introducción á la *Hist. del rey de Aragón D. Jaime I el Conquistador*, escrita en lemosín por él mismo y traducida y anotada por los Sres. Bofarull y Flotats.

(2) *Crónica del Rey en Pere e dels seus antecesors passasts.* Ha sido traducido al castellano, italiano y francés.

(3) Ha sido traducida esta interesante crónica al castellano por el Sr. D. Antonio de Bofarull.

Predominantes en la sociedad española casi exclusivamente dos tendencias: la religiosa, y la militar, échase también ésto de ver en las producciones literarias. La naciente poesía castellana se consagra á cantar las proezas del Campeador en aquel *Poema* originalisimo que se titula *del Cid,* anterior al cual existe una relación del sitio de Almeria, redactada en un lenguaje ni latin ni castellano aún, en que aquel héroe es mencionado; y además del citado poema los del *Conde Fernán Gonzálex* y el *Poema de Alejandro* (1) escrito éste á mediados del siglo XIII por un clérigo de Astorga, son otras de las obras de que es indispensable hacer aquí mención, por cuanto arrojan alguna luz sobre el arte militar en la Edad Media. Empero en ellas pueden también estudiarse los progresos de nuestro idioma que en el poema de Gonzalo de Berceo aparece más formado ya, más facil y armonioso. A mediados de este siglo entre las obras misticas, vemos aparecer en Castilla tratados de astrologia, jurisprudencia y astronomia, tales como el *Libro de la Açofeha*, el *Orden judicial* y el *Libro de las Armellas,* y en Aragón la *Exposición del Libro de Hugón de Luca* sobre cirujía. Pero al citar estos primitivos timbres de la cultura española, importa consignar cuánto debe nuestra patria á los judios y á los moros, protegidos celosamente por algunos monarcas castellanos y aragoneses, como á grandes cultivadores que eran de la astronomia y de la medicina.

Dos eminentisimos varones, el mallorquín Raimundo Lull y el catalán Arnaldo de Vilanova, destacan entre los de mayor doctrina que produjo su siglo. La vida del primero abunda en peripecias y aventuras, y es fiel trasunto del estado de su época, en que á las agitaciones de una juventud borrascosa, seguia muchas veces el silencio y la paz de una celda: viajero y penitente, peregrino, apóstol y mártir, el *Doctor iluminado* es una figura altamente interesante y dramática. Sus viajes constantes no le impidieron componer numerosos volúmenes sobre toda clase de materias, divinas y humanas, entre ellos su *Arte Magna,* obra famosa que estudió el inmortal Leibnitz. La primera mención de la aguja imantada hállase en sus libros, y á él han atribuído algunos este invento así como la invención del ácido nítrico. Filósofo y médico á la par, Arnaldo de Vilanova, después de haber estudiado con gran perseverancia en su patria, consagróse á viajar y pudo entonces, como Lull, desarrollar más y más la esfera de sus conocimientos, ya por medio del trato con los sabios de otros paises, ya asistiendo á las más famosas escuelas, especialmente á la Universidad de Paris, en cuya ciudad se estableció. Vilanova se consagró con ardor al cultivo de la medicina y pagó también tributo á las preocupaciones reinantes con respecto á la astrologia, pero dotado de un espíritu critico y penetrante, escudriñó la naturaleza é inauguró un nuevo camino para el estudio de esta rama de la ciencia. Por su nacimiento pertenece al siglo XIII: murió, sin embargo, ya entrado el XIV, dejando escritas en latin buen número de obras.

No nos incumbe, dada la índole de esta publicación, trazar un cuadro abundante en detalles de nuestro progreso intelectual; y asi, haciendo caso omiso de las obras místicas escritas por estos tiempos, y aun de algunas de índole profana, tales como los *Signos y Planetas*, *Horas menguadas* y *El Tesoro* traducción éste del francés, consignaremos sólo como curiosisimo detalle, que durante este mismo siglo XIII vió la luz aquel famosisimo *Amadis de Gaula,* regocijo de pajes y dueñas, modelo de hombres bien nacidos y norte de andantes caballeros. El canto de los trovadores (2)

(1) En este poema hállanse enumeradas muchas de las máquinas de guerra de la antigua tormentaria; y el lector podrá formarse idea de su estilo por el siguiente trozo en que se habla de las mismas:

Fué luego la madera aducha é labrada
El engenio fecho, el archa cerrada,
El castiello fecho con mucha algarrada...
Posiéronlo en tornos por mas rafes le traer,
Ca no l' podien otra guisa traer ni mover
Fasta quel ovo cerca del muro á poner..
Artes de muchas guisas que tenien sacadas
Volavan las saetas con venino tempradas
De piedras é dardos ivan grandes nubadas...
Con los almoianejes daban grandes golpadas
Que avien de las torres mas de las medias aplanadas...
Facianle grant danno de diversas maneras
Con cantos é con galgas é con azconas monteras
Que ya querien los defuera el adarve entrar
Mas bien gelo sabian los de dentro vedar,
Que tant muchas podien de las galgas echar
Que les facien un poco sin grado á quedar...
Fizo facer una cappa de muy fuertes maderos
Que bien cabrien so ella quinientos caballeros,
Tirábanlas por torno tres caballos sineros,
Alli non temien galgas, non temien ballesteros..,
Dijol que avie Dario las carreras sembradas,
De clavos de tres dientes las puntas aceradas,
Por meterla los caballos, dannar las peonadas.

(2) El distintivo de los trovadores era la composición de la letra y de la música y el de los juglares la ejecución de las poesias ajenas. Unos y otros recorrian constantemente las cortes feudales durante las estaciones primaveral y estival, adquiriendo los prime-

resonaba ya bajo las bóvedas de los castillos, y era también otra escuela de cortesía, la más propia para templar la rudeza feudal y suavizar las costumbres. Originaria de Provenza, aquella hermosa tierra en que mayores raíces echó la cultura romana, la poesía lemosina se aclimató en Cataluña, donde también fueron poetas sus reyes, un D. Alfonso II, un Pedro II el héroe de las Navas, un Pedro III, el adalid de Sicilia, y un Pedro IV el Ceremonioso. Famosos trovadores fueron Giraldo de Cabrera y los Guillermos de Bergadá, de Cervera, de Mur y de Tudela, Arnaldo el Catalán, Olivier el Templario, Amaneo des Escás, D. Fadrique de Sicilia, Jaime March (autor de un *Diccionario de Rimas)* Aversó y Castellnou *(Gaya Ciencia, Leyes de Amor)*. Por donde se vé que fué cultivada la poesía, así por ilustres monarcas como por elevados personajes de su córte. Los dos ultimamente citados fueron quienes importaron á Barcelona la institución de los Juegos Florales, que halló especialísima protección por parte de D. Juan I, D. Martín y D. Fernando I. «La influencia de la poesía provenzal ó de los trovadores, dice un historiador catalán, que fué tanta en Italia y Alemania, no dejó de experimentarse en Castilla; pero sin embargo, estuvo muy léjos de ser lo que se creyera, atendiendo el favor que alcanzaron los trovadores occitánicos en la córte de aquellos monarcas. La poesía provenzal había buscado auxiliares á los ejércitos de Castilla, excitando los reyes á la pelea, ensalzado y llorado á los príncipes; se había tenido por el más preciado adorno de las fiestas de la córte, y alguna de sus composiciones llegó á ser aprendida de memoria por las personas que rodeaban el trono. Todo esto debió trascender en las maneras y el habla, mas no produjo, dice Milá, una escuela de trovadores en lengua castellana... La tradición trovadoresca llegó á Castilla, entre otros conductos, por el de la poesía catalana con D. Enrique de Villena. En ella bebió el marqués de Santillana, y testigo son de este hecho los elogios del marqués á los preceptistas de estos reinos y los versos catalanes de Villasandino.»

No se encuentran aquí estos datos fuera de lugar, si se tiene en cuenta los detalles militares

ros según su mérito, fama y honores, regalos y feudos: no así los segundos que trovaban exclusivamente para procurarse el sustento.

Curiosas por demás son las siguientes noticias que copiamos del discurso de recepción del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer en la Academia Española:

«Cuando Alfonso VII proyectaba su empresa de armas contra Almería, acudió, lo primero de todo, á un trovador provenzal, como elemento de propaganda, según ahora, por ejemplo, se acudiría á la prensa para sondear la opinión y levantar el espíritu público á favor de una empresa patriótica. Vivía entonces Marcabrú, uno de los más antiguos poetas provenzales que se conocen, y vivía seguramente en Castilla. A él se acudió, y hubo de dársele el encargo de componer un canto para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guiena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso VII.

Compuso Marcabrú su canto. Es aquel que empieza:

«Pax in nómine Dómine
Fes Marcabrú los mos e'l so
Auiatz que di »

«Paz en nombre del Señor. Es Marcabrú quien hizo este canto, letra y música. Oid lo que dice.»

Los juglares, es decir, los cómicos de entonces, partieron en seguida para propagar la poesía, que iban cantando por cortes y castillos, por pueblos y comarcas, tratando de provocar el entusiasmo á favor de la empresa que proyectaba el monarca castellano.

No hubo de obtener el canto de la *Piscina*, como así se le llama, gran resultado entre los barones de allende los Pirineos, aun cuando parece que lo obtuvo completo en Castilla, donde todo induce á creer que Marcabrú era popular. El poeta escribió entonces un nuevo canto *(Emperaire, per mi mezeis)* dirigido esta vez al rey y á los barones castellanos. En él combate la conducta de los que han sido sordos á su primera invitación, les acusa de cobardes, egoistas y traidores, alienta al emperador (Alfonso VII), «en quien vè crecer cada dia más la prez y la valia,» y le incita á llevar á cabo su empresa con sólo el auxilio de los catalanes.

Según se ve y se deduce, debia esta poesía cantarse á coro por masas de pueblo y de soldados, en las aldeas y lugares de Castilla, provocando el entusiasmo público á favor de una empresa que se realizó y obtuvo el éxito más completo, para gloria de sus capitanes, el rey D. Alfonso y el conde Berenguer IV de Barcelona.

Ya después de Marcabrú los trovadores son numerosos en Castilla y en León.

Vemos, por ejemplo, que no nacidas aun las musas castellanas, es la lira provenzal de Pedro de Auvernia la que entona un canto de alabanza en honor de Sancho III al subir éste al trono que sólo pocos meses debia ocupar *(Bel m' es quan la rosa floris)*; así vemos al famoso Beltrán de Born dirigir á Alfonso VIII *el de las Navas*, uno de sus mejores y más varoniles *serventesios (Mieg serventes vullhfar)* para empujarle á intervenir en los asuntos de Provenza; á Floquet de Marsella lamentar en levantadas estrofas la rota funesta de Alarcos, pidiendo á los pueblos y á los reyes que se alzaran en favor y auxilio de Castilla y de su noble monarca *(Hueimais no i conoco razó)*; á Giraldo de Calansó confundir su llanto con el del pueblo castellano para dedicar una sentida elegia á la muerte del príncipe D. Fernando *(Belh senhor Diens)*; á Gavaudan *el viejo* profetizar la jornada gloriosa de las Navas, en la cual tomó parte como soldado *(Profeta será en Gavaudas)*; á Aymerico de Peguilhá recordar su estancia en Castilla en unos versos que debian ser inmortalizados por el Petrarca *(En Castela, al valen rey N' Anfós)*; á Pedro Vidal predicar la unidad y la integridad de la pátria española, reprochando duramente á los monarcas españoles sus odios y rencores mútuos y pidiéndoles su concurso para combatir al enemigo comun hasta que España fuera una y tuviera una sola ley y una sola fe *(Als quatre reis d' Espanha)*; á Rimbaldo de Vaqueiras, por fin, escribir en castellano, ó mejor en gallego, los versos más antiguos que se conocen en esta lengua *(Mas tan temo vostre pleito)*.

en que abundan estos poemas y poesias, ya describiendo las armas y trajes de los caballeros, ya torneos, desafios y batallas: una prueba de ello tenemos en el poema de Guillermo de Tudela relativo á la guerra de los albigenses); en la epístola de Ameneo de Escás (1278) en que este trovador pone en boca de una doncella varias instrucciones dirigidas á un escudero sobre el modo de vestirse y equiparse para la guerra, dando buen número de detalles respecto al armamento, y en el *Romance* de Girard de Vienne en que se describe la armadura completa de un caballero. Datos son estos no despreciables en verdad y á los que debe recurrir el historiador militar con el mismo solícito afán que á las crónicas y memoriales de la época; demás de que en tales poemas y romance hallará un trasunto del estado social de aquellos siglos, tan perfectamente retratado en las escenas de costumbres caballerescas.

Adviene el siglo XIV y va en aumento el desarrollo de la cultura en las monarquias cristianas de nuestra patria (1). En Castilla brilla el infante D. Juan Manuel, hombre de alma inquieta y apa-

(1) En este siglo se compuso el *Poema de Alfonso IX*, poema coetáneo de la batalla del Salado, y tan interesante por lo que respecto á noticias militares, que no podemos menos de continuar aquí algunos fragmentos relativos á la citada batalla.

El ejército cristiano avanza hacia el Salado

De sus armas bien guarnidos,
El puerto yuan tomando,
Los pendones bien tendidos,
E los reyes los guardando,
Yuanse contra la sierra
Con muy gran placer sin arte,
Los que eran de vna tierra
Acostauanse á vna parte.
Salve Rexina yuan resando
Ricos ommes e infançones
De la tierra comulgando,
Cavalleros e peones.
Arçobispos e prelados,
Dauan muy grandes perdones
E obispos e abades
Todos fasian oraçiones
Los reyes yuan esforçando
Noblemente su campanna
Castellanos aguardando
Al muy noble rey de Espanna
Que yuan en aquel dia
Segund rey de grand bondat
Vn castiello pareçia
Entre la xristiandat.
Commo natural guerrero,
Dexiendo buenas rasones
Armas leuaua de asero
Con castiellos e leones
El su cuerpo muy loçano
Guarnido a muy grands brios
Una maça en la mano
En sennal de sennorio.
E por yr mas conosçido
Leuaua sobre sennales
Vn su pendon bien tendido
Entre los sus naturales.
Al Salado fué llegando
Este rey, noble baron
E los moros oteando
Commo vn brauo leon.
Dixo: amigos, esforçar
La mi limpia criason
Agorra biesse en este logar
Quantos en el mundo son.
Caualleros e peones
El dia es muy alçado
Vayamos tomar quitaçiones
Allende el rio Salado
Ya el dia mucho anda,
Esforçar, xristiandat,
Caualleros de la vanda,
Oy beré vuestra bondat
Esforçar e non temed cosa,
Al ferir de la espada,
Que la vanda muy fermosa
Oy sea por bos honrada..
Las lanças non echaremos
Mas ferir à manteniente
Golpes çiertos faremos
Feridos esprissa miente.
E si la lanza quebraren
De los golpes que fesieren
Ssépanse bien ayudar
De las espadas que tovieren.
Oy veré quien me ayuda
E si la lid vençier
Con rrason buena tenuda
Gelo cuydo cognoscer
Faserle he merced complida
Commo deuida sin porfaço
Llamarlo he en mi vida,
Mi escudo e mi braço.
En el mi cuerpo granado
Yo lo cuydo de poner,
Que sienpre sya nonbrado
El buen fecho que fesier...
Non ayades que temer
Estos moros, que son pocos
Conusco cuydo vençer
Este Dragon de Marruecos
E aquesta sya su fin,
Dios nos querrá ayudar,
Que el rey de Benamarin
Nos non podrá escapar...

Batalla del Salado

Honse asses de grand conpanna,
Fiso el rey moro fuertes,
Desde el mar á la montanna.
Beynte e çinco alinogotes,
Guardadas están las ases
Apostadas noble miente,
Con ellos muchos arrases
En poderes de Oriente.
Setenta mill soldaderos
Son los moros en la montanna,
Trese mill son caualleros
Del parte del rey de Espanna.
De vna parte del Salado
En ases entran paganos
En tropel están xristianos
Con su rey bien aventurado.
Moros estavan tanniendo
Atabales marroquilos
De la otra rrespondiendo
Tronpas con annafiles.
Llegó contra el Salado,
El rey moro de Granada
Su bacinete dorado
En la mano su espada.
Al Salado fué llegando,
Adelante los arqueros
Yuanlo acompannando
Siete mill caualleros.
Dixo contra sus paganos:
Non temades de morir
Muy pocos son los xristianos
No nos podrán sofrir.
E este rrey portagalés
Non sabe lid ferida,
De matar puerco montés
Pasó siempre su vida...

Granada luego llamaron,
Llegaron contra el Salado,
Tres ommes de pié mataron
En el primer encontrado
Ganando yuan tierra,
Vençian lid campal,
E de partes de la sierra
Salió el rrey de Portogal.
Esforçó los fijos dalgo
Fué cometer el torneo
Llamando yua Santiago
Fijo del Sebedeo.
Todos se luego ayuntaron
La lid fué cometida

sionada, tan valeroso en el campo de batalla como distinguido por su extraordinaria cultura. A él se deben la *Crónica de España*, y los libros titulados *de los Sábios*, *del Cavallero*, *del Escudero*, *del Infante ó de los Estados*, *de los Cantares*, *de los Ejemplos*, *de los Consejos*, *de la Caza*, *de los Engeños* y el *del Conde de Lucanor:* de cuyos libros, merece el cuarto especialísima mención, pues en él trata tambien del arte militar (1) siendo muy de deplorar la pérdida del penúltimo que estaba

Vn torneo començaron
Don muchos perdieron bida.
Brauamente se ferian
Xristianos mny bien lidiaron
Las lanças les fallesçian
De las espadas se menbrauan.
Terciauanlas en las manos
Apretauan los mugorones
Dios ayudó á los xristianos,
En las primeras entençiones
Continuaron la fasienda
Moros boluieron de arrancada
Apriesa tornó la rrienda
Juçaf, rey de Granada...
É yuan con grand mansiella
Fuyendo por los oteros
Biólos el rrey de Castiella
E llamó los caualleros...
Allende el rrio se ayuntaron
Muy grand poder de conpanna
E Santiago llamaron
El apostol de Espanna.
Ochosientos son sin falla,
Estos de la delantera
A ellos salió don Audalla
Que tenia la has primera.
Adelante los arqueros
Llegaron contra el vado
Cometieron los caualleros
Que pasaron el Salado.
A grandes golpes çerteros
Comienças de se ferir
Muchos eran los arqueros
E ferieron los foyr.
E los moros de la sierra
En los xristianos golpando
Xristianos perdiendo tierra
Santa Maria llamando.
Moros auian folgura
E xristianos gran mansiella,
E Dios enbió ventura
Al noble rrey de Castiella
Que los suyos tornar vió
De pos dellos los paganos
Contra los moros salió
Esforçó los catellanos.
Con grand brauesa entraron,
Los de la vanda llamó
Salió de la costanera
La delantera tomó
Fiso los moros arqueros
Con muy grand miedo temblar
E fiso sus caualleros
A la batalla tornar
Soficóse en la siella
E dix á su caualleria
Yo so el rrey de Castiella
Que cobdicié este dia!...
Salió por una ladera
Aqueste buen rrey corriendo
Yuase en costanera
El arçobispo de Toledo
Los de Tarifa salieron
Todos carrera le dan
E por rreal ferieron
Commo fuego de alquitran
Todo poder fué ayuntado
Con la caualleria de Espanna
Grand torneo fué mesclado
Ferido por muy grand sanna.
Los moros perdian tierra
E por el monte sobian
E por medio de la sierra
Ondas de sangre corrian...
Llamando yua Espanna,
El rrey don Alfonso el buenc;
Asi rompió la montanna
Como la piedra del trueno
Seys ases desbarató
Mató muy grand potestad·
Honse sennas quebrantó
Por los trenos de la verdad...
Cobiertos eran los puertos
Hasta las aguas del mar,
Atantos eran los muertos
Que s empre habrá que fablar.
Yasian todos los puertos
Mas negros que los carbones
Cobiertos de moros muertos
E de sennas e de pendones
El rrey moro escapó
Bil, con muy poca conpanna
E dexo bien quinse mil
Muertos por esta montanna...
Dios ayudó á la su ley
E Africa quebrantó
Por honrra del noble rrey
De Espanna adelantó.
En noblesa e en sennorio
E en valor e en altura
En fama e en poderio
Al buen rrey dió la ventura.

(1) Encabeza el autor esta importante obra con las siguientes palabras: «Este libro compuso D Johan, fijo del muy noble infante D. Manuel, adelantado mayor de la frontera et del reino de Murcia, et fabla de las leyes et de los estados en que viven los homes, et ha nombre el *Libro del Infante ó Libro de los Estados*, et es puesto en dos libros. Et el primero libro fabla de los legos, et el segundo fabla de los estados de los clérigos, et el primero ha cient capitulos, et el segundo ha cincuenta capitulos.»

D. Juan Manuel, pone en boca de un sabio, un varón de gran santidad, un rey y un infante, diferentes preguntas y respuestas, que dan lugar á una serie de discursos sobre diferentes temas, en los que se comprenden los más importantes estados de la vida humana. Interesante por demás en cuanto da idea de los principios politico-sociales que prevalecían en aquella época, sube de punto el valor de esta obra si se la considera desde el punto de vista militar; pues su autor, con una claridad y precisión verdaderamente notables, establece en los capítulos LXX á LXXV de la misma, «los deberes de un caudillo, las precauciones que ha de tomar en la guerra con moros, las estratagemas y ardides de que se ha de guardar, y la manera como ha de asegurar la victoria, dando al propio tiempo detalles interesantísimos sobre la manera de pelear de los moros granadinos.»

Reasumiremos las importantes advertencias que se hacen en el discurso que, relativamente al mooo de guerrear entre príncipes cristianos, dirige Julio el infante.

Comienza manifestando los males que consigo lleva la guerra, «ca por ella, dice, vienen pobreza et laceria et pesar, et nasce della la deshonra et muerte, et quebranto, et deservicio de Dios, et despoblamiento del mundo, et mengua de derecho, et de justicia;» y en esto se funda para condenarla, considerando como caso extremo en que debe aceptarse, la deshonra. Cuando por ningún medio puede evitarse la guerra, pues se funda en causa tan justísima, estima que los príncipes deben apercibirse para hacerla: llegado este caso deben reunir hombres, armas, vituallas; poner buenas guarniciones en los fuertes, abastecerlos bien, y demoler aquellos que no fueran susceptibles de defensa; pero advierte que no se distribuya el ejército en las plazas fuertes en tal manera que no quede disponible el contingente necesario para hacer la guerra. Aconseja que el caudillo no se deje encerrar en lugar alguno, y que al frente de un enemigo superior en número, rehuya en lo posible el combate, salvo en circunstancias excepcionales y forzosas. Pero esto no obsta á que le moleste y acose constantemente, manteniéndole en jaque y obligándole con atrevidos movimientos á levantar los sitios que tuviera puestos ó á diseminar sus tropas: este sistema es sobre todo recomendable en invierno, pues en verano debe procurar el sosiego de su gente «fasta que haya cogido el pan et el vino otrosí, para que pueda librar et enfortalecer los lugares que tuviere.» No debe desperdiciar la ocasión de sembrar rencillas entre el enemigo y sus vecinos, y aun si pudiere entre sus vasallos. Una de las cualidades indispensables al caudillo es la mayor reserva

consagrado á poliorcética y máquinas de guerra. En Aragón el rey D. Pedro IV compone también en este siglo la *Crónica* de su reinado, obra abundante en datos interesantes para nuestra historia militar, y á la que hemos recurrido con gran fruto al redactar nuestros anteriores estudios. Aparecieron por este tiempo en Aragón y Cataluña las *Ordenanzas de la Casa real*, las de Jaime II sobre trajes y armas, las *Crónicas de Aragón* y *Sicilia*, y la célebre *Carta hidrográfica plana* de Vila Destés, la primera conocida y en la que se comprende todo lo hasta entonces descubierto. En Castilla compone Sanchez de Tobar la crónica de los Reyes Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV y prepara la de Alfonso XI, que termina Villasán, á la que siguen las de Juan de Castro y la del canciller

en todos sus planes: en cambio debe ser diligentisimo en procurarse noticias acerca de los que abriga el enemigo. Cuando acampare debe colocar á conveniente distancia de su ejército escuchas, y no entrar en lugar ó aldea que deje de reunir condiciones de defensa. En marcha precederán á la fuerza algunos jinetes para «atalayar y descubrir la tierra» y otros tantos á la zaga (retaguardia) y costaneras, con objeto de dar aviso de las novedades que ocurrieran. Procurará evitar los barrancos, puertos, desfiladeros, rios, etc., y en caso de no poder elegir otros caminos, colocará delante algunos ballesteros y escudados, y con ellos algunos caballeros que guarden la entrada y salida del paso; evitará las marchas de noche, cuando el ejército sea numeroso, y caso de tener que ejecutarlas, colocará en la vanguardia, centro y retaguardia (delantera, medianera y zaga) tres añafiles ó bocinas «en guisa que se oyan los unos á los otros.» Estos añafileros deben colocarse junto á los respectivos adalides. En Aragón, dice, que en vez de estos instrumentos músicos llevaban las tropas un *faraón*, ó sea un instrumento en el que se colocaba una haz de leña encendida y que servia para orientarse las tropas.

Entra luego el autor á considerar las tres clases de guerra á que puede verse obligado el principe, ó sea, con enemigo más poderoso, igual en recursos, ó inferior á él. En el primer caso manifiesta que debe evitarse la guerra á todo trance, pero de no ser esto humanamente posible, creyendo, como cree, que Dios, árbitro de las cosas humanas, volverá por los fueros de la verdad, ha de apercibirse para la lucha poniendo en él toda su confianza. «Entonces, dice, la primera cosa que debe facer es que ponga muy buen recabdo en las sus fortalezas et en las fronteras, porque sea la su tierra guardada lo más que pudiere de dapno, et guisar que su contrario non se haya de mantener et gobernar de lo que toviere en las fortalezas, et que non pueda robar nin tomar de lo suyo dél en que se mantenga. Et debe guisar que le destruya todos los logares onde entiende que puede haber vianda, et vedarle que non pueda sembrar nin labrar las viñas; et en cuanto durare el invierno debe poner toda su sabidoria en se guardar de tomar daño; et desque entrare el verano, si tanta gente toviere porque pueda cercar á su salvo á aquel con quien ha guerra, et estudiere en tal lugar que por alguna mengua que haya de gente ó del bastimiento ó de fortaleza del lugar, que pueda tomar el lugar á aquel con quien ha guerra, et en tanto tiempo como él pueda mantener la hueste, débelo facer; pero debe dejar recabdo tal en sus fortalezas, porque si saliere de aquel lugar et se acogiere á otro, que lo guarden, que non puedan tomar daño dél. Et él non se debe partir de aquel lugar que tiene cerca fasta que lo tome. Et si cumpliere debe poner engeños et facer cavas et traer otras maestrias que son menester para tomar los lugares. Et antes que comience la hueste debe catar recabdo de todas las cosas que ha menester, et en los otros lugares debe guisar de los estragar et de los talar los panes et viandas; et debe guardar que en cuanto durare el invierno que non haya ninguna pleitesia nin ninguna calma con él, sinon que le dé á entender que face todas sus fechas muy cuerdamente et con grant esfuerzo et que se atreve mucho á él...»

Seguidamente expone lo que «debe facer el principe cuando hoviere guerra con otro egual de si,» y en este segundo caso, comienza por encarecer la necesidad de hacer la guerra con derecho, para tener propicio á Dios. «Lo que se puede facer por sabiduria ó por arteria de los homes, añade, es esto: que sabrá home qué gente trae aquel con quien ha de haber la lid, et qué cabdiello es, et de qué esfuerzo, et cómo vienen cabdallados, et de cuál esfuerzo son et como vienen armados et encabalgados; et si entendiere que son mas et mejores que los suyos, debe dar á entender que ellos los tienen muy en poco, et esforzar mucho los suyos, diciéndoles muy buenas razones et contándole los debdos que han con él et prometiéndoles muchos bienes, et otrosi contándoles la razon del mal debdo que han con aquellos sus contrarios et los tuertos que dellos han recebidos, et cuánto deben facer por se vengar et por lavar su honra adelante, et decirles muchas buenas fazañas de los reyes que fueron, et cómo por esfuerzo se vencen muchas lides de pocos á muchos, et por flaqueza de corazon et desmayo son muchas veces vencidos los muchos. Et destas maneras debe decir et facer cuanto pudiere; et si los viere por ojo, debe parar mientes cómo vienen; et si viere que vienen muy esforzados et muy bien cabdellados, entonce debe aun esforzarse mas, pues la lid non se puede partir. Otrosi debe tomar cuantas aventajas pudiere, asi como del sol et del viento que den á él de espaldas, et á los otros de cara; et si pudiere catar el mejor lugar et mas á su pro, como de barranco ó de rio, et salieren de monte ó tremedal ó cualquier lugar porque puedan los suyos ir ayuntados et bien acabdillados, et los otros hayan de venir esparcidos, entonces los debe acometer tan apriesa et tan bravamente que non los deje ayuntar, et si entraren de las feridas, débese nombrar á si et su apellido, et mandar que digan todos: «Feridlos, que vanse et vencidos son» Et digovos que algunos vencieron ya por esta manera. Et si alguna destas maneras non las pudieren traer, debe parar mientes cómo vienen; et si vinieren en haz, debe facer de los suyos tropel, et poner los caballos que trojieren caballeros armados en la delantera et el señor en medio, cerca del su pendon, asi que la cabeza del caballo del alferez esté la pierna derecha del señor, et ir asi muy apartados fasta que lleguen á las feridas, et debe mandar á los suyos que fagan cuanto pudieren porque tomen ó derriben el pendon del su contrario, et dende adelante fágase lo que Dios toviere por bien; ca fasta este lugar cumple el seso, et dende adelante Dios et los buenos homes sofridores et de grant vergüenza et de grandes corazones lo han de facer.

«Et si viere que los otros vienen bien asi como él querria ir, pues la lid non se puede partir, debe facer que los suyos vayan en punta, es decir, que vayan adelante tres de caballo et en pos de ellos cinco, et en pos de ellos ocho, et en pos ellos doce, et en pos ellos veinte, et en la zaga algunos buenos caballeros, porque cuando la su punta entrare por el tropel, que la zaga no enflaquezca...

«Et aun hay otra maestria, que si los suyos son mas et mejores, et vieren que los otros vienen en tropel, debe él facer de los suyos cuatro ó cinco haces que vayan unos en pos de otros, et que vayan tan cerca que los caballos vayan á las ancas de los otros, et el señor et el pendon deben ir en la haz que sea tras de la postrimera, es ir, en medio de todas las haces, et debe de poner dos á la una de cada parte, porque luego que el tropel de los contrarios entrare por las haces, que las dos alas que los cojan en medio. Et como desuso es dicho, deste lugar en adelante non hay otro seso nin otro acabdellamiento sinon la voluntad de Dios et lo que ficieren los buenos»

Este interesantisimo discurso termina con las siguientes palabras: «Mas por mucho que escribamos si (el infante) non hobiere buen entendimiento de suyo, todo le prestaria poco, ca bien entendedes vos, señor, que en los tiempos apresurados de las guerras et de las lides non puede haber vagar entonce de volver las fojas de los libros para estudiar con ellos.» ¡Saludable advertencia que en ningun tiempo conviene tener en olvido!

Pedro López de Ayala (Crónicas de Pedro I, Enrique II y Juan I), en la cual, así como en otras obras del citado canciller y cronista, nótase ya algún adelanto en la manera de escribir. Por de contado que sobre ser en general el estilo desaliñado é indigesto, no es fácil buscar gran imparcialidad en estas obras escritas junto á las gradas del trono.

La cultura intelectual reflejóse á fines del siglo XIV y principios del siguiente, en las córtes de D. Juan I de Aragón y D. Juan II de Castilla, monarcas más dados á las letras que á las armas. Recibiendo estímulo de los reyes y dando el ejemplo los mismos magnates, en ambos Estados, la poesía y otros ramos de amena literatura tomaron gran incremento y vuelo. D. Enrique de Aragón, del que por desgracia no nos quedan los trabajos científicos, Santillana, López de Mendoza y Mena brillan entre los ingenios más esclarecidos de esta época, acreditando el segundo, según él mismo dijo: «que la ciencia no embota el hierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero.» Y en verdad que las Musas no fueron en España esquivas á las armas, y las academias donde lucen el ingenio y la galantería, nuevos palenques abiertos á otro género de luchas, confirman una vez más el caballeresco lema de *Patria*, *fides* y *amor*, adoptado por nuestros trovadores.

Caballero aragonés de principios del siglo XIV

Dadas tales aficiones, se comprende que la vida de las cortes participara de un carácter risueño y fastuoso. Las estrechas relaciones que unían con los países levantinos á la monarquía aragonesa, gracias á la marina catalana, y el íntimo contacto con los árabes, échanse de ver en la indumentaria de este período, en que á la riqueza de los tejidos orientales y españoles, hay que unir los primores de la orfebrería. Así es por demás pintoresco el conjunto que ofrecen las solemnes festividades del culto católico en el interior majestuoso de nuestras catedrales, la animación de los torneos y de las justas, y el desfile de las huestes al marchar á los combates.

No menos interesante el espectáculo de los campamentos. La variedad de trajes, divisas y banderas, el imponente aspecto de los caballeros cubiertos de hierro, el abigarrado conjunto de gentes de todas procedencias, vestidas y armadas de diverso modo, muchedumbre entre la que pululan el fraile y el juglar, el mercader y la ramera, presta característico sello á este cuadro. Toda la actividad social parece concentrada en esos campos, que andando el tiempo pueden calificarse de ambulantes ciudades. Allí la vida es ruda y trabajosa; el peligro constante. A las fatigas de una marcha que soporta el soldado agobiado por sus pesadas armas, suceden los riesgos del sitio, largo y porfiado las más de las veces; y á los horrores de la matanza suceden los horrores de la peste ó los tormentos del hambre. En Algeciras llega esta á tal extremo que devoran los guerreros el cuero cocido de sus escudos y los que no perecen extenuados son víctimas de aquellas terribles enfermedades que, como la peste del landre, diezmaban rápidamente los ejércitos y parecían compañeras inseparables de la guerra. Asombra en verdad leer los relatos de las cruzadas, causa admiración el extraordinario heroísmo desplegado en las luchas de aquellos siglos.

Entablada la pelea mano á mano, se fiaba su resultado al valor individual, y por eso cada guerrero debía ser un héroe y el rey el primero de los soldados. Pero entre estos á la caballería esta-

ba reservado el principal papel, y su importancia en los campos de batalla es tal que ni aun cuando el cañón aparece entre las máquinas de guerra abandonan de improviso aquellos: bastante generalizado está el uso de las armas de fuego, y aun toma parte en la refriega el *hombre de armas*, cubierto de hierro de piés á cabeza, inerte y pesado, representación perfecta de una sociedad estancada y refractaria á todo progreso. «El raciocinio dicta, dice Almirante, que el primer jinéte que vió traspasada por una bala de espingarda ó culebrina su antes impenetrable loriga ó cota de mallas debió desde aquel momento arrojarla y buscar su defensa en nuevos medios; pues no fué así:

Infante D. Juan (hijo de Pedro IV de Aragón)

lo que ocurrió al hombre de armas fué despreciar más al «cobarde» peón que, como dijo Bayardo, asi «volcaba á un caballero,» y sustituir las mallas, que tan mal guardaban el orgulloso pecho, con gruesas láminas ó placas de templado acero á prueba de *pelota:* nombre que explica la imperfecta esfericidad y el poco acierto de las primeras balas de espingarda. Aún más; la infantería suiza y luego la española, que la eclipsó con sus memorables arcabuces, cubrieron de acero la parte superior del cuerpo, inclusos los brazos; y el infante, piquero ó falangista, se llamó *coselete*, casi hasta principios del siglo XVIII (1).»

Pero la pólvora que concluye con la importancia de la caballería, modifica también la poliorcética é influye desde luego en la arquitectura militar. Cambian las condiciones del ataque y de la defensa, como cambia el modo de ser de las distintas clases sociales. El cañón anuncia el advenimiento de los ejércitos permanentes, la brújula y la imprenta vienen á señalar nuevos derroteros á la actividad y al pensamiento humano. La monarquia se robustece; España extiende sus dominios allende el Mediterráneo y un nuevo mundo surge de improviso del fondo de los mares, evo-

(1) *Dicc. Militar*, p. 194

Fernando el Santo

Alfonso IX

Alfonso el de las Navas

Pedro el Cruel

Juan II

E. Ullastres, Editor *Tip. Academia*

REYES DE CASTILLA

cado por el genio de un ilustre navegante. La Edad media ha concluído y el espíritu saluda regocijado los albores del dia que en la historia se llama el *Renacimiento*.

Pongamos aqui punto á esta parte de nuestro Estudio, no sin consignar que en los tiempos medios, como en la antigüedad, la guerra marchó á compás de la civilización, la secundó; fué la fuerza motora por decirlo asi; pues si acero en mano se luchaba, con el acero al costado se legislaba y se trabajaba, se vivia y se moria.

Guerreros aragoneses (1390). (De un tríptico de la Academia de la Historia)

II

En nuestro tercer estudio dimos á conocer á grandes rasgos la índole del pueblo y el carácter de la civilización árabe. Las vicisitudes por que su dominación en la península pasó, pueden reasumirse en muy breves palabras: periodo de los emires dependientes del califato de Damasco, periodo del califato de Córdoba, y periodo de guerra civil y desmembración del califato en distintas monarquias, de las cuales fueron las de mayor importancia Sevilla, Granada y Córdoba. El primero de ellos puede decirse que es el de la conquista y dominación, el segundo el del apogeo de la ci-

vilización arábigo-española, el tercero el de su decadencia, que arroja un destello de esplendor en el reino de Granada.

Importa al que pretenda hacer detenido estudio de la civilización arábigo-española la división en dos importantes periodos que ofrecen desde luego característicos rasgos. El primero comprende el espacio de tiempo en que prevaleció la dominación genuinamente árabe, es decir, la época del califato español, época que produjo la soberbia djama de Córdoba; el segundo abarca los tiempos posteriores al califato, la época azarosa de las invasiones de almoravides y almohades que alteraron el carácter de la civilización primitiva y produjeron la magnífica fábrica de la Alhambra.

Por lo que respecta al primer periodo puede asegurarse con un erudito escritor que el califato de Córdoba, síntesis de la grandeza hispano-muslímica, duró tanto como la dinastía de los Omeyas, es decir, desde el año 756 en que Abderramán-ben-Moawia fué aclamado, hasta que Hixem-al-Motadhi tuvo que abandonar el poder. Esta época ofrece un conjunto de esplendidez y de grandeza intelectual que trae desde luego á la mente las más poderosas civilizaciones que se han sucedido en el trascurso de los siglos. El primero de los citados soberanos convierte su corte en un verdadero foco de la cultura, llama á los artistas y á los sabios, funda escuelas, construye arsenales, templos, palacios y echa los cimientos de aquella gran mezquita que es una de las joyas artísticas de que puede envanecerse España. Córdoba se convierte entonces en un emporio de las artes y de la ciencia. Pero no cabe olvidar aquellos sucesores del ilustre califa, cuyo nombre va unido á famosísimas construcciones; Hescham, Abderramán II, y el III de este nombre, famoso entre todos por su amor á las artes. Él dispuso la construcción de los *minrabs* de Segovia y Tarragona, reparó la gran mezquita, elevó los soberbios acueductos de Ecija y Córdoba, y edificó aquel maravilloso palacio de Medina-Ar-Zahara, fantástica creación de que sólo es posible formarse exacta idea leyendo esos cuentos árabes en que la imaginación hace alarde de todo el poder de su inventiva. Bosques de columnas de pórfidos y mármol, estancias soberbias embellecidas con todos los primores del arte, fuentes de azogue, saltos de agua en labradas tazas, umbrosos jardines y mágicas perspectivas en que la naturaleza y el arte aparecían en armonía encantadora. Sueños de amor y de galantería que anticipaban el Edén prometido en aquel misterioso retiro erigido por el genio, y que bien presto debían disipar la guerra y la anarquía.

Forman notable contraste con los elementos que prevalecen en este periodo los de los tiempos posteriores al califato. El arte y la indumentaria de los tiempos del califato revelan desde luego su procedencia oriental, modificada por el gusto bizantino, es decir, el de los pueblos conquistados. En cambio el arte y la indumentaria del segundo periodo aspiran á la originalidad; y así aquel como ésta reflejan en el fausto y en la riqueza de que se revisten una civilización que ha llegado ya á la meta de su grandeza.

Digno es de consignarse también, que si los árabes consagraron especial cuidado al cultivo de las ciencias, entre las cuales cuenta la medicina con los ilustres nombres de Averroes, Abenzoar y Abulcasis, no dedicaron menos atención á la agricultura y á la industria. Málaga, Murcia, Granada, Zaragoza y Játiva contaban con manufacturas de géneros de seda, paños y damascos, la última de finísimas telas de hilo. Y estos géneros eran de múltiples formas y colores, de gran riqueza y diversa calidad, pues los había recamados de oro y plata y de fuerte tejido, por todo extremo sutiles y de pura seda. Estas noticias no están fuera de lugar si se tiene en cuenta arrojan no poca luz sobre la indumentaria y el fausto de las cortes muslímicas y cristianas de aquella época. La comunicación entre una y otra era cada vez más frecuente, sobre todo cuando aquellos y estos monarcas se prestaban en sus interiores discordias mútuo auxilio. Y así, visten nuestros reyes los ricos paños salidos de las manufacturas moriscas y ostentan los ricos joyeles y preseas en las que el cincel árabe ejecutó labor delicada y prolija.

Existió empero en el periodo del califato cordobés y entre la población árabe y cristiana de España un tercer elemento que ofrece un carácter bastante heterogéneo pero no menos digno de ser tenido en cuenta al hacer un inventario, si quier sea ligero, de los que prevalecieron en aquella época. Nos referimos á los muzárabes. Constituían en los primeros tiempos de la invasión la casi

totalidad de la población de la peninsula; y habida cuenta de la índole del pueblo conquistador, se concibe la tolerancia con que se mostraron respecto á los hispano-godos: así les vemos conservar sus usos, religión, libertad civil y creencias. Subsisten los conventos y las iglesias y se edifican algunas nuevas; ciertas ciudades y comunidades gozan de privilegios y hasta algunos muzárabes sirven importantes destinos del Estado, al que la población vencida presta por su parte crecido tributo. Compréndese, pues, que la amalgama de ideas, costumbres y gustos produjeron un arte y una literatura propias, en la que andan amalgamados los elementos latino-bizantinos y orientales. La marcha de los tiempos, el desarrollo del poderío cristiano, y las vejaciones y las trabas impuestas por la tirania y el fanatismo de algunos califas, forzaron á la población muzárabe á unirse con sus antiguos hermanos. Inútil es decir de cuánto no servirian sus relaciones y sus simpatias á la causa de la reconquista, como así se echaría de ver en el transcurso de la narración histórica. En contacto con unos y otros beligerantes, inclinados por índole propia á las monarquías cristianas, la población muzárabe no mal avenida en un principio con sus benignos conquistadores, mas perturbada luego por las invasiones de africanos, vuelve afanosa la vista á la enseña de la cruz y desaparece de la escena histórica á medida que aquella avanza victoriosa.

Rasgos idénticos á los que en general se echan de ver en las artes é indumentaria, nótanse en lo que concierne al armamento y organización de los árabes.

Cuando aparecen en la escena histórica allá en Oriente, cubren su cuerpo con groseras mallas y medias corazas, y sus cabezas con cascos sujetos bajo la barba por medio de cadenillas; usan broqueles, lanzas, cimitarras, sables, gumias, arcos y hondas. Su traje es por demás sencillo y ligero, según conviene á pobladores de un clima cálido; zaragüelles, *kamis* ó ropa interior, la *djobba* ó chupa, el *kabá* ó *khaftán*, y otras distintas prendas que sería ocioso enumerar. En los tiempos del califato de Córdoba ó posteriores á él, el traje de los árabes españoles ofrece mayor variedad y riqueza; empléanse indistintamente el algodón, el paño y la seda; y el brocado y las más ricas aplicaciones permiten hacer alarde de ostentación y magnificencia. Cofias, turbantes, *giffarahs* y bonetillos de varias clases y colores cubren su cabeza, y sandalias, borceguies ó medias botas constituyen su calzado. En cuanto al armamento de los árabes españoles citaremos como armas defensivas el casco ó el almofar, sobre los que debió arrollarse la tela del turbante; la loriga y la adarga; y como ofensivas el arco, lanza, pica, venablo y las armas blancas anteriormente citadas, entre las que deben continuarse la gumia (1). Refiriéndose á las armas blancas, dice el Sr. Danvila en su obra *Trajes y Armas de los Españoles:* «Adornadas con ricas labores, incrustaciones y nielados de oro, plata y piedras preciosas, se fabricaban en Murcia, Zaragoza, Córdoba y Toledo. Su temple excedia á las tan renombradas de Damasco y aun pudiera asegurarse que el trabajo conocido por damasquinado se practicó en España con mayor éxito que en aquella ciudad de Siria. Al-Makari hace un cumplido elogio de la destreza y buen gusto que demostraban los moros en el labrado de metales.»

El estudio de la organización y táctica de los árabes es punto que ofrece ya más serias dificultades. Aquí, como dice con razón el erudito Almirante «tropieza el investigador con dos grandes y opuestos escollos: las crónicas cristianas, secas y oscuras en los primeros tiempos, tienen que participar de la cultura grosera y del odio religioso, al paso que los libros árabes, á pesar de la civili-

(1) «La curiosa y tantas veces citada *Conquista de Ultramar*, dice el Sr. Puiggari en su interesante Estudio sobre el traje militar en el siglo XIII, da especial idea del armamento de los soldados árabes, que puede reasumirse en estos términos: para la cabeza, yelmos zaragozanos, capillos de hierro hechos á la manera de Turquia, id. con tocas; capacetes de hierro con batera; capellinas delgadas cubiertas de un muy rico paño de seda; capirotes con mangas y los cabellos largos: para defensa del cuerpo, lorigas damasquinas, lorigones delgados, perpuntes y gambages; brafoneras dobladas de muy buena labor; señas é armas de muchos colores, id. especiales de jefes y cuerpos; escudo de almirante; id. con un bosalarte, señal de las armas de corvalán. Armas ofensivas: lanza de caña de hisopo, muy luenga, con cuchillo tajante y agudo; id. con seña cárdena, pintada una luna de oro ó estrellas menudas alrededor, espadas y alfanjes; porras que se alzaban según la manera turquesa; id. ó *mañetas* con cadenas; mamientes; grandes mazas plomadas, segurones, azagayas, cañas, arcos turquis, ballestas; dardos y saetas; id. con fuego grecisco; fondas é brazales; estandal y estandarte con un gran mástil como de galea; cuernos é añafiles; trompas é atambores; bocinas de arambre e de latón; cuerno pequeño para señal de rebato; cimbre (cimbalo) ó cuerno de arambre en lo alto de una torre. Tienda llamada *Será*, labrada de extrañas labores, encima de ella una manzana de oro, con sus álabes (puertas?) y cuerdas para sostenerla Coberturas de caballo iguales al perpunte del jinete, con oro y pedreria. Los *toassines* (guardias de Saladino), vestian sayas de jamet amarillo sobre las lorigas.»

zación brillante que refundía en un solo cauce las antiguas fuentes griegas y orientales, son de escaso valor histórico por cubrir con el follaje, sobrado pomposo de la imaginación, la escasa ó nula profundidad del pensamiento. De aquí las grandes dificultades de los eruditos para conciliar, para condensar, para formular con la precisión casi geométrica que hoy requiere la historia, ese largo é interesante periodo llamado de la *Reconquista*, origen inmediato de la actual nacionalidad española (1).»

En las *suras* y *aleyas* del libro por excelencia hallamos consignadas repetidas veces la gloria que

Juan I de Aragón

alcanzará el creyente por medio de la guerra; y este es el primer estímulo del islamita en las conquistas.

«Creed en Dios y en su profeta, exclama éste; y combatid en el camino de Allah con hacienda y vida.»

«Un día de rebato en el camino de Dios es de más valor que el mundo y cuanto en él hay.»

«El que muere en el rebato cobra por entero el estipendio de sus hechos y queda libre de tentación.»

«Mandáronme que combatiese á los hombres hasta que dijeran: *No hay más Dios que Allah*, y cuando esto dijeron gozaron por mi medio así esperanza como hacienda.»

(1) *Dic. Militar*, pág. 195.

«El que da al guerrero piadoso lanza y arco con que pelear, vendrá el dia del juicio y será cobijado bajo las alas de los ángeles que mirarán por él.»

«No le será lícita al rebelde é inobediente la entrada en el paraiso.»

En el libro del granadino Hozail, se repiten estas y parecidas máximas:

«Dice el grande Allah: haced la guerra santa en Dios con verdad, satisfaced vuestra deuda para con él y combatid en su camino con toda la fuerza y ahinco de que os podáis valer.»

Martin el *Humano*

«Combatan en el camino de Dios los que supieron trocar la vida mundana por la eterna; y al que combata en el camino de Allah, muerto ó vencedor, le vendrá una recompensa grande.»

«La guerra santa es la más pura de las acciones que hacen á los hombres merecedores del paraiso; su excelencia y el pingüe premio que de parte de Dios obtienen no bastan á ser explicados en un capitulo; y las señales en ella ganadas no pueden borrarse por la nobleza y honra que en sí tienen.»

Aconseja al guerrero que entre en ella después de piadosa preparación, y dice:

«El guerrero ha de comenzar por purificar su mente, haciendo firme propósito de guerrear en el camino de Dios, para que la palabra de Allah sea ensalzada con mengua de la religión pagana.»

«La guerra santa que hace el muslim y su milicia han de estar consagradas á ensalzar la gloria de Dios, sacando triunfante su palabra y defendiendo el Islam.»

El califa Omar da á sus generales, entre otros, los siguientes consejos:

«Haced la guerra á los no creyentes; pero no seáis ni crueles ni pérfidos: no os excedáis en vuestras venganzas ni matéis á las mujeres ni á los niños.»

Y en el *Código de la Conquista,* léese también:

«No mates á las mujeres, viejos ó niños, ni cortes los árboles en sus huertos; no hieras á las ovejas ó camellos, salvo las que tomes para vuestro alimento. No derribéis los edificios habitados, ni seáis pérfidos ni cobardes.»

Esta serie de avisos da por si sola idea de la índole de las guerras sostenidas por los árabes; guerras fomentadas por su religión, en las que todo creyente era soldado, y en las que sus ejércitos ó, por decirlo así, muchedumbres armadas, tenían como poderoso auxiliar un ciego entusiasmo y una sólida disciplina. Para fomentar ese entusiasmo religioso consideraban los árabes como cosa de gran importancia el llevar entre las filas de su ejército algunos predicadores ó excitadores, con cuyas palabras se exaltaba el valor de los soldados; y por esto solían decir que un solo amonestador valía tanto como cien combatientes. A este propósito refiérese que Omar-ben-Aljetab asignó ciertas cantidades á los aljalibes y poetas que se agregasen á los ejércitos que guerreaban en Siria. Estos excitadores prorumpían en frases entusiastas, contaban hechos memorables y recordaban al creyente la gloria prometida á los que combatían por Allah. En gentes crédulas é impresionables, es fácil concebir el efecto de tales exhortaciones, y de ello nos ofrece elocuente ejemplo aquel musulmán que oyendo las palabras del Profeta exclamó: «¿Quién impedirá mi entrada en el paraíso, si aquellos me matan?» y empuñando la espada entró por lo más recio de la pelea, donde perdió la vida.

Los árabes necesitaban para combatir á los infieles el permiso del imán, á cuyos preceptos debían guardar absoluta obediencia. Igual obediencia debían observar con los mandamientos de su emir y á las órdenes de su walí.

El emir ó general, dividía su ejército en fracciones que pudiesen manejarse con facilidad. Cada ocho soldados los encomendaba á un cabo llamado *nadir;* por cabo ó jefe de cada uno de estos cinco nadires ponía un *arif.* Cada cinco arifes obedecían las órdenes de un *nakib:* cinco de éstos obedecían á un *alcaide* y cinco alcaides á un *emir.* Como distintivo de su jerarquía, cada uno de estos oficiales ó caudillos llevaba una bandera diferente. Para los cargos variaban según la importancia del ejército y de la expedición. Además de los mencionados figuraban los de emir de los forrajeadores, de los heraldos, de las hileras; un kadi para administrar justicia, un pagador, un médico y un funcionario encargado de establecer y distribuir el campo. Cada una una de estas jerarquías tenía señalado su sueldo y alimentos. En tiempo del Profeta, segun Hozail, tambien se conocía esta composición y jerarquía militar, pues había *arifes*, *nakibes* y *arraeces* que, entendiendo del gobierno de la gente que le estaba encomendada, llevaban hasta él sus observaciones, tomando en cambio órdenes y avisos (1).

Hé aquí los importantes consejos dados á un emir: «Anda con la bendición de Dios, y cuando entres en tierra de enemigos, mantente retirado del mayor conflicto, pues en el encargo que te confío no entra el que combatas personalmente; pide socorros y provisiones para que tus soldados vayan abundantes, y las marchas hazlas con descubridores ó adalides; no te ensañes con el herido, pues el herido ya una parte no se pertenece; abstente de expediciones nocturnas, porque son los árabes negligentes para tales ocasiones; sé corto en razones, porque á tu cuenta correrán las palabras que soltaste; recibe las revelaciones de los hombres, pues todos pertenecen á Dios en sus secretos, y y guárdalas, porque Dios es celoso de sus depósitos.»

Entre los avisos que da el califa Omar á sus generales, se lee: «Te mando á tí y á los que están bajo tu mando que pongáis más cuidado en precaveros de la rebelión que de los enemigos, porque el motín que conmueve un ejército, es más temible que las armas de los contrarios... Reposarás con tus ejércitos todos los viernes y por todo el dia para proporcionar descanso á tus soldados y darles alivio con dejar las armas y pertrechos... Cuando pises las cercanías del territorio enemigo,

(1) Estébanez Calderon, *De la milicia de los arabes en España,* Madrid, 1851.

establece exploradores; á tu lado llevarás de la gente de la tierra aquellos árabes que sean más seguros y fieles... También has de cuidar, al aproximarte al pais enemigo, de establecer buen número de atalayas y cuerpos de caballeria entre ti y ellos, para cortarle sus auxilios y convoyes, y ocupar los lugares abiertos de la frontera. Para las atalayas debes buscar hombres prudentes y esforzados, y elegirás también caballos que marchen delante; y cuando den con los enemigos entrarán primero en batalla los más fuertes. Las cabalgatas deben encomendarse á los hombres dotados de valor y constancia en los trabajos. No despacharás atalaya ni cabalgata cuando de algún modo aparezca que será vencida ó muerta. Y cuando veas al enemigo recogerás á los que se hayan alejado del grueso del ejército y también á los que hubieran salido en atalaya y cabalgata, porque en aquel momento debes echar mano de todos tus recursos y allegar todas tus fuerzas, pero no por eso debes acelerar el trance de la batalla, sino que antes examinarás los puestos y fuerzas del enemigo, y procurarás conocer la naturaleza de los lugares con la misma perfección que los naturales, y harás con el enemigo lo que él haga contigo. Al mismo tiempo redoblarás la vigilancia en tu ejército y el cuidado de precaverse de ataques nocturnos...»

Caballero de la órden del Espíritu Santo

Y añade Hozail: «Debes observar cuidadosamente el estado moral de tu ejército procurarás persuadirle que conseguirás la victoria, y que tienes señales y pruebas que asi te lo hacen esperar, las que pondrás de manifiesto á fin de que no pierda nunca el ánimo y que antes bien desee vivamente encontrarse con el enemigo.»

Es inútil buscar en los árabes organización, ni sistema y plan de guerra. El único rasgo que ofrecen las milicias voluntarias es volver á sus hogares después de la campaña. Fáltales también el núcleo de una infantería regular, pues sólo tenían tropas ligeras á caballo y á pié. Y tampoco merece entre ellos la caballeria nombre de *arma*, ya que formaba, por decirlo asi, casi el *todo* del ejército; los peones practicaban servicios auxiliares, descubiertas ó reconocimientos nocturnos, escaramuzas, etc., nada serio é importante, y por esta razón el servicio de la infantería era despreciado por el pueblo como degradante.

Para formarse aproximada idea del carácter de las guerras sostenidas por los árabes en los últimos tiempos de su dominación, es preciso leer el interesantisimo discurso que pone en boca del sabio Julio, el infante D. Juan Manuel, en su *Libro de los Estados;* discurso que tiene gran valor, en cuanto lo escribió quien habia batallado repetidas veces con los moros y era además de hombre muy versado en todo género de conocimientos, guerrero esforzado y perito. Dice así:

«Señor infante, la guerra de los moros non es como la de cristianos; también en la guerra guerreada como cuando cercan ó combaten ó son cercados ó combatidos, como en las cabalgadas et correduras, como en el andar por el camino et el pasar de la hueste, como en las lides, en todo es muy departida la una manera de la otra (1); ca la guerra guerreada fácenla ellos muy maestramente, ca ellos andan mucho et pasan con muy poca vianda, et nunca llevan consigo gente de pié nin acémilas, sinon cada uno va con su caballo, también los señores como cualquier de las otras gentes, que non llevan otra vianda sinon muy poco pan de figos ó pasas ó alguna fructa, et non traen armadura ninguna sin adaragas (2) de cuerpo, et las sus armas son azagayas que lanzan,

(1) Se refiere al diferente modo de combatir de moros y cristianos comparado el sistema seguido por los cristianos entre sí.
(2) Adargas.

espadas con que fieren, et porque se tienen tan ligeramente pueden andar mucho. Et cuando en cabalgada andan, caminan cuanto pueden de noche et de día fasta que son lo más dentro que pueden entrar de la tierra que quieren correr. Et á la entrada entran muy encobiertamente et muy apriesa; et de que comienzan á correr, corren et roban tanta tierra, et sábenlo tan bien facer, que es grant maravilla, que más tierra correrán et mayor daño farán et mayor cabalgada ayuntarán doscientos homes de caballo moros que seiscientos cristianos. Et facen otra cosa que cumple mucho para la guerra, que cuanto tomasen, nunca home dellos tomará nin encubrirá cosa de que lo tomaren; mas todo lo traen é lo ayuntan para pro de la cabalgada, como un cristiano si fuyese de su lid. Et de que han fecho su cabalgada facen como pueden, para salir aina de la tierra do sean en salvo, et guárdanse mucho de albergar do los cristianos puedan ferir en ellos de noche; et si por fuerza han de albergar, entran do no hayan recelo ó miedo. De algún tiempo acá han tomado una maestría, que nunca albergan todos ayuntados, et dejan con la presa de noche muy pocos, et de día envían la presa con algunos adelante, et ellos van á compañas non ayuntados, et desta guisa van fasta que son en salvo.

»Cuando han de combatir algunt logar, comiénzanlo muy fuerte et muy espantosamente; et cuando son combatidos, comiénzanse á se defender muy bien á grant maravilla; cuando vienen á la lid vienen tan recios y tan espantosamente, que son pocos los que non han ende muy grant recelo; et si por sus pecados los cristianos toman miedo et non saben sofrir el su roido y las sus voces, et muestran algún miedo ó espanto, ó se comienzan á revolver et andar en derredor et metiéndose los unos por los otros, ó faciendo cualquier muestra ó continente de miedo ó de espanto, entiéndengelo ellos muy bien, et dánles tan grant priesa de voces et de roido et de feridas, que non se saben poner consejo los cristianos; et si por los sus pecados comienzan á volver sus espaldas et á foir, non creades que non ha home que vos pudiere decir cuál manera han et cómo facen grant mortandat et gran daño; et non creades que los cristianos, de que nunca vuelven las espaldas, que nunca tornan, nin tienen mientes para se defender. Et si por aventura ven que de la primera espolonada non pueden los moros revolver nin espantar los cristianos, después pártense á tropel, en guisa que si los cristianos quesiesen pueden facer espolonada con los unos que los fieran por delante et los otros las espaldas et de travieso. Et ponen celadas porque si los cristianos aguijaren sin recabdo que los de las celadas recudan, en guisa que los puedan desbaratar, et facen destas maneras atantas, et saben tanto destas maestrías et arterías, también en las celadas como en recudir á los pasos fuertes et á las estrechuras, et en tantas otras maneras, que non ha en el mundo home que vos pudiese decir cuánto saben et cuanto facen et cuanto se aventuran en meter los cristianos á peoría, porque puedan acabar ellos lo que les cumple. Et sabet que non están nin tienen que les paresce mal el foir, por dos maneras: la una por meter á los cristianos en peoría, porque vayan en pos dellos descabdelladamente; et la otra es por guarescer cuando veen que más non puedan facer. Et en verdad os digo, señor infante, que tan buenos homes de armas son, et tanto saben de guerra, et tan bien lo facen, que si non porque deben haber et han á Dios contra sí, et porque non andan armados et encabalgados en guisan que pueden sofrir feridas como caballeros, que yo diría que en el mundo non ha tan buenos homes de armas, nin tan sabidores de guerra, nin tan aparejados para tantas conquistas.....»

«Si home ha de cercar algun logar de los suyos, conviene que segunt el lugar sea de fuerte ó flaco, que así faga en los combatimientos et en los engaños et en las otras cosas que son mester para tomar el logar. Otrosí que ponga muy buen recabdo en guardar los que fueren por leña ó por paja ó por yerba, et las recuas que traxeren las viandas para la hueste; ca siempre los moros se trabajan de facer daño en las tales gentes; ca en la hueste que está asentada nunca ellos se atreven á entrar; nin otrosí de noche nunca gente de moros se atreve á ferir en la hueste de los cristianos; et estos facen porque non andan armados, nin los suyos caballos non andan enfrenados nin ensillados, en guisa que se osen meter en ninguna priesa ni estrechura. Pero con todo esto siempre los cristianos deben posar la hueste cuerdamente et tener sus esculcas (1) et sus atalayas. Otrosí, si

(1) Escuchas.

los moros cercaren el logar de los cristianos, los que estubieren en el logar cercado deben trabajar cuanto pudieren por que el logar haya carcava et barbacana, et la barbacana que sea bien foradada en que haya muchas lanceras et muchas saeteras; ca por razón que los moros non andan armados, non ha cosa por qué también se defienda el lugar ni con que tanto mal les puedan facer como de la barbacana, habiendo y buenos ballesteros, et por las lanceras. Otrosi que en las torres del muro que estén y muchas piedras et grandes cantos para dejar caer al pié, et en el muro, entre torre et torre, que haya y muy grandes cantos colgados en cuerdas, segund la manera que don Johan, aquel amigo mio, falló que es la mejor maestría del mundo para que ninguna cosa non pueda llegar al pié del muro para catar nin poner gata ni escalera nin cosa que les pueda em-

Soldados castellanos. (De un Devocionario del siglo XIV)

pecer. Otrosí, los que estudieren de fuera, que punnen de ferir en la hueste de noche et de día, segunt se les guisare mejor; ca muy poca gente de cristianos puede desbaratar muy grant gente de moros feriendo en ellos de noche, et aún muy más teniendo el acogida cerca. Otrosí, cuando los moros entraren á correr á tierra de cristianos, si levan presa, los cristianos que van en pos ellos, deben ir primero, cobrar la presa et ir muy bien acabdellados los caballos et los peones, et enviar adelante qui descubra las celadas, et ir ellos en tal manera que aunque celados recudan, que les non puedan empescer; et desque hobieren cobrado la presa et fueren seguros de las celadas, si los moros están todos ayuntados en uno, débense llegar á ellos lo más que pudieren, porque el aguijada non se faja de lueñe (1), et los que en la delantera aguijaren en ninguna manera deben volver las espaldas para tornar á los suyos que fincan en pos de ellos; mas los que fincan deben ir tan aina en pos los que facen el aguijada, que nunca los moros se pueden meter entre los unos et los otros...»

«Si (los moros) non levaren priesa, non deben trabajar mucho de ir en pos ellos, porque ellos andan muy ligeros, et son muy graves de alcanzar, et piérdense muchos caballos yendo en pos ellos, et aun á veces muchos homes, salvo si entienden que se pueden baratar con ellos, et que el fecho está

(1) Es decir, que no embista á gran distancia

en tal manera que con la ayuda de Dios los pueden desbaratar. Otrosí que cuando los cristianos entraren en tierra de moros, la entrada que ficieren ha de ser por una de cuatro maneras: cuando entraren en cabalgada para tomar algo como almogávares, ó entraren manifiestamente por talar et quebrantar la tierra, ó entraren por cercar algunt lugar ó entraren por buscar lid. Si entraren en cabalgada, deben guisar cuanto pudieren porque hayan lengua cierta qué gente ha en la tierra et en qué manera está el logar que quieren combatir, ó la cabalgada que cuidan sacar; et de que esto sopieren, entrar lo más encobiertamente que pudieren et mas apriesa fasta el logar que quieren quebrantar ó que hayan de partir sus algaras. Et deben seer tantas las algaras, segun fueren las gentes et la tierra que quisieren correr; et el cabdiello de la cabalgada débelos esperar en lugar cierto do recudan á él, et asmarlo en tal guisa que puedan ser las algaras recogidas et todos ayuntados ante que los de la tierra puedan venir á ellos. Et si hovieren de quebrantar algunt logar, débenlo acometer al alba del día, et deben fincar fuera gente para ayudar et defender á los que entraren el lugar, si menester les fuere; et también los unos como los otros, desque fueren ayuntados et la cabalgada recogida, deben dar quien lleve la cabalgada; et do entendieren que les pueden venir mayores peligros, deben ir y la más et la mayor gente, et señaladamente los ballesteros et los peones, que es cosa de que se recelan mucho los moros. Et así deben ir acabdellados, et guardando bien su presa, deben andar lo más que pudieren fasta que sean en salvo. Pero si les recudiere gente al camino, entonce se habrán á facer segunt los moros vieren, et segunt el pleito fuere, así como Dios gelo quisiere enderezar; ca non ha en el mundo home que pudiese decir nin poner por escripto cuantas cosas acaescen nin en cuantas maneras se debe home parar á ello; mas poniéndolo en la su merced, débenlo facer con la mayor cordura et el mayor esfuerzo que pudieren. Et si entraren descubiertamente por talar ó quebrantar la tierra, desque fueren en la tierra del recelo, deben ir muy bien acabdellados, poniendo muy buenos cabdellos et muy buen recabdo en la delantera et en la zaga et en las costaneras (1). Et el señor ó el cabdiello de toda la hueste debe ir en una de las costaneras, et levar consigo muy buena gente con que pueda acorrer él mesmo, ó enviar gente donde fuere mester; et debe guisar lo más que pudiere que se vean los unos á los otros, ó al menos que veya la delantera á la costanera et á la zaga. Et cada una destas haces debe levar consigo, apartados de las acémilas, los peones et ballesteros que hobiere en su compaña, et las acémilas et todo el rastro debe ir en medio, porque vayan guardados, de la delantera et de las costaneras et de la zaga, et así deben ir por el camino fasta que lleguen á la tierra que quieren quebrantar ó talar. Et en la posada et en la guarda de la hueste débenlo facer como ya dosuso es dicho; et cuando fueren á talar deben dejar recabdo en la hueste et dar quien guarde los taladores. Et la hueste que en esta manera fincare, en ninguna guisa non debe andar de noche, et débense guardar como pudieren de puertos et de estrechuras, porque non puede ir la gente acabdellada. Pero cuando non se pudiere excusar en ninguna guisa, deben ir et poner tal recabdo en la hueste como desuso es dicho; et si entraren por cercar algund lugar, por el camino deben ir acabdillados como es dicho desuso, et de que el lugar cercaren, también al combatir como en los engeños, como en la guarda de la hueste, como en todas las otras cosas que son menester, todo lo deben facer como desuso es dicho. Pero la cosa más cierta que el señor ó el cabdillo de la hueste debe catar cuando el lugar cercan, es que guise que le non mengüe vianda ni haber (2), ca por cualquier de estas cosas que le menguasen, se habria de partir de la cerca, si muy grand maravilla non fuese, con menos pro et menos honra de cuanto l' sería menester. Et si entraren por buscar lid, deben ir por el camino muy bien acabdellados et á pequeñas jornadas, et débense guardar, et non vayan por tierra seca; ca si lo ficiesen et los fallasen los moros lueñe del agua, podrien ser todos muy ligeramente perdidos et desbaratados, ca desque grant gente de moros llegase á la hueste de los cristianos, non podría la hueste de los cristianos andar, et si fuese el agua lejos, ó morrían de sed, ó habrían á descabdellarse para ir al agua; et si una vegada fuesen descabdellados, non ha cosa que los pudiese guardar de ser desbaratados et muer-

(1) Vanguardia, retaguardia y flancos.
(2) Es decir, que no le falten víveres y dinero.

tos; ca bien creed por cierto, como desuso es dicho, que si los cristianos una ves se descabdiellan et se desbaratan, que non ha cosa que los pueda guardar de ser mal andantes.

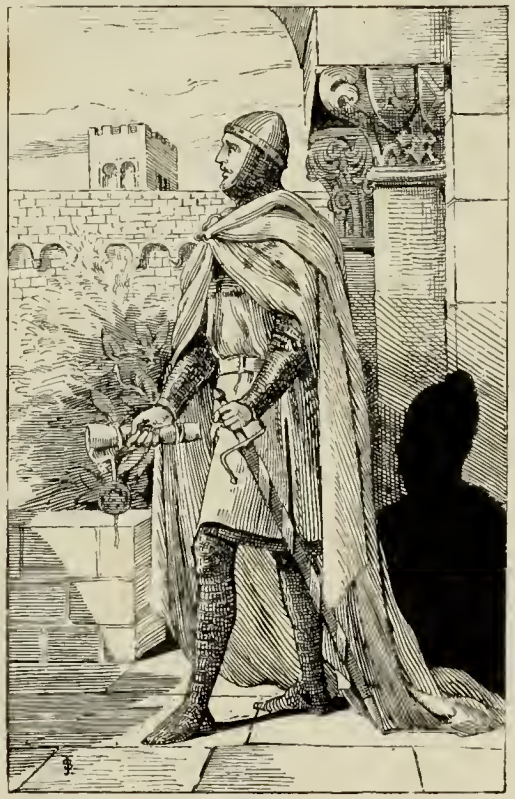
»Et desque fueren asi por el camino, guardando estas cosas fasta el lugar do cuidan fallar los moros con quien han de lidiar, et desque y llegaren, deben posar la hueste muy cuerdamente et muy bien guardada, como ya desuso es dicho, et deben fincar y un dia ó dos ó más, segunt entendieren que les pueden abastar las talegas que traen y, et fueren ciertos que saldrán á ellos ó todos á una partida. Et si vieren los cristianos que en cuanto tienen su hueste parada que vienen los moros ó ellos con los peones, deben ser ciertos que quieren lidiar con ellos manifiestamente, et entonce deben dejar la hueste parada et salir todos caballeros et peones, et poner sus haces, segun fuere la gente, et non se arredrar mucho de la hueste; et denque llegaren los unos á los otros, encomendaren á Dios et ferirlos lo más bravamente que pudieren... Et si vinieren sin peones, cierto es que non quieren lidiar et con engaño metiendo los cristianos á peoneria, et entonce deben estar quedos en su hueste; pero débense armar et estar apercibidos, et si vieren que tanto llegan á la hueste que se puedan embaratar con ellos, deben dejar la hueste posada et sallir á ellos et facer como es dicho. Pero sobre todas las cosas del mundo deben guardar que non fagan aguijadas de pocas gentes, sinon cuando fueren todos en uno, ca una de las cosas del mundo en que los cristianos son más engañados, et por qué pueden ser desbaratados más aina, es si quieren andar al juego de los moros ó faciendo espolonadas á tornafuye; ca bien creed que en aquel juego matarían et desbaratarian cient caballeros moros á trescientos cristianos, et ya muchas veces gentes et huestes de cristianos fueron desbaratados con estos engaños et maestrías de los moros. Et si vieren que aquellos dias que tienen la hueste posada non vienen á ellos en guisa que se puedan embaratar con ellos en uno, de que hobiesen estado y algunos dias como es dicho, deben mover su hueste muy asosegadamente et sin rebato; et venirse para su tierra á muy pequeñas jornadas et por la tierra que más daño pudieren facer á los moros, et venir muy bien acabdellados, como iban á la entrada. Et si á ellos recudieren los moros al camino, deben facer como desuso es dicho. Et señor infante, segunt ya vos dije, creo que como quiera que es bien de se decir, que todo esto ha de afincar en la voluntad de Dios et en el entedimiento et en el esfuerzo de los que lo han de facer; et agora vos he dicho todo lo que yo entiendo que se debe facer en las guerras también de los cristianos como de los moros, et porque los emperadores pueden todo esto facer mejor que otros homes, tengo que non habedes por qué dubdar en los sus estados.»

Lo que principalmente caracteriza á las guerras que sostuvieron los árabes en nuestra peninsula, son las algaradas ó algaras, correrías y bruscas acometidas, en las que, como es consiguiente, la caballeria desempeñaba el principal papel. «Los jinetes berberiscos y andaluces formaban la masa del ejército; aquéllos seguían fielmente las tradiciones de sus antepasados los númidas y marusios, y como ellos peleaban sueltos, en grupos, á la desbandada, mostrando la asombrosa agilidad que en los ejercicios ecuestres luce hoy el indómito africano y que parece vinculada en su especie y en su pais; sus armas diferenciábanse poco de las empleadas por los númidas: lanza, espada y algunos venablos, y en las costumbres guerreras no acusaban el menor progreso. Los escuadrones andaluces, superiores como cuerpo de batalla á los bereberes, ofrecían un conjunto más uniforme: Adherramán III prescribió que estos jinetes usaran la espada romana, una fuerte lanza, arco y maza de armas; así como la coraza de hierro y el capacete; sillas de montar de altos borrenes y estribos corvos y afilados para herir en el combate á los corceles enemigos (1).»

Por lo que respecta al sistema de combatir de los árabes, fácil es darse cuenta de lo que seria: un ataque impetuoso dado por los moros de caballeria, sostenido por los peones; cargas repetidas por medio de las que se trataba de romper las lineas cristianas y en las que, ó se arrollaba toda la caballeria ó tenia ésta que volver grupas destrozada por los caballos pesados de los cristianos, muy superiores á ella. No quiere decir esto que los árabes dejaran de adoptar en muchas ocasiones reglas para entrar en combate, pues seria esto tanto más de extrañar en cuanto la experiencia adquirida en su constante lucha con los cristianos, tuvo forzosamente que convencerles de las

(1) Hernández, *Hist. mil. de España.*

ventajas que reporta un plan ó una disposición para librar la batalla. Hay quien asegura que adoptaron la formación en dos líneas dispersas y muy movibles, compuesta la una de arqueros, que principiaban la lucha, y la otra de caballería que la terminaba. En el segundo tercio del siglo IX, dice Rosseeuw de Saint Hilaire, que Almondhir, en una batalla que dió contra Ordoño I, dividió su ejército en cinco cuerpos: vanguardia, centro, alas derecha é izquierda y retaguardia. Las batallas del Muradal y del Salado ofrecen ya caracteres muy distintos de aquellas terribles



Caballero de la Orden de Santiago

correrías y combates de Almanzor, en que la caballería decidía casi por sí sola la lucha (batalla de Caltañazor): los árabes aparecen en grandes masas, en imponentes sólidos, en formaciones compactas: la caballería juega el principal papel, la infantería secunda la acción, y en las Navas constituye la infantería el nervio del ejército islamita.

Puede considerarse la guardia personal de los emires como la base de un ejército permanente, si se tiene en cuenta el número de sus individuos, que ascendió en tiempos de Adherramán III á 12,000 hombres (4,000 bereberes, 4,000 andaluces de á caballo y 4,000 peones slavos), divididos en compañías *(taifas);* guardia ésta que alcanzó en Córdoba preponderancia igual á la de los célebres pretorianos del imperio romano. Pero además de la guardia personal y asalariada, existía otro cuerpo permanente también, el de los *kaschefs,* ó descubridores, una especie de cuerpo de seguridad pública, cuyos servicios se han comparado á los que presta hoy la guardia civil.

El mando del territorio fronterizo, solía confiarse á un walí llamado *de frontera,* á cuyo cargo

Lôpe Diaz de Haro

corria la defensa de los puestos fortificados, acopio de vituallas y aprestos, y el reclutamiento, organización é instrucción de los soldados fronterizos: el núcleo de estas fuerzas era cierto número de tropas veteranas, cuerpo regular que se relevaba periódicamente y que tenía á raya á los fronterizos. Mantenianse además en la frontera espías ó confidentes, por regla general judíos y pasajeros cristianos, á los que se retribuía por sus servicios, y cada semana, ó por lo menos, dos veces al mes, se ordenaba un alarde con objeto de que la tropa no perdiera sus hábitos militares. Sin embargo, el wali podía aprovechar toda ocasión propicia para efectuar sus algaradas ó correrías. Si se recogia botin, debia distribuirse, según lo preceptuado en el Korán, en el mismo lugar en que se allegó, reservando el quinto para el califa y entregando el emir el resto á la gente de guerra: cada guerrero cargaba entonces con la parte que le pertenecia. Las tierras entradas debian distribuirse entre los conquistadores, mas si alguno de éstos queria ceder su parte á cualquiera de los naturales, tenia libertad de hacerlo.

La vida del fronterizo ó *morabito* era muy meritoria para los consagrados á la guerra santa: el que adoptaba este género de vida y tomaba asiento en alguna frontera, debía guardarla con gran celo, consagrarse exclusivamente á su defensa y á entrar á mano armada en país enemigo. La palabra árabe *rabata,* aplicada á la vida de frontera, ha originado, según dice el Sr. Estébanez, la de *rebato*. Para entrar en este rebato habian de reunirse cinco cosas: vocación firme, provisiones, armas, caballos y otros pertrechos, y puestos fortificados.

La obligación de combatir á los infieles, tan eficazmente recomendada en las suras y aleyas del libro por excelencia, no cesaba sino en el caso de abjurar éstos de su fe y abrazar la creencia del Islam, ó bien consintiendo en pagar tributo á los moros. La guerra era de conquista, pero también de propaganda, pues al caudillo que dirige una taifa contra el enemigo se le recomienda haga la guerra hasta convertirle ó someterle á un tributo. Y para salir á guerrear exigíase del guerrero, no sólo las indispensables armas, sino buena disposición de espíritu para conseguir el triunfo en gloria de su Dios: antes de emprender las operaciones debia satisfacer sus deudas, devolver cualquier depósito confiado á su guarda, y efectuar una serie de plegarias y genuflexiones que no es del caso explicar. Si no contaba con suficientes recursos podia reclamar lo que necesitare para cubrir sus gastos; y el que prestaba auxilio, bien fuera en armas, vituallas ó dinero á los guerreros tenia derecho á considerarse acreedor al más alto premio de Allah.

Caballero de las mesnadas concejiles

«Grande atención, dice Hozail, debia poner (el emir) en cuidar del gobierno y régimen de los soldados, ya fueren voluntarios que en árabe tienen el nombre de *almortawa'es*, ya de soldados estipendiados, llamados *almostarzekes*, para mantenerlos, pues en buena ordenanza debia imponer sobre el

pelotón ó compañía de soldados ciertos administradores ó inspectores llamados *nakibes* y *arifes* que, ejerciendo atenta vigilancia en el estado de las tropas, le diesen parte de las necesidades de sus encomendados, trayendo asimismo á éstos los mandatos y prohibiciones del emir y convocándolos cuando la ocasión así lo pidiese; con esto se gana mucha rapidez en las operaciones militares y se mantiene la inspección en el soldado, quien por esto mismo no descuidaba el tener en buen estado sus pertrechos y municiones. Tal era la conducta que observaba puntualmente el profeta en las muchas guerras que hizo contra los infieles.»

Estas expediciones de los walíes de frontera solían efectuarse por regla general en verano; hacíanse oportunamente los necesarios preparativos, y en ocasiones las mandaba el príncipe en persona, llevando consigo los gastadores y tren de guerra necesarios. Es muy significativo el consejo que da el granadino Hozail al príncipe, de no omitir el ponerse á la cabeza de aquéllas, con objeto de reprimir la ambición de los walíes que quieren hacer por sí mismos las conquistas para ganar prez y renombre, de lo cual, dice, nacen las más veces desgracias y ruinas (1).

Hé aquí un importante reglamento militar que figura en las ordenanzas de Yussuf I, rey de Granada:

«Todo guerrero que huya delante del enemigo, no siendo éste en doble número ó por orden de sus jefes, será castigado con la muerte.

»Queda vedado á las gentes de armas el matar á las mujeres, niños, ancianos, enfermos y religiosos, á no ser que estén armados y ayudando al enemigo.

»Después de separado el quinto para el rey, el botín debe ser repartido con justicia.

»El caballero recibirá dos raciones de víveres, el infante una.

»A los que en una ciudad tomada se conviertan á la fe musulmana se les conservarán sus bienes, y si éstos hubiesen sido ya distribuidos, se les devolverá su valor

»Los jóvenes no podrán ir á la guerra sino con el permiso de sus padres, á menos que no sea para un caso de defensa. Lo mismo debe tener lugar respecto á la peregrinación á la Meca.»

No existiendo entre los árabes lo que hoy entendemos por ejército permanente, pues según el precepto del Korán, todos los musulmanes eran soldados, se comprende la falta de uniforme en aquellas tropas, excepción hecha de aquellos guardias de que se rodeaban los monarcas y que, según ya dijimos, hicieron con ellos el oficio de los pretorianos de la Roma imperial. Concíbese también que masas armadas organizadas de esta suerte y para una guerra de carácter religioso, debían tener como único sueldo el merodeo y el botín. Es curioso notar que en los primeros tiempos de la conquista se regulaba el de los *sirios* por el parentesco con el jefe de la división; y sólo se les pagaba al terminar la campaña: los *baladies* era un segundo cuerpo de ejército que sólo estaba á sueldo cuando combatía con independencia del primero, y aun existía otro cuerpo de reserva que no recibía paga. Esta diferencia puede justificarse teniendo en cuenta que los sirios no poseían tierras y vivían exclusivamente á costa de los vencidos: no así las dos restantes clases de soldados. Sin embargo, este es otro de los puntos oscuros que la historia de la milicia árabe ofrece.

Pasando á ocuparnos de las máquinas é ingenios usados por los moros, diremos, que según las crónicas, usaban también ballestas, máquinas y dardos encendidos, ingenios para arrojar piedras, spícalos y escorpios para disparar saetas, y fundíbulos, arietes y víneas con las que socavaban los muros; y por último que á ellos debemos la invención é introducción de los truenos, de aquellas famosas pellas de hierro que en Algeciras pasaban «allende la hueste é de que los omes habían muy grand espanto.» Sin embargo; teniendo idea antes que los cristianos de la pólvora, es verdaderamente de extrañar que su artillería quedara como estacionaria; de lo que, como dice Almirante, resultó el ningún progreso en el arte de los sitios. «Los árabes, dice á este propósito el escritor citado, siempre han sabido defender plazas mejor que atacarlas: así toda ciudad que no podían tomar de escalada ó por golpe de mano, ya estaba libre de su furia.»

(1) Téngase en cuenta que escribía este autor cuando más recia andaba la guerra entre granadinos y castellanos; y por lo tanto que confirmaban sus palabras los celos y ambiciones de que hablan nuestras historias y que concluyeron con la autoridad de los reyes y á la postre con el poderío de los musulmanes.

«Vistoso espectáculo, dice Lafuente, debia ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche, hacia alto la hueste y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagajes llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en nuestra península, como antes los cartagineses habian importado los elefantes de Africa, que tanto estupor causaron al pronto á los españoles, y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas ser-

Caballeria cristiana (siglo XIV)

vian para tener sujetos los caballos y mulos: los camellos acurrucados en grupos entretenianse en rumiar, los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguían á los berberiscos de los persas, á éstos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro nocturno: que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron después sin perder el tinte oriental, los trajes, colores y formas que diferenciaban á cada tribu, raza ó nación. Allí al fulgor de las hogueras se contaban en su animada, pintoresca y expresiva lengua, sus antiguas hazañas á sus azares del dia, y exornándolos con la poesía natural á sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos, pasábanse la noche hasta

que el cansancio los rindiera, los unos relatando su historia, los otros escuchándola sin pestañear. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendía otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban donde había acampado el ejército musulman (1).»

Un pueblo predestinado según su credo religioso á la conquista, es decir, guerrero, si no por vocación y temperamento, por los dogmas que profesaba, no podia dejar en olvido el estudio del

Caballero cristiano. (De un cód. de la Catedral de Búrgos, 1376)

arte militar. «Los árabes, dice el Sr. Estébanez Calderón, parece que desde muy temprano tuvieron en su lengua libros y tratados escritos sobre el arte militar. Algunos de ellos eran meras traducciones de libros compuestos en lengua persa en el primer siglo de nuestra Era bajo la poderosa dinastía de las Sasánidas. El autor del *Kibat-al-Fihirist*, que vivía en la última mitad del siglo x cita en el capítulo del Arte militar una obra así titulada: *Libro del arte de la guerra y de conquistar las fortalezas y ciudades, de poner emboscadas, de enviar á la descubierta, de poner atalayas, de dirigir destacamentos y de concertar los diversos cuerpos, según un tratado compuesto en el siglo* III *por Ardeschir, hijo de Babek.* El autor cita también un tratado del tiro, compuesto en el siglo v por el rey Baharam Gur. Además hace mención de un tratado de las antiguas instituciones militares de la Persia bajo el titulo de *Arte militar y reglamentos de la caballeria ó gineta* con la manera que los reyes de Persia defendían los cuatro ángulos de su reino. En cuanto á libros es-

(1) *Hist de España.*

critos originalmente en árabe, cita el autor de *Kibat-al-Firihist* cierto escrito compuesto en tiempo del califato de Almanzor por Abd-el-Djabbar, hijo de Ady, con el título de *Leyes de la guerra y modo de ordenar un ejército.* También hace mención de cierto tratado que en el reinado de

Juan Pardo. (De un códice de la Catedral de Búrgos. 1376)

Almamún publicó un tal Jalil. Por último, se ocupa de un libro que trata del fuego, del nafta, y del empleo que de ellos se hacia en la guerra, mencionando al propio tiempo otro escrito que hablaba del ariete y máquinas de guerra, de las estratagemas y astucias que pueden valer contra el enemigo (1)»

(1) Fragmento de la *Historia inédita de la Infantería Española.*

Mr. Reinaud publicó en 1848 un curiosísimo opúsculo titulado *De l'art militaire chez les arabes au Moyen âge*, y en él hace mención de algunos notables manuscritos árabes que pudo por sí mismo examinar y cuya lectura é inteligencia difícil, así como la falta de fecha y nombre de autor, hízole suponer tenía por objeto el que tales conocimientos sólo pudieran ser utilizados por los islamitas consagrados á la guerra. Entre otros cita aquel sabio orientalista el célebre manuscrito existente en la biblioteca de Leyden, ejemplar desgraciadamente incompleto, y copia, á su parecer, de un original concluido á principios de la luna de Regeb del año 622 de la Egira (1225). Como casi todos estos libros carece de título y nombre; y el Sr. Estébanez, en ocasión de estar escribiendo su *Historia de la Infantería española*, que desgraciadamente no ha visto la luz, pudo procurarse una nota de Mr. Dozy, que esclarece las noticias dadas por Mr. Reinaud. Juzguen nuestros lectores de la importancia de este manuscrito por los títulos de sus capítulos, que continuamos en la nota (1) lamentando que la premura del tiempo haya hecho infructuosa nuestra diligencia para allegar otras noticias acerca de esta obra (2), sin duda alguna la más curiosa é instructiva de cuantas en árabe se han escrito. De las que en su opúsculo cita Reinaud, esta es la más antigua; pero existe en París otra obra de no menos importancia, una especie de enciclopedia cuyo título es *Libro del arte militar y de la máquinas de guerra*. Puede juzgarse por el título de dichos tratados y por el número de manuscritos árabes sobre arte militar, de la importancia que este género de conocimientos tuvo entre los invasores. Un códice de autor español, una verdadera preciosidad que Casiri señaló con el número 1647 y cuyo título tradujo *Animorum murus et tessera hispana* y el Sr. Estébanez interpreta por el de «Regalo de las almas y Clámide de los habitantes de Andaluz,» escrito por el granadino Abdor-rahmán ben Hozail en el año 763 de la Egira (1400), presenta el cuadro casi completo de la milicia de los árabes en España. El autor últimamente citado manifiesta que se halla dividida en dos tratados, cada uno de los cuales está compuesto de veinte capítulos (3); la primera parte trata de la guerra santa y de los rebatos, algaras y entradas en tierra de enemigos;

(1) En el I trata de las espadas y armas y sus distintos géneros. II De las rodelas y sus especies con el modo de servirse de ellas. III De los arcos y método de manejarlos. IV Del disparo de flechas contra fortalezas. V Cómo se disparan estas armas de noche. VI De varias clases de nafta y otras mixturas incendiarias. VII De las lumbradas que se encienden en derredor de los ejércitos. VIII De ciertos ardides dispuestos con ropajes que se alzan á manera de estrado. IX De las expediciones nocturnas. X Manera de demoler las ciudades. XI De las minas y trincheras. XII Del modo de socavar las ciudades. XIII De la noche primera que se pasa en la formación. XIV De lo que conviene se sepa la distinción entre dos géneros de armas. XV (Falta en la nota citada). XVI De la constancia y firmeza. XVII De los números del escuadrón en el estandarte. XVIII De los atabales cureñas de guerra. XIX De las derrotas y del refugio que ha de buscarse en Dios. XX Del modo de combatir entre los turcos. XXI De idem de los judíos. XXII Idem de los griegos del bajo imperio. XXIII Idem de los abisinios y nubianos. XXIV Idem de los árabes. XXV De las causas que motivan las tomas de las ciudades. XXVI De cómo se han de guardar los muros. XXVII De los aparatos útiles para entrar ciudades y del levantamiento de atalayas. XXVIII Del modo de ocultar el estado de una ciudad. XXIX Del modo de resguardarse de las minas y escaladas. XXX De ciertas figuras talismánicas mortíferas para el enemigo. XXXI Del modo de hacerlas en un pronto. XXXII Del modo de hacerlas á caballo. XXXIII Del modo de hacer fuego en el foso. XXXIV De la manera de enderezar adelante y levantar las picas. XXXV De la fabricación de garfios arrojadizos. XXXVI De ciertas ruedas que giran por sí mismas y que son de catorce especies. XXXVII De la construcción de aparatos ó máquinas ígneas. XXXVIII De la fabricación de espejos ustorios ó incendiarios. XXXIX De la construcción de ciertos botes cuyo uso no es fácil comprender por la corrupción del título del capítulo.

(2) Según una carta con que nos ha favorecido Mr. de Goeje, catedrático de árabe de la Universidad de Leyden, en la que confirma las noticias dadas por Mr. Dozy al Sr. Estébanez, figura una detallada descripción del citado manuscrito, hecha por el citado profesor en el *Catalogus Codicum Orientalium Bibliothecæ Academiæ Luyduno Batavar*, III, págs. 288-292.

(3) Hé aquí las materias de que tratan los capítulos de la parte primera:

I De lo agradable que le es á Dios la guerra santa, y cual se complace en sus guerreros, y glorifica á los que mueren en la batalla. II De las expediciones en país enemigo, de las excelencias de ellas y de lo frecuentes que son en tierras de Andaluz. III De los estatutos de la guerra santa, y de los dichos de los sabios sobre ella. IV De lo que debe hacer el guerrero para salir á la guerra santa. V De los que acompañan y ayudan al guerrero y de los aprestos que éste ha de hacer. VI De lo que necesita hacer el príncipe ó emir en el camino para la expedición. VII De la obediencia que debe prestar el soldado al imperio de su iman, al emir de su ejército y al kaid de su pelotón. VIII De la jurisdicción de los walies ó adelantados de las fronteras, y descripción de las cabalgadas de estío. IX De varios avisos é instrucciones dados á los emires de los ejércitos. X De la instigación ó predicación para la guerra santa. XI De lo que puede hacerse en el acto de la expedición, y de lo que no es lícito hacer en ella. XII De lo que es necesario ejecutar al irá entrar en refriega. XIII De la pelea, del modo de entrar en ella, y de varios dichos notables acerca de la retirada y de la derrota. XIV De la constancia contra el enemigo y de la firmeza en la refriega. XV De las escaramuzas. XVI De la bizarría y gallarda muestra de guerra. XVII De la descripción de la pelea, su buena dirección y ardides en ella usados. XVIII De la caballería y del escuadrón. XIX Conmemoración de los más famosos jinetes árabes, así del tiempo del paganismo, como del Islam. XX De las cosas cuya observancia liberta del peligro y llama la victoria de parte de quien las ejecuta.

(Los fragmentos que de esta interesante obra hemos dado á conocer en el texto pertenecen á la traducción de Estébanez).

la segunda, de los caballos y armas con todo lo concerniente á ello; desgraciadamente faltan algunos capitulos y por cierto los más interesantes, pues estaban destinados á describir la pelea y modo de escuadronar; pérdida lamentable, pues justamente son estos los más importantes. Por último entre las curiosas noticias que da el Sr. Llacayo de algunos códices escurialenses, figuran también algunas obras de gran valor para el estudio del arte militar de los árabes (1).

Digamos algo acerca de su marina militar.

Dueños de un dilatado imperio cuyas distintas provincias separaba el mar, los árabes no pudieron descuidar la navegación, no tanto para mantener la comunicación del Occidente con el Oriente, cuanto para defender las costas y asegurar un floreciente comercio. Sin embargo, la marina árabe puede decirse que no existió en España mientras la gobernaron los emires dependientes de Damasco. El establecimiento del califato que señala en la historia la meta de poderio y cultura arábigo-hispana, da lugar también á la creación y organización de la marina militar, que asegura las costas de la península. El ilustre Adherramán nombra almirante de su flota *amir-almá* ó emir del mar) á Amer-ben-Alcama, funda astilleros en Sevilla, Cartagena y Tortosa, y valiéndose de modelos griegos hace construir gran número de buques que estaciona en los puertos más importantes; y puede juzgarse del poderio que alcanzó la marina militar de los árabes en España, con decir que los mismo emperadores griegos solicitaban el apoyo de los califas cordobeses contra los califas de Bagdad. Importantes expediciones atestiguan el floreciente estado de la marina, entre ellas las que mandó Alhakem en socorro de Barcelona, sitiada por el ejército de Carlo-Magno, y á las islas de Córcega y Cerdeña; la formidable que mandó Adherramán II á las costas de Francia y las organizadas contra los normandos. Muhamad se cree fué el primero que cruzó con sus flotas el estrecho para efectuar un desembarco en las costas del Océano, y si bien poco afortunado en esta expedición, pues destrozó su escuadra casi por completo un recio temporal, los marinos árabes fueron adquiriendo en las sucesivas la necesaria práctica, y gracias á ella sus naves pudieron efectuar diferentes desembarcos en Portugal. Pero la época de mayor esplendor para el califato, el reinado de Adherramán III, señalóse también por sus importantes empresas marítimas: la extirpación de los piratas que infestaban el Mediterráneo, la expedición contra Túnez, de cuya ciudad se apoderaron los soldados del califa, y la que marchó contra Magreb y reconquistó las plazas de que se apoderara el califa Fátima. Esta fué la última que organizó el ilustre califa, del que un historiador ha dicho: «pacificador de España, amigo de los reyes cristianos de León y Navarra, vencedor de las flotas de Egipto y Túnez, dueño de la parte septentrional de África, vió solicitada su amistad por el conde de Barcelona, por príncipes y monarcas italianos, franceses y esclavones, por los emperadores de Alemania y de Oriente, cuyos enviados regresaban de Córdoba á sus respectivos paises haciéndose lenguas de su grandeza.» Su hijo Alhakem, principe dado á las artes de la paz, hubo de organizar otra expedición contra el Magreb para someter á un emir desleal, y bajo los reinados de su inmediato sucesor, sólo hay que mencionar el bloqueo de Barcelona efectuado por la escuadra árabe, que secundaba al ejército de Almanzor, y el ataque de Salerno. Disuelto el califato á consecuencia de los disturbios originados por la falta de sucesión de Hixem II y dividido el pais en distintos reinos, dió principio á una serie de guerras civiles que contribuyeron á la decadencia de la marina y á la ruina total del poderio árabe en España. Ni los almoravides ni los almohades acrecentaron las fuerzas navales, ni contribuyeron á su desarrollo: la historia no registra expedición alguna de importancia después de la disolución del califato. Tampoco consigna la especial de la marina árabe combates navales dignos de mención.

El pueblo árabe fué poco dado á la marina, y por la mismo no alcanzó ésta en España el grado de desarrollo á que podia llegar: no hizo, por lo tanto, grandes progresos en la navegación y en la construcción naval, limitándose á seguir las tradiciones antiguas. Una y otra permanecieron estacionarias; pero los árabes contribuyeron á difundir los conocimientos que ya existían, y no cabe negar que sus estudios astronómicos y geográficos influyeron poderosamente en los pueblos de Occidente á los que un acontecimiento extraordinario iba á abrir nuevos y admirables derroteros.

(1) *Antiguos manuscritos de ciencia, historia y arte militar existentes en la Biblioteca del Escorial*, Sevilla 1878.

Si bien se considera este contacto de los pueblos orientales, africanos y europeos, fomentando la marina cristiana y musulmana, debía contribuir no poco á la propagación de la cultura universal y al desarrollo del comercio; y de aquí el mayor bienestar, la mayor riqueza y adelanto de los pueblos europeos. Imposible desconocer que las preocupaciones religiosas ceden un tanto: nuestros reyes son en ocasiones huéspedes de los moros; unidos combaten muchas veces moros y cristianos; cambian sus trajes y preseas, comunícanse sus inventos y alternan en típicas fiestas. Pero este íntimo contacto no desfigura ni borra en lo más mínimo el carácter de cada civilización. Ahí están para acreditarlo los monumentos levantados por ambos pueblos; las catedrales ojivales con sus simbólicas portadas, sus atrevidas flechas, sus ámbitos sombríos; las *djamas* árabes y los faustuo-

Magnate árabe. (De la *Sala de Justicia*. Alhambra)

sos alcázares en los que moran los genios de la poesía y del amor. Ahí está esa soberbia catedral de Burgos, el más grandioso monumento del arte religioso español; y ahí está la Alambra de Granada, la más hermosa joya del arte arábigo-hispano; creación maravillosa de la lozana fantasía morisca, que hizo exclamar á D. Pedro Alarcón en su hermoso canto épico *El suspiro del moro:*

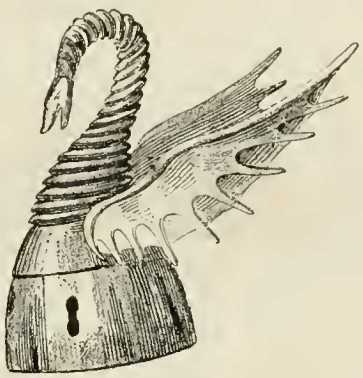
¡La Alhambra! ¡regio edén, huerto florido,
soñado alcázar que su planta moja
del hondo Darro, en el raudal temido,
y cuyas torres de argamasa roja
de las copas del bosque entretejido
salir se ven entre la verde hoja
y luego alzarse en la región del viento
como ideal, aéreo monumento!...

No es dable expresar en más breves palabras la impresión que produce tal maravilla. El que

no la haya contemplado, es preciso que lea la magnífica descripción de Gautier, y que recorra *in mente* aquel *palacio de hadas*, según frases de nuestro poeta legendario. Allí el arte y la naturalzea se dan la mano, y la mirada extasiada por tantas bellezas se deleita contemplando desde sus ajimeces las floridas márgenes del Darro y las colinas pintorescas del Monte Sacro, hermosa prespectiva en cuyo primer término destacan entre frondosos árboles los cuadrados torreones del antiguo recinto.

¿Qué sería, se pregunta á sí mismo el viajero, aquel palacio encantado de Medina-Zahara, del que no quedó un sólo vestigio?

El tiempo que borra los límites de los pueblos y concluye con las obras de los hombres, ha respetado aquí lo que allí arruinó la barbarie: y España puede enorgullecerse de contar entre sus múltiples maravillas, esta joya del arte arábigo-español, que es al propio tiempo título famoso del esfuerzo de sus soldados.



Casco existente en la Armería Real

ILUSTRACIONES

Sepulcro de Mudarra (pág. 201).—La existencia y hazañas de este personaje así como la de los *Siete Infantes de Lara* cantadas por el romance y admitidas como ciertas por algunos historiadores, parecen probadas por un documento de que hace mención el ilustre autor del *Moro Expósito*, D. Angel de Saavedra, y que figura en el archivo del duque de Frias. Hijo de padre cristiano y madre mora, Mudarra vengó á los catorce años la muerte de los Siete Infantes y mereció ser adoptado por la madre de éstos, renovando en Castilla la familia de Lara y siendo tronco de la muy ilustre de los Manriques. Sus hazañas fueron enaltecidas por la poesia popular, y perpetuado su nombre por el romance ha llegado á nosotros entre los muchos gloriosos que cuentan aquellos siglos de continuadas luchas. En San Pedro de Arlanza se construyó el monumento que reproducimos y cuya forma manifiesta su antigüedad. Con efecto; el citado personaje vivió probablemente á fines del siglo x.

Caballero de la Orden de la Escama (pág. 203).—Es incierto su orígen. «Algunos, dice el Sr. Castro, pretenden que la heredó Alfonso IX de León V de Castilla en 1318 (1).» Lo que se sabe de positivo es que en tiempos de D. Juan II era tan célebre, que no había noble que no estuviese alistado en ella, y por eso tratan otros de atribuir á este monarca su fundación. El objeto de la órden de la Escama era, como el de las más de las religiosas de caballería, la defensa del reino contra los moros. Profesaban obediencia al gran maestre todos sus caballeros y hacían juramento de defender la fe. Los reyes, al efectuar salidas contra los moros, solían armar algunos caballeros. Su distintivo era una escama de metal en el capacete y manto blanco con cruz cerúlea. Decayó esta órden al morir don Juan II y se extinguió muy en breve.

Castillo de Tarifa (pág. 205).—Tarifa es una ciudad de antiguo origen que asienta en la extremidad meridional de nuestra península, al O. del estrecho de Gibraltar, y siete leguas al E. del cabo Trafalgar, en un punto en que la costa forma ángulo saliente. Hállase circuída de antiguas murallas y en su parte S. tiene el castillo de los Guzmanes, cuyos cuadrados torreones recuerdan al viajero el sacrificio del famoso D. Alonso Pérez de Guzmán llamado el *Bueno*. Este castillo se levanta junto al mar y su recinto se compone de torres y cortinas almenadas: su construcción es arábiga y todo en él revela gran antigüedad.

La historia de Tarifa puede decirse que comienza con la invasión de los árabes; probable es que fuera un lugar sin importancia, ó quizás sitio no poblado. Ello es que allí desembarcó el bereber Tarif al frente de un cuerpo africano en Julio de 170, efectuando seguidamente una rápida excursión por la costa andaluza, y regresando á Tánger con gran número de prisioneros y rico botín. Y el sitio donde se efectuó el desembarco recibió el nombre de este caudillo, construyendo en él los musulmanes cuando le conquistaron definitivamente una importante fortaleza, en cuyas inmediaciones se libraron encarnizadas batallas.

Alfonso VI fué el primer monarca cristiano que pudo examinar sus muros en ocasión de acudir en auxilio del monarca sevillano Ebu-Abed, amenazado por una de aquellas contiendas civiles tan frecuentes á la sazón. Alfonso VIII condujo hasta allí sus armas en 1194, y en aquellas playas desembarcó en 1211 el emir Momesín Mahamed el Nasr al frente del ejército con que pensaba reconquistar á nuestra patria. En 1229 dióse frente á sus murallas una terrible batalla entre los almohades y los moros andaluces, siendo vencidos aquéllos después de dos días de lucha. Las repetidas contiendas de los moros españoles dieron lugar á que el emir merinita de Marruecos tomara posesión de los

(1) *Dic. de Ord. milit.*

puertos de Algeciras, Tarifa, Gibraltar y Málaga; mas entonces aliáronse los de Granada con el monarca de Castilla, y estas ciudades se vieron gravemente amenazadas. El intento de D. Sancho IV, que á la sazón ocupaba el trono castellano, era hacerse dueño de Algeciras, mas tan propicia se presentó la conquista de Tarifa, que el rey resolvió apoderarse de ella y en 21 de Setiembre de 1292 consiguió tomarla, después de lo cual regresó enfermo á Sevilla. Pero la conservación de la plaza era difícil. Confióse primero su gobierno al gran maestre de Calatrava D. Rodrigo Pérez Ponce, obligándose el rey á pagarle dos millones de maravedises anuales, cantidad exorbitante en aquel tiempo, y á mantener siempre dispuestas galeras para acudir en su defensa; mas habiéndose ofrecido al rey para ocupar aquel peligroso puesto un ilustre caballero que aceptaba sólo mil maravedís, aceptó gustoso D. Sancho la proposición y don Alfonso Pérez de Guzmán, señor de Niebla y de Nebrija y uno de los más poderosos y ricos de Andalucía, fué desde aquel momento gobernador de la plaza.

Un año transcurrió sin que ésta se viera acometida; pero en 1294 el infante D. Juan, hombre rebelde é infame, que después de trastornar el reino habíase refugiado en Portugal y luego en Marruecos, ofrecióse al soberano merinita para reconquistar á Tarifa. Dióle Yusuf á este objeto 5,000 jinetes y alguna infantería, y con estas fuerzas se presentó frente á la ciudad á la que combatió con gran furia; empero en breve hubo de persuadirse de su impotencia, pues D. Alfonso Pérez de Guzmán no era hombre dispuesto á renunciar tan fácilmente el peligroso honor que había solicitado. En trance tan apurado para él, acudió el infante á un medio por demás inícuo, aunque el más á propósito sin duda para poner á prueba el carácter más entero. Apoderóse D. Juan de un hijo del gobernador que se criaba en un pueblo inmediato, y llevándolo al pié del muro intimó á Guzmán la rendición, si no quería que allí se diera muerte al niño: á lo que el heróico gobernador de Tarifa contestó arrojando su daga al campo y diciendo estas memorables palabras: «Antes querré que me matéis ese hijo y otros cinco si los tuviese, que no daros la villa del rey mi señor, de que le hiciera homenaje.» Cumplió su palabra el infame D. Juan y la cabeza del niño fué lanzada por un trabuco en el recinto de Tarifa; pero la ciudad quedó libre desde aquel momento de enemigos, pues los muslimes se retiraron acto seguido de sus inmediaciones, á las que regresaron en 1296 sin conseguir ventaja alguna.

El rey D. Sancho el *Bravo* dirigió con motivo de este hecho extraordinario una carta al heróico alcaide de Tarifa que lleva la fecha de 2 de Enero de 1295 y dice así:

«Primo Don Alonso Perez de Guzman: sabido havemos lo que por nos havedes fecho en defender esa Villa de Tarifa de los Moros, haviendoos tenido cercado seis meses e puesto en estrecho, e afinamiento; e principalmente sopimos y en mucho tobimos dar la vuestra sangre, e ofrecer el vuestro primogénito fijo por el mi servicio, el de la Patria y el de Dios delante, e por vuestra honra. En lo uno imitastes al Padre Abraham, que por servir a Dios le daba el su fijo en sacrificio, y en loal quesiste semejar a la buena sangre de donde venides, por lo qual mereceis ser llamado, El Bueno; e yo ansi vos llamo, e vos ansi vos llamáredes da qui adelante; ca justo es, que el que face la bondad, tenga nombre de Bueno; e nos finque sin galardon de su buen fecho; porque si a los que mal facen les tollen su heredat, e facienda, a vos que tan gran exiemplo de lealtat haveis mostrado, e haveis dado á los mis Caballeros, e a los de todo el Mundo, razon es que con mercedes mias quede memoria de las buenas obras e fazañas Vuestras. E venide vos luego a verme, ca si malo no estuviera, y en tanto afincamiento de mi enfermedat, nadie me tollera, que vos non fuera yo a socorrer: mas faredes con musco lo que yo non puedo facer con vusco, que es veniros vos luego a mi, porque quiero facer en vos mercedes que sean semejantes a vuestros servicios.

A la Vuestra buena Muger nos encomendamos la mia e Yo: e Dios sea con Vusco. De Alcalá de Henares a 2 de Enero, Era 1333 años.=El Rey.»

Memorable es también el nombre de Tarifa por la batalla dada en 30 de Octubre de 1340 frente á sus muros y á consecuencia del sitio que á esta plaza pusieron los reyes de Granada y Túnez. Defendióla en esta ocasión D. Juan Alfonso de Benavides y su valiente guarnición contribuyó á la victoria del Salado conseguida por los monarcas de Castilla y Portugal.

Desde esta fecha no vuelve á figurar de modo que merezca especial mención el nombre de Tarifa, cuyo puerto sirvió de escala á los cristianos para llevar sus armas al otro lado del Estrecho. Hay que registrar un intervalo de más de cuatro siglos para hallar en la historia una nueva y honrosa página consagrada á ella: la heróica defensa del general Copons (19 Diciembre de 1811) contra las tropas del general francés Leval, que después de haber combatido inútilmente con un cuerpo de 12,000 hombres y excelente tren de batir esta plaza mal defendida y peor artillada, hubo de levantar su campo en 5 de Enero del siguiente año con pérdida de 2,000 hombres y buena parte de su material de guerra.

Reyes de Aragón, según sus sellos (véanse las páginas de 207 á 237). — Las graves dificultades con que se tropieza al reproducir alguna de las figuras que aparecen en los sellos (sobre todo en los fabricados con cera, borrosos muchos de ellos ó desfigurados por los años ó la mala conservación), suben de punto al tratar de hacer su descripción exacta, ya que no es posible consignar con exactitud ciertas piezas de las armaduras, ó ciertas prendas del traje, que en ellos apenas si aparecen marcados, viéndose por lo mismo obligado el que los estudia á darles más ó menos fiel interpretación.

Esta advertencia es en alto grado importante en las breves noticias que aquí vamos á dar, ya que la serie de figu-

ras reproducida en nuestras páginas ha sido dibujada según las que aparecen en los sellos del muestrario del Archivo de la Corona de Aragón, y estos apuntes redactados en presencia del mismo y del álbum allí existente.

Permítasenos antes una ligera digresión relativa á los sellos españoles en general.

El primer sello de que en España se tiene noticia es el de que habla Morales y figuraba en el privilegio concedido al monasterio de Carracedo por Alfonso VII. «Este privilegio, dice, es muy notable por tener sello; porque todos los reyes de atrás jamás sellaban sus escritos, ni se hace mención de sello en ellos: solamente dicen que hacían en el tal privilegio un signo y mención de él teniendo escrito allí junto: *Signum Imperatoris*. Este privilegio ya tiene sello, y es muy grande, de cera, con el emperador sentado y coronado, y dice la letra alrededor *Adefonsus Imperator Hispaniæ*.» Era este sello céreo y desde el siglo XII vemos que principian á ser comunes los de tal materia en España. Sin embargo, los vemos alternar más tarde con los áureos, argénteos y plúmbeos. La cera se aleaba con otras sustancias destinadas á darla consistencia y color, color muy variado por cierto, pues se empleó el blanco, amarillo, rojo, azul, verde y negro (Orden Teutónico): en España solo se conocieron los tres primeros, usando con preferencia los monarcas aragoneses y algunos castellanos el rojo, que se considera como recuerdo de la púrpura y cinabrio empleados por los emperadores bizantinos.

Los sellos reales afectan generalmente la forma circular; no así los de las mujeres y eclesiásticos, que la presentan ovalada; en cuanto á la letra usada en ellos es la monacal más ó menos angulosa, hasta el siglo XVI en que se introduce la mayúscula latina. En el siglo XIII comienzan á usarse los de placa á consecuencia de haber principiado á reemplazar al pergamino el papel; y la impresión se efectúa colocando encima de la hoja de cera un papel. A los sellos pendientes de plomo se les daba el nombre de *bullas* y en las Ordenaciones de la Casa Real de Aragón hay un capítulo sumamente interesante relativo á la manera de sellar con sellos de cera ó bulla. Si se comparan los sellos de los reyes aragoneses con los castellanos echaráse desde luego de ver en aquellos mayor gusto en la ornamentación y gran prolijidad en los detalles, lo que permite un estudio más minucioso.

Por regla general los sellos céreos presentan en el anverso la imágen del rey armado de todas armas y á caballo, y en el reverso con traje de ceremonia y sentado en el trono. Blancas ha dado, según esta representación, nombre distinto á los sellos, pero por lo que respecta á los de Aragón, ostentan todos la figura del rey en ambas caras y en las citadas formas. Según los Benedictinos, el uso de representar á los príncipes sentados en tronos y revestidos de todos los atributos é insignias, data del siglo XI, y como al traje de corte se le llamase de *sede magestatis*, de aquí el nombre que se dió á estos sellos, *sigillum magestatis*, ó simplemente *magestáticos*. A esta clase pertenece el sello de Sancho IV de Castilla, á propósito del cual dice el Sr. Escudero de la Peña. «No sabemos que sus sucesores siguieran esta costumbre; los antecesores de Sancho el *Bravo* prefirieron á tal representación la de guerreros, con símbolos que si bien tomados del arte militar, no dejaban por eso de ser considerados como atributos de la dignidad real, por más que se vieran en sellos de simples caballeros (1).» Empero D. Sancho, sin abandonar esta forma de representación conservó en el reverso de su sello la magestática.

Esta doble representación, *magestática* y de *guerra* es precisamente la que existe en los sellos de los monarcas aragoneses. Por regla general en la *magestática* se presentan con traje talar, pendientes de los hombros el regio manto, ceñidas las sienes con la diadema y empuñando la espada y el cetro ó el globo, emblema de la soberanía (2), mientras que en la de *guerra*, aparece el monarca á caballo vestido de todas armas, embrazado el escudo y con la espada desnuda en la diestra y el brazo extendido en ademán de herir. Esta actitud es la que por regla general se adoptó para la representación de los reales guerreros, así en Aragón, como en Castilla y otros países.

Circunscribiremos nuestro trabajo al examen de los sellos de Pedro II, Jaime I, Pedro III, Alfonso III y IV, Pedro IV, Juan I (como infante y como rey) y Martín el *Humano:* para estudiar en ellos el traje militar de las respectivas épocas y las sucesivas modificaciones de que fué objeto.

El sello de D. Pedro II el *Católico*, el desdichado monarca que pereció en la batalla de Muret nos obliga á remontarnos á fines del siglo XII principios del XIII (1192-1213). El monarca corre á caballo hacia la siniestra mano: cubre su cabeza con la capellina ó capiello de hierro de la que penden los lambrequines y la cual descansa sobre el almofar ó almofre: con la mano diestra empuña una lanza con pendoncillo. Parte del cuerpo del jinete está cubierta por un escudo en que se ostentan las cuatro barras ó bastones, escudo que pende del cuello por medio de una correa, pero que permite ver el largo camisote ó gonella que alcanza á las piernas del guerrero; los piés de éste van calzados con los pédulos ó soccos á los que van unidas las espolas ó esporones. En cuanto al caballo lleva gualdrapas franjeadas, brida, estribos y silla.

Difícil es entrar en cierto género de detalles que no permite el deterioro de los sellos, lo borroso de sus contornos y lo imperfecto de la imprenta. Estas dificultades saltan á la vista del menos perito y han dado lugar á no pocos errores; por lo que se necesitan especiales conocimientos para adivinar las diferentes piezas de las armaduras, ó las dife-

(1) *Sellos de Alfonso X y Sancho IV.* (*Museo Español de Antigüedades.*)

(2) En la *Crónica del rey D. Pedro IV de Aragón* hay diferentes descripciones de trajes de corte ó ceremonia, y nuestros lectores hallarán en la página 191 de este tomo la del vestido *in sede magestatis* que llevaba este monarca en el acto de presentarse en la Seo de Mallorca.

rentes prendas del traje. Y precisamente en este sello y en otro muy parecido, el de D. Alfonso el *Casto* existente en el Archivo municipal de Barcelona y de que hemos sacado copia, hay que vencer tales dificultades.

El del famoso D. Jaime I el *Conquistador* presenta á este monarca galopando hacia la izquierda con la lanza empuñada, embrazado el escudo; vestido con una corta túnica debajo de la cual llevaría la loriga, jornea ó perpunte, las piernas defendidas quizás por mallas (lo que no es posible averiguar) y los piés protegidos por pédulos (probablemente zapatos enmallados). Es de notar que el monarca no lleva arma defensiva alguna en la cabeza, que va ceñida con la corona. ¿De dónde sacaría, pues, Clonard aquel D. Jaime que como copia de un sello nos da en su *Historia orgánica*, siendo así que ostenta en su cabeza el casco de *cartón* llamado del grifo? Esta clase de cimera sólo comienza á usarse á contar de Pedro IV el *Ceremonioso* y el famoso casco que existe en la *Armeria Real*, perteneciente á alguna cofradía de Mallorca, puede con seguridad afirmarse que jamás lo usó el *Conquistador*. De suela era el que llevaba á la conquista de Valencia y de hierro batido los usados generalmente en su época.

Llegamos á D. Pedro III el *Grande*.

Rara es la forma del casco ó por mejor decir cofia que lleva este monarca: una especie de yelmo que deja á descubierto el rostro. (¿Le falta quizás la pieza que le cubría?) El cuerpo va cubierto por el alsobergo. Cruza su pecho y espalda la correa de que pende el escudo. Con la diestra empuña el montante. La pierna va cubierta con calcetas de malla y el pié con el mismo tejido ó quizás con simples trabuqueras. Por lo que respecta al caballo, como el de D. Jaime, va cubierto con las gualdrapas frangeadas.

A fines del siglo XIII ocupa el trono D. Alfonso III llamado el *Liberal*, que expiró á los seis años de ceñir la corona (1285-1291) Este monarca, así como su inmediato sucesor Jaime II el *Justo*, cuya vida alcanza al año 27 del siglo XIV (no lo hemos representado en grabado), aparecen ya con la cabeza cubierta de un yelmo ó almete coronado con la regia diadema, calada la visera y empuñando con la diestra la lanza. El escudo deja á descubierto parte del cuerpo, en el que así como en el brazo se echan de ver las primeras piedras ó chapas de hierro y las guardas que se generalizaron y completaron en todo este siglo hasta constituir la armadura completa del caballero. La falda de la túnica, las calzas de malla que llegan hasta el zapato, y éste provisto de la correspondiente espuela componen la restante armadura, en la que hay que incluir la espada recta colocada en una vaina que se componía de dos costillas de madera cubiertas por regla general de cuero ó terciopelo y terminadas por una contera de hierro. En el sello de don Jaime II se nota que á la malla de que se compone la vestidura del jinete van unidas en los brazos las defensas.

Alfonso IV el *Benigno* (1327-1336) lleva ya en el cuerpo armadura de escama metálica; la cabeza cubierta con el almete coronado, túnica, calzas y zapatos en igual forma que el anterior: escudo, lanza y espada. El caballo cubierto por las gualdrapas frangeadas. Silla á la jineta.

El sello de Pedro IV el *Ceremonioso* permite apreciar con mayor detenimiento su armadura. Es el primer monarca en cuyo almete aparece sobre la corona real el grifo ó dragón alado: de él pende cubriendo la parte trasera la *huca*, velo de rica estofa que se extendía hasta la espalda. En el cuerpo lleva un jubón de armas ó jubete, al que van cosidas las mangas de malla ó *museguies*, y que ostenta en los hombros un pequeño escudo: el codo va protegido por guarda de hierro y las piernas por calzas de malla: zapato herrado (1). Completan su armadura la espada y el escudo. En las gualdrapas, silla y mantilla del caballo se nota mayor riqueza y primor que en las de los monarcas anteriores.

Refiriéndose el Sr. D. Tomás Muñoz Romero al cambio del casco con corona por el de cimera con dragón alado que aparece en los sellos de este rey por el año 1344, dice:

«En España no se adoptó esta moda, y sin embargo hallamos algún ejemplo que pudo imitar D. Pedro IV de Aragón. D. Felipe III de Navarra, conde de Evreux, en los sellos que usó desde 1330 se representa en el reverso como guerrero, y allí se le ve un casco que lleva por cimera un animal fantástico alado. Habiéndose casado el citado don Pedro con una hija de aquél en 1338, es posible que viéndose con frecuencia suegro y yerno, imitase el rey de Aragón parte de la armadura del rey de Navarra. Desde D. Pedro hasta D Fernando II el dragón alado ha servido de divisa á los reyes de Aragón, ha sido la señal exterior que los distinguía de entre sus guerreros (2).»

(1) En la Colección Diplomática del Archivo de la Corona de Aragón, existe una carta dirigida por este monarca á Lope Guiester, administrador de la Real Casa en Cerdaña, en la que le ordena le remita «una coraza bella de malla milana et faldas mangas mosequis golorons calças çapatos de la dita malla milana, las cuales armas sean de acero si hy son et sino sean las más buenas et finas que pndredes eslegir. Item una barbuda de la dita malla et una corbellera de las más bellas que hi son. Encuar nos enviat unas cuyraças buenas et finas et cameras cuxeras mosequins brocales vayresents de cuero et guardat las tales que se nos fagan bien, las cuales sean de las más bellas et mellores que hy son, et de aquesto nos faredes placer.»

(2) *Sellos del conde D. Ramón Berenguer IV.* Estos sellos fueron desconocidos por el archivero Garma y existen en el Archivo Histórico Nacional entre los documentos pertenecientes al monasterio de Poblet. «Los dos, dice el Sr. Muñoz, son parecidos, pero enteramente iguales. Existen entre ellos pequeñas diferencias que se notan al compararlos detenidamente. Por anverso y reverso se representan en ellos la figura del conde á caballo corriendo á la derecha, lanza en ristre con banderola hacia abajo, el casco cónico y el escudo largo, forma muy común en España en el siglo XII y principios del XIII, alcanzando en Castilla su uso hasta fines del reinado de Alfonso VIII, en Navarra hasta la muerte de D. Sancho el *Fuerte* y en Aragón hasta Jaime el *Conquistador*. En el escudo del reverso del primero se ven claramente los bastones de Cataluña.»

Las figuras en ellos representadas no indican por cierto grandes adelantos en el arte á fines del primer tercio del siglo XII; pero no eran mucho mayores los que notamos en los sellos empleados fuera de España en tiempos de D. Ramón Berenguer. *(El Arte en España.*

Algo parecida es la armadura del infante D. Juan (después rey con el nombre de Juan I), al que en verdad parece no sientan bien los militares arreos con que figura en una de las caras de su sello: la cota de armas es frangeada así como las gualdrapas del caballo, el escudo oval: en la pierna y colocada sobre las calzas de malla lleva esta figura el quijote, pieza de hierro sujeta con correas.

El sello real de este mismo personaje ostenta sobre las ya dichas prendas y piezas, las canilleras, defensas de la parte anterior de la pierna, canilla ó tibia.

D. Martín el *Humano* (1395-1410) aparece montado en un caballo cuyo paramento cubre la cabeza: con la siniestra sostiene una lanza, con la diestra empuña la espada. El yelmo no está provisto de visera, sino de una especie de reja que deja más libre la vista y la respiración al jinete. En los brazos como en las piernas las defensas son completas: pues los primeros están protegidos por el añabrazo y el cañón, y las segundas por los quijotes y las canilleras. En lo que dejan visible estas piezas y la sobrevesta se nota la malla ó escama de acero.

Una observación por lo que respecta al armamento en general.

La loriga, defensa del cuerpo, podía componerse sólo de cuerpo ó corpiño sin mangas ó con ellas: si además llevaba el guerrero el almofar y las calzas de mallas, se llamaba *complida*; si las mangas no pasaban de los codos, lorigón. En la corona de Aragón se usó una loriga construída de malla de hierro con mangas hasta el puño (la lleva en nuestro grabado Pedro III) y que recibió el nombre de *alsebergo* ó *asberch*. Llévase también encima de las botas de cuero unas calcetas con pié de malla de hierro.

Sobre la loriga iba la sobrevesta, sobregonel ó sobreseñal, más tarde cota de armas: y en esta sobrevesta colocaban los guerreros sus divisas, lo propio que en el escudo. El Sr. Sans de Barutell dice en su *Memoria sobre el incierto origen de las Barras de Aragón* (1) que hasta el siglo XI no se fijaron las armas de un modo estable y permanente en los escudos. Los sellos de los caballeros Roberto, duque de Borgoña y Balduino, conde de Flandes, puestos en los diplomas 1054 y 1065 tienen rasos los escudos, prueba irrefragable de que no se había introducido aún esta costumbre, cuyo origen atribuye el citado académico á los torneos, opinando que de meras divisas personales, pasaron á ser hereditarias. Sin duda alguna los cruzados, para evitar la confusión y desorden que la reunión de tan gran número de gentes de diversos países debía producir en los ejércitos, introducirían también especiales distintivos; pues el hecho es que la misma cruz que colocaron sobre su pecho tuvo color diferente según la nación á que pertenecieron. Moret consigna que las armas más antiguas que de Castilla y Aragón se encuentran son las de los monarcas don Sancho el *Deseado* y su hermano D. Fernando, rey de León. Navarra orló su escudo con las cadenas á principios del siglo XIII, y Aragón adoptó armas entrado ya el XII. Cataluña en todo el XI. Admitido como fábula lo que dice Boades acerca del origen de las barras de Aragón, y bien se las dé este nombre ó el de bastones con el que las conocen los dedicados á la heráldica, ello es que tal distintivo es usado por los monarcas de Aragón en sus sobrevestas y escudos: barras ó bastones rojos sobre fondo amarillo (no dorado), siendo de notar que no todos los monarcas ostentan las cuatro barras en sus escudos: en los sellos aparecen algunos con dos, tres y cinco.

El armamento del caballo, que se componía de la loriga de malla cubierta por el alquifaro ó paramento que cubría ó no la cabeza, sufrió como el del jinete las consiguientes modificaciones. Comenzóse por colocarle un antifaz de hierro, una simple plancha (frontal), ó una testera, pieza apropiada á la configuración de la cabeza, y fuésele cubriendo el cuello, pecho y ancas hasta completar el arnés. La silla para el caballo ligero se llamó *cocera*, y para el pesado *lidona*. En cuanto á los diversos modos de montar á la *jineta* ó á la *brida*, diremos que la actitud ó postura del caballero en la jineta era con las piernas recogidas en los estribos vaqueros que iban cortos, á la usanza africana, llevando acicate ó aguijón, en vez de espuela con redecilla ó cruz, y silla, aderezos y jaeces que en los grandes personajes era de terciopelo ricamente guarnecido; mientras que á la *brida*, la silla era de borrenes ó rasa, con los estribos abiertos y largos, y jaeces mucho más sencillos en su adorno.

La lanza, que se componía de cuento, mohorra, regatón y cuchilla de varias hechuras, ostentaba un pendoncillo ó banderola que según su corte revelaba la jerarquía de la persona. Vemos por ejemplo que el pendón posadero era de figura triangular (este pendón servía para señalar itinerario y punto de posada); el del capdiello centenario (capitán), cuadrado; el del decenario, cuadrilongo, etc.

Estas breves noticias pueden servir para ilustrar las anteriores descripciones, completando así el estudio que hemos consagrado á las figuras reproducidas en nuestras páginas (2).

(1) Inserta en la colección de las publicadas por la Academia de la Historia, tomo I.

(2) No estarán fuera de este lugar algunas noticias relativas á las tres personas que en España se han distinguido especialmente en el cultivo de la sigilografía. El primero de que tenemos noticia es el distinguido paleógrafo D. Francisco Palomares, quien en el pasado siglo dibujó gran número de sellos procedentes de los diplomas que reconoció y examinó, y su colección se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional; el segundo es el Sr. D. Francisco Garma, archivero del de la Corona de Aragón y autor de la obra *Marca catalana:* reunió una interesante colección, aunque no completa, de sellos de los reyes y reinas aragoneses que hizo dibujar y grabar, formando el album que hoy existe en el citado archivo. Los dibujos de este album como los de Palomares, dejan, sin embargo, algo que desear y las figuras están faltas de carácter. Al Sr. Tomás Muñoz Romero, distinguido profesor de la escuela diplomática, pertenece la gloria de haber reunido la más importante colección de sellos que hoy se conoce, con la particularidad de que están vaciados en yeso. Muy conveniente sería que sus herederos dieran á conocer al público esta importantísima colección, que vendría á ilustrar la historia militar.

Soldado de principios del siglo x (pág. 209).—Es copia de un relieve del monasterio de Santo Domingo de los Silos, en el que aparece un grupo de guerreros en actitud de descansar y apoyados en sus escudos. Cubre su cuerpo con el gonión, una especie de loriga formada por recias tiras de cuero, tejido tan grosero como sólido, con el que también protegían la cabeza y la parte inferior del rostro, constituyendo esto el almofar. Ignoramos qué objeto tendría la caperuza que cubre el casco ó capiello. La loriga está ceñida por un cinturón en el que va atravesada una espada, y deja ver en la parte inferior la túnica: calza este soldado pédulos y va armado de escudo, espada y lanza.

Jinete y peón (pág 212).—Están tomados de unos relieves del Sepulcro de los Mártires, en la Basílica de San Vicente (Avila). Diferencíanse muy poco del anterior en cuanto al tejido de sus lorigones; sólo que no llevan en la cabeza más que el almofar. El jinete calza *espolas* y así como el peón sostiene un escudo de grandes dimensiones, probablemente de cuero reforzado por clavos y planchuelas de hierro.

Caballero de la Orden de la Azucena (pág. 228).—Fundóla Sancho IV de Navarra y tenía por objeto defender la fe combatiendo contra infieles y consagrarse á ciertos rezos diarios. Siguieron en un principio sus caballeros la regla de San Benito y adoptaron por emblema un collar del que pendía la imagen de la Virgen: este collar ostentaba dos ramos de azucenas, flores de que también estaba adornado el manto blanco que vestian y que simbolizaban la pureza. Son escasos los datos que acerca de esta Orden poseemos.

Caballero aragonés de principios del siglo XIV (pág. 231).—Traje completo de malla con la sobrevesta: espada pendiente de un tahalí así como el puñal, y un pequeño escudo en el que van pintados los distintivos de su casa.

Soldados aragoneses (pág. 233).—Están copiados de un tríptico existente en la Academia de la Historia y pertenecen á fines del siglo XIV (1390). Echaráse de ver que en su armamento figuran mezcladas la malla y el hierro. Las manoplas y guardas de los brazos y piernas, así como las planchas sujetas por medio de correas del que aparece en primer término son, como los cascos, de hierro; los zapatos y las calzas de malla, así como el faldellín que aparece bajo la armadura del último. De extraña forma son las túnicas de los dos primeros, siendo ambas de color verde adornadas con vivos rojos. No llevan otras armas ofensivas que la espada y la lanza.

Caballero de la Orden del Espíritu Santo (pág. 239).—Acerca de esta Orden, conocida tambien con el nombre de la *Paloma*, dice Castro: «El rey D. Juan I de Castilla instituyó en 25 de Julio de 1383 en la iglesia catedral de Segovia la Orden militar de la Paloma. Era su divisa una paloma blanca suspendida de un collar de oro y rodeada de rayos. Su instituto era la defensa de la fe católica y de los reinos de Castilla: también comprendía el amparo de las viudas, doncellas y pupilos, extendiéndose á otros ejercicios piadosos. El citado rey se adornó de esta insignia y la dió á varios caballeros y privados suyos. Algunos atribuyen esta institución á Enrique III (1399), el cual mandó hacer un número de collares de oro encadenados de rayos de sol ondeados, en figura de punta, y al remate una paloma esmaltada de blanco con pico y ojos de gules (1).» Esta Orden tuvo muy corta existencia.

Guerreros castellanos (pág. 241).—El de la izquierda viste una túnica de lienzo sobre el jubón de malla, cubre sus piernas con unas ligeras calzas y los piés con rústicas botas de cuero. Va armado de casco, espada y lanza, y de su costado izquierdo pende una caja, probablemente una aljaba en la que, al pelear como arquero, llevaria las flechas.

El de la derecha lleva un casquete de malla reforzado por dos planchas de hierro; sobre el jubón ó loriga un peto formado por planchas de acero, por debajo del cual aparece la túnica: sus piernas van defendidas por grevas y calza zapatos herrados. Completan su armamento la lanza, espada y escudo.

Son cópia de un códice del siglo XIV.

Caballero de la Orden de Santiago (pág. 244).—Atribúyese el orígen de esta Orden á la batalla de Clavijo. Trece ilustres caballeros convinieron en dar al ejército un elocuente ejemplo de bravura y al efecto adoptaron un distintivo para reconocerse en la pelea: cruz colorada en forma de espada puesta sobre sus capas. Empeñada la batalla la victoria coronó el esfuerzo de los cristianos, y el rey Ramiro, que según la tradición, vió en sueños la víspera de aquella batalla al apóstol Santiago, mandó construir en conmemoración de este triunfo, que los cristianos atribuyeron al Apóstol, una ermita en lo alto de la Peña Turce. El general que acaudillaba al ejército manifestó al monarca que él y los trece caballeros que habían combatido llevando la enseña de la cruz, habían acordado formar una orden de caballeria en memoria de este combate y bajo la advocación del Santo Apóstol, y aprobada la idea por D. Ramiro dió al citado caudillo, D. Sancho Martinez de Tejada, el título de Maestre.

(1) *Dic. de las Ordenes religiosas y militares.* Madrid, 1793.

La fundación canónica de esta Orden data del año 844 y tuvo lugar en la iglesia de Santiago de la ciudad de Logroño. Hizo el rey D. Ramiro grandes donaciones al primer Maestre de la Orden y demás caballeros, y les confió las fortalezas de Clavijo, Viguera, Ocón, Juvera, Ansejo, Arnedo, Calahorra, Cornago y otras. Nuevas mercedes y dignidades fueron otorgadas en los reinados sucesivos á estos caballeros que no se limitaron á defender la frontera, sino que efectuaron importantes correrías en territorio enemigo y asociaron su nombre á los más importantes hechos de armas de la reconquista. Merece consignarse también que la bandera de Santiago flotó en las torres de Granada junto a la cruz de plata el dia memorable de la entrada del ejército cristiano en este último baluarte del poderío árabe.

Los caballeros de Santiago componian un consejo de trece y su casa hospitalaria se hallaba en el reino de León. Instituyeron más tarde dos comendadores, uno para Castilla otro para León, y fué su último gran maestre D. Alfonso de Cárdenas. Sus insignias consisten en una cruz de lana encarnada sobre el manto blanco.

Idénticos emblema y constitución tenía la Orden de este nombre creada en Portugal por el rey D. Dionisio; pero se diferenciaba de la española en que el número de sus comendadores era indeterminado. No obstante, era requisito indispensable para obtener tal dignidad el haber guerreado contra infieles por espacio de cinco años.

López Díaz de Haro pág. 255.—El ilustre caballero que en unión de su padre D. Diego mandaba en la célebre batalla de las Navas de Tolosa á los alaveses, vizcainos y guipuzcoanos, que constituían la vanguardia del ejército cristiano, y que tan elocuentes pruebas de valor dió en la misma, aparece montado en un caballo, cubierto por gualdrapas en las que van sobrepuestos los distintivos de su casa: cubre su cabeza el almete y el cuerpo y piernas la malla, llevando además una sencilla sobrevesta: en el broquel van pintadas iguales divisas que en las gualdrapas: pende de su costado derecho la espada.

Esta figura es copia de un sello en cera.

Caballero de las mesnadas concejiles (pág. 255).—Es muy sencillo el armamento y traje de este guerrero. El capiello colocado sobre el almofar: la loriga y la sobrevesta sin mangas; y como á defensa de las piernas y piés, los quijotes, canilleras y grevas. Lleva espada, lanza con banderola y escudo: en éste y aquélla aparece la cruz. El caballo va cubierto de gualdrapas lisas.

Caballería cristiana (pág. 257).—El artístico grupo que aparece en la citada página está ejecutado segun el que figura en la obra *Castigos é documentos* (1330) que se conserva inédita en la Biblioteca Nacional. Los caballeros se presentan montados á la jineta y cubiertos de armadura completa; esto es, cascos de diversas formas, corazas de acero con faldas de lámina, quijotes, canilleras y zapatos herrados. Empuñan lanzas cuya hoja afecta formas diferentes y no llevan rodelas ni espadas.

Caballeros cristianos (pág. 248 y 249).—Son copia de un códice que existe en la Catedral de Burgos, y que tiene por título *Regla de los confradres de la Confradria del apóstol Señor Sant Yago*. El primero tiene escritas en la parte superior de la hoja este nombre: *Alonso de Astudillo*, y el segundo, *Juan Pardo*. Muy idénticos son los arneses y paramentos de uno y otro. El casco ostenta ondulante cimera; el escudos heráldico emblema. Cubre el cuerpo coraza de bruñido acero, y protegen los brazos y las piernas los braciles, cañones, quijote y canilleras, con sus correspondientes guardas; es decir, hombreras, coderas y rodilleras, en las que se echará de ver gran riqueza de labor. El faldellín de Alonso de Astudillo es también rico y caprichoso. Pende de la parte posterior de la armadura del cuerpo una especie de velo ó cinta de colores vivos. La espada es de gavilanes.

En cuanto á los caballos, sus paramentos son muy distintos. Ambos llevan airón; esto es, plumas en la testera; pero el de Juan Pardo presenta gualdrapas largas y sencillas, lo propio que el rendaje, mientras el de Astudillo las lleva mucho más cortas, dejando completamente á descubierto el cuello, piernas y cola de su caballo; adórnanlas unas cenefas bordadas de oro, así como la mantilla

Estas dos figuras pueden servir de modelo para estudiar las transformaciones que sufrió el armamento de la caballeria á fines del siglo XIV y primera mitad del XV.

Magnate ó prócer árabe (pág. 252).—Siguiendo la autorizada opinión expuesta por el Sr. D. Rafael Contreras en su obra *El Arte árabe en España*, admitiremos como á tal la figura que, copiada de la Sala de Justicia, en la Alhambra, reproducimos en la citada página, y que al par que otras nueve adorna la bóveda del centro, motivo por lo cual se ha denominado también á dicha sala, de *los retratos de los reyes*. Estima dicho señor como lo más probable que el pintor quiso representar un Maxuar ó Consejo árabe, opinión que tratan de refutar los Sres. Oliver en su erudita obra titulada *Granada y sus monumentos;* pero que consideramos aceptable dados los fundamentos en que la sustenta el primero en su interesante estudio *Pinturas árabes de la Alhambra*. En efecto, estos personajes no llevan distintivo alguno por el que pueda deducirse que son reyes, cuando precisamente servían los tales para caracterizar á los reyes de Persia, los califas de Arabia y los soberanos de Egipto, Túnez y Marruecos; en cambio ostentan distintivos jerárquicos, visten alquiceles de dos colores cortados de arriba abajo como era costumbre entre mu-

sulmanes de rango, y su traje no es encarnado como indudablemente lo usaron los nazaritas. Pero sobre estas pruebas aduce el Sr. Contreras nuevos argumentos acerca la disposición del aposento, escudos que en él figuran y otros detalles dignos de ser tenidos en cuenta por lo mucho que ilustran este asunto.

Ocupándose de estas figuras, dicen por su parte los Sres. Oliver en su interesante obra:

«Los trajes y colores de las figuras pintadas en el techo del diván central de la sala nombrada de los Retratos corresponden seguramente á los que por la preferencia que les dió el Profeta, fueron luego propios de los sultanes y califas de Oriente y Occidente. Nótase que todas aquellas tienen una cofia ó caperuza blanca, ceñida á la cabeza y rostro, encima de la cual hay revuelta una toca que llaman *alfereme*, también blanca, que envuelve la cabeza y cuello formando el turbante, el cual termina en una especie de fleco, y cuyo extremo cae á veces sobre el hombro ó la espalda, según se cuenta lo llevaba Mahoma, quien decía: «Amaba Dios las vestiduras blancas, y creó blanco el Paraiso.» Hubo de ser también blanco el turbante de los califas Ommiadas de Oriente, el de los de Córdoba, y el traje de los Benimerines de Africa, á los que tanto imitaban, según Mármol, los reyes contemporáneos de Granada.

»Visten todos aquí una túnica talar con manga ancha, y alguna vez dividida á lo largo en dos colores, y otra túnica interior también talar, y con mangas iguales á la exterior, dejando ver algunos, al parecer, un calzón ancho debajo, atado sobre el tobillo. Sábese que el Profeta gastaba una camisa blanca con mangas hasta el puño, además de un calzón de lienzo, y encima se ponía la *aljuba*, de cuyo nombre ha venido el jubón en nuestro idioma; ó bien usaba la *kaba* ó capa entre los españoles, con su larga esclavina guarnecida de botones por delante, cuando no cubría todo el cuerpo con el *borda* ó manta sin costura, que por lo basto ha dado origen á la frase de *paño burdo* en lengua castellana.

»Si no tienen mangas las túnicas exteriores de los reyes pintados en la Alhambra, llevan éstos una especie de esclavina que les llega al codo y les rodea el cuerpo por la espalda y hombros; en cuyo caso se ve en la parte superior del pecho, por debajo de la barba, dos tiras blancas que ensanchan en los extremos, y caen por delante á manera de corbata; y por debajo de la esclavina, que sin duda ellas sujetan, asoman entonces las puntas de la toca, indicando ser aquella una prenda sobrepuesta. También en los más cruza por debajo el tahalí, en que se halla prendida la espada por delante, y que dividiéndose á veces en dos, por la parte que cae detrás, viene á unirse á las otras dos abrazaderas inferiores de la vaina, pasando por el hombro derecho, y después por debajo del brazo izquierdo. Las espadas son anchas y rectas con pomo, empuñadura sin guarnición superior y taza plana, circular, ó gavilanes que se juntan en la propia forma con la boquilla y abrazadera de la vaina, estando labradas todas estas piezas y las conteras finales con adornos arábigos.

»Calzan dichas figuras borceguíes de distintos colores, con la punta prolongada para doblarse, como los que usaban los cristianos en el siglo XVI; y están sentados, según antes se ha indicado, sobre un sofá ó diván de cincuenta centímetros de altura, que corre alrededor del óvalo de la techumbre, y está pintado cual si se hallase forrado de una tela alistada, descansando cada cual sobre un cojín ó almohadón de tela labrada, que tienen unos remates en forma de granadas.»

Una de estas figuras es la que reproducimos en la pág. 252.

Este personaje lleva cubierta la cabeza con el turbante blanco, sin rostrillo en la cara, ni toca en el cuello, permitiendo que se vean los cabellos de color rubio que caen sobre sus hombros. Aparecen por debajo de su barba los extremos de una corbata de color agrisado con que sin duda se sujetaría la esclavina, que es de color bermellón como la túnica exterior forrada de blanco. La túnica interior es de color azulado así como las mangas: el calzado de color de minio como el tahalí, cuyos adornos y los de la vaina de la espada son verdosos.

Casco existente en la Armería Real (pág. 253).—Según habrán echado de ver nuestros lectores, hemos manifestado ya al hablar de los reyes aragoneses, que el casco de cartón existente en la Armería, y que reproducimos como pié de capítulo, no perteneció á D. Jaime I. En sus sellos aparece sólo con corona, y sólo á contar del reinado de Pedro IV se vé el grifo ó monstruo alado en los sellos reales. No es de suponer tampoco que D. Jaime se aventurara á entrar en combate con un casco de cartón, y en su crónica hallamos citado el de suela, al hablarnos de la herida que recibió frente á Valencia. Pero ¿cuál es el origen de este famoso casco, tan característico, ya que pocos artistas dejan de prestar tributo á esta preocupación ó error tradicional. Recibióse este casco con otros objetos de los mallorquines, y probablemente fué construído en la isla según el dibujo de un sello de época posterior, con el objeto de figurar en alguna solemnidad conmemorativa ó acto análogo. Ello es que desde entonces figura con el nombre de casco de D. Jaime en la Armería, bautizándolo así el catálogo de 1867.

Dicho catálogo lo describe así:

«Es de cartón muy fuerte, y su cimera tiene la forma de un dragón alado, llamado en lemosín *drac-pennat*. Está dorado en parte é interiormente cubierto de esponja.»

Reyes de Castilla (lámina suelta, pág. 224).—Lo propio que con los reyes de Aragón, sólo continuamos aquí algunos monarcas de los que nos hemos podido procurar, gracias á los sellos y dibujos de códices, una reproducción más ó menos fiel.

El héroe de las Navas de Tolosa, Alfonso VIII, es el que figura en el centro de la citada lámina. Monta un caballo en cuyos paramentos se ven dibujados los castillos y leones: la cabeza cubierta por un yelmo coronado, el cuerpo vestido de rica túnica sin mangas que permite ver los brazos enmallados y los piés calzados de zapatos herrados y acicate. Pende de sus hombros el manto que cae sobre las ancas del caballo y de su costado izquierdo la espada, dejando ver la albenda ó cinturón y un tahalí ricamente guarnecidos.

Otro rey de gloriosa memoria, Fernando III, el conquistador de Sevilla, es el que figura en la parte superior. Lleva la cabeza cubierta por un sencillo casco, ó mejor dicho capiello, y loriga complida, esto es, viste malla de piés á cabeza. Cruza su pecho un tahalí del que pende la espada y lleva embrazado el broquel en cuyos cuarteles figuran castillos y leones. El caballo no lleva gualdrapas: sólo si petral y mantilla, cincha y estribos.

Alfonso XI. El glorioso monarca que venció á los musulmanes en el Salado aparece montado en un caballo cuyas gualdrapas ostentan leones y castillos. Del arzón delantero de la silla pende el escudo cuartelado con iguales emblemas. Yelmo coronado, cota de armas sin mangas, brazo enmallado, grevas y zapato herrado que apoya en el estribo, y montante pendiente de tahalí: hé aquí sus armas. Tratándose de un sello no es fácil hacer resaltar ciertos detalles, pero el rendaje, tahalí y vaina de la espada parecen ser de labor prolija.

Pedro I el *Cruel*. El armamento de este monarca es por completo de piezas de hierro. De su bacinete en cuya parte inferior y ciñendo las sienes se halla la corona, pende la huca. El cuerpo va protegido por la coraza, y los brazos y piernas por las piezas defensivas que ya hemos enumerado al ocuparnos de las armaduras de este siglo (1350). Castillos y leones en los cuarteles del escudo y gualdrapas.

D. Juan II. Armado de punta en blanco aparece este desgraciado rey, cuya figura hemos copiado de la Sala de Batallas del Escorial en que también se halla la de su famoso privado el condestable D. Alvaro de Luna. Su casco ostenta diadema y cimera de plumas y su coraza está cubierta por una especie de capotillo en que van sobrepuestos los castillos y leones: rica es la silla del caballo y soberbios sus paramentos cubiertos de vistosos flecos y realzados por hermosa cenefa. Otro tanto puede decirse de los demás arreos del caballo. El monarca empuña con la diestra mano un sencillo cetro, símbolo de su alta dignidad.

Castillo de la Mota (pág. 232).—Es verdaderamente de lamentar el abandono en que se han tenido las antiguas fortalezas de la Edad media española, fortalezas cuyo mayor número yace en ruinas, cuando no las ha reducido á polvo la piqueta demoledora, como sucedió con los restos de Belmonte que hemos publicado en la pág. 99 y que en 1877 se hicieron desaparecer para construir en aquel sitio una plaza de toros.

La Mota es otro de los castillos que acredita la indiferencia con que miramos en nuestro país los monumentos de otras edades, monumentos algunos que aun subsisten gracias al objeto á que han sido destinados, como sucede con nuestras catedrales y basílicas, pero entre los cuales no pueden contarse nuestros antiguos alcázares y fortalezas, cuya pasada grandeza pregonan sus agrietados muros ó sus destrozados homenajes. Y sin embargo; ¡qué vastísimo y hermoso campo para la exploración arqueológica y artística, qué estudios más interesantes y fecundos para la historia del arte militar! Falta hace en verdad que se utilicen los conocimientos de los numerosos oficiales que en todas las armas é institutos del ejército, revelan especiales aptitudes para recoger datos preciosos en archivos, bibliotecas, museos y monumentos; pues este sería indudablemente el medio más seguro de reconstituir parte de nuestra historia, enriqueciendo al par que la general, la especial de nuestro ejército, tan descuidada por cierto.

Ocurren estas consideraciones con frecuencia al que como nosotros se ha visto obligado á frecuentar aquellos importantes centros y avalorar las riquezas que en ellos quedan por explotar, y sobre todo cuando, como en el caso presente, se echa de ver la falta de datos con que ilustrar ciertas descripciones, por efecto de lo poco que sobre determinados puntos de nuestra historia ha visto la luz.

Fué construído el Castillo de la Mota por Fernando Carreño, llamado en las crónicas el *Obrero mayor*, por los años de 1440, reinando en Castilla D. Juan II, en cuya época y en los dos reinados subsiguientes fué muy celebrado; y consta por un despacho que existe en Simancas que en el mes de Setiembre de 1479 fué nombrado obrero mayor del castillo y villa Alfonso Nieto. El arquitecto que dirigió la obra supo sacar partido de los restos de antiguas edificaciones. La muralla que rodea el castillo y todo el terreno que en donde se dice existió la antigua población, es de antigua fecha y parte de los materiales empleados en la misma obra pertenecen á época algo remota.

Tales son los datos que hallamos en el *Diccionario Geográfico Universal* (Ed. 1831). Y no vacilamos en aceptar como verídica la fecha de esta fundación, á pesar de ver consignada en un estudio especial consagrado á la Mota la opinión de que aquella se remonta al reinado de Alfonso VIII.

Dos descripciones tenemos á la vista de esta fortaleza, descripciones que continuamos para que el lector se forme de ella idea, bien que lamentando sean una y otra tan sucintas.

La primera es del Sr. Cuadrado y dice así: «Cuatro recintos forma su conjunto; la barbacana exterior que cierra la plaza de armas, el muro de ladrillo con almenados cubos y aspilleras para la arcabucería, el castillo propiamente dicho y la torre del homenaje orlada de modillones y flanqueada por dos garitas en cada uno de sus cuatro lienzos, describiendo ángulos entrantes en las esquinas. Sobre el arco del puente levadizo que divide el primer recinto del segundo, los blasones de los Reyes Católicos y su divisa del nudo gordiano y de las flechas, indican la época en que

se efectuaron dichas obras; y otro arco altísimo que con doble rastrillo se cerraba, introduce á las habitaciones del alcázar, alguna de las cuales conserva con el nombre de *tocador de la reina* su bóveda de lacería. Dos minas ó corredores subterráneos, uno debajo de otro, circuyen la fortaleza, permitiendo por sus ocultas troneras una defensa encarnizada. Las ruinas no son bellas, pero sí imponentes: la torre se eleva á prodigiosa altura, y aún se denotan los arcos de su segundo cuerpo.»

La segunda descripción es del Sr. D. Antero Moyano y apareció en el periódico *El Sarabriense* en el año 1865.

«Este alcázar, dice el citado escritor, todo de ladrillo, constaba de cuatro fortísimas paredes fortificadas de robustos estribos y coronadas de almenas, en cuya obra no se debe incluir el torreón ni la barbacana, que son posteriores y del tiempo de los Reyes Católicos, como lo dice la fecha puesta en el escudo de las armas reales que está colocado sobre la puerta del puente levadizo.

»Todo ello forma un gran cuadro, teniendo de largo cada lado 190 pasos. De esas paredes al fuerte hay un espacio con objeto de que pudiera andar bastante gente en tiempos de necesidades. El fuerte se compone también de otras cuatro paredes en cuadro, quedando en medio un patio de la misma figura, con sus portales y pilares que sostenían los aposentos anchos y espaciosos, según refiere un autor de vista, y que se andaban unos por otros, y en el cuadro que mira al Mediodía estaba la capilla, la cual se asegura tenía el techo dorado.

»Entre los cuadros que miran al Levante y al Norte, aun se admira la alta torre, á la que se sube por una linda escalera de caracol. Remata la torre en dos cubos chicos en cada esquina coronados de almenas.»

Por una y otra descripción se viene en conocimiento de que este castillo, formado por cuádruples muros almenados, flanqueado por robustos cubos el primero y por sólidos torreones cuadrados el segundo, afectaba la forma de un paralelógramo, alzándose el homenaje en el costado que mira al Norte. Lo que llama muy especialmente la atención es que se construyera en su mayor parte de ladrillo. Digno de notarse es también por los arquitos de herradura que en 1861 existían aún en la parte superior del homenaje, que esta fortaleza es otra de las que lleva impreso el tipo del arte mudéjar.

La Mota es un castillo de grandes recuerdos históricos y su nombre figura con frecuencia en las crónicas de Castilla en todo el siglo XV. Durante las guerras sostenidas por D. Juan II con el rey de Navarra fué como Medina teatro de sangrientas escenas. En tiempos de Enrique IV las banderías que destrozaban el reino causaron en esta villa grandes estragos y en la Mota se enarboló la bandera de rebelión á nombre del arzobispo de Toledo, de quien pasó á poder del de Sevilla, Fonseca, y por muerte de éste á su sobrino. Cercáronla los medinenses en 1474 cansados de sus daños y por último se apoderó de ella el duque de Alba, quien hizo entrega de la misma en 1475 á los reyes don Fernando y D.ª Isabel. Esta augusta señora hizo de ella su residencia favorita; aquí recibió al inmortal genovés Cristóbal Colón y aquí exhaló su postrimer suspiro el 26 de Noviembre de 1504. La infortunada D.ª Juana la *Loca*, lloró en la Mota la ausencia de su esposo, y la historia registra en sus páginas la triste escena que tuvo lugar junto á su puente levadizo, cuando la infeliz princesa quiso por su propio pié ir en busca de aquel á quién con tal frenesí amaba. Un chirivitil existente junto al puente la sirvió de abrigo durante los melancólicos días de cruel invierno. En las estancias superiores estuvieron presos dos personajes célebres, el turbulento D. Fadrique Enríquez y el intrigante César Borgia. También se guardó en esta fortaleza la cantidad de un millón doscientos mil escudos que dió el rey Francisco I para su rescate.

Consagremos algunos párrafos á la villa por la que velaba al Oriente este castillo, párrafos que no pueden ser más oportunos atendida la importancia de que gozó en el siglo XV, no sólo como residencia de la córte, sino como gran centro comercial.

Fray Tomás Mercado en la *Suma de tratos y contratos* menciona entre las ciudades comerciales de mayor importancia á Medina, y Gonzalo Fernández de Oviedo la llama en sus *Quincuagenas* «plaza principal del tracto y ferias de toda España.» La descripción que traza de éstas el primero, da idea de la inmensa contratación que en ellas se hacía: baste decir que en una feria sola, en cinco bancos, se contrataron cincuenta y tres mil cuentos de maravedís, equivalentes á más de cuatro mil millones de reales, cuya noticia la dió un ministro autorizado, Luis del Valle, refiriéndose á documentos de la época. Pero aun hubo ferias más opulentas en Medina, ferias á las que acudían gentes de todas las naciones, de Sevilla, Lisboa, Burgos, Barcelona, Flandes y Florencia «á pagar seguros, dice Mercado, ó á tomar cambios ó darlos.» Finalmente, añade, «es una fragua de cédulas que casi no se ve blanca sino todo letras, las cuales son de dos maneras, unas de banco, otras en contado.» Así se comprende que por su movimiento comercial se comparara en aquel tiempo Medina á las opulentas ciudades de Nurenberg y Génova, lo que muy bien se explica teniendo en cuenta que allí se negociaban las operaciones, se estipulaban los seguros, se hacían los pagamentos y se saldaban las cuentas de todo el comercio español, cuyas factorías abarcaban varios importantes puertos extranjeros y que ella era el centro á donde convergían y venían á parar las cuentas de todo el comercio de la península y de las Indias.

«Cosa muy notoria es, dice un papel del Archivo de Simancas, citado por Clemencín (1), que el mejor sitio que en España hay para ferias es Medina del Campo por estar en medio de todo y el pueblo ser muy aparejado para ello, ansí en los aposentos como en los bastimentos y en todo lo que se requiere para este efecto.»

Medina del Campo tomó parte activa en el levantamiento de las Comunidades. En 1520 Fonseca, general de las

(1) *Elogio de Isabel la Católica.*

tropas reales, reclamó la artillería que se guardaba en la Mota, però los medinenses que simpatizaban con la Junta, no sólo se resistieron á entregarla sinó que se dispusieron á resistir á Fonseca, sosteniendo en su consecuencia una encarnizada lucha con los soldados del ejército real: airado entonces Fonseca cometió el inaudito crimen de entregarla á las llamas. Consumieron éstas las grandes riquezas que allí se atesoraban, y júzguese de las pérdidas por la carta que en Agosto de este mismo año escribía la villa al cardenal Adriano, á la sazón gobernador del reino, en cuya carta le manifestaba que la suma de los daños ocasionados en las casas y almacenes de los mercaderes era tanta, que dudaba bastasen las rentas reales de algunos años para satisfacción de los daños y perjuicios.

La prosperidad de Medina fué grande y de cierta duración, pero á la vuelta de un siglo, vino á quedar esta villa en esqueleto, como otras ciudades de Castilla. Su población disminuyó de día en día; fueron desapareciendo barrios enteros y lo que eran calles tornaron sementeras. «Apenas hay ejemplo en pueblo alguno interior, dice muy oportunamente Cuadrado, de aumento tan improvisado y de tan rápida decadencia. Diríase que las nombradas ferias que cuatro veces al año celebraba, le habían formado un puerto en el seno de las llanuras ó abierto hasta allí canales navegables desde los extremos de la península. Colocada entre los focos industriales y agrícolas de Avila, Segovia, Valladolid, Toro, Zamora y Salamanca, era el gran mercado á donde afluían los productos y manufacturas de todos, distribuyéndolos por el Norte y Occidente de España. Hermanábase este pacífico movimiento con las deliberaciones á veces tumultuosas de las Córtes y con el estrépito de las armas que traía consigo á menudo la estancia de los reyes, atraídos desde el siglo XIV en adelante por no sé qué oculta fuerza hacia la populosa y traficante villa. No fueron sólo Juan II y Enrique IV, errantes siempre de pueblo en pueblo durante las continuas turbulencias de sus reinados, sino Fernando é Isabel en el apogeo de su gloria los que la honraron casi anualmente con su presencia, cuando les brindaban con su esplendor y con sus delicias tantas y tan insignes capitales. Duró la pujanza de Medina hasta muy entrado el siglo XVI, en que la vida de la nación con el descubrimiento del Nuevo Mundo, huyó del centro á las extremidades, dejando poco menos que yerto el corazón de Castilla.»

Volviendo al Castillo de la Mota diremos que su estado actual no puede ser más deplorable En 1865 amenazaba venir al suelo su homenage, y fácil es que á la vuelta de algunos años un montón de ruinas recuerde al viajero la existencia de la famosa fortaleza.

ESTUDIO SEXTO

LOS REYES CATÓLICOS

I. Fisonomía de este nuevo periodo histórico. = II. Campaña del Duero. = III. La guerra de Granada.—Primeras operaciones.—Sitio de Loja.—Derrota de Ajarquia.—Ataque de Lucena.—Combate de Lopera.—Conquista de Zara.—Toma de Alora y rendición de Setenil y Ronda.—Sitios de Loja, Velez-Málaga, Málaga, Baza.—Organización de las tropas que emprendieron el cerco de Baza.—Entra el ejército por la vega de Granada.—Operaciones preliminares.—Incendio del campamento cristiano.—Fundación de Santa Fé.—Rendición de Granada. = IV. Progresos del arte militar durante este periodo.

I

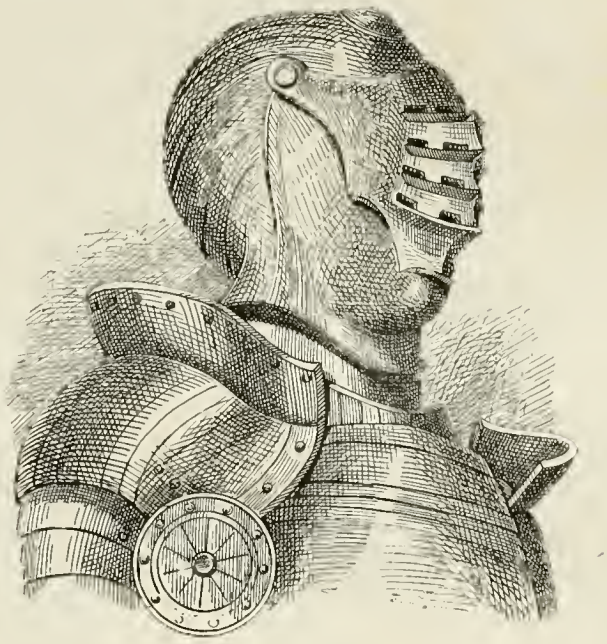
Pocos periodos hay en la historia universal tan fecundos é interesantes como el llamado del *Renacimiento*. Epoca de renovación, de vida exuberante y magnífica; en ella puede decirse que se dan á conocer cuantos elementos han de transformar la vieja sociedad; ella contiene en sí los gérmenes de las más trascendentales revoluciones por que en estos últimos siglos ha pasado Europa. Semeja el Renacimiento un admirable crepúsculo en que la vida sonríe á la naturaleza. Las estatuas de las antiguas divinidades, surgen de improviso radiantes de belleza entre las ruinas y deslumbran á la mirada atónita del artista; los textos de los antiguos oradores y filósofos aparecen en toda su integridad á la vista de una generación ávida de estudio y de gloria, que en un momento de ardiente entusiasmo trata de hacer revivir con las viejas teorías, los ideales de otra edad, armonizándolos con las modernas aspiraciones; la ciencia trata de sacudir la tutela teológica; la monarquía consigue hacerse fuerte y respetada; la fe se vé atacada por los primeros síntomas del general excepticismo y el pontificado vé declinar su preponderancia. Despiertan las múltiples vocaciones de la moderna sociedad y buscan con ansia nuevos derroteros. La torre feudal y la flecha gótica, símbolos de una sociedad aristocrática y teocrática, ya no serán los centros hacia los que gravite aquélla, y dos poderosos agentes destinados á transformar radicalmente su

faz, darán cuenta de aquellos caballeros armados de piés á cabeza, lo propio que de aquellos teólogos encastillados en la fortaleza de los dogmas y envueltos en un tejido de distingos y ridículas sutilezas. Así ha podido decirse que *esto mató aquello,* ó lo que es lo mismo, la imprenta, que es la controversia, concluyó con el principio de autoridad en el orden intelectual, como la pólvora, que es otro agente de la civilización, concluyó con el poder del número, es decir, con la *fuerza bruta*. Y coincidiendo con el empleo de estos dos agentes, un tercer factor, la brújula señaló á la actividad humana nuevos derroteros, permitió surcar los mares con segura dirección, dió lugar á que se difundieran por el mundo los gérmenes de nuestra civilización y á que establecieran relaciones íntimas los pueblos entre sí más distantes. ¡Qué magnífica revolución y que maravillosísimos inventos! En verdad que no se acierta á cuál dar la preferencia. Mas si bien se considera, débese ésta otorgar á la admirable invención de Guttemberg, á quien ha de saludar el espíritu moderno como á su emancipador; porque el libro es un arma, un arma terrible, un ariete formidable, un infatigable agente que, gracias á las facilidades de la navegación y á las relaciones fomentadas por el comercio y la guerra, llevaba de pueblo en pueblo en sus humildes hojas el espíritu de controversia y con él las dudas y las vacilaciones que habían de concluir con uno de los poderes más formidables que han pesado sobre la humanidad. Seamos por eso justos; si en realidad existe una Providencia cuidadosa de los destinos humanos, convengamos en que esas grandes instituciones que han prevalecido en las distintas épocas de la historia, han tenido su razón de ser. Forjó el feudalismo una cuna de hierro para los pueblos jóvenes y en un periodo de exaltación y de fanatismos, la Iglesia, constituída en el poder más fuerte y respetado, pudo esgrimir su espada espiritual y ahogar con mano férrea las tentativas heréticas de muchos secuaces. Si la vista se aparta horrorizada de los sangrientos episodios á que dan lugar esas luchas, convendrá tener en cuenta qué hubiera sido de la sociedad, presa, ora de unos, ora de otros fanáticos que, con ser fanáticos, no dejaban de ser sanguinarios y crueles; qué del poder civil aun no bastante robustecido para imponerse en nombre del Estado! Pero ved cómo el momento en que la monarquía se robustece y puede hacer por sí sola respetar los principios que sirven de norma á toda sociedad, coincide con la decadencia del poderío político pontificio, con la aparición de nuevos factores históricos, y convenid con nosotros en que no ha dejado, no, de ser en alto grado beneficioso un poder que tuvo marcado carácter civilizador durante siglos enteros de barbarie, de fanatismos múltiples y temibles, y de ambiciones desordenadas y brutales. Tal es el constante ejemplo que nos ofrece la historia: cada factor, cada elemento histórico de cierta importancia, cada secular institución desempeña un papel por el que presta al progreso consciente ó inconscientemente su concurso, y llegada su hora desaparece. Es cierto que á veces no desaparece sin luchas repetidas y sangrientas; pero es ley histórica que el tránsito de épocas é instituciones vaya acompañado de periodos de crísis, de intervalos de laboriosa gestación, de momentos de suprema angustia. Así recorre la humanidad las grandes etapas históricas, semejante al esforzado ejército que avanza, avanza siempre, sin reparar en el número de los que ceden y caen, pues constantemente refuerza sus filas con nuevos combatientes.

Ved ahora por qué singularísima coincidencia van en este periodo enlazados los progresos militares al general que impulsa á la época. Si la aplicación de la pólvora á las antiguas pesadas piezas de artillería prepara el camino á una radical transformación en el arte, ésta se debe á la aparición del arma portátil de fuego, ese admirable agente de que tanto partido sabe sacar el genio de nuestros capitanes. El arcabuz y la pica alternan en un principio en desigual proporción, va adquiriendo luego mayor importancia el primero, y llega, por último, á preponderar en los ejércitos. La caballería adopta seguidamente las armas portátiles con los pistoletes y cuenta con un nuevo elemento ofensivo Así, pues, el arte militar se modifica y permite á la genial originalidad de ilustres caudillos combinar los nuevos elementos que el progreso ha procurado.

Mas no para aquí el radical cambio que experimenta el elemento militar: éste alcanza tambien á su organismo. Si la aplicación de la pólvora venía á concluir con la importancia de la caballería, era por otra parte conveniente que la monarquía pudiera oponer á la nobleza nuevas fuerzas

dependientes directamente de ella, concluyendo así por un doble concepto con el poderío de los señores feudales. A este segundo fin atendió Fernando el *Católico* con la organización de las Hermandades, institución cuyos orígenes se pierden en las tinieblas de los tiempos medios, utilizada parcialmente hasta entonces y que á la sazón iba á constituirse definitiva y sólidamente. Esta constitución se otorgó en las Córtes celebradas en 1476 en Madrigal, Cigales y Dueñas, dando á las nuevas fuerzas el título de *Santa Hermandad*. Pero no todos los nobles aceptaron gustosos su establecimiento, y fué para la monarquía una fortuna que el patriotismo de algunos arrastrara en



Yelmo

pos á los más, conformándose en definitiva todos y propagándose el nuevo instituto por los reinos de Castilla y León, Galicia y Andalucía.

Coincidían estos ensayos de organización y estas tendencias á robustecer el poder real en nuestra patria, con los trabajos efectuados en este sentido por las monarquías extranjeras. Las guerras con los ingleses crearon en Francia en la primera mitad del siglo XV el espíritu nacional y contribuyeron á robustecer el poder de los reyes y engrandecer sus dominios durante los reinados de Luis XI, Carlos VIII y Luis XII, quienes crean un ejército permanente, prohiben á los particulares tener hombres de armas, regularizan la administración de justicia, fijan los impuestos y echan mano de cuantos recursos creen necesarios para debilitar á los elementos que les son hostiles. Austria crea también la milicia permanente á mediados de este siglo y en la Gran Bretaña se acrecienta el poder real tras una lucha que agotó la riqueza de los nobles y la fuerza y la energía del pueblo.

Este período es, pues, el en que se comienzan á organizar los ejércitos permanentes en lugar de los mercenarios y feudales. Al mismo tiempo se completan en él aquella serie de adelantos que,

según el eminente Luis Blanc «faltaba para constituir un sistema de civilización superior al de los antiguos, más en armonía con las leyes de la sucesiva perfección social, común á todos los hombres y por consiguiente, más durable y completa (1).» Estos adelantos y aquella variación en la constitución de las fuerzas militares, importante por su influencia política sobre la composición de las fuerzas públicas, fué verificándose paulatinamente en los Estados europeos.

Si tales hechos contribuyeron á robustecer el poder real, de su preponderancia en Europa nació otro que contribuyó no poco á aumentarla: nos referimos á la diplomacia, considerada tal cual hoy la entendemos, es decir, dirigida á que cada nación conserve lo que de derecho le pertenece y se abstenga de proceder arbitrariamente contra sus vecinos. A decir verdad no siempre ha contribuído ella á tan nobles fines y en sus combinaciones la fuerza ha ocupado las más de las veces el primer lugar. Pero como quiera que sea, el manejar los negocios generales de la nación, el combinarlos con más ó menos tino y astucia con los de otros pueblos, el apreciar en grande escala sus intereses, fuerzas y recursos, dirigiendo desde un elevado punto sus destinos, aumentaba de un modo notable el poder real. Y precisamente en aquel turbulento siglo xv que produjo inteligencias tan sagaces como la de Maquiavelo, consumado maestro en un país que tan hábiles los contaba en esos *imbroglios* de pactos, promesas y ligas, es digno de ser tenido en cuenta nuestro Fernando V, en quien el célebre autor del *Príncipe* vió el perfecto tipo del político.

Bien necesitaba poseer generalizadora inteligencia un soberano cuyos intereses tan íntimamente relacionados estaban con los de otros pueblos y cuyos dominios eran tan extensos. En su mismo reinado iba el inmortal Colón á agregar á la corona de Castilla las espléndidas regiones de América, y durante este mismo siglo un esforzado marino portugués, el ínclito Vasco de Gama á doblar osadamente el cabo de Buena Esperanza, descubierto por Bartolomé Díaz: y así los españoles conquistaban importantes porciones de la tierra americana, y los portugueses se derramaban por las costas de África, adquiriendo el comercio y la navegación, y con ello las relaciones políticas, incalculable importancia.

Como resultado de los continuos viajes verificados por aquellos tiempos, habíanse publicado ya en España *Itinerarios de Africa*, *Egipto* y *Siria*, y los catalanes, cuyas expediciones á Oriente databan de muy antiguo, levantaron las primeras cartas geográficas planas que se conocen, debiéndose á Jaume Ferrer en el siglo xiv un célebre *atlas* que presenta ya un sistema cosmográfico y planetario: Juan de la Cosa, piloto castellano y compañero de Colón, trazó á su vez una carta no menos interesante, por la que venimos en conocimiento de los progresos realizados en la náutica y en el estudio de la geografía. Y estos son los primeros monumentos geográfico-náuticos que todavía poseemos.

El desarrollo de la navegación y los nuevos conocimientos geográficos, entrañaban con las relaciones político-comerciales, el comercio científico entre los pueblos, allanando á las modernas ideas expedito camino. Así España, nación respetada por las armas, hubo de serlo también por su cultura, de que son testimonio la fundación de las Universidades de Palencia, Lérida y Salamanca y más tarde la de Alcalá. Pero en nuestra patria el libre vuelo del pensamiento encerrado por entonces en los estrechos moldes de la escolástica, debía ser atajado por el poder más oscuro y odioso que ha levantado al través de los tiempos la intolerancia religiosa. Nos referimos al tribunal tristemente famoso de la Inquisición. A principios del siglo xiii se remonta este instituto creado por los pontífices para hacer frente á las herejías que perturbaban el Mediodía de Francia, y este tribunal, rechazado por algunas provincias de la misma Italia, por Francia y Alemania, fué introducido en Castilla en 1478, nombrando los Reyes Católicos en 1480 los primeros inquisidores y ocupando en 1483 el cargo de inquisidor general el célebre Torquemeda, prior del convento de los dominicos de Segovia. Cabe á los dominicos, y más particularmente á Domingo de Guzmán, señalado lugar en las primeras persecuciones con objeto de propagar la religión de amor y paz que Jesucristo predicó en Judea. Pero si bien se estableció la Inquisición en Castilla por aquella fecha, su introducción en España data de 1232. En Aragón, por de pronto, el establecimiento del Santo

(1) *La ciencia militar considerada en sus relaciones con las demás ciencias y el estado social.*

Oficio, dió lugar á grandes disturbios, y en un motin corrió la sangre de Pedro Arbués; y si fué mal recibida en Aragón, con no menos repugnancia lo fué en Cataluña. Prueba señalada de que no todos los pueblos de la península alcanzaban el mismo nivel.

En apoyo de la nueva institución alegan los hombres de cierta escuela, que respondia al sentimiento nacional y religioso, y consolidaba nuestra unidad: y en prueba de ello aducen las matanzas de judios y las rebeliones de moriscos, y la sangre que en otros paises han hecho verter las luchas religiosas. Mas si prescindimos de que la Inquisición pudo ser en manos de los reyes, como aseguran profundos escritores, un instrumento puesto al servicio de sus miras politicas, deberemos convenir que á ellos, como más ilustrados, convenia levantar el nivel moral de las masas embrutecidas, azuzadas en ocasiones por predicadores fanáticos y ansiosos de concluir de una vez con sus enemigos en religión. La verdad es que los decretos de expulsión, las pesquisas, las condenas, los extrañamientos contribuyeron por de pronto á embotar más y más los sentimientos de las masas y á despoblar nuestro hermoso suelo. Y no se diga, no, que el pontificado hizo repetidas reclamaciones contra tales horrores y tan grandes abusos: los papas que fulminaron anatemas contra monarcas sanguinarios y ambiciosos, guardáronse muy bien de esgrimir esta arma contra séres tan abominables como Torquemada, y aun supieron ceder, en punto á la admisión de apelaciones en Roma, conviniendo en que este género de causas se fallaran definitivamente en España. Y así quedó abierta la puerta á tantos desafueros, vejaciones y crimenes como se cometieron á la sombra de esta institución.

Digase ahora con el Sr. Amador de los Rios, que el pensamiento de la *unidad politica* nació, como no podia menos, envuelto en el de la *unidad religiosa* (1); añádase que la Inquisición «en medio de sus horrores, aseguró esta unidad, coadyuvando eficazmente á constituir la monarquía;» pero convéngase que esa unidad se impuso á costa de enormes sacrificios; reconózcase que la unidad religiosa encarnada en nuestro pueblo le ha costado sus riquezas, su importancia y su prosperidad, y que el ideal que por la fuerza quiso hacer prevalecer en otros paises ha contribuido, gracias á una serie de insensatas guerras, á despoblarla y empequeñecerla. España pudo pagarse de sus gloriosas jornadas, pero tales glorias las adquiria á muy alto precio. Luchó y se hizo famosa durante cierto periodo, pero decayó rapidísimamente; mientras sus rivales se levantaban vigorosas y llegaban con el tiempo á ser las naciones más cultas, más grandes, más civilizadas de la moderna Europa. Se alzó entonces poderosa su monarquía, pero quedaron ahogadas sus libertades, y murió el espiritu público de nuestro pueblo.

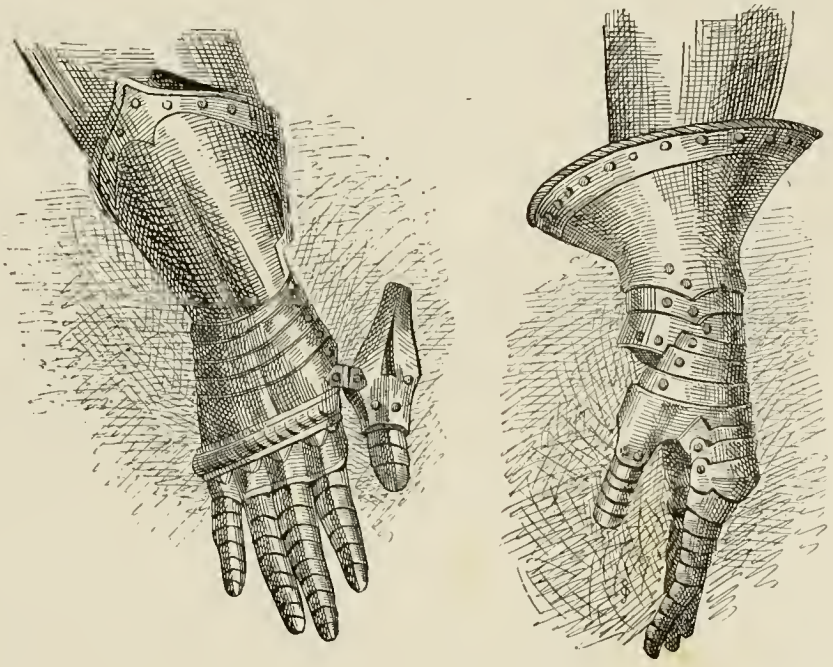
Vengamos ahora á considerar la obra de su unidad politica, acerca de la cual ya dijimos urgia insistir por más de un concepto.

¿Cual era el estado del reino de Castilla al unirse con el de Aragón en virtud del enlace de don Fernando con D.ª Isabel más tarde llamados los *Católicos*? Hé aquí como lo describen dos eminentes historiadores español y católico el uno, extranjero y protestante el otro. Mariana dice: «Y es cosa maravillosa que en aquella sazón no se tenia por afrenta jugar á dos hitos y usar de tratos dobles, especialmente los grandes, para cuyo acrecentamiento era provechoso que las cosas anduviesen revueltas, sin respeto alguno á lo que era honesto: tan grande era su codicia y tal su ambición. Así todo el reino parecia estar todo en presa, y cada cual de los señores se apoderaba de todo lo que podia... Ningún género de mal se puede pensar que no padeciese el reino en aquellos tiempos tan miserables; robos, muertes, agravios; la disolución en todas maneras de deshonestidades, y la libertad por todo género de maldades andaban sueltas y volaban por todas partes: las cosas sagradas eran menospreciadas no menos que las profanas; la moneda era falsa ó baja de ley, cosa de gran perjuicio para los mercaderes y para la contratación... La soltura de aquel tiempo y el estrago era tal, que lo que á cada cual se le antojaba, eso le parecía ser licito y si podia lo ejecutaba.»

Y añade Prescott: «Reinaba en esa época en Castilla la más espantosa anarquía que darse pueda. Mientras la corte se entregaba á la licencia ó á frivolos placeres, descuidábase la adminis-

(1) *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judios en España.*

tración de justicia y los crímenes se multiplicaban con una audacia que hacía temer por los mismos cimientos de la sociedad. Los nobles para vengar sus injurias personales, levantaban ejércitos que habrían podido luchar con los de poderosos soberanos. El duque del Infantado, jefe de la familia de los Mendozas, podía poner en campaña en veinte y cuatro horas mil lanzas y diez mil hombres de infantería... El duque de Medina Sidonia reunió en una ocasión un ejército de veinte mil hombres... En ese estado de general anarquía, el derecho del más fuerte era el único que se hacía respetar. Los nobles, convirtiendo sus castillos en nidos de bandoleros, desbalijaban á los viandentes, vendiéndolo luego públicamente en las poblaciones... El campesino despojado del fruto de sus trabajos y echado de sus tierras, se abandonó entonces á la pereza ó buscó en el ban-



Guanteletes

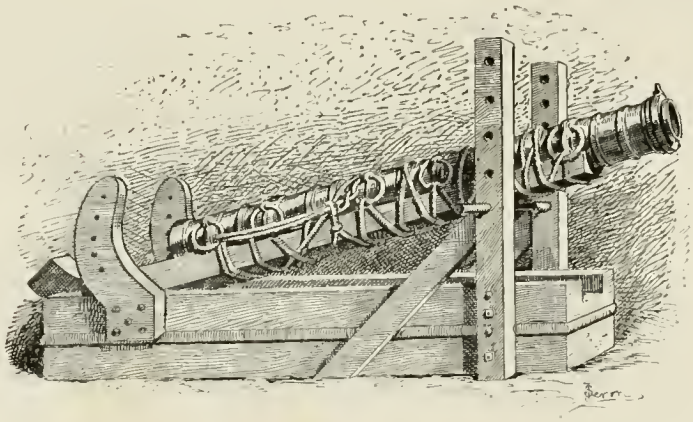
dolerismo los medios de subsistencia que no le era dado encontrar en el cultivo de su profesión honrada. Desde la gran invasión de los sarracenos, jamás había llegado el reino á tan triste estado.»

Tal era el lamentable estado á que había venido la monarquía castellana, cuando tras no escasos disturbios fué aclamada la princesa Isabel como reina de Castilla en la ciudad de Segovia. Ni ella ni su esposo, aunque de regia estirpe, nacieron con probable derecho á la corona: aquél era un infante de Aragón cuando gracias á repetidas negociaciones casó con D.ª Isabel, á cuyo favor se levantó el reino de Castilla tras mil turbulencias y revueltas: ésta una infanta también, á la que allanaron el camino del trono las liviandades y torpezas de un rey inepto y corrompido. Pero raras coincidencias en las que entraron por un lado los disturbios de Castilla y el proceder inicuo del entonces monarca de Aragón D. Juan II, prepararon el acontecimiento trascendental de la unidad española.

Entre los dos novios habíanse otorgado en Cervera capítulos matrimoniales en los que nada se expresó acerca de la probable unión de las dos coronas, si bien los magnates castellanos obligaron al aragonés á que reconociera que el manejo de los negocios públicos en Castilla sería común á los

dos esposos «con acuerdo del Consejo real de aquel reino, sin variar cosa alguna así en sus leyes como en la administración; además que proseguiría la guerra contra los moros y sobre todo que D.ª Isabel se consideraria siempre la directamente señora y dueña del reino castellano.» Pero más claramente se dió á conocer el celo de los nobles de este reino cuando en la misma Segovia, que á la sazón festejaba al advenimiento al trono de Isabel, sujetaron á su cónyuge á un convenio en virtud del que, dice Zurita: «el título en las letras patentes y en los pregones y en la moneda y sellos había de ser común á ambos, siendo presentes y en absencia; y había de preceder el nombre del Rey; y *las armas reales de Castilla y León habian de ser preferidos á las de Aragón y Sicilia.*» Lo que se ordenó, añade Zurita: «diferentemente de lo del tiempo del príncipe D. Ramón Berenguer: porque las armas de los condes de Barcelona se antepusieron á las de Aragón: como de varón.»

No tomó muy á bien D. Fernando tal arreglo, y aun se dice que manifestó propósitos de regresar á Aragón abandonando á la par el reino y esposa; pero afortunadamente concurrían en ésta



Lombarda

raras dotes de prudencia y tacto, y así pudo disuadirle de su intento, quedando en regir ambos los reinos de Castilla en la forma convenida en Segovia. Juan II, muy anciano ya, gobernaba aún el reino de Aragón, y por lo mismo no intervinieron para nada las Córtes de esta monarquía en aquellos asuntos. Pero no hizo variar la muerte de este rey tal estado de cosas. En 1479 en que esta acaeció, Fernando fué jurado rey en Barcelona con las acostumbradas cláusulas de la unión federativa de los reinos de la Corona, y ocupó por lo tanto este trono, siendo desde aquel instante soberano de Aragón y real consorte en Castilla.

De esta manera quedó la unión *no realizada*, sino *planteada*. Y conviene insistir muy mucho respecto á este particular, por ser opinión completamente equivocada la de considerar que *la unión de las dos coronas se efectuó al darse la mano D.ª Isabel y D. Fernando*. Nada menos cierto que eso. Bajo el solio de Carlos V y *no antes,* dicen con razón dos eruditos escritores (1) se unieron las dos Españas Occidental y Oriental, en virtud del pacto de 1503, el testamento de Fernando *el Católico* y el juramento que el propio Carlos I hizo en Zaragoza, más los dos que prestó en las Córtes de Barcelona de 1519 en que fué aceptado.

Veamos ahora qué consecuencias produjo la unión de las dos coronas. «De muy calificados de-

(1) Coroleu y Pella. *Fueros de Cataluña.*

fectos adolecia, dicen los aludidos escritores en sus magistrales consideraciones politico-jurídicas; y era el principal que nada se previno en ella para el caso de que por cualquier accidente vacase la sucesion al trono y por medios extraordinarios se hubiese de llamar, bien fuese al que la nación prefiriera ó bien al que por derecho y más justos títulos heredara las dos coronas; y pues en ambos casos habia de ser segura la controversia, de aquí que en ella corriese gran riesgo la unión de ambas naciones. Así sucedió en efecto cuando extinguida la línea directa de los reyes austriacos vino el caso de distinguir á quién se entregaria la monarquía común de las dos Españas, y sucedió que los Estados de Castilla, como es bien sabido, tomaron partido por el duque de Anjou y los de la corona de Aragón, aunque en un principio lo aceptaron, poco después alzaron bandera por el Archiduque de Austria; con lo cual se encendió una guerra cruelísima en la que cayeron pisoteados por las tropas de Francia los fueros de Aragón y Valencia y pasaron grave menoscabo las libertades de Cataluña, ya que no total ruina y perdición como se creía.»

Hubo en efecto gran falta de previsión al plantearse la unión de los dos grandes Estados españoles, pues en el caso de extinción de la dinastía, no siendo aquella unión federativa, tampoco podía echarse mano de recurso semejante al del famoso parlamento de Caspe. Pero aparte de esto, había gran disparidad en la constitución política de ambos pueblos. «Es cierto que en Castilla, continúan los citados escritores, existía la monarquía limitada por las Córtes, como en los Estados de Aragón, mas andaban tan distantes en sus facultades las asambleas de cada uno de los dos pueblos, que en rigor puede asegurarse era el poder representativo escaso en Castilla y la monarquía casi absoluta; causa entre otras de las interminables contiendas que en varios reinados llevaron confuso y revuelto aquel reino. Por este mismo motivo predominó en Castilla la tendencia á la unidad y concentración á que propenden siempre los poderes superiores, dándose el caso que todos los territorios que los reyes de Castilla y León adquirieron de diversos modos, forzáronles á que tuviesen una representación común en unas solas Córtes castellanas, muy de otra manera de lo que sucedía en Aragón, donde después de conquistada Valencia se la dió especiales leyes, propias Córtes y completa autonomía y del mismo modo se procedió con los demás Estados unidos sucesivamente á la confederación Catalana-Aragonesa. En resumen: Castilla era un reino unido, y Aragón un conjunto de varios Estados libres; la monarquía aragonesa muy limitada por las Córtes, que gozaban de pocas atribuciones en Castilla.»

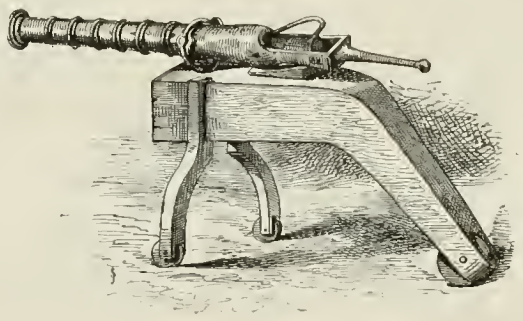
Siguiéronse de aquí una serie de acontecimientos desdichados para ambos pueblos. Y llegó un momento en que gracias á los elementos acumulados por la arbitrariedad de algunos reyes castellanos, pudo Carlos I menospreciar las limitaciones que la legislación castellana le imponía, y cupo á esta monarquía tocar los primeros efectos del despotismo. Pero si Carlos I se atrevió con las libertades castellanas, Felipe II trató de efectuar un ensayo con las libertades de Aragón, ensayo que costó la cabeza al Justicia mayor Lanuza. Y algo más osado, aunque menos fuerte y hábil, el inepto Felipe IV quiso por su parte destruir las libertades del Principado catalán. Tras esos repetidos ataques vino á la vuelta de algunos años la guerra de Sucesión; y entonces el territorio de la península se vió á merced de ejércitos extranjeros; y los que hubieron de respetarla dividida, la atropellaron ahora una y materialmente grande; y se perdieron los dominios que España contaba en el extranjero, y quedó Gibraltar como padrón ignominioso en el propio territorio. Así con nuestras libertades, se desvaneció, en el transcurso de algunos siglos, el fantasma de nuestro poderío, y caimos en la miseria mercantil que no fueron bastantes á impedir las riquezas inmensas de América: obra funesta de la centralización, de la fiebre de conquistas, de la intolerancia y de una política aventurera y desacertada.

Pero no nos adelantemos al desarrollo de este cuadro histórico.

Imposible es negar que España alcanzó política y militarmente en este período excepcional importancia. Regida por un monarca astuto y hábil en los manejos diplomáticos y por una reina entusiasta y discreta, contó por felices coincidencias con una serie de hombres que debían secundar las miras de aquéllos, y de los que bien puede asegurarse que en pago de sus servicios merecieron de D. Fernando el olvido y la más negra ingratitud. El primer general de la época del

Renacimiento, es un caudillo español, el ilustre Gonzalo de Córdova, que aplica en sus operaciones militares, principios estratégicos y suple la fuerza con el arte. «Aun no habían nacido, dice, un escritor militar, los Nassau, ni los Turena, á quienes sobrepujó, porque tuvo que crearlo todo, al paso que los otros se hallaron en circunstancias propicias, con muchos adelantos hechos, y sobre todo, favorecidos por el impulso mismo de las cosas decididamente progresivas.»

Así puede afirmarse sin temor de caer en la exageración que antes que nuestros vecinos hacíamos aplicación de nuevos principios militares, organizando nuestros ejércitos con admirable regularidad y orden. ¡Y qué admirable cuadro el de las campañas de Italia, que por decirlo así, cierran y coronan tan dignamente nuestras empresas militares en este siglo! «La invasión de Carlos VII en Italia, dice el distinguido escritor italiano Luis Blanc, la liga que se formó para encerrarlo en ella, su retirada contrariada estratégicamente por Alviano, general veneciano, la defensa de Calabria hecha por Aubigny y la batalla de Formovo, que abrió camino al ejército francés, se asemejan mucho á las operaciones que precedieron á la batalla de Trebia en 1799, al paso del Bera-



Falconete

mia en 1812, á la batalla de Hanau en 1813, y demuestran que los capitanes de aquel tiempo tenían el instinto de las grandes operaciones, pues vemos que trataban con marchas de impedir al enemigo la ocupación de un punto geográfico importante, del mismo modo que lo efectúan los generales instruídos de nuestro tiempo, y que se indican y facilitan por la ciencia reducida á preceptos y reglas claras. Si á esto añadimos el mérito militar de Marco Antonio y Próspero Colonna, que seguían y engrandecían las combinaciones estratégicas que hemos dicho no fueron desconocidas á los bizarros jefes de los siglos XIV y XV, encontraremos la continuación de estas reglas no interrumpida. Las campañas del Gran Capitán en el Garellano, demuestran igualmente el progreso realizado en las combinaciones militares (1).»

Como se vé, el escritor italiano, dejándose llevar de su patriotismo, ha mentado en último lugar al ilustre caudillo español, muy superior en mérito á los Colonnas, y al que rodeaba una pléyade de guerreros tales como Garcia de Paredes, Navarro, Mendoza, Zamudio, Villalba y Pizarro. Sin embargo, justo es convenir que no llevó su exagerado amor patrio hasta el punto de incurrir en la falta de muchos otros extranjeros, que olvidan ó pasan por alto cuanto concierne á nuestras glorias militares en este periodo.

En él bien puede asegurarse que el arte militar experimenta una marcada transición entre los tiempos medios y la moderna Edad. Como consecuencia de la mezcla de armas blancas y de

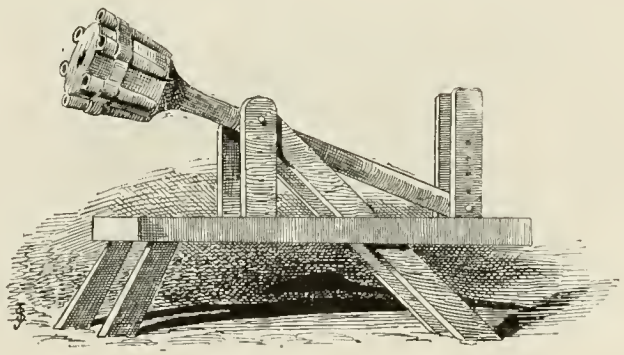
(1) *La ciencia militar.*

fuego, el orden se resiente de cierta ambigüedad; pues las segundas exigían la disminución de los fondos y aumento de los frentes, lo que fué efectuándose muy paulatinamente. La caballería altera poco su organización y por lo que atañe á la artillería la mayor movilidad de las piezas, y la aplicación de la pólvora á las minas, va á dar á la guerra de sitio nuevo carácter.

Con tales elementos, combatiendo los ejércitos en un vasto teatro; teniendo largas distancias que recorrer, defender ó conquistar; el ingenio de los generales tuvo que consagrarse á la parte más trascendental del arte, á concebir y á madurar cuidadosamente un plan de operaciones, y á procurarse en su ejecución los indispensables elementos á un ejército que se mueve y combate en grande escala. Así adquirió importancia la estrategia, por más que como á ciencia no fuese reconocida, y así la guerra tomó nueva fisonomía.

Ved, pues, cuán íntimamente anduvieron hermanados en esta época los progresos del arte militar y los grandes adelantos sociales.

Al poner punto aquí á esta serie de consideraciones, no podemos, no, dejar de saludar á ese



Órgano

gran siglo que es como la piedra angular del edificio moderno: sus obras serán eternas; todas las invenciones de nuestros días, todo lo que hoy vemos y tocamos, el grado de perfección á que han llegado aquellas, no son más que efectos de tal causa. Murió el feudalismo, se robusteció el poder real, nació la diplomacia, se descubrió un mundo, la navegación y el comercio hicieron adelantos pasmosos, se inventó la imprenta, diéronse á conocer la pólvora y la brújula, y se crearon los ejércitos permanentes.

Muy mucho contribuyeron factores tan poderosos á cambiar la faz de la sociedad, pero hay que convenir en que no fué el ménos importante el arte militar.

El eco del cañón hizo retemblar en sus cimientos las fortalezas del feudalismo, y á su estruendo desmoronóse el antiguo homenaje, quedando á manera de gigantescos esqueletos los restos de aquellas sombrías construcciones, convertidas desde entonces en morada de siniestras aves.

II

Con recordar el estado de perturbación en que, según el testimonio de los dos ilustres escritores citados en nuestro anterior artículo, se encontraba Castilla al advenimiento al trono de D.ª Isabel, dicho se está que no se hallaría la nobleza muy dispuesta á perder su preponderancia afianzando

la nueva monarquía. Lejos de ello: una gran parte de sus individuos habían eludido prestar á la citada princesa juramento de fidelidad; y algunos, como el marqués de Villena, el duque de Arévalo, el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava y el duque de Cádiz, constituyeron una liga ofreciendo la corona al monarca portugués si éste aceptaba la idea de un matrimonio con D.ª Juana la *Beltraneja*, que á la sazón sólo contaba once años. Y bastó tal proposición para inflamar la imaginación de suyo acalorada de D. Alfonso de Portugal, monarca dado á bélicas empresas y muy aficionado á correr aventuras. Así pues, emprendió sin vacilar la campaña contra Castilla, penetrando en Mayo de 1475 con lucida hueste por Extremadura hasta llegar á Palencia, donde

Calatrava

ÓRDENES RELIGIOSAS

Alcántara

se detuvo para efectuar sus desposorios con la niña D.ª Juana. Prosigió luego la marcha y se acantonó en Arévalo, y Toro y Zamora cayeron muy en breve en su poder.

Júzguese ahora de la apurada situación de los monarcas españoles, faltos de recursos y de tiempo para organizar un ejército, sin poder emplear medidas que, con ser enérgicas, causarían tal vez efectos contraproducentes, y amenazados además por el astuto Luis XI de Francia. Afortunadamente las provincias del Norte auxiliaron á sus reyes en tan graves momentos, y Fernando pudo acudir al frente de 30,000 hombres al encuentro del enemigo que á la sazón acampaba junto á Toro. Pero como si temieran aventurar el éxito de esta campaña en una jornada, los dos caudillos se mantuvieron indecisos; y el castellano que tenía interceptadas sus comunicaciones, y se hallaba además faltado de bastimentos y recursos, vióse obligado á efectuar un movimiento retrógrado, á pesar del motín promovido por alguno de sus cuerpos de tropa que se negaba á efectuarlo, siendo gran fortuna que oportumente no lo echara de ver el portugués. Y puede decirse que entonces se disolvió el ejército castellano; pues parte de las tropas pasaron á guarnecer las plazas y las restantes se dispersaron, quedando la guerra reducida á encuentros, escaramuzas y rebatos.

Fué aquél un momento sumamente grave para D. Fernando y D.ª Isabel. El primero vacila un

instante ante las proposiciones de un enemigo que atacaba á la integridad de sus dominios; la segunda, animada de sublime firmeza, le decide por la lucha, y resuelve la continuación de la guerra. Y en tal ejemplo de entereza se inspiran las Córtes de Medina del Campo, que votan unánimes los subsidios pedidos por la Corona.

Entonces el rey emprende el sitio de la fortaleza de Burgos que se negaba á reconocer su autoridad y hallándose en él, recibe mensajeros de Zamora, que se decidió á abrirle sus puertas; pero se vé en el caso de poner apretado cerco á su castillo en el que tremola todavia la bandera enemiga. Dos meses permanece ante esta fortaleza; al tercero las huestes del rey D. Alfonso que desde Toro nada hizo para impedir el cerco, reforzadas por el principe D. Juan y constituyendo un total de 12,000 hombres avanzan hacia Zamora siguiendo la margen meridional del Duero. Los dos ejércitos se hallaron de nuevo frente á frente, separados tan sólo por este rio; pero, ¡coincidencia singular! encontrábanse ahora sus fuerzas colocadas en inverso sentido del en que se hallaran algunos meses antes. Con efecto; el rey de Portugal socorrido por los 2,000 jinetes y 8,000 peones que en su ayuda habia organizado el principe, salió de Toro la noche del 17 de Febrero, cruzó el Duero por el puente que domina su curso y siguiendo las márgenes del río dió vista á Zamora antes de alborear el dia, estableciendo entonces su campo en la orilla opuesta á la ciudad. No podia haber elegido más desacertadamente sus posiciones. «Si se proponia socorrer el castillo de Zamora, dice Clonard, tenia el río por medio invadeable aun para la caballeria, si trataba de provocar á los castellanos al caso de una batalla, debió suponer que estos no irian á buscarle en su campo, sino con una superioridad conocida, estando como estaban bien atrincherados y cubiertas todas las comunicaciones importantes. El mismo Fernando se sorprendió al ver que su enemigo se habia establecido en un punto donde su ejército se consumiria inútilmente con los rigores de la estación y el frio glacial del campamento. Pedianle los castellanos indignados á la vista del enemigo, que les condujera al combate, mas Fernando templó su marcial ardor haciéndoles presente que no podrian trabar un empeño fuerte con el enemigo, sin atravesar el puente enfilado por la artilleria de los portugueses, y que éstos se hallarían pronto en la necesidad de levantar sus reales (1).» Como en efecto asi ocurrió, pues si idéntica era la colocación de ambos beligerantes, aunque en sentido inverso á la que guardaban en Julio, y si Alfonso cometió ahora el error que antes Fernando, idénticos fueron en parte los resultados, pues el portugués hubo de moverse á las tres semanas en retirada hacia Toro.

No anduvo, sin embargo, tan descuidado en esta ocasión como en el mes de Julio D. Fernando, pues lanzóse en su persecución, rehabilitó el puente sobre el Duero que él habia inutilizado, y su vanguardia alcanzó á la retaguardia enemiga, penetrando en el desfiladero que seguian los portugueses y obligando á sus capitanes á detenerse en las llanuras que se extienden á la salida de aquél, en disposición de aceptar el combate. Al entablarse éste, la inferioridad moral estaba de parte de los portugueses, y la material de la de los castellanos, y echándolo asi de ver Fernando no vaciló en formar su ejército frente al de D. Alfonso.

Hé aquí la disposición en que formaron los dos ejércitos. El centro del de Castilla lo ocupaba el rey D. Fernando con la gente de armas de Galicia, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Medina, Valladolid y Olmedo y toda la infantería; el ala derecha se componia de siete escuadrones que mandaban respectivamente D. Alvaro de Mendoza, el obispo de Avila D. Alfonso de Fonseca, Pedro de Guzmán, Bernal Francés, Pedro de Velasco, Vasco de Vivero y el comendador Ledesma, caudillo de los zamoranos: en el ala izquierda á la parte del Duero figuraban con sus compañías el cardenal Mendoza, el duque de Alba, el Almirante y el conde de Alba de Aliste, tios del rey, y D. Luis Osorio con la gente del marqués de Astorga su sobrino. Mandaba el rey de Portugal el centro de sus huestes con el conde de Eule y su guarda mayor Pereira, más numerosos caballeros castellanos que seguian sus banderas; al frente del ala derecha iban el arzobispo de Toledo, el conde de Faro, el duque de Guimoraes, el conde Villareal y el de Monsanto; en la izquierda el principe D. Juan y el obispo de Evora con la caballeria más escogida y gran número de espingardas: la in-

(1) *Hist. organic.*

fanteria venia repartida en cuatro cuerpos á la parte del rio. Contaba el ejército portugués 10,000 peones, 3,500 caballos, y el castellano 3,000 peones y 2,000 caballos: aquél tenia tren completo de artilleria; los castellanos se hallaban sin cañones.

Temeraria empresa parecia atacar al enemigo que, superior en número, más descansado y ordenadas ya sus fuerzas á la salida del desfiladero aguardaba confiado la batalla. Pero el animoso cardenal Mendoza que, armado de punta en blanco, se adelantó á reconocer el campo contrario, y el arrojado Luis de Tovar, que no vaciló en decir á D. Fernando que era fuerza pelear aquel dia si queria ser rey de Castilla, decidieron la acometida. Dió principio el combate precipitándose la derecha castellana sobre la izquierda del enemigo, que la recibió con nutrido fuego de arcabuceria, y casi al propio tiempo lanzóse sobre ella la caballeria que mandaba el principe portugués, con lo que quedó desbaratada; pero afortunadamente acudió á sostenerla con tropas de refresco el de Alba, mientras el almirante de Castilla destrozaba la caballeria portuguesa. Generalizada la acción chocaron los cuerpos mandados por los reyes, peleando todos con el mayor furor, revueltos y mano á mano, por manera que «quebradas las lanzas, vinieron al combate de las espadas (1),» compitiendo en esfuerzos para conseguir la victoria.

Caballero de la órden de Avis

Seis horas permaneció ésta fluctuante, pero se decidió á la postre por los castellanos. Comenzaron los portugueses á cejar, y desbandándose sus compañías, hallaron unos la muerte en las aguas del Duero, mientras otros con su rey, corrian á buscar un refugio en Toro: tan sólo el príncipe D. Juan consiguió mantener reunidos sobre un ribazo los destrozados restos de aquellas tropas. Perecieron del ejército de D. Alfonso 900 soldados y más de 300 se ahogaron en la corriente del Duero, y perdió el ejército de Castilla cerca de 400. Sobre laorilla meridional del rio y como á dos tercios de camino de Zamora á Toro, forman las cuestas de Santa Maria del Viso una angostura con la corriente, más allá de la cual se extiende la llanura que el 1.° de Marzo de 1475 tiñeron en sangre los ejércitos de dos pueblos hermanos.

Tal victoria fué de grandes é inmediatos resultados. El castillo de Zamora, Toro, Madrid, se entregaron á los monarcas españoles; imploraron el perdón muchos nobles; y Fernando, libre por esta parte de enemigos, pudo acudir al Norte y arrojar á los franceses al otro lado de las fronteras. Y fué ya inútil que á la vuelta de algún tiempo intentara el veleidoso portugués aventurarse á un nuevo rompimiento de hostilidades. Otras eran ya las circunstancias para la monarquía castellana, vigorizada ya y fortalecida gracias á la previsión de su reina. Así, después de algunos combates en la frontera, puso una paz que tenia por base el casamiento de D.ª Isabel, hija mayor de los reyes de Castilla, con D. Alfonso, primogénito del príncipe heredero de Portugal, término á esta guerra.

Su duración fué de cuatro años y puede considerarse como un preliminar para campañas no menos transcendentales bajo el punto de vista político, si bien más importantes militarmente consideradas.

(1) Pulgar, c. XLV.

III

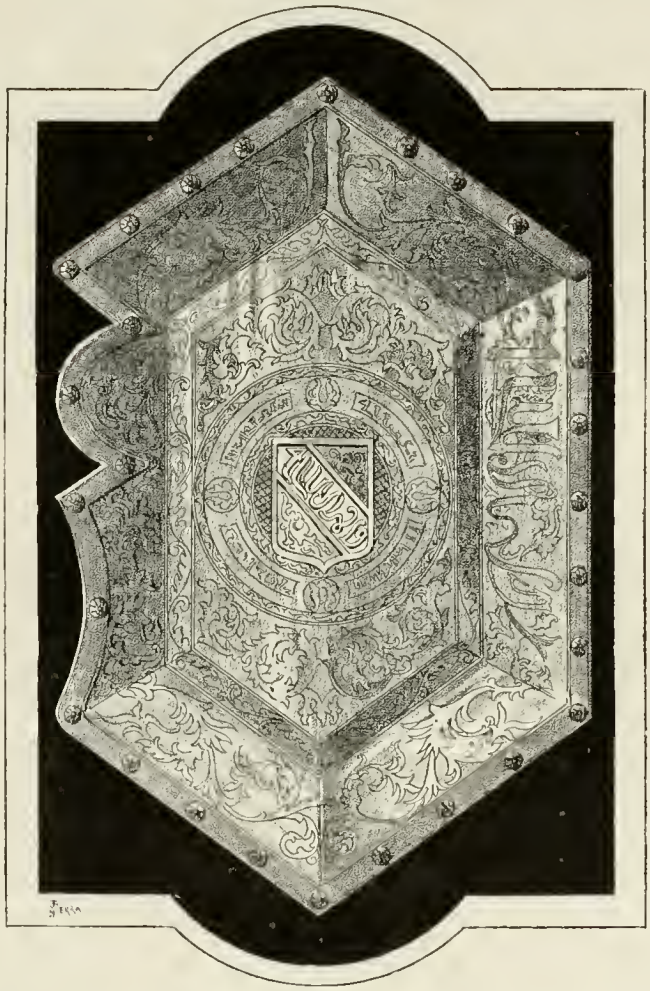
No es de presumir fuera la insultante respuesta que el rey moro granadino dió á los monarcas castellanos al espirar en 1476 una tregua estipulada con Enrique IV, la causa de la guerra que con-

Caballería árabe

cluyó con la dominación muslímica en España; como así lo pretenden algunos historiadores militares.

Por más que á la sazón pesaran sobre aquellos monarcas gravísimos cuidados, por más que fueran las circunstancias difíciles, apurada la situación del reino castellano y no del todo seguras sus fronteras, eran sobrado poderosos los Estados que componían las dos monarquías españo-

las y eran los reyes que los gobernaban lo suficiente hábiles y enérgicos para no decidirse á concluir, superadas todas aquellas dificultades, con la dominación de los moros en una parte de nuestro suelo. Esta idea debió ser solidaria de la que les impulsó á vigorizar sus soberanas prerogativas, y si se tiene en cuenta cuán felizmente pudieron vencer los gravísimos obstáculos que les ofrecían, así la turbulencias de las nobleza, como lo exhausto del tesoro y la intranquilidad general



Adarga árabe

del reino, fácil es explicarse fuera la reconquista de los Estados moriscos el natural objetivo de monarcas tan enérgicos y emprendedores.

No carecía por eso el reino granadino de poderosos elementos cuando, transcurridos seis años de la respuesta altiva de Abul-Hacem, se decidió D. Fernando á invadirlo. Granada sola podia poner en un momento sobre las armas 40,000 soldados, pues en su seno encerraba una población de más de 200,000 almas; y sus grandes riquezas, su próspero comercio, su agricultura floreciente y su cielo hermoso hacían de ella el magnífico emporio de la cultura arábigo-española en el último periodo de su poder. Pero á tantas excelencias añadia las de su posición topográfica, las muchas y

bien abastecidas ciudades que en el reino de este nombre comprendia y las imponentes fortalezas que enclavadas en los puntos más escabrosos del país constituian los sólidos baluartes de su independencia (1).

Habia caido la villa de Zahara en Diciembre de 1481 en poder de los moros, á causa del descuido de su guarnición, y tal desastre movió á los monarcas á tomar pronta represalia, eligiendo como objetivo de sus primeras empresas contra los musulmanes, la toma de la estratégica ciudad de Alhama, que situada á ocho leguas de Granada tenia por su situación topográfica en medio de este reino y su entidad comercial, grandisima importancia. El marqués de Cádiz y el asistente de Sevilla, Merlo, aconsejados por un capitán de escaladores llamado Juan Ortega fueron los que intentaron realizar el atrevido plan de sorprender á una ciudad tan populosa como fuerte y bien abastecida. Y en efecto; la noche del 1.° de Marzo de 1482, Ortega, seguido sólo de treinta valientes, aplicaba silencioso las escalas al muro de la ciudadela, y trepando resuelto por ellas coronaba las almenas con toda felicidad. Allí los centinelas árabes sorprendidos son pasados á cuchillo, lo propio que el resto de la guarnición, y los vencedores pueden por fin abrir las puertas á las tropas del marqués de Cádiz, que á muy corta distancia esperaban el resultado del asalto.

Facil fué la toma de la ciudadela; pero no podia contarse por segura la toma de la ciudad, asombrada si por tal sorpresa, pero dispuesta á todo trance á la defensa. Asi, al lanzarse los españoles desde el castillo á las calles de la población, trabóse rudo combate, cruzaron el aire miles de balas y saetas, y hubo un momento de vacilación por parte de los soldados cristianos. Pero nació del carácter critico que ofrecian las circunstancias la resolución de hacer un supremo esfuerzo; y optándose por un ataque combinado, abrióse con picos una brecha en el muro de la fortaleza que

(1) Hé aqui en qué términos habla de Granada el historiador árabe Al-Kattib, que escribió en el siglo xv el elogio de esta ciudad y su término:

« La ciudad de Granada, dice, de extraño y peregrino nombre, la Damasco española, es una ciudad de Elvira. Constituida en Córte en el siglo IV de la hegira, creció rápidamente en grandeza y poderio.

» Granada es hoy la metrópoli de las ciudades marítimas; capital ilustre de todo el reino; emporio insigne de traficantes; madre benigna de marinos; albergue de viajeros de todas las naciones; vergel perpetuo de flores; espléndido jardin de frutas; encanto de las criaturas; erario público; ciudad celebérrima por sus campos y fortalezas; mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres, y manantial inagotable de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen cumbres altisimas, admirables por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas. A esto se le agregan aires saludables, muchos y amenisimos huertos, varias yerbas y aromas exquisitos, siendo la más singular de sus excelencias que en todos los días del año hay sembrados y lucen verdes y risueñas praderas. Su comarca abunda en oro, plata, plomo, hierro, margaritas y záfiros. Sus montes y lagos crian peucedano ó servato, genciana y espliego; por último produce cochinilla, y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo y sobra para el comercio; con la singularidad de que estas ropas de seda, se puede asegurar sin reparo, en suavidad, delicadeza y duración, aventajan con mucho á las de Siria.

» El campo es amenisimo y rival del valle de Damasco; y tan llano y suave que con la misma comodidad se viaja por él de dia ó de noche, á pié ó á caballo. La naturaleza ha dotado con toda su lozanía á esta vega, y la ha refrescado con raudales copiosos. En ella se elevan risueñas aldeas, caserios, jardines, y crecen espesas y deleitosas alamedas; una serie de colinas y montañas termina su horizonte y abraza en ancho semicirculo un espacio de muchas millas. La gran ciudad de Granada se extiende con sus arrabales sobre colinas, y está como recostada parte en estas y parte en llano, y no es fácil describir cuántas comodidades y bellezas proporcionan la lenidad de sus brisas, la clemencia de sus aires, la solidez de sus puentes, la magnificencia de sus templos y la anchura de sus plazas. El célebre rio Darro, nace en sus términos orientales, corre por la población, divide sus barrios, tuerce luego su curso, y se abraza con el Genil, que después de lamer sus muros lleva sus ondas por la espaciosa vega, y enriquecido con los tributos de otros arroyuelos y torrentes crece á semejanza del Nilo y se dirige soberbio hacia Sevilla.

» La regia estancia de la Alhambra sobresale en admirable perspectiva cual otra segunda ciudad. Altisimas torres; espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes, hermosean aquel recinto y le embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos se despeñan, se comparten en mansos arroyos, y se deslizan murmurando entre bosques sombrios. A semejanza de Granada, huertos y graciosos vergeles dan tal amenidad á la Alhambra, que las almenas de los palacios asoman entre las bóvedas de verdura, como el cielo sembrado de estrellas en noche oscura. Por doquiera se enlazan las parras con árboles cargados de pomas y de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas producen tantos cereales y hortaliza, que sólo un príncipe pudiera satisfacer sus precios con ricos tesoros. La renta anual de cada huerta asciende á cincuenta áureos, y cada uno de ellos reditúa al soberano cincuenta libras. Este campo cubierto incesantemente de frutos, da al cultivo un carácter de perpetuidad, y sus productos se calculan en nuestros dias en veinticinco mil áureos. El rey posee suntuosas casas de recreo y de incomparable deleite por sus bosques y variedad de plantas y jardines.

» A donde quiera que se dirija la vista se admiran torres de hermoso aspecto; las aguas corren en opuestas direcciones, ya para uso de los baños, ya para impulso de los molinos, cuyos réditos se aplican á restaurar los muros de la ciudad. Estas posesiones se extienden por espacio de algunas millas, y en su cultivo y limpieza se ocupan muchos honrados colonos y muchos animales útiles. La feracidad de la tierra facilita los trabajos y da impulso á las labores. Se elevan en estas fincas, aldeas tan alegres en sus recintos como en sus campos; y y es tal la anchura de la vega, que hay tierra de abundante esquilmo, y sobra mucha para pastos, realengos, abrevaderos, granjas y egidos. Los lugares del radio de Granada ascienden á trescientos, los colegios y templos de su recinto á cincuenta, y los molinos de agua en torno de ella á ciento treinta (a).»

(a) Lafuente Alcántara: *Hist. de Granada.*

se enlazaba con el recinto de la ciudad, y por ella pudo precipitarse el de Cádiz con su gente. Esta simultánea acometida dió al apetecido resultado, mas no por eso consiguieron darse la mano las dos divisiones cristianas, sin perder en las estrechas y tortuosas calles de Alhama gran número de combatientes que perecian aplastados por toda suerte de proyectiles ó entre el fuego de que eran presa los edificios.

Fácil es comprender cuán opuestos sentimientos dispertó en los beligerantes la toma de plaza tan importante. Abul-Hacem, puesto al frente de un respetable ejército, acudió á reconquistarla, y él mismo condujo sus soldados al asalto; empero fueron vanos sus intentos, pues la presencia de un ejército cristiano que mandado por el duque de Medina Sidonia acudia en socorro de los sitiados, le obligó á levantar el bloqueo, en que á la postre hubo de convertir el monarca granadino el sitio. Este se renovó así que el ejército auxiliar marchó á Granada y volvió á levantarse cuando don Fernando apareció en las inmediaciones de Alhama.

Tal era el aspecto de las cosas en la primera mitad del año 1482, no del todo afortunada para los cristianos, pues habiendo intentado el Rey Católico poner sitio á Loja con fuerzas relativamente escasas fué bravamente rechazado por su gobernador Aliatar y perdió en desastrosa retirada casi toda su gente. Pero precisamente por entonces iban á estallar en el reino de Granada aquellas intestinas discordias entre el rey Abul-Hacem y su hijo Boabdil, que precipitaron su caída. Este príncipe pudo fugarse de la prisión en que juntamente con su madre le recluyera el rey, y acometiendo á las tropas de su padre, hízose proclamar como monarca después de largos dias de lucha y obligó á Abul-Hacem á buscar en Málaga un refugio. Y así el Estado granadino, invadido por el enemigo, vióse presa al propio tiempo de una guerra civil que le fué acompañando hasta el momento de su total desaparición.

La victoria no guió siempre en este intervalo los pasos de los cristianos. Al desastre ocasionado por la retirada precipitadísima de Loja, siguió en Marzo de 1843 la derrota completa de una expedición emprendida hácia Málaga, en los desfiladeros de la Sierra de Ajarquía, derrota que se explica tratándose de una hueste lucida, aunque no veterana y disciplinada, y un enemigo conocedor del terreno y muy sagaz en materia de sorpresas. Nuestro historiador militar conde de Clonard traza una magnífica y animada descripción de este episodio conmovedor y espantoso, cuyos detalles llenarían aquí algunas páginas. El lector puede, por sí mismo, formarse idea de lo que fué tan desastrosa retirada á través de escabrosas sierras, entre las nieblas de tristes dias de invierno y las sombras de sus horribles noches, acosados los cristianos por valientes montañeses, rodeados de un círculo de hierro, hambrientos y agobiados por el peso de sus armaduras. Los cadáveres y los moribundos señalaban el largo trecho recorrido, doloroso *via crucis* de aquellos esforzados caballeros que, abandonados de sus soldados, lanzáronse por tan horribles pasos, que ni aun los enemigos se atrevieron á seguirles. El gran maestre de Santiago y el adelantado de Andalucía pudieron llegar así á Antequera; el conde de Cifuentes hubo de rendirse al caudillo moro Reduán.

Esta victoria conseguida por las tropas del rey moro de Málaga Abdalla el Zagal, junto al cual residia el infortunado monarca de Granada, Hacem, estimuló á su sobrino Boabdil á efectuar alguna empresa que le granjeara el entusiasmo de sus nuevos súbditos; así que salió al frente de lucidísima hueste hacia Lucena, con el intento de hacerse dueño de esta plaza. Tal propósito fué oportunamente previsto por su gobernador, D. Diego Fernández de Córdova, y gracias á ello pudo reparar sus fortificaciones y dar aviso al conde de Cabra, quien precisamente apareció junto á los muros de Lucena cuando el rey moro intimaba la rendición. Desconcertó por lo pronto á los árabes esta imprevista aparición de las tropas castellanas; y el hábil movimiento que contra una ala de su ejército emprendió el de Cabra, secundado por el ataque del gobernador de Lucena, la ignorancia en que se hallaban los moros de las fuerzas de los castellanos y el acertado empleo que éstos hicieron del terreno, contribuyeron á la total derrota de las tropas de Boabdil, quien para mayor desgracia cayó prisionero. Con lo que bien puede decirse que consiguieron los cristianos un doble triunfo; pues por satisfechos que los reyes españoles quedaran de tal victoria, hubo de com-

placerles más el tener cautivo á Boabdil, verdadero instrumento que podía coadyuvar perfectamente á sus miras ulteriores; porque para *vencer*, nada más oportuno que *dividir*. Y así le fué otorgada al prisionero su libertad en condiciones que hubiera rechazado príncipe que no fuera tan desatentado y ambicioso.

Consecuencia inmediata del regreso del monarca prisionero fué una encarnizada lucha en las calles de Granada, en cuyo trono había sido restablecido Abul-Hacem; y si bien Boabdil fué vencido, dióle asilo Almería y por él se declararon otras ciudades. Si á esto se une el éxito desdichado que tuvo una incursión de los árabes excitados por el tratado que acababa de pactarse, bien se comprenderá que desde aquel instante la guerra iba á adquirir un nuevo carácter.

En efecto tras la victoria de Lopera y la reconquista de Zahara, comenzó la campaña de 1484

Prócer árabe

con muy buenos auspicios. Allegáronse grandes elementos en material y soldados; se mandó llamar un cuerpo de suizos, célebres á la sazón en toda Europa por su valor y disciplina; el ingeniero D. Francisco Ramírez organizó el servicio de artillería; se creó un cuerpo de mil peones para abrir á dicha arma expeditos caminos á través de los terrenos más escabrosos, y cuerpos auxiliares de pontoneros y gastadores: por manera que el ejército cristiano presentaba ya por esta fecha un aspecto regular y propio de la nueva época. Es cierto que en esta guerra no se echarán de ver las combinaciones estratégicas que caracterizan á las guerras modernas; pero preside á las operaciones cierto método, los ejércitos se mueven muchas veces en combinación con la flota; y el sistema de talas introducido por el castellano contribuye no poco á desmoralizar y amilanar al enemigo.

« La relación de la guerra de Granada, dice á este propósito un autor, ofrece el aspecto de un plan raciocinado en que nada se dió á la casualidad, y en que el valor no omitió medio alguno de prudencia para hacer segura é infalible la conquista. En el ataque del reino de Granada se siguie-

ron las mismas reglas y máximas que convienen en el de una plaza y ciudad populosa. Tratóse en primer lugar de cortar las comunicaciones y socorros exteriores, para reducir al enemigo á sus propias fuerzas y recursos. Sirvieron para este intento los medios marítimos. Las naos y galeras mandadas por Martín Díaz de Mena, Charles de Valera, Garci López de Arriarán, Mosén Requesens, D. Alvaro de Mendoza y Antonio Bernal tenían su apostadero en el estrecho de Gibraltar y otros puntos, desde donde barrían las costas de Africa, interceptando los socorros de tropas, municiones y víveres. El disminuir las provisiones que le quedaban al enemigo en su propio territorio era importantísimo en un país de tanta población como el granadino; y para ello se adoptó el arbitrario de talar sus campiñas, cortar sus viñas é higuerales, arruinar los molinos y destruir

Moro del pueblo en traje de caza

todos los medios de subsistencia. Punto á que se atendió con tanto ahinco que desde la segunda campaña de la guerra, que fué la de 1483, iban en el ejército treinta mil peones «diputados solamente para talar.»

»Después de estos preparativos era menester venir al ataque. La gran ciudad de Granada era como el cuerpo de la plaza, defendido por tantas obras exteriores cuantas eran las ciudades y pueblos murados, los castillos y fortalezas del reino. Cuan grande fuese su número, lo dicen todavía las ruinas que se ven en todas partes. Los moros tenían plazas muy fuertes en las montañas, por lo enriscado de su situación, y en las llanuras por lo cortado del terreno con el laberinto de sus acequias y azarbes. Sin contar los castillos que se tomaron á viva fuerza ó por el trato ó por sorpresa, admira ver la cantidad de los que se dieron á partido en diferentes ocasiones, señaladamente de resultas de las conquistas de Ronda, Velez-Málaga y Baza, y de los que todavía se mantenían por los moros cuando se rindió Granada. Basta decir que el número de las fortalezas que en el dia defienden todo el ámbito de la península, no llega acaso al diezmo de las que poseían los moros granadinos.

»Así que la guerra de Granada fué esencialmente de sitios, y la artillería punto de suprema importancia á que debió atenderse con preferencia (1).»

Emprendió la nueva incursión por territorio morisco el marqués de Cádiz al frente de doce mil infantes y seis mil jinetes, talando las comarcas donde asientan Loja, Almería y Málaga; y á esta primera algara, siguió el avance del ejército que desde Córdoba y á las órdenes del rey marchaba á expugnar á Alora en la que ya jugó con éxito la artillería y experimentaron los sitiadores brava resistencia; y no menos tenaz la efectuaron Coin, Cartama, Cazarobela y otros castillos sitiados y tomados durante el siguiente año. Sin embargo; los tres más importantes sitios que durante los diez años de la guerra en el reino granadino se efectuaron, fueron los de Ronda, Baza y Málaga, dejando á un lado el de Granada.

El cuadro que traza Pulgar, á propósito de la reunión del ejército en Córdoba para emprender las citadas operaciones, es por demás interesante, en cuanto abundan en él los detalles relativos á la constitución de aquél, á sus armas y pertrechos, hospitales, así como al sistema adoptado para marchar, con otras particularidades no ménos dignas de ser conocidas.

«El rey y la reina, dice, habían dado sus cartas de apercibimiento para algunas gentes de armas y peones de Castilla; por las cuales les enviaron á mandar que estuviesen prestos en la ciudad de Cordoba en el mes de Marzo siguiente, para la guerra que entendian continuar contra el rey è moros del reino de Granada, á donde el Rey en persona debia ir. E luego como fueron en la ciudad de Córdoba, embiaron á llamar todos los caballeros é gentes de caballo é de pié que habían mandado apercibir.» (Enumera aquí los títulos principales de España que acudieron ó se hicieron representar por sus capitanes de armas, cuya relación omitimos por ser sobrado larga, y además los caballeros y escuderos que tenían tierras ó *acostamientos* del rey ó de la reina y los peones procedentes de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, Castilla la Vieja, Alava, la Rioja, Asturias, Oviedo, reino de León, y de todas las ciudades, villas y tierras, á las que se mando convocatoria.)

«Otrosí, añade, vinieron á servir á esta guerra los homes fijos dalgo que gozaban de franquezas por razon de su fidalguía... E todos estos duques é condes é maestros é caballeros vinieron cada uno con la gente de su casa que les fué mandado traer aderezada con grandes arreos de guerra, los cuales se presentaban con las escuadras de la gente que traían delante del palacio real. Vinieron ansimesmo á su l'amamiento las gentes de caballo é de pié de Andalucía. Otrosí mandaron traer gran número de bueyes de las tierras de Avila y Segovia, é de otras partes; é carros para llevar las lombardas é otros tiros de pólvora, é las escalas é mantas é gruas y engenios, é otros pertrechos para combatir: con lo cual venían carpinteros con sus ferramientas, é ferreros con sus fraguas que andaban de contino en los reales y en todas las otras partes por do se llevaba el artillería é maestros lombarderos, y engenieros, é pedreros que facian piedras de canto é pelotas de fierro, é todos los maestros que eran necesarios, é sabian lo que se requeria para facer la pólvora é para todos aquellos oficios, é para todas las cosas que eran menester. De cada lombarda daban cargo á un home, para que solicitase de tener la pólvora, è todos los aparejos que le fuesen menester, de manera que por falta de diligencia no dexaren de tirar. Otrosí mandaron que dos capitanes con la gente de caballo è de pié de sus capitanías andovieren de continuo en la guarda del artillería è de la pólvora. E como las cosas necesarias á la artillería y á los pertrechos fuesen aderezadas, vinieron luego gran número de bestias é carros alquilados, é homes que los traían, allende las bestias que el reino pagaba, para llevar las provisiones de pan é de vino é de cebada; é otrosí los ganados é todas las otras cosas que eran necesarias para el mantenimiento de las gentes de la hueste. Embió ansimesmo la reina las tiendas grandes que se llamaban el Hospital de la Reyna; con el qual Hospital embiaba físicos é cirujanos, é ropa de camas é medicinas, é homes que servian á los feridos y enfermos, è todo lo mandaba pagar segun lo acostumbraba en los otros reales.

»Todas las cosas de la guerra aparejadas en la forma que hemos dicho, el rey é la reina mandaron platicar en su consejo en qué parte del reino de Granada se debia este año facer la guerra. E despues de oidos los votos acordaron secretamente que el rey entrar debía á poner su real sobre

(1) Clemencin: *Elogio de Isabel la Católica.*

la cibdad de Málaga, é mandar al Conde de Castro su capitan mayor de la flota, que pusiese los navios cerca de la cibdad, por que estoviese cercada por la mar é por la tierra. Pero acordaron que era necesario tomar primero las villas de Cazarabonela é Cartama é Coin, é todos los otros castillos é lugares que están en el valle que dicen de Sancta María, y en el valle de Cartama, que están antes de la cibdad de Málaga; porque si estos castillos no se tomasen primero los moros farian gran daño en la gente que fuese á los herbajes, y en los que traxesen mantenimientos. Los grandes señores que alli vinieron facían gastos demasiados en los vestidos é arreos de sus personas, é otrosi tenían demasiada familia de pages é servidores, é de otros homes inútiles para la guerra; é ansimesmo gastaban excesivamente en traer cada uno delante de sí grandes hachas encendidas, é facían grandes gastos en los platos de diversos manjares que se ponían á sus mesas, y en todas las otras cosas que se requieren para mostrar grandes estados; de lo cual tomaban exemplo los otros caballeros que no eran de tanto estado. E porque los gastos fechos en semejantes cosas, allende de ser inútiles, crían en los homes alguna molleza, enemiga del oficio de las armas; el rey é la reina mandaron que se fablase con algunos principales de aquellos grandes señores, dándoles á entender, quanto daño é poco fruto habian en aquellos gastos excesivos, rogándoles que los templasen, especialmente en tiempo de guerra, por que los otros tomasen exemplo dellos.

»Despues de habido consejo de lo que se debía facer en tierra de moros, el rey partió de la ciudad de Córdoba en el mes de mayo deste año (1), é fueron con él los duques é condes é capitanes que habemos dicho, é llegó á poner real en un lugar que se llama el Ponton de Don Gonzalo, que es junto con el rio de Guadaxenil. E mandó el rey otro dia mover su real de aquel lugar, é fué por el rio que se dice de las Yeguas, donde estovo dos dias recogiendo las otras gentes de caballo e de pié que venían por otros caminos. Otrosi llegó la artillería é pertrechos que traían fasta mil carros, delante de los cuales venían gran número de peones con picos é azadas, faciendo llanos los caminos é pasos en las sierras y en los lugares altos é asperos por donde pudiesen pasar los carros. E como todos los caballeros é gentes que habemos dicho fueron juntos con el rey en aquel lugar, movió de alli su real con las batallas ordenadas en esta manera. El avanguarda llevaba el Condestable de Castilla é con él el duque de Alburquerque, y el conde de Miranda sus yernos con las gentes de sus casas é con mil homes á caballo de los fijo-dalgo, é con los peones que vinieron de Castilla la Vieja. E delante de esta avanguarda, segun la antigua costumbre de Castilla iba el Alcaide de los Donceles con algunos caballeros á descubrir tierra. En otra escuadra cerca de la avanguardia iba de la una parte Garcibravo, alcaide de Atienza, capitan de cuatrocientos homes á caballo, y en la otra parte iba otra escuadra de cuatrocientos é cincuenta homes á caballo con el capitan Pero Vaca. En otra batalla iba el Duque de Medinaceli con la gente de su casa. Y en otra escuadra iba don Furtado de Mendoza con la gente de armas del cardenal de España, y el conde de Coruña é Pedro Carrillo de Albornoz, capitan de la gente del Duque del Infantazgo. En otra batalla iba el conde de Cabra y el capitan Sancho de Roxas con la gente de su capitania. En otra batalla iba don Juan, fijo del duque de Medinasidonia con la gente de su padre. Despues destas batallas iba la batalla real, en la cual iba por capitan el duque de Náxera. E otrosi iba en esta batalla el Adelantado de Andalucia, é los capitanes de las gentes de los guardas del rey é de la reina, é de las Hermandades, é las otras gentes de armas que tenían tierras é acostamientos del rey é de la reina. E cerca de la batalla real, á la mano derecha, iba la gente de Sevilla é de los obispados de Córdoba, é Jaen. E con el guion donde iba la persona del rey, iba don Gutierrez de Cárdenas, Comendador mayor de Leon, é Don Enrique Enriquez, su Mayordomo mayor, con todos los criados é caballeros é fijos-dalgo que eran *contínos* en la casa del rey é de la reina. Luego despues de esta batalla iba todo el recuaje, é las otras bestias que llevaban las provisiones é mantenimiento para la hueste. En la reguarda de todo iban las batallas de la gente de armas del maestre de Santiago y del marqués de Cádiz, é con ellos iba el capitan don Juan Manrique con la gente de su capitanía. Los peones que fueron llamados, iban con sus capitanes, partidos en los lugares que fué acordado. Mandó ansimesmo el rey á dos alcaldes é á dos alguaciles de su corte que fuesen con

(1) 1484.

la hueste; los cuales con los alguaciles que el Condestable tiene facultad de poner en los reales, considerando los graves inconvenientes que del desórden é poco temor de la justicia se siguen en las huestes, facian tan grandes castigos en los que erraban, que la gente, aunque era en gran número, iba tan atemorizada de la justicia, que no osaba facer daño en los panes ni en las viñas de la tierra de los cristianos, ni menos osaba ninguno sacar armas contra otro, ni facer fuerza ni exceso, por la gran diligencia que el rey mandaba poner en la execucion de la justicia (1).»

No puede darse cuadro más acabado de la composicion de aquel ejército: los servicios de administracion, sanidad militar y justicia, se dan ya á conocer en él: échase tambien de ver un plan en las operaciones y un sistema en las marchas; y todo indica que nos hallamos próximos á un período de verdadera transformación social y militar.

Moro de la Nobleza

Sumamente penoso, así para el que como nosotros traza á grandes rasgos el cuadro de estas operaciones, como para el lector más habituado á tales estudios, es repetir hasta la saciedad las escenas y detalles propios de los muchos sitios puestos por el ejército cristiano: la imaginación llega á fatigarse á la vuelta de descripciones idénticas algunas veces, y que por lo mismo pierden en parte su interés á causa de su monotonía. Esto nos induce á hacer tan sólo mención de ciertos movimientos, del concurso y calidad de las fuerzas reunidas, de los medios de expugnación empleados y de los sistemas que indujo á adoptar la índole de aquella guerra, pues estimamos como más ventajoso detenernos únicamente en aquellos episodios culminantes que por sí solos arrojan grandísima luz sobre la totalidad de los hechos.

El primer sitio de verdadera importancia emprendido por el ejército cristiano fué el de Ronda. Asentada sobre enormes moles de roca tajadas en ciertos lados, ceñida de tres órdenes de murallas y flanqueadas por soberbias torres, esta ciudad parecía desafiar imponente los propósitos del ejército sitiador. No lo desconocieron los caudillos cristianos, y por lo mismo estableciόse una

(1) *Cronic*, Cap. XLI.

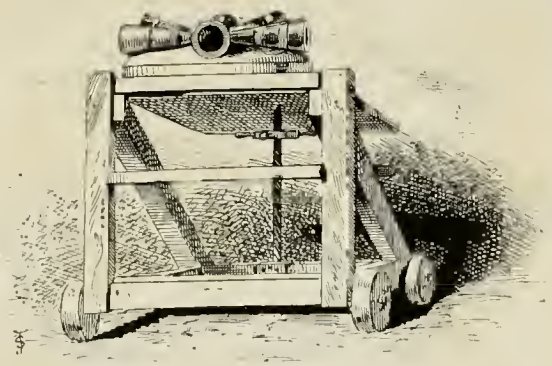
LOS REYES CATÓLICOS

E. Ullastres, Editor

Tip. Academia

fuerte linea de circunvalación, y las piezas de artilleria, ingenios y todo género de armas se dispusieron para batir los altos muros. El ingeniero Ramirez colocó al efecto habilisimamente las piezas de artilleria, y sus certeros disparos, derribando los lienzos de muralla, facilitaron la entrada á los soldados cristianos; pero tan atrevida operación fué altamente penosa para éstos. Las tropas del conde de Benavente y del gran maestre de Alcántara fueron las primeras en trepar por aquellos peñascos, y Alonso Fajardo subió por medio de una escala al muro seguido de algunos peones y con el pendón de Castilla en la mano, avanzando con denuedo por el primer recinto fortificado. Allí trabóse encarnizada pelea que concluyó quedando los cristianos dueños del arrabal.

Esta posición tan bizarramente conquistada, debia decidir muy pronto el resultado del sitio. La linea de circunvalación fué ya más estrecha, las piezas pudieron emplazarse mejor y ser, por lo tanto, de más efecto los disparos; y á los proyectiles lanzados por las bombardas, añadieron los



Órgano

cristianos una composicion inflamable destinada á incendiar los edificios. Jugaron las bombardas, las catapultas y los cortagos, y no se se omitió medio alguno para infundir terror á los sitiados. Al mismo tiempo el ejército hubo de hacer frente á los ataques de los moros de la serranía inmediata. Pero no quedó á los de Ronda medio humano de resistir, y abiertos tratos por el alguacil mayor de la ciudad, entregóse ésta al Rey Católico el 22 de Mayo de 1485. Sus habitantes debian abandonarla llevándose sus bienes.

A la toma de Ronda siguió la espontánea sumisión de muchas villas importantes; y mientras asi se desmoronaba el poderio musulmán á impulsos de la guerra, recrudecíanse en el interior de Granada las luchas intestinas por efecto de la abdicación del anciano rey Hacem á favor del Zagal, llegando á la vuelta de incesantes combates á tal grado de cansancio las dos parcialidades á cuyo frente estaban este monarca y Boabdil, que á la postre convinieron ambos en dividirse el recinto de la ciudad de Granada, residiendo el Zagal en la Alhambra y Boabdil en el Albaicin. ¡Pacto vergonzoso dictado por una mezquina ambición que se anteponia á la independencia y al honor de la patria!

En tanto el avance de las armas españolas proseguía: no pudieron contenerlo el desastre de Moclin, ni los gastos que la campaña ocasionaba, y fueron reducidos importantes castillos, destruidas las aldeas y talados los campos. Finaba el mes de Abril del año 1486 y el ejército se presentaba por segunda vez delante de Loja, afecta al bando de Boabdil. Curiosisimas por demás son las noticias que acerca de la composición de este ejército da la crónica. «Vino este año, dice, del

reino de Inglaterra un caballero que se llamaba Conde de Escalas, home de grand estado é de la sangre real é traxo en su compañia fasta cien ingleses archeros é homes de armas que peleaban á pié con lanzas é hachas de armas. Vinieron ansimesmo algunos franceses con deseo de servir á Dios en aquella guerra, é con todas estas gentes que serían como doce mil homes á caballo, é cuarenta mil peones ballesteros é lanceros y espingarderos, otrosí en número de setenta mil bestias de requaje que llevaban los mantenimientos, el rey llegó al rio de las Yeguas. E la reina mandó luego partir el artillería que llevaban dos mil carros; delante de la artilleria iban otros seis mil peones con azadas é picos de fierro allanando los lugares altos, é quebrantando algunas peñas que impedian el paso de los carros: iban ansimesmo *maestros que facian puentes de madera* para pasar las acequias é arroyos.»

Excitado por los alfaquies de Granada, Boabdil, al tener noticia de la aproximación á Loja de los cristianos, se decidió á marchar en socorro de esta plaza al frente de 4,000 peones y 5,000 jinetes, entrando en ella cuando el ejército del Rey Católico comenzaba á coronar las inmediatas lomas: plan desacertado por demás, pues si bien las condiciones de la ciudad permitian excelente defensa, eran sus soldados inferiores en número á los del enemigo, quien tenía además un excelente tren de batir. Libráronse entre sitiadores y sitiados sangrientas escaramuzas, pero el rey asentó por fin sus reales de un modo definitivo, ordenó abrir una cava «fonda é tan larga que rodeaba gran parte del circuito de la ciudad y en los lugares do no pudo alcanzar mandó facer baluarte é palenques é otras defensas;» dispuso así mismo se construyeran puentes sobre el Genil y aseguró la guarda del campo con dos mil hombres á caballo y mil peones. Seguidamente emplazó la artillería y dió las órdenes necesarias para el asalto. Jugaron en esta función las mantas, gruas, bancos pinjados y otros aparejos, y los maestros de artillería dispararon sus piezas por espacio de un día y dos noches practicando dos portillos en los muros, por los que mandó el rey que tirasen los ribadoquines y otras piezas menores, «amén de los cortagos que lanzaban grandes piedras y *tres pellas confeccionadas de fuego, que subian en el aire lançando de sí rayos y centellas*» Pelearon muy bravamente los habitantes de Loja, gente práctica en las artes de la guerra, y después de haberse defendido con energía en el primer recinto sostuvieron tenazmente la lucha en los arrabales. Mas no por eso pudieron evitar cayeran éstos en manos del sitiador, que, posesionado de ellos, oprimió más violentamente los sitiados llevando el incendio y la muerte al corazón de la ciudad. Desalentados sus defensores y herido el rey, no les cupo otro recurso que solicitar la clemencia del vencedor, quien les concedió la vida á trueque de que abandonaran á Loja. Aquellos desdichados fueron á buscar un refugio en Granada, y su rey, menos afortunado aún, quedó de nuevo prisionero de los cristianos.

Bien se comprende que las condiciones que se le impusieron para quedar en libertad fueron esta vez muy duras; y en efecto, una vez conquistadas Baza, Loja, Almería y otras ciudades y fortalezas que dependían del Zagal, Boabdil habia de abdicar el titulo de rey de Granada, á cambio del señorío de Guadix y obligarse á hacer la guerra contra el monarca malagueño. Avínose á tal pacto el moro, y tras la toma de Loja siguieron las de Zagra, Baños, Montefrío, Colomera y otras plazas; por manera que la línea de conquista de los españoles adelantó más de veinte leguas tierra adentro de la frontera occidental granadina. Todas estas plazas fueron convenientemente proveídas de armas y de artilleria, dotadas de buena guarnición y dióse el mando de capitán mayor de la comarca conquistada á D. Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, á cuyo capitán debían acorrer los alcaides de las fortalezas conquistadas. Mas como no bastaran las rentas ordinarias de los reyes para cubrir los gastos que originaban el mantenimiento de la gente armada, el material de guerra y la provisión de la flota, hubieron de pedir prestado los monarcas á algunos caballeros y consiguieron que el pontifice les hiciera merced de un nuevo diezmo sobre las rentas eclesiásticas que fué tasado por el Cardenal de España en cien mil florines aragoneses (1). Gracias á estos socorros pecuniarios pudieron atender á los enormes gastos que aquella guerra ocasionaba y organizar los preparativos para la campaña de 1487.

(1) *Cronic. de Pulgar.* c. LXIV.

De grandes resultados debía ser esta campaña. El ejército cristiano, fuerte de doce mil infantes y cuarenta mil caballos, salió en Abril de Córdoba y avanzó hasta Vélez Málaga, cuya importante situación estratégica como baluarte de Málaga y su posición ventajosa en el litoral, debian impulsar á los muslimes á volar en su socorro. Tardío llegó éste; y no debía ser más afortunado aquí el Zagal que en Loja Boabdil.

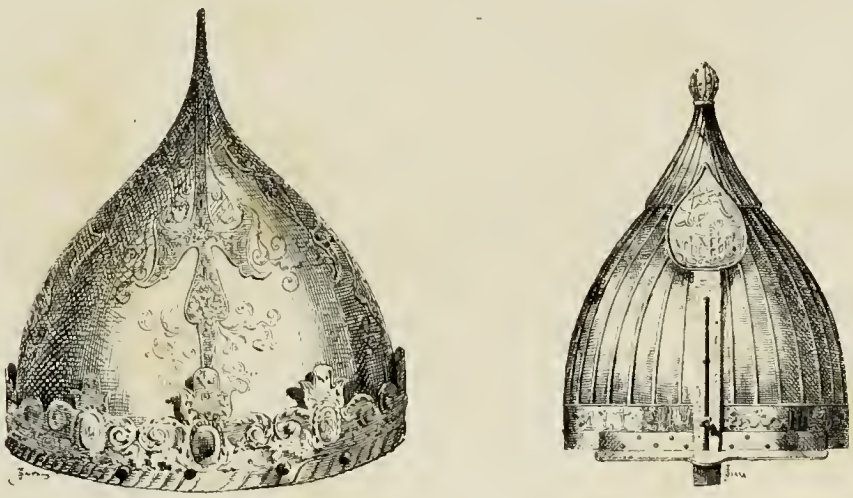
Diez dias habían empleado los cristianos en cruzar un brazo de ásperas montañas que les cortaba el paso y atravesar el río de las Yeguas; y en estos diez dias de penosísima marcha, de fatigas y de penurias sin cuento, muy fácil hubiera sido al Zagal el destrozarles: empero su incertidumbre ó su demora permitió á los soldados españoles sentar el pié en las vegas fértiles y hermosas de Vélez y establecer definitivamente sus reales frente á esta importante ciudad. Sin embargo; muy en breve acudió el moro malagueño con su ejército, y coronando la inmediata sierra esperó el ataque de los cristianos, persuadido de conseguir decisivas ventajas gracias á una vigorosa salida de los de la plaza. Esto mismo echó de ver el monarca cristiano, por lo que dispuso que su gente no se moviera de las estancias, frustrándose con tal medida un ataque de los moros contra el parque de artillería. Entonces el Zagal hubo de abandonar sus inexpugnables posiciones para venir á la batalla, que desde luego aceptaron los cristianos. Adelantóse la vanguardia de éstos al encuentro del enemigo y el rey desplegó su ejército en forma de semicírculo, apoyando una de sus alas en un cerro que se alzaba junto al mar, la otra en una cuesta formada por las inmediatas montañas; destacó luego un cuerpo que observara y contuviera á los de la ciudad y dejó al mismo tiempo convenientemente guarnecidos sus reales. En esta disposición trabóse la lucha en la vanguardia entre las fuerzas de D. Diego Hurtado y las de los moriscos que comenzaban á descender de la sierra, haciendo gran fuego de espingardas, lloviendo los saetas y los bolaños y resonando imponente por aquellas sierras el estampido de la artillería. Por espacio de doce horas se prolongó el combate en que no llevaban la mejor parte los moros; pero al caer la noche, protegidos por sus sombras, perdido ya el esfuerzo y el sentido, abandonaron las armas y pertrechos declarándose en vergonzosa fuga. A esta derrota siguió en breve la rendición de Vélez. El valiente Zagal, que había intentado salvarla y dar con ello nuevas fuerzas á su abatido pueblo, víctima de la más negra ingratitud, se vió abandonado de sus súbditos, que al verle regresar de la sierra con sus mermadas huestes se negaron á recibirle en la ciudad; y el infortunado caudillo, á quien Málaga cerraba sus puertas y Granada abandonaba á su suerte, buscó en Guadix refugio seguro. Allí supo la toma de Vélez Málaga, que capituló á los diez dias de asedio, y la marcha de los cristianos sobre Málaga.

El 7 de Mayo avistaban los soldados españoles las torres de esta ciudad populosa y bien fortificada y guarnecida.

Asentada en una hermosa llanura y al borde del Mediterráneo, Málaga era por su riqueza y su población digna rival de la famosa Granada. Ceñíala gruesa muralla defendida por torreones y los dos fuertes de Gibralfaro y la Alcazaba, fundados en los tiempos primitivos de su historia, la dominaban orgullosos, estrellándose las olas del mar al pié de sus atarazanas torreadas, de las que aun quedan hermosos restos. Gibralfaro cercado por dos órdenes de fortísimos muros almenados y anchos y profundos fosos enlazaba por medio de murallas y un camino subterráneo con la Alcazaba, fortaleza que contaba ciento diez torres principales y algunas menores, de las cuales treinta y dos era de mejor fábrica y suntuosidad, siendo la del homenaje de veinte y seis varas de alto y catorce y media en cuadro: una muralla flanqueada por siete robustos torreones descendia por el costado de Levante hacia la banda de mar hasta llegar á la extremidad oriental del muelle, desde cuyo punto enlazaba con la del Mediodía por una cortina de cuarenta varas, de que aun subsiste parte, siguiendo hacia Poniente y uniéndose á la que iba á rodear luego toda la ciudad. El plano de Málaga árabe trazado por el Sr. D. Rafael Mitjana da perfecta idea de las formidables defensas de esta plaza, entre cuyas cinco puertas se distingue la de Santo Domingo ó del Puerto, con dos fortísimas torres cuya ocupación fué famosa en esta guerra: al N. O., y fuera del recinto propiamente dicho, se extendia otro recinto murado en que recogian los moros sus ganados y era desig-

nado con el nombre de *Barrio Alto:* los campos comarcanos dilatábanse risueños hasta las montañas que en forma de herradura rodean la vega, ostentando entre frondosas arboledas casas fuertes y moradas de placer, de las que aun se conservan restos. Los cronistas cristianos encomian la belleza y fortaleza de Málaga, y Pulgar hace de ella una animada pintura (1).

Mandaba esta ciudad Hamet Zegrí á cuyas órdenes militaba un ejército de negros y gomeres reforzados con nuevas cohortes llegadas de Marruecos á las que se agregó muchedumbre de renegados, acuartelados en los torreones de Gibralfaro y la Alcazaba y dispuestos á defenderse hasta perder la vida. Asi que este sitio prometia ser largo y trabajoso. Comenzaron por rechazar las tropas del Zegri por dos veces á los cristianos en una cañada que desemboca en las llanuras de Málaga, y si bien no impidieron que éstos se estableciesen en ella, causáronles numerosas bajas. Pero no bien consiguieron los españoles sentar sus reales, asegurados con foso y empalizadas, y ceñir la ciudad con una cava que apoyando sus dos extremos en el mar la rodeaba como un brazo de



Cascos árabes

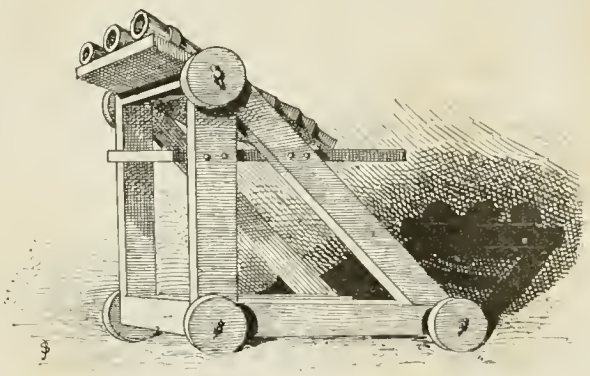
hierro, cuando comenzó á fulminar la plaza sobre ellos violentísimo fuego. Respondió con no menos energía el sitiador, y ganoso dar el asalto, después de haber abierto un portillo en el primer recinto, lanzóse por él un cuerpo castellano, con más audacia que buena fortuna, pues si bien se

(1) Está asentada en lugar llano al pié de una cuesta grande, é cercada de un muro redondo, fortalescido de muchas torres gruesas, é cercanas unas de otras. É tienen una barrera alta é fuerte, do ansimesmo hay muchas torres. É al cabo de la cibdad é al comienzo de la subida de la cuesta está fundado un alcázar, que se dice el Alcazaba, cercado con dos muros altos é muy fuertes, é una barrera. En estas dos cercas pudimos contar fasta treinta y dos torres gruesas, é de maravillosa altura é artificio compuestas. É allende de estas tiene en el circuito de los muros fasta otras ochenta torres medianas é menores, cercanas unas de otras. Deste alcazar sale una como calle cercada de dos muros, y entre muro é muro podrá haber seis pasos en ancho; y esta calle, con los dos muros que la guardan van subiendo la cuesta arriba fasta llegar á la cumbre, donde está fundado un castillo que se llama Gibralfaro; el cual por ser en lo más alto y tener muchas torres, es una fortaleza inexpugnable. En esta otra parte de lo llano de la ciudad, está una fortaleza con seis torres gruesas é muy altas que se dice Castil de Ginoveses. É después están las tarazanas torreadas con ciertas torres donde bate el mar. Y en una puerta de la ciudad que va á la mar está una torre albarrana, alta é muy ancha que sale de la cerca como un espolón é junta con la mar. Otrosí tiene dos grandes arrabales puestos en lo llano junto con la cibdad, el uno que está á la parte de la tierra, es cercado con fuertes muros é muchas torres; en el otro que está á la parte de la mar habia muchas huertas é casas caidas. É las muchas torres é los grandes edificios que están fechos en los adarves y en estas cuatro fortalezas muestran ser obras de varones magnánimos, en muchos é antiguos tiempos edificados, para guarda de sus moradores. É allende de la fermosura que le dan la mar é los edificios, representa á la vista una imagen de mayor fermosura con las muchas palmas é cidros é naranjos, é otros árboles é huertas que tiene en gran abundancia dentro la ciudad y en los arrabales, y en todo el campo que es en su circuito. Cerca de aquel castillo alto que habemos dicho que se llama Gibralfaro, está un cerro igual con él en altura é apartado por espacio de dos tiros de ballesta; el cual tiene agua é dificil la subida, porque es muy enhiesta por todas partes, salvo de la parte que mira el castillo. Este cerro está puesto entre aquel castillo é una gran sierra en tal lugar que la gente de los cristianos no podian pasar á poner real á la parte do están los pozos del agua, ni donde son los arrabales: porque los moros que los guardaban impedian el paso á los cristianos.»

hizo dueño de la primera línea de murallas, parte de ellas voló en pedazos y sólo consiguieron los cristianos asentar sus avanzadas sobre las ruinas del arrabal.

Horas de prueba aguardaban en verdad á los cristianos en este sitio. La toma de una ciudad bien avituallada y tan bizarramente defendida no podía ser obra de pocas semanas, y aquel ejército habituado á triunfar de grandes obstáculos, se abatió ante la perspectiva de un largo sitio y la penuria y las enfermedades que le son inherentes. Así que eran opuestos los pareceres que acerca de esta empresa se emitian en el campamento, y sólo la presencia de la reina pudo alentar á los abatidos é imprimir vigor creciente á las operaciones.

«Era una gran hermosura dice Bernaldez, ver el real sobre Málaga por tierra é por mar; había una gran flota de la armada que siempre estaba en el cerco é otros muchos navíos que nunca paraban trayendo mantenimiento al real.» Y Pulgar, después de dar cuenta del tren de artilleria que el rey mandó venir por mar de Vélez-Málaga y Algeciras, y del envío que hizo de ciertas lombardas el rey de romanos añade: «Para facer los pertrechos é proveimientos de artillería había mu-



Organo

chos oficiales herreros, carpinteros, aserradores, hacheros, fundidores, albañíes, pedreros que buscaban mineros de piedra, é otro pedreros que las labraban, é azadoneros, carboneros que tenían cargo de facer el carbón para la fraguas, y esparteros que facian sogas y espuertas. Y en cada uno de estos oficios había un ministro, que tenia cargo de solicitar los oficiales, é darles todo lo que era necesario para la labor que facían. Otrosí andaban gran número de carretas é con cada cien carretas era diputado un ministro que tenía maestros á quien daba los aparejos necesarios para los reparar. É había otros maestros de facer pólvora, la cual se guardaba en cuevas que facían debaxo de la tiera trescientos hombres repartidos de noche é de día para la guardar. É mandó el rey traer de las Alxeciras, que estaban despobladas, todas las piedras de lombardas que el rey D. Alfonso el Onceno su bisabuelo fizo tirar contra aquellas dos cibdades cuando las tovo cercadas.»

Emprendidas con nueva energía las operaciones jugaron los lombardas gruesas, y entre ellas las llamadas *Siete Hermanas Ximonas*, los cortagos y los engeños «que tiraban muchos tiros de alquitrán;» pero no intimidados los moros por la actividad que desplegaba el sitiador, ni aceptaron la capitulación que les proponía, ni contemplaron con indiferencia la destrucción de sus hogares. En constantes y vigorosas salidas nocturnas fatigaban á los cristianos y en una ocasión vióse en el más apurado trance el ala que mandaba el marqués de Cádiz. Hamet-Zeli, el gobernador de Málaga, es quien daba el ejemplo y los valientes malagueños resistian impávidos todos los trabajos

y acometían en todas ocasiones con igual bravura al sitiador. Singular contraste formaba esta conducta con la del degenerado Boabdil. Un cuerpo de caballería que el desdichado Zagal tuvo la generosidad de mandar á los malagueños, fué destrozado por las tropas del granadino que quiso hacer un mérito de este suceso para con los Reyes Católicos; y sin tener en cuenta, insensato, el destino que le reservaba la caída de Málaga, abandonó esta ciudad á su triste suerte.

Al incesante fuego de los cristianos, que llegó á suspenderse por falta de municiones, siguieron las penalidades del bloqueo; y como es consiguiente, al hambre y la peste; empero la resistencia prometía ser tan larga, que los reyes dispusieron el asalto. Este se efectuó á la vez desde todos los puntos de la línea castellana, combatiéndose á un tiempo por tierra y por mar, y empleándose á la par que la artillería, los arietes y catapultas, las torres de madera y las minas. Seis horas de combate gigantesco sobre las ruinas de las murallas, en la profundidad de la tierra y sobre las aguas quebrantaron por fin las fuerzas de los moros. Retiráronse al último recinto de la ciudad y allí se sostuvieron hasta que Hamet les dejó en libertad para capitular, dirigiéndose él á Gibralfaro; pero el vencedor no admitió condiciones y Málaga hubo de entregarse á su merced el 17 de Agosto de 1487. No pudo prolongar por mucho tiempo su resistencia Hamet-Zeli: tomada la fortaleza de Gibralfaro fué conducido cargado de cadenas ante D. Fernando.—«¿Qué te indujo á empeñarte en la rebelión?» le dijo éste.—«Mi propio honor,» le contestó el esforzado moro. Mas como si tan dignas palabras no despertaran eco en el alma de Fernando, aquel héroe, tratado como el más vulgar de los criminales, no pudo hallar piedad.

La campaña de 1488 emprendióse desde la frontera de Murcia, cayendo en poder de los españoles, Vera, los dos Vélez, Cuevas y otras ciudades, mas no sin que los cristianos sufrieran parciales descalabros, luchando con el Zagal. De más decisivos resultados debía ser la del siguiente año, señalada por el importante asedio y toma de Baza. Esta ciudad, juntamente con Guadix y Almería, constituían los dominios de este enérgico monarca, y como es de presumir no perdonó medio alguno para atender á su defensa. Su reducido ámbito, el sólido circuito de sus murallas y el terreno que frente á ellas se extendía accidentado y cubierto de maleza, aseguraban su defensa, que estaba confiada á diez mil hombres puestos á las órdenes de un deudo del Zagal. Otros diez mil hombres reunidos por éste reforzaron la guarnición de Baza, que fué además abastecida con gran acopio de víveres y municiones.

Fernando partió de Jaén el 20 de Mayo y el 27 pasó revista á sus tropas en Sotogordo. Hé aquí el orden de la marcha que observaba el ejército cristiano:

Delante y á modo de descubierta ciento cincuenta jinetes con mariscales aposentadores. Mandaba dicho destacamento el alcaide de los donceles, y según puede inferirse, consistía su cometido en preparar alojamiento para las tropas.

La vanguardia, mandada por el maestre de Santiago, contaba mil novecientas cincuenta lanzas, setecientos infantes y ciento cincuenta espingarderos de Toledo. Esta fuerza llevaba en una de sus alas cuatrocientas lanzas y mil infantes mandados por el clavero de la orden de Calatrava. En la otra iba D. Pedro López de Padilla con doscientos escuderos á caballo pertenecientes á las milicias del rey.

Seguían los demás cuerpos denominados por Hernández del Pulgar *batallas*, en la forma siguiente:

Segunda batalla, contando como primera la vanguardia: Ciento cincuenta jinetes y cuatro mil peones.

Tercera. Mil jinetes y hombres de armas, y mil peones. Pertenecía esta milicia al cardenal de España y la mandaban en su nombre los capitanes D. Rodrigo Mendoza del Cid y D. Hurtado de Mendoza, adelantado de Cazorla.

Cuarta. Cuadrillas de las Hermandades.

Quinta. D. Diego de Córdova, conde de Cabra, con doscientas cincuenta lanzas y trescientos peones.

Sexta. D. Enrique de Guzmán con trescientas cincuenta lanzas.

Séptima. El marqués de Aguilar con ciento cincuenta lanzas y doscientos peones, y el capitán Hernán Duque con doscientas setenta lanzas.

Octava. D. Francisco de Velasco con ciento cincuenta lanzas, ciento ochenta peones del duque del Infantado y ciento cincuenta lanzas del conde de Feria.

Novena. Trescientas lanzas del duque de Medina Sidonia y ciento cincuenta de Medinaceli, mandadas por capitanes en nombre de los dichos.

Décima. D. Alonso de Aguilar con trescientas lanzas é igual número de peones.

A continuacion marchaba la *batalla real*, precedida de una vanguardia mandada por el conde de Tendilla y que constaba de cuatrocientas sesenta lanzas, pertenecientes á dicho conde, al de Benavente y al arzobispo de Sevilla.

Batalla real. Mil ochocientos cincuenta y tres lanzas y *cinco mil quinientos cincuenta peones*, en la forma siguiente:

Ciento veinticinco lanzas á las órdenes del capitán D. Martín de Acuña.

Cuatrocientas lanzas y tres mil peones, al mando del marqués de Cádiz.

Ciento cincuenta lanzas, mandadas por el Adelantado de Andalucía.

Setenta lanzas á las ordenes de Gonzalo Fernández de Córdoba.

Cien lanzas mandadas por Alonso de Osorio, cincuenta por Bernal Francés, setenta por Pedro de Ribera, ciento cincuenta por D. Sancho de Castilla, doscientas veinte, por Garcilaso de Ulloa, ciento diez por Villafuerte, cien por Hernando de Ribera, ciento y ocho por el comendador de Monzón, ciento por D. Diego de Figueredo.

Mil ciento cincuenta peones de Asturias, cuatrocientos de Vizcaya, doscientos cincuenta de Alava, doscientos treinta de Guipúzcoa, quinientos de Castilla la Vieja y otras provincias comarcanas.

En el ala derecha de la batalla real iba el conde de Cifuentes con quinientas lanzas de Sevilla y cinco mil peones, la izquierda se hallaba cubierta por seiscientas lanzas y cuatro mil peones de Córdoba.

La retaguardia de la batalla real se componia de setenta lanzas con seiscientos peones de Carmona y otras cincuenta lanzas con doscientos peones de Andújar. Mandábala D. Pedro Sarmiento.

Seguia al ejército el fardaje, la artillería y los pertrechos. La escolta del bagaje se componía de setecientas cincuenta lanzas y dos mil ochocientos peones divididos en tres trozos mandados respectivamente por el corregidor de Jaén, D. Juan de Robles y D. Pedro Angulo. Estas milicias eran de Jaén, Jerez, Ubeda y Baeza.

La retaguardia general del ejército se componia de ochocientas ochenta lanzas y mil peones; esta fuerza iba mandada por el adelantado de Murcia, excepto algunos fragmentos dirigidos por diferentes capitanes.

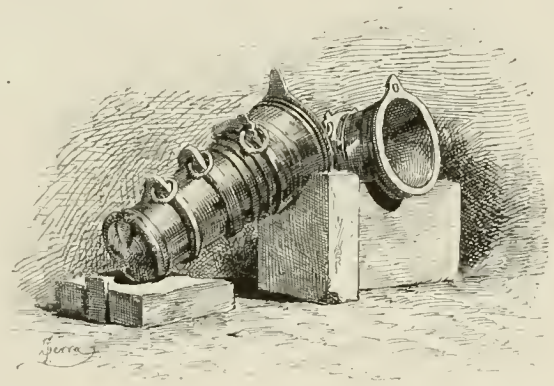
El rey tenia además de todo á su servicio inmediato cuatrocientos hidalgos (1).

«Examinando la organización que acabamos de relatar, añade el autor de quien tomamos estos datos, parecerá extraña esa multitud de subdivisiones desiguales, en alguna de las cuales es superior la infantería á la caballería ó vice-versa, ó nula la infantería. Pero atiéndase á la procedencia de aquellas milicias. Unas pertenecian á señores nobles ó á capitanes que las tenian organizadas por cuenta de éstos, y en ellas eran casi todos jinetes; otras dependian de la Corona, y su organización debía ser regular por la igualdad, por la exacta distribución de sus diferentes partes. Veamos, por ejemplo la batalla real: ella era el verdadero cuerpo de ejército, puesto que constaba de 15,350 infantes y 3,533 caballos. Ya vemos en esto la debida proporción entre la infantería y la caballería; examinemos ahora su distribución. Una vanguardia de caballería, una retaguardia de 800 infantes y 120 caballos y tres cuerpos ó divisiones, á saber: *centro* con 5,550 peones y 1,853 caballos distribuídos en masas ó escuadrones casi iguales, á las órdenes de diferentes capitanes; *derecha* con 5,000 infantes y 500 caballos; *izquierda* con 4,000 infantes y 600 caballos. Estos tres cuerpos iguales

(1) V. G. *Hist. Mil.* Estos datos figuran en la *Crónica* de Hernando del Pulgar.

entre sí, y en los cuales la infantería es muy superior á la caballería, constituían, repetimos, el verdadero ejército; ellos eran los que caminaban á las órdenes del rey; ellos los que observaban en la marcha algunas reglas practicadas en el dia. Si la caballería del centro era en proporción mayor en número que la de las alas, debe tenerse en cuenta que allí iba el monarca y que era natural que le siguiesen buenas escoltas y caballeros de su predilección.

»Observamos también que á la vanguardia general de las tropas seguía un cuerpo de cuatro mil infantes y ciento cincuenta jinetes; la igualdad numérica de esta división con las que acabamos de mencionar, nos induce á sospechar que también constituían parte del cuerpo organizado del ejército. En efecto; era el primero que rompía la marcha en pos de la vanguardia de caballería, mandada por el maestre de Santiago; entre dicha división y la batalla real, seguían las demás subdivisiones informes de las milicias feudales, que por su carácter debieron dejarse en absoluta independencia; para nada, pues, debemos tenerlas en cuenta; era la última vez que concu-



Pedreros

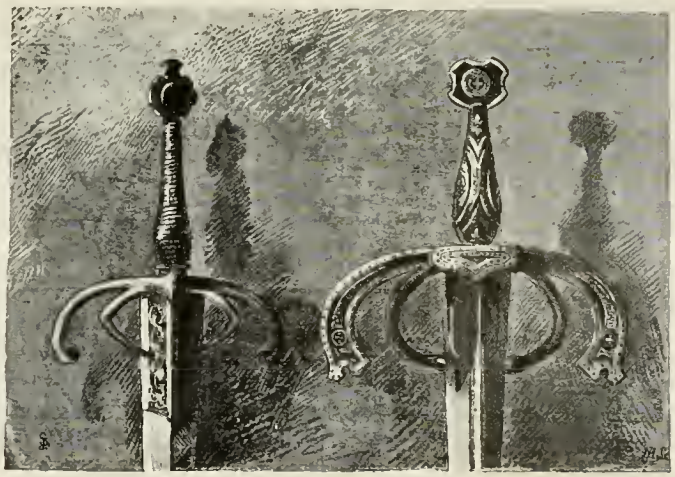
rrían á las acciones de guerra; iban á presenciar la caída del último rey moro y á despedirse de aquellos árabes durante cuya dominación se habían desarrollado las costumbres caballerescas. Vieron al mismo tiempo la emancipación definitiva de España, el renacimiento del arte militar y su propia muerte.»

Reanudemos la narración histórica.

Los primeros ataques que hubo de dar el ejército cristiano fueron contra la imponente villa de Cujar, cuya toma era altamente indispensable por cerrar la comunicación con Baza; pero no fué prolongada la resistencia y en breves días siguieron la suerte de Cujar, los castillos de Froila, Bacos y Benzalena. Baza prometía á nuestros soldados largo asedio. Tropezaron primero con graves dificultades al establecer los reales, pues extendíase frente á la plaza un terreno quebrado, cubierto de árboles frutales y rica vegetación, llamado *el Jardín*, cuya ocupación era de todo punto necesaria para expugnar la plaza. Así que, antes de completar el cerco, hízose necesaria la ocupación de la citada huerta. Pero si por una parte la naturaleza protegía á la ciudad, la industria del hombre la había dotado de buenas defensas, consistentes en sólidos muros flanqueados de elevadas torres y una excelente fortaleza. Además de esto, el Zagal había levantado en Guadix y Almería un ejército de 10,000 hombres que aumentó hasta 20,000 el número de soldados que encerraba el recinto; y si se tiene en cuenta que mandaba la plaza un deudo de aquél, fácil es presumir la importancia de este sitio.

La ocupación del Jardín fué por lo mismo muy costosa, pues sobre ser el terreno quebrado y

lleno de maleza, poco conocido de los atacantes y hábilmente dispuesto por los atacados, érales imposible á los cristianos sostenerse en posiciones, si conquistadas á costa de preciosa sangre, sumamente comprometidas como puntos avanzados del ejército. Terrible fué el combate que se libró en ellas por espacio de doce horas y en él perecieron ilustres capitanes y gran número de soldados; pero fué estéril la victoria, ya que el ejército se vió obligado á retrogradar á sus primeras posiciones. En estos críticos momentos llegóse á proponer por la mayoria de los capitanes el levantamiento del sitio, á cuyo parecer adhirióse el mismo rey; mas como éste defiriera la realización de este intento hasta recibir carta de la reina, tal propósito no se llevó afortunadamente á efecto. Entonces concibió el monarca cristiano un proyecto verdaderamente asombroso. «Lo numeroso de la guarnición que, según Bernaldez, pasaba de veinte mil hombres, dice Clemencín, y el deseo de quitar todos los socorros á la plaza, movieron á hacer obras de circunvalación que tenían de largo no



Espadas de los Reyes Católicos

menos que tres leguas. La una legua era de trinchera y foso, y como decian entonces *palizada y cava,* en la cual se introdujeron las aguas que bajaban de la sierra. Fortalecían esta linea quince castillos de tapias con sus torres y almenas edificados de trescientos en trescientos pasos. A sus dos extremidades se hallaban los dos campamentos en que se había repartido el ejército, fortificados con grandes cavas, palizadas y otras defensas. Las dos leguas restantes, que comprendían la falda de la sierra, donde al principio se había construído un castillo, se cercaron con un foso y dos murallones anchos de piedra, tierra y fagina, uno contra las salidas de la guarnición, y otro contra los que intentasen socorrer la plaza. En estas últimas obras trabajaron por más de dos meses diez mil peones. Fué ingeniosa invención la de un castillo de madera que se conducía con piezas y se armaba en el paraje conveniente para que á su abrigo pudiese construirse otro de fábrica más sólida. La tala que se hizo de la huerta de la ciudad para facilitar los ataques, costó cuarenta días de trabajo á cuatro mil gastadores. Tantas y tan enormes obras exigían no sólo un gran número de trabajadores sino también de tropas que las guarneciesen y defendiesen. En efecto; los ejércitos cristianos eran numerosos: el que sitió á Baza era de 80,000 infantes y 15,000 caballos, como asegura Pedro Martín de Angleria que asistió en aquella empresa. Bernáldez cuenta que

cuatro años antes, al empezar la campaña de 1485, constaba el ejército de 12 á 13,000 caballos y más de 80,000 infantes, artilleros y carruajeros, etc. Las relaciones de Pulgar van conformes.»

Reducidos los moros á la última extremidad, pelearon no obstante como á buenos, y en constantes salidas y parciales lides cruzaban de continuo sus armas con los cristianos; mas por desgracias, las rivalidades del Zagal y Boabdil no les permitian esperar socorro alguno de los suyos, y vana fué la súplica que por medio de embajadores envió el sultán de Egipto á los Reyes Católicos. Empero no abatian su ánimo tan repetidas decepciones: esperaban que la llegada del invierno y las enfermedades aniquilaran al sitiador y en esta confianza fué prolongándose el sitio.

Llegó en efecto la estación otoñal, diezmaron las enfermedades al ejército cristiano y agregáronse á estos estragos los rigores del cielo, que hicieron cada vez más difícil la vida en el campo. Entonces decayó el entusiasmo de los soldados; y si bien la reina cuidó con gran celo del avituallamiento del real, hizo nuevos empréstitos y convocó á los nobles que más reacios se habian mostrado en acudir al sitio de Baza, fué necesaria su presencia, para, como en Málaga, reanimar á los abatidos pechos y dar nuevo impulso á las operaciones. Y en verdad que no pudo ser su aparición más oportuna por el mágico efecto que produjo así entre moros como entre cristianos.

En efecto; tras siete meses próximamente de sitio, creyeron los de la ciudad que la presencia de D.ª Isabel en el real, era indicio seguro de continuarlo sin descanso; y en esta creencia solicitaron un armisticio al que siguió una capitulación honrosa. Más feliz el gobernador de Baza, Cid Hiaya, que Zegri, el defensor de Málaga, fué colmado por los reyes de elogios, dádivas y distinciones; pero téngase en cuenta que éste recibió el cometido de interceder con el Zagal para la entrega de Almería y Guadix.

La caida de Baza que costó al ejército español unos veinte mil soldados, trajo, como es consiguiente, la entrega de muchas plazas importantes y lo que más interesaba aún á los monarcas cristianos, la sumisión del Zagal, persuadido ya de que no era posible prolongar una estéril resistencia. Abdicó, pues, la soberanía de Almería y Guadix en manos de los reyes y recibió en compensación el distrito de Andaraz, como rey tributario de Castilla. Pero rendida Guadix, según lo que Fernando pactara con Boabdil, debia éste abdicar su corona, y así se lo exigió aquél llegado este momento. Que influyera en el ánimo del monarca granadino la ambición más que la dignidad ó que pesara sobre él la oposición enérgica y vigorosa del pueblo; ello es que no trató de cumplir su palabra y desde aquel instante apercibiéronse los cristianos á entrar en campaña, campaña decisiva ya para el poderío muslímico.

Antes de describir estas operaciones, no carecerán de oportunidad algunas noticias relativas al reino granadino.

Para formarse idea de lo que era Granada antes de conquistada bastará que recordemos la pomposa descripción de Al-Kattib inserta en la página 282. «Con escasa diferencia, dice uno de nuestros historiadores militares, comprendia el mismo territorio que hoy abrazan las tres provincias de Granada, Málaga y Almería. Confinaba por el Norte con el territorio de Jaen y parte del antiguo reino de Toledo; por el Este con el reino de Murcia; por el Sud y Sudoeste con el mar Mediterráneo y por el Oeste con las comarcas de Córdoba y Sevilla. Dichos límites comenzaban en la embocadura del rio Guadiaro, junto á Gibraltar, y seguian los márgenes de este río por las vertientes occidentales de la sierra de Ronda: la línea fronteriza desde el Mediterráneo hasta las faldas de la sierra, y el antiguo adelantamiento ó gobierno militar de Cazorla la formaban los campos de Jimena, Hardales, Antequera, Archidona, Iznajar, Alcalá la Real, Torre Campo, La Guardia, Bedmar y Quesada; proseguia la frontera por Huescar y el Chirivel hacia los confines de Lorca, y remataba en las playas de Mojacar, término hoy del reino de Murcia, así como en tiempo de los romanos lo fué de las provincias Bética y Tarraconense. Tenia el reino de Granada tal como lo hemos descrito 25 leguas de Norte á Sur, desde Cambril hasta el Mediterráneo y Puente de Al-Almuñecar, 60 de Este á Oeste, desde Ronda hasta Huéscar; 80 de costas y 805 cuadradas de superficie. Para su gobierno y régimen estaba dividido en cuatro *climas* ó grandes distritos: el de Riat ó Rute, el más occidental, tenía casi los mismos límites que en tiempo de los romanos el an-

tiguo convento jurídico de Córdoba; por Oriente lo ceñían las tierras de Alhama hasta Velez-Málaga; por el Mediodía las playas del Mediterráneo hasta el Guadiaro; comprendia la *hoya* y ajarquía de Málaga, y por Sierra Yeguas y Estepa subía á buscar las márgenes del Genil. El clima de Elvira, llamado asi por su capital, se extendía por el Mediodía desde la playa de Velez-Málaga hasta Adra; comprendia los valles de la costa, el de Lecrin, la vega de Granada, terminando por el Norte en sus montes, y teniendo á Poniente la línea del Rute; y por último, hacia la parte más oriental del reino, caían los climas de Begaya y Albuxarrate, que abarcaban la provincia de Almería hasta el río Almanzora, y parte del antiguo reino de Jaen» (1).

Este reino poblado, rico y floreciente, provisto de numerosos castillos, defendido por agrestes montañas y habitado por gente agilísima y belicosa, encerraba no obstante en su seno gérmenes de destrucción que debian precipitar su ruina. Conquistarlo no era empresa fácil hallándose á su frente un monarca enérgico y acatado de todos sus súbditos, pero conquistarlo en el breve período de diez años fué un hecho asombroso, aun teniendo en cuenta las turbulencias que le agitaron en ese período y tiñeron con sangre fratricida las calles de Granada. Las disensiones entre su rey Muley-Hacem y Boabdil hicieron que estallara en la ciudad la guerra civil y que se dividiera el reino en dos grandes fracciones: Muley se retiró á Málaga (2) que fué centro de la más extensa parte del territorio, en el cual figuraban ciudades tan importantes como Málaga, Almería, Ronda, Baza y Guadix: Boabdil fué sólo rey de la provincia de Elvira y la capital. Pero mientras los bandos de estos reyes destrozaban el reino, los monarcas católicos, explotando hábilmente estas divisiones y adoptando un plan de campaña, gracias al cual fueron arrebatando á los musulmanes todas las ciudades de la costa, cortaron á los moros sus comunicaciones por mar, y quedaron los granadinos á la postre verdaderamente aislados. Y como precisamente á Granada habían afluido gran parte de los fugitivos de otras ciudades, si bien era la población numerosísima, no dejaba esto de constituir un serio peligro por lo que respecta á su mantenimiento: empero los elementos de defensa eran también respetables, y al abrigo de sus muros encerraba Granada un ejército de 40,000 infantes y 20,000 caballos. Además los escuadrones moros recorrieron los pueblos confinantes, procuraron reanimar á sus moradores, arrebataron ganado y víveres, sorprendieron algunos destacamentos cristianos y aun bloquearon algunos castillos, haciéndose dueños del de Padul.

Celada atribuida á Abu-lâh-Mohâmmad XI

El plan adoptado por los reyes antes de emprender las operaciones no pudo ser más acertado. Dieron orden al conde de Tendilla para que con 5,000 caballos y 20,000 peones talara la vega que en un radio de diez leguas abastece á Granada, y en la primavera de aquel año, tuvo lugar esta horrorosa tala, quedando aquella hermosa comarca completamente asolada. Huertas, mieses, molinos, alquerías, todo quedó reducido á cenizas. Trabáronse con este motivo algunas escaramuzas, pero los taladores avanzaban protegidos por los hombres de armas y el plan se llevó á cabo tal como se había concebido. En Agosto volvióse á repetir la tala y en el intervalo de Setiembre á Abril se efectuaron parciales correrías que dieron ocasiones á heróicas hazañas individuales. Inútilmente trató Boabdil de contrarestar los progresos de los cristianos: salió de Granada, terminado que hubieron aquellos la primera tala, consiguió tomar por asalto los castillos de Alhendín, Mar-

1) Pérez de Castro: *Atlas de las Batallas*.

(2) Málaga á su muerte y mediante abdicación pasó á su hermano Abdalla el Zagal.

chena y Buludius, los dos últimos situados entre Guadix y Almería, y pasó á poner sitio á Salobreña; pero no pudo aquí realizar su intento que estorbó la presencia de Fernando.

Al llegar la primavera de 1491, las operaciones adquirieron nuevo impulso. La nobleza, las ciudades y villas, la Santa Hermandad, todos los elementos de mayor importancia que contaba el reino se reunieron para la campaña. Ascendía el ejército á 40,000 infantes y 10,000 caballos: entre ellos figuraba la flor de la caballería española, y gran número de nobles extranjeros, de caballeros dados á la vida aventurera que con lucido séquito venían á tomar parte en la guerra. El rey era el general en jefe y al frente de aquél se presentó en la vega, disponiendo antes de sentar sus reales, que un cuerpo de ejército completara las talas anteriores devastando el valle de Lecrín hasta las Alpujarras. Y realizado esto «asentó su real, dice Bernáldez, en la parte donde edificó la villa de Santa Fé, dos leguas de Granada, donde continuamente tuvo más de cuarenta ó cincuenta mil hombres de pelea, en que había diez mil de á caballo; é de allí salían concertadamente capitanes con gente á correr é talar continuamente á Granada por todas partes; en el cual tiempo el rey fizo combatir muchas fortalezas de cerca de la ciudad, é tomólas por fuerza de tiros é de lombardas, é é de ellas derribó del todo por el suelo, é de ellas fortaleció é puso guarnición; y sobre las talas ovieron muchas escaramuzas é peleas entre los moros é los cristianos, de que siempre volvieron huyendo los moros á la ciudad.»

Puerta Visagra (Toledo)

Fortificado convenientemente el campamento cristiano la reina se presentó en Mayo al ejército seguida de brillante comitiva, y desde aquel momento se aposentó en una de las tiendas juntamente con sus hijas: su llegada dió mayor animación al real y nueva fisonomía al estado de cosas; pues como saliendo de su letargo, sostuvieron los moros dos terribles choques con los cristianos, en el segundo de los cuales Boabdil estuvo en poco de caer prisionero y hubo de retirarse en derrota á la ciudad. Siguieron, pues, las operaciones del sitio con toda felicidad para los cristianos y tan sólo un contratiempo vino á interrumpirlas por breves días: el violento incendio que se declaró en el campamento durante la noche del 14 de Julio y que en breves momentos dejó reducidos á pavesas los muebles, las ropas, los objetos más indispensables al ejército; empero este desastre hizo concebir el proyecto de edificar en aquel mismo sitio una ciudad; y á los tres meses se alzaba en forma de cruz Santa Fé, como á testimonio de la constancia cristiana.

Esta fundación aceleró la caída de Granada, que no podía desconocer era ya definitiva la ocupación de su vega por el enemigo: la población aquejada por el hambre se amotinó, y el consejo de capitanes convocado por Boabdil acordó dar plenos poderes al wacir Abul-Cacim para tratar de la rendición. Fueron secretas las negociaciones y en ellas se acordó que la ciudad no se entregara hasta los sesenta días después de estipulado el concierto, ó sea desde el 25 de Noviembre; pero el descontento de la parte levantisca de la población no dió lugar á que se cumpliera este plazo. Entonces el mismo Boabdil se adelantó á notificar á los reyes españoles que estaba pronto á hacer la entrega, y el 2 de Enero de 1492, el ejército cristiano, formado en correctas líneas y

dando al viento sus banderas y estandartes, se dispuso á tomar posesión de la hermosa Granada.

Un cuerpo de tropas, al frente del cual marchaba el cardenal Mendoza, avanzó hasta ella y se hizo dueño de la Alhambra, apareciendo pocos momentos después en la torre de la Vela la Cruz de plata y los pendones de Castilla y Santiago. El estampido del cañón saludó la enseña cristiana, dieron los reyes de armas sus voces acostumbradas y el ejército entero se postró de rodillas entonando el sublime *Te Deum laudamus*. ¡Momento supremo y solemne! El soldado de la reconquista con la espada aun tinta en sangre se hincaba de rodillas ante su cruz y su bandera, y saludaba jubiloso en ellas los símbolos de la redención de su patria conseguida á costa de tantos combates. Entonces pudieron contemplar sus reyes lo que muchos reyes y príncipes no pudieron ver: un reino poderoso y rico sojuzgado en breves años. «¿Qué fué, exclama con piadosa exaltación Bernáldez sino que Dios les quiso proveer de ello é darlo en sus manos?» (1).

Espada de Boabdil

Pero mientras las banderas de la monarquía cristiana ascendían victoriosas por la cuesta de los Molinos, cruzaba pálido y abatido el monarca de Granada, la corriente del Genil para entregar las llaves de la ciudad á sus nuevos posesores. ¡Tristes contrastes y elocuentes lecciones de la historia! El infortunado rey, invocando el fallo de la fatalidad, recordó quizás las desventuras que pesan sobre los pueblos sojuzgados, y no pudo menos de exclamar, dirigiéndose al vencedor: *Usa con moderación de la victoria!*

Con la solemne entrada el ejército cristiano en Granada quedó cumplida la obra magnífica de la Reconquista española. La cristiandad pudo considerarla como una compensación; pues en este mismo siglo caía Constantinopla en poder de los turcos otomanos, tremolando desde aquel instante el estandarte de la media luna sobre las cúpulas de Santa Sofía. La Providencia, á la que venga ó no á sazón acuden muchos para dar valor á sus fallos, no tiene pueblos ni razas favoritas; y las más altas dominaciones ruedan en pedazos y quedan reducidas á liviano polvo cuando ha sonado la hora de su destrucción.

IV

Entre la antigua organización y la que dieran á sus tropas los Reyes Católicos en los últimos años del siglo XV, existió, como es natural, una transición que desde luego se echa de ver en las fuerzas congregadas para la guerra y conquista de Granada. En esta última etapa de la Reconquista se advierte cierta mezcla de concierto é irregularidad por lo que respecta á las diferentes tropas que figuran en las operaciones, si bien por lo que atañe á la dirección hay que reconocer ya un plan determinado, y los numerosos aprestos que se efectuán para su realización, la organización de un tren regular y la institución de los hospitales de campaña, prestan un sello especial á este período en que van á luchar por última vez las milicias feudales junto á las tropas organizadas por la monarquía.

Examinaremos uno tras otro los diferentes elementos allegados por los Reyes Católicos para apreciar en su conjunto el cuadro militar que ofrece este reinado, y para ello daremos principio con las Hermandades.

Dijimos que el orígen de las Hermandades se pierde en las tinieblas del período medio: y en

(1) *Crónica* LXXXIII.

efecto; en esa época agitada y oscura veíanse los pueblos obligados á luchar, no sólo con los mahometanos, si no con los nobles y la gente de mal vivir que infestaba caminos y campos. Los gremios y cofradías bajo la advocación de un santo y los concejos entre sí formaron hermandades, siendo por demás curiosa la descripción que de una constituída en el siglo XII da un anónimo coetáneo: «En este siglo, dice, todos los rústicos é labradores é menuda gente se ayuntaron, faciendo conjuración contra sus señores, que ninguno de ellos diese á sus señores el servicio debido. E á esta congregación llamaban hermandad; é por los mercados é las villas andaban pregonando: *Sepan todos que en tal lugar, tal día señalado, se ayuntará la hermandad, é quien fallesciere, que no viniera, su casa se derrocará.* Levantáronse entonces á manera de bestias fieras, faciendo grandes asomadas contra sus señores é contra sus vicarios, mayordomos é facedores por los valles, persiguiéndoles é afoyentándolos; rompiendo é quebrantando los palacios de los reyes, las casas de los nobles, las iglesias de los obispos é las granjas é obediencias de los abades: é otro sí gastando todas las cosas necesarias para el mantenimiento, matando los judíos que fallaban; é negaban los portazgos é tributos á sus señores; é si alguno de los nobles les diese favor é ayuda, á tal como este deseaban que fuese su rey y señor. E si algunas vegadas les parecia gran exeso, ordenaban que diesen á sus señores las labranzas tan solamente, negando las otras cosas...»

La fuerza que paulatinamente fué adquiriendo en España el elemento popular, contribuyó á robustecer estas hermandades á las que otorgaron los monarcas privilegios y exenciones, y el primero de los concedidos á los colmeneros y ballesteros de Toledo para que se dedicasen á la persecución de los malhechores que infestaban esta región, es anterior al rey Alfonso VII: en el reinado siguiente se cree tuvo nacimiento la hermandad de San Martin de Montiña. Pero no era solo en Leon y Castilla, donde las turbulencias de la época originaban tales instituciones. En el siglo XIII también organizan en Navarra y Aragon una cofradía en la que entran distintos pueblos de ambos reinos y al frente cuyos estatutos se leen las siguientes palabras. «Esta es la carta y memoria de aquella cofradia que hicieron los navarros y aragoneses en aquella *Estaca,* que es en la Bárdena, salvo la fidelidad del Rey de Navarra, y salvo asimismo la fidelidad del Rey de Aragon.»

La primera Hermandad que se formó para perseguir toda clase de crímenes, en especial el robo en despoblado, es la *Hermandad vieja de Toledo,* de cuya fundación se ignora la fecha; aunque puede asegurarse es anterior á Alfonso VII. Siguieron á esta fundación, la de las hermandades de Ciudad Real y Talavera, en tiempo de Fernando III, cuyas Hermandades se juntaron á la vieja de Toledo y gozaron de iguales privilegios y franquicias. Estos fueros les fuéron confirmados por D. Alfonso X, quien concedió á Pozuelo de Don Gil el nombre de Villa real, y por Sancho IV, en cuyo reinado recibió la Hermandad el dictado de *Santa* y fué eximida de ciertos derechos. Pero el monarca que con más especial interés miró á ésta institución fué D. Fernando IV: durante su menoría se organiza la formidable *Hermandad de los Reinos de Leon y Galicia*, en la cual entran las más importantes ciudades de ambos Estados, y se toman por sus procuradores en Valladolid (1295) entre otros importantes acuerdos los dos siguientes: «Que si algun caballero, rico-home, infanzón ó eclesiástico se apoderase con violencia de los bienes de algun vecino y requerido no los devolviese, se levantase contra él el concejo ó concejos de los pueblos de la Hermandad para derribar su casa y talar sus campos; y que si algun rico-home ú otra persona matara á individuo de la hermandad, sin ser su enemigo, con arreglo á fuero se levantaran contra él para matarle donde quiera que lo encontrasen y destruir sus propiedades.» También mandaron los Procuradores labrar un sello para signar las cartas de la Hermandad, cuyo sello llevaba de un lado la figura de un león y de otro la imagen del apóstol Santiago.

Grandes fueron los servicios que las Hermandades prestaron en este reinado á la Corona: durante la menor edad del rey defendieron á Ciudad-Real contra los maestres de Calatrava sublevados, y, mientras reinó, siguieron consagrándose con ahinco á la persecución de foragidos, mereciendo del rey privilegios tales que con razón puede decirse que fué Fernando IV el fundador verdadero de la Hermandad. Todos estos privilegios y franquicias fueron confirmadas por Alfonso XI en cuyo fecundo reinado desempeña la Hermandad grandes servicios, contribuye á la victoria del Sa-

lado y goza ya de una vida regular y estable. Cual era el prestigio que llegó á alcanzar en los tiempos de Pedro I, puede apreciarse por la carta que dirigió el rey á los colmeneros y ballesteros de Toledo concediéndoles privilegio de no hacer servicio fuera del término de la ciudad, por cuyo documento venimos también en conocimiento de la forma que va tomando la jurisdicción de la Hermandad. Sus jefes, que en un principio no eran jueces letrados, si no caudillos, han tomado el nombre de Alcaldes, y á imitación de los jueces ordinarios, nombran su escribano que es al mismo tiempo custodio del Archivo.

El estado de perturbación en que se hallaba sumida Castilla en los reinados de Pedro I y Enrique II se echa de ver en el ordenamiento dado por el primero en las Córtes convocadas en Octubre de 1351 en Valladolid y en el hecho por el segundo en las de Toro en Setiembre de 1367 D. Enrique II, conociendo la necesidad de poner un remedio eficaz á los muchos desafueros que se venían cometiendo, juntó Córtes en Medina del Campo en 1370 y dispuso «que se hiciese la Hermandad en todos sus reinos; que cada comarca diese dos hombres á caballo y los necesarios de á pié para custodiar los campos y caminos; que en cada comarca hubiese un Alcalde bien del rey ó de las ciudades, que acompañase á los de la Hermandad con poder de hacer justicia á los malhechores, igual al del mismo rey si estuviera presente. Los hombres á caballo de la Hermandad debian servir por cierto número de meses pagados por las ciudades y villas, según el número que á cada una correspondiese.» Estas y las anteriores ordenaciones fueron confirmadas por D. Juan I, otorgando los monarcas que le siguieron en el trono concesiones no menos importantes á la institución. A favor de las revueltas del turbulento reinado de Enrique IV, disfrazados de gente de guerra, asaltaban los malhechores á los viandantes y cometian todo linaje de desafueros, y entonces debió Castilla á la Hermandad reparadoras medidas de que son testimonio elocuente los capitulos redactados en Castro Nuño en 1467 y en Segovia en 1473. Estos último llevan el titulo de *Hermandad nueva y general del Reino* y ponen de manifiesto á la par que el estado de perturbación del país, la debilidad y postración del poder real.

La breve reseña histórica que de la Hermandad en el periodo histórico anterior al reinado de los Reyes Católicos acabamos de hacer, bastará á que el lector se forme idea de la índole especial de esta institución, de las tendencias que prevalecian en los pueblos y de las miras de los monarcas. Ansia de seguridad por un lado, anhelo de un poder robusto por otro: doble tendencia que acerca el trono á los pueblos y que prepara en el ya citado reinado una serie de modificaciones que así afectan á la fuerza armada, como al organismo social.

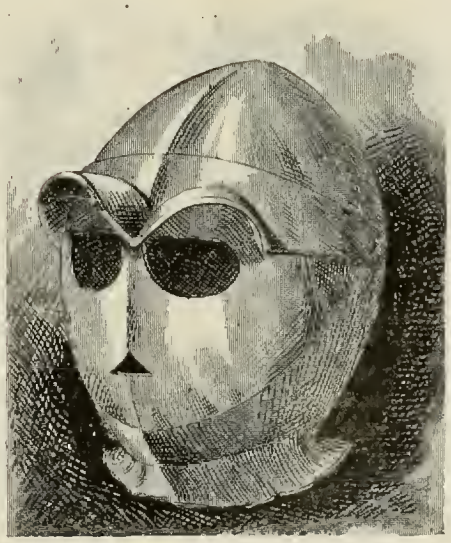
El triunfo conseguido por los Reyes Católicos en Toro, les permitió dirigir sus miradas á la situación interior de sus Estados, muy perturbados á la verdad tras tantos años de turbulencias y vicisitudes. Ansiaban los pueblos organizarse para su defensa, pues bien puede decirse que la Hermandad habia quedado disuelta, y á instancia de D. Alfonso de Quintanilla, Contador mayor de los reyes y de su capellan D. Juan de Ortega, de acuerdo con las personas más influyentes de las ciudades, reuniéronse en la villa de Dueñas en Abril de 1476 los procuradores de las mismas para acordar la reorganización de la Hermandad. D. Alfonso de Quintanilla les dirigió la palabra y después de exponer cada cual su pensamiento, acordóse presentar á los reyes una exposición acompañada de las Ordenanzas hechas por los procuradores allí reunidos. Estas Ordenanzas fueron aprobadas por los monarcas el 27 de Abril del citado año (1). «Sus capitulos, en los cuales

(1) El contenido de los once capítulos de estas Ordenanzas, es el siguiente:

«El capítulo I ordena y manda, que todas las provincias, merindades, valles, ciudades, villas y lugares del Reino, después que aquellas Cartas fuesen notificadas y pregonadas, en el término de treinta dias formasen la Hermandad; que las ciudades cabezas de partido de cada provincia después de haber formado la Hermandad correspondiente á su distrito, se juntasen para formar así una sola Hermandad en la provincia; que en el mismo término de treinta dias todos los pueblos fuesen á jurar la Hermandad á la cabeza del Arzobispado, Obispado, Arcedianazgo ó merindad á que perteneciese el Concejo á cuyo partido correspondian, y que en los diez dias siguientes todas las ciudades, villas y lugares, cabezas de Arzobispados, Obispados y merindades, lo notificasen á las ciudades, villas y lugares cabezas de sus comarcanos, de manera que todo el Reino de Castilla en un breve plazo, en el término de cuarenta dias quedase organizado en una sola Hermandad, so pena de 2,000 maravedis, mitad para la Real Cámara y mitad para las costas de la Hermandad, á todos los que faltasen á algunas de estas prevenciones.

»El capítulo II determina y señala cuál era el objeto de la Hermandad y los delitos que debía perseguir, juzgar y castigar; es decir,

apenas está indicado el plan tan grande y de tan inmensas consecuencias que los reyes concibieron al aceptar la idea de sus consejeros Quintanilla y Ortega, de restablecer la Hermandad de Castilla y de León, demuestran la suma prudencia con que quisieron llevar á cabo su pensamiento, sondeando la opinión de los pueblos y halagándolos, para poder reorganizar de nuevo aquella formidable institución sobre bases más firmes, más anchas y estables que las que habían tenido en tiempos anteriores, á fin de que fuese la salvaguardia de la sociedad y sirviese á los reyes de una manera eficaz y permanente. Se vé por el contenido de esos capítulos, que no teniendo todavía los Reyes Católicos y sus dos mencionados consejeros una confianza completa en que los pueblos accedieran al restablecimiento de las Hermandades ó tal vez que los Procuradores del reino no quisieran echar desde luego sobre sí tan grave responsabilidad sin haber consultado antes la voluntad de sus representados de una manera que no diese lugar á dudas, que sólo se trató de ver cómo se recibía en todo el reino la idea de las Hermandades, y si los pueblos verdaderamente las deseaban y contribuirían de buen grado á su sostenimiento. Así en estas Ordenanzas, primero se hace la pintura más triste del estado de pillaje y vandalismo en que estaba sumida la nación; y después de encomiar los eminentes servicios prestados por las antiguas Hermandades, se exige á los pueblos que inmediatamente se constituyan en Hermandad, desde la más miserable aldea hasta la cabeza de partido; desde la cabeza de partido con todos los pueblos de su jurisdicción hasta la capital de la provincia, y desde la provincia con todos los pueblos de su territorio á todo el reino, uniendo así el elemento popular estrechamente en toda la monarquía por medio de las leyes de la Hermandad y haciendo de él un elemento de fuerza poderosa y resistente, capaz de destruir en breve plazo el horrible feudalismo con todos sus vicios, con todas sus vejaciones, con todas sus malas costumbres, con todas las cargas con que oprimía al pueblo; en una palabra, con toda su inmensa desmoralización, y á cortar de una vez y de un solo golpe la cabeza de aquella hidra de la anarquía, que, siempre inquieta, feroz y sediciosa, cuando no ponia el Trono al borde del abismo,



Celada de encaje

señala de una manera fija y terminante los llamados casos de Hermandad, que son los siguientes: Salteamientos de caminos, robos de bienes muebles y semovientes, muertes y heridas, prisión de hombres hecha por propia autoridad, sin mandato Real ó providencia de Juez ó en virtud de carta patente; incendios de casas, viñas y mieses; cuyos delitos para ser declarados tales casos debían haber sido cometidos en campo yermo ó despoblado. En el mismo capítulo se reputan por yermos y despoblados para los efectos de la Hermandad los lugares no cercados de cincuenta vecinos abajo; y se prohibe también terminantemente que nadie haga uso para hacer ejecuciones de pagos ni tomar prendas, de las Cartas dadas por el Rey D. Enrique IV ó libradas por sus Contadores mayores, pues muchas de dichas cartas andaban en poder de personas desconocidas, sospechosas y de mal vivir, que con el pretexto de tomar prendas y represalias en virtud y resguardados con tales privilegios, cometian en los caminos y yermos infinitos atropellos y robos, cobrando á unos lo que no debían y á otros lo que debian otros; y previniendo que los que contravinieren á este mandato fuesen tenidos por ladrones públicos y perseguidos y castigados como tales por la Hermandad.

»El capitulo III ordena la manera de perseguir y juzgar á los malhechores y delincuentes en los casos citados en el anterior. En cada pueblo de treinta vecinos abajo debia haber un Alcalde de Hermandad, y en los de treinta vecinos arriba dos Alcaldes, puestos por el Concejo y oficiales del mismo. En todas las ciudades, villas y lugares, según la importancia de la población, debia haber cierto número de Cuadrilleros nombrados con aprobación del Concejo. Los Cuadrilleros, luego que tenian noticia del crimen cometido, inmediatamente debían salir en persecución del malhechor, haciendo dar la voz de apellido y repicar las campanas por los lugares donde pasasen hasta haber andado cinco leguas, y entonces se volvian dejando el rastro á los otros Cuadrilleros; y asi de lugar en lugar y de tierra en tierra, perseguian á los malhechores hasta capturarlos ó echarlos del Reino. Preso el delincuente debia ser llevado al lugar del término donde delinquió. Si este lugar era cabeza de partido, los alcaldes de Hermandad del mismo podian juzgarlo y sentenciarlo; mas si no lo era, entonces

saciaba su encono y su sed de sangre en eternas, hereditarias y destructoras luchas consigo mismo (1).»

Respondieron unánimes los pueblos al deseo de los reyes, y éstos pudieron en el mes de Junio del propio año 1476 adelantar un nuevo paso con la reunión de los procuradores en Cigales, en cuya villa se redactó un nuevo cuaderno de Ordenanzas, á guisa de complemento á las leyes primeras (2). Dadas estas leyes, celebróse en Agosto siguiente Junta general en Dueñas, donde se redac-

el Alcalde ó Alcaldes de dicho lugar debian en el término de tres dias dar aviso á los Alcaldes del lugar cabeza de partido para que viniesen á conocer de la causa, y sentenciar juntamente con ellos al reo, y entre tanto instruian el sumario. Si los Alcaldes del Concejo cabeza de aquel partido no venian en el término de tres dias, si el lugar donde el reo estaba preso distaba cinco leguas ó menos de la cabeza del partido, sus Alcaldes podian juzgarlo y sentenciarlo; pero si distaba más de cinco leguas, no podian tomar semejante determinación sin oir antes al Concejo del mismo pueblo, ó sin la concurrencia de los Alcaldes del lugar más cercano que tuviese por lo menos cien vecinos. Los que quebrantaban esta ley incurrian en la pena de 2,000 maravedís por cada vez para las costas de la Hermandad.

»El capítulo IV manda á los Concejos, Oficiales y hombres buenos de todas las ciudades, villas y lugares del Reino, así realengos como de señoríos, Ordenes y behetrías, á los Alcaides y Tenientes de castillos y casas fuertes donde se entrasen malhechores, á los Prelados y sus Caballeros, que cuando llegasen Alcaldes, Cuadrilleros ú otras personas á voz de Hermandad en persecución de malhechores, inmediatamente los entregasen; que si no sabian donde estaban, dejasen entrar en las ciudades, villas y lugares á todos los que iban en su persecución, y en los castillos ó casas fuertes á cuatro ó cinco de ellos, para que los buscasen y escudriñasen su paradero *por cuantas vías quisieren y mejor pudieren*, y luego que fuesen hallados los entregasen sin poner el menor obstáculo, sopena de incurrir en el desagrado de S. A., de pagar 10,000 maravedís para la Hermandad y de hacerse reos de la misma pena que hubiera sufrido el malhechor, á haber sido entregado; la cual pena se daba por caso de Hermandad y era aplicada por los Alcaldes de la misma, y además debian pagar á la parte agraviada todos los daños y costas, y á la Hermandad todas las costas que hubiese hecho en la persecución de los malhechores.

»Este capítulo, que era un ataque tremendo á los derechos feudales y señoriales, dió lugar á muchas y fuertes reclamaciones de parte de la nobleza, que se veia arrebatar por la Corona, auxiliada por el brazo popular, sus principales fueros, como se verá en el capítulo siguiente.

»En el capítulo V ordena que todas las ciudades, villas y lugares cabezas de partido, luego que tuviesen conocimiento de esta Carta, en los cinco primeros dias siguientes hiciesen la elección y nombramiento de los dos Alcaldes de Hermandad que en cada uno de ellos habia de haber; que uno fuese del estado de los caballeros y escuderos y el otro del estado de los ciudadanos y pecheros, cuidando que fuesen personas idóneas y competentes para dicho cargo, que desempeñasen dichos oficios por sí mismos, que se renovasen cada seis meses, que no tuviesen salario fijo, sino los honorarios que devengasen en el ejercicio de su jurisdicción como los Alcaldes ordinarios, y que para distinguirse de estos llevasen vara teñida de verde en poblado y despoblado; y que si no podian ponerse de acuerdo para la elección y nombramiento de dichos Alcaldes, lo hiciesen saber en el término de diez dias para que fuesen nombrados por la Corona.

»El capítulo VI previene que nadie se niegue á vender á los viajeros los efectos que necesiten para su sustento y el de las caballerías que llevasen, y que si en algún pueblo se los negaban ó les pidieran precios muy excesivos, los tomasen por su propia autoridad, dando lo que fuese razón á sus dueños ó á cualesquiera otra persona del mismo lugar, si el verdadero no lo queria tomar.

»El capítulo VII ordena que los Cuadrilleros y demás personas dependientes en cada pueblo de los Alcaldes de Hermandad, obedezcan sus mandatos bajo las penas que los mismos Alcalcaldes les impusieren, las cuales podian éstos ejecutar en las personas y bienes de los desobedientes. Que si los Concejos ú otras personas no dependientes de los Alcaldes de Hermandad infringian las Ordenanzas de la misma, que fuesen ejecutados por los Alcaldes de Hermandad del pueblo que sobre aquel Concejo tuviese jurisdicción ordinaria, y que si dichos Alcaldes no tuvieran bastante poder ó fuesen negligentes para llevar á cabo la ejecución, que la Junta de Hermandad de aquel partido ejecutase las penas.

»El capítulo VIII trata de la manera de juzgar á los malhechores. Los Alcaldes de Hermandad, recibida la querella ó procediendo de oficio, después de haberse informado del delito, si podian encontrar al malhechor debian prenderlo, é instruido el sumario y averiguada la verdad, con sencillez, de plano, sin estrépito, es decir, sin publicidad y sin forma de juicio, lo sentenciaban y hacian ejecutar la pena. Si el delincuente no podia ser habido, lo emplazaban por tres pregones y término de nueve dias; y si el último dia no se habia presentado, se daba la causa por concluida, condenándole en rebeldía, cuya pena se ejecutaba en cuanto fuese preso el delincuente é identificada su persona. Si el delincuente se presentaba alguna vez voluntariamente á la Justicia de la Hermandad, aunque estuviese condenado en rebeldía, se le oia y se le variaba la pena ó se le absolvia si estaba inocente; pero antes de ser oido debia pagar las costas por no haberse presentado en el término del emplazamiento.

»El capítulo IX ordena que los condenados á muerte la sufran públicamente á saetazos en el campo, como se acostumbraba en tiempo de las antiguas Hermandades.

»En el capítulo X faculta á los Concejos de las cabezas de partido para que tengan un arca de la Hermandad, donde se custodien los fondos necesarios para los gastos de la misma, y para que dichos fondos los recauden por medio de sisas ó arbitrios sobre ciertas especies, ó repartimientos, ó bien los tomasen de los bienes de propios, ó de la manera que creyesen ménos gravosa para los pueblos.

»Y el capítulo XI ordena que una vez al año se celebren Juntas en las cabezas de partido para ejecutar las penas, y para entender y proveer acerca del gobierno de la Hermandad.»

Quevedo y Sidro: *Hist. de la Guardia Civil.* Esta interesantísima obra, publicada en 1858, es una de las que con más fruto hemos consultado, y la estimamos como de las más útiles que relativas á historia militar se han escrito en España, no sólo por los datos en que abunda, sino por su buen método, claridad y recto criterio que preside á sus consideraciones. Muy conveniente fuera que cada Arma tuviera una historia tan juiciosamente escrita.

(1) Idem.

(2) El capítulo I de este segundo cuaderno ordena que todas las ciudades, villas y lugares del Reino de Castilla estaban obligados; á tener gente de á caballo para el servicio de la Hermandad, un jinete por cada cien vecinos y un hombre de armas por cada ciento cincuenta, de manera que del cupo total de hombres que correspondiese á cada pueblo, la tercera parte habian de ser hombres de armas (a), y las

(a) Hombre de armas llamábase el caballero que combatia armado de todas piezas. El hombre de armas debia llevar en su compañía dos arqueros, un paje y un escudero, y mantener cinco caballos

taron las Ordenanzas más importantes entre todas las que en aquel año se hicieron. En estas Ordenanzas, y por lo que respecta á la parte puramente militar, hallamos los siguientes datos: consignase en el capítulo IX que todas las ciudades, villas, lugares, concejos, merindades, valles y provincias, y los vecinos de otros lugares que enviasen jinetes y hombres de armas, enviasen también escuderos experimentados en la carrera de las armas, que sirviesen con honra su oficio y que no viviesen á expensas de otro señor el tiempo que habian de servir en la Hermandad; y además que el escudero que faltase á esta orden perdiese las armas y el caballo, y el concejo ó lugar que lo enviase sin haber tomado de él fianza pagara el valor de dichas armas y caballo. El capítulo X señala las armas de que han de estar provistos los soldados de la Hermandad. El hombre de armas había de llevar caballo de precio de 8,000 maravedís arriba, cubiertas y arnés cumplido blanco, y no celada y almete, y lanza de hombre de armas. El jinete habia de llevar caballo de 6,000 maravedis, coraza, falda, gocetes, quixotes, los brazos armados, capacete, babera y lanza. De los peones, el ballestero tenia que llevar su ballesta y almacén, coraza, casquete, espada y un dardo en la mano; y el lancero, coraza, casquete, escudo y lanza, y dardo si venia á servir á la Hermandad desde una distancia de más de veinte leguas; si era menor la distancia solamente escudo. El escudero, hombre de armas ó jinete, y el peón que no cumpliesen con esta Ordenanza perdían dos meses de sueldo, y si el capitán toleraba dichas faltas debía pagar por el escudero ó peón, quedando éstos libres de la pena, y el producto de ella se destinaba al arca provincial de la Hermandad.

Así constituida ésta fué, no tan sólo una fuerza destinada á garantir la tranquilidad pública, sino lo que más importante era aún, un ejército independiente destinado á auxiliar á los reyes y á sustituir á las tropas colectivas de las mesnadas feudales y concejiles, y milicias de caballería religiosa. Júzguese de la importancia de este ejército por la revista que se le pasó en Santa María de Nieva y en la que se presentaron, según dice Hernando del Pulgar, 2,000 caballos divididos en ocho capitanías, cuyo número de plazas variaba según la importancia de la provincia. Fué nombrado capitán general de todas estas tropas don Alfonso de Aragón, primer duque de Villahermosa y hermano bastardo del rey, y capitanes individuos de la nobleza de probada fidelidad al trono, quedando confiada la gestión económica á D. Alfonso de Quintanilla y Juan Ortega. En la misma junta celebrada en Santa María señalóse nuevo plazo á los pueblos que no habian entrado á formar dos terceras partes restantes jinetes ó caballos ligeros. Cada pueblo debia costear el número de hombres que le tocase y dar dicha fuerza bien aderezada á la Hermandad para los casos de Hermandad, y para cuando la Hermandad la pidiere y fuese necesario, y *por todo el tiempo que fuere menester*, so pena de que la Hermandad tomase *doble número* de gente á costa de los pueblos que no contribuyesen con sus cupos cuando ella ó sus Diputados los pidiesen.

El capítulo II ordena á las ciudades, villas y lugares de la Hermandad que tengan dispuesta la fuerza de sus respectivos cupos para el día en que se iba á celebrar la Junta general, conminándolos con la misma pena que en el capítulo anterior.

El capítulo III manda que el día 1.° del siguiente mes de Julio se celebren Juntas en todas las cabezas ó capitales de provincia, á las cuales acudan Procuradores de los respectivos Concejos, llevando una relación de los vecinos que tuvieren; y por el mismo capítulo se manda á los Concejos de las cabezas de provincia, requieran de nuevo por medio de las cartas Reales ó de traslados de las mismas, signados de Escribanos públicos, á todos los pueblos que todavía no hubiesen entrado en la Hermandad para que se incorporen á ella, y que lleven á la Junta general testimonios de los requerimientos que hubiesen hecho sobre este particular.

El capítulo IV ordena que en el término de ocho días todas las ciudades, villas, lugares, valles y merindades juntos en sus Concejos, juren sobre una cruz y sobre el libro de los Santos Evangelios que ellos y cada uno de ellos ayudarán y favorecerán con todas sus fuerzas á la Hermandad para que vaya adelante y prevalezca; *que cuando vieren su provecho lo allegarán é su dapno lo arredrarán*, y que procurarán que las leyes y Ordenanzas de la misma se cumplan y ejecuten.

El capítulo V, aclaratorio del capítulo de las leyes de Madrigal que habla de los robos, ordena, que cuando alguno comprase ganados, bestias ú otras cosas robadas del ladrón ó de otra persona, que los Alcaldes de Hermandad conozcan de la causa y procedan contra la tercera persona, si fuesen requeridos para ello, dentro del término de dos meses á contar desde el día en que se verificó el robo, y en todo tiempo contra los ladrones y las personas que de ellos compraron los objetos robados, y que apliquen la pena á los delincuentes según la gravedad del delito.

El capítulo VI manda que se haga el día 1.° de Agosto de dicho año de 1476, Junta general en la villa de Dueñas, para ver las tierras y pueblos que habian entrado en la Hermandad, los que habian sido requeridos y no habian querido entrar en ella, y para tratar de dar forma y completar la organización de la institución; y que los pueblos que hubiesen entrado en la Hermandad enviasen sus Diputados á las Juntas generales que se acordase celebrar, so pena de 2,000 maravedis.

Y el capítulo VII ordena, que todas las tierras, villas y Concejos que entrasen en la Hermandad, entren con la condición de que en el término de veinte días á contar desde el día que hiciesen el juramento, habian de tener dispuestas las fuerzas de sus cupos, exceptuando á los Concejos de Asturias y á los de la merindad de la orilla izquierda del Ebro de contribuir con gente de á caballo, pero sí de á pié con toda la que pudiesen, y bien armada y aderezada.

Estas leyes fueron aprobadas por los Reyes Católicos en Valladolid el día 15 de Junio de 1476, con las fórmulas entonces acostumbradas.

mar parte de la Hermandad para que se alistaran en ella, se acordó la reunión de juntas generales en determinadas épocas del año y se fijó en dos la duración de la Hermandad, término que sucesivamente se prorogó hasta extinguirse totalmente en 1498. Desde este momento quedó constituída la Hermandad en todas las ciudades, villas y lugares de los reinos de Castilla, León, Toledo y Andalucía (1). El servicio que venian obligados á prestar los vecinos desde los 20 á los 60 años, la autorización que tenían los alcaldes para recoger más gente en caso necesario, la facultad de usar lanza todos los labradores que salieran á sus faenas agrícolas, y la creación en cada provincia de un juez ó diputado que sustanciaba y fallaba acerca de ciertas competencias, elevando su fallo á la aprobación de la junta suprema, pusieron desde luego coto á las fechorías de los malhechores, á los desafueros de los grandes y aseguraron el tránsito por los caminos de Castilla.

Trataron los reyes de rodear á la nueva institución del mayor prestigio y brillo, y nombraron una Junta suprema de la Hermandad que debia acompañar siempre á la córte y cuyo primer presidente fué D. Lope de Rivas, obispo de Cartagena: sus individuos se llamaron diputados generales, y esta Junta tenía en cada provincia un representante ó diputado provincial. Una de las primeras medidas adoptadas por la citada Junta en Santa María de Nieva fué que cada cien vecinos pagasen 18,000 maravedís para sostenimiento de un hombre á caballo. Las generales celebradas en los años siguientes al 1476 dictaron diferentes leyes, siendo dignas de especial mención las Ordenanzas dadas por las Córtes de Toledo de 1480, pues en ella se condena el desafío, se prohibe dar asilo á los malhechores bajo los más severos castigos y se ordena no hacer uso indebido de armas. Por último, la Junta celebrada en Torrelaguna en 1485 vino á derogar todas las leyes existentes, que por su número habia originado no escasa confusión, y en el *Cuaderno de Leyes nuevas de la Hermandad,* confirmado por los reyes en el siguiente año, se dió á esta institución un régimen definitivo, régimen que observó hasta su extinción. Ordenóse que se nombrasen varios diputados, en lugar de uno, en cada provincia; cuyos diputados, constituidos en junta, juzgarian más á conciencia las causas en que entendieren. Reorganizóse también en lo militar la Hermandad, y se dispuso que en cada compañía de diez lanzas existiera un espingardero. Dispúsose que cada una de las provincias dejare la cuadragésima parte del cupo de la contribucion de la Hermandad, que entre todas las provincias ascendería á 800,000 maravedís, para atender con ella á la persecución de malhechores; pues los reyes tenian empleados á sus capitanes y gentes en la guerra de Granada. Por este dato venimos en conocimiento de que ascendia en 1486 la contribución de la Hermandad á la suma enorme de 32.000,000 de maravedís.

El traje de los soldados de infantería de la Hermandad consistia en un sayo de lana blanca con manga ancha y cruz roja en el pecho y espalda, y calzas de paño encarnado; en la cabeza llevaban un casco de hierro batido, y su armamento se reducía á lanza y espada pendiente de talabarte. Los espingarderos ó arcabuceros llevaban el arma de fuego y la bolsa de municiones en vez de la lanza y espada.

Los servicios que la Hermandad prestó al país en la persecución y castigo de malhechores fueron tan importantes, que bastará consignar que en un período de tiempo relativamente breve más de mil hombres sufrieron la pena de cortárseles el pié derecho á causa de los robos que habian cometido; y por lo que respecta á la guerra contra moros, la Hermandad tomó parte en los más principales hechos de armas, prestando sólo para el socorro de Alhama seis mil bestias de carga y ocho mil conductores. En 1484 todos las capitanías de la Hermandad tomaron parte en la guerra de Granada: su número ascendia á doce y el número de hombres que tenia sobre la armas á 10,000. Júzguese por estos datos el apogeo que la institución habia alcanzado.

(1) La Hermandad se estableció en Aragón por cinco años en 18 de Diciembre de 1487 y comenzó á funcionar en 1.° de Enero de 1488. Los Jurados de Zaragoza convocaron á los procuradores de los villas y ciudades é hicieron unas ordenanzas que aprobó el rey en el primero de los citados años, entrando desde aquel momento á formar parte de la Hermandad establecida todo el Reino, excepción hecha del condado de Ribagorza que se regia por las leyes de las Veguerías de Cataluña. Se organizaron tres capitanías de cincuenta lanzas, cuyos capitanes eran nombrados por el rey y estaban todos á las órdenes de un Oficial ó Juez superior de la Hermandad también elegido por el monarca. No pudo desarrollarse la Hermandad en Aragón y fué suspensa por diez años en 1495 y abolida totalmente en 1510 en las Córtes de Monzón.

Habráse notado en la organización de los diversos ejércitos que los reyes congregaron para la guerra de Granada que la unidad llamada entonces *batalla* vino á sustituir la mezcla heterogénea é irregular de las mesnadas; pues cada batalla estaba constituída por espingarderos, ballesteros y lanceros, formando un total de quinientos soldados, y se dividía en diez cuadrillas de á cincuenta plazas cada una y mandada por un jefe ó cabo. Con cierto número de estas batallas se creaba una división, á la que iba afecta un cuerpo auxiliar de pedreros, cavadores, carpinteros, etc. Con arreglo á esta disposición, al reunirse en Julio de 1490 el ejército cristiano, el contingente andaluz

Soldados de la Hermandad

de las tropas forma una división de 6,000 hombres; de éstos, 2,500 lanceros, 400 espingarderos y 2,000 ballesteros, más 970 cavadores, 100 pedreros y albañiles y 30 carpinteros. El Asistente de Sevilla tomó el mando de la gente puramente de armas, que fué dividida en batallas y D. Alfonso de Pinedo y D. Luis de Escobar la dirección de los operarios.

En el vestuario y armamento de las tropas de los *acostamientos* no existió uniformidad, lo que se comprende dada su índole especial: variaba aquél según la región de donde procedían los soldados, algunos de los que hemos visto reproducidos llevando un sayo de anchas mangas, capuchon y borgoñota, calzas de paño y zapatos ó bien abarcas; y otros con la cabeza y cuerpo protejidos por la armadura.

Estas tropas colectivas fueron designadas con el nombre de *acostamientos*. Reunidas, formaban un conjunto imponente, aisladas tenían las necesarias condiciones para poder maniobrar con

plena independencia. Anualmente se les pasaba revista en las capitales de las respetivas regiones, y cuando era necesaria su convocación, la voz de las campanas ó el sonido de la trompeta advertian á los individuos la proximidad de la asamblea. Terminada la campaña ó la operación para que fueron congregados, estos soldados regresaban á sus provincias respectivas.

Estas fuerzas, unidas á las de las Hermandades, es indudable que podían contribuir en mucho á dar mayor importancia al poder de la Corona, pero no por eso es menos cierto que ésta quedaba desamparada una vez aquellas se disolvían. Atentos á precaver todo cuanto pudiera debilitarle,

Soldados de los Acostamientos

los monarcas fijaron de nuevo su atención en la Santa Hermandad, y como resultado de la Junta general de esta institución convocada en 1488, se verificaron levas que alcanzaron á facilitar un total de diez mil infantes, total que se distribuyó en doce capitanías, destinándose trescientos de sus individuos al servicio de espingarderos y setecientos al de piqueros. En Vizcaya organizó tambien la Hermandad dos mil quinientos ballesteros y otros tantos peones encorazados.

El ejército compuesto por la Hermandad, ya lo hemos dicho, no dependía exclusivamente de la corona, pero eran ajenos á él los grandes y los prelados. Corrian los pagamentos, según dice Eguiluz, por cuenta de los pueblos, y los reyes se reservaban la provisión de los cargos de capitanes de cuadrilleros, ó sean cabos de las cincuenta plazas en que se subdividían las compañías. El total de cada compañía era de 833 plazas, distribuídas en la siguiente forma: 720 lanceros, 80 espingarderos, 24 cuadrilleros, ocho tambores y un abanderado. Mandaba el ejército un capitán general que tenía á sus órdenes un alcaide, un contador y un tesorero. Varias capitanías formaban

una *batalla*, que podia ser de infantería ó caballería, aunque comunmente se componía de tropas de ambas armas.

Deseosos los monarcas católicos de mejorar la disciplina y táctica de su infantería, trataron de hacer venir del territorio helvético un contingente de tropas mercenarias, pues la fama que los soldados de aquel país habian alcanzado en diferentes campañas por su pericia militar y subordinación, habíase dilatado ya hasta nuestra España. «Vinieron, dice el cronista Pulgar, al año de 1486, á servir al Rey é á la Reina una gente que se llamaban los suizos, naturales del reino de Suiza que es en la alta Alemania. Estos son hombres belicosos, é pelean á pié, é tienen propósito de no volver las espaldas á los enemigos, é por esta causa las armas defensivas ponen en la delantera é no en otra parte del cuerpo, é con esto son más lijeros en las batallas. Son gentes que andan á ganar sueldo por las tierras é ayudan en las guerras que entienden que son más justas. Son devotos y buenos cristianos; tomar cosa por fuerza repútanlo á gran pecado.» Mas no fueron tan sólo estos extranjeros los que pisaron nuestro suelo, vinieron también los arqueros ingleses mandados por el duque de Escalas y la gente de armas francesa mandada por Bernal; por manera qne tuvieron los nuestros ocasión de ver los diferentes sistemas de combatir adoptados por aquellos tres pueblos.

Oportunas son las consideraciones que hace Clemencin en su *Elogio de la Reina Isabel la Católica* relativamente á estas campañas.

«La guerra de Granada, dice, toda de sitios, toda en país de montañas y contra un enemigo astuto que hacía la guerra con emboscadas y sorpresas, ó como decían entonces *rebatos;* que se aventajaba en las escaramuzas y en la que ahora se llama *guerrilla*, obligaba á grandes fatigas y precauciones y debió formar excelentes tropas ligeras: mas por las propias causas no prestó ocasiones para adelantar en las maniobras generales de los ejércitos, y en el arte de mover y aplicar con rapidez grandes masas que parece ser el punto sublime de la estrategia. La misma calidad de los ejércitos, compuesta de nobleza valiente, pero poco subordinada, y de los contingentes tumultuarios de las ciudades, era incompatible con la disciplina, con la perseverancia, con la igualdad de las armas y otros requisitos esenciales para los progresos del arte.

»Refiriendo Gonzalo Fernandez de Oviedo en sus diálogos las condiciones necesarias para la excelencia y perfección de un ejército, cuenta entre ellas las siguientes: «Gente de armas de arneses blancos y caballos encubertados. Jinetes ó caballos ligeros. Buena infantería de ordenanza. Buena artillería menuda y gruesa.» Añade Oviedo en el mismo lugar, que el año de 1493 «estando olvidado el ejercicio de los hombres de armas, y muy favorecida la jineta á causa de la guerra con los moros de Granada, acabada aquella santa conquista y barruntando los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel que cesada la guerra de los infieles, la habian de tener contra los franceses, proveyeron en hacer dos mil quinientos hombres de armas ordinarios de guarda, y crearon capitanes para ellos de cada cien hombres de armas y algunas capitanias de más número, de señores y capitanes ilustres como convenía.» Estos hombres de armas cabalgaban á la *guisa* ó *brida*, y formaban la caballería pesada ó de *línea:* y para fomentar y entender la inclinación á este modo de montar, se concedieron algunas distinciones á los que lo practicasen en la pragmática de trajes del año 1499.

«En cuanto á la infantería, empezábase entonces á hacer algun caso de la llamada de *ordenanza*, como si dijéramos *reglada*. Aun no se habia acabado de conocer en España, ni en lo general de Europa toda la importancia de la infantería, y la fuerza que recibe del orden y uniformidad de sus movimientos. En la Edad media se apreciaba casi exclusivamente la caballería y estaba olvidada la máxima de los antiguos de que la infantería constituye el nervio y fuerza esencial de los ejércitos. Este error no nacia sólo de la ignorancia del arte, sino tambien de otras causas políticas, y sobre todo de la degradación civil de los que militaban á pié.»

La guerra de Granada pone precisamente término á esta supremacia de la caballeria; tal vez entonces á la vista de la infantería suiza germinó en los ánimos la semilla que debía brotar en los campos de Italia. El hecho es que la metamórfosis que van á sufrir los ejércitos en el transcurso de algunos años es verdaderamente asombrosa.

Pasemos á ocuparnos de la artilleria.

El material de artilleria que los reyes dispusieron para los diferentes é importantes asedios á que dió lugar la guerra de Granada, fué, según ya se manifestó, el más completo que hasta entonces se reuniera en España. Estaba confiada la dirección de esta arma á D. Francisco Ramírez de Madrid, siendo nombrados maestros mayor de la misma un tal Domingo Zacarias y maestros de bombarderos, Tomás Barberá y el maestro Alonso. Gran número de operarios trabajaban á sus órdenes; y en cuanto al personal destinado al servicio de las piezas y á su entretenimiento, ya hemos dicho que era no menos respetable.

Pero los reyes trataron de que se introdujeran en esta arma cuantos progresos se habian realizado hasta entonces en el extranjero, y al efecto dispusieron vinieran á España maestros franceses y alemanes, con objeto de reducir el volumen de las piezas. Las proporciones gigantescas de éstas exigian entonces gran número de carros tirados por bueyes para transportarlas, asi como para la conducción de los tiros de pólvora, mantas y otros pertrechos; y anexas á este tren, brigadas enteras de gastadores para abrir el paso.

La magnitud de las piezas primitivas se explica por el efecto que causaban en los ánimos, desde luego propensos á deducir que el efecto de los proyectiles estaba en razón directa de su masa: á estas ideas se debe la construcción de las famosas lombardas *Banda*, *Gijon* y *Grande*, en 1407 y la de las siete *Hermanas Gimonas*, que mucho más tarde figuraron en el sitio de Málaga. La *Grande*, la *Gigon* y la *Banda* figuraron en el sitio de Setenil, á cargo respectivamente de Juan Hernández de Bobadilla, Juan Alonso Solís y Juan Sánchez de Aguilar. La crónica menciona además que «Sancho Sánchez de Londoño tomó cargo de las dos *lombardas de fuslera* con su cureña.» De manera que ya por entonces, según consta por documentos contemporáneos, se fabricaban algunas de fundición, mientras otras se componian «de duelas batidas á la fragua y unidas con aros del mismo metal.» Pero si bien demuestra claramente la palabra *fuslera* la sustitución del hierro por otro metal, ocurre preguntarse si fué éste el bronce, ó una aligación de cobre y estaño, como supone Clonard. Opinan distinguidos técnicos que es dificil la contestación, pues han sido infructuosas las investigaciones hechas hasta aqui en este sentido: sólo puede asegurarse que hasta 1487 no aparecen datos que revelen, sin ningún género de duda, la existencia de la verdadera artilleria de bronce (1).

Entre las piezas que figuran en el periodo de que nos venimos ocupando, distinguense, no obstante, algunas de reducidos calibres, de las que conviene hacer mención: nos referimos á los pasavolantes y ribadoquines citados por el diligente Pulgar en su *Crónica de los Reyes Católicos*. Eran estas piezas de bronce y de bastante longitud, y su pequeño calibre facilitaba en gran manenera su transporte; de manera que, en circunstancias dadas, como ocurrió en el sitio de Velez Málaga, reemplazaban á las grandes lombardas. A aquellas piezas, es de suponer seguirian otras de distintos calibres, destinadas á reemplazar á las enormes lombardas, y á esta clase sin duda pertenecen las que estampa D. Ramón de Salas en las tablas de su *Memorial Histórico*, y acerca de las que dice: «La culebrina más antigua de las que tienen año es la de 1500, la cual tenia esta inscripción en letra gótica. *Dominigos Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla é Marqués de Vallhermoso, año de 1501*, y entre las que no tienen año, debe ser la más antigua la culebrina de á cuatro que estaba en la Alhambra de Granada, con esta inscripción en letra gótica: *Preceptum mei Domine facis fagiti á me omines.*»

Otro género de piezas de menores dimensiones que la lombarda, los *falconetes*, señalan también la transición entre los de gran calibre y las armas portátiles Reducianse aquellos á una caña

(1) «En el año de 1430, según datos encontrados en el archivo de Simancas, aparece una contrata con Maese Jácome para la construcción de dos bombardas de cobre, las cuales habian de tirar pelotas de piedra de cinco quintales. Cada una de estas bombardas es de presumir que, dadas las grandes dimensiones de las pelotas, fuera de la misma clase y forma de las ya descritas con el nombre de cerbatanas ó morteros imperfectos, diferenciándose de aquéllas sólo en la manera de construcción, pues éstas es probable fuesen fundidas.» Franco, *El material de guerra (Revista Militar Española)*.

De 1378 á 1380 sábese por documentos auténticos que en Barcelona se construian bombardas, se fundian en bronce y existian depósitos de armas y pertrechos; y esto no obstante, las crónicas de Aragón y Castilla guardan silencio desde el sitio de Algeciras hasta que en 1404 se habla de las bombardas que empleó en el cerco de Setenil Don Fernando el *de Antequera*.

de hierro y más tarde de bronce, de ánima taladrada, que recibía la carga por la recámara y se montaba sobre un eje giratorio. Estas armas lanzaban pequeños proyectiles y se empleaban para defensa de murallas y parapetos. Más tarde la variedad de calibres y adornos en las piezas fundidas por esta época, dieron lugar á otros tantos nombres á cuales más bárbaros y extravagantes: *dragones, basiliscos*, *sierpes, geringas*, *gerifaltes,* etc., etc.

Hé aquí ahora algunas noticias relativas al montaje y servicio de estas primitivas piezas de artillería:

«Una parte de las antiguas era recamarada, dice Clonard, y cada una tenía dos ó más recámaras; la pólvora se colocaba en el *bote* ó receptáculo de la recámara, se cerraba con un taco de madera entrado á mazo, y se adhería por la culata ajustando su cuello á la cavidad que se dejaba á propósito; después se conducía con ciertos hierros ó tenazas el proyectil, denominado *bolaño* ó *pella* y se dejaba resbalar hasta la recámara para buscar el contacto del taco. Los cañones de gran calibre estaban encabalgados en *bancos* ó *cureñas* sujetos por grandes *anillos* ó abrazaderas, á fin de afianzar la pieza, y también por sotabragas de cuerdas adheridas á las argollas laterales: la culata se empotraba contra una *fusta* gruesa de madera, apoyada por dos grandes estacas hincadas en tierra, y su boca se levantaba por medio de un cepo que se graduaba para la puntería. Dispuesta así la pieza, el artillero introducía por el *disparador* ó fogón una aguja ó taladro; colocaba el estopín de azufre que cubría su extremo con un pebete, y otro artillero con la *horquilla* ó *cervelario*, esto es, el bota-fuego, disparaba colocando su mano izquierda delante del carrillo derecho. Para cargar de nuevo estas piezas se necesitaba ejecutar una operación muy complicada y lenta; era preciso abrir las cuatro abrazaderas y soltar los sotabragas; hecho esto, un número proporcionado de artilleros tirando de ellas, arrastraba la *caña* por el *banco* ó *cureña*, mientras otros, deteniendo la recámara la sacaban de su puesto y ponían otra cargada en su lugar: entonces, con cuidado y despacio, corrían la caña hacia abajo hasta que se encajaba con el cuello y concluían asegurando el cañón con las abrazaderas ó sotabragas; de forma que lo que más podían tirar estas piezas eran ocho tiros en cada venticuatro horas como lo indica Guicciardini, la Crónica del Rey D. Juan de Castilla, y á mayor abundamiento, al historiador de Venecia Mr. Daru, en el sitio de Padua.

»No todas las piezas de que se hacía uso en aquel tiempo, se fijaban del mismo modo; la grandes bocas de fuego parecida en su estructura á nuestros morteros ó pedreros, y que lanzaban *bolaños* de enorme diámetro, semejantes á los aerolitos, si bien se encabalgaban tal como hemos descrito, no se caían sobre el *banco* ó *cureña*, pues la pieza quedaba montada entre la *fusta* y un *cepo* guarnecido de *planchas, cavillos* y *ligamentos* de hierro. Siendo cónica el ánima y corta la pieza, no necesitaba de recámara supletoria, y merced á esta circunstancia, su carga era menos complicada, pero generalmente por el rebajo, en los disparos sufría muchas alteraciones que era preciso enmendar (1).»

Hemos hablado hasta aquí de las piezas de artillería; pero es necesario hacer mención de otro género de máquinas empleadas con éxito en los sitios. A esta clase pertenece el compago, ó sea dos brazos dispuestos en ángulo recto con sus correspondientes ánimas, según unos autores, y según Diego Ufano, con la recámara situada en el vértice. Ferrer considera el compago ó cortago como una pieza utilizable á manera de hornillo ó fogata de mina, y el escritor antes citado, opina que se colocaba con un brazo vertical y otro horizontal; es decir, perpendicularmente á los cimientos del muro y comunicando uno de los brazos con una larga salchicha, á la que daba fuego el artillero desde la boca-mina.

Hasta aquí llegan las noticias que podemos dar respecto á la artillería usada antes del periodo de las guerras de Italia: la incuria de nuestros antepasados, y el inícuo despojo efectuado en nuestro suelo por soldados extranjeros, no han permitido hasta hoy esclarecer algunos puntos oscuros de la historia de nuestro material de guerra (2).

(1) Clonard: *Hist. Organic.*

(2) «Por el conocimiento que los franceses habían adquirido de la excelencia de nuestros cañones, trataron de sacar el mayor partido

Por lo que respecta á las fundiciones de artillería establecidas antes de la guerra de Granada, leemos en el *Diccionario Universal:* «No tenian lugar determinado y los maestros de fundición y fundidores de campaña las fabricaban en donde más preciso eran y se tuvieran más á mano las piezas. Después de dichas guerras, aparecieron ya establecidas las fábricas de Medina y Baza, y hasta el año 1500 la de Málaga, situada en paraje á propósito para las costas y presidios.» Pero los escasos conocimientos de los fundidores, procuraban piezas muy imperfectas, á causa de la introducción de ciertos metales; y esto fué la causa de que los Reyes Católicos llamaran á los mejores maestros franceses é italianos.

Vengamos á las armas portátiles de fuego. Desde los primeros tiempos del empleo de la pólvora, se confunden con las piezas de artillería; y sin embargo, á pesar de ser uno su origen é idéntico su fin, las armas portátiles de fuego aun no se conocian, cuando ya en Europa estaba bastante generalizado el uso de aquel formidable agente. Al segundo tercio del siglo XIV se remontan las noticias de la aparición de estas armas, haciéndose en primer lugar mención del *cañón de mano* y la *culebrina,* de la *espingarda, escopeta* y *arcabuz* ó *arcabuggio* (1). Pueden desde luego considerarse estas armas como una modificación de las antiguas de tiro, pues la primera de ellas se reduce á un cilindro hueco de hierro y una recámara abierta por uno de sus extremos, en la que se colocaba la carga cerrándola con un taco y adaptándola después perfectamente al cañón. Estas armas se apoyaban en el suelo por medio de un pequeño afuste de madera, con objeto de poder fijar mejor la puntería, y se disparaban aplicándoles una mecha con la mano izquierda. A este cañón de mano sucedió la culebrina de mano (2) en cuya arma la parte de tubo donde se colocaban la carga y proyectil no constituian, como en la bombarda y el cañon de mano, un cuerpo separado, sino que formaban una sola pieza. La longitud del cañón era excesiva, reducíase ordinariamente á vara y media y nunca pasaba de dos: en la parte anterior de la culebrina se hallaba una espiga de hierro en forma de gancho que se hundia en un caballete: el cañón está unido á una cola de madera y era servido por dos hombres. «La culebrina estuvo en uso en Europa durante la mayor parte del siglo XV: en la batalla de Morat (1476), los suizos contaban en sus tropas diez mil de ellas al decir del historiador francés Comines; á la entrada de Carlos VIII en Florencia (1494) y en la conquista de Génova (1507), figuran también las citadas armas, existiendo en la época de Carlos VII en Francia un cuerpo de caballería dotado de culebrinas. Este género de armas variaba mucho en su peso y dimensiones; por el primer concepto contaban de 5 á 28 kilógramos, mientras que su longitud era de 1 metro 30 á 2 metros 30. Habialas también de mayor volumen y disparaban balas de plomo de 8, 12 y 19 libras; pero ya entraban entonces en los dominios de la artillería propiamente dicha (3).» El cuarto de culebrina se llamaba *sacre*, el octavo *falconete*.

posible de los derechos de guerra, y asi, á últimos de la de la Independencia, extrajeron de España cuanta artillería tuvieron ocasión. Por Cataluña solamente, en el corto espacio de 1.° de Octubre de 1813 á 12 de Abril de 1814, fueron á Francia los efectos que se expresan cañones de bronce de sitio y plaza, 84; idem de batalla, 150; obuses, morteros y pedreros, 126; formando un total de 360 piezas, con otros muchos pertrechos de diferentes especies, tales como fusiles, etc.» Salas: *Memorial histórico de la Artillería española.*

(1) «En Alemania, dice el conde de Clonard, se emplearon armas manuales de fuego corriendo el año 1578, y la infantería de Padua iba armada de *arcabugios*, *culebrines*, *schiooppettas* y *bombardellas*. Los suizos en 1411 tenian 4,000 hombres provistos de bocas de fuego, cada una de las cuales pesaba de 25 á 28 libras; la infantería de la ciudad de Arras en 1414 empuñaba asimismo estas armas manuables, y según aparece de los documentos más auténticos, en el sitio de Morat, ocurrido durante el año de 1476 y formado por 31,000 suizos, habia 10,000 que manejaban diestra nente los *schoppettum*. Por último, los franceses en 1494 introdujeron en la caballería el *argoulet*, arma de fuego muy parecida en su construcción á las anteriores, pero que sólo tenia dos piés y medio de longitud.» *Hist. org.*

(2) En las historias especiales de las armas, se continúa el *serpentín*, semejante al cañón de mano, pero en el que la unión del cañón con la recámara se efectuaba á rosca, quedando en apariencia como formando una sola pieza. A las armas de este género de menos calibre se las daba el nombre de medios-serpentines.

(3) F. Barado y J. Génova: *Armas portátiles de fuego.*

«Estos cañones y culebrinas de mano, dice un autor francés, ofrecian extraño contraste con las magníficas armaduras y las ballestas perfeccionadas de la misma época. Sin embargo, esta circunstancia, á primera vista sorprendente, no puedo causarnos extrañeza. Los señores feudales se opusieron, mientras les fué posible, al perfeccionamiento de las armas de fuego portátiles, que hacian inútiles sus armaduras, permitiendo á los peones luchar con ellos ventajosamente. Los mismos soldados mercenarios, gente avezada á la guerra, no fueron partidarios de las nuevas armas, cuyo empleo regular, constituyendo la fuerza de las milicias comunales, podía acarrear la supresión de su sueldo. Y no solamente fué preciso vencer la obstinación y desconfianza de la caballería y triunfar de la rutina de la gente de

La culebrina de mano era de muy difícil manejo y á facilitarlo tendió el aumento de longitud de la culata ó cola de madera, con objeto de que el tirador pudiese apoyarla en el peto: al mismo tiempo se la dotó de una horquilla ó baston de hierro, en cuya parte superior descansaba la extremidad del cañón, disparando entonces el soldado con el arma apoyada en el hombro y aplicando el fuego á la carga con la mecha. Es de advertir que el culebrinero estaba provisto de turquesa para hacer balas y bolsa para la pólvora.

A poco de conocida la culebrina aparece la espingarda, arma que vemos usada indistintamente en España por musulmanes y cristianos. Su mecanismo era muy sencillo. Estaba colocado el cañón en una caja de madera, cuyo corte se hallaba dispuesto en forma que el soldado apoyando la culata en el hombro, pudiera dirigir la punteria sin necesidad de la horquilla. Esto era ya un gran adelanto, pero el modo de comunicar fuerza á la carga siguió siendo el mismo, es decir, el estopín ó mecha. La fecha de la aparición de la culebrina en España se remonta á mediados del siglo XV: en el cerco de Atienza (1447) disparaban culebrinas los sitiados y los sitiadores, y en el de Escalona reciben los sitiados al rey D. Juan II, con tiros de culebrina. No puede fijarse con exactitud la de la aparición de la espingarda: en la batalla de Toro (1476) figuran numerosos espingarderos. Los Reyes Católicos, al hacer la convocatoria para el sitio de Granada en 1490, fijan en cuatrocientos el número de espingarderos que ha de facilitar Sevilla, y en 1495 consignan las ordenanzas de Tarazona el número de pelotas y libras de pólvora que deben tener todo vecino apto para las armas. Más tarde veremos figurar también á los espingarderos entre las tropas que Cisneros llevó á la conquista de Orán.

Pero ya lo hemos dicho, las armas portátiles no adquirieron de momento la importancia á que eran acreedoras, no tan sólo por la repugnancia con que se las miraba, sino por su difícil y engorroso manejo. Ya veremos como la inteligencia de un capitán ilustre consiguió en este mismo reinado hacer de tan poderosísimo agente un factor indispensable en los ejércitos, cuya táctica iba á modificarse á compás que el arma portátil de fuego se perfeccionaba.

De momento aparece entre las armas enhastadas, alabardas, partesanas y picas de diferentes clases, que con las espadas, dagas y cuchillos continúan componiendo el armamento ofensivo de la infantería. Estas armas, así como las defensivas no sufren en su esencia grandes modificaciones; pero se perfeccionan y embellecen, especialmente las piezas que constituyen el arnés de un caballero, el casco que admite el repujado y cincelado, la rodela, ó escudo que se convierte en una verdadera obra de arte; y la riqueza y variedad de los paramentos viene á dar mayor realce al guerrero y mayor brillantez al cuadro que ofrece un ejército.

La gran transformación que el empleo de las armas de fuego produjo, no se manifestó empero tan sólo en los campos de batalla, afectó también á la vida feudal, y compañera de otras grandes modificaciones que tendían por distintos caminos á igual objetivo, contribuyó por un doble concepto á aquella general mudanza en la fisonomía del estado social que caracteriza el periodo del Renacimiento. La vida se concentra en las ciudades; la aristocracia al pasar á ser, de guerrera, cortesana, abandona sus antiguos castillos por los fastuosos palacios: el comercio vé abiertos á la actividad nuevos derroteros, y un nuevo poder, el poder del dinero, se impone al ascendiente del nacimiento y de la sangre. Para comprender los vicios y las vejaciones de la sociedad feudal es

armas, sino combatir los privilegios de las corporaciones de armeros y fabricantes de ballestas. Estos excelentes operarios, verdaderos artistas que forjaban las armaduras de los caballeros ó fabricaban ballestas de maravillosa construcción, desdeñaron durante mucho tiempo fabricar armas de fuego: probable es que sus estatutos se opusieran a ello. Un siglo hubo de transcurrir para que se vencieran tales obstáculos.» Labiche: *Cours d' Artillerie.*

Interesante por demás es el siguiente párrafo que consagra Cervantes en su inmortal obra á las armas de fuego, y que confirma una vez más la opinión que aun en el siglo XVII merecian.

«Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, á cuyo inventor, tengo para mí, que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con lo cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos.» (Capitulo XXXVIII, P. I. del *Quijote.*)

preciso leer algunas crónicas y documentos coetáneos (1), hacerse cargo del estado de perturbación que consigo llevaba el derecho de hacerse la guerra los señores y aun los Concejos entre sí, considerar en fin, la rapacidad y los desafueros á que se hallaban expuestos los *villanos* y de que tan justamente se lamenta el *Rimado de Palacio* (2). Pero el poder feudal habia echado raíces tan hondas que fué necesario el esfuerzo mancomunado del trono y el pueblo para lograr conmoverle en su asiento: y precisamente los progresos del arte de la guerra concurrieron á este mismo objeto. El cañón vino á destruir las obras que antes se reputaban como inexpugnables, á desplomar los soberbios muros, á cegar los fosos con los escombros de las brechas y á quebrantar el imponente homenaje; la infantería volvió á recobrar su preponderancia, y una fuerza permanente se agrupó desde entonces junto al Trono.

Estos son los diversos elementos cuya acción é influencia hemos analizado hasta aquí; empero no podemos olvidar, por lo mismo que tan hondamente afectaron á la vida feudal, otro de los ramos que la ciencia militar abraza y que como aquéllos sufrió á su vez lógica y necesaria mudanza. Nos referimos a la fortificación. Por los diferentes grabados que de algunas fortalezas hemos intercalado en anteriores Estudios podrá el lector haberse formado ligera idea de los distintos sistemas adoptados, bien que por regla general habrá echado de ver que con algunas variantes se reducen á un doble recinto amurallado flanqueado por sólidos cubos ó cuadrados torreones, en el centro del cual se eleva el homenaje; un ancho foso, é insignificantes obras exteriores de defensa. Por regla general las puertas se hallan flanqueadas también por torreones, tanto en los castillos, como en ciudades y monasterios, estos últimos fortificados también muchas veces por efecto de las circunstancias; y como las puertas, las cabezas de puente ostentan también este género de defensas, que bien pueden considerarse como castillos en pequeño, pues así en el cuerpo central de su fábrica como en los flanqueantes pueden colocarse cómodamente gran número de defensores.

Bien se comprenderá que la fortificación como las demás ramas del arte militar no debió permanecer estacionaria en la Edad media; la variedad de tipos que pueden estudiarse en los antiguos reinos de Castilla y León, Aragón y Cataluña, Mallorca y el Rosellón, puede darnos clara idea de sus progresos, así como de la diferente fisonomía que presenta en cada región (3). A medida

(1) En el acta de consagración del monasterio de San Estéban de Bañolas (Cataluña), en 1086, se lee el siguiente significativo párrafo: «Ponemos en entredicho, bajo anatema, que ninguno de cualquier sexo, construya castillo junto al dicho monasterio ó en el circuito de legua y media; y exceptuamos sólo aquellos ya hechos, los cuales Dios destruya. Amén.»

(2) Cobdician cavalleros las guerras cada dia,
Por leuar muy grandes sueldos e leuar la quantia
E fuelgan quando veen la tierra en roberia
De ladrones e cortones que llievan en compannia.
Olvidando han á los moros las sus guerras faser,
Ca en otras tierras llanas asás fallan que comer,
Unos son capitanes, otros enbian á correr
Sobre los pobres sin culpa se acostumbran mantener.
Los christianos han las guerras, los moros están folgados,
En todos los mas regnos ya tienen reyes doblados,
E todo aquesto viene por los nuestros pecados,
Ca somos contra Dios en toda cosa errados.

RIMADO DE PALACIO.— *Aqui fabla la Guerra.*

(3) Las antiguas fortificaciones no constituian á lo que parece un ramo *especial* en la categoría general de las edificaciones, así que la aquitectura militar anduvo durante muchos siglos confundida con la civil. Encuéntranse pruebas en nuestras crónicas de que las obras de los castillos corria á cargo de un arquitecto bajo la inspección del monarca ó señor; y fácil es que éstos aquitectos ejecutaran, segun su fama y habilidad, las obras más importantes de defensa permanente del país, así como la habitación ordinaria de los reyes y magnates.

En España podriamos citar buen número de importantes fortalezas, como modelos de arquitectura militar en los diferentes siglos de la Edad media, si por desgracia no se hubieran tenido tan sumamente abandonadas tales fábricas, á las que acertados reparos hubieran permitido conservarse aún en nuestros dias. Pueden citarse, empero, entre las más importantes, el castillo de Alcalá de Guadaira, el de Niebla, el de Sanlúcar de Barrameda, el de Astorga, el de la Mota, el de Bell-ver y algunos otros no menos famosos que en este instante sentimos no recordar. Del de Sanlúcar, da el autor del *Resúmen histórico del Arma de Ingenieros* un plano y una interesante descripción, de la que copiamos el siguiente párrafo: «Considerada la fortaleza de Sanlúcar bajo el punto de vista militar, causa ciertamente admiración y sorpresa por la inteligencia y acierto que se descubre, así en el conjunto de su trazado, como en la disposición relativa de las obras que componen los dos recintos de que consta. El primero de ellos, ó sea el exterior, ofrece un doble orden de defensas; uno, que puede llamarse, y es realmente, acasamatado, dispuesto en la parte inferior y dentro el recinto del muro; y el otro que forman en la parte superior el parapeto y las almenas; pero aun más notable es para nuestro objeto el recinto interior, especialmente por las torres de sus cuatro ángulos, que situadas cada cual en una de sus diagonales en la prolongación de la correspondiente del castillo, presentan la figura de nuestros modernos baluartes. Nótanse asimismo en sus lados adyacentes al muro, así como en paraje análogo de los torreones que cubren el centro de las cortinas, practicadas troneras que atestiguan cuán conocida era ya en la época de su construcción la importancia del flanqueamiento; si bien el que proporcionaban dichas torres, tenia el defecto esencial de no alcanzar á las caras exteriores de las torres angulares, habiéndose procurado suplir esta falta por medio de matacanes. Entre las cuatro enunciadas torres del recinto interior hay una que se distingue de las demás por su mayor capacidad y altura, que liga el castillo con otra grande obra, en forma exagonal regular,

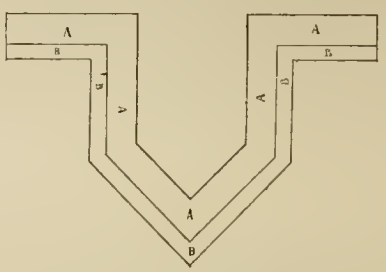
que los medios de ataque se perfeccionaron y que éste no se limitó á la simple escalada, hubo de procurar el defensor hostilizar del mejor modo al atacante protegiendo al mismo tiempo su cuerpo de los proyectiles de los ingenios enemigos: los *matacanes* fueron una invención excelente que cumplió á este fin, al mismo tiempo que las torres en arco de círculo, y de planta poligonal contribuyeron á completar la defensa; pero muy pronto se ideó un nuevo medio, el destacarlas de los muros (torres *albarranas*, en catalán *verdescas)* á los que se enlazaban por medio de un puente levadizo, y así, paso á paso, fué adelantado el arte del ingeniero. Por su parte el sitiador concibió nuevos medios de expugnación, de los que el más poderoso fué la *mina*. Abria á largas distancias de la plaza ó fortaleza sitiada galerías subterráneas y llegaba sin que lo echara de ver la guarnición al pié del muro; zapaba los cimientos y los dejaba sostenidos sobre puntales de madera, ó como entonces se decia *puestos en cuentos;* después hacinaba en la excavación materias combustibles, las incendiaba, y consumidos los puntales, se desplomaban los muros por su propio peso. La defensa hubo de atender á este nuevo peligro y empleó con éxito la *contramina*, con la que unas veces atajaba los progresos del sitiador, otras iba á minar sus *estanzas,* palenques ó puestos atrincherados. Reducidos á estos breves límites, defensores y atacantes, los sitios presentaron durante largo período un carácter de barbarie y crueldad de que sólo es posible formarse idea leyendo las descripciones de autores coetáneos. Fué necesario el admirable descubrimiento y propagación de la pólvora para quitarles este carácter terrible y brutal, para abreviarlos y hacerlos menos desastrosos. A medida que las armas de fuego se perfeccionaban, fueron desapareciendo las antiguas máquinas ó ingenios, que aún vemos figurar juntamente con las primitivas piezas de artillería en la guerra de Granada; la poliorcética iba á simplificarse y á modificarse. Situado á gran distancia el cañón batia los muros más sólidos, abria en ellos ancha brecha, facilitaba y secundaba el ataque y reducía el arte de los sitios á «romper las murallas, llenar el foso y dar el asalto.»

«Entonces, dice un distinguido escritor del Arma de Ingenieros, se verificó en la ciencia de fortificar un adelanto muy notable. Las *almenas, aspilleras* y *matacanes* fueron reemplazados con parapetos á prueba de cañón: las entradas de las plazas se cubrieron con obras más ó menos ingeniosas, y adoptadas las nuevas armas para la defensa, el espacio que exigia su manejo obligó á dar mayor ensanche á las torres y terraplenes, mas solidez á los muros. Establecida en tan mejorada posición, la artillería del sitiado adquirió una decidida superioridad sobre la del enemigo; mas como á la perfección de la defensa seguia siempre muy de cerca la perfección del ataque, el sitiador logró en breve recobrar sus ventajas colocando sus piezas de batir resguardadas con fuertes espaldones, mientras por otra parte la invención de la *zapa*, le facilitó el aproximarse á la plaza á cubierto de sus fuegos, evitando la enfilada con dirigir en retornos, ó en *zig zag,* sus *ramales de trinchera*. Sin embargo; cuando no era posible llenar de faginas los fosos de los puestos atacados, por su mucha anchura y profundidad, ni abrir desde lejos una rampa que condujera al pié de los muros, el sitiador se veia obligado á prolongar sus trabajos hasta la contraescarpa, á fin de colocar su artillería, y aun situado allí, los límites de la depresión de las piezas le ofrecian un obstáculo á veces *insuperable* para la formación de brechas practicables cuando el foso era muy

verdadera ciudadela en cuyos ángulos exteriores se ven todavía los robustos cubos que flanquean sus cortinas. Las combinaciones defensivas que podria facilitar dicha torre, fuerte y susceptible de una vigorosa resistencia, en el caso de haberse apoderado el enemigo del castillo ó de la ciudadela, y hasta de una y otra completamente, saltan desde luego á la vista. No es menos notable la habilidad con que fué calculado el relieve de las obras. El recinto exterior, alto lo suficiente para su seguridad y buena defensa, está dominado por el interior, y éste á su vez por la ciudadela, al paso que en cada una de estas partes de la fortaleza se elevan las torres ó torreones respectivos sobre las cortinas que los unen; observándose en esta série de dominaciones la gradación mejor entendida, así como nada deja que desear la disposición de las comunicaciones entre todas las enunciadas obras.» El castillo de Niebla, indudablemente más antiguo, ofrece también un sistema de casamatas, siendo lo más notable que se observa en esta construcción, la obra coronada que cubria su frente al S., compuesta de una cortina y dos baluartes con líneas de defensa rasante. El de Alcalá de Guadaira puede citarse como un modelo del sistema de fortificación más perfecto á mediados del siglo XIII; este castillo constaba, antes de caer en poder de los cristianos, de un fuerte recinto y una ciudadela, rodeados de fortificaciones accesorias que constituian una especie de campo atrincherado: después de conquistado se le dotó de cinco órdenes de defensas sucesivas que al mismo tiempo facilitaban las reacciones ofensivas, y un campo atrincherado perfectamente defendido. El castillo de Bellver, merece continuarse aquí como modelo de la arquitectura militar en los dominios de Aragón á principios del siglo XIV; su planta es circular, y la torre del homenaje está destacada del cuerpo de la fortaleza, es decir, es una sólida y majestuosa torre albarrana. Por último, el castillo de la Mota, ya descrito, puede presentarse como un modelo del sistema de fortificación adoptado en Castilla á fines del siglo XIV y á principios del XV.

profundo. En tales circunstancias no quedaba otro recurso que *poner en cuentos* los muros; operación trabajosa, lenta y arriesgada en todos tiempos, pero mucho más desde que estaban en uso las armas de fuego, cuyas dificultades tuvo sin embargo que arrostrar el sitiador hasta que á principios del siglo XVI desaparecieron para siempre con universal asombro, á favor de la aplicación de la pólvora á las minas, debida al celébre ingeniero español Pedro Navarro.

»No se pasó mucho tiempo sin que se utilizase en favor de la defensa tan eficaz y terrible descubrimiento. Los sitiados emplearon la pólvora con no menos ventaja que los sitiadores, ya en las contraminas, ya para escarpar la brecha, removiendo los escombros, ya en fin, para volar las baterías y alojamientos del enemigo; creándose de esta suerte un nuevo sistema de guerra subterránea, que perfeccionado desde entonces de dia en dia, ha llegado á ser en nuestra época uno de los ramos más difíciles y complicados, y de los elementos más poderosos de la ciencia de los sitios. Verificábase también por este mismo tiempo una completa revolución en la traza y combinaciones defensivas de las plazas y puntos fuertes. Estrechas en demasía las antiguas torres, apenas proporcionaban espacio suficiente para colocar dos ó tres piezas, al paso que mal flanqueadas entre sí, dejaban á su frente considerables sectores indefensos, que facilitando la escalada, la aplicación del minador y la formación de la brecha, disminuian grandemente los peligros del asalto. Conocidos tan trascendentales defectos se emplearon para corregirlos varios recursos más ó menos felices, sobresaliendo entre ellos el de construir las torres al frente, y con separación del recinto, si bien comunicándose con él por medio de un arco ó de un puente levadizo. Estas torres que en lo antiguo se distinguian con el nombre de *torres albarranas*, proporcionaron al sitiador mayor facilidad para descubrir el campo y flanquear los fosos, al paso que, fuertes y elevadas de suyo, eran susceptibles de una defensa aislada vigorosa, empeñando al sitiador en difíciles ataques antes que pudiese llegar al asalto del cuerpo de la plaza. Ideóse después otra mejora notable y fué la de variar la traza de las torres, colocando una de sus diagonales perpendicular y otra paralela al recinto, sin alterar por lo demás las formas ordinarias de estas obras. En tal disposición, la torre presentaba hacia la campaña un ángulo cuyos lados batian las avenidas de la plaza de una manera más eficaz que en el sistema antiguo; pero como los otros dos resultaban, si no perjudiciales, inútiles al menos para la defensa, tratóse de salvar este grave inconveniente sin hacer innovacion en las torres, uniendo sus ángulos laterales á la línea del recinto con muros perpendiculares á éste y menos elevados que aquéllas; sistema digno de particular atención, tanto por su importancia é influencia en los progresos del arte, como porque hay algunos vestigios de él en nuestro país (1).



Torre del recinto de Toledo inmediata a la Puerta Visagra
A. *Adarve* B. *Parapeto*

»Dado tan ingenioso paso en el arte de fortificar, sus evidentes ventajas debieron conducir por una transición natural á la invención de los *baluartes*, cuya traza á la verdad bosquejaba la modificación de las torres últimamente indicada, pero que tenian sobre ellas la inmensa superioridad de ser más espaciosos y estar dispuestos de tal modo que el sitiado pudo ya descubrir y defender más completa y directamente todo el perímetro de las murallas y ponerse á la proximidad del atacante.....

«En el reinado de los Reyes Católicos, tan fecundo en grandes y trascendentales sucesos, la fortificación permaneció por mucho tiempo sin variación esencial en sus antiguas formas y aplica-

(1) Esta idea acerca de la transición del sistema antiguo al moderno, se halla enunciada y discutida ingeniosamente en una breve disertación leida en la Academia de Ciencias Naturales por el marqués del Socorro, el 13 de Febrero de 1843, coincidiendo exactamente su opinión con la que se emite en el texto de este *Resúmen*, si bien es sensible no poder citar en apoyo testimonios más irrefragables que las torres de Alcalá y Guadalajara.

ciones, pero la ciencia del ataque hizo considerables progresos. No se limitó como hasta entonces el sitiador á fortificar los puestos que ocupaba, á privar de toda comunicación la plaza enemiga, y á batir sus muros con una artillería lejana y poco diestramente empleada, para acercar después sus ingenios á costa de mil fatigas y contingencias. Su marcha era más resuelta y directa; sus trabajos más extensos y mejor combinados. Empleáronse en especial las minas con mayor arrojo, al paso que se ejecutaban inmensas *cavas* ó trincheras para estrechar al sitiado y llegar al pié de los muros de la plaza á cubierto de sus tiros. Data igualmente de este tiempo el conocimiento en nuestro país de la dirección de las trincheras en *zig zag*, empleadas por los franceses en el sitio que pusieron á Fuenterrabía en 1476, y que no eran conocidas antes en España, según puede inferirse del cuidado con que, en medio de su acostumbrada concisión, se detiene un autor de aquella época en explicar su traza. Los sitiadores, dice, «acordaron de facer una mina abierta honda en tierra, obra de estado é medio de un home: la cual ficieron á vueltas, tomando una vez á la mano derecha, otra vez á la mano izquierda, porque los tiros que facían desde la villa no los pudiesen facer daño:» añadiendo que, «los franceses por aquella gran mina que ficieron llegaron fasta la villa tanto cerca que peleaban los unos con los otros desde las cavas.» Sin embargo, los enemigos tuvieron que levantar el sitio, siendo de notar que los sitiados adoptaron la singular medida de «defender la plaza por lo bajo de ella, desde los *baluartes* é desde las cavas que tenían fechas; é para esto derribaron lo alto de las torres, é de las almenas, porque si el artillería de los franceses tirase al muro é lo derrivase, las piedras que del cayesen no firiesen ni ocupasen á los que andaban debajo en derredor de la villa por defuera para la defender.» El sitio del castillo de Búrgos, defendido por los parciales del rey de Portugal, en 1475; el de la plaza de Ronda, rescatado de los moros en 1485, y el de Málaga, también felizmente terminado por su rendición en 1487, ofrecen las pruebas más evidentes de los adelantos que, como hemos dicho, habían hecho los españoles en la expugnación de las fortalezas. En el primero de dichos sitios se abrieron y continuaron simultáneamente seis minas contra el castillo; pero sobre todo son verdaderamente admirables los trabajos de ataque y aproche ejecutados en el asedio de Málaga. Emprendiéronse allí y se llevaron hasta el pié de los muros cuatro ó cinco minas á un tiempo, contra las cuales emplearon los sitiados la contramina con una decisión jamás vista, trabáronse con frecuencia combates, ó por mejor decir, luchas singulares, donde los más famosos caballeros cristianos y musulmanes, doblemente estimulados por el espíritu de religión y de nacionalidad, dieron pruebas de un valor inperterrito, y de su destreza en el manejo de las armas; aumentando la solemnidad y el carácter imponente de estos combates la estrechura y lobreguez del lugar subterráneo que les servía de teatro. No son menos asombrosas las inmensas *cavas* ó trincheras hechas al frente de Baza, sitiada y rendida en 1483, donde en una sola noche se construyó con dos mil peones un inmenso reducto, que los escritores de aquel tiempo llaman *baluarte*, tan inmediato á la plaza que los sitiadores y sitiados se ofendían recíprocamente con piedras tiradas á mano. Por último, bastaría para formar una idea de la prodigiosa actividad de los atacantes en aquel sitio, con decir que sólo en el espacio de cuatro días se construyeron más de mil casas de tapias, cubiertas de madera ó teja para alojarse, formando de este modo un pequeño pueblo, precursor del que en 1491 se estableció del mismo modo al frente de Granada, y subsiste con el nombre de Santa Fé (1).»

Hasta aquí hemos hecho mención de los progresos de la fortificación entre los cristianos: justo será que consagremos ahora algunos párrafos que contribuyan á formar idea del estado de esta rama del arte entre los musulmanes españoles.

Las fortificaciones de los árabes no variaban en general en su traza y perfil de las existentes en España en los primeros tiempos de su dominación; tan sólo en su construcción y en algunos detalles se diferenciaban un tanto, y esto fué lo que las caracterizó. Al hacerse dueños de la península, lógico es que los árabes estudiaran el sistema de defensa permanente adoptado por los cristianos, y que lo utilizaran á su vez, bien que dándole el sello especial propio de su cultura y de su raza. Los muros recios y elevados fueron flanqueados de torres, y éstas y aquéllos coronados de alme-

(1) *Resúmen histórico del Arma de Ingenieros*, por un antiguo oficial del Cuerpo.

nas: en su superficie se abrieron saeteras y se construyeron matacanes, aquéllas colocadas á veces en recuadros que contribuyen al efecto decorativo y éstos de una forma más esbelta rematados también por pequeñas almenas y sostenidos por sólidos modillones. Pero donde más especialmente se echa de ver el gusto y la originalidad de los árabes es en las puertas, donde aparecen hermanadas las exigencias de la defensa con una bien entendida y sóbria decoración: de ello son testimonio la Visagra y la del Sol en Toledo, y algunas otras existentes en ciudades andaluzas. No debe, empero, pasarse en silencio una innovación introducida por los árabes en Túnez el año 1159. Después que hubo tomado esta ciudad el rey de Marruecos Abdelmumen, mandó construir en lo alto de la ciudadela *una alcazaba de torres triangulares*, que es de presumir, dice el autor arriba citado, «consistiesen en grandes redientes cerrados por gola, traza original de que tal vez traen su origen las torres albarranas.» Sin que podamos admitir este aserto, ya que en nuestra patria sabemos existian torres de esta clase desde fecha bastante antigua (1), aunque no fácil de fijar, ello es que los españoles, en intimo contacto con los árabes, también tomarian de ellos algunas ideas en este orden de conocimientos; pero que, como sucedió con la pólvora, las utilizarían con más resultado y las perfeccionarian muy en breve. No cabe negar que influyó el arte mudéjar en nuestras fábricas, sobre todo en lo que atañe á ciertos accesorios y detalles que dan carácter á su conjunto, y de ello nos ofrecen algunos ejemplos diferentes construcciones civiles y militares de los últimos siglos de la Edad media.

Hay quien supone que los arquitectos árabes formaban una corporación militar, puesto, que muchos de ellos, como Siafar-ben-Muhasin (835), Abdala-ben-Said (1010) y otros, se titulaban jefes ó prefectos de los arquitectos y tenían el empleo de *Sahib-Xatra* (2). Posible es que constituyeran un cuerpo ú orden especial, pues las fortificaciones de los árabes se multiplicaron de dia en dia, y el reino de Granada sólo, según Clemencin, contaba con más fortalezas que no tenía España en tiempos de este ilustre escritor. La historia nos ha conservado entre los nombres de los árabes ilustres en ciencias y letras, el de Aben-el-Caxeri, constructor de las mezquitas de Gebal-Berida y Adabeyin, y de las obras defensivas de Maqueda y Waker (982) y el de Alhag-Yaix, arquitecto andaluz que fortificó á Gibraltar.

Altamente interesante es el estudio de las fortificaciones hechas por los árabes en las más importantes ciudades andaluzas: obsérvase en ellas en primer lugar los heterogéneos elementos que las constituyen y que al mismo tiempo las dividen: altos y sólidos muros y bien guardadas puertas separan los recintos de la ciudad habitados por esta ó aquella clase ó agrupación: cada barrio tiene su muralla que le aisla de los demás, es un centro especial en que se halla lo más indispensable para la vida. Y esto que se nota en ciudades tan populosas como Córdoba, se echa también de ver en la Granada de los Ziritas: en ésta aparecen distintos cascos de población, murados cada uno de por si, denotando una serie de agrupaciones que duplican y triplican sus recintos en los cuales aparecen engarzadas torres y fortalezas que dominan los diferentes perimetros.

Esta disposición de las poblaciones árabes está perfectamente explicada por los diversos elementos que se fueron agregando á su población primitiva; mas bien se comprenderá que facilitaba un tanto la defensa. El muro exterior estaba sólidamente reforzado por torreones cuyo macizo es á veces de mamposteria de piedras irregulares, las cuales se mezclan con cajones cuadrilongos de hormigón formados de arena y cal á la usanza árabe. Las puertas abren el arco de herradura en cuadros de ladrillo, pero su verdadera entrada practicada en una pared interior es sumamente estrecha, como para facilitar la defensa. En sitio dominante se eleva la alcazaba ó alcazabas, cuando, como sucedia en Granada, el aumento de la población hacia necesario erigir otra fortaleza (la llamada *Gidid,* defensa de la ciudad moderna), y por último en lugar elevado y escogido aparece el *Alcázar* ó palacio, defendido también por sólidos murallones y torres cuadradas. (Pueden ofrecerse como ejemplo las fortificaciones de la Alhambra.)

Pongamos aquí punto á las breves lineas consagradas á la fortificación, no sin lamentar la es-

(1) Las torres albarranas de Talavera y Trujillo.

(2) Jefes de la fuerza armada destinada á mantener el orden en la ciudades y que reemplazaban en el mando á los *walís*.

casez de noticias que se nota en crónicas y memoriales relativas á la arquitectura militar. Según puede deducirse por la lectura de aquéllas, en la Edad media se confundieron con frecuencia los nombres y servicios de artillería é ingenieros, y si bien se citan algunas veces los *maestros de bastidas* y *maestros de lombarderos*, se viene en conocimiento por las relaciones de los autores que eran sus servicios puramente profesionales, é independientes de los cargos de ingenios, pertrechos, transportes y personal. Igual confusión se nota en el empleo de ciertos nombres, como son *baluarte* y *trinchera*. «Hasta fines del siglo xv, dice el Sr. Varela, los servicios de ingenieros y artillería en cuanto á la parte científica constituyen un solo ramo en la milicia española; sólo en la época inmediatamente posterior á la conquista, época notable y de verdadero progreso militar, fué cuando realmente se estableció una distinción palpable entre los servicios de ingenieros y de artillería y en la aplicación de estas palabras, sentándose las bases de la organización que muchos años después recibieron ambos cuerpos. En esta época coinciden los grandes adelantos en el transporte y uso de las piezas y el descubrimiento de los elementos primordiales de la fortificación moderna; y desde entonces ya no se encuentran confundidos los dos servicios, apareciendo los ingenieros sin oscuridad ni interrupción empleados especialmente en fortificar las plazas y dirigir los trabajos ofensivos y defensivos de los sitios.»

Carabelas

Según acabamos de ver, los progresos realizados en la constitución, régimen y material de las fuerzas armadas en la primera época de este reinado, son bastante notables: en la marina no echaremos de ver gran variación, si bien caracteriza á esta época el uso ya generalizado de la brújula, que debia producir en la navegación resultados tan eficaces como el empleo de la pólvora en la guerra.

Continuan en el siglo xv siendo las galeras los bastimentos de mayor porte que surcan los mares, y la lectura de los pertrechos de esta clase de vasos prueba que su forma se mantuvo inalterable, lo que por otra parte no es de extrañar dado que el objeto y el propulsor de estos bastimentos eran los mismos (1). Las modificaciones que trajo consigo la aplicación de la artillería á los buques,

(1) «Desde 1354 hasta 1418 en que pasó la primera vez á Italia D. Alfonso V de Aragón con una fuerte escuadra, no se halla variedad

en nada afectaron á la forma de las galeras, pues únicamente se concretaron á la proa y postizos en que se montaron las primeras bocas de fuego.

«Los pertrechos inherentes á las galeras del siglo XIV, dice el Sr. D. Javier de Salas, parecen repetirse en todas las relaciones de las armadas en el siglo XV. Tres anclas de á cinco quintales cada una, dos resones del mismo peso, dos timones, tres velas, la mayor, llamada en Cataluña el *artimó*, de cuarenta paños; la de trinquete, *lop de proa,* de á treinta; la de mesana, *mitjana,* de veintidos; dos cartas de marear; una bandera real larga de estameña; dos cuadradas; otras dos y una larga de Almirante, y ciento ochenta remos, á veces menor número; ciento veinte corazas guarnecidas con sus gorgueras y capacetes; ciento veinte paveses y veinte más la galera del Almirante; quinientas lanzas, mil dardos, seis mil viratones, veinticuatro romañolas, otras tantas guadañas, dos ronzolas, seis fanares y dos rompecuellos con cadenas, son los principales útiles de pertrecho y armas de una galera gruesa, lo mismo de las que capitaneó Bernardo de Cabrera contra los genoveses en 1354, que de las mandadas por el mismo rey Pedro IV de Aragón contra el de Castilla en 1360, que de las que compusieron las muchas é importantes flotas en toda aquella centuria preñada de acontecimientos marítimos. Y esta igualdad subsiste en las expediciones navales del rey D. Alfonso V de Aragón, en las de D. Fernando el Católico, al mismo punto en 1506 y en las del emperador Carlos V á Italia y Túnez en 1529 y 1535. Por ello el erudito Capmany, ocupándose de esta materia, dice: «Ni por el peso de los gúmenas, ni por el número de remos, ni por el de paños en las velas, ni por el de otros efectos, hallamos diferencia notable en capacidad y grandeza entre las galeras del rey D. Alfonso y las del rey D. Pedro. En las provisiones de respeto como clavazón, sebo, pez, plomo, lona, linternas, faroles, palmatorias, sacos de bizcocho, velas de sebo, barrilería y provisión de aceite y agua, apenas se halla diferencia en ningún artículo. Tampoco se nota diferencia en las municiones de guerra, si no es en los tornos de armar ballestas, en las dos bombardas y sus correspondientes municiones que llevaba la referida galera de los *Canes* (1).»

Examinando las crónicas, memoriales y documentos del siglo XV, échase de ver la aparición

en las galeras de una y otra época en orden á sus tres clases y nombres, á su magnitud, número de bancos y de remos, ni tamaños de las velas: pues en ambas épocas vemos que la vela mayor de una galera constaba de 40 paños, la del trinquete de 30 y la de mesana de 22: sólo que en la *Real* de 1418 hallamos los paños interpolados de los colores encarnado y blanco.

Sólo en los aprestos de municiones para el armamento hallamos la novedad, que las galeras de D. Alfonso llevaban entre los paveses unos llamados *de talla real*, y otros *de porta ó barrera*, todos con divisas; que entre las saetas se especifican las *de caravana*, las *de dos vigotes*, las de uno, y las *de punta aguda*: también se nombran dos *tornos de armar ballestas*, y dos *bombardas de hierro* con que se disparaban piedras y cinco arrobas de pólvora de prevención.

En las galeras del rey D. Fernando el Católico que le condujeron á Nápoles desde Barcelona en 1506, se halla de nuevo que la galera *Real* llevaba dos timones de *rueda*, y dos de *caja;* cinco anclas con una mayor de respeto; que la vela mayor era de 47 paños, y la de trinquete de 37; los remos el mismo número: cadenas y grilletes para los galeotes forzados; una bombarda gruesa de hierro, toda de una pieza, de 43 quintales de peso; 12 bombardas cerbatanas; 12 pasavolantes, y 12 quintales y dos arrobas de pólvora. Se nota que todas estas armas de fuego disparaban piedras y no municion de plomo ni de hierro.

Aunque se usaba ya la artillería, la provisión del armamento seguia aún con las armas antiguas de las anteriores galeras que quedan referidas: así se cuentan para esta galera *Real*, además de lo sobredicho, 8 ballestas gruesas de pasar con 5 martinetes y carranquines, y eran diferentes de las ballestas comunes; 24 tablaxinas con armas reales; 34 rodelas con las mismas; 125 lanzas manesgas, 12 de hierro para la proa; 4 pantesanas para la popa; 86 lanzas largas entre *glavís y romañolas;* 6 rajavelas; 12 docenas de dardos *garbuses;* y 136 corazas.» (Capmany. *Memor. Hist.*)

Del porte máximo de las naves en todo el siglo XV puede el lector formarse idea por los siguientes datos concernientes á las que fondearon en el puerto de Barcelona en dicho siglo.

En 1419 reunió D. Alfonso V en el citado puerto una escuadra para dirigirse á Italia, escuadra compuesta de galeras y naves de guerra y gran número de naos mercantes para el transporte. Seis de estas eran catalanas, una siciliana; dos llevaban 120 caballos, otra 70, otra 96 y la menor 46. Para colocar los 120 caballos que llevaban las dos primeras, necesitábase, por lo menos, buques de seiscientas toneladas.

Desde la fecha de esta expedición hasta fines del siglo, hace mención Capmany de las siguientes naves de gran porte: «una nave veneciana de porte 1,500 botas (puede regularse cada bota por diez quintales); dos genovesas de 2,500 y 1,200 botas respectivamente; una castellana de 1,200, otra catalana de 1,700, otra genovesa de 1,200, otra nizarda de id., y otra vizcaina de 600.» Por las cuentas de la Atarazana de Barcelona en 1505 se sabe que cada galera de las que llevó desde aquel puerto D. Fernando en su viaje á Nápoles, costaba de construcción, aparejo y armamento 4,170 libras barcelonesas. Tratándose de los gastos para la manutención de la escuadra se puede calcular que el coste de una galera antes del siglo XVI tampoco era excesivo: á mediados del siglo XIV se estimaba en 1,666 libras barcelonesas por año y á fines del siglo XV en 1,500.

(1) Alude á la capitaneada por Mossen Ramón Xammar, galera gruesa de la expedición del rey D. Alfonso á Nápoles, el cual montaba la Real, que era mandada por Pedro de Esplugues.

de un nuevo bastimento entre los que surcaban entonces las aguas del Mediterráneo, la *carabela,* ese buque al que van unidos los nombres del inmortal Colón, de Juan de la Cosa, de Elcano, y de otros famosos navegantes. A mediados del siglo xv es cuando se hace memoria por vez primera de las carabelas. El infante D. Enrique de Portugal, muy dado á las cosas de mar, mandó una embarcación de esta clase en 1444 á las islas Canarias y rio Gambia, y por las noticias que se tienen de este viaje, sábese que el porte de aquélla era próximamente de noventa toneles y su velocidad de 600 millas italianas en treinta y seis horas. Las Crónicas de D. Juan II y la de los Reyes Católicos, escrita por Hernando del Pulgar, hacen frecuente mención de las carabelas, bastimentos empleados ya á fines del citado siglo en casi todas las naciones de Europa. Pero la incertidumbre que reina respecto de estas naves sólo permite conjeturar acerca de su construcción. Lo poco que se las menta á contar del citado siglo, ha contribuido á que quedaran en la oscuridad, pudiendo sólo afirmarse que fueron buques ligeros, de forma y aparejo varios, correspondiendo la denominación al servicio y no al tipo de la nave. Las carabelas de Colón eran mayores de lo que vulgarmente se cree, de marcha rápida, de construcción sólida, con dos castillos alterosos á popa y proa, tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor y trinquete y mesana latina (1).

Puede formarse idea el lector del coste de flete y mantenimiento de la tripulación de una cara-

(1) *Las Carabelas*, por D. Cesáreo Fernández Duro. (Tomo IV del *Museo Español de Antigüedades.)*

La confusión que reina en la nomenclatura de los bastimentos en esta época es tal, que contribuye á producir nuevas dudas acerca de las diferentes clases en que se dividian.

En las instrucciones de los reyes al almirante Colón, dice el citado escritor, se recomienda que busque *las mejores carabelas* que hallare en Andalucía, y que toda la gente que fuere *en los navíos* sea conocida y fiable.

«Emprendido el viaje, asienta Colón en su Diario, que vino á la villa de Palos donde armó *tres navíos* muy aptos para semejante fecho;» va refiriendo los acaecimientos de la navegación, siendo muy frecuentes los pasajes en que habiendo de nombrar los buques llama *nao* á la suya y carabelas á las otras dos. «Mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de *las carabelas,*» dice. Del mismo modo que Las Casas, perdida la capitana, escribe, que «el almirante fué *á la carabela* para poner en cobro la gente de la *nao.*» La propia distinción hace el Almirante en la relación del tercer viaje en que «partió con *una nao* y *dos carabelas*, enviando los *otros navíos* camino derecho,» pero es aún más señalada la falta de fijeza en la nomenclatura en las relaciones del cuarto y último viaje: en la de *«la gente é navíos que llevó á descubrir el Almirante»* se mencionan la carabela *Capitana*, carabela *Santiago*, navío *Gallego*, y navío *Vizcaino*, expresando al final lo que ganaba la carabela *Vizcaina*. Colón en carta á los Reyes designa con la voz genérica *navío* á los cuatro, mientras Diego Méndez los nombra *naos*.

Fuera prolijo citar los documentos referentes á viajes de sucesivos descubridores, que lejos de ofrecer mejor luz acrecientan la confusión de nombres. La colección aludida de viajes de D. Martín Fernández de Navarrete abunda en Asientos, Capitulaciones, Solicitudes y Licencias para descubrir los Bastidas, Pinzones, Hojeda, Guerra, Solís, Lope, Agramonte, etc., estipulando hacerlo ora con *navío*, ora con *naos ó carabelas*, ya especificando la capacidad de cada uno, ya dejando al armador en libertad de disponerlos *del grandor que le pareçca*.

Curioso es también observar con el citado Sr. Duro que «las construcciones que en el Pacífico se llamaban *naos, navíos, bergantines*, solían ser calificadas de *carabelas* cuando se citan en España ó en el Maluco.» «En la composición de las armadas que figuraron por los mares de Europa en los siglos xv y xvi, añade, por rareza se vé la carabela, ni en Lepanto, ni en Túnez, ni en las Tercerías, ni en la Invencible hubo tales buques, y cuenta que se sabe al pormenor los que aprontaron las Castillas, Andalucía, Vizcaya, Guipúzcoa, Portugal é Italia, su artillería y soldados.»

Las descripciones que han llegado á nosotros de la carabela son variadas en extremo; pero téngase en cuenta que este bastimento hubo de sufrir los cambios impuestos por las necesidades de los tiempos, la observación, los afanes de comercio y el perfeccionamiento inherente á toda obra humana. Júzguese sino por la gran diferencia que se nota entre las carabelas de Colón y las construidas en 1621 por los hermanos Nodales de Pontevedra, que fueron al descubrimiento del estrecho nuevo de San Vicente, y reconocimiento del de Magallanes, cuyas carabelas llevaban 4 piezas de artillería de 10 y 12 quintales y 40 pedreros, 40 hombres de tripulación y mantenimiento para tres meses. Eran de cuatro palos verticales y bauprés, el de proa con trinquete y velacho y los otros tres con sendas latinas; y tenían las cubiertas muy bajas. Á juzgar por las palabras de su constructor, que *fizo la fábrica a su modo*, no había tipo establecido para este género de bastimentos: sin embargo, las carabelas se tenían por buques veleros y muy corredores, gozando de gran fama las portuguesas.

Hé aquí un interesante documento que arroja alguna luz acerca de la diferencia entre los navíos y las carabelas:

«En lo que decís que el dicho Estéban de Indieta no tiene allá navío de porte de ciento é sesenta toneles como acá dijo que tenía, salvo otro de doscientos é sesenta toneles, y él pide que este se le flete, y queréis saber nuestra voluntad cerca dello, Nos querríamos mucho que si ser pudiese que su navío fuese de porte de ciento é sesenta toneles, y áun de menos si ser pudiere, porque para esta armada que enviamos, ó han de ser carracas grandes ó galeras ó carabelas, porque los otros navíos medianos más gastan que aprovechan, pero porque este Estéban de Indieta es persona que nos podrá mucho servir en esta armada, bien nos place que fleteis el dicho su navío en cuenta del número de las siete carabelas ó de otros cualesquier más navíos que vos mandáremos acrescentar en la dicha armada, é que se tase en los doscientos ó doscientos é veinte toneles que nos escribistes que podía ser de porte el dicho navío, y que lleve en él cien hombres, porque *seyendo de porte de doscientos toneles é yendo en él los dichos cien hombres, sería tanto como dos carabelas y media*, y con esto se debe contratar el dicho Estéban de Indieta, que en otras cosas habrá en que él pueda recibir merced de nosotros y en mayor cantidad de lo que aquí aventurare á perder, que como de suso decimos, más quisiéramos que fueran carabelas que no navío de esta manera; y pues ya será llegado allá Diosdado con el dinero, segun su padre Juan de la Parra agora nos dijo, haced dar mucha priesa en la partida de esta armada de manera que si ser pudiere una hora no se detenga, porque en esto seríamos mucho servidos.» *Carta de los Reyes al dean Fonseca, contestando al parte que daba á SS. AA. sobre el embargo hecho en Sevilla de las carabelas que cargaban bastimentos para las Indias; y haciéndole prevenciones acerca de su pronta salida, y de las otras que debían ir á Sicilia.* (Arch. de Simancas.)

bela en 1495, por el siguiente *asiento* hecho con Vicente Yáñez Pinzón, para ir con la carabela de su nombre y otra denominada *la Fraila,* «á donde le mandasen los reyes,» cuyas órdenes, dice el documento original, existente en el Archivo de Simancas, tomaría en Tortosa ó Barcelona:

«Que haya de haber de flete de la dicha carabela (nombrada *Vicente Yáñez*), que está numerada en cuarenta é siete toneles, á razón de ciento é diez maravedís por cada tonel (1).

»Que haya de haber de salario el dicho Vicente Yáñez, por capitán de las dichas carabelas, veinte mil maravedis por un año.

»Que haya de haber de salario para un piloto quince mil maravedis por un año.

»Que haya de haber de sueldo para cuarenta hombres marineros é hombres de armas, á razón de quince maravedis cada dia cada uno.

»Que haya de haber para mantenimiento de las dichas cuarenta personas, á razón de diez maravedís cada una cada día.

»Que haya de haber para sebo é averías de la dicha carabela de tres en tres meses mil é quinientos maravedis.

»Que haya de haber de flete de la dicha carabela, nombrada *Fraila*, que está numerada en cincuenta toneles, á razón de ciento é diez maravedis cada mes por cada tonel.

»Que haya de haber de salario por un piloto quince mil maravedis por un año.

»Que haya de haber de sueldo para cuarenta hombres marineros é hombres de armas, á razón de quince maravedis cada dia cada uno.

»Que haya de haber para mantenimiento de las dichas cuarenta personas á razón de diez maravedis cada dia cada uno.

»Que haya de haber para sebo y averias de la dicha carabela de tres en tres meses mil y quinientos maravedis.

»El cual dicho capitán ha de ir con las dichas carabelas é gente á Tortosa, é se presentar ante el Rey é la Reina nuestros Señores, é de allí ir y servir dó sus Altezas le mandaren; y si por caso sus Altezas no estovieren en Tortosa, ir á Barcelona y se presentar ante Casa-franca, hacedor del tesorero Gabriel Sánchez, que allí está, y hacer lo quél les dijere que hagan (2).»

Citanse tambien en este siglo las galeazas, carracas, urcas, tafureyas y bergantines, de las que sabemos, eran las tres primeras de transporte; el bergantin, una embarcación pequeña de dos palos y velas cuadradas; la urca un bastimento muy pequeño, tambien auxiliar de las escuadras y destinado á la conducción de víveres; la galeaza tenía grandes remos, tres palos y velas latinas; la tafureya era una embarcación chata y sin quilla para embarcar y conducir caballos. El *navío,* que encontramos citado con frecuencia en esta época, es nombre genérico aplicable á toda suerte de embarcaciones hasta el siglo XVII, en que vino á designar un tipo, unidad táctica de las escuadras. De carabela, carraca y galea, se originaron los diminutivos carabelón, carracón y galeota que vemos tambien empleadas en aquel tiempo. No es posible, sin embargo, dar interesantes detalles relativos á la construcción naval; y las dudas y contradicciones en que puede incurrirse al tratar esta materia son de tal naturaleza, que bastará para á hacerlas visibles, un interesante descubrimiento hecho por el Sr. D. Javier de Salas, las galeras que adornan el libro de los *Cántigas* de Alfonso X, dibujos que están en contradicción abierta con cuantos datos existen referentes á los citados bastimentos.

Pasemos á ocuparnos de la aplicación de la artillería á la guerra de mar. Quienes primero la emplearon fuera de España son los venecianos y los genoveses en la guerra de Chioggia (1378-80); pero los documentos descubiertos en los archivos de Barcelona prueban que en 1381 y en 1401 también embarcaron los catalanes en sus naves bombardas. En el interesante manuscrito *Rúbrica de Bruniquer* que existe en el archivo municipal de la citada ciudad, hemos tenido ocasión de leer

(1) El *tonel* era una medida de capacidad diferente de las *toneladas*. Diez *toneles* hacian doce *toneladas:* de aquellos usaban más los vizcainos, y de estas los sevillanos en la carrera de Indias.

(2) Consta por una carta del obispo de Badajoz, D. Juan de Fonseca, que el referido Vicente Yáñez Pinzón, recibió «ciento y sesenta é nueve mil y ciento y ochenta y siete maravedis para en cuenta de lo que ha de haber de las dichas dos carabelas, sobre los cuales se le cumplió paga de cuatro meses según se contiene en esta plana.»

interesantes datos relativos á las diversas expediciones marítimas; y así por las referentes á D. Alfonso V como á D. Fernando el Católico, venimos en conocimiento del material de guerra á bordo de los buques. En otro lugar hemos hecho mención de los aprestos efectuados en 1418 al embarcarse el primero de aquellos reyes para Italia, entre los cuales figuran dos bombardas: Fernando el Católico al dirigirse á Nápoles en 1506 llevaba en la galera real «una bombarda gruesa de hierro toda de una pieza que pesaba 43 quintales con su cepo y afuste. Item doce bombardas *cerbatanas* con sus cepos, horquillas y calces. Item diez piedras para la lombarda gruesa. Item sesenta y seis pares de piedras para las cerbatanas y pasavolantes. Item doce quintales y medio de pólvora. Las demás galeras montaban una bombarda gruesa, dos cervatanas y dos pasavolantes.» Las bombardas gruesas estaban empotradas en la proa de los buques con doble sujeción para asegurarlas de los balances, lo que originaba mayor dificultad y pérdida de tiempo para los disparos. En la Crónica de D. Juan II se hace mención de bombardas de esta clase montadas en carabelas, cuya idea elogia un autor porque los tiros rasaban el agua y eran de gran efecto.

Interesantes por demás son los siguientes datos que acerca de la artillería en los buques facilita el Sr. Fernandez Duro en una de sus notables monografías: «Los ejemplares de bocas de fuego de la edad primera de la artillería que han llegado hasta nuestra Era, y que en no escaso número se guardan en los Museos, permiten formar juicio de las operaciones de su construcción. Unos consisten en un tubo cilíndrico de hierro batido, de poco diámetro, bastante corto y cerrado por la culata, que debió destinarse á lanzar balas de plomo. Otros, también cortos, pero de extraordinario grueso, que tenían la forma de un vaso ó más bien de cono truncado, ya con el fondo cerrado, ya con recámara separada, se construían formando el ánima con plancha ó lámina de hierro batido, arrollado sobre molde, que se cubría con manguitos ó anillos anchos, uno junto al otro, y para mayor seguridad se recubrían las uniones de éstos con otros anillos ó zunchos más estrechos. También se formaban con duelas de hierro batido aseguradas con manguitos y los zunchos, sistema que se seguía preferentemente en España. Estas máquinas disparaban *pelotas* de piedra cuyo peso alcanzó á mil libras.»

»A fines del siglo XIV que fué extendiéndose el uso de los *tiros,* se modificaron las formas, variando éstos aún más al idearse la *artillería mediana* y *menor ó sutil*. La recámara que había sido cónica y de menor diámetro que el ánima, se igualó á ésta y se adoptó la figura cilíndrica para que la pelota sufriese más tiempo la acción de los gases y no saliera antes de la inflamación de la pólvora. Por la misma razón se fué aumentando la longitud de las piezas, que tuvieron hasta 10 metros, y disminuyendo el *calibo* ó calibre.

»Subsistió la artillería de hierro forjado hasta el siglo XVII, no obstante la mayor facilidad de la fundición de bronce que iba multiplicando el número y forma de las bocas de fuego. Con la artillería sutil se modificó el aumento de los buques á fines del siglo XIV, colocando piezas de esta clase en el castillo de popa y en la regala entre los remos, para cuyo objeto se imaginó poner muñones en el zuncho que correspondía próximamente al centro de gravedad de la pieza y encajarlos en una horquilla provista de pinzote que entraba en la regala. Con este procedimiento podía girar en los dos sentidos horizontal y vertical necesarios á la puntería.» Describe luego el autor un falconete de esta clase y dice: «Formada el ánima con duelas de hierro batido, aseguradas con los manguitos, los zunchos que cubren las junturas de aquéllos tienen los cantos redondeados á lima, lo cual indica cierto esmero no común en la fabricación, sobresaliendo al último de la boca, que es de mayor resalte y forma el brocal. En la parte posterior un marco rectangular que deja hueco para la recámara se une por los dos brazos, estirados en forma de media caña, á la pieza, atravesándolos un perno del último zuncho, que está remachado al exterior. La recámara tiene figura de alcuza, contribuyendo á la semejanza el asa con que se maneja: encaja en la culata con una pieza de enchufe; descansa en una planchuela curva sujeta en el dicho marco y se afianza con una fuerte cuña de hierro que atraviesa de uno á otro lado. Una palanca ó rabera que del mismo marco se prolonga hacia atrás en dirección del eje del mecanismo, sirve para la puntería. Las dimensiones de esta curiosa pieza, que sin duda debió ser del armamento de una galera, son: 0'75 metros de

longitud de la caña: o'25 la del hueco del marco y cuña, y o'34 la de la rabera, ó sea 1'34 en total longitud. Los zunchos están separados o'08; el calibre es de o'07 y el diámetro exterior en el brocal o'116.» De otra pieza de artillería, un pasavolante ó cerbatana que se cree proceda de alguna galera de Orán, pues la trajo á Alcalá de Henares el cardenal Cisneros, da cuenta en éstos términos: «Es boca de fuerza de las que se situaban en crugía, á ambos lados de la lombarda gruesa, y cuatro grandes argollas repartidas en los zunchos, todas de un mismo lado, indica que se suspendía

Hombre de armas

de los baos del castillo en disposición que sigue en práctica todavía entre los piratas mahometanos del Archipiélago de Filipinas. La pieza es de gran longitud proporcionalmente á su calibre, teniendo 2'32 metros en la primera, o'07 de diámetro en el ánima y sólo o'11 de diámetro exterior, y no hubiera podido manejarse puesta en el costado, pues es de advertir que la recámara, que no se ha encontrado, aumentará no poco el largo.—Las piezas de costado, concluye, no empezaron hasta el último tercio del siglo xv disparando á barbeta, esto es, por encima de la borda primero, y por las portas ó troneras que se construyeron posteriormente, realzando al efecto la obra muerta de los buques.»

Hecha ya mención de los progresos realizados en la marina, consagremos algunas líneas á uno de los más preciados descubrimientos de que puede envanecerse el siglo xiv: la brújula.

La primera mención que se hace de la aguja náutica es en el año 1403 en las naves de Castilla

y en 1419 en las de Aragón, no pudiéndose asegurar con certeza la verdadera época en que aquélla principió á usarse. No menos dificultad ofrece el designar quién fué el verdadero inventor de la brújula. Explicando el famoso Raimundo Lülio en su obra *De contemplatione* la virtud maravillosa del imán en la aguja ó lengüeta de hierro de la rosa náutica, decia en 1272: *Sicut acus nautica dirigit marinarios ni sua navigatione, ita*, etc.,—lo que hace suponer que sería conocida de sus contemporáneos, ya que no fuese el mismo él autor, según admiten algunos. Sin embargo, aun cuando la propiedad que se manifiesta en el imán á su contacto con el hierro hubiesen movido la curiosidad de algunos, el hecho es que antes de 1364 no se hace mención del citado instrumento náutico en inventario alguno, pudiendo admitirse como cierto que el uso de la brújula es anterior á 1402. «Aunque de tiempo muy antiguo, dice Capmnay, fué conocida la virtud del imán para atraer el hierro; la dirección del polo que guarda la aguja ó flechilla tocada en dicha piedra, no se observó hasta fin del siglo XIII ó principio del siguiente; pues es un hecho generalmente sentado que un tal Flavio Gioia, natural de la ciudad de Amalfi, descubrió este secreto por los años 1302; ó que á lo menos por este tiempo lo aplicó para guiar en sus rumbos á los navegantes que hasta entonces se habían servido para gobernarse únicamente del aspecto de la estrella polar: medio que sólo podía socorrerles de noche, y aun con la contingencia de escondérseles esta guía con las nubes. Pero hasta ahora ningún autor de los que sostienen la certeza y tiempo de esta feliz y memorable invención, ha determinado el año, ó la embarcación ó el piloto, ó la nación que empezó á hacer uso de la aguja de marear, ni tampoco ha señalado el documento auténtico por el cual conste la verdadera época del descubrimiento, ó el nombre y patria del descubridor.»

A los progresos que tales inventos introdujeron en la navegación, hay que añadir el gran desarrollo que adquirió durante el siglo XV el comercio que, fomentado en el interior por las ferias y en el exterior por nuestras expediciones á Italia y á los paises levantinos, iba tomando cada dia nuevo vuelo. El establecimiento de los consulados de mar dá por si solo idea del estado de nuestras relaciones con otros pueblos. Sabiamente protegida la marina y comercio catalán por sus príncipes, llegó á eclipsar Barcelona la fama de las repúblicas más florecientes de Italia. A esta ciudad cabe la gloria de poseer un código marítimo, el primero de este género que existe en Europa, pues es anterior al año 1258 y no posterior á 1266: obra que lleva por título *Código de las costumbres de mar* y que vulgarmente se conoce por *Libro del Consulado;* y á mediados del siglo XIV se constituyó en ella un tribunal llamado también del Consulado con representantes y factores en todos los puertos más importantes del Mediterráneo y Norte de Europa. Las ordenanzas municipales de dicha ciudad acerca de las aduanas, cambistas, prestamistas, seguros marítimos, etc. etc., también facilitan interesantes datos relativos al comercio que sostenía y no deja de ser curioso ver ya mencionadas en 1394 las letras de cambio.

Burgos, cabeza y córte de Castilla, tuvo también sus ordenanzas náutico-navales, y su casa de contratación era ya conocida desde mediados del siglo XV: su jurisdicción gubernativa se extendía desde el puerto de Pasajes hasta el de la Coruña, comprendiendo las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y los reinos de León y Castilla, pues alcanzaba hasta Valladolid, Segovia, Logroño, Vitoria, Medina del Campo y Medina de Rioseco, pueblos que tenian importancia en aquellos tiempos por su giro y contratación, ya de cambios, ya de artículos de exportación, especialmente de lanas. La casa de contratación de Burgos enviaba y pagaba cónsules y comisionados á Londres, Gante, Amberes, Ruan, La Rochela, Nantes, Lión y Florencia, cuyos cónsules, como los catalanes, debian defender los intereses y libertad del comercio español, y administrar justicia á los naturales de Castilla (1).

Por último, Sevilla, otro de los puertos más concurridos del Mediterráneo, desde su reconquista frecuentado de continuo por catalanes y genoveses, tuvo también su consulado, y bien pronto con el descubrimiento de las Indias se convirtió en el más importante foco de actividad y riqueza del reino. Las ordenanzas marítimas de Sevilla datan empero de época algo posterior á las anteriores pues pertenecen al año 1554.

(1) Vease el Discurso que encabeza la edición del *Libro de las costumbres de mar*.

El amor á los descubrimientos, la afición á los viajes y el incentivo de las riquezas contribuyó á dar al comercio nuevo vuelo. Portugal extendía sus exploraciones por la costa occidental africana, y el cabo Bojador dejaba de ser el límite de sus viajeros, gracias á la intrepidez de Gil Eannez que en unión del valeroso Baldaya llegaba hasta ciento veinte leguas más al Sur; reconociase toda la costa de Guinea, las de Benin y el Congo, y sus naves remontaban el rio Zarie. Bartolomé Diaz tocó en la extremidad occidental de aquellas peninsulas, y clavó la enseña de la cruz en el funesto cabo de las Tormentas, más tarde llamado de Buena Esperanza, y mientras Diaz navegaba aún más allá del cabo y descubría nuevas tierras, dos audaces exploradores portugueses, Paiva y Covilham reconocían las costas occidentales y recorrían ignoradas regiones del interior. Algunos años después Vasco guiaba el *San Gabriel* por aquellos mares y descubría el Indostán. Y esto ocurria mientras los españoles dirigidos por Colón, por Ojeda, por Yáñez Pinzón, por Alonso, por Niño y por otros insignes navegantes tomaban posesión de las Antillas, tocaban en las costas del Brasil, y reconocian la desembocadura del Amazonas y descubrian nuevos paises: por manera que muy en breve nuestras manos, como ha dicho un escritor ilustre, «las manos de los portugueses y de los españoles unidas de India á India iban á redondear el planeta (1)» Tales descubrimientos á los que consagraremos un Estudio, no alcanzaron, sin embargo, hacer más próspero y feliz el destino de estos dos pueblos; pero de momento ensancharon la esfera de su actividad y les dieron el imperio de ricos y dilatados territorios que pudieron dominar como absolutos señores. «¿Qué nación, dice muy atinadamente el Sr. Salas, no habia de envidiar á la favorecida por designios al parecer providenciales, con más leguas de territorio allende el Océano que varas media el de su metrópoli? ¡Y qué territorios por donde el oro serpenteaba por la superficie en tal cantidad que bastaria á satisfacer todo lo que no fuese la codicia humana! El pueblo español fué entonces considerado sin rival; su corona la más rica, sus dominios los más vastos, su brazo el más poderoso, su alianza la más solicitada, su fortuna por ello la más ocasionada á la envidia de la vieja Europa. Todo se aunaba para indicar á esta nación el puesto más distinguido. ¡Quién había de prever que su desventura estaba envuelta en aquella portentosa dicha! (2)»

Dictaron los Reyes Católicos diferentes providencias encaminadas al fomento de la navegación y comercio de sus reinos, dando pragmáticas encaminadas á proteger la marina nacional y concediendo premios á los que mandaran construir buques de gran porte, asi como privilegios á las gentes de mar, y estas felices disposiciones hubieran contribuído á dar nuevo vuelo á la marina mercante, sin el desacertado acuerdo de D.ª Isabel que impidió comerciar con las Américas á los catalanes: no puede desconocerse cuanto hubieran ganado las colonias con la comunicación de gente laboriosa y activa. Mas sin adelantarnos á la narración de los hechos, justo será que consignemos que en España, las incesantes guerras, las costumbres del feudalismo, el amor á la vida religiosa, los vicios en fin de que adolecia una sociedad en lucha constante y en agitación interior casi perpétua, tendieron á desarrollar en ella la vagancia y la afición á correr aventuras. No bastó la organización de la Hermandad á purgar de holgazanes á nuestra patria; las guerras de Italia y las expediciones de América dieron empleo á muchos aventureros y el gran desarrollo de la vida monacal vino á ser como el complemento de este cuadro. Y en verdad que no nos faltan pruebas para abonar nuestro aserto. Las repetidas ordenanzas contra los vagos y gente baldía, y las providencias y castigos que se decretaban para desterrar la vagancia, prueban lo infestado que tenía aquella sociedad la gente ociosa, y lo difícil que era acabar con los vagabundos ó hacer que se dedicaran á trabajos ú ocupaciones útiles. Escribia á principios del siglo XVI el embajador veneciano Andrés Navagero á su amigo Rannucio desde Granada, entre otras cosas: «Los españoles no sólo en este pais de Granada, sino también en todo el resto de España, no son muy industriosos ni aficionados á los plantios y labores de las tierras, porque se aplican á otra cosa, esto es, de mejor gana van á la guerra y á las Indias á grangearse fortuna.» Y un español, Alejo de Venegas, decía en 1537: «En España se tiene por deshonor el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgaza-

(1) Castelar: *Discurso de recepción en la Academia Española.*
(2) *Historia de la Matrícula de mar.*

nes y malas mujeres; demás de los vicios que á la ociosidad acompaña...; no somos para más los baldíos de para aumentar el número de los hombres y comer el pan de balde: los cuales, si no tuviesen por deshonra el oficio mecánico, allende que represarían el dinero en su tierra, que para comprar la industria de las otras naciones se saca, escusarían muchos pecados...»

Basten estas dos citas para comprender cuán bien predispuesta no estaba por desgracia nuestra patria á correr aventuras y luchar un día y otro día en remotos campos de batalla. Regida por un monarca tan sagaz como ambicioso, rica en vigorosos elementos, animada de la conciencia de su fuerza y estimulada por la gloria militar, debía expansionar esas fuerzas en el exterior y presentarse en los campos de Italia y en las costas de Africa y en los bosques vírgenes de la hermosa América, luchando por la dominación de vastos continentes y opulentos Estados. Y por una singular coincidencia el destino la deparó para conseguir tales fines, genios como Colón, inteligencias como la del Gran Capitán, almas inflexibles como la de Cisneros. ¡Qué gran periodo aquél! El Arte y la Ciencia rompen los moldes estrechos de la Edad media, el espíritu humano se vigoriza, y Europa se prepara á recorrer esas admirables etapas que señalaran en los siglos XVI, XVII y XVIII la triple revolución religiosa-filosófica-política, que es como la base de nuestro moderno edificio social.

Castilla

ILUSTRACIONES

Yelmo, peto y brazales (pág. 269).—La figura de este yelmo es esférica: está reforzado en su parte superior por un sólido botón y sobre ella va á descansar la visera cuando se levanta, lo que explica la forma de aquel resalto. Entre el yelmo y las piezas que protegen el cuerpo y hombros, se ve la gorguera. El peto y el espaldar defienden la parte anterior y posterior del tronco. Y las tres restantes piezas que aparecen en el grabado son las hombreras y un gocete (pieza circular que cubría el sobaco, y de aquí también su nombre de sobaquera).

Las restantes piezas que componían la armadura eran los guarda brazos y las manoplas ó guanteletes, cuyas láminas ó planchas de acero jugaban por medio de goznes; los codales, el piastrón, y los quijotes, canilleras, grevas y zapatos herrados. Todas estas piezas estaban perfectamente bruñidas, y de su número puede juzgarse con decir que hubo armaduras hasta de 250, y cuyo peso total era de cuatro arrobas.

Sobre estos trajes los caballeros solían llevar las armas de su casa, que esculpían también en los paramentos. Los variados colores de las divisas, las vestiduras recamadas de oro, el limpio arnés de acero, que arrojaba chispas de luz al ser herido por el sol, debían contribuir á realzar el aspecto de estos guerreros, cuyo vigoroso temple causa en nuestro ánimo verdadero asombro.

Guanteletes (pág. 272).—El grabado dará exactísima idea de esta parte de la armadura, compuesta de múltiples piezas tan perfectamente enlazadas que permitían el juego de las articulaciones, defendido con goznes ó gocetes.

Lombarda (pág. 273).—Estas primitivas piezas de artillería datan del último tercio del siglo XIV y no deben confundirse con los truenos, que, según Pulgar, coexistian con ellas en 1486, arrojando unas y otros bolaños ó balas de piedra. La definición más antigua que de las mismas tenemos, es de un autor italiano, citado por Clonard y Almirante, el historiador Andrea Radugio. «La lombarda, dice, es un instrumento de hierro con ancha boca, en la que se coloca una piedra redonda ajustada al calibre de la pieza; este instrumento tiene en su parte posterior un tubo ó recámara doblemente más largo y también más angosto que la boca; en este tubo se pone la pólvora, compuesta de salitre, azufre y carbón de sauce.» Y añade el primero de los dos autores á quienes acabamos de referirnos: «Hasta mediados del siglo XIV no se conoció entre nosotros el nombre de bombarda ó lombarda, que dieron los franceses á su primitiva artillería, y por cierto que esta denominación que, según Covarrubias, pudo tomarse de las palabras *bombo* y *ardeo*, no era más significativa ni más apropiada que la voz *trueno* con que hasta entonces designaron los españoles esta terrible invención. Sólo desde el citado tiempo la vemos figurar con este nombre en sitios y batallas.» Según se ve, el autor de la *Historia Orgánica* estima como una misma cosa el *trueno* y la *lombarda*, siendo esto de extrañar, pues, en las crónicas, especialmente en la de Pulgar, se citan como piezas diferentes.

En el texto de esta obra hemos hecho repetida mención de la lombarda, que dejamos descrita en las páginas 110 y 165, y esto nos ahorra el incurrir en repeticiones, tanto respecto á su forma, como á su fabricación.

No estarán, empero, fuera de lugar algunos datos tomados de las crónicas, y que pueden contribuir á ilustrar la historia militar de este período. En la de Pero Niño hallamos las siguientes noticias: «El Infante (D. Fernando) asentó su real sobre Setenil é cercóla de ambas partes, é lanzábanle cada dia muchas piedras de lombarda, é queríanlo combatir..... Luego que partieron del real cayóseles en el campo la gran lombarda, que avían de tirar della veinte pares de bueyes é otra lombarda pequeña, que podian tirar un par de bueyes, é al caer que cayó la grand lombarda, desconcertóse, é perdiéronse de ella algunas cosas que avian tomado á los moros..... Fallaron caida la grand lom-

barda que non se daba ningund remedio é luego en este punto comenzaron á adobar el carro é las otras cosas que eran menester. En fin, tomaron la pequeña lombarda que la pudieron levar treinta hombres de pié, que cortaron ramas é varas de árboles con que la ataron. Los que quedaron con el Condestable enderezaron é cargaron la grand lombarda, que se tardaron más de cuatro horas, é andaba tan poca tierra porque era muy fragosa, é cayó la lombarda tres ó cuatro veces; cada vez iba rodando é los bueyes con ella.»

Pocos resultados darían las famosas lombardas en este sitio, y por eso dice muy oportunamente Almirante: «¿Qué lombardas y qué lombarderos serían aquellos que tardaron *dos días* en atinar á las murallas?» No quedaría muy satisfecho de ellas el Infante cuando vemos que en el de Antequera empleó las antiguas máquinas de tiro parabólico y las bastidas.

Interesante por demas es la descripción del parque de artillería del ejército castellano que hallamos en la *Crónica de Don Juan II* (1) y que copiamos á continuación:

«Determinó al Infante ir sobre Setenil, é luego dió la orden siguiente para llevar los pertrechos, de los cuales el rey D. Enrique había dado cargo á Diego Rodríguez Zapata (2). Y el infante veyendo que uno solo no podía bien sufrir tan gran carga, determinó de lo repartir en la forma siguiente. Mandó llamar á Veslasco Hernández, su contador mayor, é díxole que le diese por escripto algunos caballeros y escuderos de los de su mesnada é de sus vasallos, que fuesen buenas personas é diligentes para les repartir los pertrechos, dando á cada uno su cargo especial. E Velasco Hernandez le dixo: Señor esto puede bien ver Vuestra Señoría por sus libros de las tierras é mercedes é quitaciones, los cuales les mandó luego traer, é vistos; el Infante ordenó que tomasen la carga de los pertrechos para los llevar donde quisiera que fuese, los que aquí dirá: los cuales él escogió por buenos caballeros y escuderos, hijos-dalgo é diligentes para lo hacer, é porque sabía que eran suyos é le amaban hacer placer é servicio.

»E mandó que Juan Hernández de Bovadilla tomase á cargo de llevar la lombarda grande con su cureña, é de las carretas é bueyes que la han de llevar, é hombres que han de ser doscientos.

»Suer Alonso de Solís que tomase cargo de llevar la lombarda Gijon con su cureña, é de las carretas é bueyes é hombres que la han de llevar que son menester ciento é cincuenta.

»Juan Sánchez de Aguilar que tome cargo de llevar la lombarda de la banda con su cureña, é de las carretas é bueyes é hombres que las han de llevar, que son menester para cada una dellas cient é cincuenta.

»Sancho Sánchez de Londoño que tome cargo de las dos lombardas de fuslera con sus cureñas, é de las carretas é bueyes é hombres que los han de llevar, que son menester para cada una de ella cient hombres.

»Fernán Sánchez de Badajoz é Gutier González de Torres, que tomen cargo de llevar diez mantas, cada uno cinco, con los pertrechos que les pertenecen é lleven más la madera necesaria que con ellas viene para las llevar, que son menester ciento é cincuenta hombres.

»Juan Hernandez de Valera que tome cargo de llevar los pertrechos de la mina é del alquitran, é de las carretas é bueyes é hombres que lo han de llevar, que son menester cien hombres.

»Diego Rodríguez Zapata que tome cargo de llevar toda la pólvora, é de las carretas é bueyes que la han de llevar que son menester ochenta hombres, é que lleven más cinco carretas vacías, por que si alguna se quebrase no se detenga la pólvora.

»Sancho Vázquez de Medina é Fernan Rodríguez que tomen cargo de llevar todos los paveses é las carretas, é bueyes é hombres, que son menester ciento é cincuenta.

»Juan Sánchez de Salvatierra que tome cargo de llevar las arcas de los pasadores é carretas é bueyes é hombres, que son menester ochenta.

»Garci Rodríguez é Diego Hernández de Medina que tomen cargo de llevar las nueve fraguas de herreros, é de las carretas é bueyes é hombres que las han de llevar, que son menester ochenta.

»Luis González de Bozmediano que tome cargo de llevar el fierro, que son cincuenta quintales, que son menester para los llevar cincuenta hombres.

»Diego de Monsalve que tome cargo de llevar todas las herramientas, que son picos é azadas é almadanas é azadores é destrales é palas de fierro é clavazón é pernos é chapas é palancas é otras clavazones menudas de las carretas é hombres, que para las llevar son menester ciento é cincuenta.

»Juan Vázquez de Casasola que tome cargo de llevar las muelas de aguzar é los pertrechos que para ella son memester, é de torneros é cordoneros, é de los tacos que están hechos para las lombardas, é de la madera para los hacer si fallecieren, é de las carretas é bueyes é hombres, que son menester para los llevar cincuenta.

»Micer Gilio é Rodrigálvarez de Arévalo que tomen cargo de llevar el ingenio grande con la fustada, é de las carretas é bueyes é hombres que los han de llevar, que son menester doscientos.

»Ruy González de Henestrosa que tome cargo de llevar los diez y seis truenos, é de las carretas é bueyes é hombres que los han de llevar, que son menester cincuenta.

(1) Cap. XXXVII.

(2) Este Diego Rodríguez Zapata es el que figura en cabeza de la lista cronológica de los jefes supremos ó *directores* de artillería en los anuarios del Cuerpo; sin embargo, á quien pertenece de derecho tan preeminente lugar, es al célebre D. Francisco Ramírez de Madrid.

»Pero Sánchez, Jurado de Sevilla, é Fernán Sánchez de Villareal, su sobrino, que tomen cargo de llevar todas las piedras de las lombardas é truenos, é de las carretas é bueyes é hombres, que son menester ciento é cincuenta.

»Juan González de Villanueva que tome cargo de llevar el carbón, é carboneros para cuando fuese menester de lo hacer, é de las carretas é bueyes é hombres que lo han de llevar, que son menester treinta.

»Lope Ruiz de Cárdenas que tenga cargo de hacer cortar toda la madera que fuere menester para exes de carretas é todas las otras que menester hubiere para adobar las carretas que se quebraren, é para hacer tacos para las bombardas.

»Luis González de Ledesma que tome cargo de tener prestos todos los carpinteros.

»Juan Alvarez é Diego de Bolaños que tengan cargo de los pedreros á de les mandar hacer piedras para las bombardas é truenos.

»Luiz González de Salamanca que tome cargo de llevar todos los que han de labrar las hachas.

»Martin Hernández Nieto, que tome cargo de hacer guardar todos los bueyes, así de los que van sobrados, como de los que llevan carga, para lo cual tome cuarenta hombres para los guardar.

»Alonso Alvarez de Bolaños que tome cargo de llevar veinte maestros de adobar carretas, é los lleve repartidos por donde las artillerías fueren, é le den dos carretas con diez hombres, en que lleve las herramientas necesarias; é otrosí lleve cargo de recebir los cueros de bueyes que fueren menester para coyundas para tirar los pertrechos, é que estos veinte hombres cuando no tuviesen que hacer, hagan sogas, porque son necesarias para muchas cosas.

»Juan González de Arenas, vecino de Olmedo, que tome cargo de llevar las escalas en acémilas, é le den para ello quince hombres.»

Se componía, pues, este parque de artillería de cinco bombardas, á saber: la *Grande*, la de *Gigon* y la de la *Banda* y dos que llaman la crónica *de fuslera*, con diez y seis *truenos* ó tiros menores. Por la relación del sitio de Setenil en 1407 aparece que estas cinco lombardas disparaban entre todas *cuarenta veces al dia*, si bien daban muy pocas veces en el blanco. Pero hay que tener en cuenta que además de ser el calibre de las lombardas excesivo, los sirvientes serian muy poco prácticos en el manejo de tales piezas: por otra parte se disparaban pesos tan enormes, que entorpecían la viveza de los fuegos (1).

Esto indujo á reducir los calibres, pero aún así, el manejo de las lombardas no dejaba de ser muy engorroso.

No hay datos suficientes para que podamos consignar el número de lombardas empleadas en la conquista de Granada; sábese sólo que en el sitio de Loja figuraron veinte de las gruesas, y sin contar otras piezas de menor calibre, en dos de las baterías que se emplazaron frente á Málaga, había once lombardas. Los principales directores de la artillería habían venido desde principios del reinado de los monarcas católicos de Alemania, Francia é Italia, lo que prueba que en estos países, y sobre todo en el primero, de donde procedían los más, había alcanzado este ramo mayor perfección que en España. Pero el jefe de todos en la guerra de Granada, fué D. Francisco Rodríguez de Madrid, hidalgo de esta villa, á quien llaman las crónicas *capitán de la artillería*. Del consumo de pólvora, fabricación de municiones, acarreo y manejo de las piezas, dan perfecta idea las citas del diligente Hernando del Pulgar, que hemos hecho en el texto.

Falconete (pág. 275).—La reducción de los calibres en las primitivas piezas de artillería, produjo entre otras el falconete, que se fundía ya de una sola pieza en el siglo XIV y admitia generalmente balas de dos onzas. En el siglo XV era de bronce. Montábase en un eje sobre el que podía girar para dirigir la puntería y formaba parte de la artillería *menuda*. Su longitud era variable; los había de 5 y de 10 piés; también era vario su calibre. En la página 324 figura la descripción de una pieza de esta clase extraída del fondo del mar en Alicante; y no hace mucho tiempo hemos tenido ocasión de ver otra, sacada del fondo del puerto en Barcelona, y que hoy posee un particular de esta ciudad.

Organos (véanse las páginas 276, 289 y 293).— El *Dic. militar* de Almirante da de estas máquinas de guerra la siguiente definición: «Arma antigua de fuego, conveniente en los lugares y ocasiones que, como la brecha de una plaza, requerían gran reunión de fuegos instantáneos. Se reducía á colocar sobre un afuste ó armazón de madera, muchos cañones de fusil que pudiesen dispararse á un tiempo por cualquiera de los mecanismos entonces conocidos. Estas baterías portátiles fueron muy usadas por los españoles, y las había de tantas clases y disposiciones como el ingenio las podia combinar.» Ya se comprenderá que en sus primeros tiempos no estaban formadas estas baterías por cañones de fusil sinó por unas piezas cortas y de poco calibre colocadas bien sobre el plano de una solera, bien al extremo de un mástil, en cuya cabeza cónica ó cilíndrica se aseguraban. El disparo de los cañones era en ambos casos sucesivo (figuras 289 y 293). Otras baterías tenían los cañones colocados en un plano giratorio de forma orbicular (fig. 276), terminando la caja dentro de la que aquél se movía en un timón que permitía fijar la punteria.

Estas baterías usáronse desde fines del siglo XV hasta fines del XVII, pues en 1693 fueron concedidos en Inglaterra dos privilegios de invención para esta clase de máquinas á J. Austin y F. Ball. En la batalla de Rávena se sirvió de ellas el célebre ingeniero Pedro Navarro, contra las tropas de Gastón de Foix. El capitán español Ufano, decía de

(1) En sitio de Balaguer (1413) lanzaban piedras de 7 á 22 arrobas.

ellas á principios del siglo XVII: «Así mesmo hacen el suso dicho advertimiento vna manera de pequeñas pieças de artillería compuestas y unidas en vno en forma de órganos que plata y llanamente por la cámara hacen vn solo cuerpo compuesto de quatro, cinco, seis ó siete pieceçuelas, de la suerte y modo que parece por la presente figura (1).» En casi todos los Museos de Europa se conservan ejemplares de estas baterías, en alguna de las cuales la acción es por tandas.

Caballero de la Orden militar de Calatrava (pág. 277). — Gravemente amenazada por los árabes la villa y castillo de Calatrava, que ocupaban los Templarios, y careciendo el rey D. Sancho de Castilla de medios para auxiliarla, aquellos caballeros no se consideraron con fuerzas suficientes para hacer frente al enemigo y devolvieron al monarca castellano la villa y castillo citados. El rey prometió entonces su donación por juro de heredad á los que se hicieren cargo de ellos, y entonces se presentaron á él dos religiosos cistercienses, fray Raimundo, abad de Fitero, y fray Diego Velázquez, dos hombres que habían trocado la cota de malla por el sayal y que ofrecieron defender á Calatrava. Facilitóles medios pecuniarios para esta empresa el arzobispo de Toledo, y habiendóseles agregado gran número de caballeros, no sólo Calatrava pudo evitar el verse atacada por el enemigo, sino que más de 20,000 personas acudieron á poblar su campo. El abad Raimundo concibió la idea de formar con los monjes y caballeros reunidos en la villa, una orden militar y religiosa sujeta á la regla del Císter, y organizóse entonces la que llevó el nombre de Calatrava, que aprobó el monarca y que tuvo su casa-matriz en esta villa. Los caballeros de esta Orden hacían votos de castidad, pobreza y obediencia. Pablo III concedió á estos caballeros, derecho de casarse y testar. El alto grado de esplendor á que llegó la Órden, se extinguió á fines del siglo XVI, y como las demás, fué incorporada también por los Reyes Católicos á la Corona.

Hé aquí algunos detalles relativos á las enseñas de los caballeros de Calatrava, que reproducimos de un interesante estudio, titulado: *Origen y casa-matriz de la Orden militar de Calatrava*, firmado por el Sr. Alvarez de Araujo.

«El hábito de los calatravos fué en un principio como el de los monjes, pero de corte más apropiado al uso de las armas; desde la separación de los monjes se redujo á un escapulario por bajo de los sayos, con una capilleta igual á la muceta de los obispos, y como la que llevan los canónigos seglares, que, unida al escapulario, lo sacaban por fuera de los sayos; en la cabeza usaban gorra los caballeros y bonete los clérigos, traje que llevaron por espacio de doscientos cuarenta años, hasta que en el de 1397 el papa Benedicto XXIII, á quien España, en el cisma de su época, consideraba como verdadero Vicario de Cristo en la tierra, les dispensó de llevar la capilleta, y en su lugar autorizó el uso de la cruz roja de brazos iguales flordelisados, hecha de paño ó grana, y colocada en el lado izquierdo de las vestiduras exteriores; verificaron el acto de cruzarse el día de Todos los Santos del año 1397, como consta por testimonio que pusieron al respaldo de la bula; y si el Maestre que suplicó y obtuvo esta gracia está representado con capilleta en la estatua de mármol de su sepulcro, no es porque se opusiera á este cambio, como algunos han supuesto, sino porque el sepulcro lo mandó hacer en vida, antes de pedir el uso en las vestiduras de la cruz que usaba la Orden en estandartes y sellos, en un principio negra, luego roja con trabas negras, para distinguirlas de las que usaba la Orden de Santiago, de igual forma, roja sobre blanco, y blanco sobre rojo, sobrecargada de conchas, para diferenciarla á su vez de otras Ordenes que las usaban de la misma forma. Incorporada la administración del Maestrazgo á la Corona de España, en capítulo general se acordó que en el estandarte de la Orden figurase en un lado la imagen de la Virgen en su misterio de la Concepción, y en la otra la cruz roja con las trabas negras, y que el Alférez que lo llevase fuera el Comendador de Almodóvar.»

Caballero de la Orden militar de Alcántara (pág. 277). — Dos poderosos caballeros leoneses instituyeron la Orden de este nombre, animados de igual deseo que el que impulsaba á los fundadores de casi todas estas Ordenes: el proteger el territorio cristiano de las correrías de los moros y el organizarse para derrotar á éstos. El pontífice Alejandro III la aprobó en 1177, y sus primeros caballeros, que se regían por la regla del Císter, residieron en el castillo de San Juan del Peiro, bajo la advocación de cuyo santo instituyeron la Orden; pero habiéndoles sido cedida por el general Maestre de Calatrava la villa de Alcántara, con obligación de defenderla y permanecer desde entonces bajo la dependencia de la de Calatrava, trocó su denominación y enseña, que se modificaron de nuevo al erigirse independientemente en 1441, con aprobación del pontífice Benito XIII. Entonces adoptó la cruz verde flordelisada.

Los caballeros de Alcántara, como los de Santiago y Calatrava, lucharon gloriosamente contra los infieles, y aunque aquella Orden no alcanzó el grado de poder que éstas, no por eso dejó de infundir recelos á la Corona. El pontífice Inocencio VII concedió á Fernando el Católico el Gran Maestrazgo en administración, y otros papas lo confirieron en propiedad á Cárlos I y á los monarcas sucesores.

Con la explicación del objeto, estatutos y hábitos de estas dos Ordenes militares damos fin á la serie de las correspondientes á la Edad media en España, de que nos propusimos dar cuenta en este volumen, mas no sin consignar, para satisfacción de los amantes de asuntos pueriles, que, fuera de estas Ordenes, existieron en España muchas otras

(1) *Tratado de la Artillería y uso de ella, por el capitán Diego Ufano, en las guerras de Flandes.* Bruselas, 1613, pág. 363.

de existencia más ó menos duradera y brillante. Merece, por ejemplo, especial mención en Castilla la *Orden de la Banda*, instituída por Alfonso XI en 1332, según unos y en 1320, segun otros, de la que él mismo fué el gran maestre y en la que sólo podían entrar los infantes y hermanos del rey y los hijos segundos de grandes señores. Tenia 38 estatutos y era su divisa una banda ó cinta de gules ancha de tres dedos, cruzada desde el hombro derecho al costado izquierdo. Quizás de esta invención proceden en nuestros tiempos las innumerables bandas y cintas de todos los colores imaginables que se han esparcido en España y fuera de España. Pero no hay que confundir estos caballeros con otros del reino de León titulados de la *Banda dorada*, Orden de que no queda más recuerdo que este titulo. Tales equivocaciones, si no producirían consecuencias graves en el terreno de la historia, tal vez causaría cierta desazón á los amantes de todo lo que cuenta cierto abolengo y trasciende á palatino y aristocrático (1).

Tan importante como la de la Banda, fué en Aragón y Cataluña la *Orden de San Jorge*, Orden que puede decirse fué instituída en distintos pueblos de Europa; y no es esto de extrañar si se tienen en cuenta las hazañas de aquel famoso caballero que, armado de punta en blanco, derriba al famoso dragón y simboliza el triunfo de la fe sobre el mahometismo y la herejía; de aquel paladín que, como Santiago, aparece en los aires iluminado por luminosa aureola y contribuye al triunfo de las armas cristianas en los campos de batalla. Pedro II instituyó esta Orden en los primeros años del siglo XIII y la dió el nombre de *San Jorge de Alfama*, siendo su distintivo una cruz llana de gules, que después adoptaron los caballeros de Montesa. A esta Orden se incorporó en 1400, y ambas recibieron la común denominación de *Montesa* y *San Jorge*.

En el siglo XIII tuvo también nacimiento otra Orden, que según el Sr. Fernández de Navarrete (2), se instituyó para la gente de mar, la de *Santa Maria de España*, fundada por D. Alfonso X, y cuya divisa, hábito é instituciones se ignora cuáles fuesen. En 1280 se incorporó á la de Santiago, y hasta se ignoraría su existencia á no ser por dos privilegios de 1279, conservados por esta última Orden en su archivo de Uclés.

Además de otras Ordenes, hacen mención las crónicas y memoriales, de distintas otras de que sólo á título de curiosidad puede hacerse mención; por ejemplo, la *de los Lirios*, fundada por Sancho IV de Navarra; la de *San Salvador*, por Alfonso I de Aragón; la *del Hacha*, por el conde Ramón Berenguer, en 1150, y exclusivamente consagrada á las mujeres, pues á éstas fué deudor de la defensa de Tortosa contra los musulmanes; la de *Trujillo*, que creó y disolvió Alfonso XI, y las de la *Paloma* y la *Razón* que debieron su existencia á D. Juan II.

«Los Diccionarios, dice muy oportunamente el Sr. Almirante á propósito de estas instituciones, cuidan de citar con escrupulosidad las varias Ordenes creadas en el transcurso de los tiempos por voluntad de los monarcas, algunas de las cuales, *ni usadas* fueron por los *cortesanos* del mismo fundador, con cuyo cadáver vinieron á enterrarse.»

Para concluir esta breve descripción, estimamos justo hacer constar que la serie de caballeros representada en las páginas del Museo Militar ha sido dibujada por el Sr. D. José Puiggari, Presidente de la *Sociedad Arqueológica Barcelonesa*, correspondiente de la Academia de Historia y autor de una importante y monumental obra inédita de indumentaria.

Caballero de la Orden militar de Avis (pág. 279).—Si bien esta Orden de caballería religiosa no es española, ha sido en un tiempo secuela de la de Calatrava, y entre las portuguesas es de las que ha gozado más larga vida. Escasos datos se tienen relativos á su origen; los menos sospechosos la atribuyen al reinado de Alfonso I, que estableció en Evora el asiento de esta Orden, poniendo la ciudad bajo la advocación de la Vírgen. Más tarde uno de sus grandes maestres se hizo dueño de Avis y trasladó á ella su residencia, adoptando desde entonces la Orden el nombre de esta ciudad, título que confirmó en 1204 el pontífice Inocencio III.

«Las distinguidas mercedes y donaciones que hizo el séptimo maestre de la de Calatrava, dice el Sr. Castro, la colocaron en una especie de clientela, pues los caballeros de Avis en prenda y prueba de su grande agradecimiento adoptaron el emblema religioso y la constitución de aquélla; pero el vínculo de unión entre ambas Ordenes se rompió en tiempo de Pedro II, príncipe que dotó de leyes especiales á la comunidad de Avis y la dió bienes suficientes para que se sostuviese, primero con decoro, después con ostentación extraordinaria.»

El traje primitivo de esta Orden fué un largo escapulario con capucha, y su distintivo una cruz verde estriada, más tarde se acortó el escapulario y se colocó en el hombro izquierdo una cruz orlada de oro, en la forma que aparece en nuestro grabado. En las grandes solemnidades usaban los caballeros el manto capitular.

Caballería árabe (pág. 280).—Están dibujados estos jinetes según unas pinturas de la Alhambra. Ambos llevan rostrillo y toca envuelta á la cabeza y el de primer término, ostenta además de la lanza y espada, una adarga en forma de corazón, va cubierto por flotante alquicel y calza altas botas de cuero.

Adarga árabe, (pág. 281).—Es de hierro primorosamente ornamentada y tiene en el centro una inscripción.

(1) *Memorias de la Academia de la Historia.* Tomo V.

(2) En la *Colección de Epistolas familiares* del Obispo de Mondoñedo, D. Antonio de Guevara, figura una dirigida al conde de Benavente, D. Alonso de Pimentel, en la que se encuentran datos en abundancia relativos á la orden y regla que tenian los antiguos caballeros de la Banda, con una relación de los primeros que formaron parte de ella.

Pertenece esta arma al Sr. Conde de Bell-lloch y figuró en la Exposición retrospectiva celebrada en Barcelona por la Academia de Bellas Artes el año 1867. En el catálogo de los objetos allí presentados, se lee: «Es más que probable que este escudo fuere ejecutado por un armero mudéjar de los que vivían en la época de los de los Reyes Católicos.»

Prócer árabe, (pág. 284.)—Este personaje, lo mismo que el de la pág. 252, es copia de la *Sala de Justicia* de la Alhambra. Su túnica exterior está dividida en dos colores, la mitad bermellón y la otra caña; la interior es blanca; la cenefa de la toca, negra; el puño de la espada, dorado por el medio, y el tahalí aplomado con hevilla. El calzado es de color gris y el cojín del asiento blanco.

Arabe en traje de caza, (pág. 285.)—Esta figura está copiada de la *Sala de Justicia* en el palacio de la Alhambra de Granada, y representa á un musulmán del pueblo, vistiendo un sayo de algodón y cubiertos los hombros y parte superior del pecho por una esclavina provista de capucha: lleva calzas de tejido ligero y una especie de borceguíes. Con la diestra empuña un chuzo.

Moro de la nobleza, (pág. 288).—Como los magnates de la *Sala de Justicia* de la Alhambra, esta figura lleva rostrillo y toca revuelta á la cabeza en forma de turbante: tiene echada á la espalda una capucha y viste doble túnica ceñida al cuerpo por una faja de colores. Sobre los hombros lleva la esclavina sujeta con cintas, y pendiente del izquierdo aparece el tahalí chapeado al que va unida una espada en un todo idéntica á las que llevan los próceres arriba citados. También es idéntico el calzado.

Cascos árabes (pág. 292). — Señalado con el número 2,389 figura en la Armería Real un monumento sobremanera importante, del cual dice el Sr. Amador de los Ríos, «se ha apoderado la tradición para ofrecerlo como trofeo del triunfo de Lepanto.» Como á tal se continúa, en efecto, en el catálogo de dicho Museo, pues se le llama *Casco de Alí-Bajá*, almirante de la escuadra turca en aquella batalla memorable.

Hé aquí como se le describe en el catálogo citado, edición de 1867: «Es de figura cónica, largueado de alto á bajo y formado al parecer de varias piezas unidas, acaso por un procedimiento que ahora no es conocido. Termina en un botón facetado: tiene sobrevista fija, y nasal ó nariguera movible. Toda la pieza estaba nielada de oro, según los restos que han quedado en algunos puntos; y según los inventarios tenía 36 rubíes, 4 turquesas y 2 diamantes, todo lo cual ha desaparecido. En el borde de la sobrevista (que hoy diríamos visera), se halla la siguiente inscripción arábiga: *Refúgiome en Dios (para que me libre) de Satanás el apedreado.—Poco falta para que los descreyentes te miren con ojos maliciosos al oir las amonestaciones (de ese Corán revelado), y digan: seguramente este hombre ha perdido el juicio; pero mienten los tales, pues este libro no es otra cosa que una amonestación para todas las criaturas vivientes.* (Korán, Sura LXVIII, vers. 51 y 52.)

»El nasal tiene un calado en que se vé la siguiente inscripción, empezando á leer por abajo: *No hay más Dios que Alá: Mahoma es el mensajero de Alá.*

»En toda la parte inferior y anterior del casco se halla esta inscripción: *El auxilio de Dios y la victoria están cercanos ¡oh Mohammad! anúnciaselo á los creyentes.* (Korán, Sura LXI, v. 13.)

»En la parte inferior y posterior, y en tres óvalos, se halla lo siguiente: *En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Por cierto que te abrimos un camino manifiesto para que, siguiéndole, te perdone Alá tus pecados pasados y venideros, te conceda p'enamente su gracia, y te dirija por el camino recto (de la salvación).* (Sura XLVIII, versículos 1, 2 y 3.)

»Todos los caracteres arábigos son grabados y las mociones están nieladas de oro, así como el frontal y el nasal. Pesa tres libras y ocho onzas.»

Y en la edición de 1849 se leen además estas palabras: «La opinión de los Sres. Zuloaga, sobre el mérito de esta pieza, es en gran manera ventajosa; creen que es de lo más superior que puede hacerse en el arte.»

El arriba citado, Sr. Amador de los Ríos, sospecha con fundamento que el citado capacete pudo muy bien pertenecer al último rey nazarita de Granada, y en el interesante estudio que consagra á la celada de Abu-abdal-lá Mohammed XI dedica á este casco algunos párrafos de los que extractamos aquí, por el interés que encierran, los más importantes:

«Damasquinado, dice, que es el procedimiento á que aludían los Sres. Zuloaga, sencillo, de forma esbelta y gallarda, facetado todo él y ornadas las facetas por peregrinas labores de oro delicadamente incrustadas, llama desde luego la atención este precioso casco, aunque desprovisto al presente de las piedras preciosas con que procuró enriquecerle su primer propietario. Su figura, sus exornos, la materia en que está labrado, y aún otras circunstancias revelan desde luego que la presente pieza, más sencilla, pero más elegante que las dos celadas atribuídas á Abú-Abdilláh-Mohámmad XI de Granada, hubo de hallarse destinada para algún magnate de tan calificada importancia como lo era el personaje á cuyo nombre la tradición lo refiere...

«...Nada hay, á nuestro humilde juicio, en este *casco, bacinete* ó *capacete* que, oponiéndose á la hipótesis arriba

indicada, acredite, por lo contrario, en forma indubitable, que proceda, en primer lugar, del triunfo de Lepanto, ni que fuese, en segundo, de la pertenencia del almirante de la armada turca. Porque si bien es cierto que alcanzó gran crédito y renombre el sistema empleado en Siria para la fabricación de armas ofensivas y defensivas que las hicieron sobremanera estimables, no lo es ménos, que aun habiendo sido labrada en Damasco, no existe motivo para negar que pudo ser adquirida por Abú-Abdil-láh Mohammad XI de Granada, cuando tan extendido y frecuente era el comercio que de tales piezas hacían los orientales, y tan notorio es el hecho de que las armas damasquinadas fueron usadas por los musulmanes españoles de todos tiempos, quienes las miraron siempre con marcada predilección y preferencia.

»Concurren, sin embargo, en el *capacete* á que aludimos, condiciones muy especiales, que mereciendo ser en este sitio consignadas, suscitan en nosotros la duda de si en lugar de haber sido prenda de la propiedad de *Ali-Bajá*, cual se supone, lo fué de Abú-Abdil-láh Mohammad XI, último vástago de la dinastía de los Al-Ahamares. Son aquellas las que parecen desprenderse de la naturaleza especial, así de los signos en que se hallan escritas las leyendas, como del sentido de las mismas, las cuales, guardando muy estrechas y singulares analogías con la forma cursiva de escritura en que se hallan trazadas todas las inscripciones granadinas, tanto las que resplandecen en los muros de la fantástica Alhambra, como las que se ofrecen en otros muchos objetos producidos por las artes y la industria de aquel reino.»

El Sr. de los Ríos hace notar á este propósito la superioridad de los artistas granadinos sobre los orientales, no tan sólo en la esbeltez, finura y corrección del dibujo y forma de los signos, sinó en la elegante sencillez que hace recomendable esta obra; y halla una nueva prueba en favor de su sospecha en las leyendas del capacete, leyendas que se reproducen en las decoraciones de la Alhambra y otras fábricas levantadas en Granada por los nazaritas. «Si el archivo de la Armería Real, dice, hubiese logrado la fortuna de salvarse de las vicisitudes que ha experimentado aquél regio Museo, tal vez hallaríamos en él la solución apetecida por medio de documentos fehacientes, pues labra muy profundamente en nuestro ánimo la duda respecto el citado capacete.»

Como quiera que sea, este casco (que ocupa en la citada página el costado derecho) es un monumento verdaderamente notable, arqueológicamente considerado, y digno de figurar junto á los de mayor valía que guarda la Armería de Madrid.

De forma idéntica al que acabamos de describir es el capacete que figura á su lado, perteneciente á D. Fernando *el Católico*, y que ostenta adornos dorados sobre un fondo pavonado.

Pedreros (pág. 296).—Dice el Sr. D. Vicente de los Ríos en su *Discurso sobre los ilustres autores é inventores de artillería* (1) que estas piezas fueron inventadas por Mahometo II á mediados del siglo XV. Eran bocas de fuego muy cortas y lanzaban enormes balas de piedra. Montábanse entre una fusta y un cepo y se aseguraban por medio de argollas, planchas y ligamentos. Estas piezas se cargaban con facilidad, pues no necesitaban como las lombardas y otros tiros de recámara supletoria.

Espadas de los Reyes Católicos (pág. 297).—El catálogo de la Real Academia las señala con los números 1696 y 1705, y hace de ellas la descripción siguiente:

«Espada toledana de Fernando V *el Católico*. Guarnición dorada con cruz de brazos caídos, pomo redondo de fachada. Hoja de lomo buido ó arista viva: en el primer tercio, que es dorado, hay una locución compuesta de los versículos 6 y 7 del salmo 117. *Dominus michi adiutor: non timebo quid faciat michi homo: et ego despiciam inimicos meos.* Tiene además cuatro granadas. Termina en punta aguda y en su mayor anchura es de 3 pulgadas y media: largo 2 piés y 10 pulgadas y media. Esta espada la presentó la duquesa de Medinasidonia en 1598.»

«Espada valenciana de Isabel *la Católica*. Guarnición de brazos caídos y con patillas grabadas y doradas. Pomo de fachada, circular y dorado, con la leyenda por un lado de *Nunca veo pas comigo*, y en el otro *Deseo siempre gera* (es decir, guerra). Largo 2 piés, 11 pulgadas, 9 líneas; peso 1 libra y 15 onzas.»

Celada atribuída á Abú-láh-Mohanmad XI (pág. 299).—La hermosa celada atribuída á este rey granadino, vulgarmente llamado *Boabdil* ó rey Chico, es indudablemente uno de los objetos más estimables de la Real Armería, cuyo Catálogo (n.º 2,356) la describe así: «Compónese de varias piezas, en las cuales se ven hermosas lacerías árabes, y grabados plateados: todos los bordes tienen adornos en metal grabados y de gusto bizantino. Esta hermosa pieza debió estar enriquecida de pedrería, la cual le falta, así como la granada de oro que tenía encima, según consta por los antiguos inventarios.»

El Sr. D. R. Amador de los Ríos ha consagrado un estudio especial á esta y otras celadas de la Armería, del que extractamos los siguientes interesantes párrafos:

«Midiendo $0^{m},20$ de altura desde la falda ó gorguera á la cima, por $0^{m},23$ de longitud desde el coronal al occipital, es ciertamente la celada que con el núm. 2,356 figura en la *Armería Real*, pieza de verdadero interés artístico-arqueológico. Enriquecida toda ella de multitud de peregrinas labores, prodigadas con singular profusión en su

(1) Inserto en el tomo IV de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

superficie, ostenta en primer término una orla de filigrana de oro, en la cual sobre menudos exornos, resalta muy gracioso vástago serpeante que, recordando sin duda la tradición bizantina, figura de igual suerte, aunque con mayor y más marcada predilección en estos, así en los monumentos mahometanos de la época de los Omeyyas, como en los de periodos posteriores y aún en los mudejares, hecho de que persuaden muchos objetos dignos de estima... Recorriendo esta orla á manera de fimbria, los bordes de la celada á que aludimos, muéstrase salteada por desdicha en muchos sitios, circunstancia que mientras pone de relieve las vicisitudes experimentadas por el real establecimiento, de que es sin duda uno de sus ornamentos más apreciables, no daña, sin embargo, á la integridad del monumento, ni influye tampoco para inducir á error respecto de su filiación y procedencia.

»Separada por muy ligero bocel completamente liso, y dibujando el movimiento de la celada, ofrécese próximo á la orla referida una moldura ó cordón saliente y convexo cuya superficie avalora una cinta nielada que finge en su desarrollo iguales aunque peregrinos enlaces en toda su extensión, advirtiéndose en los ángulos de la parte delantera de la celada cierta especie de abrazaderas que, partiendo del bocel antes citado, terminan en otro superior y se muestran formadas por una espiga saliente, á cuyos lados se abren varias hojas de pequeñas dimensiones, doradas y grafidas. Otra orla también de filigrana y de dibujo idéntico al de la fimbria que decora el borde de esta pieza, corre por igual sentido que los anteriores, coronada en toda su longitud por las mismas hojas de las abrazaderas antes mencionadas. Labores estas superpuestas han desaparecido en mucha parte y muy principalmente en la posterior, donde no se conserva resto de la orla últimamente mencionada, á despecho de la solicitud con que se procuró recoger los fragmentos existentes de ella al procederse á la organización de la *Armería*.

»Semejante á la moldura citada arriba y fingiéndose como en ella una cinta nielada, la cual se resuelve sobre sí misma para tejer vistosos aunque diferentes nudos y enlaces que se ensanchan y engrandecen en la parte anterior de la celada, hacen inmediata á la precedente una cuarta faja que sirve como de marco y límite á la decoración que ocupa el centro de esta pieza inestimable. Destácase aquella sobre un fondo de menudas labores nieladas figurando elegantes vástagos floridos que se enroscan y terminan ora en flores sexafólias, ora en cierta manera de tenas ó piñas, entretejiéndose y cortándose los mencionados vástagos, de suerte que mientras en la zona superior se muestran en su natural sentido, en la inferior las flores aludidas se miran á la inversa. Interrumpe en dirección vertical esta peregrina decoración, delicadamente plateada, una pieza cuadrangular de $0^m,11$ de longitud por $0^m,6$ de latitud ó ancho, en cuya parte central y recogida por una orla de superficie lisa, aunque adornada por una línea de menudos puntos, se desarrolla un vástago florido que caminando en sentido de la longitud de dicha pieza, ofrece multitud de exornos de muy gracioso movimiento y esmerado dibujo, mientras, sirviendo de remate á esta especie de contrafuerte, broian en toda su extensión multitud de pequeñas hojas doradas y grafidas á modo de vistosa crestería, que produce muy agradable efecto, templando al par la entonación general de la celada.

»Bruñida y exenta de todo exorno en la parte superior ó casco, ostenta adherida á la cima por medio de botones, una especie de diadema que abrazando la convexidad de la celada, y pretendiendo, sin duda, fortalecerla, forma una especie de lomo unido al natural de esta arma defensiva por un tornillo con el cual se ha sustituído la falta de granada de oro con que figura en antiguos inventarios tan interesante objeto; vástagos floridos de igual naturaleza que los que se desenvuelven en la decoración central de la zona inferior, recorren el indicado lomo á uno y otro lado, mientras que la armadura ó corona que á él se muestra enlazada, ostenta una faja de gallardos enlaces plateados, distintos en su generación aunque análogos en su orígen, á los que resaltan en la segunda y cuarta de las fajas anteriormente descritas, brotando finalmente en la parte posterior y por una y otra de las caras del lomo antedicho, dos especies de cuencas á manera de cálices, de las cuales surgían, sin duda alguna, vistosos airones ó garzotas que completaban la ornamentación de la celada.

»No se conserva al presente, ni dan razón de ella los inventarios de la *Real Armería*, ninguna otra de las piezas que hubieron tal vez de figurar en ésta, tales como la visera y la babera, cuya existencia podría, acaso, ser de fácil suposición, dada la circunstancia de ofrecerse en la parte anterior una superficie desprovista de exornos y la de que en ella se marcan las señales de botones ó tornillos en los cuales hubo de sujetarse, sin duda, esta pieza movible al cuerpo de la celada; mas, sea como quiera, pues nada hay tampoco que se oponga á creer que careció de semejante accesorio, no puede menos de reconocerse que aquella arma defensiva merece lugar de preferencia entre las demás que enriquecen las selectas colecciones del Museo histórico donde se conserva.»

Puerta Visagra (pág. 300).—Al conquistar Alfonso VI en 1102 la ciudad de Toledo fué su primer cuidado reparar las fortificaciones de esta plaza, y entre las obras ya existentes que respetó, cuéntase la puerta Visagra, cuya arquitectura revela claramente su procedencia árabe, apesar de que no estén de acuerdo los autores con respecto á la etimología de esta palabra. Y en efecto; su arco principal, así como los dos laterales apuntados, son de herradura; y lo propio puede decirse del que existe en el fondo actualmente tapiado. La parte superior ostenta una línea de saeteras colocadas en recuadros que contribuyen al efecto decorativo y hállase coronada de rotas almenas que le prestan majestuoso carácter.

Tal como actualmente se encuentra, aparece esta puerta á manera de torreón, y es probable que como á tal se dejara subsistente después de reconquistada la ciudad. Considerada como puerta da idea del sistema adoptado por

los moros y que consistía en dejar abiertas tan solo angostas aberturas, con el objeto de hacer imposible toda sorpresa.

La puerta Visagra se abría al Norte y era con las de la Almofalla, la del Cambrón y la de la Almagera, una de las cuatro salidas hacia el campo.

Como tipo del arte árabe en periodo más adelantado, cuenta empero Toledo otra puerta digna de especial mención, la llamada *del Sol*, notable por su airoso conjunto y su bella ornamentación. Abrese entre dos sólidos torreones, uno de los cuales forma esquina y es de figura semicircular, y ofrece tres arcos de herradura, apuntados los exteriores y semicircular el intermedio: una serie de arquitos elegantemente combinados se ostentan en la parte superior y las almenas que coronan la fábrica la dan perfecto remate. Las defensas se reducen á saeteras encuadradas, entre las que aparecen en el torreón semicircular garitas almenadas también y sostenidas por sólidos modillones.

Opinan algunos autores que esta fábrica es de época posterior á la de la reconquista (1102); desde luego es más perfecta y elegante que la de *Visagra*, pero más bien que la imitación, revela su fisonomía un arte que ha llegado á un periodo de completa originalidad y verdadero adelanto.

Espada llamada de Boabdil (pág. 301).—El puño y arriaz de esta espada son de hierro damasquinado; la manzana con que remata termina en un cono truncado y está exornada por caprichosos trazos: los gavilanes del arriaz son dos cabezas de elefante con sus trompas perfectamente representadas y circuídas al exterior de abierta ajaraca: en su parte central presenta aquél unas chapas con inscripciones arábigas, lo propio que en el centro de la caña de la empuñadura. «Esta empuñadura, dice el Sr. Fernández y González en una monografía consagrada á las *Espadas árabes*, es análoga á la de la espada de Aliatar, salvo en la materia, toda de hierro y desprovista de ataujie, aunque con nieles, que probablemente fueron de plata y forman labores, ora cruzadas, ora romboidales, junto con inscripciones magrebinas, así en el pomo ó parte media del puño, como en unos exágonos de las chapas centrales del arriaz, colocadas entre los entallos de ambos lados. Siendo un bracamarte ó espada gineta, cuya longitud no excede á lo conservado de la de Aliatar, difiere no poco en los demás pormenores, como que su hoja sólo tiene un corte, se estrecha considerablemente hacia la punta y forma en el recazo opuesto al filo algunos dentellones y labores pavonadas, y en la parte superior del haz, sobre arábigas inscripciones, muestra esculpida en la hoja el creciente y una estrella en la forma con que se ostenta en las armas modernas de los Estados berberiscos.»

A pesar de que el Catálogo de la Armería (número 1508), dice: «tiene lecturas árabes poco inteligibles,» el distinguido orientalista á quien acabamos de citar las ha traducido tal como sigue:

En ambos lados de la hoja: *No hay más deidad sino Dios; Mahoma es su mensajero.*

Alrededor del pomo en cursivo africano: *Te hemos abierto senda derecha, y de lo que intentares Dios tiene conocimiento cumplido.*

En el puño: *En el nombre de Dios piadoso y clemente. Poderío y auxilio de Dios para nuestro amir.*

Dentro de los escudos figurados en el arriaz. A un lado: *En el nombre de Dios, el eterno, no le embarga estupor.* Al otro: *A Dios* [*gloria*]. *Ha dado muerte nuestro amir al que ha herido* »—*A Dios...* [*la gloria*].

Celada de encaje (pág. 305).—Esta celada se acomoda perfectamente á la cabeza, que defendía totalmente. Es de acero y carece de labores. Como la adarga árabe de que hemos hecho mención figuró en la Exposición barcelonesa del 1867 y pertenece á la sociedad *Taller Rull.*

Soldados de la Hermandad, (pág. 308).—El vestuario y armamento de estos soldados no puede ser más sencillo; un holgado sayo de lana que permite ver la camisa y en él que se destaca la cruz encarnada de la Hermandad, cubre su cuerpo; las piernas unas calzas de paño rojo y los piés unos zapatos de luenga punta. Pendiente del cinturón llevan la espada que con la lanza y un sencillo casco de hierro constituyen sus armas. El de la derecha sostiene la bandera de la Hermandad, en la que campea sobre fondo blanco la cruz roja.

Soldados de los acostamientos (pág. 309).—El que aparece en primer término es un culebrinero que ostenta en la cabeza un casco provisto de ancha visera y cubrenuca, y en el cuerpo un sayo blanco de tejido burdo. Pendiente del cinturón lleva la bolsa de la pólvora y la turquesa, y con la diestra sostiene el bota-fuego.

El ballestero viste igual túnica y lleva cubierta la cabeza con el capuchón. Pendiente de la cintura lleva el aparato de armar y de la espalda la aljaba. Uno y otro de estos soldados llevan calzas de paño y calzan abarcas ó zapatos, según se vé en el mencionado grabado.

Torre de la antigua fortificación de Toledo (inmediata á la puerta Visagra) (pág. 317).—Un punto bastante debatido en la historia militar es el relativo al origen ó invención de los baluartes. Prescindiendo de la cuestión etimológica, ocasionada á muy contradictorios pareceres, pues unos quieren que el baluarte venga de las palabras árabes *Balw-Ward*, otros de las célticas *Burg* y *ward*, quien de la alemana *Bollwerke*, diremos que en España aparece en las crónicas y documentos la palabra *baluarte* en el siglo xv y existen trazas abaluartadas, ó más propiamen-

te hablando, bosquejos del sistema que hoy llamamos abaluartado, en fábricas anteriores á este siglo. Empero, al hacerse mención por vez primera de los baluartes, esta voz se confunde con frecuencia con la de trinchera. «Fué esta obra, dice Clonard, uno de los medios inventados para el ataque de las plazas;» y en efecto, en Pulgar la hallamos citada en distintas ocasiones; «pero con el tiempo, añade, llegó á hacer parte de las combinaciones de la defensa, como sucedió constantemente con todos los progresos del arte en la expugnación de los puntos fortificados.»—«El primitivo baluarte, dice en otro lugar, no tendría probablemente la misma forma que el actual. La ciencia en su primitivo desarrollo ha debido someterle á una serie de modificaciones más ó ménos entendidas y acertadas, á las cuales sucederán otras muy problablemente, porque el tiempo trae consigo todos los días nuevas exigencias y el hombre procura siempre satisfacerlas. Pero es lo cierto que los españoles han sido los primeros en introducir en Europa esta clase de obras, y que de ellos ha recibido el primer impulso el arte de la fortificación, como los demás ramos del vasto departamento de la guerra.»

Este mismo parecer sustenta el Sr. Varela y Limia en su excelente *Resúmen histórico* ya citado:

«Nunca, dice, hemos considerado ni creemos que pueda considerarse el sistema abaluartado como una *invención* en todo el rigor de la palabra, sino como el resultado de los perfeccionamientos sucesivos que en la forma y colocación de las torres fueron sugiriendo á los ingenieros el estudio del arte, la experiencia en el ataque y defensa de los puntos fuertes y las variaciones ocurridas en las armas y máquinas de guerra. Por eso al hablar de las murallas de Guadalajara y del castillo de Niebla (1) hemos citado como meros tipos originarios de la especie de obras defensivas que hoy llevan exclusivamente aquel nombre, y aun mejor habríamos dicho como uno de los puntos más visibles de transición entre la fortificación antigua y la moderna, las torres poligonales de aquellas fortalezas, cuya antigüedad, muy anterior al siglo xv, en que según el testimonio de Promis principiaron á usarse en Italia la referida especie de torres, comprueba que hasta en descubrir y adoptar esa modificación, precursora inmediata del sistema abaluartado, se anticipó nuestro país al resto de Europa. Pero, lo que pone completamente fuera de controversia, á lo menos mientras no se presenten pruebas en contrario de igual autenticidad y fuerza, la precedencia de la España en el uso de los verdaderos baluartes, son los que existen en el frente S. del castillo de Niebla y en Toledo. Y no se nos oponga la sospecha de que tal vez las primeras de estas obras habrán sido construidas en tiempo no muy lejano, porque además de que la historia está ahí para desvanecer toda duda sobre este punto, haciéndonos ver cuándo cesó la importancia militar de aquel castillo y con ella la necesidad de aumentar sus fortificaciones, las de que vamos hablando llevan en sí el sello infalible de la época á que pertenecen. Este sello auténtico é inequívoco consiste en las troneras circulares figurando un globo sobre el cual se eleva una cruz, que se ven en la especie de obra coronada de que se trata, así como en otros parajes del castillo á que corresponde, en los de San Lúcar y Alcalá de Guadaira y en otras fortalezas construidas ó reparadas por los españoles en el tiempo y á medida que iban libertando á su país del yugo sarraceno. como para significar que las ponían bajo el amparo divino, ó para simbolizar el triunfo universal del cristianismo; emblema religioso y patriótico propio de aquellos días de ansia y lucha, que no se encuentra en las fortificaciones de épocas más cercanas á la nuestra. Por otra parte, el pequeño diámetro de dichas troneras, que por lo regular no pasa de un pié, el débil espesor de los muros en que están abiertas, el calado de la cruz que no tenía otro objeto que el de observar la campaña, y otras muchas circunstancias que en ellos se advierten, demuestran que al tiempo de su construcción se hallaba en la infancia el uso de las armas de fuego, dado que fuese conocido. Puede, por lo tanto, asegurarse que la obra coronada del castillo de Niebla data próximamente de su reconquista; es decir, de más de dos siglos y medio antes del año de 1500, en que fija Promis la invención de los baluartes. Finalmente, si todavía quedase alguna duda en lo que acerca de esto opinamos, bastaría para desvanecerla el testimonio de la obra existente en las murallas de Toledo, mucho mejor conservadas que las de Niebla. No hay en ella el menor vestigio que permita ni remotamente, confundirla con las antiguas torres pentagonales, si no antes bien es forzoso reconocer su perfecta identidad de figura y objeto con los baluartes modernos. Las consecuencias que de aquí se infieren son tanto más decisivas y trascendentales, cuanto que el examen detenido que se ha hecho de los antecedentes históricos de aquella ciudad y de las localidades, examen que seria prolijo desenvolver en este lugar, da por resultado cierto y eminentemente probable, que dicha obra fué construída por los árabes, y es por consiguiente anterior al último tercio del siglo xii, época de la reconquista de la enunciada capital por el rey D. Alfonso VI.»

Tales son las respetables y patrióticas opiniones de dos escritores militares españoles. Mas si embrollada aparece la cuestión etimológica, las pruebas de prioridad no van más acordes; presentándolas los italianos bastante valederas, y contando en su apoyo la respetable opinión de escritores propios y estraños. Difícil es, empero, resolver esta cuestión, y opinamos por nuestra parte con el erudito Almirante, quién muy oportunamente dice:

«Si en estas investigaciones históricas se busca guía seguro, lo mejor es dejarse llevar por la sana razón. ¿Y qué razón de ser tenia el baluarte ántes del uso de la artillería y del completo trastorno que ésta introdujo en el ataque y defensa? Ninguna. Rigurosamente ¿qué es el baluarte? Una torre cuadrada cuya cara exterior se tronza hacia adelante, se sustituye por un ángulo. Como todas las grandes invenciones, esta lleva el sello de la sencillez; y asombra por

(1) El Sr. Varela ilustra este asunto con los planos del castillo de Niebla y de los recintos de Toledo, Guadalajara y Barcelona. De esta última ciudad da en un Apéndice el de la muralla que la cerraba desde Atarazanas á Santa Ana, obra comenzada en 1364 y terminada en 1402 y sumamente interesante para seguir los progresos de fortificación.

cierto que los tracistas de tantos siglos, teniendo á la vista los tajamares de los puentes y otras figuras semejantes, no hubiesen dado en el secreto de anular el espacio muerto, como dicen los ingenieros, ó indefenso, que en su frente presentaban las torres de recinto, especialmente las cuadradas. Pero al ver una torre pentagonal construída así en los siglos medios por conveniencia ó por capricho ¿hemos de dar por encontrado, como algunos pretenden, el baluarte original?

»En materias históricas conviene huir de la exagerada sutileza ó del afán de buscar lo remoto del orígen. La verdadera historia del vapor, v. g., arrancará de James Watt, y no del primer puchero que contuvo agua hirviendo.

»El baluarte trae consigo la artillería, al aplicarse á la defensa, que no puede jugar ni servirse con desahogo en las antiguas torres: por eso *vollwerke*, *bastillón*, *bastión* no envuelven en los primeros tiempos, idea de novedad, ni de disposición de líneas en la traza horizontal, sino de mayor espacio y tamaño, de amplitud, de anchura. El cañón sitiador que echa por tierra las altas escarpas antiguas, obliga á las nuevas á achatarse y á encubrirse; el cañón defensor obliga á las torres á dejar más intervalos entre sí, á hacerse más espaciosas por dentro, y muestra más urgente y perentoria necesidad de evitar espacios muertos. En la naturaleza, tanto en el órden moral como en el físico, así que se presenta una derogación ó falta de equilibrio, en cuanto una necesidad se deja real y universalmente sentir, no hay que tener cuidado, ella quedará satisfecha, y muchas veces por el medio menos presumible, por el individuo al parecer ménos «llamado». Parece frivolidad en los eruditos esa tenacidad en considerar el baluarte aislado como tan digno de sus vigilias: lo que ciertamente las merece, es la feliz combinación de esas cinco líneas que constituyen el frente, el sistema abaluartado, y que consumaron una verdadera revolución en la ciencia del ingeniero. Concluyamos: si se nos preguntase ¿quién ha inventado el baluarte? responderíamos sencillamente: *el cañón* (1).»

Carabelas (pág. 320)—Está copiada la que figura en primer lugar, de una carta de marear española de Diego Rivero, y dice su procedencia esta inscripción colocada al pié de la misma en la citada carta: *Vengo del Malueo*. En su construcción y aparejo échase de ver los adelantos de la arquitectura naval, si bien según la autorizada opinión del Sr. Duro, es patente el sello original que liga á esta fábrica con las de principios del siglo. «El aparejo, dice, es más rematado; consta todavía de velas de cruz en los palos mayor y trinquete, pero no son ya volantes las velas de gavia. La mesana sigue siendo latina.»

La embarcación que figura en segundo lugar, créese que es la *nao* de Colón, pues así parece indicarlo una inscripción trazada junto á ella en el original y que corresponde con la antefirma de la carta *Oceana classi* del inmortal navegante. Es, como se ve, una embarcación de tres palos, con velas redondas ó de cruz en el mayor y trinquete, y latina en la mesana.

La nave que figura en el centro es la carabela *Santa Maria* con la que hizo Colón su primer viaje, y está ejecutada según un dibujo existente en el Museo Naval. Es de cuatro palos y tiene en la popa un alto castillo.

La figura colocada en la parte inferior inmediata es una carabela que por su forma, así puede ser española, como portuguesa: en efecto; en ambas naciones eran muy semejantes estos vasos, que por regla general presentaban levantadas sus extremidades, las que se llamaban castillos.

La figura siguiente representa la famosa *nao* de Juan Sebastian del Cano. «Es muy dudosa, dice Duro, que la representación sea exacta, pues está hecha el año de 1673, sin consignar la fuente original de que se ha tomado.» Pertenecen á la portada de un *Arte de Navegar* impreso en dicho año en Madrid.

La embarcación que aparece en segundo término es una carabela portuguesa calcada sobre la carta de marear de Juan de la Cosa (1500) que fué piloto y compañero de Colón en sus dos primeros viajes. Está situada en dicha carta, próxima á la costa de Africa, y es de menor porte que los demás bajeles representados en nuestro grabado: consta de dos palos con velas latinas.

Hombre de armas (pág. 321).—Tal es el nombre con que hasta el siglo XVII se designó al jinete armado de todas piezas, es decir, dotado de armadura completa ó *complida*, como por aquellos tiempos se llamaba, para lo cual era indispensable además que acompañaran á cada lanza dos arqueros, un paje y un escudero. El hombre de armas formaba parte de la caballería llamada *pesada*, esto es bardada y *encapacetada*, para diferenciarla de la ligera ó á la *gineta*, muy popular por cierto en España, donde en ningún tiempo ha logrado preponderancia la caballería *gruesa*.

En diferentes crónicas y documentos de la época se establece de un modo marcado la diferencia entre estas dos clases de caballería, pero muy especialmente en los del siglo XV algo más explícitos y circunstanciados. Tiene, entre otros, verdadera importancia el presupuesto del personal y material del ejército organizado en 1407, que figura en la *Crónica de Don Juan el Segundo, por Fernán Pérez de Guzmán*, en cuyo presupuesto hallamos los siguientes interesantes datos relativos al coste de las *lanzas* ú *hombres de armas*, así como de los *sirvientes* y *peones* que le componían.

Pidió el rey á las Cortes: *Diez mil hombres de armas*, cuatro mil jinetes, cincuenta mil peones ballesteros y lanceros, allende la gente de Andalucía, treinta galeras armadas, cincuenta naos, seis lombardas gruesas, cien tiros menores, dos ingenios, doce trabucos; picos, azadas, pavesas, carretas, bueyes y sueldo para seis meses para la gente.

Los Procuradores echaron sus cuentas, y hallaron que «diez mil lanzas pagadas á diez maravedís cada una, cada

(1) DIC. MILITAR; art. *Baluarte*

día, que montaba el sueldo de seis meses veinte y siete cuentos; é quatro mil ginetes á diez maravedises cada día, que montaba siete cuentos é doscientos mil maravedís; é cincuenta mil hombres de pié á cinco maravedís cada día, que montarían cuarenta y cinco cuentos; el armada de cincuenta naos é treinta galeas, que montarían quince cuentos; é pertrechos de la tierra, de lombardas, é ingenios, é carretas, que podían montar seis cuentos; así que montaría esto cient cuentos é doscientos mil maravedís...»

Echaráse de ver que las diez mil lanzas, según el computo anterior, costarían sólo diez y ocho cuentos, pero esta diferencia, supone un autor, que consistiría en el abono que se hacía de la mitad del sueldo de cada lanza á los arqueros, paje y escudero que acompañaban al *hombre de armas*.

Estas mil lanzas venían á costar al día 4,425 reales, y al mes 18 millones de maravadís, ó sea unos 7.965,000 reales; y los sirvientes 3.982,500 reales al mes. El total de las cantidades destinadas á jinetes ligeros, peones, artillería y naos ascendía á la suma de 100.200,000 maravedís, equivalentes aproximadamente á 44.338,500 reales vellón.

No creemos huelguen aquí estos datos que contribuyen á dar perfecta idea de la organización y coste de un ejército en los primeros años del siglo XV.

Castilla (pág. 328).—Esta hermosa estatua sedente es debida al joven y notable escultor catalán, D. José Carcasó, y como la que simbolizando á *Aragon* dimos á conocer en la página 183, figuró en el concurso de escultura abierto con motivo de la erección del monumento á Colón en la ciudad de Barcelona.

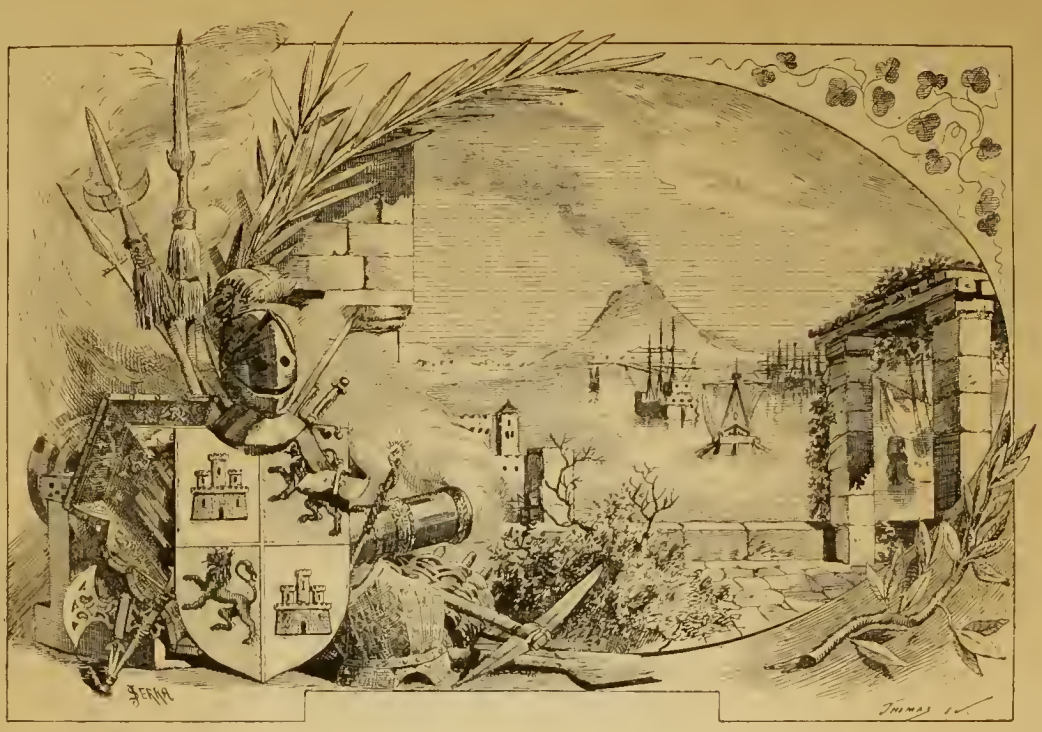
Los Reyes Católicos (Lámina suelta pág. 288).—El retrato de estos dos personajes, lo ha trazado un escritor coetáneo, el diligente cronista Hernando del Pulgar, que se expresa en los siguientes términos:

«Este Rey (D. Fernando) era hombre de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos é llanos, é hombre bien complisionado (complexionado). Tenía la fabla igual, ni presurosa, ni mucho espaciosa. Era de buen entendimiento, é muy templado en su comer y beber, y en los movimientos de su persona, porque ni la ira ni el placer facian en él alteracion. Cavalgaba muy bien á caballo, en silla de la guisa é de la gineta: justaba sueltamente con tanta destreza, que ninguno en sus reinos lo facia mejor. Era gran cazador de aves é home de buen esfuerzo, é gran trabajador en las guerras. De su natural condición era inclinado á facer justicia, é tambien era piadoso é compadecíase de los miserables que veía en alguna angustia. E habia una gracia singular que cualquiera que con él fablase, luego le amaba é le deseaba servir, porque tenia la comunicacion amigable. Era ansimesmo remitido á consejo, en especial de la Reina su mujer, porque conocia su gran suficiencia: desde su niñez fué criado en guerras, do pasó muchos trabajos é peligros de su persona. E porque todas sus rentas gastaba en las cosas de la guerra, y estaba en continas necesidades, no podemos decir que era franco. Home era de verdad, como quiera que las necesidades grandes en que le pusieron las guerras, le facian algunas veces variar. Placíale jugar todos los juegos, de pelota é axedrez é tablas, y en esto gastaba algun tiempo más de lo que debía: é como quiera que amaba mucho á la Reina su muger, pero dábase á otras mugeres. Era hombre muy tratable con todos, especialmente con sus servidores continos.»

Y hablando de D.ª Isabel, dice:

«Esta Reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporcion de sus miembros, muy blanca é rubia: los ojos entre verdes é azules, el mirar gracioso é honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy fermosa é alegre. Era mesurada en la continencia é movimientos de su persona, no bebía vino: era muy buena muger, é placíale tener cerca de sí mugeres ancianas que fuesen buenas é de linaje. Criaba en su palacio doncellas nobles, fijas de los grandes de sus Reinos, lo que no leemos en crónica que ficiese otro tanto otra Reina ninguna. Facia poner gran diligencia en la guarda dellas é de las otras mugeres de su palacio: é dotábalas magníficamente é facíales grandes mercedes por las casar bien. Aborrecía mucho las malas, era muy cortés en sus fablas. Guardaba tanto la continencia del rostro, que aun en los tiempos de sus partos encubría su sentimiento, é forzábase á no mostrar ni decir la pena que en aquella hora sienten é muestran las mugeres. Amaba mucho al Rey su marido é celábalo fuera de toda medida. Era muger muy aguda é discreta, lo cual vemos pocas veces concurrir en una persona; fablaba muy bien, y era de tan excelente ingenio, que en comun de tantos é tan árduos negocios como tenía en la gobernacion de sus reinos se dió á aprender las letras latinas: é alcanzó en tiempo de un año saber en ellas tanto, que entendia cualquier fabla ó escritura latina. Era católica é devota, facia limosnas secretas en lugares debidos, honraba las casas de oracion, visitaba con voluntad los monasterios é casas de religion; en especial aquellas do conocia que guardaban vida honesta, dotábalas magníficamente. Aborrecía extrañamente sortilegios é adivinos, é todas personas de semejantes artes é invenciones. Placíale la conservacion de personas religiosas é de vida honesta, con las cuales muchas veces habia sus consejos particulares: é como quier que oia el parecer de aquellos, é de los otros letrados que cerca della eran, pero por la mayor parte seguia las cosas por su arbitrio. Pareció ser bien afortunada en las cosas que comenzaba. Era muy inclinada á facer justicia, tanto que le era imputado seguir más la via de rigor que de la piedad, y esto facia por remedio á la gran corrupcion de crímenes que falló en el Reino cuando sucedió en él. Queria que sus cartas é mandamientos fuesen cumplidos con diligencia. Esta Reina fué la que estirpó é quitó

la heregia que habia en los Reinos de Castilla é de Aragon, de algunos cristianos de linage de los judios que tornaban á judaizar, é fizo que viviesen como buenos cristianos. En el proveer de las iglesias que vacaron en su tiempo, ovo respeto tan recto, que, pospuesta toda afición, siempre suplicó al Papa por los hombres generosos é grandes letrados é de vida honesta: lo que no se ve con tanta diligencia oviese guardado ningún Rey de los pasados. Honraba los Perlados é Grandes de sus reinos en las lablas y en los asientos, guardando á cada uno su preeminencia, segun la calidad de su persona y dignidad. Era muger de gran corazon, encubria la ira é disimulábala: é por esto que della se conocia, ansí los Grandes del Reino, como todos los otros, temian de caer en su indinacion. De su natural inclinacion era verdadera, é queria mantener su palabra: como quiera que en los movimientos de las guerras é otros grandes fechos que en sus Reinos acaecieron en aquellos tiempos, é algunas mudanzas fechas por algunas personas, la ficieron algunas veces variar. Era muy trabajadora por su persona. Era firme en sus propósitos, de los cuales se retraia con dificultad. Erale imputado que no era franca; oorque no daba vasallos de su patrimonio á los que en aquellos tiempos la sirvieron. Verdad es que con tanta inteligencia guardaba lo de la corona real, que pocas mercedes de villas é tierras le vimos en nuestros tiempos facer, porque falló muchas dellas enagenadas. Pero cuan estrechamente se habia en la conservacion de las tierras, tan franca é liberal era en la distribucion de los gastos continuos é mercedes de grandes cuantías que facia. Decia ella que á los Reyes convenia conservar las tierras; porque enagenándolas perdian las rentas de que deben facer merced para ser amados, é diminuian su poder para ser temidos. Era muger cerimoniosa en sus vestidos é arreos, y en el servicio de su persona; é queria servirse de homes grandes é nobles, é con grande acatamiento é humillacion. No se lee de ningun Rey de los pasados que tan grandes homes toviese por oficiales como tovo. E como quiera que por esta condicion le era imputado algun vicio, diciendo tener pompa demasiada, pero entendemos que ninguna cerimonia en esta vida se puede facer tan por extremo á los Reyes, que mucho más no requiera el estado real.»



ESTUDIO SÉPTIMO

GUERRAS DE ITALIA. — CAMPAÑAS DEL GRAN CAPITÁN

I. España después de la conquista de Granada.—Rebelión de los moriscos.—Su expulsión. — II. Expedición á Italia (1495-1498).—Guerras de Italia (1498-1503). — III. Campaña del Garellano (1503-1504). — IV. Progresos del arte militar en este período.

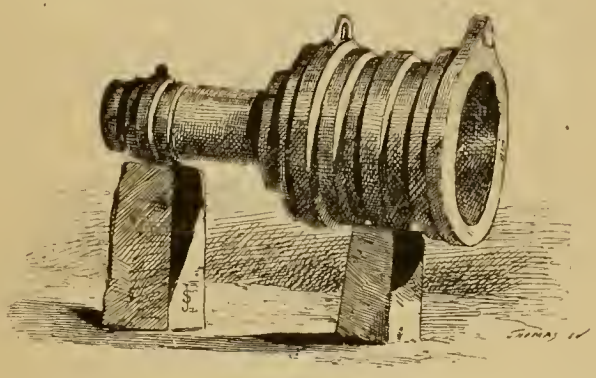
I

Con la conquista de Granada concluye en España la Edad Media. Ha terminado la obra de ocho siglos iniciada en las montañas de Covadonga, y se inaugura un período al que caracterizan otros elementos. Casi puede decirse que España es una, en el sentido de haberse sometido al poderío de los cristianos los defensores del último baluarte del islamismo. Pero conseguida esta unidad, trátase de solidarla con la unidad de las creencias, obra á la que consagran desde aquel momento los monarcas su esfuerzo: á ella sacrificaron nuestra riqueza agrícola é industrial, ella fué el más importante factor de una política que acompañó medidas tan inhumanas como desacertadas.

Refiriéndonos aquí á esa segunda unidad, no podemos echar en olvido el parangón establecido por ilustres escritores, uno de ellos el eminente Balmes, entre los horrores que ofrecen las convulsiones religiosas en países extranjeros y el de las tremendas hecatombes que la Inquisición ofrecía á un nuevo Moloch. Es cuestión de más ó menos sangre; la vista se aparta horrorizada de tan tristes cuadros, pero el corazón no puede, no, avenirse con la persecución sistemática y fría, con los quemaderos de piedra, con los famosos autos que á guisa de fiesta contemplaban el pueblo

y los monarcas, espectáculo que no por ser *nacional*, según opinan muchos, deja de ser menos repugnante. Pueden admitirse las luchas armadas, las carnicerías en las que toman parte animadas por igual fanatismo las sectas; pero cuadro como el que va á ofrecer la España del siglo XVI no fué, por cierto, honroso para la patria. Y es que el espíritu de persecución pasajero, aunque cruel en otros países, se perpetuó, se connaturalizó en España, ahogó la voz de la razón y el grito de la conciencia, y pesó de modo funesto sobre nuestro pueblo.

Insistiendo algunos en considerar como el más preciado beneficio que los Reyes Católicos otorgaron la expulsión de los judíos y los moros, aducen en apoyo de su aserto la enemiga de nuestro pueblo hacia los primeros y los abusos que cometieran en España. Es indudable que existía aquélla; pero no es menos cierto también que, aislados los judíos del resto de la sociedad por sólida barrera, nunca pudieron conservar afectuosas relaciones con el pueblo; lejos de ello, las fanáticas predicaciones de algunos exaltados, los insultos y las violencias de que eran blanco, contribuyeron á ahondar más y más la separación en que vivían. No se nos oculta por eso cuánto pudo influir la sobreexcitación de algunos, unida á la rudeza de los más, en las sangrientas escenas de que fueron



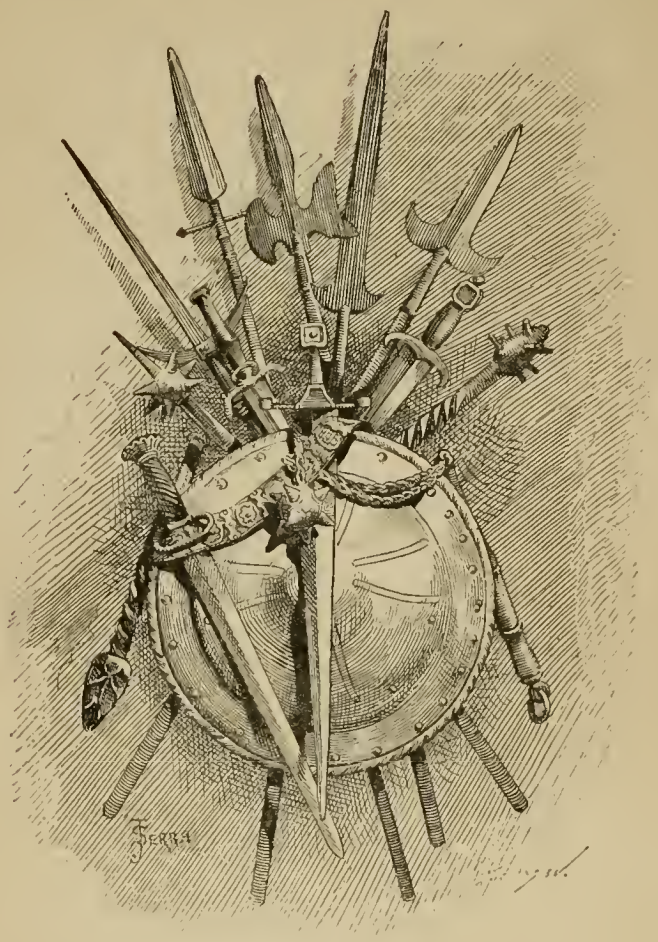
Bate-muro

teatro en España los barrios de los judíos. ¡Qué mucho que tal sucediera allá en el siglo XV, cuando en pleno siglo XIX hemos presenciado violencias y matanzas casi idénticas en países como Alemania y Rusia! Y si posible fuera tal disculpa, diríamos que en estos tiempos hicieron buenos protestantes y cismáticos á los atrasados españoles de aquellos días.

Pero todo lo que de repulsivo tiene para nosotros la raza judía, tiene de simpático la raza morisca: admiramos en su misma caída, y á pesar de la ambición y la bajeza de sus monarcas, rasgos de generosidad que nos halagan, y no pueden menos de movernos el triste cuadro de un pueblo que pierde á la par que su independencia, la libertad de sus creencias.

Los Reyes Católicos no vacilaron ante las consecuencias que tal medida podía acarrear á España, y se concibe: consideraban como obra de Dios la Reconquista y ofrecían en holocausto esas dos razas, condenadas á la expatriación ó á la abjuración de su fe. Querían que España fuera absolutamente *una*, y no podían perdonar medio alguno, por extremo que fuera, para lograrlo. Es cierto que fomentaban su celo algunos religiosos de fervor exaltado. La Iglesia había recibido en el transcurso de la guerra grandes donativos de los príncipes y nobles, sus jerarquías eran muy respetadas, sus decisiones recibidas con acato. Contaba soberbias basílicas; numerosísimas fundaciones; un verdadero ejército de frailes mandados por *generales* (que así se llamaba la más alta jerarquía de las órdenes); institutos religiosos de todo género; y rica, poderosa y respetada se alzaba junto al trono como la genuina personificación del espíritu español. Y este poder que no

hacía sombra á la monarquía, fué el único que en España quedó á la sazón incólume; así es que al par que estimulaba el celo de los monarcas y recababa de ellos ciertas medidas, crecía en importancia y en influencia. Poco importaba que tales medidas despoblaran á nuestra patria; que se perdieran centenares de miles de brazos: en cambio otros tantos miles de almas rogaban al Señor por la dicha de su predilecto país y por el triunfo de sus armas. Así, pues, fué nuestra España un país abundante en aventureros, frailes y soldados. Nuestras guerras exteriores y nuestros



Armas blancas

viajes á la apartada América fomentaban el espíritu militar y emprendedor; y las ideas que predominaban en nuestra sociedad, procuraban á los institutos religiosos respetable contingente.

Y esto es lo que caracteriza, considerando desde el punto de vista social, el nuevo periodo en que va á entrar la nación.

Dispénsenos el lector esta digresion histórica; pues ella explica buena parte de las decadencias de España. Y pasemos ahora á dar, aunque muy compendiosamente, algunas noticias relativas á la sublevación de los moriscos en Granada, las Alpujarras y Serranía de Ronda; sublevación que bien puede considerarse como el triste epílogo de la guerra y conquista de Granada.

En la misma Granada y con fecha de 31 de Marzo de 1492 firmaron los Reyes Católicos aquel

edicto, según el cual debían salir de España en el plazo de cuatro meses todos los judíos, y como si esto no bastara, expidióse en Abril otro en el que se prohibía á todos los cristianos tener, transcurrido este plazo, relación alguna con judíos. Tan terminantes órdenes dieron á comprender á los proscritos que era inútil esperar la revocación de lo mandado, y así, terminado el período que se prefijó, abandonaron nuestro suelo unas ochenta mil personas, cifra que por otra parte no es posible fijar con exactitud. Comenzaba, pues, la despoblación de España, y con razón pudo decir el sultán Bayaceto á los expulsados: «¿Cómo pueden llamar político al rey que así empobrece su tierra y enriquece la nuestra?»

No debian ser más felices los sojuzgados moros. A los ocho años de la conquista empieza la persecución, y como para patentizar cuán opuestos resultados da la afabilidad y la templanza, sobre la imposición y la violencia, ahí está como elocuente ejemplo la conducta seguida por el ilustre conde de Tendilla y el venerable arzobispo Talavera en los primeros tiempos de su gobierno en Granada. Pero se quiso reemplazar la pacífica exhortación que aconseja Jesús, con la exigencia, con el despótico mandato; y al prudente celo de Talavera, siguió el fervor exaltado de Cisneros, que traspasando los límites marcados en la capitulación concedida á los moros acudió á medidas severas para fomentar la conversión.

Lógico fué que los árabes, llevados de indignación justísima, protestaran con las armas contra procederes tan inícuos, y en efecto, formando imponentes masas se hicieron dueños del Albaicín, dispuestos á vender cara su vida y su libertad. Pero afortunadamente el ilustre el conde de Tendilla y el discreto Talavera pudieron penetrar en el barrio en que se fortificaron los sublevados, y convencerlos con poderosas razones. ¡Conmovedor espectáculo el que se ofreció á su vista! Aquellos hombres exaltados y valerosos caían á sus piés derramando lágrimas, besaban sus vestiduras y les saludaban como á sus bienechores! Tan cierto es que en su corazón abierto á la concordia, sólo podía despertar el odio á impulsos de repetidos vejámenes, cuando aun se hallaban agobiados por el dolor de haber perdido el don más caro á que puede aspirar un hombre libre, la independencia patria.

Pero las buenas razones del magnate y del prelado no fueron bastantes á impedir medidas más crueles, como emanadas de orígen más alto. Rodeados los monarcas de prelados como Torquemada y Cisneros, éste animado por exaltado celo, aquél por fanatismo loco; muy apegada Doña Isabel á todo cuanto contribuyera á dar lustre al catolicismo, y hombre Fernando de duro corazón y frío carácter, era dable presumir la suerte que estaba reservada á los vencidos. Y en efecto; púsose á los moros granadinos en la terrible alternativa de abandonar la patria ó la religión de sus mayores; duro trance que impulsó á unos á emigrar y á los más á recibir el bautismo.

La noticia de lo ocurrido en Granada despertó la ira de los moros que habitaban en las Alpujarras, y precipitándose de lo más áspero de estas montañas en gruesas partidas, asolaron el inmediato territorio llegando á hacerse dueños de algunos castillos. Por fortuna se hallaban en Granada el conde de Tendilla y Gonzalo de Córdoba, quienes reuniendo á toda prisa algunas tropas ganaron la sierra y se hicieron dueños de Huéjar, Montújar y otros lugares, no sin hacer prodigios de valor, pues en Huéjar el mismo Gonzalo escaló la muralla y sentó el primero su pié en la plataforma. Tal aspecto presentaba la rebelión que D. Fernando juzgó necesario acudir en persona á reprimirla. Dirigióse en Febrero de 1500 á Lanjarón, situada en el corazón de los montes, y logró rendirla, con lo que consiguió se sometieran á las armas españolas varias plazas fuertes de las Alpujarras.

Era en verdad la lucha sobrado desigual para que en ella obtuvieran la ventaja los habitantes de aquellos montes, y así su rendición total no se hizo esperar; pero dominada por completo en las Alpujarras, estalló al siguiente año en la serranía de Ronda, poblada por los intrépidos Gazeles. Y aquí las dificultades fueron mayores que en aquellos montes; mas decidido el empeño de sus moradores y más formidables las posiciones que defendían. Así se echó de ver ya en el primer momento.

Avanzó desde la ciudad de Ronda á mediados de Marzo de 1502 un ejército cuya vanguardia

mandaba D. Alonso de Aguilar, el centro el conde de Ureña, y el de Cifuentes la retaguadia; y con más valor que prudencia, precipitóse tras de los enemigos que astutamente lo atrajeron hacia el centro de las montañas. Caía la noche y los españoles, no guardando la necesaria formación, marchaban atraídos por el botín que les deparaba el campo moro en apariencia abandonado; cuando de improviso cayeron sobre ellos por cien puntos distintos los bravos montañeses y ejecutaron horrorosa matanza. Dos ilustres militares, D. Alonso de Aguilar, hermano de Gonzalo de Córdoba, y D. Francisco Ramírez de Madrid, hallan la muerte en la pelea; y pocos son los que pueden escapar y acogerse al cuerpo de reserva que á las órdenes del conde de Cifuentes se adelantaba á proteger á la vanguardia y centro. La luz de la aurora puso término á estos horrores y alumbró con sus pálidos rayos, rotas armaduras y cuerpos yertos que cubrían los pasos y veredas.

Tan funesta nueva impulsó al monarca católico á marchar en persona contra los rebeldes, como así lo efectuó en los primeros días del mes de Abril: mas ya había cundido el desaliento entre ellos, comprendiendo cuán desventajosa tenía que ser la lucha con un ejército regular que ocupara los puntos más importantes de la sierra. Sus diputados se adelantaron á implorar del rey humilde perdón; y entonces éste les renovó la terrible disyuntiva en que se pusiera á los moros granadinos: el bautizo ó la expatriación. Y como si esto no bastara, en 14 de Febrero de 1502 expidieron los reyes desde Sevilla una pragmática semejante al edicto contra los judíos, según la cual mandaban que todos los moros no bautizados establecidos en Castilla y en León, mayores de catorce años, siendo varones, y doce siendo hembras, abandonaran en el término de dos meses y medio el país.

Esta medida que saludan alborozados muchos historiadores, como indispensable á la unidad y á la grandeza de España, puso término de momento á las inícuas persecuciones de que fué blanco un pueblo digno de mejor suerte (1).

Los reyes en tanto, si cuidadosos de la unidad religiosa, no estuvieron menos atentos á engrandecer sus prerogativas; y la administración de los maestrazgos de las Ordenes militares concedida á la corona, y la ocupación de sus fortalezas, y el ingreso de sus rentas en el tesoro, hizo desaparecer de la escena uno de tantos poderes que hasta entonces hicieron sombra á la monarquía. Pero robustecida esta en el interior, sus fuerzas iban á expansionarse en un nuevo teatro; y en tanto que sus carabelas realizaban la conquista de la Gran Canaria y la Palma, y el inmortal Colón efectuaba sus descubrimientos y viajes, nuevas complicaciones debían abrir al esfuerzo español más vasto y brillante escenario en el que luciera por igual el genio de sus capitanes y el denuedo de sus soldados.

II

Las guerras de Italia inauguran en nuestra historia militar un período completamente nuevo y original. Acabamos de recorrer el de la Reconquista, fecundo en todo género de luchas, pero en el que, salvo algunas excepciones, no presentan éstas un carácter regular y sistemático, ó por mejor decir, no se prestan á las combinaciones de la gran guerra. Ahora otro es el escenario, otros los beligerantes, más complicados los elementos político-militares que intervienen en el resultado de las campañas y más trascendentales sus efectos en la política europea.

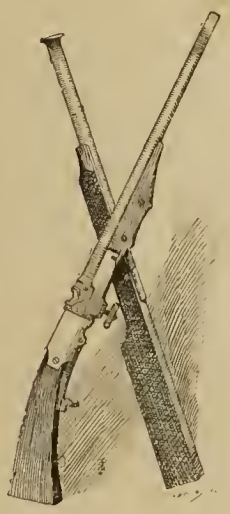
Pero cumple á nuestro propósito dar algunos detalles por lo que á ésta respecta, antes de entrar en el importante estudio de las campañas de Italia, para que el cuadro resulte en lo posible completo y acabado.

La desdichada Italia del *cinquecento* parecía destinada á ser presa de todas las ambiciones: no

(1) Recomendamos á nuestros lectores un interesante estudio titulado *Nuevos datos sobre la guerra y expulsión de los moriscos*, por el Sr. D. Rafael Contreras, que figura en el tomo 66 dela *Revista de España:* estudio que arroja clara luz sobre estos acontecimiento y pinta con exactos colores lo que era la catolica España de los siglos xv y xvi.

bastaba, no, que contase con una serie de príncipes y reyezuelos á cual más atrevido, ni con repúblicas rivales á cual más astuta y falaz, era preciso que cayeran sobre ella como una avalancha por el Norte los soldados de Carlos VIII y Luis XII y que pisaran sus costas las tropas que guiaba el capitán más ilustre de Fernando el *Católico*. Así en la embrollada madeja de su política, pontífices, reyes, príncipes y repúblicas juegan con la más insigne mala fe en las complicaciones político-militares de la época; tejen y destejen á la par la trama diplomática y sus veleidades corren emparejadas con la codicia, con la envidia y con la astucia que caracteriza á tales maquinaciones.

Feudo de la Santa Sede, el reino de Nápoles había pasado, según ya hemos manifestado, después de grandes revueltas y perturbaciones á un bastardo de la casa de Aragón, y ofrecía en la época de que vamos á ocuparnos el triste cuadro de una nobleza turbulenta puesta en abierta pugna con su rey y de un pueblo veleidoso hostil también al trono. Y tales circunstancias, las más á propósito para despertar dormidas ambiciones, lanzaron al monarca francés Carlos VIII á probar fortuna en reinos donde su poder era temido y en los que subsistía aún el recuerdo de la dominación francesa. Así pues, ordenó á sus ejércitos avanzar en dirección á la península; y habiendo sus soldados cruzado fácilmente el Norte de Italia, entraron casi sin luchar en la capital del reino de Nápoles.



Escopeta y espingarda

«Para entender bien las causas de esta expedición, dice el ilustre biógrafo de Gonzalo de Córdoba, y el estado de las cosas, es preciso tomar la narración de mucho más arriba. Con la muerte de Lorenzo de Médicis, principal ciudadano de Florencia, se había roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes Estados de Italia, y al cual debia esta nación algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforcia, dicho el Moro, gobernaba el Milanesado, ó más bien le dominaba bajo el nombre de su sobrino Juan Galeazo; y temiéndose que los florentinos y los reyes de Nápoles tramasen algo contra su poder, recurrió á Carlos VIII, rey de Francia, haciendo alianza con él y excitándole á la conquista del reino de Nápoles. Los derechos que la casa de Anjou pretendia tener á este Estado por las adopciones que Juana I y Juana II habían hecho en diversos príncipes de esta familia habían sido cedidos á Luis XI rey de Francia, padre de Carlos VIII. A esta razón de derecho se llegaba la facilidad con que se suponía podria echarse de Nápoles á la casa reinante malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y avaricia; y sobre todo, la juventud de Carlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchían todos sus cortesanos, y su poder, más absoluto que el de otro ningún rey de Francia, levantado así á fuerza de fatigas y aun de crímenes de su antecesor. En Nápoles reinaba Fernando I, hijo de Alfonso V el Conquistador, príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Este, viendo la tempestad que iba á armarse en su daño, comenzó á conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugerían. Quizá lo hubiera conseguido, pero murió en este tiempo y dejó el trono á su hijo Alfonso, tanto y aun más aborrecido que él, y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que unían á esta casa con la de Aragón podrían ser un contrapeso al peligro inminente; pero Carlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista había allanado todos los obstáculos por esta parte; y cediendo al Rey Católico los Estados del Rosellón y Cerdeña, había exigido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el emperador Maximiliano á quien devolvió el Franco-Condado y el Artois, parte del dote de su mujer; y en fin, para no tener oposición de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisongeaban, el rey de Francia se sometió á pagar á Enrique VII de Inglaterra seiscientos veinte mil escudos de oro para que no le inquietase. Así empezaba cediendo lo que no podia perder para adquirir lo que no podía conservar; y según la expresión de un historiador, se imaginaba el insensato «llegar á la gloria por la senda del oprobio.»

«Carlos, en fin, baja á Italia con un ejército de veinticinco mil infantes y cinco mil caballos; corto número de gente para una expedición tan importante, mucho más careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerla. Pero la Italia estaba dividida, desarmada y poco acostumbrada á la guerra con los muchos años de ociosidad: la audacia, la ligereza y el aparato bélico de los franceses la llenaron de terror, y la expedición de Carlos parecía más bien un viaje que una conquista. Allanado el paso por Placencia, puestos en respeto los florentinos, escarmentado el papa Alejandro VI, que quiso resistir á entrar en sus miras, marcha á Nápoles desamparada de sus reyes, que no osaron oponerse á aquel torrente; y su entrada, parecida á un triunfo, según la majestad y el aparato con que la celebró, le hacía tocar la realidad de los sueños que le habían

Espingardero

halagado en París. Ya con una mano amenazaba la Sicilia y con la otra el imperio de Oriente por los derechos que le había cedido un príncipe de la casa de los Paleólogos, cuando á muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.»

Lógico era que el desposeído rey, unido por los vínculos del parentesco al monarca español, volviera á éste en tan difícil trance su mirada y le demandara el necesario socorro; y más lógico presumir que no diera éste paz á la mano hasta verle á salvo, á cuyo efecto mandó equipar en Sicilia una escuadra y dispuso que un buen cuerpo de tropas á las órdenes de uno de sus caudillos, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, se dirigiese á la península italiana. Entraba en sus cálculos disputar en ella al francés la preponderancia, si no ya la ambiciosa y repugnante mira de desembarazarse cuanto antes de su protegido y jugar por su cuenta y riesgo en las combinaciones de la guerra. Y á la verdad que aquéllos podían ser aventurados tratándose de un ejército poderoso y brillante, que poseía todos los puntos extratégicos de Italia, dotado de excelente artillería, com-

puesta su caballeria de la flor de la nobleza, con una infantería formada por los soldados más reputados entonces, los suizos, en número de 6,000, y de otros tantos gascones; bien abastecido y que contaba por añadidura con poderosa escuadra para conducirle refuerzos y vituallas.

Frente á ejército y á elementos tan poderosos, España opuso sólo un cuerpo de 5,000 hombres bisoños, á los que se unió con algunos leales el rey D. Fernando II en quien había abdicado la corona de Nápoles su padre D. Alfonso. Pero atento á las combinaciones politicas, Fernando V supo arreglar de tal modo la madeja diplomática que organizó contra su rival aquella *santa* ó *santísima* liga (que así la llaman también algunos) en la cual puso de su lado al papa, los venecianos, el emperador y el duque de Milán. Y precisa tener muy en cuenta todos estos factores, porque en aquellos agitados tiempos andaban mezclados y revueltos según soplaba el viento de la fortuna ó movía el fuego de la ambición. Empero; de momento produjo ya tal combinación sus efectos, pues Carlos VIII sin dejar de conservar por eso las plazas más importantes del reino de Nápoles, en el que mandaba Montmorency un respetable ejército, hubo de retirarse de la capital á los cuatro meses de su entrada en ella, y abandonar la Italia con igual precipitación que la invadiera llevando en pos de sí las maldiciones de sus habitantes, que no pudieron recordar sin amargura su funesta entrada en aquel hermoso país.

Superior á todos los elementos de que pudo disponer España, debia ser el genio del caudillo que tenía al frente de su reducido ejército: Gonzalo de Córdoba, que ya alcanzara gran reputación en la guerra de Granada y en el que supieron descubrir los monarcas el primer destello de un genio. Y lo era en efecto; porque reunía las cualidades de un capitán en su grado más alto; el valor y la abnegación de un buen soldado; la politica, la hidalguía y el desprendimiento de un príncipe; la sagacidad y la soltura de un hombre de mundo. Era el hombre perfecto de su época, que tan grandes los tuvo; con ciertos rasgos caballerescos propios unos del pueblo en que había nacido y aprendido otros entre los árabes, con los que tuvo frecuente trato; liberal hasta dejarlo desobras, amante del fausto y atento á superar á sus rivales, no tanto por su valor y su desprendimiento, cuanto por originales rasgos de delicadeza. Pero Gonzalo habia recibido del cielo dones más altos que su nobleza de carácter y su exterior varonil y apuesto; en él alentaban grandes pensamientos, la inspiración acudía á su mente en los instantes más críticos; era un gran artista que concebía con rara prontitud y ejecutaba con mayor rapidez; tenia mirada sagaz, penetrante y generalizadora, y sobre ser previsor, era oportuno. ¡Ah! Dones tan altos no se forman, no, con el estudio de ingeniosas teorías; la Naturaleza los ofrece de tiempo en tiempo reunidos en un individuo; y si el estudio los perfecciona, brillan con toda su originalidad en un momento dado, y resuelven entonces cuantas dificultades presenta á su paso la casualidad, la astucia ó la fuerza.

Tal era Gonzalo de Córdoba.

La guerra comenzada en la Calabria ofrecía para él el doble inconveniente de luchar con la superioridad del enemigo y con el inconsiderado afán de un rey ansioso de recuperar sus dominios; y asi se explica que tras algunas operaciones preliminares, sufrieran las tropas españolas la derrota de Seminara, en la que las fuerzas de los beligerantes no guardaban proporción, ni por el número ni por la calidad. Presentaron los franceses en línea de batalla su famosa gendarmería y las masas de suizos erizadas de picas, y les opusieron los aliados cuatrocientos jinetes ligeros reforzados por escaso número de hombres de armas, y unos mil infantes sin más armas ofensivas que la espada: seis mil bisoños calabreses completan este efectivo, que no podia por ningún concepto luchar ventajosamente con el enemigo.

Situado á la falda de una eminencia al Este de Seminara y teniendo débilmente protegido el frente por un río de caudal escaso que serpentea por dilatada llanura, el ejército español esperó en sus posiciones el ataque de las tropas mandadas por el ilustre caudillo Aubigny que formaron en la parte occidental del río. Avanzó primero la caballería pesada francesa que formaba la izquierda de la linea de batalla y comenzó á cruzar el rio; pero, antes de que hubiesen podido conseguirlo, la derecha aliada constituída por la caballería ligera luchó bravamente con ella, si bien fué rechazada en definitiva á su primera posición. Este movimiento retrógrado de los españoles toma-

do por los calabreses como huida, les infundió tal pavor que se desbandaron por completo, dejando á nuestros soldados y á su rey rodeados por las fuerzas enemigas; y no fué poca fortuna en tal desastre el que pudiera salvarse una parte del ejército aliado, gracias á las hábiles maniobras del Gran Capitán, que atravesando las sierras pudo refugiarse y rehacerse en la ciudad de Reggio.

La batalla de Seminara no fué, pues, decisiva; ambos beligerantes midieron sus fuerzas y pudieron con más ó menos ventaja observarse; pero infundió gran aliento á los barones napolitanos adictos al partido francés que, creyendo en extremo débil á Gonzalo, se dispusieron á atacarle. Sin embargo; el español, que se hallaba atento á esas evoluciones, dispúsose á dar un osado golpe, en el preciso momento en que más confiados estuvieran sus enemigos, y sabedor del punto donde congregaban sus fuerzas, cayendo en una lóbrega noche sobre Laino, aniquila á sus desprevenidos enemigos, y mata y prende á los barones. No le favoreció menos la inacción en que permanecieron los franceses después de su triunfo, gracias á la cual pudo dominar con sus escasas tropas la baja Calabria, mientras D. Fernando, que se dirigió desde los campos de Seminara al territorio de Nápoles, atrae al general francés Montpensier, le desorienta y entra de nuevo en la capital, donde es aclamado de nuevo por sus veleidosos súbditos. Sin embargo; fué indispensable que se unieran las fuerzas de estos dos caudillos para concluir de una vez con el ejército que mandaba Montpensier, y entonces Gonzalo no vaciló en acudir con su ejército á la Apulla, donde juntamente con D. Fernando pusieron sitio á la importante plaza de Atella y consiguieron con su rendición la paz del reino napolitano.

Quedaba, sin embargo, en la Calabria el intrépido Aubigny que, gracias á la ausencia de los españoles, había conseguido algunas ventajas, y allí se trasladó Gonzalo, reduciendo en breve término la dominación francesa á las plazas de Gaeta y Tarento. En tanto moría el activo D. Fernando II sin poder disfrutar de una corona á costa de tantos sacrificios recuperada, y otro monarca no menos digno y desdichado la ceñia ensangrentada y rota en sus sienes. En apariencias la fortuna sonreia aún á su causa y parecia que la protección española debía asegurar á D. Fadrique en el trono de Nápoles. El mismo pontífice romano acudía á Gonzalo en demanda de auxilio, y el Gran Capitán se presentaba ante los muros de Ostia para devolverla á Roma; fácil conquista que le procuró ceremonioso y altísimo homenaje en la corte pontificia y que, unida á la rendición de Trany, baluarte de un príncipe rebelde, puso fin á su primera campaña.

Esta puede muy bien considerarse como el prólogo de la serie de brillantísimas operaciones que debian desarrollarse desde 1498 á 1504. Pero si puede establecerse tal división para el estudio militar, conviene añadir también que las circunstancias políticas ofrecen ya otro carácter: ya no se trata de poner á raya el poder francés, de impedir su preponderancia, de proteger á un deudo: la lucha se reduce á dos ambiciosos que se disputan la dominación de Italia, á dos monarcas católicos, de conciencia bastante holgada para despojar á un tercero de sus dominios mediante convenido reparto, sin perjuicio de arrebatarse luego el resto uno á otro. Ha muerto en Francia Carlos VIII y Luis XII trata de renovar sus pretensiones: Fernando V, que antes apoyara á su pariente D. Fernando, recuerda ahora sus derechos á la corona de Nápoles (1) y trata de arrebatarla á su ilustre é infortunado rey; y nuevas tropas invaden la península italiana, y se forman nuevas ligas, nuevos embrollos y nuevas combinaciones. Esta vez se da el caso de formar el francés junto al papa, Venecia y otros Estados; y de verse obligado á acudir un monarca cristiano, D. Fadrique de Nápoles, en demanda de auxilio al emperador turco Bayaceto; *herejía* que indigna á esos *católicos* reyes y que no salva al desdichado monarca napolitano. «Y entonces, dice Quintana, la Europa vió con asombro y aun con indignación ir las mismas armas y el mismo general á arrojar de Nápoles á aquel príncipe que tres años antes habia sido reconocido y amparado por el rey de España, su tio, á quien no había hecho ni agravio, ni injuria; como si lo que se llama alta política entre los hombres atendiese nunca á estos respetos de generosidad y parentesco.»

(1) Fundábanse éstos en la elección que para suceder en aquel reino había hecho Alfonso V en la persona de su hijo natural, con perjuicio de los herederos legítimos que siguieron reinando en Aragón. D. Juan II protestó contra esta disposición, si bien no pudo hacer valederas con las armas sus pretensiones. Sin embargo; aunque D. Fernando recordara sus antiguos derechos, la indignidad de su conducta no es menos visible, desde el momento en que coadyuvó á que recuperara el destronado rey de Nápoles la corona.

No nos adelantemos al curso de los hechos.

Ascendido al trono Luis XII halló fácil pretexto para lanzar sus tropas sobre el Milasenado en la conducta del duque Luis Sforcia, justamente odiado de sus súbditos: este era el primer paso para avanzar hacia el reino de Nápoles. Mas tales movimientos no podían ser mirados con indiferencia por los vecinos reinos. El emperador de Alemania se apresta á detenerle y trata de invadir la Italia central; bajo su patrocinio es de presumir se levanten en armas los pequeños Estados que sojuzga Francia; y España que cuenta en Sicilia una excelente base de operaciones y que

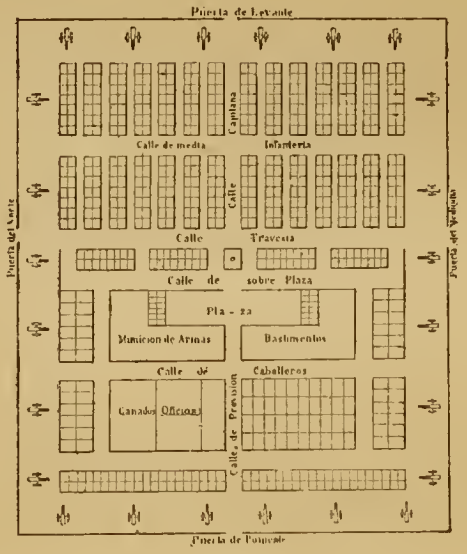
Rodelado

dispone de un aguerrido ejército y de un ilustre general se apercibe á intervenir directamente en Italia.

No quedaba á los franceses en Italia después de su primera campaña otras plazas que Gaeta y Tarento, y Luis XII que ansiaba penetrar en el reino de Nápoles trató á toda costa de procurarse una alianza con los venecianos y con el Papa, alianza contra la que puso en juego el rey español toda su astucia y sus conocimientos diplomáticos. Ello es que Fernando no contaba con los necesarios recursos para hacer frente á Luis XII, pues el erario español estaba exhausto á consecuencia de la dispendiosa guerra de Granada, y ello es, por otra parte, que comprendió de sobra que en el Mediodía de Europa nadie se opondría por lo pronto al paso del francés. Pero no por eso dejaba de tener en cuenta el rey Luis el ejemplo de la anterior campaña, y ¡cosa verdamente increible! llégase entre los dos monarcas á un acuerdo en virtud del que, prescindiéndose

ya de D. Fadrique, se repartieron buenamente los Estados de Italia, adjudicándose el francés con el título de rey de Nápoles la provincia del Abruzzo y tierra de Labor, y el rey de España la Pulia y la Calabria, y para atenuar en parte á la faz de Europa este atentado, alegaron la necesidad de hacer frente á una invasión de los turcos, á los que el apurado D. Fadrique acudiera demandando auxilio.

A la verdad, el sultán Bayaceto amenazaba con una armada formidable las posesiones venecianas de Levante, y tal circunstancia favoreció no poco este pretexto; respondiendo los Reyes Católicos de España á las suplicas de los venecianos con una escuadra de setenta velas y cuatro mil seiscientos hombres mandados por el Gran Capitán. Esta flota zarpó del puerto de Málaga, recogió en Sicilia mil hombres y se dirigió á Corfú, en donde se le incorporaron fuerzas vene-



Campamento

cianas. Seguidamente emprendió el sitio de la plaza de San Jorge de Cefalonia; pues no era lo más prudente aventurarse á perseguir á la escuadra turca que precipitadamente se había retirado á las aguas del Bósforo. Empero, la toma de la citada ciudad, que asienta sobre una enorme y elevada roca, no fué empresa rápida y fácil. La artillería española no pudo abrir brecha en las murallas, y el mismo Pedro Navarro no consiguió por medio alguno derribarla; mas afortunadamente los cañones venecianos alcanzaron abrir un portillo, y entonces un vigoroso asalto hizo dueños á los aliados de la plaza. Tuvo lugar esta brevísima campaña el último año del siglo XV y fué digno coronamiento de las magnas empresas militares llevadas á efecto por los ejércitos españoles en el transcurso de aquellos cien años.

Al principiar el año 1501, estaba de regreso en Italia el Gran Capitán, dispuesto ya á llevar á cumplido término las órdenes de su rey; esto es, á tomar posesión de la Pulia y la Calabria. Pasemos con rapidez por este período en el que, si algo puede satisfacer á un corazón honrado, es la conducta noble y digna de Gonzalo de Córdoba, mandando á D. Fadrique un comisionado con el encargo de suplicar á éste revocase la donación del título de duque que le concediera y le admitiese la renuncia de la fidelidad que le prestara. Esclavo de sus deberes militares, emprendió Gonzalo acto seguido sus operaciones en el extenso país comprendido entre la Pulia y la Calabria

hasta detenerse junto á los muros de Tarento; en tanto que el ejército francés avanzaba por su parte sin disparar un tiro hasta Capua. Aquí lo detuvieron sus valerosos defensores, y el sitio hubiera sido prolongado, á no mediar la traición del conde de Palena.

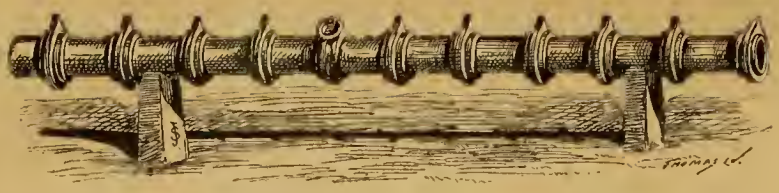
Tarento debía ofrecer obstáculos más serios á los españoles, no tanto por el valor y la fidelidad de su guarnición, que ascendió á la cifra de 6,000 hombres, cuanto por su posición privilegiada, pues rodea á esta ciudad un brazo de mar en lo más estrecho del golfo de su nombre y tenía además comunicación por tierra por medio de dos puentes, á la cabeza de los cuales había dos fortísimos castillos, lo que ofrecía no escasas ventajas para su defensa y refuerzo. Vióse, pues, obligado Gonzalo á establecer primero el bloqueo, luego disponer que la escuadra fondeara en las aguas de la ciudad, y después atrincherar el campo y extender la línea de circunvalación. La lentitud con que corría el tiempo para los soldados encerrados en las trincheras, faltos de recursos y descontentos por adeudárseles algunas pagas, dieron lugar á una imponente insurrección de la soldadesca, que llegó hasta el extremo de amenazar á su general. Pero eran muy grandes la serenidad y sangre fría de aquel hombre que, apartando la pica que va á herirle, recurre á su natural elocuencia y á su conocimiento del corazón humano para hacer vibrar sus fibras más delicadas, recordando las pasadas glorias y las conquistas futuras. «Acordaos, les dice á sus soldados, que sois los héroes de Granada y de Italia; y si esta consideración no halla en vosotros eco, muévaos siquiera vuestro honor hollado casi en presencia de los franceses.» Y sin dar de mano á la justicia que ejecuta en la persona del que le alzara el arma, se abstiene de una intempestiva severidad y espera confiado en que un acontecimiento imprevisto venga en su socorro. Y se presentó, en efecto; pues un galeón genovés con destino al sultán, tocó con rica carga en las aguas de Tarento, y dispuesta su aprensión, tuvieron los epañoles por algún tiempo asegurada la subsistencia.

Pero la prolongación del sitio era difícil; ofrecía graves peligros para el sostenimiento y la moral del ejército; y en apuro tan grave adoptó Gonzalo una de aquellas resoluciones de que sólo son capaces los hombres de gran talla. Ofrecía la ciudad al Norte una ensenada separada de las aguas en que estaba anclada la flota española, por dos estrechas corrientes sobre las que era fácil echar un puente; y, como es consiguiente, eran en este lado los muros mucho más flacos y se veían más desatendidos por los defensores. Tales circunstancias favorecían, en opinión de Gonzalo, un ataque por la ensenada, lo que sería fácil realizar sacando á los buques de las aguas y conduciéndolos por tierra algunas toesas hasta colocarlos en aquella ensenada ó manga de agua bastante profunda para sostenerlos. Y se ejecutó tal como el Gran Capitán lo concibiera en un momento de inspiración, quedando desde aquel momento estrechamente cercada la ciudad por mar y tierra: allí por las galeras de Juan de Lezcano y aquí por las tropas españolas, sólidamente establecidas tras de las trincheras que reforzaban robustas torres. Mas aun así y todo, no hubiera conseguido quizá Gonzalo con facilidad su objeto, si el poco ánimo de la guarnición no le hubiera deparado la victoria. Y por cierto que arroja lo sucedido cierta sombra en la vida del Gran Capitán, sombra que á nuestro modo de ver no ha podido hoy por hoy disiparse del todo, pues no justifica la conducta de Gonzalo la parte que en ello pueda caber al rey de España.

Creyeron los de Tarento que podían entregar la plaza á los españoles, quedando á salvo su lealtad, siempre que pudieran conseguir del sitiador dejara en libertad al príncipe de Calabria, hijo del rey de Nápoles, quien la había confiado á su guarda; y guiados de este espíritu hicieron proposiciones á Gonzalo, pidiéndole una tregua de dos meses, con objeto de poner su determinación en conocimiento del desposeído monarca; mas como transcurriera este plazo y una prórroga de otros dos meses sin haber recibido contestación ni socorro, resolvieron entregarse bajo la condición arriba mentada. Juró Gonzalo cumplirlo así, y como la contestación que esperaban los de la plaza no viniera, ésta fué entregada conforme al concierto; sin embargo, el duque de Calabria quedó en el campo español y poco tiempo después fué enviado en una galera á España. ¿Fué Gonzalo en realidad un perjuro? Así opinan Guiciardini, Prescott, y su mismo biógrafo el ilustre Quintana, quien dice á este propósito: «En vano algunos historiadores le defienden diciendo que no tenía bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante y que el Rey Católico

podía anular una condición hecha sin participación suya; en vano otros, entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del duque era venir á España y no ir á buscar á su padre. ¡Efugios inútiles! ¿A quién persuadirán? Todos, al fin, convienen en que aquel príncipe desgraciado fué traído á España por fuerza, mientras que Tarento, ganada á tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al pacto solemne de la rendición. Pero el conde de Clonard cree haber encontrado un documento que viene á demostrar son erróneas aquellas objeciones. Este documento es una carta dirigida por Gonzalo á los Reyes Católicos desde Tarento, carta que insertamos al pie de esta página (1) y que por lo ambiguo de sus frases á nuestro modo de ver nada justifica, mucho menos tratándose de políticos del siglo XV. Por eso hemos dicho anteriormente que este sucedido es una sombra en la vida de aquel hombre ilustre.

Tarento estaba ya en poder de los españoles; la actitud y la energía de Gonzalo habían conquistado la Pulia y la Calabria para su rey y señor D. Fernando, y el pendón de Castilla tremo-



Pasavolante

laba por fin el 1.º de Marzo de 1502 en aquellas provincias. Pero el término feliz de esta segunda campaña no debía permitir á los españoles dar paz á la espada por un período largo.

En efecto: conseguido su primer objetivo, satisfecha momentáneamente su ambición, iban á luchar entre sí los dos monarcas, valiéndose de cualquier pretexto. En verdad que era el tratado que ambos firmaron sobrado ambiguo, que los límites de los Estados no se hallaban bien definidos y que la división arbitraria de las provincias debía ser por necesidad motivo de discordia (2); pero, aun prescindiendo de esto, no podía, no, renunciar voluntariamente D. Fernando á un reino al que se consideraba con muchos más derechos que el francés; así es que bien puede afirmarse con uno de nuestros historiadores que «el tratado de paz entre españoles y franceses, pudo más bien considerarse como un armisticio». Y á las miras de los monarcas, y á la política de los pueblos, añádase aquí la enemiga de los dos ejércitos, que en esta ocasión se adelantaron á los deseos de sus respectivos soberanos.

Ya mientras Gonzalo se hallaba frente á Tarento acometieron los franceses algunas plazas de la Capitanata, por lo que este general se vió obligado á mandar un cuerpo de tropas para atender á la defensa, recomendando á sus capitanes se limitasen exclusivamente á ella. Pero ni esta pru-

(1) «A VV. AA. por la gracia de Nuestro Señor, en Tarento, el primero día de Marzo, é así en la plática que estaba con el duque sin otro partido ni ofrecimiento demás de certificarle que en todo tiempo sería libre para ir donde quisiese si VV. AA. bien no le tratasen, y que VV. AA. le tenían el respeto que á tal persona como él se debe. El conde de Potenza é algunos de los que están cerca dél han trabajado por apartarle de este propósito y llevarle á Isola: así *yo por muchos modos he procurado reducirle al servicio de VV. AA. hasta tanto que VV. AA. me lo envíen á mandar como de él he de disponer é de lo que con él se ha de facer* y de los contrastes que en éstos han entrevenido. El viernes, que será 11 de Marzo, saldrá de Castellaneta, que es quince millas de aquí, con alguno de estos suyos que le quieren seguir, con alguna buena parte de la compañía de estos criados de VV. AA. para acompañarle.»

(2) En la partición hecha en Nápoles por los dos monarcas se expresaba en términos algo vagos que correspondía al de Francia la tierra de Labor y el Abruzzo, y al de España la Pulla y la Calabria, pero quedaron por designar algunas provincias, la Capitanata y Basilicata y el Principado que fueron la manzana de la discordia, pues cada uno quería adjudicarse su dominio.

dente conducta, ni la entrevista de los generales, ni la remisión de tales diferencias á los respectivos monarcas, pudo evitar una ruptura, ordenando el francés «que se intimara á los españoles la orden de evacuar la Capitanata en el plazo de veinticuatro horas; y que de no verificarlo se les arrojara á viva fuerza de aquella provincia». Luis XII se jactaba de las numerosas fuerzas de que disponía á la sazón en Italia; es decir, mil hombres de armas, tres mil suizos, tres mil quinientos peones franceses y las fuerzas auxiliares mandadas por los nobles angevinos. Gonzalo de Córdoba, en cambio, contaba únicamente con tres mil infantes y otros tantos jinetes, y de su caballería sólo una tercera parte era pesada. El ejército francés se hallaba apoyado por numerosa escuadra dueña del Mediterráneo, estaba bien pagado y abastecido; Gonzalo carecía de fondos, no tenía esperanza de recibir recursos y su ejército se hallaba desatendido hasta el punto de deberse á sus soldados las pagas de muchos meses. También era la posición del francés más ventajosa: colocado en la Lombardía, imponía á Pisa y á Florencia, y le era dado reforzar muy fácilmente su ejército.

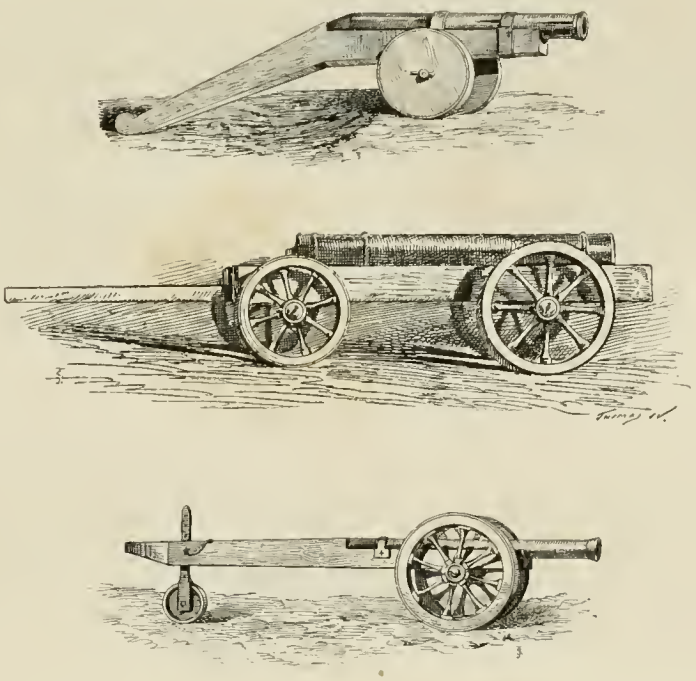
No podía, pues, ser más desfavorable la posición de los españoles, y otro general que no fuera nuestro Gonzalo de Córdoba con facilidad hubiera abandonado puntos que humanamente eran insostenibles. Sin embargo, á semejanza del grande Aníbal, en cuyas virtudes militares parecía haberse inspirado en muchas ocasiones, nuestro héroe se decidió á sostener con sus propias fuerzas aquella guerra, y su mirada de águila vió instantáneamente el punto que debía elegir para poner en práctica su plan. No le era posible diseminar sus fuerzas en una extensa línea, ni conveniente encerrarse en una ciudad fuerte como Tarento, en expectativa de socorros y reducido á la nulidad, y en tales trances descubrió en la posición estratégica de Barleta, el punto más apropiado á sus proyectos. Situada en las márgenes del Adriático, Barleta es la llave de la Pulia, permitía fáciles refuerzos, y en caso necesario una retirada por mar. Así el caudillo español tenía siempre expedito el camino para la Calabria, embarcándose cuando le fuera necesario, y tenía en jaque á los ejércitos franceses. Y esta resolución dió por lo pronto lugar á serias desavenencias entre los caudillos enemigos, que no convenían respecto al partido más oportuno que adoptar. D'Aubigny, á quien había reemplazado el duque de Nemours en el mando en jefe, opinaba que se pusiera sitio en regla á Barleta, mientras otros creían más oportuno que se atacara á Bari y Canosa, en las que dejó una guarnición el español. Sin embargo, el duque ordenó se bloqueara á Barleta, sin perjuicio de poner cerco á Canosa, ciudad situada al Oeste de aquella plaza y defendida por seiscientos soldados á las órdenes de Pedro Navarro.

El ataque de esta última dió el resultado apetecido del general francés, pues á pesar de haber rechazado dos asaltos, la insostenible posición de los sitiados obligó á Gonzalo á darles orden para la capitulación, capitulación por demás honrosa, pues desfiló por medio del enemigo la reducida hueste con bandera desplegada y tocando marcha los instrumentos militares, pasando á incorporarse al ejército encerrado en Barleta. Desde aquel momento esta ciudad fué rigurosamente bloqueada por Nemours, que trasladó á sus inmediaciones su cuartel general, y ordenando á D'Aubigny marchara con algunas fuerzas á la Calabria, permaneció en expectativa de la rendición de Barleta. Reducido casi á la mitad de su ejército, era, sin embargo, bastante poderoso para sostener un rigurosísimo bloqueo, tanto más penoso para sus enemigos, en cuanto no contaban esperanzas de inmediato socorro. Y en verdad que la situación de los españoles fué cada día más apurada, á pesar que no quedara su valor inactivo, gracias á incesantes escaramuzas y á ruidosos duelos (1). La miseria y la peste pesaron desde entonces sobre Barleta: hambrientos, desnudos, fal-

(1) «Los historiadores, dice el autor de la *Historia orgánica*, refieren con mucha complacencia ciertos alardes de caballeresco valor, propios de la índole pundonorosa y susceptible de las dos naciones rivales. Aunque los soldados franceses estuviesen bien poco autorizados para poner en tela de duda el valor de los españoles, vertieron, sin embargo, algunas palabras que hirieron el amor propio de éstos, y fueron causa de un duelo que merece particular descripción. Cada uno de los generales eligió once combatientes, confiándoles la honrosa misión de purificar el mancillado lustre de sus banderas. Entre los campeones de España se distinguían Diego Paredes, famoso por sus colosales fuerzas y por su valor casi épico; los franceses pusieron su principal esperanza en Bayardo, héroe romancesco que mereció de sus compatriotas el epíteto de caballero *sin miedo y sin tacha*. El combate debía verificarse bajo los muros de la ciudad de Tarento. No se estipularon condiciones ni garantías, porque el honor era una garantía más fuerte que el poder de los dos ejércitos enemigos. Los brillantes caballeros que acudieron de uno y otro lado, más iban allí por ostentación y por guardar las reglas del duelo que para proteger la segu-

tos de esperanza, luchaban sin murmurar aquellos soldados, animados por la fe y el ejemplo de su caudillo. El les consolaba y les fortalecía, mientras espiaba con su mirada de águila los movimientos del enemigo, y en la seguridad de recibir algún refuerzo ó utilizar el menor descuido, aguardaba el suspirado instante de abandonar aquellos muros en los que sus bravos perecían miserablemente.

La jactancia francesa deparó á los españoles la salvación. Cansado el de Nemours de la ociosidad en que forzosamente tenía que permanecer su ejército, púsose á la vista de Barleta, á la que cañoneó, retando á Gonzalo con la batalla; mas Gonzalo, no sólo se mantuvo en una prudente



Cañon de campo.—Carro del tren.—Cañon con graduador

expectativa, sino que contestó al trompeta que venía á desafiarle «que estaba acostumbrado á combatir cuando la ocasión y la conveniencia lo pedian, no cuando á su enemigo se le antojara.»

ridad de los campeones. Se convino en que el combate duraria desde las diez de la mañana hasta que el sol abandonase el horizonte, y que los vencedores pudieran disponer á su voluntad de los vencidos.

»Apenas llegó la hora designada, resonaron las trompetas en los cuatro ángulos del palenque, y entraron los caballeros con el ceremonial de costumbre. Venian lujosamente ataviados sobre soberbios corceles, cuyas esbeltas formas estaban en parte cubiertos por ricos pamentos bordados de oro y plata. Un grito de entusiasmo saludó á estos intrépidos campeones, estimulándoles á que llenaran bien y cumplidamente la difícil misión que se les había cometido. Los jueces partieron el campo, y el eco de los instrumentos marciales anunció el principio del combate. El primer choque fué terrible; perdieron sus sillas tres españoles y quedaron muertos cuatro caballos franceses, pero esto solo sirvió para encender la ira de los combatientes.

»Era difícil contener un sentimiento de sorpresa al contemplar un reducido número de hombres peleando durante tantas horas, en un sitio estrecho, sin poder dar un momento de descanso á su fatigado brazo, so pena de exponerse á perder, no una vida que arriesgaban generosamente, sino el honor, sin el cual la vida era una carga insoportable. Todos los recursos que pueden suministrar el valor, la destreza y el largo hábito de combatir, se pusieron en juego de uno y otro lado para reportar una victoria completa sobre sus antagonistas, más los esfuerzos más brillantes y heróicos no pudieron conducir á este resultado definitivo. Sin embargo; al declinar la tarde los españoles llevaban la mejor parte; nueve franceses estaban desmontados, los españoles conservaban todos sus caballos y acosaban vivamente á sus contrarios que se defendían aún, sirviéndoles de baluarte, sus mismos caballos muertos. La victoria de los españoles era ya cuestión de

Creyó entonces el frances haber intimidado á los de Barleta y dió órden para regresar á su real de Canosa; mas Gonzalo expiaba el momento en que levantando su enemigo el campo se retirara con la mayor confianza. El español lanza entonces sobre la retaguardia enemiga su caballeria, reforzándola con dos reducidos cuerpos de infantería que se situaron en un paraje convenido asi que se entabló la pelea. Empeñada ya en ella la retaguardia francesa, fué atraída fácilmente al citado paraje por los jinetes españoles, y entonces, apareciendo de improviso los dos cuerpos emboscados, destrozaron los flancos del enemigo, secundados por la caballería española, que, volviendo grupas, cargaba de nuevo á los franceses.

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta el de Nemours de esta derrota, cuando ya Gonzalo, rápido como el rayo y á favor de las tinieblas de la noche, salia de Barleta, y al amanecer del siguiente día se apoderaba de Rubo, la guarnecía y regresaba de nuevo á la primera. Al propio tiempo la noticia de una victoria conseguida en Calabria por D. Hugo de Cardona, la derrota de la escuadra francesa en las aguas de Otranto y la feliz circunstancia de haber llegado á Barleta seis buques sicilianos cargados de trigo, reanimaron las fuerzas y la esperanza de los heróicos soldados españoles. El Gran Capitán esperaba con ansia el momento de tomar una vigorosa ofensiva: en Rubo se apoderó de mil caballos y en ellos montó seiscientos infantes escogidos, y en apoyo de sus miras debía venir muy en breve un refuerzo de mil *lansquenetes* que en Alemania reclutaba por este tiempo el embajador español. Cardona tenía entre tanto en jaque á d'Aubigny en Calabria, Navarro, que recorria el territorio con algunas tropas ligeras, aumentaba su contingente de voluntarios y el espíritu público se mostraba favorable á nuestras tropas.

Otro género de combinaciones preocupaban por este tiempo á la diplomacia francesa. Desempeñaba en éstas cierto papel el archiduque D. Felipe el *Hermoso,* yerno de los reyes de España, ganoso de acreditar su influencia politica y aparecer como mediador entre dos naciones poderosas. Otorgóle el astuto D. Fernando unos poderes que solicitó con ahinco este principe presuntuoso, poderes en apariencia ilimitados, pero en realidad grandemente restringidos; y ya no se dió punto de reposo el de Austria hasta celebrar un tratado de paz con Francia en Abril de 1503. Pero tal convenio, cuyos artículos no nos detendremos á enumerar aquí (1) sólo era posible lo imaginaran y concibieran inteligencias tan poco previsoras como la del archiduque, y así no llegó, como era de esperar, á ratificarse por parte de los monarcas españoles. Sin embargo; la oficiosidad de D. Felipe llegó hasta el punto de remitir copia de lo convenido al Gran Capitán, previniéndole no prosiguiera las operaciones, según asi lo hizo el de Francia con el duque de Nemours.

A Gonzalo de Cordoba le sobraba perspicacia para no echar de ver cuán disparatadas eran las cláusulas del tratado, sin perjuicio de que no desconocia el limite á que alcanzaban sus atribuciones militares; y por lo mismo hizo caso omiso de las órdenes del archiduque, y ateniéndose á las

tiempo, mas para mengua de su honra les faltó éste, y los rayos del sol dejaron de reflejar en la atmósfera, antes que hubieran podido rendir á los franceses. Los jueces declararon que el duelo no podia prolongarse, y suspendieron el furor de los campeones que recibieron la declaración honorifica de haberse producido como «buenos y esforzados caballeros.» Mas parece que el Gran Capitán sintió mucho que el combate quedara indeciso, pues habiéndole dicho uno de los combatientes: «Por fin hemos logrado hacer ver á los franceses que somos tan buenos como ellos» repuso Gonzalo con el frio acento de la ironia: «Yo os envié por mejores.»

»Los cronistas franceses refieren otro combate singular sostenido por su compatriota Bayardo y el español Alonso de Sotomayor, y en que éste, más fuerte y más vigoroso, fué sin embargo victima de la superior destreza del francés.

»Estas lides parciales, aunque no tuvieron grande influencia sobre el éxito material de las operaciones, contribuian, sin embargo, á mantener la moral de los ejércitos, á robustecer en ellos el espiritu de la nacionalidad á producir una noble emulación en los hechos de armas más trascendentales y á disipar el tedio que engendra en el ánimo de los soldados, la inmovilidad de un largo campamento. Por medio de todos estos resortes se mantenia el nervio de la disciplina.»

(1) Reducianse al casamiento de Carlos hijo del archiduque (el más tarde emperador Carlos V) con Claudia, hija de Luis XII, ambos aun sumamente niños. Este rey y el de España debian renunciar sus derechos al trono de Nápoles en aquellos, que tomarian el titulo de reyes, si bien hasta su mayor edad quedarían los dominios disputados dependientes de Felipe, subsistiendo la antigua división respecto á los que ocupaban franceses y españoles. Este tratado inspirado al yerno de los Reyes Católicos D. Felipe por la idea de su futura dominación en España, no podia convenir en manera alguna á D. Fernando el *Católico,* no sólo por las eventualidades á que podia dar lugar, sino por atacar á los derechos de que estaba en posesión. Sin embargo, si bien permitió que su yerno se ocupara de este asunto, añadió á sus poderes instrucciones que los restringían notablemente; así que, á pesar de creer el irreflexivo D. Felipe ya seguro el acuerdo, no llegó á ratificarse y prosiguió la guerra. Aseguran algunos historiadores que Gonzalo habia recibido con alguna anterioridad á la fecha de su firma, instrucciones reservadas de su rey, con objeto de que sólo se atuviera á las órdenes emanadas directamente de España, é imputan los franceses lo ocurrido á mala fé de D. Fernando. Pero no es fácil que Gonzalo desconociera los propósitos de su soberano al seguir con tanta energia la linea de conducta que adoptó.

que recibiera de sus reyes, prosiguió con su acostumbrada actividad la guerra. Entonces el francés, vista la actitud resuelta de Gonzalo, comprendió que era preciso adoptar medidas prontas y enérgicas; y sin pérdida de tiempo ordenó que se concentraran todos los destacamentos diseminados en la Pulla á fin de hacer frente á los españoles, si, como era de suponer, abandonaban á Barleta. Pero en este intervalo Pedro Navarro destrozaba al frente de un pequeño cuerpo al duque de Atri en las inmediaciones de Bari y corria á reunirse con Gonzalo de Córdoba.

En estos momentos reconoció el duque de Nemours los inconvenientes que la segregación de fuerzas llevaba consigo y se decidió á llamar á su lado á d'Aubigny; mas por desgracia hallábase este en presencia de un gravísimo peligro; pues una escuadra mandada por D. Luis Fernández de Portocorrero, á quien reemplazó muy en breve como general en jefe Fernando de Andrade, apareció en las costas italianas, y desembarcó en ellas mil soldados que debían, en unión con las tropas que en la Calabria mandaban Benavides y Cardona, auxiliar á la plaza de Terranova.

El 21 de Abril de 1502 estas fuerzas se encontraban frente á las francesas en las inmediaciones de Seminara, nombre que despertaba tristes recuerdos en el corazón español.

De antemano preparados los franceses se habían fortificado en la margen derecha del Marro, cuyo paso trataron de impedir emplazando en la misma una batería y levantando un fuerte parapeto: mil quinientos infantes suizos y gascones y tres mil napolitanos ocupaban la aldea de Giova y dos millas á retaguardia de esta fuerza se hallaba situada su caballería compuesta de seiscientos caballos ligeros y trescientos hombres de armas. Inferior en número y calidad la caballería del ejército español, contaba éste con una infantería superior; constituyendo una y otra un total de cuatro mil ochocientos hombres.

La maniobra de los españoles revela profundo conocimiento y rara habilidad. Su vanguardia despliega frente á la posición francesa y oculta el movimiento de la retaguardia y centro con objeto de pasar el río Marro, rebasar la posición de Giova y destrozar el ala derecha enemiga. Este habilísimo movimiento fué descubierto tardíamente por d'Aubigny, pues cuando intentó impedir el paso del río, ya los españoles estaban organizados en la orilla derecha y emprendían una ofensiva vigorosa. Tan brusca fué esta acometida, que la infantería napolitana no pudo resistirla, y la caballería francesa y la infantería suiza que trataron de sostener el honor de las armas, fueron envueltas y destrozadas. Y fué completa la victoria, pues además de caer prisioneros muchos barones angevinos, ni el mismo Aubigny pudo salvarse: empero, es conveniente consignar aquí, que bien fuese por rivalidad con el de Nemours, bien porque efectivamente no creyera oportuno dejar abandonada la Calabria, ello es que pagó con su libertad, el no haber acudido con urgencia al llamamiento del duque.

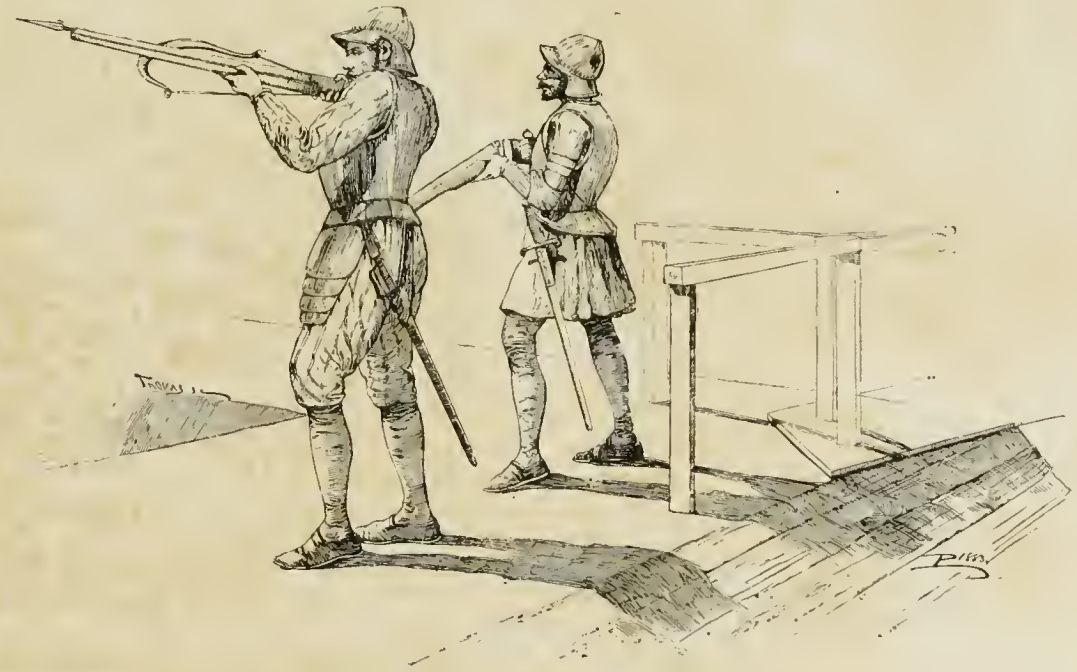
Siete días después que Andrade conseguía en la Calabria este triunfo, salía Gonzalo de Barleta, cruzaba el Ofanto, y después de una marcha tan penosa que hubo necesidad de que cada jinete llevara á la grupa de sus caballos un infante, se fortificaba á diez y seis millas de aquella ciudad, en la aldea de Ceriñola. Esta aldea ocupa una eminencia cuyas laderas están plantadas de viñedos y á cuyos piés se extiende un profundo barranco, en cuyo fondo clavaron los españoles puntiagudas estacas. La posición no podía ser más excelente para anular la superioridad de la caballería francesa y el único punto débil que ofrecía, el flanco izquierdo, fué defendido por un parapeto y cuatro piezas de artillería.

A la caída de la tarde llegaban los franceses frente á Ceriñola y reunidos en consejo los capitanes, Nemours opinó que se esperara al siguiente día para atacar; pero Ivo de Alegre y Chaudieu hicieron prevalecer el dictamen de que el ataque no se difiriera y arrastraron consigo á sus compañeros. El digno Nemours dió entonces sus órdenes y el ejército se apercibió al combate cuando las sombras de la noche principiaban á envolver el campo. Guiaba la caballería pesada, Luis de Ars, la ligera Ivo de Alegre, el coronel suizo Chaudieu la infantería suiza y gascona, y el duque de Nemours dirigía la vanguardia compuesta de hombres de armas. Gonzalo había colocado en el centro los alemanes armados de largas picas; en las dos alas la infantería española, mandando la derecha Pizarro, Zamudio y Villalba; y la izquierda Diego García de Paredes y Pedro Navarro, á

quienes encargó proteger la artillería. Diego de Mendoza y Fabricio Colona mandaban la caballería pesada, y la ligera Pedro de Paz y Próspero Colona. Congregada se hallaba, pues, en Ceriñola la pléyade de ilustres guerreros que hizo notables los fastos militares en la época del Renacimiento.

En esta disposición dió principio Nemours al ataque, lanzándose al frente de sus hombres de armas sobre la izquierda española; pero fué contenido por los primeros disparos de la artillería enemiga á los que siguió súbitamente una espantosa detonación producida por el almacén de pólvora español que volaba en aquel crítico momento. ¡Contratiempo funesto! Gonzalo imperturbable trata de hacerse superior á él, y en un sublime arranque pronuncia las palabras: «¡Animo, compañeros, son las luminarias de la victoria!» Y el combate continúa encarnizado y terrible en tenebrosa oscuridad que de tiempo en tiempo disipa el lúgubre fulgor de los arcabuces.

Libre Nemours del fuego de la artillería, trata de arrojarse sobre la trinchera, más tan impe-



Ballestero y escopetero

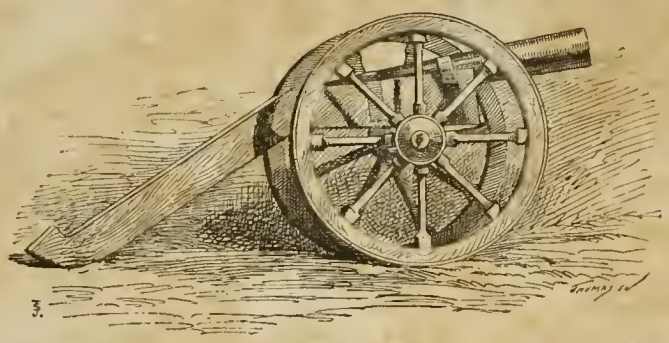
tuosa es la carga, que caballos y jinetes ruedan al fondo del barranco en confusión horrible, y el resto se vé obligado á efectuar una marcha de flanco en la que es diezmado por los arcabuces de los españoles: en aquel crítico momento perece el intrépido duque de Nemours entre los restos de su brillante caballería; y en vano avanza Chaudieu contra el centro, pues reciben á los suizos y gascones las picas de los lansquenetes, y los aniquila el fuego de los arcabuceros que protejen el flanco de los alemanes. Chaudieu cae á la tercera acometida atravesado por una bala, y su gente se desordena confundiéndose con la caballería.

Este es el momento decisivo para Gonzalo: dispone un ataque general en toda la línea, y lanza su ejército desde las trincheras para arrollar y concluir con los enemigos: el pánico es terrible en aquellos momentos, unos perecen, otros se desbandan, y el presuntuoso Ivo de Alegre es de los que se salvan escapando á uña de caballo. Tres mil hombres perdieron los franceses, trece piezas de artillería y todos sus bagajes y banderas.

Prescindiendo del acuerdo fatal de atacar de noche una posición fortificada; llevar las tropas

por refuerzos sucesivos al fuego y sacrificarlas en acometidas parciales, no era lo más oportuno ni acertado. Es cierto que la ventaja estaba de parte de los españoles que supieron elegir una soberbia posición; pero en cambio hubieron de experimentar el tropiezo de volar su almacén de municiones, y no les era dado suponer tampoco que sus enemigos les ofrecieran la ventaja de un ataque nocturno.

La suerte de la campaña después de esta victoria, dependía ya tan sólo de la rapidez de las operaciones, y el caudillo español decidió por lo mismo avanzar hacia Nápoles. Fabricio Colona marchó á someter la provincia del Abruzo, y el grueso del ejército siguió hasta Benevento, haciendo en la capital su solemne entrada el día 14 de Mayo. No podía darse triunfo más sorprendente. Ceriñola, Canosa, Melfi y todas las provincias convecinas se entregaron á consecuencia de este triunfo al Gran Capitán; Nápoles no esperó la llegada de sus tropas; adelantáronse á recibirlas sus síndicos, y el caudillo español fué recibido en ella con honores de rey, siendo espectadores de este



Pieza de campo

acontecimientos los franceses que guarnecían los castillos del Ovo y Nuevo. Así pasó á poder de España aquel reino que en poco más de ocho años contó siete reyes, nación incapaz de defenderse y mucho menos de ser fiel á los vencedores que su mala fortuna la deparaba.

Quedadan sin embargo por ganar en la misma capital los dos citados castillos, y esta empresa intentó llevarla á efecto Gonzalo antes de emprender sus operaciones contra Gaeta, donde se habían recogido las reliquias del ejército francés. Las dificultades que aquella presentaba, únicamente podía vencerlas la pericia de Navarro, cuyo terrible invento de aplicar la pólvora á las minas se consideraba como el medio más seguro de rendir una fortaleza. Y en efecto; á la intimación desechada por los sitiados, siguió el ataque, volando á impulso de la mina en mil pedazos la muralla y dejando abierto ancho boquete por donde penetraron en tropel los españoles. Luchóse con furor en el adarve, en la puerta del castillo, en cuyo puente se mantuvo recia por demás la pelea, y últimamente en la ciudadela á la que se retiró la guarnición; pero los nuestros no cejaron en su empeño, y después de largas horas de combatir, desatendiendo tardías proposiciones de entrega y oyendo sólo la voz de la venganza, coronaron el muro, acuchillaron casi toda la guarnición y entraron en la ciudadela á saco. En este trance dícese que algunos soldados hubieron de quejarse de lo poco que les tocara en el despojo y su generoso caudillo les contestó estas palabras: «Id á mi casa, ponedla á saco y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna,» frases que revelan toda la magnanimidad de aquel gran corazón.

No se dejó el Gran Capitán deslumbrar por tan repetidos triunfos. Si en la capital quedaba todavía un castillo por tomar, en Gaeta se hallaban las reliquias del ejército de Nemours, con el general Ivo Alegre y los principales señores angevinos. Esta importante ciudad, además de ser

plaza fuerte de primer orden, reunía excepcionales condiciones por hallarse asentada junto al mar, que tenían por suyo los franceses, y por el que esperaban de un momento á otro la llegada del marqués de Saluzzo con numerosas tropas. Partió hacia ella Gonzalo el 18 de Junio (1503) dejando confiado el cerco del castillo Nuevo á Navarro; cruzó el río Garellano, y después de haber efectuado una diversión por Anversa y Capua, presentóse frente á Monte-Casino, á cuya guarnición intimó la entrega: el 26 asentó su campo en la ribera derecha del Garellano y tres días después se presentó frente á Roca Guillerma que tomó por asalto. Seguidamente marchó á Gaeta y estableció sus reales en el arrabal ó burgo el día 1.° de Julio; la escuadra española, mandada por D. Ramón de Cardona y compuesta de diez y ocho galeras cerraba la boca del puerto, y la ciudad quedaba completamente ceñida por mar y tierra. Pero ni lo riguroso del cerco, ni el valor de los españoles, fueron partes á conseguir la rendición. Protegidos por sus excelentes murallas y la fortaleza de Monte Orlando que se levanta en lugar eminente y escabroso, los franceses supieron hacer frente á los repetidos ataques de los españoles con tanta bravura como buena fortuna. Había construído en la pendiente del monte varios fuertes escalonados que hacían por todo extremo difícil el acceso y provistos de buena artillería resistieron tan enérgicamente á los atacantes, que el sitiador, rudamente quebrantado, hubo de retirar sus reales á mayor distancia de la plaza. Hallándose frente á ella, recibió la noticia de haberse rendido el castillo Nuevo (11 de Junio), acerca de cuya expugnación dice el historiador Guicciardini: «Navarro mandó construir unas barcas cubiertas, con las que se acercó sin gran peligro á los muros de Castelnuovo, y empezó á abrir una mina en el costado que mira á Pizzofalione, sin que lo echaran de ver los sitiados. Esta mina hizo volar una parte del muro con los soldados que lo defendían, y tan aterrorizado quedó el resto de la guarnición, que abandonó el fuerte, en donde seguidamente entró el enemigo. El feliz resultado de tal empresa cubrió de gloria á Navarro, pareciendo este sistema de ataque tan espantoso cuanto no se hallaba medio de evitarlo; y la opinión más general fué que en adelante no se podrían resistir los efectos de las minas.»

Rendido este último baluarte de los franceses en Nápoles, incorporóse Navarro á las tropas del Gran Capitán, que, dispuesto á rendir la plaza, continuaba con su ejército en las inmediaciones de la misma. Empero las dificultades con que hasta entonces había tropezado y que contribuyeron á enflaquecer su gente, se hicieron insuperables con la llegada de una escuadra en la que venía el marqués de Saluzzo al frente de cuatro mil soldados. Ni la escuadra española pudo hacer frente á los buques enemigos, superiores en número, ni podía el Gran Capitán intentar la continuación del bloqueo; por lo que levantando sus reales de Castellone, á donde se retrajera en espectativa de los sucesos, cruzó de nuevo el Garellano, y dejando alguna fuerza en el sitio de Roca-Evandria, hizóse fuerte en San Germán, punto eminentemente estratégico, desde el que dominaba la línea del Garellano que le servía de antemural y al que protegían á la derecha las estribaciones del Abruzzo y á la izquierda un terreno fragoso y cercado por torrentes.

Así quedó terminada esta campaña. La Calabria y el Abruzzo pasaron á poder de los españoles, y brilló espléndida en el cielo de Italia la estrella de su fortuna.

III

Fácil es presumir el doloroso efecto que en el corazón de Luis XII produjo la derrota de sus brillantes ejércitos, la muerte de Nemours, la prisión d'Aubigny, y la pérdida de sus conquistas, todo por un enemigo al que daba ya por derrotado. Al extremo dolor sucedió, como era lógico, un sentimiento exaltado de venganza; y echando mano á todos los recursos, concibió un nuevo plan de operaciones, según el cual iban á verse invadidas á la par España é Italia. Tres ejércitos, uno á las órdenes de Alán de Albret, otro mandado por el mariscal Rieux, y el tercero por La Tremouille, debían atacar respectivamente á España por Fuenterrabía, el Rosellón y el reino de

Nápoles, en tanto que una escuadra poderosa surcaba constantemente el Océano en toda la extensión de las costas españolas.

De estos tres ejércitos, los dos primeros fueron por lo pronto muy poco afortunados. D'Aubigny por efecto de los rigores de la estacion de invierno, tuvo que permanecer inactivo, y ¡las enfermedades y la falta de recursos dispersaron por completo á sus tropas; Rieux, que avanzó por el interior del Rosellón y puso sitio á Salsas, vióse obligado á levantarle ante la presencia del Rey D. Fernando, que al frente de un ejército de 12,000 jinetes y 40,000 infantes avanzó resueltamente, en unión del duque de Alba que con 6,000 soldados guardaba la entrada de los Pirineos; y por añadidura la escuadra francesa, maltratada por recia tempestad, tuvo que refugiarse en el puerto de Marsella.

Tantos desastres abatieron la soberbia del monarca francés, que se apresuró á firmar con el español una tregua de cinco meses, pero sólo por lo que respectaba á los Estados patrimoniales de ambos.

Iba, pues, de nuevo á ser el reino de Nápoles, á donde se había dirigido la Tremouille, el único y exclusivo escenario de esta guerra.

Mandaba este general un ejército de 20,000 infantes gascones y suizos, 10,000 caballos y un numeroso y completo tren de artillería. Este ejército llegó á Ferrara, y partió desde allí á Roma, en cuyas inmediaciones le detuvo la reunión del cónclave para la elección de nuevo pontífice. Creía poder ceñir la tiara el cardenal de Amboise, lo que favoreciera altamente las miras del francés; pero sus manejos no dieron resultado, y resultó electo un italiano que tomó el nombre de Pío III. Tal demora y la grave enfermedad de La Tremouille, que hubo de resignar el mando en el marqués de Mantua, no dejaron de ser desdichados contratiempos para el ejército invasor.

Sin embargo, avanzó éste con rapidez por el territorio de Nápoles, y en Pontecorvo se dió la mano con el marqués de Saluzzo, el que dejamos en Gaeta, constituyendo así un núcleo de fuerzas sumamente respetable (1), 30,000 hombres, con los que era muy fácil aniquilar al reducido contingente del Gran Capitán, que ascendía á 6,000 infantes y 3,000 caballos, cuyas tropas, en unión de los cuerpos de Navarro y Andrade, alcanzaban á 12,000 soldados.

Era imposible luchar con los franceses á campo raso, ni encerrarse en una plaza fuerte, según se hiciera en Barleta; y ante dificultades tan graves, Gonzalo supo encontrar una barrera natural en la línea del Garellano. «Este río, dice el Sr. Estébanez, naciendo en los Apeninos y sesgando por la tierra de Labor, busca su desembocadura en el mar, no lejos de Gaeta. Si no caudaloso, pues ninguno de los ríos de Nápoles sufre la navegación, creciendo en los meses de las lluvias, hace difícil todo vado y pasaje, recogiendo por una y otra mano diversos ríos y torrentes que aumentan sus raudales. Uno de estos brazos viene por la parte de Roma desde Valmonte, en donde aposentado el ejército del marqués de Mantua, se disponía para entrar en las tierras de Nápoles. El Gran Capitán, después de la retirada de Gaeta, se había alojado en Mola, Istro y Castellone, allende el río, cuando supo la marcha de los enemigos. Su perspicacia militar penetró al punto el intento de sus contrarios, que no era otro que esguazar fácilmente el Garellano, puesto que dejaban á su derecha, ya vadeado, un brazo considerable de sus raudales llamado el Sacco, y al abrigo de las plazas que todavía poseían á la orilla izquierda de aquel río desembocar poderosamente por las llanuras de Capua, cosa fácil por cierto, llegado á este punto, por la numerosa y soberbia caballería de que podían disponer.

»La situación de Gonzalo en este trance era del mayor apuro, pues si las tropas del marqués de Mantua por sí solas presumían de tales intentos, aun todavía era forzoso tomar en cuenta los numerosos escuadrones que con el marqués de Saluces se habían reforzado de brío y de descanso al abrigo de las murallas de Gaeta. Por eso si se estudia con detención esta campaña del Gran

(1) «Viernes, á 13 días del mes de Octubre, dice Bernáldez con su habitual laconismo, se juntó la gente francesa toda, asi los que venían, como los de Gaeta, al rio Garellano. Venía por capitán general de la gente del socorro el marqués de Mantua, é fizose con muy gran número de gente é muy armada é con mucha artillería, porque allende de la gente francesa, venia gente de Florencia, é Boloña, é Sena, é Mantua, é Ferrara, donde es cierto que era muy mayor ejército que no el del Gran Capitán, é toda la dicha gente junta pasó aquel dia el rio Garellano.» *Crónic.*, cap. CXC.

Capitán, de la que salió tan airoso y lucido que consumiendo el ejército francés, aseguró para España la posesión del reino de Nápoles, se verá la justicia con que mereció su sobrenombre y cuán familiares le eran esos movimientos estratégicos, que si con grandes ejércitos han sido imitados después por otros capitanes, fué él en verdad el primero que abrió la escuela en los tiempos modernos. Para entender fácilmente los pormenores de esta campaña será conveniente bosquejar como en cuadro la faz de aquellas comarcas. Los franceses para penetrar en las campiñas de Nápoles podían, ó bien proseguir por el camino que traían desde Valmonte, ó bien descendiendo algo más el Garellano, venir por vía de Sessa camino también de Capua. El Garellano divide perpendicularmente entrambos caminos, dejándose ver en su ribera izquierda las fortalezas de Roca-Secca, Monte-Casino, San German y Roca-Evandria, con las ciudades de Aquino y Sessa, mientras se ofrecen en la derecha Pontecorvo, Roca Guillerma y los pueblos que forman los marquesados de Trayeto y Fundi. Es cierto que si los franceses hubieran encontrado por suyas todavía las plazas que poseían aquende del Garellano, pudiendo rendir al propio tiempo á Roca-Secca, que era la única que poseíamos en aquellos contornos, no hubieran encontrado obstaculo para penetrar en las llanuras de Nápoles, pudiendo lisonjearse con razón de que, ó el Gran Capitán no les saldría al paso, ó que si á tanto se atreviese llevaría tal desventaja en la contienda, que no podría menos de sufrir una derrota. Las fortalezas de Monte-Casino y Roca-Secca cierran de tal modo el paso que llaman de San Germán con la ciudad del propio nombre, que si aseguradas ofrecen paso fácil á un ejército numeroso y de grandes arrastres en carruajes y artillería, lo imposibilitan de todo punto si las mantiene y custodia un enemigo aguerrido y osado. Pero Monte-Casino estaba ocupada por los franceses todavía cuando el marqués de Mantua asomó con su ejército en los campos de Valmonte, y contando con tal ventaja y con apoderarse fácilmente de Roca-Secca y hallar por suya á Roca-Evandria, tomó la vuelta del referido paso de San Germán (1).»

Si atentamente se estudia en el mapa la posición de Gonzalo, y los movimientos que efectuó en el transcurso de estas operaciones, no podrá menos de reconocerse en él una inteligencia profunda y avezada á rápidos cálculos, inteligencia que parece agigantarse á compás del peligro, y que sabe sacar de cuantos elementos reune y allega oportuno y admirable partido. En efecto; desde las inmediaciones de Gaeta donde se hallaba acampado, Gonzalo se dirigió á San Germán, sólida posición establecida junto á las plazas de Roca-Secca y Monte-Casino, á la cual defendía la barrera natural del Garellano. Monte Casino, una de las fortalezas que cerraba el paso de San Germán, hallábase sitiada por los españoles, pero su rendición parecía dilatarse, cuando el Gran Capitán pasó á la orilla izquierda del Garellano; mas una vez establecido en esta margen, ya sólo cuidó de fortificarse en ella y hacerse dueño de aquellos puntos que protegían su campo; á cuyo efecto reforzó la guarnición de Roca-Secca y obligó á rendirse á los franceses de Monte-Casino, quedando así asegurados aquellos dos importantísimos puntos. Para asegurarse más en sus posiciones, Gonzalo destacó algunas compañías de caballos ligeros con objeto de que recorrieran y vigilaran constantemente las márgenes del río hasta las inmediaciones de Sessa, y así quedó el general español en una posición dominante, bien defendida, dueño en su izquierda de un paso importante y con su derecha resguardada por un terreno accidentado y surcado por algunos torrentes.

Adelantóse el de Mantua desde Valmonte al frente de 6,000 infantes, 1,000 hombres de armas, 2,000 caballos ligeros y 36 piezas de artillería, y después de pasar el Garellano por Ceprano, habida noticia de la pérdida de Monte Casino, decidió apoderarse de Roca-Secca, uno de los puntos más importantes que poseían los españoles, pues contando con él y Monte-Casino hallábase á cubierto su flanco derecho. Dueños de este punto los franceses, la situación de los españoles, caso de poder resistir al enemigo, era por demás difícil y comprometida, por hallarse en un sitio rodeado de pantanos, en un país devastado y sin contar con posibilidades de auxilio; lo que unido á la proximidad del invierno, agravaba más su precaria situación. Así que no fué poca fortuna para Gon-

(1) Fragmentos de la obra inédita *Historia de la infantería española.*

INSTRUMENTO PÚBLICO *expedido por el Rey Católico en honor del Gran Capitan, testificado por el secretario Miguel de Almazan en la ciudad de Nápoles, el año mil quinientos y siete.*

NOS don Fernando, por la gracia de Dios Rey de Aragon y de Sicilia, de aquendo, de aliende Faro de Hierusalem, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Córcega; conde de Barcelona; duque de Atenas y de Neopatria; conde de Ruisellon· marqués de Oristan y de Gociano, etc. Como los años pasados vos el ilustre don Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Terranova, marqués de Santangelo y Vitonto, y mi condestable del reino de Nápoles, nuestro muy charo y muy amado primo, y uno del nuestro secreto consejo, siendo vencedor hicistes guerra muy bienaventuradamente y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban por la dureza della; y ansimesmo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de *Gran Capitan* alcanzastes donde por nuestro Capitan General vos enviamos. Por ende parescionos que era cosa justa y digna de Rey, para memoria perdurable de los venideros dar testimonio de vuestras virtudes, y con tanto el agradecimiento que vos tenemos, dàros y escribiros esta: aunque confesamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que paresce cosa recia poderos dar digno galardon; de manera que aunque grandes mercedes vos hiciesiemos, parecernos hia ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordàndonos otrosi, cómo enviado por Nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el reino de Nàpoles al rey don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Nàpoles, el qual muerto, despues el rey Federico su tio y sucesor en el dicho reyno, vos diò el señorio del monte Gárgano y de muchos lugares que estàn cerca dèl; por lo cual volviendo en España honradamente vos recibimos Y acordandonos otrosi, como enviàndoos otra vez en Italia (requiriéndolo la necesidad y el tiempo) ganastes muy diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la cual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria: por lo qual vos confirmamos y retificamos y hezimos Duque de Terranova y Santangelo. Y finalmente, despues de la discordia nascida entre Nos y Don Luis, rey de Francia, sobre la particion de dicho reino de Nàpoles, estovistes mucho tiempo con todo el exército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestilencia assaz; y de ahí tomaste à Rubo, do muy grande exército de franceses estaba, dentro veinte y quatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta distes batalla à vuestros enemigos los franceses, quasi en el mesmo lugar à donde venció Anibal à los romanos. Y de lo que es muy mas de maravillar, que estando cercado, salistes à los que vos teniau cercado. En la cual dicha batalla matastes al Capitan General, y fuiste en el alcance, desbaratando y hiriendo los franceses hasta el Garellano, adonde los vencistes y despojastes de mucha y buena artilleria, señas y banderas, con aquel sufrimiento de Fabio, dictador romano, y con la destreza de Marcelo y la presteza de César. Y acordàndonos ansimesmo como tomastes la ciudad de Nápoles con increible sabiduria y esfuerzo, y ganastes dos castillos muy fuertes, hasta entonces invencibles, y de qué manera despues asentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del rio Garellano; y estando los enemigos con grande gente de la otra parte de dicho rio; los cuales pasados ya por un puente de madera sobre barcas que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente los retravisteis, pero hecha por vos y por los vuestros otra puente, pasastes de la otra parte del rio, y dàudoles batalla los vencistes, metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta; la cual dala que le fue à su capitan para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindiò Gaeta con el castillo. Pues ¿qué se dira de vuestras hazañas, sinò que dellas perpetua memoria quedarà, con la sagacidad y esfuerzo con que ganastes à Ostia, tan fuerte, proveida de gentes y artilleria, de que tanto daño los franceses à Roma hazian? Los quales, por vos echados de Italia con los naturales della que los seguian, sometistes el reino de Nàpoles à nuestro señorio, donde mucho tiempo fuistes nuestro visorey. Por ende, atatando lo suso dicho, vos hacemos merced del estado y señorio de Sesa.

Dada en Nàpoles à veinte y cinco de Febrero de mil quinientos y siete.

M. Suler, Editor

Tip. La Academia

zalo contar allí con una guarnición denodada y con un gobernador tan intrépido como Villalba. Después de resistir el nutrido fuego de los treinta y seis cañones, hubieron de hacer frente los sitiados á tres vigorosos asaltos, en los que peleando uno contra diez hicieron verdaderos prodigios de valor; mas aún cuando resistieron con tal energía, hallábanse ya en apurado trance, cuando quiso la fortuna que García de Paredes, destacado del grueso de la fuerza en Oliveto, viniera en conocimiento de su aprieto y trepando por las breñas de los Abruzzos consiguiera penetrar en Roca-Secca, á pesar de hallarse sitiada por tan numeroso ejército. Desde aquel momento el de

Ballestero y piquero

Mantua desistió ya de su propósito, levantó su campo y se dirigió de nuevo á las márgenes del Garellano para repasarlo. Su objeto era rehacerse en ellas para atacar luego en su mismo campo al grueso del ejército español.

Pero Gonzalo no permanecía en la inacción. Atento á las operaciones de los franceses frente á Roca-Secca, así que éstos levantaron el suyo se adelantó desde San Germán con la infantería española y tudesca, al objeto de cerrarles el paso del río, tomándoles entre las plazas de Monte-Casino, Roca-Secca y San Germán, á cuyo fin continuó su marcha desde las inmediaciones de Pontecorvo hacia Ceprano, vado muy llano y accesible aún en tiempo de lluvias, por el que los franceses cruzaron al dirigirse á Roca-Secca: creía Gonzalo que lo volverían á repasar; y en este caso, segura era la pérdida de aquel ejército en un país dominado por fortalezas nuestras, arreciando los temporales, y perdidos los ánimos tras el descalabro de Roca-Secca. Mas precisamente los franceses, ganosos de acercarse al abrigo de Gaeta, determinaron dirigirse hacia la parte de Pontecorvo y entraron en Aquino con ánimo de acantonarse en esta ciudad. Grande fué empero su tur-

bación al tener conocimiento de los movimientos de Gonzalo, y entonces con inconsiderada celeridad sólo pensaron en ponerse á salvo, abandonando enfermos, prisioneros y despojos. Y fué para ellos gran fortuna que los españoles se adelantaran hasta Ceprano; sin embargo de lo cual la retaguardia francesa llegó á Pontecorvo confundida con las fuerzas avanzadas del Gran Capitán. Este ocupó los arrabales de la ciudad en el lado izquierdo del río, y los franceses se fortificaron en los de la derecha después de barrear el puente. Así terminaron estas primeras operaciones, efectuadas en épocas de terribles temporales y con suerte adversa para los franceses. Empero, no se hallaban los españoles en condiciones para atacar al enemigo ya bien posesionado; y persuadidos de que por entonces éste no había de pasar el río, tomaron de nuevo la vuelta de San Germán.

Puestos ya los franceses en seguro, reunió su general consejo de capitanes para discutir el plan de operaciones que debía seguirse. Consideróse punto menos que imposible continuaran por la parte superior é izquierda del río, pues tan malos habían sido los resultados conseguidos; y habida cuenta de que reunida la guarnición de Gaeta con las mermadas tropas del de Mantua, que hasta entonces operó con las solas fuerzas que trajera de Roma, sería el ejército muy superior en número al español, estimóse oportuno cruzar el río por Sessa y entrar en su ladera izquierda por los llanos de este nombre, donde podría jugar con gran desembarazo la caballería francesa, se contaría con los socorros de Gaeta y se tendría á la mano la escuadra que casi á la vista surcaba el mar. Los mal aconsejados franceses, dejaron en su consecuencia á Pontecorvo, punto verdaderamente importante, pues aseguraba la comunicación com ambas orillas un sólido puente de piedra, y descendiendo por la orilla derecha del río pusiéronse frente á Sessa, amparadas sus espaldas por la plaza de Gaeta. Trabáronse entonces algunas escaramuzas con los españoles que vigilaban los vados del río; un puente tendido por aquella parte fué tomado y perdido por ambos contendientes, y en tanto, libre ya Gonzalo de los enemigos que en la parte superior del Garellano, mandó á Paredes contra Roca-Evandria, otra de las plazas que dominaba el costado izquierdo de su corriente, y dueño de ella, marchó seguidamente con el grueso de sus fuerzas á colocarse frente al ejército francés y se fortificó en Cintura. En esta situación ambos ejércitos, todas las ventajas estaban de parte del francés, pues ocupaba posiciones más dominantes y sanas, contaba más numerosas fuerzas, y sobre todo un excelente tren de artillería, mientras los españoles acampaban en parte baja, entre charcos y lodazales que habían de cegar con faginas y carecían de la artillería necesaria para hacer frente á un enemigo que tan superior les era. Esto no obstante, construyeron una trinchera en la margen del río desde la que vigilaban los movimientos del enemigo.

Decidió entonces el de Mantua tomar la ofensiva, hizo que sus cañones rompieran un vigorosísimo fuego, allegó las barcas necesarias para construir un puente, y lanzó sus tropas al otro lado del río: acometida infructuosa, pues defendió valerosamente el puesto el denodado Paredes, pero que repetida al siguiente día con más acierto dió á los franceses el resultado apetecido. Emplazadas sus numerosas piezas en lugar elevado, protegieron el paso del río é impidieron á los nuestros sostenerse en el puesto, entrándose en la trinchera construída: y arrollada la guardia española, no era difícil presumir cuál hubiera sido el resultado de este ataque á no haber acudido allí Paredes, Zamudio, Villalba y el mismo Gonzalo, que armado de una pica lanzóse contra el enemigo al frente de sus ágiles infantes. Confúndense en aquel momento españoles y franceses á manera de espantosa oleada, y á la confusión y al clamoreo, y al estridente rumor de las espadas chocando en la metálica armadura, y al eco ronco del cañón, siguen voces enérgicas y animosas; calla la artillería enemiga por temor de destrozar en un mismo punto á propios y extraños, y en informe masa, son empujados hasta el puente los franceses entre una lluvia de balas. Allí se detuvo la hueste española; la artillería barría aquel estrecho espacio, cubierto de cadáveres y armas; y tampoco era posible aventurarse más, por lo que ambos contendientes volvieron á sus respectivos cuarteles retirando Gonzalo sus tropas con mucho orden, aunque bajo el fuego de los cañones franceses (1).

(1) En esta refriega ejecutaron un rasgo de verdadero valor los alféreces españoles Hernando de Illescas y Alonso de las Parras: al

En apariencia la acción dada no fué en sí decisiva; pero quebrantó la moral del enemigo: comprendió éste que no era dable acabar de un golpe con un ejército tan bravo, y hubo de renunciar á un nuevo ataque, viéndose obligado á pasar el invierno á campo raso. Pero en más grave situación se hallaban los españoles; faltábales por momentos la subsistencia y los recursos pecuniarios, respiraban un aire emponzoñado, vivían medio sumergidos en el cieno; y á las enfermedades y á los trabajos, tenían que añadir los rigores de un invierno excepcional. Era su posición horrible. El vendabal arrebataba sus tiendas, la escarcha entumecía su cuerpo, y la lluvia y las nieves caían con desconsoladora monotonía sobre el pantanoso suelo. Y sin embargo; Gonzalo no por eso ceja: «Aunque me cueste la vida, dice á sus capitanes; más quiero avanzar medio paso, que retroceder algunos para prolongarla cien años.» Y en confirmación de sus palabras se fortifica en sus posiciones, mandando abrir un foso y construir dos bastiones.

Cundian sin embargo en el campamento enemigo el cansancio y desaliento, fomentado por caudillos de alguna reputación, tales como los franceses Alegre y Sandricourt; así que, el marqués de Mantua, hastiado por la falta de subordinación de sus tropas y las malas disposiciones de sus tenientes, entregó el mando al de Saluzzo, que era estimado como militar experto y práctico. Más no pudo éste rehacer por lo pronto el espíritu de aquel ejército en que existía latente la rivalidad entre franceses é italianos: é inútilmente procuró municionar bien á sus tropas, concentrarlas y construir un fuerte, en la persuasión de poder tomar con ventaja la ofensiva. Esto era lo que precisamente deseaba Gonzalo, pues, después de haber sostenido con tanto empeño la guarda del bastión, ó puesto avanzado que defendia el paso del río, siguiéndo el consejo de Paredes, le dejó abandonado, mejoró su asiento distribuyendo sus tropas por los pueblecillos inmediatos y esperó la acometida de los franceses, ganoso de luchar con ellos en campo abierto. Empero, como viera que no por eso salía de su inacción el enemigo, decidióse á quemar el puente ó fabricar otro para pasar el Garellano y si bien no consiguió lo primero, la industria de Bartolomé de Albiano, que llegó á la sazón á su campamento, le ayudó singularmente en lo segundo.

Era este Albiano uno de aquellos señores italianos, que tan pronto vemos figurar en una como en otra parcialidad según soplaba el viento de la fortuna ó impulsaba el cebo de la ambición ó el fuego de la venganza «liviandad la primera, dice un sesudo escritor, ajeno de varones fuertes y que ha hecho siempre la causa principal de la ruina y humillación de Italia.» Con los tres mil hombres que conducía á sus órdenes consiguió el Gran Capitán reunir un ejército de 9,000 infantes, 1,000 caballos ligeros y 900 hombres de armas, y en su consecuencia pudo emprender sin pérdida de tiempo las operaciones. Así se cambió la faz de los sucesos en brevisimo tiempo. Ya no eran los franceses quienes tomaban la ofensiva. Cansados de sufrir en la inacción las inclemencias del cielo y las privaciones consiguientes iban á retirarse á Gaeta, tal vez antes de que los españoles consiguieran pasar el río y comenzar las hostilidades. Así lo receló Gonzalo, y no se dió punto de reposo hasta ver construído el puente, unas seis millas más arriba del campamento francés; pero antes de cruzarlo, tuvo aun que sufrir un temporal de doce dias que disgregó sus fuerzas y dió aliento á las ciudades italianas que estaban á la devoción de los franceses. Por fin, logró or-

primero arrebató el brazo derecho una bala de cañón, pero siguió sosteniendo la bandera con la mano izquierda, y como también perdiera esta, sujetó el asta con los dos muñones y prosiguió adelante á los gritos de *¡España! ¡España!* El segundo sufrió también la pérdida de un brazo, y dió igual muestra de valor continuando en la pelea y sosteniendo la bandera con el que le quedó sano.

Pero quien dió una señalada prueba de arrojo fué el animoso Paredes, á quien estuvo confiada el primer dia la guarda del puente. Aconsejaba éste el abandono de aquel puesto avanzado á Gonzalo, por ser tan grande las pérdidas que causaban en los españoles los cañones enemigos, como estéril el sacrificio de sus vidas; é irritado el Gran Capitán porque los franceses hubiesen conseguido pisar la márgen izquierda del rio hubo de contestarle ásperamente: «Garcia de Paredes, pues no puso Dios miedo en vuestro corazón, no le pongáis en el mio.» A lo que replicó con no menos altivez Paredes. «Seguro está vuestro campo de miedo, sino entra en él más que el que yo trajere.» Y como para dar más fuerza á sus palabras, pide un morrión, empuña el montante y encamina sus pasos al puente, seguido de algunos infantes. Sin embargo, llegado que fué á él, deja sus acompañantes á la entrada y se adelanta solo pidiendo á grandes voces que acudieran allí los capitanes franceses. No creyeron éstos que viniera en son de guerra, asi que se adelantaron á mitad del puente y entonces pudo Paredes darles á conocer su propósito. La artillería enemiga por otra parte no disparaba viéndoles reunidos en un grupo. «Justo es, señores, exclama el español, que pues juntos nos vemos hagamos prueba de nuestro esfuerzo.» Y acompañando la acción á la palabra, comienza á repartir tajos con tal ligereza, que los contrarios apenas si pueden hacerle frente y arremolinándose hacia la opuesta salida sólo consiguen salvarse merced al oportuno socorro de los suyos. Paredes fué el último en retirarse y demostró una vez más á la vista de los dos ejércitos hasta qué límite alcanzaba su bravura.

ganizar su ejército: confió la extrema vanguardia á de Albiano y Pedro Navarro, á los que seguían Zamudio y Villalba; púsose él al frente del cuerpo de batalla, y dejó la retaguardia confiada al famoso Andrade en Cerinola y Roca Mondragone, puntos situados frente al puente que ocupaban los franceses. El plan de Gonzalo era cruzar durante la noche con el grueso del ejército el puente echado por Alviano, mientras Andrade entretenía en el antiguo á los soldados de Saluzzo: era un doble ataque en el que quien más pronto venciera debía acudir en socorro del que más tardíamente acometiese.

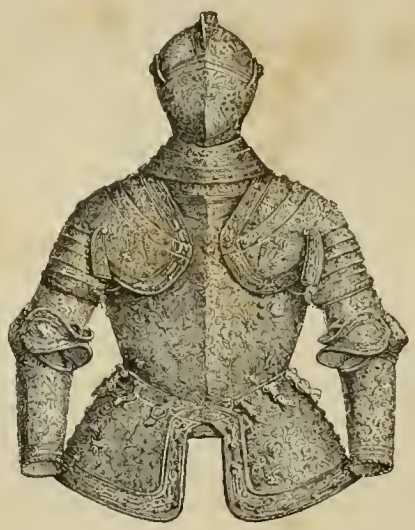
La noche del 27 de Diciembre verificóse el paso del citado puente; los soldados de Albiano

Escopetero á caballo

sorprendieron en Castelforte, pueblo de la margen derecha, algunas compañías francesas y él Grán Capitán llegó con el grueso á Suyo, sorprendiendo y acuchillando allí á su desprevenida guarnición. El general francés tuvo la primera noticia de este movimiento por los fugitivos que llegaron á su real; y tal era la persuasión en que vivía respecto á la obligada inactividad de los españoles, que lleno de asombro y presa de extraordinaria confusión, dictó las primeras medidas para contenerlos en su avance. Empero, tal era el sobrecogimiento y el tumulto que reinaba en el campo francés y tan veloces anduvieron los soldados de la vanguardia española, que Ivo de Alegre, mandado por el de Saluzzo para sostener las avanzadas francesas, encontró ya al enemigo apoderado de Suyo, Castelforte y otros lugares cercanos; por lo que se vió obligado á volver grupas hacia el real. Allí, habido consejo, optóse por la retirada á Gaeta, para facilitar la cual se mandó colocar la artillería de mayor calibre en las barcas que formaban el puente con objeto de conducirla por mar á dicha ciudad.

Dependía el éxito de tal operación de la celeridad con que se llevara á cabo; y por desgracia el

temporal que se desencadenó contribuyó no poco á contrariarla. Los franceses se pusieron en movimiento á media noche, pero con tal confusión y sobresalto que les impidió efectuar en breve plazo la carga de los cañones en las barcas: deshecho el puente, unas zozobraron con las piezas, otras fueron hasta la opuesta orilla, en la que se hallaban arma al brazo los soldados de Andrade: por manera que casi á un mismo tiempo picaron los españoles la retaguardia y flanco del enemigo, pues este capitán pasó el río merced á las barcas del puente roto, mientras el Gran Capitán destacaba una parte de sus tropas al mando de Pedro Navarro, para que cayera desde la sierra sobre el costado derecho del ejército francés. Este avanzaba, en tanto, ordenadamente sobre Gaeta: en cabeza llevaba la artillería, luego los infantes, y tras estos los caballos ligeros y los hombres de armas; empero, á las dificultades del camino cubierto de charcos y lodazales, añadíanse las de



Media armadura del Gran Capitán

angostos pasos que interrumpían de tiempo en tiempo la celeridad de la marcha; tropiezos estos que se aumentaron al llegar al puente de la Mola. Allí se hizo imposible regularizar la marcha, atascóse parte de la artillería y comenzáronse á mezclar unos con otros los soldados. Veníase entre tanto encima el enemigo, y el marqués de Saluzzo determinó darle frente y pelear. Era casi el único recurso que le quedaba, pues lo estrecho del paso hacía fácil su defensa. Cubriéronlo los hombres de armas mandados por Adorno y su cerrado escuadrón erizado de hierro, presentábase como formidable dique á los perseguidores: y fué en verdad recio el choque, porfiada la lucha, y no favorable á los españoles, de los que murieron buen número, á no haberse presentado el Gran Capitán, Paredes y otros jefes, al frente de nuevas tropas, en socorro de los que cedían. Llenos de lodo y fatigados por una marcha tan precipitada como penosa, entraron estos soldados en la pelea á los roncos gritos de *¡España!* y arrollaron á los valientes que defendían el paso. Allí se dieron grandes pruebas de valor por una y otra parte, murió Tordesillas, cayó Gonzalo de Avalos y perecieron otros ilustres caballeros; el mismo Gran Capitán fué arrojado por su caballo y entonces pronunció aquellas oportunas frases: «Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.» Mas al esfuerzo de los que atacaban el paso, se unió la oportuna llegada de Navarro, que cortando lo más fragoso de la tierra, cayó por el flanco entre los enemigos y Gaeta, casi al mismo tiempo que Colona, dando un rodeo, se apostaba entre el puente y la ciudad por otro lado, quitando á los enemigos toda esperanza de salvación. Y en efecto; arrojados del puente, cargó sobre

ellos la caballería de ambos capitanes é hizo terrible destrozo en sus masas; quedando desde aquel momento la artillería y buen número de prisioneros en poder de los españoles.

Entrábase la noche, y aun continuaba la lucha junto á los muros de Gaeta, ceñida por las fuerzas ya reunidas de Navarro, Colona, Paredes, el Grán Capitán y el prior de Mesina; por manera que hiriendo, matando y aprisionando, llegaban los nuestros confundidos con los franceses á las puertas de la ciudad. E igual espectáculo ofrecía toda la comarca comprendida desde Suyo hasta las playas del mar Toscano: peleaban los franceses diseminados en ella, con los españoles y con los naturales que acudían al fragor de la lucha á vengar sus agravios ó saciar su codicia y andaban aparejadas la matanza y el saqueo; triste fondo que por desgracia presenta las más de las veces el cuadro espantoso de la guerra.

Cesó con la noche la matanza: el Gran Capitán pernoctó con sus soldados en el inmediato pueblo de Castellone, y al alumbrar el cielo la nueva aurora, sin dar descanso á aquellas tropas, que durante un día habían andado por el lodo y combatido fuertes posiciones, avanzó sobre Gaeta. Esta ciudad ofrece un excelente puerto y estaba defendida por arrabales en forma de anfiteatro, constituyendo un doble recinto amurallado: el monte Orlando se alza imponente al Este, y presentaba en su cima una serie de fuertes que hacían sumamente difícil todo ataque, y por otra parte el diámetro de las fortificaciones era bastante extenso; por lo que requería, caso de sitio, extensa línea de circunvalación, sin perjuicio de verse obligado el sitiador á tener que hacer frente á los socorros que los sitiados podían recibir por mar. Pero tales condiciones de resistencia no intimidaron á los españoles, que, olvidando las pasadas fatigas, treparon por el monte Orlando, llevando á brazo la artillería. Y bastó su presencia para aniquilar por completo la ya quebrantada moral del enemigo. Roto su ejército, prisioneros y muertos muchos ilustres caballeros, y desesperanzados de recibir socorro, abandonaron el monte Orlando sin disparar un tiro, y á las breves horas propuso Saluzzo la capitulación. Estipulóse en ella que evacuarían los franceses á Gaeta y se retirarían inmediatamente á su país; convínose en un cange de prisioneros, y sólo fueron excluídos de la capitulación algunos barones anjevinos. En su consecuencia el día 1.° de Enero de 1504, y después de firmada esta capitulación que tan brillante término ponía á la guerra de Nápoles, entró triunfante el ejército español en Gaeta, desfilando los franceses ante el Gran Capitán, desmontados los caballeros y dobladas las puntas de las espadas los infantes.

«Tal fué, dice Quintana, la célebre rota del Garellano, que costó á los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagaje, la artillería mejor de Europa y la pérdida irreparable de un hermoso reino. La Italia, que había visto aquel poderoso ejército, cuya muchedumbre y aparato parecía que iba á devorar en un momento al débil enemigo que tenía delante, le vió á poco tiempo deshecho casi sin batalla y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria á la superioridad de sus talentos, al acierto de su posición, y á la constancia en que se mantuvo cincuenta días delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponían. El conocía á los franceses, sabía que no estaban hechos á la fatiga como sus soldados, veía su impaciencia, y quiso á un tiempo ser superior á ellos y á la inclemencia de la estación. Pueden atribuirse otras victorias á la fortuna; pero la del Garellano es enteramente debida á la capacidad del Grán Capitán, que entonces llenó toda la extensión de este renombre.»

Y otro eminente escritor, añade: «En la batalla de Ceriñola mostró el Gran Capitán sus grandes prendas, la facilidad feliz de ingenio para remediar los azares imprevistos, su valor y la grandeza de su ánimo; pero en la del Garellano, al propio tiempo que se ven estas cualidades llevadas al más alto punto, resaltan la previsión, el cálculo y la habilidad, ajustado todo al conocimiento más perfecto de los soldados que mandaba, de la tierra en que campeaba, y de los enemigos con quien combatía. Prever muy de antemano los intentos del marqués de Mantua, apoderarse por rápidos y vigorosos golpes de mano de los puestos en que pudiera apoyarse, sin que el éxito de los primeros pudiera prestar aviso y ofrecer impedimento para los segundos, oponer obstáculos invencibles para que no pasase adelante un enemigo superior en fuerza, y arrojarlo del lado allá

de un río cuyo obstáculo había ya superado, son hechos que bastarán á inmortalizar á cualquier general; pero después de esto, sacar ayuda de las mismas inclemencias de la estación, tomar en cuenta la menor resistencia en la fatiga de los contrarios y la mayor idoneidad de los nuestros para sufrir todo trabajo, manteniéndose firme y arrostrando todo incomodo, desoyendo los consejos de los unos, las quejas de los otros y la murmuración de todos hasta lograr cercenar el número de sus enemigos, igualándolo al de los suyos y aún apocándolos todavía más en el espíritu y ánimo, dando fin con franquear el mismo rio que había defendido; aniquilar á un ejército entero y entrar á la ciudad más fortalecida de aquellos paises, son circunstancias que hacen ver reunidas en la mente del Gran Capitán las grandes inspiraciones del genio de nuestro siglo, con las prendas de previsión y prudencia de los grandes generales de la antigüedad. Se echa de ver cuando se consideran de cerca estos sucesos, la mala versación de los oficiales de hacienda de los franceses, el escandaloso descontento y murmuración, y el descuido con que servían el campo. Su murmuración desautorizaba á sus cabos y oficiales: la corrupción de sus proveedores robando el tesoro, no acudia ni á la necesidad de los enfermos, ni al socorro de los que aun podian pelear, y su negligencia daba ancho campo á que tuvieran buen efecto los pensamientos del Gran Capitán. Cuando éste ayudado con la industria de Bartolomé de Albiano, logró echar otro puente más arriba del que guardaban los franceses, éstos nada entendieron hasta que fueron tomados por el espanto de ver sobre sí á sus enemigos y por el hierro de las picas y lanzas de Navarro, Pedro de Paz y Mendoza. Se puede suponer que si el Gran Capitán hubiera ocupado el lugar del marqués de Mantua habiendo pasado el Garellano, lo hubiera aventurado todo al trance de una batalla, antes de volverlo á repasar, y que si el marqués de Mantua, trocando su suerte, hubiera ocupado el lugar de Gonzalo no hubiera logrado apoderarse con tanta celeridad de Monte-Casnio y San Germán, ni revolviendo después sobre el Garellano, arrostrar la superioridad de los enemigos, el rigor de los elementos, el hambre, la penuria, las enfermedades y otras tantas plagas que nos afligieron. En la marcha trabajosa de Ceriñola, y después en el combate, descuella en Gonzalo con majestad la grandeza de ánimo para contrarrestar los inopinados azares de la fortuna, y la concepción presta y fácil para hallar remedio adecuado y prepararse á la pelea en campo ventajoso y con grandes probabilidades de triunfo: en las operaciones del Garellano, la ajustada exactitud con que supo oponerse á los intentos de su contrario, la celeridad en las marchas, el vigor en las interpresas y asaltos, y más que todo, aquella superior constancia con que, desafiando las inclemencias del cielo, la persuasión de sus amigos, y el desabrimiento de sus soldados, no dejó de permanecer sobre los charcos y esteros del Garellano, hasta consumir el ejército francés, reduciéndolo al número de los suyos, y aniquilándolo después en pocas horas con el hierro. En una y otra ocasión se admiró en los españoles aquel sufrimiento, agilidad maravillosa, valor á toda prueba y confianza sin limites en el hombre grande que los mandaba, y que les hacía doblegar su ánimo indómito y su arrogancia de victoriosos, á sus palabras afables á un tiempo y autorizadas. Aquella campaña del Garellano, que no llegó á sesenta dias, puede servir de dechado para los que se propongan estudiar el modo de burlar los intentos de invasión de un enemigo poderoso, ó que quieran apreciar uno por uno los quilates de la fama que supo alcanzar el Gran Capitán (1).»

La victoria conseguida en las márgenes del Garellano y la rendición de Gaeta, que fué su consecuencia, pusieron glorioso remate á esta campaña. Francia comprendió el rudo golpe que había recibido: la flor de su nobleza, aquellos brillantes ejércitos que mandara allende los Alpes, sus más ilustres generales, habian perecido ó sido destrozados por el Gran Capitán; así que, Luis XII se apresuró á ratificar en Lyon el tratado de paz que España propuso, cediendo en definitiva sus pretensiones al reino napolitano, á trueque de conservar el ducado de Milán. Es cierto que tal vez no renunciaría á la esperanza de reconquistar aquel reino, pero de momento el pendón de Castilla tremolaba en las torres de Nápoles después de una serie de campañas que inmortalizaron el esfuerzo de nuestros soldados y el genio de uno de nuestros capitanes más ilustres.

(1) Serafin Estébanez. Fragmento de su obra inédita, *Historia de la infantería*.

IV

La conclusión de la guerra de Granada no fué parte á que los Reyes Católicos desistieran de atender, con preferencia á otros asuntos, al importantísimo de la organización militar; preveíanse complicaciones exteriores y era altamente necesario no dejar extinguir la energía que había animado al pueblo español en la empresa de la Reconquista. Atentos á este fin los citados monarcas sometieron en el mismo año 1492 en que terminó la guerra de Granada, la idea que habían concebido, á D. Alfonso de Quintanilla, su contador mayor de cuentas, varón de grandes conocimientos y cuyo talento organizador ya se diera á conocer en los asuntos de la Hermandad: y este célebre ministro redactó un informe que acredita aquellas cualidades, pues bien puede considerarse como el segundo paso dado en la senda de la constitución del ejército permanente. Pueden nuestros lectores hacerse cargo de su contenido, pues dada su importancia hemos juzgado conveniente insertarlo por nota (1), sin perjuicio de consignar que, en su parte más fundamental, se

(1) Informe dirigido en el año 1492 á los Reyes Católicos por el Contador Alonso de Quintanilla acerca del armamento general del Reino, de la población de éste y del modo en que podria hacerse el empadronamiento militar:

«Vuestras Altezas me mandaron que yo pensase cómo se podria dar forma que la gente de estos vuestros reinos toviesen armas generalmente, y no fuesen gente tan desarmada como están. En lo que yo he mucho pensado y humilmente hablando ante vuestras Altezas, paréceme que se podria dar forma agora en la Junta que se tobiesen las armas siguientes.

Que en las cibdades é villas é logares y abadengos y órdenes é behetrías como están en las provincias, que se mandase que el que toveise cinco mil maravedís de fasienda sea tenudo de tener en su casa un pavés é una lanza é una espada é un casquete.

Iten, que el que tobiere diez mil maravedis de fasienda sea tenudo de tener en su casa un pavés é unas corazas é un casquete ó una espada é un puñal é un dardo, é una ballesta de acero de tres libras é una carcaxada de pasadores.

Iten, que desta gente de diez mil maravedís y dende arriba tengan estas armas que dicho tengo, é los que llegaran á veinte mil maravedís de fasienda, en lugar de una ballesta de acero tengan una espingarda con ciento cincuenta pelotas é veinte libras de pólvora.

Iten, que en los logares principales, especialmente en los puertos de mar, tengan alguna artillería, como vuestras Altezas lo acordaren; y que para esto se les dé facultad que puedan tomar donde hobiere recabdo para ello, ayuda de los propios del Concejo, y que toda la artillería que se fisiera y gente que se armare de espingarderos, que tengan espingardas; todos los jueces ejecutores cada uno en la provincia de que tiene cargo sea obligado de andar á visitarlo todo y tomar por escripto la artillería que se fisiere y los lanceros y ballesteros y espingarderos que en cada lugar se fisieren, y enviarlo firmado todo de su nombre é del Escribano de la provincia á los del Consejo de las cosas de la Hermandad, porque los contadores de la dicha Hermandad ó otras personas, si vuestras Altezas lo mandaren, tengan libros cosidos de todo ello é fagan dello relación á vuestras Altezas porque sepan la gente que hay en sus reinos é qué armas tienen é qué artillería.

Otrosí para tener gente manferida (alistada), sin que sea costa de los pueblos, y recivan en ello merced, suplicando á vuestras Altezas que me perdonen si yerro, debríase tener esta manera.

Yo he contado muy ciertamente el número de las vecindades de los sus Reinos de Castilla é de León é de Toledo, é Murcia y el Andaluzía, sin lo que hay en Granada, y paresce haber en ellos un cuento é quinientos mil vecinos (millón y medio), de los quales podrán ser de tierras solariegas de caballeros é otras personas legas dosientos é cincuenta mil vecinos: así que quedarían en lo realengo y abadengo, é órdenes é behetrías un cuento (millón), é dosientos é cincuenta mil vecinos. Poder se hia ordenar y mandar porque cuando son menester llamar gentes para guerra y vuestras Altezas las mandan repartir, que en los repartimientos se hasen muchos fraudes y muchos engaños y muchos cohechos, y la gente que reparten para la guerra, son de los mas soeces é menos hábiles é dispuestos para la guerra, y los pueblos los pagan como si fuesen buenos, y aun se dan muchos coechos, por donde se eximen los que serian buenos para ir en la hueste y se quedan en sus casas, y van los que no son tales, y por quitar todos estos inconvenientes, é que vuestras Altezas sean más servidos, é los pueblos menos fatigados, parecería que deste un cuento é dosientos é cincuenta mil vecinos, por razón que los fidalgos no fuesen manferidos con las comunidades é pecheros, salvo, sobre sí, y que del un cuento de vecinos estuvieren manferidos el deseno en cada logar de diez uno, que serían cien mil hombres manferidos, que estuviesen nombrados cuando vuestras Altezas los mandasen llamar, ó la parte que les pluguiese, é que segurasen á sus Reinos que non llamarían más gente de aquel número é dende abajo los que hobiesen menester, y que estos hombres manferidos fuesen de edad de 20 años arriba é de cuarenta abajo é con las armas que cada uno ha de tener como arriba se contiene, y que fuesen de los más dispuestos que para ofissio de armas se fallasen en aquellos lugares donde han de ser manferidos é que el manferimiento durase por tres años y después manfiriesen otros tantos por otros tres para que se repartiese el trabajo y la aventura por todos.

É que si muriese alguno de aquellos manferidos, quel logar que le manfirió sea tenudo de manferir luego otro en su lugar que vaya á servir á vuestras Altezas, é así por consiguiente todos los que vacaren durante el tiempo de la guerra en cualquier manera, pues que no se han de manferir sino de cada diez uno

Iten, que cuando vuestras Altezas mandaren llamar para la guerra, que aquellos diez, y á su respeto los más ó menos, hayan de dar á los que fueren manferidos veinte días de sueldo, á precio de medio real cada día, porque en aquellos veinte días, podrán llegar á cualquier logar que vuestras Altezas los mandasen ir en estos dichos sus Reinos, porque allí en adelante vuestras Altezas mandarán pagar sueldos, y en esto vuestras Altezas mandarán lo que entendieren que más cumple á su servicio.

Iten, que los diez vecinos por quien fué á servir aquel que fué manferido hayan de le ayudar en ararle sus tierras é segalle sus panes, ó ayudalle para el mantenimiento de su famila, su mujer é sus hijos el tiempo que estobiere en la guerra, porque el sueldo non lo podria mantener, y es muy grand rasón que los nueve ayuden al uno, pues aquel va á servir á vuestras Altezas por ellos é por poca ayuda que los nueve le hagan será sostenerle á él é á ellos hará poco daño.» Este documento es parte del informe que existe en el Archivo de Simancas

E. Ullastres, Editor

José Rivari Giralt — Fecit

Mapa para el estudio de las operaciones del Gran Capitan en el Garellano (1503-1504)

ordena que: todo vecino que contara 5,000 maravedís de renta, debía tener pavés y lanza, espada y casquete; el que tuviera de 10,000 en adelante, pavés y coraza, lanza ó dardo y ballesta, espada, puñal y casquete; y el de 20,000, espingarda con 150 pelotas y 20 libras de pólvora.

No difirieron los Reyes Católicos el poner por obra su propósito, y después de haber levantado en el siguiente año 1493 cuerpos ordinarios y permanentes de caballería, convocaron Cortes por el mes de Junio de 1495, en Santa María del Campo, en las que examinado el estado general de la nación, convinose en la urgencia de atender al armamento, así como á la constitución de una sólida base sobre la que establecer futuros contingentes indispensables á la defensa del reino.

El reglamento que dieron aquéllas en Octubre de 1495 (1) consignaba que todos los súbditos venían obligados á tener armas ofensivas y defensivas; que los más ricos habitantes de ciudades ó villas francas poseyeran corazas de acero, faldas de malla, capacete, lanza, espada, puñal y casquete; los ciudadanos de estado mediano, coraza y capacete, ó bien casquete, lanza, espada y puñal; y los que pudieren espingarda ó ballesta en vez de lanza y pavés: en cuanto á los de menor estado preveníase que tuvieran casquete, lanza larga ó mediana, espada y dardo. Ordenábase que á los contraventores de este mandato se les impusieran penas pecuniarias; que fueran puestas en estado de servicio las que no se hallaren útiles para prestarlo; que no pudieran ser empeñadas, ni prestadas, ni enajenadas, por más tiempo de diez días. Preveníase además que se efectuaran dos asambleas anuales en cada ciudad, villas ó lugar de alguna importancia, el último domingo del mes de Marzo y el postrero de Setiembre, ante los alcaldes respectivos; y concluíase disponiendo que esta ordenanza no comprendía á los moros del reino de Granada.

Soldado de la Corona de Aragon

Hé aquí lo más esencial del reglamento, en el cual abundan otros detalles encaminados así al fiel cumplimiento de lo mandado, como á las formalidades en la ejecución, que no creemos indispensables á esta compendiosa reseña.

Los reyes, no satisfechos con haber ordenado al hallarse en Barcelona que ningún armero ó herrero deshiciese armas, bajo la pena de su valor, más 1,000 maravedís por primera vez; por segunda el doble pago y por tercera cortándole la mano; mandaron á los gobernadores ó corregidores de Galicia, Asturias, Vizcaya, Alava y Guipuzcoa que construyeran gran número de armas de «fuste, fierro y acero» para que los habitantes del reino pudieran proporcionárselas, añadiendo además que se fijaran en su venta precios moderados.

Realizada así la idea de un armamento general, volvieron los reyes la mirada á la constitución de la fuerza pública. Fué convocada la Hermandad en Santa María del Campo en el mismo año, y sus deliberaciones dieron por resultado que se procediera al alistamiento general, con arreglo á la población del reino, alistamiento que debía procurar á la monarquía un peón por cada doce vecinos, desde la edad de 20 años hasta de 45, el cual si no estaba armado debía efectuarlo á costa de los once restantes, y hallarse dispuesto en todo tiempo para acudir á donde fuere llamado: los que quedaban en libertad podían no obstante ser convocados *si mucha necesidad hubiere* y los alistados quedaban libres de pechos militares y debían recibir al ser puestos sobre las armas un sueldo razonable. De acuerdo con esta resolución, publicaron los reyes al año siguiente un decreto, ordenando se hiciera el empadronamiento general del reino, decreto que procuró al trono una

en un libro titulado: *Relaciones tocantes á la Junta de Hermandad*, y lo insertó Clemencín en los Apéndices á su *Elogio de Doña Isabel la Católica*, Tomo VI de las *Memorias de la Academia de la Historia*. Por su contenido venimos en conocimiento que las provincias que componían el Reino de Castilla tenían millón y medio de vecinos, que á cuatro almas son 6 millones y á cinco por vecino 7 millones y medio de almas.

(1) Se dió como decreto en Tarragona, en 18 Setiembre de 1495.

fuerza de infantería de unos 83,333 hombres y un contingente de 2,000 caballos. Esta fuerza no dependía empero exclusivamente de la Corona, pero constituía una sólida garantía del trono y de la independencia del país (1).

Sin embargo; junto á ese mismo trono encontramos el gérmen de cuerpos permanentes, cuyo nombre va enlazado á gloriosísimos hechos. El cuerpo de guardia real de más antigua creación fué el de los *espatarios* en tiempo de los Godos; el Conde de Castilla Garci-Fernández creó una guardia de cinco individuos naturales de Espinosa, que con el nombre de Monteros estaban encargados de velar por su real persona, y D. Alfonso VIII aumentó el número de estos hasta treinta y cinco, otorgando á la villa de Espinosa un privilegio escrito para que las vacantes que ocurrieran fueran cubiertas siempre por individuos nobles naturales de la misma: tres plazas más creó Fernando III, y el Rey Católico acrecentó su número hasta cincuenta y dos. En la época de D. Pedro el Cruel, citan con mucha frecuencia las crónicas los *escuderos del cuerpo del rey* y las tropas *del pendón del rey*, y en ellas se consigna que eran aquellos *una buena compañia fasta de docientos de caballo de buenos escuderos*. Estos escuderos estaban armados de lanza y adarga, y montados á la jineta. D. Alvaro de Luna creó también, en tiempo de D. Juan II, un cuerpo de mil lanceros, una guardia de ballesteros y otra de monteros á caballo, que fueran suprimidas y disueltas á la definitiva caída del favorito. En Aragón también se conocieron soldados encargados de velar de cerca por la real persona, y es curioso notar que en el número de estos cuerpos reales figuran también los ballesteros moros.

Pero D. Fernando y D.ª Isabel trataron de rodear al trono de toda la importancia y respeto indispensables á su independencia, y en 1493 crearon ya un cuerpo de caballería que recibió el título de *Guardias viejas de Castilla*. Constaba de 25 compañías de á cien plazas; es decir, de un total de dos mil quinientas plazas, y cada compañía tenía un capitán, un teniente, un alférez, un portaestandarte y un corneta. Este cuerpo era mandado por un capitán general, quien tenía á sus inmediatas órdenes un contador, un alcalde y un alguacil.

Para entrar en este cuerpo eran indispensables ciertas circunstancias, entre otras la de ser persona «bien dispuesta,» y la de presentar en el acto de asentar la plaza «caballo encobertado é arnés entero,» amén de otros requisitos que revelan prolijo cuidado en la elección de estos soldados. Su armamento era de punta en blanco: lanzón de armas de arandela y ristre, maza de armas, estoque y escudo ó pavés: tenían dos caballos, el propio encobertado con las divisas reales, y otro que montaba el paje de lanza; y una quinta parte de la compañía era de jinetes armados de coraza, morrión sin celada y ballesta, espada y puñal.

Por otra ordenanza dada en Tortosa en 1496, los reyes marcan reglas para la buena administración y régimen de la fuerza armada; y data de 1503 la publicación de nuevas ordenanzas encaminadas á poner en armonía las diferentes disposiciones dictadas para mejorar la disciplina y el gobierno interior de los cuerpos. Encontramos en ellas, entre otras disposiciones relativas á la administración, justicia, asambleas, licencias etc., etc. una relativa al modo de recibir gente: el hombre de armas, era admitido con aprobación del capitán, veedor y contador, y debía presentar al sentar plaza: un caballo crecido, arnés, lanzas de arma y de manos, espada y estoque ó daga; el soldado de caballería ligera: caballo, coraza, capacete, babera, quijotes, faldas, guarnición de brazos, lanza, darga, espada y puñal ó daga. Pero si el que ingresaba se presentaba como *doblado* (2) debía efectuarlo con dos caballos uno para montar, otro para su equipaje. En el acto de recibir á un caballero ó escudero se le tomaba juramento de fidelidad al rey: el escudero que se separaba de las filas era castigado con pérdida de armas y caballo, el peón con cincuenta azotes y pérdida de su haber mensual: asimismo todo capitán que sin autorización efectuara correrías en tierra del enemigo perdía el mando y los que fueran á sus órdenes, las armas y caballos.

(1) Real provisión para que en Segovia y su tierra se aliste para la guerra un peón por cada doce vecinos. En Valladolid á 22 de Febrero de 1496 Esta carta que no insertamos á causa de su mucha extensión fué trasladada á las otras ciudades del reino. Consérvanse en el Archivo de Simancas y el lector la encontrará en los Apéndices al tomo VI de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

(2) Existian *lanzas ligeras y lanzas de armas* y la *dobladura* era un segundo caballo en el que llevaban estos guerreros parte de sus armas ó equipaje, y que montaba su escudero *ó paje de lanza*

Con lo que llevamos expuesto queda evidenciada la progresión de las ideas relativas á la organización de la fuerza armada. «Se empezó, dice Clemencín, el año 1476, por invocar el medio popular de la Hermandad, y establecer un cuerpo permanente de tropas independiente de los grandes, asalariado por el común y que bajo la influencia del gobierno asegurase la tranquilidad interior del reino. Siguió la guerra de Granada, durante la cual no pudo atenderse á adelantar los nuevos planes. En el mismo año de 1492 en que se acabó esta guerra y en el inmediato se atendió al alistamiento para la caballería y á la formación de cuerpos estables en ella. El propio año 1493 se prohibió que se deshiciesen las armas: en el de 1495 se fomentó su abundancia y manejo en el reino, y se impuso á todos la obligación de tenerlas según sus facultades; en el de 1496 se hizo el alistamiento para la infantería; y finalmente, verificado por estos medios el armamento general de la nación se suprimió en el año de 1497 el cuerpo de tropas de la Hermandad.» En efecto; creyendo los Reyes con las medidas enumeradas tener lo suficientemente organizada la fuerza pública para atender con ella á imprevistas agresiones, y opinando que con el crédito de que gozaba la Hermandad, bastarian á contener los desafueros y garantir la pública seguridad los Alcaldes y Cuadrilleros que anualmente nombraran los pueblos, é impulsados por otra parte del deseo de aliviar á los mismos de los tributos á que por este concepto estaban obligados, expidieron en Zaragoza á 29 de Junio de 1498, una pragmática aboliendo el impuesto anual de 18,000 maravedis que se satisfacia por cada cien vecinos, para el sostenimiento de un hombre de á caballo de la Hermandad, suprimiendo la Capitania general, las capitanias y la Junta Suprema ó Tribunal Superior, y los Jueces ejecutores de la institución; dejando subsistentes las leyes de la Hermandad en cuanto á las funciones de los Alcaldes y Cuadrilleros, al modo de perseguir y castigar á los malhechores, y mandando que las causas que antes iban en apelación á la Junta general, se llevasen á los mismos Reyes ó á los Alcaldes de Córte, que debian fallarlas con arreglo á las leyes hechas en Torrelaguna (1). Esta importantisima pragmática originó la ruina de la Hermandad y el des-

(1) «Los Reyes Católicos al tomar esta determinación, sin duda con el objeto de aliviar á los pueblos de la contribución de la Hermandad, cometieron un error tan grave, que sus consecuencias las ha venido sintiendo la nación española hasta que se instituyó la actual Guardia Civil. El error de los Reyes Católicos consistió en dos cosas sumamente notables; la primera, en creer que habiendo abatido el feudalismo y destruido las fortificadas guaridas de los poderosos bandidos, y teniendo armado el pueblo seria imposible que volviesen á reproducirse aquellas hordas de criminales que antes se habian conocido'; y por consiguiente, que no era necesaria una fuerza militar tan poderosa para el servicio ordinario de la seguridad de las vias de comunicación; además, que en caso necesario, podian dedicarse á dicho servicio los cuerpos permanentes de caballeria ya organizados; y la segunda, en creer que á causa del terror que sólo el nombre de la Santa Hermandad inspiraba, los Alcaldes y Cuadrilleros elegidos anualmente en los pueblos, sin necesidad de la vigilancia que hasta entonces habian ejercido sobre ellos la Junta Suprema y los mismos Reyes, bastarian para exterminar las cuadrillas de malhechores que pudieran organizarse. La enormidad de los crimenes que se cometian en los Estados de la corona de Castilla al advenimiento de los Reyes Católicos; el estado tan fatal y horrible en que entonces se encontraba la nación, dió lugar á que, después de castigados los criminales y reprimidos sus excesos, reinase una extremada confianza; y satisfecha además la imperiosa necesidad de que la fuerza pública estuviese solamente á las órdenes de los Reyes y que no pudiesen disponer los magnates de sus respectivos vasallos á su antojo, se creyese que eran inútiles y dispendiosas las Capitanias de la Santa Hermandad. Los Cuadrilleros elegidos anualmente en los pueblos con la gente que se ponia á sus órdenes, no eran suficientes por si solos para prestar el servicio que antes hacian auxiliados por los jinetes y hombres de armas de las Capitanias, ni concurrian en ellos las circunstancias que adornaban á los individuos de las mismas. Los Alcaldes de Hermandad, elegidos anualmente también por los pueblos, sin estar bajo la vigilancia de los Diputados provinciales, llamados después Jueces ejecutores, y de la Junta Suprema, y enredados de ordinario en competencias con las Justicias ordinarias, no tenian ya ni el espiritu de corporación ni el apoyo y estimulo que antes para ejercer bien sus cargos; y sobre todo, tanto á los Cuadrilleros como á los Alcaldes de Hermandad, les faltaba la fuerza moral que les daban la Capitania general y el Tribunal Superior de la institución; la fuerza moral, que es la verdadera fuerza de las instituciones de seguridad pública. Los Cuadrilleros y los Alcaldes de Hermandad, es decir, la fuerza encargada de perseguir á los criminales y la Justicia que habia de castigarlos, desde la publicación de la citada Pragmática, dejaron de ser ramas de un árbol robusto, partes de una institución grande gobernada por un centro poderoso de acción, que comunicaba á todos sus actos la unidad y la fuerza irresistible del conjunto; y se convirtieron en ramas desprendidas á las cuales faltaba la sávia del tronco, el apoyo, la unidad de acción, el estimulo, y que por lo tanto no podian menos de irse abandonando, desprestigiándose de dia en dia, hasta extinguirse por completo. El Consejo Real no ejercia ni podia ejercer sobre los Alcaldes de Hermandad la vigilancia que la Junta Suprema, ni tenia sobre ellos las mismas facultades; la Pragmática de 1498 sólo facultaba al Consejo para entender en las apelaciones de las causas por casos de Hermandad.

«Esto fué lo que sucedió; desde el 15 de Agosto de 1498 en que cesaron en sus funciones la Capitania general, la Junta Suprema, los Jueces ejecutores de las provincias, los Veedores ó Inspectores y las Capitanías la de Santa Hermandad, la institución quedó destruida. Desde entonces se introdujo el desórden y el abandono en tan delicadas funciones; los Alcaldes y Cuadrilleros abusaron indignamente de sus cargos y en los cuadernos de las Córtes celebradas en el siglo xvi, en Toledo, Segovia, Valladolid y Madrid en los años 1525, 32, 34, 37, 48, 55 y 85, se encuentran numerosas quejas hechas por los Procuradores del Reino, denunciando los más graves abusos, asi de la Santa Hermandad general del Reino como de la Vieja de Toledo, Ciudad Real y Talavera. Por el contenido de dichas quejas se ve que los Alcaldes y Cuadrilleros cometian toda clase de abusos, formando procesos por cosas leves con la intención de estafar á los encausados, sus-

prestigio y decadencia de las hermandades destinadas á proteger la seguridad pública. Desde entonces se introdujo el abandono y el abuso en las tan delicadas funciones de su organismo, pues la mal llamada Hermandad de los siglos XVI y XVII, tan censurada por eminentes escritores, fué

Guardias Viejas de Castilla

sólo continuación desacertada de la antigua *Santa Hermandad*, cuyo renombre, ya que no el prestigio, acompañó á la institución en su agonía (1).

Sin embargo, ni las tropas de la Hermandad, ni los alistamientos verificados, podían conside-

pendiendo las sumarias, y como vulgarmente se dice, echando tierra sobre delitos graves, dejándose sobornar por los delicuentes, y obrando, en fin, como hombres que teniendo que ejercer un cargo sólo por espacio de un año, sin temor á ser vigilados por un superior, no trataban más que de explotar y hacer mal uso de las facultades que en mal hora se les habían confiado. Parece también que con motivo de la guerra de las Comunidades de Castilla se ensañaron con los del bando vencido, lo cual les acarreó más el odio de los pueblos, y esto se comprende observando la fecha de las Córtes en que los Procuradores del Reino comenzaron á presentar sus quejas contra los Ministros de la Santa Hermandad.» Quevedo y Sidro: *Hist. de la Guardia Civil*.

(1) Fue extinguida en 1835, en virtud de un Real decreto que lleva la fecha del 7 de Mayo.

rarse como la base formal de un ejército, mucho más en aquella época en que ya despuntaban los primeros síntomas de una verdadera revolución en las creencias militares. La preponderancia de la infantería suiza, el perfeccionamiento paulatino de la artillería, la invención de la escopeta por una parte, y las complicaciones políticas que iban á desarrollarse en nueva escala, ensanchando el escenario de la guerra, requerían distinto modo de ser en la constitución y ordenanza de la gente armada. Y en España precisamente, recogidos los contingentes que batallaron en la guerra de Granada, así de las villas como de los grandes señores, sólo quedaban en pié algunas compañías de á caballo que vigilaban las costas del recién conquistado reino de Granada y la guarda personal creada para seguridad de las reales personas. Pero es indudable que si el espíritu militar tan largo tiempo fomentado no había muerto, pues contaba una nobleza valerosa y práctica en las armas y un pueblo avezado á las fatigas de guerra, esto por sí solo no podía dar á nuestra nación aquella superioridad política que sólo es dable conseguir por la fuerza de las armas.

«Individualmente, dice el Sr. Estébanez, podía considerarse cada español como un atleta, como un tipo para hombre de combate. Endurecidos bajo pesadas armaduras, curtidos al sol y al frío, hechos á las fatigas de las marchas, y más aún á las privaciones y trabajos, ágiles y fuertes, sueltos en sus movimientos y firmes como roca en la pelea, prestos en ofender, diestros en repararse, constantes en el conflicto é incansables en el alcance, ofrecían la masa y levadura y el conjunto de cualidades peregrinas más á propósito para sacar soldados invencibles que pudieran soñar las exigencias militares en Pirro, Alejandro y César. Las singularidades que ofrecía el modo de guerrear con los moros, todo lleno de presteza y de agilidad en el combatir cuerpo á cuerpo, y de rebatos y astucias cuando se peleaba de frontera á frontera, y en cuyos accidentes se mostraban los nuestros tan expertos, eran otra nueva y no menor ventaja que los hacía superiores á cualesquier otros soldados. Pero no por ello se puede presumir que aquellos hombres formaban un ejército bien ajustado á las reglas de la milicia, ni que en las órdenes se conservasen recuerdos de los buenos principios antiguos, ni que las armas se distribuyesen por tal arte que se ayudasen unos á otros y que todos juntos rompieran al enemigo, ni que el escuadrón pudiese moverse con desembarazo, mudando sus frentes, avanzar, retirarse y recibir las primeras órdenes que viniesen rebotadas por el enemigo, todo sin desbaratarse, manteniendo el terreno ó mejorándose en él, con todos los demás movimientos y evoluciones que establecen una verdadera táctica militar. No por cierto: las ordenanzas y manera de pelear eran las mismas que habían estado en uso en los siglos medios; la infantería no era el nervio del ejército, como se considerará siempre que tengan su verdadera valía los buenos fundamentos militares: los hombres de armas eran los más, los jinetes seguían en reputación y los infantes apenas tenían valor á los ojos de los capitanes y generales de la época (1).»

Esta era también la opinión que por entonces prevalecía en otros pueblos de Europa, hasta que los asombrosos hechos de los suizos, de aquél pequeño pueblo que hubo de defenderse contra príncipes poderosos que lanzaron contra él sus nutridos escuadrones de hombres de armas, pero á los que venció en lucha gigantesca y desigual, vino á dar á las fuerzas de infantería cierta importancia y á aquellos bravos especial renombre: y desde entonces los que tan valientemente defendieron su libertad, vendieron sus servicios á los grandes señores y reyes que querían combatir á otras naciones. Su ordenanza alcanzó tanta boga que muy en breve la siguieron los tudescos, aquellos *lansquenetes* que se presentaron en Italia formando compactos escuadrones armados de largas picas, á manera de una movible muralla erizada de puntas de acero.

Refiriéndose á ellos dice el Gran Capitán en los *Diálogos* de Salazar: «Tramontanos alemanes y suizos son más bien ordenada infantería que nosotros; y porque los antiguos los ejercitaban, ó en casa como hacían aquellas repúblicas, ó en los ejércitos, como hacían los Emperadores por las causas que arriba se han dicho; mas nosotros en casa no los queremos ejercitar, y en campo no podemos, porque no los tomamos sinó al punto que son menester, ni ellos se quieren obligar á otros ejercicios, salvo los que ellos quieren, y ha sido causa que se han dejado primero los ejerci-

(1) Fragmento de la obra inédita *Historia de la infantería española.*

cios, y después las órdenes, y es causa, además de todo esto, que algunos reinos ó repúblicas tienen tanta flaqueza, que si algún príncipe bien ordenado fuese contra ellos, los hallaría fáciles de vencer.»

Según se vé, Gonzalo de Córdoba se lamentaba de que en España el servicio militar no constituyera profesión, y su ejercicio no se practicara *en casa*, ni hubiera lugar á efectuarlo *en el campo*. Sin embargo, á él mismo y á otro personaje de no escaso valer, iban casi á un mismo tiempo á ser deudoras la táctica y la organización de un importante progreso. Este personaje era Gonzalo de Ayora, de cuya aparición en la córte da un autor coetáneo las siguientes noticias: «En principio del año pasado de 1504, siendo viva la Reina Católica Isabel, un caballero natural de Córdoba, llamado Gonzalo Ayora, varón muy leído y asaz experimentado en las letras y armas, habiendo estado algunos años en Italia, Francia y Alemania, siguiendo los ejercicios de armas de guerra, vió y entendió la ventaja que tenía el ejército bien ordenado, aunque fuese de poco número, al de la muchedumbre confusa; á cuya causa deseó introducir en España lo que suizos y alemanes usan en la guerra, y así lo propuso á los Católicos Reyes, cuya bondad y celo de mejorar en todos estos reinos, hizo que lo pusiesen en consulta. Y aunque tuvo contradicción, como todas las cosas semejantes la suelen tener, acordaron de hacer ensayo dello, y así lo mandaron al dicho Gonzalo de Ayora, el cual hizo dello muestra en Medina del Campo. Y pareció tan bien, que por ello, y porque también avisó á SS. AA. del recaudo que los reyes extraños traían en sus personas, aunque importaba harto á su seguridad, mucho más á su autoridad; le hicieron su capitán de la guarda, que fué el primero que hubo en Castilla, por haber sido el primero que introdujo en ella el pelear en ordenanza.»

Esta guardia de los reyes, dice Gonzalo Fernández de Oviedo que «se principió con cincuenta alabarderos, los cuales allegó é juntó Gonzalo de Ayora, tomándolos de los mozos de espuelas de caballeros cortesanos; é como era cosa nueva é aun no la entendían en sus principios, parecía cosa de burla; é iba con ellos por las calles llevándolos en procesión en dos alas, é sacábalos al campo é emponíalos en saberse juntar é formar escuadron é en la órden de las picas, é mostrábales á jugar dellas, é volvíase al pueblo. E iban delante dél con sus capas é espadas é puñales en la manera que dicho es, sin pífano ni atambor. Despues mostrólos á traer alabardas; é como les fué dada librea é acudieron algunos soldados pláticos de Italia que fueron á buen tiempo acogidos, fueron causa de ser más aún diestros los novicios. E se hicieron cabos de escuadra, é diéronles sus tres ducados de paga cada mes á los soldados, é acrecentóse el número de la guardia hasta ciento: é dióseles á los cabos de escuadra sus ventajas é al alférez é compañeros de la bandera sus mejorías é salarios competentes. E acompañaban al Rei cuando salía de palacio á pié ó á caballo.»

Antes empero de que Ayora pusiera en práctica su método en Castilla, y contando ya con el apoyo del Rey, que le nombró su cronista y otorgó voto en los consejos de guerra, habíase hallado en el ejército del Rosellón, donde trató de introducir una reforma en las evoluciones de la infantería, pero encontró insuperables obstáculos en el orgullo del que lo mandaba y no vió por entonces realizados sus deseos. Al siguiente año (1504), regresó á Castilla y allí los puso en práctica en pequeña escala, formando la guardia de alabarderos ya citada, guardia que en un principio se componía de cincuenta peones, cuyo número al año siguiente se elevó á cien, y que constaba demás del capitán, de un teniente, un alférez, dos sargentos, dos cabos, un pífano, un tambor, un alguacil-aposentador y un cirujano.

Gonzalo de Ayora adiestró con especial cuidado á sus gentes en toda clase de maniobras, hasta conseguir perfeccionarlas en el manejo de las armas y en la exactitud de los movimientos; pero su compañía era sólo la base para la creación de cuerpos más respetables; útil como unidad orgánica, como unidad táctica era demasiado débil, y de aquí provino la idea de las *colunelas* ó coronelías; es decir, de cuerpos á manera de los modernos, constituídos por diversas compañías.

Estos cuerpos se constituían únicamente para operar en campaña y el número de las compañías de que constaban no eran fijos: en Italia les veremos constituyendo escuadrones de 1,500 plazas que era el máximum y 800 el mínimum. Con arreglo á estos principios en 1505 se dividieron las tro-

pas en colunelas y fueron nombrados jefes de estas fuerzas veinte personas de mérito y reputación, al frente de las cuales y con el nombre de coronel general aparece Zamudio (1).

No puede desconocerse cuánto influyeron en estas reformas la presencia de los lansquenetes y suizos en España, y las luchas que los españoles sostuvieron en el extranjero. En 1502 vinieron á nuestro país con el archiduque de Austria y fueron aquí tomados á sueldo como á guardias de las reales personas los arqueros de Borgoña, y en 1507 se presentó en España con el séquito que D. Fernando trajo de Italia un cuerpo nuevo de caballeria, los estradiotes (2), organizados y armados á manera de los albaneses. La caballeria fué también objeto de la atención del monarca D. Fernando; redújose su fuerza en 1508, y en 1509 se crearon una especie de tiradores á caballo, armados con escopetas y espada de dos manos. Estos tiradores vestían peto, espaldar, armadura de bra-

Sello del Rey Don Fernando el Católico

zos, almofar, morrión, faldón, musequies, guarda de rodillas, canilleras, zapato herrado y lúas de malla.

Los cuerpos de caballeria se compusieron, pues, de escopeteros, hombres de armas y jinetes ligeros; pero estimóse muy luego volver á la antigua división de caballería pesada y ligera, organizándose aquélla en 26 compañias de á cien plazas y ésta en 17 de igual número de soldados estradiotes. En cada una figuraba una sección de escopeteros. Mandaban estas compañías un capitán, un teniente, un alférez y cinco cabos; y figuraban en ellas tres trompetas, un herrero, un

(1) En las cartas que Gonzalo Ayora escribió á D. Fernando V desde el Rosellón, insertas en la *Coleccion de Autores Españoles, (Epistolario)* hallará el lector curiosas noticias relativas á las reformas proyectadas por aquél. Dice en una de ellas que en 1509, para la expedición á Orán, se le nombró *coronel de la infanteria*, cargo «que fué el primero que lo obtuvo en España.» Sin embargo; no se puede confundir esta categoria, *jefe de colunela* ó simple coronel, con la que alcanzó Zamudio de *coronel general* ó jefe superior de los *cabos de colunelas* en 1505.

(2) La denominación de *Estradiotes*, con que se conoció en el siglo XVI á los soldados de caballeria tigera, es de orígen italiano, *(strada)* y esta clase de soldados una especie de exploradores ó corredores dotados de arma de fuego que venían á completar el servicio de la caballeria en campaña. Las distinciones que algunos años después de creados establecen algunos tratadistas entre los estradiotes y los caballos ligeros y arcabuceros, prueban que ocupaban un lugar intermedio entre éstos y aquéllos. Como quiera que sea, tal vez á un tiempo se les conoció por escopeteros, arcabuceros y estradiotes, ó quizás lo más probable que habiendo llegado de Italia un cuerpo conocido con tal nombre, que entró á formar parte de la caballería española en 1507, se hiciera extensiva tal denominación á los escopeteros á caballo.

armero y un contador. Los hombres de armas usaban lanzón y espada y coselete completo; los jinetes ligeros lanza con gocete y veleta, martillo de armas, espada, puñal, y media armadura.

De este modo la infantería y la caballería pusiéronse en estado de poder competir ventajosamente con ejércitos bien organizados: no alcanzó igual altura por de pronto la artillería; y en el primer periodo de las guerras de Italia, el brillante tren que presentaron los franceses (140 piezas de bronce), era muy superior por todos conceptos á la artillería de que disponían los españoles (1), lo que no fué óbice, sin embargo, á que consiguieran éstos importantes y decisivos triunfos sobre un enemigo que á tal ventaja, añadia las del número y calidad de sus peones y hombres de armas.

Hasta principios del siglo xv, la artillería, con escasas excepciones, sólo había figurado en los sitios: la reducción del calibre de las piezas permiten, ya entrado aquél, que se encabalguen en ligeros montajes provistos de ruedas y acompañen á los ejércitos en sus operaciones: tales son las

(1) Hé aqui algunas interesantísimas noticias concernientes á la nomenclatura y peso de las pelotas de la artillería en uso á principios del siglo xvi, noticias que acompañan el *Informe sobre los adelantos de la comision de Historia en el Archivo de Simancas*, por el coronel de ingenieros D. José Aparici y Garcia, y entre las que aparece una relativa á la artilleria de metal que llevó para la armada de Levante en 1500 el Gran Capitán.

NOTICIA de la nomenclatura y peso aproximativo de pelotas y piezas más en uso hacia el año 1500, sacada de varias relaciones.

Nomenclatura	Peso de la pelota	Peso de las piezas
Tiros	»	43 1/2 quintales.
Lombardas	170, 60, 30, 27, 20, 15, 10, 7, 6, 5, 4, 3, 2 libras, pelota de piedra y de 9 á 10 palmos de longitud en la pieza.	»
Lombardetas	»	»
Pasavolantes	»	»
Quartagos	»	»
San Martines	»	»
San Migueles	»	»
San Cristóbales	»	»
Cañones pedreros con cámara y sin ella	»	De 25 á 30 quintales.
Cañones serpentinos con camara y sin ella	40 libras pelota de hierro	De 34 á 44 id.
Cañones serpentinos pequeños	30 libras id.	32 id.
Culebrinas, mitad ochavadas y mitad redondas	30 libras id.	44 id.
Culebrinas ochavadas	15 á 18 libras id.	De 38 á 45 id.
Falconetes ochavados y redondos	4 libras id.	De 8 á 10 id.
Gerifaltes	»	—
Rivadoquines mosquetes	1 á 2 libras id.	De 4 á 5 id.
Rivadoquines ochavados	»	De 2 á 3 id.
Sacabuches ó acabuches	»	1 id.
Arcabuche	»	1 arroba.
Mosquete	»	1 id.

Y otras.

EXTRACTO de una relación de la artillería antigua de hierro llevada de Vizcaya á Málaga en diferentes buques.

Contaduría: 1.ª época.—Legajo 619.—Año 1500

Lombardas

	Servidores
4 de 60 libras, pelota de piedra	107
6 de 30 id.	
1 de 20 id.	
5 de 15 id.	
21 que no se expresa	
3 medianas	
2 de 7 libras, pelota de piedra	
3 chicas	
34 viejas y quebradas	
79 lombardas.	

Lombardetas

7 grandes	585
4 casi pasavolantes sin cepos	
24 pequeñas	
5 chicas	
160 que no lo expresa	
200 lombardetas.	

Pasavolantes

21 pasavolantes con una cureña	87

RESÚMEN

Clases de piezas	Números	Cureñas	Servidores
Lombardas	79	»	107
Lombardetas	80	»	585
Pasavolantes	21	1	87
Totales	300	1	779

NOTICIA de la artillería de metal que llevó para la armada de Levante en 1500 el Capitán general Gonzalo de Córdoba en 15 buques, cuyos nombres se expresan en la relación.

Número 119.—Contaduría: 1.ª época.—Año 1500

Número de piezas	Nomenclatura	Fundición en los que se expresa
6	Cañones pedreros	Málaga en 1500.
2	Pasavolantes	Villena.
1	Tiro llamado Príncipe	»
24	San Migueles	Baza de 1497 á 1498.
5	San Cristóbales	id.
8	San Martines	id.
8	Ribadoquines mosquetes	Málaga.
9	Ribadoquines	»
63	piezas.	

RELACIÓN de artillería antigua de hierro con expresión del peso de la peloteria de piedra y valor, con tres servidores cada pieza.

Contaduría: 1.ª época.—Legajo núm. 45.—Año 1503

Lombardas

Número	Peso de la pelota	Longitud	Coste con tres servidores de cada una
2 grandes	70 libras	»	110 ducados
9 id.	27 id.	10 palmos	32 id.
24 id.	10 id.	9 id.	21 id.
8 id.	7 id.	9 id.	14 id.
11 id.	6 id.	9 id.	12 id.
20 id.	5 id.	9 id.	10 id.
14 id.	4 id.	9 id.	8 id.
12 id.	3 id.	9 id.	6 id.
11 id.	2 id.	9 id.	4 id.
8 pequeños como ribadoquines.			18 id.
119 lombardas.			

piezas de campo, colocadas sobre un mástil al que se adaptaban, sujetándolas además por medio de abrazaderas: una palanca cruzaba bajo el eje entrando en dos ruedas que en un principio fueron macizas y más tarde de cubo y rayo. El tiro era con estos cañones sólo fijante, pero algo más tarde se colocó en la cola de la cureña un graduador que permitía al artillero variar la puntería. Treinta y seis de estos cañones ó máquinas de guerra, como entónces se llamaban, presentaron los franceses al invadir la Italia en tiempo de Carlos VIII, alcanzando las mayores una longitud de

Arqueros de Borgoña

ocho piés y un peso de seis mil libras: las culebrinas que figuran junto á los cañones eran más largas y de menor calibre; y los montajes eran bien de dos ruedas ó ya de cuatro, arrastrándolas con gran ligereza algunos caballos.

La aparición de estas baterías causó gran sorpresa, admirándose desde luego la solidez de los cañones, la rapidez del tiro y la facilidad y ligereza de su transporte. Sin embargo, á pesar de la superioridad que este elemento daba al enemigo, el Gran Capitán supo contrabalancear sus efectos, por medio de un hábil empleo de sus fuerzas; y del propio modo que contrarestó la resistencia de los piqueros suizos con sus ligeros vélites armados de escudos y espada, anuló la eficacia del fuego de la artillería enemiga, evitando el presentarla blancos y dirigiendo hacia ella preferentemente el ataque de sus tropas ligeras.

En cambio, no se ocultó á su genio perspicaz la conveniencia de dotar á su ejército con una arma portátil que reuniera la mayor suma de apetecibles condiciones; idea que confió á los armeros italianos y que dió como á resultado la *scoppieta*. El mecanismo de esta arma de caja partida era por demás sencillo y seguro: cargábase por la recámara, cuya cavidad era de mayor calibre que el ánima del cañón y en medio de la cual se hallaba colocado el fogón: un émbolo giratorio al que iba unida una palanca, permitía abrir y cerrar la recámara para practicar la carga, sujetaba el cañón é impedía el movimiento de dicha recámara: este mecanismo estaba revestido de fuertes chapas de hierro convenientemente sujetas. El cañón era de calibre catorce adarmes y de cuatro piés é igual número de pulgadas de longitud, y á él se adaptaba la recámara, de mayor calibre y diámetro que aquél. En cuanto á su método de cargar, según la autorizada opinión del Sr. Zuloaga, «consistiría primero en el movimiento de la palanca para abrir y, segundo en bajar la recámara por medio de la llave; ya en este caso, con la ayuda de un aparato corto á manera de atacador, llevaban la bala á su puesto, vertiendo en seguida la pólvora, volvían á subir la recámara, cerraban la visagra ó gozne y al propio tiempo movían con la otra mano la palanca; salia el émbolo giratorio, sostenía el cañón y la acción de la visagra, y por su presión, suspendía la movilidad de la recámara: en este estado el arma se hallaba pronta á hacer fuego tan luego como fuera cebada; para verificarlo se colocaba en el hombro, y con la misma mano con que más ó menos se agarraba la garganta de la caja, se daba mecha.»

El constante progreso en todos los ramos, el engorroso manejo de la escopeta y perfeccionamiento de los mecanismos, hizo que fuera reemplazada la escopeta por el arcabuz. Esta arma llamada arcabuz de mecha, no se cargaba como la escopeta por la recámara, si no que, gracias á un sencillo mecanismo, la cuerda mecha adherida al serpetín subia movida por un muelle hasta el fogón al efectuar al disparo. Media el cañón del arcabuz una vara y cuatro pulgadas de longitud y su calibre era de cinco adarmes; la cavidad del cañón estaba ejecutada á forja, la recámara y cazoletas unidas á calda, las piezas de mecanismo sujetas por clavos remachados y el cañón estaba unido á la caja de madera por medio de una argolla de hierro.

Otra clase de arcabuces se conoció más tarde, los de piedra ó chispa, á causa de la pirita que sujeta á un pié de gato movido por una rueda, chocaba con una punta de acero y comunicaba las chispas al fogón. Estos arcabuces eran muy pesados, y para dispararlos tenían que apoyarse en una horquilla; y esta circunstancia, unida á la lentitud de la carga y la facilidad de irse el tiro, sin duda influyeron en su escasa generalización.

El arte y el buen gusto contribuyeron á perfeccionar y hermosear estas armas, enriqueciéndolas con toda suerte de primores y valiosos detalles; pero donde sobre todo se echa de ver esta perfección, es en las blancas, así ofensivas como defensivas. Milán, que en el próximo reinado de Carlos I va á convertirse en nuestro establecimiento central de artillería, adquiere gran renombre por sus bellas corazas, y Florencia por el gusto exquisito de sus artífices. De allí salen aquellas magníficas espadas verdadero modelo de composición y cincelado; aquellas rodelas enriquecidas de oro damasquinado, en que flotan las Victorias sobre los dioses, aquellos escudos repujados en que interpretando un capítulo del Petrarca, el artista representa los inmortales y los héroes encadenados al carro del amor que empujan risueños cupidillos; ó bien el rapto de Elena entre un combate de guerreros, ya sin igual lucha de gigantes, ya una cabeza de Medusa, rodeada de caprichosos follajes de oro y plata; aquellas corazas de bruñido acero que semejan brillantísimo espejo, exornadas también con riquísimas labores, grabados y festones; y aquellas borgoñotas, en cuya superficie aparecen mezclados Marte, Venus y Cupido, el caballo de Troya y las columnas de Hércules, y en las que el trabajo á martillo compite con el de cincel, y el gusto delicado con una exquisita riqueza. Y si de las piezas defensivas pasamos á las ofensivas, admiraremos las barreadas mazas de armas, las lanzas con fierro de hoja de espino ó roquete, las pesadas partesanas ó las espadas con hoja de Toledo, y que, como la de Gonzalo, conservada en nuestra Armería, son prueba evidente de los progresos alcanzados por las artes en esta época. Mas como las armas blancas, se perfeccionan y pulen las de tiro, ballestas y arcabuces; si bien es preciso convenir que

luchando nuestro ejército en diferentes teatros se procura este armamento más que en la propia, en extrañas tierras, en las que por cierto, armas portátiles y artillería alcanzan desusada perfección (1).

Algo más importante, empero, que el perfeccionamiento artistico que alcanzaban estas armas, fué el conseguido por las de fuego, á las que tan reacia se mostraba la sociedad de aquella época, y á los progresos de esta clase de armamento hay que atribuir el radical cambio de fisonomía de los combates, mudanza que se echa desde luego de ver en las guerras de Italia. En ellas presentan los franceses la flor de sus caballeros y hombres de armas, el brillante cuerpo de su gendarmería, reforzados por un importante tren de artillería y cuerpos escogidos, como los suizos. Sin embargo; la caballería pesada francesa manifiesta de evidente modo la decadencia en que va á entrar esta arma, y la artillería es impotente ante el sistema adoptado por el Gran Capitán; porque este ilustre militar no se amilana ante el poderío de sus enemigos; echa de ver la importancia que tiene la infantería, á pesar del poder aparente de la artilleria francesa, acomoda su táctica al terreno en que opera, crea nuevos métodos y logra derrotar con ellos á ejércitos tan lucidos como numerosos.

Es indudable que si la observación profunda de los acontecimientos y el estudio constante forman el espíritu de los hombres eminentes, únicamente una superior inspiración, la espontaneidad en las ideas, la facilidad en combinar y elegir los elementos, de apreciar los hombres y las cosas, y de dar al tiempo su justo valor, revela los genios. Gonzalo de Córdoba reunía en sí felizmente todas estas circunstancias; no desconocia los grandes modelos de la antigüedad, cuyas campañas había estudiado; no era ajeno á la sociedad en que vivia, ni al movimiento que agitaba los ánimos; y supo poner en práctica los inmutables principios del arte, hermanados á los variados recursos de su genialidad, y aun, adelantándose á su tiempo, concebir ideas que la posteridad había de admitir como buenas (2). La organización de grandes reservas fué una de ellas, opinando Gonzalo que se-

(1) No estará fuera de lugar el dejar consignado aquí, que si bien los españoles nos adelantamos al resto de las naciones europeas en el empleo de la artilleria, ésta no nos fué deudora de un inmediato perfeccionamiento. Testimonio de ello es la presencia de maestros alemanes é italianos en nuestros ejércitos durante el siglo XV, y cosa indiscutible el que tal perfeccionamiento tuvo lugar en Alemania. Los progresos realizados en este ramo en las ricas ciudades de Flandes, contribuyendo á dar justo renombre á sus fundidores y maestros, y en el siglo XVI con frecuencia se les confió la fabricación de las piezas y la guarda y conducción del tren. Ello es, que desde el reinado de Carlos I el ejército se proveyó casi exclusivamente del extranjero, si tal nombre hemos de dar á Flandes y al Milanesado. Capmany cita á este propósito un párrafo del doctor Villalobos, médico de Carlos V, quien al hacer mención de los gastos y preparativos que cuesta una guerra á España, escribia por los años 1534. «La primera necesidad es de artilleria con sus municiones y aparejos. Y si queréis saber quánta es esta necesidad, allegamos al capitán del artilleria de Castilla, y deciros ha: *que es menester que venga madera é pólvora desde Flandes en una flota que venga á muy buen recaudo por el mar Oceano; y que la fusileria y los maestros de fundición y los carpinteros de los carretones* (cureñas) *vengan de Italia en otra flota.*» Y añade el eminente autor de las *Cuestiones criticas*. «De la respuesta de San Francisco de Borja, siendo Virey en Cataluña en 1546, dada á su secretario, que, pidiendo al Gobernador de Milán, cien alabardas, puso *albardas* en la carta que firmó su amo sin leerla, infiero yo (otros buscan el chiste) que estas armas se labraban de superior calidad en la Lombardia, quando no las compraban en España.» Por manera que no solamente la artilleria, sino otros pertrechos nos venian de nuestras posesiones: y no se puede desconocer que militando constantemente en los Paises-Bajos é Italia nuestros soldados, allí refluía el dinero que costaba su sostenimiento y equipo, lo que no dejaba de empobrecer nuestro erario y anular nuestra industria, ya gravemente perjudicada con la perspectiva que ofrecian á los más los viajes á Indias. Causa es esta que merece continuarse entre las diversas que más ó menos directamente influyeron en nuestra decadencia.

(2) La exposición de los principios por que se regia el Gran Capitán, la tomamos del libro que con el título de *Tratado de Re militare* escribió Diego de Salazar, que combatió á sus órdenes, poco después de su muerte. Esta obra, como la de Maquiavelo, está puesta en diálogos, según la moda literaria de aquella época; se publicó el año 1536 y fué reimpresa en 1590 en la ciudad de Bruselas. Su autor expone la razón que le impulsó á redactarla en el siguiente párrafo:

«Porque creo que después de la muerte cualquier hombre puede ser alabado sin cargo ni culpa de adulación en quien lo alaba, no dudaré yo de loar la buena memoria del ilustrisimo D. Gonzalo Fernández de Córdoba, Gran Capitán de España, duque de Sesa y Terranova, cuyo nombre no verná jamás á mi memoria que con lágrimas no sea recordado. Yo digo libremente no haber hallado entre cuantos hombres he conocido y conversado otro de más encendido ánimo á las cosas grandes y magnificas, por lo cual no dolió cosa tanto en su muerte á sus amigos y servidores como el verle nacido para morir, ni él pesó tanto dello por ella misma, cuanto por haberse dispuesto el tiempo de tal condición que no pudo ayudar á sus amigos conforme á la grandeza de su ánimo, porque generalmente todos se pudieran favorecer de sus magnificencias: verdad es que no le fué la fortuna tanto enemiga que no dejare muchas cosas dignas de memoria, así en las larguezas de su magnánimo corazón, como en los actos de su militar ejercicio, en el cual, junto con el gran esfuerzo, tuvo grande ingenio y estudio: y como á mí cupiese parte y no pequeña en el dolor de su muerte, así por haber militado prósperamente bajo sus banderas, como por haber recibido parte de sus acostumbradas mercedes, y habiéndose sido y tenido obligaciones de particular servidor, y privándome la fortuna con su muerte del trato de tan amado señor, me parece no poder tomar mejor remedio que gozar con la memoria de las cosas que por él fueron prósperamente hechas, y agudamente dichas, y sabiamente disputadas. Y porque no hay cosa más fresca de las que dél me acuerdo que el razonamiento que poco tiempo há que pasó con el ilustrisimo señor duque de Nájera, conde de Treviño, donde largamente estuvo con él en disputa de las cosas de la guerra, aguda y prudentemente el duque demandando, y sábiamente el Gran Capitán respondiendo, me ha parecido reducirlo á la memoria y escribirlo, porque leyéndolo sus amigos y servidores refresquen en sus

gún lo efectuaban los romanos, debían requerirse en cada circunscripción los hombres útiles para el ejercicio de las armas, cualesquiera que fuese su procedencia ó profesión, si bien estimaba como más convenientes, los consagrados á las faenas agrícolas; quería soldados de diez y siete á cuarenta años, y en caso de tener que reforzar el ejército constituído consideraba que debían elegirse los más bisoños para nutrir las filas y aleccionarse al lado de los veteranos.

Un ejército nacional sólidamente constituído y animado por el móvil poderoso de la disciplina y del honor, era el que Maquiavelo consideraba también necesario á su patria. Y es digno de notarse que tales ideas fueran sustentadas por un diplomático tan ilustre y un capitán tan insigne.

Pasando de la táctica á la organización, Gonzalo echó de ver el importante papel que estaba reservado á la infantería; y no varió su opinión la importancia que iba á tener la artillería en las nuevas campañas, ni la que aún se daba á la caballería. Así pues, no le amilanó la inferioridad en que se encontraba con respecto al enemigo, trató de sacar el partido posible de su conocimiento del terreno y de las escasas fuerzas de que disponía; y por lo que respecta al armamento de sus tropas de infantería, Gonzalo dispuso que cada soldado usara celada, coselete con gola ó gorjal y brazales: la mitad de su ejército se componía de piqueros; dos sextas partes usaban espada corta, dardos y rodela, y una sexta parte la componían arcabuceros.

Hé aquí la exposición que de sus principios tácticos hace el mismo Gran Capitán en la ya citada obra de Diego de Salazar:

«Habéis de saber, que en cada nación en el ordenar su gente para la guerra ha hecho en su ejercicio ó milicia un miembro principal, el cual si le han diferenciado en el nombre, han variado poco en el número de los hombres: porque todos los han compuesto de seis á ocho mil hombres, y á este miembro los romanos le llamaron legión, y los griegos falanje, y los franceses caterva, y este mismo los suizos, que de la antigua milicia retienen alguna sombra, le llaman conforme á los italianos, batallón, y nuestros españoles le nombran escuadrón: verdad es que cada uno le ha dividido á su propósito en diversas escuadras: paréceme, pues, conforme á nuestro hablar fundarme sobre este nombre, y después según las antiguas y modernas órdenes, ordenarle lo mejor que sea posible. Y porque los romanos dividían sus legiones, que eran compuestas de hasta 6,000 hombres, en 10 cohortes, yo quiero dividir este nuestro escuadrón en 12 compañías ó batallas, y componerlo de 6,000 hombres de pié, y daremos á cada compañía 500 hombres, de los cuales 500, 200 dellos ternán picas, y los otros 100 serán arcabuceros, y los otros 200 con que se cumple el número de 500 les daría rodelas y dardos con las otras armas que ya he dicho, y de los armados desta manera haría diez compañías y batallas para presentar la batalla campal, y las picas destas diez compañías llamaría picas ordinarias, y las otras dos compañías con que se cumple el número 12, daría todas picas, y llamarlas ya picas extraordinarias; las cuales todas hacen el número de 6,000 infantes: daría á cada compañía un capitán, y cinco centuriones á los cuales llamaría cabos de batalla, y destos en el combatir los cuatro regirían la batalla, y las órdenes, y el uno daría por cabo de los arcabuceros. Ordenaría demás desto los cabos de la escuadra, no como ordenan agora, sino cabos de diez hombres, y no de más como agora les dan, y darles ya el sueldo conforme á la poca gente, á se de decir, adelante qué sueldo han de haber estos cabos de diez. Ordenaría después un general de todo el batallón, y llamarle ya coronel del batallón, ordenaría que cada capitán tuviese un alférez con su bandera, y dos atambores y un pífano que fuesen en el número de los 500 infantes y ansí sería compuesto un escuadrón de 12 compañías, y en esto no digo los nombres de los antiguos, que á las picas ó lanzas luengas llamaban hastados, y á los de los escudos á quien yo daría rodelas, llamaban príncipes, y á otros de armas sueltas, hondas y ballestas, llamaban vélites; y compuesto este escuadrón venía á tener doce capitanes, y otros tantos alférez, y 60 cabos de batalla, y 600 cabos de 10, 12 pífanos, y atambores 24, y 1,000 picas y 1,000 arcabuceros, y 2,000 escudados ó enrodelados. Yo de buena voluntad os he muchas veces repli-

ánimos el recuerdo de su virtud, y los otros se duelan por no haber intervenido en su tiempo para deprender muchas cosas útiles no solamente al hábito militar, sino á la vida política, y para que entiendan las cosas de la guerra por dos tan sapientísimos hombres preguntadas y respondidas, porque si con el ver no las alcanzaron, con el leer al menos las deprendan.»

cado esta orden, porque después cuando os muestre la manera de ordenar las batallas y los ejércitos, no estéis confuso; y por tanto digo que el rey ó la república que quisieren ordenar sus súb-

Diego García de Paredes

ditos y armarlos, los debe ordenar con estas armas y con estas partes, y hacer tantos escuadrones en sus provincias de cuantos ellos fuesen capaces, y cuando los hubiese ordenado según la sobre dicha distribución, queriéndoles enseñar la ordenanza bastaría ejercitarlos compañía por compañía, que aunque el número de los hombres no pueda hacer por sí forma de un justo ejército, todavía puede cada hombre aprender en ella lo que particularmente le pertenece: porque en los ejer-

citos se guardan dos partes. La una aquella que deben hacer los hombres en cada capitanía, y la otra lo que después debe hacer la capitanía cuando está con los otros en un ejército: y los hombres que saben bien la primera orden, fácilmente guardan la segunda, mas sin saber la primera, no se puede jamás prevenir á la disciplina de la segunda. Por esto puede, como he dicho, cada una destas compañías por sí, deprender á tener y guardar las hileras en todas las calidades de movimientos y de lugar, y después auyentarse, y entender el son: mediante el cual se entienden los mandamientos en la batalla campal, y fuera della como entienden los galeotes el chiflete que toca el cómitre, para estar quedos ó ir adelante, ó volver atrás, ó dónde han de volver las armas y el rostro: en tal manera, que sabiendo guardar bien las filas, en manera que lugar ni movimiento las desordene, y entendiendo bien los mandamientos del capitán, y cabos, mediante el son, la voz y sabiendo de presto tornar á su lugar, pueden después fácilmente, como dije, estas batallas, y capitanías, siendo ayuntadas deprender ó hacer aquello que todo el ejército junto es obligado á hacer en una batalla campal: y porque la tal práctica ó costumbre universal no es de estimar en poco, se podría una vez ó dos en el año en tiempo de paz ayuntar todo el escuadrón, y darle forma de un ejército entero: ejercitándole algunos días como si se hoviese de dar batalla, poniendo la frente y los lados y todas las otras cosas en su lugar; y porque un capitán ordena su ejército para la batalla, ó porque verse ha del enemigo que vee, ó por el que sin verle teme, debe ejercitar su ejército en la una manera ó en la otra, instruirlo en modo que pueda caminar, y si la necesidad le ofreciese combatir, mostrando á sus soldados como fuesen salteados de una parte, ó de otra, en qué manera se habían de gobernar, y cuando lo mostrasen combatir con el enemigo que veen, mostrarles como se ha de trabar la pelea, y á donde se han de retirar siendo rebotados, y quien ha de suceder en su lugar, y á qué señal y á qué son, y qué voz han de obedecer, y platicárselos en tal manera con las acometidas fingidas, que deseen las verdaderas, porque no se hace el ejercicio animoso sinó por ser bien ordenado, porque si yo soy de los primeros combatidores, y si siendo vencido sé á donde me tengo que retraer y quién ha de suceder en mi lugar, siempre combatiré con esfuerzo viéndome el socorro propicio, y si yo soy de los segundos combatidores, el ser rebatados los primeros no me espantará, porque ya habré presupuesto que podrá ser, y aun lo habré deseado, por ser de los principales en dar la victoria á mi señor, y holgaré que no se la den á aquellos: ansí que estos ejercicios son necesarios, ansí donde se hiciere un ejército nuevo, como á donde esté el ejército viejo.»

Reasumiendo: la infantería estaba dividida en coronelías de seis mil hombres y subdividida en doce compañías ó batallas de á quinientos hombres cada una; de los cuales ciento eran arcabuceros, doscientos piqueros y otros tantos iban armados con rodelas. Sin embargo, de las doce capitanías, existían dos formadas esclusivamente de piqueros. Un coronel jefe superior de este escuadrón; un capitán, un alférez abanderado, cinco cabos de cien hombres y cincuenta cabos de á diez, dos tambores y un pífano, por compañía, constituían las diversas categorías en esta fuerza.

El escuadrón formaba en columna con cinco de frente en la siguiente disposición: picas, rodelas, arcabuces, picas. Se pasaba del orden de columna al profundo doblando la segunda fila sobre la primera, la cuarta sobre la tercera, etc., y redoblando cada fila par quedaba reducida la formación á veinte filas con veinticinco hombres de fondo. Pero existía un orden profundo más complicado. La capitanía se dividía en cuatro centurias y cada centuria estaba formada del modo siguiente: cinco filas de picas, tres de arcabuces, diez de rodelas, otras tres de picas. La segunda centuria ofrecía la diferencia de llevar en las tres últimas filas arcabuceros. Las centurias avanzaban en esta disposición sosteniéndose mutuamente. Se pasaba de este orden al de batalla haciendo alto la primera centuria, avanzando la segunda por la derecha y colocándose á su lado y siguiendo este movimiento las centurias restantes. Esta combinación sufría algunas variaciones, quedando á veces los arcabuceros fuera de este sólido al que cubrían con sus fuegos.

Bien se comprende que la distribución de los elementos de que se componían las capitanías respondía á las exigencias del ataque; sin embargo este orden no era invariable, pues cuando cada

capitanía operaba con independencia tenía que adoptar formaciones adecuadas al ataque ó á la defensa y aun al terreno en que maniobrara (1).

»Al disponer un ejército en orden de batalla, dice Clonard, el Gran Capitán, fiel á sus principios, procuraba conservar el influjo relativo de las diferentes armas, y enlazar las partes tan enérgicamente que no perdieran la cohesión necesaria aún en medio de las más violentas conmociones. Suponiendo que el ejército se compusiera de dos escuadrones, fuerte cada uno de seis mil infantes y seiscientos caballos, y subdividido, según hemos dicho, en batallas, centurias y decurias, Gonzalo prescribía su formación de la manera siguiente: Los escuadrones formaban una de las

Guardia Vieja de Castilla

dos grandes secciones del ejército; uno á la derecha y otro á la izquierda. En el frente de cada escuadrón se colocaban cinco capitanías ó batallas, cubriéndose mutuamente el flanco derecho y distantes entre sí cuatro pasos. Cuarenta detrás, se ponían otras tres batallas, ocupando una línea

(1) «El fundamento de la instrucción para mover con concierto aquella máquina descansaba entonces como ahora en la pericia del individuo y en el revolverse y trastear bien las batallas y compañías. Cuando éstas maniobraban bien, con facilidad y sin confusión, cada escuadrón ó coronelia desempeñaba la intención y orden de su jefe con exactitud y presteza. Cada soldado, además de las calidades de su persona y ánimo, que como ya se ha visto no podian mejorarse, habia de saber buscar su puesto, mantener su hilera, conocer los camaradas de los costados y de la fila anterior y posterior; saber en fin, el lugar fijo que ocupaba y el valor exacto que se le daba como pieza de de aquel juego de ajedrez. El trocar el frente en retaguardia, en vanguardia ó en los costados, por medio de vueltas y giros rápidos y exactos, el entender las voces de mando y los toques del atambor, pífano y trompetas eran cosas de suma importancia, pues como en el orden cerrado, cualquier perturbación ó movimiento equivocado produce tal desorden, á prevenir este azar se encaminaban los esfuerzos de aquella táctica. Por ella tenía entonces tal importancia las banderas y otros signos de formación y escuadronar. Las banderas debian diferenciarse mucho entre sí por sus matices y signos, para que más fácilmente los soldados las pudieran conocer y distinguir, sirviéndoles de norte y guía en cualquier confusión. Con tal ayuda y el conocimiento de los camaradas de hilera y de su cabo, les era fácil en cualquier azar juntarse de nuevo, rehacerse y ocupar cada cual su lugar cierto, sin error alguno. Para facilitar más la ocasión de ordenarse los capitanes, cabos de batalla, y aun los de á diez, llevaban los penachos de diversos colores y con encontradas divisas. El desordenarse á hecho cierto y á sabiendas para volver á rehacerse y venir prestamente á la primera formación era ejercicio que hacian repetir sin cesar los capitanes en sus compañías y los coroneles en sus escuadrones. Si pasándose de las imitaciones á la verdad de un caso, acontecía al-

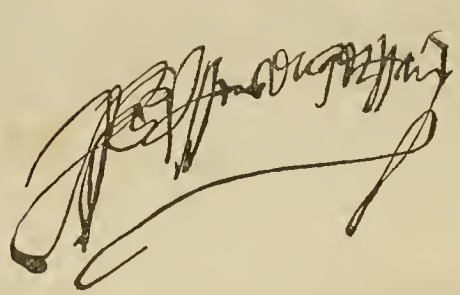
perfectamente parelela con la de las cinco del frente, y guardando una distancia recíproca de treinta y tres pasos. Paralelamente también y á la misma distancia de cuarenta pasos, se apostaban dos capitanías, dejando un espacio intermedio de noventa y nueve pasos. Dispuestas así presentaban un cuadrilongo que tenía doscientos pasos de longitud por ciento cuarenta de latitud. Para llenar los huecos que resultaban entre estas tres líneas y que podían dar al enemigo acceso fácil hasta el corazón del ejército, quedaban las mil picas extraordinarias, las cuales avanzando rápidamente formados en siete filas, cubrían todo el costado derecho é izquierdo respectivamente. Como aún después de realizado este objeto, había sobrantes cuarenta filas de piqueros se destinaban á la custodia de los convoyes colocados en la retaguardia. Los cabos de batalla y los de á diez ocupaban sus lugares correspondientes; de los diez capitanes uno se ponía al frente de la primera línea, otro en el centro y otro en la retaguardia, desempeñando funciones análogas á las del antiguo terji-conductor; los siete capitanes restantes iban á los puntos donde el coronel ó capitán general creyera más necesaria su presencia. Los arcabuceros, ballesteros de á caballo y de á pié, los hombres de armas y los caballos ligeros, considerados como fuerzas movibles, no estaban sujetos á orden invariable; unas veces los arcabuceros divididos en bandas ceñían el costado de las batallas, otras reunidos con los ballesteros de á caballo, cubrían el flanco izquierdo de las picas extraordinarias, distantes de ellas cuarenta pasos, ó bien se colocaban formando una sola masa entre las picas extraordinarias y las cinco primeras capitanías, y no faltaba ocasión en que era preciso repartirlos en dos trozos de igual fuerza; dejando el primero entre las capitanías y picas, é intercalando el segundo en los espacios que dejaban abiertos los caballos ligeros y los hombres de armas. En este último caso los arcabuceros, después de haber lanzado sus fuegos, corrían al lado de los rodelas y hacian uso de su espada. Los caballos ligeros, distribuídos en tres secciones, se apostaban ordinariamente sobre el flanco izquierdo de todo el ejército, y los hombres de armas sobre el derecho; mas la prudencia y principalmente la actitud del enemigo exigían en determinadas circunstancias, que las lanzas, estradiotas y jinetes se colocasen detrás de los arcabuces y ballesteros, y en pos de ellos, á la distancia de cuarenta pasos, los trescientos hombres de armas divididos en tres filas equidistantes é igualmente dispuestos.

»El sitio comprendido entre las cinco y tres capitanías era el designado al coronel de cada escuadrón, en cuyo alrededor debían colocarse cuarenta ó cincuenta hombres ágiles, expertos, dotados de fortaleza y susceptibles del honor suficiente á sucumbir en su puesto antes que abandonarse á una fuga ignominiosa. Los dos escuadrones estaban apostados por la distancia de cuarenta pasos, cuyo intervalo se hallaba protegido por algunas piezas de artillería. En medio se colocaba el capitán general con el guión y dos trompetas. Ciento cincuenta hombres de caballos ligeros, hombres de armas y enrodelados, la flor del ejército, formaban su guardia de honor y constituían una escolta bastante fuerte, si no por el número, por la calidad de los individuos, para decidir en último trance un combate obstinado. La artillería ordinaria de este ejército constaba de diez cañones, ocho serpentinas, dos pedreros, cuatro culebrinas y veinte sacres, y cubría el frente de la primera línea. El Gran Capitán opinaba por que las piezas de campaña fuesen de poco calibre, y su ejemplo y sus ideas sirvieron para suprimir aquellas inmensas moles cuya conducción era tan lenta y cuyos gastos eran tan desproporcionados á la utilidad que producían.

»Un ejército ordenado de este modo podia combatir en una sola masa ó en diversas, siguiendo la táctica de las legiones romanas, ó de la falange griega, entonces muy en boga en toda Europa por haberla adoptado, con ligera modificación, la excelente infantería suiza. Si se empleaba la falange no había más que ir nutriendo las primeras filas con las que estaban colocadas en lo interior; si por el contrario se prefería el sistema de ataques sucesivos y de reconcentración sobre la base, replegábanse al efecto los caballos y arcabuces sobre las picas, éstas sobre las rodelas, jugan-

gún grave desorden y perturbación, firmandose la bandera acudian los cabos, guiando los suyos á sus lugares, colocándose unos á la diestra, otros á la siniestra, poniéndose quién primero, quien segundo, quién enfrente, quién en espalda, como lo tenían cursado y aprendido, quedando así súbito formado el escuadrón. Esto se llamaba *guardar el lugar*, y todo el ahinco de los cabos y capitanes era soltar y adiestrar á sus soldados en este ejercicio ya caminase en hilera, ya de frente ó en escuadrón.» Estébanez: fragmento de la *Historia de la infantería*.

do todas las armas hasta el último límite de la posibilidad. Esta masa tan sólida, tan compacta, tan cuidadosamente cerrada por todos sus extremos, debia resistir ventajosamente á un gran golpe de caballería, lo mismo que al impulso enérgico de otro cuadro de infantería. Como no tenía punto alguno débil en la línea exterior y de las fuerzas interiores se hallaban en disposición de concurrir al que fuera más seriamente atacado, apenas le quedaba al enemigo otro recurso que el



Retrato del Gran Capitán y facsímile de su firma

de ceñir este extenso cuadro, pero ciñéndole se debilitaba él mismo, y debilitándose se exponía á perder la ofensiva ó á quedar desbaratado insistiendo en ella imprudentemente. Por otra parte, los espacios que resultaban entre las diferentes capitanias y escuadrones permitían el desahogo bastante para la transmisión de las órdenes y las maniobras de los cuerpos. Ciertamente la idea de esta formación era la concepción más feliz que hubiera tenido el genio militar para sostener la ofensiva. Cuando el número de las tropas ascendia al guarismo que hemos presentado, se aumentaban proporcionalmente las capitanias y escuadrones, conservando el mismo orden de formación (1).»

Otras diferentes combinaciones ideó la fecunda inventiva de Gonzalo: en cruz, en cuadro, en

(1) Clonard. *Hist. org.*

círculos concéntricos, etc. según que hubiese que resistir á la caballería ó hacer frente á la infantería. Su explicación parece un tanto complicada y resultaría aquí oscura; sin embargo, esas evoluciones son sencillas y bien pensadas: aparecen como la revelación del espíritu moderno. ¿Era posible que la caballería hiciere mella en esos enormes sólidos cuya primera fila hinca rodilla en tierra y hace fuego mientras las restantes presentan las picas erizadas de acero y constituyen formidable muro? ¿Era fácil que los suizos resistieran el ataque de los enrodelados cuando la lucha se entablaba cuerpo á cuerpo y lo estrecho de la acción imposilitaba el empleo de la pica? ¿Qué temores podía infundir á Gonzalo la artillería enemiga si sus tropas ligeras podían evitar combatiendo á la desbandada los efectos de su fuego, hasta llegar á apoderarse de las piezas? El Gran Capitán, ya hemos tenido ocasión de consignarlo, no desconocía hasta donde llegaban los límites de aquella arma, y por eso en distintas ocasiones suplió su carencia de artillería, procurando llegar cuanto antes á las manos con sus enemigos.

Secundaria fué, pues, la importancia que tuvo en su ejército la caballería y escaso el valor que dió á la artillería. «Los caballos, dice en el tantas veces citado libro de *Re militare*, no pueden ir por todas partes como los infantes, y también son tardíos á obedecer cuando ocurre variar la orden, y los infantes son más prontos para si es necesario yendo adelante volver atrás, ó volviendo atrás tornar adelante, conmoverse estando firmes ó andando afirmarse, que sin duda no lo pueden hacer los caballeros: siendo por cual que ímpetu desordenados, tornarse á ordenar, sino con dificultad, y aunque aquel ímpetu faltase, ocurre algunas veces, demás de esto, que un hombre animoso está sobre un caballo cobarde ó un hombre cobarde sobre un caballo animoso, por donde conviene que esta disparidad de ánimo haga desorden, y no se maraville nadie que un escuadrón de infantes resista cualquier ímpetu de caballos, porque el caballo es animal sensato, y conoce los peligros y de mala voluntad entra en ellos, y si consideráis qué fuerzas lo hacen tener atrás, vereis claramente ser mayores las que la detienen que las que le hacen ir, porque delante lo hacen ir las espuelas, y de la otra parte lo retiene la pica ó la espada, y se ha visto por las antiguas y modernas experiencias un escuadrón de infantes ser segurísimo y aun insuperable de caballos, y si arguiésedes que la furia con que viene contra quien lo quisiere detener es estimar menos la pica que las espuelas; y digo que si el caballo comienza á ver desde parte que tiene de encontrar en las puntas de las picas, ó él se parará por sí mismo, ó el como se sienta á herir de las picas volverá atrás, ó llegado á ellas volverá á una mano ó á otra: de lo cual si quieres hacer experiencia, proba á correr un caballo contra un muro, y hallaréis pocos que en aquella furia vayan á topar con él: mas no obstante estos naturales impedimentos que tienen los caballos, cualquier capitán que lleva infantería debe buscar ir por tales caminos que tengan para los caballos muchas dificultades, porque pocas veces puede acaecer, que no se puedan asegurar á respecto de la calidad de la tierra, porque si caminais por collados y altos, el sitio os defiende de la furia de los caballos, y si váis por lo llano, pocos llanos hay que, ó por labranzas ó por los árboles no tengan disposición de aseguraros..... Por lo cual digo que los reynos ó repúblicas que estimaren más las gentes de á caballo que la infantería bien ordenada, serán más débiles que los otros y aparejados para cualquiera pérdida, como por experiencia se ha visto en nuestro tiempo en Italia, la cual ha sido ocupada y destruida de forasteros, principalmente por haber poco curado de la milicia de á pié, y de haberse reducido todos sus soldados á caballo. No digo que no se tenga, antes se debe tener gente á caballo, más *por segundo y no primero fundamento del ejército;* porque á hacer correrías y á descubrir la tierra y á robarla y tener fatigados los enemigos, haciéndoles muchas veces estar armados, y para impedirles las vituallas, son necesarios los caballos ligeros y para reputación del ejército es necesaria la gente de armas; mas cuanto á la batalla campal que es la importancia de la guerra y el fin para que se ordena el ejército *más útiles son los caballos para seguir al enemigo roto, que para romperle.*»

Consecuente con estos principios, el Gran Capitán organizó su caballería cuidando de fomentar la destreza de los jinetes por medio de individuales ejercicios, sin alterarles en su traza, ni cambiar la división establecida entre la caballería pesada y ligera; pero á esta clase de soldados les dotó de

arcabuces y ballestas, armas que se usaban indistintamente en aquella época. Esta segunda clase de caballería la dividió en compañías de 100 hombres mandadas por un capitán, con su porta estandarte y dos trompeteros; compañías que se aparejaban á las de peones, y cuya destreza y agilidad, así como su aire ligero y belicosa traza, causó verdadera admiración en Italia.

Una notable inovación introdujo Gonzalo de Córdoba en sus tropas. Con objeto de dar al ejército mayor movilidad y prescindir en lo posible de la gran impedimenta que por aquella época se usaba, asignó á cada escuadrón veinticuatro carruajes, en los cuales colocó picos, palas y otras herramientas propias para los trabajos de campaña, amén de las tiendas, marmitas y otros utensilios. Y este sistema lo hizo extensivo á la caballería, pues asignó cinco carruajes á cada diez hombres de armas y dos á cada diez ligeros. Esta ambulancia nos parecerá hoy dia excesiva; mas no sucedia lo propio en aquel tiempo, en que la impedimenta de un ejército era inmensa. «No se crea, dice Salazar, que este sea algún desorden, viendo que los hombres darmas de agora llevan para su servicio cuatro caballos y *no pelea sino uno y á las veces no bien*. Y esta multitud es una corrupción y confusión y gasto de bastimentos.»

Guardia del Rey

Júzguese ahora por cuanto llevamos expuesto cuán eficazmente no modificó el Gran Capitán el organismo de aquel ejército. Tenía que luchar con una infantería de tanto renombre como la helvética ó suiza, siempre vencedora de los hombres de armas, y él creó otra bastante fuerte para vencer á unos y á otra; tenía que hacer frente á una artillería superior, y él supo adoptar una orden que presentando escaso blanco á los proyectiles dejara sin efecto sus fuegos; tenía en fin que hacer frente á ejércitos enemigos más numerosos, y á los italianos, gente veleidosa y poco apegada como era lógico á sus dominadores; y supo por la movilidad y por la rapidez, lo propio que por la instrucción táctica, tener un ejército maniobrero, avezado á las fatigas y apto para operar en cualquier teatro. Y esto sólo justifica el calificativo honroso que mereció de los mismos italianos y que ha confirmado la posteridad.

El Gran Capitán admitia una serie de principios fundamentales, pero no por eso dejaba de reconocer que en su aplicación nunca puede dárseles un valor absoluto: no desconocia cuanto pueden influir las circunstancias, el valor de las tropas, la confianza en su caudillo, el terreno, las estaciones, y en último caso el albur, en el éxito de las operaciones. Así es que analizando con cuidadosa prolijidad cada uno de estos factores, deducía consecuencias adaptables á las más variadas situaciones y dictaba órdenes encaminadas á precaver toda eventualidad.

Comprendiendo que en igualdad de condiciones estratégicas y de fuerza, vence siempre el ejército más maniobrero, el Gran Capitán suprimió los gastadores y dotó con picas á cierto número de soldados, que en circunstancias dadas podian utilizarse para el servicio que aquéllos desempeñaban. Y sometiendo á aquel principio la cuestión de subsistencia, procuró que el soldado marchara provisto de la cantidad necesaria de harina para cocerse por sí propio el pan, con lo cual ganaba en ciertas circunstancias un tiempo precioso y fomentaba los hábitos de sobriedad. Sin embargo, Gonzalo no por eso dejaba de tener en cuenta que al vigor físico de los soldados no es dado resistir una campaña continuada sobre todo en inviernos rigurosos, sin intervalo alguno de descanso; y por lo mismo, condenaba la costumbre de mantener en plena actividad las operaciones todo el año, á menos que graves circunstancias lo exigieran, como á él mismo le ocurrió en la linea

del Garellano. Para Gonzalo el soldado era una entidad, cuyo valor moral puede sobreponerse al físico, por más que no sea posible un constante desequilibrio entre ambas fuerzas.

Hé aquí la serie de importantes máximas que Salzar pone en su boca, y que dan la medida de su gran capacidad y su espíritu observador:

«Lo que al enemigo aprovecha á vos os daña, y lo que á vos aprovecha al enemigo daña.

Aquel que será más vigilante en la guerra á observar las astucias de su enemigo y sufrirá más el trabajo por ejercitar su gente, en menores peligros incurrirá y más esperanza tendrá de la victoria.

No traigas jamás tus guerreros á dar la batalla si primero no estás seguro de sus corazones y conocido que están sin temor y que están ordenados, ni los pruebes sino con quien veas que ellos esperan vencer.

Mejor es vencer al enemigo con la hambre que con el hierro. En la victoria del cual puede más la fortuna que el esfuerzo.

Ningún partido es mejor que el que está escondido al enemigo, hasta que vos lo hayais conseguido.

Saber en la guerra conocer la ocasión y tomarla, aprovecha más que ninguna otra cosa.

La natura engendra pocos hombres fuertes, la industria y el ejercicio hacen muchos.

La disciplina en la guerra puede más que el furor.

Cuando algunos se aparten de vuestros enemigos para venir á vuestros servicios, si son fieles, serán siempre gran ganancia, porque las fuerzas de los adversarios más se disminuyen con los que se huyen, que con los que se matan, aunque el nombre de fugitivo es á los nuevos amigos sospechoso y á los viejos odioso.

Mejor es en el ordenar de la batalla reservar más ayuda tras la primera frente, que por hacer recia la vanguardia enflaquecer el resto.

Difícil es de vencer el capitán que sabe conocer sus fuerzas y la de sus enemigos.

Más vale la virtud de los guerreros que la muchedumbre de ellos.

Más aprovecha algunas veces el sitio que la virtud del esfuerzo.

Las cosas nuevas y repentinas espantan los ejercicios.

Las cosas usadas y espaciosas son poco estimadas de los contrarios, y por esto haréis á vuestro ejército platicar y conocer á vuestros enemigos nuevos con pequeñas peleas, antes que vengáis con ellos á la batalla principal.

El capitán que sigue con desórden al enemigo después de roto, no busca sino tornar de victorioso vencido.

El capitán que confía más en los caballeros que en los infantes ó en los infantes que en los caballeros, se concorde con el sitio.

Cuando el capitán quiere saber si alguna espía es entrada en su ejército, mande ir cada uno á su alojamiento.

Mudad partido cuando conociéredes que vuestro enemigo está prevenido contra el que tenéis pensado.

Aconsejaos con muchos en las cosas que debéis hacer, y en las que después queréis hacer, conferid con pocos.

El buen capitán no viene jamás á dar la batalla, si la necesidad no le apremia ó la ocasión no le llama.

Haced que vuestro enemigo no sepa de qué manera ordenáis vuestro ejército para la batalla, y después, cuando le ordenéis, haced que el segundo batallón pueda recibir el primero y el tercero á entrambos.

En la batalla ó en la pelea no hagáis que una escuadra haga otra cosa, de la que primero habéis ordenado, sino queréis hacer desorden, salvo en un trance muy conocido ventajoso ó necesitado.

A los accidentes repentinos con dificultad se da remedio, y á los pensados con facilidad.

Los hombres y el hierro y los dineros y el pan, son el nervio de la guerra, más destos cuatro

son más necesarios los primeros, porque los hombres y el hierro hallan los dineros y el pan, y sólo los dineros y el pan no hallarían los hombres y el hierro.

El desarmado rico es premio del soldado pobre.

Aveza á los guerreros á despreciar el vivir delicado y el vestir lujurioso.»

Pongamos aquí punto á la breve exposición que de los principios sustentados por el Gran Capitán hemos tratado de hacer.

Rey de armas

Grato ha de sernos á los españoles el recordar pasadas glorias y el evocar famosos recuerdos, pero más grato aún que comience á hacérsenos justicia por parte de gente extraña. Los méritos del Gran Capitán, de que han tratado de hacer caso omiso los más de los historiadores franceses, encuentran ya quien los reconozca en aquel país, y no sin especial complacencia damos cabida al siguiente juicio que de dicho ilustre personaje hace un escritor extranjero, Frantz Eyquem, en una obra de publicación reciente:

«Gonzalo de Córdoba, dice, fué sin disputa el general más hábil de su siglo. Dotado de cualidades militares que ya dió á conocer en su juventud, supo en las guerras en que tomó parte, realizar prodigios dignos de los héroes de la antigüedad y dejar ejemplos memorables á los

generales de los tiempos modernos y aun de la época contemporánea. Luchando con igual energía contra los elementos que contra los ejércitos, consiguió dominar á los unos y concluir con los otros. Siempre el primero en afrontar el peligro, tuvo la fortuna de no ser jamás herido. Su carrera, verdadera serie de triunfos, sólo cuenta una derrota y aun en esta no recae sobre él la responsabilidad, pues la batalla de Seminara se perdió por la ligereza del rey Fernando de Nápoles. Vencedor de sus enemigos, Gonzalo nunca dejó de hacer justicia á sus cualidades y de manifestarse generoso en extremo con los prisioneros. Mas es preciso consignarlo también; en recompensa de tanta abnegación y valor, el general español, no gustó otra satisfacción que el testimonio tributado á su valor y á su grandeza por aquellos mismos á quienes combatió. Cuando Luis XII le reconoció como á un gran general proclamando en alta voz en Savona sus virtudes militares; cuando los moros perseguidos acudieron á la imparcialidad y al honor de su antiguo adversario, Fernando *el Católico* sólo vió en él un traidor y no le consideró más que como un rival (1).»

Alabardero de línea

Colocándolo á la altura de los generales italianos de su época, otro escritor, extranjero también, el italiano Luis Blan, consigna asimismo que fué Gonzalo uno de los capitanes más ilustres de la famosa escuela que en el siglo XV y XVI engrandeció la esfera de las combinaciones militares. Mas sin negar los méritos de Albiano y los Colonas; de los mismos generales franceses y de las insignes figuras de Pedro Navarro, Paredes, Andrade, Zamudio y otros ¿cómo desconocer las grandes dotes de aquel guerrero insigne cuyo nombre puede pronunciarse con el mismo respeto que los del cartaginés Aníbal y el romano Fabio?... Los enemigos con quien tenía que luchar no eran por cierto escasos ni despreciables, los recursos pocos, el país no siempre favorable y la población de suyo veleidosa; los mismos elementos se conjuraban en ocasiones contra él, como le ocurrió en la línea del Garellano; y sin embargo, Gonzalo supo hacer fuerza á la fortuna, y consiguió grandes triunfos por su propio y exclusivo mérito. Bien es verdad que contaba con unos soldados modelo de abnegación y de bravura, y con unos generales que reunían á su acreditado esfuerzo singular grandeza de corazón. Pero siempre resultará que á sus bien meditados planes, á su energía, á su constancia, á su perspicacia y á su sagacidad, se deben en primer lugar las victorias conseguidas. Las privaciones de Barleta y las llanuras de Sessa, produjeron los triunfos de Ceriñola y Seminara, la toma de Nápoles, la derrota del enemigo junto al Garellano y la entrada en Gaeta, que dieron por resultado la evacuación francesa del hermoso reino napolitano. Estos son los timbres que acreditará ante la posteridad, no ya el valor y las virtudes del soldado, sino el profundo talento del hombre de guerra, el grande ingenio del capitán.

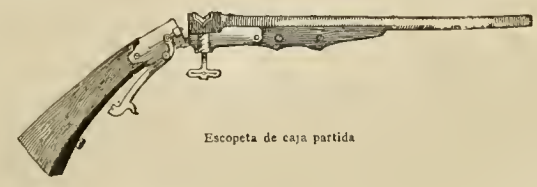
Desde aquel instante la infantería española obtiene la primacía que hasta entoncés se concedía á los suizos ó esguízaros que formaban el nervio de los ejércitos franceses, y su mando es disputado por los los más ilustres capitanes. Ella constituye el núcleo del ejército y á su lado con carácter de auxiliares forman los cuerpos extranjeros ó *naciones:* los alemanes, italianos, walones y húngaros: así en vez de fiar el éxito á tropas mercenarias, que podían comprometer en circunstancias graves, los españoles toman sobre sí el cometido más difícil, y de aquí se origina la emulación que en ocasiones distintas coadyuva á la victoria. Esta especial constitución explica el vigor y la perseverancia del español, la poca consistencia y veleidad del contrario.

(1) *Étude sur Gonsalve de Cordoue. Documents et lettres autographes inédites.* Paris, 1880.

No es posible hablar de las campañas del Gran Capitán sin hacer especial mención de los jefes que llevaba á sus órdenes: Navarro, Andrade, Zamudio, Paredes, Paz, Colona, Albiano y otros de no menos mérito. Cada uno de estos secundaba maravillosamente sus miras, y realizaba en todas sus partes, gracias á sus altas cualidades, el plan concebido por Gonzalo. La rendición de los dos castillos de Nápoles, la victoria de Seminara, la toma de los pasos de San German y las operaciones que precedieron á la rendición de Gaeta, son el más elocuente testimonio en favor de este aserto.

Y si ahora pasamos del exámen de los componentes de este ejército, á los progresos realizados en los sistemas de defensa y ataque, bien podremos decir que la primacia en las grandes aplicaciones de los más importantes inventos, y la acertada combinación de cuantos medios allegó la ciencia, nos corresponde de derecho á los españoles. Imposible negar la superioridad de nuestro Gran Capitán sobre guerreros de la talla de Aubigny, Nemours, Tremouille y otros; imposible desconocer el mérito de Navarro al haber conseguido con la aplicación de la pólvora á las minas, efectos tenidos entonces por prodigiosos é incontrarrestables; discutible, á lo más, que no nos corresponda la primacia en el empleo de los baluartes. Nosotros no negamos, no, la inteligencia y el valor de aquellos ilustres capitanes que, como los italianos Colona y Albiano ó los franceses Alegre y de Foix, contribuyeron á una de las más importantes revoluciones del arte; no echamos en olvido cuánto pudieron influir los brillantes ejércitos que mandaban y el tren de que disponian á cambiar la fisonomía de la guerra. Pero todos esos elementos ¿qué nos vienen á probar en todo caso? El indiscutible mérito de Gonzalo Fernández de Córdoba, y las excelentes condiciones de sus soldados.

Aquel reducido ejército bien puede decirse que se movia á compás de una sola voluntad, que estaba animado por un solo espiritu: la misma energia impulsaba la inteligencia y el brazo. Se admiran las concepciones estratégicas de Gonzalo, pero se contempla con verdadero asombro las privaciones de sus soldados en Barleta y junto al Garellano, y el esfuerzo supremo que hicieron hasta llegar á Gaeta: veinticuatro horas de andar por lodazales, sin comer, batiéndose de continuo, dando asaltos y forzando dificiles pasos. Italia entera hizo justicia al esfuerzo de los españoles, así como á la nobleza y generosidad de su caudillo; y la figura de este grande hombre, verdadera encarnación de la hidalguía española hermanada á la cortesania italiana, destaca simpática entre el humo de los combates, como la personificación de las más grandes virtudes y de los más elevados pensamientos.



Escopeta de caja partida

ILUSTRACIONES

Bate-muro (pág. 344).—De tal puede calificarse esta pieza, cuya colocación parece indicar que obraba en sentido horizontal: sin embargo, las dos asas situadas en su parte superior manifiestan que se aseguraba y disponía tal vez como los pedreros, de los que se diferencia no obstante en la forma y calibre. Por lo que respecta á aquélla seméjase á los primitivos morteros, y á juzgar por el calibre debía lanzar pellas de extraordinario peso.

Armas blancas (pág. 345).—Como nuestros lectores podrán ver en el citado grabado, eran las de hasta por demás variadas. Aparece entre las reproducidas en él la partesana, compuesta de hoja recta, larga y aguda, de doble filo y cruzada en su base por otra en forma de media luna, cuyas puntas son en extremo afiladas: la alabarda de hierro largo, estrecho y puntiagudo, cruzado tambien de idéntico modo por otro que ofrecía de un lado cuchilla y del otro punta: la sarisa, arma enhastada de extraordinaria longitud y hoja larga y ancha terminada en punta, usada por los suizos; y la pica, arma enhastada y de punta que hacia 1500 vino á ser el arma generalizada en la infantería. El mango de todas estas armas presentaba diversa longitud, así como la forma y dimensiones de la hoja, que recibía denominación diferente según su hechura.

Igual variedad se nota en las espadas.

Las rodelas, variante de los escudos, eran, como su nombre lo indica, piezas circulares de pequeño diámetro que el infante embrazaba á la izquierda mientras combatía con la espada. No deja de ser curioso ver en los primeros años del siglo XVI á los soldados del Gran Capitán penetrar entre las picas de la falange suiza y reducir á estos soldados á la impotencia cuando, trabado el combate cuerpo á cuerpo, la luenga sarisa y la pesada alabarda se convertían en armas verdaderamente inútiles. Y más curioso aun es observar que en todo el siglo XVI usaron los arcabuceros y mosqueteros una pequeña rodela, la *rodeleja*, que llevaban pendiente de la espalda y que embrazaban al combatir mano á mano, y cuando creían ya engorrosas las pesadas armas portátiles de fuego.

Las mazas, mazos ó porras, que aparecen en el grabado, eran también muy diferentes entre sí. Consistían, por regla general, en esferas de hierro cuya superficie estaba cubierta de agudas puntas, bien pendientes de un mango de metal por medio de una cadena, bien fijas en él. Se comprende el vigor de aquellos guerreros teniendo en cuenta el peso que las tales tenían, y por eso ha dicho muy atinadamente un escritor: «cuando los hombres se convirtieron en yunques de hierro había que romper á martillazos la armadura.»

Escopeta (págs. 348 y 395).—En la pág. 382 del *Estudio séptimo* hemos hecho mención de esta arma introducida en el ejército español que operaba en Italia por el Gran Capitán, pero debida á armeros italianos. Era de caja partida y sin duda la primera de fuego que se cargó por la culata: las piezas de que se compone, así como su especial mecanismo, por demás sencillo y seguro, las describe así el Sr. Zuloaga:

«El cañón, dice, cuyo calibre es de catorce adarmes, su largo cuatro piés, é igual número de pulgadas (medida castellana), está limado en redondo, sólo diez pulgadas de la recámara son ochavadas, y su fondo de dos y media pulgadas, forma un cuadro perfecto; á seis líneas de este cuadro tiene un agujero cilíndrico que pasa de un lado á otro,

en cuya cavidad está dada rosca con paso de doce guías, y en la que se adapta la recámara, que es de mayor diámetro que el calibre del cañón, consiguiendo de este modo el cierre perfecto de la carga y al propio tiempo un movimiento rápido para abrir.

»En el ánima del cañón, en el propio lugar que recibía la carga, hay una cavidad mayor que el calibre de éste; esto era con el objeto de la colocación de la bala, pues encontrándose con un calibre más pequeño que su diámetro, se retenía y servía de basa para recibir la pólvora; el fogón está colocado en medio de la recámara, y desde el punto que ésta cierra en la parte posterior al asiento del arma, hay una cavidad propia del mismo cañón que recibía un émbolo redondo al tiempo de cerrar, y por este medio se impedía el abrirse, como se verá en la aplicación del mecanismo interior.

»La caja está dividida en dos pedazos, formando su sujeción un fuerte gozne ó visagra; un pestillo facilita la salida de la palanca que está unida á un émbolo redondo; este movimiento proporciona abrirse después de practicada la carga y cerrada su recámara; impulsada el arma á cerrar, se baja la palanca, sale el émbolo, se introduce en la cavidad del ánima del cañón, y queda sujeta la compensación del gozne, siendo lo más notable en este procedimiento, que no tan sólo se verifica la sujeción del cañón, sino que al propio tiempo impide totalmente el movimiento de la recámara, cosa no poco importante en una arma de esta clase.

»El arma cerrada representa fortaleza; donde está sujeto el cañón con el movimiento de la recámara, y la parte donde está colocado el mecanismo de la palanca y émbolo giratorio, está revestido de chapas de fierro y están bastante bien sujetas, tanto á la coz ó culata, como á la media caja de cañón que se halla sujeta con dos pasadores.

»El método de cargar debía ser bastante sencillo, pues consistiría primero en el movimiento de la palanca para abrir, y segundo en bajar la recámara por medio de la llave; ya en este caso, con el ayuda de un aparato corto á manera de un atacador, llevaban la bala á su puesto, vertiendo en seguida la pólvora, volvían á subir la recámara, cerraban la visagra ó gozne, y al propio tiempo movían con la otra mano la palanca; salía el émbolo giratorio, sostenía el cañón y la acción de la visagra, y por su presión, como llevo dicho, suspendía la movilidad de la recámara y en este estado el arma se hallaba pronta á hacer fuego tan luego como fuera cebada; para verificarlo se colocaba en el hombro, y con la misma mano con que más ó menos se agarraba la garganta de la caja, se daba mecha.»

Espingarda (pág. 348).—La espingarda era como la culebrina un tubo de metal colocado en una ligera caja de madera dispuesta en forma que permitiera dirigirse bien la puntería y apoyarse en el hombro para efectuar el disparo. Una y otra eran armas de recámara sobrepuesta: colocábase en ésta la pólvora con un taco de madera, encima el proyectil de plomo no muy perfectamente fundido, y luego se encajaba el suplemento de la caña, sujetándose á ella con cuñas ó estribos. Esta arma reemplazó al cañón de mano á mediados del siglo xv, y Almirante dice de ella: «Nunca fué verdadera pieza de artillería, por más que lo repitan todos los Diccionarios militares copiando al de la Academia Española,» y añade: «Está averiguado que el nombre *espingarda*, así como el de mosquete, trabuco, arcabuz y otros muchos, no fué puesto como *nuevo* al arma de fuego *recién inventada*, sino aplicado de otro ingenio ó máquina de tiro.»

Espingardero (pág. 349).—Este soldado va armado de borgoñota, coselete complido, es decir, compuesto de peto, espaldas y brazales; espada y espingarda. En las piernas lleva calzas ajustadas y los zapatos son de cuero y de punta luenga.

Tal era el traje y armamento de los espingarderos á principios del siglo xvi. Su aparición ya dijimos data del tiempo de D. Juan II de Castilla, y la espingarda juntamente con la pica continuó figurando en los ejércitos hasta que fué desterrada por la escopeta y el mosquete á fines del primer tercio del citado siglo.

Rodelero (pág. 352).—No deja de sorprender el encontrar en nuestros ejércitos de Italia y en los primeros años del siglo xvi, mezclados con los piqueros y escopeteros, unos soldados armados sólo de espada, puñal y *escudo de Pontevedra:* los rodeleros. Y sin embargo, estos soldados en apariencia tan poco temibles, fueron el espanto de aquellos famosos suizos que tan alto renombre alcanzaron en Europa. El Gran Capitán buscó el medio de anular la ventaja que aquéllos tenían en sus largas y pesadas alabardas y concibió la idea de armar á la ligera una parte de su gente, pues sólo así, una vez trabado el combate mano á mano, y siendo inútil y engorrosa la luenga pica, podían ellos introducirse entre las filas protegidos por la rodela y herir á sus enemigos casi á mansalva. Y que el sistema dió excelentes resultados lo prueba la proporción por que entraban en su ejército esta nueva clase de soldados. El que reproducimos por el grabado viste una gorra á lo tudesco, un sayo agironado, ajustadas calzas y zapato puntiagudo.

Campamentos (pág. 353).—Los construídos durante las guerras de Italia ofrecían la forma de un paralelógramo regular, en el centro del cual se colocaba la tienda del general en jefe: seis calles lo cortaban en la dirección del Norte al Mediodía y una gran calle de Levante á Poniente, la que se denominaba *calle capitana* en su primera mitad y *calle de provisiones* en el trozo que seguía á la tienda del general. A los dos lados de la *calle capitana* se situaban en tiendas perpendiculares al frente los piqueros y á su izquierda cien hombres de armas y otros tantos de

caballería ligera. Seguía la *calle de infantería media* y otra serie de tiendas con peones; una línea de tiendas en sentido horizontal á las anteriores en las que se situaban las cuatro capitanías anexas al cuartel general. Paralela á ésta seguía la calle de *sobre plaza* y alineados á continuación se presentaban los almacenes de armas y bastimentos, juntamente con las tiendas de los empleados de justicia y administración. A continuación corría la calle de caballeros, á cuya derecha se aposentaban los hombres de armas y á cuya izquierda existía un vasto espacio cubierto destinado al ganado, depósito de raciones y talleres. Lateralmente á los dos cuadros formados por estos alojamientos, se levantaban las tiendas de los industriales y las de la caballería ligera.

En el centro del campamento y á espaldas de la tienda del general se extendía una gran plaza.

Cuando se acampaba al frente del enemigo, ó cuando la situación de los reales ú otras circunstancias lo exigían así, protegian al campamento trincheras, fosos y si era indispensable bastiones; y la artillería, que generalmente se situaba en los frentes, se distribuía entonces según las exigencias de la defensa. El servicio de vigilancia en todos casos era solo interior.

Pasavolante (pág. 255).—Pertenece esta boca de fuego al Museo Arqueológico nacional y se cree proceda de la expedición emprendida por Cisneros á Orán. El Sr. Fernández Duro, en una monografía consagrada á los tiros menores de pólvora, cree que este pasavolante pertenecería á alguna galera de piratas africanos. La citada pieza mide 2'32 metros de longitud, 0'07 de diámetro en el ánima y 0'11 de diámetro exterior. No ha podido encontrarse su recámara, que aumentaría no poco el largo, lo que hace presumir sería de las que se colocaban en el crugía del bastimento y á ambos lados de la lombarda gruesa. «Las cuatro grandes argollas repartidas en los zunchos, todas de un mismo lado, dice el citado escritor, indican que se suspendería de los baos del castillo.» A esta clase de piezas dábase también el nombre de cerbatanas.

Piezas de campo (págs. 357 y 361).—A fines del siglo xv aparecen en los campos de batalla estas piezas que reciben el nombre de cañones, palabra que los franceses derivaron de la italiana *canna*, caña, y que no es fácil asegurar si los españoles usaron ántes ó después que aquéllos. Los primeros montajes eran en extremo sencillos: un mástil en el cual se practicaba una caja y en el que se colocaba el cañón sujeto con sólidas abrazaderas. Las ruedas de estos montajes eran macizas y estaban guarnecidas de calces, llantas y claveras.

Bien se comprende que la artillería había ganado ya en movilidad; pero en cambio, tales cañones adolecían del defecto de ser sólo fijantes los tiros: además de ésto las ruedas macizas y lo pesado del montaje, eran otro obstáculo para trasladarlas con ligereza. Estas dificultades se subsanaron en parte en el primer tercio de aquel mismo siglo. Cortáronse las gualderas y se facilitó un tanto la puntería, adoptáronse las ruedas de cubo y rayo y modificóse la forma de la cureña, en cuya cola idéose también colocar un graduador de hierro, gracias al cual se podia subir ó bajar la boca del cañón. Así se fué avanzando paso á paso en el camino del perfeccionamiento.

Interesante por demás es el siguiente documento existente en el Archivo de la Corona de Aragón (Reg. núm. 3677, fol, 21), por el que venimos en conocimiento del cureñaje empleado en 1512 para la artillería del Rosellón:

«Maestre Jaime Preses Nos vos encargamos y mandamos que veyais un memorial que va con la presente firmada de nuestro secretario, el cual ha fecho por nuestro mandado Diego de Vera capitan de nuestra artillería y que conforme á lo contenido en él y con intervencion de Pedro de Alacid ayudante de nuestro escribano de racion encavalqueis luego toda nuestra artillería que tenemos en la ciudadela de Perpiñan de manera que esté en órden para poder servir siendo menester, en lo qual porneys la diligencia y buen recaudo que de vos confiamos. Dado en Burgos á los 3 dias de Junio de 1512.—Yo el Rey.—Almazan Secretario.»

A continuación aparece el siguiente:

«Memorial como Jaime Preses ha de encabalgar el artillería que está en el condado del Rosellon y hazer las carretas y herrallas.

Hase de encabalgar el cañon desta manera:

Que la cureña del cañon sea de 13 piés en largo.

Que no sea mas gruesa que 5 dedos porque no trabajen las cureñas.

Que sea guarnecido de buena guarnicion amas partes con 6 pernos por banda que tomen ambas las guarniciones con cabeza y chabeta.

Que la guarnicion de la cureña llegue fasta la culata del cañón.

Que la guarnicion por encima sea con visagra cabe los muñones, porque el encabalgar y desencabalgar sea con quitar el perno de los muñones.

Que en las muesas donde hubieren de ir los muñones no haya fierro, salvo el coxinete perno que ha de trabar las guarniciones, que este sea con un reparo recio.

Que los cabos de la cureña sean guarnecidos con su plancha.

Que la cureña de los muñones adelante no sea mas larga de un palmo y 5 dedos, que todo lo otro vaya de fuera.

Que el exe entre en esta cureña por lo sano, que no tenga muesca como los que encabalgó Mossen sa Martin y que entre tanto en la cureña quel cañon venga casi á sentar sobrel que no falte sino 2 dedos ó 3.

Que el exe sea de un palmo de cana de quadra y que lo que ha de entrar en las maças de las carretas se trabaje que lleve toda la mas gordura que podrá.

Que no haya mas distancia de entre la cureña y la maça de 5 dedos ahun antes menos.

Que las ruedas sean de 6 palmos de alto por manera que un hombre de raçonable cuerpo ponga la barba encima, porque ha de ser de 6 piñena y 12 rayos; ha de ser la maça y la piñena tan anchas quel rayo que ha de haver entrellas no sea mas largo de un palmo y 5 dedos.

Ha de ser la piñena de olmo negro y la maça de lo mismo, y el rayo de cobre ó de enzina y miren que ha de ser la piñena y los rayos de madera seca.

La maça ha de ser guarnecida muy bien con tres cintos gruesos, los dos á la parte de fuera, y el uno á la de dentro.

Han de ser las piñenas guarnecidas desta manera:

Cada piñena dos bridas á los cabos, tan anchas como 3 dedos, que se aprieten con sus pernos de manera que no pueda la piñena horadar por los cabos.

Ha de ser la xinca de hierro que llevare la piñena encima tan ancha como la madera y muy gruesa.

Ha de llevar cada xinca 4 clavos; ha de llevar 2 cabestros muy rezios de hierro que aprieten la xinca y la piñena assimismo con sus pernos de manera que no haya lugar de trabajar la madera.

Han de mirar que el perno del cañon en la cureña sea de madera que antes cargue para tras que para adelante, pero será mejor que vaya en nivel tanto de una parte como de otra, porque al caminar no cargue sobre las bestias que le llevaren.

Miren que las ruedas tengan un poco de conocimiento de coperas hacia la parte de fuera.

La culebrina ha de ser encabalgada desta manera, salvo que ha de ser la cureña de 16 piés.

Y los sacres desta misma manera segun el grandor de cada pieza; y las piezas menudas segun su tamaño y condicion que sea todo por esta órden.»

Hé aquí ahora algunas noticias no ménos interesantes que relativas á las primeras piezas de artillería nos dá el Sr. D. Vicente de los Ríos en su *Discurso sobre los ilustres autores é inventores de la artillería:*

«Los primeros cañones que se usaron, dice, tenían las recámaras cilíndricas, y este pensamiento que naturalmente se ofreció á los primeros inventores de esta máquina, es sin duda el mejor en la práctica...; pero la teórica, haciendo atención sólo á las mejoras del servicio en el menor peso y más fácil transporte de la artillería, halló dos medios muy á propósito para conseguirlo, desterrando las recámaras cilíndricas. Ambos con el mismo fin de aminorar el metal de las piezas, siguen dos rumbos distintos: el primero da ménos diámetro á la recámara que al resto del ánima, y el segundo hace crecer este diámetro, dando á la recámara una figura esférica. En aquél la pieza no necesita tanto metal, porque tiene de más en la recámara todo lo que su diámetro es menor que el del ánima, y de aquí nacieron las piezas de telexe y encampanadas que usaron los antiguos. En el otro los cañones, por causa de la violenta inflamación que nace de la configuración de su recámara, tienen con menor longitud, igual ó mayor alcance que las piezas cilíndricas, y por consiguiente logran su efecto con ménos metal, menor embarazo y sin tanto coste. Hasta aquí la teórica triunfa porque no cuenta con la práctica. En ella los cañones acampanados se hallaron inútiles á causa de ser muy flacos de metal. Los de relexe, por el resalto que tenian, era imposible acertar á cargarlos ó al ménos se gastaba en conseguirlo tiempo.»

Estos y otros defectos inherentes á la carga decidieron el abandono de tales piezas; pero la observación y el estudio á que dió lugar el empleo de las recámaras cilíndricas y cónicas, originaron más tarde los morteros cónicos y cilíndricos. Y por de pronto volvieron á usarse en los cañones las recámaras cilíndricas, relegándose las cónicas á un total olvido

Respecto al peso de la pelota, las relaciones que figuran en la pág. 381 del anterior Estudio darán al lector una ligera idea; haremos tan sólo observar que la pelotería de hierro hueca no debe confundirse con las bombas ni granadas, que según hace notar el Brigadier Aparici, no consta en los documentos de Simancas se usasen hasta el siglo XVII, fundiéndose primero en Linares y luego en Molina de Aragón. «Se ignora, dice este escritor, el uso y motivo de estos proyectiles.»

Escopetero y ballestero (pág. 360).—Pertenecen ambos á los cuerpos llamados *coronelias*, en cuyos cuerpos el traje, lo propio que el armamento, presentan ya marcada uniformidad. No nos cause extrañeza, sin embargo, ver en aquellas tropas que ya empleaban armas de fuego como la *schioppetta*, figurar la ballesta: dada la impefección de la escopeta, del arcabuz y del mosquete, la ballesta continuó usándose aún durante mucho tiempo, así por los infantes como por los jinetes. La clase de soldados que la manejaba usaban coselete, casco y espada, y vestían, como el resto de la infantería, sayo y calzones ó calzas y un zapato provisto de recia suela.

El escopetero que aparece junto á esta figura ostenta además del peto y espaldar, defensa completa de brazos: aparece en actitud de abrir la recámara de su arma de fuego para cargarla; y esto da idea mas acabada aún del sencillisimo mecanismo de la misma.

Ballestero y Piquero (pág. 365).—Estos dos soldados pertenecen á la infantería llamada *de Ordenanza*,

creada en 1503. En aquella época nada prescribían las ordenanzas acerca del vestuario, concretándose tan sólo al armamento y cualidades de la gente. Así, pues, sólo pueden aceptarse como uno de tantos tipos del infante de aquellos tiempos los que damos á conocer. El piquero va armado de coselete sencillo con hombreras abolladas y lleva pendientes de un ancho tahalí una espada ancha y corta. A su lado tiene un casco con cubrenuca y visera. En cuanto al ballestero, su armamento y traje es más sencillo: gorro toledano, un ligero sayo, calzas y borceguíes; con la diestra sostiene la ballesta de nuez, con la izquierda la gafa para armarla, y pendiente del hombro lleva la aljaba con las flechas ó viratones.

Escopeteros á caballo (pág. 368).—La aparición de los escopeteros á caballo data de 1476, á juzgar por la siguiente noticia del cronista Maldonado: «Traya el Maestre 80 escopeteros á caballo, éstos harían mucho daño en los contrarios, que como la obra era *nueva*, púsoles mucho temor, en especial á la gente portuguesa de á caballo que era la mejor.» Fácil es que estos jinetes estuvieran dotados de *espingarda*, pues la escopeta se introdujo algunos años después. De todos modos no era nueva á principios del siglo XVI la idea de los tiradores á caballo.

En el ejército expedicionario que se formó en 1509 para la conquista de Orán, organizóse una compañía de escopeteros montados, á los que se instruyó y equipó con todo esmero. El escopetero de nuestro grabado dará idea de su armamento y arreos. La armadura del cuerpo y brazos es completa. La cabeza va cubierta por el almofar y defendida por el casco; las piernas por el faldón, musequíes, guardas, canilleras y zapato herrado, y las manos por guantes de malla. Además de la escopeta lleva pendiente de la cintura el mandoble.

Según la reforma de la caballería, en Junio de 1512 los escopeteros formaron una sección en cada compañía: trocaron muy luego la escopeta por el arcabuz y más tarde se hizo extensiva á estos soldados la denominación de estradiotes ó cuadretes, formando empero siempre entre la caballería ligera.

Media armadura del Gran Capitán (pág. 369).—En la Armería Real de Madrid existe una armadura completa perteneciente á Gonzalo Fernández de Córdoba y compuesta de almete ó celada con gola y visera de dos piezas, la vista y la ventalla; gorjal, brazales completos con manoplas, coselete con escarcelas de una lámina, musleras, rodilleras y grebas. De esta armadura reproducimos sólo la mitad; es decir, las piezas defensivas de la cabeza, tronco y brazos. Todas ellas están realzadas por dibujos grabados al agua fuerte, formando divisiones por medio de nudos ó lazos en combinación de coronas, palmas y otros adornos. Es un bello trabajo que puede presentarse como muestra de los que se ejecutaban en los primeros años del siglo XVI. La armadura completa pesa una arroba y media y media libra.

Soldado de la Corona de Aragón (pág. 373).—Este soldado es copia de un retablo del siglo XV existente en la iglesia de San Pedro de Tarrasa (Cataluña). Lleva un casco crestado y viste un falso peto ó justillo, notándose en sus brazos piezas de defensas consistentes en una serie de láminas que parecen arrollarse á toda la extensión de aquéllos, y que permitirían, gracias á su especial encaje, el libre juego de los mismos. Por armas defensivas lleva la espada y es fácil que completara su armamento la pica ó la ballesta.

En Cataluña hemos tenido ocasión de ver notables retablos en que abundan las figuras militares, siendo muy curioso el existente en un pueblo inmediato á Molins de Rey, cuyo nombre sentimos no recordar.

Guardas de Castilla (págs. 376 y 388).—Terminada la guerra de Granada y anhelosos los Reyes de constituir á la sombra del trono una fuerza que velara por la tranquilidad pública y fuera suficientemente temida para hacer respetar los regios acuerdos, organizaron en 2 de Mayo de 1493, un cuerpo titulado *Guardas viejas de Castilla*, cuyo cuerpo constaba de 2,500 caballos, divididos en 25 compañías de á cien plazas cada una.

En uno de los reglamentos que se redactaron á la constitución de dicha fuerza, hallamos entre otras varias disposiciones de menor interés, la siguiente:

«Que cada lança ombre darmas que se viniera á asentar en las dichas capitanías sea recibido desde el día que se presentare antel contador de la capitanía donde oviere destar con su caballo encubertado é arnés entero á contentamiento del dicho capitán, é contador, é veedor de la capitanía donde asentare, é si no viniere é se presentare así, que no sea rescibido ni gane sueldo fasta que sea presentado de la manera que dicha es, é que después de presentado resida este continuamente en el aposentamiento de su capitán ó no vaya á su casa ni á otra parte sin licencia como adelante será contenido.

»Que tal ombre darmas que así se rescibiere sea persona bien dispuesta que aya vivido con abito de escudero é continuado la guerra é que esté bien aderesçado con su arnés entero como dicho es, é sus gocetes é alpartaz é falda, é su espada conforme á ombre darmas.

»Otrosí, que traiga buen caballo crecido de ocho mil mrs. arriba con buena brida é barbada resia é las cabeçadas é riendas é cinchas é asciones dobladas é buena silla bien guarnescida é el dicho caballo encubertado con sus cubiertas pintadas é pieças enteras, é correones bien guarnescidos é que lo más presto que pudieren tengan cuellos é testeras con tanto quel tal escudero que así se rescibiere no sea de los acostamientos que han sido llamados é librados, é si lo

fué que no se resciba en capitanía alguna é si estoviere rescibido que pierda el sueldo que hoviere de aver ó sea despedido de la tal capitanía donde asentare é que al tiempo que sea rescibido haga juramento que no vive de acostamiento con sus Altezas ni lleva dineros de otra persona alguna.

»Otrosí, que á cada una de dichas lanças viniendo de la manera que dicha es, le den veinte é cinco mrs. cada año, el qual comience é se cuente desde el dia que fuere rescibido é se presentare segund que de suso se contiene, é que cada uno sirva con su lança sencilla é que no pueda tener escudero consigo, é que si se hallare que lo tiene, que pierda el sueldo é sea despedido é dende en adelante no sea rescibido en capitanía alguna, é que al aferez de cada capitanía le den tres mil mrs. más que á una lanza que son veinte y ocho mil mrs. en un año.»

Continúa el reglamento dando algunas otras disposiciones relativas á las vacantes que ocurrieren y licencias anuales, así como á los asientos y nóminas, y ordena que en cada capitanía figuren dos trompetas. «Otrosí, concluye, que todo el tiempo que dicha gente estuviere fuera del Reyno la haya de pagar é pague el pagador por nómina firmada de capitan, contador é veedor de cada capitanía si ende estoviere, ó de los que al tiempo de la paga se hallaren.»

Puede considerarse el cuerpo de *Guardas viejas de Castilla* como la base del arma de caballería. Sin embargo, tal como estaba constituído era sumamente costoso y hallaban los reyes á faltar junto á esta fuerza un contingente de peones. Del gasto que ocasionaban puede juzgarse por los siguientes párrafos de un proyecto en el que con grande economía se ofrecía tener en pie 1,000 hombres de armas á dos caballos, 600 estradiotes, 300 jinetes y 100 ballesteros; es decir, 3,000 caballos, de los que 2,000 serían *para pelear y pagarse*, quedando mil disponibles para un caso de necesidad.

«A los hombres darmas, dice su desconocido autor, que se les paga agora ochenta ducados por año, que se les den á cient y que sean obligados de mantener dos caballos buenos y un paje ó moço para les llevar la lanza y almete, y á los caballos ligeros á sesenta ducados por año, que motaría todo 170,000 ducados en cada un año, y la dicha guarda ha montado hasta agora con los intereses que se pagan á catorce por ciento por año, á 252,000 ducados cada año así que parece que su magestad ganaria en cada un año 82,000 ducados, *de los cuales se podria pagar el sueldo de mil infantes debajo de un coronel* con tres banderas que montarian 35,000 ducados por año, y á la artillería de su magestad se habría de aumentar 12,000 ducados demás de los 8,000 que de ordinario se pagan, porque no bastan los dichos 8,000 ducados, y deberíase hacer de las dos artillerías una y que siempre estoviese bien proveida, haciéndose lo cual, su magestad ternia mayor número de caballos y más holgados y páganse 12,000 ducados más de lo que se solia dar para la artillería, y aun quedan á su magestad, pagado todo lo sobredicho, 35,000 ducados de lo que se solia pagar demás á las dichas guardas. De los cuales dichos 35,000 ducados se habían de pagar los salarios de los capitanes de gente darmas, tenientes y alféreces y trompetas que montan agora 20,000 ducados por año, sin los atabales. Los cuales parece que se deberían despedir, salvo al del capitán general y desta manera no habría necesidad de contadores de compañías.»

Según el nuevo presupuesto, ascendía el total de los salarios 16,860 ducados que debían deducirse de los 35,000 sobrantes de los guardas, resultando así un beneficio de 18,140 ducados á la Corona. En la cuenta de los 200,000 ducados de la Casa real, figuraban 6,000 para el pago de la guarda de infantería y caballería, y el autor propone que se incluyan éstos en el presupuesto general, pues estos soldados podrían extraerse de los 1,000 infantes de coronelía que proponía organizar.

Ponía de este modo en pie 6 compañías de 100 hombres de armas y 100 caballos ligeros, y 8 compañías de 50 hombres de armas y 5 caballos ligeros: á cada compañía de 100 hombres de armas daba 60 caballos ligeros á la estradiota, 30 á la jineta y 10 ballesteros, y á cada compañía de 50, 30 lanzas ligeras, 15 jinetes y 5 ballesteros. Componía en total 1,000 hombres de armas y 1,000 caballos ligeros.

Pero demás de esta gente y con las economías introducidas, ponían en pie 1,000 infantes y se atendía más cumplidamente á la artillería.

Este plan, como se ve, abarcaba ya las diversas armas y era como la base para establecer el ejército permanente. Los Reyes atendieron, no sólo á la organización de tales cuerpos, sino que cuidaron muy especialmente de su régimen y buena administración, y en 1496 dieron en Tortosa unas ordenanzas en las que se hallan especificados los deberes de los capitanes generales, contadores, veedores, caballeros y escuderos de las capitanías, de los alcaides y capitanes de peones, guardas, escuchas y atajadores.

Estas ordenanzas continuaron rigiendo hasta 1503, en que se hizo una recopilación de las diferentes disposiciones publicadas relativas á la fuerza pública. A principios del siglo XIV contaban las guardas viejas la fuerza y organización siguiente:

Caballería pesada ó de línea (hombres de armas): 6 capitanías que sumaban en junto 469 lanzas. Distribuídas respectivamente en Aragón, Cataluña y Valencia había 919 lanzas.

Una capitanía nueva: 79 lanzas.

Caballería ligera (jinetes): 13 capitanías viejas que sumaban en total 781 lanzas. Distribuídas respectivamente en Aragón, Cataluña y Valencia, 1.341 lanzas.

Diez capitanías nuevas: en total 502 lanzas.

Constaba, pues, toda la fuerza de caballería existente de 998 hombres de armas y 1,843 jinetes, ó sea 2,841 soldados.

Nuestros grabados representan dos hombres de armas de la Guarda de Castilla; el de la pág. 376 perteneciente á la primitiva (1496) y armado de punta en blanco, armadura que lleva asimismo el de la pág. 388 (1503), pero diferenciándose en los musequíes de malla, en lugar de quijotes, en la celada con visera, babera y airón de pluma, y en que ostenta además pavés acuartelado con los castillos y leones: sus armas ofensivas son el lanzón de armas y espada. Campean en los paramentos iguales emblemas que en el escudo.

Sello de D. Fernando el Católico (pág. 379).—Galopa el caballo á la siniestra mano y va cubierto de paramento realzado de emblemas heráldicos, los mismos que aparecen en los cuarteles del escudo que cubre el medio cuerpo alto del jinete. Este lleva puestas la corona, sobrevesta y armadura completa: con la diestra levanta el montante.

Por la leyenda de este escudo venimos en conocimiento de que era á la sazón D. Fernando tan sólo rey de Sicilia, soberanía que simbolizan las águilas de su blasón.

Arqueros de Borgoña (pág. 381).—Al venir á España en 1502 el archiduque de Austria D. Felipe, trajo consigo una guardia de cien hombres que prestaban servicio á pie y á caballo cerca de su persona. Estos soldados llamaron extraordinariamente la atención en Castilla por sus primorosas armaduras y lujosos arreos de sus caballos. Llevaban sobre la cota una sobrevesta blanca en la que destacaba la cruz de Borgoña, y los brazos y piernas cubiertos respectivamente por los brazales, cañones, guardas y manoplas, quijotes, carrilleras, rodilleras y zapato herrado: en la cabeza la borgoñota con airón de plumas, pendiente de la cintura el montante, y en la diestra un arco. El caballo ostentaba una magnífica silla jineta, un clibano con adornos de metal, rienda herrada y frontal. De la grupera pendía un goldre provisto de saetas.

El traje del mismo, como infante, es el propio para los oficios puramente palatinos á que estaba consagrado; pues no lleva arma alguna defensiva y sólo el arco que sostiene con la diestra. Compónese de un capotillo con vueltas, colocado sobre la sobrevesta, en la que campea la cruz de Borgoña; calzas y zapatos. En la cabeza lleva este soldado un gorro de terciopelo con pluma, idéntico al que usaban los alabarderos de Ayora.

El 22 de Mayo de 1502 fué admitido al sueldo del Estado este cuerpo, empleándose en la guarda de las personas reales.

Diego García de Paredes (pág. 385).—A la diligencia del laborioso y erudito investigador D. Manuel Juan Diana, debemos una breve noticia de la vida de este valiente, dictada por el mismo Paredes y escrita de puño y letra de su hijo. Titúlase *Sumario de las cosas que acontecieron á Diego García de Paredes y de lo que hizo, escrito por él mismo cuando estaba enfermo del mal que murió*, y es indudablemente la más fidedigna historia de aquel famoso soldado.

En Trujillo y por los años 1466, nació Paredes de una familia de noble linaje, aunque no sobrada de recursos. La extraordinaria fuerza de que estuvo dotado, dióse ya á conocer en su infancia, y manifestóse con alardes más extraordinarios en la adolescencia: baste citar el hecho de haber arrancado á tirones las rejas de toda una calle, para comprender hasta qué punto alcanzaba su vigor, cualidad que en aquellos tiempos de aventuras guerreras, le predisponía grandemente á la carrera de las armas. Y, en efecto, como muchos españoles de la época, el Sansón de Extremadura, según se le llamaba, fué soldado, soldado de grande aliento que llegó á copia de proezas hasta la jerarquía de coronel.

Cuando pisó la Italia (1507), nos cuenta él mismo que se halló en gran necesidad, lo propio que su hermano Alvaro, que le acompañaba: «No hallamos, dice ingenuamente, quién nos diese de comer por la falta de guerra que había, y acordamos de asentar con el Papa por alabarderos de su guardia.» Y este rasgo pinta por sí solo el modo de ser de muchos españoles de aquellos tiempos. El caso es que en la guardia papal no alcanzaron grandes ventajas, y transcurrido breve tiempo, viéronse «más necesitados que nunca», por lo que aprovechando la ocasión de haberse levantado tropas para rendir á Montefrascone, ingresó en ellas Paredes como capitán, llevando á sus órdenes como alférez, sargento y cabos á otros españoles de reconocido valor, Juan de Urbina, Alvaro de Paredes, Pizarro, Villalba y Zamudio. Es inútil decir que allí acreditó de nuevo su bizarría, pues él y pocos españoles escalaron de noche la muralla y después de matar los centinelas abrieron las puertas al resto del ejército. Después de esto regresó á Roma, y habiéndose declarado la guerra al duque de Urbino, á quien protegía Gonzalo de Córdoba, el grito de *España*, que lanzara en un combate, dió lugar á que fuera agriamente reprendido por otro capitán romano. Originóse de tal disputa un desafío, la muerte del capitán citado y la prisión de Paredes; prisión de que escapó matando á dos centinelas y refugiándose en el campo del duque de Urbino, que le hizo capitán de arcabuceros. Nueva ocasión tuvo desde entonces para ejecutar repetidas proezas, y á tal alto punto llegó su fama, que cuando algún tiempo después pasó al servicio de Próspero Colona y el Gran Capitán, recibió el mando de una compañía de caballos y dos de escopeteros, de cuya gente fué coronel. Ya recordarán nuestros lectores cuánto contribuyó con su denuedo á la victoria del Garellano.

Al estallar la nueva guerra con Francia, Paredes combatió entre los españoles, distinguiéndose en la batalla de

Ravena y en otros importantes hechos de armas ocurridos por aquellos años. No deja de ser curioso el desafío de que nos da él mismo cuenta en el *Sumario* de su vida: «Cumplida la tregua de la guerra, dice, hubo concierto entre los campos con mandado de los reyes que combatiesen doce por doce. Vino á efecto. Por una parte fueron éstos: el coronel Villalba, el coronel Aldana, el coronel Pizarro, el coronel Santa Cruz, el capitán Juan de Haro, el capitán Juan de Gonzalo, el capitán Alvarado, dos capitanes de gente de armas, dos italianos y yo. Quiso Dios mostrar su justicia que fueron muertos. Sobre este combate se revolvió un capitán francés conmigo porque yo le había muerto dos hermanos. A los dos días combatimos con porras de hierro en medio de dos campos, rodeados de hombres darmas. Viendo el francés la pesadumbre de la porra, echó la suya en el campo, no pudiéndola menear, y puso mano al estoque, y vino á mí pensando que yo no podría alzar la porra en la cabeza y le hundí el almete en ella y murió. Por estas cuatro cosas que me acaecieron casi juntas, me vinieron muchos reveses, ansí de amigos como de enemigos, que por espacio de dos meses combatí otras tres veces y quiso Dios darme victoria por la razón que tenía. Desde á pocos días fué la batalla de Vicencia y la ganamos, aunque pensaron tenernos en la red.»

Paredes regresó á España con Gonzalo Fernández de Córdoba, de quien era gran entusiasta, y después de haber visitado su tierra, marchó á Navarra á tomar parte en la guerra. Diósele entonces el mando de nueve banderas, con las que tomó el castillo de Moya, contribuyó á la victoria de Pamplona y á la rendición de Fuenterrabía. Ignórase qué actitud observó cuando el movimiento de las comunidades, acerca de las que se limita á decir: «Vinieron las comunidades: pararon en lo que sabemos.» Pero terminado este levantamiento, vémosle figurar de nuevo en la guerra de Navarra, á cuyos principales hechos de armas asistió portándose siempre con su acostumbrada bizarría.

Más tarde acompañó á Carlos I á Italia, hallándose en la coronación de Bolonia. De allí pasó á la Hungría, formando parte del ejército imperial en las operaciones emprendidas para rechazar á los turcos. Habíase conseguido ya esto, cuando al hallarse de regreso las tropas, al pasar por el Friul, quedó Paredes rezagado una jornada del ejército y fué acometido en una casa de campo por un destacamento enemigo. La pelea fué desigual, pues sólo acompañaban al extremeño algunos criados; así que hubiera perecido á no acudir en su socorro cincuenta arcabuceros imperiales; pero recibió en ella cuatro heridas de arcabuz.

Con este episodio cierra Paredes el *Sumario* de su vida, que termina con las siguientes palabras: «Venimos á Bolonia do siendo Dios servido daré fin á mis días. Dejo estas cosas á Sancho de Paredes por espejo en que haga sus obras conforme á estas en servicio de Dios.» Cumpliéronse sus presentimientos, y falleció en la citada ciudad en 1530, cuando contaba sesenta y cuatro años de edad. Su cuerpo, depositado en Bolonia, fué algunos años después trasladado á la patria, donde le colocó su hijo en un sencillo sepulcro, cobijado por dos banderas. Este fué el último homenaje tributado á la memoria de uno de los guerreros más insignes que brillaron en los últimos años del siglo XV y primer tercio del XVI.

Gonzalo Fernández de Córdoba (pág. 389).—Este ilustre guerrero nació en Montilla el año 1453: descendía de la poderosa casa de Aguilar, uno de cuyos individuos había merecido en justa recompensa á sus servicios militares el privilegio de llevar como segundo apellido el título de Córdoba. Gonzalo quedó huérfano á poco de haber visto la luz, y fué educado en Córdoba, en unión de su hermano mayor D. Alonso, aquel que tan famoso debía hacer el apellido de Aguilar en la guerra de Granada y que tan desdichado fin tuvo cuando la rebelión de los moriscos. Educados al fragor de las luchas intestinas que se hacían los nobles entre sí, los dos huérfanos eran ya hombres formados para la guerra, cuando estalló la de sucesión, en que tomaron parte á favor de D.ª Isabel. Los talentos de Gonzalo, su gentil continente, su amor al fausto y su bravura le colocaron bien pronto en el primer lugar entre los caballeros de Castilla. Así que después de haber conquistado reputación de bravo en la guerra de Portugal, en la de Granada acreditó una vez más su pericia y su arrojo á la vista de los Reyes. Cuando ocurrió el incendio del real frente á Granada, hallábase Gonzalo en Illora, plaza cuya defensa se le confió, y sabedor de ello mandó á la reina las joyas y vestidos más ricos de su esposa, rasgo que puso más de manifiesto su carácter espléndido. Y estas diversas cualidades que en él brillaban, enalteciendo las naturales prendas, contribuyeron á que, fenecida la reconquista, fijaran en él sus ojos los Reyes para confiarle un puesto por todo extremo delicado, cual era el de general del ejército de Italia. El año 1495 pasó á Nápoles para rechazar á los franceses que la habían invadido, y despues de guerrear en la Calabria, se hizo dueño de Rijoles, Cotrón y Amantia; si en Seminara el destronado rey á cuyo lado combatía hubiese seguido sus consejos, el ejército aliado no hubiera sufrido un descalabro. Así y todo, Gonzalo consiguió, gracias á una hábil retirada, poner á salvo el grueso de sus fuerzas, rehacerse en Regio y tomar de nuevo la ofensiva, auxiliar al rey de Nápoles en la toma de Atela, pacificar á la Calabria y rechazar á los franceses del reino de Nápoles. Los italianos le saludaron con el nombre de *Gran Capitán*, y este título que figura también en una cédula real, se lo dieron también los franceses en escrituras oficiales. El rey de Italia, repuesto en su reino, le agració también con el de duque del Monte de Santángel. Reconquistada Nápoles, pasó el Gran Capitán con una flota á Salerno y pacificó este principado, regresando después á España.

No debía gozar aquí largos días de paz. En 1499 estalló imponente la rebelión de los moriscos, y el conde de Tendilla le asoció al ejército que penetró en la Apujarra. Y ya en el seno de esta sierra, dió aquel ilustre guerrero nuevo ejemplo de su esfuerzo, pues fué el primero en trepar por la escala y sentar el pie en el adarve de la villa de

Huéjar. Allí pelea mano á mano con un moro de hercúlea estatura, le derriba á sus pies y luego se lanza desde el muro á las calles, en cuyas encrucijadas se bate como el último soldado, y más feliz que su hermano, que halla la muerte en la serranía de Ronda, logra salir ileso de aquellas luchas. Lo que sobre todo hace honor á su carácter es el hecho de haberlo nombrado los vencidos como á mediador cerca de los Reyes.

En 1501 nombráronle éstos su lugarteniente en los ducados de Pulla y Calabria, previniéndole que en unión de los franceses conquistase el reino de Nápoles. Consignado queda en el Estudio precedente las causas de esta nueva campaña, á la que precedió la conquista de San Jorge de Cefalonia. Las discordias que estallaron á propósito de la repartición de los dominios conquistados, dieron lugar á que se rompieran las hostilidades entre franceses y españoles, y entonces ocurrieron los famosos sucesos de Barleta y Ceriñola, que obligaron al enemigo á refugiarse en Gaeta. A éstos sigue la célebre campaña del Garellano y la toma de la ciudad últimamente citada, que pone digno remate á las conquistas de los españoles y concluye con la dominación francesa en Nápoles. Acreditó entonces Gonzalo con su gobierno que era tan hábil capitán como recto administrador, y el testimonio de sus mismos enemigos constituye otro de sus títulos de gloria.

El rey, que hizo justicia á sus merecimientos en un documento que en esta misma obra damos á conocer, concedióle los títulos de duque de Serra y de Terranova, y á su regreso á España le prodigó lisonjeras palabras. Empero, en el alma de Fernando germinaba cierto recelo con respecto á Gonzalo, cuya espléndida conducta en Italia, parecíale más propia de un monarca que de un caudillo. «Poco importa que Gonzalo haya ganado para mí un reino, exclamó un día, refiriéndose á ciertas donaciones, si lo reparte antes que llegue á mis manos.» Y, sin embargo, es muy cierto que el famoso caudillo resistió, mientras era virrey de Nápoles, deslumbradoras proposiciones de los enemigos de su señor. Pero los envidiosos y calumniadores efectuaban constantes trabajos para malquistarle con el rey, acusándole de malversador de los caudales públicos. Entonces fué, si hemos de dar crédito á la tradición, cuando aquél presentó sus famosas cuentas, en la que figuran partidas como las siguientes: «Doscientos mil setecientos treinta ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rueguen á Dios por la prosperidad de las armas españolas. Cien millones en picos, palas y azadones. Un millón en misas de gracias y Te-Deums al Todopoderoso. Ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruídas con el continuo uso de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas contra el enemigo»; y otras partidas no menos extrañas y exageradas, de la que es digno remate ésta: «Y cien millones por mi paciencia en escuchar que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino.» Dícese que el rey mandó que no se volviese á tratar de este asunto en su presencia.

Pero Fernando V pertenecía á esa clase de hombres á quienes hace sombra cualquier reputación; que su ingratitud bien patente se hizo con otros dos varones eminentísimos de aquel siglo. Llamó á su lado al Gran Capitán y le prometió transferirle el maestrazgo de Santiago, artificio que, sospecha Zurita, empleó el rey hasta tener asegurada su entrada en Castilla. Partió Gonzalo para España y en el puerto de Génova fué testigo de la entrevista de los soberanos español y francés, mereciendo que en su presencia pronunciara Luis XII estas palabras: «Dichoso sois, Fernando, con tener tal general», y que le honrara haciéndole sentar en su mesa, juntamente con los reyes de Aragón.

Empero contados estaban sus días de ventura. En Castilla continuó siendo blanco de los ambiciosos, y retirado en sus posesiones de Andalucía esperó en balde que se diera merecido empleo á sus servicios. Unicamente después de la derrota de Ravena, y cuando las cosas de Italia presentaban el peor cariz para los españoles, se decidió Fernando, venciendo su repugnancia, á confiarle el mando de una expedición que comenzó á organizarse en Málaga; y esta novedad despertó no escaso entusiasmo entre la gente de guerra; pero, desgraciadamente para el Gran Capitán, las noticias más tranquilizadoras que de Italia se recibieron, impulsaron al rey á desistir de la expedición y á licenciar las tropas. Tal acuerdo produjo en Gonzalo extraordinaria sensación, y decidido á abandonar España en donde no podían ser útiles sus servicios, pidió licencia al rey para retirarse á su ducado de Terranova en Nápoles, decisión de que, como es de suponer, le hizo desistir el monarca, á cuyos ruegos consintió en regresar á Loja en expectativa de nuevos sucesos.

Repetidas negativas de D. Fernando á varias instancias suyas produjéronle varios disgustos, los que agravaron sus constantes dolencias, y habiéndose trasladado á Granada, con objeto de hallar mejoría, sorprendiólo la muerte en esta ciudad el día 2 de Diciembre de 1515, á la edad de 62 años.

El Rey Católico ordenó que la corte vistiera de luto, y que se celebraran con gran pompa sus exequias, y dirigió una carta de su puño y letra á la viuda del insigne general, rindiendo así un nuevo testimonio á sus altas dotes. Censurable en verdad había sido la conducta del monarca en los últimos años de la vida de Gonzalo; pero, como dice oportunamente Almirante, «el forzoso retiro de éste quizás le evitó los escollos en que luego tropezaron Navarro, Borbón, Condé, y en su tumba así luce perpetua la aureola de una gloria inmaculada».

Los restos de Gonzalo fueron depositados, primero en la iglesia de San Francisco de Granada, y trasladados después á la de San Jerónimo; doscientas banderas y dos pendones reales tomados á los enemigos, daban gloriosa sombra desde las paredes del templo á su soberbio sepulcro, en el que se trazó la inscripción siguiente:

Gundisalvo Ferdinando a Corduva, magno hispaniarum Duci, Francorum et Turcorum terrori.

Por desgracia este sepulcro fué en tiempos posteriores profanado é ignórase hoy el paradero de sus restos, así como de los de su ilustre esposa Doña María Manrique.

He aquí el retrato que de Gonzalo Fernández de Córdoba ha hecho Hernán Pérez del Pulgar, señor del Solar y compañero de los más antiguos que tuvo el Gran Capitán:

«Fué su aspecto señorial, dice; tenía pronto parecer; en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible, tenía claro y manso ingenio, á pie y á caballo mostraba el autoridad de su estado; seyendo pequeño floreció no siguiendo tras lo que va la juventud. En las cuestiones era terrible y de voz furiosa y recia fuerza, en la paz doméstico y benigno; el andar tenía templado y modesto, su habla fué clara y sosegada, la calva no le quitaba continuo quitar el bonete á los que le hablaban. No le vencía el sueño ni el hambre en la guerra, y en ella se ponía á las hazañas y trabajos que la necesidad requería. Era lleno de cosas ajenas de burlas, y cierto en las veras: como quier que en el campo á sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar decía cosas jocosas; las cuales palabras graciosas, decía él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfección en muchos negocios, cuanto otro diligente en acabar uno; en tal guisa, que vencidos los enemigos con el esfuerzo, los paraba en sabiduría.»

Guardia del Rey (pág. 991).—Este soldado pertenece á la compañía de guardias creada por el célebre hidalgo D. Gonzalo de Ayora. Su traje era por demás sencillo: la gorra, jubón y calzas de paño morado, y el sayo partido en dos colores, el rojo y el blanco simbolizando á Castilla y á León.

He aquí cómo da cuenta un escritor coetáneo de la creación de la citada guardia:

«Comenzó el Rei á tener en su guardia hombres de pie de ordenanza á la manera suiza, donde en estos tiempos mejor se usaba la orden de pelear los hombres á pie, con sus espadas é alabardas, en muriéndose la Reina D.ª Isabe que fué a. d. 1504, die 26 novembres. E fué después á Nápoles a. d. 1507, en julio, trajo consigo hombres armados de ordenanza, que continuamente estaban en palacio, é salían con el Rei á donde quiera que iba ciento cincuental hombres á pie armados con puñales y espadas y alabardas, en cuerpo, con sayos medio colorados y medio blancos, é cincuenta de caballo.»

Oportuna ocasión es la presente para que demos algunas noticias relativas al fundador de esta compañía. Gonzalo de Ayora nació en Córdoba por la época en que finía el reinado del débil D. Enrique IV; y parece ser que marchó joven aún á Italia; campo abierto á toda clase de aventuras y país famoso ya por sus artistas y la belleza incomparable de su suelo. Allí se puso al servicio de uno de sus potentados, el duque de Milán, Luis Galeazzo Sforzia, y tan satisfecho quedaría éste de su conducta, que en 1492, al regresar Ayora á su patria, era portador de una carta del duque para la Reina Católica, en la que entre otras cosas le decía: «está adornado de tanta ciencia, que le hace comparable con los varones más eminentes.» Por donde se viene en conocimiento que Ayora, no era solamente un buen soldado, sino un hombre versado en letras y por muchos conceptos distinguido. Fué dicha recomendación tan favorablemente recibida por la Reina, que Ayora recibió el cargo de *coronista* ó cronista, empleo de mucha confianza y gran autoridad, pues valía tanto como el de secretario particular. Créese que en él reemplazó á Pulgar, que probablemente murió por los años 1491 ó 92; y respecto al buen concepto que mereciera de los reyes, puede juzgarse sabiendo que en 1502 fué enviado á Alemania para solicitar del Rey de romanos que declarara la guerra á Francia. En 1503 marchó á incorporarse al ejército que operaba en el Rosellón y tomó parte en el socorro de Salsas; pero no por eso dejaba de estar en relaciones con la corte, pues sostenía correspondencia con el mismo Rey, y en ella le daba cuenta así del estado de la guerra, como de sus planes particulares. Abrigaba, según se ve, la idea de introducir en aquel ejército los principios que aprendiera durante su estancia en otros países; mas si bien el general en jefe del ejército de operaciones atendió alguna de sus ideas, no se mostró propicio á introducir su método en las evoluciones de la infantería. Acerca de este particular, Ayora da algunos detalles en la carta dirigida á su amigo Miguel Pérez de Almazán, secretario del Rey.

Pero al siguiente año consiguió ver realizados en España sus propósitos. Hallábase la corte en Medina del Campo y los Reyes se manifestaron deseosos de presenciar las nuevas evoluciones *á la manera suiza;* á cuyo efecto Ayora ejecutó con los hombres que tenía amaestrados á este efecto diversos movimientos que merecieron los plácemes de los monarcas, si bien no dejó de encontrar émulos y contradictores. Sin embargo, esta oposición no halló eco en el Rey, quien en 1504, poco después del fallecimiento de D.ª Isabel, y siendo gobernador de los reinos de Castilla y León «acordó, dice Oviedo, tomar la guarda de alabarderos, é hizo capitán della á Gonzalo de Ayora, su coronista, hombre, diestro en las armas, é perfecto soldado, é buen poeta y orador».

En 1505 vemos figurar á Gonzalo de Ayora en la expedición que se organizó para la conquista de Mazalquivir, y en la que sirvió á las órdenes del Alcaide de los Donceles. Ignoramos qué motivos pudieron inducirle en 1506 á inclinarse al partido de Felipe *el Hermoso*, en las disidencias entre el Archiduque y el Rey; ello es que, á consecuencia de esto, Ayora perdió el favor de D. Fernando; y lo que fué más triste, habiendo fallecido D. Felipe, no tuvo ya esperanzas de volver á ocupar el puesto que había perdido. D. Fernando, al marchar á Nápoles, no lo llevó consigo, y á su regreso *ni le quiso en su casa*, según palabras de Oviedo. En su lugar puso un caballero de Guadalajara, llamado Valdés, y muerto éste, ocupó la plaza de jefe de la guarda el comendador D. Jerónimo de Cabanillas, que la desempeñó también en tiempos del emperador. Esta guardia se componía aún de los mismos 100 alabarderos y 100 estradiotes á caballo, con que se formó.

A pesar de aquellos serios contratiempos, Ayora gozaba como militar, de algún crédito, y al organizarse la expedi-

ción para Orán, en 1509, Cisneros le nombró coronel de la infantería española, cuyo cargo, dice Ayora en una de sus epístolas, que fué el primero que lo obtuvo en España. Pocos detalles se tienen de su vida á contar de su regreso de Africa. Parece que en 1512 mantenía alguna correspondencia con el monarca y que se hallaba ocupado en escribir una obra de importancia, tal vez la historia de los Reyes Católicos, pues en 1519 él mismo dice, que esperaba dar esta obra muy en breve á luz. Titulábase por esta fecha *capitán y coronista de las católicas majestades*, título que quizás tenía entonces para él más de honorífico que de efectivo.

Retirado en la ciudad de Palencia, donde arrastraba una existencia llena de privaciones, sorprendióle el famoso alzamiento de las Comunidades del que se declaró partidario: mas era su criterio eminentemente conciliador y antes que llevarlo todo á sangre y fuego, opinaba que debían reunirse Cortes en Valladolid, con objeto de examinar los males que aquejaban al reino y procurarles eficaz remedio. Su plan fué desatendido, pero Ayora siguió las banderas de los comuneros hasta el triste día de Villalar. Uno de sus biógrafos, dice, que llegada la hora de los castigos, le cupo la suerte de ser uno de los perdonados; mientras otro manifiesta que su nombre se lee entre los exceptuados del perdón general que dió Carlos en Valladolid á 22 de Octubre 1522. Bien sea que á consecuencia de esto se refugiara Ayora en Portugal, ó se retirara de nuevo á su olvidado hogar, ello es que las sombras del misterio y del olvido envuelven los últimos días de este hombre distinguido.

Entre las obras debidas á su pluma se deben una Historia de la Reina Católica, D.ª Isabel; una relación de la toma de Mazalquivir; otra del movimiento de las Comunidades, que según manifiesta el Sr. Rosell, es por demás incoherente y obscura; y un epílogo de algunas antigüedades de la ciudad de Avila, impreso en 1519 en Salamanca. En Italia se dice había escrito un tratado, cuyo título, *De Natura hominis*, hace presumir que también cultivó los estudios filosóficos. El que quiera formarse idea de sus conocimientos y su estilo, puede consultar con fruto la colección de cartas inserta en los tomos de *Epistolario* de la notable colección de *Autores Españoles*, publicada por Rivadeneyra.

Rey de armas (pág. 393).—La figura reproducida en esta página, viste una cota ó sobrevesta heráldica, en cuyos cuarteles se destacan combinados los castillos y leones, las barras rojas y las águilas, este último emblema como testimonio de la soberanía de Sicilia, que trae su origen en los derechos acreditados por los reyes de Aragón, á la herencia del infeliz Conradino. Nadie ignora que D. Fernando el *Católico*, al casarse con D.ª Isabel, era tan sólo rey de Sicilia, pues regía la monarquía aragonesa, su padre Juan II, así es que en los sellos anteriores al fallecimiento de este soberano, hace uso del citado título.

Los reyes de armas precedían generalmente á los Reyes en todas las ceremonias y se colocaban cuando aquellos ocupaban el trono á los dos costados del mismo, junto á las últimas gradas. En las proclamaciones eran los que voceaban la fórmula por medio de la cual se anunciaba al pueblo el advenimiento de un nuevo soberano.

Usaban estos maceros gorras ó bonetes de terciopelo, sayo con mangas de igual clase, sobrevesta en la que aparecían bordados y de gran relieve los emblemas de la monarquía, medias negras y zapato abierto: llevaban sendas mazas que generalmente mantenían apoyadas en el hombro derecho.

Alabardero de línea (pág. 394).—La guardia del Rey D. Fernando, que en un principio se componía sólo de cincuenta alabarderos, llegó á tener hasta cien alabarderos de línea y cien caballos estradiotes. El alabardero de línea pertenecía ya á la clase de soldados que, como el piquero, formaban alternados en los ejércitos con los escopeteros y ballesteros. Y como los Reyes quisieron seguir en esto el sistema en boga, armáronlos y equipáronlos *á la manera suiza*, esto es, con capacete, coselete sencillo y faldón, espada larga y pesada alabarda.

Tal se nos presenta el soldado reproducido en la página citada.

Escopeta de caja partida (pág. 395).—En la pág. 397 hemos hecho la descripción de esta arma que aquí reproducimos con su mecanismo abierto.

Real Cédula (pág. 373).—Como recompensa á los servicios prestados por Gonzalo de Córdoba en Italia, y compensación á la generosa renunciá que hiciera del ducado de Sant-Angelo, ducado que había recibido del desposeído rey D. Fadrique, el monarca D. Fernando dió al Gran Capitán el ducado de Serra, con una cédula que es el mejor testimonio que ha pasado á la posteridad de los grandes servicios de este ilustre caudillo. Esta real cédula es la que reproducimos en lámina suelta, juntamente con la copia de una medalla en bronce, perteneciente á la colección de Mr. Heis. Está redactada en un estilo claro y no desprovisto de elegancia, estilo, que por cierto se aparta por completo del que comúnmente se empleaba en los instrumentos diplomáticos de la época; y hemos considerado que nuestros lectores sabrán apreciar el justo valor de tan importante documento, que es timbre gloriosísimo de nuestra historia militar.

ESTUDIO OCTAVO

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS MARÍTIMOS

Cristóbal Colon

I. Estado de los conocimientos náuticos y geográficos en los últimos siglos de la Edad Media. — La cartografía en los siglos XIII, XIV y XV. = II. Viajes y descubrimientos de los genoveses, normandos, vizcainos y catalanes. — Descubrimiento y población de las Islas Canarias. — Los portugueses en las costas de África. = III Proyectos de Colon. — Sus viajes y sus estudios. — Su presentación á la Córte de Castilla. — Sus vicisitudes. — Descubrimiento del continente americano. — Viajes de Colon. — Su muerte. = IV. Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon. — Influencia que ejercieron estos viajes en la marina española.

I

Todo el que atentamente trate de seguir el desarrollo de la civilización en los pueblos de Europa, no podrá menos de experimentar verdadero asombro ante el espectáculo que éstos ofrecen desde la conclusión de las Cruzadas hasta el periodo del Renacimiento. Este intervalo de tiempo se nos presenta como la alborada de una nueva edad, como hermoso crepúsculo á cuya incierta luz la humanidad se agita rejuvenecida y trata de dar nueva expansión á sus fuerzas. La imprenta y el desarrollo de los estudios de una parte, los viajes de los cruzados y el comercio con los pueblos de Levante de otra, han abierto á la actividad nuevos caminos, y bien puede decirse que una rara fermentación agita las inteligencias y un misterioso impulso mueve á los ánimos. Esta inquietud y este afan se manifiestan así en las escuelas, como en la plaza pública, así en el movimiento á que dan lugar las combinaciones político-militares, como en los viajes y descubrimientos: pero sobre todo, en esta última esfera, campo fecundisimo en que han germinado las más ricas semillas de la cultura universal.

Para que podamos juzgar con toda exactitud de la importancia y trascendencia de las empresas marítimas realizadas en los últimos años del siglo XV y todo el siglo XVI, justo será que dirijamos nuestra mirada al estado de los conocimientos geográficos en la Edad Media, así como á los viajes verificados en los últimos siglos. Los conocimientos geográficos de los romanos, no se habían perdido totalmente: manteníanse con mayor ó menor integridad en las escuelas y no sin orgullo puede citar España á sus

Orosios é Isidoros, como verdaderos mantenedores de la antigua ciencia y lumbreras de su Edad: sábese que en los antiguos monasterios y trazados sobre madera ó pergamino, existian planos y mapas de ciudades y regiones, más ó menos toscamente dibujados, y en los que se echaban de ver las noticias adquiridas en los libros de aquellos sabios, así como las recogidas por conducto de viajeros; Vivien de Saint-Martin señala como las más antiguas cartas ó mapas las anglo-sajonas, que servirian quizás de norma para las que en el siglo XIII se formaron en el continente, y manifiesta que data del siglo X la primera mención de los mapas en la Edad Media. Bien se comprenderá, sin embargo, que estos primeros mapas, ó informes tentativas, ofrecian sólo imágenes parciales é imperfectas de ciertas regiones ó ciudades famosas, pero que bastaban á la sazón para satisfacer la curiosidad del profano, ya que no el afán del erudito. Sólo á partir del siglo XIII en que la instrucción se difunde un tanto, en que se comenta y discute al gran Aristóteles, en que el espíritu profundo, é independiente al par, de Roger Bacón expone la doctrina del Estagirita sobre la esfericidad de la tierra, en que Alberto el Grande escribe su tratado de cosmografía, en que el inmortal Raimundo Lulio compone su *Fénix de las maravillas del Orbe* (1286), y en que aparecen demás de esta obra de carácter serio y elevado, ensayos de enciclopedias, entre las que sobresalen la de Vicente de Beauvais y la de Tomás Cantipratensis, obras éstas que manifiestan una nueva dirección de las fuerzas intelectuales, embotadas por las sutileza de escuela; sólo entonces es cuando se dan á conocer algunos que otros datos altamente interesantes para la historia de la geografía, entre los que figuran en primer lugar las relaciones de viajes, algunos de ellos traducidos del árabe, como el *Itinerario de Africa* (1), y se difunden las primeras nociones cosmográficas. Al espirar el siglo XIII y principios del XIV circularon por Europa copias de las relaciones del viaje de Marco Polo á las regiones orientales (2), y estas copias causaron, como es de presumir, verdadero asombro y extraordinaria impresión en las imaginaciones. A estas relaciones siguieron en breve las de Marino Sanudo (1321), y como fuera necesario ilustrarlas para su mayor inteligencia con planos ó cartas, dieron origen á los mapas generales. Inspirarianse quizás éstos en los trabajos de los árabes, cultivadores inteligentes de este ramo del saber, pero no por eso es menos de admirar la obra de aquellos viajeros que consignaban cuanto habían visto y reconstituían la imagen del mundo con ayuda de las relaciones de Marco Polo.

Y hora es ya de que consignemos cuánta gloria nos cabe á los españoles en esta especial esfera de la ciencia, pues á nuestros marinos mallorquines, á los reputados cosmógrafos de esta isla, debemos un monumento por todos conceptos admirable, la primera carta hidrográfica plana, cuya fecha es de 1413 y su autor Meciá de Viladestés. La opinión emitida por algunos escritores de que á la Academia fundada en Sagra por el infante D. Enrique de Portugal, se debia la invención de tales mapas, opinión sustentada por el célebre jesuita español Juan Andrés al ocuparse del ori-

(1) «Entre la multitud de escritores geógrafos que cuentan los árabes, merecen particular consideración Alcazuino, que no quiso empezar á escribir su geografía hasta que visitó personalmente muchas regiones de Asia y Africa; el sevillano Alzeyat, cuya cosmografía, que se conserva en el Escorial, está adornada con bellísimas cartas geográficas y astronómicas; Abu Obaid, natural de Córdoba, que hizo una excelente descripción de Egipto, del Africa y aun del Asia y España: el valenciano Abu Mohamad Alabderita, que escribió un exacto *Itinerario de Africa*, dando á conocer las ciudades las costumbres de los naturales, los hombres de letras que el autor visitó en su viaje, y Abu Rihan escritor del siglo X más conocido por Albiruni, que después de haber viajado y reconocido muchos paises durante cuarenta años, escribió una obra completa de geografía que sirvió á Abulfedá para fijar las latitudes geográficas de muchos pueblos, componiendo la obra más perfecta que conocian los árabes y que entre los europeos mismos ha sido tan apreciada. Con mayor estudio y empeño adelantaron la parte especulativa de la geografía, aplicando á esta ciencia sus conocimientos astronómicos, ya para medir la tierra y la extensión de los grados, ya para observar la altura del polo, ya inventando muchos medios para determinar la longitud, ya traduciendo é ilustrando entre otras la obra de Tolomeo, que era la base y fundamento de su doctrina.»—*Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles.* Tomo I.

(2) Marco Polo fué un navegante veneciano á quien es deudora la geografía de una obra importantísima: la relación de los viajes que efectuó desde 1270 á Constantinopla, Crimea, la córte del Gran Khan y otras comarcas de Oriente hasta la China y además las islas del Océano Indico. Redactó la relación de aquellos al regresar á Italia á fines del siglo XIV, y desde este momento comenzóse á conocer la Gran Tartaria y á tener idea de la extensión y grandeza del imperio chino.

Antes que él, sin embargo (1160), el judío Benjamin de Tudela pasó desde España á Oriente, atravesó la Tartaria, China y diferentes provincias del interior de la India, reconoció numerosas islas de aquel Oceano y regresó después de trece años de ausencia á la patria con un rico caudal de noticias. De esta fecha data la de que existia en el interior del Asia una poderosa monarquía regida por un soberano al que llamaron los europeos el *Preste-Juan;* y á contar de mediados del siglo XIII marchan á Oriente algunos misioneros que ensanchan con sus viajes la esfera de los conocimientos geográficos.

gen de las cartas hidrográficas, ha sido destruída, no sólo por ilustres escritores de nuestro país, sino por autores del vecino reino. Antes de que se fundara dicha Academia (1415), en Mallorca se formaban cartas de esta clase, siendo el más antiguo monumento que se ha conservado de tales trabajos, un pergamino entero de cinco palmos de largo y cuatro de ancho existente en 1804, en la Cartuja de Valdecristo (Segorbe); en cuyo pergamino leíanse trazados en dorados caracteres estas palabras: *Meciá de Viladertés me fecit in anno* (sic) MCCCCXIII.

Hé aquí la descripción que de esta carta hizo el Sr. D. Martín Fernández de Navarrete en su obra póstuma *Disertaciones sobre la Historia de la Náutica:*

« Está trazada en pergamino y comprende todo lo descubierto hasta aquel tiempo, á saber: las costas de Europa y las de Africa hasta Guinea, y los confines de Asia. Por el Occidente las Canarias é islas de Cabo Verde. Las costas de España están más demarcadas que las otras. Pinta también en su lugar algunas constelaciones celestes, en cada reino el escudo de sus armas y en los de Africa y Asia sus reyes, con una noticia histórica muy sucinta de su poderío, costumbres, etc. Más abajo de las islas de Cabo Verde señala la embocadura de un río que llama *del Oro* (el Gambia). Frente á su embocadura está pintado un barco con dos timones y la proa hacia el Africa, y debajo dice: *Partich lux r dñ Yac. Ferer par nar al riu de lor al gorn de Sen Lorens qui es á X de agost, y fo en lan m cccxtvj.*»

Y dice el sabio D. Jaime Villanueva á propósito de este planisferio:

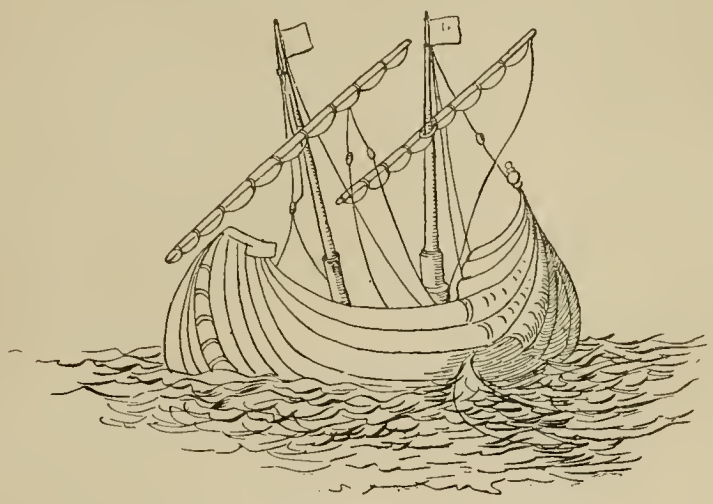
« El autor de esta carta se llamaba Matías, que eso significa *Meciá*, y aún hoy llaman así todos los lemosines á los de este nombre, ó con la pequeña variación de *Maciá*. El apellido de *Viladestes* se conserva todavía en la isla de Mallorca, donde además existen algunas escrituras de los siglos XIV y XV en que hay memoria de él. Esta circunstancia, y la del idioma lemosín de que usa en todas las descripciones de las costas y reinos, y la particular memoria que hace de las navegaciones del mallorquín Jaime Ferrer, de que luego se hablará, demuestran que esta carta náutica plana se formó en Mallorca dos años antes que se reuniese la Academia de Sagres. Y no habiendo en ella rastro alguno que indique que ésta fué la primera que se formó de su género, (circunstancia que acaso no omitiría su autor), y suponiendo que á esta obra que allí se dá por acabada y perfecta, según lo que se sabía entonces, debían preceder varios ensayos y tentativas, debemos también inferir que esta carta náutica plana, fué una de las que mucho antes que pensasen en ello los matemáticos del infante D. Enrique de Portugal, se iban formando en Mallorca, Valencia y Cataluña para uso de los bajeles que navegaban en los mares conocidos. En efecto, el que esto escribe vió otra carta en el Monasterio de Jerónimos de San Miguel de los Reyes, junto á Valencia; la cual tenían sus ignorantes poseedores colgada de un clavo en la pared, cuya punta y grueso vino cabalmente á abrir un grande agujero en el mismo lugar donde está notado el año en que fué formada. Más examinada la letra de sus descripciones, que también eran lemosinas, pareció indudablemente de alguna mayor antigüedad que la otra. De donde puede bien concluirse que antes del año 1415 era ya común el uso de las cartas hidrográficas *planas* en la marina del rey de Aragón, cuyo comercio y empresas militares la habían hecho tan superior á todas las de Europa desde principios del siglo XII (1). »

Y por si los datos suministrados por el sabio escritor que acabamos de citar no fueran suficientes, añadiremos nosotros algunos no menos interesantes que hallamos en Capmany y Navarrete, que si por una parte vienen en apoyo de nuestro aserto, por otra ilustrarán al lector acerca del estado de los conocimientos en esta época. El precio del *libro de navegar* comprado en 1323 por el tesorero de D. Jaime II indica que en él se hallarían algunos mapas marítimos ó vistas de costas. En los inventarios de pertrechos de las galeras de D. Pedro IV de Aragón se previene que lleve cada una dos *cartas de navegar*. En el catálogo de la librería del rey D. Martín, muerto en 1410 figura uno titulado *Libre obre la carta de navegar*, otro *Libre de les naus* y otro *Libre de la ordenació de la mar;* lo cual prueba que los catalanes y aragoneses, no sólo usan desde el siglo XIV las *cartas de navegar*, sino que poseían tratados sobre su uso y construcción.

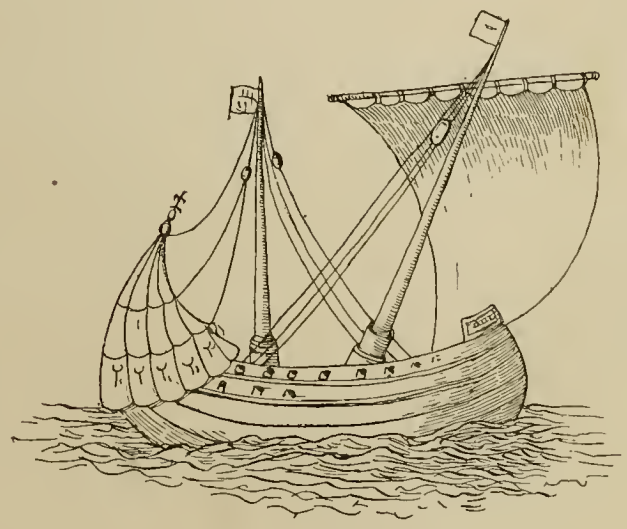
(1) *Ócios de emigrados españoles*, n.º I, 1824.

Es verdaderamente lamentable que hayan desaparecido obras de tanto valor; pero por los que en escaso número conocemos puede juzgarse con alguna exactitud de los conocimientos marítimos los siglos XIV, XV y primeros años del XVI. Obra de algún español, pues tiene las leyendas en castellano, es la carta hallada en Italia en 1789, y descrita por Borghi. D. Cristóbal

PROGRESOS DE LA MARINA. — SIGLO XIII



Nave (del Códice escurialense. *Libro de las cántigas)*



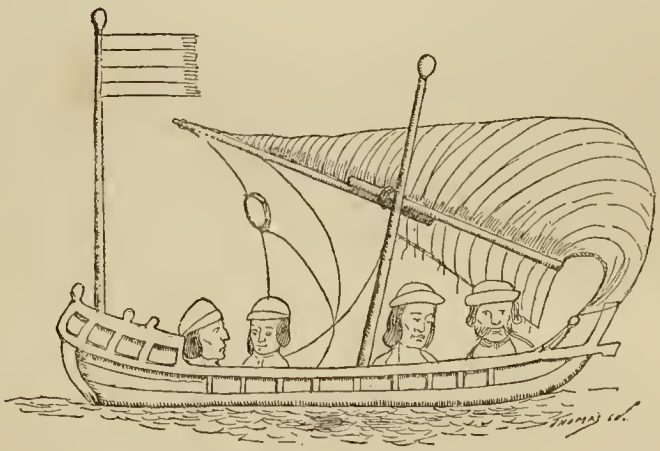
Nave (del Códice escurialense *Lapidario del Rey D. Alfonso el Sabio)*

Cladera la supone algo anterior al año de 1430. Otra más conocida, es la comprada en la ciudad de Florencia por D. Antonio Despuig y consiste en un pergamino de cinco palmos de largo con toda la explicación en lengua catalana, y una inscripción que dice: *Gabriel Valseca la feta an Malorca any MCCCCXXXVIIII.* De ella hizo tanto aprecio Américo Vespucio, que, según una nota que se vé en su dorso, la pagó en ciento treinta ducados de oro de marco. Contiene los reinos y provincias de Europa, Asia y Africa, con varias noticias de los usos y costumbres: describe los puertos y lugares de todas las costas del Mediterráneo y de todo Levante. A la parte

del Norte, del Mediterráneo de Oriente y de Poniente, coloca unos círculos representando otras tantas rosas náuticas con las líneas de los vientos que salen de ellas. Por la costa de Africa, fuera del estrecho de Gibraltar, hacia el Sur, señala todos los pueblos y cabos principales, desde Arcilla al río del Oro. Fuera del estrecho y á su parte occidental, coloca algunas islas con esta nota: *Aquestas illas foren trobades per Diego de Gunllen, pelot del Rey de Portogal, an lany MCCCCXXXVII.*

PROGRESOS DE LA MARINA. — SIGLO XVI

Nave de San Sebastian (De un Sello).—1335



Ujer catalan del Siglo XIV (del *Atlas Catalán*)

Queda con esta serie de datos, plenamente probado que las primeras cartas hidrográficas planas son anteriores al siglo xv; y que nuestros marinos mallorquines, catalanes y aragoneses las usaban ya desde el siglo xiii, cuando en sus navegaciones perdían la costa, según lo que prevenía Raimundo Lulio, quien consignaba en 1286 que los navegantes de su tiempo usaban instrumentos, cartas, compás, agujas, etc. Esta y las anteriores noticias confirman que la construcción de cartas marítimas era muy común en la marina de Aragón, y el hecho de haber llamado el infante D. Enrique con gran empeño á su lado al mallorquín Maestro Jacome, experto navegante y hábil constructor de cartas con objeto de *enseñar* su ciencia á los oficiales portugueses, prueba hasta

qué punto gozaba de fama el cosmógrafo mallorquín. Este es sin duda alguna el constructor del famoso *Atlas* ó planisferio, compuesto de seis hojas encoladas sobre madera y reunidas en forma de libro que hoy se conserva en la *Bibtiothèque national* de París, debiendo advertir que la tercera carta de este Atlas es al parecer la misma que la de la carta de Destés, pues en ella está marcado de igual modo el viaje que hizo Jaime Ferrer á la costa de Africa en 1346 (1).

Gran desarrollo fueron adquiriendo en el transcurso del siglo xv este género de trabajos. De mediados de este siglo se cuentan un Mapamundi circular parecido al de Sanudo (1452) y un planisferio, posterior de pocos años (1459), pintado por un religioso en las paredes del Monasterio de San Miguel de Murano (Venecia). Este trabajo se considera como el más precioso monumento de la geografía en la Edad Media. Pero tales mapas, así como las cartas de que antes hemos hecho mención, son simples cuadros en que las distintas comarcas están imperfectamente representadas y en las que se refleja la vaguedad de las noticias adquiridas. Demás de esto, las citadas cartas tenían en sí un error esencial, cual era que todos los grados de los paralelos resultan iguales á los del ecuador, en vez de ir gradualmente decreciendo desde aquel punto, á medida que las líneas meridianas se acercan á concentrarse en los polos (2). Recomiéndanse no obstante entre todas, las cartas marítimas ó derroteros por su ejecución fina y esmerada, que permite hacerse cargo de los conocimientos hidrográficos de aquellos tiempos y seguir paso á paso los descubrimientos efectuados. «El Mediterráneo con el mar Negro, dice Vivien, constituyen el fondo de estas cartas; pero la mayor parte se extienden hasta el Atlántico; se ve en ellas, examinándolas por orden de fechas, la costa africana prolongándose hacia el Sud. Así como el Mapamundi de Frá Mauro y otros grandas planisferios marcan en la extremidad del Asia las adquisiciones hechas por la geografías á consecuencia de las Relaciones de Marco Polo, los derroteros de los siglos xiv y xv permiten seguir paso á paso los descubrimientos de los portugueses antes de Gama. Considerados desde este sólo punto de vista, son ya importantísimos documentos históricos. Pero no son menos útiles como monumento de la ciencia hidrográfica. Bien que estén construídos sin graduar y orientados solamente por la rosa de vientos, no por eso dejan de representar en las costas particularmente frecuentadas por los pilotos, notable fidelidad en los contornos y las distancias, y una exactitud verdaderamente sorprendente en las formas generales. Por primera vez el examen de estas cartas nos pone á la vista una obra positiva de geografía. Esto es ya geografía moderna, moderna por la nomenclatura, moderna por la exactitud matemática. Desde este punto de vista han dejado atrás á las restantes producciones geográficas de la misma época, ya sean mapamundis ó planisferios terrestres, ya obras escritas.»

Este último aserto se justifica teniendo en cuenta que los más de estos planisferios eran obra de hombres sabios, ajenos á la vida de mar, y que los formaban teniendo á la vista las relaciones de viajeros ó las noticias que circulaban entre las gentes peritas; mientras que los derroteros eran debidos á los pilotos y hombres prácticos en la navegación. Sin embargo, unos y otros contribuían á difundir los conocimientos geográficos, y la aparición de la imprenta (1440) y la traducción de los antiguos autores que se ocuparon de geografía, Tolomeo, Strabón, Plinio, Pomponio Mela y otros, contribuye, en unión del nuevo desarrollo que adquiere el comercio, á la renovación general de las ideas.

No influyó de momento en la navegación el descubrimiento de la brújula. Los marineros seguian casi constantemente en sus viajes la costa, haciendo escalas frecuentes; y sólo cuando les impulsaba la necesidad efectuaban largas travesías (3). Quizá fuera parte á impedir tales viajes la falta

(1) Véase la lámina suelta, en la que hemos reproducido la mitad inferior de una de estas hojas.

(2) Este error fué conocido por el célebre cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, quien sesenta años antes que Wright construyó una carta corregida según el método que otros debian llevar más tarde á la perfección.

(3) «Todavia á principios del siglo xv, dice el autor de los *Anales de la Marina*, se advierte la misma tirantez en los viajes verificados por Juan de Bethancourt, Pero Niño y Ruy González de Clavijo. Saliendo el primero de la Rochela para la conquista de Canarias 1.° de Mayo do 1402), de resultas de un viento contrario que experimenta en la isla de Rhe, se vé obligado á entrar en el puerto de Vivero, y desde allí, haciendo escala en la Coruña, en Cádiz y el puerto de la isla Graciosa, entra por fin en el Rubicón á principios de Julio. El año siguiente sale el segundo, con sus galeras, de Sevilla para Cartagena, y aun llevando aguja, cartas, los mejores marineros y los remeros más prácticos y forzudos de Sevilla, al patrón Nicolás Bonel, genovés *muy sabidor de mar é buen marinero*, y al cómitre sevillano

capacidad y fortaleza de sus naves, la imperfección de los instrumentos y los continuos balances del bajel, que impiden hacer las observaciones con alguna exactitud: ello es que obligados por la necesidad de establecer la situación de las naves en medio del mar en cualquier instante dado, tenian que recurrir á los astros, únicos puntos de referencia en tales momentos, con el auxilio de las tablas de las declinaciones, y movimiento de éstos, para determinar la latitud, y se veían obligados á aplicar el *astrolabio* á la navegación (1). «Hasta fines del siglo XV, dice Navarrete, todos los descubrimientos análogos al arte de navegar fueron aislados, inconexos y casuales: todos fueron el fruto, más de una práctica grosera ó de una observación accidental, que de la meditación y del estudio científico. La brújula guiaba á los navegantes con desconfianza, á la vista de las costas; porque todavía ignoraban los fenómenos y propiedades del magnetismo y las variaciones é inclinaciones de la aguja. La artillería era embarazosa y de mucho coste; porque ni se sabian los principios químicos para la oportuna elaboración de los mixtos, ni las matemáticas habian hecho útiles aplicaciones á las curvas que describen los cuerpos arrojados. Los instrumentos de reflexión dependientes de los progresos de la óptica eran desconocidos para las observaciones astronómicas: ni las tablas de los movimientos celestes podian asegurar los elementos de la latitud y longitud, para conocer aproximadamente el punto de la nave: fué necesario que estas ciencias caminasen más á su perfección, para prestar estos auxilios á los navegantes. ¿Y de cuántos otros no privaba entonces á la arquitectura naval y á la maniobra, el atraso de la mecánica, de la hidrostática y de la física? (2)»

Tal es el estado de los conocimientos geográficos y náuticos al finalizar el siglo XV. Excasos como eran los recursos de que disponian los marinos de aquella época, no les arredraron sin embargo los azares á que se exponian en una tan larga navegación. Y á pesar de que á tan insuficientes medios añadiase en su contra la preocupación de las gentes por la suerte incierta que ofrecían tales viajes, lanzáronse á surcar las aguas de aquel Océano denominado *tenebroso*, hasta descubrir y conquistar las dos Indias; descubrimientos y conquistas estas que por admirable coincidencia realizaron casi á la par dos naciones hermanas, el reducido reino de Portugal y la pujante monarquia española.

Hora es ya de que les consagramos algunos párrafos.

II

Enrique III fué el primer rey de Castilla que trató de fomentar la marina y el comercio nacional. No era su pueblo muy dado á la marina, pues para todas sus empresas hubo de recurrir á las naciones en que estaba más pujante, tales como Aragón, Génova y Venecia, y así lo acreditan los nombres de Bocanegra, Zacharias y los Moncadas, de que se hace mención al hablar de sus empresas marítimas. Sin embargo, después de la conquista de Sevilla, á cuya ciudad fueron á es-

Juan Bueno *el mejor marinero de galeras, é más cierto de toda España*, va haciendo escala en Coria, Sanlúcar, Cádiz, Sancti-Petri, Tarifa, Algeciras, Almuñécar, Málaga y Aquilas.

»Los embajadores enviados por Enrique III de Castilla al gran Tamorlán, y el que de parte de este soberano habia venido á España, que verifican su viaje trasportados por marinos del Puerto de Santa María, apenas se separan de la costa: la siguen con tanta aproximidad y con tan frecuentes escalas, que describen algunos pueblos con la misma detención que si viajasen por tierra. A la vista de Tarifa, Ximena, Algeciras, Gibraltar, Marbella, Málaga, Almuñécar, etc., siguen hasta el cabo Martin, y atravesando desde él á las islas de Ibiza y Formentera, se detiene en aquélla. Avistan también á Mallorca y Menorca, pasan el frente de las bocas de Bonifacio, entre las islas de Córcega y Cerdeña; siguen la costa romana y la de Nápoles, atraviesan el Adriático hasta la tierra firme de Corón, se detienen en Rodas, y continuan del mismo modo á otras islas y puertos de Grecia y del Archipiélago hasta Constantinopla; dando á conocer en varias circunstancias sus escasos conocimientos en la física y su poca práctica y experiencia en navegaciones de este género.»

(1) En la *Colección de viajes y descubrimientos* hallamos á este propósito la siguiente interesante nota: «Trata Barros en su *Década* 1.ª, lib. 4, cap. 2, del modo de navegar que tenian los portugueses en los primeros años de sus descubrimientos, siguiendo siempre la dirección de la costa de Africa, que nunca perdian de vista, y de la necesidad en que alguna vez se vieron de abandonarla, engolfándose en el mar; por cuya razón pensaron en aplicar las observaciones astronómicas para corregir los errores de la estima. Con este objeto el rey D. Juan II formó una junta de matemáticos, compuesta de sus dos médicos, Maestre Rodrigo y Maestre Josef, judío, y de Martin de Behem, que establecieron el método de navegar por la altura del sol, y formaron los tablas de su declinación. Este hecho indudable, apoyado por los historiadores más exactos, demuestra que no fué Colón quien inventó la aplicación ó uso del astrolabio en el mar.»

(2) *Disertación sobre la Historia de la Náutica.*

tablecerse comerciantes y marinos genoveses y catalanes, contó con un centro importante para organizar sus flotas; y las acertadas medidas del citado rey contribuyeron desde luego á la pujanza de su poder marítimo, competidor del de Portugal, que quebrantó el almirante de Castilla don Diego Mendoza, y victorioso de los moros y de los ingleses, gracias á la pericia de D. Pedro Niño. Las costas de África, bañadas por el Mediterráneo, habían sido hasta aquí testigo de estas excursiones; pero en este reinado llevaron más allá nuestros marinos sus empresas y después de cruzar el Estrecho y penetrar en el Océano, el mar en que ya había flotado victoriosa su bandera desde el cabo de San Vicente hasta el canal de la Mancha, dirigieron el rumbo de sus embarcaciones á las islas Canarias. Esta expedición se componía de cinco navíos tripulados por vizcaínos y andaluces, y después de reconocer la costa africana y las islas Canarias, Hierro, Gomera, Fuerteventura y Tenerife, anclaron frente á Lanzarote, en la que saquearon las poblaciones, hicieron cautivos y se apoderaron de buen número de objetos con los que regresaron á su patria. Esta, como muchas de las excursiones siguientes, tenía por principal objeto el lucro, y fué por lo tanto poco fecunda en resultados positivos para la ciencia. Un aventurero normando, Juan de Betancourt, arribó pocos años después á las Canarias y es un hecho que prestó homenaje á los monarcas de Castilla, cuyo auxilio invocó. Pero Betancourt no se limitó á dominar en las Canarias: antes de concluir su conquista lanzóse á explorar la costa en dirección Sud, recorriendo en un buque tripulado por quince hombres, desde el Cabo de Cantín hasta poco más allá del Bojador. Esta parte de la costa se dice que había sido visitada por marinos normandos y genoveses; pero lo cierto y positivo es que lo fué por los catalanes. «La antigua tradición de la forma peninsular del África, dice Vivien, no se había extinguido por completo en las escuelas de Italia; era una opinión comunmente admitida, bien que no se fundara sobre hecho alguno auténtico, el que los buques pudiesen llegar á la India pasando por el estrecho de Ceuta (hoy de Gibraltar).» Se conciben, pues, las distintas expediciones efectuadas, algunas de ellas llevadas á cabo por marinos ignorantes aun de las que antes se habían realizado y que daban cuenta de la existencia de determinadas islas y partes de la costa, produciendo esto alguna confusión en las noticias históricas. A fines del siglo XIII (1291) menciónase la expedición de los genoveses con objeto de costear el Africa por el Oeste para encontrar la ruta de las Indias: componíase de dos galeras fletadas á costa de algunos ciudadanos á cuyo frente aparecen un Doria y los hermanos Vivaldi, de cuyas dos galeras, una tocó en los arrecifes de la costa de Marruecos y se vió obligada á regresar y la otra se perdió en la embocadura de un gran río que se cree el Senegal. En el siglo XIV asegúrase que algunos aventureros normandos habían visitado la costa de Guinea, y que en 1364 se fundó allí una factoría, *Le Petit Dieppe*, á mitad de camino entre Sierra Leona y el cabo de las Palmas. Pero lo que sí consta positivamente por el *Atlas Catalán* es que en 1346 el mallorquín Jaime Ferrer siguió la costa occidental de Africa, más allá de las islas Canarias, hasta la embocadura del río de Oro, *riu del Or*. Así se lee en una de las hojas de dicho pergamino, en el que casi á los 11° de su latitud se ve un uxer con la proa hacia la costa, debajo del cual aparece la inscripción lemosina que más arriba hemos citado y que traducida al castellano es como sigue: *Partió el ujer de Jaime Ferrer para el río de Oro, el día de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1346*. «Hallaron, pues, ya los marinos de Dieppe, dice á este propósito el doctor Villanueva, surcado aquel Océano antes que ellos emprendiesen su primera expedición en 1365; en la cual, si pasaron el trópico, no hay motivo para creer que fueren ellos los primeros; porque si 19 años antes ya hubo quien saliese determinadamente de Mallorca con dirección al río del Oro, que sólo distaba de 10° á 12° de dicho trópico, bien claro se deja á entender que aquellas costas estaban descubiertas, y aun sus mares conocidos y navegados por otros mallorquines que llevaron la noticia á sus paisanos y les estimularon á aquella empresa; y no sería extraño que éstos en sus correrías hubiesen también pasado el trópico, aunque no hubieren podido demarcar las costas más que hasta donde dije. Y si los de Dieppe pasaron el trópico y tremolaron su pabellón en las costas meridionales de Africa en 1365 ¿cómo es que en esta carta hidrográfica construída 48 años después no se demarcan estas costas que se suponen ya descubiertas y desconocidas? ¿Cómo es que tampoco se hallaban en la carta del mallorquín Vallseca, formado en 1439,

E. Ullastres, Editor

Tip. Academia

FRAGMENTO DE UN ATLAS CATALÁN DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XV

74 años después de esa expedición francesa? ¿Será posible que se ignorase esta en Mallorca que era en aquella época el centro de la marina mercante de toda Europa? Porque es de saber que antes de que se descubriese el cabo de Buena Esperanza todas las naciones hacían el comercio de Levante por el Mediterráneo; la isla de Mallorca, por su ventajosa posición vino á ser el depósito y mercado general de las drogas y géneros que se sacaban de Asia por Alejandría. Así es que aquella isla tenía antes del siglo XIV consulados establecidos y reglamentados, y casas públicas de contratación (que llamaban *llotjas* ó *lonjas*), de venecianos, genoveses, pisanos, castellanos, franceses y de otras naciones, como lo acreditan los documentos que quedan en sus archivos de la bailía y de la ciudad de Palma, y los mismos edificios que aun se conservan en todo ó en parte. Tan grande debía ser la concurrencia de buques, de mercaderes y de mercaderías. En este estado no se hace creible que se ignorase allí nada de lo que la hidrografía iba poco á poco adelantando y que tanto podía interesar al comercio general. Así que, sin defraudar en nada la gloria de los marinos de Dieppe, pudo suceder muy bien que el que escribió sus empresas náuticas, padeciese alguna equivocación en la época de ellas.»

Pero si la marina catalana por entonces muy pujante intentaba empresas tan arriesgadas entonces como la de costear el Africa, los marinos andaluces y cántabros atrevíanse también á desafiar la furia del Océano. Las costas andaluzas desde Sevilla á Cádiz contaban algunas poblaciones, como Palos, Huelva y Lepe en las que residían gente marinera, pilotos, armadores y ricos vecinos, dispuestos á utilizar las nuevas vías abiertas al comercio y á correr los azares que ofrecía una larga navegación; y aunque se deseche como fábula la efectuada por el piloto Alonso Sánchez (1), segun referencia de Las Casas sábese que Colón tuvo indicios de tierras al Occidente, entre otros, por un marino de Palos que anduvo desde el Fayal ciento cincuenta leguas por la mar y descubrió de regreso la isla de Flores; y por otro de Santa María que le refirió un viaje hecho á Islandia, en cuyo viaje, desviadas las naves de su derrota, avistaron á Terranova que imaginaron era la Tartaria. Ello es que los vascos atribuyen á Juan Echaide el descubrimiento de los bancos que llevan aquel nombre, mucho antes de que Colón emprendiera su primer viaje consignando Casas que dos hermanos llamados Cotareal se perdieron uno tras otro al ir á reconocer las citadas tierras. Y concuerdan con lo manifestado acerca de los indicios que Colón tuvo de la existencia de tierras al Occidente, autores italianos coetáneos de aquel hombre ilustre.

(1) Los autores que han difundido la noticia de que este piloto de Huelva, navegando para las Canarias por los años 1484, fué arrojado por una tormenta á la isla de Santo Domingo y volviendo á la Tercera comunicó á Colón su viaje y derrotero, la tomaron del inca Garcilaso, quien la *oyó contar á su padre;* pero la lectura de las citas de aquellos, que como á curiosidad continuamos, la opinión de escritores tan sensatos como Oviedo y el testimonio de los Reyes Católicos no permiten dudar acerca de la primacía en la idea de que ha querido despojarse á Colón.

Refiriéndose á otra obra que llama *Noticias adquiridas*, dice el Dr. Ceballos en su dictamen sobre la *Huelva ilustrada* de Juan Agustín Mora: «El inca Garcilaso de la Vega, natural de Cuzco, y capitán de S. M., en su obra *Primera parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Incas*, etc., impresa en Lisboa en 1609 libro I, cap. III, lo titula así: «Como se descubrió el Nuevo Mundo.» Y en sustancia, afirma que fué Alonso Sánchez de Huelva, que después de la tormenta volvió á la isla Tercera, se entiende de las Canarias; y que todo esto lo dijo á su padre y á sus compañeros en su tierra, que alcanzaron *á muchos de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo que en aquellos tiempos era la mayor y más ordinaria conversación:* y nota que Gómara no especificó al piloto, porque su historia la formó de las noticias de los *yentes* y *vinientes* á las Indias: y que el P. Acosta no lo nombró por haberse acabado los conquistadores. Y á la vuelta del capitulo, dice: *Este fué el primer principio y origen del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la cual grandeza podrá loarse la pequeña villa de Huelva que tal hijo crió, de cuya relación, certificado Cristóbal Colón, insistió tanto en su demanda*, etc. Este texto no ha sido observado por nuestros autores; en cuanto á lo que decía el inca, lo afirmaba por haberlo oído decir á su padre y contemporáneos.»

El Dr. D. Bernardo Aldrete, natural de Málaga y canónigo de Córdoba, en su obra *Varias antigüedades de España*, etc., impresa en Amberes en 1614, en el lib. IV, cap. XXII, página 567, hablando de los descubridores de las Indias, dice así: *Siendo cierto que el primero que dió noticia á Cristóbal Colón del Nuevo Mundo, fué Alfonso Sánchez de Huelva, marinero natural de Huelva*, etc., cita al inca, y acaba: *Fué esto más notorio y sabido en toda la Andalucía, que debiera haberse dejado escribir por nuestros historiadores*, etc. Aldrete habia de haber expresado que el inca lo dijo por habérselo oido á su padre que sirvió á los Reyes Católicos, y á los contemporáneos de los primeros descubridores y conquistadores.

Caro, natural de Utrera, en las *Antigüedades*, lib. III, cap. LXXVI, fol. 207 á la vuelta, refiere que Juan Sánchez de Huelva descubrió las Indias á Colón, y cuenta el caso como se dice, sin expresar de donde lo tomó.

Solorzano, en su *Judiarum Jure*, tomo I, lib. I, cap. V, donde trata del descubridor y marinero que instruyó á Colón, afirmó que no sabe con qué fundamento se dijo que era el piloto de Huelva.

Por último el citado Juan Mora limítase á reproducir unos párrafos de la obra escrita por el comendador Pizarro en 1630 no más dignos de crédito que los anteriores.

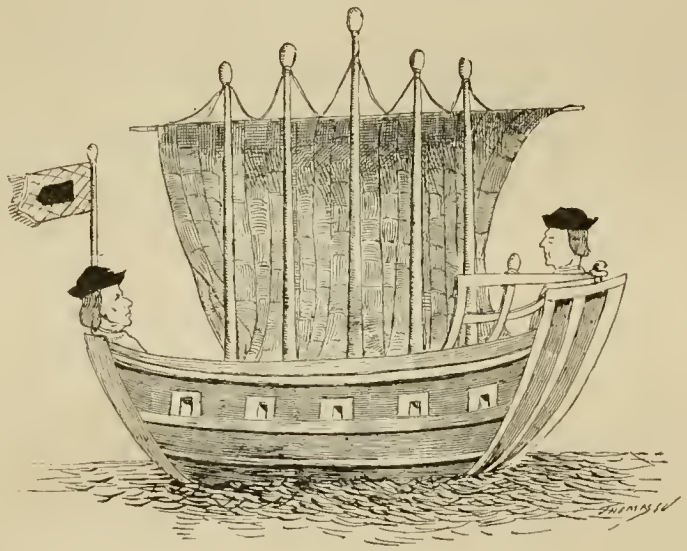
Según se vé, fueron sólo conatos de exploración estos viajes de los españoles en busca de nuevas tierras, conatos qne sólo pasaron á convertirse en empresa positiva y en admirable realidad cuando Colón condujo á través del Océano sus carabelas. Mas este camino que el inmortal navegante buscaba por el Occidente, los portugueses trataban de encontrarlo á su vez costeando el Africa y doblando su cabo Meridional, empresa esta que si bien no se nos presenta con la grandiosidad que la de Colón, basta por sí sola á inmortalizar el nombre del infante D. Enrique que la apadrinaba y el de los navegantes que la realizaron.

La nación portuguesa, nación de reducido territorio enclavado en un extremo de Europa, después de haber arrojado de su territorio á los moros, mucho antes que los españoles reconquistaran el suyo, se atrevía á organizar expediciones militares á principios del siglo xv (1415) con las que arrebataba á los soberanos merinitas de Marruecos las plazas de Ceuta, Tánger y otras vecinas al Estrecho: allí ejercitaba el esfuerzo de sus soldados; mas á la par que daba muestra de su vitalidad, los mismos elementos allegados para tales empresas, en las que no cabía escasa parte á la marina, iban á facilitar otro género de conquistas en ese mismo continente africano. Había batallado en él como buen soldado un hijo del monarca D. Juan I que tomó parte en la expedición contra Tánger, el infante D. Enrique, y este joven á quien debía ser deudora la civilización de grandes adquisiciones, trocando la espada por los libros iba á organizar las exploraciones á las costas occidentales de aquel continente. Retirado en Sagres, pueblo de la costa inmediato al cabo de San Vicente, el infante reunió junto á sí los hombres más competentes en marina de su reino y de los vecinos, sabios judíos y moros, cosmógrafos mallorquines y pilotos experimentados, con los que discutía sus planes inspirados en el estudio de las obras de los antiguos viajeros y en las relaciones recientes, y de acuerdo con los cuales combinaba un plan positivo de descubrimientos, cuyo principal objetivo era franquear el cabo Bojador é ir avanzando en dirección Sud por la costa. Grande era la repugnancia que debía vencer, pues los conocimientos que se tenían de aquellas regiones se limitaban á los inmediatos archipiélagos, frecuentados ya por normandos y castellanos y que aparecen en una carta italiana de 1351; pero además de esto, tenía que sostener competencia con los castellanos en aquellas costas é islas. Castilla había tomado ya posesión de las Canarias en 1345 y Betencourt las ocupaba como feudatario de esta monarquía en 1402 La posesión de estas islas era estimada como una base magnífica para el adelantamiento de los descubrimientos en aquellas costas y esto dió lugar á repetidas instancias de D. Enrique al rey D. Juan II de Castilla para que le hiciese merced de las de Gomera y del Hierro; sin embargo el rey no accedió, y los castellanos que desde fines del siglo xiv frecuentaban la tierra de Guinea y sostenían el comercio con sus naturales, tuvieron que luchar con los portugueses que se habían entrometido en su navegación y tráfico, siendo así «que los Reyes de España tuvieron siempre la conquista de Africa y Guinea, y llevaron el quinto de cuantas mercaderías en aquellas partes se resgataban (1),» pues las habían descubierto sus vasallos mucho antes que los portugueses. Esto dió lugar por espacio de más de medio siglo á grandes reyertas y hostilidades, pues no sólo intentaban los portugueses, desde que fundaron en las costas de Africa sus establecimientos, disputar á Castilla la posesión de las Canarias, sinó su comercio con los países de las citadas costas. A estas hostilidades puso término la paz celebrada en 1479 y desde aquel momento las carabelas castellanas efectuaron sus viajes hasta la Mina del Oro y costa de Guinea, con el seguro de los Reyes de Portugal.

Pero en este largo intervalo de tiempo, que en Castilla ocupan tres distintos reinados, (Juan II, Enrique IV é Isabel I), los portugueses han realizado parte de sus empresas. Comienzan estas expediciones en 1415, y en 1419 el estandarte lusitano tremola sesenta leguas más allá del cabo Non, frontero unas veinticuatro leguas de Lanzarote. En 1420 González de Zarco arriba á la isla de Puerto Santo y avista la de Madera, y á esta expedición sigue la que descubrió el cabo Bojador, gran promontorio situado casi á la vista de las Canarias que fué por espacio de algunos años el límite de las exploraciones. Este límite lo franqueó Gil Eannes, marino de Lagos, en 1433, y en 1434 llegaba el mismo Eannes 24 leguas más allá, hasta la entrada de una bahía señalada en las

(1) Provisión expedida en Valladolid en 19 Agosto 1475 por los Reyes Católicos.

cartas con el nombre de *río de Oro*. Nuño Tristán y Antón González conseguían en 1441 avanzar respectivamente hasta el cabo Blanco y el puerto del Caballero, y prosiguiendo su viaje en 1443, llegaban hasta Sierra Leona, descubriendo á su paso varias islas situadas en la bahía de Argim que oculta el cabo. En 1444 constituyóse en Lagos, pueblecillo inmediato á Sagres, una sociedad con objeto de dar nuevo vuelo al comercio, y á sus expensas se organizó una flotilla de diez carabelas cuyo mando se dió á Gil Eannes, quien tan sólo llegó hasta la bahia de Argim. Al río Gambia alcanzó la expedición que bajo auspicios de D. Enrique emprendieron en 1444 Cadamosto y Nole, quienes al año siguiente continuaron sus descubrimientos hasta cabo Bermejo. Este viaje se ha hecho célebre por haber escrito el primero de aquellos navegantes la relación del mismo, que abunda en interesantisimos detalles. En 1446 Nuño Tristán vió el estuario del Senegal, y dejando



Embarcación copiada del *Altas catalán*

atrás este rio llegó hasta el cabo Verde, promontorio cubierto de bosques y que es la punta más occidental del continente africano; el mismo descubrió la bahia en que desemboca el río Grande y penetró en este rio en el que fué muerto por los indigenas. Más afortunado Alvaro Fernández llega 100 leguas más allá del cabo Verde, á la boca de un río que denominó Tabite, y 22 leguas más allá del rio Grande. Por manera que gracias á la protección del infante D. Enrique los portugueses habían descubierto ya, bien que en un intervalo no corto de tiempo, la costa africana desde el cabo Bojador hasta Sierra Leona. El reconocimiento y población de la isla Tercera en 1445, contribuyó á ensanchar más y más su esfera de acción en estos mares. Empero, la lentitud con que se llevaban á efecto estos descubrimientos, se explica teniendo en cuenta que los expedicionarios una vez llegados á un punto notable, situado más allá del que había divisado la exploración precedente, regresaban invariablemente á Portugal á dar de ello cuenta al principe y á recibir sus instrucciones. Así que, el progreso era muy lento, y una sola expedición que decididamente hubiera intentado llevar á cabo un reconocimiento formal (no diremos total), con seguridad hubiera dado resultados inmediatos, resultados que hubieran anticipado de muchos años el descubrimiento de Gama.

El año de 1463 moría el insigne D. Enrique á la edad de 68 años, (de los que llevaba 48 consagrados por completo á las empresas marítimas); y un año después que Pedro de Cintra y Suero de Costa llegaban más allá de Sierra Leona, hasta el cabo Mesurado (6° latitud). En las exploraciones

efectuadas en su vida y que duraron casi medio siglo los portugueses habían descubierto la tercera parte de la costa africana hasta el gran cabo del Sud, al que sólo llegaron después de 23 años de esfuerzos repetidos. Pero el espíritu que impulsaba estas empresa, no se extinguió con la vida de aquel á quien conoce la historia con el dictado de *Navegante*.

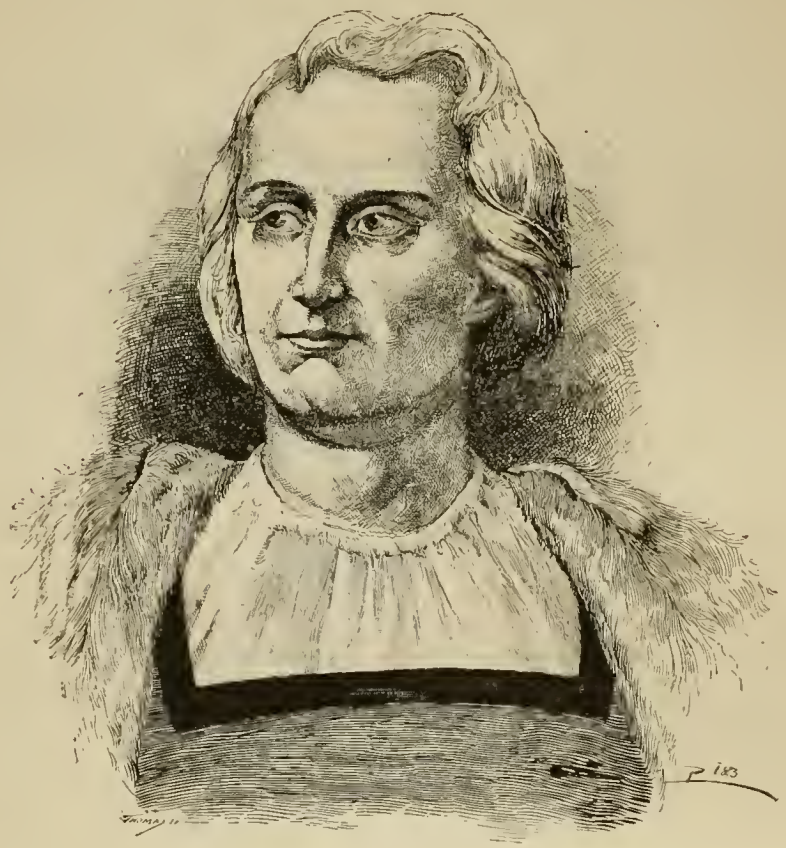
Se reanudaron las expediciones en 1471. En este año fué reconocida toda la costa de Guinea hasta el golfo de Benín, y los mismos navegantes que iban al frente de esta expedición, Juan de Santarem y Pedro de Escalona, llegaron en 1472 más allá de Gabón hasta el cabo de Santa Catalina, franqueándose entonces por primera vez la línea ecuatorial y flotando desde aquel instante el pabellón portugués en un nuevo hemisferio. En los dos años últimamente citados se descubrieron las islas diseminados en el golfo de Guinea, cuyas riquezas entretuvieron el afán de los portugueses por espacio de trece años. Diego Cam adelantó hasta el río Zaire en 1484 y dos años después Alfonso de Aveiro descubrió el reino de Benín, acontecimiento este que fué en gran manera importante, no sólo por las noticias que adquirieron acerca de los países del interior, sino por las esperanzas que hiciera concebir de hallar el tan deseado camino de la India.

«Familiarizados con los mares africanos por una práctica de tres cuartos de siglo, los portugueses no temían ya proseguir sus exploraciones. Estas se efectuaban desde entonces en condiciones especiales. Diego Cam tenía á su lado como cosmógrafo un alemán, Martín Behaim, que se enorgullecía de haber contado por maestro al más eminente matemático de su tiempo, Regiomontanus, y que como tantos otros, había abandonado su país para dar en Portugal empleo á sus talentos. De regreso á Nuremberg, su patria, en 1492, Behaim construyó un globo terráqueo que aun se conserva como precioso depósito y que ha hecho célebre su nombre. Léese en un punto de su superficie éstas palabras: «Es preciso que sepáis que esta figura del globo representaba la magnitud de la tierra, lo mismo en longitud que en latitud, medida geométricamente según lo que Tolomeo dice en su libro *Cosmagraphia;* es á saber, una parte, y seguidamente el resto según el caballero veneciano Marco Paulo que viajó por Oriente en 1250; y también según lo que dijo el respetable doctor y caballero Juan de Mandeville en 1322, en un libro sobre los países desconocidos á Tolomeo en Oriente, con todas las islas inmediatas y de las que nos vienen la especería y piedras preciosas. Pero el ilustre D. Juan, rey de Portugal, ha hecho visitar por sus barcos en 1485, todo lo que resta de la parte del globo hacia el Mediodía, que Tolomeo no llegó á conocer, descubrimiento en el cual, yo que hice este globo, me encontré. Hacia el Poniente se encuentra la mar llamada el Océano, por la qùe se ha navegado mucho más lejos que no indica Tolomeo y más allá de las columnas de Hércules hasta las islas Azores, Fayal y Pico, que están habitadas por el noble y piadoso caballero Job de Huertes de Mœrkirchen, mi suegro, que vive allí con los colonos que ha conducido desde Flandes y que las posee y gobierna. Hacia la región tenebrosa del Norte, se encuentran, más allá de los límites indicados por Tolomeo, la Islandia, la Noruega y la Rusia, países que nos son hoy día conocidos y hacia los cuales se envían cada año barcos, por más que el vulgo sea tan ignorante que crea que la forma y la construcción del globo terrestre no permiten ir allí y navegar por todas partes.»

»Cerca de las islas del Príncipe, de Santo Thomas y de San Martín, en el golfo de Benín, se lee: «Estas islas fueron descubiertas por los barcos que el rey de Portugal envió hacia estos puertos del país de los Moros el año 1484. Estaban desiertas y no encontramos hombre alguno en ellas; sólo bosques y aves. El rey de Portugal manda á ellas anualmente aquellos de sus súbditos que han merecido la muerte, así hombres como mujeres, y les da tierras para cultivar y mantenerse, con objeto de que estos países estén poblados por portugueses.»

»Por último, encima del cabo de Buena Esperanza, se ve esta otra leyenda que compendía la expedición de 1484, de la que formó parte Martín Behaim: «El año 1484, después que nació J. C., el ilustre D. Juan, rey de Portugal, hizo equipar dos barcos de los llamados carabelas, provistos de hombres y con armas y víveres para tres años. Ordenóse á las tripulaciones navegar más allá de las columnas que levantó Hércules en Africa, siempre hacia el Mediodía y en dirección de los lugares en los que se levanta el sol, tan lejos como fuera posible, y el citado rey cargó también

á estos buques con toda clase de mercaderías, para que fuesen vendidas y dadas á cambio, lo propio que 18 caballos con todos sus hermosos arneses, los que fueron colocados en los barcos para hacer de ellos presente á los reyes moros, uno para cada rey, cuando lo juzgáramos conveniente. También nos dió muestras de toda clase de especias para enseñarlas á los moros, con objeto de darles á conocer lo que íbamos á buscar en su país. Equipados de esta suerte, salimos del puerto



Cristòbal Colon

de Lisboa y nos hicimos á la vela para la isla de Madera, en la que se cultiva el azúcar de Portugal; y después de haber doblado las islas Afortunadas y las islas salvajes de Canarias, encontramos los monarcas moros á quienes hicimos presentes y los cuales también nos ofrecieron los suyos. Llegamos al país llamado reino de Gambía, en el que abunda la especeria; dista 800 leguas alemanas de Portugal. Después pasamos al país del rey de Furfur, que se halla á 1,200 leguas de aquel reino y en el que se cultiva la pimienta que llamamos portuguesa. Más lejos aún, se encuentra un país en que hallamos canela. Encontrándonos entonces á 2,300 leguas de Portugal, regresamos, y á los diez y nueve meses de nuestra partida estuvimos junto á nuestro rey (1).»

Estas curiosísimas noticias dan perfecta idea de los progresos de la náutica y de la geografía antes de los descubrimientos de Gama. Acercábase empero el anhelado momento de salvar la extremidad probable del continente africano; y á medida que se creia esto más fácil, aumentaban la

(1) *Hist. de la Géographie et des découvertes géographiques,* par Vivien de Saint-Martin.

actividad y la impaciencia. De regreso de su expedición Cam y Behaim, lanzóse Bartolomé Díaz á la mar con tres bastimentos á fines de Agosto de 1486; llegado á 120 leguas portuguesas, ó sean 360 millas del punto en que se había detenido el último explorador, erigió en la costa una de aquellas columnas en que se grababan las armas de Portugal y que simbolizaban la toma de posesión en nombre del Rey. Diaz trató seguidamente de apartarse de la tierra, perdió de vista la costa, y cuando dirigió de nuevo á ella su rumbo habia dejado muy atrás la punta extrema del continente, hallándose situada la parte de la costa en que desembarcó 40 leguas al Norte del famoso cabo. Al emprender su regreso fué cuando Diaz vió dibujarse imponente el citado promontorio que forma la punta austral del Africa. Una tempestad que se desencadenó en aquel momento dió lugar á que le bautizara con el nombre de cabo de las Tormentas; pero D. Juan II de Portugal no aceptó el nombre. «Este cabo nos abre el camino del Africa, dijo; que se le llame, pues, cabo de *Buena Esperanza*.» Y sus contemporáneos confirmaron tal nombre.

Pertenece, pues, de hecho, como se vé, la gloria de los descubrimientos por el exterior y aun por el interior del continente africano á la nación portuguesa; porque mientras tales acontecimientos se realizaban en su costa Occidental, dos exploradores portugueses Paiva y Covilham iban á intentar el descubrimiento de su costa oriental: el primero halló la muerte en Etiopía: el segundo visitó la India, llegó en Africa hasta las inmediaciones de Mozambique, pasó á Egipto y penetró en Abisinia donde falleció en 1515. Las noticias que adquirió en sus viajes comunicólas al capellán del rey, Alvarez, y con ellas compuso éste una historia de las *Cosas de Etiopia*, citada por Barros en sus famosas *Décadas*.

El éxito conseguido por los portugueses en estas expediciones, las nuevas noticias adquiridas, el vuelo que tomaban los estudios, debían producir extraordinaria fermentación en las inteligencias y desusada actividad, cuyo principal móvil era el lucro. El afán de los descubrimientos y el logro de riquezas, un impulso que partía de la ciencia y otro de la especulación; hé aquí los dos aspectos que caracterizan este movimiento. Demostrada la esfericidad de la tierra, es de suponer que no dejaran de interrogarse los navegantes y los hombres estudiosos acerca de la posibilidad de hallar otro camino hácia el Oeste para la India. En realidad lo que se buscaba era hallar el camino más corto entre Europa y Asia, sin suponer la existencia de ese magnífico continente que se llamó América. Un error en la apreciación de distancia, que hizo presumir corto este camino, impulsó á los marineros á tan arriesgada travesía; y vino á confirmarles en tal suposición el haber hallado un piloto portugués á unas 450 leguas del cabo de San Vicente un trozo de madera esculturada; y unos pescadores en las inmediaciones de Madera largos bambúes y un tronco esculpido también. No debia, pues, hallarse muy distante el Asia; y esto impulsó con desconocida fuerza á las imaginaciones é indujo á buscar á todo trance la nueva ruta.

En la inteligencia de Cristóbal Colón debían condensarse todas las ideas emitidas á este propósito, todos los sistemas conocidos, todas las doctrinas esparcidas por sus contemporáneos. Hijo de padres de condición humilde, pero que se consagraron cuidadosísimamente á su educación, Colón adquirió en sus mocedades una instrucción bastante sólida y completa; y así, cuando se lanzó á la vida de navegante, concurrían en él grandes circunstancias para llegar á ser excelente y experimentado marino. Remitimos al lector á su biografía para cuanto concierne á sus viajes y al mando que desempeñó en 1474 cuando las guerras que sostuvo su patria con los venecianos. Su casamiento con la hija del capitán Palastrello, hombre muy dado á estudios geográficos y que en sus viajes había tocado en las islas de Puerto Santo y Madera, y las nuevas tareas á que se consagró para procurarse la subsistencia en Lisboa, sin duda contribuyeron á que germinara en él la idea relativa á la ruta del Oeste. Sostenía á la sazón correspondencia con el astrónomo Toscanelli (1) y con Behaim, y sus estu-

(1) Altamente interesantes son las siguientes cartas escritas por el célebre astrónomo italiano á Cristóbal Colón, pues en ellas se ponen de manifiesto las ideas sustentadas por ambos á propósito de la navegación á Occidente.

En 25 de Junio de 1474 escribe Toscanelli á Colón lo siguiente: «Veo el noble y gran deseo vuestro de querer pasar adonde nacen las especerias, por lo cual en respuesta de vuestra carta os envio la copia de otra que escrioi algunos dias há á un amigo mio, doméstico del Serenisimo Rey de Portugal, antes de las guerras de Castilla, en respuesta de otra que me escribió de orden de su Alteza sobre el caso referido; y os envio otra carta de marear semejante á la que yo le envié, con las cuales queda satisfecho lo que pedis.»

dios y sus trabajos habituales en la composición de globos terrestres, mapas y planos náuticos, contribuirian no poco á confirmarle en su atrevida empresa. Pero no era dable realizar tan colosal idea, á un hombre sólo; pues para ello se necesitaba contar con un concurso de elementos que sólo podía reunir á la sazón uno de los Estados europeos. Colón recurrió ante todo á sus compatriotas los genoveses y más tarde á los venecianos, pero ni Génova ni Venecia estaban animadas de esos sentimientos que secundan empresas gloriosas mientras aparezcan como probables. Se presentó luego al monarca D. Juan II de Portugal, y cometió este la indignidad de mandar un buque por el camino que Colón le indicara, mientras le retenía con halagüeñas promesas en Lisboa; pero, las tempestades y la impericia de sus pilotos no permitieron que el monarca portugués arrebatara al modesto marino la gloria del futuro descubrimiento. Por fin en 1485 el infortunado Colón pisaba pobre y desalentado, sin otra acompañia que la de su hijo Diego, la tierra de España y hallaba hospitalario asilo en un convento á cuyas puertas llamó implorando una limosna. ¡Triste odisea del genio!

Carabela portuguesa (*Carta* de Juan de la Cosa)

Allí un monje, cuyo nombre conserva con respeto la historia, Juan Perez de Marchena, apadrinó sus planes y dióle cartas de recomendación para la corte. Pero chocaba la empresa con dos dificultades: la monarquía estaba aún en guerra con los moriscos y las doctrinas sustentadas por Colón se hallaban en contradicción abierta con el texto bíblico. Rechazólas una junta de doctores y prelados que reunió en Córdoba por mandato de los Reyes el prior del Prado Fray Hernando de Talavera y las declaró «impracticables y quiméricas,» pero en las conferencias celebradas en Salamanca en el invierno de 1486 á 87, conferencias que casi todos los historiadores, han confundido con aquella junta, fueron declaradas realizables. En tanto Bartolomé, otro de los hermanos de Colon, que marchara á Inglaterra para hacer ofertas en nombre de Cristóbal, parece que ni siquiera obtuvo contestación.

Contaba empero Colón con el apoyo de algunos hombres ilustres y no desistió de insistir cerca de los monarcas: la terminación de la guerra de Granada, el celo de la Reina por convertir á los habitantes de otro hemisferio y la ambición legítima del monarca, contribuyeron esta vez á que su plan fuera acogido y se firmara en Abril de 1492 un pacto entre el marino y los Reyes, en virtud del cual se le nombraba gran almirante y virey de cuantos países descubriera, dignidad transmisible á sus herederos y sucesores. Está probado que la Reina no vendió sus joyas para tal empresa; pues el rey D. Fernando, para atender á ella hizo un empréstito al banquero catalán Luis Santángel.

El 3 de Agosto de 1492 zarpaban del puerto de Palos tres carabelas, la *Santa Maria*, la *Pinta* y

En la copia á que alude, dice al canónigo de Lisboa, Fernando Martinez, lo siguiente: «Mucho me agrada saber la familiaridad que tenéis con el Serenisimo y Magnificentisimo Rey, y aunque yo he tratado otras muchas veces del brevisimo camino que hay de aqui á las Indias, donde nacen las especerias, por la via del mar, el cual tengo por más corto que el que hacéis á Guinea, ahora me decis que su Alteza quisiera alguna declaración ó demostración para que entienda y se pueda tomar este camino: por lo cual, sabiendo yo mostrársele con la esfera en la mano, haciéndole ver cómo está el mundo; sin embargo, he determinado para más facilidad y mayor inteligencia, mostrar el referido camino en una carta semejante á las de marear, y asi se la envío á su Majestad *hecha y pintada de mi mano*, en la cual va pintado todo el fin de Poniente, tomando desde Islandia al austro, hasta el fin de Guinea, con todas las islas que están situadas en este viaje, á cuya frente está pintado en derechura por Poniente, el principio de las Indias con las islas y lugares por donde podéis andar, y cuánto os podriais apartar del polo ártico por la linea equinocial, y por cuanto espacio; esto es, con cuántas leguas podriais llegar á aquellos lugares fertilisimos de especeria y piedras preciosas; y no os admiréis de que llame Poniente al pais en que nace la especeria, que comunmente se dice nacer en Levante, porque los que navegaren á Poniente siempre hallarán en Poniente los referidos lugares y los que fueren por tierra á Levante siempre hallarán en Levante los dichos lugares. Las líneas derechas que están á lo largo en dicha carta muestran la distancia que hay desde Poniente á Levante, las obliquas la que hay desde el Norte al Mediodia.»

Posterior á éstas, es otra carta en la que contestando á Colón, dice Toscanelli: «Alabo vuestro designio de navegar á Occidente; y estoy persuadido de que habréis visto por mi carta que el viaje que deseáis emprender no es tan difícil como se piensa; antes al contrario, la derrota es segura por los parajes que he señalado. Quedariais persuadido enteramente si hubieseis comunicado, como yo, muchas personas que han estado en estos paises.

El mapa á que alude Toscanelli es el que ha tratado de reconstruir Vivien de Saint Martin en el *Atlas* que acompaña á su obra: y por el interés científico que encierran hemos citado los anteriores fragmentos del célebre astrónomo.

la *Niña*, conduciendo á su bordo noventa hombres, á cuyo frente se hallaba el ínclito genovés. Esta reducida escuadra hizo rumbo hacia el Oeste, tocó en las Canarias, y se lanzó á través de las soledades del inexplorado Océano. Cerca de cuatrocientas leguas recorrieron aquellas naves antes de divisar la anhelada tierra; y fácil es darse cuenta de los temores, inquietudes y disgustos que en este periodo amargarían la existencia de Colón. El 16 de Setiembre apareció sobre las olas un montón de fucus, el 17 flotaban sobre el mar yerbas marinas, los siguientes días viéronse revolotear junto á las carabelas golondrinas de mar y otras aves marinas; el 11 de Octubre una caña verde, una rama de espino en flor, una tabla y una duela, no permitían dudar de la proximidad de la costa; y en efecto, al siguiente día, daba un marinero de la *Pinta* la voz de *¡Tierra!* Los nacientes rayos del sol iluminaban la primera isla del grupo de Bahama, mientras las tripulaciones hincadas de rodillas entonaban el sublime *Te Deum laudamus*, cántico solemne que en ninguna ocasión quizás se ha elevado al cielo de tan grandioso y poético modo.

Colón se aproximó á la isla, desembarcó en ella con su séquito, y, desplegadas al viento las banderas de la monarquía, tomó solemne posesión de la nueva tierra en nombre de los reyes, dió á los naturales curiosas baratijas y después de inquirir cuantos datos necesitaba, continuó su viaje, dando á la isla descubierta el nombre de San Salvador.

«Es preciso, dice al llegar á este punto uno de sus biógrafos, hacer una observación muy importante, porque así resulta del estado de los conocimientos geográficos de aquella época, y es que Colón creía haber llegado al Asia. Cipango es el nombre que da Marco Polo al Japón, y este error del Almirante, del que también participaban sus compañeros, necesitó muchos años para desvanecerse, así es, que como ya lo hemos dicho, el gran navegante, tras cuatro viajes sucesivos que hizo á las islas, murió sin saber que había descubierto un nuevo mundo. Está fuera de duda que los compañeros de Colón, y Colón mismo creyeron haber encontrado en 12 de Octubre de 1492 el Japón, la China ó las Indias. Así se explica que la América haya llevado por tanto tiempo el nombre de Indias occidentales, y el que á los naturales de aquel continente se les designe aún con el nombre genérico de indios, lo mismo en México, que en el Brasil y los Estados-Unidos.»

Colón costeó la isla de San Salvador con objeto de explorar su parte occidental y descubrió seguidamente las islas Isabela, Concepción, Fernandina y la magnífica Cuba, en la que admiraron las tripulaciones una vegetación exuberante y una admirable variedad de hermosas aves. Creyó entonces el insigne navegante haber pisado parte del continente que trataba de descubrir y dirigió en su consecuencia sus naves hacia el Este en 12 de Noviembre de 1492: exploró á Puerto-Príncipe, descubrió á Santo Domingo y pocos días después á la isla de Haiti, que denominó la Española. Aquí se detuvo y después de haber entablado relaciones con el cacique Guacanagari, estableció la primera colonia compuesta de treinta y ocho españoles, efectuado lo cual, el 3 de Enero de 1943, levó anclas para regresar á España. Una furiosa tempestad le sorprendió al regreso obligándole á buscar refugio en las Azores donde tuvo que hacer frente á las asechanzas de su gobernador, y otra tormenta le empujó hasta la desembocadura del Tajo, obligándole á penetrar en la rada de Lisboa, en cuya ciudad fué cordialmente recibido y aun instigado por D. Juan II para que abandonara el servicio de los monarcas castellanos. Por fin su carabela penetró después de tan repetidas vicisitudes en el puerto de Palos, y España entera pudo saludar agradecida al pobre visionario que en el breve espacio de siete meses la había conquistado un mundo.

Aquí precisa el consignar que Colón regresó á bordo de la *Niña*: la *Santa María* había encallado en las costas de Haiti, y la *Pinta*, mandada por el ambicioso Alonso Pinzón, que se había separado de la escuadra en el archipiélago de Nuestra Señora el día 21 de Noviembre, con objeto de ganar la delantera en el descubrimiento de la isla en que abundaba el oro, y que se había incorporado á la misma el 5 de Enero, separada de nuevo de la *Niña* durante el viaje de regreso, á causa del violento temporal, según unos desapareció para siempre, según otros tocó en las costas de Galicia, solicitando su capitán del rey, permiso para presentarse en la corte, permiso que le fué negado por D. Fernando. Colón marchó desde Palos en dirección á Barcelona donde á la sazón residía la corte; y allí en presencia de los monarcas, y rodeado de los grandes señores de ambos

E. Ullastres, Editor

T.p. Academia

EMBARQUE DE CRISTÓBAL COLON EN EL PUERTO DE PALOS

reinos, dió cuenta de su viaje y descubrimientos, presentando los diez indios y las muestras de oro que trajera consigo. Terminado su relato el concurso se hincó de rodillas entonando el sublime cántico con que el ejército cristiano saludó la toma de Granada y los marinos españoles la proximidad del nuevo continente.

Fácil es comprender la reacción que se produjo en el pueblo al ver confirmadas las promesas del ilustre genovés: el afán de pisar una tierra abundante en riqueza, el amor á las aventuras, la novedad y la codicia contribuyeron desde luego á favorecer la nueva expedición proyectada por el Almirante y para la cual fletaron los reyes tres navíos y catorce carabelas á bordo de las cuales iban 1,500 hombres, entre los que se contaban personas de calidad. Colón hizo embarcar también ganado, diferentes instrumentos, semillas y otros objetos de suma utilidad en las nuevas regiones. Empero, antes de que la flota se diera á la vela impetraron los reyes del papa Alejandro VI la sanción de sus conquistas y éste les confirmó en la posesión de las tierras ya descubiertas y que en adelante descubrieran en el Océano Occidental; mas con el objeto de evitar disensiones entre los portugueses y españoles, que á la par dilataban entonces sus dominios, definió más precisamente la concesión hecha á los últimos, adjudicándoles cuantas tierras pudieran descubrir al Occi-

Carabela (del *Dic del Marqués de la Victoria*).

dente y al Mediodía de una línea imaginaria tirada de polo á polo á distancia de cien leguas al Oeste de las islas Azores y Cabo Azores. El lector aficionado á los estudios geográficos hallará las interesantísimas cartas que mediarón á propósito de esta partición entre los Reyes Católicos y el famoso cosmógrafo catalán Jaime Ferrer en la *Colección de viajes y descubrimientos* del Sr. Fernández de Navarrete (1).

(1) Tomo I, págs. 111 á 120. Entre todas ellas merece preferente lugar la que va acompañada del documento: *Lo vot y parer de Mossen Jaume Ferrer acerca la capitulación feta entre los molts catholichs Reis y lo Rey de Portugal, en que se demostra cuant ere lo auctor granc cosmograph y mirablement practich en la mar;* documento este de grandísimo valor por las noticias relativas á comografía y náutica en que abunda.

En otra obra del insigne Fernández Navarrete, *Disertaciones sobre la historia de la náutica*, hallamos los siguientes interesantísimos párrafos, relativos á Ferrer:

«Por este tiempo vivia el cosmógrafo catalán Jaime Ferrer, á quien el gran cardenal de España, arzobispo de Toledo, D. Pedro González de Mendoza, gran privado de los Reyes Católicos, después de haber oido á Cristóbal Colón los admirables descubrimientos que hizo en su primer viaje, le escribió desde Barcelona á 26 de Agosto de 1493, como á su *especial amigo*, diciéndole que queriendo hablar con él algunas cosas importantes, le rogaba fuese á Barcelona y llevase el *Mapamundi* y otros instrumentos tocantes á cosmografía. Los mares y tierras que iban descubriéndose traían en agitación á la córte, especialmente por las pretensiones del Rey de Portugal; pero concluido el tratado de 7 de Junio de 1494 sobre la partición del Océano entre las dos potencias por medio de un meridiano ó línea de demarcación, que se colocó á 370 leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde, quisieron los Reyes Católicos informarse de Ferrer sobre el modo mejor de ejecutar esta partición, y les contestó desde Barcelona en 27 de Enero de 1495 enviándoles un Mapamundi donde estaba marcado con líneas coloradas y amarillas lo que, según aquel convenio debia pertenecer á cada una de las dos naciones, ofreciéndose á ir á sus expensas á servir á SS. AA. para llevar á efecto lo pactado. Los reyes le contestaron desde Madrid á 28 de Febrero manifestándose muy satisfechos de su exposición y mandándole ir á la corte inmediatamente. Acompañaba Ferrer su dictamen para poder fijar el meridiano, que debia ser el límite de los dominios de ambos reyes; y este asunto, tan complicado entonces por la falta de métodos de observar la longitud, le obligaba á proponer otros arbitrios ingeniosos y que acreditan los conocimientos cosmográficos y marineros de aquella edad. Proponia

El 25 de Setiembre de 1493 zarpaba la flota del puerto de Cádiz, y el 3 de Noviembre los marineros de la *Marigalante* daban la voz de *¡Tierra!* Descubrieron entonces tres islas á las que dieron el nombre de Dominica, Marigalante y Guadalupe, y, subiendo hacia el Norte, las que se denominaron sucesivamente Montserrat, Santa María la Redonda, San Martín y Santa Cruz. Los españoles desembarcaron en esta isla y por primera vez hubieron de luchar con los indígenas, gentes de índole bárbara y en extremo guerrera, y que según el cronista Pedro Mártir «eran tales que nadie podía mirarles sin horrorizarse.» Colón no quiso detenerse en estas islas y continuó su marcha hacia la Española descubriendo de paso un hermoso archipiélago al que dió el nombre de las Once mil Vírgenes, y seguidamente á San Juan ó Puerto Rico. El 12 de Noviembre arribaron por fin á la Española, y fácil es imaginar la emoción de los castellanos ansiosos de abrazar á los compatriotas que el Almirante dejara en la colonia. Un montón de ruinas era ya la fortaleza construída y ninguno de sus moradores existía para dar cuenta de la catástrofe de que fué teatro la colonia. ¿Qué había en realidad ocurrido durante la ausencia de Colón? Muy difícil averiguarlo. Según las explicaciones del cacique Guacanagari los colonos se habían atraído el odio de otros caciques, que asaltaron la fortaleza y les asesinaron, á pesar de cuantos esfuerzos hizo para defenderles; según lo más probable, Guacanagari mismo concluiría con ellos, pues así lo confirmó su pronta desaparición terminada la visita que hizo al Almirante.

No se desanimó éste ante el desastroso resultado de su primera tentativa de colonización; antes al contrario, dispuso se levantara una ciudad que denominó Isabela y dejando en ella de gobernador á su hermano Diego, penetró hasta el corazón de la rica provincia de Cibao, en la que construyó un fuerte, que guarneció con cincuenta y seis soldados. Pero su ausencia se dejó sentir en la Isabela, en la que los hetereogéneos elementos que componían la población, rotos los vínculos de la disciplina, daban á los naturales el triste ejemplo de la codicia y el desórden. Los orgullosos hijodalgos se negaban á trabajar, apoyábanles algunos frailes, y la falta de recursos y la fatiga comenzaban á causar efectos desastrosos en los soldados. Colón puso de nuevo en buen estado la colonia y volvió á emprender sus descubrimientos, tocando con su flota las costas de Jamaica y anclando después frente á Cuba; pero aquejado por una enfermedad vióse obligado á regresar á la Española, en la que pudo contemplar parecido espectáculo al que presenciara á su regreso del interior.

Los desmanes de Margarit, gobernador del fuerte construído en Cibao, dieron motivo á una sublevación de los indios, que obligó al prudente genovés á tomar prontas y enérgicas medidas. Por vez primera iba á librarse allí una batalla en regla, y aunque es fácil presumir la ventaja que llevaban los doscientos peones y veinte jinetes españoles contra aquellas masas desorganizadas, no es dable desconocer cuánto perjudicaba á los españoles el terrible antagonismo que surgía entre

que partiendo una nave desde las islas de cabo Verde con rumbo al O 1/2 N. O caminase en esta dirección hasta que la elevación del polo boreal fuese de 18° 20′, donde estaría á 74 leguas ó 3° 20′ al Norte del paralelo de aquellas islas: desde allí, navegando al Sur hasta que el polo del Norte se elevase á 15°, se hallaria justamente en el paralelo que se buscaba y término de las 370 leguas. Previene la insuficiencia de la carta de navegar para esta demostración, la necesidad de formar para ella un Mapamundi tal como el que presentaba; y la instrucción que se requería de la aritmética, cosmografía y matemáticas, para entenderla y apreciarla. Otro método práctico menos seguro propone, con desconfianza, reducido á que partiendo de las islas de Cabo Verde con dirección al Oeste una nave con veinte marineros escogidos, diez por cada parte, y llevando cada uno privada y reservadamente su derrota de estima, el primero que llegase al punto de las 370 leguas lo dijese á uno de los dos capitanes, que debían ser hombres de conocimientos y confianza, para que, oyendo á los demás y estando conformes, tomasen desde allí la derrota al Sur, y cuánto hallasen en la mano izquierda hacia la Guinea sería del rey de Portugal. Ferrer sometía esta pregunta al juicio de los hombres doctos, especialmente del Almirante D. Cristóbal Colón, «que en el tiempo actual (añade) en esta materia más que otro sabe, porque es gran teórico y mirablemente plático como sus memorables obras manifiestan; y creo que la divina Providencia le tenía por electo, por su grande misterio y servicios en este negocio, el cual pienso es disposición y preparación del que para adelante la misma divina Providencia mostrará á su gran gloria, salud y bien del mundo.» Así hablaba Ferrer con discreta previsión, al mismo tiempo que examinaba la navegación y descubrimientos del Almirante, con presencia de lo que dice Tolomeo y otros cosmógrafos antiguos, ya sobre la extensión de la superficie de la tierra por la equinoccial, ya sobre la que tiene por los trópicos, ya sobre la proporción de unos y otros círculos, y valor ó medida de sus respectivos grados, ya en fin aplicando estas doctrinas al paralelo ó línea occidental que se formará, partiendo de las las islas de Cabo Verde ó de las Canarias, atendiendo en esto á las observaciones hechas ya por el Almirante. De este modo iban sus descubrimientos excitando la aplicación y el ingenio de los sabios, para conciliar las teorías y sistemas de los antiguos geógrafos, con lo que la experiencia y arrojo de nuestros navegantes iban adelantando por tierras y mares desconocidos. La práctica, la observacion y la experiencia fueron desde entonces las maestras y de las teóricas y de las reglas, que se consagraron en los tratados sucesivos de náutica y de hidrografía.

los conquistadores y los indígenas. A la derrota y á la carnicería ejecutada en estos, siguió la devastación de los campos de maiz y plantaciones, efectuada por los indios con objeto de acosar por hambre á los españoles. Por desgracia, á las amarguras que tales sucesos producirian en el ánimo de Colón, hay que añadir las insidiosas y pérfidas maquinaciones de sus enemigos en la corte y en la isla. A pesar de haber enviado Colón á España doce naves cargadas de oro y otros productos, el fanático fraile Boil y el revoltoso Margarit que procuraron regresar á la península, predispusieron los ánimos contra el *ambicioso extranjero*, incapaz, según ellos, de respetar la susceptibilidad española (tal ha sido en todos tiempos nuestro achaque), y cuyas empresas no correspondían ni con mucho á las visiones que concibiera la exaltada imaginación meridional. Y es fácil concebir cuán fácilmente adquiririan cuerpo tales calumnias, cuando las más de aquellas gentes creyeron que el continente americano era una mina que debia brindar sin trabajo alguno sus riquezas á nuestro pueblo.

Fáciles los reyes á prestar oídos á tales declamaciones dieron entonces el primer paso contra las atribuciones de Colón, nombrando un comisario que debía marchar á la Española para averiguar lo ocurrido: pero la elección recayó en un tal Aguado, sujeto en extremo parcial y altivo y que por cierto no contribuyó poco ni mucho á exclarecer los hechos. Colón, decidido á poner en su punto la verdad y á volver por sus prerogativas, embarcóse en 10 de Marzo de 1496, para España, á donde arribó el 12 de Junio. Su presencia no despertó ya el entusiasmo que al regreso de su primer viaje; pero en la corte no se pudo menos de hacer justicia á su lealtad y á sus esfuerzos, expidiéndose orden para un nuevo viaje que tardó sin embargo más de un año en realizarse.

El 30 de Mayo de 1498, Colón, á pesar de una enfermedad que le aquejaba y los achaques propios de su edad, emprendió su tercer viaje al frente de cuatro navios, en los que se embarcaron cuarenta jinetes, cien infantes, cincuenta labradores, veinte obreros y treinta mujeres. Esta flota hizo rumbo más hacia el Sur que las anteriores, y descubrió la isla de la Trinidad, llegando después frente á las bocas del Orinoco. En aquel momento Colón creyó haber encontrado otra isla, á laque designó con el nombre de Gracia, pero en realidad lo que había descubierto era el continente americano, las playas de Venezuela cortadas por los múltiples brazos de aquel rio. El gran problema al que consagrara sus afanes, estaba ya resuelto, por más que él mismo lo desconociera. Pero los peligros que amenazaron á sus naves y las dificultades que ofrecia su permanencia en aquella costa, en la que fué bien acogido por los indígenas, le obligarón á dirigirse á la Isabela, descubriendo de paso las islas de Tabago, Concepción, Santa Margarita y Cubaga. Llegado por fin á Santo Domingo, encontróse de nuevo con las tradicionales escisiones que han sido la rémora de los establecimientos españoles en Ultramar. Sus dos hermanos Bartolomé y Diego, á pesar de sus excelentes dotes, se habian atraido la malevolencia de los españoles: Bartolomé habia echado los cimientos de Santo Domingo y Diego seguia gobernando la Isabela; más un leguleyo que dejara Colón al frente de la administración de justicia había fomentado la insurrección y puso al Almirante en gravísimo conflicto. La suerte de los indígenas comenzaba á ser ya excesivamente dura, pues el sistema de *repartimientos*, ó sea, la distribución de cierto número de indios entre los españoles, que les obligaban á todo género de trabajos, explotándoles sin compasión alguna, fué funestísima á la colonización. Era en verdad imposible contrarestar la codicia, la crueldad y los vicios de los españoles, gérmen de muerte para nuestra dominación en Ultramar. Pero al disgusto que pudo causar al valetudinario navegante tal espectáculo, agregóse en forma más severa é indigna otro terrible ataque que, preparado por sus enemigos, fué secundado en hora mala por los Reyes. Las calumnias de algunos descontentos hallaron fácil eco en la corte, donde por lo general contaron siempre escasas simpatías reputaciones que ofusquen títulos de vanidad ó riqueza, y como si en todo cuanto á la Isabela se referia, presidiera la elección más desdichada, un comendador llamado Bobadilla, investido con altos títulos y con poderes discrecionales, partió con dos carabelas á la isla y puso en manos de Colón la *carta de credencia* que recibiera de los Reyes (1).

(1) Estaba redactada en los siguientes términos:
«El Rey é la Reina: D. Cristóbal Colón, nuestro Almirante del mar Oceáno: Nos habemos mandado al Comendador Francisco de Bo-

Colón, aunque poseído de indignación justísima, acató la orden de los Reyes y preso y aherrojado en compañía de sus dos hermanos, fué conducido á España. Era demasiado terrible tal contraste, para que dejara de despertarse la opinión á favor del Almirante; y los Reyes, no pudiendo menos de hacer justicia á la rectitud de este grande hombre, escribiéronle una carta invitándole á ir á la corte. Allí su presencia conjuró de nuevo las maquinaciones de sus enemigos; pero á pesar de un recibimiento afectuoso, el Almirante no recobró su título de virey, de que no hicieron los monarcas tan siquiera mención en la carta antes citada.

Ansiaba sin embargo Colón continuar sus exploraciones: un año antes de su regreso, el portugués Vasco de Gama había llegado á las Indias, después de doblar el cabo de Buena Esperanza;

Carabela (de la *Carta* de Juan de la Cosa)

y persuadido como estaba de que había arribado al Asia, quería descubrir la vía más corta y segura del Oeste, para ganar la ventaja á los portugueses. El rey, atento por su parte á cuanto pudiera engrandecer sus dominios, puso á su disposición cuatro carabelas, y con ellas partió el genovés del puerto de Cádiz el 11 de Mayo de 1502. El 29 de Junio llegó la flota á la isla Española, y si bien Colón no intentaba desembarcar en ella, el mal estado de su carabela le obligó á demandar la entrada en el puerto, que le fué negada por Ovando, sucesor de Bobadilla. Una furiosa tempestad le sorprendió durante este intervalo y le arrojó á las costas de Jamaica y después de sesenta días de lucha con los elementos, arribó á las de Cuba, descubriendo entonces las islas de los Caimanes y de Pinos. Víctimas de esta misma tempestad fueron el infame Bobadilla y sus compañeros que regresaban con inmensas riquezas á la madre patria y que hallaron la muerte en el revuelto Océano.

Colón, engolfándose en mares desconocidos, llegó á la costa septentrional de América, descubriendo el 14 de Agosto la lengua de tierra que prolongándose por el istmo de Panamá une los dos continentes. Siguió costeando por espacio de nueve meses y llegó hasta el límite oriental que termina en el cabo de Gracias á Dios. Allí formidables rachas azotaron la reducida flota, juguete de las olas por espacio de ochenta días; y en este terrible intervalo bordeó la costa que sucesivamente se denominó Honduras, bahía de los Mosquitos, Nicaragua, Costa-Rica, Veragua y Pana-

badilla, llevador deste, que vos hable de nuestra parte algunas cosas que él dirá: rogamos vos que le deis fe é creencia, y aquello pongais en obra. De Madrid á veinte y seis de Mayo de noventa y nueve años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por su mandado,—Miguel Pérez de Almazán.

má. El Almirante vióse obligado á echar el ancla en estas costas para dar un descanso á las tripulaciones y reparar los buques; pero ansiando proseguir su exploración, fué siguiendo las de Veragua, perseguido siempre por terribles tempestades que destrozaron sus buques obligándole á buscar un refugio en la desembocadura del rio Belén. Aquí tuvo noticia por un cacique de las ricas minas de oro que encerraba su suelo, minas en verdad tan productivas que un hombre sólo podia recoger en diez dias una medida, y que por la inmensa cantidad de metal que permitian extraer, se consideraron inagotables. Colón mismo afirmaba que vió en aquella tierra «mayor señal de oro en dos días que en la Española en cuatro años»; júzguese, pues, el afán con que sus compañeros almacenarian el oro en los buques. Por desgracia, los achaques del Almirante impidiéronle continuar en aquella comarca y decidido á emprender el viaje de regreso, dejó en Belén una carabela y zarpó con las restantes para la Española, á cuya isla, no pudo sin embargo arribar, por efecto de las constantes tempestades que les acompañaron hasta la Jamaica. Fondearon en uno de sus puertos las maltratadas embarcaciones, mas siéndoles imposible proseguir el viaje, gracias á la abnegación de dos heróicos oficiales que se lanzaron al mar en dos piraguas indias, pudieron aquellos infortunados navegantes hacer llegar á la Española noticias de su desesperado estado. El indigno Ovando mandó por toda respuesta un buque á cerciorarse de la verdad del hecho, buque que regresó sin tocar siquiera en la isla; y de nuevo quedaron sumidos en la angustia Colón y sus compañeros, hasta la llegada de una nave que siguiendo las órdenes del Almirante habían fletado los dos oficiales que marcharon en demanda de auxilio á la Española. Embarcáronse en ella los desdichados navegantes y abandonaron por fin aquella tierra en la que trascurrieran para el genovés días amargados por las enfermedades y la insubordinación de algunos de los suyos.

En la Española fletáronse dos nuevos buques y con ellos emprendió Colón su último viaje á la peninsula, no sin sufrir terribles temporales, que eran como tristes presagios de su llegada á Europa. Una noticia funesta le aguardaba á su arribo: Isabel estaba en el lecho de la agonía. Fernando, atento á las múltiples empresas politicas que embargaban su atención, estaba poco dispuesto hacia aquel anciano pedigüeño que habia ya cumplido su misión. Como á recompensa del descubrimiento de un mundo, ó por mejor decir, como á compensación de la pérdida de su vireynato, en que no pensaba reponerle, y queriendo reducirle á la renuncia de los derechos que confería á Colón el tratado de Santa Fé, entretúvole el Rey con pretextos y dilaciones, y concluyó por ofrecerle el señorio de una villa de Castilla, Carrión de los Condes; estimando así aquel hombre tan astuto como egoista, los servicios de un varón tan ilustre como generoso.

El inmortal genovés no pudo resistir disgustos y quebrantos sobrado repetidos; y acosado por las enfermedades, triste y solitario, entregó á Dios su espíritu en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, siendo su cuerpo trasladado con solemne pompa á la Cartuja de Sevilla en 1513. Mas ni aun la muerte concedió á sus huesos el reposo. En 1536 fué transportado su cadáver á la catedral de Santo Domingo y en 1796 á la Habana. Ahora se disputan su cenizas estos dos puntos. En 10 de Setiembre de 1877 afirman los dominicanos haber encontrado los restos del ilustre navegante en unas excavaciones practicadas en la catedral de la primera de las citadas islas; y este hallazgo, en el que concurren circunstancias que permiten considerarlo como inverosímil, ha dado lugar á una interesante polémica, cuyas conclusiones no permiten abrigar duda alguna con respecto á la autenticidad de los restos que se conservan en la Habana (1).

Consagremos ahora un brevísimo párrafo á explicar por qué recibió el nuevo continente descubierto por el inmortal genovés el nombre de América, nombre de un piloto florentino que se atribuyó buen número de descubrimientos. Era este piloto un tal Américo Vespucio, marino experto y hombre de algun mérito, pero que, sin embargo, desempeñó en los viajes que hizo un papel secundario; pues en clase de piloto acompañó á Ojeda, á Pinzón y á Cabral en sus exploraciones y descubrimientos. En aquella época sucedíanse éstos unos á otros llenando de asombro á las imaginaciones y no dando lugar á que se apreciaran tales empresas en su justo valor por la

(1) Véanse el interesante libro publicado por la Academia de la Historia con el título de *Los restos de Colón*, y un curioso folleto que apareció en 1878 en la Habana titulado *Una bala histórica*.

lentitud é imperfección de las comunicaciones y por el general atraso científico. Así que, si bien se dió gran importancia á los descubrimientos de Colon, esta impresión disipóse en breve en Europa, efecto de los múltiples viajes y aventuras efectuados por los marinos españoles y portugueses. Comenzaba la imprenta á tomar gran vuelo en Italia, y en aquella península, cuyas grandes ciudades marítimas se hallaban ganosas de poseer nuevos títulos de gloria, acogieron fácilmente las sumarias *relaciones* de viajes que divulgó artificiosamente Vespucio mientras la familia de los Colones residía en Santo Domingo. Estas relaciones se imprimieron en Milán, Florencia, Venecia y otras ciudades de la alta Italia (1), y el Sr. Fernández Navarrete ha dado á conocer las dadas á la estampa en Estrasburgo en 1509 en vida de su autor, juntamente con algunos otros datos que arrojan mucha luz sobre aquellos pretendidos descubrimientos con los que logró Américo alucinar á su contemporáneos. Pero como precisamente aquellas eran las que circulaban por entonces y las gentes estaban muy habituadas á su lectura; y como en la redacción de intento omitió su autor el nombre de los jefes á cuyas órdenes iba, orgullosa de él su patria, no vaciló en unir el nombre del florentino á la noción del mundo recién descubierto. Por añadidura en 1507 se dió á la estampa en Lorena una obra que ejerció mayor influencia aún que las citadas relaciones, el tratadito de cosmografía de Martin Waldseemüller, entusiasta por los descubrimientos, que de buena fe atribuia á Américo, y el cual no vaciló en bautizar al nuevo mundo con el nombre de América. Por último, en 1520, en dos mapamundis, el de Appianus y el que Frisius construyó para una edición de Tolomeo hecha en Estrasburgo, trazan también éstos el nombre de América sobre las nuevas tierras situadas al sur de las Caribes, si bien en el segundo figura esta leyenda contradictoria: *Hæc terra, cum adjacentibus insulis, inventa est per Columbum Januensem, ex mandato regis Castellæ* (2).

Hé aquí reasumidas en breves líneas las causas á que debió su nombre actual el nuevo continente. Coincidencia rara en verdad que á la par que Colón efectuaba sus últimos viajes, los marinos portugueses descubrieran la India, cuyo camino buscó aquel por el Oeste, poniendo así dos pueblos hermanos digno remate al memorable siglo XV. Después de largos años de porfía, la constancia y la osadía de los portugueses á las que tanto impulso dieron el infante D. Enrique y el rey D. Juan II, lograron ver coronadas en el reinado de D. Manuel *el Africano* sus empresas marítimas. Y por cierto que si asombro causa la fe y entusiasmo de Colón y de sus imitadores, no produce menos admiración la de los esforzados marinos de ese reducido pueblo que somete poderosos y dilatados imperios separados de la metrópoli por miles de leguas.

Cuando murió D. Juan II, un hidalgo portugués llamado Vasco de Gama tenía dispuestos algunos bastimentos con los que intentaba doblar de nuevo y reconocer aquel terrible promontorio que Bartolomé Diaz sólo había visto; pero el advenimiento del nuevo rey sólo hizo retardar por algún tiempo esta expedición, de la que tanta gloria y riquezas debía reportar Portugal. Gama se dió á la mar con cuatro buques y después de luchar con vientos contrarios por espacio de cuatro meses, dobló el terrible cabo, no sin ver expuesta su vida por la furia de los elementos y la cólera de las tripulaciónes que se vieron amenazadas de cercana muerte. Pero superior á todos estos peligros, Vasco de Gama empuñó el timón y tomó tierra en Cafrería clavando en aquella playa el acostumbrado poste con las armas de Portugal protegidas por la cruz. Prosiguió el viaje y descubrió la isla de Mozambique llegando luego sin novedad á Melinda, donde entró en negociaciones con el príncipe del país, logró que se le diera un piloto práctico en aquellos mares, y gracias á esto pudo arribar felizmente cerca de Calicut (18 de Mayo de 1499), capital de un poderoso reino de la costa de Malabar, cuyo soberano llavaba el título de Zamorín. Graves peligros amenazaron allí al intrépido navegante, pues recelosos los mahometanos (3), dueños exclusivos del comercio en aquella región, influyeron en el

(1) En Vicenza estampóse en 1507 una relación titulada: *Mondo Novo e paesi nuovamente retrovati da Alberico Vespuzio, fiorentino.*

(2) Vivien de Saint Martin: *Hist. de la Géographie et des decouvertes géographiques.*

(3) Los árabes eran desde antes de la dominación mahometana los intermediarios del comercio marítimo entre Europa y Asia, que ejercían no sólo por el continente é islas adyacentes, sino hasta el Archipiélago asiático y costas de la China. Demás de esta influencia mercantil contaban con la política que ejercieron en el Punjab y otros estados, á contar de la invasión de Mahmund el *Gaznevide* á principios del siglo XI, alcanzando á la sazón gran preponderancia los príncipes de raza musulmana que reinaban en Delhi. Estos monarcas y

Zamorín contra los recién llegados; y no fué poca fortuna para Gama el retirarse con los suyos á los buques y abandonar aquella costa, empero no sin haber arrancado al señor de aquel imperio una carta por la que concedia á los portugueses la libertad de comercio en sus Estados, pero sin exclusión para las naciones que hasta entonces lo practicaban.

«La porción de la Península índica que Gama y sus portugueses acababan de descubrir, dice un escritor, está situada al Sudeste y forma parte del Deccan. Delante del ilustre argonauta se extendia una estrecha faja de tierra paralela al Océano Indico, cuya anchura varía de treinta á sesenta millas y cuya longitud desde el golfo de Cambaya al cabo Comorin, es de muchos centenares de millas: á dicha faja de tierra se llama «Costa del Malabar», y los elevados montes que la coronan son los Gates orientales que arrancan de la cadena central de las montañas de Vindhaya, y que con los Gates occidentales que corren paralelos al golfo de Bengala y se reunen á los primeros á cincuenta millas de dicho cabo, forman la gran meseta triangular conocida bajo el nombre de Deccan. La costa de Malabar no tiene la ancha zona cultivada que la de Coromandel, ni la fertilidad de sus tierras, regadas por pocos rios, es tanta como la del delta del Cauvery, que rinde tres cosechas al año y donde verdean los opulentos arrozales del Tanjore; pero estaba en el siglo xv, y está aun, muy poblada; encuéntranse en ella muy diversos paises, provincias y ciudades, era y es por su situación muy comercial, y ofrece sobre la costa de Coromandel la ventaja de poseer algunos buenos puertos de que la última carece (1).

Gama emprendió su viaje de regreso tocando en las islas de Echedira, pasando luego á Melinda, de nuevo á Mozambique y de alli á Lisboa, costeado siempre. Dos años empleó en este viaje en el que perdió ciento cinco marineros, mas Portugal supo apreciar el valor de tan grande empresa colmándole de elogios y de mercedes (Setiembre de 1499). No se dió sin embargo por satisfecha con la hasta entonces descubierto, y á la expedición de Vasco siguió la de Cabral, seguida de 13 buques con 1,500 hombres. Este navegante, deseando huir de las calmas, desde las islas de Cabo Verde hizo rumbo al S. O. y encontró una tierra desconocida á la que llamó Santa Cruz, nombre que trocó más tarde Américo Vespucio por el de Brasil. Pero este hallazgo no le hizo abandonar su cometido, y después de haberse detenido alli un mes, presentóse en las costas del reino de Calicut, donde estableció un cónsul portugués é hizo tributarios de esta nación á otros principes y régulos de vecinas comarcas. No se entablaron tales relaciones muy pacificamente, pues la sangre portuguesa regó los dominios del Zamorin, pero las fuerzas de que disponia Cabral hicieron entrar en respeto á aquel monarca, y al regresar los portugueses á Lisboa en Julio de 1501 su nombre era temido y respetado en aquellas remotas regiones. En ellas debian de luchar con nuevos enemigos, tales como el soldán de Egipto y la república de Venecia, ganosa de arrebatar á los portugueses las ventajas que acababan de conquistar, pero afortunadamente para estos, dirigieron sus empresas politico-militares en aquellas regiones hombres como Pacheco, Almeida y Alburquerque el primero de los cuales derrotó en dos batallas á los súbditos del Zamorin, el segundo hizo tributarios á distintos principes, fundó nuevos establecimientos y tomó posesión de las Maldivas (1508) y el tercero, aquel á quien el inmortal Camoens eligió por héroe de *Los Lusiadas*, supo solidar la dominación portuguesa y agregar á la corona de su patria, ricas y extensas comarcas y ciudades tan importantes como Goa y Ormoz, ambas emporio del comercio que sus compatriotas hacian en la India. Estas adquisiciones patentizan la riqueza de la nación portuguesa, su extrema fuerza expansiva, y dan razón del importante papel que desempeñó durante un dilatado periodo.

Pero á la par que los portugueses extendian sus exploraciones y fundaban sus establecimientos por el Africa oriental y costas de la India, y desde éstas á los archipiélagos asiáticos, partian de los puertos de Andalucia diferentes expediciones cuyo objeto era extender más y más los reconocimientos por distintos rumbos, pero con el preferente objeto de encontrar un paso que facilitase el

algunos Estados independientes, gobernados por principes indios, entre los cuales se contaba en primera fila el de Calicut (llamado *Zamorin*) eran los que dominaban en el Decán. Al puerto de la capital de este Estado, el más rico y poderoso de todos por su comercio con la Arabia y Persia, fué á donde los pilotos indios de Melinde condujeron las navés de Vasco de Gama.

(1) Macanaz: *Los Portugueses en Asia.*

comercio de las especerías. Deseábase hallar una ruta por el Oeste más accesible y fácil que la de los mares de la India para ponerse en contacto con este continente, pues se creía que Colón sólo había descubierto las islas avanzadas de Asia. Esta idea que había abrigado el inmortal Colón persistió en el ánimo de sus compañeros y de los que inmediatamente continuaron las exploraciones y viajes, que durante los diez primeros años del siglo XVI se concretaron á las islas y costas del mar de las Antillas: el reconocimiento de las costas orientales de Tierra Firme entre el Ecuador y el trópico austral, tuvo para ellos un interés secundario, porque esta porción del litoral correspondía, según la demarcación establecida, á la nación portuguesa. Sin embargo; no deja de llamar poderosamente la atención que los españoles que se establecieron en la parte del itsmo

Carabela (de la *Carta* de Diego de Rivero)

de Panamá que baña el mar de las Antillas (el Darien), no sospecharan que algunas horas más allá de sus establecimientos, al otro lado de las montañas que á sus espaldas cerraban el horizonte, se extendía un nuevo mar. Basta arrojar una ojeada al mapa para apreciar la corta distancia que separa el mar del Sur de la fundación que con el nombre de Santa María del Darien establecieron Enciso y sus compañeros en el golfo de este nombre.

A medida que las costas Orientales del Nuevo Mundo se iban descubriendo, los monarcas castellanos procuraron fundar en ellas establecimientos que aseguraran sus derechos de posesión y el reconocimiento del interior. Fué establecida la primera población en Veragua, y la segunda colonia fundada por Ojeda en el golfo del Urabá; si bien en ambas el resultado no fué propicio á los pobladores. Más estable la de Santa María del Darien, á pesar de las pésimas condiciones en que vivían aquellos colonos, dió lugar al descubrimiento de la mar del Sur, gracias al cual se hizo este nuevo establecimiento en alto grado necesario. Entonces dominadas ya las costas de los dos mares, y diseminados distintos establecimientos en ambas, extendida la dominación de Castilla en los nuevos territorios por los esfuerzos de Balboa y de Pedro Arias de Avila, facilitóse el reconocimiento de las costas del Pacífico hacia el Sur, descubriéndose algunos años más tarde el gran imperio de los Incas, el reino de Chile y otros países.

Daremos de todos estos sucesos una ligerísima idea, con objeto de completar el cuadro de los viajes y descubrimientos de los españoles en los últimos años del siglo xv y primeros del xvi.

Las noticias que se tuvieron del tercer viaje de Colón y del descubrimiento de la costa de las Perlas, eran ciertamente las más á propósito para excitar la codicia de los navegantes y armadores de Andalucia; y el ansia de descubrir nuevos países y recoger pingües tesoros, que tan fácilmente se brindaban á los que tuviesen osadía suficiente para surcar los nuevos mares, dió lugar á que se organizaran las primeras expediciones, con la debida autorización de los monarcas (1).

Alonso de Ojeda inaugura estos viajes: asociado con algunos ricos comerciantes de Sevilla, equipó cuatro buques con los que se dió á la mar en Puerto de Santa Maria el 20 de Mayo de 1499, acompañado de los no menos célebres pilotos Juan de la Cosa y Américo Vespucio. Esta flota, después de haber tocado en las Canarias, cruzó en dirección oblicua al Océano, siguiendo casi el mismo derrotero que el inmortal genovés en su tercer viaje, y descubriendo á los veinticuatro días de haber dejado aquellas islas las costas de Suriñán, situadas más hacia el Mediodia que la isla de la Trinidad en que aquel abordó; costeó luego el golfo de Paria y arribó al de las Perlas, desde cuyo punto emprendió diferentes viajes á Cumaná y Maracapana, á las islas Caribes y á Curazao; navegando seguidamente á lo largo de la costa hasta el golfo de Venezuela y desembarcando las tripulaciones en Maracaibo, desde cuyo punto continuaron hasta el cabo de la Vela y de allí á la Española. Estimó Juan de la Cosa en cuatrocientas leguas la longitud de costa reconocida, por cierto muy accidentada, la que hace ascender á seiscientas leguas la extensión de tierra firme de que se trazó la carta. Y no deja de ser curioso que no difiera esta expedición de la descrita por Américo Vespucio como á su segundo viaje, bien que en realidad no hubiese tomado parte en alguna otra anterior. A lo que parece aquella no fué vista con buenos ojos por Cristóbal Colón, que mandó á Jaquimbo un enviado para pedir cuenta á Ojeda de la intrusión, y esto dió lugar á porfiadas contiendas é indujo á Ojeda á regresar á su patria en Junio de 1500. Esta expedición, que fué la que exploró más largo trecho en línea continuada la costa americana, duró próximamente un año.

Al mes siguiente de haberse dado Ojeda á la mar, Per Alonso Niño y Cristóbal Guerra organizaban en el puerto de Palos (Junio de 1499) una nueva expedición. Era aquel un piloto falto de recursos, y aunque se había concedido á su nombre la autorización real, buscó el auxilio de los armadores sevillanos, quienes le impusieron como á primera condición el que se pusiera al frente Cristóbal Guerra. Fletaron una carabela de 50 toneles (60 toneladas) tripulada por 33 hombres y con esta única embarcación lanzáronse á través del Océano, siguiendo igual rumbo que Ojeda, si bien llegaron más allá de Paria, cuyo golfo costearon también, atravesando por las bocas del Drago, desembarcaron en la isla Margarita y siguieron á lo largo de las costas de Cumaná y de la Guaira. Durante este viaje contrataron sus rescates de paz y concordia con los indios de estas costas y satisfechos del lucrativo comercio y de los pingües resultados obtenidos, regresaron á España en Abril de 1500.

A este viaje siguió en el mismo año 1499, seis meses después, el de Vicente Yáñez Pinzón, que salido de Palos con cuatro carabelas equipadas por su cuenta y riesgo, tomó desde las islas de cabo Verde la dirección S. O. y fué el primer español que cruzó la línea equinoccial por los mares occidentales, descubriendo en el hemisferio del Sur el gran imperio del Brasil. Yáñez divisó esta tierra navegando al E., y dirigiendo á ella su rumbo desembarcó en el cabo de San Agustin y tomó posesión de aquellos dominios á nombre de Castilla en 28 de Enero de 1500. Allí hubo de luchar

(1) La disposición que más contribuyó á los progresos del descubrimiento y de la colonización fué el permiso concedido en 1495 bajo ciertas condiciones para que los particulares pudieran emprender viajes por su cuenta. Los Reyes otorgaban licencia á todos los que trataban de descubrir por el mar Océano celebrándose á este efecto un contrato ante escribano y asentando lo concertado juntamente con las cédulas originales en el registro de su Contador de las Armadas. Fernández de Navarrete ha reproducido en su notable *Colección de Viajes* diferentes *asientos* de este género y como uno de tantos modelos puede verse el efectuado con Rodrigo Bastidas en 5 de Junio de 1500 (inserto en el Tomo II, pág. 271 y siguientes de la citada obra). No menos notable es la *Capitulación* hecha en nombre de los Reyes con el comendador Alonso Vélez de Mendoza y sus fiadores «para ir con cuatro navíos al descubrimiento de las islas y tierra-firme á la parte de Indias fuera de lo que habian descubierto el Almirante D. Cristóbal Colón, Cristóbal Guerra y Alfonso Hojeda (Tomo II, página 275 y siguientes) cuya capitulación lleva la fecha 20 de Julio de 1500.

con los indígenas, y aunque fué bien acogido al llegar al caudaloso río Marañón, vióse obligado á levar anclas, por ser aquellos mares en extremo peligrosos para sus buques, continuando entonces su viaje más de 600 leguas á lo largo de la costa hasta el golfo de Paria, en cuyo trayecto descubrió las bocas del Orinoco. Desde el mentado golfo pasó esta expedición á la Española y de allí á las Bahamas. Un desatado temporal arrebató á la flota dos carabelas con toda su gente, y las dos restantes, que no sin grandes averías arribaron á Santo Domingo, regresaron á España en Setiembre de 1500.

En este año salió de Palos Diego de Lepe con dos buques; tocó en la isla del Fuego; navegando en dirección Levante, dobló el cabo descubierto por Pinzón, y enderezando su rumbo hacia el N. E. llegó al río Marañón, desde donde pasó al golfo de Paria y de allí regresó á España. Igual reconocimiento efectuó Pedro Alvarez Cabral. Pero el viaje de Lepe es importante, por haber observado éste que el continente Sur se extendía hacia el Sudoeste y porque tuvo ocasión de estudiar aquella costa con algún detenimiento, levantando un mapa de la misma y adelantando más que los anteriores navegantes en dirección Sur.

Otro fué el rumbo que tomó Rodrigo de Bastidas, que en 1.° de Octubre de 1500, acompañado del experto piloto Juan de la Cosa, se hizo á la mar y continuó los descubrimientos desde el punto á que llegara Ojeda hasta el puerto de Nombre de Dios. Bastidas descubrió las costas de Santa Marta, el gran río de la Magdalena, el puerto de Cartagena y el golfo de Darien del Norte hasta el puerto ya citado. En este viaje figuró como marinero Vasco Núñez de Balboa, y á su debido tiempo apreciaremos el valor que tuvieron tales descubrimientos. Los temporales obligaron á suspenderlos, y Rodrigo de Bastidas se vió precisado á dirigirse á la Española, perdiendo entonces dos carabelas, y después á Santo Domingo, cuyo gobernador lo mandó á España bajo partida de registro. Para colmo de males, Bastida sufrió á su regreso á España un nuevo y terrible temporal, y no sin grandes trabajos arribó á Cádiz en 1502; mas afortunadamente los Reyes le absolvieron, lo propio que á Juan de la Cosa, señalándoles como á recompensa de sus servicios una renta anual sobre los rendimientos de la provincia del Urubá que habían descubierto.

El intrépido Alonso Ojeda, á pesar de las contrariedades experimentadas en su primer viaje, no cejó en su afán de descubrir nuevas tierras, y en 1502 organizó su segunda expedición. Habiendo obtenido la autorización competente, hízose á la mar con cuatro carabelas que respectivamente mandaban tres de sus consocios y uno de sus hermanos; los cuatro puestos á sus órdenes. Empero, estaba reservado á esta expedición un fin más desastroso que la primera, pues, después de haber recorrido las costas ya descubiertas en el primer viaje desde el golfo de Paria hasta Bahía-honda, estalló grave disidencia entre los asociados y Ojeda, vióse éste reducido á prisión y fué enviado á España, después de haber sido condenado por los jueces de Santo Domingo. Fueron más imparciales los del Consejo Real y el desdichado Ojeda consiguió de éllos fácil absolución.

Hasta aquí alcanzan los viajes efectuados en vida del almirante D. Cristóbal Colón. Éste llegó al itsmo de Darien en su cuarto viaje, algunos meses después de haberlo descubierto Bastidas; y según hemos visto, intentó en 1502 fundar establecimientos en las costa de Veragua, pero la imprudencia de sus compañeros y la ferocidad de los indios no permitieron que prosperaran las colonias y hubieron muy en breve de ser desamparadas, contratiempo que también experimentó Ojeda, á quien no fué posible establecerse en las costas de Cumaná. Tampoco fué dado al Almirante hallar el deseado paso ó estrecho que los españoles, según indicios, buscaron también con empeño por los mares del Norte. De estas expediciones sólo se sabe de modo positivo que Estéban Gómez fué á la tierra de los Bacallaos y reconoció las costas inmediatas hasta Florida, desde las que se dirigió á la isla de Cuba. Buscaron dicho paso por el Sur con gran empeño Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, llegando en sus viajes hasta el Yucatán y luego casi al 40° de aquel hemisferio, y tomando posesión de las tierras que visitaban á nombre de los reyes de Castilla. Pero en este como en otro viaje estalló la discordia entre los caudillos, y los expedicionarios regresaron á España á fines de Octubre de 1509 sin haber adelantado más en sus descubrimientos.

En el intervalo de tiempo que media desde 1502 á 1509, Ojeda efectuó sus dos últimos viajes, en

el primero de los cuales nada adelantó en la exploración, y en el segundo murió desdichadamente el experto piloto Juan de la Cosa, en un encuentro con los indio de la costa de Cartagena(1). Este último viaje es digno de mención por más de un concepto: emprendiéronlo simultáneamente Ojeda y Nicuesa con objeto de poblar y gobernar la costa firme de América, señalándoles los Reyes por límites de sus jurisdicciones respectivas: á Ojeda desde el cabo Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, y á Nicuesa, desde allí al cabo de Gracias-á-Dios. Salieron casi á un mismo tiempo de España las dos expediciones, compuesta la de aquél de dos naos y dos bergantines con 200 hombres, y la de éste, de cuatro navíos y dos bergantines; pero Ojeda se adelantó á Nicuesa y arribó á la costa de Cartagena, donde comenzó por sostener terribles luchas con los indios, en una de las cuales, como ya dijimos, murió la Cosa y el mismo Ojeda estuvó á punto de perecer. En tan críticas circunstancias no fué poca fortuna para él la llegada de Nicuesa, junto con el que pudo vengar el reciente descalabro. Vueltos entonces á la amistad, convinieron separarse para continuar los descubrimientos, dirigiéndose entonces Ojeda al golfo del Urabá en busca del río Darien, que no encontró; y detenido por vientos contrarios en aquella costa, fundó al Oriente de la ensenada un pueblo, el segundo asentado por manos europeas en el continente americano y al que no estaba reservada mejor suerte que la del establecimiento de Veragua.

No parecía sino que la desgracia se empañara en perseguir á Ojeda, que llegó entonces al más apuradisimo trance por la falta de bastimentos y de víveres; y en circunstancias tan graves determinose mandar un navio á la Española, solicitando inmediato socorro. Este navío lo mandaba Enciso, y por desgracia no regresó. Entonces determinó marchar allí Ojeda en persona, y dejando á Pizarro el mando de la colonia, dirigióse á la Española, pero con tan desdichada suerte, que su buque, azotado por los temporales, fué á dar en Cuba, y él, después de una larga serie de desastres y aventuras, á morir pobre y miserable en Santo Domingo. ¡Tristísima suerte la de aquellos audaces navegantes!

Los de la nueva colonia llamada San Sebastián, reducidos de 200 que eran á 70, viendo que Ojeda no regresaba, se hicieron á la vela en sus flacos bastimentos, y juguetes también de las tempestades fueron á guarecerse al puerto de Cartagena, donde se encontraron con Enciso. Entonces asumió éste el mando, y á pesar de la obstinada oposición de las tripulaciones á nuevas aventuras, consiguió obligarlas á emprender viaje hacia el Urabá. Nuevos infortunios les esperaban en aquellas costas: la nave de Enciso naufragó, los indios acometieron á los marineros con ventaja, y aquellas gentes que tantos peligros habían afrontado, cansadas de luchar con tantas contrariedades, exigían con voces amenazadoras el regreso. En estos críticos momentos se dió á conocer Núñez de Balboa, un hidalgo que había navegado con Bastidas y que se embarcó secretamente en la nave de Enciso

(1) Este célebre piloto, compañero de Colón en sus dos primeros viajes, titulábase *Maestro de hacer cartas* y á él se debe uno de los más preciados monumentos geográficos que de esta época se conservan, la famosa carta de marear que hoy figura en nuestro *Museo Naval*. Su descripción la hace Navarrete en la *Biblioteca marítima española* en los siguientes terminos: «Tiene por cabeza ó epígrafe: *Juan de la Cosa la fizo en el puerto de Santa María en el año de 1500* y marcándolos con el respectivo pabellón abraza los descubrimientos que hasta entonces se habian hecho en las Indias occidentales, por ingleses hacia el septentrión y por españoles desde las Antillas hasta más allá de la equinocial, ya montado un cabo que debe ser el llamado ahora de *San Roque* en el Brasil, al cual y no á otro anterior, como se hace en la copia francesa de esta carta, parece aplicable la nota de la Cosa, de que «este cabo se descubrió en año de 1494 por Castilla, siendo descubridor Vicentiañs (Vicente Yáñez Pinzón).» No estando graduadas estas cartas, ni en regular conformidad con las modernas en la figura, es dificultoso determinar el punto austral donde acaba. La dirección de la costa, que presenta desde dicho cabo, prescindiendo de sinuosidades vendrá á ser hácia el O S O., cuando la verdadera abrirá tres á cuatro uartcas más para el Sur; y en cuanto á distancias navegadas si se calcula por la escala de ciento veinte leguas de veinte en grado, estampada en la copia francesa, seria de mil veinte leguas desde el expresado cabo hasta el fin de lo descubierto, y en este caso habria llegado el descubridor hasta no poco más allá del Rio de la Plata; y últimamente la distancia desde Trinidad de Barlovento hasta dicho cabo que será como de seiscientas cuarenta leguas, seria sobre novecientas sesenta.»

Nuestros lectores hallarán una reproducción de dicha carta, por cierto bastante borrosa en el Tomo IV del *Museo español de antigüedades*, acompañada de un interesante estudio del Sr. D. Cesáreo Fernández Duro. También figura un calco de la misma hecho cuando aun la poseia el Barón de Walckenaer, en la obra *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, por D. Ramón de la Sagra. Háse publicado asimismo en otras obras extranjeras.

Menos conocida aun que esta carta es una publicada por la Sociedad geográfica de Paris y obra de autor mallorquin: la de Palestrina, que se cree data de 1516 y que llama desde luego la atención por la relativa conformidad que guarda con las modernas en la figura. En ella aparecen la Isla de Cuba, las de Bahama y parte de Costa firme. Como en la antes mencionada algunas banderas indican la soberania ejercida en los respectivos dominios. Ha dado un facsímile de esta carta la revista geográfica francesa *L' Exploration*.

en la Española (1). Balboa hace presente que viajando con el primero y penetrando en este mismo golfo saltaron en tierra en la parte del Occidente hallando un pais fértil y poblado de indios no tan belicosos; y siguiendo sus indicaciones, dánse los españoles á la mar y ven cumplidos aquellos vaticinios; sólo que los indios se resistieron á recibirles; y hubo que librar una encarnizada batalla en la que salieron victoriosos los recién llegados. Asentaron seguidamente su real, y la nueva colonia recibió el nombre de Santa María de la Antigua del Darien.

Mientras estos acontecimientos tenian lugar, se reconocían las costas de Cuba, cuyo bojeo comenzó en 1506 el piloto Andrés Morales, y se terminó felizmente en 1508, el mismo año en que Ponce de León exploraba Puerto-Rico (Boriquen) y regresaba á la Española con noticias que decidieron el sometimiento de aquella isla. A este navegante se debe también en 1512 el descubrimiento y toma de posesión de la Florida y de las islas de Bahama; y sus viajes, fecundos en todo linaje de aventuras, si no positivos por los resultados comerciales, son en alto grado importantes por el conocimiento de la navegación de aquellos mares.

Pero un acontecimiento memorable iba á ofrecer nuevos horizontes á la actividad de nuestros navegantes: el descubrimiento del mar del Sur. Habian estallado en el establecimiento de Santa María del Darien graves discordias entre Enciso, hombre avaro y ambicioso, y Balboa, alma audaz y enérgica; y estas disidencias indujeron á muchos á llamar á Nicuesa, á quien ya recordarán nuestros lectores habian nombrado los Reyes gobernador de Castilla del Oro, y que á la sazón andaba errante por los mares, sin que nada se supiese de su paradero. No sin grandes trabajos pudo hallársele, mas no produjo su llegada los resultados apetecidos. Uniéronse Enciso y Balboa, amenazados con la pérdida de su influencia, y el desdichado Nicuesa fué embarcado en la nave más ruin de la flota y se le obligó á darse á la mar, en la que sin duda halló la muerte, pues nada se supo ya de su paradero.

Fácil le fué luego á Balboa deshacerse de Enciso, pues tenia á su favor las simpatías de sus compatriotas, y demostró que las merecía por su carácter emprendedor y sus dotes de gobierno. En 1512, en unión de Enrique Colmenares, habia ya reconocido los ríos Darien y Grande; pero en 1513 organiza una nueva expedición más fecunda en trascendentales resultados. Embárcase en Santa María de Darien en un bergantín á cuyo bordo iban 150 españoles, acompañándole 10 canoas con 1,000 indios; desembarca en las costas de los estados del cacique Careta, y persuadido por ciertos indicios que le dan los indígenas de que más allá de las sierras que cierran parte del horizonte existe otro mar, decídese á penetrar en ellas, sin tener en cuenta los peligros que afronta con tan reducido número de los suyos (2).

«La lengua de tierra que divide las dos Américas, dice el ilustre Quintana en la biografía de Balboa, no tiene en su mayor anchura arriba de diez y ocho leguas, y en algunos parajes se estrecha hasta solas siete. Y aunque desde el puerto de Careta hasta el punto á que se dirigían los españoles no haya á lo sumo más que seis días de viaje, ellos gastaron veinte, y no es de extrañar que así fuese. La gran cordillera de sierras que atraviesa de Norte á Sur todo el continente nuevo, y le sirve como de reparo contra los embates del Océano Pacífico, atraviesa también el itsmo del Darien, ó más bien la compone ella sóla con las fragosas cimas que han podido salvarse del naufragio

(1) Vasco Núñez de Balboa era natural de Jerez de los Caballeros: hijo de hidalgos: pobres fué en sus mocedades criado de D. Pedro Portocarrero, señor de Moguer. Alistóse para el viaje mercantil de Rodrigo Bastidas y al tiempo de la expedición de Ojeda se hallaba establecido en la Española, en donde tenia algunos indios de repartimiento y tierras de cultivo en la villa de Salvatierra. Encontrábase sin embargo, en una situación harto precaria y á causa de sus deudas no se le permitió embarcar con Enciso, mas él metióse en una pipa y transportado de este modo á la nave permaneció oculto hasta que ésta se halló en alta mar. No pasaba entonces de 35 años, y era robusto, activo, vigilante, inteligente y tenaz. La traslación de la colonia de San Sebastián al Darien le valió gran crédito entre sus compañeros y cuando en ésta le dieron la vara de alcalde demostró tan altas dotes, que ellas le dieron el triunfo sobre Enciso, poniendo entonces de manifiesto que á tanta altura se hallaba como gobernante que como descubridor.

(2) Hé aquí, según resulta de la narración de Oviedo, el itinerario y diario de la expedición de Balboa:

«Salió del Darien en jueves 1.° de Setiembre de 1513 y llegó al puerto y tierra de Careta de allí á cuatro dias: descansó dos, y salió el 6 á internarse en la tierra y á los dos dias arribó á la Ponca por camino áspero y de sierras: estuvo allí hasta el 20, en que continuó su viaje y llegó el 24 á Cuarecua, donde mandaba Torecha, habiendo andado en aquellos cuatro días diez leguas: era mal camino y habia rios. Salió de allí el 25, y llegó en el mismo dia á los bohios de Parque, en donde no se detuvo; y siguiendo adelante descubrió la mar que buscaba á las diez de la mañana. Llegó, no se dice el dia, á la tierra de Chiapes, y el 29 bajó de allí al golfo de San Miguel y tomó pesesión del mar y costas.»

MUSEO MILITAR

CARTA ESFÈRICA DEL MAR DE LAS ANTILLAS

per
JOSÉ RICART GIRALT.

E. Ullastres, Editor

MUSEO NAVAL
MADRID

CARTA ESFÉRICA DEL MAR DE LAS ANTILLAS

MUSEO MILITAR

MAPA DE LAS INDIAS OCCIDENTALES

atribuido al mallorquín Palestrina (año 1516)

VILAS Cº   E. Ullastres, Editor

Lit Miralles, Union . Barcna

de las tierras adyacentes. Tenían, pues, los descubridores que abrirse camino por medio de dificultades y peligros, que sólo aquellos hombres de hierro podían arrostrar y vencer. Aquí tenían que penetrar por bosques espesos y enmarañados, allá atravesar pantanos fatigosos, donde cargas y hombres miserablemente se hundían; ahora se les presentaba una agria cuesta que subir, luego un precipicio tajado y profundo que bajar; y á cada paso ríos rápidos y profundos, sólo practica-

Vasco de Gama

bles en balsas mezquinas ó en puentes trémulos ó endebles; de cuando en cuando la oposición y resistencia de los salvajes, siempre vencidos, pero siempre temibles; y sobre todo, la falta de provisiones que, agregado al cansancio y al cuidado, abatía y enfermaba los cuerpos y desalentaba los ánimos.

«En fin, los cuarecuanos (1) que iban guiando muestran de léjos la altura desde donde el deseado mar se descubría. Balboa al instante manda hacer alto al escuadrón, y él se adelanta solo á la cima de la montaña (25 de Setiembre de 1513). Llegado á ella, lleva ansioso la vista al Mediodía; el mar Austral se presenta á sus ojos, y sobrecogido de gozo y maravilla, cae de rodillas en tierra, tiende los brazos al mar, y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al cielo por haberle destinado á aquel insigne descubrimiento. Hizo luego señal á sus compañeros para que subiesen, y mos-

(1) Habitantes de la sierra de Cuarecua, cuyas cumbres dominan al Este el golfo de Panamá.

trándoles el magnífico espectáculo que tenían delante, vuelve á arrodillarse y á agradecer fervorosamente el beneficio. Lo mismo hicieron ellos, mientras que los indios atónitos no sabían á qué atribuir aquellas demostraciones de admiración y de alegría. Aníbal en la cima de los Alpes, enseñando á sus soldados los campos deliciosos de Italia, no pareció, según la ingeniosa comparación de un escritor contemporáneo, ni más exaltado ni más arrogante que el caudillo español, puesto ya en pié, recobrado el uso de la palabra que el gozo le tenía embargado, y hablando así á sus castellanos: «Allí veis, amigos, el objeto de vuestros deseos y el premio de tantas fatigas. Ya tenéis delante el mar que se nos anunció, y sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que se nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habéis visto esas playas y esas ondas; vuestros son sus tesoros, vuestra sólo es la gloria de reducir esas inmensas é ignoradas regiones al dominio de vuestro rey y á la luz de la religión verdadera. Sedme fieles como hasta aquí, y yo os prometo que nadie en el mundo os igualará en glorias ni en riquezas.» Todos alegres le abrazaron y todos prometieron seguirle hasta donde quisiere llevarlos. Cortan luego un árbol grande y despojándole de sus ramas, forman de él una cruz, que fijaron en un túmulo de piedras sobre el mismo sitio en que se descubría el mar. Los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles y en medio de aplausos y gritería alborozada descienden de la cima y se encaminan á la playa.

»Llegaron á unos bohíos (1) que cerca se descubrían, población de un cacique llamado Chiapes, el cual intentó defender el paso con las armas. El ruido de las escopetas y la ferocidad de los lebreles dispersaron en un punto aquella tropa, cogiéndose muchos cautivos. De éstos y de los guías cuarecuanos se enviaron algunos que ofreciesen á Chiapes paz y amistad segura si venía, ó exterminio y ruina de pueblo y de sembrados. Persuadido de ello, vino el cacique y se puso en manos de Balboa, que le recibió con mucho agasajo. Trajo oro y recibió en cambio vidrios y cascabeles, con lo cual, amansado y contento, no pensaba más que en agasajar y regalar á los extranjeros. Allí despidió Vasco Núñez á los cuarecuanos, y dió orden para que los enfermos que se habían quedado en aquella tierra viniesen á encontrarles. Entre tanto envió á Francisco Pizarro, á Juan de Ezcaray y á Alonso Martín á descubrir por la comarca y á buscar los caminos más breves para llegar al mar. El último fué quien llegó antes á la playa, y entrándose con unas canoas que acaso estaban allí en seco, dejó subir la marea, flotó así un poco sobre la ondas, y con la satisfacción de haber sido el primer español que había entrado en el mar del Sur, se volvió para Balboa.

»Bajó, en fin, éste con veinte y seis hombres al mar, y llegó á la ribera al empezar la tarde del día 29 de aquel mes. Sentáronse todos en la playa á esperar que el agua creciese, por estar á la sazón en menguante, y cuando las ondas volvieron con ímpetu á cobrar tierra y llegaron á donde estaban, entonces Balboa, armado de todas armas, llevando en una mano la espada y en la otra una bandera en que estaba pintado la imágen de la Vírgen con las armas de Castilla á los piés, levantóse y empezó á marchar por medio de las ondas que le llegaban á las rodillas: «Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla: yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones y si algún otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algún derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.» Respondieron los concurrentes con aclamaciones al juramento de su capitán, y se votaron á la muerte para defender aquella adquisición, contra todos los reyes y príncipes del mundo. Extendióse el acta por el escribano de la expedición Andrés Valderrábano; el ancón en que se solemnizó se llamó *golfo de San Miguel,* por ser aquel su día; y probando el agua del mar, derribando y cortando árboles, y grabando en otros la señal de la cruz, se creyeron dueños efectivos de aquellas regiones con estos actos de posesión y se retrajeron al pueblo de Chiapes.»

Este descubrimiento, que bastaba por si sólo para hacer famoso el nombre de Núñez de Balboa, no estuvo totalmente exento de peligros: el arrojado navegante hubo de luchar con los indios de aquellas comarcas, á los que por fortuna consiguió vencer, y gracias á su esfuerzo pudo regresar al Darien por un nuevo camino. La llegada á esta colonia de Pedrarias de Ávila, nombrado por los

(1) Casas de madera y cañas atadas con bejucos.

Reyes gobernador de Castilla del Oro en el Darien (tal fué el nombre que se dió á aquellos dominios) dió lugar á graves diferencias, pero no fué parte á detener los descubrimientos y conquistas así en el interior como por la costa. Ya dijimos que Díaz y Solis habían llegado en 1508 hasta los 40° del hemisferio Sur. Solis en 1515 recibió la misión de proseguir contorneando la costa por el Sur, con objeto de hallar el paso ó doblar el extremo del continente meridional. En 1516 este navegante descubrió el estuario del Plata, pero la muerte que recibió en una refriega con los indios le detuvo en sus exploraciones. Veinticinco años han transcurrido entonces desde que Colón efectuó su primer viaje, y en este intervalo de tiempo los españoles han agregado á la Corona de Castilla extensos y ricos dominios. Pero el afán de nuevas conquistas no es contenido por los peligros á que los navegantes deben hacer frente. Después que Ponce de León descubre la Florida, Hernández de Córdoba visita la isla de Gazumel y las costas desconocidas del Yucatán; Juan de Grijalva navega desde Campeche hasta más allá de Veracruz; Garay, tomando la dirección Poniente recorre la costa de Veracruz y completa el descubrimiento del seno mexicano; Vázquez de Aillón se dirige al Norte de la Florida y examina las costas de las dos Carolinas (Estados-Unidos), ya exploradas el año anterior por Estéban Gómez á su regreso de Zaramoan; por manera que á la vuelta de los viajes efectuados, en veintisiete años se tiene conocimiento completo de las costas orientales del Nuevo Mundo desde los 50° N. hasta los 40° del hemisferio meridional.

Limitadas las exploraciones hasta al mar de las Antillas, al penetrar los españoles en el golfo de México se abren nuevos caminos á sus empresas coloniales. Descúbrese en el fondo de aquél un vasto imperio poblado, no por gente bárbara, sino por un pueblo dotado de cierto grado de cultura, pais de riquezas cuyos monumentos atestiguan una civilización y que causa en el ánimo de los primeros que le descubrieron extraordinario asombro. Maravilla en verdad y produce una especie de vértigo la grandeza de aquellas adquisiciones; y bien justifica la dilatada dominación de España aquellos versos un tanto hiperbólicos de un coetáneo:

Jam nulla Hispanis tellus addenda triumphis
Atque parum tantis viribus orbis erat.

Las empresas de los famosos navegantes Elcano, Magallanes y Loaisa, y las de los célebres conquistadores Cortés, Pizarro y Alvarado, de las que oportunamente nos ocuparemos, iban á la vuelta de algunos años á dar nueva sanción á las palabras del poeta; y España pudo contemplar en breve como tremolaban sus pendones victoriosos en América y Oceanía. Nueva Guinea, que es el más grande continente del Océano Pacífico después de la Australia, era descubierta en 1511 por Antonio Abreu y Francisco Serrano, si bien algunos atribuyen esta gloria á Álvaro Saavedra, 1527, gloria que en este caso puede disputarnos la nación portugesa, pues, un año antes, Jorge Meneses costeaba la parte septentrional de Borneo y á impulsos de las corrientes y los vientos llegaba hasta las costas de aquel nuevo continente. En ellas se encontraron las flotas de España y Portugal, cuyos marinos y cuyos capitanes, por raras coincidencias, á la par que los nuestros, descubrian y conquistaban, completando de este modo el conocimiento de nuestro planeta y redondeándole de India á India; por manera que á unos y á otros pueden aplicarse las frases que el inmortal Camoens dirigia á Gama y á sus compañeros:

Na cuarta parte nova os campos ara;
E se mais mundo houvera, la chegara (1).

Tal es el admirable cuadro que ofrecen estas dos naciones en el periodo de que nos venimos ocupando y cuyos límites hemos alcanzado ya. Mas llegada la hora de cerrar este inventario histórico, justo será que nos detengamos á considerar con un concienzudo escritor la influencia que tan asombrosos descubrimientos ejercieron en nuestra marina.

(1) *Lusiadas*, canto VII.

«El descubrimiento del Nuevo Mundo, dice muy atinadamente el Sr. Salas, cambió la faz del mundo conocido. Ciencias, artes, industria, comercio, todo varió; y lo que más trasformación debía sufrir era la marina, sin embargo de permanecer inalterable la que se empleaba en el Mediterráneo. Si la expedición de los atrevidos exploradores se hubiese formado en otro país; si en lugar de iniciarse en teritorio español hubiese salido de Holanda ó de Inglaterra, atribuiríase ciertamente á este suceso la preponderancia marítima que llegó á adquirir la primera de estas naciones, y el maravilloso encumbramiento y pujanza naval que aun conserva la segunda, pero todo se aunaba para indicar á esta nación caminos y proporcionarla medios de engrandecerse. Era una advertencia más, que cual otras debía ser desatendida. La marina del mundo antiguo no era digna de saludar al mundo nuevo: la carraca debía sustituir á la galera, la coca á la carraca, la carabela á la coca y á la carabela el galeón. ¿Quién se engolfaba en el inmenso piélago con un buque de pequeño porte, cuando la codicia, más que el instinto de conservación, exigía gran capacidad para traer el oro que á costa de sangre debíamos arrancar de aquellos suelos? Pero la codicia que tantas víctimas produjo, no pudo hacer navegante á un pueblo de inclinaciones contrarias á la vida de mar, tan sólo soportada en cuanto era imprescindible para trasladarse al mundo de su fantasía. Contínuas expediciones abandonaban nuestros puertos, llevando en los bordos de sus buques hombres de todas las clases, de todos los oficios, de todos los matices de la sociedad; unas quedaban sepultadas en el misterioso seno del Océano, otras conducidas por el error arribaban á playas ignotas, algunas lograban surgir en el punto de sus deseos, y el oro que á su regreso traían unos pocos, doraba la miseria, las penalidades y la muerte que allí encontraban los más.

»La miseria del oro mató la riqueza del trabajo, y ahuyentadas de la nación la industria y la agricultura y todas las artes útiles, tuvo en breve que servirse de su oro para comprar en otros pueblos lo que ella había perdido. Nuestra España parecía el cauce por donde iban corrientes del codiciado metal á detener su curso en otros países, devastando á su paso la riqueza del territorio, del mismo modo que la lava de los volcanes yerma y esteriliza los suelos por donde corre. Prescindamos del cuadro que el reino presentaba después del descubrimiento de las Américas, y de la desventura que se iba labrando al lanzarse por la senda fascinadora de las conquistas, y sólo nos maraville que en en una nación cuyos hijos, excitados por el afán de aventuras, se lanzaban al Océano sin que les pudieran contener las penalidades y peligros del mar, no llegase á adquirir preponderancia el elemento marítimo sobre todos los otros, y se continuara surcando la extensa superficie tan sólo como imprescindible medio para alcanzar el logro de aspiraciones que habían de ser tan funestas. Hubo naves, numerosas flotas, aventureros y también intrépidos é infatigables exploradores que levantaron muy alto el renombre español; pero no navegantes como exigían las circunstancias; no un pueblo de marineros como tal vez se hubiera formado en otra nación favorecida con un suceso tan sorprendente y propicio. No nos admire; el pueblo español, por sus inclinaciones y costumbres primitivas, por sus tradiciones y leyes tenía que dar preferencia á la espada sobre la brújula; por eso en vez de continuar el camino de las exploraciones trazado por una pléyada de famosos náutas, prefirió lanzarse por la senda de las conquistas; en vez de surcar las mares en busca de nuevas tierras contorneando los continentes, prefirió penetrar armado en los territorios y afrontar el furor de los hombres para eludir el de los elementos; por esto, en vez de tomar posesión del mar del Sur una nave, la tomó un guerrero espada en mano y con agua á la cintura; por esto, en fin, han alcanzado mayor fama los nombres de los conquistadores que la de todos los navegantes. ¿Quién en nuestro país que sea ajeno á la literatura ó á la profesión marítima conoce á un Diaz de Solís, Quirós, Elcano, Ferrer, Ojeda, Vizcaino ó Sarmiento? ¿Y quién no conocerá á Pizarro, Cortés ó á Vasco Núñez de Balboa? Si se objetase que el conquistador del imperio de los Incas, y el héroe de Otumba y de Tlascala, y el guerrero cuya apostura marcial retrató la superficie del Pacífico añadieron riquísimos florones á la corona de Castilla, responderíamos que el descubridor de Yucatán y de Janeiro, el explorador de la Polinesia y el primer nauta que circunvaló el mundo, conquistaron regiones enteras para el humano linaje, tesoros para el saber, y para la patria la gloria de que su estandarte fuese el primero conocido y saludado en toda la haz del globo.

Cuál fama sea más preciada lo dirá la humanidad cuando alcance mayor progreso: cuál la primera, dijolo al ver que la espada no hubiera hallado camino sin la brújula; pero lo que en una nación sea más enaltecido, dará siempre cabal idea de las inclinaciones de su pueblo (1).»

Somos de la misma opinión que el autorizado autor de estos párrafos: por encima de las glorias de la conquista, están las glorias de la civilización, glorias inmarcescibles, más puras y más bellas que las que acompañan al soldado en sus triunfos. Grandes, muy grandes nos parecen las figuras de un Gran Capitán, un duque de Alba, un Alejandro Farnesio, un marqués de Espínola; pero ¿lo son

Sello y firma de D.ª Isabel *la Católica*

acaso menos las de los Colón y Vasco de Gama, de Gil Eannez y Bartolomé Diez, de Elcano, Ojeda y Quirós?... Y sin embargo no han alcanzado en nuestra patria estos hombres eminentes la popularidad que en Inglaterra un Cook, un Franklin, un Macclure y un Ross. ¡Aficiones especiales de raza, se dirá! Es muy cierto: por sus aptitudes y por sus costumbres nuestro pueblo prefirió la senda de la conquista á los peligros de la navegación, estimó en más el laurel ensangrentado de las batallas que las glorias del nauta: así que, á pesar de su situación aventajada, no pudo llegar á ser nuestra patria, un pueblo de marineros, antes bien una nación fecunda en hombres de guerra. Y precisamente cuando el inmenso poderío colonial de España requería el mayor desarrollo de nuestra marina, la desdichada pragmática por la que se vedaba el comercio con los países recien descubiertos á los catalanes y aragoneses, pragmática inspirada en un mal entendido exclusivismo redujo á sus antiguas navegaciones el pueblo mas emprendedor, activo y esperto de la península, y aniquiló á la par su pujante marina. A estas consideraciones, aun puede añadirse una observación

(1) *Hist. de las matrículas de mar.*

no menos cierta: nuestro porvenir se hallaba en Africa y en América; nuestro carácter aventurero y la funesta política de algunos monarcas nos aniquilaron en Italia y en Flandes.

Inútil es decir que dadas tales aficiones no fuimos los españoles un modelo como colonizadores. Si colonizar es cosa sinónima de civilizar, pues el fin de toda colonización, no es otro que poner al pueblo colonizado á igual nivel que el que coloniza, convengamos en que España á la sazón la primera nación del mundo, no era por sus aptitudes y aficiones, ni por las condiciones políticas en que vivia, la más propia para entregarse á esa labor penosa y á la par fructífera de educacción, de pedagogía social. Admira sin embargo la gran fuerza expansiva de nuestra patria; y prescindiendo del mejor ó peor sistema empleado, pues los españoles no tenian á quien imitar, échase desde luego de ver en él la supremacía del principio político, principio en que se inspiran todas las disposiciones de las *Ordenanzas reales;* y al que robustece otro factor no menos importante, el etnográfico, pues nuestra vigorosa raza se aproximó desde luego á la nativa, la trasformó, dió vida á una civilización nueva llevando al través de los mares leyes, idioma y costumbres. Empero sí difundimos allí nuestra cultura, tambien llebamos allí, nuestros defectos, nuestro desapego al trabajo, nuestras inquietudes y nuestras discordias. Mas que á colonizar fueron los primeros pobladores á conquistar, á explotar lo más rapidamente posible las riquezas que el país ofrecia; y de aquí que, á pesar de haberse amalgamado las dos razas, los vínculos que unieron á las colonias con la metrópoli fueron siempre flacos. Efecto del sistema de los repartimientos y del mal trato que se daba á los indios, extinguióse en muy breves años la población de Puerto-Rico, sin que mejorara tan triste experiencia la suerte de los indígenas de la Española. Vireyes despóticos y faltos de dotes de gobierno compitieron en breve con aquellos colonos á los que no animaba otra idea que la rapacidad, no siendo parte á impedir estos males las providencias de los Reyes Católicos y las sabias disposiciones de las leyes de Indias. Herida de muerte nuestra dominación, á la vuelta de algunos años América costó á España grandes sacrificios en sangre, que compensaban solo algunos galeones cargados de oro, escapados las más de las veces de las asechanzas de un corsario. Y la misma extensión de sus dominios en los que llegó «á no ponerse nunca el sol,» agobiaba á nuestra patria, débil y exhausta, á pesar de sus apariencias de esplendor.

Sin que tratemos de atenuar los defectos de que adolecia nuestra dominación en América, ni tampoco de recargar el triste cuadro que no pocas veces ofrece, convengámos en que deben tenerse muy en cuenta las ideas que prevalecian entre los conquistadores, la educación que en España se daba á ciertas clases, y la índole de gentes que tomaban parte en aquellas empresas. No fueron ciertamente más humanos los portugueses y los ingleses en la India, que los españoles en América; y bien puede asegurarse que acompañaron á la toma de posesión de estos países todas aquellas plagas que consigo lleva la conquista. Sólo que por desgracia España no acertó con los años á dar más solidez á los vínculos que le unian las colonias con la metrópoli, y, pobre y debilitada ésta, bastó una conmoción ligera á quebrantarlos. Preguntémonos ahora qué resta hoy á la patria de los inmensos estados que poseyó en América!...

Colón ante los Reyes Católicos: relieve de Llimona

ILUSTRACIONES

Progresos de la marina (pág. 412 á 432).—Escasas son las representaciones gráficas de los bastimentos construídos en la Edad Media. Algún relieve, algún perfil trazado sobre las hojas de ciertos códices, y más tarde los imperfectos dibujos de las cartas de navegar han podido facilitar copias más ó menos fieles de aquellas construcciones. Las que ofrecemos pertenecen á códices y cartas. Figuran en primer lugar los perfiles del códice escurialense *Libro de las Cántigas*, perfiles que por cierto son idénticos á los del *Libro de las Piedras*, conocido también por *Lapidario del rey D. Alfonso de Castilla*, de que reproducimos así mismo otra nave. Este último códice lo recomendamos muy especialmente á nuestros lectores militares y marinos, pues ha sido reproducido en 1881 con gran fidelidad y maestría foto-litográficas por el artista D. José Selfa bajo la entendida dirección de los Sres. Rodrigáñez y Fernández Montaña. Pertenece á la segunda mitad del siglo XIII y consta de 119 hojas, ó sean 238 páginas en folio, cada una con dos viñetas y dos letras capitales, alusivas aquéllas á las materias que allí se dilucidan; lo que aumenta en gran manera el interés histórico-artístico. Comenzólo el rey D. Alfonso X el año veinticinco de su reinado y lo terminó el veintisiete, y existe dicho códice en la famosa biblioteca del Escorial. La edición de Madrid, ya citada, es lujosísima y digna de ser conocida de cuantos cultivan los estudios históricos y más especialmente arqueológicos.

De un sello en cera existente en el Archivo municipal, fué copiado el bastimento que aparece en la pág. 413; y ciertamente que pone ya de manifiesto los progresos de la construcción naval, ya por lo que afecta al casco, como al aparejo de la nave, en cuya popa se echa de ver un castillo. Indudablemente es el tal barco de transporte y de mediana capacidad.

Pero más curioso, si cabe, es el *uxer* ó *ujer* que, copiado del *Atlas catalán* del siglo XV, existente en Paris, reproducimos en la pág. 413. El nombre de ujer, según el autor de los *Anales de la marina española*, se daba con frecuencia á la galera bastarda, embarcación generalmente usada en las expediciones militares de esta época; sin embargo, esta embarcación no tiene más que un palo y una vela latina, siendo así que aquélla constaba de tres y un aparejo no tan sencillo. El ujer, á lo que se vé, era un bastimento de escaso porte, destinado especialmente al comercio y con el que se efectuarían viajes exclusivamente costeando.

Algo más raro es el tipo de embarcación que, copiada también de dicha carta, ofrecemos en la pág. 419, embarcación especial de los mares de Oriente, parecida á un jonco chino y que tiene cinco palos y una vela cuadrada, al parecer tejida de esparto.

La de la pág. 425 es una carabela, bastimento acerca del que ya dijimos en otro lugar de esta obra, eran muy vagas las noticias que han podido adquirirse. El *Diccionario marítimo español* limítase á dar la siguiente definición de las mismas: «Embarcación larga y angosta, con tres palos sin cofas, una sola cubierta, espolón á proa, popa llana y velas latinas.» En documentos de este siglo se hace mención de la capacidad de algunas, por cierto variable, y en uno que más adelante reproducimos, se prueba de un modo evidente que la descripción que hace Crescencio de las mismas, es la más exacta: «Las carabelas, dice este autor, son las embarcaciones más ligeras y veloces de que se sirven los portugueses: son pequeñas: tienen cuatro mástiles; el primero, el de proa, lleva una vela cuadrada y sobre ella una de gavia, y los otros cada uno una latina. Con este velamen navegan con todos los vientos, como las tartanas francesas, y son tan difíciles al virar de bordo, que ejecutan este movimiento al remo: tienen una sola cubierta y no pueden transportar grandes cargamentos.»

Los dibujos que ofrecemos en las páginas del anterior Estudio, dibujos cuya procedencia citamos, darán al lector idea de la variedad de tales bastimentos, así como de las modificaciones introducidas en su construcción.

Escasos en verdad son los detalles relativos á construcción naval, y en verdad no deja de causar gran extrañeza la falta de ellos entre los interesantes documentos que relativos á la marina conservan nuestros archivos. Pero por los relativos al costo, aparejos, aprestos, armas, táctica y organización de las armadas en el siglo de que nos ocupamos, podrá el lector formarse exacta idea de los progresos de nuestra marina. Extractamos á este efecto tan sólo aquellos documentos que por su importancia pueden contribuir á la formación de un cuadro histórico, y en verdad que no tendrá por mal empleados el hombre estudioso los momentos que invierta en recorrer estas páginas.

Costo de una armada.—Del gasto que ocasionaba una armada á fines del siglo xv, dará una idea la «Relación del costo que tuvo la armada que se aprestó por mandato de los Reyes Católicos en la villa de Bermeo, compuesta de una carraca de porte de mil doscientos cincuenta toneles, cuatro naos de ciento cincuenta á cuatrocientos cincuenta toneles, y una carabela, de que fué general Iñigo de Artieta.»

Este documento, cuyo original figura en el Archivo de Indias, dice así: «Lo que monta en el gasto ordinario que será menester para sostener el Armada Real de sus Altezas por otros seis meses pagando los mantenimientos é vituallas é ventajas, é todas las otras cosas que fueren menester para el mantenimiento de toda la gente: E otrosí: pagando la soldada é acostamiento de la gente á razón de los Marineros á seis mil por año, é los hombres darmas á cinco mil, é pagando los salarios de las capitanías, Almirante mayor á razón de cincuenta mil por año, é á Martín Pérez de Faganza, capitán de la nao de cuatrocientos toneles á razón de treinta mil, é al capitán Antón Pérez de la Izola otros treinta mil, é al capitán Juan Martínez de Amesqueta veinte mil. E otrosí: pagando el flete de la carraca é naos á razón de ciento y veinte por tonelada más. E otrosí: pagados los salarios de los Pilotos, é Cirujanos, é Trompetas, é Capellán, é otras cosas menudas, lo cual todo es el gasto ordinario, é ya non contando peltrechos ni armas, ni pelotas, ni palas, ni azadones, ni otras muchas cosas menudas, ni pólvora, fasta que den cuenta de la que recibieron. E otrosí: non contando salarios de Receptores é otras personas, é otros muchos gastos extraordinarios que agora son fechos é después non se habrán de facer, es la siguiente...»

A continuación fíjase lo que se ha de dar por las vituallas de las tripulaciones por seis meses, contándose á razón de un ducado mensual por individuo, lo que monta un cuento (1) novecientos cincuenta y siete mil, doscientos maravedís (incluyendo en esta cantidad 78,300 maravedís *para limosnas é obras* de una iglesia en Miranda). Las soldadas de toda la gente de la Armada por igual tiempo, ascendían á dos cuentos trescientos siete mil quinientos maravedís, echándose de ver que los hombres de armas cobraban la mitad próximamente que los marineros. Variaban los salarios de los capitanes, pilotos, capellán y trompetas, ascendiendo el de Artieta á cincuenta mil maravedis por año y el de Amesqueta á veinte mil, y en junto montaban los de todas las citadas clases ciento noventa mil trescientos maravedis, en cuya cantidad se incluían 3,200 para ensebar la nave capitana.

Por lo que respecta á los fletes de la carraca y naos por seis meses, contando cada tonel (2) á ciento veinte maravedis mensuales, montaron un cuento, cuatrocientos nueve mil y seiscientos maravedis. En esta cantidad se incluye la siguiente partida cuya mención ofrece algún interés: «Débese dar al capitán Iñigo de Artieta por estos seis meses alguna cosa de su ayuda de costa por una carabela que lleva demasiado, que nosotros le dimos veinte mil é fácesele muy poco; é asi es la verdad que es muy poco para todo, como que él no puede pasar sin llevar la dicha carabela, *porque es como corredor para descubrir tierra y aun para robar si fuere menester:* 20,000.»

Resulta, pues, sumadas todas estas partidas, que el gasto ordinario de la citada armada en seis meses, ascendía á cinco cuentos ochocientos sesenta y cuatro mil novecientos maravedís.

Alardes.—La organización de fuerzas marítimas parece que fué asunto al que también consagraron su atención los Reyes Católicos, y de ella da una idea la siguiente importantísima *Real Provisión* fechada en Segovia el 4 de Julio de 1494, en la que ordenan tenga lugar en Cádiz, un *alarde* de la armada. Dice así:

«Don Fernando é Doña Isabel, etc. A vos D. Juan de Fonseca, Arcediano de Sevilla, del nuestro Consejo, salud é gracia. Sepades que Nos por algunas cosas cumplideras á nuestro servicio é al bien de nuestros Reinos é de nuestros súbditos é naturales dellos, mandamos facer é se fizo en el nuestro Condado de Vizcaya cierta armada de naos é gentes que navegasen por las mares por el tiempo é en el lugar que Nos les mandásemos, lo cual dicha armada mandamos que viniere é estoviere en la bahía de la ciudad de Cádiz fasta que Nos enviásemos mandar donde fuese é al tiempo que partieron de dicho Condado de Vizcaya, Nos mandamos que la gente que había de ir fuese é fuere en la dicha armada ficiesen alarde é se escribiesen por sus nombres: ansimismo que se escribiesen las fustas que en la dicha armada fueron, é los peltrechos, é bastimentos, é armas, é artillería, é pólvora é otras cosas nuestras que en las dichas naos é armada fueron, el cual dicho alarde se fizo. E agora nuestra merced é voluntad es que en la dicha cibdad de Cádiz, donde la dicha armada está, *se faga é tome otro alarde della*, é para ello mandamos dar esta nuestra Carta para vosotros en la dicha razón, por lo cual vos mandamos que tomedes con vos á Juan de Soria, que allá entiende en ciertas armadas por Lugarteniente de nuestros Contadores mayores, al cual mandamos que se junte con vos para ello, é ambos juntamente, é si vosotros estuviéredes ocupados en otra clase de servicio, quien vuestro poder de los dos hoviere, vayais ó envieis á la dicha Cibdad de Cádiz, donde la dicha armada de Vizcaya está, ó do

(1) Un millón.

(2) Los vizcaínos contaban por *toneles*, dice Navarrete, y los sevillanos de la carrera de Indias por *toneladas;* pero doce de estas hacian diez *toneles*, resultando un veinte por ciento de aumento en las toneladas.

quiera que estuviere en el Andalucía, é tomeis é rescibais el dicho alarde de ella: conviene á saber, qué naos é carabelas é fustas van en la dicha armada é cuyas son, é qué personas van por Capitanes é Maestres é Contramaestres é Pilotos é Marineros é otras personas de guerra de las tales naos é carabelas é fustas; é qué artilleria é tiros é armas, é almacen é pólvora, é peltrechos é bastimentos, é otras cosas están en ellas; é qué gente de armas é marineros van y están en la dicha armada, nombrándose y escribiéndose cada uno por su nombre, é faciendo é cumpliendo acerca dello las diligencias é cosas que en tal caso se requieren. *E por la presente mandamos á los dichos Capitanes é Maestres é gentes é personas suso dichas, que luego que por vosotros fueren requeridos fagan el dicho alarde é presentación ante vos ó ante quien vuestro poder hobiere á los plazos é segund é en la manera, é só las penas que de nuestra parte les pusiéredes é mandáredes poner*, los cuales Nos por la presente les ponemos é habemos por puestos, para lo cual todo que dicho es con todas sus incidencias é dependencias, anexidades é conexidades, vos damos poder cumplido, é si para lo facer é cumplir menester hobiéredes favor é ayuda, etc.»

Ordenanzas para el gobierno de una armada.—Más escasas que las noticias relativas á provisión de cargos, gastos por armamento y pertrechos y algunos otros detalles, son los concernientes á la táctica y disciplina naval en el siglo XV. En 1430 hallamos una *Ordenança que hizo el Almirante D. Fadrique para el gobierno de la Armada de su mando*, en tan alto grado interesante, que no podemos menos de hacer mención de los capítulos de más importancia.

«Primeramente, dice en el *Primero*, cuando en la galea del Almirante tocaren la trompeta é se levantare, que todas las otras galeas vayan en pós dél. E ninguno sea osado de pasar á remos ni á velas delante de la galea del Almirante nin de quedar en el puerto.»

«Otrosí, dice en el *Cuarto*, cuando en la galea del Almirante vieren una lanterna á media galea, así á remos como á velas, entiendan que llama á consejo, é vengan todas las galeas una á una, en tal manera que no se empachen con la galea del Almirante, ni las unas con las otras. E despues que hovieren fablado tírense á fuera para dar lugar á las otras. E estando las galeas al ancla é vieren una bandera á media galea, como dicho es, entiendan que llama á consejo. E venga cada patron con su cómitre en su copano (1) á la galea del Almirante. E esto mesmo fagan todos los maestres de las naos é barcas que hi estovieren é podieren venir al dicho consejo.»

«Otrosí, se lee en el *Décimo octavo*, fallando alguna flota de enemigos que sea atanta que quiera pelear, é se quiera defender, que ninguna galea non sea osada de embestir fasta que la galea del Señor Almirante embista, ó aquel que él mandare embestir.»

En el último dice: «Cada uno de los cómitres de las dichas galeas venga ó envie su copano cada tarde á la galea del dicho Señor Almirante para que le den el nombre del Santo que debe haber, puesto que las dichas galeas estén sobre ancla en cualquier lugar que sea, salvo en puerto seguro. E si vinieren á las velas que vengan á la galea del dicho Señor Almirante por el dicho nombre, saluándola, só pena de por cada vez que paguen una dobla, salvo si fuer tiempo de tormenta.»

Ninguna disposición figura en este *Ordenamiento* relativo á la táctica naval, que por lo visto adelantó poco en la Edad Media.

Almirantazgos. Data del siglo XIII, así en Aragón como en Castilla, el título de Almirante; mas en aquella nación vemos fundado el Almirantazgo como un cuerpo de la marina, en el que aparece además del jefe superior ó Almirante cierto número de oficiales: tal fundación fué debida á D. Alfonso V en 1420. En Castilla débese la creación de este título á D. Fernando III el *Santo* (2) y las prerogativas y atribuciones del Almirante fueron ampliadas por los monarcas D. Enrique III en 1405 y D. Juan II en 1416 y 1419. De todas estas cartas de merced, privilegios y confirmaciones se hicieron dar traslado los Reyes Católicos para que fueran aplicables al Almirantazgo de Indias. Estos mismos monarcas expidieron también en 4 de Noviembre de 1476, 7 de Mayo de 1479 y 30 de Julio de 1481, algunas provisiones concernientes al Almirantazgo de Castilla y en 1512 en un documento encabezado con el nombre de Doña Juana y firmado por el Rey su padre en Burgos, se fija el *Arancel de los derechos que le correspondian y había de cobrar en Sevilla el Almirante de Castilla por razón de su oficio*. La forma con que se tomaba pleito homenaje á los Almirantes hállase en las *Ordenanzas para el gobierno de la Armada* hechas por D. Fadrique Enriquez en 1430. Por lo que respecta al título de Almirante de las Indias fué expedido por los Reyes en Granada, el 31 de Abril de 1492. Dejando aparte aquellas fórmulas y repeticiones propias de estos documentos, lo más notable que en él se lee está contenido en las siguientes líneas:

(1) Era el bote ó lancha de servicio de una nave mayor.

(2) El año de 1246 creó el rey D. Fernando III de Castilla la dignidad de Almirante en cabeza de Ramón Bonifaz, caballero burgalés. *El Almirante*, dice un antiguo escritor, *es el cabdillo de todos los que van en los navios para facer guerra sobre mar: e ha tan gran poder cuando va en flota, que es asi mesmo hueste mayor como si el mesmo Rey alli fuere*. Antes que don Fadrique Enriquez, sirvieron sucesivamente este cargo las personas siguientes: el referido Ramón Bonifaz, D. Luis López de Mendoza, D. Pedro Martinez de Feé y de Santa Feé, D. Pedro Laso de la Vega, D. Payo Gómez Cherino, D. Pedro Diaz Castañeda, Nuño Diaz Castañeda, *Micer Benito Zacarías*, D. Juan Mate de Luna, D. Fernán Pérez Maimón, D. Alonso Fernández de Montemolin, D. Alvar Sáez, D. Diego Garcia de Toledo, D. Diego Gutierrez de Ceballos, Gilberto, vizconde de Castelnou, D. Alonso Infre Tenorio, D. Alonso Ortiz Calderón, Micer Gil, *Micer Ambrosio Bocanegra*, D. Fernán Sánchez de Tovar, Juan Fernández de Tovar, D. Alvaro Pérez de Guzmán, D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Ruiz Diaz de Mendoza, D. Alonso Enriquez D. Fadrique Enriquez, de quien hemos citado unas *Ordenanzas*. Micer Benito Zacarías y Micer Ambrosio Bocanegra eran italianos.

«Por cuanto vos Cristóbal Colón vades por nuestro mandado á descobrir é ganar con ciertas fustas nuestra, é con nuestras gentes ciertas islas é tierra firme en la mar Océana, é se espera que, con la ayuda de Díos, se descobrirán é ganarán algunas de las dichas islas é tierra firme en la dicha mar Océana, por vuestra mano é industria; é ansí es cosa justa é razonable que, pues os poneis á dicho peligro por nuestro servicio seades de ello renumerado, queriéndoos honrar é facer merced por los susodichos, es nuestra merced é voluntad que vos el dicho Cristóbal Colón, despues que hayades descubierto é ganado las dichas islas é tierra firme en la dicha mar Océana ó cualesquier de ellas, *que seades nuestro Almirante, é visorey é gobernador en ellas é vos podades dende en adelante llamar é titular Don Cristóbal Colón, é así vuestros hijos é sucesores en dicho oficio é cargo, se puedan titular é llamar Don, é almirante é visorey é gobernador dellas...*» Consagran aquí algunas líneas á fijar sus atribuciones y privilegios; y dicen luego: «Ca Nos por esta nuestra carta desde ahora por entónces vos facemos merced de los dichos oficios de almirantazgo, visorey é gobernador *por juro de heredad.*»

Este documento y las *Capitulaciones entre los Reyes Católicos y Cristóbal Colón* firmadas en Santa Fé á 17 de Abril de 1492 son sin duda los más importantes por lo que respecta á la dignidad y privilegios concedidos al genovés: y no se olvide que precisamente fué este pacto el que tuvo gran empeño en anular algunos años después el Rey Católico.

Pilotos.—En el Título de *Piloto mayor de la Casa de Contratación de Sevilla*, dado en Valladolid en 9 de Agosto de 1508, se consignan circunstanciadamente las funciones, deberes, goces y preeminencias de esta clase. Impulsó á dictar este documento el deseo de poner orden y concierto en los viajes que en adelante se emprendieran, asegurándose previámente de la idoneidad de los pilotos; y á este objeto escogióse á Américo Vespucio para que construyera las cartas de marear por las que debían aquellos regirse y anotar en ellas cuanto se fuera descubriendo.

Hé aquí los fragmentos más importantes de este documento, el primero de su clase: «Es nuestra merced é voluntad é mandamos que todos los pílotos de nuestros reinos é señoríos que agora son ó serán de aquí adelante que quisieren ir por pilotos en la dicha navegacion de las islas é tierra firme que tenemos á la parte de las Indias, é á otras partes del Océano, sean instruidos é sepan lo que es necesario de saber en el cuadrante é estrolabio, para que, junta la plática con la teórica, se puedan aprovechar dello en los dichos viajes que hicieren en las dichas partes, é que sin lo saber no pueden ir en los dichos navíos por pilotos nin ganar soldadas por pilotaje, ni los mercaderes se puedan concertar con ellos para que sean pilotos, ni los maestres los puedan recibir en los navíos sin que primero sean examinados por vos Amérigo Despuchi, nuestro piloto mayor, é le sea dada por vos carta de examinacion é aprobacion de cómo saben cada uno dellos lo susodicho; con la cual dicha carta mandamos que sean tenidos é recibidos por pilotos espertos do quier la mostraren, porque es nuestra merced que seais examinador de los dichos pilotos; y porque á los que no la supieren más fácilmente lo puedan aprender, vos mandamos que les enseñeis en vuestra casa de Sevilla á todos los que quisieran saber, pagándovos vuestro trabajo.»

Hé aquí, pues, una escuela de náutica á principios del siglo XVI. Mas no se limitan á esto sólo las instrucciones: encárgase además á Vespucio, que vista la diversidad de cartas de marear existentes y la variedad que en ellas se nota, que reuna todos los pilotos españoles «que se hallaren á la sazón en tierra» y en su presencia «se ordene é haga un padrón de todas las tierras é islas de las Indias que hasta hoy se han descubierto pertenecientes (dice) á nuestros reinos é señoríos, é sobre las razones é consultas dellos é al acuerdo de vos (Vespucio), nuestro piloto mayor, se haga un padron general, el cual se llame el Padron Real, por el cual se hayan de regir é gobernar, é esté en poder de los dichos nuestros oficiales (los de la Casa de Contratacíon) é de vos el dicho nuestro Piloto mayor, é que ningun piloto use de otro ningun padron sino del que fuera sacado por él so pena de 50 doblas.»

Seguidamente ordena que siempre que un piloto descubra nuevas tierras, lo anote en su carta y dé conocimiento al piloto mayor á su regreso, con objeto de que éste lo efectúe á su vez en la carta de la citada *Casa*. Se manda tambien que ningún piloto navegue sin cuadrante ó astrolabio, so pena de inhabilitación y pago de 10,000 maravedís. Y por último, concluyen estas instrucciones confirmando, según las fórmulas establecidas, el citado título de *piloto mayor* al ya mentado Américo Vespucio.

Este título va encabezado con el nombre de Doña Juana, lo firma el Rey y lo testifica Lope Cuchillos, secretario de la reina.

En 22 de Julio de 1512 manda otra Real cédula que cuiden y perfeccionen el Padrón Real para las cartas de marear Juan Vespucio y Juan Díaz de Solís. En 1515 en ocasión de las diferencias suscitadas entre castellanos y portugueses sobre la pertenencia del cabo de San Agustín, prevalece en la junta de pilotos de ambas naciones la opinión del español Andrés Morales. Por estos datos pueden inferirse el orden con que se procedió respecto á la navegación por los mares de Indias.

Aprestos navales.— Existe un documento expedido por los Reyes Católicos en Barcelona á 23 de Mayo de 1493, y dirigido á Cristobal Colón y á D. Juan de Fonseca, arcediano de Sevilla é individuo del Consejo real, que da una idea de la organización de una armada por estos tiempos. Los Reyes mandan que se fleten y compren sin pérdida de tiempo los navíos, naos, carabelas y fustas que sean convenientes para la armada con que ha de dirígirse el Almirante á la India; y que si no se hallaren por este medio los bastimentos necesarios, se tomen de cualesquiera que los tuviere, aun cuando estuvieren ya fletados, pagando á sus dueños el precio que tengan, según los contratos ó asientos

que á este efecto hagan con ellos. Seguidamente ordenan que se armen, pertrechen y abastezcan dichos buques con «armas, peltrechos é tiros de pólvora, é gente é marineros, é aparejos de marear, é oficiales que menester fueren,» tomando los pertrechos do se hallaren, previo el correspondiente pago, y «constriñiendo é apremiando á los oficiales de aquellos oficios que sean más convenientes al objeto para ir en la citada armada,» á los cuales dice será pagado el sueldo razonable y se les darán las seguridades que fueran necesarias. De todo lo dispuesto ordenan que se tome cuenta y razón y que se asiente en los libros de los *contadores mayores*, dando, empero, conocimiento de ello á Juan de Soria, *lugarteniente* de los dichos contadores. Ante éste y el teniente del escribano real se pasarán los *alardes* ó revistas para evitar fraudes ó encubrimientos, y ellos darán fe con su firma, así en libros como en libramientos, de dichos actos, mandando los Reyes á todos los que en ellos intervengan, así como á sus justicias acaten y den exacto cumplimiento á lo ordenado, so pena de privación de oficios y confiscación de bienes.

Contaduría.—La cédula que acabamos de citar, en lo que atañe á contaduría, está íntimamente relacionada con otra expedida en Barcelona el 7 de Junio de 1493 y dirigida á Bernal Díaz de Pisa, contino de la Real Casa en las Indias. Ordénanle que tome razón según la nota que firma el citado Juan de Soria, de las carabelas y navíos de la armada; de los pertrechos de todo género y armas que van en cada bastimento; de los capitanes, marineros y soldados (así de su procedencia, como del tiempo por que van pagados); de las mercaderías y vituallas que aquellos conduzcan. El Almirante hará alarde de toda la gente al tiempo que desembarcaren ante el citado contino para que vea éste la conformidad que existe entre la nota tomada por él y la relación de Soria; y además de esto se enviará á éste mensualmente relación del alarde que pasare á la gente existente en las islas y se le dará noticia de la que embarque y de la que fenezca. Tendrá Díaz un libro en que llevará cuenta y razón de las mercaderías recibidas y del oro y mercaderías enviadas, y mandará relación de éstas firmada por el Almirante. Establecerá una casa para resguardar las mercaderías desembarcadas y las que se hubieren de cargar, y los mantenimientos recibidos, se distribuirán á presencia del Almirante, pero siempre á la vista de Bernal. Por último, la citada instrucción dispone que todo lo que se hallare en los navíos no continuado en la relación de Soria se embarque y se haga de ello cargo al receptor.

Aparejos, armas y pertrechos.—El inventario de las nueve galeras que componían la escuadra organizada en 1506 por D. Fernando el *Católico* para dirigirse á Nápoles, documento á que nos referimos en las páginas consagradas á la marina de nuestro *Estudio sexto*, es sin duda alguna el que arroja más luz respecto á este particular. Por esto hemos creido oportuno insertar aquí íntegro el de la galera real, que, siendo la mayor, puede servir de norma para calcular el de las restantes, armadas y pertrechadas cada una según su porte. Además son en alto grado interesantes las noticias que, relativas á la artillería y otras armas, figuran en él.

Aparejo y útiles marítimos.—Primero: dos timones de rueda y dos de caja. It. una brújula. It. cinco anclas, que pesan todas veinticinco quintales y una arroba, y entre ellas una mayor de respeto. It. la vela mayor (llamada *artimon*) de cuarenta y siete paños; la del trinquete (llamada *bastarda*) de treinta y siete paños; y la de mesana de veintidos paños. It. ciento cincuenta remos con ciento setenta escálemos, y veinte hastillas de respeto. It. ocho banderas cuadradas de lienzo pintado con las armas reales; cuatro estandartes de lienzo pintado de verde y morado con la divisa del rey: otra bandera de lienzo con la imagen de Santiago y San Jorge: otra bandera de lienzo llamada el *tajamar*, con la cruz de San Jorge: una bandera grande de seda de raso carmesí, toda dorada con las armas reales: otra bandera semejante de lienzo pintado con las dos armas reales. It. ciento veintidos cadenas para aherrojar galeotos. It. ciento treinta y ocho argollas de grilletes. It. veinte grillos con argollas dobles y sus manillas.

Armas.—Una bombarda gruesa de hierro, toda de una pieza, que pesa cuarenta y tres quintales, con su cepo y afuste. It. doce bombardas *cervatanas* con sus cepos, horquillas y calces. It. doce pasavolantes con sus cepos, horquillas y calces. It. diez piedras para la bombarda gruesa. It. sesenta y seis pares de piedras para dos cervatanas y pasavolantes. It. doce quintales y dos arrobas de pólvora.

Item: treinta ballestas de acero con sus gafas. It. ocho ballestas gruesas de pasar, con cinco martinetes y carranquines. It. ocho cajones de flechas, los tres con sesenta y dos docenas de flechas de prueba para las ballestas de pasar, los cuatro con ciento veinte docenas de flechas de prueba para las ballestas comunes, y el otro cajón con veinticinco docenas de flechas de munición. It. cien paveses pintados con la divisa del rey. It. ocho paveses de barrera con la misma divisa. It. veinticuatro *talaurinas* (tablaxas). It. treinta y cuatro rodelas con la divisa del rey. It. ciento veinticinco lanzas *manesgas*. It. doce lanzas de hierro largas *fabudas* para proa. It. cuatro partesanas *fabudas* para popa. It. ochenta y seis lanzas entre glavis y romañolas. It. seis rajavelas. It. doce docenas de dardos *garduces*. It. ciento treinta y seis corazas. It. cien celadas, doce de ellas *fabudas* y las otras *vernizadas*.

Según las partidas de la cuenta del Tesorero real, la provisión general de pertrechos y municiones para el servicio de las nueve galeras, se reduce á los artículos siguientes: 101 quintales de pólvora; 9 bombardas gruesas; 129 piedras de bombarda, 982 piedras pequeñas, 746 corazas, 353 lasaynas, 952 corazas y cervelleras, 38 martinetes de armar ballestas, 34 ballestas de pasar, 292 ballestas viejas, 33 ballestas nuevas, 12 morteretes, 8 carranquines, 1 arco de pasar, 1,505 docenas de flechas de pasar comunes, 852 glavis, romañolas y rajavelas, 1,181 lanzas manesgas, 4 lanzas largas, 1,416 dardos *garbuces*, 6 partesanas, 426 rodelas y tablajas, 963 paveses, 1,895 remos, todos cortados en Montseny (además se recibieron de Sicilia 1,160 remos sin desbastar).

«Consta en una de las partidas de data, dice Capmany, que se gastaron doce quintales de pólvora en probar la

artillería gruesa de dichas galeras, esto es, las nueve bombardas grandes, dos veces cada una, y la otra que recibió la ciudad en trueque de la bombarda *Fungosa*, que no se pudo embarcar en galera, y en disparar trescientos treinta y tres morteretes y cervatanas al bendecir y botar al agua dichas nueve galeras.

»Según el pormenor de las cuentas de cada artículo que se pagó por el Tesorero, resulta que el gasto total que tuvo la construcción, apresto y armamento de dichas nueve galeras importó quinientos noventa y dos mil nuevecientos cincuenta y ocho sueldos barceloneses, esto es, poco más de trescientos mil reales de vellón. La compra de maderas y su conducción á Barcelona por mar y tierra, importó treinta y cinco mil nuevecientos noventa y cinco sueldos, y los jornales de constructores y operarios ciento treinta y nueve mil nuevecientos dos sueldos. A cada constructor mayor y maestro calafate, que hicieron las galeras, se regaló una copa de plata sobredorada, según costumbre, de un marco de peso: su valor ciento ochenta y ocho sueldos barceloneses.»

Como documento de igual clase, merece también citarse el inventario de la nao *San Benito*, aprestada en 1510 por los Reyes en Sevilla, y de la que se dió el mando á Pedro de Ledesma.

Aparejo.—«Primeramente, se lee, el buco del navío con todos sus aparejos de árboles é xarcias y entenas pertenecientes que adelante se declaran todo por menudo.

»Dos velas maestras viejas, del árbol mayor: item, una boneta tambien del dicho árbol: item, una vela maestra del cruiquete, con una boneta usada: item, una vela de la mesana, vieja: item, una vela de la gabia, vieja: item, tres cabos de cáñamo: item, una driza nueva: item, tres brazas nuevas: item, unos escotines nuevos: item, unas bolinas nuevas: item, un clave nuevo é dos traidos: item, cuatro anclas: item, dos bombas: item, el batan, con doce remos nuevos y cuatro viejos: item, un farol: item, un resón para batel.

Armas.—»Diez y seis pares de corazas y ocho balseras, é trece casquetes é capacetes: item, seis ballestas con sus gafas, seis docenas de pasatraños nuevos é quince docenas de saetas viejas para emplumar: item, cuatro docenas de lanzas ginetas: item, cuatro docenas de lanzas ..... (1): item, doce docenas de dardos, y un ganchio é una ..... de una fuga, etc.

Sueldos pagados.—»Pedro de Ledesma, capitan y piloto, empezó á servir en 10 de Abril de 1510. Ha de haber de sueldo, en cada mes, por capitan, é piloto é maestre, dos mil maravedís. Pagáronsele cuatro meses. Volvió en la nao de Bartolomé Díaz en siete de Julio de 1511.

Carga.—»Mil ladrillos para lastre: doscientas fanegas de trigo para sembrar: item, sesenta y seis mil clavos utoperales: quinientos setenta mil quintales y dos arrobas de xarcia labrada: ocho carretas de alquitran para la dicha xarcia: treinta esclavos negros (todo del rey): veinte pipas de harina: otras veinte: otras diez y seis.»

Otros documentos podrían citarse de esta misma clase, en los que existen detalles de algún valor, pero entre todos los que hemos tenido á la vista, y dado el limitado espacio de que disponemos, hemos creido que los dos anteriores bastaban á nuestro objeto, ya que ambos pertenecen á los primeros años del siglo XVI.

Táctica naval.—Escasos serían los progresos que la artillería aplicada á los buques introduciría en la táctica; por de pronto, y si hemos de juzgar por los pocos datos que poseemos, las bombardas figuraron entre las demás máquinas y armas arrojadizas sin introducir cambios decisivos en aquélla; lo que se comprende dado lo engorroso de su manejo y la poca precisión del tiro. Continúan figurando pues las ballestas y aún las hondas, las ollas llenas de mixtos incendiarios, las lanzas, las hachas, las guadañas, los garfios, los raja-velas, los paveses y escudos entre las ofensivas y defensivas; y como es consiguiente el combate se decide por el abordaje.

Hemos tenido la dicha de encontrar una preciosa obra de fines del siglo XIV, escrita en 1385 por el P. Eximenis, y titulada *Regiment de Princeps*, en la que por cierto se consagran algunos capítulos á la guerra marítima y el ligero estracto que de los mismos ofrecemos, no dudamos contribuirá á la par que á ilustrar esta materia, á dar á conocer á nuestros compañeros de armas una obra que hasta hoy desconocen.

La citada obra comienza en el cap. CCXXIII á tratar de cosas militares y hasta el cap. XXXVIII exclusive describe así el sistema que á la sazón se seguía en las guerras sostenidas en tierra firme, como en las marítimas. De estos capítulos el CCCXXXIII y los siguientes se hallan consagrados á estas últimas.

El autor manifiesta que las batallas por mar se libran con dos clases de bastimentos, con naves y con galeas. Con aquellas se puede aventurar el navegante más allá del Estrecho, «pasando por Portugal, Gascuña, Bretaña hasta Flandes é Inglaterra»: con las segundas se traban las batallas en el Mediterráneo, pues las galeas son bastimentos largos y estrechos, y tanto, que en tiempo revuelto hay que sujetarlas entre sí por medio de cuerdas. Deben tenerse presentes al dar la batalla diferentes avisos: 1.° aguardar que sea favorable el viento para caer sobre el enemigo y romper sus bajeles; 2.° tener gran número de pequeñas ollas llenas de estopa mezclada de pez y azufre, resina y aceite: prendese fuego á esta composición y se arroja sobre el buque enemigo; 3.° *tener muchas bombardas* (2) y poderosas ballestas; 4.° mantenerse escondido en alguna caleta y caer súbitamente sobre el enemigo; 5.° aparentar huir y cuando el

(1) Ilegible.

(2) Dato por demás curioso relativo al alcance de la artillería á fines del siglo XIV es el que hemos hallado en el capítulo CCCXII de esta obra, en el que hablando el autor de los medios de defensa del sitiado, dice: «Aconsella encare aquest mateix als assejats que ab bombardes ferissen en la mota dels assejants é majorment sis acostasen á la força (fortaleza) é que del mur los trencasen los ginys (ingenios) de fora ab les dites bombardes, é que les aguessin tal que gitassen (lanzasen) *mil ó dos mil passos ó ultra* lo loch on seria lo setje asitiat (es decir, que lanzasen la pelota á mil ó dos mil pasos ó mas allá del lugar donde se hallare colocado el sitiador).

enemigo ande más engolfado en la persecución, regresar protegidos por la noche; 6.° dar al viento falsas señeras (cuando el capitán se crea poderoso) y tener agrupados los bastimentos para engañar al enemigo; 7.° engañarlo con respecto al rumbo; 8.° procurar en el combate internarse lo posible en el mar y acorralar á todo trance al enemigo contra la tierra; 9.° atar al palo mayor una gran biga cuyas extremidades estén reforzadas con hierro, que así podrá servir de ariete como de martillo y en caso necesario se utilizará para varar la nave propia; 10.° tener gran acopio de saetas en cuya punta pueden ponerse composiciones incendiarias para quemar las velas.

Hé aquí los consejos que se dan en el Cap. cccxxxiii: Si las galeras han de combatir con naves fuertes, altas y bien aparejadas, dice que debe prenderse fuego en la galera más vieja ó en sus bateles y una vez presas de las llamas aproximarlos por medio de cuerdas á una nave. Cuando numerosas galeras quieran apoderarse de multitud de naves, debe comenzarse por las de más pequeña capacidad para atacar seguidamente á las mayores. Aconseja vayan los bastimentos provistos de grandes botijos y ollas de agua y que se distribuya convenientemente la carga. Llevaránse también otras ollas llenas de serpientes y de otros reptiles venenosos para lanzarlos contra el enemigo, y también segures y guadañas para cortar las cuerdas de la nave enemiga; ganchos para aferrarse á ella. Lanzaránse contra el enemigo ollas con cal pulverizada para que les ciegue y ollas con polvo de jabón para que resbalen sus piés. Confiaráse á excelentes nadadores la tarea de lanzarse tras el bajel contrario, abrir agujeros en su casco debajo de la línea de flotación para que aquel se hunda en las aguas; sistema gracias al cual fué hecho prisionero Cárlos de Anjou por Roger de Lauria, el almirante de Pedro el *Grande*. Recomiéndase eficazmente se tenga buena provisión de punzones, uno de cuyos extremos esté provisto de bola de plomo para arrojarlos en el instante del abordaje durante el cual se confiará á cierto número de marineros el cometido de cortar con hachas los puños, piés y cabeza de los que traten de asaltar la nave.

No menos interesante que el que acabamos de extractar es el capítulo siguiente. En él se dan al Príncipe varios consejos, entre los cuales merecen ser conocidos los que continuamos:

Que sea el capitán hombre de seso, valor y tacto; que tenga buen personal y excelentes pilotos; que cuente con el número necesario de gente de armas, sobre todo ballesteros y aún honderos. Antes de darse á la mar el Príncipe debe conocer las fuerzas del enemigo y saber cómo ha de gobernar y distribuir las propias. Para que de noche no se extravíen los bajeles, indica qué clase de señales empleará la capitana y cuáles deben adoptarse para imprevistos casos. Para la ordenación en batalla la capitana irá en el centro y á ella deben servir de guarda las restantes. Esperarán que el viento sea favorable para atacar; y si se embiste con naves, hinchadas las velas, viren sobre la izquierda de las galeras y bajeles contrarios (sobre todo de los que estén atados) rompan algunos, y alcancen á los separados obligándoles á someterse: en este caso deben lanzarse piedras y saetas en gran número. Antes de la batalla destáquense algunas galeras que permanecen de reserva, á la mira de las que necesiten ayuda para acudir velozmente al peligro. La distribución de la gente es: de los cuatro condestables de la galera, dos en popa y dos en proa, cada uno con veinticinco hombres escogidos. Los cuarenta ballesteros distribuídos en las bandas: el patrón en la popa: el cómitre y el timonero tendrán dos suplentes, para que les reemplacen caso de muerte ó herida. El patrón ordena quiénes deben estar en la popa, proa y centro de la nave, y nadie puede moverse de su puesto. Ocupa aquél la popa bien acompañado por ser el puesto de más peligro y ordena que dos sirvientes vayan distribuyendo los viratones. Las dos galeras de guardia cuidarán de evitar toda sorpresa: presas éstas, estará la flota en gravísimo peligro. El alguacil de cada galera cuida de que se efectúe el servicio de vigilancia así diurna como nocturna; el naochero lleva cuenta del tiempo. Al venir á batalla se proveerá de ropa á los galeotes: el patrón, cómitres, naocheros, etc., etc., llevarán sus arneses propios. Se empavesará la nave, dando á cada banco dos paveses. Se distribuirán 30 lanzas y 20 cuchillas y hoces por banda y se cargará la *bombarda sorda*. Pondránse junto á ella algunos encargados de armar las ballestas de torno. Confiaránse á tiradores escogidos el cometido de disparar sobre los timoneros y cómitres enemigos que, rodeados de los mejores combatientes, están en la popa. Antes que otra galera refuerce á la que es atacada, procurárase rendirla á todo trance, lanzando contra ella toda clase de proyectiles y disparando las bombardas y ballestas de torno. Para evitar confusiones dése un nombre especial á cada banda del buque (1). Así que las galeras se embistan, el cirujano (*barber*) y su ayudante (*fadrí*) deben hallarse bajo cubierta para auxiliar á los heridos: tendrán dispuestos huevos, estopa y vendas y herramientas para arrancar viratones. Los heridos serán conducidos por la puerta de popa y así que estén remediados volverán si pueden á su puesto. Por último; si la batalla es real, el botín que cada combatiente recoja, es suyo; si no del señor; excepto la ropa de uso que es del que de ella se apodere, si es que no hay en ella oro ni plata, mas de la misma tiene la tercera parte el cómitre, á quien pertenece la vela de la fusta presa.

A pesar del tiempo transcurrido desde la fecha en que ésto se escribió al periodo que acabamos de reseñar, poco más de un siglo, no es fácil que la táctica naval sufriera gran alteración. La reducción del calibre de las piezas aligeraría quizás un tanto las naves y entorpecería menos la maniobra; pero es dable suponer que el sistema de combatír fuera el mismo. Embestíanse entre sí las capitanas, y á su alrededor trababan las demás el combate, considerándose la victoria ó derrota de aquella como decisiva para la suerte de la batalla. Mas que de las maniobras, dependía el

(1) Segun el autor dice en otro capítulo de la obra, los catalanes, para evitar confusiones en el momento del combate, daban á la banda ó costado derecho del buque, el nombre de *Santa María* y al izquierdo el de *San Jorge*: «y esto se ha ordenado, dice, por tal que prestamente cada uno sepa donde ocurre mayor necesidad.»

éxito, del valor, número y armamento de los combatientes; pues aferradas las naves, la lucha se entablaba en idénticas condiciones que en tierra firme.

Cristóbal Colón (pág. 421).—El inmortal descubridor del Nuevo-Mundo vió la luz en 1435, en una aldea inmediata á la ciudad de Génova. Su cuna fué humilde, pero la misma pobreza que la rodeaba, avalora más los esfuerzos de su buen padre que, haciéndose superior á las estrecheces del presente, no vaciló en fomentar las buenas disposiciones de aquel niño con objeto de poder asegurar su porvenir. Y por cierto que éste correspondió con creces á sus desvelos y sacrificios. Dotado de un carácter laborioso y grave, Colón demostró desde la edad más tierna, poco apego á los juegos y á los placeres, y especialísimo amor al estudio de las ciencias, asegurándose que á los diez años sabía ya leer, escribir, contar y dibujar. Estos elementales conocimientos los amplió y perfeccionó en Pavía, en cuya célebre Universidad cursó latín, filosofía, astronomía y náutica. Mas ni los precarios recursos de su padre, ni las inclinaciones del adolescente, le permitieron prolongar su estancia en Pavía, y á los catorce años, llevado el joven por su afición á las cosas del mar, deja las aulas por la cubierta de un navío. Era aquella una época de gran fermentación en Italia; las repúblicas marítimas, enriquecidas por el comercio con los pueblos levantinos, rivalizaban entre sí, figurando sus flotas como aliadas en las contiendas de poderosos príncipes; y entre todas las carreras alcanzó la del marino cierta importancia y brillo que influyeron muy especialmente en las vocaciones de la juventud. Muy dado Colón á empresas aventuradas y extraordinarias, embarcóse con el beneplácito de sus padres y comenzó á navegar por las costas del Mediterráneo, siendo tan notables sus progresos en la carrera, que antes de quince años ya dirigía un bastimento. Es bastante oscuro este periodo de su vida, pero á juzgar por escritos de Colón, redactados en época posterior, visitó el Oriente, surcó el Atlántico é hizo varios viajes á Inglaterra, Portugal, costas de Guinea é islas adyacentes y quizá la apartada Groedlandia. Ello es que á la edad de cuarenta años, según sus mismas palabras, conocía ya «todo lo que se había navegado hasta su tiempo.» Su reputación de hábil navegante debía estar muy bien sentada, pues en 1474, su patria le confió el mando de una escuadra al servicio de Luis XI, en la guerra que sostuvo este príncipe con España, y el mismo mando tuvo en la lucha que su patria sostuvo con Venecia y en la que se halló próximo á perecer. Después de acontecimientos de tanta monta, extraño nos parece no ver elevado al insigne navegante á una jefatura que fuera digna recompensa de sus méritos. Pero el estado social de la época presenta con frecuencia bruscos y raros contrastes. Vemos á Colón domiciliado en Lisboa, donde contrajo matrimonio con la hija del marino y geógrafo Palestrello, llevando una existencia laboriosa y modestísima, pues así él como su mujer carecían de fortuna. Colón fabricaba globos terrestres y cartas geográficas, con los productos de cuya venta atendía á sus necesidades, pero no descuidaba por eso los trabajos científicos ni dejaba de mantener relaciones con los geógrafos y marinos más distinguidos de Portugal é Italia. Escribía con frecuencia á Martín Behaim y al célebre astrónomo florentino Toscanelli, y á juzgar por estas cartas data quizá de esta fecha la grande idea de encontrar una ruta por el Oeste para poner en comunicación Europa y Asia. Colón participaba de la opinión de Aristóteles, relativa á la distancia que separaba uno de otro continente. Por otra parte los colosales esfuerzos de la nación portuguesa, anhelosa de arrebatar á los venecianos el comercio con el Oriente y las noticias que los más recientes descubrimientos procuraron, contribuyeron á que se arraigara poderosamente en su ánimo la convicción de que al otro lado del Atlántico existían los países que los portugueses buscaban en vano, costeando el Africa. Resuelto estaba para Colón el problema en la esfera de la teoría, y faltaba sólo llevarlo á su realización. Mas ¿á quién confiar tan atrevido pensamiento?... El primer paso lo dió Colón como buen patriota cerca de la república de Génova, pero Génova era eminentemente mercantil, fría y calculadora, y poco dada por consiguiente á las aventuras. Y lo propio hizo Venecia. Hay quien supone que Colón ofreció antes sus proyectos á Portugal, mas sea de ello lo que fuere, cuando el genovés acudió á Juan II, que reinaba á la sazón en este país, halló algo peor que una negativa, y fué la perfidia del monarca, que entreteniéndole con vanas palabras, hizo partir una carabela con el objeto de anticiparse al sabio navegante: empero las tempestades dieron cuenta de aquella embarcación, y Colón después de aquel nuevo desengaño, decidióse á marchar á España. Ya nada podía retenerle en aquel país, pues su esposa acababa de morir, y meditabundo y desalentado emprendió á pié su viaje sin otro compañero que su hijo Diego, á la sazón de diez años de edad. ¡Triste destino el de aquel hombre ya entrado en la edad madura y por añadidura pobre, vagando de una en otra nación en busca de un apoyo para realizar el más hermoso sueño de su vida! Y por cierto que llegaba á España en ocasión poco oportuna, pues hallábase ésta á la sazón ocupada en rendir el reino de Granada y concluir para siempre con la dominación de los árabes en su suelo.

Después de algunos días de viaje, Colón se detuvo á media legua del puerto de Palos, junto á los muros del convento de Santa María de la Rábida, en cuya puerta imploró una limosna. Un pobre fraile salió á recibirle y le acogió en el monasterio, no sin oir con asombro las palabras de aquel hombre que revelaba inteligencia altísima y conocimientos extraordinarios. Fué el primero que escuchó absorto lo que tantos poderosos habían oído con la sonrisa de la duda; aprobó el plan é hizo más aún, lo apadrinó; ofreció á Colón encargarse de la educación del niño Diego y le dió una expresiva carta para el confesor de la Reina Doña Isabel, Fray Hernando de Talavera. En verdad que es de admirar la fe y la caridad del buen fraile en aquella época de atraso y de egoismo. Mas por desgracia no iban á verse realizadas muy en breve las risueñas esperanzas que Colón y su protector abrigaron en la Rábida. Ocupa-

dos los reyes en la empresa de Granada, no prestaron atención á los planes del genovés y éste tuvo que resignarse otra vez, y establecido en Córdoba consagrarse á sus antiguos trabajos para atender á la subsistencia. Allí entabló relaciones con algunos personajes, algunos de los cuales parece ser que apadrinaron eficazmente sus proyectos; pero no es menos cierto que Colón hubo de pasar ocho años en la situación de postulante. Algunas oscuridades y confusiones se advierten en la vida de Colón, en el periodo comprendido desde que entró en España hasta que emprendió su primer viaje. Por de pronto importa consignar que el prior de la Rábida, Fray Juan Pérez y el *buen astrólogo* Fray Antonio de Marchena no son un mismo personaje, sino dos muy distintos, como ya lo sospechó Navarrete y como lo da á entender Las Casas. Pero más importante es si cabe, desvanecer el error en que han incurrido hasta aquí los más de los historiadores y novelistas, al confundir lastimosamente las *Conferencias de Salamanca* con la *Junta de letrados, sabios y marineros* que el prior de Prado, Fray Hernando de Talavera, reunió en Córdoba por mandato de los mismos Reyes Católicos. El Sr. D. R. T. Pinilla, en un erudito estudio titulado *Cristóbal Colón y las Conferencias de Salamanca* ha probado muy recientemente, sin que quepa ya duda alguna, que estas se concibieron, prepararon y se verificaron por la iniciativa y bajo la dirección del ilustre Deza, al intento de desvirtuar y contrapesar el efecto que había producido en el ánimo de los Reyes el informe de la Junta de Córdoba, contrario de todo en todo á la empresa del marino genovés; y que se celebraron con posterioridad á la junta durante el invierno de 1486 á 1487, aprovechando la estancia de los Reyes y de su corte en Salamanca (1). Tan famosas Conferencias distan mucho de ser lo que de ellas se ha escrito, y documentos irrefutables atestiguan ya de cuánto les son deudoras la empresa de Colón y su misma persona, lo propio que al ilustre Fray Diego de Deza, catedrático de aquella famosa universidad.

Obligados á descartar de las biografías que en esta Sección ofrecemos, todos aquellos hechos que, por ser del dominio de la historia general, forman ya parte integrante de los respectivos Estudios, haremos sólo mención de los viajes que allí narramos, no sin consignar antes que á los diez y ocho años de concebir su proyecto y á los ocho de haber dejado el monasterio de Palos, cuando contaba ya cincuenta y seis de edad, Colón firmó en Santa Fé (17 de Abril de 1492) el tratado con el Rey Católico, en virtud del cual se le nombraba Almirante de las tierras que pudiera descubrir, dignidad que debía transmitirse á sus herederos. Tres meses y medio después (3 de Agosto de 1492) Colón partía del puerto de Palos con las carabelas *Santa María*, *Pinta* y *Niña*.

Este primer viaje duró siete meses y medio, durante los que descubrió las islas de San Salvador, Concepción, Gran Exuma, isla Larga, islas Mucaras, Cuba y Santo Domingo. Su llegada á la patria fué un solemne triunfo, su nombre fué aclamado por Europa entera, y los Reyes, entre otros títulos y mercedes, diéronle por divisa de su escudo estas palabras: *A Castilla y á León nuevo mundo dió Colón.*

Partió Colón en su segundo viaje, del puerto de Cádiz, en 25 de Setiembre de 1493, y regresó al mismo el 11 de Junio de 1496, descubriendo durante el mismo las islas Dominicas, Marigalante, Guadalupe, Montserrat, Santa María, San Martín, Santa Cruz, Puerto-Rico y Jamáica, y efectuando un nuevo reconocimiento de Cuba y Santo Domingo. Este segundo viaje no despertó el entusiasmo que el primero. La frialdad, la envidia y la ambición frustrada contribuyeron aunadas á que el recibimiento no estuviera á la altura de sus méritos y trabajos.

Hízose el Almirante á la vela para su tercer viaje el 30 de Mayo de 1498, y este viaje, aunque de corta duración, enriqueció al mapa con los nombres de la Trinidad, el golfo de Paria, las costas de Cumaná y las islas Tabago, Granada, Margarita y Cubaga. Nuestros lectores recordarán que Colón, villanamente calumniado, regresó á España cargado de cadenas y tratado como un vulgar criminal.

Vuelto al favor de los Reyes, ante los que fácilmente justificó su conducta, Colón emprendió su cuarto y último viaje en 9 de Mayo de 1502, llevando consigo á su segundo hijo Fernando, fruto de nuevo matrimonio. Las peripecias de este viaje ya las hemos detallado. A él se debieron los descubrimientos de las islas de los Caimanes, Martinica, Limonares, Guanaja, las costas de Honduras, de los Mosquitos, de Nicaragua, de Veragua, de Costa-Rica, de Puerto-Bello y Panamá, y las islas Mulatas y golfo de Darién.

Colón pisó de nuevo el suelo de España el 7 de Noviembre de 1504 y falleció año y medio después, el día 20 de Mayo de 1506, en Valladolid y á la edad de setenta años, pronunciando estas palabras: «Señor, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.»

Para apreciar en su justo valor las admirables dotes de este varón eminentísimo, y más especialmente la rectitud de su conciencia y la nobleza de su corazón, basta hojear sus cartas y otros papeles redactados de su mano. En ellos brilla siempre la serenidad de su espíritu sobre toda otra cualidad, resultando á nuestro modo de ver uno de los hombres más eminentes de un tiempo que tan grandes los tuvo, aunque no tan perfectos. Aprécienlo sino nuestros lectores por la siguiente copia (2) de un papel, de mano del Almirante, escrito al parecer cuando le trajeron preso co-

(1) En 1876 un distinguido amigo nuestro que tuvo ocasión de visitar la sala en que se celebraron las citadas conferencias, hallóla convertida poco menos que en estercolero. Durante algunas horas efectuaban en ella el ejercicio los soldados.

Ignoramos si habrá llegado á realizarse el propósito de restaurarla, mas no es de presumir dado el abandono en que se tienen muchos monumentos no menos importantes.

(2) «Este documento, dice el escritor citado, que hemos visto original de propia mano del Almirante, nos parece una minuta ó borrador de la carta que escribiría á algunas de las personas que le favorecían en la córte interesándolos en su desgracia; pero no se designa quiénes fuesen.»

pia que el Sr. Fernández de Navarrete efectuó directamente del original existente en el Archivo del Duque de Veraguas. Dice así:

«Señores: Ya son diez y siete años que yo vine servir estos Príncipes con la impresa de las Indias: los ocho fuí traido en disputas, y en fin se dió mí aviso como cosa de burla. Yo con amor proseguí en ello, y respondí á Francia y á Inglaterra y á Portugal que para el Rey é la Reina, mis Señores, eran esas tierras é Señoríos. Las promesas no eran pocas ni vanas. Acá me ordenó nuestro Redentor el camino.—Allá he puesto so su Señorío más tierra que non es Africa y Europa, y más de mil y sietecientas islas, allende la Española que boja más que toda España En ellas se cree que florecerá la Santa Iglesia grandemente.—Del temporal se puede esperar lo que ya diz el vulgo.—En siete años hice yo esta conquista por voluntad divina. Al tiempo que yo pensé de haber mercedes y descanso, de improviso fuí preso y traido cargado de fierros, con mucho deshonor mio y poco servicio de SS. AA.—La causa fué formada con malicia. La fe de ello fué de personas civiles (1), y los cuales se habian alzado, y se quisieron aseñorear de la tierra. La fe y este que fué á esto, llevaba carga de quedar por gobernador si la pesquisa fuese grave. ¿Quién ni á dónde se juzgará esta por cosa justa? Yo he perdido en esto mi juventud, y la parte que me pertenece de estas cosas, y la honra dello; mas no fuera de Castilla adonde se juzgarán mís fechos, y seré juzgado como á Capitán que fué á conquistar de España fasta las Indias, y non á gobernar Cibdad ni Villa ni Pueblo, puesto en regimiento, salvo á poner so el Señorío de S. A. gente salvage, belícosa y que viven por sierras y montes.—Suplico á vuestras mercedes que con zelo de fidelísimos cristianos y de quíen S. A. tanto fian, que miren todas mís escríturas, y como vine á servir á estos príncipes de tan lejos, y dejé mujer y fijos que jamás ví por ello y que agora al cabo de mi vida fuí despojado de mi honra y de mi hacienda sin causa; y que en ello ni se guardó justicia ni misericordia. Dije misericordia y non se entiende de S. A. porque no tienen culpa.»

Esta carta retrata con gran fidelidad todas las amarguras que acibararon los últimos años de aquel grande hombre. Las privaciones y sinsabores que pasó en su último viaje quebrantaron su vigorosa naturaleza y abatieron un tanto su espíritu. El mismo nos da cuenta de unas y otras en la carta que escribió á los Reyes en Jamaica el 7 de Julio de 1503, carta en la que campea el sentimiento religioso. Estenuado cierto día por la fatiga, se duerme gimiendo y oye una voz que le dirige palabras de consuelo. «¡Oh estulto y tardo á creer y á servir á tú Dios. Des que naciste siempre él tuvo de tí muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fuera contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son parte del mundo tan ricas, te las dió por tuyas, tú las repartistes adonde te plugo y te dió poder para ello... Tórnate á él y conoce tu yerro, su misericordia es infinita: tu vejez no impedirá á toda cosa grande... Tú llamas por socorro incierto ¿quién te ha aflijido tanto y tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que dá Dios no las quebranta, ni dice despues de haber recibido el servicio que su intencion no era esta y que se entiende de otra manera... él va al pié de la letra: todo lo que promete cumple con acrecentamiento.....» Y ya medio despierto oyo Colón: estas frases: «No temas, confia: todas estas tribulaciones están escritas en piedra marmol y no sin causa.»

Estas revelaciones pintan perfectisimamente la fisonomía moral de Colón: por lo que atañe á su retrato físico, el autor de la *Historia general de Indias* nos dice que «era de buena estatura y aspecto, más alto que mediano y de recios miembros, los ojos vivos y las otras partes del rostro de buena proporción, el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa,» y el de la *Historia general de las Indias Occidentales* se expresa en estos términos: «Fué Cristóbal Colón alto de cuerpo, el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca que tiraba á rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se tornaron canos, y era gracioso y alegre, bien hablado y elocuente.» Este retrato concuerda con el que hacen D. Fernando Colón, quien añade: «En el comer y el beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente.»

Tal es el retrato que del insígne Almirante nos han dejado sus coetáneos. El autor de la *Historia de los Reyes Católicos* viene á completarlo con estas palabras, digno final del elogio que hace de tan celebrado varon: «Ya le consideremos en su vida pública, ó ya en la privada, siempre aparece ante nosotros con el mismo noble aspecto; su carácter estaba en perfecta armonía con la grandeza de sus planes, y los resultados de todo fueron los más grandiosos que el cielo haya concedido realizar á un mortal.»

Dejó Colón dos hijos; el primero llamado Diego, el segundo Fernando, habido en su segundo matrimonío El primero fué quien le sucedió en sus dignidades y estados, mas estos no se perpetuaron en sus herederos pues habiéndose opuesto Carlos I á la sucesión del hijo de Diego y desterrado este, accedió á permutar sus derechos por otras rentas y estados en Castilla. Sus descendientes llevan hoy el titulo de duque de Veragua.

Vasco de Gama (pág. 437).—Este ilustre navegante nació en el año 1469 en Sines (pueblo de la costa, en la provincia de Alentejo) de una familia de noble linaje. No se tienen notícias relativas á la época de su mocedad, más se conjetura hubo de practícarse en la navegación por los mares de Africa, á la sazon muy frecuentados por sus compatriotas; fácil es suponer que gozara de excelente reputación, cuando en 1487 el rey D. Juan II le confió el

(1) *Fe* está usado aqui por el testimonio ó certificación que se da de ser cierta alguna cosa; y *civil* por el que es de baja condición y procederes.

mando de la flota que debía proseguir los descubrimientos desde el punto en que los dejara Bartolomé Díaz. Empero, la muerte del monarca impidió que se diera á la mar la expedición ya organizada, y sólo algunos años después, reinando D. Manuel el Afortunado partió Vasco del puerto de Lisboa (8 de Julio de 1497), y siguiendo la ruta de sus antecesores llegó al cabo de Buena Esperanza después de cuatro meses de navegación: montó este cabo el día 20 de Noviembre y el 17 del siguiente mes tocó en la isla de Santa Cruz donde terminó Diaz sus descubrimientos. Por este lado es donde la costa oriental de Africa principia á dirigirse hácia el Norte y es por donde los portugueses entraron por primera vez en el mar de la India. Vasco de Gama trataba de encontrar los países que Covilham había reconocido y no quiso en su navegación perder de vista la tierra; pasó entonces por delante de Natal y á principios de Marzo llegó á la isla de Mozambique. El rey de esta isla le facilitó pilotos para que le guiasen en su navegación, mas parece que estos trataron de engañar á los portugueses, pues les llevaron á la tierra de Mazamba, muy cercana á la tierra firme de Etiopía. Descubierto el engaño, Gama, valiéndose de un moro de confianza, pudo arribar á Melinda, correr la costa del Malabar y fondear el 18 de Marzo de 1498 en Calicut. Allí fué favorablemente recibido y aun obtuvo del soberano una carta en la que se prometía á los portugueses poder comerciar en aquellas mares. Empero, el recelo que despertó la presencia de Gama entre los mahometanos que monopolizaban el comercio y ejercían gran influencia en aquella corte, obligóle á retirarse apresuradamente á sus buques, y á regresar á Portugal, cuya tierra pisó en 15 de Julio de 1499. Después de los descubrimientos de Colón, este viaje es el más grande acontecimiento marítimo del siglo XVI.

Gama fué acogido con gran entusiasmo por sus compatriotas, y se vió recompensado por el monarca con el título de su Almirante de Indias y con otros importantes privilegios. Su segundo viaje tuvo lugar en 1502 y en él logró ya fundar establecimientos en Mozambique y Sofala, é imponer respeto á los indios, castigando de un modo sangriento á los habitantes de Calicut por la matanza de algunos comerciantes portugueses. Seguidamente entró en tratos con el Zamorín y estableció la primera colonia portuguesa en aquel territorio, por manera que esta segunda expedición no dejó de ser positiva en resultados para su patria. Y sin embargo; al regresar á ella de su segundo viaje en 1503, la acogida que le hicieron sus compatriotas fué parecida á la que halló Colón en idénticas circunstancias en España. Largos años permaneció Gama en el retiro á que le relegaron el olvido y la ingratitud; mas por fin, D. Juan III le confirió en 1524 el mando de una nueva expedición y le dió el título de su Virey en la India. Partió entonces al frente de la flota, llegó sin novedad á este país y halló la muerte á los tres meses de haber desembarcado en Cochín, precisamente cuando se hallaba entregado á la organización del gobierno de los establecimientos portugueses. Su cuerpo quedó depositado en aquella colonia hasta el año 1538 en que fué trasladado con gran pompa á Lisboa.

Se han ocupado de tan ilustre navegante, entre otros, Barros, López de Casthaneda, Faría y Souza. Hace ya algunos años pudo encontrarse en una biblioteca de Oporto el *Diario* de un compañero de Gama y traducido al francés la hallarán nuestros lectores en la obra *Voyageurs anciens et modernes* publicada por Charton.

Sello y firma de Doña Isabel I (pág 441).—Aparece la Reina sentada en un sitial de góiico estilo, sosteniendo con la siniestra mano el globo y teniendo junto á sus rodillas el escudo cuartelado con los emblemas de Aragón y Castilla. La leyenda dice: *Elisabet, Dei gratia, regina Castelle, Legionis, Aragonum, Sicilia.*

Relieve (pág. 442).—Obra del distinguido escultor catalán D. José Llimona, el relieve que reproducimos en la citada página está destinado á la decoración del soberbio monumento que en la actualidad levanta Barcelona al famoso navegante genovés y representa la solemne audiencia que le dieron los Reyes Católicos, audiencia en que, ante numeroso público, Colón dió cuenta de los descubrimientos que debían inmortalizar su nombre.

Colón en el puerto de Palos (lámina suelta, pág. 424).—Al finalizar el siglo XV ofrecen las costas andaluzas un espectáculo por demás animado. De la costa de Sevilla á la de Cádiz, apréstanse pequeñas expediciones para las inmediatas de Africa y los esforzados habitantes de las poblaciones situadas en aquélla, como Palos, Huelva y Lepe atraviesan el Estrecho y navegan hasta las Canarias y el golfo de Guinea. Estaban á la sazón dichas villas habitadas en su mayoría por gente marinera y por ricos armadores, entre los que sobresalían los Pinzones, grandes hombres de mar y acaudalados vecinos, cuyo nombre va asociado á importantes empresas. Palos, situada en una cañada de mucha extensión sobre terreno arcilloso, era una reducida villa á media legua de la cual se encuentra el que fué convento de la Rábida, en que halló el genovés asilo y protección á su llegada á España. Y allí sin duda trabaría amistad con aquellos marinos que le hicieron afirmar más y más, gracias á las vagas noticias y referencias adquiridas en sus navegaciones, en la creencia de encontrar el camino de la India por el Oeste.

En aquella villa marítima debía también aprestarse la reducida flota con la que descubrió el nuevo continente, y á ello debe Palos un nombre célebre en la historia, pues va asociado al de un acontecimiento por tantos conceptos famoso. Para organizar la flotilla destinada á transportar á Cristóbal Colón, dieron los Reyes una *Provisión* con objeto de que los de Palos procuraran dos carabelas, provisión dirigida á Diego Rodríguez Prieto y á sus compañeros y vecinos, y fechada en Granada á 30 de Abril de 1492. Estaban los de Palos condenados por el Consejo real á servir á los monarcas durante doce meses con dos carabelas armadas á sus costas y expensas á causa de «algunas cosas fechas

é cometidas en deservicio de aquellos,» y teniendo esto en cuenta dicen los Reyes: « Agora or cuanto Nos habemos mandado á Cristobal Colon que vaya con tres carabelas de armada, como nuestro Capitan de las dichas tres carabelas, por ciertas partes de la mar Océana, sobre algunas cosas que cumplen á nuestro servicio; é Nos queremos que lleve consigo las dichas dos carabelas con que así nos habeis de servir: por ende Nos vos mandamos que del dia que con esta nuestra carta fuéredes requeridos fasta diez dias primeros siguientes, sin nos mas requerir é consultar, ni esperar, ni haber otra nuestra carta sobre ello, tengais adreszadas é puestas las dichas dos carabelas armadas.» El sueldo que Colón ha de pagar á la gente se consigna será por cuatro meses y al precio que se pagaren en la carabela que para completar la flotilla le da el Rey, es decir, la soldada que comunmente se acostumbraba en aquella costa á la gente de mar.

Este documento fué presentado por Cristóbal Colón á los Alcaldes y Regidores de Palos el 23 de Mayo de 1492. Acto seguido dispusieron lo necesario para fletar las dichas carabelas: y á los 3 días del mes de Agosto «un viernes, antes de la salida del sol» levaron anclas las tres naves. Ciento veinte hombres, repartidos en tres pequeños bastimentos, la *Santa María*, la *Niña* y la *Pinta*, y confiados en una ciencia en que no todos podían tener fe se aventuraron á surcar aquel mar por tanto tiempo considerado como innavegable, aquel Océano tenebroso, lleno de aterradoras tradiciones, tan inmenso y tan solitario.

Una compacta multitud cubría en aquellos momentos la playa; los vecinos que acudieron á despedir á sus deudos y á sus amigos, muchos curiosos, no pocos marinos experimentados y en lugar preferente algunos frailes, Fray Juan Deza entre ellos, ansiosos de ver realizada la empresa de su ilustre huésped.

A las ocho de aquella mañana la flota dibujábase en el horizonte y se perdía en breve á la mirada atónita de los habitantes de Palos.

Fragmento de un Atlas de principios del siglo XV (lámina suelta, pág. 416).—Ignórase por qué conducto pudo pasar este *Atlas* á poder de nuestros vecinos de allende el Pirineo, y es probable que nos fuera arrebatado cuando la guerra de la Independencia; pero bien podemos no dolernos de esta pérdida, ya que gracias al celo de hombres doctos poseemos hoy una excelente reproducción, debida á los Sres. Buchon y Tastú y publicada en las *Notices et extraits des manuscrits*, tomo XIV, pág. 1 á 152, acompañada de una minuciosa descripción. El original consérvase, según digimos en el texto, en la *Bibliothèque national* y se compone de seis hojas encoladas sobre tablillas de madera, y reunidas en forma de libro; cada una de cuyas tablillas mide 26 pulgadas 10 líneas españolas de alto por 10, 3 de ancho, mas téngase presente que las tablillas son doce, y para formar cada mapa hay que reunir dos tablillas. En realidad sólo puede darse el nombre de mapas á los cuatro primeros, pues los dos restantes son un resumen de los conocimientos cosmográficos y astrológicos de la época. Aquellos son cartas hidrográficas planas, en las que aparecen las partes del mundo conocidas, y tanto como es de admirar su exactitud en ciertas regiones, sobre todo en las costas del Mediterráneo, y en las occidentales de Africa y Europa hasta el Canal de la Mancha, choca la falta de semejanza á medida que la mirada se dirige á los países del Norte, menos frecuentados y conocidos. Las leyendas por otra parte, están borrosas y es tan difícil hallar la correspondencia de aquellos nombres con los modernos, que el mismo Buchón se limitó á poner la sinonimia de los más fáciles. Muy de lamentar es que un erudito escritor catalán, docto académico de la de Buenas Letras de Barcelona, D. José Antonio Llovet, no prosiguiera el magnífico trabajo que emprendió, relativo á estos mapas y en el que ofrecía presentar la sinonimia de los nombres más desfigurados y rectificar los errores geográficos, trabajo de que es por cierto merecedor tan importante monumento.

Obligados á circunscribirnos á la descripción de uno de sus fragmentos, nos concretaremos á dar cuenta del contenido de nuestra lámina suelta, que representa la mitad tan sólo de una de las hojas ó mapas citados reducido á los 2/5 de su tamaño. Conveniente es, empero, advertir que la tercera hoja de este Atlas, cuya mitad ofrecemos, es, según el Sr. Fernández Navarrete, *la misma, al parecer que se hallaba en la Cartuja de Val de Cristo*, es decir, la que en 1804 vió el Sr. Villanueva en el citado monasterio y en la que de igual modo estaba marcado el viaje de Ferrer en 1346, llevando el mapa la fecha de 1413. Esto induce á creer que la primera carta del *Atlas* es idéntica á la que examinó y describe Villanueva.

En esta hoja empieza la parte geográfica del *Atlas* y en el trozo que reproducimos aparecen la península ibérica, parte de Africa, las islas de Córcega, y Cerdeña y otras situadas en el Océano Atlántico. Las costas del Mediterráneo y del Atlántico están bastante bien figuradas y frente á las Occidentales de Africa, más allá del cabo Buyerder (*Bojador*) aparece el ujer de Jaime Ferrer. «Tanto esta carta, como las tres que siguen, dice el Sr. Llovet en la interesante monografía que presentó en 1837 á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, son hidrográficas planas y se ven cruzadas en todos sentidos por los 32 rumbos en que está dividida cada una de las muchas estrellas que en ella se figuran. Hay en ellas algunas figuras groseras de hombres, de buques y de animales, y tanto estos como los de las ciudades son vistos en perspectiva. Esta se toma por todos los lados, pues que partiendo del centro de cada mapa la perspectiva cambia hacia el lado que está más cerca de cada ciudad. En las capitales de los Estados que había en aquella época, hay las banderas respectivas con el escudo de armas de cada país. Hay además, en varios puntos, explicaciones geográficas y topográficas, muchas de las cuales son maravillosas y fabulosas, según el gusto de la época.»

Juzguen ahora por si mismos nuestros lectores, leyendo el texto con que el autor del *Atlas* acompaña á dichos mapas; explicación en la que, como es consiguiente, no escasean los errores de todo género:

«La zona ó cercle habitable, lo qual per nos es tenguda ó pensada, se parteix en III parts: la una es Asia, la altre es Europa, è l' altra es Africa. Asia es septentrional è tramuntana; Africa s'estén de mij día, entra á ponent, è comprén tota la marina de Barberia.»

«Illes vol aytant dir con situades en loch salat.»

«En la mar de Miga Terra es Xipre contra Siria, la qual pres nom de una ciutat que ha nom Ciper è es en la dita villa de Xipre.»

«La Mar Roja ix de la Gran Mar é pren color de rosa de la terra, axí que tota es quaix vermel-la e coromp tots los seus ribatjes.»

»Europa pres nom de Europa, rey, ó d' Europa, filla de Agenor. En la qual Europa vers tramuntana son los muns Rifey è lo flum Athanais, lo qual pres nom de Athanao rey. Aixix mateix hi son les bases de la Gran Mar, les quals se ajusten, pres de la ciutat de Thedosum, à Athanai flum; è es sita jusana la qual s' estén entro è Danubi. En aquestes son aquestas provincias, ço es: Alania, Dacia, Gothia. De Danubi fins à Alpes es Germania suburina, la cual es així nomenada per lo agmanament dels pobles; è termena vers ponent en lo flum de Thunes, è de aquilo en lo flum de Albia. En aquesta es la ragio Sevia que es dita. Amont aquesta es Alamanya, la qual pres nom de la *Bassa dita Alaman*.»

Por la descripción que de Europa hace el autor de este *Atlas* puede juzgarse de las inexactitudes en que incurre con respecto á otros paises, debiendo desde luego advertir que en los de Oriente siguió el autor las relaciones de Marco Polo y otros viajeros, tanto en la colocación de las ciudades, como en los nombres.

«La mar, es dita mar, dice, perço con es amara. Aquesta per las venes de la terra passa amargadament è lexa en la terra la sua amargor, è puys ix per fonts dolça, è puys torna en sa natura.

»La Gran Mar es dita Occeanus. Occeanus vol aytant dir como lim de contreies à fins; car la Gran Mar les v contreies o partides del mon axi com à lim environa l' escalfament de la mar; ço es; con entra è con s'entorna, segueis la luna; axi que con la luna esminua, que tornassen la Gran Mar; è con la luna creix, ó es plena, la Gran Mar entra è s'escampa...»

Lo reducido del tamaño en que hemos dado á conocer parte de este mapa, obligó á suprimir algunas leyendas que continuamos aquí:

Junto á las Islas Canarias aparece ésta:

«Las illes Bene venturades son en la Mar Gran, contra la ma squera, per lo terme del Occident, mes pero son dintre la mar.»

Seguidamente hace mención de la riqueza y abundancia de aquellas islas, á las que dice consideraban los indios como su paraiso.

Inmediato á las tiendas figuradas al Occidente de Africa (Gozzola) se lee: «Cap de Finisterre, Occidental de Fero. Assi comensa Affricha; è feneix en Alexandría è en Babilonia; que fa comensament açi è compren tota la marina de Barbaria vers Alexandría è vers mitj jorn è vers Aytiopia è Aigvpt. E en aquestes plages se troba molt ivori per la multitud de oriffans è roax que açi arriban en los plages...»

Junto á la cordillera que separa la región N. de la del S. de Africa: «Tota aquesta muntanya de lonch es appelada Carena per Serrayns, è per Crestians es appelada Muntis Claris...»

Encima de la figura del rey representada junto á Tenbuch: «Aquet senyor negre es appellat Musse Melly, senyor dels negres de Gineua. Aquest rey es lo pus rich, et pus noble senyor de tota esta partida, per l'abundancia de l'or lo qual se recull en la sua terra.»

Y por último junto á *Mascarota*: «Per aquest loch pasen los mercaders que entren en la terra dels negres de Gineua, lo cual pays es appellat Valls de Darha.»

Por lo que respecta á los dos mapas restantes, que como ya dijimos no merecen el nombre de tales, el primero contiene en cuatro columnas manuscritas los principios de cosmografía, geografía y física, conocidos entonces, y en esta explicación aparece intercalada la de los mapas propiamente dichos. En la parte superior de una de dichas columnas, hay una série de círculos concéntricos atravesados por diez y seis radios para explicar la pleamar y la baja mar; más abajo otra para conocer los Números Aureos y ciertos dias señalados: alterna también con el texto una figura humana toscamente dibujada, sobre cada uno de cuyos miembros aparece el nombre de una constelación. El segundo mapa, encierra la continuación del texto del anterior y en su centro un gran cuadro con un círculo inscrito y otros concéntricos para explicar el sistema de Tolomeo. Cuatro figuras groseramente dibujadas representan en los ángulos del citado cuadro las estaciones del año.

ESTUDIO NOVENO

CONQUISTA DE ORÁN. — GUERRAS CON FRANCIA

I España á la muerte de D.ª Isabel I de Castilla.—Disensiones entre D. Felipe *el Hermoso* y D. Fernando.—Retírase este al reino de Aragón.—Regencia de Cisneros.—Regreso del Rey.—Empresas de los españoles en África. = II Italia á principios del siglo XVI.—Liga de Cambray.—Luis XII entra en los Estados venecianos.—Batalla de Agnadel.—Liga Santísima.—Asedio de Bolonia.—Batalla de Rávena.—Invasión y conquista de Navarra.—Nueva invasión de los franceses en Italia. = III Ojeada al reinado de los Reyes Católicos.

I

La muerte de la ilustre reina D.ª Isabel I de Castilla, acaecida en 26 de Noviembre de 1504, abre un periodo de agitación en el interior del reino. Habíase cebado la desgracia en esta dama, cuyo noble corazón no pudo resistir el pesar que le causaran los sucesivos fallecimientos del príncipe D. Juan, de la princesa Isabel y de su nieto el infante D. Manuel, sus inmediatos sucesores; circunstancias que obligaron á reconocer como heredera de las coronas de Aragón y Castilla á la princesa D.ª Juana, hija de D.ª Isabel y de D. Fernando, y consorte de D. Felipe, archiduque austriaco, que debia ser el tronco de una nueva dinastía. Funestos presagios eran estos para lo porvenir; pues D.ª Juana había dado ya síntomas evidentes de demencia y D. Felipe, hombre superficial y disipado, poco conocedor del pueblo castellano y menos amante de la seriedad que prevalecia en su córte, luego de casado regresó á su patria, desde la cual no se mantuvo en muy buenas relaciones con su suegro. Pero el fallecimiento de D.ª Isabel precipitó los acontecimientos, pues si bien el monarca viudo dispuso fueran proclamados reyes D. Felipe y D.ª Juana, hizose reconocer como regente del reino castellano por las Córtes de Toro (1505), en virtud del testamento otorgado por su difunta esposa.

No faltaron magnates ambiciosos y vengativos que trataran de instigar al príncipe alemán á un rompimiento, y figuró el primero en tales intrigas el embajador español cerca de Maximiliano,

D. Juan Manuel: así pues, estalló aquel, exigiendo D. Felipe en carta dirigida á su suegro que renunciara desde luego al gobierno de Castilla, retirándose á sus Estados de Aragón; pero Fernando contestó con desdén á esa exigencia dispuesto á no abandonar las riendas del gobierno. Y atento á destruir los ambiciosos planes del inconsiderado D. Felipe, recurrió á un expediente que por otra parte destruía la alianza entablada entre el archiduque, el Emperador y Luis XII rey de Francia. Concertó su matrimonio con D.ª Germana de Foix, hermana del francés, y celebró un solemne tratado de alianza con éste que se firmó en Blois el 12 de Octubre de 1505.

Recuerden nuestros lectores las consideraciones que expusimos al hablar de la unidad española. En aquellos momentos esta unidad corrió gravísimo peligro. En efecto; á vivir el hijo que hubo D. Fernando de Germana de Foix (1), Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca, el Rosellón, la Cerdaña, Sicilia, Nápoles, Cerdeña y Córcega habrían formado una monarquía independiente; y á buen seguro que hubieran estallado contiendas con Castilla por los territorios que ambos pueblos conquistaron en Italia.

Sabedor el archiduque de tan trascendentales acuerdos, quedó sobrecogido, y avínose buenamente á que el gobierno de Castilla se ejerciera á nombre de él y de su suegro, que en el momento de llegar á España con su esposa serían jurados reyes y que asimismo sería reconocido su hijo D. Carlos como heredero de la corona. Y tomando la vuelta de España con poderosa escuadra arribó á la Coruña en Abril de 1506, dando su llegada lugar á una serie de escenas que terminaron con la renuncia de D. Fernando al Gobierno de Castilla, y su retirada al reino de Aragón. Pero muy poco había de prolongarse el reinado de D. Felipe, que ansioso de gobernar por sí solo intentó conseguir de las Córtes la declaración de incapacidad de su esposa. Su conducta ligera, su despilfarro y sus arbitrariedades, así como su apego á los flamencos, le hicieron tan malquisto de los castellanos, que no era dable calcular si se llegaría á una guerra civil: mas su muerte acaecida en este mismo año puso fin á tales zozobras.

Entónces estalló un nuevo conflicto. No siendo capaz D.ª Juana de regir el Estado, era indispensable optar entre el emperador Maximiliano, padre de D. Felipe, y el rey D. Fernando, padre de D.ª Juana. Inclinábanse al primero algunos nobles que fomentaron las anteriores disensiones, pero la mayoria de los castellanos, y en primera línea Cisneros preferían al segundo. D. Fernando que á la sazón se hallaba en Nápoles, á pesar de tener por Cisneros noticias de este asunto, no precipitó por eso su llegada, en la seguridad de que, abandonado el reino á merced de vientos y tormentas, tendría que echar á menos su gobierno.

Por fortuna la presencia de Cisneros al frente de un consejo de regencia, sus medidas acertadas y su admirable energía, puso á raya á los turbulentos y mantuvo hasta la llegada del rey el orden en la agitada monarquía. El fué quien equipó y asalarió tropas para el mantenimiento de la paz, él quien contestó á los que pedían sus poderes, señalándoles los escuadrones que formaban junto á su palacio. Así, á la llegada del monarca, pudo entregarle en toda su integridad los Estados que pertenecieron á su difunta esposa, y que en unión de los suyos iban á pasar, á la vuelta de algunos años, á manos de un príncipe extranjero.

Al llegar á este periodo de nuestra historia, no puede menos de contemplarse con admiración la figura de ese religioso franciscano que campea imponente y majestuosa entre las discordias, allana á su soberano los más graves obstáculos, y á los dos años de haber empuñado éste de nuevo las riendas del poder, se brinda á conquistarle importantes dominios en el Africa. Educado en un convento de franciscanos, entregado desde su mocedad á ascéticas prácticas, vistiendo el burdo sayal bajo los ricos hábitos episcopales, Cisneros no se dejó ofuscar por la grandeza de su posición, antes al contrario, severo consigo mismo, trató de imponer en sus deberes á los que seguían la estrecha senda de la vida religiosa; y amante de su patria, consagró su energía y sus riquezas en beneficio de la paz pública y engrandecimiento nacional. Pueden achacársele, es cierto, defectos hijos de la época en que vivía y de la nación en que nació, faltas en que incurrió en su exaltado celo; pero es imposible negarle altas cualidades de gobernante, sana inteligencia y recto corazón.

(1) Este príncipe falleció á poco de haber nacido.

La empresa que proyectó en las costas de Africa, nos ha inducido, á hacer una ligera exposición que oriente al lector á través de los complicados sucesos de esta época; y así, consignados los más esenciales acontecimientos politicos, vamos á consagrar nuestra atención á este interesantísimo episodio de nuestra historia militar.

Ya en vida de la reina D.ª Isabel se proyectó llevar á Africa nuestras armas y á este objeto se llamaron de Italia algunas compañías; pero el fallecimiento de aquella señora dió lugar á que temporalmente se suspendiera la empresa, que al llegar el año 1505 pensóse de nuevo en realizar. El arzobispo de Toledo hizo al rey un anticipo de once cuentos de moneda castellana, y D. Diego Fernández de Córdova, al frente de un ejército de desembarco se dirigió á bordo de una flota que mandaba D. Ramón de Cardona á la costa de Berbería. La ciudad y el castillo de Mazalquivir cayeron en poder de los españoles, que en esta ocasión por poco no malogran la empresa á causa del temerario empeño de internarse en el país. En 1508, en una nueva expedición mandada por el conde Pedro Navarro se hizo dueño del Peñón de la Gomera, asegurando asi las provincias españolas del litoral, de piráticas excursiones. Pero por más convenientes que fueran tales conquistas, no era dado al Rey Católico extenderlas hallándose como estaba rodeado de graves dificultades en el exterior y con el Erario en situación no muy desahogada.

Cisneros, animado de ardiente espiritu de proselitismo, concibió en 1509 la idea de renovar tales empresas; y dispuesto á sacrificar todos sus bienes á este objetivo, no vaciló en levantar y mantener por su cuenta, y con autorización del rey, un ejército expedicionario y en equipar una flota para su transporte á las playas africanas. Este ejército se componia de 1,400 soldados, gentes del arzobispado y del reino de Murcia, y veteranos del ejército de Italia, y al frente de ellos, aunque en clase de teniente del Cardenal, iba el célebre Pedro Navarro. Reuniéronse en los puertos de Cartagena y Málaga, y ya antes del embarque mediaron diferencias entre Navarro y Cisneros, á causa de querer aquel capitán extralimitarse en sus atribuciones. Este fué el germen de los disgustos que acibararon los dias del Cardenal en África (1).

Puesto á la cabeza de la expedición partió de Cartagena el Cardenal en compañía de buen número de clérigos y frailes, y arribó con toda felicidad á Mazalquivir, plaza muy poco distante de Orán y excelente base de operaciones para los españoles. Alli se reorganizaron las fuerzas y Cisneros se puso de acuerdo con el famoso Pedro Navarro, caudillo el más caracterizado en esta empresa religioso-militar para la inmediata expugnación de la plaza. Esta operación no era fácil si se considera la sólida fortificación de Orán y la gente belicosa que la guarnecía, mas por otra parte, de emprenderse el ataque, urgia la celeridad, pues era posible la llegada de otros enemigos, así que fuera conocido el peligro que á dicha ciudad amenazaba.

¡Cuadro sorprendente y extraño el que ofrecia en aquellos instantes el ejército cristiano! Cisneros montado en soberbia mula, ceñida la espada sobre el ropaje talar, rodeado á guisa de Estado mayor de canónigos, clérigos y frailes, recorría la linea de batalla exhortando á los veteranos de Italia que formaban el núcleo de sus fuerzas, y á los bisoños soldados que figuraban entre ellos; y unos y otros saludaban en aquel anciano venerable, la virtud, el patriotismo y la energia; ya que no el genio y las aptitudes militares.

(1) Lafuente inserta el sumario general de los gastos hechos por Cisneros en la expedición y conquista de Orán, copiado de los originales existentes en el Archivo de Simancas. El resultado que arroja es el siguiente:

Flete de navios.	5.957,930	mrs.
Sueldos de gente de á pié.	9.836,276 1/2	»
Sueldos de gente de á caballo.	906,079	»
A particulares que han de dar de ello cuenta al rey.	5.797,273	»
De bastimentos.	7.123,449	»
	29.621,008 1/2	mrs.

Según otra nota posterior, lo que se gastó desde la conquista de Orán hasta la de Bugia hizo ascender la suma á 30.659,839 1/2 mrs.

El Conde de Clonard por su parte da una nota detallada de los *marinos* y *buques* que sirvieron en esta expedición. Estos ascendian á: naos, 34; caravelas, 12; galeotas, 20. Los sueldos montaban mensualmente: 155,200 mrs. cada nao, 7,150 cada caravela, 7,335 cada galeota. Por su mucha extensión no insertamos dicha nota en la que figuran el nombre de cada bastimento, sus patronos, número de marineros, toneladas y precio de cada tonel.

Nuestro sigio, no vaya á creerse, no, como supone un distinguido historiador militar, que al deslindar las funciones sociales, condene esa mezcla de sentimientos y deberes; nada de eso: esta época fría é indiferente como es, racionalista hasta lo sumo, acepta esos contrastes como hijos de aquel estado social; y no puede menos de ver en ellos la síntesis del sentimiento religioso y militar que animó á nuestro pueblo durante aquella lucha de ocho siglos, de la que esta empresa parece un brillante epílogo.

Surgió al tratarse del plan de ataque la disidencia natural entre un caudillo como Navarro y un espíritu preocupado y vehemente como Cisneros; pero justo es confesar en honra de éste, que haciendo el sacrificio de su amor propio, declinó el mando en aquel capitán y consintió en retirarse, cuando llegó la hora del ataque, á Mazalquivir.

El ejército se hallaba á la sazón al pié de una escarpada eminencia que ocultaba la vista de Orán y que ocupaban algunas fuerzas enemigas; no quedaba otro recurso que tomar á viva fuerza aquella posición antes de emprender el ataque de la plaza; mas la actitud del enemigo, así como la proximidad de la noche, inducían á Navarro á diferir tan arriesgada empresa hasta el siguiente día. Cisneros, empero, previno que en manera alguna se suspendiera la batalla, y en su consecuencia los españoles prosiguieron su penoso avance favorecidos por la niebla, hasta que los débiles fulgores del crepúsculo vespertino advirtieron al enemigo la proximidad de los cristianos. Fué aquel un momento crítico y angustioso por demás. Acometidos éstos con violencia por todos lados, agobiados por el número de enemigos y por las piedras y balas que llovían sobre ellos, combatiendo en una pendiente resbaladiza, apenas les era dado hacer uso acertado de sus armas, siendo no escasa fortuna para ellos que el inteligente Navarro acertara á colocar sus alas en disposición de hacer un fuego eficaz sobre los flancos del enemigo. Esta atinada maniobra produjo grandísimo efecto, pues los moros retiráronse precipitadamente á la ciudad, perseguidos de cerca por las tropas españolas.

Mas no cesó con la fuga la lucha; antes creciendo en los españoles el empeño de apoderarse de Orán, y reforzados por las tropas que desembarcaron de la escuadra, llegaron hasta el pié de las murallas sin que les intimidara el fuego de los cañones enemigos, ni les impusiera la lobreguez de la noche. Muy al contrario; creció su ánimo á compás del peligro y de la dificultad, y en un momento crítico por demás, faltos de escalas para efectuar el asalto, su valor fecundo siempre en recursos les sugirió la idea de apoyar sus picas contra el muro para que por ellas treparan sus hermanos de armas. Y subieron por tan maravilloso modo á las murallas, sentando el primero en ellas, su planta, un valiente llamado Gonzalo de Souza. Las banderas del Arzobispo tremolaron casi á la vez en seis distintos puntos del recinto amurallado, de lo alto del cual precipitáronse con furia los soldados. Al asalto siguió la matanza y el saquêo, todos los horrores que acompañan la toma de una plaza, y que cubrió la noche con su fúnebre manto. La luz de la aurora, que puso término á estas escenas, iluminó un cuadro menos triste: la solemne entrega de las llaves de la plaza, hecha por Navarro á Cisneros, quién declinó la gloria de esta empresa, manifestando que sólo á Dios se debía el triunfo alcanzado (1).

Extraordinario fué éste en efecto; pues Orán era una excelente base militar para ulteriores empresas; mas si se consideran los móviles que guiaban á los españoles en tales conquistas, el espíritu aventurero y poco organizador inherente á la época y á este pueblo, bien se comprenderá que esta como otras expediciones, debía ser tan infecunda como sangrienta para la patria: que no basta, no, la espada para engrandecer real y positivamente á las naciones, pues la dominación que asegura por sí sola la fuerza, es y será siempre perecedera y breve.

En la exaltación de aquel inesperado y fácil triunfo, es fácil concebir los halagüeños proyectos que formaron los conquistadores respecto al dominio de la costa africana: Cisneros, animado del buen deseo de conseguir nuevos triunfos para la cruz, adelantábase á estas aspiraciones, presa-

(1) Pueden verse los detalles de este hecho de armas en el volumen publicado de real órden por los Sres. Gayangos y Lafuente: *Cartas del Cardenal D. Fray Gimênez de Cisneros*, Madrid, 1867. La Carta XVII firmada por Jerónimo Illan, secretario del Cardenal y escrita de orden de éste, describe la toma de Orán y abunda en curiosos pormenores, así como la que figura en el primer Apéndice de dicha obra firmada por el maestro Cazalla. A ellas nos hemos atenido principalmente al describir este episodio.

Cuerpos mercenarios: Suizos. (De la obra alemana *Libro de las Banderas*)

giando días de gloria para el denodado ejército que debia acometer tan improba campaña. Pero no le cupo ya al celoso prelado presenciar nuevos hechos de armas: sus diferencias con Navarro (1)

(1) En la Carta XIX de la antes citada colección, documento por cierto el más notable de ella, se hace mención de los desacuerdos con Pedro Navarro que obligaron á Cisneros á volver á España y malograron sus proyectos: «Lo que al presente me ocurre, dice el Cardenal en ella, de lo que entonces escribí para que informéis á S. A. es como después que el conde D. Pedro Navarro y yo nos juntamos en Cartagena nunca hasta hoy, como sabéis, nos podimos conformar en cosa del mando: la causa Dios la ha de juzgar; pero yo como dejé todo este negocio de la guerra en su mano, y le dí el cargo para que hiciese la infantería y pusiese capitanes y todas las otras personas de su mano, y tam-

y la conducta capciosa del monarca, si ya no una carta que se dice envió éste al citado caudillo, ofensiva para el arzobispo, le obligaron á regresar apresuradamente á España, lo que efectuó en una sola galera y acompañado de varios religiosos.

El ejército castellano partió al comenzar el año 1510 de Formentera, cruzó las fronteras del reino de Bujía y después de derrotar á las tropas del rey Ab-derramén, se hizo dueño de todos sus Estados; Argel, temerosa de la suerte que le estaba reservada, apresuróse á declararse tributaria del monarca católico; y Tripoli, cuyo nombre y poderío parecian por sí solos bastantes á contener al invasor, no pudo evitar un furioso asalto, cayendo en su poder después de haber perdido diez mil de sus defensores.

Las victorias excesivas son en ocasiones altamente peligrosas á un ejército; mucho mas en países en que el clima no puede favorecer á los invasores y en los que la más mínima falta se expia con serie rápida de descalabros. Así ocurrió á los esperanzados conquistadores de ciudades y Estados poderosos: una isla reducida, nido de corsarios defendido por las olas y protegido por bancos de encendida arena, debia ser sepulcro de aquellos valientes que impunemente habian desafiado hasta entonces el acero y el plomo de los africanos.

De Trípoli partieron 15,000 españoles en una flota para Gelbes; y era tal su confianza que ni su mismo general, el experto Navarro, les proveyó de lo más indispensable. Tres dias después, desembarcaban en las inmediaciones de Gelves, internándose en ella á través de caminos arenosos y accidentados, en los que á la dificultad de transportar á brazo la artilleria, se unia la falta absoluta de agua con que apagar la ardiente sed, y la abrasada atmósfera que aniquilaba la energia. Sofocados y rendidos caían los desdichados españoles presas de horrorosa agonia y sus diezmadas filas comenzaban ya á desordenarse antes de que avistaran enemigo alguno. Pero vino á precipitar la confusión el descubrimiento de unos pozos, que hizo la vanguardia al penetrar en un bosque de palmeras. No es fácil contener al soldado en esos críticos momentos en que el instinto se sobrepone á la previsión y al peligro mismo. Al cundir la noticia del hallazgo, precipitáronse todos en tropel sobre los pozos, disputándose allí la preferencia y arrojando para conquistarla todas sus armas. Tal ocasión esperaban los enemigos, que atentos al avance del ejército cristiano y emboscados en las inmediaciones de los pozos, lanzáronse con espantosa furia sobre los desprevenidos soldados de Navarro, é hicieron en ellos casi á mansalva tremenda carniceria. Sólo el valeroso D. García de Toledo y quince valientes, mantuvieron por breves momentos el honor de las armas; pero fueron arrollados y muertos por los enemigos. Y como si no bastara tan terrible derrota á castigar la imprevisión de Navarro y la poca disciplina de sus soldados, las naves castellanas que se hallaban junto á la costa, fueron arrebatadas por un temporal, sumergiéndose en la profundidad del Mediterráneo: y los restos del brillante ejército, que pisara esperanzado aquel suelo ingrato, aniquilados por el clima, la miseria y las enfermedades, ofrecian el más desconsolador espectáculo al regresar á la patria: once mil hombres habian perecido en los Gelbes, y Navarro sólo pudo presentar al monarca católico 4,000 en disposición de emprender otra campaña.

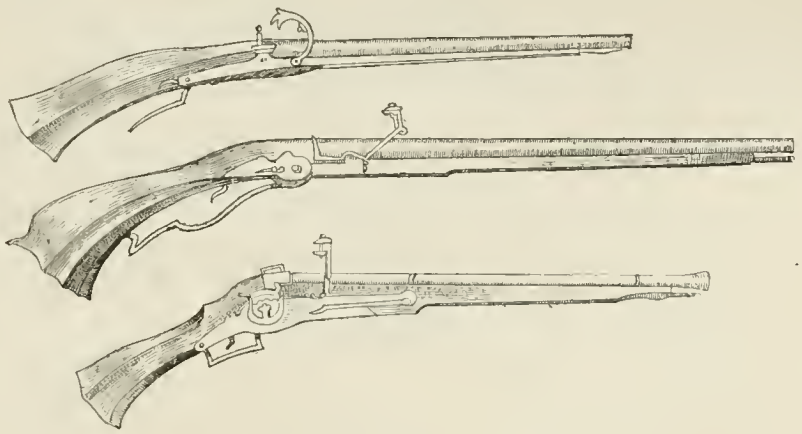
Tal fué el triste resultado de nuestras empresas militares en Africa por este tiempo, resultado por cierto bien distante del que se prometía el animoso Cisneros. Sin embargo, si de momento pudo amenguar la gloria de sus proyectos y de su expedición, posteriormente se ha hecho justicia á este grande hombre, y su plan de colonización, desconocido en sus pormenores, señaló ya en aquellos siglos el camino que correspondia seguir á otras generaciones. Limitándonos á este pen-

bién le di cargo de tomar los navios y de todas las otras cosas, cuando quise proveer en lo que me parescia, estaba ya él apoderado de todas las cosas, y vi que no se podia remediar sino con sangre: y toda la causa de esto pienso que fué como él no hace otra cosa sino lo que les parece á aquellos capitanes que trae consigo, pónganle en muchas cosas conformes al oficio que traen, que es como almogávares, andar por aquella costa á saquear y robar lo más fácil que hallasen, y como yo estaba determinado á otra cosa, no podia haber conformidad.» Seguidamente enumera fundadas quejas acerca del proceder de Navarro, quien llegó á decirle, añade: «que yo le era estorbo; que si le dexasse yo y me fuera de allí, él conquistaria á todo Africa.» Y por último después de exponer la desinteresada conducta que observó con el Conde, son dignas de mención estas palabras: «Plugiera á Dios, como muchas veces os dije, que nunca fuera sinón con gentes del arzobispado y con los del reino de Murcia, y que nunca conosciera á los soldados de Italia.»

Esta carta, dicen los Sres. Gayangos y Lafuente, parece alguna instrucción dada á uno de los canónigos de Toledo que iban en su compañia, al cual enviaba á la córte con objeto de que diese cuenta al Rey de lo ocurrido.

samiento no realizado, creemos sumamente oportunas las consideraciones que sugiere á uno de sus panegiristas: «España, dice, potencia marítima desde que fué señora del Guadalquivir, árbitra de dos mares desde que tuvo en sus manos las llaves de Gibraltar, reina de las Baleares y las Canarias, y con dominio casi absoluto en Nápoles y en Sicilia, no sólo por título de más fuerte, sino por razon de proximidad y por las que su propio riesgo le imponía, estaba en la obligación de ser la defensa y antemural de la cristiandad, así como la cuchilla exterminadora de la barbarie. Ayudábanla, pues, en tan grande intento, el deber, la justicia y la conveniencia. Veamos si procedió con acierto al realizarlo.

«Africa se considera dividida en dos zonas imaginarias que necesariamente deben entrar en los cálculos estratégicos: una se llama el Tell, compuesta de países por excelencia agricultores, abundantes de mieses, ricos en toda especie de producción y fertilidad; otra lleva el nombre de Sahara, estéril la mayor parte, población de bárbaros, tierra negada á todo fruto que no sea el de la palma melancólica del desierto. De esta diferencia resulta que la dominación del Tell es la preferible y aún exclusiva de África; el Sahara es tributario de la primera, á donde en determinadas épocas



Escopeta ó arcabuz de mecha.—Pedreñales

acuden los habitantes del interior para trocar sus dátiles por los cereales indispensables á su subsistencia. Así se ven obligados á rendir vasallaje y feudo á la potencia que domine el Tell; y en la zona de éste ocupa Orán uno de los puntos más céntricos y aventajados; de suerte que, en cuanto á la dirección de nuestras fuerzas y á los puntos en que desde luego trataron de establecerse, con dificultad hubiera podido darse elección más atinada. Mazalquivir, el mejor puerto de aquellas costas, ofrecía un fondeadero excelente y un buen punto de apoyo á nuestras escuadras. Antes de aventurarse á penetrar en el interior, convenía contar con retirada segura, y desde ella extender nuestro dominio á las plazas del litoral. Dueños ya de Mazalquivir, la posesión de Orán debía anteponerse á cualquier otra.

»Mas no bastaba fiar suceso de tal importancia y magnitud á la azarosa fortuna de los combates, ni era pensamiento eficaz y completo de adquisición limitar la empresa á una mera ocupación de territorio, sin miras ulteriores, ni valerse de medios que hiciesen necesario y perpetuo nuestro dominio. Al ciego ímpetu de las armas debía seguirse el reposo pacífico de las leyes; al estrago inevitable de la cruzada, la restauración fecunda de la política. La toma de Orán se considera generalmente como una batalla feliz y en cierto modo maravillosa. Algo más fué: fué el medio de plantear una sublime idea, un sistema bien entendido de conquista, una agregación de los Estados africanos á la Península.

»Teniendo el gran Cardenal, como no podía menos de tener presente, el ejemplo de los antiguos soberanos, el de San Fernando en Sevilla y el de los Reyes Católicos en todas las ciudades reconquistadas, apunta uno de sus primeros historiadores las bases en que pensaba fundar la colonización de los países que se adquiriesen; á qué reglas debían someterse los pobladores, cuáles bienes pudieran adjudicárseles y cuáles reservar á la comunidad, en el concepto de propios ó de eclesiásticos; en qué forma convendría se trasladasen á aquellos paises cierto número de caballeros de la Orden de Santiago, que fuesen en Orán lo que en Rodas los Hospitalarios; con lo cual y con fundar algunas casas religiosas y poner bajo una sola mano el gobierno de Orán y Mazalquivir no seria efímera ni infructifera la dominación que tan próspera comenzaba. Añade el discreto historiador que D. Fernando creyó útil y necesario este proyecto, bien que no llegase á vias de ejecución, y que otro tanto le pareció después al emperador, dado que la muerte del arzobispo estorbase llevarlo á cabo (1)...

»Este plan de colonización, aunque en sus pormenores nos sea desconocido, da sobrados indicios para presumir cuán bién pensaba hermanar los intereses de la religión con los de la politica, y cómo dando el carácter de una cruzada á la expedición, se proponía satisfacer el insaciable patriotismo de la época. Él enseñó á las generaciones venideras el rumbo por donde podía encaminarse la nación á su verdadera gloria y engrandecimiento. Si el Rey Católico difirió aquellas conquistas por la de Navarra; si Carlos V, empeñado primero en extrañas guerras, naufragó luego en Argel, al volver su ambición al Atlas, y pospuso la corona de éste á la del Imperio; si la dinastía de la casa de Austria cambió la dirección que había dado la de Borgoña á nuestras armas y á nuestra politica, y si, por fin, la emigración española preferia las encantadas regiones de América á los peligros y estrecheces de Africa, obstáculos y aún imposibles eran, en parte todavía dudosos y en parte superiores á todos los cálculos del saber y de la experiencia. ¡Pobre razón humana! Se ha amenguado la gloria de Cisneros porque nadie secundó sus profundas miras; si por dicha se hubiesen realizado, ¿quién pondría tasa á sus alabanzas? (2).»

II

Fatales se presentaron para la infortunada Italia los primeros años del siglo XVI. De nuevo iban á ser teatro de la guerra sus hermosas comarcas; y la ambición de los franceses, el espiritu turbulento y orgulloso de sus repúblicas, el afán dominador de sus pontifices y la falta de patriotismo de sus políticos, iban á renovar aquellas confabulaciones y aquellas luchas que concluyeron por aniquilarla. Era en verdad el tejido de la red diplomática de tal condición, que en sus mallas caían sólo presos los pequeños, asi los que buscaban un seguro al lado de los poderosos, según lo hicieran los venecianos; como los que aspiraban á permanecer neutrales entre ellos, según lo intentaran los florentinos. ¡Desdichado país! El papa, el emperador, el rey cristianisimo y el rey católico, hacían en él tabla rasa; cada cual, por supuesto, con el indigno fin de prescindir de sus más inmediatos aliados y de anularlos en un momento oportuno. Agréguese á esto la codicia insaciable y la mezquina emulación de algunos principillos, como los de Saboya, Ferrara y Mantua, y se tendrá una ligera idea de aquel *imbroglio* en que la honradez de miras brillaba por su ausencia.

Ocupaba á la sazón la silla pontificia Julio II, espiritu intranquilo y turbulento, cuya principal mira era recobrar sus Estados por medio de los *bárbaros*, y expulsados luego por completo de aquella peninsula haciendo del pontificado el emblema de la unidad italiana; y atento á este objetivo, al que consagró toda la energia de su temperamento, no vaciló en aprovechar las ambiciones de extranjeros é italianos, entrando desde luego en las confabulaciones que dieron por resultado el tratado de Cambray (10 Diciembre de 1508). Este tratado concebido por la ambición y la mala fe

(1) Gómez de Castro.
(2) Rosell, *La Conquista de Orán.*

de Luis XII, mal avenido con la pérdida del reino de Nápoles, tenía por objeto la partición de los Estados venecianos entre los contratantes, el emperador, el rey católico, el papa y otros príncipes. El rey D. Fernando debia recuperar las ciudades marítimas de Trani, Brindis, Galípoli, Polignano y Otranto, que la República de Venecia tenia como prendas de sumas adelantadas á este

Tropas mercenarias. Lansquenetes (Copia de los grabados de Daniel Hopper)

monarca. Politicamente considerado aquel pacto destruia las vallas, que cada una de las potencias miraba como una salvaguardia contra la ambición de sus vecinos y como garantia del equilibrio de Italia; pero considerado desde más alto punto de vista, aun cuando se tratase de una república egoista y codiciosa como Venecia, no podia darse convenio más inicuo. Para que todo fuese odioso, los monarcas francés y español sacrificaron la ciudad de Pisa, con el objeto de ganarse á los florentinos, á los que la vendieron en cien mil ducados «plática, dice Zurita, muy deshonesta y de

gran infamia para estos príncipes, y de mayor nota para la persona del Rey Católico en cuanto él protegía á aquella ciudad (1).»

Efectuóse en su consecuencia la invasión; cruzaron los franceses los Alpes y atropellándolo todo á su paso, entraron en los dominios venecianos y derrotaron al ejército de la república en la sangrienta batalla de Agnadel; el papa y D. Fernando, por su parte, recobraron todo lo que se habían asignado en el convenio; y la altiva Venecia en tan apuradísimo trance vióse obligada á declarar sus provincias continentales libres del vínculo de fidelidad, autorizándolas á que proveyesen como pudieran á su defensa.

Pero la insaciable codicia de los vencedores no tardó en vengar á Venecia de sus desastres: Julio II, repuesto en sus dominios, sentía renacer su enemiga contar los franceses, y las exigencias del emperador y las pretensiones de Luis XII, que creía le pertenecían los más ópimos frutos de esta campaña, y la envidia que causaba á Fernando la prepotencia del monarca francés, prepararon un rompimiento para el que intrigaban los hábiles emisarios de Venecia. El papa proyectó entonces una nueva liga con los venecianos y la guerra prosiguió entre el pontífice y Luis XII; pero esta nueva liga no quedó constituída hasta el 4 de Octubre de 1511 en que entró á formar parte de ella D. Fernando, adoptando entonces el nombre de *Santísima*. El Rey Católico facilitaba 1,200 hombres de armas, 1,000 caballos ligeros y 10,000 infantes; Venecia y el papa habían de contribuir con un número proporcionado de soldados. Francia por su parte puso en campaña un ejército más respetable y confió su mando á Gastón de Foix, duque de Nemours.

El ejército español emprendió sus operaciones á las órdenes de D. Hugo de Cardona, caudillo poco experimentado y falto de sobresalientes cualidades de carácter, y en Imola se reunió con las tropas pontificias, formando un total de 16,000 infantes, 1,800 hombres de armas y 1,300 jinetes. En sus filas figuraban Pedro Navarro, Fabricio Colona y el cardenal de Médicis. Deliberóse allí acerca del partido que debía adoptarse, y los confederados avanzaron sobre Bolonia, frente á la que acamparon. En esta ocasión pusiéronse ya de manifiesto las escasas dotes de mando de Cardona: urgía ante todo rendir la plaza antes que los franceses se organizaran y avanzaran sin peligro alguno hasta Bolonia; pero Cardona, que comenzó por colocar defectuosamente á sus tropas, perdió el tiempo en vacilaciones; y á pesar de haber abierto sus baterías brecha en las murallas y haber intentado el asalto, no logró impedir que Gastón, avanzando resueltamente, se presentara de improviso y entrara en Bolonia protegido por las sombras de la noche. El militar más inexperto se preguntará cómo es posible penetre tan fácilmente un ejército en una ciudad sitiada; pero tal anomalía explica por sí sola la falta absoluta de vigilancia del sitiador, pues si bien los franceses efectuaron su entrada por la parte opuesta al campo de los confederados, ello es que Cardona ignoró el acontecimiento la mayor parte del día. El mismo Gastón de Foix no suponía tan desprevenido al enemigo, pues á pesar de contar con un ejército más numeroso, no se atrevió á atacarle inmediatamente, en cuyo caso le hubiera derrotado por completo.

Cardona emprendió á la llegada de la noche su retirada á Imola; y si bien ésta se efectuó en el mayor orden, al llegar á este punto tocáronse ya los resultados de su irresolución y su falta de prestigio, abandonándole, después de un violento altercado, el duque de Urbino con un contingente respetable. Gastón de Foix, en tanto, daba á conocer sus altas dotes, saliendo de Bolonia á la cabeza de su ejército y arrebatando en nueve días á la república de Venecia las importantes ciudades de Brescia y Bergamo.

Pero la situación de Luis XII no dejaba de ser en extremo difícil: encontrábase aislado de las demás potencias europeas: Enrique VIII de Inglaterra se había aliado con Fernando, el emperador pactó una tregua con los confederados; Florencia aspiraba á mantenerse neutral en tanto no viera hacia donde se inclinaba la fortuna; Génova no podía decidirse por ninguno de los beligerantes, pues gastaba su energía en luchas intestinas; Pisa había perdido su independencia; y el poderío francés hallábase á la vez amenazado en la Guyena y en la Navarra, así como en Italia. Era, pues, necesario fiar resueltamente á las armas la resolución de tan grave problema.

(1) Zurita, *Hist. del rey D. Hernando*, lib. VIII, cap. 28.

Gastón de Foix, de acuerdo con las órdenes que recibiera de su rey, salió de Brescia, reforzó en San Giorgio su ejército y bajó luego hacia Rávena dispuesto á librar la batalla; pero Cardona, que había trasladado su campo al Castillo de San Pietro (entre los límites del Bolonesado y Romanía), no hallándose con fuerzas para aceptarla y ateniéndose á las órdenes de su rey, la rehusó. Y entonces Gastón, convencido de que los aliados no intentan salir de sus trincheras, emprende la marcha en dirección de Rávena, á cuya defensa anticipadamente atendieron los confederados, dejando en ella fuerzas mandadas por Marco Antonio Colonna, Castro, Carvajal y Paredes. La situación de esta ciudad y de los dos grandes ríos, el Ronco y el Montone, que puede apreciarse debidamente en un mapa, hacían muy difícil la permanencia del ejército sitiador, colocado entre estas dos corrientes que, estrechándose á medida que se acercan á la plaza, confunden sus aguas al pié de las murallas. Bien pertrechada ésta y avanzando los confederados, de manera que su línea cerrara los dos extremos del ángulo formado por las corrientes, los franceses se hubieran visto acorralados, verdaderamente perdidos. Pero ni Rávena estaba pertrechada, ni aún guarnecida para tener á raya á sus habitantes, poco afectos á los españoles; ni Cardona dispuesto á emprender el ataque en esta forma. El general francés, comprendiendo su dificilísima situación, que se agravaba más por la escasez de víveres, emplazó sus baterías, abrió brechas y lanzó sus tropas al asalto, que resistió con bravura la guarnición; empero vino á sacarle del conflicto en que se hallaba la presencia del ejército confederado en la margen opuesta del Ronco. Dos caminos podía haber seguido Cardona en las difíciles circunstancias en que se hallaba, penetrar sigilosamente en Rávena protegido por su famoso pinar ó bien atrincherarse en las inmediaciones y en punto escogido. En tal caso el abatimiento, la fatiga y la falta de recursos hubieran inutilizado al francés. Pero aún dispensando la irresolución del general español, no se concibe su falta de vigilancia en el Ronco, que permitió á los franceses durante la noche que precedió á la batalla de Rávena, echar un puente sobre aquel río.

A la luz opaca de la aurora cruzó el ejército de Gastón el Ronco, no sin dejar frente á la plaza un cuerpo de 3,000 hombres con dos piezas que al mismo tiempo vigilaban esta corriente, y otro destacamento en el puente del Montone; y acto seguido ordenó su ejército en batalla llevando la artillería en el centro y en las alas derecha é izquierda respectivamente la caballería y la infantería. El núcleo de ésta lo formaban 5,000 combatientes italianos que iban á las órdenes de Buzzolo, mientras la caballería contaba unas 1,300 lanzas de armas, sin contar los caballos ligeros; agréguese á estos cuerpos, los mercenarios alemanes y el contingente francés, y se tendrá una ligera idea del número de tropas que mandaba Foix, cifra á la mitad de la cual no alcanzaba la que arrojaba el ejército confederado. El duque de Ferrara le había dotado con su excelente tren de artillería, y en las filas del francés figuraban el veterano la Paliza y un príncipe de la Iglesia, el cardenal de San Severini.

Mas los confederados no trataban al parecer de aceptar la batalla. Emplazaron su campo paralelamente al río y le protegieron con trincheras improvisadas y un foso profundo. Sus tropas estaban vigorosamente enlazadas: la infantería ocupaba unas alturas, á su izquierda, en tres líneas las lanzas de armas, y á retaguardia, hacia el costado izquierdo, los caballos ligeros. El ala derecha, compuesta por la vanguardia, la regía Fabricio Colona; el cuerpo de batalla formado por 600 lanzas el Virey, y el marqués de Pescara tenía á sus órdenes los caballos ligeros. Colocóse la artillería gruesa al frente de los hombres de armas, y la de poco calibre, treinta carros provistos de luengas cuchillas, delante de la infantería. Navarro, que fué quien dispuso esta formación, desempeñaba el cometido de general en jefe, teniendo á sus inmediatas órdenes al joven marqués de Pescara; mas también junto á estos capitanes figuraba un príncipe de la Iglesia, el cardenal de Médicis.

Crítica llegó á ser la situación de los franceses cuando, después de haber llegado hasta unos ciento cincuenta pasos de las trincheras de los aliados, su infantería vióse convertida en excelente blanco del cañón enemigo, que causó en sus filas grandísimo estrago. Respondieron sus piezas á este fuego, y sostúvose por espacio de dos horas con desusada violencia el cañoneo; empero

sin conseguir los franceses resultado alguno. Mas de situación tan difícil supo salir airoso el talento de Gastón. Ordena prolongar la derecha de su línea hasta rebasar la izquierda aliada y hace trasladar allí buena parte de la artillería que se hallaba en el centro; por manera que tomó por el flanco al contrario, rompiendo sobre él un nutrido fuego que enfilaba los hombres de armas, causando terrible destrozo en aquellos soldados que, inmóviles sobre sus caballos, morían á centenares sin poder hacer uso de sus armas. Este movimiento surtió su efecto; pues haciendo caso omiso de las órdenes que de Navarro recibiera, el temerario é impetuoso Fabricio Colonna, que mandaba el ala derecha, se precipita sobre la izquierda enemiga á la cabeza de sus hombres de armas y arrastra en pos de sí una parte de la infantería hasta la inmediata llanura en la que la numerosísima caballería francesa los arrolla y los detroza después de un violento choque: entonces se precipita la segunda línea que no tiene mejor suerte; Colonna y Pescara caen en poder del enemigo, y el Virey y Alonso de Carvajal, sin tratar de sostener el honor de las armas, y teniendo aún intacta la tercera línea, huyen vergonzosamente seguidos de las tropas que la constituyen.

Gastón, en tanto, había ordenado el avance de los cuerpos que dejó junto al Ronco y al Montone, y estas fuerzas contribuyeron también á la derrota de los aliados. Mas no puede decirse que fué ésta total. Rotas las dos líneas de este ejército y en fuga la tercera, la infantería española, que mandaba Navarro, y la italiana, que formaba parte de la segunda línea, permanecían en su puesto; y aquellos bravos veteranos que se habían librado del cañón enemigo tras unas asperezas, van á resistir ahora todo el peso del ejército contrario. Arrojada por inútil la pica, y desnuda la espada, el intrépido español no vacila; entabla cuerpo á cuerpo el combate con el atlético tudesco, é introduciéndose ágil y atrevido entre las luengas picas hiere y destroza, arremete y arrolla á cuantos se le oponen. Allí perece Zamudio, uno de los primeros capitanes de nuestros ejércitos de Italia, y heridos y muertos son también no pocos bravos oficiales y soldados. No se limitaron, empero, á sostener estas tropas el honor de las armas; hicieron más aún, auxiliaron á los italianos que comenzaban á cejar, y luego, acometidos por todos lados, emprendieron la retirada con tan admirable orden, que será siempre este hecho famosísimo en nuestros anales militares. El mismo caudillo francés no pudo contener su ira al contemplar aquellos valientes que abandonaban el campo de batalla quebrantados, pero no en derrota. Carga entonces con su caballería á los españoles y muere; Navarro es hecho prisionero, y el número de los que perecen es extraordinario; hasta que por fin cejan los enemigos, y prosiguen los soldados españoles su marcha hasta Ancona, donde se incorporan al virey.

Tal fué la batalla de Rávena, librada en 11 de Abril de 1512. En ella perdieron la vida el caudillo francés Gastón de Foix, Ivo Alegre y 5,000 franceses; fueron hechos prisioneros Fabricio Colonna, Pedro Navarro, el marqués de Pescara, el cardenal de Médicis y los marqueses de Pallude y Bitonto, y perecieron de seis á siete mil confederados. Dejando aparte la inferioridad numérica de éstos influyó no poco en la derrota la disensión que reinaba entre los caudillos, disensión que se manifestó en el campo de batalla no acudiendo Navarro con su infantería en auxilio de Colonna; pero lo que sobre todo contribuyó al funesto desenlace de la jornada fué la vergonzosa fuga del virey con la tercera línea, aún intacta. ¿A quién pertenecía la victoria? Maerialmente á los franceses, moralmente á los de la liga.

De momento Rávena abrió sus puertas al ejército francés, y á su entrada en esta ciudad siguió la rendición de Imola, Forli, Cesano, Rímini y otras ciudades. Pero aunque por lo pronto tan funestas noticias causaron á Julio II profundo estupor, y por un instante hicieron vacilar su energía, las seguridades que le dieron el embajador español y los venecianos, le mantuvieron en su propósito. Por otra parte, la situación de los franceses era difícil, pues no podían proseguir las operaciones, y la Paliza se vió en la triste precisión de atender á la defensa del ducado de Milán, base de sus operaciones militares en Italia. Por añadidura, los suizos se habían incorporado al ejército veneciano, y el francés no tuvo más recurso que retirarse al otro lado del Apenino.

Tal era el aspecto de los sucesos en Italia durante el mes de Junio de 1512. En este mismo mes

y como á consecuencia de lo pactado entre los monarcas inglés y español, arribaba á las costas de Guipúzcoa una escuadra con 10,000 hombres de desembarco, que debian operar en combinación con las tropas españolas reunidas en las fronteras de Navarra. El pensamiento del Rey Católico era concluir de una vez con la independencia de aquel Estado, sobrado débil para subsistir entre dos naciones poderosas; y si bien es cierto que le asistia algún derecho para ello (1), las circunstancias vinieron ahora á justificar esta agresión un tanto intempestiva y brusca. D. Fernando, hallándose en vísperas de invadir la Guyena, habia solicitado de Catalina y Juan de Albret, paso franco para que las tropas castellanas invadieran por este lado la Francia; y habiendo eludido tan grave compromiso estos reyes, repitió su demanda exigiendo por lo pronto la entrega de seis plazas fuertes; mas los monarcas navarros no pudiendo evitar el grave compromiso de decidirse por uno ú otro de los beligerantes, firmaron con el francés una alianza ofensiva y defensiva en Blois, y este acto dió lugar al comienzo de las operaciones.

El duque de Alba avanzó al frente de un respetable ejército por el territorio y se hizo dueño sin dificultad, del reducido reino, en quince dias: seguidamente se dirigió á los Pirineos, apostándose en San Juan de Puerto Pie. Empero los ingleses se abstuvieron de entrar en combinación con el ejército español, y el duque vióse en situación comprometida, frente á los franceses que al mando de La Paliza y el destronado rey de Navarra, avanzaban sobre el Pirineo en número de 7,000 infantes y 300 caballos. Afortunadamente el de Alba previó el peligro que le amenazaba y efectuando una marcha por Roncesvalles en extremo rápida, se encerró en Pamplona, dejando el país abierto al invasor. Fueron sitiadas casi simultáneamente Pamplona y San Sebastián: esta última por un ejército francés mandado por Lautrec; mas ni aquélla ni ésta pudieron ser rendidas, y después de inútiles ataques, la proximidad de un ejército español mandado por el duque de Nájera, indujo al ejército franco-navarro á repasar los Pirineos. D. Fernando llegó á poco á la ciudad de Pamplona, y en 1.° de Abril de 1513, asentó con Luis XII una tregua que desvaneció el postrer vislumbre de esperanza en los desposeidos monarcas de Navarra. Las Córtes convocadas después en Pamplona, reconocieron á D. Fernando como rey, y las de Burgos en 1515, en solemne declaración, incorporaron la nueva conquista al reino de Castilla. Quedó así completada la unidad de la familia española, de la que ha quedado únicamente separada la nación portuguesa.

Cerrado ya el brevísimo paréntesis en la narración de los sucesos de Italia, vengamos de nuevo á este importantísimo teatro.

La inopinada retirada del ejército francés al otro lado del Apenino cambió bruscamente el aspecto de las cosas. Rávena, Parma y Plasencia volvieron á poder del papa; Milán recobró su libertad y Bolonia perdió su independencia. Venecia vióse defraudada en sus esperanzas de equitativo reparto y Florencia hubo de expiar el delito de haber querido conservar la neutralidad entre enemigos poderosos. Florencia, el foco más brillante del Renacimiento, la ciudad en cuyo seno aun parece que alienta el antiguo espíritu de libertad, grande por sus riquezas pero más grande por sus inmortales artistas, por sus hombres eminentes así en ciencias como en política fué la que más tardó en someterse á las imposiciones del extranjero, y que en este último y apurado trance aun probó de salvar por medio de las armas su querida independencia.

Un ejército español avanzó rápidamente desde el Bolonés, y si bien los florentinos trataron de hacerse fuertes en algunas plazas, la toma de Prato en la que habian colocado una guarnición de 2,000 hombres, decidió la suerte de Florencia. Cardona exigia tan sólo que admitieran en la ciudad como á particulares á los Médicis y se facilitasen vituallas á su ejército. Y así se realizó en efecto; sólo que la entrada de los Médicis, acompañada de graves agitaciones, dió lugar á una

(1) Muerto el príncipe de Viana, á quien este trono correspondia y causa de la guerra entre D. Juan II de Aragón y los catalanes, le sucedió su hermana D.ª Blanca, que fué envenenada por disposición de su hermana D.ª Leonor. Ocupó ésta su trono, y tras ella D. Francisco, al que sucedió D.ª Catalina, casada con el caballero francés D. Juan de Labrit, que eran en esta época los monarcas reinantes Presumiendo D.ª Blanca su infeliz suerte, habia hecho una donación entre vivos, dejando su reino al monarca de Castilla. Sin embargo, ni D. Fernando ni D.ª Isabel, á pesar de ocupar el de Labrit el trono á consecuencia de un fratricidio, intentaron arrojar de su reino á este monarca. D. Fernando se decidió á efectuarlo en ocasión de la guerra que emprendió con Francia; y el reino navarro quedó incorporado á la corona de Castilla, según la donación hecha por la infeliz D.ª Blanca.

reacción violenta. El ejército español entró seguidamente en Brescia; las ciudades de Legnano y Peschiera cayeron en poder de las tropas de Maximiliano y los venecianos se apoderaron por traición de Crema.

En este momento estalló la discordia entre los confederados. Julio II intentaba conservar Parma y Plasencia y apoderarse con ayuda de los españoles del ducado de Ferrara, sin perjuicio de expulsarlos luego de Italia; los venecianos y el emperador se disputaban la posesión del Veronés, Brescia y Bergamo; Fernando intentaba conciliar los intereses de Maximiliano y Venecia, mientras el papa sostenía las pretensiones absolutas del emperador; y esto fué causa de que los desairados venecianos concluyeran por lanzarse en brazos de Luis XII, que con satisfacción indecible aceptó tal alianza. Tales veleidades y falsías, permitieron quizás á Fernando el firmar con el francés una tregua, en la que no se comprendían los ejércitos de Italia; y gracias á la cual podía éste trasladar la masa de sus fuerzas á la península italiana. Iba, pues, á entablarse la lucha con notable alteración en los factores, de entre los cuales desapareció arrebatado por la muerte el indómito Julio II, ese pontífice cuya personificación más acababa y grandiosa concibió Miguel Angel, al ejecutar la majestuosa figura de *Moisés*.

Ocupó la sede pontificia el cardenal de Médicis, que tomó el nombre de León X, nombre que simboliza toda una época y al que asocian las artes sus recuerdos más gloriosos. Basta tener presente su permanencia en los ejércitos confederados, los resentimientos que abrigaba su familia contra los franceses, y su prisión tras la batalla de Rávena, para comprender que en él alentaban antiguos odios contra Luis XII. Este monarca, de acuerdo con los venecianos, reorganizó sus tropas al otro lado de los Alpes, y confiando el mando en jefe al ilustre La Tremouille, lanzóles sobre el Milanesado, donde se hicieron fácilmente dueñas de la capital: en tanto Albiano, general de los venecianos que en otro tiempo peleara á las órdenes de Gonzalo de Córdoba, se dirigía desde Venecia á la alta Lombardía y llegaba hasta los bordes del Pó, después de hacerse dueño de Cremona, Peschiera y Brescia mientras los españoles permanecían en actitud espectante, en sus posiciones.

¿Cómo se explica en tales circunstancias la inacción de los españoles? Sin duda por las órdenes que el virey Cardona recibiera de D. Fernando, quien, libre de los temores inmediatos que le causaran los franceses y profundo conocedor de la política italiana, quería ahora mantenerse á la espectativa, y dejar que confederados y franceses decidieran el problema de la guerra. Cardona se situó en las márgenes del rio Trebia dejando abierto el camino del Milanesado; y ni la llegada de los suizos, que en número de 24,000 habían entrado en Italia en socorro de la Liga, pudo hacerle abandonar su posición. Pero los suizos, indignados ante esta actitud del general español, resolvieron aventurarse por sí solos á la lucha. Atacada la plaza de Novara, que ellos guarnecían, por la Tremouille, después de resistir vigorosamente, marcharon en busca del enemigo, acampado á dos millas de la ciudad, dándose entonces una terrible batalla en la que luchó sólo la infantería suiza, pero en la que el ejército francés fué destrozado tan por completo, que hubo de abandonar otra vez el Milanesado. ¡Flujo y reflujo constante de combatientes el que ensangrentaba esta infortunada región! Con ser la llave de Italia, ella era la que con creces pagaba la ambición de unos y el escaso patriotismo de otros.

Tal victoria obligó al virey á salir de su inacción, para utilizar sus frutos: cruzó primero el Milanesado, llegó á las márgenes del Pó que atravesó por Stradella y volvió á recuperar á Bergamo, Brescia y Peschiera, haciéndose dueño de la línea del Adije. Este movimiento efectuado con excesiva lentitud obligó á Albiano, que consideraba le era imposible hacerse fuerte en el Pó, á retrogradar primero hasta el Adije, y á encerrar luego sus tropas en las importantes plazas de Pádua y Trévico; pensamiento acertadísimo dadas las escasas fuerzas de que disponía el general veneciano. En su auxilio vinieron las diferencias que estallaron entre los caudillos confederados, el infructuoso asedio de Padua y la división de las fuerzas imperiales y españolas, que se dirigieron, aquéllas á Verona, éstas á las inmediaciones de Crema, á cuya guarnición veneciana hostilizaron.

En estos momentos y viendo el campo libre de enemigos, concibió el virey la idea de conducir su ejército á las inmediaciones de la reina del Adriático, pensamiento altamente audaz y que rea-

lizó no obstante, llegando á emplazar sus baterias frente á Venecia y lanzando algunos proyectiles sobre el monasterio de San Segundo. Los españoles saquearon las ricas comarcas de las riberas del Brenta y se hicieron dueños de cuantioso botin. Pero al volver sobre sus pasos y al intentar cruzar la corriente de este río apareció en la margen opuesta el ejército de Albiano. Y fácilmente se echará de ver la crítica situación de las tropas de Cardona, teniendo á espaldas el enemigo, por más que éste se hallara encerrado en algunas plazas.

Lograron los españoles, por medio de una excelente maniobra, distraer la atención de los venecianos; y mientras su general acudia á defender el paso por Aladetta, el grueso del ejército cruzaba el rio por un punto distinto, con lo que sólo en parte se conjuró el peligro. En efecto; el ejército español, para llegar á Verona, pasando por Trento, debia seguir un áspero desfiladero y terrenos

Retrato de Pedro Navarro y facsímile de su firma (De una estampa antigua)

quebrados, acosado por flanco y retaguardia por el enemigo, que pronto echó de ver la difícil situación de las tropas del virey. Mas en horas tan críticas, atacados los españoles sin cesar y á mansalva desde las alturas inmediatas, pusieron de manifiesto una vez más su disciplina y su constancia. No era dable, no, presumir otra cosa que una derrota después de tantas horas de fatigas, cuando al abandonar los diezmados escuadrones aquellas gargantas encontraran á su frente á un enemigo fuerte y animoso, dispuesto á quitarles á una el botin conseguido en las riberas del Adriático y la vida. Y, sin embargo, tan cierto es que en la guerra, como en los más de los asuntos humanos, una absurda confianza ó una ciega precipitación, cambia de súbito los favores de la fortuna.

Llegados á las inmediaciones de Vicenza en un punto en que el camino profundamente encajonado entre montañas sólo tiene una angosta salida, creyó Albiano ser aquél el momento de lanzar

sus tropas sobre la retaguardia española. Estaba cruzando este difícil paso cuando la impetuosa acometida de Albiano vino á sorprenderla y á quebrantar momentáneamente sus filas. El ejército detuvo entonces su marcha; el cuerpo principal retrocedió y la infantería española se arrojó sobre los flancos del enemigo, los lanzó contra su centro y le destrozó por completo. Fué una victoria completa, pues al ejército veneciano compuesto de 6,000 infantes y 2,000 caballos sucumbió al valor de los españoles, quienes se hicieron dueños de todas sus banderas, artillería y bagajes.

Esta batalla denominada de Vicenza (7 Octubre de 1513), puso término á la campaña. Los suizos, en tanto, después de vencer en Novara, habían penetrado en Francia y tras un serio descalabro en la Borgoña, firmaron la paz con Luis XII, obligándose éste á retirar sus guarniciones de Cremona y Milán; Venecia, defendida por sus lagunas, vióse reducida á llamar en su defensa á todos sus hijos y á reclutar los trabajadores de sus arsenales; Florencia tuvo que reconocer la soberanía de los Médicis, que hicieron de aquella ciudad emporio de las artes y del buen gusto, y España quedó señoreando en Italia, después de haber sostenido la gloriosa reputación de sus ejércitos.

Pero estaba de Dios que los franceses no abandonaran sus aficiones por Italia. Á Luis XII sucedió en el trono de aquella nación Francisco I, que no ya tan sólo aspiraba á la posesión del Milanesado, sino de la Italia entera. Esto dió lugar á otra liga y á otra invasión. Concertóse la primera entre el pontífice, el emperador, el duque de Milán y los suizos; pero la suerte de las armas no fué favorable á los aliados, alcanzando los franceses en 13 de Setiembre la famosa victoria de Marignano, que cambió totalmente el aspecto de las cosas.

Tres meses después de esta batalla, á primeros de Enero de 1516, fallecía el rey D. Fernando el Católico, cuya influencia había sido tan poderosa en los asuntos europeos durante un largo y agitadísimo periodo.

III

Acaba de pasar á nuestra vista el brillante periodo del reinado de los Reyes Católicos; periodo fecundo en grandes hechos y al que hemos consagrado cuatro Estudios en los que se sintetizan otras tantas importantísimas fases del mismo: 1.ª la conquista de Granada y la consolidación del poder real; 2.ª las campañas del Gran Capitán; 3.ª el descubrimiento de América, y 4.ª las empresas en Africa y las guerras con Francia. La reunión de las dos monarquías, dijimos á su tiempo los defectos de que adolecía y los peligros que para las libertades patrias encerraba. Las constantes guerras por un lado y el espíritu de centralización inherente á una monarquía que abarcaba pueblos tan diversos, fueron desde luego partes que contribuyeron poderosamente á ello. Y como si fuesen inherentes al progreso humano, ciertos errores y preocupaciones que constituyen la parte sombría de su admirable desenvolvimiento, así andan confundidos en este mismo periodo el bien y el mal, la arbitrariedad y la justicia, la pequeñez y la gloria. La unidad de España preparada por dos reyes poderosos, la conquista del último baluarte de la dominación morisca, las guerras de Italia, el descubrimiento de América; y la expulsión de dos razas, el establecimiento del tribunal del Santo Oficio, los presagios de la pérdida de nuestras libertades. Justo es confesar empero que la obra realizada por los monarcas fué muy grande: hicieron de la abatida y conturbada Castilla una monarquía fuerte, y de las dos coronas un cuerpo de nación respetable y temido. Pero concurrieron en ambos consortes cualidades tales, que con razón puede decirse que coincidían en un mismo punto, con ser ellas tan opuestas. La sagacidad, el cálculo y la astucia de Fernando, tenían en la magnanimidad y en las nobles miras de Isabel un contrapeso: ambos eran enérgicos, la reina llevada por su fe, el monarca impulsado por su tenacidad, pero en ambos alentaba un espíritu altamente patriótico, y su vida consagrada á trascendentalísimas empresas, acredita entendimientos graves y dados á ocuparse en grandes cosas. No cedió Fernando á ningún monarca de su tiempo, ni en habilidad ni en mala fe; y fué sin duda alguna Isabel la más ilustre de las princesas de su época, por su cultura intelectual, su modestia, su corazón generoso y su

Tip. Ullastres

Lit. Miralles

GUIÓN REAL ARAGONÉS
BANDERA DE LA BANDA

GUIÓN REAL DE CASTILLA
GUIÓN DE LOS REYES CATÓLICOS Y CARLOS I

abnegación á toda prueba. Esta ilustre mujer, cuya alma grande fué luminoso foco de la cultura intelectual de su época, disputando á las graves tareas políticas ciertas horas, tomaba lecciones de la ilustre D.ª Beatriz de Galindo, manda escribir su crónica á Pulgar, su diccionario á Palencia, sus décadas á Pedro Mártir, honraba la naciente imprenta, dando especial privilegio á sus introductores y animaba y fomentaba las letras con el mismo afán que consagrara á los cuidados del gobierno. Asi la historia ha rodeado á la persona de Isabel I de una brillantisima aureola, que no ha podido desvanecer el tiempo.

La obra de reconstitución efectuada en el interior por estos monarcas, no es menos importante que la realizada en la más dilatada esfera de la politica europea. Tuvieron que legislar sobre todos los ramos de la administración; arreglar los altos tribunales civiles y eclesiásticos, atender al ejército, dictar ordenanzas para los oficios é industrias más humildes, fomentar las letras y reformar las órdenes monásticas. Milicia, clero, nobleza, ciencias, legislación, diplomacia, de todo se ocuparon estos monarcas y á todo atendieron con perseverante celo. Justo es decir que contaron á su lado hombres de talla en todos los ramos; y los nombres de Talavera, Mendoza, Cisneros, Fray Juan Marchena, Fray Diego de Deza, los de Ramírez, Montalvo, Fonseca, Garcilaso de la Vega, Urrea, López de Aro; los de Alonso de Aguilar, el marqués de Cádiz, los duques de Medina Sidonia y de Medinaceli, los condes de Cifuentes y de Tendilla, Hernán Pérez del Pulgar, Ribera, Tellez Girón, Paredes, Enríquez, Villalba, Navarro, el Gran Capitán y D. Fernando de Toledo, proclaman la grandeza de este reinado. Añadamos á esta enumeración los apellidos de Colón, Ojeda, Pinzón, Ponce, Núñez de Balboa y podremos formarnos así completa idea de la actividad que se desarrolló en todas las esferas. Pero esta actividad hizóse extensiva á la centuria siguiente en la que directamente influyó, pues todos los elementos de la gloria española en el siglo XVI existian ya en este reinado. «El conquistador de México, dice Clemencin, habia pasado ya á América; Sebastián de Elcano se ensayaba para dar la vuelta al mundo, el conde Pedro Navarro habia inventado las minas; Antonio de Leiva, el Marqués de Pescara, Hernando de Alarcón, todos los capitanes de Carlos V pisaban ya la senda que guía al templo de la inmortalidad. Los héroes del Garellano formaban á los de Pavia, como éstos á los de Túnez, San Quintín y Lepanto.» Véase, pues, cuán grande fué la influencia de esta época en el progreso politico é intelectual de España.

Y sin embargo no pudo, no, ocultarse al espiritu sagacísimo de D. Fernando las tristes vicisitudes que á las monarquías por él regidas, estaban reservadas. La muerte que arrebató al principe D. Juan, á la infanta D.ª Isabel y á su primogénito, á los que siguió muy luego la Reina, lastimándole en sus afecciones más caras, vino á poner la corona de Castilla en manos de un principe extranjero, que por añadidura no reunia cualidad alguna de gobierno, y de una princesa demente; y en circunstancias tan deplorables, á sus tristezas habituales, añadiéronse los repetidos sinsabores y disgustos con el archiduque D. Felipe. Llegaron éstos á tal extremo que el monarca se decidió á contraer un segundo matrimonio, sin parar mientes en los peligros á que exponía la unidad de la monarquia, siendo grande su pesar por la muerte del hijo que de D.ª Germana de Foix tuviera. ¡Tal era su enemiga contra la casa de Austria! Mas el fallecimiento de D. Felipe no pudo hacerle concebir nuevas esperanzas, pues el inmediato sucesor de éste, principe D. Carlos, educado lejos de estos reinos bajo la tutela del emperador Maximiliano, mostróse tan inquieto y ambicioso como su padre, y existió entre el rey D. Fernando y su nieto igual antagonismo que entre aquél y su yerno. De ello da clara idea la doble concordia que celebró el Rey Católico, con el emperador, los suizos, el papa y los principes italianos contra Francisco I, y la pactada entre este monarca y Carlos que á la sazón acababa de encargarse del gobierno de Flandes. ¡Calcúlense, pues, las tristezas que anublarían la frente de Fernando y las amarguras que acibararian su corazón, en los últimos dias de su trabajada existencia!

No podemos insistir aqui en cierto género de consideraciones acerca de las que dejamos algo apuntado en nuestro ESTUDIO QUINTO; las condiciones de este trabajo nos obligan á consignar aquellos hechos de mayor trascendencia en la vida politico-social de España. Asi, pues, mencionados ellos, trazado á grandes rasgos el cuadro histórico-militar de este reinado que cierra el periodo de

la Edad media en España é inaugura la moderna Edad, séanos permitido consagrar breves párrafos á los progresos intelectuales y materiales realizados en esta época.

A las continuadas luchas, á las guerras constantes, hay que agregar una extraordinaria actividad intelectual que en Italia dió vida al humanismo y que gracias al concurso eficaz de la imprenta debía preparar el terreno á transformaciones más radicales. Cabalmente á la guerra que produjo la prolongada permanencia de nuestras huestes en el clásico suelo de Italia y la constante comunicación con gentes de los más importantes países, se debió el impulso que recibieran las letras patrias, que sin dejar por eso de prestar tributo á la imitación, ofrecen ya á través de grandes defectos, hijos de un gusto falso, incomparables bellezas. «La elocuencia de los discursos de aquel tiempo, dice Capmany, dista mucho de la rudeza original y robusta que aparece en el estilo primitivo castellano, cuando acababa la nación de salir de la barbarie de los siglos de hierro (1).» Por otra parte la galanura del idioma toscano, manejado por poetas como Dante y Petrarca y prosistas como Bocacio sedujo á nuestros poetas, así como el prurito de imitar á los clásicos, se apoderó de los más de los escritores pervirtiendo el gusto nacional.

Algunos ilustres magnates dieron en la córte de Castilla el buen ejemplo de cultivar los estudios amenos; y bien pronto dióse á conocer una escuela de poetas entre los que descuellan el cordobés Juan de Mena, el marqués de Santillana y Jorge Manrique (2). ¿Quién no conoce los sentidos versos de este último caballero tan valiente como bondadoso? En ellos palpita la ternura más exquisita hermanada á una nobleza y elevación de idea que no es fácil hallar en los más de los poetas de su tiempo. Pero si la poesía mereció la preferencia de los ingenios, no por eso fué la prosa desatendida, bien es cierto que los asuntos místicos fueron cultivados más especialmente por los escritores de aquella época; mas los históricos y caballerescos no fueron descuidados. Desgraciadamente son en número escaso los científicos, entre los que quizás pudieran contarse las importantes producciones de D. Enrique de Aragón, malamente llamado Marqués de Villena, producciones que fueron entregadas después de su muerte á las llamas. El *Centón epistolario* del Bachiller Fernán Gómez en quien la prosa castellana apareció correcta, fácil y clara, y la *Visión deleitable* de Alfonso de la Torre fueron libros muy apreciados en su tiempo y dignos de figurar entre las producciones que más han contribuído á perfeccionar nuestro hermoso idioma.

Los judíos conversos prestaron también su tributo á la literatura patria: los nombres del Burgense, Alvar García, Juan Alfonso de Baena, Ramón Vidal, Motech Zarfati y el Zadique de Uclés atestiguan la parte que tomó esta raza en el desarrollo literario de esta época (3). Nadie ignora por otra parte la predilección con que cultivó ciertas ramas de la ciencia, y en especial la química y la astrología; pero sabido es también que estos conocimientos valían por entonces al que los cultivaba fama de mágico y nigromante; y se concibe por lo mismo que nada se compusiera sobre estos temas en España.

En cambio, la historia se cultivó con satisfactorio éxito. Pérez de Guzmán recopiló la crónica del rey D. Juan II, Fernán Nuño escribió la del rey Enrique III y un autor anónimo la de Fernando I de Aragón. Junto á autores tan ilustres como el de las *Generaciones y semblanzas*, figura el alférez Gutierre Díez de Gámez, autor del *Victorial ó historia de D. Pedro Niño, Conde de Balbuena*. Tratándose de la producción de un militar creemos interesante insertar un párrafo de uno de nuestros historiadores: «Este libro, dice, que es uno de los más preciosos que de aquella edad nos quedan, ofrece gran copia de datos para caracterizar los usos más particulares de la caballería y de la marina de entonces, pues el alférez, compañero y encargado de la bandera del conde en

(1) *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española.*

(2) El ilustre marqués de Santillana, verdadero protector de los ingenios de su tiempo, ha sido quien dijo estas palabras: «La ciencia no embota el hierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero.»

(3) El rabino Abraham Ben Samuel Zacuth, natural de Salamanca, conocido por *Abrahán Zacuto*, escribió entre otras obras un *Almanaque perpétuo*, cuyas efemérides ó tablas están calculadas para el meridiano de Salamanca, y que impreso en Venecia en 1502, y traducido luego al latín con varias adiciones, por Alfonso de Córdoba, y al castellano por José Vecino, discípulo del autor, sirvió de guía á nuestros navegantes y descubridores del siglo XVI para sus observaciones de la astronomía náutica.

todas las expediciones de su héroe, pudo saber hasta los más mínimos detalles de lo que relata. Su prosa es culta, clara y no destituida de facilidad, elegancia y viveza (1).»

El Rey Católico tuvo en Fernando del Pulgar á quien más de una vez hemos recurrido al trazar estos cuadros, un diligente y fiel cronista (2): escritor modelo en el decir con vigor y donosura y «en narrar las cosas más serias con mayor delicadeza y las más importantes con mayor elegancia (3).» A él se debe, además de la crónica de este reinado, una interesante colección biográfica titulada *Claros Varones de Castilla*, y puede asegurarse que fué el iniciador de un género que debian inmortalizar después famosas plumas. Célebres historiadores y distinguidos prosistas fueron también Mosén Diego Valera, Bernáldez y Almeida; y sus cronicas y tratados atestiguan que el idioma patrio se cultivaba con fruto y se dejaba dominar con facilidad.

Otro género literario alcanzó en España, como en el extranjero, grandisima boga, los libros de caballeria, entre los que figuran los *Caballeros de la Tabla redonda*, *Amadis de Gaula* y *Tirante el Blanco*. Apareció en la peninsula el primer libro original de caballeria en 1409, y en Valencia se publicó una traducción catalana del tercero, que no tardó en ser vertida al idioma castellano. Bien se comprende cuánto contribuirían ellos á fomentar las inclinaciones aventureras y caballerescas de nuestro pueblo. Constituian la lectura favorita de los caballeros y de los pajes; y las estupendas aventuras en ellos narradas despertaban en los ánimos juveniles aquella pasión á todo lo extraordinario á que pagó tributo el pueblo español, en una época tan agitada y fecunda, como supersticiosa y exaltada.

Los *romances* son otra manifestación literaria en la que se revela la imaginación viva y brillante del mismo. Atribuyen algunos su origen á la poesia de los árabes, y aun cuando esto se ponga en duda, imposible será desconocer la influencia que éstos pudieron ejercer en nuestra poesia. Versan estos romances sobre personajes históricos ó legendarios y en ellos alientan el genio nacional; *Bernardo del Carpio*, *La Rota de Roncesvalles*, *Los Siete Infantes de Lara*, *El Bastardo de Mudarra* han alcanzado grandisima boga en España, ocupando el primer lugar los del Cid. «El poeta, el historiador, el filósofo, dice uno de nuestros literatos más ilustres, recorrerán las páginas de nuestro Romancero con el mismo respeto con que actualmente se abren las de los inmortales poemas de Homero (4).»

Como en Castilla, en Aragón dióse á conocer también la actividad literaria de esta época. El siglo xv vió nacer al ilustre poeta Ausias March, cuya cuna se disputan Cataluña y Valencia; Mosén Jordi, Arnaldo March, Luis de Requesens, Ferrer, Torruella, Fonallar, Boixadors, y otros varones eminentes, así en literatura como en ciencias. En esta época se tradujo al catalán la *Divina Comedia* por Andrés Febrer, así como las *Tablas Alfonsinas* y las obras de Alberto el Magno. Mas también las obras místicas, caballerescas é históricas fueron en Aragón las que mayor boga alcanzaron. La influencia de la poesía provenzal é italiana dejóse sentir sobre todo en Cataluña y trascendió luego á Castilla con D. Enrique de Villena, en cuyas composiciones debían inspirarse el marqués de Santillana y otros vates.

Si de la literatura pasamos á la ciencia, echaremos de ver que los progresos no han sido de tanta transcendencia. El desarrollo del entendimiento fué teológico por completo, y la dialéctica y la metafísica eran lo que con preferencia se estudiaba. Aristóteles predominaba en absoluto en nuestras escuelas, y la pedanteria escolástica bien puede decirse que encerraba en un verdadero laberinto de sutilezas los entendimientos. Citemos á un autor tan poco sospechoso como Balmes: «En la imposibilidad de formar un cuerpo de sabia doctrina, se amontonaba un confuso fárrago

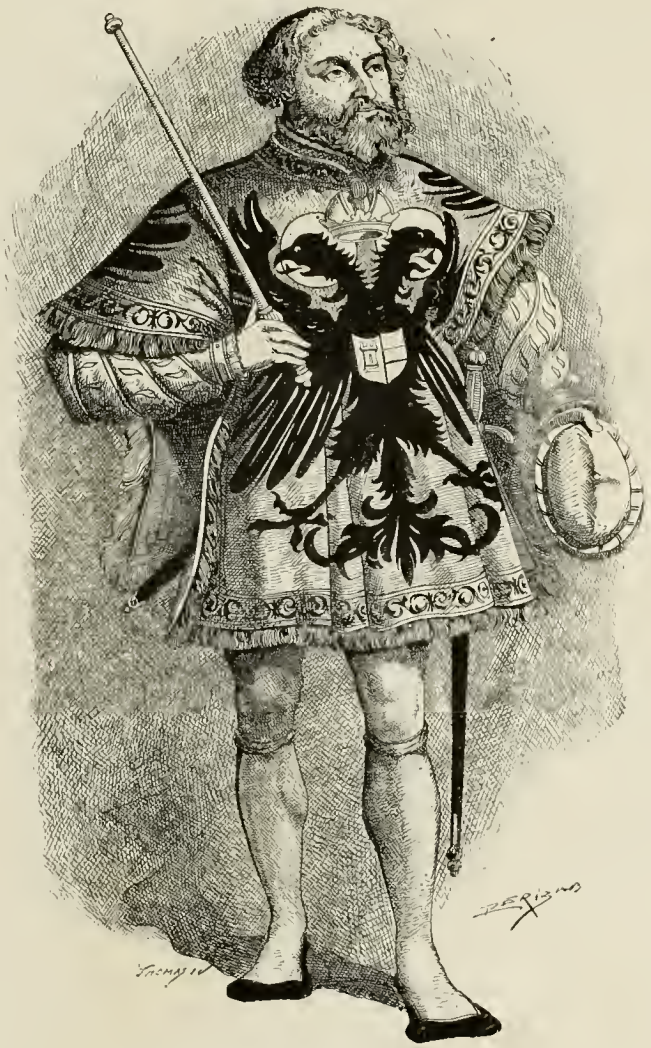
(1) Villar: *Hist. general de España.*

(2) Capmany: *Teatro hist.-crítico.*

(3) Este empleo, creado por los Reyes Católicos, era de mucha confianza y autoridad en aquellos tiempos, pues, según Oviedo, *era parte del oficio de los cronistas... despedir epístolas en su servicio* (de los reyes) *en los tiempos que conviene para saber lo que se hace en otros reinos, é acoger las respuestas é tomar dellas aquello que á su oficio conviene de algunas cosas hazañosas, é haber conocimiento de los Reyes comarcanos é de sus coronistas por intercesion de letras para sugerir en las crónicas algunas cosas de las que acaecen en sus tiempos, las de acullá aca, y las de acá acullá, que conviene por la verificación sean ciertas, etc.*

(4) Milá y Fontanals: *Lit. Española*

de ideas y palabras, siendo tanto el ardor con que se abrazó el estudio de la dialéctica y la metafísica que en poco tiempo llegaron á eclipsar los demás conocimientos.» Esta dirección de nuestra fuerzas intelectuales, no fué óbice, sin embargo, á que produjeran las escuelas españolas una serie de ilustres varones que educaron la generación inmediata en la que descollaron hombres eminentísimos así en la Iglesia como en la política, así en las letras como en las armas. Y ni las mismas damas quedaron rezagadas en este movimiento progresivo, pues algunas de ellas ocuparon en la corte cátedras de bella literatura.



Heraldo imperial. (De Michæel Ostendorfen)

Sumamente notable por lo justo, y más de admirar por tratarse de autor poco sospechoso, es el siguiente juicio, que á propósito de este siglo literario emite Clemencín: «Cuando se elogia una época literaria, dice, no es preciso decir que entonces se llegó á la cumbre del saber, y que allí están los modelos y dechados de todo género de ilustración y doctrina. En las empresas complicadas y difíciles, es imposible llegar á la perfección desde los mismos principios. El mérito de una época literaria consiste en los mayores esfuerzos para sacudir la ignorancia, en la mayor cantidad

de dificultades vencidas para ello, en los mayores adelantos respectivos, en el mayor espacio corrido en menos tiempo, en la mayor preparación para los progresos ulteriores. Tal es el verdadero punto de vista bajo el que este asunto debe mirarse, y bajo el cual no es dudable la superioridad del siglo de Isabel sobre el de Felipe II. Este monarca dejó en estado de decadencia las letras que habia recibido en el de crecimiento y pujanza; y en medio de las muchas personas sabias que ilustraron su reinado, en él se vió á la ilustración española suspender el vuelo que habia tomado, y empezar á declinar de su reputación y lustre. Melchor Cano, D. Antonio Agustín, Pedro Chacón, Arias Montano, Fr. Luis de Granada, Ambrosio de Morales, Juan de Mariana, Fr. Luis de León, Miguel de Cervantes, que florecieron bajo Felipe, no tuvieron sucesores. Todavía vivían algunos de estos grandes hombres, y se celebraba é imprimía para borrón de España el Auto de Logroño. Desde entonces la literatura española fué continuamente á menos, y lejos de prosperar y producir los modelos que necesitábamos y de que en gran parte carecemos todavía, menguó rápidamente y llegó á oscurecerse y casi á eclipsarse en el discurso de la centuria XVII.»

Dijimos anteriormente que la imprenta vino á prestar su cooperación al renacimiento de los estudios clásicos. La primera imprenta fué establecida en Barcelona antes de 1468 (1), y el *Salustio* fué el primer libro clásico que salió de las prensas españolas. Bien pronto este nobilísimo arte adquirió extraordinario vuelo, gracias á la protección que aquí alcanzara, y á su propagación en nuestro dominios de América y Africa.

Paralelo al progreso de los estudios, era el favor que en España mereció la vida universitaria: Salamanca, *nueva Atenas*, *madre de las artes liberales y de todas las virtudes*, llegó á contar en su seno siete mil estudiantes. Allí se cultivaban la teología, la jurisprudencia, la medicina y las lenguas muertas, y en sus cátedras explicaban Lebrija, Montalvo, Pedro Mártir, Marineo, Herrera y otros varones de gran erudición. Esto da por sí sólo clara idea de la vida intelectual de nuestra patria al finalizar la época que historiamos.

El siglo XV no fué menos fructífero por lo que respecta á las letras que á las artes. En nuestra patria se inaugura con la construcción de la catedral de Sevilla, soberbio monumento en que han

(1) La imprenta fué introducida en España el mismo año que subió D.ª Isabel I á ocupar el trono de Castilla, y según una carta-orden fechada en la ciudad de Sevilla en 25 de Diciembre de 1477 y dirigida á la ciudad de Murcia se manda á Teodorico Alemán, «impresor de libros de molde en estos reinos, sea franco de pagar alcabala, almojarifazgo ni otros derechos, por ser uno de los más importantes inventores y factores del *arte de hacer libros de molde*, exponiéndose á muchos peligros de la mar por traerlos á España y ennoblecer con ellos las librerías.» En Barcelona se estableció la primera imprenta, y bien pronto contaron con establecimientos de esta clase Valencia, Zaragoza, Sevilla, Salamanca, Toledo, Alcalá y otras ciudades. Pero al instalarse en España la imprenta apareció también la censura, instituida según pragmática real para impedir la venta de libros defectuosos ó nocivos.

Curiosísimas por demás son las siguientes noticias que en una publicación tipográfica encontramos, relativas á la introducción de la imprenta en América y en Africa. «Ya que por algunos escritores modernos, poco conocedores de nuestra historia, dice el autor de estas noticias, ha llegado á preguntarse qué habíamos hecho los españoles en América en beneficio del progreso intelectual, justo es que consignemos aquí, que no sólo en América sino también en Africa, fuimos los españoles los que introdujimos la imprenta, verdadera palanca del progreso y del mejoramiento de la humanidad. El año de 1567 se establecía en México, de orden del virey español, la primera imprenta de América, destinada particularmente á las publicaciones oficiales del gobierno de Nueva-España. No debía estar, sin embargo, vedado este adelanto al servicio de los particulares, cuando de cuatro años después, es decir, con fecha de 1571, se conservan en la Biblioteca de aquella capital libros de asuntos religiosos publicados por los misioneros.

»En 1590, y con igual objeto que en México, también introducían la imprenta en el Perú los vireyes españoles, siendo la obra más antigua, impresa en aquel apartado país, que se conserva, un libro de moral y religión publicado en Lima, en 1621, por el padre Pablo José de Arriaga. Por esta misma fecha los gobernadores españoles establecían en las grandes Antillas, es decir, en La Española, ó sea en la isla de Santo Domingo, y también en la de Cuba tan benéfico invento, tardando poco en generalizarse después por todos nuestros dilatados dominios americanos. En cambio los ingleses y franceses, cuyos escritores tan injustamente nos tratan al ocuparse del progreso de la civilización en América, no dotaron del arte de Gutenberg á las colonias que poseían en aquel privilegiado país, hasta el año de 1751, de cuya fecha datan sus *Gacetas* coloniales; pues aunque los ingleses aseguran que el año de 1639 introdujeron en el Norte-América este adelanto, estableciendo en la ciudad de Cambridge su primera imprenta, no citan ninguna obra de aquella fecha que lo acredite, ni está por tanto esta aseveración debidamente justificada.

»Pero no es sólo el continente americano el que nos debe, entre tantas otras cosas, la introducción de la imprenta, sino tambien el Africa. En 1521, y á consecuencia de las frecuentas guerras emprendidas por Carlos I de España, contra los moros berberiscos de la costa mediterránea, llevaron allí nuestros compatriotas el arte civilizador de Gutenberg, cuya novedad admiró tanto la imaginación impresionable de aquellos naturales, que propagándose la noticia de comarca en comarca llegó á oidos del célebre *Preste-Juan*, como llamaban los españoles y portugueses de aquel tiempo al emperador de Abisinia, quien solicitó y obtuvo de Carlos V una imprenta completa.

»Conste, pues, que los españoles hemos hecho algo, no sólo en América sino en Africa, por el progreso de la humanidad. En ambas partes del mundo encendimos, con la introducción de la imprenta, la antorcha de la civilización y del progreso, y si las demás naciones europeas han sabido después explotar en su beneficio, mejor que nosotros, el teatro de nuestros maravillosos descubrimientos y épicas hazañas, cúlpese, no á nuestra falta de iniciativa, sino á nuestra sobra de desprendimiento y abandono.»

dejado impresa su huella tres distintos estilos: el gótico, el árabe y el del Renacimiento, amalgama que da perfecta idea de las influencias que han contribuído al desarrollo de nuestro estado social. Entonces se terminan muchas catedrales comenzadas en épocas anteriores y en las que se echan desde luego de ver los tres períodos del estilo gótico. Este aparece ahora con soberbia pompa, pródigo en detalles, rico y severo á la par, pero siempre imponente y magnífico; y esos sublimes monumentos cuyas flechas se pierden en las nubes, cuyas simbólicas portadas abren sus arcos en degradación como el amor á la esperanza, cuyas naves imponentes, se pierden en la sombra como la vida en la eternidad, y cuyos brillantes é historiados rosetones tienen algo de la luz de la gloria, ejercen en el ánimo más indiferente un sentimiento de religiosa paz, de unción desconocida, que á la vez calma y entristece nuestro corturbado corazón. La influencia del Renacimiento invade también estos recintos: adósanse á fábricas tan majestuosas como severas, capillas en las que campea por completo este nuevo estilo; y en los sarcófagos y sepulcros luce hermanada á la arquitectura la escultura, otra rama del arte que indudablemente es la que más debe á este gran siglo.

No cabe negar que el gusto del Renacimiento se adapta muy mucho á las exigencias de la vida moderna, al fausto, al esplendor y á la mundana pompa. Sus influencias dieron á la vida social otro carácter. Se comprendió mejor la existencia y se dió á la actividad humana mejor empleo. Nuestras relaciones mercantiles con las florecientes repúblicas italianas y con los países orientales, dieron gran impulso á la industria, al comercio y á la navegación. Nótase mayor lujo en el vestir y en el mobiliario de la casa; y la córte se presenta con soberbia pompa en las solemnes ceremonias.

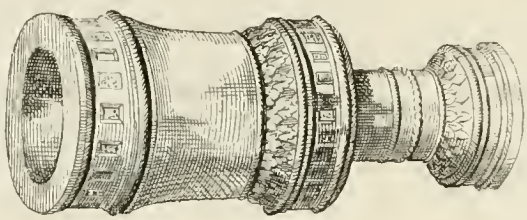
El reino castellano, que hasta la conquista de Sevilla se vió reducido á los puertos de Galicia y del Cantábrico, vióse desde entonces en posesión de un importante centro comercial, al que llevaron su actividad característica los catalanes y genoveses. De las costas andaluzas partieron en adelante las expediciones á la América, que contribuyeron á dar cierto vuelo á la marina española. Entonces se fundó la Casa de Contratación de Sevilla (1) y se organizó la secretaría de los negocios de Indias, cuya inspección se extendía á cuantos buques salían de los puertos de Cádiz y Sevilla y su jurisdicción á los pleitos originados á consecuencia de los viajes y del comercio colonial.

La invención de la brújula, la del astrolabio, que vino á prestar su concurso á los proyectos de Cristóbal Colón, el regreso de Vasco de Gama de las remotas Indias que el ilustre genovés trataba de encontrar por el camino del Oeste, fomentaron el amor á los viajes; y las expediciones del español Ojeda, de Yañez Pinzón, de Bastidas, de Ponce de León y de Núñez de Balboa, debían ensanchar la esfera de la actividad humana y las relaciones entre los pueblos más distantes. España, que se enseñoreó de los más ricos países del nuevo continente, alcanzó por otra parte á extraer de ellos grandes tesoros: cerca de medio millón anual de onzas de oro sacó tan sólo de las minas de la isla Española; y ciertamente que si como cree el vulgo la opulencia de un país consiste en la mayor cantidad que de este inútil metal atesore, hubiera sido el nuestro el más rico y feliz de toda Europa. Pero ya lo dijimos á su debido tiempo; España empobreció á pesar de la superabundancia de riqueza; descuidó su agricultura, fué en decadencia su industria y derrochó en estériles campañas esos mismos tesoros cuya extracción al extranjero tenía vedada.

Pongamos punto aquí á este inventario. En el balance histórico á que puede someterse este siglo hay que convenir en que resultan notables beneficios para la cultura universal. A los que son debidos al desarrollo general del progreso europeo, podemos añadir los que ha procurado una po-

(1) Las primeras ordenanzas para el establecimiento y gobierno de la casa de Contratación de Sevilla llevan la fecha de 20 de Enero de 1503. El objeto de esta fundación se especifica en el párrafo primero de las mismas, con estas palabras: «Ordenamos é mandamos que en la ciudad de Sevilla se haga una casa de Contratación para que en ella se recojan y estén el tiempo que fuere necesario todas las mercaderías é mantenimientos é todos los otros aparejos que fueren menester para proveer todas las cosas necesarias para la contratación de las Indias, é para las otras islas é partes que Nos mandaremos, é para enviar desde allá todo lo que dello convenga de enviar, et para en que se resciban todas las mercaderias é otras cosas que de allá se enviaren á estos nuestros Reinos, et para que allí se venda dello todo lo que se hoviere de vender, é se enviare á vender é contratar á otras partes donde fuere necesario; la cual dicha casa mandamos que sea fecha de manera que haya en ella disposición para lo susodicho.» En 15 de Junio de 1510 se dieron otras nuevas Ordenanzas, organizándose en ellas los servicios y el personal, y por último en 18 de Mayo de 1511, dióse una «Declaración de las ordenanzas anteriores con otras nuevas para el gobierno de la casa de Contratación.» Estas tres ordenanzas dan perfecta idea del sistema que prevalecia entonces en lo relativo al comercio con las Indias.

litica acertada y vigorosa en nuestra patria. Si hay que consignar grandes errores, no se olvide por eso el relativo atraso intelectual y económico de nuestra patria, aunque se deplore cuánto pudo contribuir en fatales medidas la intolerancia religiosa, que se alió á la causa de la monarquía y que perjudicó tanto á la conciencia como á las libertades del país. Pero colocándonos en un justo medio, no dejaremos de hacer justicia á una generación que no habia abdicado por completo los ideales de la Edad media cuando entró en el periodo moderno. No era posible, no, que la faz de nuestra sociedad cambiara radicalmente. La guerra concluyó con el poderio feudal, los ejércitos permanentes robustecieron el poder monárquico; pero la unidad de la dominación dió nacimiento al espíritu centralizador, y el espíritu centralizador ahogó las libertades patrias. Hé aquí encadenadas las causas y los efectos. En el interior, España reconquista por la guerra su suelo: las repetidas guerras exteriores y la extensión de sus dominios, la desangraron y la debilitaron. Pero si la guerra pudo ser poderoso auxiliar puesto al servicio de monarcas hábiles y diplomáticos como Fernando, fué agente funestísimo cuando la impulsó el celo religioso á empresas tan aventuradas como infecundas, costosas y lamentables. Como quiera que sea; ello es que llegó nuestra patria por la guerra á la meta de su poderio, poderio conseguido á la vuelta de largos y fatigosos siglos de lucha, pero que se desvaneció muy luego con sólo dos siglos de desaciertos.



Mortero

ILUSTRACIONES

Suizos (pág. 461).—En otro lugar de esta obra, y á propósito del llamamiento de un cuerpo de suizos hecho por los Reyes Católicos, nos hemos ocupado de estos soldados. Su renombre data de la batalla de Morat, en la que los escuadrones helvéticos, erizados de hierro, dieron buena cuenta de los caballeros de Carlos el *Temerario*. Desde aquella fecha vemos servir á estos esforzados montañeses, que tan bizarramente defendían sus hogares bajo las banderas de diferentes príncipes, calificándolos Salazar en su tratado de *Re militare* de bien ordenada infantería, y siendo ellos en verdad los que sirvieron de modelo á nuestros capitanes al organizar la infantería bajo el nuevo pié que exigían los adelantos de la época. El Sr. Almirante, después de definir así los suizos: «Excelente *carne de cañón* que reyes y pueblos han comprado por libras y arrobas, según sus necesidades y su dinero,» ofrece los siguientes datos: «El primer tratado que Francia celebró con los Cantones suizos remonta á 28 de Octubre de 1444, renovado por Luis XI en 1463 y por Luis XII en 1500. Pero si el antiguo suizo se batía bien mientras se le pagaba, en faltando á esta parte del contrato era imposible enternecerle y retenerle la víspera de la batalla. Con la mayor frescura se volvían á su casa, si no se pasaban al campo enemigo, cuando éste les pagaba, se entiende. A Francisco I de Francia le pusieron por ende en graves conflictos, y no sólo rompió contratos con ellos, sinó que los rompió literalmente en Marignano en 1515: hecho notable que forma época en la historia de la táctica. Pero al año siguiente, 1516, ya se reanudaron amigablemente los tratos, y constantemente tuvo Francia á su sueldo un cuerpo suizo más ó menos numeroso y atendido... A principios del siglo XVI el emperador de Alemania Maximiliano, opuso á los suizos de Francisco I hasta allí tenidos como robusta infantería, sus célebres lansquenetes, que luego bajo Carlos V y Felipe II nos acompañaron también como *naciones*. Positivamente á los suizos se debe en gran parte el renacimiento de la infantería como arma táctica en la Europa central.»

Puede afirmarse después de estudiar detenidamente la historia de los progresos militares en esta época que la preponderancia táctica de las falanges suizas alcanza al período que media entre Morat y Marignano; pues desde que Maximiliano organiza sus lansquenetes éstos amenguan la importancia del infante suizo. Una observación debe hacerse al comparar entre sí á estos mercenarios, los suizos tenían orden expresa de la Dieta de su país, de no luchar nunca con sus hermanos, en el caso de que las circunstancias los llevaran á servir en opuestas banderas: no así los lansquenetes, cuyas bandas *negras* y *encarnadas* se distinguían por su encarnizamiento en los combates, pudiendo citarse como á ejemplo la batalla de Pavía.

Los soldados suizos que reproducimos en las páginas de este tomo, están tomados de una obra alemana de la época, el *Libro de las Banderas*, y se recomiendan por la exactitud con que han sido reproducidos y el acierto con que los ha agrupado nuestro dibujante.

Por regla general su armamento defensivo se limitaba á la parte anterior del pecho y muslos; á la cabeza y á los brazos. Su arma principal era la pica, una larga *sarisa*, con la que contenían el ímpetu del hombre de armas y daban en tierra con el más esforzado jinete. El cerrado escuadrón suizo era, pues, una verdadera muralla de hierro; sin embargo, la artillería francesa por un lado y el ágil infante español hicieron bien presto declinar la superioridad táctica de esta nueva falange.

Nuestros lectores verán con frecuencia mencionado el nombre de *esguízaros* en muchas obras militares relativas á esta época: es otra de las denominaciones que se dió á los hijos de Helvecia durante el siglo XVI.

Arcabuces (pág. 463). — El constante progreso en todos los ramos, el engorroso manejo de la escopeta y el perfeccionamiento de los mecanismos, hizo que fuera reemplazada la escopeta por el arcabuz. Esta arma, llamada arcabuz de mecha, no se cargaba, como la escopeta, por la recámara, sino que, gracias á un sencillo mecanismo, la cuerda mecha adherida al serpentín subía movida por un muelle hasta el fogón, al efectuar el disparo. Media el cañón del arcabuz una vara y cuatro pulgadas de longitud y su calibre era de cinco adarmes; la cavidad del cañón estaba ejecutada á forja, la recámara y cazoleta unidas á calda, las piezas del mecanismos sujetas por clavos remachados, el cañón unido á la caja de madera por medio de una argolla de hierro.

Otra clase de arcabuces se conoció más tarde, los de piedra ó chispa, á causa de la pirita que sujeta á un pié de gato movido por una rueda, chocaba con una punta de acero y comunicaba las chispas al fogón. Estos arcabuces eran en extremo pesados, y para dispararlos tenían que apoyarse en una horquilla; circunstancia que, unida á la lentitud de la carga y á la facilidad de irse el tiro, influyeron en su escasa generalización.

Lansquenetes (pág. 465).—La palabra alemana *landsknecht* que, según ciertos autores, es un compuesto de *land*, país llano, y de *knecth* servidor, por oposición á los suizos, soldados montañeses, significa, según otros, «mozo de guerra del país.» Estos mercenarios, dice Scherr, «reclutados en un principio entre los campesinos alemanes (y de aquí su nombre) constituían el verdadero núcleo, no sólo de la infantería, sino de todo el ejército en la época de la Reforma.» Larousse, en su *Grand Dictionnaire*, da acerca de los mismos los siguientes é interesantísimos detalles: «Los lansquenetes eran en un principio siervos anexos á las compañías de á caballo. Cada jinete tenía su lansquenete, es decir, su sirviente, su escudero, quien le seguía á pié llevándole las armas. Tal sistema estuvo en boga mientras la caballería formó en casi toda Europa el núcleo de los ejércitos. El armamento de estos lansquenetes se reducía á una daga, una pica y un hacha: carecían de rodela. Al espirar el siglo XV la infantería adquirió gran importancia. Maximiliano I, emperador de Alemania, no echando en olvido los famosos combates de los suizos contra Cárlos *el Temerario* y contra las tropas imperiales, creó un contingente mercenario de infantería al que dió el nombre de *landkenecht*, porque se componía poco más ó menos de aquellos antiguos sirvientes habituados á combatir entre los hombres de armas. Y tan grande reputación alcanzó esta nueva tropa, que casi todos los reyes quisieron tener soldados de esta clase á su sueldo. Poco cuidadosos los lansquenetes de trocar su servidumbre, formaron compañías de aventureros que vendieron sus servicios al mejor postor: y entonces multitud de bandoleros dispersos por toda Alemania y, sobre todo en los círculos del Rhin se hicieron famosos por su valor y su rapacidad. Estas compañías fueron deudoras de su organizacion á Jorge de Frundsberg, que desde entonces fué apellidado *padre de los lansquenetes*. Sus coroneles, así podían ser plebeyos como de familia noble, lo que no dejaba de ser un progreso en el siglo XV. Ellos reclutaban libremente á la gente y distribuían á su antojo los grados de oficiales. Por lo que respecta al armamento y equipo, cada soldado proveía particularmente á ellos. Una vez alistados los *lansquenetes* tenían el derecho de elegir sus cabos. Componíanse los regimientos de *lansquenetes* de 4,000 á 6,000 soldados, divididos en compañías ds 400 hombres, los cuales estaban armados de alabarda, y á fines del siglo XVI adoptaron las armas de fuego. Su táctica era en extremo sencilla. Marchaban al combate después de efectuar su plegaria y de haber lanzado atrás, siguiendo una antigua costumbre, un puñado de polvo; avanzando con la alabarda baja y sus oficiales en primera fila. Su música militar se reducía á pífanos y tambores, á cuyos acordes unían cánticos de guerra, algunos de los cuales son aún populares en las márgenes del Rhin, entre ellos el titulado *Canto de la batalla de Pavía*. Un sargento cuidaba de la policía de las rameras que seguían á las compañías, y á dichas mujeres las llamaban los soldados *kriegs-knecht*, servidoras de guerra.—Durante las guerras de religión los *lansquenetes* se hicieron célebres por su ferocidad. Servían indiferentemente al partido católico y al protestante. Sólo atendían á su paga, y en faltándoles ésta se amotinaban dispuestos á hacer traición al gobierno que les pagaba mal y á pasarse al enemigo si creían que les pagaría mejor. En mil circunstancias se entregaron, á causa de esto, á los mayores excesos... Cuando Francia hacía la guerra á Alemania, los *lansquenetes* sirvieron sin el menor escrúpulo contra su patria, pero entonces sus compatriotas les llamaron *traidores* y no les dieron cuartel Puede citarse como un ejemplo la batalla de Pavía, en que 4 ó 5,000 de aquellos mercenarios, que constituian las *bandas negras*, fueron pasados á cuchillo por los tudescos que mandaba el condestable de Borbón El sistema de tener á sueldo lansquenetes dejó de seguirse en tiempo de Enrique IV, en que, gracias á las guerras religiosas, echóse de ver que Francia podía formar excelentes soldados. En Alemania desaparecieron en el siglo XVII, y después, en la guerra de los Treinta Años, figuraron soldados reclutados en casi todas las naciones europeas.»

Un escritor alemán, Reisner, ha trazado en su *Historia de los Señores Jorge y Gaspar Frundsberg* un cuadro exacto de la vida militar de aquella época, así como de las costumbres de los lansquenetes. Jorge Frundsberg militó en Italia bajo las banderas de Carlos V, tomó parte en la batalla de Pavía, y por su talento organizador conquistóse entre sus coetáneos el dictado de *padre de los lansquenetes*, así es que su historia es altamente interesante para el que trate de conocer á fondo la constitución de los ejércitos en este periodo. El jefe superior de los lansquenetes, ó por mejor decir el general en jefe, era responsable tan sólo al emperador ó al capitán general del ejército en que servía. Llevaba en su Estado mayor un pagador, un comisario de contribuciones, otro de víveres, un aposentador, un preboste, un médico y un heraldo. Cada regimiento ó bandera se componía de ocho ó diez compañías. Los soldados vestían trajes abigarrados de diferentes hechuras y colores, pues el uniforme no existía aún para estas tropas, distinguiéndose sola-

mente por el color de la banda que cruzaba su pecho (y de aquí los nombres de *bandas negras* y *bandas encarnadas* con que se designan en las guerras de Italia); pero llamaban la atención entre las demás tropas por la exagerada anchura de sus calzones, los estravagantes colores de la ropilla y su enorme gorra adornada de plumas; iban armados de una luenga pica, un mandoble, una daga y á veces de un hacha. También se representan con coraza, brazales y musleras.

Estos mercenarios, que así se distinguían por su vigor y sangre fría como por su licencia, entraron á formar parte del ejército francés durante el reinado de Carlos VIII. Nada menos que 6,000 tomó á sueldo este soberano; y si se considera que en aquel mismo ejército figuraba también un respetable contingente de suizos, de sobra se comprenderá que el elemento francés estaba en él bien escasamente representado. Pero los oficiales franceses opinaban que los plebeyos «eran demasiado cobardes para combatir;» y sólo así se concibe la desproporción existente en aquel ejército entre los soldados franceses y los tudescos. Ocho mil lansquenetes estaban al servicio de Luis XII; en Marignan el duque de Guisa tenía á sus órdenes 6,000. Francisco I, según Guichardini, contaba en su ejército 4,000 lansquenetes, 10,000 suizos y 7,000 italianos: la infantería francesa se reducía á 5,000 hombres, la caballería á 1,300 lanzas. En la revista que pasó Enrique II á su ejército en 1558, hallándose en Picardía, figuraron 20,000 lansquenetes. Y estos datos bastan á dar idea de la inferioridad moral de los franceses ante los españoles. España tuvo también lansquenetes entre sus tropas, y casi por el mismo tiempo que Francia; pero estos soldados nunca perdieron su carácter de auxiliares: el puesto de honor y de peligro lo ocupó siempre la infantería española. Vemos aparecer por primera vez á los tudescos en las campañas del Gran Capitán, les vemos tomar parte en hechos tan gloriosos como la batalla de Cerinola; y más tarde en el reinado de Cárlos I. Inútil es decir que figuran de un modo importante en nuestra historia militar. Sin embargo, el preferente lugar que ocupó siempre la infantería española, de la que tanto aprecio hacía el Emperador, no pudo serle arrebatado por estos mercenarios. Lejos de ello, nuestros soldados dieron un brillante testimonio de su abnegación cediéndoles sus pagas en ocasiones críticas, para lograr que les secundaran en la pelea y acallar sus clamores, porque en el lansquenete, tipo acabado del mercenario, poco influía el sentimiento de la patria, únicamente su alma alentaba por el dinero y el botín. Mezcla estrambótica de superstición y desenfreno, el lansquenete se entregaba á ciertas prácticas de religiosidad puramente exterior, y atropellaba en cambio á la mejor ocasión todo respeto humano y divino, haciendo caso omiso del cielo y del infierno y derramando con igual impasibilidad la sangre luterana como la católica. ¿Quién no recuerda el cuento de aquel lansquenete que, rechazado del Paraíso por San Pedro, no fué admitido en el infierno, porque hasta el mismo Diablo tuvo miedo de su compañía? Pues este cuento popular pinta lo que era el *lansquenete*, el famoso mercenario que tomaba por asalto á Roma y paseaba en un borrico la ciudad santa vistiendo las insignias papales y ostentando sobre su pecho una una sarta de miembros viriles mutilados. A estos rasgos peculiares del mercenario tudesco se dió en Alemania el calificativo de *lansquetenismo*, calificativo que traduce perfectamente las ideas que inspiraba aquella plaga guerrera.

He aquí ahora algunos datos relativos al cuerpo de lansquenetes que consigo trajo á España Felipe el *Hermoso*, cuerpo que cuando la regencia del insigne Cisneros sufrió también mejoras en su organización. Sus principales deberes fueron resumidos por su coronel en una serie de artículos aprobados por el Regente y que inserta Clonard en la *Historia orgánica*, figurando en primer lugar los relativos á juramentos y disciplina, y entre los que aparece uno que da derecho de vida ó muerte al coronel sobre oficiales y tropa. Estos artículos son de escaso interés, mas no así las reglas relativas al abono de haberes, que figuran en un memorial continuado por el mismo autor en su *Historia orgánica* y que están concebidas en los siguientes términos:

«La orden que se ha de tener en la paga de los alemanes es la siguiente: Primeramente, que cada compañero ha de ganar cada mes tres ducados, y el mes ha de ser de veinte y ocho días, de forma que viene el año á trece meses. Iten, que la paga de la gente ha de ser hecha de mes á mes. Iten, que cada capitán ha de tener quatrocientos hombres; esto se hace porque hay menos costa. Iten, que cada capitán destos ha de llevar cada día un ducado de oro ó un florín cuando hay necesidad. Iten, este tal capitán ha de tener dos alabarderos á los cuales se les ha de dar doble paga. Iten, al Alférez es costumbre de dar cuatro pagas ó tres, con un paje para llevarle el arnés. Iten, al Velvible que quiere decir sota Capitán, tres pagas. Iten, al Bureo, que quiere decir Sargento, dos pagas. Iten, al Aposentador, dos pagas. Iten al Pífano y Atambor y Lombarderos, doble paga. Iten, á los Gentiles se da doble paga, y destos serán en mil hombres veinte ó treinta, y estos Gentiles hombres son en lugar de Cavos de Escuadra. Iten, el Capitán tiene de cada quinientos hombres, diez hombres por alabarderos, que han de ser contínos con él, á los cuales se ha de dar doble paga. Iten, al Chanciller que ha de tener cuenta de toda la gente, tres pagas. Iten, al Prevoste, que quiere decir justicia de campo, tres pagas. Iten, al Juez que juzga, tres pagas. Iten, al Escribano del Juez, doble paga. Cuando el Rey nuestro Señor no tuviese necesidad de servirse más de los Alemanes, para volverse á su tierra les ha de mandar dar una paga graciosa.»

A continuación inserta *La costumbre de batalla*, que es esta: «Cuando los Alemanes están sitiados en algún lugar, ganan todos sueldo doblado, hasta en tanto que sea quitado el sitio de sobre ellos. Iten, que el día que dieren saote algund lugar les han de dar otra paga. Iten, que el dia que se hubiere de dar batalla les han de dar paga. Iten, que los Alemanes tienen por costumbre que cuando salen de sus tierras por mar, les han de dar de comer; asi hizo el Rey D. Felipe y agora el Rey de Inglaterra. Iten, todos los oficiales se truequen por cada mes, por evitar los alborotos. Iten, que los compañeros harán cambrado de diez en diez ó de doce en doce.»

Pedro Navarro (pág. 471).—Con la batalla de Rávena, de que se hizo mención en nuestro anterior Estudio, terminan los servicios militares que Pedro Navarro prestó á nuestra patria. Estos servicios comienzan en el ataque del castillo de San Jorje de Cefalonia (1500) y concluyen en aquel desdichado hecho de armas, es decir, desde el primer año de la centuria XVI hasta el 1512 del mismo siglo. Pocas noticias se tienen acerca de su mocedad hasta que entró al servicio de los Reyes Católicos, dudosas son las que facilitan los historiadores, mas todos están conformes en hacerle originario del Norte de España, unos diciendo que nació en Vizcaya, otros suponiendo que fué hijo del Valle de Roncal, en el antiguo reino de Navarra: sábese sí, que navegó desde muy joven por las costas del Cantábrico y es un hecho que anduvo al corso, tarea muy lucrativa si se tiene en cuenta que, además de hacerse con el real patrocinio, para defensa de las costas y bastimentos cristianos, ofrecía ancho campo para ejercer no pocos desafueros y tropelías en una época en que no existía policía alguna naval. Navarro comenzó por alistarse al servicio de un corsario de fama, valenciano y de noble cuna, todo un marqués de Controne, pequeña ciudad marítima del reino de Nápoles, que servía de base á sus correrías devastadoras Afortunado en todas sus empresas y vencedor de los mismos venecianos que fueron á atacarle en sus dominios, el marqués pagó por fin con la vida sus proezas, pues los turcos derrotaron á sus buques, le hicieron prisionero á él y á su hijo y le decapitaron en Constantinopla. Desde entonces Navarro emprendió por su cuenta y riesgos las correrías, mas no siempre con fortuna, pues en 1499, al asaltar una nave portuguesa, llevóle parte de las nalgas una bala de cañón, y el temido pirata tuvo que ir en demanda del puerto de Civittavechia, en cuya ciudad pasó largos días hasta conseguir la curación de aquella herida.

Tal vez este escarmiento contribuyó á dar nuevo curso á sus ideas; pero la verdad es que no le arredraban peligros, y trocando los que ofrecían asaltos y luchas por mar, por los riesgos de las batallas en tierra firme, decidió alistarse en el ejército que el Gran Capitán organizaba para guerrear á los franceses. ¿A qué seguir ahora las vicisitudes y grandes hechos de Navarro durante estas guerras? Bastará que el lector recuerde cuanto dijimos acerca de este personaje al hablar de las campañas de Italia. En la toma del Castillo de San Jorje de Cefalonia, emplea ya su terrible invento, la aplicación de la pólvora á las minas, y aunque no con éxito, es ya felicitado por el Gran Capitán, y más tarde en el Castel d'il Ovo, en Nápoles, castillo asentado sobre un peñón y que se creía inexpugnable, efectúa una nueva aplicación de aquel invento y consigue hacer volar gran parte de aquella fortaleza, con general asombro de cuantos presenciaron aquel hecho. A propósito de la infundada pretensión de los que han querido disputar á Navarro la gloria de tal invento, ha dicho, en la biografía de este personaje, el Sr. Varela y Limia: «La tremenda innovación en la ciencia del ataque, realizada con tan sorprendentes circunstancias en el sitio del Castel d'il Ovo, el 11 de Junio de 1503, llenó de tanto asombro á la Europa, que, según el testimonio de Guicciardini, fué por entonces opinión común que nada podría ya en adelante resistir al efecto de las minas. Creció con esto la reputación y se extendió por todas partes la fama del gran ingeniero español, procurando algunos soberanos atraerle á su servicio; pero Navarro rehusó generosamente los ventajosos partidos que le ofrecían, satisfecho con la nombradía que había adquirido y con los testimonios de admiración y respeto que recibía en nuestro ejército.»

El aprecio que el Gran Capitán hacía de los servicios de Navarro, lo manifiestan las palabras que le dirigió después de su retirada de Canosa, cuando dándole paz en el rostro, le dijo: «¿Qué loor puedo yo dar á vuestras obras que satisfaga lo que ellas merecen?» Lástima grande que tan ingrato se mostrara luego Navarro con quien en tanto estimaba sus servicios, pues al ser llamado á España el Gran Capitán, el rey anheloso de eclipsar su gloria, acogió á Navarro con grandes muestras de aprecio, concedióle el título de conde de Oliveto y le hizo cómplice en sus tramas contra aquel hombre ilustre. Nombrado luego por el rey Capitán general de su armada, Navarro prestó grandes servicios á la Corona en Africa, donde se apoderó del Peñón é hizo levantar el sitio de Arcilla. Empero, la empresa en que le estaban reservados mayores triunfos y desastres fué la célebre expedición á Orán, en lo que no se sabe si á petición del cardenal ó por voluntad expresa del rey fué nombrado Navarro lugarteniente de Cisneros. Juntáronse, pues, para tal empresa dos celebridades; mas por desgracia ni la educación, ni las aptitudes, ni el carácter, ni las miras de uno y otro podían andar acordes. Ya antes de embarcarse las tropas en Cartagena estalló la disensión, que se manifestó también al desembarcar, al emprender el ataque de Orán y después de rendida esta plaza. Para apreciar en su justo valor la conducta de uno y otro de estos hombres, basta sólo tener en cuenta los antecedentes de ambos, leer las cartas del Cardenal en las que brilla la verdad despejada de nubes, y recordar los sacrificios que hizo aún después de haberse retirado de Africa para la realización de una empresa que el rey no podía sostener. Ya dijimos cuál fué su resultado; á las gloriosas victorias de Bugía y de Trípoli, siguió la triste jornada de los Gelves, en la que fuese culpa de Navarro ó del primogénito del duque de Alba, D. García de Toledo, las tropas españolas sufrieron una total derrota.

Un nuevo teatro ofrécese entonces al valor de Navarro; la Italia, en que de nuevo se enciende la guerra, y en la que á las órdenes del virey de Nápoles, D. Ramón Cardona, rige la brava infantería española. Desgraciadamente en estas campañas los jefes principales del ejército aliado que mandaba el virey, andaban desacordes; los Colonnas odiaban á Navarro, y éste influía en el ánimo del virey, según le dictaba su rencor. Suponen algunos historiadores que él fué quien le indujo á presentarse ante el ejército francés, mucho más numeroso, que sitiaba á Rávena y que á ello se debió la derrota; dicen otros que la conducta de Navarro en esta batalla no tuvo otro fin que conseguir el parcial destrozo de Fabricio Colonna. De la reseña de dicho acontecimiento, tan sólo se deduce que Navarro no socorrió á

éste como debía, que con su inacción influyó indirectamente en la derrota, pero, que sin embargo luchó heróicamente con su infantería, y sólo cayó prisionero después de rudo combate. Mas precisamente sus enemigos aprovecharon tales motivos para atraerle el odio del rey, y éste, que rescató á todos sus prisioneros, no cuidó de la libertad de Navarro. Es preciso ser justos y reconocer los motivos que asistían al caudillo después de tres años de prisión, para *desnaturalizarse*, es decir, para dejar el servicio de sus reyes, á cuyo efecto mandó formal renuncia á Carlos V que á la sazón regía ya la España, dándose al partido de su rival Francisco I. Esta costumbre de *desnaturalizarse* estaba muy en boga en aquellos tiempos, así que no tiene el valor que hoy se le dá el acto realizado por Navarro.

Utilizó el francés grandemente los servicios del capitán español, como en los siguientes Estudios tendremos ocasión de ver; mas en 1528 quiso su mala estrella que cayera prisionero de los españoles en Nápoles, y habiendo sido encerrado en el castillo Nuevo, de la ciudad citada, falleció á poco tiempo, según unos, suicidándose, según otros recibiendo la muerte de orden del Emperador.

El retrato físico y moral de este personaje, tomado de dos de sus biógrafos, es este: «Tenía el rostro largo, así como la nariz que, además, era gruesa y algo acaballada; sus facciones rudas y pronunciadas estaban curtidas por el aire del mar y la intemperie en los campamentos; sus mejillas, pálidas y hundidas, le daban un aspecto sombrío, dejábase crecer mucho la barba, el bigote y sus lacios cabellos; fruncía el entrecejo y su mirada era fija, dura y aviesa.» Y un coetáneo dice: «Era sólo capaz de la guerra, negado por lo grosero y rústico de sus costumbres y trato á todo género de urbanidad y cortesía.» En cuanto al bosquejo histórico de esta figura, hálo hecho con especial maestría el Sr. Martín Arrúe, en los siguientes párrafos del estudio biográfico que consagró á este personaje. «Intrépido corsario, pudiera decir pirata en el líquido Océano; soldado valiente en la superficie de la tierra, y el primer minador infatigable que á las entrañas de ésta llevó el terrible fuego de la pólvora para socavar murallas y volar fortalezas, sólo le falta luchar con los aires para que todos los elementos sean dóciles instrumentos y espantados testigos de su inteligencia y arrojo. En la segunda campaña de Nápoles, brazo derecho del Gran Capitán, que le encumbra y ennoblece, y á quien es ingrato después para servir los arteros planes del astuto y desconfiado Fernando el Católico, que recela del engrandecimiento de aquel insigne caudillo; capitán de confianza del monarca aragonés, que le confía sus galeras y sus soldados en las expediciones al Africa; partícipe de la gloria del gran Cisneros en la conquista de Orán, vencedor en Bugía y Trípoli y vencido en los Gelves; menospreciado por los orgullosos Colonnas en el ejército de Italia; prisionero de los franceses en Rávena, después de salvar al ejército y anular la victoria de los contrarios con su pericia y el valor de la invencible infantería española, que se retira en buen orden del combate, y trás heroica resistencia; la historia del conde Pedro Navarro es hasta aquí un encadenamiento de grandes triunfos y legítimas inmarcesibles glorias que los historiadores y poetas de su tiempo encomian y la posteridad admira. Pero ¡ay! ¡que hazañas tan portentosas y con razón ensalzadas de propios y extraños, se ven empañadas luego en el curso azaroso de su existencia por una nota infamante! Traidor á su patria y á su rey ante el olvido de éste y halagos de Francisco I de Francia; vencedor en Marignan de sus mismos compatriotas y antiguos aliados; prisionero de estos en Génova y conducido á Castel Nuovo de Nápoles, testigo y teatro de uno de sus más hazañosos y notables hechos, y cárcel luego en que se consume su alma inquieta y ardiente; libre por el tratado de Madrid, en virtud del cual recobró también su libertad el monarca francés; vengador en Génova de su pasada afrenta y vencimiento con la sumisión á su valor debida de esta rica ciudad; salvándose del verdugo por una enfermedad pestilente contraída en el sitio de Nápoles, donde cayó de nuevo en manos de los españoles, que le apellidaban á voz en grito dos veces traidor, después de resultar inútiles sus titánicos esfuerzos para hacer francesa esta ciudad, joya la más preciada de Italia; debiendo un sepulcro digno de su fama y altos hechos á un descendiente del Gran Capitán, á quien tan ingrato fuera, y pesando sobre sus cenizas la más enérgica censura de su infame traición, en las siguiente frase digna y severa que los españoles esculpieron en su tumba y forma parte de su epitafio, *ilustre capitán español muerto al servicio de los franceses;* su vida entera es una continua serie de extrañas vicisitudes, de interesantes y sorprendentes aventuras que hacen de él, en aquellos tiempos, cuando soldado y aventurero venían á ser palabras sinónimas, el primero, el más notable, el aventurero por excelencia de aquella época tan abundante en inacabables y desastrosas guerras.»

Heraldo (pág. 476). — La figura que reproducimos en la citada página, copia de un grabado del maestro alemán Ostendorff, representa uno de los heraldos del emperador de Alemania, heraldos que figuraron muy luego junto á la persona del joven príncipe á quien llamó la suerte á ceñir la doble corona imperial y real de aquellos Estados y de los de España. Carlos I, nieto del emperador Maximiliano, no advino al trono alemán por herencia, pues la constitución de este país era electiva, sinó por haberle nombrado tal la mayoría de los príncipes con derecho á votar, siendo este el primer triunfo conseguido sobre su rival Francisco I que estaba seriamente empeñado en conseguir para sí tan altísima dignidad. Fueron desde este momento los heraldos de la sacra y cesárea Majestad, á un mismo tiempo heraldos del primer monarca de la España *una* y el águila de dos cabezas campeó entonces sobre los castillos y leones de nuestra patria.

Por demás sencillo es el traje de este heraldo, en cuya dalmática aparecen los emblemas del imperio.

Mortero (pág. 479).—El que reproducimos en la citada página está copiado de las *Memorias históricas* de Promis (traducción del brigadier Aparici y García), quien á su vez lo reprodujo de los que acompañan á la obra del arquitecto senés del siglo XV Francesco di Giorgio (1). Según Promis, el mortero reemplazó á la brigola, el trabuco y el manganel, máquinas de que ya nos hemos ocupado en los Estudios correspondientes á la Edad media. No recibió en un principio el mortero nombre particular, y aparece confundido con las bombardas, de las que se diferenció tan sólo por el tiro. «La distinción, dice aquel autor, no era todavia necesaria, porque la bombarda era corta y podía fácilmente servir de mortero elevando su boca sobre el horizonte. Lejos de tratar de darle un nombre nuevo por este uso, se le aplicaba el antiguo de trabuco, en italiano *trabocco*. El nombre de mortero se adoptó en el siglo XV, reservándolo para distinguir las bombardas que tenían asas en la culata.» Del calibre de los morteros puede juzgarse por el diámetro y peso de las pelotas; aquél era en las lanzadas contra Padua, en 1509, de pié y medio, y este llegó hasta 300 libras. Mas no lanzaban sólo balas de piedra; arrojábanse también con ellos balas de hierro y carcasas, saquillos llenos de guijarros y balas de fuego. Estos últimos proyectiles, huecos y de madera, fueron modificados antes de 1460, componiéndolos de dos semi-esferas de bronce unidas por una faja y dos aros de hierro colocados en forma de cruz, poniendo en el orificio, en vez de estopín, un pedazo de yesca que la llamarada del disparo encendía Hacia la misma época, Francesco di Giorgio enseñaba en su primer tratado diferentes modos de construir balas incendiarias, entre los cuales se encuentra una bala hueca, de vidrio, que se llenaba de pólvora, y á la cual se daba fuego por un pedazo de cuerda azufrada. Conviene, sin embargo, en que hasta 1514 no se fundieron las balas huecas de bronce; mas como no podemos adelantarnos á la narración histórica, dejaremos para más adelante el ocuparnos de los diferentes proyectiles huecos empleados en el siglo XVI. Promis no da noticias acerca de la manera de dar fuego al primitivo mortero, pero consigna que Leonardo de Vinci discurrió una media rueda dentada, á favor de la cual podía dárseles la inclinación que se quisiera. Por la tabla de los calibres de la artillería (deducidos de la materia y peso de las balas), descrita por Francesco di Giorgio y que reproduce Promis, venimos en conocimiento de los siguientes datos:

Largo de la pieza	P 5 = 1m, 690 6 = 2m, 380
Peso de la pelota de piedra en libras y kilógramos	200 y 300 libras 67k900 y 101k850
Volumen en metros cúbicos	0,0245 0,0367
Diámetro de la bala	0,362 0,412
Proporción de la pólvora en la carga	$\frac{16}{100}$

(1) La época de la composición de esta obra la fija Promis hacia 1500, y como en el texto de la misma no se mencionan explícitamente los diseños que le acompañan, opina el brigadier Sr. Aparici y Biedma, en las notas con que ilustra la traducción española, que éstos se añadieron después.

LA CORONACIÓN DE CARLOS V (Copia de un grabado atribuido á Hans Guldemundt

ESTUDIO DÉCIMO

REINADO DE CARLOS I (1515-1517)

Carácter que ofrece el siglo XVI. — Grandes figuras que presenta. — Paralelo entre Carlos V y Francisco I. — Enrique VIII, León X, Solimán. — Lutero y la Reforma — Triple revolución que ésta originó en Europa. — Qué parte cupo en estos movimientos á la guerra. — Estados de Italia en el siglo XVI. — Sistema que adoptamos en los estudios consagrados á esta época. = II Estado que presenta España al advenimiento de Carlos I al trono. — Regencia de Cisneros. — Invasión de Navarra — Expedición contra los berberiscos. — Alistamiento de la *gente de ordenanza*. — Oposición de la nobleza y el pueblo. — Energía de Cisneros. — Es proclamado D. Carlos en Castilla. — Consideraciones acerca de las medidas político-militares adoptadas por Cisneros. — Qué causas las favorecieron. — Sistema político de Europa. — Consideraciones económico-militares. — Tratado de Noyon (1516). — Llega Carlos I á España.—Descontento de los castellanos. — Convocación de Córtes y regreso de Carlos á su patria. — Alzamiento de las *Comunidades*. — Primeras operaciones militares. — Memorial de agravios de los comuneros. — La nobleza se adhiere á la causa del rey. — Desgraciadas operaciones efectuadas por D. Pedro Téllez. — Padilla al frente del ejército de la Junta. — Jornada de Villalar — Muerte de Padilla, Bravo y Maldonado. — Las *Germanías* en Valencia. — Rebelión en Mallorca. — Consideraciones político-militares. = III Equilibrio político de Europa. — Origen de las guerras de Italia. — Campaña de Navarra. — Batalla de Esquiroz. — Campaña de Italia en 1521. — Operaciones de Próspero Colonna en la línea del Po. — Ojeada al teatro de la guerra. — Paso del Adda. — El ejército francés se retira á Milán. — Toma de Milán por los confederados — Los imperiales quedan dominando el Milanesado. — Campaña de 1522. — Lautrec inaugura las operaciones. — Bloqueo de Milán y sitio de Pavía. — Batalla de Bicoque. — Triunfo de las armas españolas y término de esta campaña. — Operaciones de Nassau en el Norte de Francia. — Toma de Tournay. — Tratado de Brujas. — Los ingleses invaden la Picardía. — Invasión francesa en España y pérdida de Fuenterrabía. — Consideraciones acerca de estas campañas. = IV Nueva Liga. — Invasión de Italia por los franceses. — Bonnivet se establece en la línea del Tesino. — Sitio de Milán. — Los franceses se retiran á las márgenes del Tesino. — Operaciones entre este río y el Sessia. — Desastrosa retirada de Bonnivet y término de esta campaña. — El ejército imperial de la Lombardía invade la Francia. — Sitio de Marsella. — Francisco penetra en el Milanesado. — Los españoles regresan á Italia. — Deplorable situación de estas tropas. — Los franceses sitian á Pavía. — El duque de Albany marcha sobre el reino de Nápoles. — Plan de los generales españoles. — Refuerzo de su ejército. — Los españoles toman la ofensiva. — Batalla de Pavía y prisión del rey Francisco I. — Consecuencias de este triunfo. — Tratado de Madrid. — Francisco I recobra su libertad. = V Progresos del arte militar en este período.

I

Todo cuanto el siglo XV tuvo de fecundo para las letras y para las artes, para las relaciones políticas é intelectuales de los pueblos, para la navegación y para la industria, y hablando en general para la cultura humana, túvolo el siglo XVI de trascendental y grande para los intereses de la conciencia y la emancipación religiosa de los pueblos. Es imposible examinar esta época sin que un sentimiento de admiración embargue el ánimo. El Renacimiento, es cierto, encerraba en sí los gérmenes de la vida moderna, pero estos gérmenes debían sólo desarrollarse gracias á un período de luchas repetidas en todas las esferas, así en el orden religioso-filosófico como en el político-social. Ofreció aquella época brillante y agitada la

síntesis de dos grandes civilizaciones, otra vez frente á frente: la civilización cristiana y el neo-paganismo, y trató de vaciar en un solo molde los principios opuestos de libertad y autoridad entre los que oscilaban los espíritus pensadores. Así pues, el ánimo remozado, saludó gozoso esa nueva manifestación del pensamiento que en la esfera de las artes y de las letras aparecia con caracteres tan magníficos.

No fueron, no, aquellos sabios fugitivos de Bizancio los que infundieron en la Europa adormecida bajo el yugo teológico el amor al clasicismo, y con ese amor, desconocido afán por nuevos ideales: Europa iba tarde ó temprano á romper las trabas que sujetaban el pensamiento; que así lo dieron á conocer prematuras tentativas efectuadas en distintas épocas por reformadores más ó menos atrevidos. En la misma Italia los recuerdos clásicos no se habían extinguido por completo; así, que, concurrieron en un mismo punto distintas influencias á producir un cambio radical en en la sociedad europea. Por un lado el amor á los placeres, á las artes, al fausto, que era la primera en apadrinar la córte de Roma; por otra la debilitación del sentimiento religioso en el ánimo de la multitud, el deseo de romper los estrechos moldes que forjara el escolasticismo, y la concupiscencia y la relajación de la sociedad eclesiástica. El desarrollo del comercio, las comunicaciones constantes con todos los pueblos, fueron amenguando los antagonismos de creencias y razas; mientras que las guerras repetidas, originando gran trasiego de gentes, contribuian á idénticos fines, y coadyuvaban, gracias á los nuevos inventos aplicados al arte militar, á trastornar el órden político de las sociedades y á concluir con el feudalismo, cuyas raíces no es posible desconocer eran muy hondas.

Mas si considerado en su conjunto admira é impone ese gran siglo de la revolución religiosa, sube de punto la admiración examinando las diferentes figuras que lo caracterizan. Esta época ofrece soberanos de la talla de Carlos V, Francisco I, Enrique VIII, León X, Solimán el Magnífico, Isabel de Inglaterra, Felipe II y Enrique IV; hombres de guerra como el Duque de Alba, Pescara, Leyva, Hernán Cortés, el Marqués del Vasto, Filiberto de Saboya, Mauricio de Nassau, Alejandro Farnesio, el príncipe de Orange, Coligny, Strozzi, Enghien, Guissa, los Colonnas, Montmorency y muchos otros; pensadores como Jordan Bruno y Campanella; reformadores como Lutero, Melancton y Erasmo; científicos como Corpérnico y Keplero; artistas como el Ticiano, Rafael, Miguel Angel, Durero, Cellini y Brunelleschi; poetas y literatos como Ariosto, Camoens y Cervantes; grandes teólogos, grandes viajeros, expertos políticos, eruditos en todos los ramos, eminencias en las distintas esferas de la cultura; hombres que brillan ya en las postrimerías del siglo anterior, y otros que, nacidos en los últimos años de este, llegan al apogeo de su gloria en el inmediato; pero que en uno ú otro sentido coadyuvan al movimiento que en todas las esferas se manifiesta.

Carlos V, la figura que domina este gran siglo, es ciertamente por más de un concepto digna de tal preeminencia. Cualesquiera que sea el juicio que al historiador merezca, siempre habrá que convenir que supo mantenerse á gran altura entre todos sus rivales, captándose por la dignidad de su carácter las simpatias del que menos propenso esté á hacerle justicia. A su aparición en la escena politica, encontróse con graves problemas que resolver, y dueño absoluto de inmensos Estados, hubo de hacer frente, á la par, á toda suerte de atenciones, bastantes cada una por sí sola á preocupar al más profundo pensador. Las agitaciones de los primeros tiempos de su reinado en España, las intrigas que precedieron á su elección como emperador, luego las guerras con Francia, sus campañas en Africa, en Alemania, en Francia y en Italia, acreditan una vida activa y trabajada, de la que puede juzgarse con decir que á cuarenta se eleva el número de sus expediciones en paz y en guerra, y que tres veces surcó el Océano y ocho al Mediterráneo. ¡Pesada carga en verdad fué la de imperios tan vastos para un hombre solo! Sus soldados combatían en dos mundos y sus naves surcaban los Océanos, pregonando un poder hasta entonces no conocido. Mas en verdad que si confunde tal grandeza, entristecen al ánimo la esterilidad de tantas y tan complicadas empresas, en las que España figura como parte y en que prodiga á raudales su sangre y sus tesoros. ¿Cuáles fueron, se pregunta el hombre pensador, sus resultados positivos?...

Hay tres órdenes de hechos que llaman seriamente la atención en este período. Las repetidas guerras entre Carlos V y Francisco I, las luchas religiosas en Alemania y la invasión del turco en Hungría. Carlos hubo de hacer frente á esta triple complicación, valiéndose á la par de las armas y de la diplomacia. Luchó casi constantemente con el primero, aventajándole en nobleza, pero no siéndole inferior en ambición, que así lo acredita la sangre que por ella se vertió y las ruinas que produjo en Europa. Dotado de sentimientos más elevados y de inteligencia más alta, si bien apareció en distintas ocasiones Carlos como el brazo armado del catolicismo, no es dable presumir abrigara aquella fe de que estaban muy distantes los mismos pontífices: sin embargo, no entró, como su indigno rival, en confabulaciones con los protestantes y con los berberiscos, y permaneció adherido á los dogmas del catolicismo, porque en ellos solamente hallaba la sanción de su poder omnímodo, de aquella monarquía universal verdadera fantasma que fascinó á los dos monarcas rivales. En ambos, es cierto, la idea política se sobrepuso á la religiosa; que así lo dieron á conocer, Carlos reteniendo prisionero al papa, después que sus tropas asaltaron á Roma, y Francisco entrando en combinaciones con el enemigo encarnizado de la cristiandad, Solimán el Magnífico. Pero Carlos da á conocer en todas ocasiones la perseverancia de su carácter, la obstinación en realizar sus planes, sin que nada ni nadie le disuada de ello. Francisco en cambio es el prototipo de la ligereza, de la presunción y de la licencia. Tenía sobre su rival la ventaja de regir un reino cuyos Estados se hallaban redondeados, donde casi prevalecía en absoluto su autoridad, y donde el pueblo se adhería perfectamente á los pensamientos bélicos de su príncipe; Carlos, dueño de más extensos dominios, pero que por desgracia se hallaban separados entre sí, tenía que atender á la vez á múltiples atenciones, á las turbulencias del pueblo en unos, á la suerte de las conquistas en otros, y en todos hallábase con grandes problemas que resolver, arduos negocios que ultimar. Así se comprende que Francisco, al frente de un Estado el más rico y sólidamente constituído de Europa, hiciese frente en él á todas las potencias reunidas, que sin embargo no pudieron desmembrar su territorio y que, como dice perfectamente un historiador, «doquiera le atacaban, le hallaban siempre dispuesto á recibirlas (1).» Y sin embargo, Francisco hizo desdichado uso de esas ventajas; su política careció de un pensamiento fijo y fué altamente infecunda en resultados positivos; su amor á los placeres contribuyó tanto como su ambición á que los recursos de Francia fueran dilapidados en orgías y en guerras. «Por el tratado de Madrid, dice un historiador francés, puso en poder de Carlos no sólo la Italia, que confió ligeramente en él, sino las mismas provincias de su reino, y no escapó de tal vergüenza, si no es cayendo en la bajeza, aun mayor, de violar su juramento á la faz del mundo. El rey *cristianísimo* imploró el socorro de los turcos para que viniesen á libertarlo, y llevado de su ambición por conquistar la Italia llamó á los piratas berberiscos. El rey *caballero* se cubrió de ridículo rehusando el cartel de desafío que por dos veces le remitiera Carlos V (2).» En verdad que no puede darse más perfecto retrato de este monarca.

Carlos V en la adolescencia
(Grabado del famoso artista alemán Alberto Durero)

Al lado de estas dos figuras, aparecen en este período las no menos importantes de Enrique VIII, León X y Solimán. Había heredado aquel monarca el trono en circunstancias muy felices, pues reunió los opuestos derechos de dos casas rivales, y se encontró al frente de un Estado poderoso,

(1) Robertson: *Historia de Carlos V.*
(1) Bastide: *Guerras de la Reforma.*

rico y respetado, que tenia además la gran ventaja de estar al abrigo de una invasión extranjera y de poseer en el continente la importante plaza de Calais, lo que le constituía en árbitro de los dos monarcas rivales; pero no estaba dotado de grandes dotes políticas, ni de condiciones de carácter. Juguete de la astucia de Carlos y de Wolseley, su ministro, impulsáronle sus pasiones á modificar su criterio religioso, hasta el punto de convertirse en jefe de una iglesia, después de haber sido el campeón de Roma, y si su reinado no produjo una influencia benéfica en los destinos de Europa, fué para Inglaterra por demás agitado y sangriento.

León X era un verdadero pontífice del Renacimiento. Abrigaba las altas miras de sus predecesores con respecto á la unidad de Italia, pero se halló colocado entre dos poderes rivales y temibles por su fuerza, solicitado á la par por ambos, y de los que era dable esperar poco en provecho del pontificado. Amigo del fausto y de las comodidades, preocupado por las intrigas y manejos de la politica, comenzó por no dar importancia á las predicaciones de Lutero, y su pontificado es para el catolicismo de recordación memorable por haberse desgajado del árbol de la Iglesia colosales ramas. No fué un carácter, por más que diera nombre á un siglo como protector solícito del arte; y su muerte misma, debida, segun se dice, á la alegría que le causara la derrota de los franceses, es el último rasgo que caracteriza á esta figura saliente de la época que venimos estudiando.

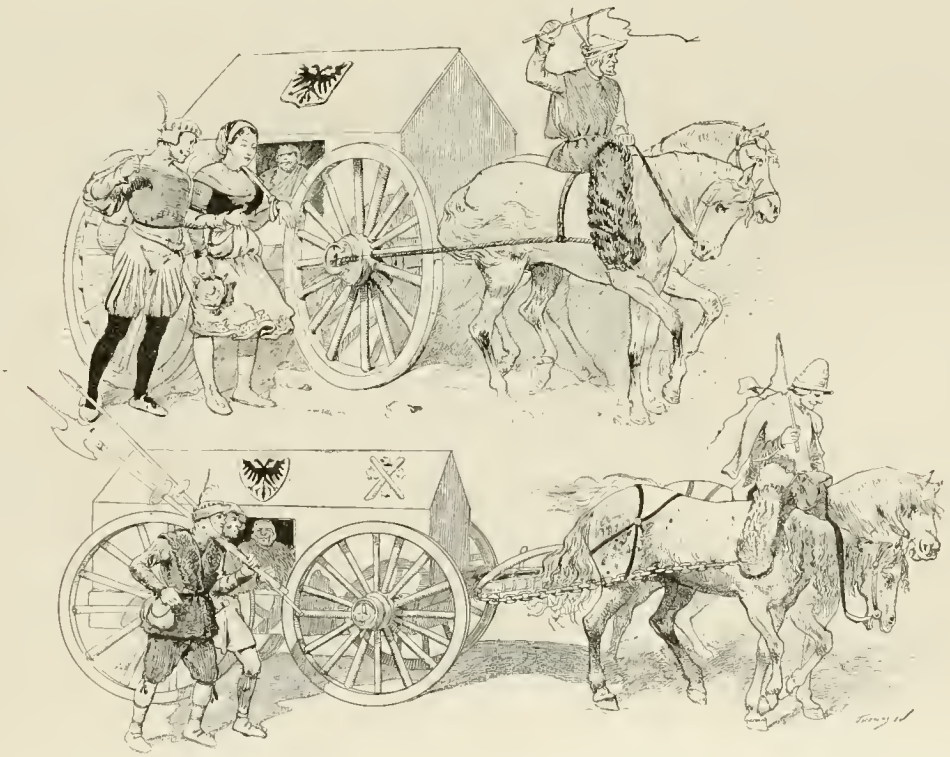
Por último, Solimán el Magnífico, que ocupaba el trono de Constantinopla, era un genio organizador á la par que un completo hombre de guerra. Si hemos de creer á los escritores coetáneos, los turcos eran superiores á los cristianos en el arte militar, y sus incesantes guerras hacian que sus ejércitos fueran temidos por su valor, su disciplina y su pericia. Solimán, solicitado en distintas ocasiones por Francisco y conocedor de las disensiones politico-religiosas de los monarcas y de los pueblos, utilizólas oportunamente, é invadiendo la Hungria, llegó hasta los muros de la misma Viena; pero afortunadamente las naciones europeas pudieron hacer frente á este peligro, y no cabe poca honra á Carlos V de haberle conjurado con su presencia y sus medidas.

De todos los personajes que, en otro orden, mayor influencia ofrecieron en los destinos de Europa, ocupa el primer lugar Lutero. En él se encarnó el espíritu de Reforma que animaba á los pueblos de Alemania, víctimas tiempo hacia de toda suerte de abusos religiosos, cuya medida colmó la venta de indulgencias. Pero entiéndase que la Reforma no se debió á la iniciativa de Lutero; Alemania hubiera encontrado, á falta de él, otro hombre de suficiente talla que diera impulso á este movimiento, al que favorecían en Europa muchas causas (1). El hecho es que las ideas del reformador hallaron eco en aquellos paises, y que á su intrepidez se debe la rápida propagación de la doctrina. Con riesgo de sufrir igual suerte que Juan Huss en Constanza, se presentó en Worms á sostener sus ideas, y cuando la Dieta las condenó, fulminando contra él la sentencia más terrible, sólo la adhesión y el interés del elector de Sajonia logró salvarle, asegurándole un retiro desde el que pudo hacer perfecta propaganda de sus ideas. A decir verdad, no pudo contener Lutero á la reforma en los límites de su especial ortodoxia; y así, bien presto estallaron en Alemania luchas parciales que hubo de condenar el reformador con igual celo que un pontífice. Esta es la suerte de todas las ideas. Pero si la ortodoxia protestante no anduvo en zaga á la católica, ello es que á Lutero se debe el ataque á la fortaleza de los antiguos dogmas. Achácase á este hombre grandes defectos, que se trata de confirmar alegando el lenguaje gárrulo de muchos de sus escritos, mas entiéndase que por una y otra parte la pluma se mojó en hiel y en estiércol, y que ambos contrincantes hicieron uso del lenguaje propio de su época, lenguaje en que el sarcasmo y la pie-

(1) «La duración del escandaloso cisma que durante el siglo XIV y principios del XV mantuvo dividida á la Iglesia, debilitó sobre manera la veneración y respeto que siempre había conservado el mundo á la dignidad pontificia. Dos ó tres papas, divagando á la vez por Europa, halagando á los príncipes cuyo apoyo imploraban, oprimiendo á los países que solicitaban su autoridad, excomulgando y maldiciendo á sus rivales y partidarios de los mismos, desacreditaron singularmente la supuesta infalibilidad pontificia y expusieron al vilipendio su persona y su dignidad. Y como todas las partes apelaban, por decirlo así, al tribunal de los seglares, conocieron estos que tenían todavía algún derecho de atenerse á su propio juicio é hicieron uso de su libertad hasta elegir de esos infalibles guías el que más les pluguiese. Las actas de los concilios de Constanza y de Basilea aumentaron aún este desprecio á la córte de Roma, y el atrevido uso que ambos hicieron de su autoridad, deponiendo y eligiendo papas, demostró al orbe que existía en la Iglesia una jurisdicción superior á la pontificia, que por tanto se había reputado suprema.» Robertsón, *Hist. de Carlos V*, lib. II

dad entraban por iguales dósis. Ello es, sin embargo, que admitidos los defectos del reformador, existe, al decir de los pensadores católicos, una Providencia que para altos fines emplea miserables instrumentos. Cabe añadir que esos fines fueron en esta ocasión el castigo de la corrompida cristiandad; pero no por eso es menos cierto que aun á costa de mucha sangre y repetidas luchas, aquella revolución inauguró una série de movimientos sociales á los que Europa debe su libertad, y la sociedad moderna ese sentimiento superior de tolerancia que constituye el fondo de nuestra política y de nuestras costumbres.

Fijémonos, para concluir este estudio preliminar, en un detalle digno de observación. Italia fué



Carros de campaña (De un códice existente en la Biblioteca nacional de Madrid, titulado: *El Triunfo del emperador Maximiliano*)

el foco del Renacimiento, Alemania la cuna de la Reforma, Inglaterra el país de que partió el movimiento filosófico que tanto debía influir en las ideas, como su revolución en los principios políticos del resto de Europa, y Francia, por fin, el teatro de otra revolución cuyas consecuencias estamos aún tocando. De esta manera en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII el movimiento político-religioso-filosófico recorre los más importantes países y transforma la faz de los pueblos europeos.

¿Qué parte cupo en este movimiento á la guerra? Hé aquí lo que debemos preguntarnos nosotros ahora. Fácil es suponer no fué pequeña. Luchan entre sí dos grandes naciones, surcan nuestras naves los Océanos, aparecen en campaña ejércitos numerosos y bien organizados, y se distinguen á su frente caudillos tan ilustres como el duque de Alba, el marqués del Vasto, Pescara, Colonna, Filiberto de Saboya y Mauricio de Nassau. Las oscilaciones de la balanza política, la falta de principios fijos, el embrollo diplomático, la astucia y la energía tejen y destejen una madeja en la que andan envueltas naciones poderosas; y la guerra puede decirse que es la ocupación constante

de monarcas y pueblos. Así pues, se hace dificilísimo al que historíe, como nosotros, á grandes rasgos estos periodos, el presentar en un cuadro sobrio y perfecto esa serie interminable de luchas, que fatiga al lector, que abruma su memoria, concluyendo por hastiarle á fuerza de reseñar episodios de índole parecida, en palabras casi idénticas.

Hemos creido necesario, sin embargo, no entrar de lleno en el estudio de las operaciones militares, sin dar antes una ligera, idea del estado de Italia en este agitadisimo siglo.

En la época de que nos venimos ocupando, ofrecía la Italia muy distinto aspecto politico que las restantes naciones del continente. Estas constituian un cuerpo de nación, mientras la península italiana se hallaba dividida en varios Estados independientes, entre los que ocupaba el primer lugar el reino de Nápoles. Florencia y Venecia se regian por instituciones republicanas, Milán era gobernada por unos principes á los que se daba el titulo de duques, y los Estados Pontificios estaban sometidos á la soberanía temporal del papa, cuyo poder espiritual se dejaba sentir por otro concepto en la más vasta esfera de la politica europea, y muy especialmente en la política italiana. El pontificado dominaba aún la Europa, gracias á su poder espiritual, pero los sucesores de Pedro sin dejar de aspirar á la jurisdicción universal como á cabezas visibles de la Iglesia, trataron de hacer de su poder el emblema de la nacionalidad italiana. Sin embargo, así como en muchos otros Estados de Italia, no todas las fuerzas se hallaban sometidas á sus soberanos, también en los del papa existia una aristocracia turbulenta, no pocos tiranuelos que ejercian á mansalva toda clase de atropellos, haciendo caso omiso de la autoridad del pontifice. La residencia de los papas en Aviñón, y el famoso cisma de este nombre, contribuyeron á dar creces al espiritu de revuelta, y el papado hubo de luchar á la par con los nobles y con el pueblo, que también tomó parte en las turbulencias que en el siglo XIV agitaron á Roma. Siguiendo una norma fija de conducta en los asuntos dogmáticos, el pontificado experimentó en los asuntos politicos aquellas mudanzas hijas de las aficiones de cada papa, lo que unido á la ambición desatentada de unos, y á la conducta más ó menos hábil de otro, contribuyó no poco á la pérdida de su supremacia, después de haber pasado por tristes humillaciones. Esto es lo que patentiza el siglo XVI. Esto es la que evidencia Clemente VII encerrado en Sant-Angelo, mientras Roma es saqueada por españoles y tudescos, por aquellos alemanes que aun guardaban el recuerdo de la vergüenza de Canosa.

Venecia, otro de los pequeños Estados italianos, rico con los tesoros que le aportaba su comercio, fuerte por su situación geográfica, y regido por una oligarquia severa y suspicaz, era quizás el único que hubiera podido conservar su neutralidad, entre las dos poderosas naciones que se disputaban los más importantes dominios de Italia. Su ambición la hizo lanzarse en estas luchas, ganosa de recoger en ella algún despojo; pero debió á su posición natural, el salvar su amenazada independencia; pues á no contar con ella, de poco la hubieran servido sus riquezas, riquezas con las que pudo sostener ejércitos numerosos y sacar á flote en el general desastre su crédito y su libertad.

Enteramente contraria á esta constitución era la de Florencia, templo de los artes en la época Renacimiento, paladio de la libertad: presa de dos fracciones que se disputaban con encarnizamiento el poder, como sucedia en Génova (1), esta ciudad no podía por su situación observar conducta neutral en las luchas de que fué Italia teatro. Los Médicis, que en esta época la regian, le habían sido impuestos por los españoles y un papa perteneciente á aquella familia; y guardando las formas republicanas, este Estado, cuya democracia era eminentemente mercantil, debia ser el que más de cerca experimentara las oscilaciones de la balanza politica.

Inútil es decir cómo se hallaba constituído el reino de Nápoles, á cuya soberanía estaba anexa la Sicilia, pues de este punto nos hemos venido ocupando al hablar de la casa de Aragón y de las guerras del Renacimiento: gobernaba á este reino un virey á nombre del monarca español.

(1) Génova, Parma, Módena y otros pequeños Estados de que se hará mención en el curso de este ESTUDIO, tenian tan escaso poder que, sometidos á la influencia de los cambios politicos que ocasionaban las oscilaciones de la fortuna y las alternativas de la guerra, vieron entronizarse en ellos poderes ajenos á su constitución, ó pasaron por la tirania personal de los bandos ó parcialidades creadas por las grandes potencias rivales; así que, sus revoluciones constantes no pueden considerarse efecto de su organización política, sino de su especial situación frente á estas grandes potencias

Armadura ecuestre de Carlos I (existente en la Armería real de Munich)

El ducado de Milán, teatro de las guerras que vamos á describir, merece que le consagremos breves líneas. Despedazado en las sangrientas guerras que dieron orígen á las famosas fracciones de güelfos y gibelinos, los triunfos conseguidos á la causa imperial por los Visconti; pertenecientes á este partido, impulsaron al emperador de Alemania á conceder á sus individuos la investidura

de duques, y la propiedad de la ciudad y su territorio, como feudo hereditario. El primer Visconti que lo poseyó casóse con una princesa de Francia, y de este matrimonio nació una hija que á su vez le contrajo con el duque de Orleans, quien al morir sin sucesión el último de los Viscontis, reclamó sus derechos, del propio modo que el rey de Nápoles y el emperador de Alemania. Pero el pueblo de Milán proclamóse independiente, y púsose al frente de sus destinos un *condotieri* de talento, llamado Francisco Sforzia. Un sucesor de éste fué el que mandó prisionero á Francia Luis XII, después de haberle arrebatado sus Estados, lo que no impidió que otro Sforzia volviera á ocupar su trono ducal.

Francisco I hizo revivir las pretensiones de sus antecesores al ducado de Milán, y estalló entonces la lucha de que fué teatro la Lombardia.

Consignados tan importantes antecedentes, podemos entrar desde luégo de lleno en el estudio del agitadisimo reinado de Cárlos V. Difícil nos será seguir el orden cronológico en la narración, pero observándolo en lo posible, agruparemos en tres Estudios que subdividiremos en distintos párrafos cuanto concierne á los acontecimientos político-sociales, que como ya sabemos, sirven de fondo á estos cuadros históricos.

II

La muerte de D. Fernando *el Católico* hubiera sido más sensible para España, cuyos dominios iba á regir un rey mozo y extranjero; si aquél, con la sagacidad de que diera en su vida dilatada tantas pruebas, no hubiera elegido como á regente un hombre del temperamento y de las ideas de Cisneros. Y en verdad que bien necesitaba España de un carácter como el del anciano cardenal para hacer frente á las dificultades exteriores y á las perturbaciones á que en el interior podia dar lugar una nobleza altiva, y no del todo domeñada. Cisneros fué por este concepto hábil continuador de la política de D. Fernando, y á su energía debió Carlos el recibir con la rica herencia de su infeliz madre, unos poderes robustecidos y respetables. Carlos, sin embargo, no pudo apreciar por de pronto las condiciones que concurrían en aquél; y así, noticioso de la muerte de Fernando, envió á España á su preceptor Adriano de Utrecht, dean de Lovayna, con la misión de encargarse del gobierno de Castilla. Título muy honroso para ambos eclesiásticos, es el espíritu de moderación que les indujo á gobernar juntos hasta que otra cosa decidiera el príncipe, quien á su vez reveló sus dotes de prudencia confirmando los poderes de Cisneros, sin revocar los de Adriano; pero no por eso es menos cierto que el Cardenal fué quien en realidad llevó el timón de la nave del Estado, como más conocedor de las cosas de estos reinos.

No fué infecunda su breve regencia en hechos militares. El destronado monarca de Navarra D. Juan de Labrit, creyó ser aquel momento oportuno para recuperar su corona, y contando con la protección del rey de Francia invadió aquella comarca con dos cuerpos de ejército. En circunstancias tan críticas, Cisneros acudió en vano á algunos nobles, y sólo el duque de Nájera aceptó un mando de gran responsabilidad en aquellos momentos; pero la diligencia y la energía de este caudillo consiguió fueran rechazados los franceses, derrotando á D. Juan de Albret, junto á Puerto Pié, y haciendo prisionero al mariscal de Navarra. Sin embargo, el regente no se dió por satisfecho con victoria á tan poca costa conseguida; su espíritu previsor adivinó que la Navarra podía ser teatro de nuevas invasiones, y adoptó el plan de desmantelar todas sus plazas fuertes, excepto Pamplona, en la que puso buen presidio y reunió grandes provisiones; y de este modo consiguió que aquel país no ofreciera ya recursos de ningun género al enemigo. No fué tan feliz la expedición que ordenó Cisneros contra los corsarios berberiscos, á pesar de mandarlas un soldado veterano y reputado, y componerla unos seis mil hombres: estas tropas fueron derrotadas á causa de la temeridad ó del escaso acierto de sus caudillos, regresando á España las maltratadas nave con sólo tres mil hombres á su bordo.

Mas si aspiraba Cisneros á conservar el territorio patrio y sus posesiones en toda su integri-

dad, guardador celoso del poder absoluto, intentó por nuevos medios robustecerle y afianzarle. Atento á humillar á la nobleza, la arrancó cuantas rentas y posesiones la otorgara Fernando, y no menos deseoso de privarla de sus excesivas prerogativas, que de su fuerza, decretó en 16 de Ma-

El rey Francisco I

yo de 1516 el alistamiento de la *Gente de la ordenanza*, pagada de los fondos públicos, y mandada por oficiales reales. El cardenal oyó el dictamen de expertos militares, y estudió detenidamente una memoria redactada hacía ya algún tiempo por un jefe de coronelía llamado Rengifo. Este opinaba que se procediera á un alistamiento por provincias, permaneciendo los alistados á las inmediatas órdenes de la autoridad superior de cada una de ellas, pero debiendo ejercitarse cada domin-

go y día festivo en las maniobras de ordenanza. Dos veces al año debía pasárseles revista general, y cuando el gobierno necesitaba emplearles, se les concedía dos días de tiempo para reunirse y organizarse. Los alistados debían tener su uniforme, compuesto de calzas y jubón con los colores de la real casa.

Este alistamiento llevóse á efecto y procuró á la Corona 31,800 hombres, que se armaron con material de los almacenes reales, concediéndoseles ciertos privilegios y exenciones, que por de pronto dieron á la profesión de las armas mayor realce. De estos 31,800 hombres se formó un cuerpo especial de 1,000, de los que 400 iban armados de escopeta y los restantes de pica (1).

Rodela repujada y damasquinada del emperador Carlos V

(1) «Según los principios de organización establecidos por Cisneros, dice Clonard, la fuerza armada tenía en su gran generalidad el carácter de una verdadera milicia provincial. Decimos en su generalidad porque no toda ella podía considerarse del mismo modo; eran muy diversas las condiciones de los cuerpos que constantemente permanecían sobre las armas »

El pié de paz de éstos, según la ordenanza de 1525, era el siguiente:

INFANTERÍA

Cuerpos	Plazas
Una coronelía de infantería ordinaria.	1,000
Alabarderos de la guardia de la Reina.	50
Guardia española.	100
Escuadra de Fuenterrabía.	9
Peones de Galicia.	14
Total	1,173

CABALLERÍA

Cuerpos	Plazas
Diez y ocho compañías de hombres de armas.	1,020
Diez y siete compañías jinetes.	640
Una compañía de guardia española.	50
Total	1,720

Sin embargo, no vieron gustosos los nobles ni los pueblos esta disposición del regente, que si por un lado era un nuevo ataque á los privilegios é importancia de aquéllos, encerraba un germen funesto á las libertades públicas. Valladolid, Burgos, León, Salamanca, Medina y otras ciu-

Hernando de Alarcòn

dades se opusieron á ella, y Cisneros se dispuso á atajar con energia la rebelión, rebelión que también se manifestó en Andalucía, pues como en los pueblos del litoral se organizaran también las milicias, Málaga se negó resueltamente á dar el contingente, siendo severamente castigada por un cuerpo de tropas que se mandó contra los revoltosos. La promesa de la próxima llegada del rey

parece que aquietó un tanto á los pueblos, mas no por eso es menos cierto que el alistamiento fué poco á poco llevado á cabo.

Gran firmeza reveló Cisneros con las poblaciones, pero no fué menor la que reveló con la nobleza. Había exigido Carlos, inmediatamente de la muerte de su abuelo, que se le reconociera como rey, titulo que en vida de su madre no podia llevar en Castilla ni en Aragón, como así se lo manifestó el mismo regente; empero, habiéndole reconocido como á tal el emperador Maximiliano y el papa, persistió en que se le rindiera vasallaje; y el cardenal, traspasando el limite de sus poderes, congregó junta de magnates y prelados para cumplimentar las órdenes recibidas. Allí encontró la demanda gran oposición, pero Cisneros se impuso á todos diciéndoles no les había reunido para deliberar, sino para obedecer; y la proclamación llevóse sin dificultad á efecto en Castilla; no asi en Aragón, donde el espiritu de libertad alentaba aún enérgico y vigoroso. Basta tal dato para darnos á conocer hasta qué punto era robusto el poder del regente, y cuán favorables debian de ser tales actos al absolutismo. Después de un hecho que revela tanta energía, ya no deben extrañarnos las famosas palabras que se dice pronunció el cardenal ante los nobles que le exigian sus poderes (1). En tales actos y en tales frases deben hallarse los gérmenes que produjeron la muerte de las libertades castellanas : que no fué el extranjero Carlos el que las ahogó en la sangre de los comuneros, fué la política de los Reyes Católicos, enérgicamente seguida por el regente, la que preparó su ruina; fué el desarrollo general de los sucesos que prepararon en Europa la preponderancia del poder monárquico; y gran obcecación sería el considerar el hecho concreto del levantamiento y derrota de los comuneros, para sacar de él la consecuencia de que un monarca extranjero arrebató al país esas libertades.

Al llegar á este punto de nuestros estudios fuerza nos es el detenernos á considerar hasta qué punto fueron útiles y beneficiosas para nuestra patria las medidas relativas á la fuerza pública adoptadas por Cisneros. Historiadores hay que estiman la creación de las milicias así organizadas, no como una de las causas que contribuyeron más directamente á dar el último golpe á la nobleza, y como es consiguiente como una institución que concluyó con el antiguo modo de ser social; sino como un efecto, quizás el más ruinoso, á que hubo de recurrir la Corona para robustecer sus prerrogativas en esta época de transición; empero, gracias á él, pudo fácilmente imponerse el trono á la nobleza y dominar todo levantamiento popular. Convéngase desde luego en que con tan poderosísimo auxiliar la monarquia adquirió gran robustez, aunque fuera á costa de los restantes componentes sociales, y que por este medio atajó con presteza el levantamiento de las comunidades. Pero admítase que de poco hubiera valido en sus manos tal instrumento si la nobleza hubiese mancomunado sus intereses con los de las ciudades en ocasión oportuna y decisiva. Las corrientes de la politica europea, por una parte, las tendencias del sistema que comenzaron á plantear los Reyes Católicos, las miras de Carlos y el egoismo de esa misma nobleza, más atenta á salvar sus prerrogativas que á volver por las libertades patrias, impulsaban á España por una senda de la que con dificultad podia desviarse.

Es preciso tener en cuenta que en esta época se establecieron los fundamentos de un equilibrio de poder entre las grandes potencias : el estado político de Europa empezó á tomar nueva forma y las repetidas luchas de Italia no tienen otro objeto que adquirir la preponderancia que sólo podía dar entonces la posesión de buena parte de su suelo. El fantasma de un santo imperio, que atormentó á tantos monarcas y tanta sangre costó á los pueblos de Europa, alucinó á los dos soberanos más poderosos del continente, y la corona de Alemania, que ciñera Carlos á pesar de los manejos del francés, contribuyó tanto á las guerras que ambos sostuvieron constantemente, como al abandono en que quedó nuestra patria, reducida á secundar las ambiciosas miras del emperador, y sobre la que pesaron los gravámenes de estas guerras. A la verdad, alcanzó altísimo

(1) Habiéndose presentado al Cardenal el duque del Infantado, el condestable de Castilla y el conde de Benavente, y preguntádole con enojo con qué facultades ejercia su autoridad, contestó aquél que en virtud del testamento de D. Fernando, ratificado por D. Carlos, y como no se dieran por satisfechos, asegúrase que los condujo al balcón de su estancia, y enseñándoles desde allí á sus compañías añadió: *Esos son mis poderes.*

renombre nuestro país; pero si se considera que fué á costa de buena parte de su población, y de cuantiosísimos y repetidos tributos, hay que convenir en que no pudo deparar el destino á España monarcas más funestos que los de la dinastía de Austria; que no son las conquistas ni la extensión de los dominios lo que hace próspera y feliz á una nación; antes por el contrario, su verdadera fuerza estriba en la cohesión de sus partes componentes, en el nervio de su población, en

Veterano español del siglo XVI

el justo equilibrio de los diversos poderes y en el fecundo desarrollo de sus elementos de riqueza. Pero téngase en cuenta que si en nuestro país gran parte de sus hijos vivía consagrada á la guerra, otra parte, quizás mayor, vivía consagrada á la vida religiosa, sin contar la que nos arrebataba aquellas expediciones á la recién descubierta América, que en tan alto grado favorecían nuestro carácter, de suyo aventurero. Así pudo decir en apuradísimo trance Carlos I á sus soldados: «No desmayéis, hijos míos; de aquí á media hora se levantarán todos los frailes y monjas de España para rogar por nosotros.» Eran en verdad estos dos ejércitos : uno que trabajaba aquí en la tierra

por cuenta del emperador de Alemania y rey de España, otro que intercedía con Dios por la gloria del César. El hecho es que nuestra pobre patria se desangraba inútilmente, y que la guerra concluía con el resto de vigor que la animaba, tras los violentos esfuerzos que deshicieron los resortes de la máquina social.

Otras consideraciones de índole económica nos sugiere el estado político-militar de Europa en esta época. «Las guerras de Italia, dice atinadísimamente Robertson, que tan trascendentales va-

D. Hugo de Moncada

riaciones produjeron en el arte militar, dieron al propio tiempo la primera idea de los gastos exigidos por operaciones largas y sostenidas, y acostumbraron á los pueblos á cargar con los subsidios extraordinarios que reclamase su subvención. Mientras el orden feudal subsistió en todo su vigor, y los ejércitos sólo consistieron en mesnadas convocadas para hacer rápidas excursiones en país vecino y para cumplir durante cortísima campaña con las obligaciones del servicio militar que eran debidas á sus soberanos, no fueron nunca excesivamente considerables los gastos de guerra, pues un moderado tributo ponía á un príncipe en estado de emprender y de dar cabo á

las más importantes operaciones. Pero cuando se convirtió la Italia en teatro al que concurrían las demás naciones para disputarse la superioridad, entonces, los preparativos necesarios para tan distante expedición, el mantenimiento de ejércitos que siempre permanecían en pié, su manutención en país extraño, los sitios que debían emprenderse y las defensas de las ciudades, todo aumentó de un modo asombroso las cargas de la guerra y dió lugar á nuevos pechos en los reinos de Europa.»

Graves fueron los apuros financieros en que se vieron los monarcas, así el de Inglaterra y el de Francia, como el emperador Maximiliano y más tarde Carlos V, y así se explica que, agotados sus recursos, tuvieron á veces que pedir prestado á las repúblicas italianas, operaciones que se efectuaban mediante exorbitante usura. Carlos VIII, por ejemplo, se encontró de tal manera ago-

Cabos de lansquenetes (Copia de un grabado de maestro alemán)

biado que abonó el cuarenta y dos por ciento á los genoveses, á fin de subvenir á los gastos del ejército que había de conquistar el reino de Nápoles y que consumió el producto de las contribuciones del reino antes de cruzar las fronteras de Italia; y el emperador alemán, conocido con el nombre de *Maximiliano sin blanca*, menos feliz, ni siquiera encontró quien le hiciera un empréstito. Carlos por su parte exigió de nuestras Córtes repetidos recursos, recursos que éstas le facilitaron las más de las veces no sin suplicarle procurara cuanto antes la paz y se dedicara á regir en ella á sus Estados. Puede asegurarse que, en general, el aumento de los tributos creció de una manera prodigiosa, elevándose á cifra tan respetable que no bastaban á alcanzarla la renta de los príncipes en aquella época, ni las contribuciones ordinarias y extraordinarias impuestas á la nación. Por otra parte, la imperfecta administración de los Estados dejábase sentir en los ejércitos que eran entonces verdaderas colonias operantes, razón por la la cual la guerra era por demás desastrosa para los paí-

ses que de ella eran teatro. Admira verdaderamente cómo pudo resistir el Milanesado las repetidas invasiones de franceses, alemanes, suizos y españoles (1); y dan elocuente prueba de la vitalidad de la Francia los diferentes ejércitos que Francisco I puso en pié, ora para atacar, ora para defenderse; las provincias que devastó de su propio reino para quitar los recursos al invasor y los pechos que impuso á sus vasallos para hacer frente á la guerra. Francia llegó á encontrarse en circunstancias las más críticas, atacada á la vez por todos lados, aislada de todos los demás pueblos; y sin embargo no la doblegaron esas calamidades y alcanzó á salir por si sola de situaciones tan difíciles. Gran suerte fué para ella como para las demás naciones, que todas y cada una de por sí temiesen la preponderancia del rey ó del emperador; pero el hecho es que transcurrieron largos años de luchas sangrientas, de invasiones y desastres en que la diplomacia dió á conocer sus infecundos artificios y los pueblos fueron triste juguete de encontradas ambiciones.

Pero vengamos ya á las cosas de España.

Un año antes de morir el rey D. Fernando el Católico, D. Carlos, que entrara ya en posesión de los Estados de Flandes que por su padre le pertenecían, ajustó con Francisco I aquel famoso tratado de Noyón, cuyos puntos cardinales mencionaremos aquí, por la referencia que á ellos tendremos que hacer. Estos eran el casamiento de Carlos con una hija de Francisco I, aun niña, á favor de la cual renunciaría el francés sus pretensiones al reino de Nápoles y la restitución de la Navarra á D. Juan de Labrit. Este tratado fué ratificado por el emperador Maximiliano de Alemania, y se otorgó en Noyón el 15 de Agosto de 1516. ¿Qué miras indujeron á Carlos á firmarlo? Esto es lo que podrán revelar en parte los acontecimientos.

En Enero de 1517 moria D. Fernando de Aragón y en Setiembre de dicho año, pisaba por fin D. Carlos el suelo español. Pero el pueblo que ansiaba ya recibir á su rey, debió de experimentar cruel decepción al contemplarle rodeado de un séquito de extranjeros, al oirle expresarse con torpeza en nuestro idioma y al notar su escaso conocimiento de nuestros usos. Cisneros, que afanoso salió á recibirle, si no logró ver á ese príncipe cuyas prerogativas tanto habia acrecentado, tuvo quizás suficiente vida para recibir la paga que suele dar la ingratitud; pues hallándose moribundo, se asegura que recibió una carta de Carlos en virtud de la cual se le separaba de los negocios públicos. Pérdida dolorosa fué la de este ilustre varón para el monarca y para el país, que fué muy pronto presa de la turba de flamencos que acompañaban al monarca.

El descontento de castellanos y aragoneses manifestóse desde el primer momento, pues el monarca pretendia desconocer los usos y privilegios de que unos y otros gozaban; pero este descontento trocóse en verdadera indignación, cuando, electo Carlos emperador y rey de romanos, manifestó su propósito decidido de pasar á Alemania á ceñirse la corona imperial, exigiendo con este objeto de las Córtes un impuesto extraordinario. Agravóse el estado de cosas con el anuncio de que se convocaba á las Córtes en Santiago de Galicia, hecho contrario á los privilegios de Castilla; y estalló por fin la rebelión que debia dar orígen al alzamiento las comunidades.

Carlos no pudo darse exacta cuenta de la trascendencia de este movimiento y aun cuando así fuera, el ansia de ceñir la corona imperial obligóle á prescindir de todo miramiento; por lo que haciendo caso omiso de la negativa de las más importantes ciudades, trasladó las Córtes á la Coruña y alcanzó por mayoria de votos el servicio extraordinario que exigía; y conseguido esto, nombró de nuevo regente del reino al cardenal Adriano y abandonó las costas españolas en 29 de Mayo.

Formidable se presentó el alzamiento que produjo en Castilla conducta tan insensata. Toledo fué la que tomó en él la iniciativa, siendo secundada por Toro, Madrid, Guadalajara, Zamora, Alcalá, Soria, Avila, Cuenca y Segovia; constituyeron los insurgentes un gobierno, organizaron

(1) Recientemente y con el título de *La región más ensangrentada de la tierra*, hemos leido en una publicación militar los siguientes párrafos:

«Seguramente que no habrá otra porción del mundo donde se hayan verificado mayor número de hechos de armas que en la parte alta de Italia, ó sea la zona que se extiende entre los Alpes, los Apeninos y el valle del Pó, cuya superficie sera de unas dos mil millas cuadradas.

En efecto, según una conferencia dada en el circulo militar de Inspruck por el general Sonklar, en el referido sitio se han verificado 585 funciones de guerra desde los tiempos históricos hasta la presente, de las cuales 205 han sido batallas formales. De todos estos hechos de armas, 371 se realizaron al Norte del río Po, y los 214 restantes al Sur del mismo.»

bien pronto un ejército, y secundados por algunos caballeros y eclesiásticos pudieron jactarse de un triunfo tan fácil como total. Pero preciso es fijarse que animaban á cada uno de estos elementos muy opuestos intereses y era la índole de este alzamiento tal, que indudablemente podia frustrarse, ya por la falta de unidad de miras, ya por sus heterogéneos componentes. Ni política ni militarmente correspondió á lo que podia esperarse de él. Politicamente por el escaso tino con que se llevaron desde un principio las negociaciones y las rivalidades que surgieron entre los que se hallaban á su frente; militarmente por la falta de iniciativa, la poca organización y la lentitud de

Caballero del siglo XVI (copiado de la *Coronación de Bolonia*)

aquellas milicias compuestas en su mayoría de soldados bisoños y dirigidos en mal hora por un general tan inepto como el primogénito del conde de Ureña.

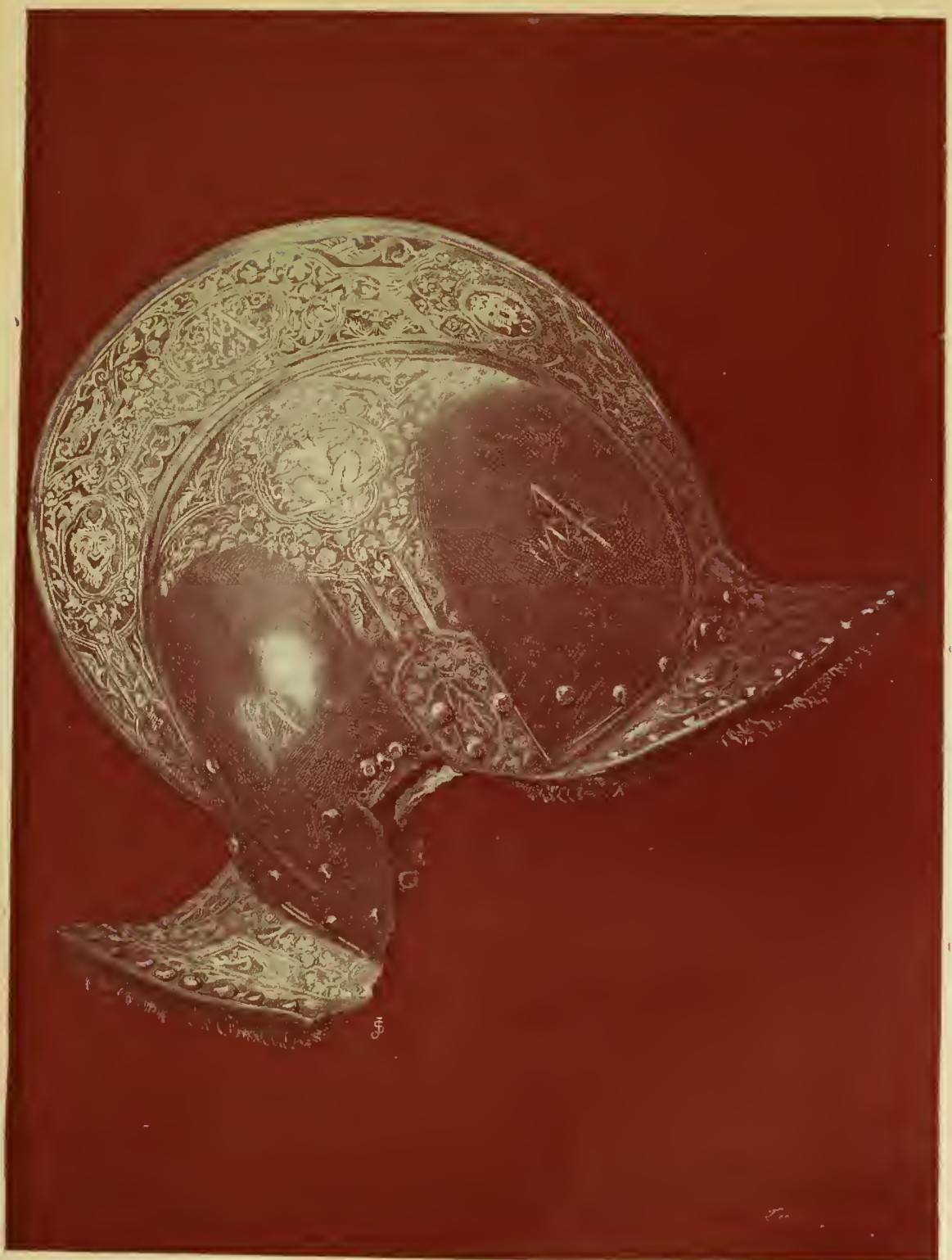
Discordes andaban las opiniones en el consejo del regente con respecto á las medidas que en tan graves circunstancias convenía adoptar, más prevaleció la opinión de los que exigían represión dura. Sin embargo, fueron por lo pronto ineficaces las medidas tomadas, pues Segovia rechazó á as fuerzas que mandó contra ella el Cardenal, y Medina del Campo resistió heróica el ataque del general Fonseca, que apeló al inícuo recurso de incendiarla. Esta conducta enardeció más las pasiones, y la insurrección se propagó desde Guipúzcoa hasta Sevilla. Avila fué elegida por los

procuradores de voto en Córtes, como punto de reunión de una asamblea que se apellidó *Santa Junta*, y desde aquel momento Castilla se declaró emancipada del regente.

Las primeras operaciones de las comunidades fueron hábilmente dirigidas por el toledano don Juan de Padilla, capitán de gente de armas por el rey, y hombre dotado de inteligencia despierta

Antonio de Leyva

y un valor á toda prueba. Padilla es uno de los personajes más simpáticos de aquella rebelión, en la que desempeñaron gran papel el obispo de Zamora, Acuña, hombre de pasiones violentas y ánimo inquieto, y D. Pedro Téllez de Girón, espíritu ambicioso y altivo que vino á comprometer la causa popular al asumir en mal hora el mando de las armas que ejercia Padilla. Por de pronto, éste, puesto á la cabeza de las tropa se hizo dueño de Tordesillas, habitual residencia de la in-

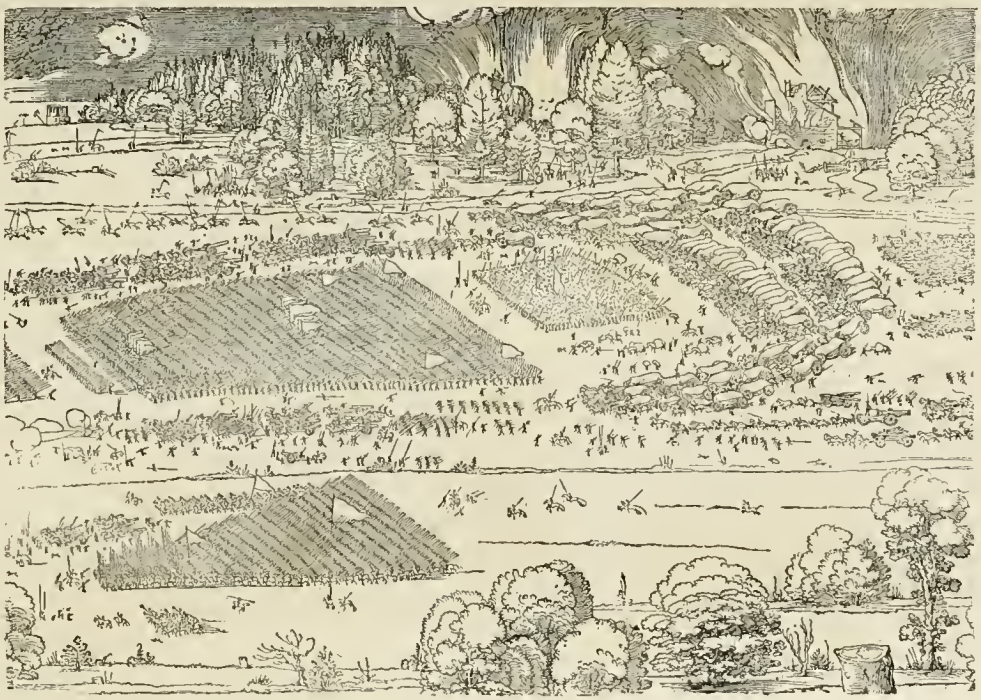


B. Ulastres Editor

Tip.ª Academia

CASCO DE ANTONIO DE LEIVA

feliz madre de D. Carlos, D.ª Juana, y gracias á la momentánea lucidez de esta señora, obtuvo su asentimiento para los actos de la Junta á la que autorizó para que usara de su real nombre. Y fácil es comprender cuánto robusteció este acontecimiento la causa de las comunidades. Más por desgracia esta ventaja fué muy pasajera; y siendo ley natural de las cosas humanas que los desmedidos alardes de pujanza acrecienten la postración cuando el imprevisto contratiempo hace más notables los contrastes, una súbita mudanza en el estado mental de D.ª Juana vino á infundir gran desaliento entre los de la Junta. Entonces concibieron la idea de dirigir al ausente D. Carlos una especie de memorial de agravios, que debia contribuir no poco á separar á la nobleza del pueblo y á debilitar por ende la causa. Proponiase la liga reformar abusos, y á este fin exigia innovaciones que atacando los privilegios de las clases altas, excitaron la alarma y el encono entre sus indivi-



Fragmento de un grabado de Alberto Durero, titulado: *Sitio de una plaza*

duos. Y si se agrega á esto los desmanes inherentes á un alzamiento tan general, bien se comprenderá que la nobleza, que lo habia secundado impulsada por resentimientos de clase, estuviera poco dispuesta á seguir á los comuneros por la senda emprendida. Entre la corona y el pueblo optó por la corona, como más afine á sus miras é intereses. Olvidaba, empero, que la corona iba también á concluir con una de sus más altas prerrogativas, desgajando la rama que simbolizaba ella del tronco de la constitución patria.

Carlos comprendió en aquel momento la gravedad de la situación, y en la imposibilidad de abandonar la Alemania, optó por requerir á las ciudades de Castilla para que volvieran á la obediencia, en la seguridad de una amnistia general. Añadia en su real cédula otras promesas respecto á la provisión de empleos y nombraba al condestable Velasco y al almirante Enriquez, magnates de gran poder entre los suyos, para que ejercieran la regencia en unión de Adriano. En cuanto á la representación que le hicieran las ciudades, los emisarios que debian ponerla en sus ma-

nos no llegaron á presentarse á él, atemorizados por las noticias que en Bruselas recibieran.

No quedó, pues, á los comuneros otro recurso que apelar á la lucha, más en tan críticos momentos, efecto, sin duda, de las rencillas y disidencias de la Junta ó de la veleidad de los comuneros, tuvieron éstos el poco acierto de confiar el mando de las tropas al primogénito del conde de Ureña, D. Pedro Téllez, quizás halagados por su alto linaje, ya que no por sus dotes militares; y tal determinación produjo el retraimiento de Padilla y la retirada de dos mil hombres de su ejército. Este acontecimiento coincidía con la organización de las tropas reales, que llevaba á efecto Velasco en Rioseco con gran diligencia, secundado ya por casi todos los grandes de Castilla, mientras que de las ciudades adictas á la causa popular, Burgos habia vuelto á la obediencia del rey. Tales noticias unidas á la actitud de la nobleza desconcertó no poco á los comuneros.

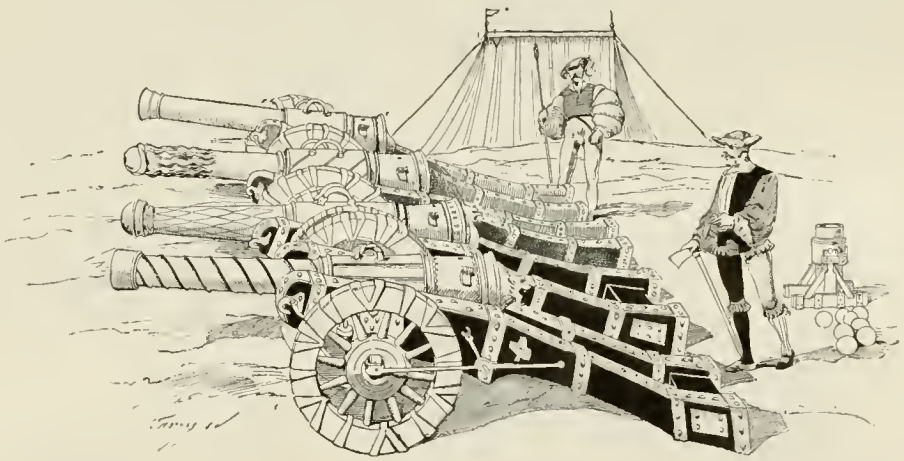
Sin embargo, emprendieron con buen ánimo la campaña reforzados con 500 hombres que condujo á Tordesillas el obispo Acuña, en cuya ciudad quedaron de guarnición 17,000 hombres, entre ellos un batallón de clérigos. Desde aquella ciudad avanzaron hasta Rioseco, lugar mal defendido, que ocupaba el ejército real, cuyas fuerzas no pasaban de una tercera parte de las suyas; así que, era excelente la ocasión para batir al enemigo, si llevaran á su frente un buen general en vez de un hombre inepto y falto de energía. No atreviéndose las tropas reales á aceptar el combate, se negó Girón á dar un ataque que pedian calurosamente sus soldados. Y permaneciendo en una inacción que sólo pueden justificar la cobardía ó la mala fe, permitió que nuevos magnates y soldados reforzaran al enemigo. En este intervalo entabláronse negociaciones que, entibiando por una parte el entusiasmo de los comuneros, permitian se reforzara el ejército real; y cuando con pretexto de la estación dió el general la órden de que el ejército retrocediera á Villalpando, quedó el camino de Tordesillas abierto al conde de Haro, que sin pérdida de tiempo se adelantó hacia ella, y tras cinco horas de encarnizada lucha penetró en su recinto, apoderóse de la reina, hizo prisioneros á varios individuos de la Junta y recobró el gran sello de que hasta entonces hicieron aquellos uso.

Aún entonces, dividido como se hallaba el ejército real, quedaba á los comuneros el recurso de caer sobre Rioseco ó recuperar á Tordesillas, pero andaban discordes los pareceres y se adoptó, por de pronto, el acuerdo de acudir en defensa de Valladolid. Allí estalló la cólera de los soldados contra su general y éste hubo de apelar á la fuga para salvar su existencia. La historia condena inexorable á esos séres menguados que sin otros títulos que una ambición desmedida usurpan papeles de responsabilidad tan alta.

En tan críticos momentos el patriotismo de Padilla reanimó el espíritu abatido de los comuneros, conduciéndoles de nuevo á la victoria. Abrió la campaña apoderándose de algunas ciudades de poca importancia, tomando en unión del obispo Acuña los fuertes castillos de Ampudia y Mormojón, y haciéndose, por fin, dueño de la importante villa de Torrelobatón, tras breves días de asedio en el que jugó también la artillería. Por desgracia, contrabalaceaban estas ventajas obtenidas por las armas, las repetidas negociaciones entabladas que, entibiando el entusiasmo de las tropas, permitían á los nobles reforzar sus fuerzas y allegar nuevos elementos, sin perjuicio del cansancio que producía en el país tales luchas y de las defecciones, consiguientes á él, de distintas ciudades. Débil Padilla para hacer frente al ejército real, encerróse en Torrelobatón con sus mermadas compañías; disuelta la junta de Valladolid, muchos de sus miembros habían ido acogiéndose á las banderas del rey; y escandalizada Toledo por el espectáculo que en ella diera el revoltoso Acuña, revistiéndose entre el tumulto las insignias pontificales, no ofrecía ya el porvenir probabilidades de triunfo para la causa de las comunidades. En tanto el condestable de Castilla reunia nuevas fuerzas en Burgos para marchar á unirse con los co-regentes y el conde de Haro, y caer juntos sobre Padilla, cuyo ejército, demás de hallarse un tanto desmoralizado á consecuencia de la inacción á que se veía reducido, experimentaba cada día nuevas deserciones.

La noticia de este movimiento del condestable, que avanzaba al frente de 3,000 infantes, 500 hombres de armas y algunas fuerzas de caballería ligera, decidió á la Junta á obrar con alguna energía. Por lo pronto, convínose en que Padilla se retirara á Toro con objeto de esperar socorros

de Zamora y Salamanca, y tomar de nuevo la ofensiva. Pero esta resolución fué tardía. El condestable se unió al de Haro en Peñaflor, y su ejército, formando un total de 6,000 peones y 2,400 caballos, gente en su mayoría veterana y muy disciplinada, hallóse en ventajosísimas condiciones para arrollar el de los comuneros. La caballería se adelantó al grueso de las tropas, y á las órdenes del conde de Haro lanzóse en persecución del ejército de la liga y le dió por fin alcance en las inmediaciones de Villalar, pueblo que asienta sobre una colina que linda con el camino de Toro. El ejército de Padilla marchaba entonces con no muy buen orden sobre un terreno labrado, dificultando su avance la abundante lluvia que había estropeado los caminos. En el centro iban los cañones protegidos por la caballería y á retaguardia fuerzas de infantería. Sobre estas tropas cayó de improviso el de Haro con sus dos mil caballos y en vano quiso entonces Padilla hacer frente al enemigo y reorganizar sus tropas. Sus soldados, desmoralizados por la marcha, abatidos por la fatiga y ansiosos de ponerse á salvo en Villalar, más que en acometer pensaban en huir; y en tales confusiones el fuego certero de la artillería enemiga vino á dar creces á su aturdimiento.



Artillería del Emperador

En vano fué que Padilla les exhortara á la lucha; la artillería fué cobardemente abandonada, y aquellas masas heterogéneas emprendieron la fuga á la desbandada.

Por fin Padilla, desatendido por sus tropas, volvióse con ánimo resuelto á tres leales que le seguian exclamando: «Seguidme, no permita Dios que en Toledo ni en Valladolid digan las mujeres que traje á sus hijos y esposos á la matanza y luego me salvé huyendo,» y se lanzó en busca de la muerte por medio de un escuadrón de lanceros imperiales. Heridos en la primera acometida, precipitáronse de nuevo sobre los jinetes enemigos gritando: *Santiago y libertad;* pero esta vez vino al suelo Padilla y hubo de rendirse al caballero Juan de Ulloa. Prisioneros fueron hechos también D. Juan Bravo y D. Pedro Maldonado, procuradores aquel por Segovia y por Salamanca éste. Casi puede decirse que los tres fueron los únicos que pelearon, pues si quedaron cien muertos y muchos heridos en el campo, lo fueron en la fuga, no pereciendo ni uno sólo de los imperiales (1).

(1) Hé aquí el parte de la jornada de Villalar dado á Carlos I por el conde de Haro, jefe de sus tropas.

«S. C. C. M. A. V. M., escribí con D. Pedro de la Cueva y después con otros correos la victoria que Dios ha dado al ejército de V. A., y creo que á D. Pedro y á todos los que después han ido, han prendido en Francia, que así me lo han certificado, por lo cual torno á dar larga cuenta á V. M. de lo que acá ha pasado. El condestable y almirante se juntaron en Peñaflor, domingo á 21 de Abril, y luego el lunes les vino nueva de que Juan de Padilla salia de Torre, y salieron con toda la gente al campo, y los de Torre se estuvieron quedos en las eras, y con esto se tornó toda la gente á Peñaflor: solamente se gastó aquel día en ir y venir al campo, y en pasar el comendador mayor de Castilla y D. Beltrán de la Cueva y Ruí Diaz de Rojas y Garci Alonso de Ulloa y y el señor de Deza y el comendador de Santa Cruz D. Francés de Beamonte, á ver donde se asentaría el real sobre los de Torre.

»Otro día, martes á 23 de Abril, día de San Jorge, fueron el conde de Alla de Liste y el comendador mayor de Castilla y el capitán

Tal fué el desdichado fin de las comunidades. Padilla, Bravo y Maldonado, condenados á ser decapitados al siguiente dia, marcharon al suplicio con aquella majestuosa tranquilidad propia de los que mueren en el deber, y sus cabezas clavadas en la picota fueron triste y elocuente testimonio de la ruina de las libertades patrias. Las ciudades sabedoras de la derrota de Villalar fueron abriendo sus puertas á los imperiales, se disolvió la liga, y si bien Toledo continuó resistiendo dirigida por la viuda de Padilla, tuvo á la postre que entregarse al Emperador.

Infantería española. — Pífano y tambor

Herrera y el señor de Deza, y el comendador Santa Cruz, maestre de campo, á tornar á ver donde se asentaría el real, y hovieron nueva que se levantaban los de Torre, y luego cabalgó toda la gente para ir tras ellos, y fué adelante á detenellos el conde de Alba, y luego se juntaron con el conde de Castro y el conde de Osorno y el adelantado de Castilla y el prior de San Juan y otros muchos caballeros, y Rui Diaz de Rojas y D. Pedro de la Cueva, y fueron escaramuzando un rato con los enemigos; y luego llegó Herrera, capitán del artillería, la cual iba delante de todos tirando, y tras ella iba la batalla real y el almirante y conde de Benavente y duque de Medinaceli y marqués de Astorga y otros muchos grandes y caballeros, y á la mano izquierda iba el avanguardia que llevaba D. Diego de Castilla.

»El condestable y el conde de Miranda y el comendador mayor de Castilla andaban con él por todas las batallas, y yo por otra parte; entre la vanguardia y las batallas andaban otros muchos caballeros sueltos; y, ya que llegaban cerca de Villalar, pasóse el conde de Benavente con su gente á tomar la una punta del lugar; el condestable se puso delante de la batalla real y yo con la vanguardia; y en haciendo la punta que hizo el conde de Benavente, rompió con la vanguardia por mitad de los escuadrones de los enemigos; y en los que quedaron en la mano derecha rompierón el condestable y el conde de Miranda y el comendador mayor de Castilla, y los continos y los otros grandes

Pero la guerra civil no se habia limitado á Castilla: las *Germanias* de Valencia, que estaban en posesión de las armas que para sus revistas diera á esta Junta el monarca, levantáronse contra los nobles cuyas posesiones asolaron, y pusieron en grave aprieto al regente, imposibilitado de acudir á esta región por la revuelta de Castilla. Sin embargo, menos bien dirigida la revolucion en Valencia, degeneró en una verdadera anarquia que fácilmente dominó el gobierno después de la jornada de Villalar. No ménos imponente se presentó la rebelión en Mallorca: allí fué expulsado el virey y los habitantes hicieron perecer á gran número de nobles, sosteniendo aquella ciudad con-

El duque de Borbón — El almirante Andrés Doria

y toda la otra gente que allí venia; y en los que quedaron en la mano izquierda rompió el conde de Benavente. Yo paré en el alcance á los que se acogieron á Toro y llegué á Villaster, que es una heredad de D. Gutierre de Fonseca, á dos leguas de Villalar, y como ya era de noche recogí allá toda la gente y volvíme.

»Serian los muertos y heridos obra de mil hombres, de los cuales mató muchos el artilleria. Luego otro dia, miércoles á 24 de Abril, degollaron á Juan Padilla y Juan Bravo y á Francisco Maldonado, allí en Villalar, y de allí vino el condestable y el almirante y el ejército á Simancas, donde vino á rendirse á Valladolid, la cual se perdonó, aunque se exceptuaron doce personas, y la misma orden se llevó en todas las otras cibdades. En Medina del Campo exceptuaron quince y en Avila diez y siete, y en Salamanca otras tantas, y en Segovia otras diez y siete y cuarenta desterrados.

»Viniendo de Medina del Campo llegaron dos ó tres correos del duque de Nájera á pedir que se socorriese Navarra, porque entraba ejército del hijo del rey D. Juan, y aunque esta cibdad estaba por reducir y Toledo en su seta, todavia se dió alguna gente á D. Pedro Velez de Guevara y alguna artilleria; y paréceme que ya cuando llegó era salido el duque de Nájera de Navarra, y con pensar que tendria tiempo para todo, vino aquí por postas para que se le diese gente; y así lleva toda la que puede ir luego, y tras aquella va toda la demás.

»Esta ciudad ha ofrecido mil infantes de escopeteros y cuatrocientos piqueros; y Medina del Campo dicen que da quinientos escopeteros: créese que Valladolid también dará gente, y por sacalle más se van por allí el cardenal y el condestable y el almirante; y por acá, por Aranda, va toda la otra gente y artilleria, mas toda ó la más va muy descontenta, porque con todas las diligencias que el licenciado Vargas ha hecho, no se tiene lo que seria menester para pagalla, y, como á V. M. he escripto otras veces, la mayor necesidad de acá después que esto ha comenzado, es la que hay de dineros. Por esto, de cualquier parte que V. M. los pudiese haber, procure habellos, y sobre todo suplico á V. M. que venga por el tiempo que ha ofrecido, que en ninguna otra cosa está el bien y el remedio de estos reinos sino en ser breve la bienaventurada venida de V. M., cuya muy real persona guarde Dios y prospere en muchos reinos y señorios.

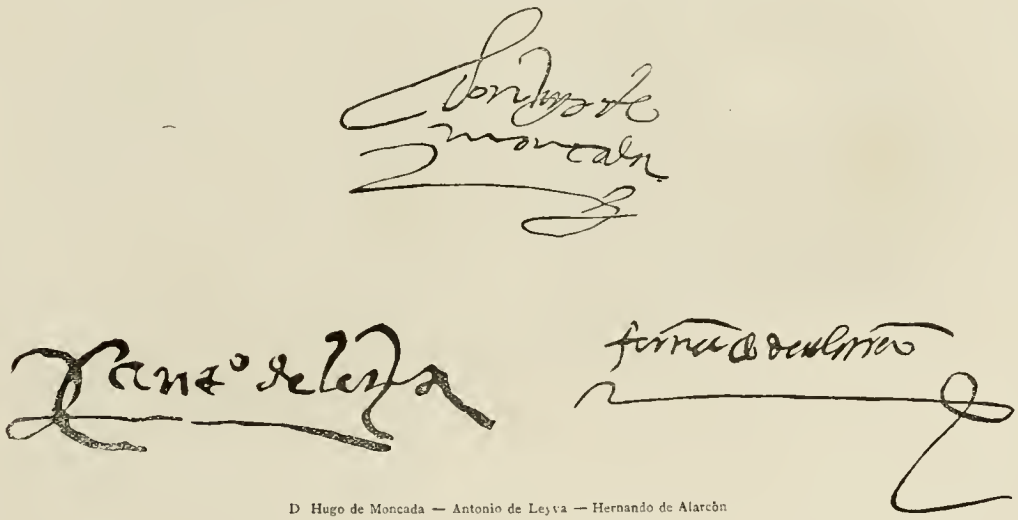
«De Segovia 24 de Mayo. De V. S. C. M. más cierto servidor y criado que sus reales mano besa.—*El Conde de Haro.*»

No puede ser más interesante y curioso este documento, en cuanto, además de darnos exacta noticia de las fuerzas que componian el ejército real el memorable dia de Villalar, ertartan perfectamente el mal estado económico del reino y el ansia con que era esperado el emperador-rey.

tra las tropas reales un riguroso asedio por mar y tierra, al que se añadieron los horrores de la peste y del hambre. Pero estas agitaciones aisladas, sin cohesión alguna entre sí, fueron sucesivamente vencidas. Fácil es presumir lo que pudiera haber acontecido si se unieran entre sí los antiguos reinos para hacer frente al monarca. Mas, frustadas estas parciales rebeliones, la autoridad real no hizo más que extenderse y consolidarse más; y si bien las Córtes fueron convocadas cuantas veces necesitó el rey recursos, fueron también disueltas sin que se las permitiera entrar en la reforma de ciertos abusos que entrañaban una censura contra las arbitrariedades del gobierno.

Preguntémonos ahora, qué consecuencias puede sacar el militar de esta serie de operaciones tan poco trascendentales en sí, ya que no se trata en ellas de grandes batallas, obstinados sitios é importantes operaciones. En realidad que si atendemos á la parte puramente técnica de nuestra pro-

FACSÍMILES DE LAS FIRMAS DE CAPITANES ESPAÑOLES



D. Hugo de Moncada — Antonio de Leyva — Hernando de Alarcón

fesión serán aquellas de ninguna importancia; no así si estudiamos en ellas el carácter que en general ofrecen cierto género de levantamientos en que ha sido fecunda nuestra historia.

Echaráse por lo regular de ver que sólo una disciplina férrea, que da cohesión á los elementos armados y les impulsa vigorosamente, puede decidir con ventaja las luchas; y estas circunstancias son las que precisamente faltan en tales ocasiones. Con soldados bisoños, con masas entusiastas sí, pero sin disciplina, con jefes sin práctica, con el escaso respeto que infunden improvisadas jerarquías, con los recelos consiguientes á una situación nueva y rodeada de peligros, es fácil presumir que toda operación ha de adolecer de graves faltas que así atañen á la parte moral cuanto á la material. Unicamente cuando inteligencias superiores dirigen y combinan tales movimientos se contrabalancean, en parte, inconvenientes tan graves; pero á no evitarlos con suma diligencia, surgen éstos empeorados por el desaliento á que de suyo son propensas las masas. Estas observaciones que hemos tenido ocasión de hacernos en ocasiones harto difíciles para nuestro país, saltan á la vista estudiando ese formidable movimiento que en Castilla se llamó *las Comunidades* y en Valencia *las Germanías*. La corona del sucesor de D. Fernando pudo con facilidad caer de sus sienes; pero los desaciertos de unos y otros aseguraron á la vuelta de tantas agitaciones y con doble fuerza el poder absolutista de la monarquía.

III

La muerte del emperador Maximiliano de Alemania, abuelo del rey D. Carlos, fué un acontecimiento de gran trascendencia para Europa; ya que siendo electiva la corona imperial, produjo la rivalidad de los dos monarcas que aspiraban á ceñirla: Carlos I y Francisco I. Esta rivalidad que tanta sangre costó, no es fácil hubiese tomado cuerpo á nombrar los electores como sucesor de Maximiliano á cualquier príncipe alemán; pues el desequilibrio que esta elección produjo en el sistema político de Europa fué por todos conceptos funestísimo. Carlos de España se halló en virtud de ella soberano de nuestra patria y sus posesiones de Ultramar, de los Paises Bajos y de Alemania; y como el centro de la Europa puede decirse que estaba en Italia y sin contar en ella una

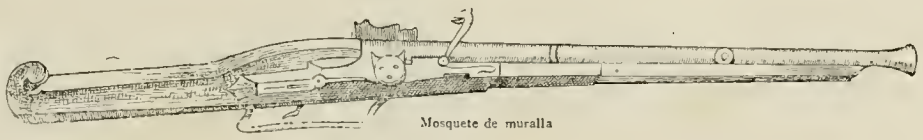
Próspero Colonna

sólida base era imposible adquirir la preponderancia política, de aquí aquella serie de guerras que asoló la península y trajo revuelta á la cristiandad por largos años.

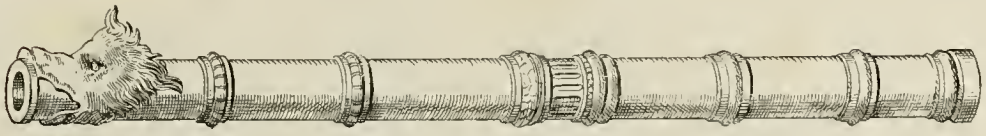
Por de pronto el tratado de Noyón no sirvió de garantía para la paz. Carlos se negó á reponer en el trono de Navarra á Juan de Labrit, y Francisco invadió este reino con vigor y rapidez, á tiempo que Castilla andaba perturbada con la rebelión de los comuneros. Pamplona cayó en poder de los franceses y si se exceptúa la fortaleza de Maya, en breves días y sin efusión de sangre se hicieron éstos dueños de todo el territorio hasta los márgenes del Ebro. Su primer cuidado fué entonces el sitio de la importante ciudad de Logroño; pero esta plaza, aunque en malas condiciones de defensa, apercibióse á resistir con energía; y á pesar de escasear en ella las vituallas y batir sus muros una artillería bien emplazada y dirigida con acierto, sostúvose lo bastante para que acudiera á libertarla el ejército castellano fuerte de 12,000 infantes y 200 caballos que mandaban el almirante

y el condestable, y entre cuyos caudillos figuraba el conde de Haro. El general francés no pudo evitar que la guarnición de Logroño fuera reforzada, pero teniendo á sus espaldas la excelente base de Pamplona, efectuó un rápido movimiento colocándose entre esta ciudad y Puente la Reina. Esta posición no puede negarse era en extremo ventajosa, pero anularon tal ventaja los españoles llevando á cabo una operación atrevida á la par que penosa, cual fué ganar la sierra y caer á retaguardia del enemigo, interceptando su línea de retirada á Pamplona. Lográronlo en efecto y se posesionaron del pueblo de Esquiroz.

Este movimiento de los españoles desconcertó por completo á los caudillos enemigos, pues se vieron en la precisión de dar una batalla para ganar su base de operaciones. Avanzaron, pues, en correcta formación al encuentro de los españoles, y después de emplazar á la vista de Esquiroz su artillería, se desplegaron por la llanura, entablándose acto seguido el combate en el ala izquierda. La lucha no ofrecía en ésta ni en la derecha probabilidadades de triunfo para los españoles, pues el primer choque desordenó sus fuerzas, pero los oportunos refuerzos que condujeron el almirante y el condestable consiguieron quebrantar los escuadrones enemigos, y la infantería castellana pudo llegar hasta las baterías enemigas arrollando á los que las defendían. Desde este momento la lucha continuó con ventaja para los españoles; y el valor y el arrojo individual decidieron en definitiva de ella.



Mosquete de muralla



Basilisco

La batalla de Esquiroz tuvo lugar en 30 de Junio de 1521. Perecieron en ella 6000 franceses, y cayó prisionero su general Lesparre. Pamplona fué á consecuencia de ella evacuada y Navarra entera quedó libre de enemigos.

Esta breve campaña puede decirse que fué el preludio de las que debían tener lugar en el reinado tan fecundo en guerras de Carlos de Austria. Dijimos en uno de nuestros anteriores Estudios que la batalla de Marignan hizo á Francisco I dueño de todo el Milanesado, y que el virey de Nápoles se retiró con todas sus fuerzas á este reino en espectativa de los acontecimientos. Cárlos trató por de pronto de organizar una de tantas ligas contra Francisco I, liga cuyas bases consistían en la expulsión de los ejércitos franceses del ducado de Milán, que se daría como feudo del imperio á la casa de Sforzia y en la restitución de Parma y Plasencia á la Santa Sede. Procuróse mantener oculta esta liga, pero habiendo intentado los franceses introducirse en la plaza pontificia de Reggio, el papa no vaciló ya en manifestar sus propósitos, y acto seguido se apercibieron ambas partes á la lucha. Francisco I envió á Lautrec al Milanesado confiándole el mando de su ejército que reforzó con 10,000 suizos y 6,000 italianos; y á este contingente agregaron los suyos Venecia y el duque de Ferrara. Por su parte el Emperador y el papa organizaron un ejército de 1,200 lanzas, 6000 italianos, 4,000 lansquenetes, 2,000 grisones, 2,000 suizos y 4,000 veteranos españoles. Total 19,200 soldados. Lo mandaba en jefe Próspero Colonna, general que se dió á conocer en las guerras del Gran Capitán, y á su lado figuraban el marqués de Pescara, el ilustre Guicciardini y otros capitanes de menos talla.

El objetivo de las operaciones de imperiales y pontificios debía ser Milán, pero la ambición del papa, ansioso de recuperar las dos plazas citadas, obligó al ejército á desviarse de él. A esta primera falta siguió el infructuoso ataque de Plasencia y la pérdida de un tiempo precioso frente á Parma; lo que dió lugar á que Lautrec se posesionara con un ejército respetable de las márgenes del Po y desde allí efectuara un movimiento progresivo que distrajo las fuerzas de los sitiadores y les obligó después de las infinitas privaciones y fatigas de aquel sitio á levantarle replegándose sobre Senza. Empero, si bien los franceses se mantuvieron á la espectativa dispuestas sus tropas en una extensa línea desde Cremona á San Segundo, los aliados no podian continuar en un país falto de recursos. En general puede afirmarse que ni Lautrec ni Colonna revelaron en aquellas circunstancias sus dotes militares.

Porta-estandarte de la serie *Las Bodas de Borgoña*

Las dificultades con que tropezaban los aliados para subsistir, les impelieron á pasar el Pó por el flanco del enemigo, á corta distancia de Cremona, fortificándose entonces en Casal-Maggiore; pero nada había ganado su ejército con esto, pues además de hallarse falto de una base de operaciones, no se consideraba bastante fuerte para emprender la ofensiva. Y aquí de los manejos de la corte pontificia. El papa consiguió de la Dieta suiza un contingente de 12,000 hombres, que se obligaron sólo á defender los Estados Pontificios, pues tenía la Dieta en cuenta que bajo las banderas contrarias militaban tambien sus soldados, pero Próspero y el Nuncio del papa, cardenal de Sión, que los había reclutado, confiaron que una vez pisaran los 12,000 suizos el suelo italiano, fácil les sería vencerles con promesas, obligándoles á combatir en el Milanesado. Próspero se adelantó con ánimo de ponerse en contacto con este contingente, cruzó el Oglio y avanzó con verdadera imprudencia hasta Rebeca, colocándose entre Pontevico, plaza veneciana, y el ejército francés, que avanzó desde Cremona y hostilizaba con su artillería la retaguardia aliada. Esta situación no podía ser más angustiosa para Colonna, obligado, caso de ser atacado, á retirarse al frente de un ejército poderoso y de una plaza fuerte; pero la inexplicable inacción de Lautrec permitió á los aliados repasar sin pérdida el Oglio y apostarse en Ostiano, donde avistaron á los suizos. Indudable es que ni Lautrec, ni Colonna dieron á entender que en sus operaciones presidiera una concepción elevada.

Al aproximarse los suizos al ejército aliado, el cardenal de Sión y Colonna pusieron en juego su habilidad y lograron que se les incorporaran 6,000; mas los restantes se obstinaron en proseguir su marcha á los Estados del papa. Empero la república helvética, sabedora de lo ocurrido y deseosa de que no lucharan sus hijos unos con otros, bajo opuestas banderas, expidió á los dos campos una orden exigiendo que regresaran aquéllos á su país. Los que militaban con el francés recibieron la orden; los que figuraban en el ejército coligado, no tuvieron de ella noticia, pues se impidió con astucia que fueran sabedores de ella. El hecho es que Lautrec, debilitado, tuvo que renunciar á la ofensiva, y que los aliados apostados en Orcivechi se dispusieron á cruzar el Adda.

Es preciso, al llegar á este punto, detenerse á arrojar una ojeada al teatro de operaciones, para poder apreciar éstas en todo su valor.

La fértil Lombardía hállase rodeada de un imponente anfiteatro de montañas, los Alpes, que con diversos nombres la circundan y lanzan la cordillera de los Apeninos, derivación de la general que forman aquéllos, á través de la Italia. Estas imponentes murallas naturales presentan, sinembargo, distintos pasos al invasor. Pero surcada la Lombardía por gran número de ríos, ofrece otras tantas líneas de defensa natural, que en todas ocasiones han utilizado los ejércitos que operaron en ella. Agréguese á esto la estratégica posición de sus plazas fuertes y la fertilidad de aquel pais, abundantísimo en recursos.

El Pó es el mayor río que lo cruza y su línea defensiva más importante: nace en el Piamonte, junto á la frontera de Francia, en el monte Viso, que forma parte de los Alpes Coccianos; baña á Turín, Plasencia, Cremona, Guastalla, y otras plazas menos importantes, y dividido en la Polesina en muchos brazos, deposita su caudal en el Adriático. Su corriente se engrosa con gran número de ríos que se precipitan en ella por opuestas vertientes; pero fijándonos por de pronto en los que por la izquierda le prestan el tributo de sus aguas, consignaremos el Doria Rípera y el Doria Baltea, el Sesia, el Tesino (este río pasa por el lago Mayor), el Olona, el Adda y el Oglio (atraviesa el lago Iseo). Por manera que el suelo lombardo está cortado desde los Alpes hasta la línea del Pó por siete importantes líneas de agua. Las más importantes son el Sesia, el Tesino, el Olona, el Adda y el Oglio. Es indispensable un detenido estudio de las mismas para formarse idea de su importancia estratégica.

Milán está situada entre el Adda y el Tesino, inmediata al Olona, y en ella se enlazan las grandes vías de comunicación de la alta Italia. Pavía y Lodi, situadas á cuatro y cinco leguas respectivamente de Milán en la margen aquella del Tesino y esta del Adda, son plazas fuertes, notables por su estratégica posición sobre estas líneas, y no las ceden en importancia Plasencia, situada en la margen derecha del Po y Cremona en la izquierda de este río. Otras plazas de segundo orden, aunque de no escaso valor estratégico, se hallan diseminadas en la región comprendida entre el Adda y el Tesino, teatro de las operaciones realizadas por los españoles en estas cuatro campañas. Tales son Rebeco, Stradella, Vivegnano, Pizigetone, y alguna otra.

Pero separándonos de estas líneas defensivas, encontramos plazas como Turín, Novara, Verceil, Alejandría, Cossi, etc., y no hablemos del Parmesado, ni del Vêneto: territorio surcado por múltiples ríos y que ofrece accidentado campo á la guerra, parece que ha sido destinado de tiempo antiguo á ser teatro de sus desastres, y el nombre de los capitanes más ilustres que se evoca con el de sus famosas ciudades, es elocuente testimonio del genio militar y de la bravura de las más opuestas razas. Allí han derramado su sangre alemanes y suizos, españoles y franceses; allí se han decidido grandes problemas militares y políticos; allí en fin, se ha resuelto la prepotencia de naciones rivales, el porvenir de grandes pueblos.

Reanudemos nuestra relación.

El paso del Adda ofrecía á los aliados gran número de dificultades; y merecía no aventurarse á efectuarlo sin haber madurado un plan; como que de esta operación dependia el éxito de la campaña. Próspero Colonna así lo comprendió, y, después de oídos los opuestos pareceres de sus oficiales, á fuer de experto conocedor del terreno eligió un punto que reunía excelentes condiciones para efectuarlo. En este punto apoyaba el extremo izquierdo de los enemigos, quienes viéndose amenazados aquí, se replegarían sobre su flanco izquierdo, dejando desguarnecido el paso del Rivolta: y no siendo así, la demostración que intentaban efectuar los confederados, se convertiría en un movimiento verdad.

Trazado este plan, Colonna destacó hacia el punto elegido, Vari, en el que los franceses tenían un pequeño fuerte, algunas compañías que se lanzaron con denuedo al río y ganaron la margen opuesta, no sin luchar con un destacamento enemigo. Este avisó sin pérdida de tiempo al cuartel general, pero al llegar los refuerzos, la infantería aliada se hallaba ya sólidamente establecida, é inútilmente empeñó Lescún, que mandaba las fuerzas francesas, el combate; pues las tropas impe-

riales iban engrosando por momento, con las que sucesivamente pasaban el Adda. Lescún retrogradó entonces rápidamente, uniéndose con Lautrec y el grueso del ejército; y ya no quedó á este caudillo otro recurso que retirarse á Milán.

No fueron menos acertadamente dirigidas las operaciones que siguieron al paso del Adda.

El ejército aliado pasó á colocarse en la estratégica plaza de Mariñán, desde la que dominaba

Caballero de la *Procesión de Bolonia*

á Milán y á Pavia, hallándose en favorable posición para caer sobre ellas al menor descuido del enemigo. Y precisamente la excesiva confianza del francés le dió ocasión de realizar este pensamiento. Opinó Lautrec que los aliados marcharían desde la línea del Adda en su seguimiento, y se presentaría frente á los muros de Milán; mas luego la maniobra de Colonna le hizo incurrir en el error de creer que el enemigo no se consideraba en suficientes condiciones para emprender el ataque; y esta persuasión, unida al descuido con que efectuaban sus soldados el servicio, hubo de serle funesta.

Con efecto; el ejército confederado, después de permanecer tres días á la espectativa, avanzó rápidamente sobre Milán, junto á cuyas murallas llegó envuelto en las sombras de la noche. Pescara que mandaba la vanguardia, formó sus soldados á los bordes del foso y dispuso que algunos españoles escalaran con las mayores precauciones el muro para proceder con toda seguridad al asalto general. La aparición de los españoles en lo alto de la muralla desconcertó á los enemigos, y su falta de precauciones permitió que en menos de una hora se hicieran dueños de la ciudad, pues casi simultáneamente abrían una de sus puertas al valeroso Pescara, algunos enemigos de la dominación francesa. El éxito de semejante empresa es verdaderamente sorprendente. Lautrec sólo tuvo tiempo de reforzar la guarnición del castillo, y dirigirse precipitadamente á Bergamo; y bien pronto todas las ciudades del Milanesado se entregaron, Parma y Plasencia volvieron á poder del papa, y no quedaron á los franceses más que la ciudad de Cremona, el castillo de Milán y otros fuertes de escasísima importancia.

Las consecuencias de esta campaña tan brillantemente terminada fueron de índole muy especial. León X, si hemos de dar crédito á algunos historiadores, experimentó una sensación tan brusca de placer al tener noticia de aquellas victorias, que acometido de una fiebre, murió á los breves días: las tropas imperiales quedaron casi reducidas á los españoles, pues los suizos y los lansquenetes abandonaron las banderas del Emperador por falta de pagas; y Lautrec, también falto de dinero y soldados, no pudo emprender operación alguna de importancia, excepción hecha de una tentativa contra Parma, que no tuvo éxito. Así terminó el año 1521.

Pero la inacción á que se hallaban reducidos ambos beligerantes no obedeciendo á otras causas que la falta de recursos, era sólo un intervalo de descanso, precursor de nuevas luchas. Francisco y Carlos allegaban elementos para otra campaña, y el primero solicitando un refuerzo de 12,000 suizos y el segundo levantando un cuerpo de 2,000 lansquenetes, intentaban decidir de una vez la suerte del Milanesado. Sin embargo, Carlos empleó otros recursos que las armas; manifestó el propósito de restituir el ducado de Milán á Francisco Sforzia, y este pensamiento despertó de tal modo el entusiasmo de los italianos que en breve tiempo se unieron á sus tropas 4,000 soldados sostenidos por aquel príncipe.

Aun no se hallaban reunidas todas las fuerzas de los imperiales, cuando Lautrec, saliendo de su inacción, iniciaba sus operaciones contra Milán; y el intrépido Colonna se vió por de pronto obligado á dejar fuertes guarniciones en Novara, Alejandría y Pavía, y encerrarse en aquella ciudad, á cuyas obras de fortificación añadió dos profundas trincheras alrededor del castillo reforzando sus extremos con dos caballeros en que podía emplazarse la artillería. De este modo impidió que la guarnición del castillo de Milán, que aun pertenecía á los franceses, secundara los ataques de Lautrec.

Este general intentó en vano detener y destruir á los lansquenetes que iban á incorporarse á las tropas de Colonna, pues Gerónimo Adorno que los mandaba evitó un encuentro desventajoso, gracias á una felicísima maniobra; y entonces se presentó ante las murallas de Milán, cuya actitud y cuyas formidables obras de defensa le hicieron desistir de un sitio en regla. La ciudad, sin embargo, quedó bloqueada; y si bien es cierto que Lautrec podía prometerse poco de la situación en que se había colocado, comenzábase á sentir la penuria entre sus moradores; mas la inacción del francés permitió á Sforzia organizar un nuevo ejército con el que cruzó el Po y se acogió á Plasencia, y entonces intentó en vano Lautrec impedir que éste se uniera á Próspero Colonna, pues tan desacertado anduvo en sus maniobras, que aquel príncipe sin dificultad alguna se incorporó á los imperiales.

Los franceses consideraron como una compensación la toma de Novara que llevó á efecto Lescún, y Lautrec creyó entonces más prudente poner un sitio en regla á Pavía, á donde vino entonces á encontrarle el ejército imperial. Hallóse entonces en la alternativa de librar batalla á la vista de Pavía ó dirigirse sobre Milán, cuya guarnición no sería bastante numerosa para resistirle; y se decidió por este último extremo, mas Colonna le ganó por la mano, y salió á su encuentro en Bicoque, donde eligió una posición excelente, y se fortificó en ella.

El general francés vaciló entonces en aceptar la batalla; pero los suizos, que hacía muchos meses que se hallaban sin pagas, y á los que hasta entonces había contenido Lautrec con esperanzas, impacientes por regresar á su país, manifestaron tumultuariamente á su caudillo que librara la batalla ó se retiraban en el acto. No quedó, pues, á Lautrec otro recurso que abandonar el éxito á la suerte de las armas, si bien puede asegurarse que, contando con la superioridad numérica y el valor temerario de los hijos de Helvecia, era difícil aventurar opinión sobre el resultado de este combate.

Los franceses proyectaron un movimiento envolvente: los suizos debían atacar el frente de los

Frasco de marfil para pólvora

atrincheramientos; Lautrec el ala derecha con los hombres de armas; la caballería, el flanco izquierdo, y el resto de su infantería, la retaguardia imperial. Entablóse, pues, el combate lanzándose los primeros al asalto de las trincheras, pero sus primeras filas fueron contenidas por un profundo foso, y si bien se lanzaron con ardor á él, el fuego de los arcabuces diezmó rápidamente sus escuadrones, no siéndoles posible conseguir su objeto. Lescun en el flanco izquierdo era también destrozado por un fuego rápido y certero que le obligó á desistir de su intento; y Lautrec vió frustrados del propio modo sus propósitos. Una y otra vez repitieron empero los suizos sus ataques á las trincheras, y otras tantas fueron rechazados por nuestra infantería y los lansquenetes que las guarnecían. Algunos arcabuceros hábilmente emboscados hacían sobre los atacantes un certero fuego de flanco, y debilitados por momentos para continuar una lucha en condiciones tan desventajosas, replegáronse con admirable orden sobre el núcleo de las fuerzas francesas.

La batalla de Bicoque fué decisiva. Al siguiente día de librada, los suizos, que dejaron sobre el campo de la lucha 3,000 soldados, regresaban á su patria, y Lautrec, imposibilitado de seguir la campaña, marchó á Francia después de haber dejado guarniciones en algunas plazas, de las que sin embargo se apoderó Colonna, excepción hecha de la ciudad y ciudadela de Cremona, donde permaneció Lescun al frente de las tropas franceses y venecianas. Quedaba sin embargo á los franceses en Italia, además de esta plaza fuerte, todo el Genovesado; y los generales del Emperador trataron de expulsar en definitiva á aquéllos de la península. Lescun se ofreció á entregar á Cremona si en el plazo de cuarenta días no recibía socorros de Francia, y los imperiales pudieron dirigir sus fuerzas contra Génova, de la que se hicieron dueños en breves horas. Seguidamente regresó Próspero á Cremona que, fiel á su palabra, rindió Lescun regresando con la guarnición á su patria. Y así terminó esta segunda campaña.

No se crea que fué sólo en Italia donde en este intervalo de tiempo ardió el fuego de la guerra. Carlos y Francisco habían medido sus fuerzas en dos distintos teatros, es á saber: en la frontera norte de la Francia y en igual frontera de España. Bajo la protección indirecta del monarca francés había el feroz duque de Bullón, Roberto de la Marck, invadido los Estados de Flandes, lo que obligó al emperador á mandar contra él al conde de Nassau, general experto que consiguió expulsar á Roberto de Flandes y de sus propios Estados. Pero Nassau cruzó la frontera francesa y puso sitio á la estratégica plaza de Messiers; y si bien las tropas imperiales tuvieron que desistir de esta empresa después de haber perdido un mes frente á sus murallas, Carlos no renunció por eso á la ofensiva. Un nuevo ejército entró en campaña y sitió á Tournay, y el Emperador, para dar mayor impulso á las operaciones, marchó á Valenciennes que pasó Nassau á guarnecer.

Tan inminente se presentaba ya el peligro, que Francisco I se apresuró á levantar un ejército, cuya cifra se hace elevar á 20,000 hombres, con el que se propuso reconquistar las plazas tomadas por Nassau y libertar á Tournay. Consiguió en efecto lo primero, pues no se hallaba Carlos en estado de resistir á su rival, pero no pudo realizar lo segundo, gracias á la actividad de Nassau y al temporal de aguas que sufrieron las tropas, por lo que Tournay tuvo á la postre que rendirse.

Carlos, en tanto, después de las inútiles conferencias que con objeto de firmar la paz celebraron en Calais los embajadores de Francia y sus representantes con el ministro Wolsey, que á nombre del rey de Inglaterra elegido por Francisco como árbitro, hacía oficios de mediador, pactó con Enrique VIII una alianza cuyos artículos consistían en que él acometería la Francia por la parte de España y Enrique por Picardía, ambos al frente de un ejército de 40,000 hombres; Carlos para dar mayor solidez á esta alianza ofrecía casarse con María, hija única de Enrique, á quien animaba el deseo de recuperar las antiguas provincias marítimas que en Francia poseyeron sus antecesores, mientras que su ministro, el cardenal Wolsey, tomaba una parte bastante activa en estos proyectos llevado de las quiméricas esperanzas, astutamente mantenidas por Carlos, de ceñir un día la tiara pontificia.

La serie de desastres que sufrió Francisco en Italia en los años 1521 y 1522 vino, pues, á agravarse cuando, á consecuencia del tratado concluido en Brujas, vióse amenazado en su propio territorio por Enrique y el Emperador. Tales eran sus apuros financieros que hubo de recurrir á recursos extraordinarios, á enajenar su patrimonio y á incautarse de las alhajas de los templos. Sin embargo, Francia poseía una extraordinaria vitalidad y secundaba admirablemente á su monarca; así que acudió presurosa á las armas, y si bien éste sólo pudo disponer de un ejército reducido, logró, gracias al sistema prudente de evitar batallas y destruir al enemigo en detall, hacer frente á la invasión que efectuaron los ingleses por Picardía. El monarca inglés que mandaba en persona las fuerzas invasoras, no logró tomar ninguna plaza fuerte, y las fatigas y la falta de recursos le obligaron por último á retirarse.

Así terminó la importante serie de operaciones emprendidas por estos años en Italia y en Francia: la suerte que tan adversa se mostró á esta nación en ambos teatros, ofrecióla una ligera compensación en España, pues un ejército conducido por el almirante Bonnivet se apoderó de la importante plaza de Fuenterrabía. Enérgicamente defendida por su guarnición y cuidadosamente

socorrida por Francisco, Fuenterrabia se sostuvo aún durante todo el año 1523, no volviendo á poder de los españoles hasta principios del siguiente.

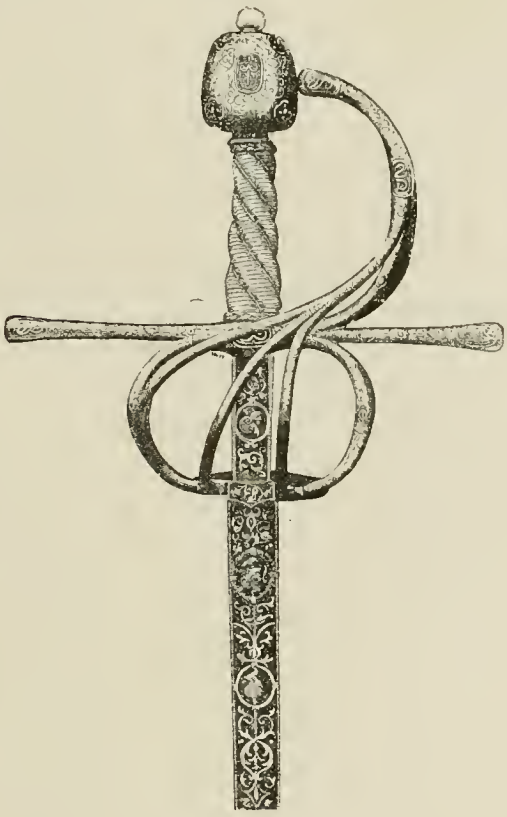
«De esta suerte, dice el célebre Robertson, terminó la segunda campaña de la guerra más general que hasta entónces se hubiese encendido en Europa. Aunque Francisco habia perdido todas sus conquistas de Italia, todas las potencias reunidas no pudieron, sin embargo, desmembrar sus Estados hereditarios, y doquiera le atacaban, le hallaban siempre dispuesto á recibirlas.» Merecen estas palabras llamar la atención del militar y del político; los pequeños Estados sólidamente constituidos son por lo general más fuertes que esos colosos cuya misma grandeza les abruma y debilita. Francia lo estuvo demostrando así durante todo el reinado de Francisco I, como más tarde lo manifestó también Prusia durante el de Federico II.

Soldados venecianos (De una estampa italiana del siglo XVI)

IV

No parecia que estuviera reservado á Italia gozar un intervalo, siquiera fuese breve, de reposo. Ni Carlos se hallaba dispuesto á contentarse con la pacífica posesión del suelo italiano ni Francisco escarmentado por repetidos reveses á renunciar á quiméricas soberanías: era esta una cuestión de amor propio para el francés, á la que sacrificaba la sangre y los tesoros de su patria, y era para el Emperador un punto de honra, persuadido como estaba de que la triple soberanía que ejercia en Europa le convertia en verdadero árbitro de sus destinos. Desgraciadamente tan múltiples atenciones no podian ser cubiertas por un hombre solo; y á causa de ello, mientras procuraba con el acero atajar los progresos de su rival en Italia y expulsarle de ella, en Alemania, que disfrutaba á la sazón de una tranquilidad inalterable, se difundía pacíficamente la reforma: de este modo la obstinación de los pontífices á reunir un concilio, que tardíamente congregaron luego en Trento, y las múltiples atenciones del Emperador, que también tardíamente se dió cuenta de los progresos del protestantismo, contribuyeron no poco á la radical mudanza de la opinión en aquellos países, que definitivamente iban á emanciparse de la tutela de Roma.

Pero justo es decir que reyes, emperadores y pontífices andaban tejiendo y destejiendo la complicada red de una política de pequeñas ambiciones ó de proyectos desatentados, en que andaban revueltos á la sazón los pueblos. ¡Qué miras tan poco elevadas las de aquellos pontífices que, olvidando toda la gravedad que envolvía la propagación del protestantismo y llevados de sus odios ó de sus temores, pactan con uno ú otro de los beligerantes, según los vientos de la fortuna y entregados al vergonzoso juego de una política mezquina, estudian los tratados más en armonía con sus intereses! ¡qué falta de grandeza en aquellos monarcas que esquilman á sus Estados para realizar empresas absurdas y dejar á la postre la madeja política tan enredada como cuando en ella pusieron mano! ¿Qué reportó, preguntémonos, la Italia de tantos y tantos años de invasión, de horrores y de guerras?



Espada de fabricación italiana

La muerte de León X, tan adicto al Emperador, influyó poco en la causa de este monarca. Sucedióle en el solio pontificio por inspiración del Espíritu-Santo, ó si se quiere de D. Juan Manuel, embajador español en Roma, el virtuoso preceptor de Carlos, cardenal Adriano, regente que había sido en España: era varón de ideas moderadas y ejemplar conducta, y uno de los pontífices que con mayor conciencia desempeñaron su especial misión; pero los corrompidos romanos no querían un papa atento sólo á los asuntos religiosos, ambicionaban un político á la italiana, solapado y astuto; un hombre fastuoso y espléndido, cual convenía á sus aficiones y á sus aptitudes; así pues, calificáronle de bárbaro á causa de haber nacido en Alemania y demostraron á su muerte una alegría tan injustificada como criminal.

Adriano, bien que adicto al Emperador, propúsose seguir una conducta conciliadora, cual correspondía al padre común de los cristianos. Exhortóle á la paz y puso á la vista de los príncipes el grave peligro con que les amenazaban los turcos, que á la sazón se hicieron dueños de la isla de Rodas, peligro inminente para Europa y al que muy en breve hubo de atender en persona el Emperador. Mas ni el celo de Adriano (1) por la paz, ni el cansancio de los Estados italianos, ni los escasos recursos de que podía Carlos disponer, evitaron la guerra; y llegado este crítico trance, ya no fué dado al mismo pontífice mantenerse en una crítica neutralidad: los venecianos, atentos á la puja de intereses de Carlos, abandonaron á Francisco y todos los Estados de Italia se adhirieron al Emperador. Formóse, pues, una liga entre éste; su hermano Fernando, archiduque de Austria; el rey de Inglaterra, Enrique VIII; el papa; los venecianos, y el duque de Milán, Francisco Sforcia. «Cualquiera creerá, dice Robertson, que tan imponente confederación precisaría al rey de Francia á no salir de la defensiva, ó que cuando menos hubiera perdido por entonces las esperanzas de pisar el suelo italiano. Pero la condición de este príncipe era tan particular, que se dejaba llevar de la debilidad y hasta era indolente en las ocasiones ordinarias; mas al ver próximo el peligro, cobraba ánimo, se exaltaba, y no sólo sabía arrostrarlo con intrepidez y despreciarlo, lo que no desmintió jamás, sino aun prevenirlo y rechazarlo. Francisco había

(1) Este pontífice publicó una Bula en la que solicitaba una tregua de tres años entre todos los príncipes cristianos.

E. Ullastres, Editor

Lit. Miralles, Barcelona

ARMADURA DEL EMPERADOR CÁRLOS V

reunido un brillante y poderoso ejército antes que sus contrarios pusieran en práctica sus proyectos, pues ejercía sobre sus súbditos un poder más absoluto que Carlos y Enrique sobre los suyos. En efecto; mientras que estos dos últimos soberanos necesitaban para los empréstitos la concurrencia de los Parlamentos, y aun sólo obtenían generalmente módicas cantidades después de los mayores debates; Francisco se hallaba en disposición de exigir subsidios de mayor cuantía á la nación, y verificar con más exactitud su recaudación: de suerte, que en esta campaña, del mismo modo que en las precedentes, su ejército se había ya puesto en marcha, cuando sus enemigos aun estaban buscando medios para reunir tropas.» Este último dato pinta por sí solo con gran exactitud la fisonomía de aquellas guerras.

Sin embargo, neutralizó tales ventajas la conspiración tramada contra su soberano por el con-

Artillería imperial (De la *Procesion de Bolonia*)

destable de Borbón, príncipe de la sangre y vasallo el más poderoso de la corona, que ofendido gravemente por el frívolo Francisco, acechaba una ocasión para vengarse de este monarca. El condestable estaba de acuerdo con el emperador y el rey de Inglaterra, y según tratado celebrado entre estos monarcas, debían concedérsele los condados de Provenza y el Delfinado con el título de rey y procurársele 1,200 soldados para realizar sus proyectos y secundar los de sus aliados. Era Borbón un valiente soldado, un capitán inteligente, un hombre, en fin, de gran corazón y enérgicas pasiones; y así la inminencia del peligro como el carácter de la persona que se levantaba contra él, detuvieron en su marcha al rey de Francia y le obligaron á entregar el mando del ejército invasor al almirante Bonnivet, excelente cortesano é inepto general, por más que no estuviera desprovisto de abnegación ni de valor. Coincidió el descubrimiento de esta trama hecho cuando Francisco se hallaba en Lyon de paso con su ejército para la Italia (Setiembre de 1523) con la invasión de la Picardía por un ejército inglés á las órdenes del conde de Suffolk; pero lo adelantado de la estación, los prematuros fríos de un invierno cruelísimo y la diligencia con que mandó el rey una parte de su ejército dirigido por La Tremouille contra el invasor, neutralizaron las ventajas

conseguidas por éste. Suffolk avanzó desde las márgenes del Visse á las inmediaciones de la capital, en la que sembró su presencia grande alarma : no pudo empero atacarla ni mantenerse á la espectativa, pues acosado de continuo por los destacamentos franceses y falto de recursos hubo de retirarse á mediados de Noviembre. Tampoco consiguieron su objeto los alemanes que penetraron en Borgoña ni un cuerpo de tropa español que invadió la Guyena, y gracias al patriotismo de los habitantes de estos países y á su vigoroso espíritu nacional, no tuvo el rey de Francia otros descalabros que lamentar que los que sufrió en Italia.

Puesto á la cabeza de las tropas francesas había invadido en tanto Bonnivet la Lombardía, en la que Colonna, convaleciente de una grave enfermedad, hallábase al frente de un ejército escaso, falto de pagas y de recursos, y por lo mismo obligado á mantenerse en forzosa defensiva. Sin embargo, el almirante, tal vez desconociendo la verdadera situación del enemigo y las malas defensas de Milán, no creyó oportuno el emprender vigorosamente las operaciones; así es que, apoderándose de Novara, estableció sus reales en la margen izquierda del Tesino, cuya línea se proponía disputarle Pescara. La lentitud con que efectuó estas operaciones el francés, permitió á los generales del Emperador fortificar á Milán y dar la necesaria guarnición á Pavía; por manera que cuando Bonnivet cruzó el Tesino, pudieron retirarse aquellos tras de los muros de aquella ciudad, á la que abastecieron oportunamente.

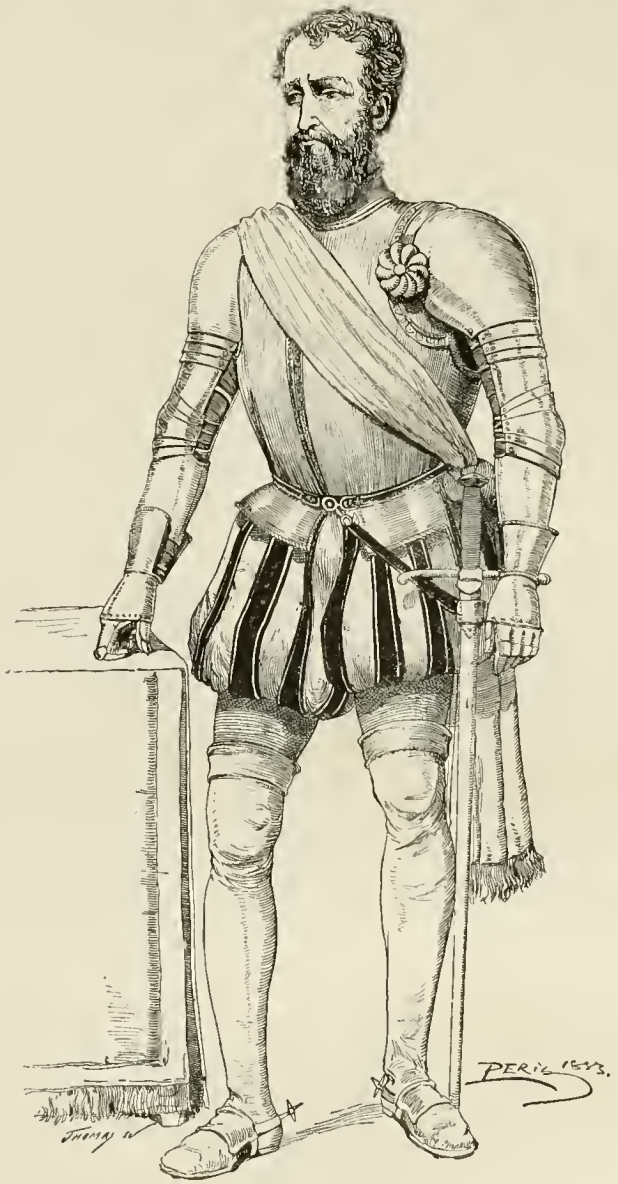
Hallábanse, pues, ambos beligerantes frente á frente, y neutralizábanse sus ventajas respectivas; pues el francés veíase acosado constantemente por los rebatos y escaramuzas de los españoles y el país no le ofrecía grandes recursos para vivir, á consecuencia de las devastaciones de que había sido objeto. Un cuerpo destacado de las tropas invasoras había podido apoderarse de Lodi, pero otro no logró rendir la ciudad de Cremona, de cuyo castillo eran los franceses dueños. Sin embargo, la posición de Bonnivet era muy difícil, tanto es así que se vió obligado á repasar el Tesino, apostándose á una legua de Milán. Tal era la situación de los dos ejércitos cuando tomó el mando de las tropas españolas, por muerte de Colonna, el marqués de Pescara, general no inferior en mérito á este prudente caudillo, cuya habilidad y cuyos conocimientos le colocaron entre los capitanes más ilustres de su época. Las circunstancias confirmaron muy en breve que no eran vanas cuantas esperanzas se fundaron en su genio emprendedor y diligente.

Bonnivet concibió el plan de mantenerse en los bordes del Tesino para lanzarse sobre sus contrarios al menor descuido, pero al efectuarlo distribuyó á sus tropas en una extensa línea, colocando en Rebeca, situada á espaldas de sus posiciones y una de las llaves del citado río, un cuerpo de tropas al mando del famoso caballero Bayardo. Rebeca se hallaba situada á tres leguas de distancia del punto que ocupaba el cuartel general francés; y fácil es concebir pronto echaría de ver Pescara el fraccionamiento de las tropas enemigas, para intentar un golpe de mano. En efecto, llevóse á cabo esta feliz operación de noche, y los españoles se hicieron dueños de Rebeca, poniéndoles en disposición de tomar la ofensiva la llegada de refuerzos de Venecia y de un cuerpo de lansquenetes.

El ejército imperial al salir de Milán (6 de Febrero 1524) se componia de 15,000 infantes, 800 hombres de armas y 1,000 caballos ligeros; el ejército de Venecia constaba de 6,000 infantes y 12,000 jinetes. Figuraban en el primero Pescara, el condestable de Borbón y el alemán Carlos de Lannoy, virey de Nápoles, quien en realidad era el general en jefe; mandaba el segundo el duque de Urbino.

Al abandonar los confederados á Milán vacilaron entre los dos partidos que más oportunos parecían en aquella ocasión. Estos se reducían á atacar al almirante de frente, apoyados en la excelente base de Milán, ó bien cruzar el Tesino y lanzarse sobre la retaguardia enemiga. En este caso dejaban desamparada á Milán, pero en cambio no luchaban con la inmensa desventaja de un ataque de frente contra posiciones bien fortificadas. Adoptóse, pues, la última determinación, dejando á la capital convenientemente guarnecida, y el ejército confederado pasó el río por un punto situado entre Pavía y la confluencia del Tesino y del Po. Bonnivet comprendió entonces lo difícil de su posición, pues dueños los enemigos del territorio comprendido entre el Tesino y el Se-

sia, iba á encontrarse aislado entre ellos y la capital, siendo irremisiblemente acorralado sobre la margen derecha del primero de aquellos ríos. Apresuróse, pues, á cruzar el Tesino y se dispuso á ofrecer



El marqués del Vasto

la batalla, que sus enemigos no aceptaron, pues estaban en su mano todos los medios para concluir con el francés: tomáronle por asalto las plazas de Garlasco, Sartirano, Stradella, puntos de apoyo de su ejército; imposibilitaron la incorporación de un cuerpo de gascones que se dirigía al campo francés; y por último, le desalojaron de la posición más importante que contaba hasta entónces,

Viagrasa, que interceptaba las comunicaciones con Milán, y de la que se hicieron dueños Sforzia y Juan Médicis. Por fin, acosado por los flancos y retaguardia, ya no quedó al general francés otro recurso que la retirada; mas como necesitara reunirse á un cuerpo recién llegado de 10,000 suizos, apostado en la margen izquierda del Sesia, con cuyo refuerzo creía recuperar sus anteriores posiciones; al efectuar esta operación, es decir, al conseguir establecer sobre este rio y junto á Romaña un puente, lanzóse Pescara sobre los franceses y entablóse encarnizada pelea en la que fué herido el mismo Bonnivet, pereciendo gran número de sus soldados. Cierto que los franceses consiguieron su objeto, gracias á la neutralidad que se empeñaron en guardar los venecianos así que pasaron los límites del Milanesado y á la falta de acuerdo de los generales del Emperador; pero las reliquias de su destrozado ejército ganaron á costa de grandes fatigas los Alpes, teniendo la desdicha de perder en esta retirada al famoso Bayardo (1). Lodi y Alejandria volvieron á consecuencia de estas operaciones á poder del Emperador.

¿Qué podía éste aguardar ya de la fortuna? Tal es lo que se preguntará el hombre sensato y desapasionado. Y sin embargo; el ansia de humillar más y más á su rival, la sed de la ambicion y de la gloria oscurecian una inteligencia por otra parte tan poderosa y perspicaz. Era llegada la hora de invadir, de realizar lo pactado con el rey de Inglatera, lo prometido al duque de Borbón; y Carlos lanzó el ejército de la Lombardia con Borbón y Pescara á su cabeza sobre el Mediodía de Francia, mientras su escuadra desembarcaba en estas costas nuevas tropas, (Julio de 1524). Este ejército ocupó la Provenza y se hizo dueño de Tolón, poniendo seguidamente sitio á Marsella, contra el parecer del duque. Empero, el sitio de tan importante ciudad, era ya el primero y más grave inconveniente que ofrecia esta guerra. Se comprenden sus ventajas si Carlos y Enrique de Inglaterra hubiesen atacado simultáneamente por otros puntos la Francia, mas en aquellos momentos en que Carlos se hallaba falto de dinero y Enrique andaba resentido con el duque de Borbón y desanimado por los consejos de Wolseley (2), no se aciertan á concebir ni los planes del Emperador que no estaban en armonía con sus recursos, ni las ventajas de un prolongado sitio que permitian á Francisco I poner sobre las armas un ejército, recurrir al patriotismo de la nación, rechazar á sus enemigos y lanzarse triunfante sobre Italia.

Sucedió así en efecto; porque Marsella era una excelente plaza de guerra, bien fortificada y mejor defendida, como llave que era del Mediodia, y fueron inútiles los ataques de los españoles, las obras realizadas y cuantos medios inventó la pericia de los capitanes. Tanto más inútiles en cuanto Francisco I, con aquella impetuosidad y osadia que en ocasiones le caracterizaban, concibió el proyecto de invadir otra vez el Milanesado, en la seguridad de que si por un lado obligaba al enemigo á levantar el cerco, por otro utilizaba en sus locas empresas los recursos que su patria le diera para expulsar de su seno al invasor. Sin embargo, no falta quién opina que el monarca francés fué arrastrado por el ansia de no perder el ducado de Milán, del cual una vez dueños los imperiales, se apercibirían para invadir nuevamente la Francia (3).

(1) Este famoso caballero á quien los franceses califican de *sin miedo* y *sin tacha*, verdadero tipo de los campeones de la Edad media, se sacrificó con la caballeria para dar tiempo á que el ejército se pusiera en salvo. Su muerte es verdaderamente digna de un soldado. Ya moribundo, mandó que le arrimaran á un árbol, vuelta la faz al enemigo, y como acudiera allí el duque de Borbón y mostrara gran lástima de verle en tal estado, díjole Bayardo: «Muero, con la tranquilidad del hombre honrado que siempre cumplió su deber: no tengáis compasión de mí; los dignos de lástima son aquellos que combaten contra su rey, su patria y sus juramentos,» y besando la cruz de la espada, espiró.

(2) El cardenal Wolseley, ministro de Enrique VIII de Inglaterra, era un hombre de oscuro origen y que gracias á su aplicación, perseverancia y conocimiento del estado del reino, llegó á tal grado de poder, cual nunca tuvo vasallo alguno Sus cualidades le hicieron apto para desempeñar el doble cometido de ministro y favorito, y su genio poderoso, su elocuencia y sus modales distinguidos le permitieron ejercer verdadero dominio sobre el rey. Sin embargo, devorado por una ambición inconcebible aspiró á ceñir la tiara pontificia, y se adhirió con esta mira al partido de Carlos, que supo explotar hábilmente sus esperanzas. La muerte de León X y la elevación de Adriano al pontificado parece que no desalentó esta ambición, pues este era ya muy anciano y el Emperador logró aun mantenerle á su favor, mas la elección del cardenal de Médicis á la silla pontificia, con el nombre de Clemente VII, puso el colmo á la indignación de Wolseley, y desde aquel momento Carlos tuvo en el poderoso ministro de Enrique VIII un acérrimo enemigo. No es posible asegurar si en realidad dependió de Carlos la nueva elección, pues el hecho es que en Roma no se miraba con buenos ojos un pontífice extranjero, pero lo indudable es que influyó no poco el resultado previsto ó imprevisto de la misma, en los sucesos que con posterioridad acontecieron en Europa.

(3) Collection de documents inédits sur l'histoire de France. — *Première série : Histoire politique.* Introducción, p. IX.

Afortunadamente pudo tener noticia Pescara de los movimientos del francés que, atravesando los Alpes por el Mont-cenis, adelantábase velozmente sobre la Lombardía al frente de un lucido y numeroso ejército. El marqués hizo entonces un esfuerzo supremo; levantó el sitio de Marsella y después de veinticuatro dias de marcha, en la cual cruzaron nuestros soldados las fragosas cordilleras que separan las dos naciones, llegó otra vez á la ciudad de Milán. En esta marcha perdieron los imperiales la artillería, sufriendo toda suerte de penalidades y miserias; y al pisar de nuevo la Italia aquel ejército desorganizado, mal retribuido y peor equipado, hallóse falto de recursos y de aliados; que éstos, siguiendo el compás de la inconstante fortuna, volvian el rostro á su rival, y así el nuevo pontífice Clemente VII, como los venecianos, egoistas y traidores, se disponían á secundar las miras del francés. ¡Tales fueron las terribles consecuencias de la ambición de Carlos!

Gran fortuna fué entonces para el César contar con generales como Pescara, prototipo del militar, así por su abnegación como por su arrojo, por su constancia como por su energía; y como Borbón, inteligencia superior á quien las faltas de un monarca vano y superficial llevaron á las filas de los enemigos de este rey, pero no por eso menos digno de ser apreciado como modelo de soldados valientes y entendidos capitanes.

Débiles para sostenerse en campo abierto, estos generales distribuyeron sus tropas entre las plazas de Alejandría, Pavía y Lodi. Milán, que no se hallaba en estado de defensa, fué abandonada por los imperiales casi al mismo tiempo que por el lado opuesto entraban en ella los franceses; pero quedó á su devoción la ciudadela, en la que se encerró el duque Francisco Sforza con escasa gente. Pesaba sobre aquella ciudad el azote de la peste, y Francisco I no se decidió á tomar en persona posesión de ella, limitándose á ordenar á la Tremouille el cuidado de asediar el castillo, mientras él con el grueso de su ejército pasó á poner sitio á la ciudad de Pavía 28 Octubre 1524 que guarnecian 6,000 hombres al mando del célebre capitán D. Antonio de Leyva. Esta fué la primera falta cometida por el francés: dejar que el mermado ejército imperial se retirara y rehiciera al otro lado del Adda y comprometer en la inacción de un sitio la moral del suyo; no proseguir la marcha á Lodi y estacionarse frente á una plaza defendida por gente resuelta, precisamente en los dias de otoño.

Hállase situada Pavía sobre la margen derecha del Tesino, próxima á la confluencia de este río y el Pó, y en una comarca por demás fértil: á cuatro leguas de esta ciudad en dirección Norte se encuentra Milán, y unas tres leguas en dirección Este, Lodi, asentada en las márgenes del Adda, cuyas aguas mueren en el Tesino á corta distancia de Cremona. Su situación, pues, no puede ser más importante, como llave que era del Milanesado; y esto explica los sitios que sufrió por esta época en el transcurso de pocos años. En cuanto á su posición y defensas, uno de los brazos del Tesino, lamiendo sus muros, protegíale por el costado Este, mientras por el Oeste extendíase el célebre *Barcho* ó Parque, gran llano ligeramente ondulado, con algunas pequeñas arboledas y surcado por abundantes acequias, cuyo diámetro era de 20,000 piés y que se hallaba cercado por una recia tapia de ladrillo, algo más alta que una pica: sólidas é imponentes las obras de la plaza, habian sido reforzadas en la ocasión presente, aumentándose el número de sus defensores y colocándose al frente de ella un hombre de la valía de Antonio de Leyva. Sin embargo, no podia augurarse el triunfo de los españoles, si se tiene en cuenta el número de los enemigos (de 50 á 60,000 hombres), su magnífico tren y la circunstancia de hallarse al frente de los franceses Francisco I en persona.

La primera idea de este monarca fué tomarla por asalto; que sobre fiar mucho el francés en el probado arrojo de sus tropas, tenia un admirable auxiliar en la artillería propia y en la excelente que á su campo condujo el duque de Ferrara. No trató, pues, de circunvalar la plaza; y divididas en dos cuerpos sus tropas, lanzólas al ataque por distintos puntos después de cañonear con violencia sus muros y abrir en ellos brecha. Duró siete horas el asalto, verdadera lucha de gigantes en que, ora avanzando unos pasos, ora perdiéndolos, en reducido espacio murieron centenares de soldados; mas los franceses tuvieron que cejar y retirarse dejando al pié de las murallas más de tres mil hombres. ¡Terrible lección esta que hizo más cauto al rey de Francia! Al asalto frustrado siguió

un riguroso sitio: la artillería del sitiador continuó hostilizando la plaza, y éste, después de talar todos los alrededores con objeto de privar á los imperiales de recursos, intentó desviar el curso del Tesino para ponerles en más apurado trance. No consiguió empero su deseo; pues el Tesino tuvo á la sazón terribles crecidas; por lo que hubo de limitarse á fortificar sus posiciones y abrir profundas trincheras frente á la plaza. Aseguradas sus comunicaciones con el Mediterráneo y los Alpes, confiaba el rey conseguir en breve su rendición; y tan firme era en él esta creencia que no vaciló en disgregar de su ejército un cuerpo de tropas que al mando del duque de Albany debían cruzar los Estados del Papa y penetrar en el reino de Nápoles.

Critica era en verdad la situación del ejército imperial. Carlos, á pesar de su grandeza, sólo contaba á la sazón con un ejército que no llegaba á 16,000 combatientes, mal pagados, sin víveres, municiones, ni vestuario, y no estaban sus vasallos dispuestos á soportar una vez más los gravámenes de la guerra. Los tudescos que formaban parte de las tropas que guarnecían á Pavía, sobornados por emisarios franceses, se rebelaron reclamando sus pagas; y con los reducidos contingentes que mandaban Pescara y Lannoy no era posible emprender una operación formal. Sin embargo, en aquella tan crítica ocasión, el Emperador debió su triunfo exclusivamente á la energía de sus generales y á la abnegación nunca desmentida del soldado español. No sin trabajo pudo sofocar Leyva la rebelión de los alemanes y consagrarse á la defensa de la plaza, reparando solícito los desperfectos que en ella ocasionaba el cañón enemigo, acudiendo á los trabajos de contramina y dirigiendo importantes salidas; pero mientras con tanto valor y diligencia obraba el general sitiado, Pescara y Lannoy, sabedores de la marcha del duque de Albany sobre Nápoles, se apercibían para importantes operaciones.

Los citados generales, reducidos á la impotencia á causa de el escaso número de tropas de que podían disponer, causaban tan poco temor á los franceses que en la ciudad de Roma púsose un pasquín con estas palabras: «El que supiere del ejército imperial, que se ha perdido en las montañas de Génova, puede manifestarlo y se le dará un buen hallazgo; los que sepan de él y no lo digan, se les acusará por hurto y sobre ellos se expedirá cédula de excomunión.» El tiempo vino á demostrar cuán jactanciosas eran tales palabras; pues, adoptado el plan de hostilizar constantemente á los franceses, mientras el rigor de la estación paralizaba sus trabajos frente á Pavía; y después de haber mandado al duque de Borbón á Alemania para que reclutara allí un cuerpo de lansquenetes, una desapacible noche del mes de Noviembre, en que el país se hallaba todo cubierto de nieve, Pescara reunió en silencio 1,000 soldados españoles y mandándoles poner las camisas sobre las armaduras, condújoles en dirección de Pavía, por caminos llenos de lodo y atravesados de frías corrientes, hasta los muros de Melzi, que dista de aquella ciudad tres leguas. Allí los españoles, con el auxilio de sus picas, trepan animosos á la muralla y se introducen en la plaza, no sin pelear bravamente con sus defensores. Muchos de éstos perecieron, más de 400 fueron hechos prisioneros, y el vencedor pudo retirarse orgulloso de haber dado esta prueba de su existencia. Al tener conocimiento de ella dijo el almirante Bonnivet al rey: «Muchas veces, señor, me habéis preguntado por los españoles que me vencieron, y siempre os dije que dormían; y efectivamente esta mañana se han despertado en camisa y os han llevado toda la gente que teníais en Melzi; mirad, señor, bien lo que hacéis, puesto que si los dejáis vestir, no será acaso difícil que nos lleven á todos nosotros.» Poco menos necesitaba el monarca francés para considerarse herido en su orgullo, mas su resolución primera redújose á enviar al de Pescara un mensajero ofreciéndole doscientos mil escudos siempre que consintiese en dar batalla. El general de los imperiales contestó con estas dignas frases al enviado: «Decid á vuestro rey que si dineros tiene los vaya guardando, pues yo bien sé que pronto los va á necesitar para su rescate.» Y en Roma, contestando al insolente pasquín de los franceses, apareció este otro: «Los que el campo del Emperador tenían por perdido, sepan que al fin ha aparecido en camisa muy helado y con doscientos hombres de armas y otros tantos infantes presos. Cuando esto hacen en camisa ya pueden prepararse los que quieran esperar á que salgan al campo vestidos y armados.»

No consiguieron, empero, operaciones como la sorpresa de Melzi y otra más tarde efectuada en

Infantería española.—Alférez y Sargento

Casciano mejorar la situación de los sitiados: sucedianse los rebatos infructuosos, mediaron contestaciones entre el rey y Pescara sobre un desafío personal que no llegó á verificarse y advino el año de 1525 con auspicios no favorables para el Emperador. Fortuna fué para sus generales que el francés disgregara otras fuerzas de su ejército y que llegara á Italia Borbón al frente de 6,000 lans-

quenetes y 500 caballos, pero en cambio gradísimo inconveniente era la falta de metálico, agravada ahora por el número de soldados á que debía atenderse. En estas circunstancias, decidido á resolver el problema de la guerra, Pescara no vaciló en tomar la ofensiva, pero este rasgo de atrevimiento no causa menos admiración que la despertada por la generosidad de los soldados españoles. No era dable suponer que se mostraran éstos dispuestos á arrostrar nuevas penalidades, después del abandono en que se les tenía. Y sin embargo, la voz elocuente de su general exhortándoles á presentarse ante la Europa como modelo de guerreros, hiere las fibras más delicadas del corazón de aquellos veteranos; que no sólo le siguen, sino que depositan su último escudo en manos de su caudillo para que con él atienda á los tudescos. ¡Acto de abnegación que prueba hasta qué punto rayaba el amor á su ilustre capitán y la confianza en el propio esfuerzo!

Salió el ejército imperial de Lodi el 24 de Enero de 1524, dejando confiado el mando de aquella plaza al duque Francisco Sforza, y tomó el camino de Milán, con el objeto de que abandonaran los franceses su campo atrincherado. La vanguardia, compuesta de caballería ligera, la mandaba el marqués de Civitá de Sant Angelo. El cuerpo de ejército lo regía Lannoy y tras él iban el duque de Borbón y Hernando de Alarcon con 700 lanzas y alguna gente de armas. Seguía el marqués de Pescara, á quien acompañaba su joven sobrino el marqués del Vasto llevando á sus órdenes 6,000 infantes españoles, y en pos de ellos 2,000 soldados de infantería italiana mandada por sus capitanes Cesáreo y Papapode. La artillería, por cierto bastante mala y escasa, iba inmediatamente después, y se reducía á seis piezas de hierro. A continuación desfilaban los carros y cerraban la marcha los lansquenetes que mandaba el célebre Frunsberg.

Este movimiento de los imperiales no surtió el efecto apetecido; pues Francisco permaneció inmóvil tras sus trincheras; y no quedó á los capitanes del Emperador otro recurso que tomar el camino de Pavía, resolución que revela, no tanto la necesidad en que se hallaban de salir de una inacción funesta, cuanto el singular arrojo que les distinguía. Cruzaron el Lambro por un puente de barcas, después de haberse apoderado á viva fuerza dela villa fortificada de Sant Angelo, que aseguraba las comunicaciones entre Lodi y Pavía, y avanzaron ordenadamente desde aquel punto hasta las alturas de San Alesio (véase el plano) donde sentaron sus reales á la vista del francés, siendo saludada su aparición por el enemigo con violento aunque infructuoso cañoneo.

Este movimiento del ejército imperial desconcertó al monarca francés, quien se apresuró á reunir consejo; mas reinó en él discordancia de pareceres, opinando los más por permanecer á la defensiva hasta que el ejército enemigo se disolviera por falta de recursos, y siendo la opinión del monarca y de Bonnivet, el que se librara la batalla. Pero de momento se tuvo que dar nueva distribución á las fuerzas sitiadoras para impedir al enemigo el paso del Tesino y asegurar los puntos más importantes de las inmediaciones, como eran San Salvador y San Franco; y el mismo monarca, abandonando su cuartel de San Paolo, pasó á ocupar la casa de Mirabello, situada en el centro del Parque, colocando junto á ella la vanguardia del ejército mandado por el duque de Alenzón. Quedaba así Pavía completamente aislada, pues el puente que cruzaba el Tesino había sido cortado y el ejército francés la ceñía estrechamente; pero en cambio la línea que éste describía era sobrado débil por lo extensa, y á causa de ello hubo de atrincherarse en su nueva posición el rey y demoler una parte de la cerca del *Barcho* para que la vanguardia estuviera en contacto con el resto de las tropas. La artillería, perfectamente colocada, dominaba las dos vías de Milán y Lodi.

Por su parte los imperiales fortificáronse en el terreno que se extiende entre el Po y San Lázaro, dirigiendo sus cuidados á impedir el arribo de convoyes al campo enemigo por aquel caudaloso río; y desde aquel instante comenzaron los rebatos y escaramuzas con las avanzadas, los choques parciales en que afortunadamente llevaron siempre la ventaja los soldados de Carlos. Dan perfecta idea de los recursos de aquellos generales, no sólo el sistema seguido en estos hechos aislados, sino la astucia con que lograron introducir en la plaza pólvora y dinero. Empero, la situación de ambos contendientes no podía prolongarse, y acontecimientos ocurridos por entonces en otros puntos vinieron á apresurar el desenlace. Había Francisco I reforzado su ejército con la mitad de las tropas que guarnecían á Milán y esperaba en breve verse robustecido con 2,000 infan-

tes que desembarcaron en las costas de Italia procedentes de Marsella; mas avisado oportunamente el gobernador de Alejandría, fueron éstos completamente destrozados por la guarnición imperial de aquella plaza, y no más afortunada la expedición que mandó el rey contra Cremona, además de ser rota la columna francesa, dió ocasión á que cayese en poder de Sforcia la ciudad de Cassal Maggiore. Estos dos descalabros compensólos la derrota que sufrieron los soldados de D. Hugo de Moncada en las inmediaciones de Génova; pero no es menos cierto que influyeron poderosamente en la moral del francés.

Arcabucero

Desde este momento contrasta la poca actividad del sitiador con los incesantes ataques del ejército imperial. Pescara aprovecha sus más mínimos descuidos, y gracias á éstos se hace dueño de la posición de San Lázaro, cuyos fuegos mortificaban el flanco de los imperiales; y una noche tras otras precipita sobre el enemigo reducidos destacamentos de arcabuceros por uno y otro punto del campo, obligando á los franceses á ponerse en movimiento y retirándose tan luego promovida la alarma. Mas como éstas fueran tan repetidas, concluyeron aquéllos por no darles importancia; y persuadido de ello Pescara, la noche del 19 de Febrero lanzó 1,400 hombres encamisados al ataque con tan feliz acierto, que el campo enemigo se cubrió de numerosísimos cadáveres, y hubiera sido hecho prisionero el rey á no hallarse un tanto alejado de las trincheras, en el palacio de Mirabello.

Este hecho de armas hizo á los franceses más previsores, pero no alteró la situación de ambos

contendientes; situación grave por cierto para los imperiales, pues si la moral de los enemigos estaba quebrantada, aquéllos carecían de recursos, y la escasez era ya tanta, que tan sólo recibían los soldados diariamente un panecillo. Lannoy decidió entonces reunir consejo, y allí los más decidiéronse por la retirada, opinando unos por dirigirse á Milán, otros al reino de Nápoles; empero la autorizada voz de Pescara dejóse oir más enérgica que nunca. Dolióse de la situación presente, pero expuso cuán deshonroso era abandonar las posiciones ocupadas; y en un arranque de entusiasmo exclamó dirigiéndose á sus camaradas: «Si queréis honra y favor, alimento y botín, enfrente lo tenéis; ataquemos las posiciones enemigas, pues este es el partido que dicta el honor de nuestras armas.» No era Pescara el jefe, pero entonces Lannoy le confió el mando con objeto de que pudiera desarrollar con toda libertad su plan; y aquella misma noche dióse orden á los distintintos cuerpos que componian el ejército imperial para apercibirse al combate del siguiente dia (24 de Febrero). Previnose entonces al ejército que cada soldado colocara sobre su armadura una camisa ó lienzo blanco, y encima de esta nueva sobrevesta se pusiera la banda encarnada, distintivo del Emperador; y ordenóse que al oscurecer se confesaran los soldados católicos, hallándose en correcta formación antes de media noche. Llegado este momento levantóse el campo, dióse fuego á los chozos ó tiendas, y el ejército se movió en dirección al parque, del que distaba sólo una milla.

Hé aquí el órden en que desfiló, según un testigo presencial, Ozanaya (1).

«El visorey llevaba el escuadrón de la vanguardia como capitán general, con hasta 200 lanzas muy bien aderezadas, y más los continos de Nápoles, é los suyos que serian otros ciento. Los estandartes en medio del escuadrón muy en orden. Iban delante del visorey, seis trompetas vestidos de colorado é amarillo, con las banderas de las trompetas de tafetán colorado, doradas en ellas las armas imperiales. Estas eran particulares de su persona, porque las otras trompetas de las compañías iban con los estandartes de ellos. El visorey iba muy bien armado con unas armas doradas y blancas: en el almete un penacho muy hermoso colorado y amarillo: llevaba un sayo de brocado é raso carmesí muy lucido, sobre un caballo ruano muy bien encubertado, é todo de la mesma devisa. Llevaba delante hasta 50 alabarderos á pié de su guardia; los cuales al tiempo del romper, se recogieron á la infanteria.

»El duque de Borbón llevaba el segundo escuadrón, que es la batalla, porque aquel es su lugar como lugarteniente del Emperador: llevaba otras 100 lanzas muy lucidas, y algunos caballeros particulares que con él fueron: llevaba un sayo de brocado sobre un fuerte arnés blanco, sin otra devisa ninguna: iba con él el marqués del Vasto, uno de los más apuestos caballeros que en nuestro tiempo fué visto, y más galán y gentil hombre, el cual iba armado de unas armas de veros azules y doradas, muy bien labradas; una pluma en el almete, blanca y encarnada muy hermosa y un sayo de tela de plata encarnado, en un caballo castaño: las sobrevestas de la misma devisa: una camisa muy rica con un collar de muchas piedras y perlas. Parecia en extremo bien á caballo, el cual quisiera mucho ir á pié con la infantería, pero no lo consintió su tío el de Pescara, sino que fuese donde iba, y en aquel escuadrón iba su compañia de gente de armas.

»El señor Alarcón llevaba el escuadrón de la retaguardia con hasta 200 lanzas bien en orden:

(1) *Relación sacada de la que escribió Fray Juan de Ozanaya á ruego de D. Pedro de Avila, Marqués de las Navas y Señor de la casa de Villafranca, de la prisión del rey de Francia.* Figura en el tomo IX de la *Colección de documentos* publicada por Salva y Sariz de Baranda y está copiada de un códice existente en la Biblioteca del Escorial.

El Sr. Cánovas del Castillo refiriéndose á este interesante documento, dice en su estudio histórico sobre la *Batalla de Pavía*: «Pocas páginas pueden leerse más instructivas y auténticas acerca de esta batalla y de los accidentes que la precedieron, que las de la relación de Carvajal ú Ozanaya, que como paje de lanza del marqués del Vasto á la sazón, se halló presente en todo. Copióla ya, aquí y allí, el francés Branthome en el siglo XVI, al referir los hechos de los capitanes españoles, y fué luego trasladada con tanto descuido por nuestro Sandoval á su *Historia de Carlos V*, que á lo mejor deja hablar él, directamente sin advertirlo al discreto paje de lanza.»

Para completar en lo posible el cuadro que hemos trazado de la batalla de Pavia, hemos acudido por nuestra parte, además de las obras y relaciones generalmente conocidas, á la notabilísima *Collection de Documents inédits sur l'histoire de France.—Captivité du Roi François I*, en cuya notable serie de documentos diplomáticos figuran dos de grandísima importancia: *La prisse du Roy à Pavie (Relation française)*; y la *Epistre du Roy traictant de son partement de France en Italie et de sa prise devant Pavie*, págs. 70 y 114.

Puede consultarse también con fruto, entre las obras modernas relativas á las campañas de Francisco I en Italia, la notable de Mignet, *Rivalité de François I et Charles V* y una notable y concienzudamente escrita monografía publicada por el Sr. D. Manuel Diez y Rodríguez con el título de *Sitio y Batalla de Pavía*, trabajo que recomendamos á los aficionados á este género de estudios.

iba bien armado con unas sobrevestas de terciopelo negro, sin otra devisa ninguna: de manera que toda la gente de armas serían hasta 700 lanzas. Los capitanes é tenientes, y muchos particulares hombres de armas, iban muy galanes con sus devisas. Entrados todos en el campo, tomaron lanzas en cuja, y echando de sí los mozos, se apartaron á una parte en la orden ya dicha.

»El marqués de Civitá de Santangel salió delante con hasta 500 caballos ligeros de quien era general, gente de valor y bien aderezados de caballos y armas: iba en un caballo castaño oscuro á la ligera, y no muy proveído de cadenas en las riendas y guarniciones como era menester, el

Croquis para la inteligencia de las operaciones efectuadas en el Milanesado

cual descuido le costó la vida: sobre las armas un sayo de carmesí y los paramentos del caballo lo mismo.

»El marqués de Pescara iba delante de la infantería española, que serían hasta 6,000 infantes: iba armado de una celada borgoñona sobre un hermoso caballo tordillo que llamaba el *Mantuano*, y le tenía en gran estima por su bondad: no llevaba otra devisa sino la común y unas calzas de grana y un jubón de carmesí raso, con una camisa rica de oro y perlas: con él iban sus continos ó gentiles hombres; ellos y los capitanes lo mejor aderezados que podían ser.

»Otro escuadrón se hizo de la infantería tudesca de hasta 12,000 infantes, gente muy fuerte, aunque no muy bien aderezada: llevaba sobre el coselete é camisa una capilla de fraile francisco de que mucho reía el visorey é aquellos señores: llevábale su coronel Micer Jorge. Este escuadrón fué muy señalado el día de la batalla. En la retaguardia el capitán Papocoda y César de Nápoles, y los otros capitanes italianos traían su escuadrón de dos mil infantes, harto más copioso de es-

fuerza y virtud que de número de gente. Estos traían el artillería que no era más de lo que dije, y la munición que venía en unas yeguas en cerro, que se habían traído del campo: en cada una un costalejo de pólvora é de pelotas, que parecía cosa de burla.»

En este orden llegaron los imperiales junto al muro del Parque, deteniéndose allí hasta que fué derribado á golpes de ariete una parte de aquél, operación emprendida algunas horas antes, y que por su duración, admira no fuera estorbada de los franceses. Sin que esto atenue su descuido, debe advertirse, empero, que Pescara hizo vigilar por algunos destacamentos las posiciones enemigas, y favorecido por la inacción de los franceses, penetró en el *Barcho* sin contratiempo alguno. El ejército imperial introdújose por tres brechas, que, según un testigo francés, tendrían hasta 40 ó 50 toesas de ancho: por la de la izquierda entró la infantería, por la del centro la caballería ligera y hombres de armas y por la derecha la artillería. Un emisario de Pescara había logrado introducirse poco antes en Pavía, y tanto los de la ciudad como los que iban á librar combate, estaban ya perfectamente impuestos de su cometido..

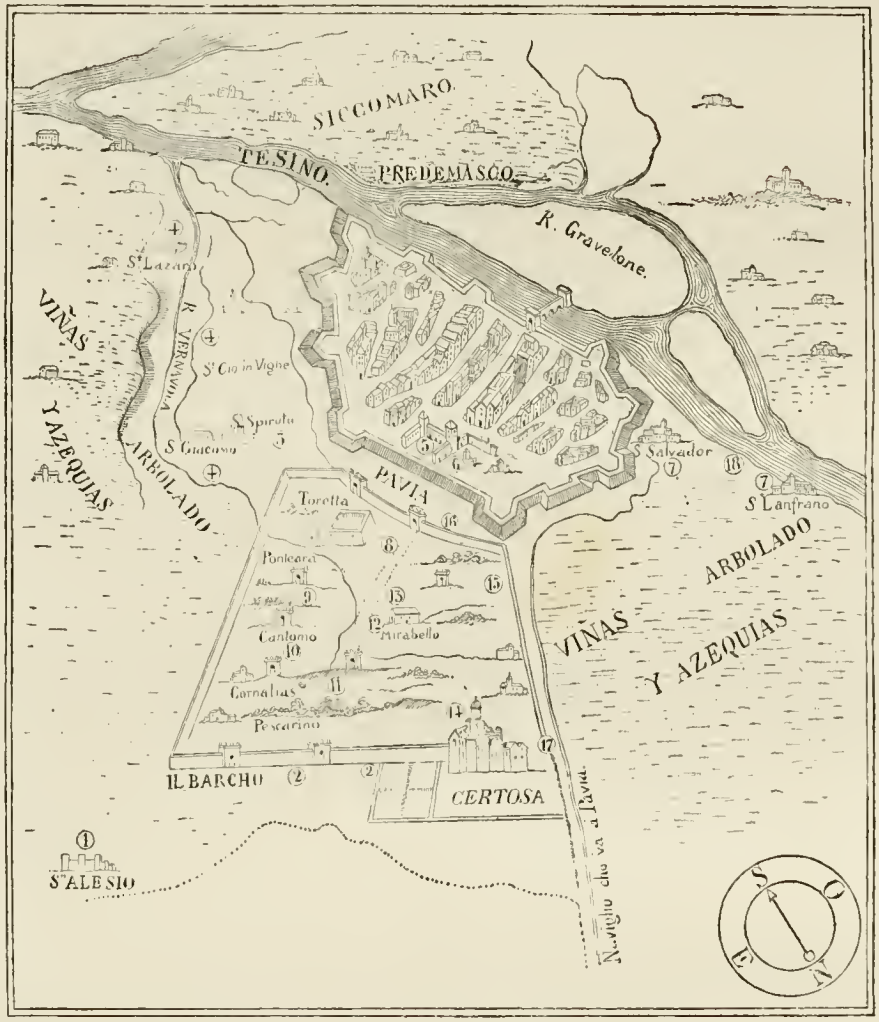
El humo de las hogueras del campo imperial, y el movimiento de sus tropas, puso sobre aviso al ejército francés; mas persuadido el rey de que aquéllas se declaraban en retirada, mandó replegar sus escuadrones tras las trincheras, é hizo los preparativos para el combate. Ya el ejército de Carlos avanzaba hacia la casa de Mirabello, objetivo de Pescara, que trataba de romper la línea francesa y batir en detalle sus dos alas: y conocido esto de los franceses emplazaron sobre los parapetos y trincheras sus cañones «más de treinta piezas gruesa, dice Ozanaya, sin otras muchas de campaña con las que comenzaron á tirar á nuestro escuadrón» y estas piezas, añade, las traían *de nueva manera* «que sin quitar la pieza de los caballos, sino con sólo revolver la boca adelante, y con un estribo grueso de hierro donde hacían hincapié para la coz, podían jugar de cada pieza sin tener á qué pararse, más de acertar.»

Es preciso que el lector tenga á la vista el plano del campo de batalla para hacerse cargo de los movimientos efectuados. El Parque de Pavía ó Borcho se hallaba ocupado por el centro de los franceses, sólidamente fortificados en estas posiciones, y las dos alas de su ejército se extendía desde aquél hasta el Tesino, abrazando á la ciudad. Francisco I formó su ejército en una línea paralela á la tapia occidental, la vanguardia ó derecha hacia las brechas, el centro ó batalla delante de Mirabello y la retaguardia ó izquierda hacia Toretta, en dirección del castillo de Pavía. Esta se hallaba formada por los suizos. El ejército imperial avanzó en el siguiente orden: el marqués del Vasto con 3,000 soldados españoles y tudescos, tenía la misión de ocupar á Mirabello; le seguía Alarcón con 200 lanzas. Ambos componían la primera división del ejército. La segunda la formaban 5,000 españoles mandados por Pescara; á ésta seguían dos mandadas respectivamente por Lannoy y Borbón, cada una de 6,000 tudescos, á los que reforzaban mil lanzas de armas con alguna caballería ligera en los flancos, el último cuerpo iba mandado por el *Padre de los lansquenetes*, y en pos de él seguían los italianos que mandaba el marqués de Civitá de Santangelo. Las seis piezas de artillería se habían distribuído cuatro á retaguardia y dos á la vanguardia con los españoles de Pescara. Por los flancos del ejército hallábanse diseminados los caballos ligeros.

Al desplegar en batalla estas fuerzas, quedaron en el orden siguiente: tres escuadrones respectivamente de españoles, tudescos, é italiano en la derecha, al frente de la cual marchó á colocarse Pescara; tres cuerpos de caballería en la izquierda y uno en vanguardia, mandado por el Virey; el centro ó batalla regido por Borbón.

Blanco de los cañones enemigos, no sin grandes pérdidas, lograron los imperiales cortar el espacio que les separaba de la posición de Mirabello y posesionarse de ella, después de haber cruzado el Vernachia, movimiento que tenía por objeto evitar el fuego de la artillería francesa y tomar de flanco al enemigo; mas éste aparecía amenazador tras las trincheras, y la vanguardia que mandaba Alenzón, fuerte de 400 lanzas y 5,000 suizos, había recibido orden para manchar sobre la izquierda del ejército imperial, y aislar sus cuerpos, envolviéndoles por el costado derecho de la cerca, hasta ocupar las brechas. Favorecía esta operación el arbolado y matorrales del parque; y el de Alenzón dando un rodeo, colocóse sin ser visto á retaguardia de los imperiales ycar-

gó sobre los italianos, que inferiores en número, aunque no en bravura, sostuvieron el choque con desventaja, y fueron á la postre desbaratados con pérdida de la artillería. Este triunfo parcial llenó de júbilo á los soldados de Alenzón, que comenzaron á lanzar gritos desaforados de *¡Francia y Victoria!* y por un momento turbóse en tal manera el ánimo del virey, que dió orden á del Vasto para que se fortificase en Mirabel y suspendiera el avance. «Decid al virey, exclamó entonces con gran sangre fría el marqués, que sin esperar el daño que la artillería hace en la gente



PLANO DE LA BATALLA DE PAVÍA (Copia de uno perteneciente á principios del siglo XVII)

1.— St. Alessio, cuartel general del ejército de Carlos V.
2.— Lugar del muro del parque, por donde, al parecer, abrió las brechas la infantería española.
3.— S. Paolo, cuartel general de Francisco I.
4.— S. Lázaro, línea fortificada de los franceses á su izquierda
5.— Castillo de Pavía, en el cual se levantó un *caballero* por la parte que da al campo, situando en él la artillería que batió á Toretta y sus alrededores.
6.— Puerta de Milán
7.— Cuarteles franceses á su derecha
8.— Retaguardia francesa al comenzar la batalla.
9.— Centro ó batalla francesa desde donde disparaba, antes de encontrarse á las manos, su artillería
10.— Vanguardia francesa
11.— Caballería española ordenada antes de acometer en tres escuadrones mandados por Carlos de Lannoy, Borbón y Alarcón.
12.— Infantería española.
13.— Infantería alemana del ejército imperial.
14.— Lugar donde debió ser batida por el duque de Alenzón la infantería italiana que marchaba á retaguardia de toda la infantería imperial.
15.— Parte del parque, por donde escaparon algunas tropas del ejército francés.
16.— Infantería italiana que vigilaba las puertas de la ciudad.
17.— Lugar por donde hizo su retirada Alenzón, después de derrotar á los italianos hacia Vigevano.
18.— Puente del Tesino, á cuya guarda había quedado el capitán español Guevara, que estaba al servicio del rey de Francia, y hacia el cual emprendió su fuga parte del ejército francés.

de armas, acometa y rompa con los enemigos, porque al fin el que espera da ánimo á su contrario, que yo seré luego en la batalla.» Y como el virey reprodujera su aviso, añadió: «Decidle que arremeta á sus enemigos, que pues la muerte no deja de alcanzar al que huye, más vale buscarla con honra que huirla con infamia.» Luego volviéndose á sus soldados, pronunció estas frases: «Señores: no hay que esperar sino en Dios. Haced lo que yo haré.» (1)

Afortunadamente la operación que efectuó el duque de Alenzón no fué sostenida por tropas de refuerzo: redújose á un choque parcial, en el que sus escuadrones, aunque victoriosos, quedaron quebrantados; y lo que hubiera podido ser la ruina del ejército imperial, á proseguirse el movimiento envolvente, redújose á una operación sin consecuencias; pues el duque marchó á retaguardia del ejército para reorganizar sus tropas, y ya no volvió á intervenir en la lucha.

El ejército francés presentábase frente á los imperiales en imponentes masas. Detrás de sus trincheras coronadas por la artillería, formaban 2,000 lanzas, la flor de la caballería francesa, á cuya cabeza aparecía el rey; 14,000 alemanes, 10,000 suizos, 5,000 italianos y 5,000 franceses: destacado del grueso de estas tropas, un cuerpo de 3,000 infantes y algunos caballos ligeros estaban en observación de Pavía. Con tan respetable contingente, y en tan sólidas posiciones, le bastaba á Francisco mantenerse á la defensiva para alcanzar la victoria. Pero el rey de Francia más que un general era un paladín coronado (2).

Pescara, después de haber mandado romper el fuego á sus piezas, con tan mala fortuna, que sólo pudieron efectuar un disparo, decidió lanzarse contra las masas enemigas, mas advirtió antes á sus soldados que Francisco había ordenado no dejar español alguno con vida, consiguiendo así que en tan críticos instantes, todos á una prometieran no dar cuartel á los franceses. La derecha imperial extendióse en dirección á la derecha, con objeto de aislar el cuerpo de vigilancia situado junto á Pavía del grueso del ejército, y atacar por el flanco la artillería enemiga que destrozaba impunemente su frente; y este movimiento, efectuado con gran precipitación por los españoles, y la noticia del triunfo parcial de Alenzón, infundió tal confianza en el ánimo de los enemigos que á los gritos de: «¡A ellos! ¡que huyen!» lánzase el rey y sus gendarmes fuera de las trincheras, diseminándose frente á la artillería que se vé obligada á enmudecer. La lucha se entabla entonces cuerpo á cuerpo y en condiciones no tan desventajosas para los imperiales. Lanno y y Borbón acuden con el cuerpo de batalla, Hernando de Alarcón con la vanguardia; y mientras unos y otros se disputan con ahinco la victoria, truena el cañón de Pavía á espaldas del francés, y destroza los escuadrones suizos.

Pescara, viendo venir sobre su gente un nutrido escuadrón, dice á sus soldados que la gente de Pavía acuden en su socorro; y aunque los tales resultan alemanes de las bandas negras, y su primer saludo es una rociada, aprovecha el momento en que vuelven la espalda para retirarse y cargar de nuevo, y á los gritos de *¡Santiago!* impídenles rehacerse, y hace en ellos espantoso destrozo. En el centro, los alemanes del ejército imperial luchaban también cuerpo á cuerpo con los suizos, y gracias á un hábil movimiento de los españoles eran éstos envueltos, mientras los certe-

(1) Hé aquí como se dá cuenta en la *Relación francesa*, de la batalla de Pavia, escrita por Moreau, testigo ocular del combate sostenido por el Rey:

«Cependant que ce combat se faisoyt, le Rey, estant à cheval, armé en triomphant ordre, l'enseigne de ses gentilshommes de sa maison après de luy, armez et accoustrez qu'il n'y failloit rien, avoit grant joie de veoir ainsy combatre les dit lansquenetz à reprises d'alaines. Sur ce point vindrent les gens de cheval dudit Bourbon, d'un austre consté, pour assillir certains escadrons de gens de pyé, qui leur fit grand mal, et passerent outre, après lesquels trouverent une bonne bende de gens d'armes, qui se meslerent ensemble oun il en eust beaucoup de muez et navrez. De l'autre consté estoit le dit Bourbon, bien accompaigné de gens d'armes qui allerent chocquer la compaignie du Roy, et la chocqua asprement, qu'il y eut beaucoup de couptz donner. Le Roy, dès qu'il vit venir le premier qui le vouloit chocquer, qui estoit le marquis de Civita-Sancto-Angelo, meist sa lance en arrest, et chocqua si bien le dit marquis qu'il le perça d'outre en outre et tumba mort. Aprés ce fait, print son espée d'armes et combattit main à main, non contre ung seullement, mais contre trois ou quatre qui le chocquerent á beaux coups de masse, sans avoir soucours que bien peu.»

Ni en esta carta, ni en la epistola en verso del rey, se consigna que volviera brida á su caballo, y en esto se fundan algunos historiadores franceses para negar el hecho de que el rey buscara una salida ó portillo en el Parque.

(2) El Sr. Cánovas dice á este propósito: «Para mi debió haber en esto algo de cierto, por el mismo empeño de otra suerte ocioso que puso Pescara en decir y demostrar lo contrario, es decir, que el Virey deseaba tanto como él la acometida; según se vé en la carta de aquél á Carlos V.»

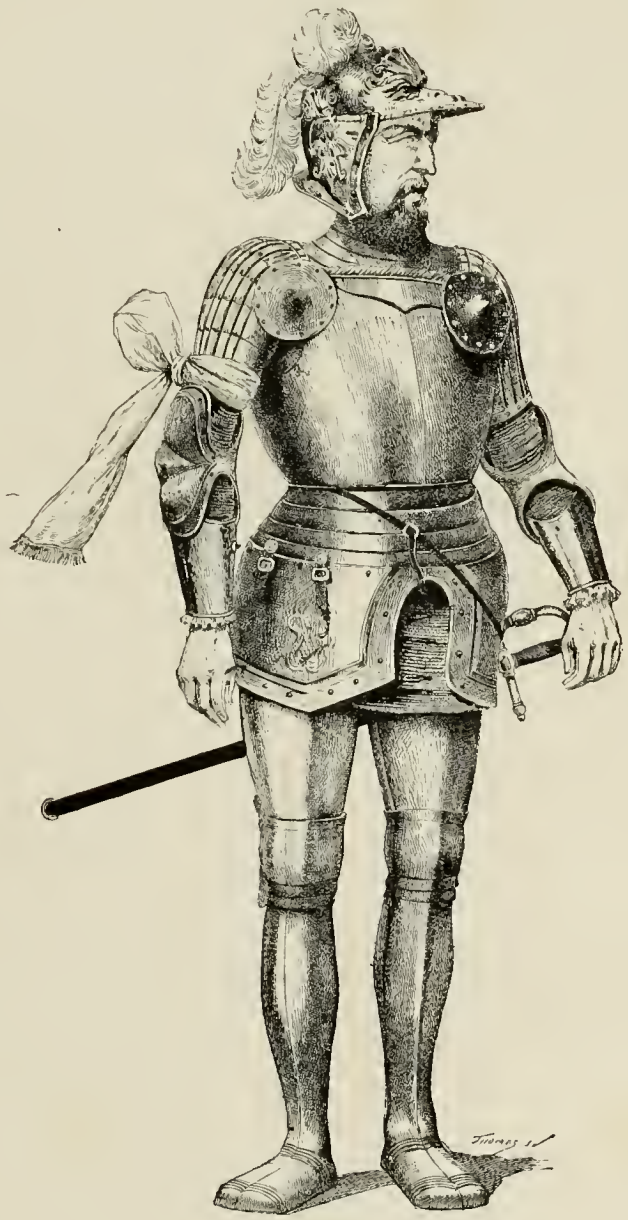
ros tiros que partían de un caballero que mandó construir Leyva en el castillo de Pavía los diezmaban por la espalda. El combate era ya general, sosteniéndose empero con mayor encarnizamiento en el centro de la línea donde se halla el rey lucha con los lansquenetes del Emperador (1). Es difícil asegurar aun á quién pertenecerá el triunfo ; Francisco I, rodeado de la nobleza, alienta á los suyos con el ejemplo, y se revuelve contra las apretadas filas de los tudescos ; y nuestros soldados convencidos como sus caudillos, de que allí se juegan los destinos de pueblos poderosos, pelean confundidos con los de cuatro naciones, rivalizando con ellos en heroismo. El atrevido francopín, el impávido alemán, el robusto suizo, el ágil italiano, compiten allí en bravura; mas la decisión de tan ruda pelea, pertenece al arcabucero español. El talento de Pescara, tan fecundo en recursos, le sugiera una idea verdaderamente feliz, cual es la de lanzar su caballería dividida en pelotones entre los que coloca grupos de arcabuceros. Amparados en los accidentes del terreno, avanzan hasta trescientos de éstos por la derecha imperial, y hacen mortífero fuego sobre los flancos de la caballería contraria, «con lo que, dice el testigo ocular, perdieron los franceses los caballos é las vidas, porque, en llegando, comenzaron á tirar á los escuadrones de los enemigos,

(1) Por demás notable es la Carta en verso que compuso el Rey en su cautiverio relativa á la batalla de Pavia, carta en la que da cuenta de su prisión, y que consideramos digna de conocerse, aunque sólo sea en la parte que exclusivamente trata de dicha batalla:

Dont au matin ilz feirent leur entrée
Dedans le parc, place bien esgalée.
Et nous aussi jà estions en bataille;
Artillerie bonne avions sans faille:
Mais pour tout vray la leur tout au premier
Nous gaignasmes, ce ne peult-on nyer;
Par quoy la trouppe à cheval sans doubtance
Des ennemys tourna en dilligence
Pour secourir; car, à la verité,
Leurs gens avoient grande necessité.
Lors je marchay avecques esperance
De gain certain, sans nulle deffyance.
Treize enseignes de gens d'armes, de faict,
Feys demourer fermes pour bon effect;
Noz Allemans avecques eulx je laisse,
Leur commandant qu'ilz marchassent sans cesse
Au petit pas, affin que leur desir
Fust bien conduict à temps et à loysir;
Et cela faict, je retins pour ma bande
Trois enseignes; à ceux-là je commande
Vouloir marcher, leur priant qu'à l'ouvraige
Congnoistre on peust l'effect de leur couraige.
Dont cheminant nous mismes certe alors
Toute la craincte et peur de noz cueurs hors;
Bien monstrasmes, et chascun le peult veoir,
Que peu prisions la vie pour debvoir.
Leurs gendarmes, qui venoient sur leur garde,
En deux batailles marchoient et avant-garde.
Quatre foys plus estoient que nous ensemble
A nous charger, ainsi comme il me semble:
Mais toutesfois si bien nous combatismes,
Que leur grand gloire alors nous abatismes;
Si feismes tant que tous furent remys,
Fuyans rompuz les nostres ennemys.
Dont de chasser tout joyeulx s'advançoit
Nostre gent seure, qui victoire pensoit.
Ainsi chassant, une trouppe trouvasmes
De lansquenetz, qu'alors aussi chargeasmes;
Mais pour certain bien peu ilz combatirent,
Et le chemyn des fuyans droit ilz tirent.
Picques, lances et leurs chevaulx legiers
Je veiz fouyr, meslez d'arquebusiers,
Tant que je peuz leur peur alors connoye,
Estant remply de trop heureuse joye:
Mais comme fust trop souldain convertie
Celle esperance en pensée admortie!
Trop tost je veiz ceux-là qu'avoys laissez
De tout honneur et vertu delaissez;
Les trop meschans s'enfuyoient sans combat,
Et entre eulx tous n'avoient autre debat
Si n'est fuyr, laissant seure victoire,
Pour faire d'eulx honteuse la memoire.
Malheureux las! et qui vous conduisoit
A telle herreur, ne qui vous advisoit
Habandonner, fuyans en desaroy,
Honneur, pays, amys et vostre roy?
Noz Allemans couvrent leur fuyte entiere,
Disans la vostre avoir esté premiere;
Par quoy perdez d' estrangiers la fiance
Et des vostres la trop grande asseurance.
Certes, je croy pour vray que les meschantz
Par tous pays, en villes et en champs,
Content à tous leurs merites et faictz
Tout de façon que s'ilz estoient parfaictz,
Se deschargeans de leur infameté
Dessoubz les mortz, qui pour honnesteté
Ont mieulx aymé fin honnorable prendre
Qu'aymer leur vie et les aultres reprendre;
Par quoy concludz n'estre mal en la France
Que des hommes ne faire difference.
Mais pour venir à mon premier propoz,
Quand, indignes de vertus et repoz,
Je veiz mes gens par fuyte trop honteuse
A leur honneur et à moy dommaigeuse,
Triste regret et peine tout ensemble,
Dueil et despit en mon cueur si s'assemble:
Autour de moy en regardant ne veys
Que peu de gens des miens à mon advys;
Et à ceulx-là confortay sans doubtance
De demourer plusiost en esperance
D'honneste mort ou de prise en effect,
Qu'envers honneur de nous fust rien meffaict.
Dont combatans furent tous mortz ou pris
Ce peu de gens, qui meritent grand pris;
Et là je fuz longuement combatu,
Et mon cheval mort soubz moy abatu.
Dehors du parc, pensant saulver leur vie,
Des nostres lors fuyans contre Pavie
Furent rompuz, prisonniers et deffaictz:
Ceulx-là je nomme en vertuz imparfaictz
Assez souvent si me fut demandée
La myenne foy, qu'à toy seulle ay donnée;
Mais nul ne peult se vanter de l'avoir.
En te gardant d'amytié le debvoir,
Encores que nul salut esperasse,
Et de ma vie en tout desesperasse,
Je te promectz que j'euz bien la puissance
D'esvertuer ma debile deffence,
Pour empescher que la verge donnee,
Que bien congnois, point ne me fust ostée.
Mais que vault force là où est violance?
Emporter fault l'erreur par pacience.
De toutes pars lors despouillé je fuz,
Mays deffendre n'y servit ne reffuz;
Et la manche de moy tant estimée
Par lourde main fut toute despecée.
Las! quel regret en mon cueur fut bouté,
Quant sans deffence ainsi me fust osté
L'heureux present, par lequel te promys
Point ne fouyr devant mes enneinys.
Mais quoy! j'estois soubz mon cheval en terre,
Entre ennemys alors porté par terre,
Dont ma deffence à l'heure ne valut
Contre mon gré aussi Dieu le voulut,
Bien me trouva en ce piteux arroy
Executant leur chef le viceroy,
Que quant me veit, il descendit sans faille,
Affin qu'ayde à ce besoing ne faille.
Las! que diray, cela ne veulx nyer,
Vaincu je fuz et rendu prisonnier.
Parmy le camp en tous lieux fuz mené,
Pour me monstrer çà et là pourmené.
O quel regret je soustins à celle heure,
Quant je congneus plus ne faire demeure
Avecques moy la tant doulce esperance
De mes amys retourner veoir en France!

Figura esta Carta entre las Poesías del Rey publicadas en la *Collection de Documents inédits*, antes citada.

que aun no andaban bien mezclados, y en la mezcla, en viendo la cruz blanca, ó el caballero sin camisa, daban con él en tierra. El ruido y el humo puso tan gran temor en los caballos de los ene-

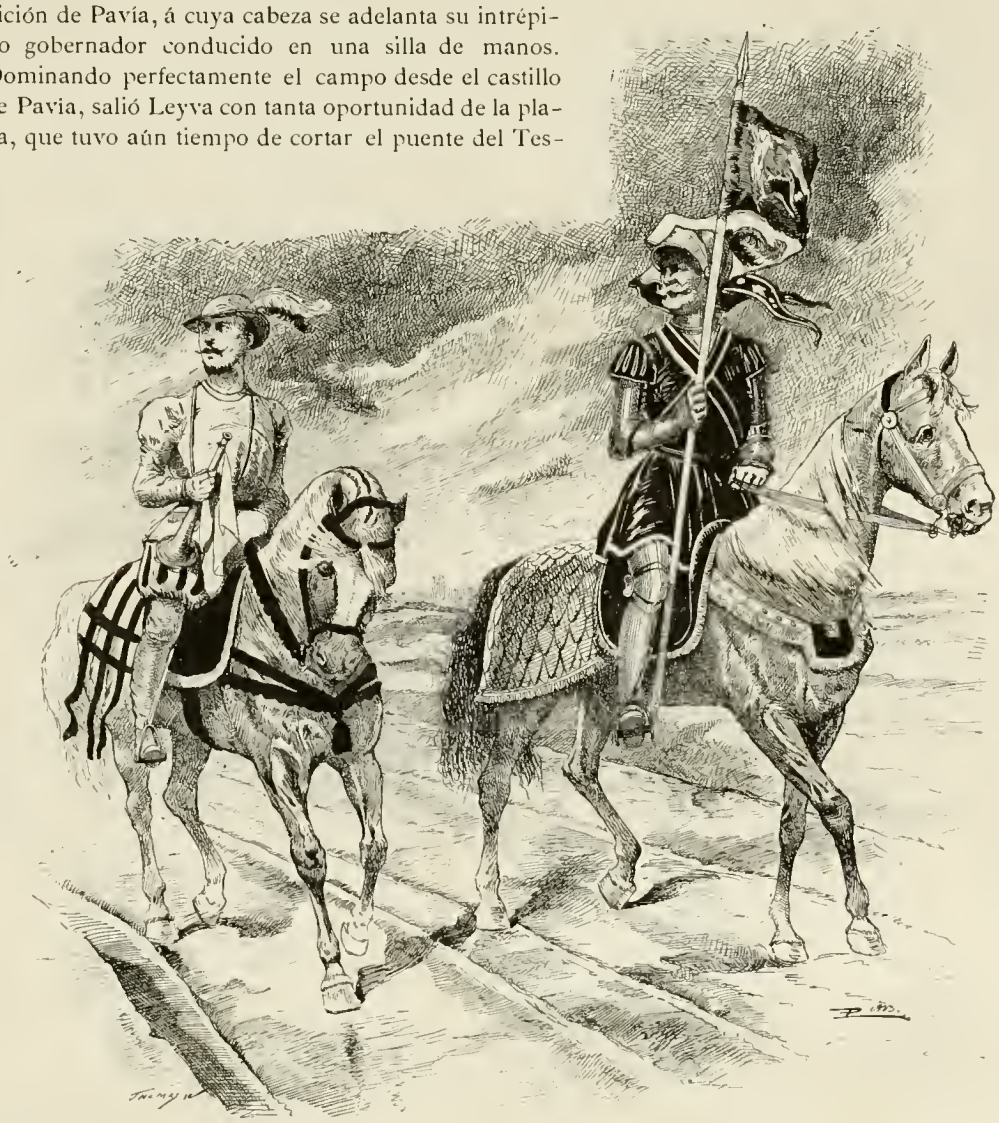


El Marqués de Pescara

migos, que enarmonándose se salian muchos de ellos de la batalla, sin poderlos sus dueños señorear.» Inútil fué el valor de aquellos caballeros, últimos restos del feudalismo que se despide definitivamente de la historia; el arcabuz resuelve allí un problema político, y aquel brillante cuerpo es aniquilado por el plomo de la despreciada arma portátil de fuego.

Destrozada la caballería, en retirada los suizos, cuyos rotos escuadrones intentó recoger el rey

en Toretta y en fuga también con los suizos no pocos tudescos de la banda negra, dirigió una parte de los arcabuceros sus fuegos sobre la artillería, mientras otros, ciñendo los cuerpos de la infantería española, inutilizaban á los alemanes que lanzaba el rey sobre ella. Fronsberg persigue con su reserva á los suizos fugitivos, y el combate se generaliza en el ala izquierda francesa; mas la derecha es atacada casi al mismo tiempo por la guarnición de Pavía, á cuya cabeza se adelanta su intrépido gobernador conducido en una silla de manos. Dominando perfectamente el campo desde el castillo de Pavia, salió Leyva con tanta oportunidad de la plaza, que tuvo aún tiempo de cortar el puente del Tes-



Soldados de caballería española

sino, guardado por el cuerpo de observación, é impedir por aquel lado la retirada de los enemigos. Este cuerpo, desordenado por la retirada de los suizos, no tuvo tiempo de impedir la operación de Antonio de Leyva.

Atacados por tan distintos lados, los franceses no pudieron continuar la lucha. Alenzón intentó en balde defender la artillería; pues, desjarretados los caballos, no pudieron ser puestas á salvo

las piezas; así que hubo de retirarse por su izquierda, debiendo la salvación á la fuga. Degenerado el combate en verdadera matanza, y la retirada en huida, las márgenes del Tessino y los caminos inmediatos se cubrieron de cadáveres y se llenaron de fugitivos. Ya sólo se mantenía la lucha en el centro, y los imperiales, enardecidos por la falsa voz de que había muerto Pescara, cargaban con gran furor sobre los restos del ejército. El monarca francés, rodeado de algunos nobles, combatía aún, cuando casi la totalidad de aquél estaba vencido; mas los valientes que á su lado luchaban iban sucumbiendo uno tras otro, y llegó el triste instante en que Francisco pudo exclamar : «Ni un amigo me queda para unir á la suya mi espada.» Entonces volvió riendas á su caballo y trató de buscar un portillo abierto en el muro izquierdo del Barcho para ganar la orilla del Tessino; pero al llegar junto á la cerca del parque le cerraron el paso los arcabuceros, y al dirigirse en busca de otra salida un balazo dió en tierra con su caballo, que cayendo de costado cogió al jinete una pierna. Rodeado de soldados imperiales que le amenazaban con la muerte, vióse entonces en la necesidad de pedir la vida, declarando su estado y haciendo entrega de su espada (1): así y todo, debió la vida á la oportuna llegada de un caballero francés, parcial de Borbón, que le acompañó é hizo entrega de él á Lannoy.

Tal fué el triste desenlace que tuvo para Francia la batalla de Pavía. Pereció en ella la flor de su nobleza, quedaron prisioneros importantes personajes, incluso el rey; y diez mil cadáveres sembraron el campo de la lucha. La pérdida de los imperiales fué insignificante, pues se estima en ochocientos hombres y es indudable que esto puede atribuirse á la buena dirección táctica del combate.

La noticia de triunfo tan brillante deslumbró al Emperador, por más que afectara singular moderación al recibirla. Temblaron el Papa y los venecianos, alarmóse Enrique de Inglaterra, consternóse la Francia, y los restos del ejército francés, que mandaban Albany y Tribulcio, se apresuraron á regresar á la patria. Todo parecía, pues, que iba á contribuir á la paz. Y sin embargo, eran de índole tal las cuestiones que á la sazón se debatían, y era tal la condición de los monarcas puestos al frente de Europa, que no podía confiarse en una paz duradera. El rey de Inglaterra temió ahora la excesiva preponderancia de Carlos; los Estados Pontificios y Venecia, impuestos por la victoria, se apresuraron á entregar el contingente en dinero que adeudaban al Emperador; Francia, privada de su rey, sin soldados, sin generales y sin recursos, apercibióse á la defensa, hábilmente dirigida por una mujer. Reinaba doquier la alarma y la zozobra, como si los pueblos todos temieran la extraordinaria preponderancia del César. Y por un contraste muy digno de tenerse en cuenta, ese Carlos, señor de tantos países, ambicioso de universal dominación, se hallaba en tan gran penuria que no podía sostener un ejército victorioso, cuya cifra alcanzaba á 24,000 soldados.

Lannoy, distribuyendo el dinero del Papa, había acallado á los alemanes, á los que sin embargo, muy luego tuvo que licenciar, lo propio que á los auxiliares italianos; de manera que, reducido á los cuerpos españoles, apenas si lograba á dominar la Italia. Y sin embargo, Carlos, á pesar de la miserable situación de sus rentas, que casi le imposibilitaban efectuar un armamento de consideración; y sin comprender que la Francia, llegada al borde de su ruina, sólo podía ser

(1) Existen cuatro soldados españoles á quienes se han concedido ciertas preeminencias ó cédulas relativas á la prisión de Francisco I. Así que este cayó de su caballo llegóse á él un vizcaino llamado Juanes ó Juan de Urbieta, vasallo de D. Hugo de Moncada, quien le intimó la rendición, y habiéndose dado á conocer el rey, le pidió al mismo tiempo la libertad de su señor; pero en el fragor de la pelea hubo de acudir Urbieta en socorro de un alférez y entonces aproximáronse al rey el alférez Diego de Avila y un hombre de armas, gallego, llamado Pita da Veiga, aquel recibió el estoque y éste se hizo dueño del collar del rey, que quiso entregar por sí al Emperador. Por último en un documento expedido por éste en 1535 al coronel Aldana, catalán y sargento mayor de la infantería italiana, se leen estas palabras: «Peleando el rey cayó en tus manos y las de otros soldados, y tú recibistes del rey su espada y puñal, muy excelente y cual corresponde á un rey, y un rico collar con la insignia de la orden del Toison de Oro.» Este documento á que también alude el Sr. Bofarull en su *Historia de Cataluña* y cuya última parte existe también en el privilegio de Pita, consideramos con el Sr. Diaz que debe mirarse con algún recelo. El de Diego de Avila y el de Pita, con el que convienen las relaciones de Ozonaya y Cereceda, han sido publicados respectivamente por D. Manuel Juan Diana en su obra *Capitanes Ilustres* y en el tomo del *Museo Universal* correspondiente al año 1858. Por lo que respecta á los documentos de Urbieta, el primero sin duda alguna que rindió á Francisco I en Pavía, los hallará el lector reunidos en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. El Sr. D. Manuel Diaz y Rodriguez ha reunido en su interesante monografía de la *Batalla de Pavía*, los concernientes á Avila, Urbieta y Aldana.

dominada en un momento de estupor, ya que no totalmente sojuzgada; consagróse con gran celo á las negociaciones en virtud de las que debia restituirse la libertad á Francisco, al que hiciera trasladar desde la fortaleza de Pizzighitone á Madrid. Olvidaba que el tiempo no transcurre inútilmente, y que la influencia de su imprevista victoria iba á disiparse con facilidad; que si por un lado las intrigas de Enrique y los amaños del italiano Moron debian atentar á su poder, la falsía de su prisionero anularia cuantas ventajas se propusiera sacar de su estado presente.

Así sucedió en efecto; Francisco I, aquel monarca veleidoso y corrompido que posponia la santidad del juramento á la ambición de una corona, no vaciló en firmar el tratado de Madrid 14 Enero 1526, en virtud del que renunciaba á sus pretensiones sobre Italia, abdicaba sus derechos al Artois y Flandes, restituia á Carlos la Borgoña y á Borbón todos sus muebles é inmuebles, obligándose además á no dar apoyo alguno á Juan de Albret. Previamente hizo con el mayor secreto y ante testigos una formal protesta contra lo que iba á firmar; y en la seguridad de que este artificio ponia á salvo su conciencia, esperó el ansiado momento del regreso, el cual se efectuó así que la regente hubo ratificado el convenio.

Pasado el Bidasoa, montó Francisco I á caballo y salió á galope largo por la opuesta orilla, exclamando con frenéticos transportes: *¡ Ya soy otra vez rey!* Muy cierto, pero ¿á qué costa? Lo poco que le quedó despues de la batalla de Pavia lo perdió en Madrid. Allí le hizo traición la *victoria;* aquí él hizo traición al *honor*.

V

Acabamos de dar cuenta en este Estudio de una serie de importantes operaciones, pero con mayor detenimiento de las que tuvieron lugar en Italia durante los años 1521 á 1525: cuatro campañas funestas para los franceses que pusieron de manifiesto los recursos de que podia echar mano Carlos V. Si las consideramos bajo el punto de vista político-militar observaremos desde luego que la preponderancia que alcanzó este monarca debióla más que á su soberania de Alemania á la corona de España. El poder efectivo de los emperadores alemanes era casi nulo, cortapisados como se hallaban por la nobleza y no contando con grandes recursos propios para sostener una campaña; pero el ascendiente que daba la corona de Alemania, unido á los recursos que en hombres y en dinero facilitaba España, y á sus extensísimos y ricos dominios de Ultramar, ponia al emperador-rey en posesión de grandes elementos y en condiciones de ejercer una soberania sobre Europa á la que en su desconsiderada ambición aspiró constantemente Carlos V.

Por otra parte, en las graves crisis que ésta atravesó, amenazada por los turcos y agitada por la reforma, el pontificado hubo de recurrir á su espada y á sus decretos, lo que le erigió en árbitro de las disensiones político-religiosas y contribuyó no poco á infundirle la conciencia de su absoluta soberania. La insensata temeridad de Francisco I, las veleidades de Enrique VIII de Inglaterra, y las perfidias de los políticos italianos contribuyeron también no poco á mantener á Europa en un perpetuo estado de agitación, y á Carlos constantemente con la espada en la mano; y en luchas y en negociaciones transcurrió su reinado tan fecundo en hechos gloriosos como estériles para nuestra patria en positivas ventajas.

Y sin embargo, es justo confesar que si mucho cupo á Carlos en la aparente grandeza de que rodeó su imperio, no es por eso menos deudor á los hombres que tuvo al frente de sus ejércitos y que tan enérgicamente la secundaron: un Pescara, un Leyva, un Alarcón, un del Vasto, un Lannoy, un Colonna, un Borbón y un Médicis.

Concretando nuestro objeto á la parte militar, cúmplenos manifestar que en las cuatro campañas

de Italia que llevamos narradas, los generales del ejército imperial fueron muy superiores á los caudillos que Francia puso al frente de sus tropas. No tenían éstos el instinto de las grandes operaciones, hallábanse faltos de iniciativa, y la carencia de recursos que como á los imperiales les aquejaba y su escaso conocimiento del terreno influyó no poco en el desastroso resultado de sus empresas. Muy al contrario los ejércitos del Emperador. El italiano Colonna, profundo conocedor del país y de sus recursos, era un general educado en la escuela de Gonzalo de Córdova, avaro de la sangre de sus soldados y fecundo en acertados recursos; Pescara, instruído á su lado, se nos presenta como un talento superior, hábil estratégico y no menos ingenioso en el campo de batalla; tenía inspiración, sentimiento de su superioridad y gran dominio sobre el corazón de sus soldados. Las operaciones descritas hablan en su elogio. Leyva era un soldado de probado valor y abnegación sin segundo; el marqués del Vasto que ilustró muy joven aún su nombre, era una esperanza del ejército, y Borbón un caudillo digno de mejor suerte por su ingenio y su bravura. Agréguese á estos generales un ejército como el español y se comprenderá cómo pudo Carlos atender á las repetidas invasiones de los franceses en Italia, encontrándose las más de las veces falto de recursos.

El arte militar va modificando en estas guerras su fisonomía. Los ejércitos aparecen constituídos con cierta regularidad; se mueven según un plan atentamente calculado, y en el campo de batalla se da especial valor á las posiciones. Correlativa al aumento de arcabuceros y mosqueteros, es la mayor importancia que adquiere la defensa: podemos aventurarnos á decir que allí se inician las batallas de posición. La fortificación, la artillería, el arma portátil son ya factores importantes en el combate. Los tres son utilizados indistintamente por ambos beligerantes; pero tan sólo Pescara sabe sacar del arma portátil un partido brillante. En Morat los piqueros suizos triunfaron de los caballeros armados de punta en blanco de Carlos el *Temerario;* en Pavía los arcabuceros españoles, hábilmente interpolados entre los cuadros, ó ciñendo las masas de piqueros, concluyen de abatir los brillantes caballeros del rey de Francia.

El progreso es notable, y merecen tan singulares transformaciones ser estudiadas con especial detenimiento.

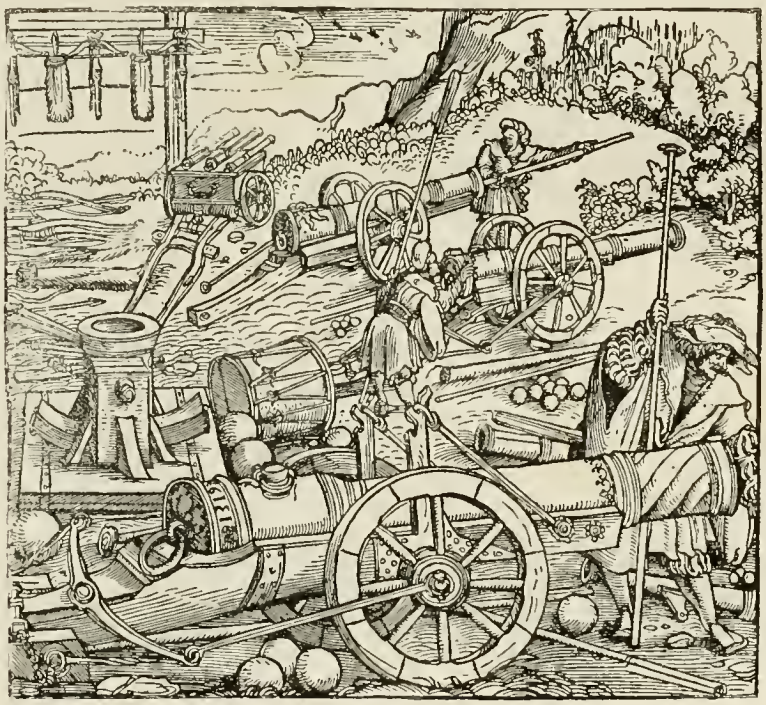
La infantería no estaba constituída en el siglo xvi de una manera homogénea. Los soldados, provistos de arma de asta; se dividían en piqueros y alabarderos; los dotados de arma de fuego eran exclusivamente mosqueteros ó arcabuceros. Aquéllos combatían en masas, éstos independientes del cuerpo principal, cuyo ataque secundaban ó cuyo núcleo protegían.

Era la *pica* un arma de dimensiones muy variadas (generalmente de 24 á 26 palmos) y en extremo pesada y la manejaban por lo regular los hombres de las tres ó cinco primeras filas provistas de armas defensivas (de aquí el nombre que se les dió de *coseletes*), lo que se comprende, pues ellos contenían el empuje de la caballería á cierta distancia del frente; pero resultando ineficaz á corta distancia, se dispuso que los soldados de las filas inmediatas emplearan *alabardas*, es decir, picas más cortas, semejantes á las romanas para combatir cuerpo á cuerpo.

La constitución de estas masas era, sin embargo, muy varia, pues en ocasiones presentaban las seis primeras filas de vanguardia y retaguardia de piqueros, el resto de piqueros y alabarderos. Creemos inútil detenernos en presentar las combinaciones que se hacían en la colocación de esta clase de soldados: en el combate ofrecían sus cuadros una masa erizada de acero, capaz de resistir y atacar con ventaja á la caballería, impotente ante la artillería y los mosqueteros.

Los arcabuceros no formaban en un principio cuadros. Combatían aislados ó en pelotones, interpolados entre la caballería, á vanguardia, en los flancos ó adheridos á los escuadrones, cuyas primeras filas defendían, bien de un modo homogéneo, bien interpolados según lo exigían las condiciones del combate. En Pavía, después de haber destrozado á la caballería, hicieron blanco de sus fuegos á la artillería, mataron sus soldados y caballos, y protegieron á la infantería española, doblando rodilla en tierra y teniendo cada uno en la boca cuatro ó cinco balas para cargar más fácilmente. Así quebrantaron los cuerpos de tudescos cuyas largas picas eran inútiles contra un enemigo que les diezmaba á mansalva y esperaba intrépido el momento de cruzar con ellos sus armas.

La importancia que tuvieron los cuerpos mercenarios de lansquenetes ó suizos en los ejércitos beligerantes, nos obliga á entrar en algunas consideraciones respecto á este género de tropas. Se reclutaban en Alemania y en Suiza, solicitando antes el competente permiso del Emperador y de la Dieta de este reducido país; y ambas clases de soldados gozaban de gran fama por su valor, sangre fria y gran resistencia. La fama de los suizos data de la derrota que hicieron sufrir á la caballería de Carlos el *Temerario*, duque de Borgoña. La alabarda y la pica alcanzaron en su consecuencia gran boga desde entonces y se consideraron, hasta el mismo siglo XVII (1), como las armas más exce-



Facsímile de un grabado del siglo XVI: (Hans Burgemair)

lentes para contener el choque de la caballería pesada. Justo es decir que los suizos, provistos de esta arma, contribuyeron no poco á cambiar la fisonomía del combate; porque formados en compactas masas y empuñando su larga pica de 18 piés lo mismo servían para recibir á pié firme una carga, como para marchar á paso de ataque sobre el enemigo.

El éxito de este sistema, sugirió nuevas ideas á los generales del siglo XVI. Echóse de ver que una infantería formada en sólidos cuadros y en la que en justas proporciones figuraran piqueros, alabarderos y arcabuceros, constituía por sí sola el nervio del ejército; y esto contribuyó á dar nuevo valor á dicha arma; pues, colocados los arcabuceros en primera linea y rodilla en tierra, los piqueros en las filas inmediatas y los alabarderos inmediatamente después, presentaban estas masas grandes ventajas que no podía contrarrestar la caballería.

La batalla de Marignan en que fueron los suizos derrotados por la caballería francesa, pudo rebajar un tanto su importancia, mas no dejó por eso de reconocerse que la infantería era el arma

(1) La alabarda era mucho más corta que la pica, pues tenía solamente unos seis piés y medio de longitud.

por excelencia; y la reputación que alcanzaron los lansquenetes como excelentes piqueros les puso desde luego á igual altura que los suizos. Es digno de notarse que éstos abandonaron en las guerras de Italia que acabamos de describir el escudo de que hasta entonces venían usando y que les imposibilitaba de cerrar las filas, ejemplo que fué seguido por la gendarmería francesa. En la batalla de Marignan eran ya los escudos muy raros. Limitáronse á presentar en primera fila los *coseletes* y en segunda los que no estaban provistos de armadura.

Reasumiendo las ideas vertidas: en esta época, como en la anterior, procúrase ante todo dotar á la infantería de los necesarios elementos para resistir á la caballería, y sigue el arma portátil de fuego un movimiento progresivo, hasta alcanzar en el siguiente siglo su punto de contacto con la de asta, gracias á la invención de la bayoneta.

Pasemos á ocuparnos de las armas defensivas.

Las empleadas en la Edad media han sufrido su consiguiente modificación en el periodo del Renacimiento: se han aligerado y el arte ha venido á darlas gran realce. Es verdaderamente admirable el buen gusto, la riqueza, la delicada ejecución, la fantasía lozana y risueña que se echa de ver en cascos, rodelas, corazas y otras piezas. Los Museos de Artillería de París, nuestra Armería Real, el Museo de Turín y otros no menos importantes de Europa ofrecen ejemplares magníficos. Obra son algunos del insigne Cellini, y en ellos brilla la inventiva del artista hermanada con la magnificencia del señor. Delicadamente cinceladas, damasquinadas y esmaltadas, su decoración es debida en ocasiones á distintos artífices, pues á estos trabajos hay que añadir el de repujado. Adoptan los cascos formas variadas según la fantasía del artista, y en su superficie hermosas alegorías, tomadas á la historia ó á la mitología, brillantes trofeos sobre los que destacan apropiados lemas, contribuyen á su realce. Otro tanto puede decirse de los escudos en los que es permitido mayor libertad en la inventiva y ejecución. Bellísimas son las armadura de está época existentes en el Museo de París y no menos bellas las que España posee de Carlos V y Felipe II. Los grabados que acompañamos y las respectivas descripciones darán de ellas acabada idea.

La espada también experimenta algunas modificaciones: las hay de doble filo y de uno sólo, su empuñadura es variada y caprichosa y su hoja hábilmente cincelada. Este género de trabajos se echa pronto de ver en las alabardas y partesanas de personas de categoría. Las espadas de Gonzalo, Carlos I, y otras, así de fabricación española, como italiana y alemana, son hermosos ejemplares de la buena época del Renacimiento. Sin embargo importa consignar las diferentes clases de armas blancas que á la sazón existían y eran: la espada sencilla, el estoque, el mandoble y el espadín. Algunas de estas armas ofrecen los dos filos de la hoja con ligeras ondulaciones. Las guarniciones de la empuñadura para cubrir la mano, adoptaron una multitud de figuras, pero la más general fué la de concha ó cazoleta, como más conveniente para la defensa.

En nuestro Museo de Artillería figuran los mandobles de D. Diego García de Paredes y Sancho Dávila y la espada de D. Diego Hurtado de Mendoza. Uno de los montantes del primero de los guerreros citados tiene las siguientes dimensiones: largo de la empuñadura desde el pomo á la cruz 375 ^{mm}; de la hoja 1'190; su total 1'565: ancho 32 ^{mm} y peso total 2'185 kilógramos.

Las variedades que se observan entre la espada primitiva y el espadón son tantas, cuales pueden ser su longitud, anchura, filos, superficie, guardas, empuñadura, peso y forma. Las armas más cortas; el puñal, la daga, y el cuchillo son unas variantes de la espada. La daga es la que más se aproxima á ésta, componiéndose su empuñadura de cubremanos y gavilanes, su cuchilla hiere de punta, y se sostenía con la mano izquierda, mientras se manejaba la espada con la derecha, ó bien se empleaba sola en la lucha cuerpo á cuerpo. El puñal es de hoja más corta, ancha y de doble filo: el cuchillo de igual dimensión que el puñal sólo tiene un filo.

Pasando ahora de las armas portátiles á la artillería, haremos notar que lo mismo en Francia que en España se redujeron los calibres, con objeto de facilitar el transporte de las piezas que, como ya indicamos, se efectuaba por medio de tiros contratados con los particulares, sistema que no podia menos de ser muy gravaso al Erario. La confusión que reina en los nombres de las diferentes de fuego es grande aún en el primer tercio del siglo XVI. «Confunde hasta el extremo, dice

el Sr. Aparici, la varia nomenclatura de las piezas de diferentes calibres con una misma denominación, sin poder deducir el número de tipos distintos que afectaban. El Gran Capitán llevó en la nave que pasó á Italia en 1500, 6 cañones pedreros, 2 pasavolantes, 1 tiro llamado Príncipe, 26 San Migueles, 5 San Cristóbales, 6 San Martines, 8 ribadoquines-mosquetes y 7 ribadoquines; total 63 piezas, sin que yo pueda calcular ni el peso ni el calibre, como regla general para otros del mismo nombre. Me parece que hubo mucha parte de capricho ó voluntariedad de parte de los fundidores que en gran número vinieron de Alemania; y no existiendo correspondencia hasta 1530, no es fácil deducir nada de sus mismas relaciones. Además he observado en todos los documentos en que versan artistas de aquel tiempo venidos de fuera, que rehusaban explayar por escrito sus conceptos é ideas, y que por evitar el ser despedidos ó que otros aprendiesen y les reemplazasen se reducian á sólo la discusión oral en casi todo, dándose á entender concisa y sumariamente. Pero después de la época citada de 1530 ya se va aclarando la materia; todas estas denominaciones caprichosas desaparecen, y los serpentinos, salvajes, coronas, etc., van reemplazándose por cañones, medios cañones, culebrinas, medias culebrinas, sacres y falconetes, componiendo las cuatro primeras clases la artillería de batir y las dos últimas la de campaña; sin embargo, las antiguas piezas no desaparecieron del todo en razón de su mucha duración y gasto de refundirlas de nuevo, sino que se dejó su construcción desde 1540, según parece en adelante (1).»

Para que el lector se forme idea de la clase de piezas empleadas y del aspecto que ofrecía un tren de artillería en los años á que nos referimos (primer tercio del siglo citado), continuamos la siguiente relación de la artillería que llevaba Carlos I en su entrada en Valladolid en 1522, que da el historiador Sandoval y reproduce el general Salas en su *Memorial histórico:*

Veintiocho falconetes de á 16 palmos cada uno de largo: 4 de ellos de medio adelante eran rosqueados y con las armas imperiales y los 24 restantes ochavados todos. Por la boca de cada uno cabía un puño grande. Les tiraban cinco pares de mulas á cada uno.

Diez y ocho cañones de 17 y medio palmos de largo y de boca casi un palmo. Los 12 de estos eran con flores de lis. Tiraban de cada uno 8 pares de mulas.

Diez y seis serpentinos de 16 palmos de largo y de boca un palmo. Los 12 de ellos con flores de lis. Tiraban de cada uno 22 pares de mulas.

Una bombarda de 10 palmos de largo y 2 de boca. Tirada por 30 pares de mulas.

Dos trabucos con su carreton de 4 palmos de largo y 2 de boca. Tirado por 20 pares de mulas.

Un trabuco que decian *Magnus draco*, con una cabeza de serpiente á manera de dragón, con el rey D. Felipe I, dibujado en él con sus armas reales; tenía 26 palmos de largo y 1 palmo de boca y era tirado por 24 pares de mulas.

Dos tiros famosos llamados el *Pollino* y la *Pollina*, de 16 palmos de largo y palmo y medio de boca. Tirados cada uno por 34 pares de mulas.

Un tiro llamado *Espérame que allá voy*, de 17 palmos de largo y casi dos palmos de boca. Tirado por 32 pares de mulas.

Dos tiros llamados *Santiago y Santiaguito*, de 26 palmos de largo y un palmo de boca, llenos de flores de lis, con las armas francesas. Tiraban de cada uno 36 pares de mulas.

(1) *Informe sobre los adelantos de la Comisión de historia en el Archivo de Simancas.*

Corrobora lo que aquí indica el Sr. Aparici el siguiente extracto que más adelante da de una memoria de la artillería existente en el castillo de Búrgos en el año 1535:

Clases de piezas	Peso de la pelota
Cuatro cañones	80 libras pelota de hierro
Un cañón sencillo	36 libras id.
Un cañón pedrero	91 libras pelota de hierro hueco
Un cañón pedrero	110 libras pelota de piedra
Dos morteretes de bronce	90 libras pelota de hierro hueco
Dos culebrinas reforzadas	36 libras pelota de hierro
Una culebrina pequeña	16 libras pelota de hierro
Tres sacres	4 libras pelota de hierro

Al pié de este extracto pone la siguiente nota: La pelotería de hierro hueca no debe confundirse con las bombas ni granadas, que no consta en el Archivo de Simancas se usasen hasta el siglo XVII, fundiéndose primero en Linares y luego en Molina de Aragón. Se ignora el uso y motivo de estos proyectiles.

Un tiro donde venía el Emperador dibujado, con las armas de sus reinos, de 16 palmos de largo y uno y medio de boca. Tirado por 34 pares de mulas.

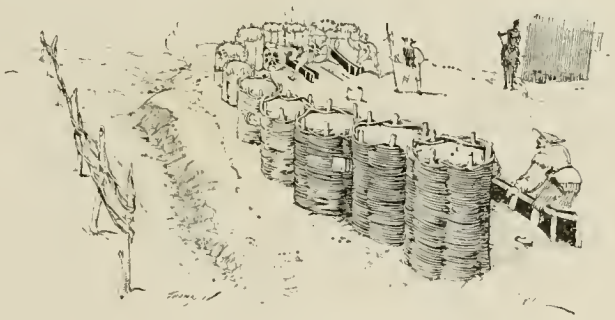
Un tiro que decían la *Tetuda*, de 17 palmos de largo y casi 2 de boca. Tirado por 34 pares de mulas.

Un tiro nombrado *El gran diablo*, de 18 palmos de largo y 2 palmos casi de boca. Tirábanle 38 pares de mulas.

Total 74 piezas, con más nueve montajes de respeto, arrastrados por 7 pares de mulas cada uno. En Santander quedaba munición y pelotería para cargar 1,000 carros.

Todo el tren iba en la forma descrita, precedido por un guía, caballero en blanco corcel que iba dirigiendo el camino.»

No ofrece género alguno de duda que á las balas ó pelotas de piedra siguieron las de plomo, que más tarde se fundieron con una alma ó dado de hierro y á éstas seguirían las de metal, bronce ó hierro fundido, y excepcionalmente batido. La pelotería se traía, como la pólvora de superior



Batería

calidad, de Flandes y Alemania; pero á causa de su coste estableciόse más tarde la fabricación en Egui (Navarra), consignando un autor que el precio de las pelotas de piedra era de 30 mrs. próximamente y el de las de hierro de 6 á 10 mrs. libra.

Por la instrucción que en 1512 dió el Rey Católico, relativa á la construcción del cureñaje de la artillería que había en su condado del Rosellón, instrucción en alto grado importante para la historia de la artillería y que hemos reproducido en la pág. 399 podrán nuestros lectores haberse formado idea de los progresos realizados en esta rama del material. Otra instrucción dada durante el reinado de Carlos I (1538), da noticia del coste de las cureñas herradas y guarnecidas, en Málaga; y sin que tratemos de citarla como dato que pueda servir de norma respecto á este particular, pues es presumible que variaría el coste según la localidad, consideramos oportuno hacer mención de dicha noticia:

	Maravedis	Reales	Maravedis
Cureña para cañón.	37,500	1,102	32
Cureña para media culebrina.	24,400	705	30
Cureña para sacre.	20,000	588	8
Cureña para falconete.	16,000	470	20

En la misma instrucción se dan á conocer los componentes de la pólvora, que eran el salitre, el azufre y el carbón, y las partes por que entraban cada uno de ellos en la composición. Eran éstos 9 de salitre, 1 $\frac{1}{2}$ de azufre y 2 de carbón. El salitre se refinaba y los tres materiales se cernían; pero también se fabricaban pólvoras más vastas sin refinar el salitre, ni cerner los materia-

les, entrado cada uno de estos en la composición por las siguientes partes: 10 pesos de salitre, 1 ½ de azufre, 2 pesos largos de carbón. Diferente pólvora se empleaba para los arcabuces, y su receta es la siguiente: 5 ½ partes de salitre, ½ de azufre, 1 de carbón.

Hasta mediados del siglo no se tiene noticia de las cureñas de hierro, acerca de las cuales se sabe que pesaban menos que las de madera.

Hojeando las historias, memoriales y papeles de esta época, se viene en conocimiento de que en España existían algunos centros ó arsenales de artillería, y sin que tratemos de fijarlos detalladamente, recordamos entre otros serlo, en el reino de Aragón, Tarragona y Tortosa; de aquélla sacó D. Fernando artillería para la guerra de Granada, y en ésta por su proximidad á la costa y su estratégica posición existió parque ya en tiempos de Alfonso V, de quien hemos leído en el Archivo de la Corona de Aragón algunos documentos relativos al mismo. En Castilla existió hasta la guerra de las Comunidades el de Medina del Campo, tenía renombre el de Burgos y eran bas-

MURALLA DE BARCELONA

A A.— Barrio de la Ribera que juntamente con esta parte de murallas fué demolido para edificar la Ciudadela
B.— Puerta Nueva
C.— Baluarte del espolón de Levante.
D.— Baluarte del Mediodía.

tante conocidos los de Málaga y Cartagena. Más tarde vemos existente un depósito en Granada y luego en Pamplona, á donde se trasladó el de Burgos. En esta ciudad, cuya fortaleza sirvió de primer arsenal y en que halló asiento la primera maestranza, se fabricaba la pólvora y se recogía la artillería, armas manuales y otros pertrechos. Allí se estableció una escuela práctica ya en tiempos de los Reyes Católicos y antes que Navarra se reuniera á la corona de Castilla; institución que se considera la primera que ha existido en nuestra patria. Reuníanse, pues, en Burgos cierto número de artilleros ordinarios á quienes dan los Reyes en una ordenanza de 1503, el nombre de *espingarderos*, y había plazas en su maestranza de polvoristas, fundidores, forjadores, arcabuceros, carpinteros, carreteros, cordeleros y toneleros. También tenían residencia en Burgos un teniente de capitán general de artillería, un contador y un mayordomo. El contador llevaba la cuenta y razón de los artilleros de Burgos y de los de las fronteras, pues unos y otros se pagaban por la misma nómina; el mayordomo cuidaba del material y pertrechos.

Con mayor suma de detalles tendremos ocasión de ocuparnos de los progresos de la artillería

al hacer la reseña general de los realizados en todo este reinado; y en el Estudio final hallará el lector numerosos datos relativos á la fundición, género de piezas y proyectiles, y clasificación que de las mismas se hizo de orden del Emperador.

Fuera de duda está que los ramos de artillería é ingenieros estuvieron amalgamados en un principio. El célebre Francisco de Madrid, más conocido aún por Ramírez de Madrid, fué general de la artillería y *Obrero mayor* de los Reyes Católicos. Hemos hablado distintas veces de este sujeto al ocuparnos de la artillería ; como ingeniero construyó el castillo de Salses y sabemos que los Reyes le confiaron una visita de inspección á diferentes villas y lugares del reino, así del interior como de las fronteras, lo que desde luego acredita sus conocimientos. Lo propio puede decirse del comendador de Tortosa, mosén San Martín, cuyos reconocimientos prueban que fué á la par ingeniero y artillero; como asimismo el prior de Varleta , Gabriel Tandino, coronel de milicias de Candía, nombrado por el Emperador general de su artillería y que figura como interlocutor en los *Quesiti* de Tartaglia: sábese que trazó el cubo conocido con el nombre de la Reina en San Sebastián.

Exclusivamente como artillero es conocido Diego de Vera, capitán de dicha arma desde 1487, y cuyo nombre va unido á numerosos y célebres hechos de armas, pues militó con el Gran Capitán en Italia, con Pedro Navarro en Orán y Bugía ; dirigió la artillería en la guerra de Navarra (1513), y tomó parte en la expedición de los Gelbes en 1520. Era hombre asaz experimentado; y á juzgar por lo que de él se lee en la crónica de D. Felipe el Hermoso, de una inteligencia despejada.

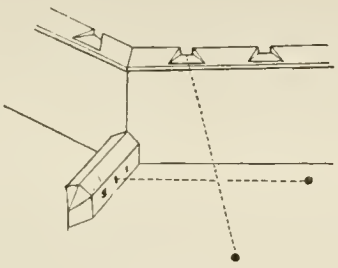
Miguel de Herrera fué nombrado en 1528 capitán general de la artillería, y según el título que se le expidió *acatando su suficiencia y habilidad y mucha afición al Real servicio, se le nombra capitán general de la nuestra artillería de España y Aragón y de que hubiere en cualquier ejército con que la persona del Rey se pusiese en campo.* Importa consignar aquí que todo el material de artillería que existía á la sazón se consideraba perteneciente al patrimonio real y como cosa propia del monarca, y así no es extraño que se eligiera para ponerse al frente del arma á persona perita y distinguida, pues *tenía á su cargo mucha hacienda.* El sueldo de Herrera , como el de todos los capitanes generales en el siglo XVI, era de 1,000 ducados de oro por año. Se hace mención, en el título citado, de artilleros, mayordomos y oficiales (dependientes de maestranza y fundición); del contador, pagador, mayordomo y alguacil; pero no de tenientes del capitán general, ni de *ingenieros.*

Esta denominación, si bien se usaba ya desde los tiempos de los Reyes Católicos, no se aplicaba aún á los que se consagraban á este ramo en Castilla, donde les vemos figurar con el nombre de *Maestros mayores de fortificaciones , arquitectos militares, capitanes de cercos y capitanes de trincheras,* y según Aparici (1) de quien hemos tomado estas noticias, Benedicto de Rávena vino á fijar su verdadera calificación en tiempos de Carlos, llamándose *ingeniero.* No constituían los ingenieros, hablando en general, á fines de la Edad media una clase, pues todos cuantos se dedicaban á hacer aplicación de sus conocimientos físico-matemáticos á la defensa, ataque, ó mejora de las plazas recibían tal nombre, pero si bien su carácter no fué militar, los reyes les designaron con el de *nuestro ingeniero,* y con el tiempo diéronles el título y sueldo de *capitanes ordinarios,* sin que de tales ejercieran el empleo: mas no existió un sistema fijo para su ingreso en el servicio. «Nombrábanse, dice el autor que acabamos de mencionar, por el Rey en un principio ó les daba atribuciones de tales mediante cédulas especiales, añadiéndoles gratificaciones proporcionadas á sus mayores tareas y gastos con el nombre de *ayudas de costa.* Nombrábanse también y expedíanseles títulos correspondientes de ingenieros, mediante solicitudes suyas, examinadas en el consejo y vista por el capitán general de la artillería en virtud de orden de éste; escogiendo para traerlos á España de los que ya tenían acreditados sus conocimientos de ingenieros ó tenían título en los dominios españoles de Italia y Flandes, señalándoles desde un principio sueldos en aquel tiempo considerables: reclutábanse, digámoslo así, en los dominios enteramente extranjeros por medio de

(1) *Informe* antes citado.

los embajadores, con el doble objeto de quitar á las demás naciones estos medios tan útiles y provechosos para sus acrecentamientos y aclimatarlos en nuestro país; y en fin, criábanse á la sombra de estos hombres eminentes para que se formasen y pudiesen reemplazarlos dignamente, enviándolos luego algunas veces como prácticos de ingeniero y con el entretenimiento asignado á la artillería á Milán y Flandes, donde existiendo una guerra viva pudiesen amaestrarse convenientemente en este arte y ser completamente útiles en lo sucesivo. Muchos ejemplos pudiera citar de cada uno de estos casos; sin embargo, es forzoso decir que en España no tuvieron los ingenieros hasta fines del siglo una escuela especial para su instituto como la que existió en Milán y en los Países Bajos; y sólo á fines de él y en el siguiente XVII, se plantearon dos bajo la inmediata dirección del capitán general de la artillería y de la protección especial de los reyes.» Por los papeles y memorias de la época échase de ver la gran consideración que alcanzaron los ingenieros en el siglo XVI; vémosles discutir personalmente con el Emperador, asistirá sus consejos, escribirle directamente y disfrutar de honoríficas recompensas. Todos los que pasaron por Castilla en el siglo XVI tuvieron un carácter militar y disfrutaron empleos de esta clase, tales como capitanes vivos, capitanes de corazas, sargentos mayores, maestres de campo, tenientes de maestre de campo y tenientes generales.

Consignadas estas ligeras noticias, por lo que respecto del carácter que ofrece la profesión de ingeniero al comenzar el siglo XVI, y no sin hacer la salvedad de ocuparnos en la Reseña general militar de este reinado de los ingenieros qué más descollaron, así en España como en Italia y Países Bajos, vamos á dar una ligera idea de los progresos de la fortificación á principios del ya citado siglo.



Defensa del foso

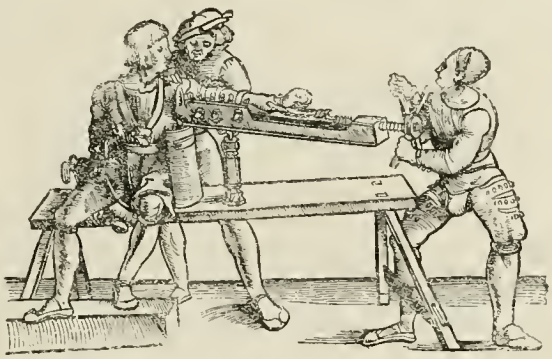
La aplicación de la pólvora á la guerra influyó ya á fines del siglo XIV en la fortificación, y en el reino aragonés en que dicho agente se generalizó bastante en el reinado de Pedro IV, tan importante bajo el punto de vista militar, todas las fortificaciones construídas con autorización real se distinguen por el excesivo espesor de los muros, no tanto para permitir el emplazamiento de las piezas, cuanto para presentar mayor resistencia á los proyectiles. Derribáronse los parapetos alemenados, construyéndolos en adelante más sólidos y altos, duplicóse el grueso de las murallas y dióse mayor ensanche á los fosos. Compréndese que Aragón y sobre todo Cataluña, por las guerras constantes que sostenían con franceses y castellanos hubieran de atender muy mucho á sus plazas fronterizas, y así no puede causar extrañeza que pronto se reemplazaran en dichos Estados los baluartes á las antiguas torres, constando por un documento que lleva la fecha de 30 de Setiembre de 1489, que ya se empleaban aquéllos por este tiempo (1). Pero donde mayor progresos hizo la fortificación por esta época fué Italia, donde la aparición de los primeros ejércitos franceses, influye poderosamente en el perfeccionamiento del sistema defensivo permanente. Al presentarse Carlos VIII con su brillante tren de artillería (1494) ante las ciudades mejor fortificadas, la resistencia es casi ineficaz, pues al estampido del cañón caen en pocas horas en su poder. Y entonces se comprende que hay urgente necesidad de adoptar nuevos medios de defensa, lo que unido al nuevo vuelo que toman las artes, influye poderosísimamente en la creación de una verdadera escuela de arquitectos militares. De órden del pontífice Julio II

(1) El Rey Don Fernando el Católico dice en la citada Real Orden dirigida á los reinos de Jaca: «Por quanto somos informados quanta necesidad es que los muros de la dicha ciudad de Jaca sean reparados y fortificados é ahun que forma de obra es lo que conviene facerse en ella para su deffension y conservacion de la muralla vella, scribimos de presente al Rigiente el officio de la gobiernacion en esse nuestro reyno de Aragon mandándole se conferezca personalmente á esa dicha ciudad para atender y dar órden con vosotros como la dicha obra y reparo se faga y que ante todas cosas se entienda en facer una cana al derredor de la cerca *é baluartes dentro*, y despues en la por manera en reparar la cerca vieja, etc.»

Citado por Camino en su *Bosquejo histórico sobre las fortificaciones de la Corona de Aragón*.

reúnese en Roma un congreso de arquitectos presidido por el duque de Urbino, cuyo objeto es procurar la defensa de las ciudades italianas, y allí se conviene en demoler la parte excesivamente alta de las murallas, resolución que se pone en práctica en Pisa, Florencia y Prato los años 1511, 1519 y 1528. Sustitúyense las torres con plataformas destinadas á recibir la artillería; constrúyense sólidos parapetos, se ensanchan los fosos y se idea defenderlos por medio de cofres ó caponeras, desde los cuales se barre el pié del muro; mas la aplicación de los diversos procedimientos de defensa no es sistemática aún; los primeros baluartes no acusan la idea de un plan de flanqueo, como lo prueba la distancia á que se hallan unos de otros en las cortinas; y eso no es de extrañar si se tiene en cuenta que aun no se habían apreciado debidamente los efectos de la artillería. *El Arte de la guerra* de Maquiavelo (1521) prueba que se seguían aún en la época de su aparición los principios de la Edad media, limitándose los arquitectos á reforzar el recinto amurallado que se juzgaba débil con la adición de los baluartes ó bastiones, pero sin la idea de un trazado sistemático.

Hé aquí cómo da cuenta un escritor técnico de la transformación que sufre tal sistema defensivo en este siglo:



Fracsímile de un grabado perteneciente á un libro de cirujía militar (1528)

«La primera variación practicada en las antiguas plazas fué aumentar el espesor de sus murallas hasta darlas la suficiente latitud para plantar sobre ellas artillería, consiguiéndose esto por la construcción de un terraplén, unas veces separado de ellas lo suficiente para dejar entre ambos un espacio ó corredor llamado camino de ronda, y otras arrimado interiormente á los muros, en cuyo caso era preciso dar mayor grueso á los revestimientos para que pudiesen aguantar el empuje de las tierras; tanto para disminuir éste, como para conservar por algún tiempo los terraplenes intactos, después de la caída de los revestimientos á impulsos de la artillería enemiga, se idearon desde principios del siglo multitud de combinaciones, construyéndose los terraplenes colocando entre las tierras diferentes capas de faginas, tepes, zarzos, piedras, troncos y hasta maderos labrados. A esta clase de terraplenes llamaron los italianos *bastione*, los franceses *rempart*, y los españoles *reparos* ó *bastiones*, que «aunque son diferentes, más en parte conformes,» como dice Fernández de Espinosa; *reparar* y *bastionar* en español y *remparer* en francés, eran los verbos que designaban el acto de construir estos terraplenes, en equivalencia del *bastionare* italiano.

»Pronto se renunció á que el revestimiento tuviera acción ofensiva sobre los trabajos del sitiador en el último periodo del sitio, excepto en los flancos de los baluartes, que por regla general conservaron sus casamatas flanqueantes todo el siglo, y cuando por circunstancias particulares del problema había que prescindir de ellas, se aumentaba el relieve con objeto de que cada flanco

llevase dos ó tres baterías escalonadas, haciendo todo lo posible para conservarlas intactas hasta los postreros días del sitio, para lo cual se agrandaban los orejones y se ponía especial cuidado en que jamás fuera obtuso el ángulo del flanco.

»Los baluartes pequeños y agudos en un principio, aumentaron paulatinamente en tamaño y en amplitud del ángulo flanqueado. Las líneas de defensa que al principio cortaban la cortina, al fin del siglo pasaban ya por los ángulos de flanco, y su longitud disminuyó á medida que se perfeccionaban la fabricación y manejo del mosquete, hasta quedar reducida al alcance de éste. Las cortinas fueron siendo cada vez más cortas, pero siempre flanqueaban con ellas, aunque oblícuamente, las caras de los baluartes, y en varias ocasiones para aumentar la eficacia de este flanqueo, quebraron su dirección rectilínea, y para mejorar la defensa lejana solían construir caballeros en su centro y extremos.

»A medida que el siglo avanza procuran los ingenieros ocultar más las mamposterías y suelen revestir la contra-escarpa aumentando su altura para que cubra mejor á la escarpa, siendo tal vez esta cualidad lo que más distingue al foso moderno del antiguo. En cuanto al camino cubierto no empieza á adquirir importancia hasta fines del siglo. Alguna vez empedraban el glasis para retar-

Facsimile de un grabado perteneciente a un libro de cirujía militar (1528)

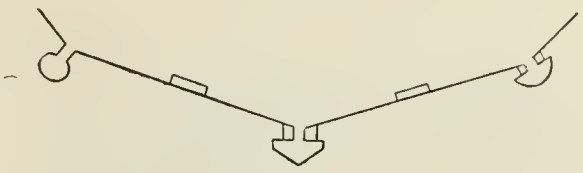
dar los trabajos del sitiador y en los fosos de agua seguían en uso las antiguas barbacanas, prodigándose además en Holanda las tenazas, hornabeques y otras obras exteriores. La galería principal de contraminas era paralela á la escarpa. Las comunicaciones, incómodas y construídas siempre con el principal objeto de evitar sorpresas. Algunos ingenieros trazaban los revestimientos dándoles formas curvas, con objeto de dificultar el que los proyectiles pudiesen chocarlos normalmente, y otros disponían las diferentes partes de la fortificación, de modo que se pudiesen modificar las formas de ésta demoliendo en determinadas ocasiones trozos de parapetos y muros.

»Con todas estas mejoras, la defensa pudo á fines del siglo hacer frente á los nuevos medios de ataque, si no con superioridad, al menos con mayores probabilidades de éxito que venía haciéndolo desde mediados del siglo XV (1).»

Esta ligera reseña, trazada por un escritor peritísimo en la materia, inicia perfectamente en el estudio más detenido que pensamos hacer de los adelantos conseguidos en la primera mitad de este siglo. Desde luego lo que puede afirmarse es que caracterizan bajo este punto de vista sus primeros años las vacilaciones propias de todo periodo de transición, pues aun los efectos de la pólvora no han podido apreciarse con exactitud, y aferrados los autores á las ideas antiguas, tratan de

(1) *El Capitán Cristóbal de Rojas, ingeniero militar del siglo* XVI.

apropiar aquellos sistemas á los modernos usos. Caracteriza bien este periodo y puede presentarse como tipo de fortificación á fines del siglo xv el castillo de Salses (Rosellón) construido de orden del Rey *el Católico* por Francisco de Madrid; así como caracteriza los progresos efectuados en el primer tercio del siguiente siglo, en que se reforzaban las antiguas fortalezas por la adición de baluartes á sus murallas, el trozo de las de Barcelona, que aquí reproducimos, notable ejemplo de la fortificación hispano-italiana. Que en Italia aprendieron mucho los españoles en este ramo del arte militar, manifiéstalo bien claro Salazar, distinguido compañero de armas del Gran Capitán, pues dice en su obra de *Re Militare*, lo siguiente: «Las almenas se hacian delgadas medio brazo; las saeteras y troneras se hacían con poca abertura de fuera, y muy más anchas de dentro y con otros muchos defectos... Agora hemos deprendido hacer las almenas anchas y gruesas, y las troneras anchas de dentro, y vánse estrechando hasta la mitad del migajón del muro y desde allí hasta la corteza del muro se torna á ir estrechando.» Concíbese que guerreando los españoles desde fines del siglo xv en Italia, país en que se formaron muy presto bajo la protección del duque de Urbino



Sistema de fortificación con baluartes

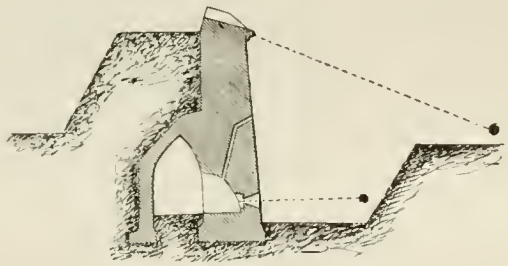
una serie de famosos ingenieros tales como San Michelli, San Gallo, Marchi, Pacciotto, Castriotto, Maggi y el célebre Tartaglia, más conocido como artillero á pesar de haberse consagrado al arte del ingeniero, hubieron de inspirarse en sus sistemas, adoptando el más generalizado en aquella península. Entre todos estos arquitectos descollaron San Gallo y San Micheli, verdaderos maestros de la legión de artistas que se reunió en la pequeña córte de Urbino, y á los cuales se debe un primer tipo regular, de proporciones definidas, tipo que se da á conocer en 1528, si bien es difícil fijar la fecha en que fué concebido. Por ahora y sin perjuicio de ampliar en otro Estudio esta reseña, diremos que San Micheli hizo aplicación del baluarte el citado año á las fortificaciones de Verona y que en breve se generalizó éste en las principales ciudades de Italia: Turin, Pavia, Milán, Plasencia, Ferrara, Cremona y otras. ¿Corresponde en realidad á los italianos tal invento? Difícil asegurarlo, pues el origen del sistema abaluartado es tan oscuro que no es posible buscar un apoyo en los documentos, ignorando la acepción que han tenido las palabras que en distintos idiomas han designado al baluarte. Los señores Varela y Limia y Camino creen que nos pertenece la prioridad en el invento, los señores Mariátegui, Almirante y la Llave no son de tal opinión, inclinándonos por nuestra parte á la autorizada del último (1).

La preocupación general ante la recién inventada artillería, fué restablecer el antiguo equilibrio entre las defensas y el ataque, y de aquí el gran número de trazados en que se procuró acomodar las antiguas defensas á los nuevos medios de expugnación, modificando la planta de las torres para colocar en ellas la artillería y rebajando su altura, dando condiciones defensivas á las escarpas, construyendo casamatas flanqueantes y ensanchando el foso. A vuelta de tanteos y experiencias los ingenieros de aquella época, en primer lugar los italianos, llegaron á sistematizar sus concepciones y lograron antes de terminar este gran siglo formar una famosa escuela. Pasma en verdad

(1) Véanse las páginas 337, 338 y 339 de las Ilustraciones, *Torre*.

el considerar que aquellos hombres distinguidos, viajando de continuo, acompañando á los ejércitos á las batallas y sitios, aun hallaran horas de tregua para coordinar sus ideas y exponerlas luego por escrito, pero sólo gracias á su perseverancia y á su afán de distinguirse se comprende el gran número de excelentes obras didácticas que en este ramo y de esta época posee Italia.

Mas precisa no dejar en olvido, ya que de esta materia tratamos, al famosisimo Alberto Durero, al hombre de múltiples aptitudes artisticas, que se reveló también maestro en el arte del ingeniero con su *Instruccion relativa á la construcción de ciudades, castillos y pueblos* (1). Durero, considerado como el inventor de los sistemas de fortificación poligonal, ideó la construcción de sólidos torreones en los ángulos del recinto fortificado, enlazados á las cortinas por dos flancos rectos: en la planta de las murallas establece casamatas (2) para barrer el foso con fuegos rasantes; y en las cortinas un parapeto aspillerado: en cuanto á las piezas emplazadas en los terraplenes, cúbrelas con blindajes de báscula. A pesar de las ventajas que este sistema ofrecia, no tuvo aplicación en Alemania, y solamente en Nuremberg, patria de este artista, fué donde se puso en práctica. Sin embargo, es indudable que asi como las observaciones que tuvo lugar de hacer Durero cuando en 1506 se visitó á Venecia y Verona, contribuyeron las ideas difundidas por él á que germinaran proyectos en armonia con los suyos. Ello es que en 1510, habiendo recomendado Carlos V se reconstruyeran los muros de Amberes, los trazados presentados por diferentes arquitectos ofrecen marcada filiación con los tipos que dió á conocer Durero en su *Instrucción;* circunstancia que no es de extrañar, pues el famoso maestro vivia en Amberes por los años 1510 á 1520, habia contraido alli grandes relaciones, y es de presumir contara con algunos partidarios.



Sistema de Durero

El cambio de conocimientos que se establece entre los paises dominados por el Emperador, no era, por cierto, lo que menos debia contribuir al desarrollo de los sistemas, y sobre todo á que se formaran, gracias al trato y comercio con los maestros italianos y flamencos, notables ingenieros españoles. «La necesidad que tenía España de defender sus dilatados dominios de los enemigos exteriores y en muchos casos de los mismos vasallos que los poblaban, dice Mariátegui, unida á las que á cada paso la imponian sus continuas campañas, obligando á sus soldados á expugnar, defender y construir innumerables fortalezas en variadisimos climas y terrenos, y contra enemigos de fuerzas y tácticas muy diferentes, precisaron, lo mismo á Carlos V que á su hijo y sucesor, á proporcionarse á toda costa un personal de ingenieros relativamente numeroso para la época, reclutado en Alemania y en Italia, con que cubrir las atenciones del momento é ir poco á poco instruyendo soldados españoles en el arte de la fortificación, ataque y defensa de plazas.»

No nos es posible traspasar los limites que nos hemos impuesto en este Estudio; y al hacer la reseña general de los progresos realizados por el arte militar en este reinado, hallará el lector nuevos datos relativos á tan importante materia, con los que completaremos este cuadro. Consignaremos sin embargo, por ahora, que si habia progresado algo la fortificación permanente, no quedó estacionada la pasajera: la fortificación del campo de batalla adquirió, como no podia menos de

(1) Su título es: *De urbibus, arcibus, castellisque condendis et munendis.* Publicóse en Alemania en 1527, acompañada de 17 láminas, y en Francia en 1531.

(2) A propósito de las casamatas dice Zastrow, en su *Hist. de la fortificación permanente*, que es dudoso las haya inventado Durero, pues su obra apareció en 1527, un año despues que Micheli construia en Italia baluartes redondos con casamatas. Sin embargo, no es la mejor guia la fecha de la publicación de la obra de Durero, por más que no sea posible fijar con certeza á quién corresponde la prioridad del invento

suceder, grandísima importancia, y el atacante hubo de procurar por medio de hábiles maniobras ó acertadas estratagemas que abandonara el enemigo los parapetos y trincheras que le servían de abrigo. Esto es lo que hemos tenido ocasión de apreciar en la batalla de Rávena y en la de Pavía.

El ejército entero se ocupa en ocasiones de construir trincheras, parapetos, caballos de frisa, cestones llenos de tierra y de abrir las galerías subterráneas para aplicar la mina; se tuerce el curso de los ríos, idéase atravesarlos sobre pellejos llenos de viento; y cuantos medios sugieren, las circunstancias ó los adelantos utilízalos el talento de los capitanes. Así va cambiándose la fisonomía de la guerra á compás de los progresos científicos que también influyen en esta esfera.

Concretándonos ahora al examen de la importancia que la profesión militar adquirió, nos limitaremos á insertar un documento importantísimo reproducido por dos de nuestros más ilustres escritores militares, Clonard y Aparici, á pesar de lo cual no estará aquí fuera de lugar. Es una carta dirigida por Hernán Pérez al cardenal Jiménez de Cisneros que aunque no tiene fecha debió pertenecer á los años 1516 ó 17, carta en la que se presenta un programa de las preguntas de que deben examinarse los oficiales, y que aquí reproducimos en extracto:

«Muy Ilustre y Reverendísimo Señor:

»Porque he visto que Vuestra Señoría se ha inclinado á cosas de artes de guerra, parecióme que servía V. S. R. en que viese este memorial, é daré razón cuando V. S. R. fuese servido de todo lo que aquí digo.

»Cómo veo la desorden, época, industria é mucho descuido que en este arte militar de guerra se tiene, parecióme que los que han de vivir de este oficio que deben de ser instruidos, porque en todos los oficios los hombres aprenden para ganar de comer en ellos, é para vivir, é cuanto mejores Oficiales son, más seguros tienen el comer; y como en este arte militar cuantos mejores Oficiales son, más peligrosa tienen su vida, porque los Grandes y Señores á quiénes sirven, quiérense muy bien pagar de las mercedes que les han fecho, paréceme que deben ser examinados, é saber de qué manera pueden servir, é saber la razón de su oficio; porque de otra manera non se pueden decir homes de guerra, y para esto parecióme que era bien poner estas preguntas ó capítulos para que el que diera razón dellas, pudiese servir en este arte y creerse claramente hombre de guerra, y porque veo que en todos los oficios son examinados los Oficiales, para usar de ellos como Oficiales, non sé cuál es la causa para que en este non se examinen, siendo de tanta honra é peligro que claramente se puede decir oficio Real, porque con él se sostienen y crecen los reinos; todo lo cual que aquí digo lo haré ya algo mejor que va en estas preguntas.

»Lo primero: conviene saber qué cosa es guerra é porque fué fundada: qué es lo que en la guerra se contiene: para qué fué fecha é qué condición tiene.

»Lo segundo: qué condición ha de tener el hombre de guerra: qué tal ha de ser su vida: en qué ha de dispender el tiempo.

»Lo tercero: qué cosa es ser capitán y la manera que ha de tener en su oficio: qué forma y manera ha de tener con la gente de su cargo, é de qué modo la ha de gobernar de forma que claramente se pueda decir capitán.

»¿Qué cosa es artillería, para qué fué fecha cada pieza, é de qué se sirve?

»¿Qué cosa es hombre de armas y de qué se sirve en la guerra?

»¿De qué sirven los caballos ligeros?

»¿Qué cosa es gente de ordenanza (tropa de linea) é por qué se inventó la ordenanza de los soldados (táctica)?

»¿Qué forma se ha de tener en ordenar los escuadrones de gente?

»¿Qué arma es una pica, para qué se inventó, é quién se sirve della en la guerra?

»¿Qué manera se tendrá para que los Capitanes y Oficiales no hurten pagas?

»¿Qué forma ternán 20 hombres de pelear con 100, para que los 20 venzan á los 100?

»¿Qué forma se terná para que en todo el reino se haga gente de guerra sin costas ó dineros

del Rey, que sea hábil en tirar con escopeta, é saber manejar una pica, que es lo que agora se usa?

»Toviendo un campo de gente en que no oviese caballeria y teniendo mucha los enemigos

Garci-Lasso de la Vega, principe de nuestros liricos y valeroso soldado

¿qué manera se tendrá de hacer la defensa é caminar con la gente sin que los enemigos la ofendan?

»En un dia de batalla, ¿qué forma terná el gobernador de un campo para aprovecharse de sus enemigos, é qué industria dará siendo muchos más que los suyos?

»¿Qué manera terná de escalar á vista de los enemigos una muralla que fuese alta, ó castillo ó ciudad, aunque el foso sea lleno de agua, y cómo defenderán (impedirán) que los enemigos defiendan lo escalado sin ofenderles: qué tales han de ser las escalas para que puedan subir tres hombres por ellas á la par, armados; é cuál es mejor escalar por la muralla ó por la torre?

»¿Qué forma se ha de tener de pasar artillería por un río que trae mucha agua?

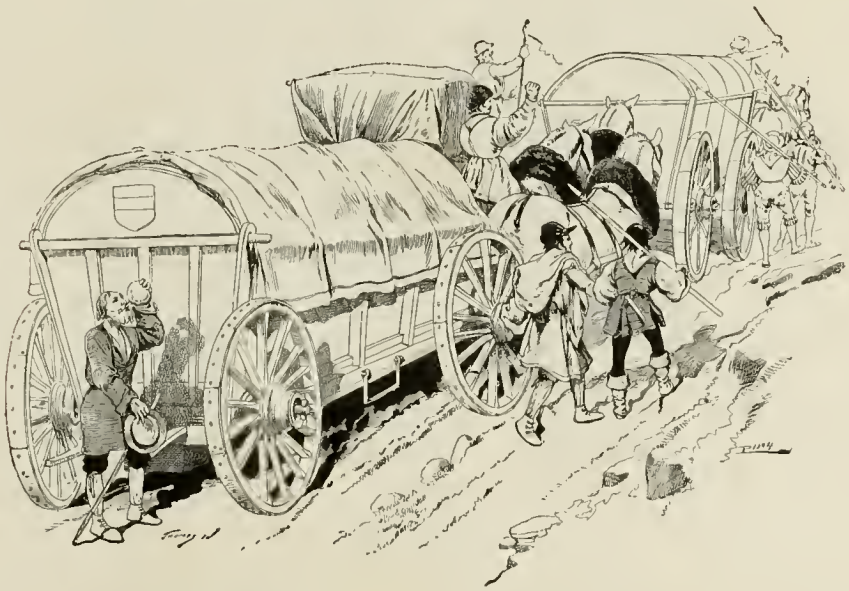
»¿Qué forma se ha de tener para hacer un puente que no esté sobre botas, ni barcos, ni maderas y pueda pasar artillería?

»¿Qué forma se ha de tener para hacer una mina que sea justa, para que no espire por ningún cabo, salvo que obre la mina?

»¿Qué forma han de tener los que están dentro de una ciudad é minando los de fuera puedan hallar por dónde minan é que non les faga la mina perjuicio?

»¿Qué forma se ha de tener para pasar gente por un brazo de mar ó por un río en barcas chicas de pescadores para que no se trabuquen?

»¿Qué forma se ha de tener para que cuando la gente de ordenanza vaya caminando de 5 en 5 ó de 9 en 9, y estén á un tercio de legua del enemigo y venga á romperlos, que los encuentre he-



Carros de Campaña (Del códice *Triunfo del Emperador Maximiliano* I)

chos escuadrones y cada manera de gente puesta en su lugar, como si se tardase un día entero en ordenallos?

»¿Qué forma se terná para llegar á la puerta de un castillo ó de una ciudad habiendo muchos traveses (flancos) é artillería en ellos, sin peligro de la gente y que pueda hacer sus estancias junto á la puerta?

»¿Qué forma han de tener los cercados para avisar á sus amigos de la necesidad de ser socorridos, é que los enemigos non lo vean ni entiendan?

»¿Qué forma se terná para abrir una puerta de un castillo ó ciudad, sin golpes é sin llave, contra la voluntad de cuya fuere la puerta?

»¿Qué forma se terná para entrar en una ciudad por fuerza y ofender á los enemigos sin que los enemigos puedan ofendellos?

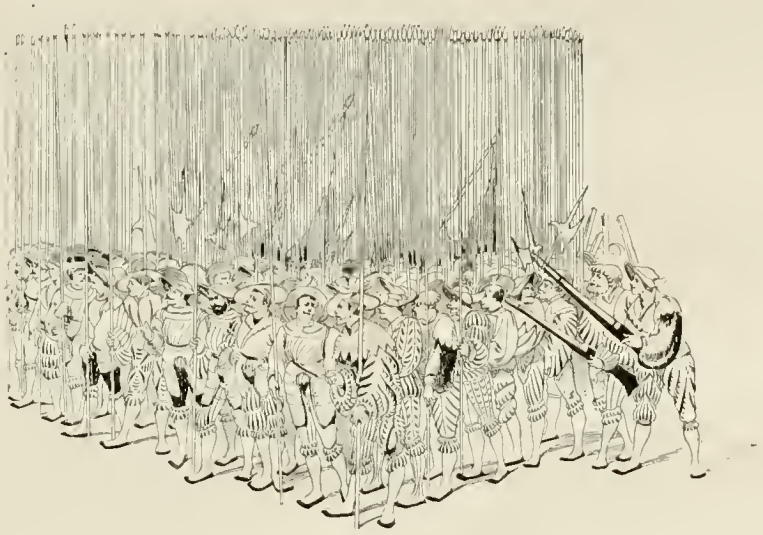
»¿Qué forma se terná para tomar un castillo que non se pueda minar, nin batir con artillería ni escalar?

¿«Qué forma se terná para tomar el alto de una torre y de una muralla sin medillo?

»¿Qué forma se terná de tomar el ancho de un río sin medillo?»

Este programa da á conocer perfectisimamente las ideas y conocimientos de la guerra que se tenían en aquella época; y permite ya formarnos elevada idea de la profesión militar. Si se considera los progresos científicos de aquel siglo, echaráse de ver que la modificación es lenta, pero radical. Ya no bastan el valor, la sangre fria, la fuerza ó el número para decidir las luchas: es necesario inteligencia, bastantes conocimientos así técnicos como geográficos, habilidad política y pericia militar. Las importantes operaciones de que fué teatro la Lombardía, así en las márgenes del Tesino, como en la línea del Adda pusieron de manifiesto que un excelente capitán sabe imponerse á ejércitos más numerosos y bien abastecidos, si éstos no se hallan bien mandados. Las modificaciones que el progreso de las ciencias físico-matemáticas iban á introducir en la guerra no menos tenían que contribuir á despojarla de su antiguo carácter, á aminorar sus horrores y á exigir grandes dotes en los caudillos, nuevas cualidades en los combatientes.

Ocasión tendremos de estudiar cómo marcharon paralelos estos progresos en la esfera militar con los realizados en la sociedad europea. Mas por lo pronto, no terminaremos este Estudio, sin consagrar un recuerdo á los valientes que tan alta pusieron en estas guerras, nuestra bandera. España pudo sentirse orgullosa de tales hijos, y el César experimentar la noble altivez de tener á sus órdenes los mejores soldados del mundo.



Escuadrón de lansquenetes

INK

ILUSTRACIONES

Retrato de Carlos V, por Durero (pág. 489).—Obra del famosísimo artista Alberto Durero, el busto que ofrecemos en la citada página representa al que más tarde fué Rey de España y Emperador de Alemania, en la adolescencia. Carlos era hijo mayor de D. Felipe el Hermoso, archiduque de Austria é hijo á su vez del emperador de Alemania Maximiliano; sus Estados patrimoniales eran los Países Bajos y por el casamiento de D. Felipe con doña Juana *la Loca*, Castilla.

La muerte de D. Fernando el *Católico*, sin sucesión de su segundo matrimonio, hizo que pasara Aragón á unirse á la Corona de Castilla, lo que no hubiera tenido lugar á haber vivido el infante D. Miguel, hijo de aquel monarca y de doña Germana de Foix. En 1569, Carlos V fué elegido emperador de Alemania, y por ende encontróse señor de este Imperio, los Países Bajos, Castilla y Aragón con sus dominios de Italia y las inmensas regiones descubiertas en América.

En el retrato que reproducimos, lleva el príncipe cubierta la cabeza por una gorra realzada por joyeles y viste una ropa con vueltas de armiño. De su cuello pende el Toisón, insigne orden militar, instituída en Brujas en 1429 por el duque de Borgoña y conde de Flandes Felipe II (1). El collar de esta orden es una cadena de oro, cuyos dobles eslabones engarzan en otras tantas piedras rodeadas de rayos esmaltados de rojo y azul; de ella pende el vellón de un cordero, también de oro.

Literas de campaña (pág. 491).—Las dos que en la citada página reproducimos, están copiadas del precioso libro de miniaturas en vitela que se conserva en la Biblioteca nacional de Madrid, y cuyo título es: *Triunfo del serenisimo, poderosísimo é invicto emperador de Romanos Maximiliano I, Rey de Hungría, Dalmacia y Croacia, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, Lorena, Brabante, Steyer, Carintia, Limburgo, Lutzemburgo y Güeldres, Conde de Flandes, Habsburgo, Tirol, Girst, Kiburgo, Artois, Borgoña, de Hennegau, Holanda, Zelandia, de Namur y Zuphen, Conde de la Marca del Sacro Imperio Romano, de Burgau, Conde del país de Alsacia, Señor de Friesland, Conde de la Marca de Esclavonia, de Gotha, Naons, Salms y Mechela; estando descritas y colocadas en estas colecciones las acciones gloriosas de su Magestad Imperial durante su vida, así las graves y serias, como las jocosas, según que su Magestad Imperial lo ha manifestado de viva voz.* Este libro ó *album* es verdaderamente notable por su riqueza. Compónese de una serie de grandes láminas en las que aparecen centenares de figuras á pié, á caballo, en carruaje, representando las diferentes clases de la sociedad, los diversos estados ó jerarquías; es un des-

(1) No quiso este príncipe ser menos que los restantes de Europa, en los que cundió por aquel tiempo la moda de inventar insignias y formar estatutos, y creó la orden del Toison, de la que se nombró á sí mismo gran maestro. Componíase en un principio de 24 caballeros, más tarde de 31, y Carlos V en 1516 lo elevó á 50; pero sólo podian ingresar en ella príncipes de la sangre, grandes de España y sujetos de alta nobleza nacional ó extranjera. Desde que dió en herencia Carlos V á su hijo Felipe los Países Bajos, los reyes de España han conservado la dignidad de grandes maestres.

El traje de ceremonia de estos caballeros es talar y de color rojo; el manto de terciopelo carmesí forrado de raso blanco con galón sembrado de eslabones, piedras y toisones, y el gorro de igual color y terminado en manga.

En el coro de la catedral de Barcelona, aun existe el sitial en que se sentó Carlos V el 5 de Marzo de 1519 para celebrar capítulo del Toisón de Oro, y en el respaldo de aquél, como en los de todos los restantes, aparecen los escudos de los príncipes y caballeros asistentes.

file de tipos de todos géneros; una procesión ó pompa triunfal en la que, á semejanza de las antiguas de Roma, el emperador Maximiliano trata de simbolizar sus triunfos y sus victorias, y al propio tiempo poner de manifiesto el poderío de que goza.

Para apreciar en su justo valor este género de composiciones, á las que con frecuencia hemos debido acudir desde el momento que la casa de Austria se entronizó en España, es preciso tener en cuenta el carácter espléndido de este Emperador y el vuelo que tomó bajó su reinado el arte alemán. Allí fué Durero lo que Rafael había sido para la Italia; un astro que contó gran número de satélites; el fundador de una escuela de grandes pintores y grabadores. Pero Maximiliano, á quien tanto debió el imperio como organizador excelente, fué al propio tiempo gran protector de los artistas y entusiasta sobre todo del célebre Alberto Durero, á quien concedió honores y recursos. Aquel gran Emperador que creó el ejército permanente en Alemania, recurrió á los artistas para perpetuar su triunfo, y entre las obras que se asegura dictó en sus ratos de ocio á sus secretarios y confidentes, cuéntase la descripción de sus victorias, que mandó ilustrar con preciosas miniaturas. Deseoso luego de propagar esta obra, hizo que Hans Burgemair, discípulo de Durero, las grabase en madera, ó quizás que dibujase los grabados (es cosa que no puede asegurarse). Estas estampas, preciosísimas por todos conceptos, fueron ejecutadas de 1516 á 1519, pero debe advertirse que no son copias exactas de las miniaturas antes citadas, pues por más que no deje de ser visible su filiación, difieren del original y le aventajan en dibujo y composición. Esta obra no se había terminado aún cuando murió Maximiliano, y lo mismo que el *Triunfo* con miniaturas existe en la Biblioteca imperial de Viena. Es probable que á su vez las miniaturas del libro que posee nuestra Biblioteca sean copia de los grabados de Burgemair, por más que aquéllas sean bastante inferiores á éstos: no obstante, en opinión de los que han comparado entre sí aquéllas y éstos, los trajes, armas y demás detalles característicos de la época, tienen gran verdad y carácter.

La composición da comienzo con un heraldo que á són de trompeta pregona el triunfo; y á esta figura siguen una serie de grupos formados de timbaleros y pífanos; á continuación aparecen nuevos grupos de cazadores, juglares, mozos de la servidumbre real, un carro con las nueve musas, bufones, farsantes, juglares, caballeros y heraldos de todas las provincias y Estado del Imperio y países enlazados con él, sosteniendo banderas en que campean los escudos respectivos. Viene luego una carroza y en ella un cuadro de pintura alegórica, grupos con banderas y trofeos representando las diversas conquistas y victorias del Emperador, y entre estas banderas figura un gran estandarte en el que se halla simbolizada la unión de Felipe el *Hermoso* y Juana la *Loca*. Cuatro carrozas soberbias y cuatro mulos van cargados con las joyas del tesoro imperial, y en pos de ellas desfilan las efigies de grandes emperadores, reyes y príncipes. A éstas sigue, precedida de timbaleros, trompeteros y heraldos, la carroza de la emperatriz, y por último, la del Emperador, toda dorada y llena de escudos, tirada por 12 caballos blancos. La rodean gran número de príncipes, electores y caballeros montados y la siguen gran número de soldados con alabardas, picas y arcabuces; carros de municiones, vituallas y bagajes; vivanderos, cantineras y gentes del pueblo. Por último, en la lámina final aparece la artillería, cañones, culebrinas y otras piezas, carros de útiles, etc. Todas las figuras van coronadas de laurel.

Nuestro grabado es copia de uno de los últimos grupos y puede servir de modelo para venir en conocimiento de los progresos del material de campaña usado en Europa á principios del siglo XVI.

Armadura ecuestre de Carlos V (pág. 493).—Existe esta lujosa armadura en la Sala del Tesoro de Munich, y se compone de yelmo liso, coselete con escarcelas de una launa, en las que campea el águila imperial de dos cabezas, gorjal, brazaletes completos con manoplas, musleras, rodilleras y grebas. La barda está compuesta de frontal, capizana de launas, petral, flanquera, grupera y silla; estos tres últimos realzados por una cenefa grabada y un fleco.

Junto al Emperador, figura un soldado alemán de su servidumbre vistiendo jubón y calzas acuchilladas; en la cabeza un sombrerete. Su armadura se reduce á una pica, daga y espada, y gola.

Francisco I, rey de Francia (pág. 495).—Figura copiada de un cuadro del Louvre atribuído á Clouet. Francisco nació en 1494 y era hijo del príncipe Carlos de Angulema, primo hermano de Luis XII; casó en 1514 con Claudia, hija de éste, y le sucedió en 1515 en el trono por su fallecimiento. El rival de Carlos V había recibido una educación esmerada, como lo prueban sus cartas y poesías, educación en la que, como es consiguiente, prevalecieron los ejercicios guerreros. Mas, por desgracia, si Francisco I puede citarse como príncipe valiente y atrevido, su carácter aventurero, su ambición, su orgullo, su conducta relajada, no le hacen digno de pasar rodeado de brillante aureola á la posteridad. En 1515 cayó por vez primera sobre Italia, en 1516 quedó dueño del Milanesado. Muerto Maximiliano en 1519 resultaron infructuosos sus manejos para hacerse elegir emperador de Alemania, y desde aquel momento fué cada vez mayor su anhelo de disputar á Carlos la preponderancia que el doble título de emperador-rey le daba en Europa. Empezó la guerra con éste en 1522 y en 1525 le hizo su rival prisionero en Pavía; Francia vió á la vez su territorio invadido, sus hijos muertos á millares en Italia, su tesoro exhausto y sus campos devastados; y sin embargo, le fué fiel hasta el punto de prestarle todo género de recursos para hacer frente á su enemigo. Firmado el tratado de Madrid hizo alianza con el rey de Inglaterra y declaró la guerra á Carlos; mas, derrotados los aliados,

hubieron de firmar en 1529 la paz de Cambray. Murió en 1547, y su reinado, tan fecundo en guerras, contribuyó á que se propagaran en Francia las ideas y el buen gusto predominantes en Italia. Rey cristiano, Francisco I entró en tratos con turcos y berberiscos; rey caballero, faltó villanamente á la palabra empeñada en Madrid; y rey protector de las letras intentó cortar el vuelo de la imprenta con la pena de muerte. Fué el carácter de este monarca irresoluto y poco enérgico, y á esta circunstancia, lo propio que á su vida licenciosa, hay que atribuir no pocos de los reveses en que abunda su reinado.

Rodela de Carlos V (pág. 496).—De hierro repujada: representa en el centro á este monarca de rodillas ante Minerva ó Belona, en actitud de recibir la corona de hierro que en la parte superior sostiene un genio. En perspectiva se dibuja una ciudad y en torno de esta composición una hermosa cenefa adornada de figuras en relieve y ornamentos damasquinados.

Hernando de Alarcón (pág. 497).—Este insigne general español era oriundo de la casa solariega de Cevallos en el principado de Asturias, casa que más tarde se llamó de Alarcón, por haberse distinguido uno de sus individuos en la toma de esta villa, cuando la Reconquista. D. Hernando nació en Palomares de Huete el año de 1466 y aunque sus padres pensaban dedicarle á las letras, las aficiones del mozo le llevaron á las armas, haciendo sus primeros ejercicios en la guerra de Granada, donde mereció los elogios del conde de Tendilla. Gonzalo de Córdoba que, tanto se distinguió ya en esta guerra, prendado de sus dotes quiso llevarlo consigo consigo á Nápoles, y al efecto le dió el mando de cien jinetes. Y en verdad que anduvo acertado en el nombramiento, pues en Seminara, Cefalonia, en Nápoles y en el Garellano, dió grandes pruebas de valor y de inteligencia, en términos que el rey le concedió el título de *Señor*.

Pacificado el reino de Nápoles, entregóse á una vida aventurera y galante que dió lugar á que el rey lo llamase á España, de la que no obstante regresó al encenderse otra vez la guerra en Italia, peleando entonces bravamente en la funesta jornada de Rávena, donde fué gravemente herido y hecho prisionero. Conseguida la libertad, tomó parte en las importantes operaciones que se verificaron en el Milanesado y contribuyó á la victoria de Pavía, donde estuvo á punto de perecer. Después de esta batalla y atendiendo á que con la vanguardia había destrozado el escuadrón del rey, lo cual fué causa de su prisión, y siendo además el general de más graduación en el ejército español, opinó Pescara que se le debía confiar la custodia del real prisionero «resolución de que, añadió, soy cierto que el Emperador será servido, la nación honrada, y todos podremos dormir seguros.» Y, en efecto, Alarcón no sólo se mostró muy vigilante, sino que resistió con nobleza las seducciones del enemigo: «No quiera Dios, dijo á los que le brindaban con grandes premios, que estas mis canas nacidas en servicio de mi rey, las manche yo con afrenta mía por todo el oro del mundo.» Y en su custodia le tuvo, así en Italia como en Madrid, hasta que marchó en libertad.

El Emperador le confirió por su buen comportamiento el título de Marqués de Valle Siciliana; y á pesar de que por su edad estaba ya llamado á gozar en paz de los honores que se le otorgaron, dejó la córte y marchó de nuevo á Italia, hallándose entonces en el asalto de Roma, y recibiendo el delicado encargo de tener bajo su custodia al Papa, al que trató con gran cortesía y decoro. En Italia se hallaba aun cuando Carlos I se dirigió á Túnez, y el gran Emperador, estacionado frente á la Goleta, se acordó del veterano capitán que, á pesar de sus setenta inviernos, aun manejaba gentilmente el mandoble. Llamóle á su lado y entonces fué de ver el entusiasmo que su presencia venerable despertaba en los soldados: el mismo Carlos salió á recibirle, le echó los brazos y le dijo con amoroso rostro: «Sed bien venido, padre mío,» palabras que revelan el afecto que le profesaba.

Con Alarcón se maduraron los planes del marqués del Vasto; y su consejo era estimado en tanto por el Emperador, que en el crítico momento de darse la batalla de los pozos de Túnez, como se volviera á él Carlos diciendo: «¿Qué hacemos, padre?» replicóle el veterano «Que acometamos, que la victoria es nuestra como vos sois emperador.» Y así se hizo y se cumplió.

Terminada esta brillante campaña, en que tomó parte tan activa, pidió permiso para retirarse á Castilnovo, y en este retiro falleció el 17 de Enero de 1540. El Emperador le había conferido poco antes el virreinato de Sicilia, alto cargo que sus achaques no le permitieron desempeñar.

En la pág. 510 damos el facsímile de su firma.

Veterano español del siglo XVI (pág. 499.)—El notable tipo que figura en la citada página es copia de un grabado de la época ejecutado por maestro desconocido. Despojado de su casco que lleva un pajecillo en la cabeza y sosteniendo sobre el hombro el pesado arcabúz, nuestro soldado se presenta con el marcial continente propio de aquellos veteranos que habían combatido en Africa y en Italia, y para los que eran las armas una vocación y el guerrear un oficio. El traje que viste se reduce á una ligera ropilla y calzas acuchilladas y una gorra adornada con pluma. Además del arma de fuego, lleva sujeto al cinto un puñal.

Debemos advertir aquí que, si bien estaba por esta época marcado ya el uniforme que debían usar las compañías, no existía á causa de las condiciones con que se efectuaban los alistamientos completa uniformidad; ésta no subsistió hasta que se crearon los tercios, y para que los soldados se reconocieran entre sí, fijóse el distintivo de las *bandas*.

Don Hugo de Moncada (pág. 500.)—Nació en Chiva el año 1478 de padres ilustres, pues su apellido trae su origen de los duques de Baviera, é ingresó muy joven aun en la orden de San Juan; mas parece que su carácter enérgico y amigo de arriesgadas empresas, se avenía poco con el sosiego de una vida consagrada por completo al cuidado de sus domínios señoriales, así que, como otros muchos nobles de la época que, ávidos de gloria, acudían á las banderas de uno y otro príncipe, nuestro Moncada militó á las órdenes de Carlos VIII de Francia, del duque Valentinois y de César Borgía, señalándose siempre como militar valiente; pero declarada la guerra entre España y Francia, voló á ponerse al servicio del ilustre Gonzalo de Córdoba, en cuyas campañas tomó parte. Después de la pacificación de Nápoles se le nombró gobernador de Calabria, cuyo mando desempeñó hasta 1509, en que le fué confiado el virreinato de Sicilia. En su nuevo cargo de virey y capitán general de esta isla prestó importantísimos servicios, pues reparó las defensas de Trípoli y sujetó la isla de los Gelves. Más tarde pasó de embajador de Roma, y allí dió á conocer sus especiales talentos, que no requería poca habilidad el desempeño de tan difícil cargo en época agitadísima como aquella y tratándose de políticos tan solapados como los de Roma. En el asalto de esta ciudad por las tropas de Borbón, hallóse también Moncada, y al morir el duque, tomó el mando del ejército. Por último, en 1528 y encontrándose Nápoles sitiada por los franceses, Moncada, ansioso de destruir la flota que al mando de Filipín Doria impedia las comunicaciones por mar, armó ocho galeras y con ellas le presentó, batalla frente al cabo de Minerva. Allí se trabó una espantosa lucha en la que Moncada hizo prodigios de valor, mas la victoria declaróse del lado de los enemigos, superiores en número, y el ilustre capitán español, después de sostener prolongada y ruda pelea, cayó junto al palo mayor de su galera, coronando así con una gloriosa muerte una vida que tan útil fué para la patria.

En la pág. 510 damos el facsímile de su firma.

Cabos de Lansquenetes (pág. 501).—En la página 482 hemos dado bastantes detalles relativos á esta clase de soldados. Los dos cabos ú oficiales que figuran en esta, copiados de un grabado de maestro desconocido, se distinguen por sus trajes más lujosos, compuestos de bellas túnicas y anchas gorras adornadas de plumas. Pendiente del cuello llevan cadenas de plata y oro, y como armadura la daga y una pica, ó lanza corta que era el distintivo de los que ejercían mandos subalternos.

Caballero del siglo XVI (pág. 503).—Esta figura está copiada de la série de grabados titulada *Coronación de Bolonia*, y da perfecta idea del armamento usado por los caballeros en la primera mitad de este siglo. Las armas defensivas ofrecen algunas variantes, pues se han perfeccionado, ya aligerando las piezas, ya hermoseándolas. Por debajo el coselete y cubriendo los muslos, aparece generalmente la falda de la túnica, detalle típico, sobre todo en los guerreros franceses. La barda es lujosa; y en esta figura la cabeza y cuello del caballo están completamente defendidas, siendo lo probable que el petral y la grupera de tela bordada oculte las dos respectivas piezas de launa. En la armadura del caballero, idéntica en todo á las que llevamos descritas, llaman la atención por su magnitud las defensas de la parte superior del brazo.

Antonio de Leyva (pág. 504.)—Nació en un pueblecillo de Vizcaya el año 1480, de familia ilustre; dióse, como muchos jóvenes de su época, á la vida militar, y después de haber tomado parte en la guerra de Granada marchó á Italia, en cuya península pasó por los grados inferiores de la milicia hasta llegar al de generalísimo del ejército imperial, mereciendo que se le concediera el título de príncipe de Asculi. Tomó parte en las campañas del Gran Capitán y en las sostenidas contra Francisco I, distinguiéndose en la defensa de Pavía y aun en la misma batalla, á cuyo campo acudió llevado en silla de manos por sus soldados.

Al visitar la Italia el Emperador en 1529, mereció que le dijera éste en el acto de su presentación: «Cubríos y sentaos, Leyva, que bien merece estar cubierto y sentado delante de un emperador de veintinueve años, un guerrero que ha sabído vencer á sus enemigos durante cuarenta.» Palabras dignas por cierto del augusto monarca que recogía el pincel de Tíciano y honraba el talento de los grandes hombres de su siglo.

Nombrado gobernador del Milanesado hízose dueño de Casal y venció y redujo á prisión al conde de San Pol, victorias estas que aseguraron la dominación española en la península italiana. Mas al finalizar el año 1536, cuando el ejército imperial puso sitio á Marsella, la peste que se declaró en los sitiadores arrebató la vida á este caudillo en Aix, el 15 de Setiembre: muerte verdaderamente sensible para aquel ejército, y que no tanto como la peste y los peligros que corría el desguarnecido Milanesado, obligó á levantar el sitio.

Este general, cuyo facsímile damos en la pág. 510, fué reputado como uno de los más hábiles de su época.

Fragmento de un grabado de Durero (pág. 505).—Alberto Durero, el eminente artista de Nurenberg, cuyo nombre brilla junto á los más famosos de su época, Miguel Angel, Rafael, Leonardo Vinci y el Tíciano, nació en 1471 y era hijo de un experto artífice. Su aplicación, su laboriosidad y su gran talento elevároulo sin embargo á la cumbre de la gloria; y joven aun demostró sus varias aptitudes, revelándose pintor, escultor, grabador y *arquitecto militar*. Comenzó por estudiar la pintura en la escuela de Miguel Wohlgemuth y tres años después em-

prendió un viaje por Alemania, los Países Bajos é Italia, regresando á Nurenberg en 1494. Es inútil decir que allí ensanchó la esfera de sus conocimientos y robusteció su genio gracias al frecuente trato con los grandes maestros y al estudio de las obras de éstos. De nuevo volvió á Italia en 1506 y permaneció en Venecia un año; mas desde esta época se inaugura un nuevo periodo para el artista. Durero, que llevó hasta entonces una existencia precaria, tiene la fortuna de despertar con sus obras el entusiasmo de Maximiliano I, que le señala una pensión anual de 100 florines; y desde entonces en la córte y en las grandes ciudades la fama de Durero se propaga y crece, despertando la admiración de su patria. Esta fama llegó á su grado de apogeo cuando en 1520 de regreso á Alemania, después de haber permanecido algún tiempo en los Países Bajos, compuso las sublimes figuras de *los Apóstoles*, que aun se admiran en Munich.

La vida de Durero fué fecundísima para las artes; pero este artista, más que como pintor y escultor, debía descollar como grabador. Más de 105 planchas suyas en cobre, cuenta un autor, 170 en madera, algunas de éstas formadas por gran número de piezas, como entonces se estilaba en la representación de *Triunfos* y *Procesiones* (y puede dar idea de lo que eran estos trabajos el grabado *Ingolstatd* que acabamos de dar, en el que empleó tres años el artista xilógrafo); sin embargo, algunas de las composiciones que llevan las iniciales de Durero se han ejecutado indudablemente sobre dibujos ó facsímiles del maestro, lo que reconocen los inteligentes por las desigualdades de ejecución. Las que verdaderamente le pertenecen son magníficas obras, por su correcto dibujo, su expresión, y su naturalidad.

El fragmento que en la antes citada página reproducimos pertenece á una grandiosa composición titulada *Sitio de una plaza*, y representa un ejército en marcha por una llanura. Su autor nos da idea de los enormes sólidos formados por la infantería, de la marcha del tren, carros, ganados é impedimenta; del aspecto, en fin, que presentaba un ejército en el primer tercio del siglo XVI. Y es inútil decir el valor que esta composición tiene, tratándose de un artista que trabajó bajo los auspicios de Maximiliano I y de Carlos V su nieto (murió Durero en 1528).

A él debe también algo el arte militar, pues Durero figura entre los arquitectos de esta clase como autor de una *Instrucción relativa á la fortificación de ciudades, lugares y castillos*, publicada en 1527 y de que nos ocupamos en el texto de este mismo ESTUDIO.

Artillería imperial (véanse las págs. 507, 521 y 541).—Ya dijimos en uno de nuestros anteriores ESTUDIOS que el ejército español se proveía en esta época de armas y municiones en Italia y en Flandes; pero especialmente de artillería en Alemania. En nuestro país vinieron en tiempos de los Reyes Católicos maestros alemanes, y en el de Carlos I no fueron pocos los que figuran en nuestro ejército; también pertenecen á las fábricas alemanas la mayoría de las piezas empleadas, y nadie ignora el gran número de las que trajo á España el Emperador después de sus victorias en aquel país. En distintos grabados de la época hemos hallado reproducidas piezas de artillería, y las que aparecen en las páginas citadas, cuya procedencia se marca, dará cabal idea de los progresos alcanzados en este ramo. Por desgracia carecemos de datos respecto á este particular, y á simple vista se comprende que debieron ser la nomenclatura como los calibres muy varios. El facsímile de Hans Burgemair, pág. 541, reproduce un parque en el que se ven cañones de diferentes calibres y montajes, morteros y órganos, siendo muy curioso notar, en el que aparece en primer término, el año 1319. Estos montajes, así como los del grabado de la pág. 507 presentan las ruedas enfrenadas; mas en el grupo de la página que acabamos de citar, ya las piezas y los montajes son más perfeccionados, llamando la atencion la extraña y caprichosa forma de las cuatro bocas de fuego. De más reducido calibre y más pesado montaje son las que, copiadas de la serie *Procesión de Bolonia*, damos en la pág. 521, en el fondo de la cual aparece una pieza protegida por el blindaje de báscula. Estos tres grabados son de gran valor y mérito, y fijándose en todos sus detalles, podrá el lector apreciar debidamente el adelanto de la artillería en la primera mitad de este siglo.

Pífano y tambor (pág. 508).—Ocupándose de los trajes militares de este período dice el Sr. Conde de Clonard: «Los trajes militares del reinado de Carlos I no fueron menos vistosos que los del anterior, si bien no tan nacionales, lo que no deja de ser natural hasta cierto punto, porque la mayor parte del séquito del Emperador se componía de extranjeros.» Visten las dos figuras que reproducimos un vistoso jubón y calzas de dos colores acuchilladas, llevan una gorra con plumas y ninguna arma.

El Duque de Borbón (pág. 509).—Carlos, condestable de Borbón y tercer duque de este nombre, pertenecía á una de las primeras casas de Francia, pues entroncaba con la familia real y con las ramas francesas de la nobleza de Auvernia, de Montpensier y el Borbonesado, y por su matrimonio engrandeció aún sus dominios; por manera que llegó á ser el súbdito más poderoso del rey de Francia. Los antecesores de Francisco, uno de los cuales, Luis XI, casó á su hija con el señor del Beaujon, habían distinguido mucho á esta casa; pero aquel monarca licencioso y ligero no reparó en ofender, en distintas ocasiones y sin motivo alguno, al duque Carlos; y como éste odiara profundamente la corrompida córte que rodeaba al rey, originóse entonces el antagonismo que tan funesto debía ser á la Francia. Carlos, sin embargo, sostuvo la guerra contra el Emperador en el ducado de Luxemburgo, combatiendo allí como buen soldado; mas esta debía ser la única campaña en que empuñara las armas por su patria. Muerta su

esposa en 1521, dícese que la reina madre le ofreció su mano, y habiendo rechazado la oferta el duque, juró aquélla vengarse, como en efecto lo hizo, desposeyéndole por pleito injusto de los bienes de su casa. Desde aquel momento consideró Borbón rotos los vínculos que le ligaban con su soberano; entabló tratos con Cárlos y de acuerdo con éste y el rey de Inglaterra, obligóse á invadir simultáneamente que ellos la Francia, tan luego como Francisco hubiera cruzado los Alpes y se hallara en el Milanesado. A Borbón se le ofrecía el matrimonio con la hermana del Emperador y viuda del rey de Portugal, darle los condados de Provenza y el Delfinado con el título de rey, y además ayudarle con recursos en el momento de la invasión. El, por su parte, proponíase levantar entre sus vasallos y amigos un cuerpo de 6,000 hombres.

El Duque siguió, según estaba convenido, al ejército del Rey al avanzar éste por el Mediodía de Francia hacia los Alpes, pero al llegar á Monlius se detuvo pretextando una enfermedad, bien que con ánimo de volver sobre sus pasos y dar el grito de la rebelión. No podía soñar que el rey sería avisado oportunamente, y esto sin duda destruyó parte de sus planes; pues si bien el monarca acudió en persona al punto en que se alojaba el Duque y éste consiguió convencerle de su fidelidad, Borbón, al abandonar pocos días después sus banderas, se introdujo en Italia, donde le vemos figurar entre los caudillos del ejército imperial, en las más importantes operaciones que se efectuaron en el Milanesado. Con las tropas del César penetró en Francia, y ya sabemos el mal resultado que tuvieron sus planes de invasión; mas de regreso á Italia tuvo la triste gloria de vencer á sus compatriotas y contemplar prisionero á su rey. Con todo, á pesar de sus méritos y sus servicios, la altiva nobleza castellana jamás le miró con buenos ojos; no así el Emperador, que le hizo en Toledo, después de la victoria de Pavía, magnífico recibimiento y le concedió el ducado de Milán, de que hubo de desposeer á Sforcia por haber entrado de nuevo en tratos con el francés: empero, el casamiento con la hermana de Carlos no llegó á efectuarse.

Afortunado en las operaciones que efectuó en Italia en 1526, en cuyo año tomó el castillo de Milán y arrojó de este ducado á las tropas pontificias, vióse el experto caudillo en el duro trance de tolerar á sus tropas todo género de exacciones y tropelías, y aun él mismo hubo recurrir á medidas extremas para procurarse recursos, pues negándose las Córtes españolas á conceder nuevos subsidios para la guerra, hallóse con un ejército falto de lo más indispensable á la vida. Fué para él una fortuna, si se quiere, que el Pontífice atrajera sobre su cabeza la terrible nube de un ejército hambriento é indisciplinado. A principios de 1527 avanzó con sus tropas hacia los Estados Pontificios, permitiendo á su paso el saqueo de algunas poblaciones, y cuando el Papa quiso alejar de sí aquel azote, ajustando con Lannoy un tratado, era ya tarde: el ejército de Borbón, después de cruzar el territorio florentino, marcha sobre la capital del orbe católico. En el siguiente Estudio hallará el lector los detalles histórico-militares relativos á estas operaciones.

Para ser conocido de los suyos, Borbón vistió sobre la armadura en el momento del asalto un traje blanco. Dió á sus tenientes las necesarias instrucciones y dirigiéndose á sus soldados les dijo: «Ea, compañeros y hermanos; vais á combatir á Roma, cabeza del mundo y dominadora de las gentes; ved que la honra del Emperador está en vuestras manos, y espero que corresponderéis á la fama que siempre tuvisteis, de ser los mejores y más bravos soldados que se conocen.» Seguidamente se dió el asalto, y como viera el Duque que perecían en gran número los primeros que acometieron, clava por su mano una escala, trepa al muro y es muerto por un tiro de arcabuz al sentar el pié en la plataforma. Cayó al foso, mas ordenó á los que le recogieron que se ocultara su muerte para evitar el desaliento; empero, la triste noticia fué cundiendo por las filas y contribuyó á que aumentara el furor, fuera cubierto el muro por las tropas y éstas cayeran sobre la ciudad, gritando venganza.

No nos detendremos á describir aquí el fúnebre cuadro que presentó Roma; la ira de los soldados, su sed de pillaje, el desenfreno y las pasadas privaciones fueron otros tantos estímulos para aquellas tropas faltas de jefe. ¡Tristes funerales en verdad, los de este caudillo, muerto joven aun, lejos de la patria que en malhora abandonó y cuyas glorias militares anublaba esta última página de su historia! Su lecho de muerte fué el ensangrentado foso; la salmodia fúnebre, el ronco clamoreo de la soldadesca triunfante, y las lamentaciones, el gemido de un pueblo entregado á una turba desenfrenada! Tal fué el desdichado fin de uno de los generales más inteligentes que tuvo en los ejércitos de Italia el Emperador.

Andrés Doria (pág. 509).—La familia Doria era en la república mercantil de Génova, una de las más poderosas y ricas, célebre ya á mediados de la Edad media, y que con las de Fieschi y Grimaldis, compartió en aquella opulenta ciudad marítima la preponderancia: como ellas se distinguió en las luchas políticas de que fué teatro aquel reducido Estado, mas de antiguo fueron sus individuos famosos por sus hechos en el mar, y la marina genovesa mandada por algunos almirantes de este apellido había alcanzado grandes victorias contra pisanos, genoveses y levantinos.

Cuando nació Andrés Doria (1468) su familia se hallaba emigrada, y en su consecuencia hubo de hacer aquél sus primeras armas al servicio de algunos príncipes reinantes en Italia. Después viajó por Oriente, y de regreso á la península italiana, militó bajo las banderas de Carlos VIII. Entonces se le deparó una ocasión de servir á su patria, contribuyendo á sofocar la insurrección de Córcega, y vuelto á la gracia de sus compatriotas, encargóle el Senado la reorganización de la marina genovesa y la represión de los corsarios africanos, á los que consiguió derrotar, apresándoles algunas galeras. Sin embargo, vióse obligado á emigrar de nuevo y con estas mismas galeras cuyas tripulaciones no reconocían otra autoridad que la suya, pasó al servicio de los franceses. Francisco I le nombró general de su escua-

dra y con ella batió á la del Emperador en las costas de Provenza, consiguiendo en parte que se levantara el bloqueo de Marsella y tomando algunas poblaciones de la costa. Cuando el rey de Francia fué conducido prisionero á España, Doria siguió algún tiempo la flota en que iba aquél, pero no consiguió libertarle. Dos años después se hizo dueño de Génova, destrozada por las parcialidades, y á nombre de Francisco I, restableció en ella la tranquilidad. Desde esta ciudad dirigía las operaciones de su escuadra que surcaba por la costa favoreciendo los movimientos del ejército que sitió á Nápoles.

Precisamente cuando mayor necesidad tenía Francisco I de sus servicios se indispuso éste con él, infiriéndole con su habitual ligereza una ofensa; lo cual contribuyó á cambiar de improviso el aspecto de las cosas y á que la dominación francesa en Italia se arruinara. Doria aparece frente á Nápoles reducida á la última extremidad y la socorre, después vuelve á su patria y la arranca del poder de los franceses (1528). Este es el momento en que más grande aparece su figura. Consigue imponerse á las banderías que aniquilan su país, llama á los desterrados, abre las puertas de las cárceles, hace que la jefatura suprema se confiera sólo por dos años, y renuncia patrióticamente al poder. Su patria le aclamó como á libertador, Carlos le dió honores y riquezas, hízole generalísimo de sus escuadras, le dió el Toisón y le nombró príncipe de Melfi: recompensas á que no se mostró ingrato, pues el Emperador le fué deudor de grandes servicios contra turcos y franceses.

Doria fué como marino el primero de su siglo; y como militar consiguió elevarse sobre el nivel de sus contemporáneos. Fué además el libertador y el legislador de su patria, en la que gozó una especie de soberanía marítima que le aseguraron su fama y sus buques. Se le acusa de haber fundado una oligarquía; mas téngase presente el modo de ser de aquellas repúblicas agitadas constantemente por los bandos y sometidos á influencias exteriores, para juzgar con imparcialidad las medidas de este hombre político. Contra él se tramaron dos grandes conspiraciones, la de Fieschi y la de Cibo; ambas fracasaron y ambas le obligaron á ejecutar justicia sumaria y severa; mas su poder y su influencia subsistieron bastantes años.

Murió en 1560 á los 92 años de edad.

Próspero Colonna (pág. 511).—La familia de los Colonnas, que tan importante papel desempeñó en Italia durante los siglos XV y XVI, era ya célebre en los últimos siglos de la Edad media, habiendo figurado en las turbulencias que agitaron á Roma en aquella época. De ella salieron buen número de cardenales, un pontífice (Martín V elegido en 1417) muchos hombres notables en la política y en las letras y algunos guerreros de nombradía, en primera línea Próspero, Marco Antonio y Fabricio Colonna. Sobrino de aquel Pontífice era el padre de Próspero, que se entrometió en las negociaciones entre la Santa Sede y Juana de Nápoles, recibiendo de ella el principado y otras posesiones, mas perdió éstas y aquél á la muerte de Martín. Próspero, su primo Fabricio y su sobrino Marco Antonio, efecto de las ambiciones de su casa, y llevados por el deseo de alternar con ventaja entre los nobles y príncipes de Italia, figuraron en las guerras entre los franceses y el Rey Católico, afectos al partido español, así como en las campañas sostenidas por el Emperador en aquella península; pero distinguióse el primero entre todos los de su familia, por sus altas dotes militares, su habilidad y su talento; cualidades que hacen de él uno de los primeros generales, después del célebre Gonzálo de Córdova. Las campañas que en el ESTUDIO anterior hemos descrito, darán por sí solas al lector una idea de lo mucho que le fué deudor Cárlos I. Al lado de Pescara, de Leyva, de Moncada y de Lannoy, descuella el capitán italiano gloriosísimamente y con justicia ha podido decir de él un historiador militar español: «Sus contemporáneos le dieron el título de *Contemporizador*, al que pudieron haber añadido el de regenerador del arte militar.»

Murió en Milán, que gloriosamente había defendido de los franceses, el año 1523.

Basilisco (pág. 512).—Está copiada esta boca de fuego de las interesantes *Memorias históricas sobre el Arte del Ingeniero y del Artillero en Italia*, escritas por Carlos Promis y traducidas por el Brigadier D. José Aparici y García, en cuya obra hallamos los siguientes datos:

«Como á consecuencia de la costumbre que se había introducido de dar á las bocas de fuego los nombres de animales venenosos ó aves de rapiña, se dió á las piezas largas de mucho calibre, que reemplazaron á las enormes bombardas á fin del siglo XV, el nombre de un reptil fabuloso, que pasaba por tener una potencia mortífera, y se las llamó *basiliscos*. Giovo (1) refiere que hacia el año 1500, el general Pésaro que sitiaba á Cephalonia, tenía á bordo de sus embarcaciones piezas largas de bronce llamadas *basiliscos*, cuyas balas de hierro tenian tal impulso, que atravesaban un muro de 8 piés de espesor. En 1509, los venecianos tenian en la batalla de Chiaradadda, que perdieron, muchas piezas largas, llamadas *basiliscos* (2). En 1522 los turcos presentaron en batería contra Rodas, además de 33 piezas gruesas, 12 *basiliscos*. Estas piezas tenían comunmente 8 ó 9 varas de longitud, y se usaban con preferencia en el mar. Se abandonó su empleo, porque eran muy difíciles de servir.

»El cañón basilisco, usado casi exclusivamente por los turcos en el siglo XVII, arrojaba balas de hierro de 98, 109 y 145 libras de peso.»

(1) *Vita Magni Gonzalvi*, pág. 28.
(2) *Memoires du Marechal de Fleuranges.*

Mosquete de muralla (pág. 512).—Según el Sr. Brigadier Barrios en su obra *Tratado elemental de Armas portátiles*, el mosquete fué introducido por Carlos I en 1521, y en esta época constó la infantería de dos tercios de arcabuceros ó mosqueteros y el resto de piqueros; otros autores opinan que el duque de Alba fué quien en 1568 lo dió á nuestros soldados. «Diferia el mosquete del arcabuz, en la hechura de la culata, que era casi derecha en vez de ser curva como en aquél, y su calibre era mayor: se forjó de una sola pieza de hierro el cañón y la recámara; con lo que resultó un arma mucho menos pesada (1) bien que parecida al arcabuz, siendo su alcance de 300 metros ó más: los primeros mosquetes se disparaban como los primitivos arcabuces, con ayuda de una horquilla á causa de su excesivo peso; pero poco á poco fueron aligerándose para que el soldado pudiera desembarazarse de la horquilla, apoyando solamente el mosquete en el hombro (2).»

A semejanza de la variedad introducida en los arcabuces: pedreñales y de parapeto, también vemos mosquetes de horquilla y mosquetes de muralla, y á esta última clase pertenece el de nuestro grabado.

Eran éstos de mayor calibre, longitud y peso; y como es consiguiente de mayor alcance. Su destino lo indica su nombre; emplearlos en la defensa, apoyando su extremidad anterior en el parapeto.

Porta-Estandarte (pág. 513).—Está copiada la figura que en dicha página reproducimos, de la colección de grabados de Hans Burgemair, *Triunfo del Emperador Maximiliano I*, y simboliza, juntamente con la serie de heraldos y porta-estandartes de que forma parte, las *Bodas de Borgoña*, ó sea el enlace de la casa de Austria con la de aquel nombre. La armadura del jinete y paramentos del caballo son de gran lujo; aquél ostenta en el casco enormes plumas, y así el coselete como el sayo hállanse realzados por primorosas labores. La barda es igualmente rica, componiéndose de testera, capizana, petral, flanqueras y gruperas. Sería ocioso hacer una detallada descripción de cada una de estas piezas, cuando tan exactamente pueden apreciarse en el citado grabado.

Heraldos á caballo (pág. 515).—Este grupo está copiado de la *Procesión de Bolonia* ó entrada solemne del emperador Carlos V y el papa Clemente VII en Bolonia el 5 de Noviembre de 1529, obra de Hans Hogenberg. Van vestidos los tres heraldos á la usanza tudesca; gorros con plumas y túnicas de variadas formas y ricas telas. El que aparece en primer término ostenta en los brazos y piernas piezas defensivas, y lleva el caballo con barda completa y ricos paramentos. Con la diestra sostiene un martillo. En segundo término aparecen dos jinetes, uno de ellos con el estandarte imperial, otro con una trompeta de la que pende un paño con el águila de dos cabezas.

Frasco de pólvora del siglo XVI (pág. 517).—Pertenece al conde de Nieuwerkerke. Es de marfil y en el centro aparece en relieve la figura de Marte desenvainando la espada. En una inscripción que se halla junto á la cabeza del Dios se lee la fecha de que data este precioso objeto, 1532.

Soldados venecianos (pág. 519).—Muy notables son los dos tipos en dicha página reproducidos. El uno viste un jubón ó quizás falso peto, á juzgar por las mangas de fina malla que cubren sus brazos; estrechas calzas de grana, y ciñe una espada corta. El otro va armado de todas piezas; la cabeza con el casco del que sobresale la capellina de malla; peto y espaldar, escarcelas, quijotes, canilleras y grevas. Es de notar en esta figura que las piezas defensivas van todas colocadas sobre el tejido de malla, sobresaliendo del coselete el faldellín.

Una y otra permiten formarse completa idea de los soldados italianos de este siglo, y el artista ha sabido colocarlas con grande acierto, interpretando una de las situaciones placenteras de la vida militar.

Espada de fabricación italiana (pág. 520).—Perteneciente á la colección particular de Napoleón III. (siglo XVI) El puño damasquinado de oro es de una ejecución delicadísima. El pomo presenta sobre un fondo damasquinado medallones en relieve plateados, y la hoja de fabricación española, es larga, con dos aristas, cubriéndola en su primer tercio una preciosa ornamentación.

El marqués del Vasto (pág. 523).—Era D. Alonso Dávalos, marqués del Vasto, hijo de un hermano del marqués de Pescara, familia esta oriunda de Castilla, pero que se había establecido en Nápoles en tiempo de D. Alfonso *el Viejo*. En este reino habían luchado contra los franceses bajo las banderas del infortunado D. Fadrique y más tarde á favor de D. Fernando *el Católico*, recibiendo D. Iñigo Dávalos en premio de su esfuerzo el título de marqués del Vasto. Educado en la escuela de los capitanes españoles que en los primeros años del siglo XVI dieron tanta gloria á nuestra patria, y sirviendo á las órdenes de su tio el insigne marqués de Pescara, el joven D. Alfonso dió á conocer muy pronto sus talentos, contribuyendo á la victoria de Pavía y tomando una parte activa en las campañas de que el Milanesado y el reino de Nápoles fueron teatro. Cuando el sitio de esta plaza y en el combate que riñó la flotilla de Moncada con la escuadra de Dória, Vasto, que combatió como un león, tuvo la desgracia de caer

(1) El peso del mosquete se redujo á 6 6 7 kilógramos, siendo sus balas de 16 en libra; empleóse hasta el siglo inmediato.
(2) Barado y Génova, *Armas portátiles de fuego*.

prisionero; pero este acontecimiento influyó beneficiosamente en el porvenir de la guerra, pues el marqués no sólo consiguió su libertad, sinó que atizando el rencor que despertó en Doria una ofensa del rey de Francia, consiguió atraerle á su partido y cambiar así de improviso el aspecto de las cosas.

Más tarde le vemos encargado de organizar y mandar el ejército en la expedición de Túnez, diririgir el asalto de la Goleta y la batalla de los pozos de Túnez, hechos estos que acreditan haber llegado su fama militar al apogeo. De regreso á Italia, toma parte en las operaciones contra la Francia y marcha á Provenza, reemplazando luego en el mando supremo al célebre Leyva, arrebatado por el azote de la peste. El Emperador tuvo en tal estima sus servicios que le nombró gobernador del Milanesado y como á tal prestó excelentes servicios á nuestra causa; mas por desgracia la derrota que sufrió en 1544 en Cerisoles destruyó el favor de que gozaba en la córte. Cárlos, al recibirle en España después de aquel hecho de armas, tratóle con extrema frialdad; y tal vez disgustado por este desengaño ó abatido por los achaques, decidióse á retirarse á la vida privada, falleciendo en 1546 en sus posesiones de Lombardía.

Infantería española (pág. 527).—Los dos tipos que en la citada página representamos pertenecen á nuestras tropas de infantería: el que sostiene la bandera es un alférez, que como el sargento lleva coselete completo, bacinete y espada; el sargento llevaba en vez de la pica que usaban los soldados, una alabarda adornada de un pequeño fleco.

A propósito del alférez, dice Clonard en su tantas veces citada *Historia orgánica:* «Era el alférez lugar-teniente del capitán en su ausencia, debía ser dispuesto y gallardo para abatir la insignia en los saludos, con gracia y donaire. Variaban las banderas según las divisas de los respectivos capitanes, siendo costumbre el que llevaran sus colores heráldicos. Durante la marcha por el día las llevaban los abanderados, por la noche las recobraban los alféreces, y cuando las compañías se hallaban alojadas, cada uno de ellos tenía obligación de colocar la suya en la ventana de su aposento á fin de que la tropa supiera dónde habitaba y le sirviera de punto de reunión. Los tambores y pifanos estaban á su cargo, y en las *muestras* se presentaban con venablo en mano, mientras el veedor general pasaba revista, siendo de notar que eran también depositarios de las listas filiadas de los soldados.»

En la bandera que lleva el de nuestro grabado echaráse de ver que campea el águila imperial de dos cabezas, distintivo del César.

Arcabucero (pág. 529).—Ya hemos dicho lo que era el arcabuz: un cañón montado sobre un afuste prolongado hacia su parte posterior, el cual se cargaba por la boca, comunicándose el fuego á la cazoleta por medio de una cuerda ó mecha que llevaba en la mano el arcabucero, y más tarde gracias á un sencillo aparato en que aquella se adhería á un serpentín y oprimiendo el disparador subía á la cazoleta. Generalmente los arcabuceros emplearon el arcabuz de mecha, é iban provistos de una sarta de 15 ó 16 cargas de hoja de lata de la medida de la munición de su arcabuz, echada por el hombro izquierdo y cayendo por debajo del brazo derecho, llevando además un recado de cuerno ó metal y pólvora en la faltriquera por si las cargas faltasen. La sarta se llamó bandolera y de ella pendían por medio de cordones cajitas ó bolsas de lata, cuero ó madera conteniendo las cargas hechas de antemano.

Ya hemos visto la parte que cupo á los arcabuceros en la batalla de Pavía. Branthome, dice, que en su tiempo los franceses les atribuían su derrota y son estas sus textuales palabras: «firent si bien et de telle sorte qu'ils emportarent la gloire de nous avoir bien estriez en ceste bataille de Pavie.»

El tipo que reproducimos es un arcabucero con capacete, gola de malla, jubón y calzas acuchilladas; ciñe espada, y con la diestra sostiene el arcabuz, la horquilla y la mecha. Pendientes del hombro lleva la sarta de cargas, el frasco y polvorín y el saquillo para balas.

Plano de Pavía (pág. 533).—Este plano ha sido dibujado en presencia del que adquirió en Pavía el Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, cuyo plano acompaña á su interesante estudio: *Una excursión á Pavía. Del antiguo Barcho ó parque de Pavía y de la batalla á que dió nombre*, Tomo II de sus *Estudios literarios.*

El marqués de Pescara (pág. 536).—Era natural de Nápoles, pero oriundo de Castilla, figurando por lo tanto su familia en primera línea entre las del partido español de aquel Estado. Militando desde mozo á las órdenes de los generales españoles, acreditó sus dotes y obtuvo tan alta dignidad, muy joven aún. A él se debió la toma de Milán en 1521, y la terminación feliz de esta campaña; la notable retirada de Marsella, al tener noticia de la invasión de Francisco I en Italia, la reorganización del ejército imperial al otro lado del Adda, y por último el triunfo de Pavía, que inmortalizará su nombre.

Como á documento notable damos aquí el parte que de la misma dió el marqués al Emperador:

«Porque las buenas nuevas se han de dar con la mayor brevedad posible, y mis heridas, aunque no peligrosas, no me consienten hacer otra cosa y porque presumo que mis cartas anteriores no hayan llegado y esta irá muy pronto, no puedo dejar de decir algo de lo ocurrido á V. M.—Yo hablé con voluntad del duque de Borbón, y el Virey á la gente, la cual toda prometió servir hasta el 10 de este mes. Así lo han hecho y continuado hasta ayer, y con esta promesa salimos á buscar los enemigos; y de contínuo con voluntad y orden de los dichos duque y visorey, y fuí á to-

mar á Santangelo, el cual ellos pensaban tener bien preparado. Batímoslo é combatímoslo en un día, donde hubo entre muertos y presos 600 hombres de á pié y 400 de á caballo y 60 hombres de armas; y hecho esto, vinimos á alojar tan cerca del rey de Francia, que V. M. holgara de verlo, porque los centinelas de ellos y los nuestros, de continuo se hablaban. Una noche, viendo yo algunas banderas, aunque fortificadas fuera del fuerte de todo el ejército, pedí licencia para dar en ellas; el duque y visorey tuviéronlo por muy bueno, y así fué con doce banderas españolas, y creo que les matamos 800 hombres, aunque por otras escribí á V. M. 600. La noche tras esto me llegué al alojamiento de los tudescos con toda la escopetería española, aunque no quise que entrasen, que lo podía hacer. Desde su reparo les matamos unos 300 hombres escopeteros, y algunos días antes los de Pavía dieron con cinco banderas de Joanín de Médicis, las cuales tomaron con muerte de 500 hombres de los suyos. Y aunque de este modo creo pudiéramos hacer al rey de Francia mucho daño con seguridad nuestra, porque los de Pavía no podían más sufrir y todo el ejército moría de hambre; los españoles se desmandaban á buscar de comer, los alemanes se comenzaban á ir, la gente de á caballo se había de sacar con ruego. Visto que ninguno nuestra necesidad tendría remedio; y que deshacer el ejército á vista del enemigo era tan malo como perderlo en la batalla, y que con ella V. M. alcanzaría la deseada victoria, ó nuestras vidas pagarían la deuda en que somos de servirle, el duque de Borbón y visorey quisieron el parecer de nosotros y todos lo fuimos de buscar al enemigo, lo cual se concertó lo mejor que se pudo con los de Pavía, aunque las trincheras, fosos y paredes que entre ellos y los enemigos había, no les dejaron hacer lo que deseaban. Y como el rey de Francia tenía toda su fuerza fuera del sitio donde nosotros estábamos y á lo que nos parecía confiaba mucho del Parque, al cual yo de muchas veces había reconocido, fué mi parecer que entrásemos por allí, lo cual pareció muy bien á todos; y así se ordenaron algunos vaivenes de golpe para romper la muralla, y fué tan recia que nos detuvo mucho más de lo que pensábamos; todavía la acabamos de romper á punto del día aunque mi voluntad era hacer el hecho de noche y nos hubo de echar á perder hacerlo de día. Quísolo Dios por lo mejor y creo que fué causa principal de nuestra victoria por lo que diré. La orden de nuestro ejército fué enviar tres mil hombres alemanes y españoles con el marqués del Vasto, porque fuesen á guardar una casa que se llama Mirabello, que estaba dentro del parque de su fuerte, aunque desviada del ejército del rey de Francia, pero en ella y más atrás llegaban los más de su gente de armas. Fué el marqués y con muerte de algunos de los enemigos ganó dicho paso y casa, tras él entraron nuestras batallas, y era tanta la contraria artillería, que para llegar como pensábamos al dicho Mirabello nuestra gente se hubo de apresurar y parecióles á los enemigos que andábamos desechos, y con esto dieron prisa con su llegada trayendo ante sí infinita artillería bien servida y la nuestra con la prisa embarrancada, de manera que de solas tres piezas nos podíamos servir. Andando de esta suerte yo hallé un bagio donde les hice echar á la infantería tudesca y española porque no recibiesen daño. Los franceses se pusieron en la campaña todas las batallas juntas de á pié y de á caballo, caminando lo más que podían hacia los nuestros. Hice reunir los tres mil hombres del marqués á los míos, y pareciéndome que ningún remedio había sino determinarnos de tomar su artillería y apretar con ellos, enviélo á decir al señor virey, que estaba á la cabeza de nuestra gente de armas, el cual no deseaba otra cosa, y como valeroso caballero recogiendo toda la gente, vino á dar en las armas enemigas con mucha desigualdad en número; pero su persona se puso tan adelante, y dió tan bien ejemplo á los otros que hicieron maravillas. Y visto yo cuanta necesidad había, y que la infantería aún no estaba muy cerca eché toda la escopetería española al costado de dicho visorey é hicieron infinito daño en los contrarios. En este tiempo acudió también el duque de Borbón con la batalla; y bien mostró en sus obras la enemistad que tenía al rey de Francia y voluntad de servir á V. M. En este tiempo que nosotros caminábamos, alemanes y españoles todos á la par, vinieron los suizos y alemanes del mismo modo y el marqués del Vasto y yo con los españoles y alemanes nuestros, volvimos sobre los suizos. Plugo á la divina bondad que los unos y los otros en un tiempo fueron rotos, ni más ni menos que la gente de armas; de suerte que todos y cada uno por su cabo seguimos el vencimiento, el cual fué con mucha muerte de gente suya y poca de gente nuestra, presos el rey de Francia y el que se dice de Navarra, Mr. de Sampol, el bastardo de Saboya, el escudero Montmorency, Galeazo Vizconti, Federico de Bosino y otros muchos que no me acuerdo; muertos el almirante Bonibet, el Sr. de la Paliza y otros muchos.

«De V. M. gracias á Dios, de quien vienen todas las victorias, que así las damos todos acá. Los de Milán y los de otros puntos fueron la vuelta de los montes huyendo; van en su seguimiento muchos caballos ligeros y gente desmandada; y no se pasó luego con el ejército porque todo estaba desunido siguiendo á los enemigos. El duque de Borbón y el virey, harto trabajados en recoger el ejército, y poner en recaudo todos los prisioneros, yo quisiera seguirlos, pero quedé atajado en el camino con tres heridas harto enojosas que los suizos me dieron. Todo se ha hecho muy bien al servicio de V. M., y mucho es lo que debe á esta gente, lo cual le suplico mande tener siempre en su memoria, porque en esta victoria, quitando la persona del duque y visorey, se ha de tener en tanto al menor soldado de este ejército por su determinación y voluntad, como el que más ha hecho en ella. V. M. es obligado á reconocerlo, y nosotros á acordárselo. Se dió esta batalla el cumpleaños de V. M. el día de San Matías, hoy día de la fecha. —Pavía 24 de Febrero de 1525.—Muy humilde servidor de V. M.—El marqués de Pescara.»

Después de citar este título tan glorioso para el marqués, no sin pena diremos que inducido por el resentimiento que le causó el hecho de haberse llevado Lannoy á España al rey de Francia sin su conocimiento, y excitado por el astuto secretario del duque de Sforza, canciller Morón, entró en un complot, cuyo objeto era hacer independiente

á Italia, siendo investido él con la soberanía del reino de Nápoles. Fuese que en realidad Pescara se dejara llevar de su rencor, y luego volviera oportunamente en sí, fuese que tomara parte en la conjuración con ánimo de conocer la trama y sentar la mano á los comprometidos, es el hecho que dió cuenta de ella al Emperador, hizo prender á los principales fautores de aquélla, y con esto cesó el peligro que amenazaba á nuestra dominación en Italia.

Poco más de un año después de la batalla de Pavía falleció este célebre general, y por cierto que joven aún, pues sólo contaba 36 años de edad. De él ha dicho con razón uno de nuestros más célebres escritores: «Pocas figuras más brillantes que este capitán muerto al fin en edad temprana, presenta la historia: todo le sonrió hasta la última hora. Amaba él la lengua, las costumbres, las personas de España, de tal suerte que ni hablaba otra lengua, ni seguía otras costumbres, ni se acompañaba de otras personas, como si no hubiera salido nunca su familia de nuestra patria; amábanle en cambio más que á nadie los infantes españoles, á los cuales sabía tocarles el corazón, hablándoles cual si fuera él sólo un aventurero osado y pobre como ellos. Con nuestros infantes peleó y quedó por muerto en el campo de batalla en Rávena, y peleó y venció en Pavía; y de ellos se acordó en su último instante como de sus propios hijos: porque según Paulo Jovio cuenta, lo que principalmente dejó recomendado á su primo el marqués del Vasto, al espirar, fué que cuidase de la insigne Victoria Colonna, su mujer «y de los soldados españoles.» Cosa justa, puesto que á ellos había debido en vida tanta gloria; y particularmente á los que manejaron los arcabuces en la gran jornada de Pavía (1).»

Caballería española (pág. 537).—Están copiadas estas dos figuras de la colección ó *álbum* del Sr. Conde de Clonard, autor de la *Historia orgánica*, quien hace de ellas la siguiente descripción: «Porta-estandarte armado de punta en blanco con coselete completo; esto es, peto y espaldar, cañones, guarda-codos, manoplas herradas, cota de armas, celada con babera, visera y airón de plumas: el caballo lleva silla de borrenes, petral y media barba de launas ó escamas de hierro.

«Trompeta vestido de coselete de ante con falda, calzas acuchilladas, capotillo y chapelete de fieltro blanco con pluma.»

Grabado de Hans-Burgemair (pág. 541).—En esta misma serie de explicaciones (*Artillería*) nos hemos ocupado del grabado fielmente reproducido en la página citada. Consagraremos, pues, algunas líneas á este artista.

Juan Burgemair nació en Augsburgo en 1473 y se le considera como uno de los discípulos más aventajados de Durero. Fué excelente y habilísimo pintor, y aunque no existen pruebas bastantes para decir que fué grabador en madera, se le tiene generalmente por tal. Es indudable que las estampas que llevan su cifra, H. B., son grabados suyos, como sucede con los que llevan el anagrama de Durero. Burgemair, acomodándose al estilo de este gran maestro, supo revelar en su obra gran originalidad y gusto, así como perfecto conocimiento del dibujo. La fecha de su muerte no es conocida, pues mientras unos la fijan en 1559, otros la señalan en 1517.

Batería (pág. 544).—Los planos y vistas de baterías de esta época, indican que éstas eran de cestones grandes, y para disminuir el tiempo que se empleaba en cortar las fajinas, se recomendó en tiempos de Felipe II que se llevaran hechas de estera y guarnecidas de piquetes, herrados por su extremo inferior; para preservar los cestones de la llamarada, hízose presente la conveniencia de guarnecerlos por la parte de la cañonera con cueros mojados en vinagre ó lienzos cubiertos de esponjas empapadas en este líquido.

El grabado que reproducimos es copia de una estampa del siglo XVI.

Murallas de Barcelona (pág. 545).—Las murallas del segundo recinto de Barcelona fueron comenzadas en el siglo XIII y siguió su construcción y ensanche durante los tres siguientes, levantándose en el XV la llamada de la Ribera y prolongándose el muro hasta el espolón de Levante en 1513. En 22 de Noviembre de 1527 el virey D. Fadrique de Portugal puso la primera piedra del baluarte del Mediodía y en 10 de Abril de 1535 la del baluarte del espolón de Levante, que aparecen en el grabado de la página referida. Prosiguió la fortificación por la parte de mar y fuése completando este segundo recinto fortificado que tenía 5,850 varas castellanas de circunferencia y 1.912,740 varas de superficie. El trozo de murallas que hemos reproducido ocupaban, con el barrio de la Ribera, el terreno en que se levantó la ciudadela. En dicha muralla se abrían la Puerta Nueva y la Puerta de Perpiñán.

Estos datos los hemos tomado de la obra del Sr. Pí y Arimón; Camino los amplía en las siguientes líneas: «Las obras de fortificación que en todo el siglo XV se han hecho en esta ciudad, han sido, según la *Crónica* de Bruniquer: acabar en 1438 la muralla de la Ribera, terreno que hoy ocupa la ciudadela; acabar en 1448 la muralla de mar, que había sufrido mucho con los temporales; limpiar y arreglar los fosos, lo que en 1463 se hacía por cuadrillas de 50 hombres; reedificar nuevamente en 1464 la parte de muralla de mar que habían otra vez arruinado las tormentas; y en 1496 dar principio á la muralla del espolón de Levante, obra que debió quedar en suspenso, pues en 24 de Agosto de 1502 acordó el dicho Consejo (de Ciento) que se hiciere, así como una empalizada por la parte del puerto, debién-

(1) Cánovas del Castillo. *Del antiguo Barcho ó Parque de Pavía y de la batalla á que dió nombre.*

do los eclesiásticos contribuir á tal obra, con todos los que habitasen en el distrito (1).» En el siglo xvi continuaron los trabajos y en 1513 se puso la primera piedra para el restablecimiento de la muralla de la Marina, habiendo sido sacada á pública subasta por los conselleres la parte que media desde el baluarte de San Sebastian al de Atarazanas. Construyéronse por esta época los baluartes de Levante y Mediodía y se terminaron en 1538.

Son curiosas, por los detalles en que abunda relativos á las fortificaciones de esta ciudad, las instrucciones que dió el duque de Alba al Consejo de Ciento en Julio de 1542, cuando ocurrió la guerra con Francia; y de las mismas reproducimos los siguientes párrafos:

«Item que al dicho Baluarte grande que agora adresan que no le hagan troneras sino que juega por barba y que le alsen todo lo que pudieren y que alsen el suelo de dicha tierra pleno para que las piezas alcansen á jugar por barba. —Item que el muro que va de un baluarte á otro que á la banda de levante enxirle de tierra pleno por de dentro mirando lo que pueda comportar el muro que me parece delgado y que juega por barba.—Para hacerse esto con la brevedad que conviene serán menester echar tres mil hombres gastadores que labren en ello y si se ha de hacer bien á la larga será menester echar dos mil hombres.—Es menester para la dicha ciudad y guarda della 150 piezas de artilleria de bronzo entre canyones y colobrinas y medias colobrinas y medios canyones y falconetes son menester doce mil hombres stranjeros por la defensa y guarda desta dicha ciudad ocho mil castellanos y cuatro mil tudescos y mas los de la ciudad.—Es menester que tengais dos mil arcabuzos y mil mosquetes y diez mil picas y mas cuatro mil cosaletes y seladas. — Mas que tengan pólvora para la artilleria sobre dicha á razon de 100 pilotas por cada pieza gruesa y 200 por las medias colabrinas, sacres y falcones.—Mas mechas de arcabuzos.— Mas plomo por a los arcabuzos y smerilles (2).»

Defensa del foso (pág. 547).—Representan nuestro grabado un cofre ó caponera, nombre que ha recibido á causa de su especial hechura la obra de fortificación adosada á los ángulos de la muralla en el fondo del foso y destinada á defender al pié del muro por medio de los fuegos de flanco. Su empleo se cree que data de los primeros años del siglo xvi, por lo menos esta es la época en que se aplicó en Italia; según Wauwermans se usaban en Francia desde fines del siglo xiv.

Cirujía militar (pág. 548 y 549).—Las dos reproducciones que ofrecemos en dichas páginas lo son de un libro de cirujía militar impreso en Strasburgo en 1528 por Juan Schott. Los aparatos dibujados sirven, como se vé, para producir la extensión de una pierna y un brazo, con objeto, al parecer, de reducir una luxación. Uno y otro dan perfecta idea de los progresos conseguidos en este ramo en el primer tercio del siglo xvi y por lo tanto los consideramos muy dignos de la atención de los inteligentes.

Fortificación con baluartes (pág. 550).—Para que el lector se forme idea de la primera aplicación de los baluartes, ó por mejor decir, de lo que llaman los técnicos *primera manera italiana*, presentamos dicha traza, que fué empleada por el arquitecto San Micheli. De este ingeniero dice el Sr. Mariátegui, al ocuparse de los que florecieron en Italia en el siglo xvi. «San Micheli, arquitecto veronés á quien atribuye Vasari la invención de los baluartes, es uno de los primeros partidarios de la fortificación abaluartada, y como tal, fundaba principalmente la defensa en los fuegos de los flancos, construyendo éstos detrás del orejón, con tres pisos escalonados unos sobre otros, sin contar el de la falsa braga. Vasari añade que era contrario á las casamatas, porque hacían mucho humo y además las quebrantaban el ruido y rebufo de su propia artillería, pero esta opinión, si efectivamente la tuvo San Micheli, debió adquirirla ya viejo, porque los flancos del baluarte de la Magdalena en Verona, los del recinto de Candía y el fuerte de San Andrés de Lido en las lagunas de Venecia, los construyó con casamatas. Este ingeniero estuvo algún tiempo al servicio de España y murió en 1559.»

Sistema de Durero (pág. 551).—En el texto del anterior Estudio hemos procurado dar una ligera idea del sistema defensivo ideado por Alberto Durero; mas como parezca que venimos obligados á dar en esta sección alguna noticia que justifique su título, nos limitaremos, con objeto de no repetir ideas, á reproducir el extracto que hace el autor antes citado:

«Este célebre artista alemán é ingeniero militar de extraordinario talento, fué el primero que procuró restablecer el equilibrio perdido entre la defensa y el ataque, construyendo grandes torreones en los ángulos del recinto y si era preciso arrimados también a las cortinas y unidos á ellas por dos flancos rectos. El macizo interior de los torreones en ambos casos, está formado por gruesos muros, unos concéntricos al perimetro, y otros en sentido de los radios, y los espacios vacíos que quedan entre ellos, están divididos por otros muretes en cruz. En la parte inferior de la escarpa hay una galeria abovedada de uno ó dos pisos, en los que se colocaba artilleria y mosqueteria con qué oponerse al paso del foso cuando el enemigo llegase á él. Los torreones están cerrados por el lado de la plaza, sobre la cual

(1) Camino. *Noticias históricas sobre las fortificaciones del antiguo reino de Aragón.*
(2) Copiado á la letra del *Libre de cosses assenyalades.*

tienen acción ofensiva, formando de este modo cada uno un fuerte independiente, capaz de defenderse por sí mismo, aprovechando además para cuarteles y almacenes las bóvedas de sus golas. Las cortinas tienen un parapeto aspillerado, y las piezas, situadas sobre los terraplenes, están cubiertas por un ingenioso blindaje de báscula.»

Si nuestros lectores quieren tener perfecta idea del sistema de Durero, pueden consultar la obra de A. de Zastrow, *Historia de la fortificación permanente*, lib. I, cap. 1.º Para los que más profundamente quieran conocerlo les remitimos á la traducción francesa hecha por el coronel de ingenieros Mr. Ratheau en 1870.

Garci-Lasso de la Vega (pág. 553).—Fué este insigne poeta hijo del célebre García Lasso de la Vega, embajador de los Reyes Católicos en Roma y de D.ª Sancha de Guzmán, y vió la luz en la ciudad de Toledo el año 1503. Pocas noticias se tienen de su mocedad, ignorándose, por consiguiente, dónde adquirió los primeros conocimientos literarios; lo que sí se sabe con certeza es que abrazó muy jóven todavía la profesión militar, aunque llevado de sus aficiones literarias consagrara á las Musas las horas de ocio que le dejaba aquélla. Hablando de sus versos, nos dice el poeta:

Entre las armas del sangriento Marte
Hurté del tiempo aquesta breve suma,
Tomando ora la espada, ora la pluma,

Siguiendo las banderas de Carlos I, Garci-Lasso tomó parte en los más importantes hechos de armas de aquella época, distinguiéndose siempre como buen soldado: y aunque en 1531, á consecuencia de haber sido testigo de los desposorios de uno de sus sobrinos, desposorios que vió con desagrado el Emperador, perdió el favor de éste y fué desterrado á una isla del Danubio, volvió por fin á la gracia de Carlos y tomó parte en el socorro de Viena y en la expedición á Túnez. Tan bravamente peleó en la batalla dada frente á esta ciudad que recibió dos lanzadas, casi á presencia del Emperador, que con otra gente acudió en su socorro. Postrado á consecuencia de sus heridas en los campos donde tuvo su asiento la poderosa Cartago, despertó en el corazón del poeta durante los largos días de su curación y convalecencia, una pasión violentísima por una dama napolitana, á la que ya restablecido siguió á Italia. La guerra puso termino á este de lirio amoroso; pues habiéndole confiado Carlos el mando de once banderas de infantería con el título de Maestre de Campo, tuvo que abandonar aquel país, dirigiéndose con sus soldados á Provenza.

Triste suerte estaba reservada á nuestro ejército en Francia, y ocasión tendremos de ocuparnos del mal éxito que tuvo la segunda invasión de las tropas imperiales en aquel territorio. La enérgica é inesperada resistencia de los franceses y el acertado sistema que emplearon, obligó á los invasores á desistir de su intento y regresar á Italia, no sin sostener al efectuarlo algunas luchas parciales. Cerca de Frejus, unos campesinos se hicieron fuertes en una torre que inútilmente cercaron los nuestros, y como el Emperador diera orden de asaltarla, subió Garci-Lasso de los primeros y fué herido de una pedrada en la cabeza que le ocasionó la muerte el 13 de Octubre de 1536, cuando contaba treinta y tres años de edad.

Garci-Lasso casó á la edad de veinticuatro años con doña Elena de Zúñiga, y esta señora fué quien dispuso la traslación de su cuerpo en 1538 desde Niza, donde reposaba, á Toledo; en cuyo punto se conservaron hasta que en 20 de Junio de 1869 fueron trasladados á San Francisco el Grande, de Madrid, donde aun permanecen en compañía de los de seis españoles ilustres.

Pocos serán aquellos de nuestros lectores que no hayan admirado las composiciones del cantor de Elisa, composiciones que le han merecido con justicia el dictado de príncipe de nuestros poetas líricos. De ningún poeta, escribe Gil de Zárate, se saben, tal vez más trozos; y es que sus versos, modelo de cadencia, subyugaban deleitosamente como *la música más apacible*. Con razón ha dicho de ellos un poeta militar como él: (1)

¡Cómo decir la cándida dulzura
de tus versos, oh Lasso
De belleza dechado y de ternura!

Porque en verdad pocos poetas han sabido como Garci-Lasso expresar con tanta delicadeza y naturalidad los afectos; y precisamente en una época en que tanto tributo se prestaba á los modelos clásicos. Nuestro Garci-Lasso da á comprender en su versos que conocía las obras de los autores griegos y latinos y que prestó tributo á una falsa imitación; pero, como dice muy oportunamente el Sr. Vidart, «la viveza de su fantasía y la ternura de su corazón, sobreponiéndose a las falsas doctrinas literarias que profesaba, le han inspirado acentos de verdero lirismo, frases calurosas, imágenes espontáneas y otros muchos primores que en sus poesías se advierten.» Muchos años después de la muerte de este insigne poeta se publicaron sus producciones, y desde aquel instante cundió su fama por nuestra

(1) D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.

patria y por otros países, mereciendo que al glorioso dictado que aquí le dimos, añadieran los extranjeros el nombre de *Petrarca español*.

Como nuestros lectores habrán echado de ver, hemos escrito el apellido del poeta en forma que quizás para algunos sea nueva, pero que sin embargo es como se halla en un autógrafo suyo.

Carros de campaña (pág. 554).—Pertenecen estos carros á la preciosa serie titulada *Triunfo del emperador Maximiliano I*, de que hemos hablado en la explicación de los grabados correspondientes á las páginas 491 y 513.

Escuadrón de lansquenetes (pág. 555). Véase *Lansquenetes*, pág. 482.

Borgoñota de Antonio de Leyva. (Lámina suelta, pág. 564).—El casco que en dicha lámina reproducimos, figura en el *Catálogo* de la Armería Real con aquel nombre y número 2510. Da el expresado libro la siguiente descripción de esta borgoñota: «Es pavonada: tiene mascarones, pájaros, delfines, figuras caprichosas y otros adornos de plata damasquinada, así como varias AA que se encuentran tanto en el crestón, como en otros parajes.»

Armadura del Emperador Carlos V. (Lámina suelta, pág. 520).—Esta preciosa armadura hábilmente reproducida al cromo, figura en la Armería Real de Madrid, y el *Catálogo* de la misma (n.º 2520), la describe así: «Yelmo empenachado. La visera, considerada como un aparato destinado á dar paso al aire y á la luz, al mismo tiempo que para preservar el rostro del hombre de armas, se presenta en este yelmo en su estado más completo, componiéndose de tres partes distintas, movibles sobre un botón, perno ó eje colocado en las partes laterales y á la altura de las sienes. Estas piezas son susceptibles de moverse como se quiera, unas independientes de otras, arriba ó abajo, escurriéndose sobre la cresta del yelmo. La primera de estas piezas, principiando por arriba es la *vista*, llamada así por una abertura horizontal ó espacio libre para poder ver. Esta pieza es verdaderamente un refuerzo á la visera propiamente dicha, que también en este yelmo tiene su *vista*. En seguida viene la visera y la ventalla en una pieza, compuesta de una especie de enrejado; y por último sigue el nasal, que se compone de una barra para defender la cara y la nariz, cuando las otras dos piezas están levantadas, y al que también han dado algunos el nombre de nariguera. A los lados de este yelmo, y como en casi todos, hay agujeros para dar paso al aire y al sonido. Gola; guardabrazos con alas, y brazales de cangrejo con manoplas; en el izquierdo tiene el año 1544; en el peto hay una Virgen, y en el espaldar Santa Clara; grandes quijotes. Todas las piezas de esta armadura tienen grabados, formando festones, y además listas grabadas y doradas.»

ESTUDIO UNDÉCIMO

REINADO DE CARLOS I (1526-1556)

I. Primeras consecuencias del tratado de Madrid.—Liga de Cognac.—Estado de Italia.—Campaña de 1526.—Sitio y toma de Milán por los imperiales.—Operaciones del ejército confederado.—Campaña de 1527-29.—Situación de los imperiales.—Invaden los Estados del Papa.—Asalto y saqueo de Roma—Nueva liga contra el Emperador.—Operaciones de los confederados.—Los franceses toman á Pavía.—Recobra el Papa su libertad.—Lautrec invade el reino de Nápoles.—Sitio de Nápoles.—Deplorable situación del ejército francés.—Su retirada y rendición.—Operaciones en el Milanesado.—Tratado de Cambray.—Juicio acerca de este tratado y causas que contribuyeron á la derrota de los franceses.—Toma de Florencia.—El Emperador es coronado en Bolonia por el Papa. = II. Invasión de los turcos en Hungría.—Preparativos de Carlos.—Retirada de Solimán.—Toma de Corón y de Patras.—Expedición contra Barbaroja.—Sitio de la Goleta.—Toma de Tunez. = III. Nuevas guerras en Italia.—Los franceses invaden el Piamonte.—Actitud de Carlos.—Su ejército expulsa á los franceses de Saboya.—Los imperiales invaden la Francia.—Desastroso fin de esta campaña para el Emperador.—Operaciones militares en Flandes.—Carácter que la guerra ofrece en Italia.—Tregua de Niza.—Expedición contra Argel.—Juicio de esta expedición.—Terrible desastre del ejército imperial.—Reembarcase el ejército. = IV. Guerras en el Rosellón, Flandes, Saboya y Piamonte.—Invade Solimán de nuevo la Hungría.—Operaciones en el Piamonte.—Derrota de los imperiales en Cerisola.—El Emperador y Enrique VIII invaden la Francia.—Paz de Crespy. = V. Juicio de las empresas realizadas por Carlos V.—Móviles de su política.—Su conducta con el cuerpo germánico y con los protestantes.—Liga de Smalkalda.—Aprestos militares del Emperador.—Ejército confederado.—Primeras operaciones de los protestantes.—Se incorporan las tropas del Papa á los imperiales en Landshut.—Los confederados cañonean el campo del Emperador.—Carlos toma la ofensiva.—Sus operaciones en las márgenes del Danubio.—Situación de ambos beligerantes.—Conducta de Mauricio de Sajonia.—Disgregación de las fuerzas de los confederados.—Operaciones del elector de Sajonia.—Batalla de Muhlberg.—Toma de Wittenberg.—Implora el landgrawe el perdón de Carlos. = VI. Dieta de Augsburgo.—El *Interim*.—Nuevas operaciones en Italia.—Mauricio de Sajonia.—Sus negociaciones con Enrique II.—Toma las armas contra el Emperador.—Los franceses invaden la Lorena y se hacen dueños de Metz.—Crítica situación de Carlos.—Conferencia de Lenz.—Marcha rápida de Mauricio sobre Inspruck.—El Emperador huye á Villac.—Conferencias de Passau.—Operaciones de Mauricio.—Paz de Passau.—Campaña en el norte de Francia.—Carlos invade la Lorena.—Sitio de Metz.—Desastre del ejército imperial.—Toma de Siena.—Operaciones en los Países Bajos.—Toma de Terouanne y Hesdin.—Enrique II invade el Luxemburgo.—Campaña de 1554.—Batalla de Renty.—Abdicación de Carlos V.

I

No era el tratado de Madrid garantía suficiente para la paz de Europa. Habíalo dictado el vencedor con la espada en la mano y habíalo suscrito el vencido con aquellas restricciones mentales que han arrojado sobre su nombre el baldón de la falsía y el perjurio. Por otra parte, los Estados de Italia, que ora se alian á Francisco, ora á Carlos, temerosos siempre de la preponderancia absoluta de éste ó de aquél, aunque sometidos de hecho al Emperador, no parecian dispuestos á permanecer á su devoción, contribuyendo esta actitud á que la tranquilidad no pudiera ser duradera. Así pues, la primera consecuencia de aquel tratado fué la liga de Cognac, liga de la que formaban parte el rey

de Francia, el duque de Milán, los venecianos y el Pontífice, y que se colocó bajo la protección de Enrique VIII: su objeto era obligar á Carlos á que pusiera en libertad á los dos hijos de Francisco I, que como rehenes tenía en su poder, y á restituir el ducado de Milán á Francisco Sforzia (1); y caso de negarse á ello el Emperador, obligábanse los aliados á poner en pié un ejército de 30,000 hombres, para expulsar á los españoles del Milanesado y reino de Nápoles. El Papa, cabeza de la liga, dió un nuevo paso que, tanto si se considera desde el punto de vista político, como religioso, acredita el buen uso que hacían los pontífices de sus prerogativas y es una nueva prueba de la capciosidad papal: nos referimos á la absolución del juramento prestado por Francisco I en Madrid (2).

Otro monarca que Carlos I se hubiera desconcertado ante esa nueva complicación, sobre todo teniendo en cuenta su escasez de recursos. Pero Carlos era un caracter; ni su ambición, ni su tenacidad, ni su amor propio profundamente herido, podían transigir con el falso Francisco, ni con los italianos que acecharan aquella ocasión para descubrir á las claras sus intentos y sus odios. Intimó al rey de Francia por medio de sus embajadores el cumplimiento de lo pactado en Madrid, y conocida que le fué su negativa se apercibió á la guerra, empleando en este trance extraordinarias energía y actividad. Y eran á la verdad urgentísimas las medidas que requería el estado en que á la sazón se encontraba Italia. La victoria de Pavía, que no había mejorado la situación económica del ejército, dueño del país que vejaba por todos estilos; la reciente muerte de Pescara, personalidad de tanto prestigio entre las tropas, y los mismos heterogéneos elementos de que éstas se componían, contribuyeron á que estallara un odio violentísimo entre los naturales y los soldados del Emperador, odio que contribuyó no poco á prolongar las luchas. Era, pues, en verdad triste y desconsoladora la situación de Italia, juguete de dos poderosos monarcas extranjeros, campo abierto para todas las violencias y todos los abusos, palenque de continuo ensangrentado. La guerra asolaba sus campos, la peste segaba la población de sus grandes ciudades, y todo linaje de tribulaciones y miserias pesaba con insistencia sobre ella. Milán, Nápoles, Florencia, Génova, Pavía, las hermosas riberas del Adriático, y por fin Roma, la capital del orbe cristiano, la sede veneranda del sucesor de Pedro, sufrieron una tras otra todos los horrores que acompañan á la guerra. Y era lógico que tal sucediera, pues ese pueblo carecía de unidad y de cohesión; sus diferentes Estados, animados de mezquina emulación, aspiraban tan sólo á imponerse unos á otros siquiera tuviesen que apelar para ello á la espada de un extranjero. Por otra parte el pontificado, que aspiró á ser emblema de la nacionalidad italiana, dirigido por hombres vulgares y ambiciosos, lejos de ejercer un papel de mediador, cual correspondía á su carácter, figuró en esas luchas como uno de tantos elementos que, ora inclinaban la victoria á favor de uno, ora de otro beligerante. Lógico fué que un poder que tanta influencia ejerciera en los destinos de Europa viniera cada vez á menos; lógico que la Reforma, propagándose con vigor en Alemania adquiriera grandes creces, y más lógico aun que, vilipendiado y escarnecido por los soldados de un monarca católico, pasara por los horrores del asalto de Roma y las vergüenzas de la fuga á Orvieto (3).

Procuraremos ser en lo posible concisos al narrar estas operaciones: la imaginación sigue con fatiga cierto orden de sucesos, por más que el arte del que escribe intente dar atractivo á la lectura, procurando que alternen la descripción y la crítica.

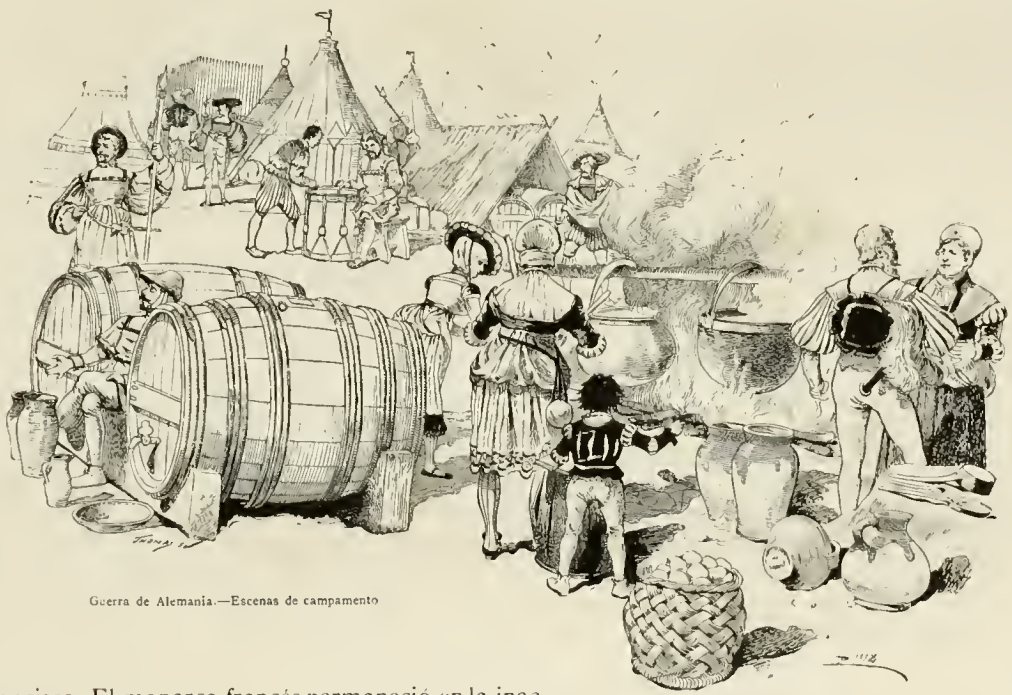
(1) Sforzia, que tanto había contribuido á la derrota de los franceses, fué repuesto en la posesión de su ducado por Carlos V, pero con tales condiciones, gravámenes y reservas que hacía de él un verdadero vasallo del Emperador. El justo resentimiento que le produjo este modo de pagar sus servicios y la amenaza constante que pesaba sobre su autoridad precaria le impulsó á entrar en una conjuración que, descubierta por Pescara, produjo su destitución de todos los derechos al ducado de Milán. En su consecuencia todas las plazas de este ducado, excepto Cremona y la capital fueron ocupadas por los imperiales.

(2) Tratan algunos escritores de establecer una distinción entre los actos realizados por el Papa como soberano y como cabeza de la Iglesia, y manifiesten que como á príncipe pudo cometer errores y estar animado de las pasiones que impulsaban á los demas monarcas. En esto podrían hallar los enemigos del poder temporal y aun algunos católicos una prueba de lo que ha perjudicado al pontificado ese poder. Mas desde el momento que el Papa empleaba contra sus enemigos, no ya las armas temporales, sino las espirituales, absolviendo á monarcas como Francisco I de sus sagrados juramentos y excomulgando á otros soberanos que no atacaban en él al *pontífice*, sino al *príncipe*, se pone de manifiesto la confusión originada por los poderes, espiritual y temporal; porque al emplear las armas espirituales, no obraban ya como príncipes, sino como pontífices.

(3) Clemente VII tuvo que huir de San Angelo disfrazado de mercader, y después de haber pactado su libertad con los españoles, dió las gracias á los franceses, á cuya presencia atribuía este beneficio.

Al inaugurarse esta nueva campaña, los imperiales tenían sitiada á Milán, en donde el duque Francisco Sforzia se mantenía secundado por un pueblo entusiasta y amante de su soberano. Esperaba con razón el ilustre Duque que los confederados acudirían en su socorro, y en esta idea prolongó su resistencia hasta el último extremo. Mas por desgracia, las primeras operaciones de los confederados carecieron de vigor. Francisco acababa de pasar por una dura prueba y sólo aspiraba á imponer á su rival con la formidable liga que había creado; Carlos no soñaba en renunciar á ninguna de las ventajas adquiridas, y si bien carecía de recursos, iba á suplir con la astucia la fuerza, con objeto de quebrantar por un doble concepto á su rival; y como en sus operaciones dominaba un solo pensamiento, un solo plan, de aquí que fueran ellas más rápidas y mejor concertadas.

Pronto se convencieron los confederados que no era razonable confiar en las promesas de



Guerra de Alemania.—Escenas de campamento

Francisco. El monarca francés permaneció en la inacción, Milán hubo de rendirse pasando sus defensores á refugiarse en la ciudadela, y el duque de Borbón trajo al campo imperial tropas de refresco. Por otra parte, Carlos, secundando las ambiciosas miras del cardenal Colonna, y aprovechando la ausencia de Roma de las tropas pontificias, le auxilió para hacerse dueño de esta ciudad, en la que D. Hugo de Moncada dictó al humillado Pontífice las condiciones que pluguieron á su señor. Mientras acontecía esto á Roma, recibían los imperiales refuerzos de España y Alemania, primero 6,000 hombres mandado por Lannoy y Alarcón, y muy luego 1,000 infantes levantados por el alemán Jorge Frundsberg, y 2,000 caballos por el archiduque de Austria.

El ejército confederado, fuerte de 20,000 infantes y 4,000 caballos y bien dotado de artillería, se hallaba á la sazón en la más completa inacción en los bordes del Adda; su caudillo el duque de Urbino, que abrigaba profundo odio á la familia de los Médicis, no quería comprometer sus tropas bisoñas con los veteranos españoles, por lo que vaciló durante mucho tiempo en diri-

girse contra Milán; y si bien la toma de Lodi por los venecianos le impulsó á bloquear aquella plaza, vióse obligado á levantar apresuradamente el cerco, vista la actitud enérgica de la guarnición, y dejando abandonado á su suerte al infeliz Sforzia, que aun se defendia con bravura en el castillo de Milán.

La rendición de esta fortaleza era lógica consecuencia de la retirada del ejército confederado; y su general, ansioso de dar una prueba de energía, decidióse á poner sitio á Cremona, plaza cuyo castillo aun pertenecia á Sforzia. Este sitio será siempre memorable por el hermoso ejemplo que ofreció la reducida guarnición de la plaza, falta de artilleria, municiones y vituallas, atacada por todo el ejército confederado, rodeada de baterias que destrozaron sus murallas, de lineas de circunvalación apoyadas por sólidos baluartes y hostilizada por los cañones de su castillo, en el que aun tremolaba la bandera enemiga. Los sitiados, 1,300 infantes y 300 caballos hicieron verdaderos prodigios, asaltaron las trincheras de los sitiadores y rechazaron enérgicamente sus ataques, mas no viendo probabilidades de sostenerse, ni de recibir refuerzos, admitieron la honrosa capitulación que les ofreciera el de Urbino, y abandonaron aquella ciudad en que tantas proezas realizaran, dando al viento sus banderas y precedidos de sus tambores y trompetas que batian marcha.

Pero todo el tiempo que invirtieron los confederados frente á Cremona, lo ganaron los imperiales en Milán, donde reorganizaron su ejército, y se les fueron reuniendo nuevos refuerzos; mientras que el ejército que mandaba el duque de Urbino vióse debilitado con la retirada de las tropas pontificias que apresuradamente llamó Clemente VII á Roma. Poco satisfactoria fué, pues, esta primera campaña de la liga, cuyas tropas al finalizar el año 1527 ocupaban las márgenes del Adda cubriendo el territorio de Venecia, mientras las del Emperador eran dueñas de todas las plazas del Milanesado, excepción hecha de Cremona y Lodi.

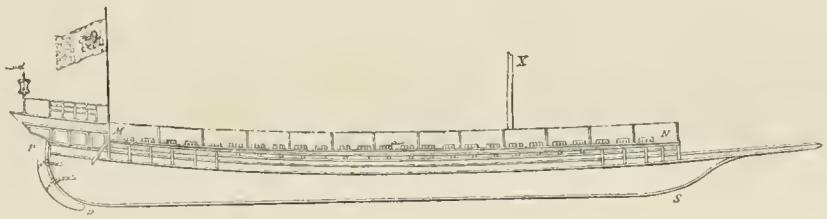
Fácil es presumir que una vez libre Roma de los imperiales, se apresuró el Pontífice á dar por nulo todo lo pactado: él que había absuelto á Francisco I del juramento de Madrid, estaba en su derecho al considerarse libre de promesas tan atentatorias á sus derechos como á su dignidad. Y moviale más á ello el hecho de haber mandado Francisco I á Italia un ejército, algo reducido en verdad, pero que debia contribuir á mantener la guerra, y sobre todo á levantar el ánimo decaido de los confederados. Era lo menos que podia hacer el soberano francés. Mas téngase en cuenta que mientras esto acontecía, Europa se veia amenazada por el alfanje musulmán y Alemania conmovida hasta sus cimientos por las nuevas doctrinas en ella propaladas.

No era muy halagüeña, á la verdad, la situación de los imperiales: habian éstos recibido refuerzos, pero cuando más aumentaba el número de tropas, mayores eran las dificultades que ofrecía su manutención. Debianse á los españoles considerables sumas, y á los alemanes auxiliares cantidades respetables; y en la imposibilidad de satisfacerlas, sus generales se hallaban en el triste caso de tolerar grandes excesos y aun de echar mano de todos los arbitrios para procurarse dinero. Ya no quedaba otro recurso que licenciar á las tropas ó lanzarlas sobre uno de los Estados enemigos; y de optar por este segundo extremo, fácil es suponer que los Estados de la Iglesia eran los que debian atraer sobre si las calamidades de la guerra; pues á ello brindaban las violencias cometidas por el Papa contra los Colonnas, y su conducta con Moncada.

Los confederados tenian á la sazón su ejército establecido en una extensa linea, ocupando estratégicos puntos en los bordes del Po y del Adda, y las más importantas plazas de los Estados Pontificios. Decididos los imperiales á invadir estos Estados, efectuáronlo las tropas del reino de Nápoles mandadas por Lannoy, que se incorporaron en la Romania á las de Colonna y Moncada; mas detenidas ante Frasilone, plaza que era una de los más importantes baluartes de Roma, viéronse muy luego obligadas á emprender la retirada á causa de la súbita invasión que efectuó el enemigo en el reino de Nápoles. Esta invasión desacertada privó al Pontífice de su reducido ejército que operaba en unión de los franceses y le dejó expuesto á los ataques de los imperiales que en el Milanesado mandaba el duque de Borbón.

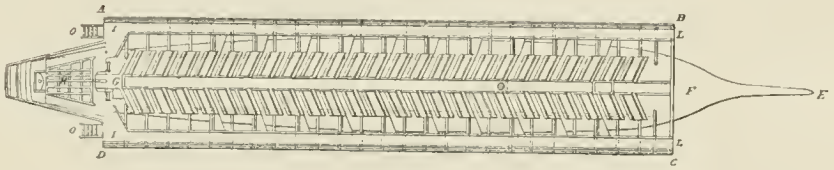
En efecto; el Duque, dejando á Leyva en Milán con 6,500 soldados, avanzó hasta las márgenes del Pó, donde se le reunió Fronsberg, cruzando el citado río el 30 de Enero al frente de vein-

ticinco mil combatientes, faltos de artillería y metálico, de bagajes y vituallas. Este ejército, compuesto de hombres de diversas naciones, cruzando por un país accidentado y en los rigores del invierno, detenido por obstáculos naturales y por las plazas fuertes que encontraba á su paso, y al que sólo alentaba la esperanza del botín, cruzó como una verdadera plaga por el Bolonés, salvándose de un inminente riesgo gracias á la inacción y á la impericia de las guarniciones enemigas. Dos meses habían transcurrido desde que abandonara á Milán, y en esta marcha prolongada, acosados por todo linaje de calamidades, comenzaron los menos resignados á quejarse, y á pasar de las quejas á las amenazas, estallando una imponente sublevación, víctimas de la cual perecieron algunos oficiales y en la que corrió grave peligro el mismo Borbón. Gracias á



TRIREME VENECIANA —DIBUJO DEL MODELO VISTO POR UNO DE LOS COSTADOS (1)

PR —Timon. RS.—Quilla. MN.—Empavesada X —Palo roto.



TRIREME VENECIANA —DIBUJO DEL MODELO VISTO POR LA CUBIERTA

Dimensiones principales

Eslora	(2) Pies vénet s 120	Distancia entre dos bancos .	Piés vénetos 22
Manga 1/8 de la eslora	» 15	Número de bancos por partes	» 25
Puntal 1/3 de la manga.	» 5	Número de remos.	» 150
Distancia entre yugos . .	» 101		

ABCD —Cubierta.
AB, DC.—Borda sobre la cual se apoyan los remos.
AD.—Yugo de popa
BC.—Yugo de proa
F.—Tajamar.
H —Bovedilla.
GF.—Corredor ó paso central
E.—Espolon.
IL.—Asientos de los soldados.
OI.—Escalas externas.

la palabra fácil y persuasiva de éste pudo dominarse aquel conflicto, y el ejército continuó su marcha.

En tanto el Pontífice comenzó á temer por su seguridad, y decidió entrar en tratos con Lannoy sin otro objeto que detener el golpe próximo á caer sobre su cabeza. Ajustóse un convenio de suspensión de hostilidades, en virtud del cual se restituían ambos contratantes las plazas que se habían tomado, y pagaba el Papa al Virey, á título de indemnización, 60,000 ducados, y Lannoy marchó, seguidamente de ratificado, á Roma, apresurándose á comunicarlo al Duque. Pero ¿era posible ya contener al ejército de Borbón, que después de tantas fatigas y privaciones se hallaba próximo á salvar el Apenino y caer sobre la Ciudad Eterna? A manera de devastador torrente,

(1) Copiada de la obra recientemente publicada en Venecia *La Triremi*, por el contra-almirante Luigi Fincati.
(2) El paso véneto tiene 5 piés: el pié equivale á m. 0,347.

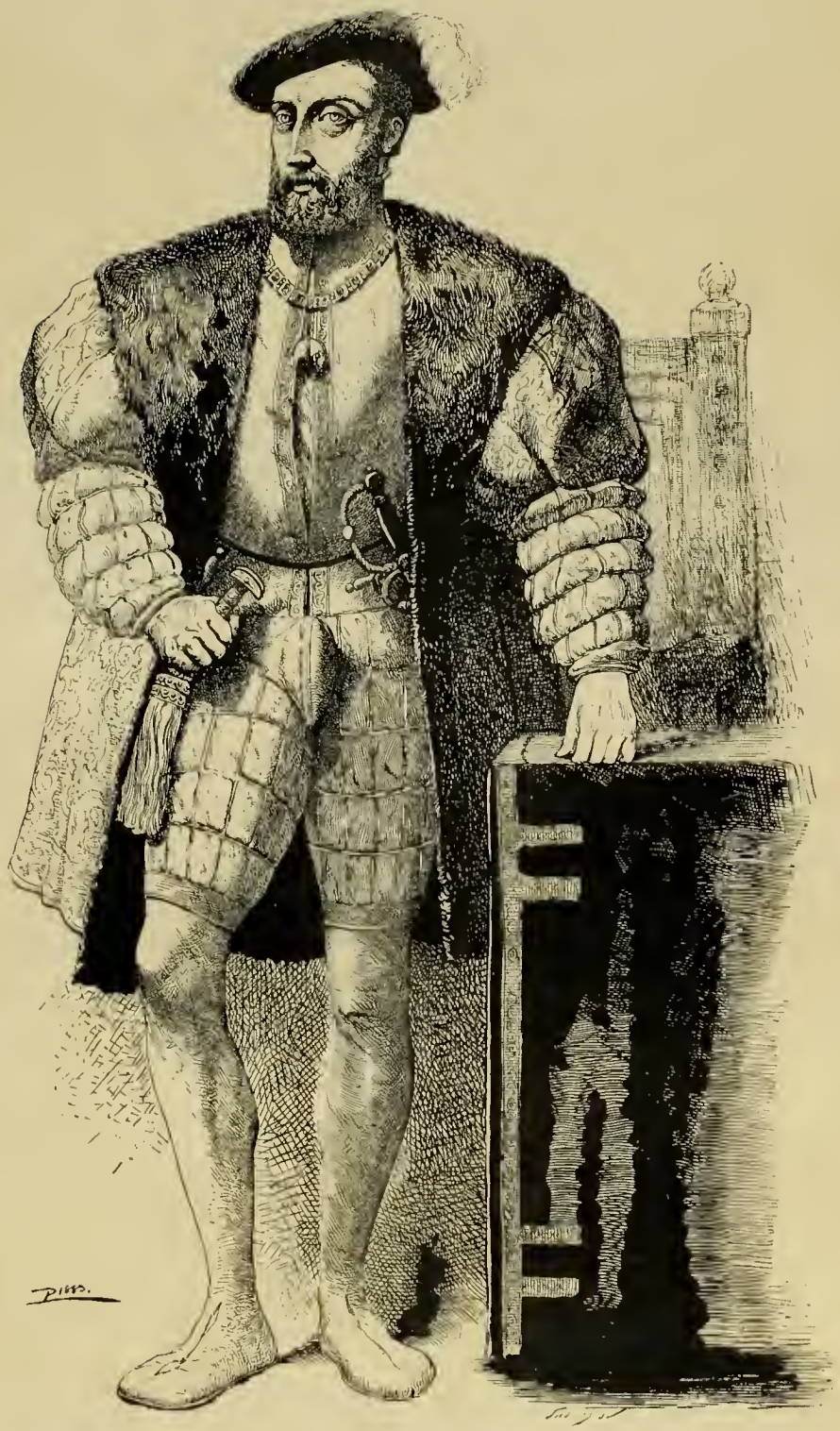
Cañón fundido por Loefler

avanzaba este ejército, mientras los aliados no se atrevían á adoptar un plan definitivo, y después de algunas vacilaciones se decidían á cruzar el Apenino, impidiéndoles luego continuar las operaciones los disturbios de Florencia, y la conducta equívoca del Papa. En aquellos críticos momentos comprendió Clemente los funestos resultados que sus desaciertos iban á procurar á Roma. Todo fueron confusión, vacilaciones y espanto. Pero no quedaba otro recurso que resistir al invasor ó abrirle las puertas de la ciudad, y en este trance la juventud romana acudió á las armas, organizáronse apresuradamente algunos cuerpos irregulares, reparáronse los muros, levantáronse parapetos, y se esgrimió de nuevo la espada de la excomunión.

En la tarde del dia 5 de Mayo se presentó el ejército de Borbón frente á los muros de Roma. Las cúpulas de sus numerosos templos se perfilaban á la luz del crepúsculo sobre el horizonte, y el eco repetia melancólico el tañido de sus campanas... Los invasores pudieron contemplar aquella ciudad reina destronada, cuyas grandezas la hacían aún respetable, y cuyo pasado llenaba la historia y asombraba al mundo; y sin embargo, ahora se hallaba próxima á ser presa de la barbarie nueva; peor, mucho peor que la de los soldados de Alarico, y que la de los guerreros de Totila. Y amaneció aquel memorable dia 6 que aun lloran las artes y aun puede deplorar la cultura universal, y aprestaron los imperiales las escalas pidiendo á grandes voces el asalto, y fué un hecho el saqueo de Roma.

Todo el ejército formó en orden de batalla para el asalto. El Duque, armado de piés á cabeza, llevaba un vestido blanco para ser reconocido de los suyos, y después de arengar á sus soldados condújolos al pié de la muralla divididos en tres cuerpos. La espesa niebla que envolvia á la ciudad facilitó su aproximación á los fosos; pero sus ataques fueron en un principio infructuosos. Borbón, al contemplar á sus soldados perder terreno, lánzase á la cabeza de los asaltantes, coge una escala, la apoya en el muro, y trepa por ella con ardimiento, pero una bala le derriba, y mortalmente herido es retirado por los suyos, exhalando momentos después el último suspiro con la serenidad propia de los héroes. Reuniéronse entonces los capitanes y eligieron por su general al príncipe de Orange; mas tan terrible contratiempo, lejos de abatir la moral de los soldados, enardece su ira, y precipitándose á los muros repitieron infructuosamente el asalto, hasta que por fin dieron con una casa adosada á los muros por la parte de *Sancto Spiritus* y penetraron por una de sus ventanas oculta con tierra y piedras (1).

(1) El asalto se dió el lunes 6 de Mayo de 1527, y opina el señor Cánovas, en un erudito trabajo inserto en el Tomo II de sus *Estudios literarios*, que «fué hacia el sitio donde se juntaba la muralla de la ciudad leoniana, en el monte de *Sancto Spiritus*, con el muro que, yo supongo, dice, desde allí partia á cubrir las colinas del Janículo.» En los fragmentos de unas cartas insertas en el Tomo VII de la *Colección de Documentos inéditos*, se lee que tuvo lugar por la parte que media entre el Belvedere y la puerta de San Pancracio,» y dicen sus autores que «antes de proceder á él mandó Borbón un trompeta á la ciudad, con objeto de que enviasen alguna persona ó personas con quien practicase su entrada, por excusar que Roma no fuese saqueada, y el señor Rendo de Cheri Ursino, á quien el Papa y el pópulo habian hecho capitán general, en persona de todos, despidió al dicho trompeta con palabras



EL EMPERADOR CÁRLOS V

E. Ullastres Editor

Tip. Academia

Los españoles habían atacado repetidas veces por aquella parte, siendo rechazados, á arcabuzazos, pero á favor de la niebla pudieron realizar su intento, derramándose entonces como sangrienta oleada por las calles de la ciudad. Cesó desde aquel momento la resistencia, pues Renzo de Ceri, que la dirigía, al ver los enemigos dueños del recinto, se retiró cobardemente; y dió comienzo á la matanza, al saqueo, á la violencia, á los ultrajes de todo género. El Papa refugióse azorado en el castillo de San Angelo, después de haber suplicado en vano á Dios por la victoria al pié del altar de San Pedro; pero en su fuga aun pudo contemplar el terrible espectáculo que ofrecía Roma entregada á una soldadesca desenfrenada, ebria de cólera por la muerte de su caudillo y ansiosa de compensar las

Nao española del siglo XVI

muchas privaciones que acababa de sufrir. Grande fué el botín recogido y numerosísimas las víctimas ocasionadas; los lansquenetes se distinguieron en estas tropelías, y en su odio el pontificado eli-

descomedidas, de cuya causa Borbón se indignó para dar más furia en su entrada, y de tal manera que por animar su gente se puso en los delanteros donde en los primeros fué muerto de un tiro de arcabuz, lo cual se cree que ha sido causa de las tres partes de los males y crueldades que se han hecho, porque aunque se diera saco á Roma, durara un dia y no *diez y nueve*, como ha durado, saqueando y matando siempre, y atormentando á la gente para que descubriesen el dinero y ropas.»

Es importante lo que á este propósito dice el citado Sr. Cánovas: «El milanés Grumello, que escribia seguramente su historia en los dias del suceso, dice en su dialecto particular que «el pobre de Borbón tenía intención de librar del *saco* á la ciudad, quizás contra la voluntad de Dios, que quería que Roma fuese de todo punto destruida, por los pecados horrendos que en ella reinaban.» Y al arcediano romano, en sus *Dialogos* le hizo decir nuestro Juan de Valdés estas palabras: «El duque de Borbón no venía para conquistarnos, sinó á defendernos de su mismo ejército: no venia á saquearnos, sino á guardar que no fuésemos saqueados.» Que parece idea extraña, si no se supone que los soldados imperiales, faltos de pagas y de todo género de recursos, no tanto eran conducidos, como conducian ellos mismos á su caudillo al asalto de Roma; ó no se da crédito á la especie de que, antes de comenzarlo, Borbón intentó por varias veces tratos con el Papa y sus caudillos

gieron en burlesca procesión á Lutero por pontífice. Con razón ha podido decir un historiador protestante: «Roma se habia visto varias veces tomada á fuerza de armas por los pueblos del Norte, los cuales destruyeron el imperio en los siglos v y vi; pero los bárbaros y paganos, nunca se portaron tan cruelmente como entonces lo hicieron los soldados de un soberano católico.»

Abrigaba el Pontífice la esperanza de que los confederados acudieran en su auxilio, pero era vana. El duque de Urbino, personaje el más importante de la liga, no tenia gran interés en acudir á su socorro, y los demás confederados, después de varias infructuosas tentativas, se reconocieron impotentes para intentarlo. Por otra parte la expedición á Nápoles habia fracasado, Florencia habia reconquistado sus libertades, el duque de Ferrara se habia hecho dueño de Módena y cada uno de las partes que componian la confederación se hallaba impulsada por muy opuestos móviles. Así pues, Clemente VII se vió completamente aislado, atado por decirlo así en aquella red de la que habia tejido buena parte. No le quedó otro recurso que pactar con los imperiales, prometiendo entregarles algunas plazas importantes y obligándose á pagar cuatrocientos mil ducados en tres plazos. Pero por de pronto permaneció prisionero en San Angelo bajo la custodia del leal castellano Alarcón.

La noticia del asalto y saco de Roma, así como la prisión del Pontífice, se propagó con suma rapidez por toda Europa, y Carlos, para atenuar el mal efecto que en el mundo católico debia producir este acontecimiento, apresuróse á manifestar que en aquella ocasión sus generales se habian excedido, si bien no por eso es menos cierto que mantuvo en su prisión al Papa, por cuya pronta libertad hizo celebrar en Madrid públicas rogativas. Francisco I y Enrique VIII encontraron en esto una ocasión propicia para manifestar á las claras sus proyectos, y estos monarcas, de los que el uno pactaba con el turco Solimán y el otro debia en breve sumir á su país en un cisma, dièronse prisa á organizar una nueva liga de la que entraron á formar parte el duque de Milán, los venecianos y los florentinos. Propicias eran, por cierto, las circunstancias para invadir la Italia y hacerse dueños de importates dominios; pero era indispensable llevar á efecto las operaciones con desusada rapidez, sostener convenientemente al ejército invasor y organizar excelentes reservas; en una palabra, hermanar la diligencia con la previsión. Y precisamente ni Francisco ni Enrique reunian estas dotes.

A la sazón el ejército imperial reunido en Roma y engrosado por las tropas que Lannoy, Moncada y el marqués del Vasto condujeron á la ciudad eterna desde el reino de Nápoles ofrecia un espectáculo verdaderamente deplorable. Orange, que habia reemplazado á Borbon en el mando supremo, carecia de ascendiente y autoridad para imponerse á aquella soldadesca desenfrenada, cuyas filas diezmaban las enfermedades y la peste. La llegada de las tropas de Lannoy fué una nueva calamidad para Roma; éstas disputaron á las que dieron el asalto los tristes restos del botin, y Roma contempló nuevos horrores y nuevas depredaciones. Con decir que tales excesos continuaron nueve meses largos, podrán calcularse las escenas de que fué teatro la capital del orbe católico.

Por fin dieron comienzo los confederados á sus operaciones. El ejército existente en Italia y que permaneció en Viterbo mientras los imperiales saqueaban á Roma, movióse en dirección al territorio florentino; Francisco Sforzia trató de apoderarse de la línea del Po, proyecto que hizo fracasar la diligencia de Leyva; y Lautrec, general muy estimado de los italianos y militar aguerrido en las campañas de Italia, avanzó por el Milanesado y se hizo dueño de Bosco y Alejandría, casi al propio tiempo que Génova caia en poder de Andrés Doria, almirante de la liga. A estas primeras operaciones siguió la toma de Pavía, plaza que se hallaba en mal estado de defensa y con escasa

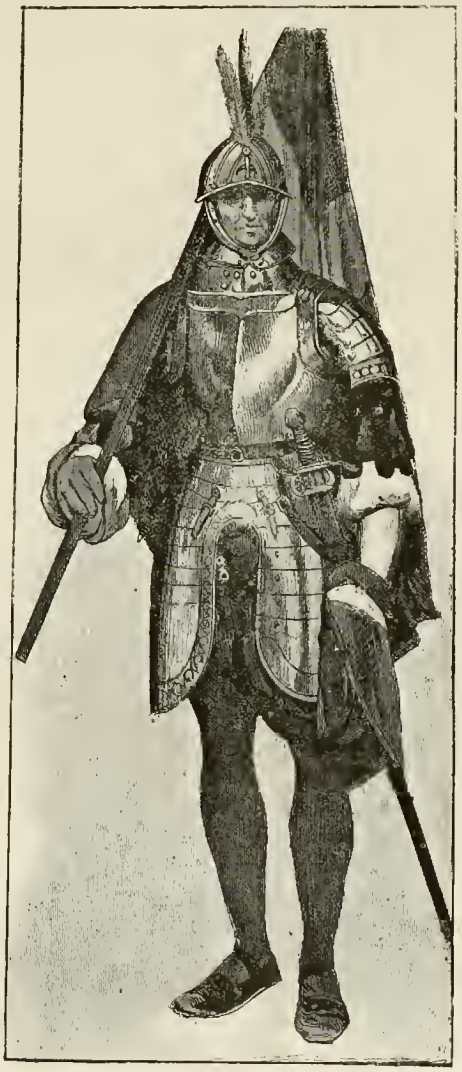
que los despreciaron, teniendo por imposible que de rebato fuese tomada la ciudad y fiados en el cercano socorro que les ofrecia el ejército coaligado contra los españoles, y que mandaba el duque Urbino. Una y otra suposición han sido objeto de dudas; pero es de todo punto indudable, que la ira de ver muerto al valeroso caudillo en sus soldados, y la relajación de toda disciplina, que siguió á su muerte, acrecentaron mucho la confusión y estrago.» *Del asalto y saco de Roma por los españoles*. T. II, pág. 305.

Sobre este episodio de nuestra historia militar, ha publicado el Sr. D. Antonio Rodriguez Villa, concienzudo historiador é investigador laborioso á que debe no poco nuestra historia militar, un importante libro titulado: *Memoria sobre el asalto y saco de Roma*, digno de ser leido por cuantos deseen adquirir mayor suma de datos relativos á tan célebres acontecimientos.

guarnición, y en la que se ensañaron los sitiadores, pues mientras se concertaba una capitulación honrosa, precipitáronse los franceses por las brechas y cometieron los más terribles excesos.

Tomada Pavia, lógico parecia el marchar sobre Milán, llave de la disputada Lombardía; pero bien fuera que se atuviese Lautrec á las órdenes reservadas de su soberano, bien que considerara más conveniente el lanzarse sobre el reino de Nápoles, desguarnecido por Lannoy, ello es que permaneció á la espectativa entre el Plascentino y el Bolonés.

Los progresos de los franceses, la escasez de sus recursos y el deplorable estado de sus tropas obligaron á Carlos á devolver la libertad á Clemente VII, libertad recobrada con muy duras condiciones, pues se vió obligado á anticipar en numerario la cantidad de 100,000 escudos y dar palabra de entregar en el plazo de quince días otro tanto y en el de tres meses 150,000. El Papa suscribió estas y otras condiciones no menos onerosas, allegóse por medios más ó menos legales el metálico necesario, y en su ansia de verse libre se disfrazó de mercader y se fugó á Orvieto, desde cuyo punto escribió una carta de gracias al general Lautrec. No se le pueden echar en cara tales veleidades; que bastante caro pagó este Pontífice los repetidos desaciertos de su vida accidentada y combatida.



Abanderado francés (Museo de Artillería de París)

En este intervalo los embajadores de Francia é Inglaterra pasaron á España á declarar la guerra á Carlos I. Este hallábase dispuesto á transigir respecto á algunos puntos del tratado de Madrid, pero exigia la retirada de los franceses de Italia y la restitución de Génova y el ducado de Milán: condiciones estas que Francisco, enorgullecido por los triunfos de Lautrec, nunca soñara suscribir. En su consecuencia el 21 de Enero da 1528, dos heraldos que acompañaban á los embajadores inglés y francés declararon al Emperador la guerra, y en esta ocasión, Carlos, indignado, retó al monarca francés á duelo, tachando su conducta de *cobarde* y *villana*, duelo que así como el propuesto por Enrique no llegó á verificarse.

Las operaciones prosiguieron, pues, su curso, y Lautrec en 10 de Febrero invadió el reino de Nápoles al frente de un ejército aumentado con 35,000 hombres, con el que se hizo fácilmente dueño del Abruzzo. Este movimiento puso por fin en alarma al ejército de Roma, obligándole á salir del estado de atonía y desmoralización en que viniera á parar. Así pues, al cabo de nueve meses de ocupación, abandonaban la capital del orbe cristiano la mitad apenas de aquellas tropas, en las que hicieron presa las enfermedades, hijas de la destemplanza, la disolución y la peste, plaga esta de que, por regla general, pocas ciudades de Italia escaparon tras los dias de saqueo y matanza. En su retirada puede decirse que los jefes imperiales desplegaron una habilidad y prudencia

digna de todo encomio. Es fácil darse cuenta del resultado de la campaña, si Lautrec, reforzado bien pronto por Sanluces y las bandas negras de Juan de Médicis, consigue librar una batalla con tropas desmoralizadas y faltas de energía. El príncipe de Orange se movió de modo que sus soldados, dueños de las plazas fuertes de Troya, Manfredonia y Barleta pudieran mantener las comunicaciones con el reino de Sicilia; y si bien Lautrec anuló en parte estas ventajas haciéndose dueño de Chiesa, plaza enclavada en el litoral, y que por lo tanto aseguraba sus comunicaciones con la escuadra é impedia las de los enemigos, no logró su principal objeto, que era atraerles á campal batalla. Las tropas francesas cubrian á la sazón el camino de Nápoles, y el ejército imperial hallábase en situación algo comprometida, teniendo á sus espaldas á San Severo, plaza guarnecida por los enemigos. En esta alternativa y teniendo en cuenta los capitanes del ejército cesáreo que Lautrec era dueño de casi todo el reino, excepción hecha de Gaeta y Nápoles, decidiéronse con energía á dar una batalla que debia resolver el sangriento problema de la guerra, pero el sensato parecer de Alarcón les salvó de segura catástrofe. Alarcón planteó el siguiente dilema: de vencer las tropas del Emperador los franceses hallarán nuevos recursos y refuerzos en toda la extensión del territorio italiano; de ser vencidas, en el estado de aislamiento en que á la sazón se hallaban, su derrota seria total, Nápoles caería seguidamente en poder de los franceses y con Nápoles sucumbiria la dominación imperial. Tan luminoso razonamiento se impuso á los ánimos más impetuosos; y en su consecuencia el ejército imperial se reconcentró en Troya y efectuó un movimiento retrógrado hacia Nápoles, logrando darse la mano con las tropas de Moncada á corta distancia de esta ciudad. Entonces decidióse que las tropas auxiliares italianas del ejército cesáreo se diseminaran por todo el territorio con objeto de hostilizar al enemigo y que el núcleo de las fuerzas se encerrara en Nápoles para sostener el sitio.

Lautrec avanzaba ya sobre ella, y dueño de todas las plazas que hasta entonces le disputaban los imperiales, manteniendo sus comunicaciones con la escuadra de Filipin Doria, que cerraba la entrada del puerto de Nápoles y dominaba en toda aquella costa y disponiendo de un ejército formidable, pues ascendia á 90,000 infantes y 20,000 caballos, con excelente artillería y cuidadosamente aprovisionado, podia considerarse con razón dueño de aquella ciudad, guarnecida sólo por 10,000 hombres mal retribuídos y peor avituallados, y entre cuyos jefes existían hondas rivalidades. Tales circunstancias decidieron al general francés por un bloqueo riguroso, bloqueo que agravaría aún más la situación de los sitiados, de reunirse la flota genovesa con la veneciana; cuya circunstancia decidió á éstos á efectuar una salida á bordo de algunas galeras que existian en el puerto de Nápoles. La escuadra de Doria habíase dirigido á Salerno con objeto de recibir á la de Venecia; pero, avisado con oportunidad el almirante genovés, se apercibió al combate y dió tan acertadas disposiciones á sus buques que, acosados los imperiales por todos lados, rota su línea de combate y puestas en fugas sus naves de reserva, no obstante el valor y la habilidad de los mil arcabuceros españoles que montaban en aquellas y el arrojo de D. Hugo de Moncada, el Marqués del Vasto, Ascanio y Camilo Colonna, el almirante Gobbio, Santa Cruz y otros capitanes, quedó la flota imperial totalmente destrozada, pereciendo en esta lucha D. Hugo y cayendo prisioneros todos estos distinguidos oficiales.

Al efecto moral que este desastre produjo en los sitiados, al azote del hambre que como el hierro y el fuego, comenzó á diezmar sus filas, hay que agregar la peste, compañera inseparable de tantas miserias, que se cebó con saña en la guarnición de Nápoles y muy luego en el mismo ejército sitiador. Pero no alcanzaron tantos males reunidos á superar la constancia de aquel puñado de valientes que estimaba como gran mengua el ser vencidos por los mismos á quienes impusiera la ley en tantas ocasiones. Los sitiados efectuaron bruscas y vigorosisimas salidas; los sitiadores avanzaron en sus trabajos, estrechando por momentos la línea de circunvalación con nuevas trincheras robustecidas con fuertes baluartes. Empero, ni estos trabajos bastaban á impedir las salidas de los imperiales, ni Lautrec consiguió hacerse dueño del fuerte de San Telmo, que, situado sobre el monte de San Martín, cubria uno de los lados más vulnerables de la ciudad. Mayores probabilidades de victoria les ofrecía el precario estado de la guarnicion, las rebeliones de los tu-

descos reclamando sus haberes y sus diarias deserciones al campo francés: por manera que no era posible dudar de la rendición de una plaza tan estrechamente bloqueada y cuyos defensores no podía tener esperanza alguna de socorro.

Sin embargo, aquella prolongada inacción debía ser fatal al caudillo francés; la peste y el hierro también había diezmado á sus tropas; las constantes rencillas y egoismo de los aliados daban ya su resultado cuando de improviso Doria, impulsado por graves resentimientos, enarboló en sus galeras el pabellón del Emperador, y desde Génova zarpó para Nápoles, no ya para bloquearla sino para socorrerla. Este acontecimiento produjo un triple efecto: quitó á los franceses el dominio del mar, reanimó el valor de los sitiados y modificó el concepto que en Europa se tenía de la reputación francesa. Para colmo de males empezaron á cebarse en los sitiadores las enfermedades tan comunes en aquel país durante el verano. La peste hizo tales estragos en el ejercito francés, que, según un escritor coetáneo, aun no quedaban en estado de prestar servicio 4,000 soldados. Lautrec mismo fué victima de ella, y después de haber luchado en balde contra tantos obstáculos y calamidades, pereció lamentando la suerte desdichada de tantos valientes. Sanluces, en quien recayó el mando, era un general que carecía de talentos militares, y su primer acto fué levantar el campo la noche del 24 al 25 de Agosto, retirándose precipitadamente á Anversa, acosado por los imperiales, á los que tuvo que rendirse. Sus tropas desarmadas debían, según la capitulación acordada, regresar á Francia. Y para que la humillación de Francisco I fuera más completa, mientras el príncipe de Orange vencía á los restos de su ejército en el reino de Nápoles, Andrés Doria devolvía á Génova su libertad y era aclamado por sus compatricios *padre de la patria*.

Gendarme francés (Museo de Artillería de París)

En vano trató el monarca francés de restablecer la reputación de sus armas en el Milanesado.

Antonio de Leyva dió allí pruebas de gran capacidad defendiendo un país inmediato á la Francia, de grande extensión y en el que luchaba con enemigos tan poderosos como el popular duque Sforzia, el duque de Urbino y los infatigables venecianos. Cuando los franceses se dirigían hacia el reino de Nápoles, Leyva, que se hallaba en Milán en una situación apuradísima y que no contaba ya con las plazas de Pavía y Lodi, tomó de nuevo la ofensiva y se hizo dueño de Novara. Casi al mismo tiempo pisaban la Lombardía dos nuevos ejércitos, el primero francés, al mando del conde de Saint-Paul el segundo tudesco, á las órdenes del duque de Brunswich, que

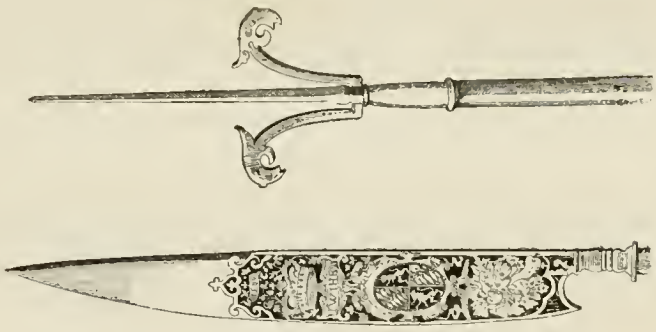
acudía desde el fondo de Alemania en su socorro. Érale forzoso á Leyva darse la mano con este general, pero los venecianos dominaban á la sazón la linea del Adda y la plaza de Pavia amenazaba seriamente su retaguardia: sin embargo, el caudillo español no vacila ante estas dificultades; por un esfuerzo propio sólo de su genio audaz se hace dueño de Pavía, Biagrasa y Arona, se enseñorea del Po, cruza el Adda y se da la mano en Bergamo con el de Brunswich. La inacción de los confederados facilitó este movimiento, cuyos resultados hubieran sido de gran importancia á no haberse visto Brunswich en la triste precisión de regresar á su patria por la falta absoluta de numerario. Prodigios de habilidad y de audacia hubo de hacer entonces el insigne Leyva para regresar á Milán, envuelto, como se halló, por sus enemigos y rodeado por fuerzas duplicadas. Mas triunfaron de todas dificultades su genio y su arrojo.

Aquella guerra ofrecía contrastes muy bruscos. Tras la retirada á Milán, ocurre la toma de Pavía por los confederados, y tras la toma de Pavia la súbita liberación de Génova por Andrés Doria, acontecimiento que cambia la faz de las operaciones. A consecuencia de este último acontecimiento recibió Leyva de Génova un refuerzo de 2,000 hombres, que después de grandes penalidades llegó á Milán; pero el general español, casi reducido á esta plaza, vió en breve diezmadas sus tropas por la peste que con aterradora violencia se declaró en la ciudad. Cuatro mil imperiales perecieron en ella y el resto, debilitados por el hambre, no se hallaban al pareçer en actitud de hacer frente al enemigo. Tales circunstancias impulsaron al francés á dirigirse contra esta ciudad, haciendo caso omiso de las advertencias del general de los venecianos.

En circunstancias tan criticas resuelve Leyva hacer un supremo esfuerzo. Abandona á Milán al frente de 7,000 soldados españoles, tudescos y algunos italianos, y protegido por las sombras de la noche va á caer sobre sus desprevenidos enemigos detenidos en Landriano. Él mismo gravemente aquejado de la gota, se hace conducir en una silla por los soldados, á quienes su presencia infunde nuevos alientos. Las tropas francesas quedan desconcertadas por el brusco ataque de las de Leyva, sus mercenarios alemanes, llenos de pavor, se abandonan á una fuga vergonzosa, los italianos siguen su ejemplo y bien pronto el ejército que mandaba el conde de Saint-Paul es roto, cayendo prisioneros éste y sus principales jefes (21 de Junio de 1529).

De este modo terminó en el Milanesado la campaña de los franceses: la suerte de sus ejércitos en la Lombardia corrió parejas con sus desdichas en el reino de Nápoles; y tan repetidos desastres impusieron una paz á la que por cierto se oponían intereses muy encontrados, pues todos la deseaban sin que nadie se atreviese á declararlo. Dos damas perfectamente versadas en los negocios diplomáticos zanjaron esta vez las dificultades: Margarita de Austria, tia del Emperador, y Luisa, madre de Francisco I, y de aquí el nombre de este tratado ajustado en Cambray y conocido con el de *Paz de las Damas* (1.° de Agosto 1529). El Papa se anticipó á él ajustando con Carlos en Barcelona un tratado particular, en virtud del cual se obligó éste á restituirle todos los paises pertenecientes al dominio eclesiástico, á restablecer los Médicis en Florencia y á constituir al Pontífice en árbitro de la soberanía del Milanesado. Clemente dió en cambio al Emperador la investidura del reino de Nápoles y le permitió recaudar en sus Estados una cuarta parte de las rentas eclesiásticas. Por lo que respecta al tratado celebrado en Cambray, sus principales articulos consistieron en que el Emperador no demandaría por entonces la Borgoña, que Francisco pagaria dos millones de escudos por el rescate de sus hijos y antes de que se les pusiera en libertad entregaria todas las plazas que ocupaba en el Milanesado, que cedería la soberania de Flandes y del Artois y renunciaria á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milán, Génova y otras ciudades de Italia. «Así fué, dice muy atinadamente Robertson, como Francisco, en su excesiva impaciencia por ver en libertad á sus hijos, sacrificó todo cuanto al principio le había estimulado á armarse y á continuar las hostilidades por espacio de nueve años, y que habia dada margen á una guerra más duradera que las que se habían visto en Europa antes de haberse generalizado el establecimiento de las tropas regulares y la imposición de las contribuciones. En virtud de este tratado quedó el Emperador único árbitro de la suerte de Italia, libertó sus dominios de los Paises Bajos de una vergonzosa marca de servidumbre, y después de haber vencido á su rival con las armas en la mano, le impu-

so como señor las condiciones de paz. Naturalmente no podía la guerra terminar de otra suerte, atendida la distinta conducta observada por los dos reyes en sus operaciones. Carlos, por carácter, tanto como por la necesidad de su situación, combinaba sus planes con la mayor prudencia, los llevaba á cabo con energía, y siempre atento á observar las circunstancias y los acontecimientos, no malograba ninguna coyuntura que pudiese proporcionarle alguna ventaja. Francisco, más emprendedor que constante en sus proyectos, se engolfaba con entusiasmo en vastos planes que ejecutaba luego falto de ánimo, era alucinado por sus cortesanos ó seducido por los placeres, y no pocas veces perdía las más favorables coyunturas. No menos que la diferencia de carácter de los dos soberanos influyeron en el éxito de la guerra las opuestas cualidades de los generales de ambos ejércitos. En los del Emperador se vió siempre el valor templado por la prudencia: un entendimiento fecundo en recursos á la par que ilustrado por la experiencia; una sagacidad profunda para penetrar los designios del enemigo, gran destreza en dirigir sus propios planes y en fin todos los talentos propios de grandes capitanes y prenda segura de la victoria. Pero los generales france-



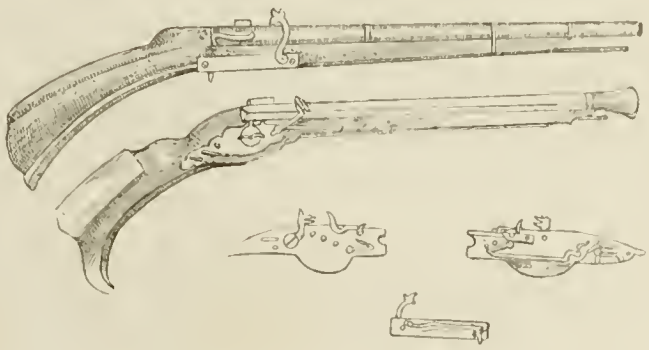
Porta-mecha de artillería.—Cuchilla de partesana

ses carecían de todas estas cualidades; la mayor parte de ellos tenían defectos contrarios, y si se exceptúa Lautrec, que fué siempre desgraciado, no hubo uno siquiera que pudiese envanecerse de igualar el mérito de Pescara, de Leyva, del marqués del Vasto, del príncipe de Orange y demás jefes que Carlos opuso á sus enemigos. Borbón, Morón y Doria, que con sus extraordinarios talentos y con su conducta tal vez hubieran equilibrado la superioridad adquirida por los imperiales, se perdieron para la Francia por el descuido de su rey; y se habrá notado que los mayores golpes que se descargaron contra estas naciones durante toda la guerra, fueron dirigidos por la desesperación de estos tres hombres que se habían visto obligados á abandonar su servicio (1).» No pueden exponerse más breve y magistralmente las causas que contribuyeron á la total derrota de las armas francesas en Italia. Mas no fueron, por su desgracia, las condiciones que Carlos impuso á su rival lo que más debió mortificar á éste, sino el sacrificio de su reputación y el abandono de sus aliados, Venecia, Florencia, el duque de Ferrara y algunos nobles napolitanos. La desdichada ciudad de Florencia, que arrojara á los Médicis de su seno, declarándose por los franceses, pagó bien caro este acto de independencia; pues reconciliados el Papa y el Emperador, penetraron en su territorio las tropas del príncipe de Orange, y á pesar de los esfuerzos de los florentinos y sieneses, en breve acamparon los imperiales frente á sus muros. El sitio de esta plaza se prolongó

(1) Robertson: *Hist. del emperador Carlos V*, lib. V.

algunos meses, pues sus habitantes se defendieron con bravura extraordinaria, pero acosados por el hambre y abatidos por la toma de la estratégica ciudad de Empoli y la derrota de las tropas que acudían en su auxilio en los campos de Gavinana, en los que halló la muerte de un valiente el príncipe de Orange, hubieron de capitular y entregarse al vencedor. De este modo cayó aquella hermosa ciudad, emporio del comercio y de las artes, centro de la cultura y de los placeres, joya del Renacimiento, cuyas glorias proclama su soberbio *Campanile* y la imponente cúpula de *Santa Maria dei Fiori*.

Entre tanto el Emperador pisaba el suelo de Italia, aquel suelo regado con sangre de tantas razas, bello aun á pesar de todos los horrores de la guerra, y en que el arte irradiaba aquella luz que eclipsaba el patriotismo y la fé. Génova le recibió con arranques de júbilo; Bolonia contempló á aquel monarca, el más poderoso de Europa, puesto á la sazón al frente de 20,000 hombres y prosternado ante el Pontífice á quien poco tiempo antes hiciera prisionero; el duque Sforzia, que solicitó el perdón de sus injurias, recibió la investidura del ducado de Milán; el de Ferrara



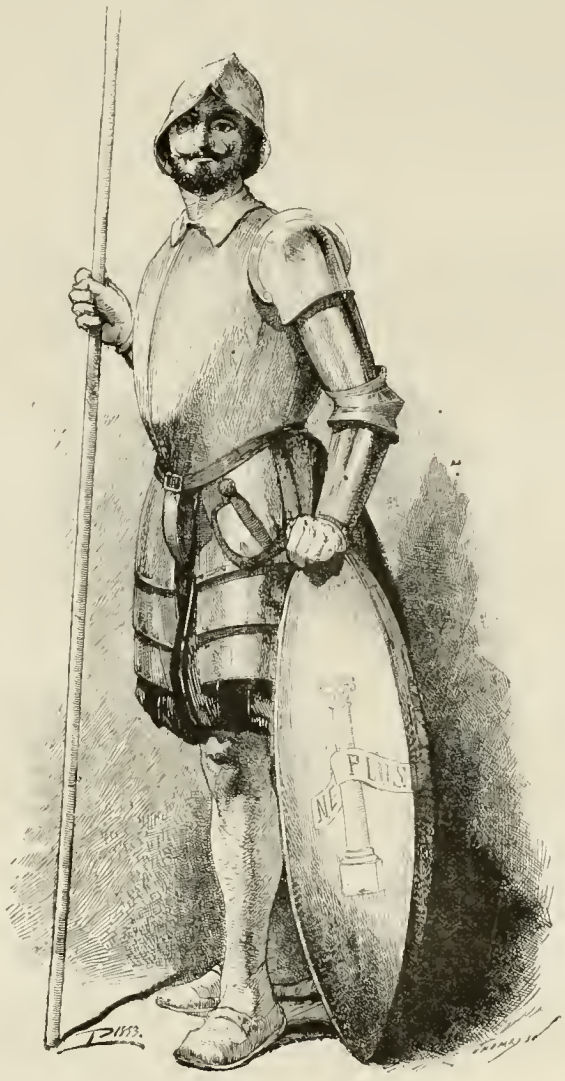
Escopeta de caballería.— Pistolete.— Llaves del pistolete — Llave de la escopeta.

entró en pacífica posesión de sus dominios; y dominados por fin los florentinos, pareció que la paz volvía á sonreir á la atribulada Italia. En Bolonia se efectuó con gran pompa la coronación de Carlos como rey de Lombardía y emperador de romanos, y allí pudo este soberano, árbitro de la paz de Europa, contemplar aquella córte fastuosa entre cuyos príncipes descollaba el Papa, saludando en él al monarca omnipotente que escribiera en su escudo de armas: *¡Plus ultra!*

II

Mientras las guerras entre Carlos V y Francisco I se sucedían, por decirlo así, unas á otras, el poderoso Solimán, príncipe que ascendiera al solio otomano casi al mismo tiempo que el primero de aquellos monarcas ciñera la corona imperial, daba á conocer sus dotes de organizador y de conquistador, levantando poderosos ejércitos y flotas con los que traspasó los límites de Hungría y cubrió casi toda la superficie del Mediterráneo, hiriendo así de muerte el comercio de los pueblos europeos. En Setiembre de 1527 sus tropas, después de hacerse dueñas de Belgrado y Buda, avanzaron hasta los muros de la misma Viena, y si bien la enérgica resistencia de su gobernador las obligó á retirarse, fué tan sólo con el propósito de volver sobre ella en número más respetable. Carlos comprendió toda la inminencia del peligro que corrían los pueblos europeos, ó por mejor

decir la civilización amenazada por medio millón de aguerridos soldados que dirigía un caudillo experto y valiente; y relegando á secundario lugar otras cuestiones importantes y transigiendo de momento con los príncipes adictos á la Reforma, procuróse en Alemania, Italia y Flandes fuertes contingentes, y eficazmente auxiliado por el Papa y por muchos magnates, púsose al frente de un ejército el más numeroso y lucido que hasta entonces se hubiera congregado. Este ejército debía operar en combinación con Andrés Doria, cuya flota impediría desde las aguas de Grecia todo movimiento de la escuadra turca contra las costas europeas.



Infantería española.—Piquero

Calcúlase en 200,000 hombres el ejército reunido por Carlos en Lintz y en 400,000 el que mandaba Solimán al penetrar en Hungría. Con tales elementos fácil es suponer que una batalla hubiera sido de gran trascendencia para el porvenir del imperio oriental y de los pueblos europeos. Pero estos ejércitos no llegaron á cruzar sus armas. Solimán se hizo dueño de Belgrado, mas detenido en el sitio de la reducida ciudad de Guinz, situada en la margen izquierda del Danubio, perdió un tiempo precioso, que utilizó Carlos reconcentrando sus tropas frente á Viena. La caballería ligera de Solimán, se diseminó por los territorios inmediatos, pero fué derrotada por los cuerpos avanzados del ejército imperial, y Solimán, noticioso sin duda de los elementos de que su enemigo disponía, inició su movimiento de retirada, y después de atravesar los campos de Hungría, entró en Constantinopla, llevando en su ánimo la triste convicción de su impotencia. Carlos no trató de perseguir al otomano, y hay que reconocer procedió esta ocasión con grandísima prudencia; pues carecía de recursos para sostener aquel ejército compuesto de los más heterogéneos elementos, y pesaban sobre él grandes dificultades y negocios de mucha cuenta á los que no podía desatender. Tan sólo la escuadra mandada por Doria, después de haber puesto en fuga á la turca, anclada en el golfo de Arta, tomó por asalto la fortaleza griega de Corón, la ciudad de Patras y los dos castillos que defendían el paso de los Dardanelos. Escasa novedad ofrecen militarmente hablando estos hechos de armas, por cierto bastante reñidos: sin embargo: en la toma de estas dos últimas fortalezas ocurrió un encuentro á campo raso entre cuatro mil infantes imperiales y numerosísima caballería turca, en el que vemos á los primeros formar un solo cuadro, ceñido

por los arcabuceros y en cuyos ángulos se colocaron piezas pequeñas de artilleria. «Este ejemplo del cuadro de infantería, dice Clonard, poco frecuente en aquellos tiempos, contra la caballeria, ha sido imitado felizmente por el primer capitán de nuestro siglo en las mismas regiones orientales.»

Las conquistas de los imperiales enclavadas á tanta distancia de la base de operaciones, puntos aislados que el turco tenia verdadero interés en recobrar como llaves que eran del mar que bañaba sus dominios, fueron un sacrificio estéril en hombres y recursos. Y así se puso de manifiesto con la fortaleza de Corón, que después de haber levado anclas Doria, vióse seriamente cercada, y á pesar de la enérgica defensa de su reducida guarnición sobre la que pesaron todo linaje de calamidades, hubo de ser abandonada en Abril de 1534.

Tal fué el término que tuvo esta que no acertamos á llamar guerra, cuyos preparativos tan extraordinaria idea dan del poder de Carlos V. Mas como si este monarca incansable alentara sólo para las conquistas y la gloria militar, apenas han transcurrido catorce meses cuando organiza contra Túnez, una formidable expedicion, en la que toman parte los portugueses y los italianos, y que se compone de 420 velas y 32,000 soldados. El día 31 de Mayo zarpó el Emperador del puerto de Barcelona, después de haber pasado muestra al ejército (1) y en Caller (Córcega) se le reunió el marqués del Vasto que casi al mismo tiempo partiera de Sicilia. La relación de un coetáneo, á lo que parece testigo presencial del hecho, relación en que no aparecen incluidas las fuerzas que condujo el marqués, dará al lector idea de las tropas que habia reunido el Emperador y de las que hizo alarde en el puerto de Caller; y eran estas: «Veinticinco mil infantes, sin los cortesanos y sin los aventureros; ocho mil eran alemanes, cinco mil italianos, los demás españoles. Habia también dos mil caballos, aunque algunos cuentan más, y otros menos. Los ochocientos llevaban todos armas, los otros corazas y casquetes con lanza y adarga, como ginetes, ó petos y morriones con malla que por esto llaman ligeros. Eran los navios mas de doscientos cincuenta, entre grandes y chicos, aunque dicen llegaban á trescientos. Habia sobre sesenta urcas y naos flamencas, cuarenta galeones, cien naves, veinticinco carabelas portuguesas y otras andaluzas: y aun el obispo Saravia, que largamente escribió esta historia, dice que todas las velas grandes y pequeñas pasaban de 420, en que habia 145 de remo, sin contar los navios de aventureros y debe de contar en este gran número las tafurcas, escorchapines, azabras y otros bajeles. Habia tambien muchos bergantines, fragatas, fustas, y algunas galeotas, doce galeras del Papa, cuatro de Malta con Aurelio Botigela, Prior de Pisa, quince españolas con D. Alvaro de Bazon, diez y nueve de Andrea Doria, diez de Sicilia, cuyo capitán era D. Berenger de Requeséns, nueve de Génova, seis de Nápoles con don García de Toledo, cinco de Antonio Doria, dos del señor de Monaco, así que todas serian las que el obispo dice, muy bien armadas y ricamente guarnecidas, porque cada capitán queria que sus galeras fuesen las mejores de remo y armas (2).»

Agregóse el marqués del Vasto con toda la armada y aparejos hechos en Italia á la escuadra del Emperador, hiciéronse á la vela y después de una navegación feliz dieron vista á Túnez, en la que reinaba por usurpación el famoso Barbaroja, pirata de gran renombre por sus tristes hazañas en el Mediterráneo, de continuo infestado por sus numerosas embarcaciones. Este usurpador habia sido investido por Solimán con el cargo de almirante de su armada, y se consideraba como soberano absoluto del mar. Carlos trataba de concluir con esta temible dominación, asegurando de este modo las relaciones comerciales de sus súbditos y el litoral de sus dominios italianos y españoles; pero no dejaba de ser una empresa aventurada el lanzarse á las temibles costas africanas, y sobre todo el pisar aquel suelo ardiente que tan tristes recuerdos guarda de las empresas militares de los europeos. (3) No se ocultaba á Barbaroja el poder de Carlos, é hizo formidables aprestos para conseguir la victoria. Reunió en Túnez un numerosisimo ejército, reforzado por mil ca-

(1) *Coleccion de Documentos inéditos*, Tomo I, «Alarde que hizo Carlos V en Barcelona á 13 de Mayo de 1535 de las tropas destinadas á la jornada de Túnez y la Goleta y vistoso trajes que le acompañaban» y «Noticia de los buques aprestados.» p. 155 y 56.

(2) Sandoval, *Hist. de Carlos V.*—*Coleccion* citada, Tomo I, p. 154. *Relación de la jornada de Túnez*.

(3) «Era esta guerra que el Emperador comenzaba, dice Gonzalo de Illescas, honestisima y de muy buen sonido; por ella se habia de asegurar las costas de la cristiandad, así que cumplir mucho su magestad con esta tan santa y pia jornada con su reputación y fama de cristianisimo, con tomar él solo y á su costa y por su misma persona esta común empresa, disminuyendo el crédito de sus émulos.»

ballos ligeros y después de llamar á todos sus corsarios y encerrar en el fuerte de la Goleta situado en la costa de Túnez un cuerpo de tropas regulares turcas, mandadas por un judio renegado, el más bravo de sus piratas, se dispuso á esperar el ataque del Emperador.

«La Goleta, dice un testigo ocular, está asentada á seis ó siete millas de Cartago cuasi al medio del golfo, entre el estaño que va á Túnez y el mar. Este estaño es un lago que tiene de largo doce millas; y de ancho nueve; entre él y la mar es la tierra tan angosta que en lo más ancho no hay quinientos pasos, y lo ordinario serán trescientos ó cuatrocientos pasos de anchura. Dura esta angostura seis millas, por que desde que comienza hasta la Goleta hay cuasi tres, y desde la Goleta hasta Rada, que es un casal de la otra parte de la Goleta, hay tres; y en medio de esto está la Goleta asentada, que es una torre ó casa cuadrada con algunas torres hechas en la misma muralla, no muy grande ni muy fuerte cuanto á si, mas éralo harto por la industria de los turcos. De la una bandada á Mediodia y Este asentada sobre el canal que sale del estaño para la mar; por la otra banda está Levante sobre la mar; la otra mira Poniente á Túnez, la otra á tramontana al cabo de Cartago. En este canal tenia Barbaroja muchas de sus galeras metidas. El sitio es fuerte porque á la banda de Levante la mar, y al Mediodia el canal y á la de Poniente el estaño y á la de tramontana un llano lo hacen fortisimo. A esta parte, que era donde el campo se asentó, habia un reparo muy grueso con una gran banda de artillería, á la de la mar, habia una muralla nueva que salia de la torre á juntarse con el reparo que estaba contra el llano, y tomaba desde treinta pasos de la mar hasta el estaño con diez y ocho cañoneras, y en ellas muy buenos cañones y culebrinas, sin los que estaban en la casa ó torre que he dicho, que eran muchas piezas grandes ó pequeñas.»

Érale forzoso á Carlos hacerse dueño de este fuerte, pues el avance hasta Túnez se hacía peligroso dejando enemigos á su espalda; así que, fué su primer cuidado la expugnación del mismo por mar y tierra, expugnación que ofrecia serias dificultades por la especial situación del mismo enclavado en la costa y cuyas comunicaciones con Túnez aseguraban unas lagunas enlazadas con el mar por un profundo canal. Seis galeras turcas colocadas en él defendian el fuerte por este lado, sólidos lienzos de muralla coronados por numerosas bocas de fuego, anchos fosos y otras obras de defensa protegían tan imponente fortaleza, considerada con razón como llave del territorio tunecino.

Efectuóse el desembarco de las tropas expedicionarias en aquella parte de costa que media entre la Goleta y el cabo en que asentó un dia Cartago, colocándose los buques á todo lo largo de aquella para que las tropas protegidas por sus cañones saliesen todas á un tiempo. Hiciéronse seguidamente dueños los cristianos de dos torres que dominaban por aquel costado la ribera y estableciendo entre ellas su real, apercibiéronse á combatir el fuerte. Carlos dió la orden de comenzar el ataque por mar y tierra simultáneamente; dividió su campamento por naciones y dispuso numerosas baterias que vomitaron horroroso fuego contra los muros de la Goleta. Pero el enemigo no permaneció en la inacción: enjambres de jinetes árabes atacaban por todos lados el campo imperial, obligando á sus caudillos á una exquisita vigilancia (1), y una brusca salida de los sitiados destrozó el cuerpo de italianos y puso en grande alarma á todo el ejército y en peligro la vida del Emperador, cuya armadura rozó una enorme bala. Afortunadamente pudieron los sitiados ser reprimidos en sus repetidas salidas y la abundancia que reinaba en el campo imperial y el constante arribo de nuevas tropas hacian augurar un éxito feliz á la expedición.

Barbaroja comprendió entonces que la suerte de la Goleta iba á decidirse, si no intentaba un vigoroso esfuerzo contra el sitiador. Su plan consistia en un ataque simultáneo del campo por su ejército y las tropas sitiadas; ataque que emprendió con energia, lanzando á sus soldados sobre el flanco izquierdo de los imperiales, quienes se vieron acosados á un tiempo por estas tropas y por el fuego de los buques anclados en el estanque. Hubieron de hacer frente á la vez á este doble ataque,

(1) «Eran tan diestros los árabes y moros en el pelear á caballo y tenían á los nuestros tan reconocida ventaja en el saberse menear y en sufrir el calor y los otros trabajos de esta calurosisima tierra, que se conocerá bien que en viniendo á batalla campal, habia de tener harto trabajo en la victoria.» Illescas *Tornada de Túnez*

y disponiendo Carlos que el marqués de Mondéjar con 250 caballos y otros tantos arcabuceros fuera á desalojar al enemigo emboscado en las tapias y olivares que se extendian á la izquierda de la laguna, sacó de los atrincheramientos el núcleo de las tropas y lanzólas contra el enemigo que ocupaba los bordes del estanque protegido por el cañón de las embarcaciones en él ancladas. Carlos dió allí pruebas de gran esfuerzo personal; su vanguardia, acosada por los enemigos, se declara en fuga, y el Emperador, al frente de sus tropas de infantería, á las que da el ejemplo, combate cuerpo á cuerpo hasta destrozar por completo á los tunecinos. A este reñido combate siguieron parciales luchas y asaltos frustrados que no alteraron la fisonomía de las cosas. El ejército trabajaba activamente en las obras de aproche y segun dice un testigo «cada dia iban las trincheras adelante y los reparos, y lo más hecho por los mismos soldados conforme á la antigua milicia romana, y siempre nos acercábamos á la Goleta con gran admiración de los enemigos, los cuales decian que caminaba nuestro bastión como culebra dando vuelta.» Hasta que las formidables obras de aproche no estuvieron totalmente terminadas no se procedió al asalto general. Este tuvo lugar al amanecer del 14 de Julio de 1535. ¡Dia memorable aquel para las armas españolas! Nuestros bravos tercios, colocados á vanguardia, van á dar una nueva prueba de su tesón; á ellos se reserva el cometido más peligroso, el escalar el muro; siguenles los alemanes y los italianos formando la batalla, y un cuerpo de 3,000 españoles bisoños completa este ejército. Los arcabuceros, hábilmente distribuidos, disparan contra los turcos que defienden los baluartes, las baterías rompen su fuego combinado sobre el fuerte, y la escuadra lanza también sus proyectiles contra las murallas. Después de haber sido batidos los muros, avanzan las tropas españolas escala en mano hacia ellos y trábase encarnizada pelea en la que sitiadores y sitiados hacen verdaderos prodigios de desesperación. Estos logran rechazar á los primeros, y el Emperador, que contempla el grave peligro que corre el ejército, reanima á los tercios con frases enérgicas y los impele de nuevo al asalto. Los turcos se vieron acometidos casi al mismo tiempo por distintos lados; españoles, alemanes é italianos cubrieron casi á un tiempo las murallas de la Goleta y la enseña imperial flotó por fin sobre sus baluartes. Pero la resistencia se prolongó hasta el último trance, muriendo los más de los defensores en su puesto y huyendo el resto por el canal. Siete horas duró esta función de guerra, más de cuatro mil balas lanzaron los sitiadores, algunas de ellas hasta de setenta libras y grande fué el número de los que perecieron por una y otra parte. Los imperiales no sólo se hicieron dueños de una importante fortaleza, si que tambien se apoderaron de unas trescientas piezas de artilleria y de toda la escuadra de Barbaroja, compuesta de diez y ocho galeras y galeotes, algunas de ellas notables por su construcción y por su riqueza. Asegúrase que al tomar Carlos V posesión de la plaza, dijo al destronado rey de Túnez, que le acompañaba en estas operaciones: «Ved ahi una puerta

Caballero francés de la época de Francisco I
Museo de Artillería de París

abierta por la que volveréis á entrar en vuestros dominios.» Y este pronóstico no tardó mucho en cumplirse.

No amilanó al intrépido Barbaroja la pérdida que acababa de sufrir. Los hombres de su temple tienen el don de engrandecerse en los momentos en que con mayor saña les combate el infortunio. Comprendió que no le era posible oponer en Túnez una seria resistencia al Emperador y tomó la determinación, muy osada en verdad, de adelantarse á sus tropas y ofrecerle batalla. A este efecto

Fernando de Austria, hermano del Emperador (De un grabado alemán)

dispuso que los alfaquíes infundiesen en las masas ese loco fanatismo que las mueve á todo género de sacrificios, y puesto á la cabeza de numerosas huestes salió al encuentro del ejército imperial. Este se hallaba ya en marcha precedido de una fuerte vanguardia, que formaban dos columnas de infantería con sus correspondientes arcabuceros y un contingente de caballería ligera destinada á la exploración. Al frente del cuerpo de batalla que seguía inmediatamente, iba el Emperador cubierto el cuerpo de cincelada armadura y caballero en soberbio corcel; rodeábanle los nobles armados como él de punta en blanco y entre estos del Vasto, que mandaba en jefe, Alarcón, los duques de Alba y Nájera, los condes de Benavente y Niebla, y otros muchos nobles españoles é

italianos: á continuación marchaban 6,000 alemanes mandados por el coronel Maximiliano Ebersteín, quienes protegían doce piezas de artillería conducidas á brazos. Tres cientos caballos españoles, varios tiros de artillería y dos escuadrones de infantería formaban la retaguardia en la que iba ansioso de recuperar su perdida corona el rey Hassen.

La marcha de las tropas imperiales fué por demás penosa. Agobiados peones y jinetes por el calor sofocante propio de la estación, avanzaban penosamente por aquellos arenales en los que muchos de ellos hallaban espantosa muerte. Fortuna fué y no poca que el ejército enemigo esperara en sus posiciones, pues así pudo el Emperador reorganizar sus fuerzas y disponerlas para un formal ataque. El ejército de Barbaroja ocupaba una extensa línea que protegían en parte las ruinas de la famosa Cartago. «Dos millas de los pozos que están cuatro millas de Túnez, dice el testigo presencial, se comenzaron á ver las banderas turcas y sus caballos, y los de los alárabes, y la infantería delante, y esto tomaba todo aquel campo, porque Barbaroja con sus turcos hechos en ala, tomaba desde el estaño hasta los olivares y desde los olivares venía otra ala de los alárabes y ceñía todo nuestro lado y el de la retaguarda y las espaldas della hasta el estaño, de modo que como un medio círculo sus caballos rodeaban todo nuestro ejército sino el lado que llevábamos al estaño.» Y añade muy oportunamente.» Había Barbaroja usado de consejo de buen capitán porque considerando el calor inmenso y cansancio de la gente, vía que la sed había de ser igual, y por esto llegó antes que llegásemos al agua, lo uno porque con verla tomada nosotros desmayásemos, lo otro por estar en un sitio tan fuerte que con menos gente se podía defender, porque hay allí unas tapias de huertas y unas torres á los pozos aparejadas harto para aquel efecto; y consideraba que si no nos rompía á lo menos podía defendernos aquel sitio del agua, y que defendiéndoles nosotros nos romperíamos (1)». Asimismo lo comprendió el Emperador. al contemplar las masas enemigas, sólidamente apoyadas y dispuestas á intentar ese esfuerzo supremo á que impulsan la desesperación y el fanatismo, y en tan críticos momentos vaciló un punto, temeroso del resultado de una lucha entablada en condiciones verdaderamente desfavorables, pues por otra parte la artillería venía muy atrás y no podía jugar. El consejo del veterano Alarcón, que marchaba á su lado, le alentó, resolviéndole al ataque (2). Este comenzó por la izquierda, generalizándose después en toda la línea. Barbaroja trató de sostenerlo protegiendo sus alas con la artillería, algunas de cuyas piezas abrasaban el flanco derecho imperial; pero arrollada su derecha, intentó envolver al ejército precipitando sobre la retaguardia su caballería y lanzándose él al frente de sus masas sobre la línea de batalla. En este momento los escuadrones erizados de picas y ceñidos de arcabuceros presentan tan seria resistencia, que el enemigo, desordenado, se desbanda y se declara en fuga, diezmado por el terrible fuego de nuestros soldados. Barbaroja llegó entre los fugitivos á la ciudad de Túnez, á la que halló sumida en gran consternación; parte de sus habitantes huían precipitadamente, los más no trataban de resistir al vencedor y el pánico era tal, que el usurpador no se consideró seguro en ella. Para colmo de sus males, los esclavos cristianos que se hallaban en la ciudadela de Túnez rompieron las cadenas, forzaron sus prisiones y asestaron los cañones de la fortaleza contra la ciudad.

Tan repetidos desastres decidieron al usurpador á huir á Bona, lo que verificó casi al mismo tiempo que las tropas de Carlos avistaban á Túnez y saludaban á los primeros cautivos que, alborozados, salían á participarle su anticipado triunfo. Unos 20,000 cristianos recobraban su libertad, y esto era para el Emperador un nuevo título de gloria. Mas, por desgracia, esta gloria se manchó con los horrores del saqueo á que fué entregada la ciudad indefensa y que, según dicen los histo-

(1) Relación citada. Tomo I de la *Colección de Documentos*.

Es curiosa la siguiente noticia que hallamos en la misma relación. «Tenía Barbaroja en campaña cien mil infantes ordenados á su modo entre los cuales eran once mil turcos flecheros y escopeteros. Tenía también mil caballos turcos y catorce mil alárabes. Habíanle quedado en Túnez diez piezas de campaña que con sacres, los cuales ellos llaman zarbazanas (*cerbatanas*) que los traen cuatro caballos en unos carros de cuatro ruedas tan ligeras que al mismo correr de sus caballos va su artillería.»

(2) «¿Qué hacemos, padre?» dijo el Emperador al veterano Hernando y añadió éste: «Señor que acometemos, que la victoria es nuestra como vos sois Emperador; por eso démosles Santiago y á ellos.» Así se lée en Sandoval. Illescas dice que el Marqués del Vasto aconsejó al César antes de acometer que se retirase á su escuadrón, pero Carlos le dijo: que no había de temer, que pues nunca Emperador alguno murió tal muerte como esta, no era de presumir le aconteciera á él tamaña malaventura.

riadores, no pudo Carlos impedir. ¡Tristes contrastes de la guerra, episodios sangrientos que son baldón de la humanidad! Veinte mil personas perecieron en Túnez víctimas del furor de los soldados; y sobre este montón de cadáveres erigió su trono Muley Hassen, monarca feudatario, desde aquel momento, del Emperador, cuya bandera iba á ondenar en todos los puertos fortificados del reino.

Carlos había llegado, merced á este importantísimo triunfo, al pináculo de la gloria. Sus tropas victoriosas en Italia y en África, aquellos soldados con los que hiciera temblar al poderoso Solimán y al frente de los cuales ciñera en sus sienes la corona de rey de romanos, acababan de asegurarle el dominio del Mediterráneo, con la adquisición de las importantes fortalezas que se alzaban sobre las costas africanas; y 20,000 cautivos de todas las naciones que, gracias á sus armas alcanzaron el don precioso de la libertad, iban á proclamar por todos los países de Europa la grandeza de tan feliz Emperador.

Sin embargo, éste no prosiguió las comenzadas conquistas; dejaba á sus espaldas un enemigo sobrado peligroso, y érale preciso acudir de nuevo espada en mano á Europa; por lo que una vez repuesto á Muley Hassen en su trono, y colocadas guarniciones en los castillos de que tomó posesión, se reembarcó con el ejército conquistador, y pisó de nuevo nuestro continente entre las aclamaciones de los pueblos que saludaban en él al libertador de sus hermanos y al vencedor de los infieles.

III

No descansaba Francisco I, aguijoneado constantemente por su loco afán de reconquistar el Milanesado. La circunstancia de hallarse su rival guerreando en África, parecióle más que oportuna para intentar una nueva invasión, formado á este objeto una de aquellas alianzas á que tan propensos se mostraban los italianos, siempre discordes en sus miras, siempre rivales por sus intereses. Empero era demasiado reciente el acto que efectuó el monarca francés en Cambray. Reconocíase muy mucho su ligereza y su mala fe; y nadie, ni aun los protestantes de Alemania, se dejó caer en sus redes (1). Entonces hubo de optar por realizar su plan únicamente con las fuerzas francesas; pero aun así tenía la ventaja de luchar con un enemigo cuyo tesoro se hallaba exhausto, y cuyo ejército se había desvanecido al pisar las playas europeas; pues reunido éste para la empresa de Africa, terminado su empeño, y no siéndole posible su sostenimiento al Emperador, deshízose rápidamente. Francisco tuvo una feliz idea, que fué invadir á Italia por el Piamonte. Exigió del duque de Saboya, adicto al Emperador, le permitiera el paso por sus Estados, y habiendo recibido una evasiva respuesta, lanzó sobre ellos á sus tropas mandadas por Brión, las cuales fácilmente se hicieron dueñas de casi todas las ciudades del ducado. Carlos, al recibir del duque de Saboya demanda de auxilio, no se halló por de pronto en disposición de prestarlo: los cuerpos veteranos que Leyva mandaba en el Milanesado apenas si bastaban á su defensa, y únicamente pudo organizar, auxiliado por los napolitanos y los sicilianos, un ejército al que se agregaron bien pronto numerosos voluntarios mal avenidos con la paz.

Una circunstancia fortuita vino en esta ocasión á originar nuevo motivo para esta guerra. Francisco se fundó al emprenderla en una infracción al derecho de gentes que supuso cometida por el duque de Milán, si hemos de dar crédito al historiador Robertson; pero el duque de Sforzia murió casi al mismo tiempo que el ducado de Saboya acababa de caer en poder de los franceses; y esto dió lugar á que Francisco, no teniendo ya razones en que fundar su agravio, se limitara á suspender sus operaciones y reclamar la corona ducal, con tanto más motivo, en cuanto el difunto

(1) Las negociaciones secretamente entabladas por Francisco con el duque Sforzia, dieron lugar á que éste, tal vez para desvanecer las sospechas que inspiró su conducta al Emperador, hiciera ajusticiar al embajador de Francisco, como reo de un homicidio y esto dió pretexto á la declaracion de guerra.

duque no dejaba descendientes. Carlos tomó por de pronto posesión del ducado, y entretuvo á Francisco con una serie de negociaciones que le sirvieron admirablemente para reorganizar su ejército y lanzarlo al combate. Por fin, en una solemne asamblea habida en Roma y á presencia del Papa, pronunció un discurso que respiraba la altanería y la vanagloria de un conquistador, y declaró que estaba dispuesto á sostener sus derechos con las armas en la mano. «Entro en la lucha, dijo, con las más brillantes esperanzas de victoria, pues la justicia de mi causa, la unión de mis vasallos, el número y valor de mis soldados, la táctica y la lealtad de mis generales, todo con-

Barbaroja

curre para asegurarme el triunfo.» Retó á su rival á un combate hombre á hombre para decidir de una vez la posesión de los ducados de Borgoña y de Milán, y aseguró que estaba decidido á no abandonar las armas mientras uno de los dos no quedara reducido á ser el más pobre caballero de sus propios dominios.

El ejército que Carlos reunió á la sazón, se componía de 60,000 infantes 7,000 caballos y cien piezas de artillería (1). Podía con tales elementos aniquilar á todos sus enemigos en el Piamonte

(1) Las fuerzas que logró poner en pié de guerra Carlos ascendian á 67,153 hombres, distribuidos en esta forma:

Hombres de armas.	580
Caballos ligeros de todas naciones. . .	4,740
Infantes españoles.	6,850
id. alemanes	24,080
id. italianos.	25,903
Caballos del artillería.	2,200

No se incluye la gente de córte de á caballo y de á pié. Contaba, pues, el Emperador al principiar el año 1536 con un ejército de 60,033 infantes, y 7,120 caballos.

y devolver sus posiciones al duque de Saboya; pero el Emperador concibió un plan arriesgadísimo con objeto de concluir de una vez con su rival. Proyectó invadir simultáneamente el territorio francés por tres puntos distintos: la Provenza, la Picardia y la Champaña, y á este efecto remitió

Duque Mauricio de Cleves

Maximiliano, conde de Buren

El landgrave de Hesse

grandes sumas y dió sus instrucciones á su hermana gobernadora de los Paises Bajos, y á su hermano Fernando. Él mismo debía dirigir la expedición que desde la Saboya avanzaria sobre el Mediodía, secundada por la armada de Doria y que tenia por objeto apoderarse de un puerto importante, Tolón ó Marsella, si era posible.

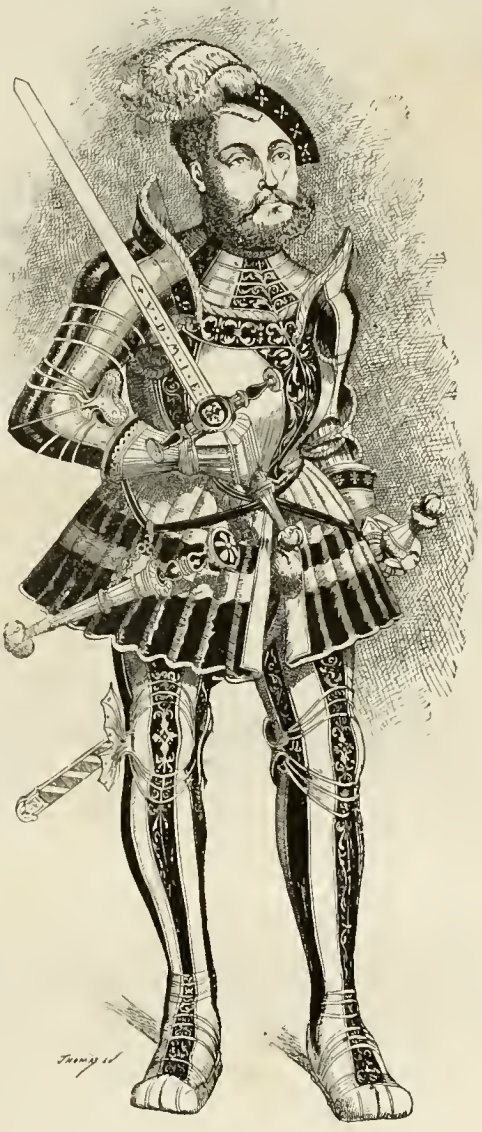
Felizmente comenzaron estas operaciones (Julio de 1536). Los franceses que acampaban junto á Verceil, debilitados por la retirada de una división de suizos, se pusieron precipitadamente en marcha en dirección á los Alpes; su general, Sanluces, se pasó al Emperador; y éste pudo fácilmente cruzar aquella áspera cordillera y llegar hasta Foscano, cuyo gobernador contuvo durante casi todo un mes al ejército imperial frente á las murallas de esta plaza, y dió así tiempo á Francisco I de tomar todas las medidas que tan difíciles circunstancias requerían. El plan que este monarca adoptó tenía seguridades de éxito; pues las repetidas invasiones de que Francia había sido teatro justificaban su bondad. Reducíase á mantenerse á la defensiva, á no arriesgarse á la batalla, á evitar cuidadosamente todo choque, á hostilizar constantemente al enemigo, y á estrecharle por hambre, devastando las provincias amenazadas, á las que esta vez se sacrificaba para salvar el reino. Confióse la realización de este plan al mariscal de Montmorency, hombre de carácter severo y enérgico que reveló verdaderas dotes militares, no tanto en triunfar del enemigo por el aislamiento, cuanto en vencer la fogosidad de sus propios soldados. Protegido por las murallas de Avignón, el mariscal dispuso un campo fortificado en la confluencia de los ríos Ródano y Duranze, el primero de los cuales le ponía en comunicación con las provincias del interior y con el campamento real situado cerca de Valence, y uno y otro protegían su campo. Marsella quedaba fuertemente guarnecida y dispuesta á defenderse á todo trance; y Arlés asimismo asegurada, como importante baluarte que era del Languedoc. Demolióronse las fortificaciones de las demás ciudades, arrasáronse sin piedad los campos, se destruyeron los hornos, se cegaron los pozos, y la población rural abandonó en masa aquellas comarcas refugiándose en el interior del reino. ¡Tristísimo cuadro que da por sí solo idea de las desdichas de la guerra! «La historia, dice un escritor extranjero, no ofrece ejemplo alguno de que naciones civilizadas hayan puesto en planta con tanto rigor este terrible expediente para asegurar la defensa de un Estado.»

No se ocultaban á los caudillos de Carlos las dificultades con que la aventurada empresa concebida por éste iba á luchar. El marqués del Vasto y otros generales le suplicaron con grandísimo empeño que renunciara á ella; pero asegúrase que Leyva, aquel caudillo que diera en el Milanesado pruebas tan señaladas de prudencia, se opuso; quizás á instancias del mismo Carlos. Sea de ello lo que fuere, franqueados ya los Alpes, no era posible retroceder: pero al invasor se le ofrecían dos caminos: cruzar el Ródano y lanzarse sobre París, haciendo caso omiso del enemigo que dejaba á su espalda, ó bien poner sitio formal á las plazas que hallara á su paso, defiriendo el avance hasta conseguir su rendición. El primero requería gran diligencia, pero era más ventajoso por lo que afectaba á la moral, que positivo en sí mismo; pues aquella ciudad carecía como capital de la importancia que muy en breve llegó á alcanzar, y su posesión no hubiera dado grandes ventajas al invasor. Carlos optó por el segundo, y puso sitio á Aix, pero el enemigo no abandonó por eso el campo atrincherado de Avignón. Después de una infructuosa tentativa contra Marsella, el Emperador, convencido de la falta de recursos del país, y contrariado por el retardo que los temporales ocasionaron á la escuadra de Doria, comenzó á desesperar del resultado de la guerra. El hambre y la peste, que se declaró en el campo imperial, complicaron más las circunstancias, y el disgusto que hubo de ocasionarle la pérdida de oficiales de mérito, aumentóse con la muerte de Antonio de Leyva, el insigne capitán á quien tantos triunfos debía. Carlos, reducido á la impotencia por la inacción de sus enemigos, no tuvo entonces otro recurso que emprender la retirada. ¡Singulares contrastes de la suerte! ¡Aquel ejército tan brillante regresaba ahora precipitadamente á Italia dejando á su paso por el territorio francés sembrado el camino de enfermos, muertos, pertrechos y armas!

No fué más afortunado el Emperador en las operaciones que dispuso se emprendieran en otros puntos. El ejército que invadiera la Francia por Picardía, tampoco alcanzó resultado alguno, pues la nobleza francesa encerrada en Perona detuvo á las tropas de Nassau, y obligó al enemigo á retirarse, no sin haber sufrido dos terribles asaltos. Fernando no pudo efectuar la invasión de la Champaña, por efecto de la actitud de los príncipes alemanes, y en el Piamonte tampoco alcanzaron los imperiales hacerse dueños de Turín, en la que aun ondeaba la bandera de Francisco I.

De este modo terminó la campaña que comenzara para el Emperador con auspicios tan brillantes. Si se tienen en cuenta las jactanciosas palabras de su discurso de Roma, habrá que convenir en que jamás recibió su alma más profunda herida; pues si en algo pudo debilitar tal desastre su poder, humilló más profundamente aun su gran vanidad, vanidad á la que sacrificara ventajas positivas; y lo que es más sensible aun, los recursos y la sangre de sus súbditos.

Ahora Francisco I iba á convertirse de enemigo espectante en invasor. Su ejército avanza á la frontera de Flandes, y se apodera de Anchaca, Hesdín, Sillery, Venancín y San Pablo, regresando el monarca seguidamente á París. Pero bien pronto San Pablo es recuperada, y el ejército imperial que asciende á 23,000 infantes, y cerca de 8,000 caballos, pone sitio á Terouane, donde los beligerantes recibieron la noticia de una tregua celebrada entre la reina de Francia y la gobernadora de los Paises Bajos, extensiva sola á Flandes y Picardia. La guerra suspendióse aquí, pero prosiguió en Italia con éxito variable. «Unas mismas fortalezas, dice un coetáneo, eran ganadas y recobradas alternativamente; todos los días sucedían batallas parciales en las que se vertía mucha sangre, sin que se diese ninguna acción que decidiera la superioridad de uno ú otro contendiente.» Sin embargo, la suerte mostróse al fin tan favorable á las armas del Emperador, que Francisco, haciendo un supremo esfuerzo, decidióse á caer con un respetable ejército sobre el Piamonte; y estaban ya próximos á venir á las manos los beligerantes, cuando los buenos oficios de las dos damas que ajustaron la tregua del Norte, consiguieron hacerla extensiva al Piamonte y evitar de momento nuevos desastres. A este fin contribuyeron no poco los temores que asaltaban á Francisco, la falta de recursos del Emperador, cuyos dominios amenazaban los turcos, y los buenos deseos del prudente pontífice Paulo III. Esta tregua firmóse en Niza el 30 de Julio de 1537.



Juan Federico, elector de Sajonia (de un grabado de Lucas Cranach)

El monarca cristiano de Francia había descendido en este intervalo hasta el punto de pactar con Solimán. Este orgulloso soberano no podía olvidar la vergüenza de su retirada en Hungría, ni la derrota sufrida por su aliado Barbarroja; y animado por el francés, concluyó con él un tratado en virtud del cual Francisco debía invadir el Milanesado y él la Hungría, mientras su es-

cuadra asolaba las costas de Italia. Pero por fortuna Francisco I no se atrevió á hacer efectivas sus promesas, y si bien la escuadra turca devastó las costas napolitanas y rindió y saqueó á Lastres, Doria logró ponerla en fuga y libertar á Italia de aquel nuevo azote. Conjurado este peligro, Europa disfrutó tres años de paz, paz cuya gloria cupo por entero al pontifice que á la sazón ocupaba la sede de Pedro.

Entonces concibió Carlos el proyecto de llevar sus armas contra Argel. No carecía en Europa de cuidados; pesaban sobre él graves dificultades que esperaban pronta resolución, múltiples problemas que constituian otras tantas graves amenazas; y sin embargo, en su afán de dominar á todos sus rivales, abrigaba esos delirantes proyectos de los conquistadores que pueden deslumbrar por su aparente grandeza, pero que son el más terrible azote de los pueblos. Imposible nos parece á nosotros, hijos de un siglo que consagra todos sus esfuerzos al mantenimiento de la paz y á la santificación de la ciencia y del trabajo, guerra tan incesante. Nuestra generación ha contemplado á un guerrero de la talla de Napoleón I conmover y ensangrentar la Europa; nosotros mismos hemos sido espectadores de algunas importantes campañas; pero no cabe comparar por su duración ni por sus destrozos estas guerras á las que asolaban año tras año á los pueblos, acompañadas, por lo general, de la peste y de todos los desastres. Esquilmábase verdaderamente á las naciones, se las empobrecia en sangre y en oro, y el oficio del soldado era la profesión por excelencia; así que, existia en Europa una masa flotante dispuesta á vivir de la guerra, y que contribuia no poco á su prolongación. Lo que hizo Francia por su rey raya en lo increible, lo que pudo resistir la Italia nos parece fabuloso; nuestra España sufrió no poco las consecuencias de esta guerra. Pero en esta nación dieron lugar las repetidas demandas de socorros, por parte del Emperador, á un hecho de alguna significación en nuestra historia. Las Córtes de Castilla, congregadadas en 1539 en Toledo, manifestaron no hallarse dispuestas á imponer nuevas cargas, y en particular la nobleza sostuvo enérgicamente sus privilegios, en virtud de los que se hallaba exenta de todo pago. Carlos, empero, desoyó estas reclamaciones, disolvió las Córtes, y desde aquel momento los nobles y prelados no tomaron asiento en ellas, bajo el pretexto de que no podían tener voto en ellas los que no estaban obligados á pagar sus cuotas. Sólo figuraron en Córtes los procuradores de las ciudades, y de este modo recogió la nobleza en 1539 los frutos de su conducta en 1521.

Alábese cuanto se quiera la expedición de Carlos I á Argel, que el conde Clonard califica entusiasmado de gigantesca por su organización y su objeto : ello es que, perdiendo un tiempo precioso, distrayendo su atención de asuntos más perentorios, y gastando sus recursos, Carlos iba en pos de lo eventual, para perder lo positivo. Además, si una de las miras que le impulsaban á esta empresa era asegurar sus posesiones y el dominio del Mediterráneo, una excelente armada, á la que proveyeran buenos arsenales, podía haber hecho frente á las escuadras turcas, proteger la costa y asegurar las comunicaciones.

En los primeros dias de otoño, (1541) cuando más peligrosa es la navegación, embarcóse Carlos con 20,000 infantes y 2,000 caballos á bordo de una escuadra, anclada en el puerto de Mallorca. Recio temporal hizo de los buques juguete de las olas durante algunos dias; pero afortunadamente pudo la escuadra arribar á las costas africanas sin grandes averías, y el ejército desembarcó por fin, marchando inmediatamente sobre Argel. El Emperador intimó la rendición de esta plaza á su gobernador, pero éste contestó con tanta altivez como dignidad; y en su consecuencia el ejército se preparó para el sitio, colocando sus baterías y dando principio con energia á los trabajos. No debía tardar en sobrevenir el primer rudo revés. A los dos dias de desembarco, cuando sólo habían podido derrotar las tropas algunas partidas de árabes que molestaban al ejército, densas nubes oscurecieron el cielo, y una lluvia torrencial inundó al campo, acompañada de violentas y frías ráfagas. El ejército no había desembarcado sus tiendas y permaneció toda aquella noche y el siguiente día en una situación verdaderamente horrible : los soldados, hundidas las piernas en el lodo, viéronse precisados á mantenerse apoyados en sus armas, esperando que el horizonte se serenara; y cuando brilló, por fin, el sol, agotadas sus fuerzas, inutilizadas sus armas por la lluvia, apenas si estaban en disposición de resistir al enemigo. La escuadra experimentó, si cabe, de un

modo más terrible los efectos del temporal. El huracán lanzaba parte de los bastimentos contra la costa, y el mar envolvía y arrastraba á otros, rompiendo sus cadenas y destrozando sus cascos. Quince buques de guerra y ciento de transporte fueron deshechos en breves momentos; ochocientos hombres se ahogaron, algunos llegaban á nado á la playa y hallaban la muerte al caer en manos de los árabes. ¡Horas de durísima prueba y de espantosa tribulación! La guarnición de Argel hizo una salida y destrozó algunas compañías italianas, cuyo probado valor agotó el sufrimiento, y fueron necesarios grandes esfuerzos para rechazar á los argelinos, que abandonaron á la postre el campo, después de causar numerosas bajas al ejército imperial (1).

No quedó otro recurso que retroceder. Perdida casi por completo la flota, el ejército se halló sin tiendas, sin víveres, sin municiones y sin artillería, y casi sin caballos. El Emperador dispuso entonces la retirada hacia el cabo Metafuz, donde se hallaba Doria con el resto de la escuadra. Y esta retirada, efectuada por intransitables caminos, fué otro de los tristes episodios en que

Guerra de Alemania.—Soldados de la liga de Smalkalda

abundó esta empresa. Metafuz estaba situada á cuatro jornadas del campamento, y el ejército, falto de víveres, se hallaba ya tan abatido que apenas si podia sostener el peso de las armas. Demás de esto, era grande el número de enfermos y de heridos. Pero entonces dió á conocer Carlos su ánimo sereno. Dió la orden de marchar, colocó los enfermos en el centro y las tropas que aun podían combatir, á vanguardia y retaguardia; y poniéndose á su cabeza inició la retirada, retirada triste, pues los soldados, acosados por el hambre, tenían que devorar las raices de las plantas, la carne de los caballos y otros alimentos más groseros : muchos morían de debilidad, algunos por el plomo de los árabes, que picaban la retaguardia, y no pocos ahogados por el calor ó las fatigas de un camino intransitable. Por fin llegaron á Metafuz : el tiempo bonancible facilitó las comunicacio-

(1) *Rerum á Carolus V in Africa gestatorum* (1554).
Carta del comendador Vañuelos sobre lo ocurrido en la expedición de Argel y desgraciado suceso que tuvieron las armas del Emperador
Carta del Emperador al Cardenal Tavera sobre la jornada de Argel del año 1541.—(*Coleccion de Documentos.* Tomo I.)

nes con la escuadra, y el ejército pudo reponerse de las pasadas fatigas. Allí se deliberó acerca del plan que debía adoptarse, y si bien algunos capitanes opinaban por volver á establecer el sitio de Argel, el Emperador no creyó prudente aventurar á esta problemática empresa los últimos recursos de que disponia. En su consecuencia se reembarcó el ejército, y la escuadra abandonó aquellas costas peligrosas. Pero, como si no hubiese de terminar aquí la serie de desgracias que esta expedición ocasionó, una nueva tormenta dispersó todos los buques, y les obligó á tocar en diferentes puertos de Italia y España. El Emperador desembarcó en Cartagena, y por cierto que en muy diferente estado de aquel en que se presentara al regreso de su expedición contra Túnez (2 Diciembre 1541).

IV

Pocos hombres célebres han existido cuya vida, sobre ser tan agitada como la de Carlos, ofrezca esos bruscos contrastes que colocan el apogeo de su poderío junto á la postración que acarrean empresas desastrosas. La voz pública, que exageró en su primera expedición contra los berberiscos sus triunfos, aumentó ahora por todo extremo las inmensas pérdidas que habia experimentado; y esta sola consideración hizo renacer en el corazón de su rival la esperanza de recobrar el Milanesado, verdadera pesadilla de Francisco I. Empero, érale, preciso para lanzarse á la guerra un motivo más ó menos plausible, y el asesinato de dos de sus agentes en las márgenes del Po, dióle excelente pié para la guerra, pues echando la culpa de este crimen sobre el marqués del Vasto y fundándose en un atentado al derecho de gentes, creyóse con motivos para romper la paz. Francisco I contaba con la alianza de Solimán, del duque de Güeldres y de los reyes de Suecia y Dinamarca; pero bien se comprende que por su posición, por sus fuerzas ó por su conveniencia, poco podia prometerse Francisco de sus aliados. Así fué, en efecto; sólo el duque de Güeldres se atuvo á lo convenido. Venecia y el Papa guardaron en esta ocasión neutralidad estricta y Enrique de Inglaterra que estaba en muy frías relaciones con el monarca francés no hizo demostración alguna de hostilidad. Pero Francisco I, á quien una enfermedad, originada por sus costumbres estragadas, privaba de sus habituales placeres, consagróse con ardor á los preparativos de la guerra y organizó en breve tiempo cinco ejércitos. Si con estas fuerzas se hubiese lanzado sobre el Milanesado ó los Paises Bajos los resultados hubieran podido ser decisivos, mas el pensamiento concebido por Francisco era de índole tal que no podia dar un resultado positivo. De estos cinco ejércitos uno debía operar en el Luxemburgo, otro en las fronteras de España, el tercero en el Bravante, el cuarto en las fronteras de Flandes y el último en el Piamonte. «Así el rey, dice Robertson, distribuyendo sus tropas en un diámetro de quinientas leguas, se exponia á convertir sus más serios esfuerzos en tentativas infructuosas, á debilitar en todas partes sus operaciones y á dar á su enemigo tiempo para defender casi con los recursos ordinarios, puntos atacados con poca resolución.»

Casi á un mismo tiempo principiaron la campaña el Delfín en las fronteras de España y el duque de Orleans en el Luxemburgo. El duque se apoderó con facilidad de este ducado y de su capital, dejándolo confiado á Guisa, y dirigióse acto seguido al Rosellón, antes de llegar á cuya provincia sus tropas fueron abandonándole. Pero lo mismo fué partir este príncipe del Luxemburgo que avanzar sobre él los imperiales mandados por Orange y recuperar todas las plazas perdidas. Este príncipe, noticioso de las afortunadas operaciones realizadas por el general de Güeldres, Rosem, quiso contener sus progresos, mas por desgracia el enemigo era muy superior en número y estaba dirigido por un general de talento. El 27 de Julio de 1542 le avistó en las inmediaciones de Brescotto, y Rosem, para atraerle al combate, apeló á una estratagema que produjo el apetecido éxito. Desplegó en línea sobre una extensa llanura cuatrocientos caballos detrás de los cuales y rodilla en tierra se ocultaban numerosas compañías de arcabuceros y piqueros. Orange no dudó en aceptar el combate que con fuerzas proporcionadas á las suyas se le brindaba. Pero lanzadas ya

sus tropas al ataque, la caballeria enemiga aparenta ceder al primer choque y mientras los imperiales se empeñan en la persecución, la infanteria prolonga sus alas y cae por los flancos sobre los desordenados escuadrones del de Orange, que en breves instantes se ven acosados por todos lados y han de rendir sus armas. Tan sólo àquél puede abrirse paso espada en mano y escapar no sin gran riesgo seguido de pocos de los suyos.

Animado por esta victoria Rosem intentó poner sitio á la populosa y rica Amberes, mas nada consiguió contra esta ciudad ni contra las de Lieja y Lovayna, defendidas por escasa guarnición, pero á la que se unieron con entusiasmo todos los ciudadanos aptos para sostener las armas. Fueron, pues, infructuosos los efectos de la victoria de Brescotto, y Orange, rehecho de este desastre, tomó de nuevo la ofensiva y obligó á Rosem á replegarse sobre el ducado de Güeldres.

Ni en el Rosellón ni en el Piamonte la suerte de la guerra se presentó propicia á los franceses. El Delfín intentó en vano apoderarse de Perpiñán, enérgicamente defendido por el duque de Alba, y hubo de levantar, desengañado, el sitio; Du Bellay se hizo dueño en Italia de algunas plazas, pero las recuperó del Vasto, que consiguió anular á este general; y de este modo, gracias á las desacertadas disposiciones de Francisco, terminó aquella campaña comenzada con tantas esperanzas. Pero Carlos trató de dar su merecido castigo al duque de Cleves, señor de Güeldres y aliado en aquella guerra de Francisco I. Lanzóse sobre este ducado á la cabeza de veinticinco mil soldados, y secundado por el ejército del principe de Orange puso sitio á la importante y bien fortificada Dura, que tomó por un terrible asalto, en la que así los habitantes como los imperiales hicieron prodigios de valor. Dueño de este importante baluarte, fácil era presumir que no resistiria aquella provincia el victorioso ejército de Carlos, que avanzaba por las márgenes del Mosa. Y así fué en efecto; el duque de Cleves, previendo su suerte, adelantóse al vencedor y puesto de rodillas solicitó un perdón que el Emperador le otorgó con benignas condiciones y que aseguró á Carlos un aliado fiel.

Castigado el duque de Cleves, el Emperador condujo su ejército á los Paises Bajos; pues el rey de Francia tenía sus fuerzas concentradas en el Luxemburgo, y Carlos debia recuperar allí las posesiones que se le habian arrebatado. Su primera operación fué contra Landrecies, plaza situada en el Artois, y hallábase á frente de sus muros cuando se presentó el ejército francés mandado en persona por su rey. Era el objeto de Francisco distraer á los sitiadores é introducir auxilios en la plaza, y á este efecto extendió una de sus alas hasta sus muros y por medio de una habilísima maniobra consiguió su objeto, mas á lo que parece la actitud de Carlos le infundió respeto y si bien una parte de sus tropas escaramuzó con las cesáreas, abstúvose de empeñar el grueso en la batalla. Mas extraño parece que Carlos no le obligara á ello, una vez empeñadas las tropas en la escaramuza, y achácase esta falta á Gonzaga, que por indisposición del Emperador mandaba el ejército. El hecho es que los imperiales perdieron una magnífica ocasión de derrotar á las tropas bisoñas de Francisco I, y que éste, conocedor de su situación comprometida, se retiró sigilosamente al interior del reino, protegido en estas circunstancias por lo riguroso de la estación, que obligó al enemigo, no sólo á renunciar á perseguirle, sino á levantar el sitio de Landrecies.

Solimán, en tanto, fiel á los compromisos contraidos con el rey de Francia, invadió la Hungria y se hizo dueño del vasto territorio comprendido entre la Transilvania y el Austria, mientras Barbaroja asolaba las costas de Italia y ponía sitio á Niza, donde «se vieron con grande afrenta de la cristiandad las lises de Francia y la media luna pelear unidas contra un fuerte en el que ondeaban las cruces de Saboya.» Por fortuna la aproximación de las tropas del marqués del Vasto y de la escuadra de Doria conjuraron este peligro.

Tan repetidas contrariedades parece que debian influir en el ánimo de Francisco. La nación francesa habia hecho por él extraordinarios sacrificios, podia prometerse poco de nuevas alianzas y la entablada entre Carlos V y Enrique VIII en los primeros meses de 1543 era una amenaza constante para sus dominios. Por otra parte, las contingencias de la guerra habian hecho más cautos á los italianos, así que, sólo podía contar ahora con sus propias fuerzas. Y sin embargo; ni su edad ni sus achaques prematuros podian desarraigar de su pecho, ya que no la ambición, el orgullo irritado, que parecía ir en aumento á compás de las contrariedades.

Francisco, rechazado del Artois, concibió el pensamiento de trasladar la guerra al Piamonte, donde sus tropas habían alcanzado algunas ventajas y el marqués del Vasto se hallaba en grande apuro. Este pensamiento era de gran importancia estratégica. El Piamonte era entonces, como ahora, una excelente base de operaciones para los franceses. Francisco llegó á apreciarlo así, y en la primavera de 1544 mandó á esta provincia un respetable ejército mandado por un caudillo de grandes esperanzas, el joven duque de Enghien, general de profundo talento y ánimo esforzado, que debía ilustrar en breve su apellido con los laureles de Cerisola. Enghien se hizo cargo de la situación del enemigo, y tomando una enérgica ofensiva puso sitio á Cariñano, plaza recién conquistada por el marqués del Vasto y que estaba en comunicación directa con el Milanesado. Creyó el caudillo español contar con el suficiente número de soldados para atacar al ejército francés, y fiado en su fortuna no vaciló en cruzar el Pó en demanda de su contrario, que se halla posesionado en una dilatada llanura en las inmediaciones de Cerisola.

El ejército imperial llegó á Cerisola el 20 de Mayo de 1544 por la tarde; era superior en infantería al francés, pero éste lo era en caballería, así que las fuerzas de ambos se hallaban equilibradas. El 24 al amanecer formaron en batalla habiendo escogido Enghien perfectamente el terreno para que pudiera jugar con ventaja su caballería. Aunque no con exactitud, podemos formarnos una idea de la disposición en que desplegaron ambos combatientes. Poco acordes andan las relaciones francesas y españolas, llamando sin embargo nuestra atención la de Sandoval (1 por decir en ella su autor. «Envióse pintada esta disposición de los dos ejércitos, con relación del hecho, como aquí lo cuento, al Emperador, estando en Espira.» Y esto da carácter de veracidad á las palabras del sabio obispo, cuya diligencia hemos tenido ocasión de apreciar en muchísimos de estos episodios. Las narraciones de Blaise de Montluc y Martín du Bella y difieren, sin embargo, de la anterior, pero no tanto que puedan dejarse de sacar en claro algunos datos positivos. Siguiendo en parte á estos escritores de la época, dice Renard en su *Curso de Táctica general* que la disposición de los dos ejércitos presentaba una serie de masas cuadradas y rectangulares enlazadas por escuadrones de caballería, y añade: «La batalla de Cerisola fué la última en que se emplearon las grandes masas de infantería de 5,000 á 10,000 hombres.» Aun cuando no pueda fijarse el orden de batalla con la exactitud que este autor lo hace en la figura que acompaña á su obra y en la que resultan las cifras equivocadas, no por eso dejará de reconocerse que fué aquella la disposición general del combate. Porque, según el citado Sandoval, á quien sigue Clonard, formaron los cesáreos tres fuertes escuadrones, compuestos respectivamente de 3,000 españoles y tudescos; 3,000 italianos y 6,000 tudescos bisoños; y 5,000 italianos, hallándose la caballería distribuida entre ellos, «partida en tres partes». A cuyas fuerzas opusieron los franceses tres escuadrones de infantería formados: uno de 6,000 italianos, otro de 7,000 esguizaros y gascones mezclados, y otro de gente francesa, «su gente de á caballo dividida en dos partes entre la avanguardia y el batallón.»

Hé aquí el orden de batalla á contar desde la derecha según las relaciones francesas:

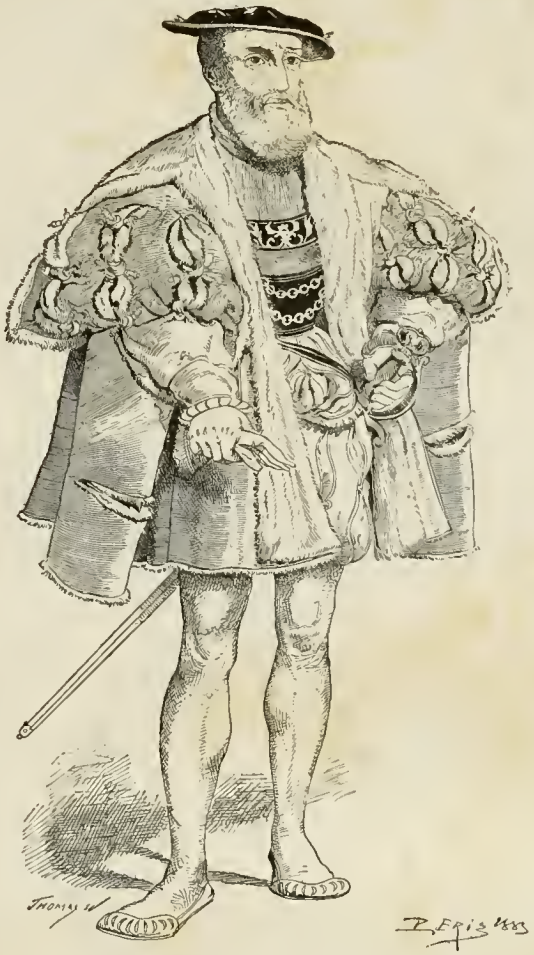
Duque de Enghien: Arcabuceros á caballo—4,000 piqueros y arcabuceros gascones.—Gendarmes—1,000 suizos.—Gendarmes—3,000 infantes gruyeranos y 3,000 italianos.—Arqueros montados de las compañías de ordenanza. La artillería desplegada al frente de los cuadros.—El Duque con la gendarmería, entre los suizos y los gruyeranos.

Marqués del Vasto: 5,000 veteranos españoles y alemanes.—Caballería napolitana—8,000 lansquenetes.—Caba-

(1) *Hist. del Emperador Carlos V.*—Dice así la relación de Sandoval: «Había en el campo del marqués, al pié de mil y quinientos españoles, y mil y trescientos alemanes, soldados viejos, criados en compañía de españoles y muy amigos dellos. De éstos se hizo un escuadrón de hasta tres mil, el cual se puso en avanguardia. Había otros tres mil italianos de que se hizo otro escuadrón que tuvo la retaguardia. Había otros seis mil tudescos bisoños, que tenían el escuadrón segundo del batallón, y más de cinco mil italianos de que se hizo otro que tuvo la retaguardia. Los caballos, que serían hasta mil (cuyo capitán general era el príncipe de Salmona), estaban partidos en tres partes, ciento y cincuenta á las espaldas de los italianos de al lado derecho de la vanguardia, los demás algo adelante. A estos tres escuadrones contrapusieron los franceses otros tres, como si fueran puestos de juego de caña. El primero que respondía á la vanguardia tenía seis mil italianos, el batallón en frente de los tudescos del marqués tenía hasta siete mil esguízaros y gascones mezclados. La retaguardia que respondía á los italianos del marqués, tenía la otra gente francesa. Su gente de caballo que eran hasta tres mil, estaba dividida en dos partes, entre la avanguardia y batallón: á las espaldas era el golpe, un poco más atrás los restantes. Su artillería estaba á las espaldas de la avanguardia. Su campo estaba recostado hasta Carmagnola, tendido á la parte del Mediodía, el del marqués al Setentrión.»

llería florentina.—Infantería italiana.—No menciona la colocación de la artillería.—El marqués del Vasto al costado de la caballería florentina.

Nuestros lectores puede hacer por sí mismos la comparación. Dedúcese, sin embargo, de ella que uno y otro contendiente emplearon grandes masas rectangulares, enlazadas por la caballería, y que se correspondían entre sí, pues dice Sandoval: «A estos tres escuadrones (los de infantería)



El conde palatino Wolfang, duque de Baviera (de Michael Ostendorff)

contrapusieron los franceses otros tres, como si fueran puestos de juego de caña.» Dió principio á la acción con nutrido fuego de arcabuces y cañones, adelántanse el escuadrón de lansquenetes imperiales contra el centro enemigo y cayendo sobre él por medio de un movimiento oblicuo: al propio tiempo atacaban furiosamente los veteranos españoles del ala derecha y contribuían á destrozar la línea francesa, haciéndose dueños de la artillería. Enghien, viendo rota esta línea, precipítase al frente de la gendarmería contra el flanco de los lansquenetes imperiales, pero envuelto entre éstos y los fugitivos gruyeranos, llega á encontrarse aislado y da por perdida la batalla. Sal-

vóle, sin embargo, el no haber acudido del Vasto en apoyo de su vanguardia y la incontrastable superioridad de su caballería; pues como éste precipitara la suya inferior en número y calidad contra la derecha francesa, ocurrió que mientras la derecha imperial abria brecha en sus tropas, los 4,000 gascones de la izquierda francesa y su lucida gendarmeria aniquilaban á los escuadrones de la caballería cesárea; y casi al mismo tiempo, los suizos, que se colocaron boca abajo detrás de las piezas, levantábanse y acometian por el flanco á la derecha imperial comprometida en la pelea y aislada de su linea; por manera que nuestra izquierda era batida y nuestra derecha seguidamente envuelta. Enghien, que luchaba desesperadamente con los lansquenetes supo por un coronel suizo la derrota del enemigo en el costado derecho de su linea: *Tournez le visage, la bataille est gagnée; le marquis du Guât est en route,* le dijo el suizo; y en efecto, envueltos y rotos los lansquenetes y destrozada la caballeria, herido el mismo del Vasto, perdió éste la serenidad, y sin tener en cuenta que aun permanecia intacta la retaguardia y aun combatia la vanguardia, bien que con desventaja, se abandonó á la fuga, siguiendo su ejemplo los italianos y quedando aislado en el campo de batalla aquel escuadrón de veteranos españoles y tudescos que formaba en la extrema derecha y cuyos soldados fueron en su mayoría pasados á cuchillo.

El Emperador perdió en esta jornada de 8 á 10,000 soldados, toda la artilleria y los bagajes, pero sus efectos no tuvieron gran trascendencia. Por una parte alcanzaron las tropas imperiales una victoria en las márgenes del Po contra 10,000 hombres que mandaba Pedro Strozzi; Cerinola continuó resistiéndose lo suficiente para que del Vasto se rehiciera de la derrota, y la invasión casi simultánea del territorio francés por Enrique VIII y el emperador dió á la guerra nueva fisonomía.

Estos dos monarcas habian acordado llevar sus armas desde la Picardia y el Luxemburgo hasta los muros de Paris, donde se reunirian para imponer la ley á la Francia y distribuirse sus más ricas provincias. Bien se comprende cuan dificil era á la sazón la situación del monarca francés, después de tantos y tan graves contratiempos. Las operaciones comenzaron en dos teatros distintos, pero no hubo uniformidad de plan entre los invasores. Carlos rompió por la Champaña, se hizo dueño de importantes plazas y se detuvo frente á Saint-Dizier, desde cuyo punto escribió al inglés pidiéndole se dirigiera cuanto antes á París. Pero Enrique estaba no menos cuidadoso que su rival de conquistar plazas, y uno otro perdieron un tiempo precioso; gracias á lo cual su común enemigo reunía no sin grandes fatigas otro ejército que comenzó en breve á hostilizar á los invasores. Enrique permanecía estacionado frente á Bolonia, de cuya plaza queria á toda costa apoderarse; Carlos, después de rendido Saint-Dizier, no se atrevia á establecer nuevos sitios con un ejército un tanto mermado y en una estación algo avanzada. Estas consideraciones, la falta de metálico con que atender á sus tropas, dispuestas á sublevarse á causas de los atrasos, y la conducta de su aliado, hiciéronle mostrarse propicio á una paz que por su parte no deseaba menos Francisco. Tenia á la sazón este monarca 40,000 hombres entre el Marne y el Sena que protegían á la capital del reino y era un adversario bastante temible; asi pues, fué una fortuna para Carlos que la toma de Epernay y Chateau-Tierry que facilitaban el paso del primero de aquellos rios, infundiera gran pánico en la capital y desalentara á los enemigos. Distaban ambas ciudades tan sólo dos jornadas de Paris, y ésta podía darse por perdida; pero Carlos, que recelaba con justo motivo del inglés y que aun cuando llegara á ser dueño de París, comprendia las dificultades que le iban á crear sus nuevas conquistas, acogió benévolo las proposiciones de paz que, en nombre del monarca, le hicieron dos frailes, y haciendo caso omiso de su aliado, admitió los preliminares y firmó una nueva concordia fechada en Crespy y basada en las mismas condiciones que la tregua de Niza. Francisco renunciaba á sus derechos al reino de Nápoles, Flandes y el Artois, y Carlos, por el momento, la Borgoña; los Paises Bajos, el Milanesado debían cederse á la princesa Margarita, hija del Emperador, que debia casarse con el duque de Orleans, abandonando en este caso el francés sus posesiones de Saboya. Ambos monarcas se devolvían recíprocamente las conquistas hechas durante las dos últimas campañas.

Este tratado, dictado á Carlos por las dificiles circunstancias que le rodeaban, pues era urgente su presencia en Alemania, donde hacia grandes progresos el protestantismo, fué altamente criticado

por el Delfin y llenó de cólera á Enrique, que acababa de hacerse dueño de Bolonia. Continuó, pues, la guerra entre los franceses é ingleses, y esta misma circunstancia favoreció las miras del Emperador, quien dejaba á sus espaldas sobrado entretenido á su rival para poder consagrarse al arduo problema que en Alemania planteó la Reforma y que, él trató en vano de resolver por la astucia y por las armas.

V

El reinado del poderoso emperador Carlos V, monarca de vastísimo dominios, árbitro de Europa y dueño de inmensos territorios en América, considerado en su conjunto embarga el ánimo de admiración. No se acierta á explicar la extraordinaria actividad de aquel hombre incansable y enérgico. Mas si atentamente se consideran los objetos á que consagró su esfuerzo y su poder, si se reflexiona cuán estériles fueron muchas de sus empresas, aquella admiración se amortigua un tanto, y aun haciendo justicia á las dotes del hombre, se condenan el criterio del pensador y los manejos indignos del político. Dos grandes objetos dividieron, aunque no por igual, su atención: la supremacia de su poder en Europa que le arrastró á las repetidas guerras con Francia, y el triunfo de sus principios autoritarios y religiosos en Alemania, que algunos traducirán por su amor á los dogmas católicos. Carlos no era un partidario fanático de la Iglesia; ni su carácter ni sus ideas le inclinaban al fanatismo. Era, como ha dicho con razón el alemán á Scherr, un político realista del siglo XVI. Educado en las doctrinas del catolicismo veía en ellas la sanción completa de su autoridad absoluta; señor de un Estado en que prevalecía por completo el particularismo aristocrático y cuyos príncipes más que feudatarios podían considerarse soberanos, aspiraba á perpetuar el poder imperial en su dinastía, en aniquilar la autoridad de los príncipes á quienes venía á favorecer el cisma religioso, y por ende á exterminar de raíz el protestantismo, que significaba una doble amenaza. Pero en él la idea política supeditaba al pensamiento religioso; y atento á las guerras de Italia, á sus expediciones á las costas de Africa y á sus invasiones del territorio de Francia, cuidóse muy poco de la Reforma, que cundió rápidamente en Alemania. Maestro en eso que llamaríamos *práctica italiana*, es decir, en manejar con éxito la astucia y la intriga, no supo elevarse á dominar el gran movimiento de las ideas, y atento sólo á su ruin egoismo dinástico, limitóse las más de las veces á ganar tiempo apelando á todo género de componendas, olvidando, insensato, que no se trataba en Alemania de una controversia de frailes ó de una pretensión de nobles, pues lo que á la sazón agitaba á este país era una trascendentalísima y grave revolución. No se vaya á creer que pretendemos asegurar con esto que bastaba su poder á concluir con las doctrinas de un fraile oscuro y rebelde. La Reforma era un gran movimiento que, favorecido por la propaganda de las ideas, gracias á la imprenta, al comercio, al humanismo, á las relaciones más frecuentes de los pueblos entre sí, al espíritu individualista de los alemanes, y sobre todo á los abusos de Roma, hubiera triunfado. El estado de disgregación política de Alemania la favoreció, la ambición de los príncipes y el descuido del Emperador la hicieron prosperar y la conducta de la córte pontificia la justificó. Y Lutero, en quien se encarnó este pensamiento, demostró en su propagación cualidades de energía y de valor tales, que no pueden desmerecer sus mismos defectos.

Carlos tomó sus primeras medidas llamando al reformador á la dieta de Worms, de donde salió éste condenado, pero no convencido ni acobardado; y la acogida que éste recibió del elector Federico de Sajonia en el castillo de Wartzburgo, desde cuyo retiro hizo gran propaganda de sus doctrinas, contribuyó á que éstas se difundieran por aquellas regiones cuyos habitantes estaban escandalizados por el tráfico de indulgencia y los abusos eclesiásticos. Ni Roma ni el Emperador dejaron de intentar algunos medios para sofocar tales progresos. El Pontífice dió su Bula de excomunión, el Emperador reunió en Spira una dieta, en la que ya diez y nueve Estados alemanes aparecen adheridos á la Reforma. Al año siguiente reunióse nueva dieta general en Augsburgo en la que los protestan-

tes presentaron su *profesión de fé ó confesión*, y viendo el Emperador cuán difícil era venir á un acuerdo entre los reformadores y la córte de Roma, dictó medidas rigurosas contra los protestantes é instó al Pontífice para la reunión de un Concilio. Esto es precisamente lo que rehuian los Papas, si amantes de sus prerogativas, mas temerosos de los resultados que podian producir una asamblea de este género; y así, fuéronlo defiriendo hasta 1542, en que se reunió el de Trento, después trasladado á Bolonia, y que concluyó de un modo tan desdichado. Los graves apuros que pesaron en este intervalo sobre el Emperador, á causa de sus guerras con Francisco I y con los turcos, favorecieron grandemente los progresos de la Reforma, á la que estaban firmemente adheridos príncipes tan poderosos como el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y por la que se declaró el arzobispo elector de Colonia. Pero las medidas dictadas por Carlos en Augsburgo y su conducta equívoca, impulsó á los príncipes y á las ciudades libres que abrazaron la Reforma, á constituir una liga que tomó el nombre de Smalkalda (1531), que más tarde debia de producir sus resultados. Ni la paz religiosa de Nuremberg, ni las tentativas de conciliación efectuadas en Ratisbona, produjeron efecto alguno. El Emperador asistió en persona á las discusiones entre teólogos de uno y otro partido, y pudo convencerse una vez más, que era más fácil triunfar espada en mano de berberiscos y de turcos que convencer á fogosos ergotistas. Por fin Carlos, que habia aplazado la solución de este problema para dias más propicios, firmada la paz de Crespy y no inspirándole cuidado alguno el achacoso Francisco I, quien tenia sobrado que hacer en su mismo reino con los ingleses, volvió los ojos á su patria y se decidió á concluir de una vez con la Reforma, con la liga y con las pretensiones y el poder del cuerpo germánico.

Carlos hizo con el mayor sigilo grandes aprestos para esta empresa, ajustó con el Papa Paulo III un tratado en virtud del cual éste ponia á sus órdenes un cuerpo de 12,000 infantes y 1,500 caballos. En Ratisbona, donde acababa de celebrarse la dieta, reunió sus tercios españoles de Hungria y Nápoles, y en espectativa de las fuerzas que debia enviarle Paulo, dió á la regente de los Paises Bajos la orden de que se le incorporaran 12,000 hombres mandados por el conde de Buren. Pero Carlos no queria alarmar á los protestantes. En un principio negó que efectuara aprestos de guerra, después manifestó los dedicaba á los turcos y últimamente á reprimir á algunos súbditos que perturbaban el cuerpo germánico. El Emperador no queria que se atribuyese á su empresa un pensamiento religioso; pero el Papa para comprometer á Carlos en sus planes, hizo pública la alianza; y los confederados de Smalkalda, si bien apercibidos ya para las eventualidades de la lucha, dispusiéronse á poner en campaña sus contingentes, no sin haber reclamado en vano los auxilios de venecianos, suizos, franceses é ingleses. Viéronse reducidos á consecuencia de ello á sus propias fuerzas; pero estaban dispuesto á efectuar una resistencia formidable, para la que les animaba, no tanto su orgullo como su fe exaltada y consiguieron reunir un ejército que ascendia á 70,000 infantes, 14,000 caballos, 120 cañones, 800 carros de municiones, 8,000 acémilas y 6,000 gastadores. En este ejército formaban muchos alemanes que habian combatido en Francia; y contribuyeron á levantarle el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el príncipe de Anhalt y, las ciudades imperiales de Augsburgo, Ulma y Strasburgo. Los electores de Colonia y Brandeburgo y el conde palatino permanecieron neutrales. Mauricio de Sajonia, Juan de Brandeburgo-Bareith y Alberto de Brandeburg-Anspach se adhirieron al Emperador, alegando que no habia prometido obrar en contra de la inviolabilidad de sus creencias. Casi todas las plazas confederadas eran de primer orden y se hallaban colocadas sobre la margen del Danubio, dominaban comarcas feraces, y así la población urbana cuanto la rural, hallábase animada del mejor espíritu. Pero desgraciadamente la liga carecia de generales, aquel ejército no tenia una inteligencia motora; faltaba un plan. Por lo pronto urgia á los coaligados lanzarse sobre Ratisbona, donde el Emperador no habia reunido aún número suficiente de fuerzas que le permitiera resistir. Contentáronse en cambio con remitir un memorial á Carlos, y éste ganó algún tiempo limitándose á contestar al manifiesto de los protestantes, con la proscripción del elector de Sajonia y el landgrave de Hesse que acaudillaban el ejército. La sagacidad del Emperador llegó hasta el punto de no fundarse al dar esta sentencia en motivos religiosos, sino en causas de Estado que refirió en términos

ambiguos: de este modo procuraba no despertar la susceptibilidad de muchos de sus vasallos protestantes; bien persuadido que, de conseguir la victoria, unos y otros tendrían que someterse al catolicismo.

Publicada la sentencia de proscripción, los confederados declararon la guerra á Carlos con las formalidades de costumbre y dieron principio á las operaciones. Estas debían adolecer desde un principio de los defectos que entraña la división del mando y de las encontradas cualidades del elector y del landgrave; valiente y fanático aquél, aunque falto de genio; inteligente y calculador éste, pero desprovisto de constancia y de abnegación. La ciudad de Augsburgo que había equipado á sus expensas un cuerpo de 10,000 infantes y 1,000 caballos, cuyo mando confió á un veterano de las campañas de Italia, el capitán Schertel, adelantándose á la declaración de guerra, había dispuesto que éste se dirigiera á las montañas del Tirol y defendiera sus desfiladeros contra los soldados que el Papa mandaba al Emperador, y aquel valiente, que en breves días se hizo dueño de dos fortalezas que dominan los pasos, detenido ante los muros de Inspruck y obligado luego á retirarse por una orden del landgrave, no pudo conseguir su objeto. En cambio el Emperador, para facilitar la incorporación de los pontificios á su ejército, avanzó hasta Landshut, y mientras los coligados perdían un tiempo precioso en deliberar, efectuábase la reunión de aquéllos en este punto. Allí se juntaron al Emperador demás de los contingentestes del Papa, 6,000 soldados españoles de los tercios de Nápoles; por manera que el ejército imperial ascendía á 36,000 hombres: entre sus capitanes figuraban el duque de Alba, Octavio Farnesio, Jacobo de Médicis, el marqués de Mariñán, Jambourg y otros no menos ilustres.

Príncipe de Anhalt

Los confederados perdieron desde aquel momento las ventajas de una ofensiva vigorosa. Trataron de sitiar á Ratisbona al saber que Carlos había salido de esta plaza, pero noticiosos de que el Emperador volvía sobre ella, contramarcharon; y á pesar de contar con tropas superiores en número á las del Emperador anduvieron vacilantes, decidiéndose por fin á salir de la situación embarazosa en que se hallaban arriesgando la batalla. En su consecuencia se dirigieron á la ciudad de Ingolstadt, junto á cuyas murallas se hallaba acampado el ejército imperial.

Resuelto el Emperador á no aventurar una batalla contra tropas superiores en número, estableció su campo en una vasta llanura inmediata á Ingolstadt, limitándose á rodearle de una pequeña trinchera. Su posición no era muy ventajosa y por otra parte el terreno despejado que se extendía al frente de las trincheras, permitia maniobrar con gran desahogo á los coaligados, quienes contaban además la ventaja de tener defendido el flanco derecho por las aguas del Danubio y el izquierdo por un terreno pantanoso. El ardor de sus tropas, las dotes excelentes de su infantería y la superioridad numérica, eran ventajas á que no debían haber renunciado los generales de la liga. Así lo comprendía el landgrave, que opinaba por decidir en el acto la suerte de la guerra; pero el elector, preocupado por la presencia de Carlos, al que asistían oficiales de tanto mérito, juzgó temeridad un ataque decisivo y optó por un término medio que no produjo resultado alguno: cañonear los atrincheramientos enemigos con objeto de que éstos tuvieran que abandonarlos. Si en todas ocasiones la irresolución es peligrosa, al frente del enemigo es altamente perjudicial cuando se reunen elementos necesarios para dominarle y concluir con él. Mucho más en una guerra como aquella. ¿Es que en ocasiones se dá sobrado valor á los elementos que se tienen á mano y se

teme sacrificarlos de una vez? Mas si asi se opina, téngase en cuenta que también se pierden de una vez todas las ventajas que da la superioridad material, y lo que es más triste aún, la superioridad moral de un ejército..... Son reflexiones estas á las que debe dar gran valor un militar, y si el estudio de la historia de la guerra puede ser de gran provecho, no será tan sólo por las múltiples combinaciones á que da esta lugar, y por el conocimiento del mecanismo del combate, sino por un conocimiento más profundo aun de las circunstancias y de los hombres, de los cálculos de la politica y del corazón humano. Afirma sin embargo un testigo presencial que un ataque vigoroso no hubiera producido resultado. En todo caso no seria porque carecieran los enemigos de elementos para darlo; y si con ellos se consideraban impotentes ¿qué podian esperar de su causa?

Rompieron los cañones del ejército confederado en la noche del 30 de Agosto de 1546 un violento fuego contra el campo imperial, y, protegidos por él, fué avanzando lentamente la infantería confederada, apoyada por 15,000 caballos. Pero este movimiento no produjo en el campo de Carlos alteración alguna. Limitóse el Emperador á permanecer detrás de sus trincheras, teniendo al ejército sobre las armas, y á recorrer las filas exhortando á los soldados á resistir el fuego sin abandonar su puesto. Este cañoneo se prolongó muchas horas, pero no produjo resultado alguno, y por de pronto los confederados hubieron de retirarse á su campo sin haber conseguido su objeto: primera falta que no debia ya remediarse. Mas apenas se dirigieron los confederados á su campamente, al caer el dia 31 de Agosto, cuando el Emperador, que fácilmente se diera cuenta de las fuerzas de sus enemigos, dispuso que todas sus tropas empuñaran los picos y reforzaran sus obras de defensa para resistir con ventaja un nuevo ataque. Estos trabajos hicieron desistir al siguiente dia á los confederados de un nuevo ataque, por lo que continuó con el mismo vigor é ineficacia el cañoneo.

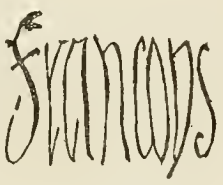
La relación de lo sucedido en los siguientes dias pueden nuestros lectores leerla al pié del notabilísimo grabado que en cuatro grandes fragmentos hemos dado á conocer. No consiguió el enemigo hacer abandonar á los imperiales sus trincheras y tomó la vuelta de Neubourg, profundamente quebrantado en su moral; mas el tiempo que los confederados invirtieron en estas operaciones no transcurrió en balde para Carlos. El conde de Buren llegó á su campo al frente de las tropas flamencas, y el arribo de este refuerzo, al par que desconcertó á sus enemigos, permitió al Emperador tomar la ofensiva sin alejarse del Danubio. El enemigo cometiendo un gran error se retiró de Neubourg (1) á Donauwerth, seguido de cerca por los imperiales, de los que acampaba por lo regular á muy corta distancia, aunque evitando cuidadosamente la batalla; y esta conducta permitió al Emperador hacerse dueño del curso de el Danubio apoderándose al propio tiempo de las plazas de Neubourg, Dillingen, Donauwerth, y Nordlinga no sin sostener algunas escaramuzas. «Ya la manera de guerra, dice Avila, se nos habia vuelto en hacella de alojamiento en alojamiento, porque ambos estaban sentados á vista el uno del otro;» y en estas operaciones transcurrió todo el otoño sin que los confederados dieran una prueba de vigor.

Era una situación especialisima la que atravesaban ambos beligerantes. Carlos tenia sus motivos para presumir que la falta de armonia en los jefes del ejército de la liga, el cansancio de sus tropas y la falta de metálico contribuirían á facilitarle el triunfo. Los protestantes abrigaban la confianza de que los rigores del invierno, la escasez de viveres y de dinero, asi como las enfermedades y la deserción, aniquilarían á su enemigo, permitiéndoles aventurarse á una batalla y exterminarlo. Y no andaban en esto destituidos de razón, pues el Emperador se veia ya apura-

(1) «Este fué otro yerro gravisimo que ellos hicieron porque tenian alli un alojamiento fortisimo, con muy gran comodidad de agua y leña y muchas vituallas, y eran señores del rio por el puente que Neuburg tiene, y muchas aldeas para forraje de sus caballos, y por ellas paso libre para correr toda la Baviera superior hasta Menique. Tenian asegurado el paso de Lico, que es el rio de Augusta, con la villa de Rain, que alli tenian tomada, la cual estaba segura; porque para ir alla habiamos de dejar Neuburg á nuestras espaldas. El campo del Emperador no podria ir á Augusta sin que ellos llegasen primero, ni á Ulma tampoco, porque ellos estaban en el paso.»—Avila. *Comentario á la guerra de Alemaña.*

Entre la multitud de detalles militares en que abunda esta obra, es curioso observar el sistema que seguia el ejército imperial al acampar: «La vanguardia estaba siempre en escuadrón hasta que llegaba la batalla, la cual en llegando, hacia luego sus escuadrones y alojábase la vanguardia; y la batalla aguardaba á que la retaguardia llegase; y venida, alojábanse todos. Esta órden se tuvo en toda la guerra.»—Avila, *Coment.*

disimo. Opinaba el conde de Buren que se comprometiese á la liga á un lance decisivo y era de parecer el duque de Alba que tomara el Emperador cuarteles de invierno. Pero Carlos no se mostró resuelto á abandonar su primitivo plan, y vino por fortuna en su ayuda un nuevo factor que debía producir cambio extraordinario, no sólo en las operaciones de la guerra, sino en los destinos de la misma Alemania. Era este Mauricio de Sajonia aquel príncipe ambicioso que, adherido á las ideas de la Reforma, comprendió que en aquellas circunstancias la balanza de la fortuna iba á inclinarse á favor del Emperador, y ansiando sacar el mejor partido de esta guerra, no se adhirió á la liga de Smalkalda y ofreció su apoyo á Carlos, con la mira de apoderarse de los dominios del elector de Sajonia, de los que poseia una muy pequeña parte. Mauricio conocia á fondo los talentos de los jefes de la liga y los recursos de que disponian y adivinó con facilidad los resultados de aquella lucha, asi como los medios de poder sacar de ella un partido ventajoso. Es cierto que atraia sobre si el odio de todos los protestantes alemanes, quienes veían en él, no tan sólo á un traidor á sus ideas, sino al hombre indigno que se obligaba á dar cumplimiento á las órdenes imperiales atacando á su suegro el landgrave y arrebatando á un próximo pariente y bienhechor constante sus posesiones; pero abrigaba Mauricio miras secretas que realizó con tal astucia que no se sabe qué admirar más en él, si su fortuna, ó su habilidad. Sin embargo no se leen en la historia sin indignación felonías como la ejecutada por Mauricio, á quien confia el elector de Sajonia sus dominios y de los que éste se apodera á la primera orden del Emperador. Realizado esto, se lanza sobre los del landgrave que atacó simultáneamente Fernando, hermano del César, y después de derrotar á las tropas que los defendian, se posesiona de ellos, excepción hecha de las plazas fuertes de Wittenberg, Gotha y Eisenach.



Facsímile de la firma del rey Francisco I

Tales operaciones sembraron el pánico entre los miembros de la liga. ¿Cómo era ya posible resistir al Emperador á quien no se habia atacado antes con ventaja? Ahora iban á tocarse los efectos de aquella inacción, y á una campaña conducida sin energia, iban á suceder una terrible derrota y las mayores humillaciones, á trueque de las cuales no conquistarian los príncipes rebeldes otra cosa que una larga reclusión y una libertad tardía amargada por la soledad y la ingratitud.

Carlos, que se vió obligado á consecuencia de un ataque de gota á trasladarse á la ciudad de Hale, recibió allí á los representantes de Ulma, Augsbourgo y Estrasburgo, quienes imploraron de rodillas su perdón. Seguidamente lo solicitaron en actitud tan humillante el elector palatino y el duque de Witenberg, y algunas ciudades libres del círculo de Suabia siguieron este ejemplo. Ya era fácil prever la suerte de la liga. Desde el momento en que Mauricio se lanzó sobre los Estados del elector de Sajonia, ardió este en deseos de recuperarlos, impulsado más que por el deseo de su posesión, por las quejas de sus vasallos; pero la disgregación de sus fuerzas constituia para los confederados un grave peligro. Deliberóse no obstante sobre este punto, y fué tal el pánico que introdujo entre ellos el pensamiento del elector, precisamente cuando unos aliados les abandonaban, otros guardaban completa indiferencia, y su ejército se mermaba por momentos, que por último decidieron presentar al Emperador proposiciones de paz. Era llegado el momento que con tanta ansia esperaba éste. Y adoptando el tono de vencedor, no quiso oir palabra alguna de paz, exigiendo ante todo que el elector de Sajonia se entregara incondicionalmente. Tal negativa no produjo otro resultado que exasperar á los confederados. Aun podian ser temibles al Emperador reunidos; pero diseminado su ejército en distintas provincias, ¿cómo era posible contenerle? Allí faltó abnegación y faltó inteligencia. El patriotismo aconsejaba sacrificarlo todo á la libertad; los principios militares dictaban una concentración de fuerzas que hiciera á la confederación temible aun en aquellos mismos instantes. No se atendió á uno ni otro extremo, y en su consecuencia quedaron en el ducado Witenberg 9,000 hombres, marchó á Sajonia el ejército del elector y disemináronse el resto de los coaligados por sus respectivas provincias. La consecuencia de este movimiento fué la rendición de algunas ciudades que habían formado causa común con los con-

federados; y bien pronto aquella formidable liga quedó reducida al elector y al landgrave, últimos que sostuvieron su compromiso con las armas en la mano. En cambio, Carlos no sólo tenia la satisfacción de ver reducido el número de sus enemigos, sino lo que era para él más agradable, conseguia aniquilar la independencia y las prerogativas del cuerpo germánico, é imponiendo crecidisimas multas á sus miembros y á las ciudades sometidas, atendia á las obligaciones de su ejército, y se disponia á dictar la ley á la Alemania, una vez vencidos los únicos vasallos que le hacían frente. Para mayor fortuna, acababa de morir Francisco I; en Génova habia podido ser sofocada una conspiración que puso en peligro su protectorado, y el débil aunque tenaz Paulo III carecía de elementos para urdir en Italia alguna trama contra su poder, mientras Venecia suficientemente aleccionada, habiase encerrado en la neutralidad más estricta.

La aparición del elector de Sajonia en sus dominios, donde le recibió con entusiasmo un pueblo amante de su príncipe, y la falta de tropas en que se hallaba Mauricio, permitió que aquél se hiciera dueño de casi todos sus Estados. Mauricio, no sólo hubo de renunciar á la ofensiva, sino que atacado, al par que Fernando, por las tropas del elector, vióse en situación apuradísima que agravó la circunstancia de haber éste derrotado un cuerpo de 3,000 hombres que en su socorro mandaba al César, haciendo prisionero en la refriega á su jefe Alberto de Bramdenburgo. Era casi inevitable la destrucción de Mauricio, lo que hubiera permitido al elector volver á las márgenes del Danubio, y hacer frente allí al César. Pero Federico poseía el valor de un soldado, gran dosis de abnegación, pero ninguna dote general, y así lo demostró en el hecho de dejar que se rehiciera aquél. Para que se comprendan todas las ventajas de su posición, hay que tener en cuenta que Carlos había licenciado á los flamencos que mandaba el conde de Buren, y que el Papa, receloso de los progresos realizados por el Emperador, y altamente ofendido por su conducta, dió á Octavio Farnesio la terminante orden de regresar con sus soldados á Italia, anulando la concesión que hiciera á Carlos de apropiarse en España una parte de los bienes eclesiásticos; por manera que el ejército imperial excesivamente mermado á causa de las guarniciones que hubo de colocar en las ciudades sometidas, sumaba una cifra poco respetable; mientras el del elector de Sajonia, perfectamente organizado, ascendia á 34,000 hombres, apoyados en importantes plazas fuertes, bien atendidos, y que por añadidura contaban con la cooperación del landgrave, que aun continuaba dispuesto á la lucha.

Pero si el Emperador era inferior á Federico, considerado desde este punto vista, suplía con creces su genio tales desventajas, como así lo reveló en las operaciones que llevó á efecto. Tan pronto se hubo convencido de que no le amenazaban complicaciones serias con Francia ni con los italianos, gracias á la serie de acontecimientos de que hemos hecho mención y que le mantuvieron por algún tiempo á la espectativa, reunió su ejército, que á la sazón sólo ascendia á unos 16,000 hombres, y se dispuso á invadir la frontera meridional de Sajonia, aislando al elector, cuyas fuerzas estaban en comunicación con los bohemios. Comprendió el éste el pensamiento de Carlos, pero, en vez de reunir todas sus fuerzas, destacó una parte muy considerable de ellas á la frontera de Bohemia, quedando él al frente de las restantes, unos 9,000 hombres. Mas el temor de aventurar una batalla le obligó muy pronto á diseminarlos en diferentes ciudades de Sajonia y el Emperador hallóse, por consiguiente, superior por todos conceptos en cualquiera de los puntos que atacara: la consecuencia de estas desacertadas medida fué la inmediata rendición de las importantes plazas situadas entre Astorf y el Elba.

Carlos no dió tiempo á los sajones para reponerse de su sorpresa y se dispuso á cruzar este río, mientras el elector, que se hallaba acampado en Meissen, vacilaba en adoptar una definitiva resolución. No se atrevía á librar batalla y tampoco queria dejar expedito á los imperiales el paso del Elba. Esta importante linea de agua prestábase, no obstante, á una excelente defensa, particularmente desde Meissen á Witenberg; pues sobre ser sus márgenes escarpadas en algunos puntos, podia el elector emplazar en ellas su artilleria é impedir á toda costa el paso, asegurando, además, convenientemente su retirada á Witenberg, caso de que los imperiales consiguieran su objetivo. Pero Federico fué víctima de sus constantes vacilaciones. Dos extremos se le ofrecian en aquel mo-

mento: Dar una batalla decisiva ó tener en jaque al enemigo y prolongar la guerra á todo trance entreteniéndole en el sitio de las plazas fuertes que le pertenecían, hasta que nuevas complicaciones estorbaran los planes del Emperador. Federico optó por un término medio, descendió á lo largo del Elba, detúvose en Muhlberg y cubrió los bordes del río en este punto con sus arcabuceros y algunas piezas de artillería, dispuesto á disputar el paso al Emperador. Este avanzaba por el costado opuesto en dirección á Meissen, pero, tres leguas antes de llegar á este punto, supo el movimiento efectuado por el elector, y considerando que de dirigirse río arriba en demanda de Meissen, perdería un tiempo precioso, determinó cruzar la corriente desde el punto en que se hallaba. Mandó que la artillería y las barcas del puente caminasen aquella noche, seguidas de la infantería española, tres regimientos de tudescos y la caballería, y consiguió llegar al amanecer á la ribera. La niebla no permitía ver la otra banda; mas á medida que aumentó la luz, fué aquella disipándose y se comenzaron á descubrir las posiciones enemigas. Por de pronto mandó el Emperador que se acampara; y él se adelantó con el duque de Alba á reconocerlas, viendo entonces «que los enemigos estaban á la otra parte dél y tenían repartida su artillería y arcabucería por la ribera, y estaban puestos á la defensa del paso y del puente que traían hecho de barcas, el cual estaba repartido en tres piezas para llevarle consigo río abajo con más facilidad (1).»

El conde de Mansfeldt

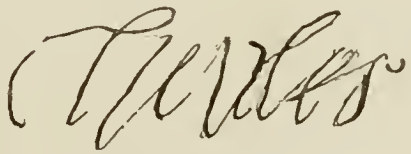
Hé aquí, según nuestro Avila, la manera con que se presentaban los enemigos. «Era la disposición del paso desta manera: la ribera que nuestros enemigos tenían era muy superior á la nuestra, porque de aquella parte era muy alta, y sobre ella un reparo como los que hacen para cercar heredades, que en muchas partes podían cubrir sus arcabuceros; nuestra parte era tan descubierta y llana, que todas las crecientes del río corrían por allí. Ellos tenían la villa y el castillo que tengo dicho de (Mulberg); de nuestra banda todo estaba raso, sino eran algunos árboles pequeños y espesos, que estaban bien apartados del agua, la cual por aquella parte do se pensaba que era vado tenía trescientos pasos de ancho. La corriente, aunque parecía mansa, traía con gran ímpetu, que no ayudaba poco á la fortaleza del paso; el cual, por todas estas cosas que tengo dicho, estaba tan dificultoso, que era bien menester acompañar la determinación del Emperador con arte y con fuerza (2).» Una y otra manifestó el César en estas circunstancias; pues conociendo suficientemente el valor que tiene en las operaciones el tiempo, sin dilación emplazó su artillería y sus arcabuceros en una arboleda que estaba no distante del río, con objeto de desalojar al enemigo de sus posiciones y facilitar el paso de la corriente. Empero, el enemigo puso algunos arcabuceros en sus bar-

(1) «Estaba el duque de Sajonia alojado de la otra banda en esta villa que se llama Milburg con 6,000 infantes soldados viejos y cerca de 3,000 caballos, y juntamente tenía veintiuna pieza de artillería, y estaba bien asegurado, porque sabía que íbamos á pasar por Meisen, él nos tenía gran ventaja para esperar ó irse donde quisiese; y por donde él estaba era cosa difícil pasar, por la anchura y profundidad del río y por ser la ribera que él tenía ocupada muy superior á la nuestra y guardada de una villa cercada y de un castillo, que aunque no era tan fuerte que bastase para guardarse á sí, éralo dara defender el río.» Avila, *Coment.*

(2) Avila. *Ibid.*

cas y obligó á los nuestros á salir á la ribera, siendo extraordinario el arrojo de estos soldados, pues entrando en el río, hicieron tan violento fuego contra las barcas que mataron á muchos de ellos y les obligaron á desampararlas haciéndose seguidamente dueños de ellas, á excepción de las que el enemigo incendió. En aquel momento por ambas partes se sostuvo un violento fuego de cañón y arcabuz, pero aunque desventajosamente emplazada la artillería imperial, logró llevar muy presto la ventaja.

Ya en este tiempo habían tratado nuestros soldados de echar un puente, mas como no bastasen las barcas, en el acto se desnudaron y lanzaron al rio diez arcabuceros sujetas las espadas en la boca; cuyos soldados alcanzaron dos trozos del puente que los enemigos llevaban rio abajo y matando á los que en ellos se hallaban los condujeron á la orilla. Felizmente el duque de Alba que había ido á reconocer un vado, dió aviso al Emperador de que el ejército podia cruzar el rio. Y urgia verificarlo, porque el enemigo comenzaba á desamparar la ribera opuesta, dominado por los fuegos de la arcabucería imperial que se hallaba tendida á lo largo de nuestra orilla. Comenzó á pasar la caballeria húngara y la ligera llevando cada jinete un arcabucero á las ancas del caballo, y estas primeras fuerzas que alcanzaron la frontera orilla antes que el enemigo concluyera de salir de Mulberg, sostuvieron escaramuza y defendieron el paso del resto de la caballeria. El Emperador también se metió en el agua, y cuenta que era tanta la profundidad del agua, que cubria las rodillas de los jinetes (1); pero urgia acelerar el movimiento, y casi al tiempo que concluian de pasar los caballos, cruzaba la infantería imperial el puente que con gran prisa acababa de terminarse.



Facsímile de la firma de Carlos I

Admira en verdad la confianza que abrigaba el elector. Carlos había puesto el pié en la orilla que defendian sus tropas, y aun no sabia darse cuenta de un movimiento cuya primera noticia le produjo la impresión de un rayo que cayera á sus piés. El elector no había previsto, á lo que se vé, esta contingencia, y, en cambio, Carlos destacando parte de sus fuerzas para efectuar una diversión sobre Ingolstadt, situada en el frente flanco del ejército sajón, privaba á su enemigo de esta línea de retirada, mientras le acosaba al de sus tropas en dirección á Wittemberg, única linea que podia seguir el elector. Este, despues de defender tan débilmente el paso, y casi al propio tiempo que lo ganaba la caballeria húngara, comenzó la retirada «repartida la infantería en dos escuadrones, uno pequeño y otro grueso, y nueve estandartes de caballeria, distribuidos de manera que cuando nuestros caballos ligeros y húngaros los apretaban, *ellos volvian y cargaban de manera que daban lugar á que su infantería pudiese caminar.*» No les salvó su diligencia; si bien hay que reconocer dificultaron su marcha la artillería y los bagajes. El Emperador, para ganarles por la mano, se adelantó sólo con la caballeria, y tan velozmente que á tres leguas del rio alcanzó al elector á tiempo que éste iba á ganar un bosque que estaba en su camino.

Sumaban las fuerzas enemigas el número de 6,000 infantes y 2,600 caballos; las que en aquel instante llevaba Cárlos se componían: la vanguardia de 400 caballos ligeros, 400 húngaros, 100 arcabuceros españoles á caballo, 220 hombres de Nápoles y 600 lanzas, y 200 arcabuceros montados de Mauricio; en la batalla iban dos escuadrones: el del Emperador con 400 lanzas y 300 arcabuceros montados, y el de su hermano Fernando con 600 lanzas y 300 arcabuceros á caballo. Cuyos escuadrones dice Avila «iban ordenados diferentemente de los tudescos, porque ellos hacen la frente de los escuadrones de su caballeria muy angosta, y los lados muy largos. El Emperador ordenó los suyos que tuviesen diez y siete hileras de largo; y así venía á ser la frente de ellos muy ancha y mostraba más número de gente, y presentaba una vista muy hermosa. Y á mi juicio esta es la mejor orden y más segura cuando la disposición de la tierra lo sufre, porque la frente de un

(1) «Iba el Emperador en un caballo español castaño oscuro, el cual le había prestado mosiur Ri, caballero del órden del Tusón, y su primer camarero; llevaba un caparazón de terciopelo carmesí con franjas de oro, y unas armas blancas y doradas, y no llevaba sobre ellas otra cosa sino la banda muy ancha de tafetán carmesí listada de oro, y un morrión tudesco, y una media asta, casi venablo, en las manos.» Avila, *Coment.*

escuadrón de caballos muy ancho no da tanto lugar que sea rodeado por los lados; lo cual se puede hacer muy fácilmente en un escuadrón que trae la orden angosta, y bastan diez y siete hileras de espesor para el golpe, y puede dar en otro.»

El duque Mauricio de Sajonia

Viendo venir las fuerzas del Emperador sobre sí, determinó el elector sostener el choque protegido por el bosque, desde el cual pensaba retirarse llegada la noche á Witemberg. En su consecuencia, mandó á su arcabucería de á pié dar frente á nuestra caballería ligera, en tanto que él se colocaba con su infantería en el lugar más oportuno. Empero, ya Carlos desplegaba en batalla; y si bien al avanzar su línea halló al paso un pantano que obligó á estrechar las filas para que pasara

la vanguardia, cuya difícil operación quiso impedir el enemigo con una carga, sostúvolo tan bien el duque de Alba, y á su vez cargaron él y Mauricio con tal acierto, que obligaron á los enemigos á dirigirse en desórden al bosque. Nuestra vanguardia se extendió seguidamente por la derecha y logró envolverlos, en tanto que los caballos húngaros y ligeros concluian de destrozarles. A este tiempo llegaba el grueso de las tropas imperiales para completar el triunfo (24 Abril de 1547).

Fué total la derrota de Federico; y aunque él sostuvo con un puñado de valientes el honor de las armas, é hizo heróicos esfuerzos para rehacer á su gente, no consiguió detener á los contrarios, y tuvo la desgracia de caer prisionero en union de los que le rodeaban. Así expió aquel príncipe sus faltas militares, pues quebrantada la moral de su ejército no sólo le fué imposible luchar con ventaja, sino que sacrificó de una vez para siempre sus recursos y su posicion. El pesar que le causara la muerte de muchos de sus leales soldados y la pérdida de sus Estados, debía agravarse con las palabras que mereció al vencedor y el lenguaje insultante del hermano de éste. «Los azares de la suerte, dijo Federico al presentarse á Carlos, me han hecho vuestro prisionero, graciosísimo Emperador; y espero que se me tratará...» —«¡Ah! ¿conque ya me reconocéis por Emperador?» exclamó Carlos, lleno de cólera. «Yo os trataré como merecéis.» Y le volvió bruscamente la espalda. Seguidamente dispuso que se le retuviera prisionero y confió su custodia al duque de Alba. Comenzó entonces para aquel hombre valeroso y magnánimo una vida amargada por el recuerdo de su grandeza, su humillación presente y el poderío que alcanzara á su costa el astuto Mauricio; y cuando tardíamente recobró su libertad, olvidado hasta por sus mismos súbditos, y reducido á una posición modesta, pudo contemplar con amargura los singulares contrastes de la fortuna, sobre la que mantuvo siempre su alma noble y generosa, fortalecida por el verdadero sentimiento religioso; cualidades que hacen de Federico una de las figuras más simpáticas de aquella época.

Dos dias después de la victoria de Mulhberg, que atrajo á su devoción otras ciudades, Carlos se ponía en marcha para Witemberg, donde residía la esposa é hijo del elector, y cuya ciudad era considerada como plaza fuerte de gran importancia. Decidido aquel á terminar la guerra haciéndose dueño de ella, y convencido por la respuesta que á su intimación le dieron los habitantes de que no era fácil esta empresa, mandó abrir las trincheras y transportar la artillería desde Dresde á su campo, por el Elba. Pero habiendo caído en poder de un destacamento de confederados, un convoy, y no siéndole fácil á Mauricio el atender al aprovisionamiento de los sitiadores, hubo de apelar Carlos V á otro género de recursos que arrojan indeleble mancha en la historia de este monarca. Intimó á la esposa del elector que de no abrirle las puertas de la ciudad éste pagaria la resistencia con su cabeza. Y haciendo caso omiso de que como príncipe que era Federico del Imperio sólo una dieta ó tribunal especial podia juzgarle, le sometió á un consejo de guerra presidido por el duque de Alba, que le condenó á ser decapitado.

Estaba el duque jugando al ajedrez cuando se le notificó el fallo, y sin inmutarse lo más mínimo exclamó: «Fácil es adivinar el plan del Emperador. Es preciso que yo muera, porque Witemberg no quiere rendirse: yo daré mi vida gustoso si con este sacrificio puedo conservar la dignidad de mi casa y transmitir á mis descendientes la herencia que les pertenece. ¡Quiera Dios que esta sentencia aflija á mi esposa y á mis hijos tan poco como á mí me intimida, y que no renuncien títulos y posesiones á que les destinó su nacimiento, animados por el deseo de añadir algunos días á una vida ya demasiado larga!» Y pronunciadas estas palabras continuó la partida empeñada.

Era de presumir que la desdichada esposa no consentiría tal sacrificio, y resuelta antes que todo á salvar á Federico, decidióse á hacer entrega de la ciudad, conviniéndose que éste firmaría la renuncia de todos sus Estados, excepto Gotha, y quedaría prisionero del Emperador. Carlos llegó á exigirle que renunciara á sus creencias, pero el elector mostróse tan enérgico respecto á este particular, que ningún género de amenazas pudieron vencerle. Quiso reservarse lo único que no podía arrebatarle la fortuna ni la fuerza de un déspota, lo que él consideraba como lo más querido y respetable: la libertad de su conciencia.

Dueño Carlos de Witemberg, adjudicó á Mauricio los Estados del desposeído Federico, y ya

sólo pensó en concluir con el landgrave, que aun se mantenia en armas en sus dominios; empero, la suerte desdichada del elector desalentó á éste en tal manera, que sin tener en cuenta los elementos de que disponia y el socorro que Francia podia prestarle, dispúsose, alentado por su yerno Mauricio y el elector de Brandemburgo, á implorar el perdón del Emperador. Las condiciones de éste eran severas: debia poner su persona y dominios á su disposición, pagar una fuerte indemnización, demoler sus fortificaciones, entregarle sus municiones y artillería, poner en libertad á todos los prisioneros hechos durante la guerra, incluso Enrique de Brunswick, y obligarse á no tomar las armas contra el César. No sin repugnancia firmó el landgrave estos y otros artículos, y bajo la palabra de su yerno y el de Brunswich se presentó en el campo imperial y pasó á la cámara regia el dia señalado para efectuar su pública sumisión: mas grande fué su sorpresa al ver que antes de darle audiencia se le presentaba una copia de los artículos aprobados, á los cuales se habian añadido uno que dejaba al Emperador en libertad de interpretar los dudosos y otro que le obligaba á él á reconocer las decisiones del concilio de Trento. Exasperóse el landgrave hasta lo sumo, pero, gracias á la mediación de Mauricio y el marqués de Brunswich, se suprimió un artículo y se modificó el otro. Aun le estaban reservadas nuevas amarguras. Entró en la cámara, hincóse de rodillas ante el César, á presencia de lucido y compacto concurso, leyó su canciller el acta de sumisión, y el secretario del Emperador la respuesta de éste; y terminada la lectura, abandonó bruscamente Carlos su asiento y dejó al infeliz landgrave de rodillas, blanco de las miradas de todos sus cortesanos. Este acto indigno terminó levantándose por sí propio el landgrave y pasando á las habitaciónes del duque de Alba, donde al breve rato supo que, á pesar de las seguridades que se le dieran, quedaba prisionero del Emperador. ¡Tal fué el triste fin de los dos generales que habian figurado á la cabeza de la liga! Más feliz Federico, el elector de Sajonia, sucumbió con la espada en la mano, y en su prisión no se doblegó un momento ante el César, ansioso de una libertad que no estimaba al precio de una humillación. Pero uno y otro acompañaron á las tropas del Emperador por Alemania, como trofeos de su victoria, ó por mejor decir, como elocuentes testimonios de la ruina de la liga y de la humillación del cuerpo germánico.

Tiro de Artillería

VI

Tocamos al fin del agitado reinado de Carlos V. Al triunfo conseguido por sus armas en Alemania, á la opresión que ejerció en ella como conquistador, añadió en breve extraordinarias exacciones que se hacen ascender á la suma de un millón seiscientas mil coronas. Dueño del material de guerra de la liga, la distribuyó entre España, Italia y los Países Bajos; y de este modo arruinó por un doble concepto á aquel país que por primera vez se veia dominado tan poderosamente por la autoridad imperial. La dieta de Augsburgo, donde el Emperador impuso su voluntad al cuerpo germánico, confirmó solemnemente sus decisiones soberanas, y el *Interim*, sistema de doctrina que debia servir de regla á los alemanes hasta tanto que se pudiera convocar un concilio tal como el Emperador deseaba, fué la fórmula que trató de imponer á sus súbditos así católicos como protestantes; con lo que disgustó á unos y á otros.

Para comprender la causa de esta última medida hay que tener en cuenta la conducta hostil del Pontifice y sus manejos trasladando el concilio de Trento á Bolonia con un fútil pretexto, prorogándole después y creando así nuevas dificultades al Emperador sin que se resolviera nada favorable á la concordia religiosa. El nepotismo de Pablo III le impulsó á segregar del territorio de la Iglesia las ciudades de Parma y Plascencia, para darlas á su hijo Pedro Farnesio y de las que pretendió en vano le concediera la investidura el Emperador, y esta negativa le indujo á buscar nuevas alianzas con Francia y á formentar otras intrigas que no tuvieron fin con la muerte violenta dada á Pedro, pues el Pontifice se obstinaba en que Octavio su nieto quedara en posesión de ambas ciudades. Mas el fallecimiento de Pablo III cambió este estado de cosas. El nuevo Papa no vaciló en procurar la reincorporación de Parma y Plascencia á sus Estados y acudió á Gonzaga, gobernador de Milán, mientras Octavio recurría al rey de los franceses, Enrique II, que habia heredado de su padre el odio á los españoles. Tal fué la causa que motivó nuevas operaciones en Italia, y un concierto entre franceses y turcos que produjo una invasión en Hungría, la devastación de las costas de la península italiana y la pérdida de Gazza y Tripoli.

El duque de Wurtenberg

Pero se aproximaba ya el momento en que uno de los personajes que más importante papel desempeñara en la guerra de Alemania, adoptase una nueva actitud y diera al Emperador durísima y merecida lección, precisamente con las artes que aprendiera en su escuela. Mauricio, el nuevo elector de Sajonia, que había logrado, gracias á su alianza con Carlos V ser el príncipe más poderoso de Alemania, teniendo plena conciencia de su fuerza y estimulado á ello por la conducta del Emperador, creyó llegada la hora de romper los hierros que el mismo contribuyera á forjar, de concluir con aquel poder absorbente que era una amenaza para su país y de devolver á éste la más preciada de sus libertades, la libertad de la conciencia. Júzguese como se quiera la conducta de este hombre astuto y atrevido: ello es que destruyó el poder absorbente de Carlos en el mismo punto en que éste se considerara más omnímodo; y sea que le animaran aquellos nobles móviles, sea que le impulsaran sentimientos más mezquinos, no puede negarse qne su patria le es deudora de grandes beneficios. Por otra parte justificó su actitud, ya que no su proceder artero, la conducta de Carlos con los alemanes y con el landgrave, preso aún, á pesar de las reclamaciones de Mauricio, que empeñó la palabra de que el Emperador le dejaría en libertad.

Con todo, Mauricio cuidó de proceder con gran cautela: púsose á las órdenes de Carlos para hacer aceptar el *Interim* á las ciudades que aun resistían y estableció el cerco de Magdeburgo; pero cuando se la propuso la nueva reunión de un concilio, sus embajadores presentaron en la Dieta condiciones tan osadas que ningún reformador se atreviera en otra época á formular. Este singular contraste en la conducta de Mauricio, no acertaba á ser comprendido por los protestantes, ni era parte á despertar las sospechas del Emperador. Magdeburgo se rindió á Mauricio después de haber hecho seria resistencia; mas á pesar de haberse impuesto á esta ciudad las condiciones que el Emperador exigía, Mauricio dejó de ponerlas en práctica y aun consiguió después de secretas conferencias con su gobernador que el Senado de la misma le eligiera burgrave, dignidad que le daba jurisdicción muy amplia en ella y en su territorio. Seguidamente licenció á sus tropas que tomó á sueldo el duque de Mecklemburgo, y gracias á éste ardid permanecieron reunidas para el primer

evento. Así, mientras mantenía entretenido al Emperador con motivo de los pasaportes que debían entregarse á sus delegados para asistir al concilio, se apercibió á la guerra entablando negociaciones con el rey de Francia. Este monarca que habia roto la lucha con el Emperador en el Parmesado, donde sus tropas pusieron infructuosamente sitio á Parma y la Mirandola, acogió gozoso las proposiciones de Mauricio, en virtud de las cuales éste se declaraba jefe de la confederación poniendo en pié entre él y sus asociados un respetable ejército para cuyo sostenimiento se exigian á Enrique doscientas cuarenta mil coronas los primeros meses y setenta mil coronas mensuales mientras durase la campaña. Enrique II debía invadir la Alemania por la Alsacia, contribuyendo así directamente á los planes de la liga.

Muy tardíamente llegó á recelar el Emperador de Mauricio; pero éste le entretuvo con frecuente correspondencia, y por fin le notificó su marcha á Inspruck, en cuya ciudad había situado Carlos su córte, como punto desde donde podia estar á la vez en comunicación con la Italia y la Alemania, pues se halla situada en las gargantas del Tirol. Y emprendió en efecto Mauricio su viaje, sólo que, á mitad de camino, despachó un mensajero á Carlos para notificarle su arribo y él se dirigió el fondo de la Turingia donde le esperaba un ejército compuesto de 20,000 infantes y 5,000 caballos. Seguidamente publicó un manifiesto en el que exponía las causas que le impulsaban á tomar las armas, y eran: defender la religión protestante, las leyes y la libertad del imperio y arrancar al langrave de su prisión. A este manifiesto siguió el de Enrique II, quien declaraba que era su intento restablecer la antigua constitución del imperio y se daba á si mismo el título pomposo de *Protector de los fueros de Alemania* y *libertador de sus príncipes*. ¡Bien pronto supo este país la que significaban tales palabras!

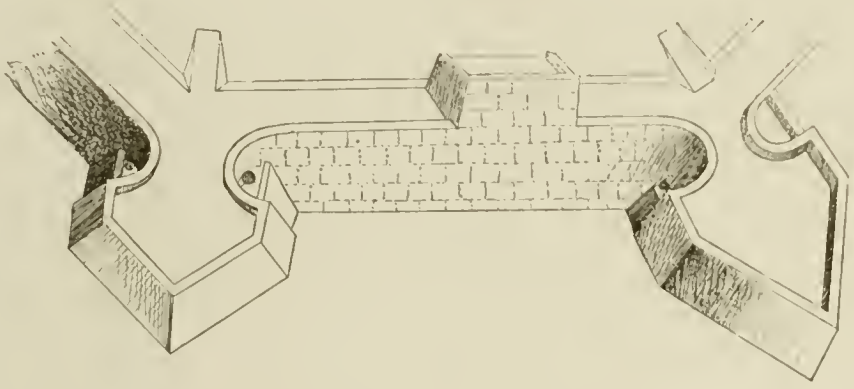
Esguizaros

Enrique comenzó sus operaciones penetrando en la Lorena, mientras Mauricio, á marchas rápidas, se hacía dueño de todas las ciudades que en la Alta Alemania hallaba á su paso, incluso Augsburgo. Toul y Verdun abrieron sus puertas al condestable de Montmorency que en nombre del monarca francés acudía á *libertar* á Alemania, y Metz, que fiada en la palabra de este general le permitió la entrada en su recinto para dar paso al ejército, vió llena de terror y de sorpresa que éste se hacía señor de ella. Tan artero proceder sirvió de oportuno aviso á Tréveris y Strasburgo, cuyas ciudades se apresuraron á cerrar sus puertas á los franceses, habiendo de contentarse el francés con mandar todos sus caballos á beber en la corriente del Rhin; como si quisiera manifestar de este modo que hasta allí habían llegado sus conquistas. La de Metz tuvo lugar en 1551 y hasta 320 años más tarde no debían recuperarla los alemanes, precisamente cuando los habitantes de ésta ciudad y su territorio habian ya perdido el amor á la antigua patria.

«No hay términos, dice Robertson, para explicar el pasmo y la consternación que se apoderaron del Emperador al recibir la noticia de tan inesperados sucesos. Veía armados contra él muchos príncipes de Alemania y prontos los demás á reunírseles para conseguir el triunfo, y que al mismo tiempo un poderoso monarca se aliaba con ellos y secundaba sus operaciones mandando en persona un formidable ejército, mientras por causa de una negligencia y credulidad que le exponían á la vez al público escarnio y al mayor peligro, no se hallaba en estado de tomar disposición alguna eficaz, ni para reprimir la rebelión de sus vasallos, ni para rechazar la invasión de extranjeros enemigos. Parte de sus tropas españolas enviáronse á Hungría contra los turcos, al paso que se llamaron las restantes á Italia para la guerra que se continuaba en el ducado de Parma. Licenciá-

ronse las partidas de veteranos alemanes, porque no podia pagarlas, y muchas se habian alistado en las banderas de Mauricio después del sitio de Magdeburgo, quedando así Carlos en Inspruk con una división apenas suficiente para guardar su persona. Hallábase agotado su tesoro y hacia tiempo que no habia recibido ninguna cantidad del Nuevo Mundo, al paso que perdiera todo su crédito con los comerciantes de Génova y Venecia que, á pesar de ofrecerles interés exorbitante, no quisieron prestarle. De este modo aquel príncipe que sin disputa era el más considerable potentado de la cristiandad y el más capaz de desplegar mayores fuerzas, pues ningún menoscabo habia padecido aún su poder, hallábase, con todo, en la imposibilidad de librarse del riesgo que le amenazaba por medio de un esfuerzo oportuno y vigoroso.»

En tan graves apuros apeló Carlos á las negociaciones, deseando ganar tiempo y ponerse en estado de contener á Mauricio. Valióse de su hermano Fernando y tuvo lugar entre éste y Mauricio una conferencia en Lenz que no dió el resultado apetecido, acordándose sólo una tregua que comenzaría diez y seis dias después. Este intervalo lo aprovechó Mauricio para efectuar un movimiento tan audaz como admirable. Avanza hasta los desfiladeros del Tirol, fuerza un destacamento que le cerraba el paso, se hace dueño del castillo de Ehrenberg que dominaba aquella



Baluartes y caballero

garganta y se dispone á caer sobre Inspruck. Mas por desgracia se le amotinó un batallón de mercenarios á mitad del camino, y gracias á este retraso pudo tener Carlos noticia del peligro que por momentos le amenazaba.

Cerraba la noche del 20 de Mayo de 1552 cuando el Emperador, conducido en una litera y rodeado de escasos cortesanos y reducida escolta, se internaba al fúnebre resplandor de las antorchas en las sombrías gargantas de los Alpes. ¡Raros contrastes de la fortuna que así elevan y anonadan á los poderosos! ¿Quién descubriría en aquel hombre agobiado por achaques prematuros al monarca omnipotente cuyas banderas flotaron victoriosas en dos hemisferios? Ahora, acosado por un príncipe rebelde, buscaba su seguridad en la fuga acompañado del fantasma siniestro de la venganza que debió flotar á su vista entre las sombras de aquella horrible noche!

Pocas horas después de haber abandonado el Emperador á Inspruck llegaba allí Mauricio con sus tropas. Carlos estaba ya en salvo en un pueblecillo de la Carintia, Villac, y expedía desde allí urgentes órdenes para reunir nuevas tropas. Mauricio por su parte había calculado con tanta precisión sus operaciones, que después de detenerse tres días en Inspruck, pudo dirigirse á Passau, punto convenido con Fernando para celebrar la conferencia. Muy poderosas razones impulsaban á los dos á venir á un acuerdo. Mientras Mauricio y el rey de Francia efectuaban las mentadas operaciones, Alberto de Brandemburgo, otro de los confederados á quien se confiara el mando de

CÁRLOS V EN EL SITIO DE METZ

Cuadro de Lucien Melinge

E. Ullastres, Editor.

Tip. Academia.

una división separada de 8.000 hombres, devastaba los territorios de la alta Alemania, exigía grandes contribuciones é infundia el terror en el país, haciendo caso omiso de las órdenes que recibia de Mauricio y de las representaciones de los demás confederados. Así pues, los príncipes y ciudades del imperio ansiaban un arreglo que les librara de la guerra civil, asegurando en lo posible sus prerogativas; y este deseo lo secundaba admirablemente Fernando, á quien transmitiera el Emperador la dignidad de rey de romanos, que pensaba Carlos hacer hereditaria en su hijo don Felipe y de que ya no quería desprenderse aquél. Fernando no pudo ver sin satisfacción el rudo golpe que sufriera su hermano, y cooperó con todas sus fuerzas á una paz cuyas principales condiciones eran la satisfacción de lo reclamado en el manifiesto de Mauricio. Pero al ser aquellas presentadas á Carlos, éste las rechazó indignado, y entonces Mauricio juzgó necesario intimidar al Emperador. Sus rápidas operaciones hicieron presagiar á Carlos que iba á empeñarse de nuevo porfiada lucha; y así, al tener noticia del vigor con que las tropas de Mauricio atacaban á Francfort del Mein, envió un correo á su hermano, manifestándole estaba dispuesto á venir á un acuerdo, siempre que Mauricio cediese un tanto en sus demandas. En su consecuencia se firmó la paz de Passau, por la cual el Emperador concedía á los protestantes de la confesión de Augsburgo el libre ejercicio de su culto, Mauricio quedaba en posesión de lo conquistado y el landgrave de Hesse recobraba su libertad: consignábase que si una próxima Dieta no resolvía las querellas religiosas, las cláusulas de este tratado serían válidas para siempre. Nada se habló del rey de Francia en este tratado, ni del elector de Sajonia, puesto ya en libertad por Carlos; pero sí se incluia en él á Alberto de Brandemburgo siempre que accediera á lo convenido.

Arcabucero italiano (de Cesare Vecellio)

Mientras estos acontecimientos tenian lugar en Alemania, la guerra continuaba en el Norte de Francia, á donde la esforzada gobernadora de Flandes, por medio de una diversión ejecutada por Rosem, ahora puesto al servicio del Emperador, logró atraer el ejército que invadió la Lorena. El general flamenco se apoderó de distintas plazas de la Picardia y el monarca francés taló el Luxemburgo y se hizo dueño de algunas ciudades; pero estas operaciones no tuvieron grande importancia. Fué necesario que el Emperador quedara libre de la guerra con los protestantes para que se abriera una campaña vigorosa cuyo principal objetivo era recuperar las plazas de Metz, Toul y Verdun, de grandísima importancia por su posición, así como defensa de la Francia, que como base formidable para invadir la Alemania. Abandonó, en su consecuencia, la aldea de Villac; reunió un formidable ejército con las tropas que llamó de Italia y España y los mercenarios que los confederados acababan de licenciar, y ocultando en lo posible sus propósitos se dispuso á invadir la Champaña.

Grandes obstáculos se oponian á la realización de su pensamiento: se aproximaba la estación de invierno y debía serle muy difícil sustentar tan numeroso ejército frente á los muros de una ciudad como Metz, ciudad de malas fortificaciones, pero dentro de la cual se habian colocado 8,000 infantes y 3,000 jinetes, mandados por un jóven guerrero, el duque de Guisa, que aspiraba con justos títulos á una reputación gloriosa. Reparadas las defensas de la plaza, bien avituallada y guarnecida, y sobre todo, gobernada por caudillo tan ilustre, no era fácil augurar el resultado de este sitio. Pero el Emperador tardio en adoptar una resolución, era tenaz en llevarla á efecto, una vez tomada.

Carlos avanzó en dirección á Metz al frente de 60,000 soldados y en su camino pudo deplorar el triste espectáculo que ofrecia el territorio inmediato al Rhin, saqueado por las tropas de Alberto de Brandemburgo, quien, haciendo caso omiso de lo convenido en Passau, aun se mantenia en armas. Dispuso que sus tropas circunvalaran á la ciudad y él se quedó en Thionville, pues sus continuas dolencias le impedian permanecer en el campo. En esta ocasión sus generales hubieron de representarle los peligros que iban á correrse acometiendo esta empresa, de suyo prolongada y difícil, mucho más encontrándose ya muy adelantada la estación, que en aquel país era sobrado rigorosa. Pero Carlos se desentendió de tales consejos; dió el mando al duque de Alba y el 22 de Octubre de 1552 sus tropas establecian el sitio en toda regla, no sin haber probado antes en reñida escaramuza el valor y el ciego arrojo de los sitiados.

Galeón italiano del siglo XVI

«Metz, dice el historiador francés Henri Martin, la ciudad que iba á detener el supremo esfuerzo de los enemigos, hallábase protegida, demás de su muralla falta de baluartes, por las dos corrientes del Mosela y el Seille, que por tres lados cierran el paso, mientras que el cuarto, el del Sud, solo estaba cubierto por un antiguo arrabal; mas como dominaran su recinto las alturas vecinas era fácil batirla. Con objeto de resistir seriamente hicieron los sitiados grandes trabajos: se reforzaron las murallas, se abrieron las trincheras, se construyeron baluartes, se emplazaron cañones sobre las bóvedas de las iglesias, se edificaron caballeros con objeto de contestar al fuego de las baterías enemigas colocadas en las colinas, y se hizo gran acopio de vituallas.... Al mismo tiempo se demolieron multitud de edificios para hacer lugar á nuevos muros y para despejar las inmediaciones de los antiguos; los hermosos arrabales de Metz fueron casi totalmente arrasados con sus conventos, iglesias y caseríos.... Y la aproximación de la vanguardia enemiga obligó aún á otra medida más extrema, la expulsión de todos los habitantes, excepto algunos religiosos para el desempeño del servicio divino, de dos mil artesanos y obreros destinados á reparar las fortificaciones, servir las piezas y otros cometidos (1).» Asi dispuesta para resistir, esta población en la que se hallaba encerrada la flor de la nobleza francesa y á su cabeza el jóven é intrépido duque, esperó la llegada de los enemigos.

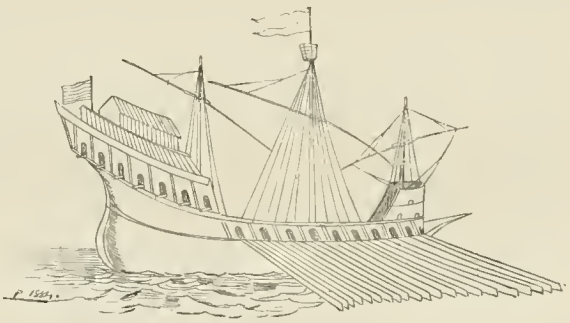
La presencia de Alberto de Brandemburgo en la Lorena, como en espectativa del sesgo de las cosas, preocupaba por igual á franceses y españoles; no que fuera temible á los imperiales; pero el refuerzo de sus veinte mil mercenarios era de gran valor en aquellas circunstancias á uno y otro beligerante. Solicitado por ambos, este aventurero juzgó más positivas las ofertas del Emperador, y cayendo de improviso sobre un cuerpo francés que al mando del duque de Aumale observaba sus movivimientos, le derrotó y marchó á incorporarse á las tropas imperiales en Metz; mas tan infausto acontecimiento influyó tan poco en el ánimo de Guisa, como el fuego que vomitaban so-

(1) *Histoire de France.*

bre Metz las baterias que logró plantar el sitiador. Efectuaba constantes y vigorosas salidas que dirigía él en persona, y así trabajaba en las obras de defensa, como recorría los muros y volaba á los puntos de mayor peligro, soportando siempre con semblante alegre la fatiga y ofreciendo á la guarnición elocuente ejemplo de perseverancia.

El duque de Alba y el márqués de Marignán fueron quienes establecieron el sitio en 15 de Octubre, y Carlos no se incorporó al ejército hasta el 20 de Noviembre, siendo conducido, á causa de sus dolencias, en litera. Su ejército, engrosado por los aventureros alemanes, ascendía á cerca de 60,000 combatientes, sin contar los vivanderos, bagajeros y sirvientes, poseía ciento catorce piezas de artillería, y se hallaba distribuído en tres campos distintos, que ceñían la ciudad: el mayor de ellos, ó sea el campo imperial, situado al Este y al Sud, en las márgenes del Seille; el campo de los flamencos, al Norte, y el campo de Alberto de Brandemburgo, al Sud. Y era en verdad admirable espectáculo, al decir de los testigos, el que ofrecía aquella muchedumbre armada acampando sobre la nieve, cuadro animado y á la par melancólico, al que daban siniestra grandeza el estampido del cañon y los sordos ecos de la lucha.

Dado el escaso perfeccionamiento que había alcanzado la poliorcética, se comprende que un sitio de este género, lento y prolongado de suyo, tenía el grave defecto de amortiguar el entusiasmo de las tropas y exponerlas á una serie de accidentes que inutilizaran en un punto los esfuerzos de largos días. Sobrevino el invierno: la nieve, los hielos y las abundantes lluvias hicieron muy difícil la permanencia del ejército frente á Metz: su campo se convirtió en un lago; y el soldado, trabajando constantemente para dar salida á las aguas y dejando el pico para empuñar la espada, vióse víctima de las enfermedades y del hambre; pues á tantos contratiempos añadíase las dificultades en el transporte de víveres ocasionada por los temporales. Declaróse la peste en el campo del César y la situación de los imperiales fué por momentos más grave y difícil. «Los que tenían vigor para ponerse en fuga, dice un historiador español, desamparaban las banderas y se escapaban á centenares sin rubor alguno. Los italianos, como poco acostumbrados al frío, fueron los que más padecieron en esta calamidad. Siguiéronse las enfermedades y una extremada debilidad, y no quedándoles fuerzas para morir honrosamente, perecían helados de frío en las tiendas, con el más triste género de muerte. El cielo y la tierra con las contínuas lluvias y con el cierzo que soplaba, quitaban toda esperanza de poder resistir más tiempo al descubierto; y sin embargo, el César, que se hallaba gravemente enfermo, y no menos afligido en el ánima que en el cuerpo, no podía resolverse á levantar el sitio que tan desgraciadamente había emprendido (1).» Las circunstancias se imponían á su tenacidad; mas aún entonces intentó hacer un esfuerzo supremo. Las brechas parecían practicables y dispuso se formaran las tropas para dar un asalto general: empero, este movimiento había sido notado ya en la plaza y el de Guisa cubría con sus soldados los puntos de mayor peligro disponiéndose á recibir al asaltante. Mas, con gran sorpresa del Emperador, sus soldados oyen inmóviles el toque de ataque; aquellos veteranos de Italia y de Africa abatidos y silenciosos permanecen sobre las armas sin dar un solo paso ¡tales eran su postración y su fatiga! Carlos no contempló por largo espacio este tristísimo cuadro. Retiróse á su tienda lleno de dolor y de vergüenza, y allí exhaló sus quejas contra aquellos soldados que, según él, no merecían el título de hombres, siendo así que únicamente á su terquedad podia atribuir el funesto y previsto desen-



Galeaza italiana del siglo XVI

(1) Miñana *Hist. de España*. LIB. IV, CAP. 13.

lace de aquella empresa. No por eso quiso desistir de su propósito sin haber apelado á nuevos recursos. Cesó el fuego del cañón y apelóse á la mina, que no dió mejores resultados gracias al celo y vigilancia de los sitiados; y agotados ya todos los recursos, incluso el de inteligencias secretas con algunos de sus partidarios en la plaza, vióse el Emperador en la triste precisión de levantar el sitio, después de cincuenta y un días de penalidades y trabajos, periodo en que perdió más de treinta mil soldados. El 26 de Diciembre emprendió la retirada con los restos de su brillante ejército, y al abandonar su campo no pudo menos de lanzar una dolorosa exclamación, sugerida, sin duda, por la edad del rey de Francia: «La fortuna es como las mujeres: prodiga los favores á la juventud y desprecia los cabellos blancos!»

El duque de Guisa, al notar el movimiento del ejército imperial apercibióse á picar su retirada, y á este efecto ordenó que algunos cuerpos de caballeria cayeran sobre la retaguardia. Pero eran en tanto número los enfermos y rezagados que aquel ejército dejara en su camino, que la persecución no se prosiguió y Carlos llegó por fin á Strasburgo, donde licenció á sus tropas (1).

Soldado suizo (Museo de Artilleria de Paris)

Bien puede decirse que la guerra no cesaba nunca por completo en la extensa monarquia del Emperador. Terminaba en Alemania y continuaba en los Paises Bajos, en Italia, en Hungria, con varia suerte. El hermano del Emperador, en su afán de concluir con las libertades de Hungria, había dado margen á una rebelión, contra la que se emplearon las tropas españolas é italianas, y gracias á la cual la Transilvania recobró su independencia. En Siena el tiránico gobierno de Mendoza, y los excesos de sus mal pagados soldados, promovieron una sublevación que dió margen á una alianza con el rey de Francia y á una lucha en la cual tomaron parte, de un lado españoles y florentinos, de otro sieneses y franceses. Batallóse casi al mismo tiempo en los territorios de Florencia y Siena; pero un rudo combate, dado en 3 de Agosto de 1553, en el que fueron derrotados los segundos, y el obstinado sitio de Siena, que hubo de rendirse á sus antiguos dominadores, pusieron fin á la lucha. Menos interés ofrece la campaña del Piamonte, en la que ambos beligerantes, faltos de fuerzas, se limitan á choques parciales, á los que pone fin un armisticio. El peso principal de la guerra puede decirse que cayó sobre los Paises Bajos. Aqui, el mariscal Vandome habia tomado la plaza de Hesdin á fines de 1552; y el Emperador, que se hallaba impaciente por vengar la afrenta de Metz, dispuso que dos cuerpos de ejército invadiesen casi simultáneamente el Luxemburgo y la Picardia, operando en combinación para establecer el sitio de Terouane, llave principal del territorio francés en aquella frontera. La muerte del general que mandaba á los imperiales hizo recaer el mando de las tropas en el príncipe Filiberto de Saboya, joven de excelentes dotes, cuyo nombre va unido á los progresos del arte militar en este siglo, y que debía reconquistar con sus méritos los Estados

(1) Alberto de Brandemburgo, terminado el sitio de Metz, continuó aún sobre las armas y trató de hacer efectivas las onerosas condiciones impuestas á los obispos de Bamderg y Wurtzburgo en sus anteriores correrias. Apelaron los obispos a la cámara imperial y ésta les declaró libres de todo compromiso y ordenó á Alberto deponer las armas. Pero engreido por la conducta que con él observó el Emperador (quizás para fomentar la desunión entre los principes del imperio) hizo caso omiso de estas órdenes, y en su consecuencia la Dieta requirió á Mauricio de Sajonia y á otros principes á tomar las armas contra el rebelde. Los ejércitos de Mauricio y Alberto, cada uno de los que ascendia á unos 24,000 soldados, se encontraron en Sieverhausen el 7 de Julio de 1553 y dióse allí una batalla por demás sangrienta, pues más de 8,000 hombres quedaron sobre el campo y Mauricio perdió la vida al frente de un cuerpo de caballeria á quien conducia por segunda vez á la carga Alberto aun pudo reunir después de esta derrota un ejército de 15,000 soldados, pero derrotado de nuevo por Enrique de Brunswick, vióse depojado de sus dominios, abandonado de los suyos y desterrado del imperio. Buscó asilo en Francia y allí vivió en la indigencia algunos años y murió en el olvido.

que perdiera su padre; y este caudillo no perdonó esfuerzo alguno para hacerse dueño de la plaza. Pero la defensa fué obstinada y enérgica. Confiaban los franceses recibir socorros y afrontaron con singular heroismo el fuego de las numerosas baterias imperiales, y los asaltos de los sitiadores; sólo cuando quedó diezmada la guarnición y muerto su gobernador, entablaron negociaciones que no dió tiempo á terminar el furor de los cesáreos, quienes, espada en mano, penetraron por las brechas y pasaron á cuchillo á los defensores de la plaza. Terouane fué arrasada hasta los cimientos por orden de Carlos, y seguidamente Hesdin fué tomada y experimentó igual suerte.

La pérdida de estas dos ciudades llenó de consternación á Enrique II; levantó un respetable ejército, púsose á su frente, é invadió el Luxemburgo obligando á Filiberto de Saboya á replegarse sobre Valenciennes; empero, no se consideró bastante fuerte para presentar batalla á este caudillo, y después de haber llegado á las inmediaciones del campo imperial, retrogradó, se dirigió de nuevo á París y licenció su ejército, en la seguridad de que el rigor del invierno condenaria á su enemigo á la inacción.

Escudo y espada de Francisco I

Las operaciones volvieron á reanudarse en 1554 en los Paises Bajos, dando principio á ellas el monarca francés con la toma de Mariemburgo, Bouvines y Dusant, y dirigiéndose seguidamente al Artois: afortunadamente para Carlos, su ejército, muy inferior en número al francés, se hallaba mandado por el hábil Filiberto, que le disputó el paso por esta provincia, y acudió á socorrer á la plaza fronteriza de Renty, frente á la cual se le incorporó el Emperador con un nuevo ejército. Era de presumir que se daria frente á las murallas de la ciudad sitiada un combate decisivo; pero Carlos trataba tan sólo de socorrer la ciudad, evitando la batalla. A pesar de sus precauciones, vinieron á las manos franceses y españoles. El ala derecha de los franceses, que mandaba el duque de Guisa, sostuvo todo el peso del ataque; el centro retrocedió al abrigo de sus atrincheramientos, á causa de no haber acudido á reforzarle la reserva que mandaba Montmorency. No llegó pues á formalizarse la batalla, pues el Emperador se mantuvo en su campo, y los franceses, después de algunos dias de permanencia en el suyo, se retiraron con muy buen orden, y sin ser inquietados en su marcha. Las consecuencias del combate frente á Renty, fueron el levantamiento del sitio y la devastación de la Picardia por el ejército imperial: compensaciones que satisficieron quizás al orgulloso Carlos de su fracaso en Metz.

Este monarca al propio tiempo que consagraba sus esfuerzos á la ruina de sus rivales, procuraba por medio del casamiento de su hijo D. Felipe con la reina María de Inglaterra, dar aumento al ascendiente de su casa, colocando sobre las sienes de dicho principe las coronas de poderosos Estados; peso sobrado abrumador para una sola frente. No consiguió sus propósitos en Alemania, pues tenia en su contra al cuerpo electoral y á su hermano Fernando; tampoco alcanzó Felipe gran provecho de su matrimonio con la católica Maria, que afortunadamente para Inglaterra murió pronto y sin hijos, y sólo pudo legar á su heredero de las posesiones enclavadas en el centro de Europa los Países Bajos, que más tarde se perdieron por la intolerancia de Felipe.

Los achaques prematuros de Carlos, el cansancio que le produjera su agitada vida y los disgustos consiguientes á ella, le indujeron á ceder á su hijo aquellos vastos dominios en los que resonara victorioso su nombre. Convocó en 25 de Octubre de 1555 á los Estados de los Paises Bajos en Bruselas y á presencia de un brillante concurso, hizo pública abdicación dirigiendo con

este motivo al príncipe un sentido discurso, en el que se leen palabras como las siguientes: *Conserva un respeto inviolable á la religión, mantén la fe católica en toda su pureza, que las leyes de tu país te sean sagradas: no atentes á los derechos y privilegios de tus súbditos...* ¡Quién ignora el valor que uno y otro dieron á estos principios!

No nos detendremos en repetir los elogios que la conducta de Carlos inspira á nuestros historiadores. El Emperador fué á sepultar su existencia rudamente combatida por los achaques en el fondo de un monasterio del Mediodía de España, en Yuste, donde llevó una vida, no entregada á la piedad y á sencillos ejercicios, como aseguran algunos, sino cual correspondía á su elevado rango, y aun siguió ocupándose de los negocios públicos. Fácil es que meditara allí lo efímero de las grandezas humanas; mas ¡quién sabe si también perturbaron sus últimos sueños las víctimas innumerables de su ambición! Al considerar cuán inútiles fueron sus esfuerzos para concluir con la Reforma, al examinar los medios de que se valió Mauricio para contrarestarle, al tener en cuenta que un rey de Francia, monarca católico, prestó su auxilio á la confederación protestante y un obispo católico negoció y firmó esta liga que tan fatal debía ser á la Iglesia, es preciso exclamar con Robertson: «¡Cuán maravillosas son las vías por las cuales conduce la Providencia el capricho de las pasiones y las hace cooperar á sus designios!» Porque en realidad nunca se atacó con más fuerza y mayores elementos que á la sazón la Reforma, cuyas doctrinas por otra parte ofrecían una subdivisión altamente perjudicial á su triunfo, frente á frente á una Iglesia bien organizada y asistida por el brazo del poder civil. Y sin embargo; consiguióse arrancar al César el tratado de Passau, y fueron las consecuencias de este primer triunfo la paz religiosa de Augsburgo y la de Westfalia, conquistadas, es muy cierto, á costa de preciosa sangre, pero que aseguraron la tan disputada igualdad de derechos entre católicos y protestantes, la tolerancia del Estado á todos los cultos y el respeto á la más preciada de las libertades.

Pongamos término ya á este largo Estudio; mas al hacerlo, recorramos las líneas que inspira á un sabio escritor (1) la figura del célebre soberano español. «Era Carlos V, dice, hombre verdaderamente extraordinario, comparable sólo con Carlo Magno; era príncipe tan grande que no sé de personaje alguno que puede decírsele superior; era, en fin, un genio en toda la extensión de la palabra; pero por lo mismo que era un genio fué su reinado funesto al fin para España. El genio en política es elemento funesto más bien que favorable para la prosperidad y buen gobierno de un Estado. Esto que á primera vista podrá parecer paradoja, es, sin embargo, uno de los hechos que con mayor tristeza para el hombre se descubren confirmados sin cesar por la historia. En ninguna parte es más cierto que en política aquello de que lo mejor es enemigo de lo bueno. De aquí sin duda, que para el bienestar y buen gobierno de los pueblos, sean más provechosos los príncipes y hombres de Estado de claro y perspicaz talento, que los llamados genios. Pocas son las obras atinadas que en política se deban al genio, pocas las creaciones suyas que hayan durado más de medio siglo. En cambio, los compromisos y conflictos que legan á los pueblos, suelen durar siglos y siglos. La naturaleza del genio en política es el despotismo; por eso el reinado de Carlos I fué fatal para las libertades patrias. La naturaleza del genio en la dirección de la república es también aventurera; acomete cien empresas á un tiempo, heróicas las unas, las otras temerarias; algunas más que temerarias, imposibles; acertadas y prudentes pocas, pero todas rodeadas de brillante aureola de majestad y grandeza. Por eso también Carlos V acometió tantas y tan osadas aventuras de todo género, militares como civiles, religiosas como políticas, cubiertas todas ellas de grandeza, pero pocas, muy pocas, casi ninguna, sensata y prudente y digna del verdadero hombre de gobierno. Con sus gigantescas empresas y portentosos proyectos de dominio europeo esterilizó los esfuerzos de los Reyes Católicos en el último período de su reinado, trastornó los grandes planes políticos de Cisneros. Nos dió gloria y grandeza militar; pero aquella grandeza, agotando nuestras fuentes de riqueza y poderío interior, nos preparó segura decadencia. Puso á los españoles en la precisión de ser soldados, precisamente cuando más les convenía no serlo; y consumió toda la savia de nuestros pueblos en mantener tropas, negociaciones y alianzas. Fuimos á derramar in-

(1) D. Joaquín Sánchez Toca, *Como vino la decadencia de España*, en la *Revista contemporánea*. Tomos XV y XVI.

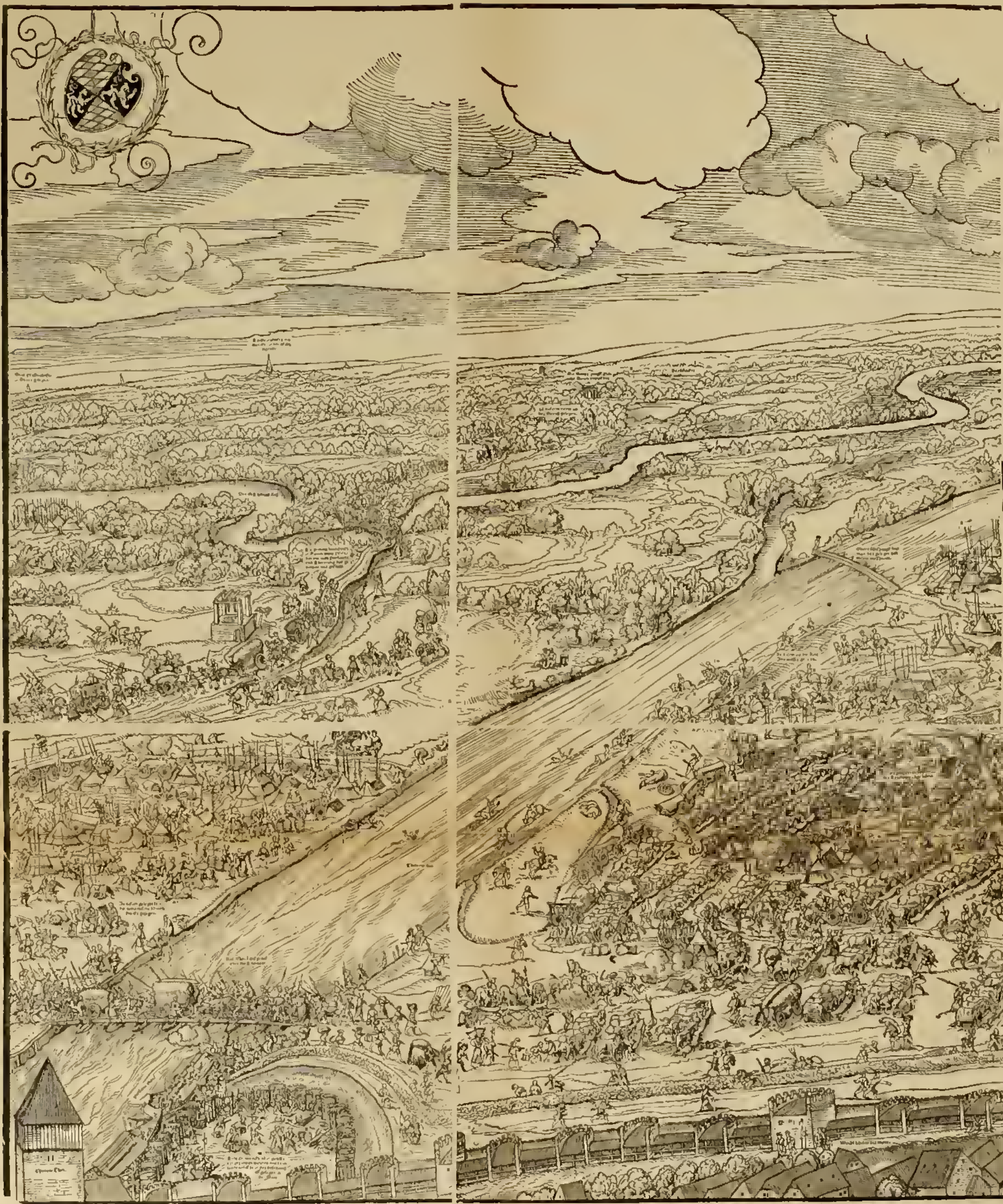
útil sangre y tesoros en los campos de Italia y Flandes; y en aquellas vastas y múltiples empresas en que se vió de pronto empeñada la monarquia con enorme desproporción de nuestros medios militares y recursos de riqueza, se desangró la patria, se desquició la sabia y acertada administracion de nuestra Hacienda caminando á pavorosa ruina, y la constitución del Estado se hizo despótica por esa ley constante á que parece estar sujeta la vida de las naciones y que en ellas produce sin remedio el despotismo ó la anarquía cuando resulta extremada desproporcion entre sus necesidades y recursos.»

No se puede poner de relieve con mayor maestria la influencia que Carlos ejerció en nuestros destinos; influencia funestísima si se tiene en cuenta lo que era dable esperar de una nacion que iba constituyéndose y ensanchando sus dominios al otro lado de los mares; de un pueblo que necesitaba encauzar sabiamente sus fuerzas, explotar las riquezas propias y las recientemente adquiridas, contraer hábitos de laboriosidad y trabajo, engrandecerse y prosperar, en fin, á la sombra de la paz. Precisamente todo lo contrario de lo que fué España en este gran siglo. He aqui por qué no sin pesar se recorren las páginas consagradas á este periodo. Fatiga á la inteligencia el examen de tantas guerras; abruma y confunde cúmulo tal de episodios militares; entristece y espanta el recuerdo de tantas ruinas y tantas víctimas!

Los segadores de la Muerte
Alegoría de la Guerra copiada de un grabado de Hans Sebald Beham Siglo xvi

EL EJÉRCITO DEL EMPERADOR

A



El original fué [illegible] en 1[illegible] el artista alemán Hans [illegible] que [illegible] puso [illegible] ambos fragmentos [illegible] desde el campanario de la iglesia de Nuestra Señora de Ingolstadt. Fué impreso por primera vez en Munich por Cristóbal Zwikopff en 1549, [illegible] después de haber tenido lugar dicho acontecimiento.

En la estela que aparece en la parte central fué grabado, y debajo del [illegible] [illegible] del mismo se consigna que según privilegio del emperador está prohibida la reproducción del mismo.

Creemos oportuno advertir que en la reproducción de [illegible] grabado, [illegible] del [illegible] del original, y de la cual [illegible] producción de los fragmentos, no nos ha sido posible [illegible] la limpidez [illegible] que hubiéramos deseado. Pero [illegible] en cuenta la fecha de que data la obra [illegible] gran importancia [illegible] para [illegible] comprenderá el valor de esta [illegible] que contiene [illegible] [illegible] de la milicia española [illegible] tal tiempo, de esta [illegible] arma.

FRAGMENTO PRIMERO

Reichenstadlen, ain Markt in der Pfalz ligendt	Reichenstadlen, aldea del Palatinado
Stat Pfaffenhofen, in Bayern gelegen	Pfaffenhofen, ciudad de Baviera
Hei alt Thonaw fluss	Río Danubio
Die gemain Landstrass in Bayrn und Pfalz, daraus man Proviandt und Futterung hat genommen und geholt	La carretera común de Baviera y el Palatinado, por la cual se han conducido los víveres y forrajes acopiados
Die Bruck prugk gennant Bayrn und pfalz	Puente destruido en los límites de Baviera y el Palatinado
Zu unserm herrn an der Strass gelegen	Iglesia de Nuestro Señor, situada en la carretera
Brechtlachen	Brechtlachen.
Dises Schif prugk das man darüber hat wollen [illegible] schlagen	Puente de barcas que establece la comunicación con el campamento
An disem Ort die Ross ins Wasser geritten	Sitio en que se bañaba á los caballos
Thonaw fluss	Río Danubio
In disem geleger seind die behemischen schantz knecht gelegen	En este campamento estuvieron los zapadores bohemios
Kai Mai schif prugk uber die Thonau	Puente de barcas de S. M. Imp. sobre el Danubio
Proviant Schif	Barcas para transportar vituallas
Thonaw Thor	Portal junto al Danubio
Diss Polwerckh ist in grosser Eyl gepawen worden mit dem landvolck so in der [illegible] ist gelegen in der Stat	Este baluarte fué sido construido á gran prisa por la gente del campo que se había retirado á la ciudad
Die Wagenpferde bey [illegible] der Artolorey [illegible]	Caballos del tren de artillería [illegible]
Andree Thurn	Andrea Thoan
Wacht hinder der Maur.	Guardia de las murallas

FRAGMENTO SEGUNDO

Printz de Salmon	Príncipe de Salm
Ringe pferd quartir	Alojamiento de la caballería.
Imp	Emp
Ende der Schanz bis an die Thonaw	Término de la trinchera trazada hasta el Danubio
Italienisch hackenschützen zu fuss	Arcabuceros italianos de á pie
Imp.	Emp
Teutsch Knecht aus allen Regimenthen zusammen gelesen	Soldados alemanes de los diversos regimientos
Bäbstliche heyligkeit Kriegsvolck quartir	Cuartel de las tropas del Papa
Mumplatz	Plaza destinada al amunicionamiento
Duca de Kamerin	Duque de Camerino.
Albrecht von Rosenberg	Alberto de Rosemberg

Lit. [illegible] Museo Militar [illegible] Barcelona

Relación de lo acaecido frente á INGOLSTADT (1)

(Tomada del [illegible] del ilustre D. Luis de Ávila y Zúñiga)

El alojamiento del Emperador era de la otra banda de Ingolstadt hacia los enemigos, teniendo la villa y los arrabales, á la mano izquierda el Danubio y un pantano, y á la mano derecha y á la frente la campaña. Entre dos partes hizo cerrar el duque de Alba la noche que llegó su majestad, y puso tanta diligencia que antes que amaneciese el día de [illegible] estaba la mayor parte dél cerrado. Pareció á algunos que á aquellos días los enemigos nos dieran algún trabajo, por algunas razones [illegible] para ello podían dar, mas ellos estaban tan confiados en su muchedumbre y en creer que cualquier tiempo les parecía aparejado para acabar la empresa, y así, con esta confianza, Landgrave había [illegible] á toda la liga que dentro de tres meses el católico su majestad de Alemania [illegible] le prendería: á cuales palabras daban tanto crédito las ciudades y señores dellas, que, como cosa hecha, daban y debían algo más de lo que les pedían, y así traía sesenta ó ochenta mil infantes y más de diez mil caballos, y más de ciento y treinta piezas de artillería, mas los enemigos aquella noche estuvieron quedos, sin hacer más diligencia de traer algunos caballos por la campaña. Otro día su majestad estuvo en aquel alojamiento proveyendo las cosas necesarias contra las que los enemigos podían hacer, los cuales aquel día no hicieron movimiento ninguno. Otro día siguiente se fué á reconocer su alojamiento, que, como tengo dicho, estaba á seis millas pequeñas del nuestro, en lugar fortísimo, porque por la mano derecha y por la frente tenían un río hondo y un pantano, lo cual todo era guardado de un castillo que sobre el río estaba asentado, por las espaldas un bosque muy grande, y por el otro lado una montañita donde tenían puesta toda su artillería. Hubo al reconocer una escaramuza, mas fué de poca calidad.

Otro día los enemigos pusieron su caballería é infantería en escuadrones, y salieron á la campaña, pensamos que era para venir á nuestro campo, mas no fué sino para tomar la muestra de toda su gente, la cual, después de tomada, la redujeron á su alojamiento. Otro día [illegible] se levantaron de allí, y vinieron á alojarse á tres millas de nuestro campo, en un alojamiento fuerte, que era sobre unas montañuelas, las cuales, aunque tenían el agua un poco lejos, su majestad había pensado ocupar, porque estando más cerca del enemigo le parecía que podía haber más aparejo de dañalle. La disposición deste alojamiento era tal, que el mismo sitio le ayudaba á defenderse. Aquella noche que los enemigos se alojaron allí, el duque de Alba, habiéndolo consultado con su majestad, envió á Don Álvaro de Sande y á Arce con mil arcabuceros, y dándoles orden de lo que habían de hacer y guías que sabían bien la tierra, ellos se partieron, y atravesando por unos bosques, dieron en el alojamiento de los enemigos á la una ó á las dos después de media noche, y degollando á sus centinelas dieron en el cuerpo de su guardia, donde hicieron muy gran daño á los enemigos, matando muchos dellos, hasta que todo su campo se puso en orden, y así, se volvieron, habiendo hecho este daño y dándoles una bravísima alarma, sin perder sino dos ó tres soldados, de los cuales había ganado uno un estandarte de caballo; y créese que por yerro los mismos nuestros le mataron este mismo de [illegible] de los otros, de lo cual fué causa la escuridad de la noche. Los enemigos estuvieron en aquel alojamiento, el cual pasado el duque Octavio con Juan Bautista Sabelo, capitán de la caballería del Papa, y Alejandro Vitelo, capitán de la infantería italiana, habían concertido de dar con su gente una brava escaramuza á los enemigos, y así se comenzó á poner en orden otro día, mas los enemigos teniendo el mismo designio, habían ocupado cierto lugar en un bosque, el cual era escogido del duque Octavio Farnese y destos sus capitanes para aquel negocio, mas los enemigos fueron los que comenzaron, dando en unos arcabuceros nuestros que estaban en un cerro cerca del bosque, y así en aquel día hubo una escaramuza, que aunque no salió como se había ordenado, fué buena, y los enemigos recibieron daño en ella de los arcabuceros que con Alejandro estaban, y de una parte y de otra hubo algunos muertos y presos. Estaban ya los dos campos tres millas uno de otro, y no había en medio dellos sino un pequeño río, el cual por muchas partes se pasaba, y estos pasos estaban los más dellos muy más cerca de su campo que del nuestro, de manera que las escaramuzas no podían hacerse sin que la una de las partes pasase á esperar.

Estando las cosas en estos términos y su majestad pensando la manera que habría para dañar al enemigo, porque se estábamos tan cerca que levantándose de allí ó no levantándose convenía hacello, y teniendo respeto á la mucha gente que se había de tener para esto, siendo tan inferiores en el número de la gente como éramos, los enemigos se levantaron de su alojamiento antes que amaneciese, con todo su campo en orden y toda su artillería, la cual ellos podían traer muy á su voluntad, por ser toda aquella campaña muy abierta y desembarazada; y así, cuando amaneció, habían ya pasado el río que tengo dicho, y caminaron derecho la vuelta de nuestro campo. Este aviso vino á su majestad, y él luego cabalgó, y mandando poner el campo en orden, halló el duque de Alba á las trincheras, que estaba proveyendo lo que convenía, las cuales trincheras no estaban tan altas como el primer día que se hicieron, porque con haberse labrado más en ellas, la gente que salía del campo pasaba sobre ellas, y así estaban más bajas. Ya el día era claro, y la niebla que había comenzaba á deshacerse, y así, se podía mejor considerar la orden que los enemigos tenían, la cual, cuanto yo pude comprender era ésta. Venían en forma de luna nueva, porque la campaña, especialmente, á todo daba lugar: á su mano derecha traían el pantano que estaba á la nuestra izquierda, el cual sale hacia el Danubio, y por esta parte venía un escuadrón de gente de á caballo [illegible], acompañado de ocho ó diez piezas de artillería. A la mano izquierda de aquél, un poco apartado, venía otro escuadrón de

(1) [illegible] en lugar del [illegible], de [illegible] valor histórico [illegible] la [illegible] relación escrita por el ilustre [illegible] el comendador D. Luis de Ávila [illegible] parte de [illegible] de la guerra de Alemania en los años 1546 á 1547

ILUSTRACIONES

Escenas de campamento (pág. 573).—El interesante cuadro reproducido en dicha página, lo ha sido de una estampa de la época, y en él vemos representadas algunas de las escenas que ofrecían los campamentos en el siglo XVI. Los ejércitos aun eran verdaderas colonias, y en ellos abundaban las mujeres, los vivanderos, mercaderes, pajes, y muchas otras personas que, sin formar parte integrante de los mismos, les seguían constantemente. Por lo que respecta á las mujeres, ya dijimos al hablar de los lansquenetes llevaban éstos buen número de sus paisanas á las que daban el nombre de *krigkenet;* los españoles é italianos tampoco dejaban de tener las suyas, no siendo raro ver á los mismos capitanes llevar consigo sus queridas á la guerra. Y para que el lector se forme idea de lo que abundaba la gente de este clase en los ejércitos, nos limitaremos á reproducir el siguiente párrafo de Sandoval, relativo á la expedición á Túnez: «Tratóse, dice, en consejo de guerra que no se consintiese en la armada mujeres, ni muchachos, ni otra gente inútil, más de aquellos sólos que eran para pelear; pero no bastó este rigor, que si las sacaban de un navío las recogían en otro, y así, *se hallaron en Túnez más de cuatro mil mujeres enamoradas* que habían pasado; que no hay rigor que venza y pueda más que la malicia.»

Naves italianas (págs. 575, 618 y 619). — La frecuencia con que vemos figurar en las expediciones y empresas marítimas llevadas á efecto por el emperador Carlos V, buques italianos junto á los españoles; y las circunstancias de haber sido gran almirante de aquel soberano, el célebre marino genovés Andrés Doria, da oportunidad á las citadas reproducciones; con mucho más motivo, cuando tan escasos son los monumentos que de este género se han conservado, y siendo de presumir servirían los de Estados tan adelantados, de modelo á los constructores de la época.

Los curiosísimos datos colocados al pié del grabado de la pág. 575 (*trireme veneciana*), nos ahorra de incurrir en enojosas repeticiones. Nos limitaremos á consignar que el ilustre contra-almirante Sr. Fincanti, hizo construir en Venecia un buque de esta clase para cerciorarse prácticamente de sus condiciones, y que nuestro grabado es copia del modelo que diseñó en un libro titulado *La Triremi*, recientemente publicado.

De los dos restantes bastimentos, diremos que el de la pág. 618, es un galeón de tres mástiles con otras tantas velas cuadradas y un castillo en la popa, copia de un cuadro de Rafael, que existe en la catedral de Siena. El de la pág. 619, es una galeaza, también del siglo XVI, pintada en cola en la puerta de un armario que se conserva en el palacio Doria (Génova). Esta última tiene una figura muy semejante á nuestras carabelas, llamando la atención el elevado castillo de popa, armado de cañones. Una y otra embarcación, según se vé, podían navegar al remo y á la vela.

Cañón (pág. 576).—Este cañón es copia de uno de los dibujos que acompañan el interesante *Informe* del ilustre brigadier Aparici y García. Lleva el nombre del fundidor Loefler, y en él se lee las siguientes palabras: *Opus Gregori Loefer Augustani*. El dibujo original existente en Simancas tiene al pié esta leyenda: «Este cañón es uno de los de de Gregorio Lefer que tira quarenta libras de pelota y pesa 29 quintales de Castilla y 30 libras; tiene de largo 19 diámetros de calibo y 3 cuartos »

Nao española del siglo XVI (pág. 577).—La que reproducimos en esta página copiada de un antiguo dibujo, se recomienda por su gran exactitud. Su forma acredita gran perfeccionamiento en la construcción. Tiene los dos *castillos alterosos* de que hablan las relaciones, cuatro palos, cuatro velas cuadradas y dos latinas, y en una de ellas campea la imagen de la Virgen patrona de la nao. No juzgamos oportuno extendernos aquí en detalles relativos á su armamento y pertrechos, pues de todo esto se hablará con algún detenimiento en el Estudio siguiente, consagrado á la reseña general de los progresos realizados durante este reinado. Baste sólo saber que este bastimento pertenece á los primeros años del segundo tercio de este siglo.

Soldados franceses (pág. 579, 581 y 588).—Son copia los tres, del Museo de Artillería de París. El de la pág. 579, es un abanderado armado de borgoñota, coraza con largas escarcelas y espada. El tafetan de la bandera es azul con cruz blanca. Representa el de la pág. 588, un caballero armado de casco con penacho azul, rojo y blanco, colores de sus armas; coraza completa, por debajo de la cual aparecen la falda de una túnica de terciopelo; piernas cubiertas por musleras, rodilleras y canilleras: en la vaina de su espada tiene el escudo de Bayardo. El gendarme, ú hombre de armas de la pág. 581, va totalmente cubierto por el arnés de acero y en la mitad inferior de su lanzón, destácanse los colores heráldicos de Gaspar de Coligny; suspendida de una correa que cruza su pecho, se vé una pequeña rodela.

Porta - mecha (pág. 583).—Este instrumento hallábase colocado al extremo de un largo mango, y la mecha, como lo indica la especial hechura del mismo, se enroscaba entre los gaviles.

Cuchilla (pág. 583).—Formas muy diferentes adoptaban las hojas de acero colocadas á la extremidad de los mangos de madera, picas, alabardas, partesanas, etc.; y de aquí los distintos nombres que recibían. La cuchilla que se adaptaba á ellos era un arma terrible contra la caballería, y recibió en esta época una hermosa decoración á que se prestaba su ancha superficie. De la magnificencia y riqueza de tal adorno da idea la de nuestro grabado, pues toda ella está ricamente damasquinada.

Escopeta de caballería (pág. 584).—En la segunda mitad del siglo XVI vemos aparecer esta arma, que no es otra cosa que un mosquete de calibre más reducido de que va provista la caballería. Su mecanismo era igual que el del mosquete, según puede verse por la llave que figura en la citada página.

Pistolete (pág. 584).—El comendador D. Luis de Avila cita en sus *Comentarios á la guerra de Alemaña*, unas escopetas de tres palmos que llevaban los jinetes pendientes del arzón. De la pistola diremos lo que de la escopeta; que era de pequeño calibre, aunque más corta para poder disparar con el brazo extendido. La inflamación de la carga, que se efectuaba en el mosquete por medio de la *mecha* y de la *rueda*, en esta arma era forzosamente por la segunda. Para producirla se necesitaba una piedra ágata, que, asegurada en las quijadas del gatillo, era frotada por una rueda de acero que se movía mediante un fuerte muelle interior. La piedra ágata reemplazó al sílice por ser más dura.

El pistolete fué adoptado primero en Alemania y vino á ser el arma de los caballeros conocidos con el nombre de *reitres*. De esta nación lo tomaron Francia y España, generalizándose en Europa durante el siglo XVII, en que según veremos, alcanzó mayor grado de perfeccionamiento.

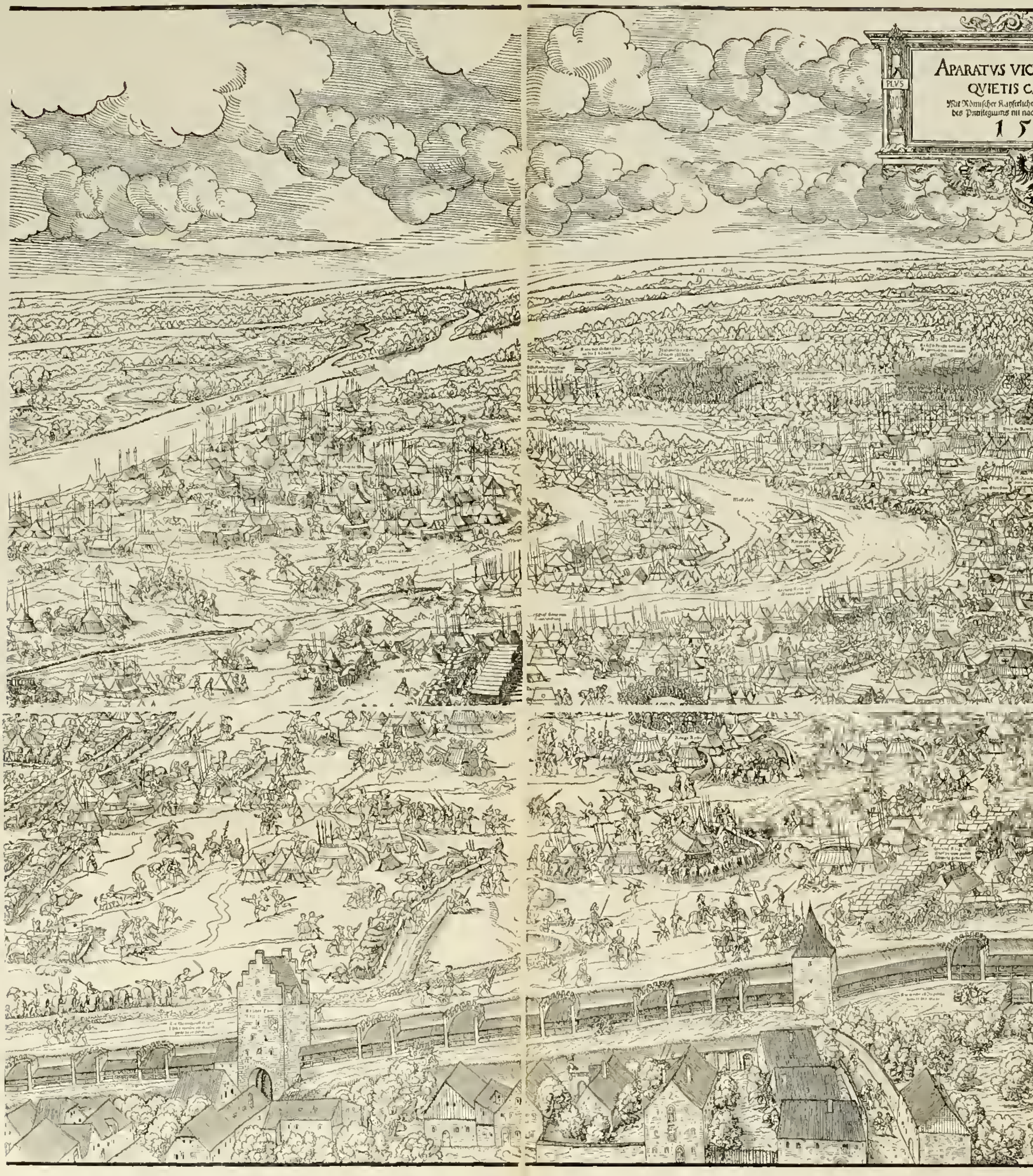
Piquero (pág. 585).—Pertenece este soldado á la bizarra infantería española, y lleva morrión, coselete completo con escarcelas, calzas acuchilladas rojas y amarillas, y además pica, espada y escudo. En éste campea el lema que así mismo llevaban las banderas de esta época: una cinta enlazada á dos columnas, en la cual se leen las palabras *Plus ultra*.

Fernando de Austria (pág. 589).—Hijo del archiduque don Felipe y doña Juana de Castilla; este príncipe se educó juntamente con su hermano Carlos al lado de su abuelo Maximiliano, y como casara en 1515 con la hija del rey de Hungría y Bohemia Luis II, á la muerte de éste sin sucesión masculina en 1526 ciñó la corona de estos ricos Estados. Ya hemos dicho que en 1531, Carlos V, obligado á ello por sus múltiples atenciones y al propio tiempo por la escasa confianza que le merecía la regencia que dejó en Nuremberg, propuso á los electores del imperio, á la sazón reunidos en Colonia, que se diera á Fernando la dignidad de *rey de romanos*, dignidad esta que, como anexa al poder imperial, no podía otorgarse en vida del César; mas á pesar de la oposición y protesta del elector Federico de Sajonia el hermano de Carlos fué coronado en Aix el año 1531. Y desde aquel momento, Fernando que había ceñido ya la corona de Bohemia y Hungría, hizo todo lo posible para que la diadema imperial pasara también á su frente.

La enemiga de los príncipes alemanes á Carlos V favoreció las miras de Fernando, y fueron por lo mismo inútiles, cuantas tentativas hizo el Emperador para transmitir la corona de Alemania á Felipe II. La Dieta de Augsburgo no se mostró dispuesta secundar este propósito, y el mismo Fernando manifestóse siempre hostil á él. En su consecuencia,

Carlos V frente a los Prín

B



Teutschmaister quardir	Cuartel del Gran Maestre de la Orden teutónica.
Graf Reinhart von Solms	Conde Renato de Solms
G. von Eberstein	C. de Eberstein
Ringe Pferdt quartir	Cuartel de caballería
Muthplatz	Plaza para el amunicionamiento
Hertzog Erich von Braunschweigk	Duque de Brunswic
Marggraf Hans von Brandenburg	Marqués Juan de Brandenburgo
Profiandt platz.	Plaza para avituallarse.
Ka. Ma. Kantzley	Cancillería de S. M. I.
Imp.	El Emperador
Franciscus Duarte	Francisco Duarte.
Dassahen Thor	Puerta de Dasaben
Die Stainhauffen geschütt worden zu einem paw verordent.	Piedras destinadas á la construcción de un edificio

Ubero burger	Burgraer de Ingolstadt.
Kriegs Recht	Tribunal militar
Imp.	Emp.
Herzog Jurg und Philips von Braunschweig gebrüder	El Duque Jorge Brunswich y su hermano Felipe
Imp.	Emp.
Die Wacht zü Ingolstadt hinder der mawr.	Guardia de la muralla de Ingolstadt.

FRAGMENTO TERCERO

Nidergang der Sonnen	Puesta de sol.
Stat Newburg	Ciudad de Neuburg.
Das dorf Geilfing die feindt angezündt	Aldea de Geilhog incendiada por los enemigos
Noch 2 Geschwader haben auf den tross gehalten	Dos escuadrones, guardia del bagaje
Churfürsten quartir	Cuartel del Elector.

Herr von Haideck's Regi	Regimiento del S. de Haideck
Haubt. Schertels quar	Cuartel del capitán Schertlin
Droat allhie gehalten	Punto donde se colocó el bagaje
Knipping Spiesser	Lanceros de Knipping
Jurg Burkhart von Barbuck.	Jorge Burkhardo de Barburg
Lebhart Schenkh spiesser	Lanceros de Gebhardo Schenkh
Gengolf von Heilingen spiesser.	Lanceros de Gengolfo de Heilingen.
Schermützel hinder des pelsers hof im Rottengrier	Punto donde se efectuaron escaramuzas, situado detrás de la casa de Pelser en Rottengrier
Des Pelsers hof.	Casa de Pelser.
Vier stück bei des Pelsers hof gestanden, haben die Spanier abgelassen.	Cuatro piezas colocadas cerca del cortijo de Pelser y disparadas á menudo por los españoles.
Bebstlicher heiligkeit geschwader Ringer pferdt.	Escuadrón de caballería del Papa
Cardinal Fernes.	Cardenal Farnesio

Ringe pferdt haben über die Schüdter gescharmützelt	Caballos de combate que escaramucearon á través del Schütter
Dux de Alba Rö. Ka. Ma. Obristes veldt Haubtman.	El Duque de Alba, Capitán general de S. M. Imp.
Röm. kay. May. gezelt hinder der Mül	Tienda de S. M. Imp. situada detrás del molino
Die Krautgerten der Stat Ingolstat geborig	Huertos pertenecientes á la ciudad de Ingolstadt
Ka. Ma. hofkuchel	Cocina de S. M. Imp. y su séquito
In der mitten mul Kay. May. ein Zergarten	Molino situado en medio del jardín de S. M. Imp.
Marggraf Albrecht von Brandenburg	Marqués Alberto de Brandemburgo
Mül	Molino
Romischer Kay. Majestat Rittersschaft Geschwader	Escuadrón de caballería de S. M. Imp.
In disem quartir ist Ka. Ma. Grosshofgesind gelegen	Cuartel de la alta servidumbre de S. M. Imp.

Frag. II — Ingolstadt — Museo Militar — E. Ollivier, Editor — Barcelona

caballos, también muy grueso, acompañado de otras veinte piezas, y así toda su caballería repartida en escuadrones y acompañada de su artillería, la cual se mostraba extendida por la campaña como los caballos, y no caminaban en hilera sino á la par, porque juntamente pudieran tirar las piezas que quisiesen, y desta manera asestaron todas sus piezas y toda su artillería. Su infantería tenía en escuadrones detrás de sus caballos. Vían muy bien la infantería por los espacios que había entre los escuadrones de la gente de armas. Desta manera venía el Landgrave á cumplir la palabra que había dado á los de la liga. Nuestro campo se ordenó para combatir conforme á los cuarteles de como estaban alojados. Los españoles estaban á la frente de los enemigos y tenían el pantano á la mano izquierda, luego cabe ellos, á la mano derecha, estaban los alemanes del regimiento de Jorge con una manga de arcabuceros españoles, y luego, dando vuelta hacia la derecha, la más de la infantería italiana, porque alguna parte della estaba en el frente que se había hecho dentro del pantano. Luego tras ellos, siempre siguiendo la mano derecha, estaban los alemanes del regimiento de Madrucho, desde ellos hasta la villa estaba abierto, y así, parte de aquel espacio se cerró con las barcas de nuestras puentes y lo demás que quedaba por cerrar se ocupó con nuestra gente de á caballo, la cual estaba en cuatro escuadrones, porque si los enemigos con su caballería viniesen por aquella banda, estando nuestra caballería puesta en aquel lugar, pudiésemos combatir con ellos, y también era sitio conveniente para cargar si por la parte que las trincheas estaban más bajas cargaran sus caballos, y para esto se habían dejado algunos espacios entre los escuadrones de nuestra infantería.

Ya los enemigos en este tiempo comenzaban á allegarse, tirando con su artillería, y desta manera, con la orden que traían, ciñeron nuestro campo desde el pantano, que era á nuestra mano izquierda hasta casi la mitad de la campaña, que estaba á nuestra mano derecha, tirando siempre y tan cerca, que muchas piezas de las suyas, especialmente las que traían á la mano derecha, no tiraban seiscientos pasos de nuestros escuadrones. Nuestra artillería también tiraba, mas la suya era ayudada de la disposición de la tierra. Su majestad había dado vuelta por todo el campo y visto la orden que el duque de Alba había puesto en él, y después, así como estaba á caballo y armado, se volvió á poner delante de un escuadrón, y de allí algunas veces iba á los escuadrones de los alemanes y los tudescos, y otras tornaba á los españoles, y otras á los de los italianos, dando los enemigos en los unos y en los otros muchos golpes de artillería, los cuales tenían en muy poco los nuestros viendo á su majestad entre ellos, por donde se conoció claramente cuánto importa en estos casos la presencia de un príncipe ó capitán general, especialmente teniendo buena opinión entre sus soldados. Los enemigos, habiéndose acercado adonde á ellos les pareció que bastaba para batirnos á su placer, hicieron alto con sus escuadrones de á caballo é infantería, y comenzaron con todas las bandas de su artillería á batirnos tan aprisa y con tanta furia, que verdaderamente parecía que llovían pelotas, porque en las trincheas y en los escuadrones no se veía otra cosa que cañonazos y culebrinazos. El duque de Alba estaba con los españoles á la punta del campo, á donde batía de más cerca el artillería de los enemigos, una pieza de las cuales llevó un soldado que estaba junto á él, que andaba proveyendo algunas cosas necesarias. Lo demás que se esperaba era, que después de habernos batido los enemigos, arremeterían, de lo cual dos veces habían hecho semblante muy conocido, y había ordenado que todo nuestro arcabucería estuviese sobre aviso á no disparar hasta que los enemigos estuviesen á dos picas de largo de nuestras trincheas, porque desta manera ningún tiro de nuestros arcabuceros, que eran muchos y muy buenos, se perdería, y si tiraban de lejos, los más serían en balde, y así, mandó que las primeras salvas, que suelen ser las mejores, se guardasen para de cerca. Los enemigos batían todavía, de manera que parecía que de nuevo entonces lo comenzaban, haciendo ellos con sus escuadrones, á los cuales tiraba la artillería nuestra, mas como tengo dicho, la disposición de la tierra ayudaba á que no les hiciese mucho daño, ni la suya quiso Dios que lo hiciese en los nuestros, aunque muchas veces daba dentro dellos, tanto, que en el escuadrón do su majestad entraron hartos cañones y culebrinas, pasándole tan cerca á él las pelotas, que muchos dejaban de mirar su peligro por el del Emperador, especialmente una pelota dió del lado derecho y tan cerca, que cualquier golpe que hiciera, estaba el peligro muy manifiesto, mas plugo á Dios que quedó enterrada en la parte donde dió. Otra pieza metió dentro el escuadrón un archero de la guardia de su majestad, otra llevó un estandarte, otras dos mataron dos caballos. Este fué el daño que se hizo en el escuadrón de la corte, con dar muchas piezas dentro dél. En los otros escuadrones, aunque también fueron bien batidos, se hacía poco más daño que en el nuestro. Seis piezas de las nuestras reventaron aquel día, una dellas mató cinco soldados españoles y hirió dos.

Los enemigos se daban tanta priesa á tirar, cuanto ellos vían que era menester para desalojarnos á golpes de artillería, como Landgrave lo había dicho, y así, no se vía otra cosa por el campo sino pelotas de cañón y culebrinas, dando botes con una furia infernal. Otras daban en los escuadrones alemanes y españoles y italianos, y en todos ellos se hizo poco daño, aunque el número de los golpes fué muy grande, y con toda esta furia y este ánimo cosa, no hubo escuadrón que se moviese, y no solamente escuadrón, mas ningún soldado se mudó de su lugar, ni volvió la cabeza á mirar si había otro más seguro que el que tenía. Había durado el batir de los enemigos siete ú ocho horas sin cesar, cuando pareció que se cansaban de tirar y tomaban otro designio, y no venían á combatir con nosotros, viendo que estábamos más firmes de lo que habían pensado. Lo cual conociendo su majestad, y que ya comenzaba á haber flojedad en ellos, mandó que la gente de á caballo se fuese á su alojamiento, y que todos estuviesen apercibidos para que si fuese necesario volvieron á pié á las trincheas. Alguno podría ser que quisiese entender á qué fin dentro de un campo cerrado estábamos á caballo, porque parece cosa impertinente habiendo trincheas delante, combatir á caballo. A esto se responde que las trincheas, con no se haber labrado más de la primera noche, en algunas partes estaban tan bajas que fácilmente se podrían atravesar, y nuestra gente de á caballo estaba puesta adonde

Cárlos al abdicar los dominíos que regía, sólo pudo transmitir al príncipe D. Felipe sus Estados de los Paises-Bajos, Italia y España con sus posesiones de Ultramar; y Fernando, elegido emperador en 1556, fué origen de una nueva rama de la casa de Austria. Desde aquel momento también, á los Estados de Alemania se incorporaron los de Bohemia y Hungría, con lo que adquirió el imperio por un lado lo que perdió por otro con la segregación de los hereditarios de Cárlos V.

Fernando I demostró en sus acciones ser hombre conocedor de la época agitadísima en que vivía; procuró mantener la paz religiosa, y aun intentó que se llegara á un acuerdo entre las iglesias rivales; pero el estado de las pasiones impidió toda conciliación. Murió en 1564, á los sesenta y dos años, y los electores nombraron emperador á su hijo Maximiliano II, á quien habían reconocido en 1560.

El mayor elogio que puede hacerse de este soberano, consignalo un escritor protestante, Kohlrausch, en las siguientes líneas: «En tiempos tan perturbados, cuando los odios y las pasiones todas debían hacer al trono blanco de las generales censuras, consiguió ser ensalzado de los partidos, así católico como protestante.» Otra cosa hubiera podido decir el historiador si llega á heredar la diadema imperial el *prudente* Felipe.

Barbaroja (pág. 592).—Haradín ó Aradino Barbaroja, era hijo de un alfarero-renegado de Lesbos, y lo propio que su hermano Horuc, más tarde rey de Argel, distinguióse desde muy joven ejerciendo la vida de pirata, oficio este muy socorrido y uno de los azotes más terribles de los pueblos cristianos durante largos siglos. Multitud de aventureros turcos, árabes y griegos, habitantes todos ellos de la costa, organizábanse para el corso, y protegidos por el sultán ó los monarcas africanos, asolaban sistemáticamente el litoral de Italia y de España ó caían sobre los bastimentos cristianos que se consagraban al comercio de Levante, y les conducían apresados á sus playas. De aquí nacian otro género de arbitrios para los monarcas africanos, pues la redención de los esclavos les procuraba, sobre el fruto de sus rapacidades, seguro y positivo lucro.

Mas no siempre las correrías de los piratas se reducían al robo y á la fuga; puesto á su cabeza un jefe de valor e inteligencia, afrontaban el poder de los reyes más poderosos y constituían una seria amenaza de los Estados. Al número de estos caudillos, ó si se quiere almirantes, perteneció Haradín Barbaroja; pues sus grandes dotes lo elevaron sobre el nivel de aquellos foragidos, y muy pronto se vió al frente de cuarenta galeras, con las que, no sólo señoreó el Mediterráneo, sino que contribuyó á que su hermano se apoderara de la corona de Argel. Poco tiempo ocupó Horuc este trono; pues habiéndole atacado el rey de Tremecén y el gobernador conde de Gomares, pereció en la batalla (1517), y pasó la corona á su hermano Haradín, proclamado por todos los Estados corsarios. Y desde aquel momento comienza el periodo de grandeza para éste; pues como prestara homenaje al sultán de Constantinopla, Solimán II, fué nombrado generalísimo de la escuadra turca, y auxiliado con 1,000 jenízaros, artillería y dinero. Entonces se manifestó Barbaroja digno competidor de los más célebres marinos de su tiempo, siendo su nombre terror de los cristianos y amenaza de los monarcas católicos del Mediodía. Consolidó su poder en Argel, sometió á Túnez y á Biserta, y amenazó seriamente nuestras posesiones en Africa, á la par que impidió nuestras relaciones comerciales con los pueblos de Levante, y tan grave se presentó el peligro para la cristiandad, que Carlos V organizó contra él aquella famosa expedición que en 1553 se dirigió á Túnez y le arrebató en pocos meses el trono. Mas tal desastre no arrebató los bríos al famoso pirata. Poco tiempo después equipó una flota, y con ella dióse á saquear las costas de Italia en las que recogió riquísimo botín, y aun llegó á derrotar á la flota de Doria en el golfo de Ambracia; en 1538 se presentó con su flota frente á Tarento, asoló la costa y tomó por asalto á Lastres; en 1539 entró á saco en Castel-Nuevo, y derrotó á los cristianos frente á Candia, retó á Doria frente al puerto de Génova y se presentó en el de Marsella como auxiliar de Francisco I contra Carlos V. Esta fué otra de las manchas que cayeron sobre aquel monarca *cristianísimo*. Las últimas hazañas de Barbaroja, se redujeron á correrías piráticas, una sola de las cuales le procuró 7,000 cautivos, con los que entró triunfante en Constantinopla. En esta ciudad falleció el año 1546, agotado por el abuso de los placeres y en el preciso momento en que aparejaba una gran escuadra.

Sandoval hace de él la siguiente pintura: «Era bermejo, como tenía el nombre, de buena disposición si no engordara mucho, tenía las pestañas muy largas y vino á ver poco. Ceceaba, sabia muchas lenguas y preciábase de hablar el castellano, y así casi todo su servicio era de españoles. Fué cruel, más que otro alguno corsario de su tiempo; avariento sobre manera para llegar al estado que tuvo, y muy lujurioso en dos maneras. Fué decididor con agudeza y aun malicia, soberbio y libre de lengua, especialmente enojándose. Suplía estos vicios con disimulación y gracias y con sucederle todas estas sus cosas prósperamente. Era esforzado y cuerdo en pelear y acometer, proveído en la guerra, sufrido en los trabajos, y muy constante en los reveses de la fortuna, porque jamás mostró flaqueza ni miedo notable. Murió riquísimo en las casas de Bixatar, que hizo en Pera (Constantinopla).»

Como el sabio obispo que estas líneas escribía, se inspiró por regla general en documentos ó relaciones de la época, fácil es que sea el retrato bastante exacto.

Príncipes alemanes (pág. 593 á 614). — Hemos tratado de reproducir en las páginas del Museo los retratos de las personas mas importantes de cada época; y en este concepto no huelgan aquí los de aquellos que frente ó al lado del Emperador, se distinguieron en la guerra promovida por la Liga de Smalkalda. No nos detendremos, sin embar-

go, en hacer su biografía, pues consideramos interesará mucho más al lector tener idea de lo que era la alta aristocracia alemana y de lo que significaba la lucha que sostuvo con Carlos V.

Cuando Alemania se reunió al imperio franco, fundado por el célebre Carlo-Magno, este poderoso monarca introdujo en ella el sistema feudal, es decir, dividió el país entre un cierto número de señores que reconocían su soberanía y cada uno de los cuales poseía cierto número de vasallos. Mas si, gracias al genio de aquel hombre extraordinario, pudo constituirse un imperio fuerte y respetable, al subir al trono su inmediato sucesor, comenzó á desmoronarse, quedando muy luego dividido en dos grandes monarquías, la francesa y la alemana, que aun siendo regidas por los descendientes de Carlo-Magno, se convirtieron en rivales. Y como se extinguiera la línea alemana de la familia del célebre emperador, los príncipes alemanes, despreciando las pretensiones de los degenerados descendientes que ocupaban el trono de Francia, eligieron por soberano en una asamblea libre á Conrado, conde de Francunia, al que sucedieron, también por elección, Enrique de Sajonia y los tres Otones. De manera que después de haber sido gobernada Alemania durante 911 años por los príncipes de la raza carlovingia, vino á convertirse en una monarquía electiva.

Cuando fué elegido Conrado, este país se componía de cuatro grandes Estados feudales: Franconia, Sajonia, Suavia y Baviera. Mas á consecuencia del engrandecimiento que el imperio recibió en los reinados sucesivos, los feudos aumentaron, favoreciendo el Emperador el advenimiento á la vida pública de una nobleza de segunda clase que al mismo tiempo se creó; y al finalizar el siglo XIII contaba Alemania cien feudos eclesiásticos y cien laicos, y entre éstos las ciudades libres con voz en la elección de emperador.

El cetro imperial pasó de la casa de Franconia á la de Sajonia y luego volvió á la primera: en 1138 á la de Suavia ó de Hohenstaufen, que se extinguió con el infeliz Conradino, decapitado en Nápoles el año 1268, y entonces estalló en el imperio la anarquía; los príncipes, la grandeza, el alto clero, extendieron sus usurpaciones; la democracia germinó al calor de estas revueltas; y si bien fué elegido á la postre emperador Rodolfo de Hapsburgo, á causa de que su poder no infundía recelo, el estado de perturbación del imperio no cesó, pudiendo asegurarse que los monarcas poseían tan sólo una soberanía nominal. Los sucesores de Rodolfo fueron elegidos en las casas de Naussau, Luxemburgo y Baviera, parte de ellos entre sus propios descendientes, y tal estado de cosas duró hasta la promulgación de la *Bula de oro*, con la que Carlos IV (1347) quiso formalizar el sistema electivo, conservando el poder en su familia y limitando el número de electores á los arzobispados de Maguncia, Tréveris, Colonia, al rey de Bohemia, al conde palatino del Rhin, al duque de Sajonia y al marqués de Brandemburgo. Con Alberto II, duque de Austria (1438), comienza la serie no interrumpida de emperadores pertenecientes á esta familia, cada uno de los cuales, sin embargo, asciende al trono mediante los votos del colegio de los príncipes. La situación de los emperadores no mejora, pues á principios del siglo XVI toda la nobleza es casi independiente, no prestando al monarca más que el servicio militar y reducido número de tributos: continúan los señores haciéndose la guerra entre sí y el imperio carece de sólido lazo de unión. No sin grandes esfuerzos consiguió Maximiliano, abuelo de Carlos V, establecer una organización estable, y por último, la astucia y la energía de éste obtuvo una total victoria sobre aquella turbulenta aristocracia. La liga de Smalkalda, reunida para oponerse al cumplimiento de lo decretado por Carlos V relativamente á religión, componíase del elector de Sajonia (pág. 595), el landgrave de Hesse (pág. 593), el príncipe de Anhalt (página 605), el duque de Wurtemberg (pág. 614) y los diputados de buen número de ciudades libres, en primera línea las de Strasburgo, Ulma, Constanza, Lubeck, Magdeburg. Quedaron adheridos al Emperador el duque Mauricio de Sajonia (pág. 611), el conde palatino de Baviera (pág. 601) y Alberto y Juan de Brandemburgo, y no abandonaron su neutralidad los electores de Brandemburgo y Colonia.

Carlos fué, como hemos visto, muy afortunado en la lucha que sostuvo con los conferados, pues triunfó de ellos á pesar de su poder, holló sus prerogativas y fué, desde entonces, verdadero soberano de Alemania. Mas no anduvo del todo cauto al proponer á su hermano Fernando, para que le representara en aquel país, dándole el título de *Rey de romanos*, anexo á la soberanía de Alemania (1). Los confederados de Smalkalda protestaron también de este nombramiento, que prohibía, en vida del Emperador, la *Bula de oro*; pero á pesar de ello, Fernando fué coronado el 11 de Enero de 1531. Y ya se habrá visto como pagó éste tal servicio. Tardíamente quiso Carlos añadir la corona de Alemania á la frente de su hijo Felipe II; pues Fernando, que contribuyó no poco al tratado de Passau, ganó secretamente al colegio germánico, y el Emperador, viendo la gran resistencia que opuso á sus propósitos, hubo de ceder y admitir de buen ó mal grado, que su hermano, ya rey de Hungría, le sucediera en el trono de Alemania. Con la abdicación de Carlos V se divide la rama reinante de la casa de Austria, acontecimiento de no escasa monta que hemos creído merecía ser explicado aquí.

Quedan consignados en el texto los hechos más importantes efectuados por los príncipes de la liga, y ésto nos ahorra el continuar aquí detalles de más escaso interés.

El duque de Cleves (pág. 593).—Era éste un poderoso príncipe del imperio, que, amparado por la vecin-

(1) Desde Otón I, llamado el *Grande*, que en 962, después de conquistar la Italia, se hizo coronar emperador, á semejanza de Carlo-Magno, fué designada Alemania con el nombre de *santo imperio romano*, y sus monarcas recibieron el título de *reyes de romanos* que significaba tan sólo una soberanía ó protectorado nominal sobre la península italiana.

CIPES DE LA LIGA DE SMALKALDA.

Grannel	Grannel
Bischoff von Arras	Obispo de Arras
Prinz de Piemont	Príncipe del Piamonte
Vinsb grurben angezeigt	Arroyo ó bandenia en pesei
Schmalkaldischen gelinger und abzug angezeigt	Indicación del campamento y punto por donde se retiraron las tropas de la Liga de Smalkalda
Nesselnlr	Nesselnleir
Landgraven quardir	Cuartel del landgrave
Graff Christoff von Hessenberg spiesser	Lanceros del conde Cristóbal de Hessenberg
Roesel spiesser	Lanceros de Rosel
Philip's Bledt spiesser	Lanceros de Felipe Bledt
Duttenhien Regi	Regimiento de Duttenhien
Sebastin Schardlin regi	Regimiento de Sebastián Schardlin

Jorg von Regensperg regi	Regimiento de Jorge de Ratisbona
Bernhart von Dalheym regi	Regimiento de Bernardo de Dalheym.
Anzeigung des Schnees von Danhepeg ... bis zu dem Pritsers hof dahinder ein ... Feldtgeschütz gestanden.	Indicación de la trinchera trazada desde el monte Tejón hasta el cortijo de Pritser, detrás de la cual se emplearon las piezas de campaña
Der Dachsperg auf welchem der Haubgeschütz gestanden ist	El monte Tejón en el cual se emplazó la artillería gruesa
Paul Weyer Spiesser	Lanceros de Pablo Weyer.
Bernhart von Bilenstein mit des Landgraven von Hessen Fendlein gelöret	Bernardo de Bilenstein con el estandarte del Landgrave de Hesse
Hertzog Ernst von Braunschweig den Sexischen Fendlein gelöret	El duque Ernesto de Brunswick con la bandera de Sajonia
Hertzog Albrecht von Braunschweig geschütz und spiesser geschwadr	Escuadrón de cañones y lanceros del duque Alberto de Brunswick.

Die sperren Klein.	Batería del Gran de hierro
Spanier zu Fuss.	Infantería española.
Die grosse Katzen bey welcher Kayserlicher Majestät ... gefunden ist worden	Batería del Gran gato junto á la cual se halló distintas veces S. M. Imp.
Italiener zu fuss.	Infantería italiana.
Des Teutsch geschwader der Spiesser mit Kay. Mty Kronlan gelöert	El escuadrón alemán de lanceros llevando el estandarte de S. M. Imp.
Herr Bernhart von Schaunberg und Jorg Duren quardir	Cuartel de Bernardo de Schaunberg y de Jorge Duren
Jorg von Regensburg quardir	Cuartel de Jorge de Ratisbona
Otho Cardinal und Bischove zu Augsburg.	Otón Cardenal y obispo de Augsburgo
Graf Friderich und g. Hugo von Furstenberg.	Condes Federico y Hugo de Furstenberg

Maximilian Fürst hertzoge zu Oesterreich gezelt und quardir	Tienda y cuartel del Archiduque de Austria, Maximiliano
Schutter Thurn	Torre de Schutter
Schutter Fluss	Río Schutter
Pritser Wunscher.	Almacén de embutidos franceses.
Doctor Fellmüllers garten.	Jardín del Dr. Fellmüller.
Profiant Platz.	Mercado.
Marcadant Gassen.	Callejón de la cantina.
Alhie der Bayrisch Adel gehalten	Posición ocupada por la nobleza bávara.
Auff dem Wal sind Geschütz gestellen	Sobre este caballero se colocaron algunas piezas.
Ain ... polwerch vor heylig creutz porten	Baluarte terraplenado, próximo á la puerta de Sta. Cruz
Heylig Creutz portten.	Puerta de Sta. Cruz
Wacht hinder der Maur.	Guardia de la muralla

Fig. III. [illegible] — Barcelona

ellos estaban, y por donde los enemigos podían entrar con su golpe de armas, allí estaba la nuestra, y así, por la orden en que ellos nos venían á combatir, en aquella estábamos apercibidos á defender. Todo el tiempo que los enemigos batían había el duque de Alba puesto fuera de las trincheras algunos arcabuceros españoles, los cuales escaramuzaban con los enemigos que estaban á la guarda de su artillería, digo de aquella que habían tirado á la parte del pantano, junto á una casa grande y aparejada para defenderse, más estaba asimismo ... pasos de nuestras trincheras. Los enemigos ... y procuraron de ... y desde allí ... su artillería, que estaba delante de la casa ... nuestras trincheras, así que, en un mismo tiempo los enemigos batían, y nuestros soldados escaramuzaban con las tropas que estaban puestas á la defensa del campo. Ya ... la artillería y dejado de batir habiéndolo hecho nueve horas, y así, la comenzaron á retirar unas ... de la casa y del río pequeño que tengo dicho, donde había unos molinos, junto á los cuales y por el río arriba habían asentado sus pabellones y tiendas, ... su artillería en el mismo lugar que aquel día habían tenido, salvo la que estaba á la parte del pantano, que la retiraron ... hacia la casa donde tengo dicho, y así estuvieron con sus escuadrones tendidos por la campaña hasta que anocheció, que se retiraron á donde tenían alojado su campo, el cual tenía el asiento de manera que la una punta que estaba hacia el pantano, estaba á ochocientos pasos de nuestro campo, y la otra de en medio ... que estaba más lejos, estaba dos mil y quinientos pasos.

Aquella noche estando Landgrave cenando, tomó una copa, y según la costumbre de Alemania, bebió á Xertel, diciendo estas palabras: «Xertel, yo bebo á los que hoy hemos muerto con nuestra artillería», á la cual Xertel respondió: «Señor, yo no sé los que hoy hemos muerto, mas sé que los vivos no han perdido un pie de su plaza.» Díjese que aquel día Xertel había sido de opinión de venirnos á combatir á nuestras trincheras, y que Landgrave no había querido, y parecióme á mí que lo consideró mejor, porque aunque no nos ... tuviesen ... cosa fuera de cañón, por ser cerca ... de la guerra, pero bien mirado, en ninguna ... que el Emperador allí tenía para poderse desalojar así de noche ..., aunque no muy fortificado, ... que la muerte que de esto Landgrave pudo tomar fué bastante para ... dello, pues habiéndonos batido nueve horas y tan furiosamente, no pudo conocer señal de flaqueza en nuestro campo, antes así que nuestros soldados en el mismo estaban en la defensa dél, y salían á escaramuzar con los suyos á la boca de la artillería. Así que el consejo del Xertel no sin razón á mí que le tuviera bien, y que fué muy sano el del Landgrave. También dicen que el duque de Sajonia había asimismo que nos combatiesen otro día como llegamos allí, mas la misma razón tenía la de su consejo que la del otro. En fin, ellos se gobernaron como tengo dicho, habiendo los enemigos tirado aquel día novecientos golpes de cañón y culebrina.

Aquella noche se mandó que todos los carros del campo trujesen fagina para levantar los reparos de las trincheras, y todos los soldados por sus cuarteles labraban de manera que otro día amaneció el campo tan fortificado, que se podía estar detrás de los reparos á la defensa muy seguramente. Juntamente con esto el duque de Alba hizo alargar aquella noche la trinchera, tomando mucha parte de la campaña hacia los enemigos, por la parte que los españoles estaban fortificados de la misma manera, y la parte del campo que el día antes habíamos tenido abierta se puso en más seguridad.

Aquel día los enemigos dejaron de asestar su artillería, y echaron algunos arcabuceros sueltos para provocar á los nuestros que saliesen de los reparos á escaramuzar, y así se hizo, porque salieron ochocientos ó novecientos arcabuceros españoles, los cuales escaramuzaron con los enemigos en aquella campaña llana, y fué la escaramuza de manera que los enemigos fueron heridos hasta mil caballos ... arcabuceros, y aquellos ... en tres escuadrones, el primero sería de cien caballos, los cuales venían sueltos y esparcidos, los otros dos venían en su orden detrás uno de otro. Nuestros arcabuceros estaban ... ó cuatrocientos delante derramados, y en su retaguardia estaban hasta quinientos. Los cien caballos de los enemigos, que venían sueltos, embistieron á los primeros de nuestros arcabuceros, confiados en ser la campaña rasa, en la cual por la mayor parte los caballos suelen tener ventaja á los arcabuceros, mas los nuestros los recibieron de manera, que los hicieron volver huyendo, y así, tuvieron necesidad que el segundo escuadrón, que traía un estandarte amarillo, viniese á socorrerlos cargando en nuestros arcabuceros, mas ellos les dieron una rociada tan apretada, que le abrieron por medio, y volvió como los primeros, y cargándole siempre nuestros arcabuceros, vino el tercer escuadrón que traía un estandarte colorado, mas á este se le dió por nuestros arcabuceros una carga tan buena, que ni más ni menos que á los otros dos le abrieron, y hicieron volver las espaldas hasta dentro de sus trincheras, quedando muchos dellos heridos, y caballos y caballeros caídos en la campaña: cosa bien de alabar, y por tal fué alabada de su majestad, porque ... el sitio era desigual, siendo caballería contra arcabuceros ... aquella escaramuza, y también el día.

Aquella noche el duque de Alba hizo ... los gastadores, los cuales eran bohemios y serían hasta dos mil, y son los mejores gastadores de cuantos puede haber en el mundo, que labrasen en una trinchera nueva, la cual partió y se tiró á la parte de la casa que los enemigos habían ocupado, hasta llegar cuatrocientos pasos della, de manera que los mosqueteros de la una parte y del otra se alcanzaban, y de suerte que podíamos decir que llegaba nuestro campo á cuatrocientos pasos del suyo. Era esta trinchera ayudada de una cierta disposición de tierra, de manera que con lo que en ella se labraba se llegaba bien á cubierto hasta la distancia que tengo dicho que había desde allá á la casa que los enemigos tenían también fortificada con trincheas, y de la nuestra tenía cargo don Alvaro de Sande con su arcabucería española. Obligados de que á los enemigos les pesaba harto, viendo cuán ... despacio nos allegábamos cerca dellos, y conocióse bien esto por los muchos cañonazos y culebrinazos que de contino tiraban.

En este tiempo el duque de Alba, habiéndolo tratado con su majestad, había ordenado de enviar al marqués de Marignano

dad de la nación francesa, aspiró á disputar á Carlos la posesión del ducado de Güeldres, entrando en alianza con Francisco I en el preciso momento en que el Emperador se hallaba rodeado de más serios compromisos (1541). Sus recursos eran grandes, pues reunió un ejército formidable del que dió el mando al eminente táctico Rossem, consiguiendo derrotar con él las tropas que mandaba Orange; sin embargo, este triunfo no fué de grandes resultados, pues el Emperador consiguió desembarazarse fácilmente de Francisco I, cayó sobre los dominios del duque y le obligó á rendirse. El célebre sitio de Dura en 1543 por el ejército imperial, es sin duda uno de los episodios más sangrientos de esta época; pues defendida con heroismo hasta el último trance, esta rica ciudad fué tomada por asalto, pasados á cuchillo sus habitantes y reducidas sus casas á ceniza; y este terrible ejemplo infundió tal espanto, que todas las plazas del ducado se rindieron y el duque hubo de implorar su perdón de rodillas. Dicho personaje dice Sandoval que era muy gentil mozo, alto y muy bien hecho, y que en el gesto no parecía alemán. Como otros señores de su época vióse obligado á doblegar la cerviz al César; mas por cierto que obtuvo el perdón en condiciones muy benignas y poco tiempo después el mismo Emperador casó con una hija de su hermano Fernando. Desde entonces fué el más fiel de sus aliados.

Maximiliano, conde de Buren (pág. 593).—Nació en Bruselas en 1518. Dedicado desde muy joven á la profesión militar, llegó á ser gobernador de Frisia y general del ejército imperial, en el que se distinguió cuando la guerra de Alemania. Tomó también parte en las guerras con Francia, en cuyo país se apoderó en 1536 de la villa de Saint-Paul, de Montreuil-sur-Mer y puso sitio á Terouanne. Se le considera como uno de los buenos capitanes de su época, y el Emperador le estimó mucho por su gran fidelidad.

Soldados de la liga de Smalkalda (pág. 597).—Son copia de una estampa atribuída á Lucas Cranach, y así por sus trajes como por su armamento, dan perfecta idea del aspecto que presentaban los guerreros de la época. Los anchos calzones acuchillados, los abigarrados jubones, los bonetillos con plumas, todo de los colores y hechuras mas diferentes, prueban la poca uniformidad que existía en el traje de aquellas tropas. Las armas que estos soldados llevan son espadas y dagas, partesanas, alabardas y arcabuces. En el centro de los mismos, aparece un jefe con arnés, completo y un casco provisto de gran cimera.

El conde de Mansfeld (pág. 609).—Pedro Ernesto, conde de Mansfeld, nació en 1517 y fué uno de los generales más ilustres de este siglo. Muy joven pasó á la córte de Carlos V y desde ella al ejército, combatiendo bajo la bandera imperial en Túnez, y más tarde en los Paises Bajos. A sus dotes militares y á su probado valor, debió el nombramiento de gobernador del Luxemburgo; en cuyo territorio mantuvo el lustre de las armas del Emperador, y como éste decidiera invadir la Francia, Mansfeld le siguió en estas operaciones, devastó la Champaña fué hecho prisionero en 1552, permaneciendo en poder de los franceses por espacio de cinco años. Ocasión tuvo de vengarse de aquéllos, pues conseguida la libertad, vémosle tomar parte en la batalla de San Quintín y defender vigorosamente el ducado de Luxemburgo que había invadido el duque de Guisa. Más tarde prestó auxilio al monarca francés Carlos IX contra los protestantes, y en 1592 sucedió al duque de Parma en el gobierno de los Países Bajos, cargo que dimitió dos años después, retirándose desde entonces á la vida privada. Murió en Luxemburgo el año 1604.

Este personaje ilustró con sus hazañas dos reinados, el de Carlos V y el de Felipe II, y obtuvo el título de príncipe del imperio. Distinguióse por sus altas prendas y su fidelidad; pero estuvo dotado de un carácter cruel é insaciable que desdoraba aquellas cualidades.

Tiro de artillería (pág. 613).—Está copiado de una estampa de la época que lleva el título de Sitio de Wolfenbuttel (Alemania), uno de los que tuvieron lugar en el periodo historiado. Si se tiene en cuenta que la artillería de los Estados alemanes, fué distribuída por el Emperador en España, Italia y Flandes se hallará justificada esta pequeña reproducción.

Esguízaros (pág. 615).—Véase la pág. 481, *Suizos*.

Baluartes y caballero (pág. 616).—La figura de la citada página dará idea del sistema defensivo generalizado en la primera mitad del siglo XVI y consistente en una serie de baluartes enlazados por la cortina, en cuyo centro se levantaban los caballeros con un revestimento exterior, prolongación de dicha cortina. Estos caballeros ó plataformas, tenían por objeto batir con artillería el terreno exterior, y dar algunos fuegos sobre los baluartes mientras éstos defendian á su vez el acceso á la muralla.

Arcabucero italiano (pág. 617).—Copiado de la obra de Cesare Vecellio, titulada: *Degli habiti antichi et moderni*. Lleva en la cabeza un pesado morrión con pluma; en el cuerpo por únicas defensas, peto y espaldar; pendiente del cuello el cuerno de la pólvora, y de la cintura una pistola y un montante: el pesado arcabuz completa su armamento.

Soldado suizo (pág. 620).—Es reproducción de una de las figuras que enriquecen el Museo de Artillería de París. Viste cota de malla y encima de ella un jubón con mangas acuchilladas: las armas defensivas son peto, espaldar, escarcelas, y en la cabeza y debajo del gorro un casquete de hierro. En cuanto á las defensiva se reducen á espada, daga y un pesado mandoble. Las calzas son de dos colores, y sujetas á las rodillas por anchas ligas de cuero.

Espada y tarja del Rey Francisco I (pág. 621).—La espada reproducida en la citada página, es la misma que el monarca francés rindió en Pavía al hombre de armas español D. Diego de Avila, y que hasta el mes de Abril de 1808, formó parte de la Armería de los reyes de España. En 30 de Marzo de aquel año, tan funesto como glorioso para nuestra patria, y á instancia del general Joaquín Murat, duque de Berg, tuvo el monarca español la complacencia de dictar una Real Orden para que se entregara aquella arma al mariscal francés; y en el 4 de Abril siguiente, el marqués de Astorga la trasladó en un carruaje de la Real Casa y con gran pompa, al domicilio de Murat. Desde entonces figura en el Museo de Artillería de París, con el número 832, siendo la que custodia nuestra Armería Real, (número 1766) una copia mandada ejecutar por el rey D. Francisco de Asis, al distinguido artista D. Eusebio Zuloaga. Tiene de longitud, cosa de una vara y de ancho dos pulgadas: la guarnición es de oro y en la cruz se encuentra la siguiente leyenda: *Fecit. potentian in. brachio. suo.*

En la tarja ó escudo (número 1772) de primoroso y rico trabajo, se ve un gallo, símbolo de la Francia acometiendo y poniendo á un guerrero en huida. «La forma de este escudo, dice el Catálogo de la Armería, es poco común y muy notable: es convexo; el campo está lleno de un hermoso follaje grabado; las figuras y las orlas son doradas.» Este escudo, así como una hermosa borgoñota cubierta de preciosos relieves y adornos de oro adamasquinado, que también existe en la Armería de Madrid, fueron hallados en el equipaje del rey vencido.

Carlos V, que dispuso se conservaran estas armas en España, regaló la armadura que vistió Francisco en Pavía, á la ciudad de Inspruck (Tirol); y este trofeo también pasó á enriquecer las colecciones francesas, pues el 7 de Noviembre de 1805, cayó aquella ciudad en poder de las tropas de Napoleon I y el mariscal Berthier remitió á Paris la citada armadura.

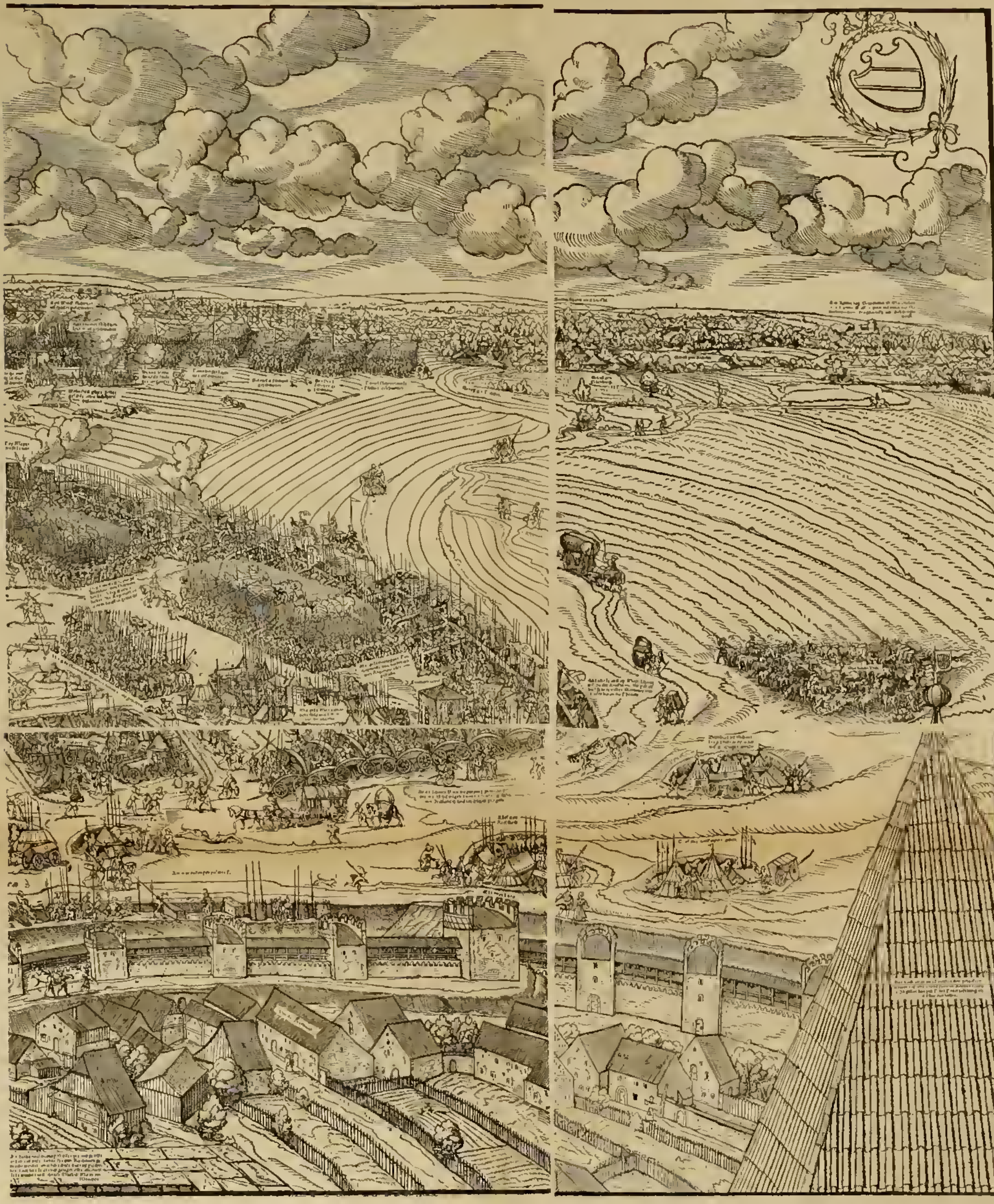
Retrato de Carlos V (Lámina suelta, pág. 576). — Entre las diferentes descripciones que se han hecho de este personaje, sin duda alguna que pocas igualarán á la que de mano maestra ha trazado el Sr. Pi y Margall al ocuparse de la estancia del Emperador en Yuste. La concisión, la profundidad, la rectitud de juicio que en ella resplandecen nos han inducido á reproducirla aquí:

«Era D. Carlos más bien bajo que alto; pero de regulares proporciones y agraciada figura. Puesto á caballo vencía en lo gallardo, por confesión de sus mismos enemigos, á los más bizarros personajes de su época. No hay más que verle pintado por Ticiano en la sala de la Reina Isabel del museo de esta córte. Tenía ancha la frente, viva y penetrante la mirada, algo enjutas las mejillas, afilada la nariz, no muy grande la boca, la mandíbula inferior saliente y no poco pronunciada. Llevaba cortos cabellos y barba, uno y otra crespos y naturalmente rizados; presentaba en su semblante tanto de grave como de afable.

»Había ejercitado desde muy temprano sus fuerzas y era tan duro en resistir como ágil en ofender. Manejaba con destreza la lanza, ensartaba con la espada una sortija á todo el correr de su caballo, dominaba el más dócil potro, llevaba ventaja en tirar la barra á muchos jugadores de su tiempo. No carecía de valor personal, antes había dado muestras de poseerlo á toda prueba. Aun enfermo, solía asistir en silla de mano á los campos de batalla; gozando de entera salud, no era raro verle en medio del combate arrostrando toda clase de peligros. En Ingolstadt tuvo que batirse con un ejército de luteranos muy superior al suyo. Recorrió á caballo el frente de sus tropas en medio de las descargas de la artillería enemiga, y cuando oyó de boca de su confesor que no era prudente exponerse á tan grave riesgo: «No se sabe, dijo, de ningún rey ni de ningún emperador que haya muerto de un cañonazo: si la suerte ha decidido empezar por mí, vale más morir entre mis camaradas que entre mis cortesanos.» Era no sólo valiente sino atrevido en sus designio. Después que había vencido una vez á sus enemigos, no reparaba ya en las dificultades que podían oponerse á su empresa. Así lo dió á conocer en todas sus campañas; así lo dió á conocer aun estando en Yuste, donde se consumía y desesperaba al saber que su hijo se detenía en San Quintín y el duque de Alba á la puerta de Roma después de haber uno y otro arrollado á los franceses.

«Las dotes del espíritu no eran en él inferiores á las del cuerpo. Sin haber recibido una instrucción muy extensa ni muy sólida, pudo y supo elevarse á la altura de su posición, y dominar los complicadísimos negocios de su vasto imperio y aun de toda Europa. Desconfiaba de los hombres y era, como toda su familia, muy reservado. No dejó nunca nada por resolver á sus ministros; no surgió un problema que él no estudiase ni determinarse por sí, después de consultas y no pocas veces de largas discusiones con sus consejeros. Bajaba con gran facilidad de las altas cuestiones de Estado á los pormenores de la administración pública y aun á las pequeñas diferencias de familia.

»Comprendió, á no dudarlo, lo que exigían en su siglo los intereses de la monarquía. No se dejó engañar como otros príncipes por los hombres de la Reforma que pretendían que sus ideas habían de robustecer la autoridad de los reyes; comprendió que el libre examen contenía virtualmente toda una revolución religiosa y toda una revolución política. Si combatió el protestantismo en España con más encarnizamiento aún que en Alemania, fué por no



FRAGMENTO CUARTO

Eyll Wolff Schützen und spiesser geschwader.	Escopeteros y lanceros de Eyll Wolff
Hieronimus Schützen und Spiesser geschwader	Escopeteros y lanceros de Hieronimus
Daniel Vonn Holzfeld schützen und spiesser	Escopeteros y lanceros de Daniel de Holzfeld
Katzenberger Schützen geschwader	Escopeteros de Katzenberg
Goltacker schützen geschwader	Escopeteros de Goltacker
Dear Pecill Schützen geschwader	Escopeteros de Pecill
Daniel Scheyrschloss Schützen geschwader	Escopeteros de Daniel Scheyrschloss
Strass gen Aichrieт	Carretera de Eichrieт.
Neun stück gross Feldt geschütz allhie in Feldern gestanden	Nueve piezas de artillería de campaña emplazadas en este sitio
Kry Maye grosser kreten.	Gran batería (al Gran Grupo) de S. M. Imp.
Jorg von Regensburger, Bernhard von Schaunberg, Jorg Doru etc haben ire Regiment zu einem hauffen gemacht.	Jorge de Ratisbona, Bernardo de Schaunberg, Jorge de Duro etc. con sus respectivos regimientos formando sólido
Printz de Salmon Rtoge Pferd haben wacht gehalten	Caballería del príncipe de Salm (de guardia)
Margraf Margaren Herr Hilprandt von Maderuthe war Regiment zusammen gestanden	Dos regimientos en sólido del marqués de Merrigan y el señor Hilprant de Maderuth
Margraf Marrigean Herr Hilprant von Inder ihr quartir.	Cuartel del marqués de Merrigan y del Sr. Hilprant de Inder.
S Lienhart capel	Capilla de S. Lienhardo
Galmersheim ain Marcklit	Villa de Gelmersheim.
Den Achten tag September ist Maximilian von Egmont Graff von Büre ankomen mit Nider-	El día 8 de Setiembre llegó Maximiliano de Egmont, conde de Büren, con las tropas holande-
Inderthen kriegsvolckh am Kosthinger forst	ses al bosque de Kosthing.
Strass gen Aichstet	Carretera de Aichstedt.
Strass gen Nürnberg	Carretera de Nüremberg
Hie facht sich an Kry Mey Schantz welche sich erstreckht mit der gestalt hie für des Peterss Schiessg und weiter bis an die Thonau	Aquí empieza la trinchera de S. M. Imp. prolongándose en esta forma hasta el cortijo de Peters y más allá hasta el Danubio.
Der hauff Vech	Grueso del ganado
Artolorey	Artillería
An die Schantz ist ain wagenpurg gemacht worden mit Schilwagen und darhinder gelegen 1000 Italienisch hackenschützen gelegen	La trinchera se ha fortificado con carros y resguardados por ellos se han colocado 1000 italianos con arcabuces de horquilla
Rüdl von Reyschach	El señor de Reyschach
Melchior von Aw.	Melchor de Aw
Ain new anfangen polwerck	Baluarte en construcción.
Eisernes Thurl.	Puertecilla de hierro
Der stat Preuhaus.	Fábrica de cerveza
Ain halbe nottschlangen ist diser zeit mit grosser arbeit auf unser lieben frawen Kirchduro gebracht worden und etlich schuss daraus geschehen auch der kererlich gelegen also abconterfeit worden durch Hanns Mörlich Meler von Manchen	Una culebrina llevada al campanario de Sta. María con gran trabajo ha disparado algunos tiros, desde este mismo punto Juan Mörlich ha sacado la copia del campamento imperial
Bernhart von Schaunberg gezellt ist allhie gesch lagen worden	Tienda de Bernardo de Schaunberg.
Graf von Heidenstain gezelt	Tienda del conde de Heidenstein.
Das dach zaigt an zu erster den gedackten Thurn auf unser liebe frawen, etc	Este es el campanario de la iglesia de Ntra. Señora de Ingolstadt

y á Madruzzo con su regimiento, y á Alvaro Vives con su tercio, á degollar tres mil caballos que estaban alojados en el burgo de Neuburg, los cuales habían dejado allí el duque de Sajonia y Landgrave en guarda de cierta artillería que allí estaba y de la tierra, mas aquel día se habían venido á su campo por mandado dellos, y así, cesó esta empresa, la cual se cree que hubiera buen efecto, porque ellos estaban de la otra banda de la ribera y lejos de sus amigos, alojados en arrabales abiertos, y no con mucha guarda, el camino por donde los nuestros habían de ir era muy encubierto y con muy buenas guías para él, el puente por donde habían de pasar nuestros soldados, junto á nuestro campo, y finalmente, todas las cosas que para ello se requerían, muy bien proveídas.

Otro día los enemigos en la misma orden que el primero se pusieron en campaña, y sacando su artillería, comenzaron á batir nuestro campo con grandísima furia, aunque no acertaron todas las piezas tanto como el primer día, porque la trinchera nuestra que habíamos acabado hasta la casa, les hizo tirar en respeto á que por aquella parte no llegase tanto su artillería. La batería fué bravísima y comenzada muy de mañana, y batieron hacia por más partes que el primer día, porque por la mano derecha de nuestro campo se extendieron á la campaña con su artillería más que la primera vez. Su majestad oyó misa aquel día en las trincheras junto á un caballero que estaba enfrente dellas, ... los enemigos, y allí ... los soldados de Lombardía y de Nápoles, con su cuartel en aquel. Los enemigos tiraban ... continuamente, mas herían muy poco dentro porque todos los soldados estaban alojados en reparos, y aunque

algunas veces había piezas que los pasaban, eran pocas. Adonde el Emperador estaba murió uno, porque un tiro le llevó una alabarda de las manos al que la tenía, y aquella alabarda mató á otro que estaba cabe él. Aquel día una pieza de artillería pasó la tienda de su majestad y la sala y la cámara donde él dormía, que dentro de la misma tienda estaba hecha de madera. Habiendo los enemigos batido hasta las cuatro horas de la tarde, el Duque mandó á Alvaro Vives que saliese con quinientos arcabuceros de su tercio y escaramuzase con unos que los enemigos habían sacado fuera, y la escaramuza fué tan buena que les ganó la primera trinchera de dos que tenían, y después revolvió sobre los que estaban en la casa, y escaramuzando con ellos hasta que ya era tarde, y habiéndoles dado muchas arcabuzazos, se retiró con muy buena orden á nuestro campo. Aquella noche se dió una arma á los enemigos tan de veras, como fueron todas las que se les habían dado después que allí llegaron, de manera que los tenían tan desvelados y desasosegados, que teniendo los días con escaramuzas, las noches estaban puestos en arma, como entonces se supo por los prisioneros, y muchos dellos nos han dicho después de nuestras trincheras que se había tirado hasta la casa, que los apretaban mucho ... el ... y ... acometimiento de los enemigos comenzó á amansarse, porque ya les tiros eran recogidos, que sus caballos que solían andar doscientos pasos de nuestro campo, escaramuzando, no se llegaban á él con mil y quinientos, porque nuestros arcabuceros les tiraban bien apuntados, y nuestro alojamiento estaba asegurado con los reparos, y la trinchera nueva se llevaba adelante, porque su majestad quería desalojar sus enemigos de allí, como después lo hizo, porque se decía que el que había venido á desalojarle á él, aquel mismo era desalojado, y así, la trinchera se tiraba hacia la casa, la cual ganábamos con ella, y ganada, batíamos tan fácilmente todo el campo de los enemigos, que en ninguna manera del mundo podían dejar de levantarse.

En este tiempo el conde Palatino envió ... caballos al campo de los enemigos, los cuales anduvieron en esta guerra hasta pocos días antes que fuesen rotos. El conde, entre otras disculpas que después á su majestad dió, fué decir que aquella gente él la había enviado al duque de Vitemberg por la amistad y liga que con él particularmente tenía muchos años había, y que no la había enviado contra su majestad, sino que el duque le hizo ir por fuerza al campo de los enemigos. Sea como fuere, cuantos ... fueron contra su majestad, tanto mayor fué la victoria que Dios le dió. Siempre hubo escaramuzas en estos días, y algunas entre soldados bien hechas de soldados particulares.

Otro día de mañana bien temprano comenzó la tempestad de artillería de los enemigos á batir nuestro campo, mas ya la mayor parte de las piezas tiraban de más lejos de lo que hasta allí habían hecho. Esta furia en el tirar duró hasta medio día y cesó, hasta la tarde, que tornaron á dar una buena ruciada. Y porque mejor se entienda lo que en aquellos días tiraron los enemigos, es bien saber que, sin las pelotas que quedaron perdidas y las que no entraron en nuestro campo, solamente de las que se recogieron en la tienda del capitán de la artillería se hallaron mil y setecientas pelotas. Siempre las escaramuzas de los arcabuceros eran ordinarias, y aquella noche se les dió un arma por la parte de la casa con la arcabucería, que toda la noche les hizo estar en el campo en orden. Esto era ya tan continuo, que nunca faltaban sus escuadrones de la plaza del arma, y nuestras trincheras estaban tan cerca, que al salir della era entrar en las suyas. Habían perdido allí muchos caballos y muchos soldados muertos y heridos, y demás de esto, nuestra caballería les hacía muy gran daño, inquietándoles la campaña por todas partes, y así se pasaban muy gran trabajo. Nunca los dejábamos estar sosegados, ni de noche, y de día nos en ellos ... infantería por los escuadrón, de manera que determinaron de desalojarse, viendo que no les convenía otra cosa, y aquella noche pasaron el río pequeño el artillería gruesa y carruaje con tanta diligencia, que otro día antes que amaneciese no se vió tienda en todo el campo, sino solamente sus escuadrones que comenzaban á pasar el agua, aunque ya toda su infantería era pasada, porque ésta era la que ellos echaban delante, y toda la caballería iba en trece ó catorce escuadrones con algunas piezas de campaña que iban en la retaguardia. Con esta orden caminaron la vuelta de Neuburg.

ignorar tampoco que rota la unidad religiosa no quedaba ningún vínculo fuerte entre Castilla y las provincias agregadas á su corona. Las naciones acababan de salir entonces del estado de fraccionamiento y antagonismo á que las había reducido ya el sistema feudal, como en Francia, Inglaterra y Alemania, ya la reconquista, como en España. Quiso Carlos V restablecer la perdida unidad; y si por una parte se empeñó en matar toda discordia en las conciencias, por otra se consagró á concentrar en una sola mano toda la autoridad distribuída por los diversos poderes de las provincias y del Estado. No por esto negaremos que en sus hechos contra la Reforma tuvieran parte sus sentimientos religiosos. Carlos V era un fervoroso creyente. Sostenemos tan sólo que en su conducta contra Lutero y sus doctrinas, entraba por menos la religión que la política. Hemos visto ya que su ardiente catolicismo no le impedía contrariar los deseos y aun los mandatos del Papa, ni dejar que sus soldados entrasen á saco la ciudad de Roma, sobrepujando en crueldad las huestes de Alarico.....

»Fué, sin disputa, uno de los personajes más notables del siglo xvi ese D. Cárlos. Tuvo muchas y graves faltas; fué intemperante, lujurioso, cruel, de desmedida ambición, de escaso apego y respeto á los hombres que no secundaron sus fines; hirió imprudentemente el sentimiento de nacionalidad de sus pueblos; mató libertades que eran dignas del individuo y constituían el carácter de las viejas sociedades; abandonó por la realización de un pensamiento quimérico la de otros más conducentes á la paz y prosperidad de sus súbditos; mas aun con estas faltas ¿deja de ser una gran figura?»

Carlos V en Metz (Lámina suelta pág. 617).—Este magnífico cuadro ha sido pintado por el distinguido artista francés Lucien Melinge y mereció la señalada honra de ser adquirido por el gobierno de su país, pasando á formar parte de las galerías nacionales de la nación vecina. Representa al emperador Carlos V, en el instante de llegar al campo sitiador, procedente de Thionville, en donde le retenían sus dolencias. La figura del César, gotoso y macilento, llama desde luego la atención por lo bien que ha sido interpretada: aquel hombre achacoso y postrado que haciéndose superior á su enfermedad acude al campamento para reanimar el abatido valor de los soldados, infunde respetuosa admiración: es el vencedor de Africa y de Alemania, el que ha sido árbrito durante muchos años de los destinos de Europa, en uno de los momentos más aciagos de su vida. Sus soldados perecen á centenares, Metz resiste con energía creciente y el César vé escapársele de las manos una conquista y una venganza.

Carlos aparece rodeado de un grupo de capitanes y otros altos personajes, en cuyos trajes se adivina muy diferentes procedencias: allí están los españoles, los húngaros, los tudescos y los italianos. Dos sirvientes colocados á la izquierda sostienen las varas de la camilla. En el fondo se dibuja sobre un cielo plomizo la ciudad de Metz, con sus tejados y cúpulas cubiertas de nieve, causando el conjunto de este cuadro una impresión por demás melancólica.

FIN DEL TOMO PRIMERO

APÉNDICES

Carta atribuida al mallorquin Palestrina (1516.)—El precioso mapa que figura en la página 436 de este volumen, lo conocimos e hicimos reproducir próximo á terminarse ya el Tomo á que pertenece. Este es el motivo de que le consagremos por separado algunas líneas.

Pertenece esta carta á la Sociedad Geográfica de París, y su autor se supone un mallorquín llamado Palestrina apellido extranjero, que hace creible fuera aquél oriundo de Italia ó piloto italiano al servicio de Mallorca, donde florecía una excelente escuela náutica. La fecha de la construcción de la citada carta es el año 1516; es decir, tres años después que se descubrió el Pacífico y 14 respectivamente del descubrimiento de Costa Firme y de las Antillas; y es de admirar en ella la relativa exactitud con que está construída, los curiosos detalles que contiene y los datos interesantísimos que encierra. Pero lo que desde luego llama poderosamente la atención es ver en ella pintadas tres banderas en cuyos cuarteles alternan los castillos y los bastones ó barras catalanas, otra en la que figuran las barras solas, y dos (de forma distinta, es decir, no reales) pertenecientes sin duda á almirantes ó capitanes generales. Y esto parece indicar que alguna parte cupo tambien á Aragón en empresa tan importante.

El cartógrafo D. José Ricart Giralt, que ha construído la carta esférica superpuesta á la de Palestrina, dice á propósito del citado mapa: «No deja de causar extrañeza notar en la carta de Palestrina mayores errores en el sentido de la latitud que en el de la longitud, siendo así que la segunda coordenada geográfica no se determinaba astronómicamente por aquel tiempo del propio modo que se efectuaba con la primera; pero en general, échase de ver una exactitud relativa que admira, en razón á fundarse en el equívoco trabajo llamado de *estima*. Vemos, por ejemplo, que la isla de Cuba tiene de longitud 600 millas y en la carta de Palestrina 555. Las de la Española son 320 y Palestrina consigna 390. Desde la isla Trinidad al extremo Sud de Santo Domnigo existen 690 millas; Palestrina marca 740. Desde la Trinidad á Darien hay 900 millas, en la carta mallorquina 1020. Desde Darien á Cabo Catoche hay 960, la misma que da Palestrina. Iguales distancias desde Darien á la Florida y desde la Trinidad á la Florida. ¿Puede exigirse mayor exactitud?»

La concordancia, sin embargo, es escasa en los nombres. «Concuerdan, dicen los de Cuba, Española, Guadalupe, Antigua, San Cristóbal, Once mil Vírgenes, Jamaica, Arenas, en las Antillas, y los de Darien, Cabo Caxinas, é isla de la Tortuga en la Costa Firme, y se dejan adivinar otros, como Barbudo (Barbada), Lagarty (Caimanes, Cunabao (Gonaive), *Babueca*, la isla con tanta frecuencia nombrada por Colón, situada poco más ó menos en el punto señalado en la carta mallorquina, Maigana (Mariguana), Abona (Abaco); en cambio no se comprende, por qué llama *Atrevida* á la isla Trinidad, ni la completa diferencia que existe entre los demás nombres, diferencia sólo comprensible teniendo en cuenta la envidia que despertó el insigne navegante entre sus contemporáneos, quienes procuraron rebajarlo no publicando sus diarios y cartas, y ensalzando en cambio las narraciones de Vespucio.»

En la carta esferica que con la Palestrina publicamos, van marcadas las derrotas de los cuatro viajes de Colón y con tipos distintos los nombres que el Almirante dió á los puntos en que tocó y los indígenas de otros que no quiso bautizar; todo con el objeto de facilitar la comparación con la carta antigua.

Trofeo de Banderas.—Las banderas reproducidas en el cromo de la pág. 472, son un guión real (castillos y leones en cuarteles rojos y blancos) copiado de la *Sala de Batallas* del Monasterio del Escorial; otro guión real aragonés (de un *Códice* del siglo XIV); la bandera *de la Banda* (de la antes citada sala del Escorial) y el guión real de Carlos V y de los Reyes Católicos (copiado de unos perfiles trazados al margen del *Tratado de rieptos y desafios* de Mosen Diego de Valera).

ERRATAS

Pág	Línea	Dice	Debe decir
98	20	Condé	Conde
111	6	siglo XI	siglo XIV
154	41	Torre	Torres
158	*Grab.*	aclaraciones	aclamaciones
207	*Nota*	contrae	contiene
351	*Grab.*	Rodelado	Rodelero
487	2	(1515-1517)	(1515-1527)
533	(Plano de Pavía)	*St. Spiritu*	*St. Paolo*
534	Se halla alterado el órden de las notas.		

ÍNDICE

DE LOS ESTUDIOS QUE COMPRENDE EL TOMO PRIMERO

		Páginas
	Introducción	5
I.	Edad antigua	9
II.	Los Godos	67
III.	La Reconquista. — Asturias, León, Castilla.	83
IV.	La Reconquista. — Navarra, Cataluña, Aragón.	137
V.	El Arte militar y la civilización en el período de la Reconquista	197
VI.	Los Reyes Católicos	267
VII.	Guerras de Italia. — Campañas del Gran Capitán.	343
VIII.	Viajes y descubrimientos marítimos	409
IX.	Conquista de Orán. — Guerras con Francia	457
X.	Reinado de Carlos I. (De 1515 á 1525)	487
XI.	Reinado de Carlos I. (De 1526 á 1556)	571
	Apéndices	633

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO

	Páginas
Portada al cromo	1
Sitio de Numancia	40
Batalla de Covadonga	89
Alfonso VIII en las Navas de Tolosa	96
Arribo de Jaime I á Mallorca	144
Castillo de la Mota	224
Reyes de Castilla	232
Los Reyes Católicos	288
Documento expedido en honor del Gran Capitán	364
Mapa para el estudio de las operaciones del Gran Capitán en el Garellano	373
Fragmento de un Atlas del siglo XV	416
Cristóbal Colón en el puerto de Palos	424
Mapa de las Indias Occidentales y carta esférica del Mar de las Antillas	430
Trofeo de Banderas	472
Casco de Antonio de Leyva	504
Armadura de Carlos V	520
Retrato de Carlos V	576
Carlos V en Metz	617
Los fragmentos del grabado *Carlos V en Ingolstald* han de encuadernarse al final del tomo	633

NOTA. — Se han distribuido con el Tomo I pero deben encuadernarse con el II al que pertenecen, las cuatro láminas siguientes: Armadura ecuestre de Felipe II. — Expedición á las islas Terceras. — Armadura de D. Alvaro Bazán. — Media armadura de Felipe III.

ILUSTRACIONES

A

Págs.

Armas primitivas 51
Aníbal 53
Ariete 58
Augusto (Cayo Julio César Octavio) 61
Alfonso VIII (en las Navas) . . . 129
Arcos 132
Aljaba 133
Añafiles 134
Almogávares 192
Adarga árabe 333
Arabe 334
Armas blancas 397
Arqueros de Borgoña 403
Alabardero de línea 407
Arcabucero 565
Armadura ecuestre de Carlos V. . 558
Alarcón (Hernando de) 559
Artillería imperial. 561
Atlas del siglo XV 453
Arcabuces. 482
Armadura de Carlos V 570
Arcabucero italiano (siglo XVI) . . 629

B

Buques romanos 53
Bajos relieves (de la columna Trajana) 62
Bárbaros del Norte 82
Bizantinos 83
Batalla de Covadonga 124
Bocinas 134
Ballestas 134
Bastida. 190
Ballestero (siglo XIV) 193
Brazales 329
Bate-muro 397
Ballestero (siglo XV) 400
Ballestero (siglo XVI) 400
Borbón (Duque de) 561
Basilisco 563
Batería 567
Burgemair (Juan), facsímile . . . 567
Borgoñota de Leyva 570
Barbaroja. 627
Buren (Maximiliano, Conde de). . 629
Baluartes y caballero 629

C

Construcciones megalíticas . . . 50
Cascos romanos 54
Campamento romano 55
Centurión. 57
César (Cayo Julio). 59
Caballero, Jarra 191
Covadonga (Santa María de) . . . 123
Castillo de Ponferrada 129
Castillo de Astorga 131
Castillo de Belmonte. 131
Cuadrillos 132
Carcax 132
Cuernos 134
Cascos (Edad-media). 134
Caballero, orden de la Encina . . 186
» de Monte Gaudio . . . 186
» Temple 186
» Cruzado 187
» Merced 190
» Montesa 191
Castillo de Loarre. 191
Castillejo de Perpiñán 193
Castillo de Bellver 194
Caballero de la orden Escama . . 255
Castillo de Tarifa 255
Caballero, orden de la Azucena. . 260
» Espíritu Santo 260
» Santiago 260
» aragonés (siglo XIV) . . 260
» de mesnadas concejiles. 261
Caballería cristiana (siglo XIV) . . 261
Caballeros cristianos, (principios del siglo XV) 261
Casco con cimera 262
Castillo de la Mota 263
Caballero, orden de Calatrava . . 332
» » » de Alcántara . . 332
» » » de Avis 333
Caballería árabe 333
Cascos árabes 334
Celada (atribuida á Boabdil) . . . 335
Celada de encaje 337
Carabelas. 339
Campamento (del Gran Capitán) . 398
Colón (Cristóbal) 450
Carlos I (retrato de Durero) . . . 557
Caballero del siglo XVI 560
Colonna (Próspero) 563
Caballería española (siglo XVI) . . 567

Págs.

Cirujía militar 568
Carros de campaña 570
Cañón 625
Cuchilla 626
Cleves (Duque de) 628
Carlos V en Metz 631

D

Durero (grabado de) 560
Doria (Andrés) 562

E

Escipión *el Africano* (Pub. Corn. . 56
Equite 57
Espada visigótica 83
Escudo de León 135
Expedición de Jaime I á Mallorca . 188
Espada de Jaime I. 190
Espadas de los Reyes Católicos. . 335
Espada llamada de Boabdil . . . 337
Escopeta (siglo XVI) . . . . 397 y 407
Espingarda 398
Espingardero 398
Escopetero á pié 400
Escopetero á caballo. 401
Espada de fab. italiana. 564
Escuadrón de lansquenetes . . . 570
Escenas de campamento 625
Escopeta de caballería 626
Espada de Francisco I 630

F

Flechas 132
Fay (San Miguel del) 185
Falconete. 331
Francisco I 558
Frasco de pólvora (siglo XVI . . . 564
Fortificación con baluartes . . . 568
Fernando de Austria. 626

G

General romano 57
Goldres 132
Guerrero del siglo XI. 133
» del siglo XIII . . . 193
» del siglo XIV 193
Galera del siglo XIV 194
Guerreros castellanos (siglo XIV . 260
Guanteletes 329
Guardas de Castilla 401
Gonzalo Fernández de Córdoba. . 404
Guardia del Rey 406
Garci-Lasso de la Vega 569

H

Hondero balear. 51
Hombre de armas. 339
Heraldo imperial 485
Heraldo á caballo 564

J

Jefe árabe. 123
Jinete cristiano (siglo XI) . . . 260

L

Lorigas. 58
Lápida visigótica 83
Lucha del rey Fabila. 124
Lancero del siglo XI 129
Lope Díaz de Haro 261
Lombarda. 329
Lansquenetes (escuadrón) . . . 482
Literas de campaña 557
Lansquenetes (Cabos de) 560
Leyva (Antonio de) 560

M

Máquinas de guerra romanas . . . 57
Murallas de León 124
Máquinas de movimiento parabólico 133
Manteletes 134
Murallas antiguas de Mallorca . . 189
Manta 191
Magnate árabe 261
Moro de la nobleza 334
Media armadura del Gran Capitán. 401
Marina (progresos de la) 443
Moncada (D. Hugo) 560
Mosquete de muralla. 564
Murallas de Barcelona (siglo XV) . 567
Mansfeld (Pedro Ernesto, conde de 629
Metz (Carlos V en) 631

N

Numancia (último sitio) 63
Noble visigodo 83

Págs.

Nave de los siglos XI y XII 135
» de los siglos XIII y XIV . . . 135
Navarro (Pedro). 484
Naves italianas 625
Nao española (siglo XVI). 626

O

Organos 331

P

Pilos 55
Pompeyo *el Grande* (Cneo) . . . 58
Puerta ciclópea. 64
Pendón de D. Jaime I 190
Puerta de Cuarte 192
Peón (siglo XI) 260
Peto 329
Prócer árabe. 334
Pedreros 335
Puerta Visagra 336
Pasavolantes. 339
Piezas de campo 339
Piquero 400
Paredes (Diego García) 403
Palos (Colón en el puerto de) . . 453
Pifano 561
Porta-estandarte 564
Pavía (plano de la batalla) . . . 565
Pescara (el Marqués de). 565
Porta-mecha 626
Pistolete 626
Piquero 626
Príncipes alemanes 627

R

Relieve (del monasterio de Ripoll . 186
Reyes de Aragón 256
Reyes de Castilla 263
Reyes Católicos. 340
Rodelero 398
Rey de Armas 407
Real cédula 497
Rodela de Carlos V 559
Retrato de Carlos V 630

S

Soldado cartaginés 56
» romano (siglo V) . . . 82
» occidental (siglo VIII . 82
» visigodo . . . . . 82 y 83
» árabe de caballería . . 124
» árabe de infantería . . 126
Sepulcro del Cid 126
Sello de Fernando III 131
» de Sancho IV 131
» de Alfonso XI 131
Saetas 132
Sello de Jaime I 190
» de Alfonso IV (sedis majestatis) 191
» de Alfonso IV á caballo. . 190
Sepulcro de Mudarra. 253
Soldado (principios del siglo X . 260
Soldados aragoneses fines del siglo XIV) 260
Soldados de la Hermandad . . . 337
» de los acostamientos . . 337
» de la Corona de Aragón (siglo XV). 401
Sello de D. Fernando *el Católico* . 403
Sello y firma de Isabel *la Católica*. 423
Sistema defensivo (de Durero) . . 508
Suizos 481
Soldados venecianos (siglo XVI . . 504
Soldados franceses (siglo XVI) . . 620
Soldados de la liga de Smalkalda . 624
Soldado suizo 630

T

Tiendas romanas 55
Trajano 62
Trompetas 134
Torre de la ant. fort. de Gerona . 195
Torre de la ant. fort. de Toledo . 337
Tambor 561
Tiro de Artillería 629
Tarja ó escudo de Francisco I . . 630

V

Viratones 132
Vasco de Gama. 452
Veterano español del siglo XVI . . 559
Vasto (el Marques del) 564

Y

Infantería visigoda 83
Yelmo 329
Infantería española (siglo XVI) . . 565